

La Condesa de Charny

Alexandre Dumas



Los sangrientos sucesos posteriores a la toma de la Bastilla continúan. La familia real es trasladada de Versalles a París, a las Tullerías más exactamente, escoltada por el pueblo, que ha asaltado el palacio para hacer justicia por su propia mano. Un miembro de la Asamblea General, el doctor Guillotín, empieza a dar forma al invento que lo hará famoso.

La familia real es apresada en Varennes y conducida a París. Luis XVI, secretamente y con ayuda de Charny y Bouillé, empieza a

planear la huida. Mientras tanto, se proclaman los derechos del hombre y del ciudadano, y al grito de: *Libertad, igualdad y fraternidad se inicia la revolución.*

El ciudadano Juan Bautista Drouet, es el primero en reconocer al rey en su fuga por el camino de Varennes, y da la voz de alarma. La familia real es apresada y conducida por la fuerza a París. Charny, al conocer el secreto de su esposa Andrea, empieza a amarla, sobre todo por el motivo del ocultamiento. Lamenta haberse dado cuenta tarde del tesoro que tiene a su lado. Andrea

conoce la felicidad y, aunque durará poco, para ella será suficiente. (...el amor ha sido dado al hombre para que tenga la medida de lo que puede sufrir...).

Reaparece Angel Pitou, que se ha convertido en capitán y héroe de la revolución, pero sigue siendo el noble e inocente enamorado de Catalina a pesar de todo. Esto terminará por revertir su mala suerte en el amor, al convertirse tempranamente en un buen padre de un niño de quien tal vez él no hubiera esperado.



Alexandre Dumas

La Condesa de Charny

Revolución francesa - 4

ePub r1.2

Pepotem2 03.10.14

Título original: *La Comtesse de Charny*
Alexandre Dumas, 1853
Traducción: Editorial Lorenzana

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.1



PRÓLOGO

Capítulo I

LA TABERNA DEL PUENTE DE SEVRES

Si el lector tiene a bien recordar un instante nuestra novela *Ángel Pitou*, y, abriendo el tomo segundo^[1], fija un momento su mirada en el capítulo titulado *La noche del 5 al 6 de octubre*, verá descritos algunos hechos que no estará demás tenga presentes antes de dar principio a este libro, el cual

comienza con la mañana del 6 del mismo mes.

Después de citar nosotros algunas líneas importantes de este capítulo, resumiremos los hechos que deben preceder en la continuación de nuestro relato, y esto se hará con el menor número posible de palabras.

Estas líneas son las siguientes:

«A las tres, como ya hemos dicho, todo estaba apaciguado en Versalles, y la misma Asamblea, tranquilizada por el informe de sus ujieres, se había retirado.

»Confiábase en que esta tranquilidad no se perturbaría.

»Pero se confiaba mal.

»En casi todos los movimientos populares que preparan las grandes revoluciones hay un tiempo de espera, durante el cual se cree que todo ha concluido y que se puede dormir sin cuidado; pero se incurre en un error.

»Detrás de los hombres que hacen los primeros movimientos, están los que esperan a que estos terminen, y que, fatigados o satisfechos, pero no queriendo en ningún caso ir más lejos, dejan a los otros entregarse al descanso.

»Entonces es cuando a su vez, esos hombres desconocidos, misteriosos agentes de las pasiones fatales, se deslizan en las multitudes, continúan su

obra allí donde la dejaron, y llevándola hasta sus últimos límites, espantan, al despertar, a los que les abrieron camino y se echaron después en medio de este, creyendo que ya estaba todo arreglado y conseguido el fin».

Hemos nombrado tres de esos hombres en el libro de que tomamos las pocas líneas que preceden.

Permítasenos introducir en nuestra escena, es decir, en la puerta de la taberna del puente de Sevres, un personaje que, a pesar de no haber sido citado aún por nosotros, no había tenido por eso menor importancia en aquella noche terrible.

Era hombre de cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años, con traje de obrero, es decir, calzón de terciopelo, preservado por un mandil de cuero con bolsillos, como los de los herradores o cerrajeros; llevaba medias de un color gris, zapatos con hebilla de cobre, y una especie de gorra de pelo, gorra semejante a la de un hulano, cortada por la mitad; bajo ella se escapaban abundantes cabellos grises, que uniéndose con enormes cejas, sombreaban grandes ojos a flor de la cabeza, vivos e inteligentes, cuyos reflejos eran tan rápidos que difícilmente se podía decir si tenían

color verde o gris, azul o negro. Completaban el conjunto del rostro una nariz más gruesa de lo regular, labios abultados, dientes muy blancos y tez curtida por el sol.

Sin ser alto, aquel hombre estaba admirablemente formado: tenía el pie pequeño, así como también la mano, y hasta hubiera parecido esta delicada a no ser por aquel color bronceado de los operarios que trabajan el hierro.

Pero remontando desde esta mano al codo, y desde el codo hasta la parte del brazo donde la camisa arremangada permitía ver el principio de un músculo vigoroso, se hubiera podido notar que, a

pesar de la robustez de este último, la piel que le cubría era muy fina, casi aristocrática.

Aquel hombre, de pie en la puerta de la taberna del puente de Sevres, tenía a su alcance un fusil de dos cañones ricamente incrustado en oro, y en uno de aquellos se podía leer el nombre de Leclére, armero que comenzaba a gozar de gran reputación en la aristocracia de los cazadores parisienses.

Tal vez se nos pregunte cómo tan magnífica arma se hallaba en manos de un simple obrero. A esto contestaremos que en los días de motín, y no hemos visto pocos, no se encuentran siempre en

las manos más blancas las mejores armas.

Aquel hombre había llegado de Versalles hacía una hora, poco más o menos, y sabía perfectamente lo que acababa de pasar, pues a las preguntas que le hizo el posadero al servirle una botella de vino, sin destapar aún, había contestado:

Que la Reina venía con el Rey y el Delfín.

Que había marchado al mediodía, poco más o menos.

Que se habían decidido, al fin, a vivir en el Palacio de las Tullerías; de modo que, en lo futuro, París no

carecería probablemente de pan, puesto que tendrían tahoneros.

Por último, el hombre añadió que esperaba, para ver pasar el cortejo.

Esta afirmación podía ser verdadera; pero era fácil notar que su mirada se dirigía más curiosamente hacia el lado de París que en dirección a Versalles, lo cual inducía a creer que no se había creído obligado a dar cuenta exacta de su intención al digno posadero que se permitía interrogarle.

Por lo demás, al cabo de algunos instantes, su atención quedó al parecer satisfecha: un hombre vestido poco más o menos como él, y que sin duda ejercía

una profesión análoga a la suya, apareció en lo alto de la cuesta que limitaba el horizonte, del camino.

Aquel hombre avanzaba pesadamente y como viajero que ha recorrido ya una larga distancia.

A medida que se acercaba, se podían distinguir sus facciones y calcular su edad.

Esta última parecía ser la misma del desconocido, es decir, que se podía afirmar previamente, como dice la gente del pueblo, que estaba en la parte triste de la cuarentena.

En cuanto a sus facciones, eran las de un hombre ordinario, de instintos

bajos y vulgares.

La mirada del desconocido se fijó curiosamente en él con una expresión extraña, y como si hubiera querido calcular de una sola ojeada todo cuanto se podía esperar de impuro y de malo del corazón de aquel hombre.

Cuando el obrero que llegaba por el lado de París no estuvo más que a una veintena de pasos del personaje que esperaba en la puerta, este entró y sirvióse el primer vino de la botella en uno de los dos vasos colocados sobre la mesa; hecho esto, volvió a la puerta con el vaso en la mano y levantado.

—¡Hola compañero! —dijo—; hace

frío y el camino es largo. ¿No tomaremos un vaso de vino para reanimarnos?

El obrero que llegaba de París miró en torno suyo, como para ver si era a él a quien se dirigía la invitación.

—¿Es a mí a quien habláis? — preguntó.

—¿Pues a quién, si os place, puesto que estáis solo?

—¿Y me ofrecéis un vaso de vino?

—¿Por qué no?

—¡Ah!

—¿No somos, acaso, del mismo oficio, o poco menos?

El obrero miró por segunda vez al

desconocido.

—Todo el mundo —replicó—, puede ser del mismo oficio; lo importante es saber si en este es uno compañero o amo.

—Pues bien, esto es lo que veremos bebiendo el vino y conversando.

—Vamos allá —dijo el obrero dirigiéndose hacia la puerta de la taberna.

El desconocido le señaló la mesa y el vino que estaba sobre ella.

El obrero, cogiendo el vaso, miró el vino, como si tuviese alguna desconfianza, la cual se desvaneció cuando el desconocido, después de

servirse por segunda vez, apuró su vaso de nuevo.

—Y bien —preguntó—, ¿tenéis acaso demasiado orgullo de brindar con el que os invita?

—A fe mía que no; todo lo contrario. ¡Brindo por la nación!

Los ojos grises del obrero se fijaron un instante en el que acababa de pronunciar este brindis, y después respondió:

—¡Pardiez!, sí, bien dicho. ¡Por la nación!

Y apuró el contenido de su vaso de un solo trago, enjugándose después los labios con la manga.

—¡Hola! —exclamó—, esto es Borgoña.

—¡Y del bueno! Me han recomendado la marca; al pasar por aquí entré y no me arrepiento de ello; pero sentaos, buen amigo, pues aún queda algo en la botella, y cuando esta se apure, mandaré subir otra de la bodega.

—¿Y qué nacéis aquí? —preguntó el obrero.

—Ya lo veis; vengo de Versalles y espero el cortejo para acompañarle a París.

—¿Qué cortejo?

—¡Toma! El del Rey, la Reina y el Delfín, que vuelven a París, en

compañía de las señoras del mercado y de doscientos individuos de la Asamblea, bajo la protección de la guardia nacional y del señor de Lafayette.

—¿Conque ha resuelto el ciudadano volver a París?

—Ha sido forzoso.

—Ya lo sospeché yo a las tres de la madrugada, cuando marché a París.

—¡Ah, ah! ¿Habéis marchado a las tres de la madrugada, saliendo de Versalles por curiosidad, a fin de saber lo que iba a pasar?

—Sí tal; bien deseaba enterarme de lo que sucedería al ciudadano, tanto más

cuanto que, sin elogiarme, se trata de un conocido mío; pero ya comprenderéis que el trabajo se antepone a todo; uno tiene mujer e hijos, y es preciso darles de comer, sobre todo ahora, que no se tendrá más la fragua real.

El desconocido dejó pasar las dos alusiones sin recogerlas.

—¿Conque era un trabajo urgente el que habíais de ejecutar en París? — insistió.

—A fe mía que sí, o, por lo menos, lo parece; y se pagaba bien —añadió el obrero haciendo sonar algunos escudos en su bolsillo—, aunque haya recibido el dinero de manos de un criado, lo cual

no es nada cortés, sobre todo siendo este alemán, lo que ha impedido que pudiéramos hablar un poco.

—¿Y vos sois aficionado a hablar?

—¡Diablo!, cuando no se habla mal de los otros, esto distrae.

—Y aunque se hable, ¿no es verdad?

Los dos hombres se echaron a reír, el desconocido mostrando dientes muy blancos, mientras que los del obrero se hallaban en muy mal estado.

—Así, pues —repitió el desconocido, como hombre que avanza paso a paso, pero que no se detiene por nada—, ¿habéis ido a París a ejecutar un trabajo urgente y bien pagado?

—Sí.

—¿Sin duda era cosa difícil?

—Mucho.

—¿Alguna cerradura secreta, tal vez?...

—Una puerta invisible... Imaginaos una casa dentro de otra; cualquiera que tuviese interés en ocultarse, puede estar o no estar; el criado abre la puerta, preguntan por su señor, y responde que no está. «Sí, que está, replica el visitante. ¡Pues bien, buscadle!». Se hace así; pero yo desafío a cualquiera a encontrar al señor. Una puerta de hierro encaja perfectamente en una moldura, y por ella se escapa. Ahora trátase de

cubrir todo esto con madera vieja de encina, y será imposible distinguir entre la madera y el hierro.

—Sí, pero ¿y golpeando encima?...

—¡Bah!, una plancha de madera sobre una hoja de hierro de una línea, aunque bastante gruesa, para que el sonido sea igual en todas partes... tac... tac... tac... Una vez acabada la cosa, yo mismo me engañaba.

—¿Y dónde diablos habéis ido para hacer eso?

—¡Ah!, esta es la cuestión.

—¿No queréis decirlo?

—Es que no puedo, atendido que no lo sé.

—¿Os han vendado los ojos?

—Precisamente. Se me esperaba con un coche en la barrera, y allí me preguntaron: «¿Sois fulano?». «Sí», contesté. «¡Bueno!, a vos es a quien esperamos; subid». «¿Es preciso?». «Sí». Obedecí, me vendaron los ojos, el coche comenzó a rodar, sin detenerse durante media hora, y después se abrió una puerta, que debía ser muy grande; tropecé en el primer peldaño de una escalinata, y habiendo franqueado diez más, penetré en un vestíbulo, donde encontré un criado alemán, que dijo a los otros: «Está bien; retiraos, porque ya no se os necesita». Todos se fueron, y

entonces el alemán, quitándome la venda, me mostró lo que debía hacer. Puse manos a la obra como buen trabajador, y al cabo de una hora ya estaba concluida. Me pagaron en buenos lises de oro, vendáronme los ojos de nuevo, me hicieron subir al coche, me apearon en el lugar mismo en que subí deseáronme buen viaje, y aquí estoy.

—¿Sin haber visto nada, ni aun de reojo? ¡Qué diablo!, una venda no se oprime tanto que no se pueda atisbar alguna, cosa a derecha o izquierda.

—¡Oh, oh!

—¡Vamos... vamos! Confesad que habéis visto alguna cosa —dijo el

extranjero con viveza.

—La verdad es que al dar un paso en falso, al chocar contra el primer escalón, me aproveché de esto para hacer un ademán, y entonces se desarregló un poco la venda.

—¿Y entonces?... —preguntó el desconocido con la misma viveza.

—Vi una fila de árboles a mi izquierda, lo cual me hizo creer que la casa estaba en un bulevar; pero esto es todo.

—¿Todo?

—Palabra de honor.

—Pues a la verdad que esto no dice mucho.

—Es cierto, atendido que los bulevares son largos, y que hay más de una casa con puerta grande y pórtico desde el café de San Honorato a la Bastilla.

—¿De modo que no reconoceríais el edificio?

El cerrajero reflexionó un instante.

—No, a fe mía —dijo—; no sería capaz de ello.

El desconocido, cuyo rostro no decía al parecer sino lo que él quería, quedó aparentemente satisfecho de aquella seguridad.

—Pero ¡ah! —exclamó de repente, como pasando a otro orden de ideas—.

¿Cómo es que habiendo cerrajeros en París, envían a buscarlos a Versalles las personas que necesitan puertas secretas?

Al decir estas palabras, llenó el vaso de vino de su compañero y golpeó la mesa con la botella vacía, a fin de que el dueño trajese otra llena.

Capítulo II

EL MAESTRO GAMAIN

El cerrajero elevó el vaso a la altura de sus ojos y miró el vino con marcada complacencia. Después lo probó con satisfacción.

—Sí tal —dijo—, en París hay cerrajeros. —Y bebió algunas gotas de vino—. Y también maestros.

Y volvió a beber.

—Eso es lo que yo me decía —dijo

su interlocutor.

—Sí; pero hay maestros de maestros.

—¡Ah, ah! —exclamó el desconocido sonriendo—, veo que sois como San Eloy, maestro de maestros.

—Y sobre todo. ¿Sois del oficio?

—Casi, casi.

—¿Y cuál ejercéis?

—Soy armero.

—¿Tenéis aquí alguna muestra de vuestro trabajo?

—Ved este fusil.

El cerrajero tomó el arma de manos del desconocido, la examinó atentamente, hizo funcionar los resortes,

aprobo, con un movimiento de cabeza, el crujido del gatillo, y, al fin, leyendo el nombre inscrito en el cañón y en la llave:

—¿Leclére? —preguntó—. ¡Esto es imposible, amigo! Leclére tiene veintiocho años cuando más, y nosotros dos nos acercamos a los cincuenta, dicho sea sin que os desagrade.

—Es verdad —replicó el otro—, yo no soy Leclére, pero es lo mismo.

—¿Cómo que es lo mismo?

—Sin duda, puesto que soy su maestro.

—¡Ah!, esto es bueno —exclamó el cerrajero riéndose—; esto es codo si yo

os dijese: «No soy el Rey, pero es lo mismo».

—¡Cómo! —exclamó el desconocido.

—Es claro, puesto que yo soy su maestro —dijo el cerrajero.

—¡Oh! —exclamó el desconocido levantándose y parodiando el saludo militar—, ¿tendría acaso el honor de hablar con el maestro Gamain?

—El mismo en persona, y para servirlos si pudiera —contestó el cerrajero, satisfecho del efecto que su nombre había producido.

—¡Diablo! —exclamó su interlocutor—, no sabía que trataba con

un hombre tan notable.

—¿Cómo?

—Con un hombre tan notable —
repitió el desconocido.

—Tan consecuente, si os place.

—Vamos, dispensad —continuó el
armero sonriéndole—; pero ya sabéis
que un hombre de mi oficio no habla el
francés como un maestro. ¡Y un maestro
del Rey de Francia!

Y después, prosiguiendo la
conversación en otro tono, añadió:

—Decidme, creo que no tendrá nada
de divertido ser maestro del Rey.

—¿Por qué?

—¡Diablo!, cuando es preciso

arreglarse siempre para decir buenos días o buenas noches...

—Eso no es nada.

—Cuando se debe decir: «Tome Vuestra Majestad esta llave con la mano izquierda», o bien: «Señor, coged esa lima con la mano derecha».

—Pues precisamente, he aquí dónde está el encanto con el Rey, porque es un buen hombre en el fondo, os lo aseguro. Una vez en la fragua, cuando tenía puesto el mandil y las mangas de la camisa arremangadas, jamás se hubiera dicho que era el hijo mayor de San Luis, según le llaman.

—En efecto, tenéis razón, es

extraordinario que un rey se parezca tanto a otro hombre.

—¿No es verdad que sí? Largo tiempo hace que los que se acercan a él lo han echado de ver.

—¡Oh!, esto no sería nada si solamente los que se acercan a él lo hubiesen notado —repuso el desconocido con una sonrisa extraña—; pero los que se alejan son particularmente los que se aperciben de ello.

Gamain miró a su interlocutor con cierto asombro.

Mas el armero, que había olvidado ya su papel, tomando una palabra por la

otra, no le dio tiempo para pensar el valor de la frase que acababa de pronunciar, y reanudó la conversación, diciendo:

—A mí me parece humillante que a un hombre que es como otro, se le llame *Señor y Majestad*.

—Pero advertid que no es preciso llamarle así; una vez en la fragua, ya no hay nada de esto; yo le llamo ciudadano, y él me llama Gamain a secas; pero él me tuteaba, y yo a él no.

—Sí, pero cuando llegaba la hora de almorzar o de comer, se enviaba a Gamain a la cocina, con los criados y los lacayos.

—¡Oh!, no jamás ha hecho eso; y muy por el contrario, mandaba que me trajeran una mesa, ya servida, a la misma fragua, y a menudo sentábase a ella para almorzar conmigo. «¡Bah!, decía, no iré a ver a la Reina para almorzar con ella, y así no será necesario lavarme las manos».

—No comprendo bien.

—¿No comprendéis que cuando el Rey acababa de trabajar conmigo, manejando el hierro tenía las manos como nosotros? Por lo demás, esto no nos impide ser honrados; pero la Reina le decía, con su aire de timorata: ¡Uf!, ¡señor, tenéis las manos sucias! ¡Como

si se pudiera tener las manos limpias cuando se acaba de trabajar en la fragua!

—No me habléis —dijo el desconocido—, porque eso hace llorar.

—En resumen, el Rey no estaba contento más que allí o en su gabinete de geografía, conmigo o con su bibliotecario; mas creo que a mí era a quien profesaba mayor cariño.

—No importa, siempre creeré que no tiene nada de divertido ser maestro de un discípulo malo.

—¡Un discípulo malo! —exclamó Gamain—. ¡Oh!, nada de eso; no debéis decir tal cosa, y hasta es una desgracia que haya venido al mundo como rey, y

que deba ocuparse en una infinidad de necesidades como las que le distraen, en vez de seguir haciendo progresos en su arte. No será nunca más que un pobre monarca; es honrado en demasía y hubiera sido un excelente cerrajero.

—Hay un hombre a quien yo aborrecía, en el tiempo de que hablo, por las horas que le hacía perder: era el señor Necker. ¡Dios mío!, ¡cuánto tiempo le hizo malgastar con sus consultas y conferencias!

—Y con sus cuentas azules, o cuentas en el aire, como se decía.

—Bien, amigo mío, pero decid...

—¿Qué?

—Que debía ser una fortuna para vos tener un discípulo de ese calibre.

—Pues nada de eso, y precisamente en este punto os engañáis; a ello se debe que yo tenga mala voluntad a Luis XVI, al padre de la patria, al restaurador de la nación francesa; a mí me creen rico, como Crespo, y soy tan pobre como Job.

—¿Que sois pobre? ¿Pero que se hacía del dinero?

—Pues el Rey daba una mitad a los pobres y la otra a los ricos; de modo que jamás tenía un cuarto, sin contar que los Coigny, los Vaudreuil y los Polignac, saqueaban al pobre hombre. Cierta día quiso reducir el sueldo del señor de

Coigny; pero este fue a esperarle a la puerta de la fragua, y cinco minutos después de hallarse fuera, entró muy pálido en sus habitaciones, diciendo: ¡Ah!, a fe mía he creído que se proponía pegarme. ¿Y el sueldo, señor?, le pregunté yo. «Le he dejado como estaba, me contestó; no tenía más remedio». Otro día quiso hacer observaciones a la Reina acerca de una canastilla de la señora de Polignac, que valía trescientos mil francos.

—¿Qué os parece?

—Muy bien.

—Pues no era bastante; la reina quiso que se la diese una de quinientos

mil; y he aquí cómo esos Polignac, que diez años hace no tenían un cuarto, acaban de salir de Francia con dos millones. ¡Si al menos valiesen algo, pase; pero dad a todos esos personajes un yunque y un martillo, y no servirán ni para forjar una herradura; y dadles una lima, y no serán capaces de construir un tornillo de cerradura! En cambio son buenos oradores, caballeros, como ellos dicen, que han impulsado al Rey hacia adelante, y que hoy le dejan salir de sus apuros como pueda, con M. Bailly, el señor de Lafayette y Mirabeau; mientras que a mí, que le he dado tan buenos consejos, si hubiera querido

escucharme, me deja así con mil quinientas libras de sueldo que me ha señalado; ¡a mí, su mejor maestro, a mí, su amigo, a mí, que le he puesto la lima en la mano!

—Sí; pero cuando trabajáis con él, siempre habrá alguna gratificación.

—¿Acaso trabajo yo con él ahora? ¡Por lo pronto, esto sería comprometerme! Desde la toma de la Bastilla no había puesto los pies en el palacio; una vez o dos le encontré; mas a la primera había mucha gente en la calle y se limitó a saludarme; la segunda fue en el camino de Satory; estábamos solos y mandó detener su coche. «Buenos días,

mi pobre Gamain», dijo suspirando.

—Vamos, ¿no es verdad que la cosa no marcha como deseáis? —le dije—. Así aprenderéis... «¿Y tu mujer y tus hijos, están todos buenos?...». «Perfectamente, con un apetito del diablo», y esto es todo... «Toma, dijo el Rey, les harás este regalito de parte mía». Y rebuscando en sus bolsillos, reunió la cantidad de nueve luises. «Es todo cuanto llevo, mi pobre Gamain, dijo, y estoy avergonzado de hacerte tan pobre donativo». En efecto, convendréis en que hay de qué avergonzarse: un rey que solamente lleva nueve luises en los bolsillos, un rey que hace a un

compañero, a un amigo, un regalo de nueve luises... Por eso...

—¿Habéis rehusado?

—No. Yo me dije: «Debo tomarlos de todos modos, pues encontraría otro menos vergonzoso que los aceptaría». Pero es igual, y puede estar muy tranquilo, pues no pondré los pies en Versalles si no envía a buscarme; y aún, aún...

—Corazón agradecido —murmuró el armero.

—¿Qué decís?

—Digo que es conmovedor, maestro Gamain, ver una abnegación como la vuestra, que sobrevive a la mala fortuna.

¡Vaya el último vaso de vino a la salud de nuestro discípulo!

—¡Ah!, no lo merece mucho; pero, no importa. ¡Vaya, a su salud!

Y bebió.

—Y cuando pienso —continuó—, que tenía en sus bodegas diez mil botellas, de las que, la más barata, valía diez veces más que esta, y que nunca dijo a uno de sus lacayos: «Fulano, lleva algunas botellas de vino a casa de mi amigo Gamain». ¡Ah!, sí, ha preferido que beban sus guardias de corps, sus suizos y sus soldados del regimiento de Flandes. ¡De mucho le ha servido!

—¡Cómo ha de ser! —replicó el

armero apurando su vaso a sorbitos—; los reyes son así, todos ingratos. Pero ¡chist!, no estamos solos.

En efecto, tres individuos, dos hombres del pueblo y una vendedora de pescado, acababan de entrar en la misma taberna, y tomando asiento en la mesa opuesta a la en que el desconocido apuraba su segunda botella con el maestro Gamain.

El cerrajero fijó la vista en los recién venidos y los examinó con una atención que hizo sonreír al armero.

Efectivamente, aquellos tres personajes parecían dignos de alguna atención.

De los dos hombres, uno de ellos era todo busto, y el otro todo piernas; en cuanto a la mujer, hubiera sido difícil averiguar lo que era.

De aquellos dos hombres, el primero parecía un enano, pues apenas llegaba su estatura a cinco pies, debiéndose esto tal vez a la conformación de sus rodillas, que, cuando el individuo estaba derecho, se tocaban por dentro, a pesar de la desviación de los pies. Su rostro, en vez de compensar esta conformidad parecía hacerla más marcada; sus cabellos, grasos y sucios, aplanábanse sobre una frente deprimida; sus cejas, mal dibujadas, parecían haber crecido por

casualidad; sus ojos, vidriosos en el estado normal, eran opacos y apagados como los de un sapo; pero en los momentos de irritación, brillaban como la pupila contraída de una víbora furiosa; tenía la nariz achatada, y desviándose de la línea recta hacía resaltar más la prominencia de los pómulos de las mejillas, completando, en fin, tan repugnante conjunto una boca torcida, con labios amarillentos y algunos raros dientes vacilantes y negros.

A primera vista, aquel hombre parecía tener en las venas hiel en vez de sangre.

El segundo hombre, al contrario del primero, que tenía las piernas cortas y torcidas, parecía una garza subida en zancos; la semejanza con el ave que acabamos de compararle era tanto mayor cuanto que, jorobado como ella y con la cabeza completamente perdida entre los hombros, no se distinguía esta sino por dos ojos, que parecían dos manchas de sangre, y por la nariz, puntiaguda como un pico. Hubiérase creído a primera vista que, así como la garza, tendría la facultad de prolongar su cuello, como un resorte, para hacer daño a cierta distancia; mas no era así; solamente sus brazos estaban dotados de

la elasticidad que faltaba al cuello, y sentado como se hallaba, le habría sido suficiente prolongar el dedo, sin la menor inclinación de su cuerpo, para recoger un pañuelo que se le acababa de caer, después de enjugar su frente humedecida a la vez por el sudor y la lluvia.

El tercero, o la tercera, como se quiera, era un ser anfibio, cuya especie se podía reconocer muy bien; pero era difícil distinguir el sexo. Era hombre o mujer de treinta a cuarenta años, que llevaba un elegante traje de pescadera, con cadenas de oro, pendientes de lo mismo y pañuelo de blanca. Sus

facciones, en cuanto podían distinguirse a través de la capa de blanquete y de colorete que las cubría, y de las moscas de todas formas que parecían constelaciones en aquella, estaban ligeramente gastadas, como se nota en las razas vulgares. Cuando se habían visto una vez, y cuando su aspecto inspiraba la duda que acabamos de expresar, se esperaba con impaciencia que su boca se abriese para pronunciar algunas palabras, considerándose que el sonido de su voz comunicaría a toda su persona dudosa un carácter por el cual sería posible reconocerla. Pero no era así: su voz, que parecía de soprano,

dejaba al curioso y al observador más profundos sumidos en la duda respecto a su persona; el oído no explicaba el aspecto ni completaba el conjunto.

Las medias y los zapatos de los hombres, así como los de la mujer, indicaban que recorrían las calles hacía largo tiempo.

—Es extraño —dijo Gamain—; me parece que conozco a esa mujer.

—Tal vez; pero desde el momento en que esas tres personas se hallan juntas, apreciable señor Gamain —dijo el armero cogiendo su fusil y encasquetándose el gorro hasta las orejas—, es porque tienen algo que

hacer, y siendo así, es preciso dejarlos solos.

—¿Pero los conocéis vos? — preguntó Gamain.

—Sí, de vista —contestó al armero —. ¿Y vos?

—Yo diría que no es la primera vez que veo a esa mujer.

—En la corte probablemente — replicó el desconocido.

—¡Bah! ¡Una pescadera!

—Es que van allí con frecuencia desde hace algún tiempo.

—Pues si conocéis a esta gente, nombrad los dos hombres, y esto me ayudará sin duda a reconocer a la mujer.

—¿Los dos hombres?

—Sí.

—¿Cuál queréis que nombre primero?

—El patizambo.

—Es Juan Pablo Marat.

—¡Ah, ah!

—¿Qué más?

—¿Cómo se llama el jorobado?

—Próspero Varrieres.

—¡Ah, ah!

—Vamos, ¿recordaréis ahora quién es la pescadera?

—A fe mía que no.

—Buscad.

—No puedo formar idea.

—Pues bien, la pescadera...

—Esperad... pero no... sí... no...
sí... no.

—Vamos, sí.

—¡Es imposible!

—Bien parece serlo.

—¿Es?...

—Vaya, veo que no la nombraréis nunca, y que es preciso que yo lo haga: la pescadera es el duque de Aiguillon.

Al oír pronunciar este nombre, la pescadera se estremeció y volvió la cabeza, así como sus dos compañeros.

Todos tres hicieron un movimiento para levantarse, como se haría a un jefe a quien se quisiera manifestar

diferencia.

Pero el desconocido aplicó un dedo a sus labios y pasó.

Gamain le siguió, creyendo que soñaba.

En la puerta tropezó con un individuo que al parecer huía, perseguido por gente que gritaba:

—¡El peluquero de la Reina, el peluquero de la Reina!

Entre los perseguidores que corrían y gritaban, veíanse dos que llevaban cada cual una cabeza ensangrentada en la punta de una pica. Eran las de dos desgraciados guardias, Varicourt y Deshuttes, que separadas del cuerpo por

un individuo llamado el gran Nicolás, habían sido colocadas en las picas por la multitud.

Aquellas cabezas, como hemos dicho, servían de banderas a la gente que corría en persecución del desgraciado con quien Gamain estaba a punto de tropezar.

—¡Toma! —exclamó este—, es Leonardo.

—¡Silencio!, no me nombréis —exclamó el peluquero precipitándose en la taberna.

—¿Qué le quieren? —preguntó el cerrajero al desconocido.

—¿Quién sabe? —contestó este—;

tal vez se desea que rize las cabezas de esos pobres diablos. ¡Se conciben tan singulares ideas en tiempo de revolución!

Y se confundió con la multitud, dejando a Gamain, de quien sin duda había obtenido todo cuanto necesitaba, y el cual marchó en dirección a Versalles, a lo que le llamaba su taller.

Capítulo III

CAGLIOSTRO

Era tanto más fácil para el desconocido confundirse en la multitud cuando que esta era muy numerosa.

Se titulaba vanguardia del cortejo del Rey, de la Reina y del Delfín.

Había salido de Versalles, según dijo el Rey, a eso de la una de la tarde.

La Reina, el Delfín, *madame Royale*, el conde de Provenza, madama Isabel Andrea, habían tomado asiento en

la carroza.

Cien coches conducían a los individuos de la Asamblea nacional que se habían declarado inseparables del Rey.

El conde de Charny y Billot se habían quedado en Versalles, para cumplir con los últimos deberes respecto al barón Jorge de Charny, muerto, como ya hemos dicho, en aquella terrible noche del 5 al 6 de octubre, y para evitar que se mutilase su cuerpo, como se habían mutilado los de los guardias de corps Varicourt y Deshuttes.

Aquella vanguardia, de la cual

hemos hablado ya, y que había salido de Versalles dos horas antes que el Rey, precediéndole en un cuarto de hora poco más o menos, se había reunido en cierto modo con los que llevaban las dos cabezas de los guardias a guisa de bandera.

Como la vanguardia se había detenido delante de la taberna del puente de Sevres, las cabezas quedaron inmóviles.

Esta vanguardia se componía de míseros descamisados casi beodos, espuma flotante en la superficie de toda inundación, bien sea esta de agua o de lava.

De improviso prodújose en aquella multitud gran tumulto: se acababan de ver las bayonetas de la guardia nacional y el caballo blanco de Lafayette, que precedía seguidamente al coche del Rey.

A Lafayette le agradaban mucho las reuniones populares; en medio del pueblo de París, del que era el ídolo, reinaba verdaderamente.

Pero no le agradaba el populacho.

París, como Roma, tenía su plebe *plebécula*.

Le disgustaban, sobre todo, esa especie de ejecuciones que el pueblo practicaba por su mano, y ya se ha visto que hizo cuando le fue posible para

salvar a Flesselles, a Foullon y a Bertier de Sauvigny.

Aquella vanguardia había tomado la delantera para ocultar su trofeo, conservando las sangrientas insignias que demostraban su victoria.

Mas parece que, reforzados con el triunvirato que habían tenido la suerte de encontrar en la taberna, los portaestandartes hallaron medio de eludir a Lafayette, pues, rehusaron marchar con sus compañeros, alegando que como Su Majestad había declarado que no quería separarse de sus fieles guardias, esperarían al Rey para servirle de cortejo.

En su consecuencia, la vanguardia, habiendo recobrado fuerzas, emprendió de nuevo la marcha.

Aquella multitud que avanzaba por el camino real de Versalles a París, semejante a una cloaca desbordada, que después de la tempestad arrastra en sus hondas negras y cenagosas a los habitantes de un palacio que halló a su paso y derribó con su violencia, aquella multitud, decimos, tenía a cada lado del camino una especie de remolino formado por las poblaciones de los pueblos inmediatos, que acudían para ver que pasaba. De los que llegaban así, algunos, y era el menor número,

confundíanse con la multitud para formar parte del cortejo del Rey, mezclando sus gritos y sus clamores con los que ya se oían; pero la mayor parte de los curiosos se quedaban en ambos lados del camino, inmóviles y en silencio.

¿Diremos por eso que simpatizaban con el Rey y la Reina? No, pues a menos de pertenecer a la clase aristocrática de la sociedad, todo el mundo, hasta la clase media, se resentía poco o mucho del hambre espantosa que acababa de invadir a toda Francia. Por lo tanto, para no insultar al Rey, a la Reina y al Delfín, se callaban, y el silencio de la multitud es tal vez peor aún que sus insultos.

En cambio, por el contrario, aquella muchedumbre gritaba a voz en cuello: «¡Viva Lafayette!», y este levantaba su sombrero de vez en cuando con la mano izquierda, saludando con su espada en la derecha. También se oía gritar: «¡Viva Mirabeau!», el cual asomaba de vez en cuando la cabeza por la portezuela de la carroza donde iba, oprimido entre los demás, ansioso de aspirar el aire exterior, necesario para sus grandes pulmones.

Por eso el desgraciado Luis XVI, para quien todo era silencio, oía aplaudir delante de él la cosa que había perdido, la popularidad, y lo que le

había faltado siempre, el genio.

Gilberto, así como lo había hecho en el viaje del Rey solo, iba confundido con todo el mundo junto a la portezuela derecha de la carroza del monarca, es decir, al lado de la Reina.

María Antonieta, que no había podido comprender jamás aquella especie de estoicismo de Gilberto, a quien la rigidez americana había comunicado mayor aspereza, miraba con asombro a aquel hombre que, sin amor y abnegación para sus soberanos, llenaba simplemente cerca de ellos lo que llamaba un deber, aunque mostrándose dispuesto a practicar en su favor todo

cuanto se hace por fidelidad y por cariño.

Más aún, pues no hubiera vacilado en morir por ellos; y muchas abnegaciones de amor no llegan hasta este punto.

A los dos lados del coche del Rey y de la Reina —además de aquella especie de fila de personas a pie que se había apoderado de aquel sitio, los unos por la curiosidad y los otros para estar dispuestos a socorrer, en caso necesario, a los augustos viajeros, siendo muy pocos los que tenían malas intenciones —, avanzaban por las dos orillas del camino, hundiéndose en el barro, que

tenía seis pulgadas de profundidad, las mujeres y los hombres fuertes del mercado, que parecían rodar de vez en cuando, enmedio de su abigarrada corriente de ramos y cintas, un objeto más compacto.

Era tal vez algún cañón o un furgón cargado de mujeres, que cantaban ruidosamente, gritando con voz descompasada.

Lo que cantaban era nuestra antigua canción popular, que comienza así:

*La panadera tiene cuartos,
pero bien poco le cuestan.*

Lo que decían era la nueva fórmula de sus esperanzas:

«Ya no nos faltará pan, porque traemos al panadero, la panadera y el mozo de la tahona».

La Reina parecía escuchar todo esto sin comprender nada. Tenía entre sus piernas, de pie, al pequeño Delfín, que miraba a aquella multitud con ese aire de espanto con que los hijos de los príncipes miran a la muchedumbre —en la hora de las revoluciones—, como nosotros vimos que la miraban el rey de Roma, el duque de Burdeos y el conde de París.

Pero nuestra multitud era más

desdeñosa y más magnánima que aquella otra, porque era más fuerte y comprendía que le era dado hacer gracia.

El Rey, por su parte, miraba todo aquello con expresión grave y triste; apenas había dormido la noche anterior; comió mal en su almuerzo; faltóle tiempo para empolvar otra vez su cabeza; llevaba la barba muy larga y la ropa blanca arrugada, cosas que le molestaban infinitamente. ¡Ah!, ¡el pobre Rey no era hombre para las circunstancias difíciles, y por eso en todas ellas doblaba la cabeza! ¡Un solo día la levantó, y fue en el cadalso, en el

momento en que iba a caer!

Madame Isabel era ese ángel de dulzura y de resignación que Dios había puesto junto a dos seres condenados; debía consolar al Rey en el Temple, por la ausencia de la Reina, consolando después a esta en la Conserjería por la muerte del Rey.

El conde de Provenza, como siempre, tenía su mirada oblicua y falsa; bien sabía que por el pronto, al menos, no le amenazaba ningún peligro, pues en aquel momento era popular en la familia. ¿Por qué? No se sabe nada; tal vez porque se había quedado en Francia, mientras que su hermano, el conde de

Artois, se había marchado.

Pero si el Rey hubiese podido leer en el fondo del corazón del conde de Provenza, falta saber si lo que hubiese encontrado allí le habría dejado intacto ese agradecimiento que le consagró, por lo que él consideraba un acto de abnegación.

En cuanto a Andrea, parecía de mármol; no había dormido más que la Reina, ni comido tampoco mejor que el Rey, pero las necesidades de la vida no hacían mella, al parecer, en aquella naturaleza excepcional. Tampoco había tenido tiempo para arreglar su tocado a cambiar de traje; pero ni un solo cabello

de su cabeza estaba fuera de sitio, ni un solo pliegue de su vestido indicaba un rozamiento inusitado.

Así como una estatua, aquellas oleadas que se movían en tomo suyo, sin que fijase en ellas su atención, parecían dejarla más lisa y más blanca; era evidente que aquella mujer tenía en el fondo de la cabeza o del corazón un pensamiento único y luminoso para ella sola, al que tendía su alma, como tiende a la estrella polar la aguja imantada. Especie de sombra entre los vivos, tan sólo una cosa indicaba que vivía, y era el relámpago involuntario que se escapaba de sus ojos siempre que estos

se encontraban con los de Gilberto.

A unos cien pasos de llegar a la pequeña taberna de que hemos hablado, el cortejo se detuvo y los gritos redoblaron en toda la línea.

La Reina se inclinó ligeramente fuera de la portezuela, y este movimiento, aunque pareciese un saludo, hizo murmurar a la multitud.

—Señor Gilberto —dijo.

El doctor se acercó a la portezuela; y como desde Versalles llevaba el sombrero en la mano, no le fue necesario descubrirse en señal de respeto a la Reina.

—¿Qué deseáis, señora? —

preguntó.

Estas palabras, por la entonación con que fueron pronunciadas, indicaban que Gilberto estaba completamente a las órdenes de la Reina.

—Señor Gilberto —continuó—. ¿Qué canta ahora, qué grita, o qué dice vuestro pueblo?

Por la forma misma de esta frase, que la Reina había preparado de antemano, y que hacía largo tiempo sin duda murmuraba entre dientes, veíase que su intención era lanzada a la faz de aquella multitud por la portezuela.

Gilberto dejó escapar un suspiro que significaba «¡Siempre la misma!».

Después, con una profunda expresión de melancolía, exclamó:

—¡Ay de mí!, señora, ese pueblo que llamáis mío, ha sido vuestro en otro tiempo, y hace menos de veinte años que el señor de Brissac, seductor cortesano, a quien inútilmente busco aquí, os mostraba desde el balcón de la Casa de la Ciudad a ese mismo pueblo, gritando: «¡Viva la Delfina!», y os decía después: «¡Señora, ahí tenéis doscientos mil enamorados!».

La Reina se mordió los labios; era imposible hallar ninguna falta en la contestación, ni tampoco en cuanto al respeto.

—Sí, es verdad —repuso la Reina —; esto prueba tan sólo que los pueblos cambian.

Esta vez, Gilberto se inclinó, pero sin contestar.

—Os había hecho una pregunta, señor Gilberto —dijo la Reina, con esa insistencia que manifestaba en todo, incluso en las cosas que debían serle desagradables.

—Sí, señora —dijo Gilberto—, y voy a contestar, puesto que Vuestra Majestad se empeña. El pueblo canta:

*La panadera tiene cuartos,
pero bien poco le cuestan.*

—Ya sabéis a quien llama el pueblo la panadera.

—Sí, caballero, ya sé que me dispensa este honor; pero estoy acostumbrada a los sobrenombres, y en otro tiempo me llamaban señora Déficit. ¿Habrá alguna analogía entre el primer nombre y el segundo?

—Sí, señora, y para asegurarlo basta que penséis los dos primeros versos que os he dicho:

*La panadera tiene cuartos,
pero bien poco le cuestan.*

La Reina repitió estas palabras, y

dijo después:

—No comprendo, caballero.

Gilberto guardó silencio.

—¡Vamos! —exclamó la Reina impaciente—. ¿No habéis oído que no comprendo?

—¿Y Vuestra Majestad insiste en obtener una explicación?

—Sin duda.

—Esto quiere decir, señora, que Vuestra Majestad ha tenido ministros muy complacientes, sobre todo los de Hacienda, y en particular el señor de Calonne; el pueblo sabe que a Vuestra Majestad le bastaba pedir para obtener, y como pedir cuesta poco cuando una es

Reina, atendido que la demanda es una orden, el pueblo canta: «La panadera *tiene cuartos, Pero bien poco le cuestan*». Es decir, que no le cuestan más que el trabajo de solicitar.

La Reina oprimió su blanca mano sobre el terciopelo rojo de la portezuela.

—Pues bien, sea —dijo—, ya sabemos lo que canta, y ahora, señor Gilberto, ya que lo explicáis tan bien, pasemos a lo que dice.

—Es lo siguiente: «No carecemos ya de pan, puesto que tenemos el *panadero*, la *panadera* y el *mozo de tahona*».

—¿Vais a explicarme esta segunda

insolencia tan claramente como la primera? Confío en ello.

—Señora —dijo Gilberto con la misma dulzura melancólica—, si quisierais pesar bien, no las palabras tal vez, sino la intención del pueblo, veríais que no tenéis tanto motivo como os parece para quejaros.

—Veamos eso —replicó la Reina con una sonrisa nerviosa—. Ya sabéis que no deseo más que instruirme; señor doctor, decid; ya escucho.

—Con razón o sin ella, señora le han dicho al pueblo que en Versalles se hacía un gran comercio de harinas, y que por esta causa no llegaban ya a París.

¿Quién alimenta al pobre pueblo? El panadero y la panadera del barrio.

¿Hacia quién vuelven sus manos suplicantes, el padre, el esposo y el hijo, cuando, faltos de recursos, se mueren de hambre? Hacia el panadero y la panadera. ¿A quién suplican, después de Dios, que hace crecer las mieses? A los que distribuyen el pan. ¿No sois vos, señora, no son el Rey y vuestro augusto hijo los distribuidores del pan de Dios? No os extrañéis, pues, el dulce nombre con que ese pueblo os designa, y dadle gracias por su esperanza de que, hallándose el Rey, la Reina y el señor Delfín en medio de un millón doscientos

mil hambrientos, estos últimos no carecerán de nada.

La Reina cerró un instante los ojos, e hizo un movimiento con la mandíbula y el cuello como si se tratase de tragar su odio, al mismo tiempo que la amarga saliva que abrasaba su garganta.

—¿Y debemos agradecer a ese pueblo que grita allá abajo, delante y detrás de nosotros, debemos agradecerle, así como los motes que nos da, las canciones que nos entona?

—Sí, señora, y más sinceramente aún, porque esa canción no expresa más que su buen humor, y porque los sobrenombres que os da no son otra

cosa sino la manifestación de sus esperanzas, mientras que los gritos que profiere indican su deseo.

—¡Ah!, ¿el pueblo desea que los señores de Lafayette y Mirabeau vivan?

Según se ve, la Reina había oído perfectamente los cantos, las palabras y hasta los gritos.

—Sí, señora —contestó Gilberto—, pues viviendo el señor de Lafayette y Mirabeau, que están separados, como veis, en este momento, separados por el abismo sobre el cual estáis suspendida, pueden reunirse los dos y salvar la monarquía.

—Es decir, que entonces, caballero

—exclamó la Reina—, ¿la monarquía se halla tan baja que no puede ser salvada sino por esos dos hombres?

Gilberto iba a contestar cuando algunos gritos de espanto, mezclados con atroces carcajadas, se oyeron en aquel instante, efectuándose en la multitud un gran movimiento que, en vez de alejar al doctor, acercóle más a la portezuela, a la cual se agarró, adivinando que sucedía o iba a suceder alguna cosa que tal vez exigiría, para la defensa de la Reina, servirse de su palabra o de su fuerza.

Eran los dos individuos que llevaban las cabezas en las picas, y que

después de haber obligado al infeliz Leonardo a enpolvarlas y rizarlas, querían tener la horrible satisfacción de presentarlas a la reina, así como otros, o tal vez los mismos, se proporcionaron el placer de presentar a Bertier la cabeza de su suegro Foullon.

Aquellos gritos eran los que profería, a la vista de las dos cabezas, la compacta multitud, apartándose y rechazándose a sí propia con expresión de espanto, para que pasasen los dos individuos.

—¡En nombre del cielo, señora — dijo el doctor—, no miréis a la derecha!

La Reina no era mujer que

obedeciera a semejante intimación sin asegurarse de la causa que motivaba aquella súplica.

Por lo tanto, su primer movimiento fue volver la cabeza hacia el lado que Gilberto prohibía, y entonces profirió un grito terrible.

Pero de improviso sus ojos se desviaron del horrible espectáculo, como si acabasen de ver otro más horrible aún, fijándose en lo que parecía ser para ella una cabeza de Medusa, de la cual no podían separarse.

Esta cabeza de Medusa era la del desconocido a quien vimos antes hablando y bebiendo con el maestro

Gamain, en la taberna del puente de Sevres, y que estaba de pie, cruzado de brazos, apoyándose en un árbol.

La mano de la Reina se apartó de la portezuela de terciopelo, y tocando el hombro del doctor Gilberto, se crispó sobre él con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en la ropa.

Gilberto se volvió, y entonces pudo ver a la Reina, pálida, con los labios lívidos y temblorosos y la voz alterada.

Tal vez hubiera atribuido esta sobreexcitación nerviosa a la presencia de las dos cabezas, si los ojos de María Antonieta hubieran estado fijos en la una o en la otra.

Pero su mirada se dirigía más lejos, horizontalmente, y a la altura de un hombre.

Gilberto siguió la misma dirección, y como la Reina había proferido un grito de terror, él dejó escapar otro de asombro.

Y después los dos murmuraron a la vez:

—¡Cagliostro!

El hombre apoyado contra el árbol, veía por su parte a la Reina perfectamente.

De pronto hizo una señal a Gilberto, como para indicarle que se acercara.

En aquel instante los coches hicieron

un movimiento para continuar la marcha.

Maquinalmente, como por un instinto natural, la Reina empujó a Gilberto para que no le pasasen las ruedas sobre los pies.

El doctor creyó que le impelía hacia aquel hombre.

Aunque la Reina no le hubiera empujado, cuando hubo reconocido al hombre por lo que era, no era ya en cierto modo dueño de no ir a reunirse con él.

En su consecuencia, esperó inmóvil a que pasara el cortejo, y después, siguiendo al falso obrero, que de vez en cuando volvía la cabeza para ver si era

seguido, penetró detrás de él en una callejuela que conducía a Bellevue por una pendiente bastante rápida, y desapareció detrás de una pared, precisamente en el momento en que, por el lado de París, se perdía de vista el cortejo, tan completamente oculto por el declive de la montaña como si hubiera estado en un abismo.

Capítulo IV

LA FATALIDAD

Gilberto siguió a su guía a la distancia de veinte pasos, poco más o menos, hasta la mitad de la pendiente, y allí, como se hallasen frente a una gran casa muy hermosa, el desconocido sacó una llave de su faltriquera y abrió una puertecilla destinada a dar paso al amo de aquel edificio, cuando este quería salir sin que le vieran sus criados, o bien volver desapercibido.

Dejó la puerta entornada, indicando con esto, tan claramente como le era posible, que invitaba a su compañero a entrar también.

Hízolo así Gilberto, empujando con suavidad la puerta, que se deslizó sobre sus goznes, cerrándose sin que se oyera ruido.

Semejante cerradura hubiera sido la admiración del maestro Gamain.

Una vez dentro, Gilberto se encontró en un corredor de dobles paredes, en el cual se hallaban incrustadas, a la altura de un hombre, es decir, de manera que los ojos no perdieran ninguno de los maravillosos detalles, unas planchas de

bronce, modeladas sobre aquellas con que Ghiberti había enriquecido la puerta del bautisterio de Florencia.

Los pies se hundían en una suave alfombra de Turquía. A la izquierda veíase una puerta abierta, y pensando Gilberto que se había dejado así para que él pasara, entró en un salón tapizado con seda de la India, con los muebles forrados de la misma tela. Una de esas aves fantásticas, como las que pintan o bordan los chinos, cubría el techo con sus alas de oro y azul, sosteniendo entre sus garras la araña que, con sus candelabros de un trabajo magnífico, representaba grupos de uses iluminando

el salón.

Un solo cuadro adornaba aquel lujoso aposento, formando juego con el espejo colocado sobre la estufa. Representaba una virgen de Rafael. Gilberto se entretenía en admirar aquella obra maestra, cuando oyó, o más bien adivinó, que se abría una puerta detrás de él; volvió la cabeza y reconoció a Cagliostro, que salía de una especie de gabinete tocador.

Un instante le había bastado para borrar las manchas de sus brazos y de su rostro, y para comunicar a sus cabellos, negros aún, la forma más aristocrática, y cambiar completamente de traje.

Ya no era el obrero de manos negras y de cabellos aplanados, de zapatos manchados de barro, de pantalones de pana muy tosca y de camisa de lienzo crudo.

Era el señor elegante que dos veces ya hemos presentado a nuestros lectores, en *José Bálsamo*, primeramente, y después en *El Collar de la Reina*.

Su traje, cubierto de bordados, y sus manos cuajadas de brillantes, contrastaban con el traje negro de Gilberto, y el simple anillo de oro, regalo de Washington, que ostentaba en el dedo.

Cagliostro se adelantó con expresión

alegre y risueña y ofreció sus manos a Gilberto. Este se precipitó para estrecharlas.

—¡Querido maestro! —exclamó.

—¡Oh! —repuso Cagliostro sonriendo—, habéis hecho, amigo mío, tales progresos desde la última vez que nos vimos, sobre todo en filosofía, que hoy sois vos el maestro y yo apenas digno de ser el discípulo.

—Gracias por el cumplido —contestó Gilberto—; mas suponiendo que hubiese hecho grandes progresos, ¿cómo lo sabéis, haciendo ya ocho años que no nos vemos?

—¿Creéis, pues, querido doctor, que

sois uno de esos hombres que se olvidan porque se ha dejado de verlos? Ciertamente que han transcurrido ocho años sin saber que hacíais; pero casi podría deciros, día por día, en qué os habéis ocupado durante este tiempo.

—¡Oh!, parece imposible.

—¿Dudáis siempre de mi doble vista?

—Ya sabéis que yo soy matemático.

—Es decir, incrédulo... Vamos, pues: habéis venido la primera vez a Francia, llamado por vuestros asuntos de familia; nada tengo que ver con ellos, y de consiguiente...

—No —replicó Gilberto creyendo

confundir a Cagliostro—, decid lo que sepáis.

—Pues bien, esta vez se trataba para vos de ocuparos de la educación de vuestro hijo Sebastián, y de ponerle en el colegio en una pequeña ciudad situada a dieciocho o veinte leguas de París. También deseabais arreglar negocios con vuestro arrendatario, un buen hombre que retenéis en París contra su voluntad, y al que, por mil razones, le convendría mucho estar con su mujer.

—¡A decir verdad, maestro, sois prodigioso!

—¡Oh!, esperad... La segunda vez

vinisteis a Francia porque los asuntos políticos os traían, como otros muchos; además teníais ciertos proyectos, que enviasteis al rey Luis XVI, y como aún hay en vos algo del hombre viejo, y como os enorgullece más la aprobación de un monarca que tal vez la del que me precedió a mí para educaros, de Juan Jacobo Rousseau, que sería muy diferente de un rey, si viviese aún, deseabais saber qué pensaba del doctor Gilberto el nieto de Luis XIV, de Enrique IV y de San Luis. Por desgracia existía un pequeño asunto en el cual no habéis pensado; no recordabais que cierto día os encontré ensangrentado,

por tener el pecho atravesado de un balazo, en una gruta de las Islas Azores, donde mi buque hacía escala por casualidad. El asunto se relacionaba con la señorita Andrea de Taverney, que había llegado a ser condesa de Charny para servir a la soberana. Ahora bien, como la Reina no podía rehusar cosa alguna a la mujer que consintió en casarse con el conde de Charny, pidió y obtuvo una orden de prisión contra vos; fuisteis detenido en el camino del Havre a París, y conducido a la Bastilla, donde aún estaríais, querido doctor, si el pueblo no la hubiese derribado. Como buen realista que sois, amigo mío,

tomasteis parte en favor del Rey, y he aquí porque sois su médico. Ayer, o más bien esta mañana, habéis contribuido poderosamente a la salvación de la familia real, corriendo a despertar a ese buen hombre Lafayette, que dormía con el sueño de los justos; y hace un momento, cuando me habéis visto, creyendo que la Reina —que dicho sea de paso, os aborrece— estaba amenazada, os disponíais a escudar con vuestro cuerpo a la soberana... ¿No es así? ¿He olvidado alguna particularidad de poca importancia, como una sesión de magnetismo en presencia del Rey, y la recogida de mi cofrecillo de ciertas

manos que se habían apoderado de él por mediación de cierto *Paso de Lobo*? Veamos, decid si he cometido algún error u olvido, porque estoy dispuesto a corregir la equivocación.

Gilberto estaba estupefacto ante aquel hombre singular que sabía preparar tan bien sus medios de efecto, que se inclinaba a creer que, semejante a Dios, tenía el don de abarcar a la vez el conjunto del mundo y sus detalles, para leer en el corazón de los hombres.

—¡Sí eso es —dijo—, y siempre sois el mágico, el hechicero, el encantador!

Cagliostro sonrió satisfecho; era

evidente que le enorgullecía haber producido en Gilberto la impresión que este último, a pesar suyo, manifestaba en su semblante.

Gilberto continuó:

—Y ahora, como os amo seguramente tanto como vos a mí, querido maestro, y como mi deseo de saber lo que ha sido de vos después de nuestra separación, es por lo menos tan vivo como el vuestro, puesto que os indujo a informaros acerca de mí, ¿queréis decirme, si la pregunta no es indiscreta, en qué lugar del mundo habéis ejercido vuestro genio, manifestando vuestro poder?

—¡Oh!, en cuanto a mí —repuso Cagliostro sonriendo—, he visto reyes, y no pocos, mas con otro objeto. Vos, según veo, os acercáis a ellos para sostenerlos, mientras yo lo hago para derribarlos; tratáis de hacer un rey constitucional, y no lo conseguiréis; yo hago emperadores, reyes y príncipes filósofos, y realizo mi objeto.

—¿De veras? —interrumpió el doctor Gilberto con aire de duda.

—¡Perfectamente! Cierto que habían sido muy bien preparados por Voltaire, Alembert y Diderot, esos nuevos Mecenas, esos sublimes menospreciadores de los dioses, y

también, por ejemplo, de ese querido rey Federico, a quien hemos tenido la desgracia de perder; pero, en fin, ya lo sabéis, excepto aquellos que no mueren, como yo y el conde de Saint-Germain, todos son mortales. Tan cierto como que la Reina es hermosa, mi querido Gilberto, y que recluta soldados que combaten contra sí propios, hay reyes que ayudan a la caída de los tronos, con más fuerza que los Bonifacio XIII, los Clemente VIII y los Borgia contribuyeron a la caída del altar. Así, por ejemplo, tenemos por lo pronto al emperador José II, hermano de nuestra bien amada Reina, que suprime las tres

cuartas partes de los monasterios, que se apodera de los bienes eclesiásticos, que expulsa de sus celdas a los mismos carmelitas, y que envía a María Antonieta grabados representando religiosas sin capucha, hablando de las nuevas modas, y frailes sin hábito, rizándose los cabellos. Tenemos al rey de Dinamarca, que comenzó por ser el verdugo de su médico Struensée, y que, filósofo precoz, decía a los diecisiete años: «Voltaire es quien me hizo hombre y me enseñó a pensar». Además tenemos a la emperatriz Catalina, que da tan grandes pasos en filosofía, desmembrando la Polonia, por supuesto,

y a quien Voltaire escribió: «Diderot, Alembert y yo, os erigimos altares». Citaré, por último, a la reina de Suecia, y a muchos príncipes del imperio de toda Alemania.

—No os falta más que convertir al Papa, querido maestro, y como creo que nada es imposible para vos, espero que lo conseguiréis.

—¡Ah!, en cuanto a eso será difícil. Escapé de sus uñas seis meses hace, hallándome en el castillo de San Angelo, así como vos estabais en la Bastilla.

—¡Bah! ¿Y han derribado también los Transteverinos el castillo de San Angelo, como el pueblo del arrabal de

San Antonio derribó la Bastilla?

—No, querido doctor, el pueblo romano no ha llegado aún a esto... ¡Oh!, estad tranquilo, ya vendrá algún día; el papado tendrá su 5 y 6 de octubre, y por este concepto, Versalles y el Vaticano se igualarán.

—Pues yo creía que una vez entrado en el castillo de San Angelo, no se volvía a salir...

—¡Bah! ¿Y Benvenuto Cellini?

—¿Y habréis hecho, como él, un par de alas para volar sobre el Tíber, como un nuevo Ícaro?

—Hubiera sido muy difícil, pues me hallaba alojado, para mayor precaución

evangélica, en un calabozo profundo y muy negro.

—¿Y al fin habéis salido?

—Ya lo veis, puesto que estoy aquí.

—Sin duda sobornasteis a vuestro carcelero a fuerza de oro.

—Estaba de desgracia, pues mi guardián era incorruptible.

—¿Incorruptible? ¡Diablo!

—Sí, mas por fortuna no era inmortal: la casualidad, o más bien la Providencia, quiso que muriera al día siguiente, de negarse por tercera vez a abrirme las puertas de la prisión.

—¿Murió de repente?

—Sí.

—¡Ah!

—Fue preciso reemplazarle, y otro ocupó su lugar.

—¿Y aquel no era corruptible?

—¡Oh!, aquel, el mismo día en que comenzó a desempeñar sus funciones, me dijo al llevarme la cena: «Comed bien y adquirir fuerzas, porque tendremos mucho que andar esta noche». ¡Pardiez!, el buen hombre no mentía; aquella misma noche reventamos cada uno tres caballos y recorrimos cien millas.

—¿Y qué dijo el gobierno cuando echó de ver vuestra fuga?

—No dijo nada; revistió el cadáver

del otro carcelero, que no habían enterrado aún, con la ropa que yo dejé; le dispararon un pistoletazo en pleno rostro, se dejó caer el arma a su lado, y declaróse que, habiendo obtenido yo la pistola, sin saberse por qué medio, me había disparado un tiro en la cabeza; se hizo constar mi muerte, y se mandó enterrar al carcelero bajo mi nombre. De aquí resulta que estoy bien muerto, apreciable doctor, y por más que dijese que vivo, me contestarían por la partida de defunción, demostrándome que he muerto; pero no se necesitaría probármelo, pues me conviene por el pronto que se me crea fuera de este

mundo. En su consecuencia, me he sumergido en las sombrías orillas, como dice el ilustre abate Delille, para reaparecer bajo otro nombre.

—¿Y cómo os llamáis ahora, para que yo no cometa ninguna indiscreción?

—Ahora me llamo el barón Zannone, soy banquero genovés, y descuento los valores de los príncipes en buen papel, por el estilo del que tenía el cardenal de Rohan, mas por fortuna no me retiro con el interés... A propósito, ¿necesitáis dinero, apreciable doctor? Ya sabéis que mi corazón y mi bolsillo se hallan hoy, como siempre, a vuestra disposición.

—Gracias.

—¡Ah! ¿Creéis causarme molestia por haberme encontrado vestido con un traje de obrero? ¡Oh!, no os preocupéis por eso; es uno de mis disfraces, y ya conocéis mis ideas sobre la vida; esta es un largo carnaval, donde siempre se está más o menos vestido de máscara. De todos modos, escuchad, amigo Gilberto: si alguna vez necesitáis dinero, en ese cofrecillo que veis se halla mi caja particular, entendedlo bien; la caja grande está en París, en la calle de San Claudio, en el Marais; y si necesitáis cualquier suma, tanto si estoy como si no estoy, entrad sin reparo; ya os enseñaré

cómo se abre mi puertecilla; oprimiréis este resorte, mirad como se hace, y encontraréis siempre ahí un millón poco más o menos.

Cagliostro oprimió el resorte, y la parte anterior del cofrecillo descendió por sí mismo, dejando en descubierto un montón de oro y varios fajos de billetes de caja.

—Sois verdaderamente un hombre prodigioso —dijo Gilberto riéndose—; pero ya sabéis que con mis veinte mil libras de renta soy más rico que el Rey. ¿Y no teméis ahora que se os inquiete en París?

—¿Por causa del asunto del collar?

¡Vamos!, no se atreverían a ello, atendido el estado de los ánimos, pues me bastaría pronunciar una palabra para promover un motín; olvidáis que soy un poco amigo de todo cuanto tiene popularidad, de Lafayette, de Necker, del conde de Mirabeau, y de vos mismo.

—¿Y a qué habéis venido a París?

—¿Quién sabe? Tal vez a lo que vos tratabais de hacer en los Estados Unidos, una república.

Gilberto movió la cabeza:

—Francia no tiene el espíritu republicano —dijo.

—Ya le haremos otro.

—El Rey se resistirá.

—Es posible.

—La nobleza empuñará las armas.

—Es probable.

—¿Y qué haréis entonces?

—No haremos una república, sino una revolución.

Gilberto inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Si llegamos a eso —contestó—, será terrible.

—Sí, lo será, si encontramos en nuestro camino muchos hombres de vuestra fuerza, Gilberto.

—Yo no soy fuerte, amigo mío —replicó el doctor—, soy honrado, y nada más.

—¡Ay de mí!, es mucho peor; y he aquí por qué quisiera convenceros, amigo mío.

—Estoy convencido.

—¿De que nos impediréis llevar a cabo nuestra obra?

—O, por lo menos, de que os detendremos en el camino.

—Estáis loco, Gilberto; no comprendéis la misión de Francia; esta es el cerebro del mundo, y es preciso que piense libremente también. ¿Sabéis que es lo que derribó la Bastilla, amigo Gilberto?

—El pueblo.

—No me comprendéis, pues tomáis

el efecto por la causa. Durante quinientos años, amigo mío, se ha encerrado en esa fortaleza a los Condes, los señores y los Príncipes, y la Bastilla permaneció en pie. Cierta día, a un Rey insensato le ocurrió encerrar el pensamiento, que necesita el espacio, la extensión, lo infinito. El pensamiento hizo saltar la Bastilla, y el pueblo penetró por la brecha.

—Es verdad —murmuró Gilberto.

—¿Recordáis lo que escribía Voltaire al señor de Chauvelin, el 2 de marzo de 1764, es decir, hace unos veintiséis años?

—Sepámoslo.

—Voltaire escribía:

Todo cuanto veo siembra la simiente de una revolución que llegará sin remedio, y de la cual no tendré el gusto de ser testigo. Los franceses acuden tarde a todo, pero acuden al fin. La luz se difunde tanto, cada vez más próxima, que la explosión se producirá por el menor motivo, y entonces todos hablarán mucho.

Los jóvenes son muy felices, porque verán grandes cosas.

—¿Qué decís de lo que se hablaba ayer y de lo que se habla hoy?

—¡Qué es terrible!

—¿Qué decís de las cosas que habéis visto?

—¡Que son espantosas!

—Pues bien, aún no estáis más que al principio, Gilberto.

—¡Profeta de desgracia!

—Mirad, tres días hace que me hallaba en compañía de en compañía de un médico de mucho mérito, un filántropo. ¿Sabéis en que se ocupaba en aquel momento?

—Sin duda en buscar un remedio para alguna enfermedad considerada

incurable.

—¡Sí, ya! Se propone curar, no de la muerte, sino de la vida.

—¿Y qué queréis decir?

—Quiero decir, dejando a un lado el epigrama, que ese médico encuentra, sin contar la peste, el cólera, la fiebre amarilla, las viruelas y las apoplejías fulminantes, quinientas y pico de enfermedades consideradas como mortales, y mil o mil doscientas que pueden llegar a serlo, aunque se cuiden bien. Quiero decir que teniendo el cañón, el fusil, la espada, el sable, el puñal, el agua, el fuego, la caída desde los tejados, la horca y la rueda, ese

médico cree que no hay aún bastantes medios para dejar la vida, mientras que tan sólo hay uno para entrar en ella, y por eso inventa en este momento una máquina, muy ingeniosa a fe mía, que se propone consagrar a la nación, para que pueda dar muerte a cincuenta, sesenta u ochenta personas en menos de una hora. Pues bien, amigo Gilberto, ¿creéis que cuando un médico tan distinguido, un filántropo tan humano como el doctor Guillotín, se ocupa de semejante máquina, no es preciso reconocer que la necesidad de ella se dejaba sentir ya? Yo la conozco, y sé que no es cosa nueva, pero sí ignorada, y la prueba es

que cierto día, hallándome en casa del barón de Taverney —¡pardiez!, debierais saber esta, porque estabais allí; pero entonces no teníais ojos más que para una joven llamada Nicolasa—, la prueba es, repito, que habiendo llegado por casualidad la Reina —aún no era más que Delfina—, le hice ver una máquina en una botella de agua, lo cual le infundió tanto miedo que, profiriendo un grito, se desmayó. Pues bien, esta máquina, que en aquella época ni se conocía ni se pensaba en ella, si queréis verla funcionar, la probarán algún día, y cuando llegue os avisaré; entonces será necesario que estéis ciego

para no reconocer el dedo de la Providencia, que piensa que llegará un momento en que el verdugo tendrá demasiado que hacer, si se emplean los medios comunes, por lo cual inventa uno nuevo para que pueda salir del paso.

—Conde, Conde, erais más consolador en América.

—¡Pardiez, ya lo creo! Me hallaba en medio de un pueblo que nace, y aquí estoy entre una sociedad que acaba; todo marcha hacia la tumba en nuestro mundo envejecido: nobleza y monarquía, y esa tumba es un abismo.

—¡Oh!, os abandonó la nobleza, querido Conde, o, más bien, la nobleza

se abandonó a sí propia en la famosa noche del 4 de agosto; pero salvemos la monarquía, que es el paladión de Francia.

—¡Ah!, he aquí palabras pomposas, querido Gilberto ¿Acaso el paladión salvó a Troya? ¡Salvar a la monarquía! ¿Creéis que sea cosa fácil hacerlo con semejante Rey?

—Pero, de todos modos, es el descendiente de una gran raza.

—Sí, de una raza de águilas que concluye por ser una de loros. Para que los utopistas como vos puedan salvar la monarquía, amigo Gilberto, sería necesario primeramente que esta hiciese

algún esfuerzo para salvarse a sí propia. Veamos, hablando en conciencia: habéis visto a Luis XVI, le veis a menudo, y no sois hombre que mire sin estudiar; pues bien, decid francamente, si la monarquía puede vivir representada por semejante Rey. ¿Es esta la idea que os formáis del que empuña un cetro? ¿Creéis que Carlomagno, San Luis, Felipe Augusto, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, tenían esas carnes blandas, esos labios colgantes, y esa atonía en los ojos y en la manera de andar? No, aquellos eran hombres; había en ellos savia, sangre y vida, bajo su manto real; no se habían bastardeado aún por la transmisión de

un solo principio; y es que esos hombres de vista corta, han descuidado la noción médica más sencilla. Para conservar las especies animales, y hasta sujetarlas en una larga juventud y en constante vigor, la misma naturaleza ha indicado el crecimiento de las razas y la mezcla de familias. Así como el injerto, en el reino vegetal, es el principio conservador de la bondad y de la belleza de las especies, así en el hombre, el casamiento entre parientes demasiados próximos, es una causa de la decadencia de los individuos; la naturaleza sufre, languidece y degenera, cuando varias generaciones se reproducen con la

misma sangre; y, por el contrario, se aviva y refuerza cuando un principio prolífico, nuevo y extraño, se introduce en la concepción. ¡Ved cuáles son los héroes que fundan las grandes razas, y quiénes los hombres débiles que las terminan! ¡Ved a Enrique III, el último Valois; ved a Gastón, el último Mediéis; ved al cardenal de York, el último Estuardo, y ved a Carlos VI, el último Habsbourg! Pues bien, esta causa primera en las familias, que se dejan sentir en todas las casas de que acabamos de hablar, es más sensible aún en la de Borbón que en ninguna otra. Así, pues, remontando desde Luis XV a

Enrique IV y María de Mediéis, el segundo resulta ser cinco veces tatarabuelo de Luis XV, y María de Mediéis otras tantas su tatarabuela; y si remontamos a Felipe III de España y a Margarita de Austria otras tantas su tatarabuela. Yo he contado esto, pues no tengo nada que hacer, y hallo que de treinta y dos tatarabuelas y tatarabuelos de Luis XV, resultan seis personas de la casa de Borbón, cinco de la de Mediéis, once de la de Austria-Habsbourg, tres de la de Saboya, tres de la de los Estuardo, y una princesa danesa. Someter el mejor perro y el mejor caballo a este crisol, y a la cuarta

generación tendréis un perro de aguas y un rocín. ¿Cómo diablos queréis que resistamos nosotros que somos hombres? ¿Qué decís de mi cálculo, doctor, vos que sois matemático?

—Digo, apreciable hechicero —contestó Gilberto levantándose para coger su sombrero—, digo que vuestro cálculo me espanta y me hace pensar, tanto más cuanto que mi puesto está junto al Rey.

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

Cagliostro le detuvo.

—Escuchad, Gilberto —dijo—, bien sabéis cuanto os estimo, y también que, para evitaros un pesar, soy capaz de

exponerme a muchos... Pues bien, oíd, creedme... oíd un consejo...

—¿Cuál?

—Decid al Rey que huya, que abandone Francia, pues aún es tiempo de salvarse... De aquí tres meses, o seis, o un año, tal vez sea ya demasiado tarde.

—Conde —replicó el doctor—, ¿aconsejaríais a un soldado abandonar su puesto, porque hubiera peligro permaneciendo en él?

—Si ese soldado se hallase tan comprometido, tan cercado y desarmado qué no pudiera defenderse, y sobre todo, si su vida estuviese expuesta y

dependiese de ella la de medio millón de hombres... sí, le diría que huyese... Y vos mismo, Gilberto, vos se lo diréis al Rey; este querrá escucharos entonces, pero será demasiado tarde... ¡No esperéis, pues, a mañana, decídselo hoy; no esperéis a esta noche, decídselo dentro de una hora!

—Conde, bien sabéis que soy de la escuela fatalista. ¡Suceda lo que quiera! Mientras que yo tenga una influencia cualquiera sobre el Rey, este permanecerá en Francia, y yo a su lado. ¡Adiós, Conde; volveremos a vernos en el combate, y tal vez reposaremos uno junto a otro en el campo de batalla!

—Vamos —murmuró Cagliostro—, se dirá que el hombre, por inteligente que sea, no ha de saber escapar nunca de su mal destino... Os había buscado para deciros lo que os he dicho; ya lo habéis oído. Pero, como la predicción de Casandra^[2], la mía es inútil... ¡Adiós!

—Veamos, con franqueza, conde —dijo Gilberto deteniéndose en el umbral de la puerta del salón y mirando fijamente a Cagliostro—. ¿Tenéis aquí, como en América, esa pretensión de hacerme creer que leéis el porvenir de los hombres en su rostro?

—Gilberto —contestó Cagliostro—, leo con tanta seguridad como tú lees en

el cielo el camino que los astros trazan, mientras que la mayoría de los hombres los creen inmóviles o errantes a la casualidad.

—Pues bien... escuchad, alguien llama a la puerta...

—Es verdad.

—Decidme cuál será la suerte de aquel que ahora llama, quien quiera que sea; decidme cuál será su género de muerte, y cuándo la sufrirá.

—Sea —dijo Cagliostro—, vamos los dos a abrir la puerta.

Y Gilberto se adelantó hacia la extremidad del corredor de que hemos hablado, con un latido en el corazón que

no podía reprimir, aunque diciéndose en voz baja que era absurdo tomar por lo serio semejante charlatismo.

La puerta se abrió.

Un hombre de aspecto distinguido, de elevada estatura, y cuyo rostro tenía una expresión de enérgica voluntad, apareció en el umbral y fijó en Gilberto una rápida mirada que no dejaba de revelar inquietud.

—Buenos días, Marqués —dijo Cagliostro.

Y como el Conde notase que la mirada del recién venido seguía fijándose en Gilberto, díjole:

—Marqués, es el doctor Gilberto,

amigo mío...

Y volviéndose hacia este último, añadió:

—El señor marqués de Favras, uno de mis clientes. Los dos hombres se saludaron.

Después, dirigiéndose al recién venido, Cagliostro añadió:

—Marqués, tened a bien pasar al salón y esperadme un momento; dentro de cinco segundos estaré a vuestra disposición.

El Marqués saludó por segunda vez al pasar por delante de los dos hombres, y desapareció.

—¿Y bien? —preguntó Gilberto.

—¿Queréis saber cuál será el género de muerte del Marqués?

—Os habéis comprometido a decírmelo. Cagliostro sonrió de una manera singular, y después de inclinarse para ver si le escuchaban, contestó:

—¿Habéis visto alguna vez ahorcar a un caballero?

—No.

—Pues bien, como es un espectáculo curioso, id a la plaza de Greve el día en que se ahorque al marqués de Favras.

Después, acompañando a Gilberto hasta la puerta de la calle, le dijo:

—Cuando queráis venir a mi casa sin llamar, sin ser visto, y sin ver a

nadie más que a mí, empujad este botón de derecha a izquierda y de arriba a abajo... así. Adiós, dispensadme; no se ha de hacer esperar a los que no han de vivir largo tiempo.

Y se marchó, dejando a Gilberto aturdido de aquel aplomo, que podía excitar su asombro, pero no vencer su incredulidad.

Capítulo V

LAS TULLERÍAS

Entretanto el Rey, la Reina y la familia real, continuaban su marcha hacia París.

Era tan lenta y se retardaba tanto por los guardias de corps que iban a pie, por las pescaderas montadas en sus caballos, por los hombres y las mujeres del mercado, por aquellos cien coches de los individuos de la Asamblea, y por los doscientos o trescientos vehículos

llenos de harina y cereales cogidos en Versalles, que hasta las seis no llegó a la barrera la carroza real que contenían tantos dolores, tantos odios, tantas pasiones y tanta inocencia.

En el camino, el joven Príncipe tuvo hambre y había pedido de comer, y entonces la Reina había mirado en torno suyo, pues nada era más, fácil que obtener un pedazo de pan para el Delfín, porque cada hombre del pueblo llevaba uno entero en la punta de su bayoneta.

La Reina buscó con los ojos a Gilberto.

Pero ya sabemos que el doctor había seguido a Cagliostro.

Si hubiera estado allí, la Reina no habría vacilado un momento en pedirle un pedazo de pan.

Pero la Reina no quiso hacer semejante petición a uno de aquellos hombres del pueblo que le inspiraban horror.

De modo que, estrechando al Delfín contra su pecho, le dijo llorando:

—¡Hijo mío, no tenemos pan! Espera hasta la noche, y tal vez no nos falte entonces.

El Delfín extendió la mano hacia los hombres que llevaban los panes en las puntas de sus bayonetas, y contestó:

—Pues esos hombres tienen.

—Sí, pero ese pan es suyo, y no nuestro; han venido a buscarle a Versalles, diciendo que hacía tres días que les faltaba en París.

—¡Tres días! —exclamó el niño. ¿No han comido en tres días, mamá?

La etiqueta exigía de ordinario que el Delfín llamase a su madre *señora*; pero el pobre niño tenía hambre como, un simple hijo de pobre, y por lo tanto llamaba a su madre *mamá*.

—No, hijo mío —contestó la Reina.

—Pues entonces deben tener mucha gana —replicó el niño suspirando.

¡Pobre niño real, que más de una vez, antes de morir, debía pedir

inútilmente pan, como acababa de hacerlo!

En la barrera se detuvieron de nuevo; pero esta vez no para descansar, sino para celebrar la llegada con cantos y danzas.

¡Extraña detención, casi tan amenazadora en su alegría como las demás lo fueron en su terror!

En efecto, las pescaderas se apearon de sus caballos, es decir, de los de los guardias, atando en los arzones de las sillas los sables y las carabinas; los hombres fuertes y las señoras del mercado bajaron de sus cañones, que aparecieron en su terrible desnudez.

Entonces se formó un círculo que rodeó la carroza del Rey, separándola de la guardia nacional y de los diputados, emblema formidable de lo que debía suceder después. Aquel corro, de buena intención, para demostrar su alegría a la familia real, cantaba, gritaba y vociferaba; las mujeres abrazaban a los hombres, y estos las hacían saltar como en las kermeses de Teniers.

Esto pasaba al anochecer, en un día sombrío y lluvioso; de modo que el corro, iluminado solamente por mechas de cañón y fuegos artificiales, tomaba en sus matices de sombra y de luz un aspecto fantástico, casi infernal.

Al cabo de media hora, poco más o menos, de gritos, de clamores, de cantos y de danzas enmedio del barro, el cortejo profirió un inmenso «¡hurra!», y todos los que tenían un fusil cargado, hombre, mujer o niño lo dispararon al aire, sin cuidarse de las balas, que cayeron al cabo de unos instantes en los charcos de agua, como si fueran granizos.

El Delfín y su hermana lloraban, y era tal su miedo, que ya no tenían hambre.

Se siguió la línea de los muelles, y al fin llegaron a la plaza de las Casas Consistoriales.

Allí se había formado un cuadro para impedir que pasase más coches que el del Rey o el de las personas que perteneciesen a la familia real o a los individuos de la Asamblea.

La Reina divisó entonces a Weber, su ayuda de cámara de confianza, su hermano de leche, un austriaco que la había seguido desde Viena, y que ahora hacía esfuerzos para quebrantar la consigna, entrando con su ama en la Casa de la Ciudad.

María Antonieta le llamó, y Weber acudió al punto.

Habiendo observado en Versalles que la guardia nacional tenía los honores

de la jornada, Weber, para darse importancia, a fin de ser útil a la Reina, se había vestido de guardia nacional, y a su uniforme de simple voluntario había agregado las condecoraciones de oficial de Estado Mayor.

Un oficial de la Reina le había prestado un caballo.

Para no despertar sospechas en el camino, habíase mantenido separado, aunque con intención de acercarse si la Reina le necesitaba.

Reconocido y llamado por su soberana, acudió al punto.

—¿Por qué tratas de forzar la consigna, Weber? —preguntó la Reina,

que había conservado la costumbre de tutearle.

—Señora, para estar cerca de Vuestra Majestad.

—No puedes serme útil en el Ayuntamiento, Weber, y podías serlo mucho en otra parte —replicó la Reina.

—¿Dónde, señora?

—En las Tullerías, mi fiel Weber, donde nadie nos espera, y donde, si no nos precedes, no encontraremos, ni una cama, ni una habitación, ni un pedazo de pan.

—¡Ah! —exclamó el Rey—. ¡Qué buena idea habéis tenido, señora!

La reina había hablado en alemán, y

el rey, que comprendía este idioma, aunque no le hablaba, contestó en inglés.

El pueblo había oído, pero sin comprender. Aquella lengua extranjera, que le inspiraba un horror invencible, produjo alrededor del coche un murmullo que amenaza convertirse en gritos cuando el cuadro de la tropa se abrió delante del coche de la reina, cerrándose de nuevo detrás de él.

Bailly, una de las tres popularidades de la época, Bailly, a quien ya hemos visto aparecer en el primer viaje del Rey —cuando las bayonetas, los fusiles, y los cañones desaparecían bajo los ramos de flores, olvidados en este

segundo viaje—, Bailly, decimos, esperaba al Rey y a la Reina al pie de un trono improvisado para recibirlos, trono mal seguro, mal unido, que crujía bajo el peso de los terciopelos con que estaba cubierto, verdadero trono de circunstancias.

El alcalde de París dijo al Rey en este segundo viaje, poco más o menos, lo mismo que le había dicho en el primero.

El Rey contestó:

—Siempre vengo con placer y *confianza* para estar enmedio de los habitantes de mi buena ciudad de París.

El Rey había hablado en voz baja,

con una voz apagada por la fatiga y por el hambre, y Bailly repitió la frase en alta voz para que todos pudiésemos oírla.

Pero, voluntaria o involuntariamente, se le olvidaron las dos palabras «*y confianza*».

La Reina lo notó.

Y en su amargura se alegró encontrar un paso para usar de la palabra.

—Dispensad, señor alcalde —dijo bastante alto para que los que la rodeaban no perdiesen nada de su frase —: O habéis oído mal, o sois corto de memoria.

—¿Cómo decís, señora? —balbuceó

Bailly volviendo hacia la Reina sus ojos de astrónomo, que tan bien veía en el cielo y tan mal en la tierra.

Toda revolución, entre nosotros, tiene su astrónomo, y en el camino de este se abre traidoramente el pozo donde debe caer.

La Reina replicó:

—El Rey ha dicho, caballero, que siempre venía con placer y *confianza* para estar enmedio de los habitantes de su buena ciudad de París; y como se podía poner en duda que viene con gusto, es preciso que todos, sepan por lo menos que viene *con confianza*.

Después franqueó las tres gradas del

trono y tomó asiento junto al Rey, para escuchar los discursos de los electores.

Entretanto, Weber, ante cuyo caballo la multitud abría paso, gracias a su uniforme de oficial de Estado Mayor, llegaba al palacio de las Tullerías.

Hacía largo tiempo que este alojamiento real, como le llamaban en otra época —edificio construido por Catalina de Mediéis, habitado muy poco por ella y abandonado después por Carlos IX, por Enrique II y por Enrique IV los cuales pasaron al Louvre, y por Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, que fueron a vivir en Versalles— no era más que una sucursal de los palacios reales,

donde habitaban individuos de la corte, pero donde jamás, tal vez, había a puesto los pies ni el Rey ni la Reina.

Weber visitó las habitaciones, y conociendo los hábitos de sus amos, eligió la que ocupaba la condesa de la Marck y la de los señores mariscales de Noailles y de Mouchy.

La ocupación de ese aposento, abandonado al punto por la señora de la Marck, tuvo algo de bueno, y fue el hallarse muy cerca para recibir a la Reina con sus muebles, su ropa blanca y sus cortinas y alfombras, que Weber compró.

A eso de las diez oyóse el ruido del

coche de Sus Majestades que entraba.

Todo estaba preparado, y al correr al encuentro de sus augustos amos, Weber gritó:

—¡Servid al Rey!

Luis XVI, la Reina y *madame* Royale, el Delfín, y madama Isabel y Andrea, entraron.

El señor de Provenza había vuelto al castillo del Luxemburgo.

El Rey paseó una mirada inquieta por todas partes; mas al entrar en el salón vio, por una puerta entornada que daba a una galería, la cena ya dispuesta.

Al mismo tiempo, la puerta se abrió del todo y un ujier apareció diciendo:

—El Rey está servido.

—¡Oh! ¡Qué hombre de recursos es ese Weber! —exclamó el Rey rebosando de alegría—. Decidle de mi parte, señora, que estoy muy satisfecho de él.

—No dejaré de hacerlo, señor —contestó la Reina.

Y con un suspiro que contestaba a la exclamación del Rey, entró en el comedor.

Los cubiertos del Rey, de la Reina, de *madame* Royale, del Delfín y de *madame* Isabel, estaban puestos, pero no había ninguno para Andrea.

El Rey, aguijoneado por el hambre, no había notado esta omisión, que, por

lo demás, no tenía nada de ofensiva, puesto que se procedía según las leyes de la más estricta etiqueta.

Pero la Reina, a quien nada escapaba, lo echó de ver desde luego.

—El Rey permitirá —dijo—, que la señora condesa de Charny cene con nosotros, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! —exclamó el Rey—; hoy comemos en familia, y la señora condesa pertenece a la nuestra.

—Señor —dijo Andrea—, ¿es una orden la que el Rey me da?

El Rey miró a la Condesa con asombro.

—No, señora —contestó—, es un

ruego del Rey.

—En este caso —replicó Andrea—, suplico al Rey que me dispense, pues no tengo apetito.

—¿Cómo que no tenéis apetito? —exclamó el Rey, quien no comprendía que no se tuviese ganas de comer a las diez de la noche, después de una jornada tan fatigosa sin tomar alimento alguno desde las diez de la mañana, en cuya hora se había comido tan mal.

—No, señor —contestó Andrea.

—Ni yo —dijo la Reina.

—Ni yo —añadió *madame* Isabel.

—¡Oh!, tenéis suerte, señora —observó el rey—; del buen estado del

estómago depende la buena condición del resto del cuerpo, y hasta del espíritu. Sobre esto hay una fábula de Tito Livio, imitada por Shakespeare y por La Fontaine, sobre la cual os invito a meditar.

—Ya la sabemos, señor —dijo la Reina—. Es una fábula que fue recitada un día de revolución por el viejo Menenius al pueblo romano. Este último se había revolucionado aquel día, como lo está hoy el pueblo francés; de modo que tenéis razón, señor, al citar esa fábula, porque es su fortuna.

—Pues bien —dijo el Rey, presentando su plato para que le

sirvieran sopa por segunda vez—; ¿no os decide, Condesa, esa semejanza histórica?

—No señor, y me avergüenza decir a Vuestra Majestad que aunque quisiera obedecer no podría hacerlo.

—Pues no os apruebo, Condesa, porque esta sopa es verdaderamente exquisita. ¿Por qué será la primera vez que me la sirven tan buena?

—Porque tenéis nuevo cocinero, señor, el de la condesa de la Marck, cuyas habitaciones ocupamos.

—Pues le retengo para mi servicio y deseo que forme parte de mi servidumbre. ¡Ese Weber es un hombre

verdaderamente milagroso, señora!

—Sí —murmuró tristemente la Reina—. ¡Qué lástima que no se le pueda hacer ministro!

El Rey no oyó o no quiso oír; pero al ver a Andrea de pie y muy pálida, mientras que la Reina y *madame* Isabel, aunque no comiesen, tampoco se hallaban a la mesa, se volvió hacia la condesa de Charny.

—Señora —dijo—, si no tenéis gana, no digáis al menos que no estáis rendida; si rehusáis comer, no os negaréis por lo menos a dormir.

Y dirigiéndose a la Reina, añadió:

—Señora, dad permiso a la señora

Condesa para que se retire; a falta del alimento, el sueño.

Y volviéndose hacia su servidumbre, dijo:

—Espero que no sucederá con el lecho de la señora condesa de Charny lo que ha sucedido con su cubierto, y que no se olvidará prepararle una habitación.

—¡Oh señor! —dijo Andrea—. ¿Cómo queréis que se hayan ocupado de mí en semejante trastorno?

—No, no —replicó el Rey—, anoche habéis dormido poco o nada, y es preciso que descanséis bien esta noche; no solamente la Reina necesita fuerzas

sino que también deben recobrarlas sus amigas.

Entretanto, el ayuda de cámara que había ido a informarse, volvió.

—El señor Weber —añadió—, sabiendo el gran favor con que la Reina honra a la señora Condesa, ha creído satisfacer los deseos de Su Majestad reservando para la señora Condesa una habitación contigua a la de la Reina. María Antonieta se estremeció, pensando que, si no había más que una habitación para la señora Condesa, en ella se debía alojar también al Conde.

Andrea vio el estremecimiento que pasaba por las venas de la Reina.

Ninguna de las sensaciones que una de aquellas dos mujeres sentía pasaba desapercibida para la otra.

—Por esta noche, pero solamente por esta noche —dijo—, aceptaré, señora. Las habitaciones de Su Majestad son demasiado reducidas para que yo quiera una a expensas de sus comodidades; y supongo que bien habrá en las buhardillas del edificio un pequeño rincón para mí. La Reina balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Condesa —dijo el Rey—, tenéis razón; se buscará todo eso mañana para alojaros lo mejor que sea posible.

La Condesa saludó respetuosamente

al Rey, a la Reina y a *madame* Isabel, y salió precedida de un criado.

El Rey la siguió un instante con los ojos, teniendo su tenedor suspendido a la altura de la boca.

—A la verdad es una mujer encantadora esa joven; ¡qué afortunado es el conde de Charny, por haber tenido la suerte de encontrar semejante fénix en la corte! La Reina se reclinó en un sillón para ocultar su palidez, no al Rey, que no la hubiera visto, sino a *madame* Isabel, que se habría espantado.

Estaba a punto de desfallecer.

Capítulo VI

LAS CUATRO BUJÍAS

Cuando los niños hubieron comido, la Reina pidió permiso al Rey para retirarse a su habitación.

—Con mucho gusto, señora, porque debéis estar cansada; pero como es imposible que no tengáis apetito de aquí a mañana, mandad que os preparen alguna cosa por si acaso.

La Reina, sin contestarle, salió,

llevándose sus dos hijos.

El Rey permaneció en la mesa para terminar su cena. *Madame* Isabel, a quien la vulgaridad misma de Luis XVI no inducía a ser menos fiel, permaneció junto al Rey para prestarle los ligeros servicios que los criados más prácticos olvidan a veces.

La Reina, una vez en su habitación, respiró; ninguna de sus damas la había seguido, pues todas tenían orden de no salir de Versalles hasta que recibieran aviso.

Lo primero que la ocupó fue buscar un canapé grande o un sillón para ella misma, pensando acostar a los niños en

su lecho.

El pequeño Delfín dormía ya; apenas el pobre niño apaciguó su hambre, sobrecogióle el sueño.

Madame Royale no dormía, ni habría dormido en toda la noche, en caso necesario; en aquella señora había mucho de carácter de la Reina.

Cuando el pequeño Príncipe estuvo en un sillón, *madame* Royale y la Reina comenzaron a buscar lo que podría necesitarse.

María Antonieta se acercó por lo pronto a una puerta, y en el momento de querer abrirla oyó al otro lado de ella un suspiro y un ligero rumor; escuchó

atenta, y, como oyese suspirar de nuevo, se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura: por el agujero de la llave vio a Andrea, de rodillas en una silla baja y orando.

Entonces retrocedió de puntillas, mirando siempre la puerta con una extraña expresión de dolor.

Enfrente de aquella puerta había otra; la Reina abrió la puerta y hallóse en una habitación suavemente caldeada, sin más luz que la de una lamparilla, a cuyo resplandor María Antonieta vio, con un estremecimiento de alegría, dos lechos frescos y blancos como dos altares.

Entonces su corazón se dilató, y una lágrima humedeció sus párpados secos.

—¡Oh! ¡Weber, Weber! —murmuró —, la Reina ha dicho al Rey que era lástima que no se pudiera nombrarte ministro; pero la madre te dice a ti que mereces una cosa mejor.

Después, como el pequeño Delfín dormía, María Antonieta quiso acostar a *madame* Royale; pero esta, con el respeto que siempre le había inspirado su madre, pidió permiso para ayudarla, a fin de que a su vez pudiera acostarse antes.

La Reina sonrió tristemente; su hija pensaba que podría dormir después de

semejante noche de angustias, después de semejante día de humillaciones, y quiso dejarla en esta dulce creencia.

Se comenzó, pues, por acostar al señor Delfín.

Después *madame* Royale, según su costumbre, se arrodilló y rezó su oración al pie de la cama.

La Reina esperaba.

—Me parece que tu oración dura más tiempo que de costumbre, Teresa —dijo la Reina a su hija.

—Es que mi hermano se ha dormido sin pensar en su oración —dijo *Madame* Royale—, y como cada noche era costumbre del pobre niño rezar por vos

y por el Rey, yo lo hago ahora en su lugar, a fin de que nada falte de lo que tenemos que pedir a Dios.

La Reina estrechó a su hija contra su corazón, y aquel manantial de lágrimas, abierto ya por las atenciones del buen Weber y reavivado por la piedad de la joven princesa, brotó abundante de sus ojos, corriendo tristes, pero sin amargura. Las lágrimas a lo largo de sus mejillas.

Permaneció de pie e inmóvil junto al lecho de su hija, como el ángel de la Maternidad hasta el momento en que vio que los ojos de la joven princesa se cerraban, hasta que observó que los

músculos de sus manos, que estrechaban las suyas con tan tierno y profundo amor filial, se aflojaban por el sueño.

Entonces cubrió sus manos con la sábana, a fin de que no le molestase el frío, si la habitación se refrescaba durante la noche; y luego, depositando en la frente de la futura mártir, dormida, un beso ligero como un soplo y dulce como un sueño, entró en su habitación, iluminada por un candelabro de cuatro bujías, colocado sobre una mesa cubierta de un tapete rojo.

La Reina fue a sentarse en aquella mesa, y con los ojos fijos inclinó la cabeza entre sus manos, sin ver más que

aquel tapete rojo extendido ante ella.

Dos o tres veces movió maquinalmente la cabeza ante aquel sangriento reflejo; parecíale que sus ojos se inyectaban de sangre, que sus sienes latían por efecto de la fiebre, y que sus oídos zumbaban.

Después repasó toda su vida como en una niebla movable.

Recordó que había nacido el 2 de noviembre de 1755, día del terremoto de Lisboa, que había costado la vida a más de cincuenta mil personas, quedando destruidas doscientas iglesias.

Recordaba que en la primera habitación donde había dormido en

Estrasburgo, la tapicería representaba la «Degollación de los Inocentes», y que aquella misma noche, a la luz vacilante de la lamparilla, le pareció que la sangre corría de las heridas de aquellas pobres criaturas; mientras que las figuras de los verdugos tomaban una expresión tan terrible, que espantada la Delfina pidió socorro, ordenando que se continuase la marcha al rayar el día, para salir de aquella ciudad que debía dejarle tan terrible recuerdo de la primera noche pasada en Francia.

Recordaba que, continuando su camino hacia París, se detuvo en la casa del barón de Taverney; que allí encontró

por primera vez al miserable Cagliostro, el cual, desde el asunto del collar, había ejercido tan terrible influencia en su destino; y que en aquella detención — tan presente en su memoria que le parecía un acontecimiento de la víspera, a pesar de haber transcurrido ya veinte años—, le habían hecho ver, en una botella de agua, a instancias suyas, un objeto monstruoso, una máquina de muerte, terrible y desconocida, y al pie de esta máquina una cabeza desprendida del tronco, y que no era otra sino la suya.

Recordaba que cuando la señora Lebrun hizo su encantador retrato de

mujer joven, hermosa y feliz aún, la había representado, por equivocación sin duda, pero por presagio terrible, en la misma actitud que Enriqueta de Inglaterra, esposa de Carlos I, tiene en su retrato.

Recordaba en que el día en que por primera vez entró en Versalles, cuando al apearse del coche, sentaba el pie en el fúnebre pavimento de aquel patio de mármol, donde la víspera había visto correr tanta sangre, un trueno espantosa resonó de improvviso, precedido del rayo, que había cruzado el aire a su izquierda de una manera tan aterradora, que el mariscal Richelieu, nada fácil de

intimidar, exclamó haciendo un movimiento de cabeza:

—«¡Mal presagio!».

Recordaba todo esto, viendo siempre ante sus ojos aquel vapor rojizo que le parecía cada vez más denso.

Aquella especie de oscurecimiento era tan sensible, que la Reina levantó los ojos hasta el candelabro y vio que, sin ningún motivo, una de las bujías acababa de apagarse.

Entonces se estremeció; la bujía humeaba aún, y no se podía explicar la causa de extinguirse la llama.

Mientras que miraba el candelabro con asombro, le pareció que la bujía

inmediata a la que acababa de apagarse palidecía lentamente, que poco a poco su luz blanca tomaba un color rojo y después azulado; luego la llama se adelgazó, prolongándose como si fuese a dejar la marcha, y al fin, oscilando un instante, como bajo un hálito invisible, se apagó también.

La Reina había contemplado la agonía de aquella luz con ojos de espanto, y con el pecho palpitante y las manos extendidas, se acercó más al candelabro cuando la bujía se apagaba. En fin, cuando dejó de lucir, la Reina había cerrado los ojos, recostándose en su sillón; pasóse, la mano por la frente y

vio que estaba bañada en sudor.

Así permaneció, con los ojos arrasados, durante diez minutos, poco más o menos y cuando los abrió echó de ver con terror que la luz de la tercera bujía se alteraba también como la de las dos primeras.

María Antonieta creyó por lo pronto que aquello era un sueño, y que se hallaba bajo el peso de alguna alucinación fatal. Trató de levantarse, mas parecióle que estaba encadenada a su sillón; quiso llamar a su hija, a quien diez minutos antes no hubiera despertado por una segunda corona, pero la voz se extinguió en su garganta, y

esforzóse, en fin, para volver la cabeza, mas se mantuvo fija e inmóvil, como si la tercera bujía moribunda hubiese atraído su mirada y su aliento. Por fin, así como la segunda había cambiado de color, la tercera tomó tonos diferentes; palideció, se prolongó, vaciló de derecha a izquierda, luego, de izquierda a derecha, y por último se extinguió.

Entonces, tal esfuerzo hizo la Reina en su espanto, que comprendió que recobraba la palabra, y con ayuda de ella quiso recobrar el valor que le faltaba.

—No me inquieto —dijo en alta voz —, por lo que acaba de suceder con

esas tres bujías; pero si la cuarta se apaga como las demás, ¡oh!, ¡desgraciada de mí!, ¡desgraciada de mí!

De improviso, sin pasar por los cambios que habían sufrido las otras, sin que la llama tomase otro color, sin que, al parecer, se prolongase ni fluctuara, como si el ala de la muerte la hubiese tocado al paso, la cuarta bujía se extinguió también.

La Reina profirió un grito terrible, levantóse, dio dos vueltas sobre sí misma, batiendo el aire y la oscuridad con sus brazos, y cayó en el suelo desvanecida.

En el momento en que el ruido de su

cuerpo resonaba, la puerta de comunicación se abrió, y Andrea, con su peinador de batista, apareció en el umbral, blanca y silenciosa como una sombra.

Se detuvo un instante, como si en medio de aquella obscuridad viese pasar una especie de vapor, y escuchó cual si oyera agitarse en el aire los pliegues de un sudario.

Después, mirando al suelo, vio a la Reina tendida y sin conocimiento.

Entonces retrocedió un paso, como si su primer impulso fuese alejarse; pero después, dominándose a sí propia, sin decir palabra, sin hacer la menor

pregunta —que por lo demás hubiera sido inútil—, sin enterarse de lo que la Reina tenía, la levantó entre sus brazos con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz, y alumbrada sólo por las dos bujías que iluminaban su propia habitación, cuyo resplandor llegaba hasta el aposento de la Reina, condujo a esta a su lecho.

Después, sacando un frasco de esencia de su bolsillo, lo acercó a la nariz de María Antonieta.

A pesar de la eficacia de estas esencias, el desmayo de María Antonieta era tan fuerte, que pasaron diez minutos antes de que exhalase un

suspiro.

Al oír este suspiro, que anunciaba que la Reina volvía en sí, Andrea tuvo otra vez intención de alejarse; pero esta vez, como la primera, el sentimiento de su deber, tan poderoso en ella, la retuvo.

Tan sólo retiró su brazo, que tenía bajo la cabeza de María Antonieta, la cual había levantado, para que ninguna gota que aquel vinagre corrosivo, en el cual estaban bañadas las sales, pudiese correr por el rostro o el seno de la Reina. El mismo movimiento la hizo alejar el brazo y la mano que tenía el frasquito.

Pero entonces la cabeza volvió a

caer sobre la almohada, y lejos ya la esencia, la Reina quedó, al parecer, sumida en un desvanecimiento más profundo que aquel de que acababa de salir.

Andrea, siempre fría, casi inmóvil, la levantó de nuevo y acercó por segunda vez el frasco de esencias, que produjo su efecto.

Un ligero estremecimiento corrió por todo el cuerpo de la Reina, suspiró, abrió los ojos, y evocando sus pensamientos recordó el horrible presagio. Después, comprendiendo que había una mujer a su lado, la rodeó con sus brazos, exclamando:

—¡Defendedme, salvadme!

—Vuestra Majestad no necesita que se le defienda hallándose en medio de sus amigos, y ahora me parece salvada, puesto que desaparece el desmayo en que había caído.

—¡La condesa de Charny! — exclamó la Reina retirando los brazos que estrechaban a Andrea, a quien casi rechazó en el primer impulso.

Ni este ademán, ni el sentimiento que le había inspirado, pasaron desapercibidos para Andrea.

Mas en el primer momento permaneció inmóvil hasta la impasibilidad.

Después, retrocediendo un paso, preguntó:

—¿Ordena la Reina que le ayude a desnudarse?

—No, Condesa, gracias —contestó la Reina con voz alterada; me desnudaré sola... Volved a vuestra habitación, porque debéis tener necesidad de dormir.

—Volveré a mi aposento, mas no para dormir, señora, sino para velar por el sueño de Vuestra Majestad —contestó Andrea.

Y después de haber saludado respetuosamente a la Reina, se retiró a su habitación, con ese paso lento y

solemne que sería el de las estatuas, si estas anduviesen.

Capítulo VII

EL CAMINO DE PARÍS

La misma noche en que ocurrieron los hechos que acabamos de referir, otro, no menos grave, puso en conmoción a todo el colegio del abate Portier.

Sebastián Gilberto había desaparecido a eso de las seis de la tarde, y a medianoche, a pesar de las minuciosas pesquisas practicadas en

toda la casa por el abate y la señorita Alejandrina Fortier, su hermana, no le habían encontrado.

Se preguntó a todo el mundo; pero nadie sabía qué era de él.

Solamente la tía Angélica, al salir de la iglesia, a donde había ido para arreglar las sillas a eso de las ocho de la noche, creía haberle visto entrar en la callejuela que hay entre la iglesia y la prisión, y dirigirse corriendo al Parterre.

Este informe, en vez de tranquilizar al abate Fortier, le había inquietado más. No ignoraba las extrañas alucinaciones que sobrecojían a Sebastián cuando la

mujer a quien llamaba su madre se le aparecía; más de una vez durante el paseo, el abate, prevenido de aquella especie de vértigo, había seguido al niño con los ojos al verle penetrar demasiado en el bosque, y en el momento en que temía verle desaparecer, había echado en su persecución a los más ágiles corredores de su colegio.

Estos habían encontrado siempre al niño palpitante, casi desvanecido, apoyándose en algún árbol o echado sobre el musgo verde, alfombra de aquellas magníficas espesuras.

Pero jamás semejantes vértigos

habían asaltado a Sebastián por la noche; jamás, durante esta, fue necesario correr en su seguimiento.

Era preciso, pues, que hubiese ocurrido alguna cosa extraordinaria; pero por más que el abate Fortier se calentara la cabeza, no podía adivinar qué había sucedido.

Para conseguir mejor resultado que el abate Fortier, seguiremos a Sebastián Gilberto, sabiendo adonde ha ido.

La tía Angélica no se había engañado: Sebastián Gilberto era el que ella había visto deslizándose en la sombra y dirigiéndose a todo correr a la parte del parque llamado el Parterre.

Llegado a este punto, lanzóse en la estrecha senda que conduce directamente a Haramont.

A los tres cuartos de hora se hallaba en el pueblo.

Desde el momento en que sabemos que el objeto de la carrera de Sebastián era dicho pueblo, no es difícil adivinar qué iba a buscar allí.

Quería ver a Pitou.

Desgraciadamente, este salía por un lado del pueblo, mientras que Sebastián Gilberto entraba por el otro.

Porque Pitou, según se recordará, después del festín con que la guardia nacional de Haramont se obsequió a sí

propia, y después de mantenerse en pie, como el luchador antiguo, cuando todos los demás estaban debajo de la mesa, comenzó a buscar a Catalina, a quien, según se recordará, encontró desmayada en el camino de Villers-Cotterêts a Pisseleu, sin conservar más color que el del último beso de Isidoro.

Gilberto, ignorando todas estas cosas, se encaminó directamente a la casita de Pitou, cuya puerta vio abierta.

Pitou, en la sencillez de su vida, no creía que fuese necesario tenerla cerrada, bien se hallase en ella o estuviera ausente; pero aunque hubiese tenido la costumbre de cerrar, aquella

tarde le acosaban tales preocupaciones, que sin duda hubiera olvidado el hacerlo.

Sebastián conocía el alojamiento de Pitou como el suyo propio; buscó la yesca y el pedernal, encontró el cuchillo que hacía las veces de eslabón, encendió la yesca y con esta la vela, y esperó.

Pero Sebastián estaba tan agitado que no podía aguardar tranquilamente, y mucho menos largo tiempo.

Iba y venía continuamente desde la chimenea a la puerta, y desde esta a la esquina de la calle, y después, como la hermana Ana, no viendo a nadie, volvía

hacia la casa, para asegurarse de que durante su ausencia no había vuelto Pitou.

Al fin, viendo que el tiempo corría, se acercó a una mesa desvencijada, donde había tintero, plumas y papel.

En la primera carilla de este papel estaban inscritos los nombres, apellidos y edad de los treinta y tres hombres que constituían el efectivo de la guardia nacional de Haramont, a las órdenes de Pitou.

Sebastián cortó cuidadosamente la primera hoja, obra maestra de caligrafía del comandante, que no se ruborizaba, para que el trabajo fuese mejor, en

descender a veces al grado de subalterno de cabo furriel.

Luego escribió en la segunda hoja:

Querido Pitou:

He venido para decirte que hace ocho días oí una conversación entre el señor abate Fortier y el vicario de Villers-Cotterêts. Parece que el primero está en connivencia con los aristócratas de París, y decía al vicario que se preparaba en Versalles una contrarrevolución.

Esto es lo que hemos sabido

*más tarde respecto a la Reina,
que puso la escarapela negra
pisando la tricolor.*

*Esta amenaza de
contrarrevolución, y lo que
hemos sabido después de los
acontecimientos que siguieron
al banquete, me habían
inquietado mucho respecto a mi
padre, que, como tú sabes bien,
es enemigo de los aristócratas:
pero esta noche, querido Pitou,
ha sido mucho peor.*

*El vicario volvió a ver al
abate, y como tengo inquietud
por mi parte, no creí obrar mal*

escuchando la continuación de lo que el otro día había oído por casualidad.

Parece, querido Pitou, que el pueblo se dirigió a Versalles, donde dio muerte a muchas personas, y entre ellas al caballero Jorge de Charny.

El abate Portier dijo al vicario:

—Hablemos bajo para no inquietar al pequeño Gilberto, cuyo padre ha marchado a Versalles, y que podría muy bien haber sido muerto como los otros.

Ya comprenderás, querido Pitou, que no quise escuchar más.

Me deslicé suavemente fuera de mi escondite, sin que nadie me viera, crucé el jardín, y desde la plaza del castillo llegué corriendo a tu casa, para rogarte que me acompañaras a París, lo cual no dejarías de hacer de la mejor voluntad si te hallaras aquí.

Pero como estás ausente y tal vez tardes en volver, porque sin duda habrás ido a tender lazos en el bosque de Villers-

Cotterêts, en cuyo caso no regresarías hasta el amanecer, mi inquietud, que es demasiado viva, no me permite esperar más.

Me marchó, pues, solo; pero no tengas cuidado, que ya sé el camino. Por lo demás, del dinero que mi padre me ha dado me quedan aún dos luises, y tomaré asiento en el primer coche que encuentre en el camino.

P. S. He escrito de largo, en primer lugar para explicarte la causa de mi marcha, y además

porque esperaba siempre que volviesses antes de que yo concluyera.

Ya está terminada; tú no vuelves, y me marchó. ¡Adiós!, o más bien, hasta la vista, pues si no ha sucedido nada a mi padre, ni corre ningún peligro, volveré.

De lo contrario estoy resuelto a insistir para que me conserve en su compañía.

Tranquiliza al abate Fortier respecto a mi escapatoria; pero no lo hagas hasta mañana, a fin de que sea ya tarde para perseguirme.

Decididamente, puesto que no vuelves, me marchó. ¡Adiós!, o más bien, ¡hasta la vista!

Y con esto, Sebastián, sabiendo que Pitou era muy económico, apagó la vela, cerró la puerta y alejóse.

Si dijéremos que Sebastián no estaba impresionado al emprender de noche tan largo viaje, mentiríamos seguramente; pero esta emoción no era lo que habría sido en otro muchacho, es decir, la del miedo: era pura y simplemente el sentimiento del acto que consumaba, desobedeciendo a las órdenes de su padre; pero al mismo

tiempo daba una gran muestra de amor filial, y esta desobediencia debía ser perdonada por todos los padres.

Por lo demás, Sebastián había crecido desde que nos ocupamos de él. Algo pálido un poco endeble y nervioso, iba a cumplir quince años; y a esta edad, con el temperamento de Sebastián, y siendo hijo de Gilberto y de Andrea, hallábase muy próximo a ser hombre.

El joven, sin más sentimiento que esta emoción, inseparable del acto que consumaba, comenzó, pues, a correr hacia Largny, que muy pronto divisó a esa *pálida claridad que cae de las estrellas*, como dice el viejo Corneille;

costeó el pueblo, costeó el gran barranco que se extiende desde aquel hasta el de Vauciennes, encajonando los estanques de Wallue, y después llegó al camino real, donde anduvo más tranquilamente, porque estaba en el camino del Rey.

Sebastián, que era un muchacho de muy buen sentido, que había llegado desde París a Villers-Cotterêts hablando el latín, empleando tres días en el viaje, comprendía muy bien que no se vuelve a la gran capital en una noche, y no quiso perder el aliento.

Bajó, pues, por la primera montaña de Vauciennes, y luego por la segunda,

siempre al paso; y llegado a la llanura, aceleró un poco su marcha.

Tal vez esta viveza se excitaba por la aproximación de un mal paso que hay en el camino, y que en aquella época tenía una reputación de emboscada, completamente perdida hoy. Este mal paso se llama la Fuente de Agua Clara, porque un límpido manantial corre a veinte pasos de dos canteras que, semejantes a dos antros del infierno, presentan su boca sombría frente al camino.

No podríamos decir si Sebastián tuvo o no miedo al atravesar aquel sitio, pues no apresuró el paso, y pudiendo

tomar el lado opuesto, no se apartó del centro del camino; disminuyó la rapidez de su marcha, más lejos, sin duda, porque había llegado a una pequeña cuesta, y al fin alcanzó la confluencia de las dos carreteras, la de París y la de Crespy.

Allí se detuvo de pronto: al venir de París no había notado qué camino sería; y al volver a la capital ignoraba cuál debía seguir.

¿Era el de la izquierda o el de la derecha?

Los dos estaban franqueados de árboles semejantes, y en ambos era el suelo igual.

Nadie había allí para contestar la pregunta de Sebastián.

Los dos caminos, partiendo de un mismo punto, se alejaban uno de otro visible y prontamente, y de aquí resultaba que si Sebastián, en vez de tomar el bueno, elegía el malo, al día siguiente se hallaría muy lejos del que necesitaba seguir.

Buscó un indicio cualquiera para reconocer el que había recorrido ya; pero este indicio, que le hubiera faltado de día, con mucha más razón le faltaba de noche.

Acababa de sentarse, desanimado, junto a la confluencia de los dos

caminos, tanto para descansar como para reflexionar, cuando le pareció oír en lontananza, por la parte de Villers-Cotterêts, el galope de uno o dos caballos.

Y prestó oído, levantándose.

No se había engañado; el rumor producido por las herraduras de los caballos resonando sobre el camino, era cada vez más pronunciado.

Sebastián iba, pues, a obtener el informe que necesitaba.

Se dispuso, pues, a detener a los jinetes al paso, para preguntarles.

Muy pronto vio bosquejarse su sombra en el camino, mientras que bajo

los cascos de los caballos surgían numerosas chispas.

Y levantándose del todo, Gilberto franqueó una zanja y esperó.

La cabalgata se componía de dos hombres, uno de los cuales galopaba tres o cuatro pasos detrás del otro.

Sebastián presumió, con razón, que el primero sería el amo y el otro su criado.

Y se adelantó dos o tres pasos para dirigir la palabra al primero.

Este último, al ver un hombre que parecía salir de la zanja, creyó que era algún salteador y puso la mano sobre sus pistoleras.

El muchacho notó el movimiento.

—Caballero —dijo—, no soy un ladrón, sino un muchacho a quien los últimos acontecimientos ocurridos en Versalles obligan a ir a París en busca de su padre. No sé cuál de estos dos caminos tomar, y os ruego que me indiquéis cuál de ellos conduce a la capital, por lo que os deberé un señalado favor.

La distinción de las palabras de Sebastián y el timbre juvenil de su voz, que no parecía desconocido al jinete, indujeron a este último a detener su caballo, aunque parecía tener mucha prisa.

—Hijo mío —dijo con benevolencia—, ¿quién sois y cómo os aventuráis a semejante hora el camino real?

—Yo no os pregunto quién sois, caballero... tan sólo os pregunto el camino por cuyo fin sabré si mi padre a muerto o vive.

Había en aquella voz, casi infantil aún, un acento tal de firmeza, que llamó la atención del jinete.

—Amigo mío, el camino de París es el que nosotros seguimos —contestó—; ni yo mismo le conozco bien, porque no he visitado la capital más que dos veces; pero estoy seguro de que este es el bueno.

Sebastián retrocedió un paso, porque los caballos daban resoplidos, y el jinete que parecía ser el amo continuó su marcha más lentamente.

Su lacayo le seguía.

—¿El señor Vizconde —preguntó—, ha reconocido ese muchacho?

—No; pero me parece...

—¿Con que el señor Vizconde no ha reconocido al joven Sebastián Gilberto, alumno del abate Fortier?

—¿Sebastián Gilberto?

—Seguramente, aquel que iba de vez en cuando a la granja de la joven Catalina, con el corpulento Pitou.

—En efecto, tienes razón.

Y, deteniendo su caballo, se volvió.

—¿Sois Sebastián? —preguntóle.

—Sí, señor Isidoro —contestó el muchacho, que había reconocido muy bien al jinete.

—Pues entonces acercaos, amiguito —dijo el Vizconde—, y decidme cómo es que os encuentro solo en el camino a semejante hora.

—Os he dicho, señor Isidoro, que voy a París para asegurarme de si mi padre vive o ha muerto.

—¡Ay de mí! —exclamó el Vizconde con expresión de profunda tristeza—, ¡yo voy a París por una causa análoga; pero no dudo!

—Gracias, señor vizconde —
contestó.

—Sí, ya sé... vuestro hermano.

—Uno de mis hermanos..., Jorge, ha sido muerto ayer por la mañana en Versalles.

—¡Ah, señor de Charny!...

Gilberto se adelantó para ofrecer sus dos manos a Isidoro, que las estrechó entre las suyas.

—Pues bien, querido niño —repuso el vizconde—, puesto que nuestra suerte es análoga, no debemos separarnos; debéis estar cansado y tendréis prisa por llegar a París.

—¡Oh, sí, caballero!

—No podéis ir a pie.

—Pues será preciso, aunque tarde mucho tiempo en llegar; por eso me propongo pagar un asiento en el primer coche que encuentre en el camino que siga la misma dirección, a fin de acercarme todo lo posible a París.

—¿Y si no encontráis ninguno?

—Iré a pie.

—Mejor será, querido joven, que subáis a la grupa en el caballo de mi criado.

Sebastián retiró sus dos manos de las de Isidoro.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan expresivo, que Isidoro

comprendió que acababa de ofender al muchacho, al proponerle montar a la grupa del caballo de su criado.

—O más bien —dijo—, ahora me ocurre que podéis montar en su puesto; él se reunirá con nosotros en París, y preguntando en las Tullerías, siempre sabrá dónde estoy.

—Repito las gracias, caballero —contestó Sebastián, con acento más dulce, pues había comprendido la delicadeza de esta nueva proposición—; no quiero privaros de los servicios de vuestro criado.

No faltaba más que entenderse; los preliminares de paz estaban sentados.

—Pues bien, os propondré otra cosa mejor que todo eso, Sebastián; montad detrás de mí; ya se acerca el día, y a las diez de la mañana estaremos en Dammartín, es decir, a medio camino; dejaremos allí los caballos, que no deben pasar de este sitio, bajo la custodia de Bautista, y tomaremos un coche de posta que nos conducirá a París: esto es lo que pensaba hacer, y os ruego que no alteréis mi itinerario.

—¿Es bien verdad eso, señor Isidoro?

—¡Palabra de honor!

—Entonces... —contestó el joven vacilando, pero ardiendo en deseos de

aceptar—, entonces...

—Apéate, Bautista, y ayuda al señor Sebastián a montar.

—Gracias, es inútil, señor Isidoro —dijo Sebastián, que, ágil como un escolar, saltó a la grupa.

Después los tres viajeros y los dos caballos prosiguieron su marcha y desaparecieron muy pronto por el otro lado de la cuesta de Gondreville.

Capítulo VIII

LA APARICIÓN

Los tres jinetes continuaron su camino de la manera convenida, llegando a caballo hasta Dammartín, en donde se apeaban a eso de las diez.

Todos necesitaban descansar un poco, y además era preciso buscar un coche y caballos de postas.

Mientras se servía el almuerzo a Isidoro y a Sebastián —que por estar el uno poseído de inquietud y el otro lleno

de tristeza, no habían cruzado una sola palabra—, Bautista hacía cuidar los caballos de su amo y confiaba en hallar un vehículo y caballos de posta.

A mediodía, cuando había concluido el almuerzo, ya estaba preparado todo y el coche esperaba en la puerta.

Pero Isidoro, que siempre había corrido la posta con su carruaje, ignoraba que cuando se viajaba en los coches de la administración, es preciso cambiar por otro el que se ocupa cuando se ha de poner otro tiro.

De aquí resultó que los maestros de postas, que hacían observar estrictamente los reglamentos, pero

guardándose bien de atenerse a ellos, no tenían siempre coches disponibles, ni tampoco caballos.

En su consecuencia, habiendo salido a mediodía de Dammartín, los viajeros no llegaron a la barrera hasta las cuatro y media y a las Tullerías a las cinco de la tarde.

Allí fue preciso darse a conocer, pues el señor de Lafayette se había apoderado de todos los puestos, y en aquellos tiempos de perturbación, habiéndose hecho responsable de la persona del Rey, le custodiaba con toda conciencia.

Sin embargo, cuando Charny dio su

nombre, invocando el de su hermano, las dificultades se allanaron y se introdujo a Isidoro y a Sebastián en el patio de los Suizos, desde donde pasaron al del centro.

Sebastián quiso que le condujeran al punto a la calle de San Honorato, el alojamiento que su padre ocupaba; pero Isidoro le observó que, siendo el doctor Gilberto médico del Rey, se sabría en las habitaciones de este, mejor que en ninguna otra parte, qué le había sucedido.

Sebastián, que tenía muy buen criterio, cedió ante este razonamiento, y en su consecuencia siguió a Isidoro.

Aunque los reyes se hallaban allí tan sólo desde la víspera, se había llegado ya a establecer cierta etiqueta en las Tullerías. Isidoro fue introducido por la escalera de honor, y un ujier le hizo esperar en un gran salón tapizado de verde, débilmente iluminado por dos candelabros.

El resto del palacio estaba sumido también en una media oscuridad, pues habiendo habitado allí siempre particulares, las grandes iluminaciones, que forman parte del lujo real, se habían descuidado.

El ujier debía informarse a la vez de dónde estaban el conde de Charny y el

doctor Gilberto.

El muchacho fue a sentarse en un canapé; Isidoro se paseaba de un lado a otro.

Al cabo de diez minutos, el ujier apareció.

—El señor conde de Charny —dijo —, estaba en las habitaciones de la Reina.

En cuanto al doctor Gilberto, no le había sucedido nada, y hasta se creía, sin poder afirmarlo, que se hallaba en compañía del Rey, quien se había encerrado con su médico, según aseguraba el ayuda de cámara de servicio.

Pero como el Rey tenía cuatro médicos por turno y además el ordinario, no se sabía a punto fijo si el que estaba ahora con Su Majestad era el señor Gilberto.

Si era él, se le avisaría al salir que alguien le esperaba en las antecámaras de la Reina.

Sebastián respiró libremente, no teniendo ya nada que temer, pues su padre vivía y estaba sano y salvo.

Y se dirigió a Isidoro para darle gracias por haberle traído.

El Vizconde le abrazó llorando.

La idea de que Sebastián acababa de encontrar a su padre, le hacía sentir más

la falta de aquel hermano que había perdido y no encontraría ya nunca.

En aquel momento abrióse la puerta y un ujier gritó:

—¿El señor vizconde de Charny?

—Yo soy —contestó Isidoro adelantándose.

—Llaman al señor Vizconde en la habitación de la Reina —dijo el ujier apartándose.

—¿Me esperáis aquí, Sebastián? —preguntó Isidoro—. Esto si el señor Gilberto no viene a buscaros... Pensad que respondo de vos a vuestro padre.

—Sí, señor —contestó Sebastián—, y entretanto, permitidme daros las

gracias de nuevo.

Isidoro siguió al ujier, y la puerta se cerró.

Sebastián fue a sentarse de nuevo en el canapé.

Entonces, tranquilo sobre la salud de su padre y respecto a sí mismo, bien seguro de ser perdonado por el doctor, en gracia a la intención, sus recuerdos se fijaron en el abate Fortier, en Pitou, y en la inquietud que causaría a uno su fuga y al otro su carta.

Ni siquiera comprendía como, a pesar de las tardanzas ocurridas en el camino, Pitou a quien bastaba poner en movimiento sus largas piernas para

correr más rápidamente que la posta, no los había alcanzado.

Y, naturalmente, por el simple mecanismo de las ideas, al pensar en Pitou se acordaba también de aquellos grandes árboles, de aquellos hermosos caminos cubiertos de sombra, de aquellas lontananzas azuladas que terminan los horizontes de los bosques; y después, por un encadenamiento gradual, recordaba las extrañas visiones que algunas veces se le aparecían bajo los grandes árboles y en la profundidad de aquellas inmensas bóvedas.

Pensaba en la mujer que tantas veces había visto en sueños y tan sólo una en

realidad, o por lo menos así lo creía, el día en que paseaba por el bosque de Satory, en el que aquella mujer pasó y desapareció como una nube conducida en un tálburi^[3] magnífico con dos soberbios caballos.

Y recordaba la emoción profunda que le causaba siempre aquella visión, y casi absorto en este sueño, murmuraba en voz baja:

—¡Mi madre, mi madre!

De repente, la puerta que se había cerrado detrás de Isidoro de Charney se abrió de nuevo, y esta vez fue una mujer la que se presentó.

Por casualidad, los ojos del

muchacho estaban fijos en aquella puerta en el momento de la aparición.

Esta última se hallaba tan en armonía con su pensamiento, que al ver su sueño animado por una mujer verdadera, Sebastián se estremeció.

Pero fue mucho más cuando, en aquella mujer que acababa de entrar, vio a la vez la sombra de la realidad.

¡La sombra de sus sueños, la realidad de Satory!

Y se irguió al punto, como si un resorte le hubiera, puesto en pie.

Sus labios se entreabrieron, sus ojos se agrandaron y su pupila se dilató.

Sebastián, palpitante, trató

inútilmente de pronunciar una palabra.

La mujer pasó con aire majestuoso, altiva y desdeñosa, sin fijar la atención en él.

Aunque pareciese tranquila exteriormente, aquella mujer, con el ceño fruncido, pálidas mejillas y la respiración agitada, debía estar poseída de una gran agitación nerviosa.

Atravesó diagonalmente la sala, abrió la puerta opuesta a la que le había dado paso, y se alejó por el corredor.

Sebastián comprendió que se le iba a escapar de nuevo si no se apresuraba, miró vagamente, como para asegurarse de la realidad, a la puerta por donde la

mujer había entrado y aquella por donde salía, y se lanzó en pos de la dama antes que su vestido sedoso hubiese desaparecido en el ángulo del corredor.

Pero al oír pasos detrás de ella, la mujer aceleró su marcha cual si temiera que la persiguiesen.

Sebastián apresuró su carrera cuanto le fue posible; el corredor estaba oscuro y temía que esta vez se le escapara también la querida visión.

La mujer, al oír siempre pasos tras sí, aceleró su marcha, volviéndose.

Sebastián dejó escapar un ligero grito. ¡Era ella, siempre ella!

La dama, por su parte, al ver que el

muchacho la seguía con los brazos abiertos, y no comprendiendo el motivo de aquella persecución, llegó a una escalera y comenzó a bajar.

Pero en el mismo instante, Sebastián apareció a su vez en la extremidad del corredor, gritando:

—¡Señora, señora!

Aquella voz produjo una sensación extraña en la mujer; parecióle que un golpe, hiriéndola en el corazón y produciendo a la vez dolor y placer, enardecía su sangre en las venas, ocasionando un estremecimiento en todo su cuerpo.

Y sin embargo, sin comprender

aquel llamamiento ni la emoción que experimentaba, redobló el paso, convirtiendo su carrera en una especie de fuga.

Pero no llevaba al niño suficiente ventaja para escapar de él, y los dos llegaron casi juntos al pie de una escalera.

La dama se precipitó en el patio, donde le esperaba un coche; un criado tenía la portezuela abierta, y la dama, subiendo rápidamente, tomó asiento.

Pero antes de que la portezuela se hubiese cerrado, Sebastián, deslizándose entre ella y el criado, y cogiendo el borde del vestido de la

fugitiva, le besaba apasionadamente, exclamando:

—¡Oh, señora, señora!

La dama miró entonces aquel muchacho encantador, del que había tenido miedo al principio, y con una voz más dulce que de costumbre, aunque consérvase todavía una mezcla de emoción y de espanto, le dijo:

—¿Qué ocurre, amigo mío, y por qué corréis así detrás de mí, llamándome con insistencia?

—Quiero —dijo el niño palpitante—, quiero veros y abrazaros.

Y en voz más baja, para que solamente la dama pudiese oírlo,

añadió:

—Quiero llamaros *madre mía*.

La dama profirió un grito, cogió la cabeza del muchacho entre sus manos, y como por una revelación súbita, atrayéndola hacia sí, estampó sus labios ardorosos sobre su frente.

Después, como si hubiese temido a su vez que viniera alguien a llevarse aquel niño que acababa de encontrar, le hizo entrar del todo en el coche, y corrió las cortinillas, levantando el cristal.

—A mi casa —dijo—, calle de Coq-Héron, número 9, en la primera puerta cochera, partiendo de la calle de Plâtrière.

Y volviéndose hacia el muchacho, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián.

—¡Ah, ven aquí, Sebastián... junto a mi corazón!

Y se recostó en el coche como si estuviera a punto de desmayarse.

—¡Oh! —murmuró—. ¿Qué será esta sensación desconocida? ¿Será lo que se llama felicidad?

Capítulo IX

EL PABELLÓN DE ANDREA

Durante el camino todo se redujo a repetidos besos entre la madre y el hijo.

Este hijo, pues no dudaba un instante de que lo fuese, le había sido robado en una noche terrible, noche de angustias y de deshonra; aquel niño, que desapareció sin que su raptor dejase más huella que la de sus pasos en la nieve; aquel niño, que había odiado y

maldecido en un principio, hasta que oyó su primer vagido; aquella criatura, a quien había llamado y buscado, y que su hermano había perseguido en la persona de Gilberto hasta en el Océano; aquel niño, a quien había echado de menos durante quince años, desesperando al fin de volverle a ver jamás, y en el cual no pensaba ya sino como en un muerto amado, en una sombra querida, se le presentaba de repente donde menos podía esperarlo. La reconoce, corre tras ella, la persigue y le da el dulce nombre de madre; ella le estrecha contra su corazón, y sin haberle visto jamás le ama tiernamente; y sus labios, puros de

todo beso, encuentran todas las alegrías de su vida pasada en el primer ósculo que estampa en la frente de su hijo.

De modo que había sobre la cabeza de los hombres algo más que ese vacío donde ruedan los mundos; había en la existencia otra cosa además que el acaso y la fatalidad.

«Calle de Coq-Héron, número 9, primera puerta cochera, partiendo de la calle Plâtrière», había dicho la condesa de Charny.

¡Extraña coincidencia, que al cabo de catorce años conducía al niño a la casa misma dónde nació, dónde aspiró el primer aliento de la vida, y de la cual

fue sustraído por su padre!

Aquella casita, comprada en otro tiempo por el barón de Taverney, cuando, gracias al gran favor dispensado por la Reina a la familia, se disfrutó de algún bienestar y comodidad, había sido conservada por Felipe de Taverney, custodiándola un viejo portero a quien los antiguos propietarios parecían haber vendido con la casa. Ahora la servía al joven para descansar cuando volvía de sus viajes, o a Andrea cuando se quedaba en París.

Después de la última cena que medió entre la joven y la Reina, después de la noche que pasó a su lado, resolvió

alejarse de aquella rival que le hacía partícipe de sus dolores, y en la cual las desgracias de la Reina, por grandes que fuesen, no llegaban nunca a las angustias de la mujer.

Por eso a primera hora de la mañana envió a su criado a la casita de la calle de Coq-Héron, con orden de preparar el pabellón, compuesto, según se recordará, de una antecámara, un pequeño comedor, un salón y una alcoba.

En otro tiempo, y para alojar a Nicolasa junto a ella, Andrea había convertido el salón en una segunda alcoba; pero habiendo desaparecido esta

necesidad, cada habitación volvió a tener su destino primero, y la doncella, dejando el piso bajo enteramente libre para su señora, que venía muy rara vez y siempre sola, se había contentado con una pequeña buhardilla.

Andrea, pues, se excusó con la Reina de no conservar aquella habitación contigua a la suya, bajo pretexto de que Su Majestad tenía poco alojamiento y necesitaba a su lado más bien una de sus camaristas^[4] que no una persona que *no estaba particularmente agregada a su servicio*.

La Reina no insistió en conservar a Andrea, o, más bien, no lo hizo sino

como lo exigían las estrictas conveniencias, y como a eso de las cuatro de la tarde llegase la doncella de Andrea para avisar que el pabellón estaba preparado, le dio la orden de marchar al punto a Versalles para recoger sus efectos, que en la precipitación que ocupaba en el palacio, los cuales debían ser trasladados al día siguiente a la calle de Coq-Héron.

A las cinco, la condesa de Charny había abandonado las Tullerías, considerando como despedida suficiente las pocas palabras que dijo por la mañana a la Reina, dejándola en la facultad de disponer de la habitación

que había ocupado tan sólo una noche.

Al salir de ella había atravesado el salón Verde, donde Sebastián esperaba, y perseguida por este había huido por los corredores, hasta el momento en que el muchacho se había precipitado en el coche que esperaba en la puerta de las Tullerías, en el patio de los Príncipes, según lo prevenido por la doncella.

Todo concurría, pues, para que Andrea fuese feliz aquella noche, sin que nada viniese a perturbarla. En vez de su habitación de Versalles o de su aposento de las Tullerías, donde no le habría sido posible recibir al muchacho tan milagrosamente encontrado, ni

menos entregarse a toda la expansión de su amor maternal, hallábase en su propia casa, en un pabellón aislado, sin servidumbre ni doncella, y sin que la molestase ninguna mirada interrogadora.

Por eso dio, con la expresión de la más sincera alegría, las señas al cochero, señas que os ha conducido a esta digresión.

Las seis daban cuando el vehículo se detuvo ante la puerta del pabellón y se abría la puerta cochera al resonar el primer golpe de llamada.

Andrea no esperó ni siquiera a que el cochero se apease; abrió la portezuela por sí misma y saltó al primer escalón

del pórtico, atrayendo a Sebastián.

Después dio vivamente al cochero una moneda, que era casi el doble de lo que se le debía, y precipitóse, siempre cogida a la mano del niño, en el interior del pabellón, después de cerrar con cuidado la puerta de la antecámara.

Llegada al salón se detuvo.

Estaba iluminado tan sólo por el fuego ardiente del hogar y por dos bujías puestas sobre la meseta de la chimenea.

Andrea condujo a su hijo a una especie de sillón, donde se encontraba la doble luz de las bujías y del fuego.

Después, en un arranque de alegría, en el que fluctuaba todavía una última

duda, exclamó:

—¡Oh!, ¡hijo mío, hijo mío, con que eres tú!

—Querida madre —contestó Sebastián con un acento cariñoso que fue como un dulce rocío para refrescar las venas febriles de Andrea.

—¡Aquí, aquí! —exclamó Andrea mirando en torno suyo y hallándose en el mismo salón donde había dado a luz a Sebastián, mientras dirigía la vista con terror hacia aquel mismo aposento de donde le sustrajeron.

—¡Aquí! —repitió Sebastián—. ¿Qué quiere decir eso, madre mía?

—¡Quiere decir que muy pronto hará

quince años que nacisteis, en la habitación donde nos hallamos ahora, y que bendigo la misericordia del Señor, que al cabo de este tiempo te ha vuelto a traer tan milagrosamente!

—¡Oh!, sí, milagrosamente — contestó Sebastián—, pues si no hubiese temido por la vida de mi padre, no habría marchado solo y de noche para venir a París; a no ser por esto, no me hubiera visto apurado para saber cuál de los dos caminos debía tomar, ni hubiese interrogado, al paso, al señor Isidoro de Charny; el Vizconde no me hubiera reconocido, proponiéndome entonces venir a París con él, para conducirme

después al palacio de las Tullerías, y yo no os hubiera visto en el momento de atravesar el salón Verde, no os hubiera reconocido, ni corrido, en vuestro seguimiento; y no hubiera podido, en fin, llamaros madre, palabra muy dulce y tierna de pronunciar.

Al oír las palabras de Sebastián: «Si no hubiese temido por la vida de mi padre», Andrea sintió oprimirse su corazón; cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Pero cuando el muchacho dijo: «El señor Isidoro de Charny no me habría reconocido ni propuesto venir a París con él, para conducirme a las Tullerías»,

los ojos de Andrea se abrieron, su corazón se tranquilizó, y con la mirada dio gracias al cielo; pues, en efecto un milagro le devolvía a Sebastián por conducto del hermano de su esposo.

Por último, al oír las palabras: «No hubiera podido llamaros madre, palabra tan dulce y tierna de pronunciar», Andrea, poseída del sentimiento de su felicidad, estrechó de nuevo a Sebastián entre sus brazos.

—Sí, sí, tienes razón, esa palabra es muy dulce —repuso Andrea—; solamente hay una que lo es más, y es la que pronuncié al estrecharte contra mi corazón: ¡hijo mío!

Siguióse una pausa, durante la cual no se oyó más que el suave estremecimiento de los labios maternos sobre la frente del niño.

—Pero en fin —exclamó de pronto Andrea—, es imposible que todo siga siendo misterioso en torno mío; tú me has explicado cómo estabas allí; pero no cómo me reconocistes, por qué me perseguías, y qué te indujo a llamarme madre.

—¿Podría yo deciros eso? —contestó Sebastián mirando a su madre con indecible expresión de amor—. Ni yo mismo lo sé. Habláis de misterios, y a mí me parece que todo es tan

misterioso en vos como en mí.

—Pero alguien te habrá dicho en el momento de pasar yo: «¡Niño, esa es tu madre!».

—Solamente mi corazón.

—¿Tu corazón?...

—Escuchad, madre mía, voy a deciros una cosa que tiene algo de prodigio.

Andrea se acercó al muchacho, fijando una mirada en el cielo, como para darle gracias por haberle devuelto su hijo, y sobre todo tal como era.

—Diez años hace que os conozco, madre mía.

Andrea se estremeció.

—¿No comprendéis?

—No, hijo mío.

—Pues permitidme decíroslo; a veces tengo unos, sueños extraños que mi padre llama alucinaciones.

Al recuerdo de Gilberto, que pasaba como una punta de acero desde los labios del niño a su corazón, Andrea se estremeció.

—Más de veinte veces os he visto, madre mía.

—¿Cómo?

—En los sueños de que os hablaba hace un momento. Andrea pensó, por su parte, en aquellos sueños terribles que; habían agitado su vida, y a uno de los

cuales el niño debía su nacimiento.

—Imaginaos, madre —continuó Sebastián—, que siendo aún pequeño, cuando jugaba con los muchachos de la aldea y permanecía en el pueblo, mis impresiones eran las de mis compañeros, y nada veían mis ojos más que los objetos reales; pero cuando salía del pueblo, apenas pasaba de los últimos jardines y franqueaba después el lindero del bosque, parecíame oír a mi lado como el roce de un vestido; alargaba los brazos para cogerle, pero no había nada más que aire, alejándose entonces el fantasma. Pero invisible al principio, dejaba de serlo poco a poco;

en el primer instante era un vapor transparente, como una nube semejante a aquella con que Virgilio rodeaba a la madre de Cartago. Después ese vapor se condensaba, tomando una forma femenina; esta forma, que era la de una mujer, deslizábase por el suelo, más bien que andaba sobre la tierra... y entonces una fuerza desconocida, extraña, irresistible, me impulsaba hacia la aparición. Internábase en los parajes más sombríos del bosque, y yo la perseguía, alargando los brazos, mudo como ella, pues por mucho que hubiera querido llamarla, jamás mi voz podía articular un sonido. Siguiéndola yo

siempre, nunca se detenía, ni yo podía alcanzarla, hasta que al fin, el prodigio que me había anunciado su presencia, me indicaba su marcha. El fantasma se desvanecía poco a poco; mas al parecer, sentía tanto como yo aquella separación, pues se alejaba mirándome; mientras que yo, rendido de fatiga, como si no me hubiera sostenido más que su presencia, caía en el lugar mismo donde ella había desaparecido.

Aquella especie de segunda existencia de Sebastián, aquel sueño animado en su vida, semejábase demasiado a lo que le había sucedido a la misma Andrea, para que esta no se

reconociera en el niño.

—¡Pobre amigo mío! —dijo estrechándole contra su corazón—. ¡Con que era inútil que el odio te alejara de mí! Dios nos había acercado sin que yo lo sospechase; pero menos feliz que tú, hijo mío, no te veía en sueños ni en realidad; y, sin embargo, cuando pasé por el salón Verde, me sobrecogió un estremecimiento; cuando oí tus pasos detrás de mí, experimenté como un vértigo, y cuando me llamaste «*¡señora!*», estuve a punto de detenerme; pero al oír qué me llamabas «*madre*», estuve a punto de desmayarme; apenas te toque, te

reconocí.

—¡Madre mía, madre mía! — exclamó Sebastián como si hubiera querido consolar a Andrea después de haber estado tanto tiempo sin pronunciar tan dulce nombre.

—Sí, sí, tu madre —replicó Andrea con un transporte de amor imposible de describir.

—Y ahora que nos hemos encontrado —dijo el niño—, y puesto que estás tan contenta y eres tan feliz por haber vuelto a verme, ya no nos separaremos. ¿No es verdad?

Andrea se estremeció: había cogido el presente al paso, cerrando a medias

los ojos sobre el pasado, y completamente respecto al porvenir.

—¡Pobre hijo mío! —murmuró suspirando—. ¡Cuánto te bendeciría si pudiera esperar semejante milagro!

—Dejadme hacer —dijo Sebastián—, yo arreglaré todo eso.

—¿Y cómo? —preguntó Andrea.

—No conozco los motivos que te han separado de mi padre.

Andrea palideció.

—Pero por graves que sean, se desvanecerán ante mis súplicas, y mis lágrimas si es preciso.

Andrea movió la cabeza exclamando:

—¡Jamás, jamás!

—Escucha —dijo Sebastián, que según las palabras que le había dicho su padre: «*Niño, no me hables de tu madre nunca*», debía creer que toda la culpa de la separación era de esta última—. Escucha, mi padre me adora.

Las manos de Andrea que estrechaban las de su hijo, se aflojaron; pero Sebastián no se fijó en esto, por lo menos al parecer. Y continuó:

—Le prepararé para verte, hablándole de la alegría que me has proporcionado; después, un día, te cogeré de la mano para conducirte a su presencia, y le diré: «¡Hela aquí, padre;

mira, que hermosa es!».

Andrea rechazó a Gilberto y se levantó. El niño fijó en Andrea sus grandes ojos con expresión de asombro, y la vio tan pálida que tuvo miedo.

—¡Jamás! —repitió—, ¡jamás!

Y esta vez su acento expresaba alguna cosa más que el espanto indicaba la amenaza.

A su vez el niño retrocedió en el canapé; acababa de observar en aquel rostro de mujer esas líneas terribles que Rafael representa en los ángeles irritados.

—¿Y por qué? —preguntó con voz sorda—, ¿por qué rehúsas ver a mi

padre?

Al oír estas palabras, el trueno estalló como al choque de dos nubes durante la tempestad.

—¿Por qué? —exclamó Andrea—. ¿Tú me preguntas por qué? ¡En efecto, pobre niño, tú no sabes nada!

—Sí —respondió Sebastián con firmeza—, preguntó por qué.

—Pues bien —dijo Andrea, incapaz de contenerse más tiempo bajo las picaduras de la serpiente venenosa que le corría el corazón—, porque tu padre es un miserable, porque tu padre es un infame.

Sebastián saltó del canapé donde se

había acurrucado, y se puso en pie delante de Andrea.

—¿Es de mi padre, de quién decís eso? —exclamó—. ¿Es de mi padre, del doctor Gilberto, de aquel que me ha educado, de aquel a quien todo lo debo y él único que yo conozco?

Y el muchacho hizo un movimiento para precipitarse hacia la puerta.

Andrea le detuvo.

—¡Escucha —dijo—, tú no puedes saber, tú no puedes comprender, tú no puedes juzgar!

—¡No!, ¡pero puedo sentir, y siento que no os amo ya!

Andrea profirió un grito de dolor.

Pero en el mismo instante, cierto ruido que oyó fuera, distrajo la emoción que sentía, aunque muy profunda.

Era el rumor producido por la puerta de la calle que se abría, y por un coche que se detenía delante del pórtico.

Andrea se estremeció de tal modo al oír este ruido, que al niño le sucedió lo mismo.

—¡Espera! —le dijo—, ¡espera y cállate!

El niño, subyugado, obedeció.

Se oyó abrir la puerta de la antecámara, y pasos que se acercaban a la del salón.

Andrea se irguió inmóvil, muda, con

los ojos fijos en la puerta, pálida y fría.

—¿A quién anunciaré a la señora Condesa? —preguntó el viejo conserje.

—Anunciad al conde de Charny, y preguntad a la Condesa si me dispensará el honor de recibirme.

—¡Oh! —exclamó Andrea—. ¡En esta habitación el niño! ¡Es preciso que no te vea, Sebastián —añadió—, y ni siquiera debe saber que existes!

Y empujó al muchacho, asustado, hacia la habitación contigua, cuya puerta cerró, diciendo al niño:

—Permanece aquí, y cuando se haya marchado, te referiré... ¡No, no, nada de esto! Te abrazaré y comprenderás que

soy verdaderamente tu madre.

Sebastian no contestó más que por un gemido.

En aquel momento la puerta de la antecámara se abrió, y con su gorra en la mano, el anciano conserje desempeñó su cometido.

Detrás de él, en la penumbra, los ojos penetrantes de Andrea reconocieron una forma humana.

—Introducid al señor conde de Charny —dijo, con la voz más firme que pudo producir.

El viejo conserje retrocedió, y el Conde, sombrero en mano, se presentó a su vez en el umbral.

Capítulo X

MARIDO Y MUJER

De luto por su hermano, muerto dos días antes, el conde de Charny vestía de negro.

Y como aquel duelo, semejante al de Hamlet, no estaba solamente en el traje, sino en el fondo del corazón, también su rostro pálido atestiguaba las lágrimas que había derramado y los dolores que había sufrido.

La Condesa abarcó de una rápida

mirada todo este conjunto. Jamás las buenas figuras son tan bellas como después de las lágrimas; jamás Charny había parecido tan seductor.

Andrea cerró un instante los ojos, echó la cabeza hacia atrás ligeramente, como para que su pecho pudiera respirar, y apoyó la mano en su corazón que desfallecía.

Cuando abrió de nuevo los ojos, es decir, un segundo después, vio a Charny en el mismo sitio.

El ademán y la mirada de Andrea preguntaban al mismo tiempo, tan visiblemente, por qué no había entrado, que el Conde contestó al punto:

—Señora, esperaba.

Y se adelantó un paso.

—¿Se debe despedir el coche del caballero? —preguntó el conserje por encargo del criado del Conde.

Charny fijó una mirada de indecible expresión en Andrea, que como deslumbrada cerró los ojos por segunda vez, permaneciendo inmóvil, con la respiración suspensa, como si no hubiera entendido la pregunta y sí visto la mirada.

Una y otra, sin embargo, habían penetrado directamente en su corazón.

Charny buscó en aquella estatua viviente alguna señal que indicase lo

que debía contestar; y después, como el estremecimiento de Andrea podía ser igualmente el temor de que el Conde fuese como el deseo de que se quedara, contestó el conserje:

—Decid al cochero que espere.

La puerta se cerró, y acaso por primera vez desde su casamiento, el Conde y la Condesa quedaron solos.

Charny fue el primero en romper el silencio.

—Dispensad, señora, ¿sería todavía indiscreta mi inesperada presencia? Estoy de pie, el cochero espera a la puerta, y si fuera así, me marcharía como he venido.

—No, caballero —contestó Andrea con viveza—, todo lo contrario. Sabía que estabais sano y salvo; mas no me considero menos dichosa al volver a veros después de los acontecimientos ocurridos.

—¿Con que habéis tenido la bondad de preguntar por mí, señora? —pregunto el Conde.

—Sin duda... ayer y esta mañana, y me contestaron que estabais en Versalles; también me informé esta tarde, y supe que os hallabais cerca de la Reina.

¿Habían sido pronunciadas estas últimas palabras simplemente, o

expresaban una reprensión?

Lo cierto es, que el mismo Conde, no sabiendo a qué atenerse, se preocupó un instante.

Pero casi al punto, esperando sin duda a que el resto de la conversación levantase el velo que ahora le ofuscaba, contestó:

—Señora, un triste y piadoso deber me retenía ayer y hoy en Versalles; un deber que considero como sagrado, en la situación en que la Reina se halla, me obligó a presentarme a Su Majestad apenas llegado a París.

A su vez, Andrea trató visiblemente de reconocer en todo su realismo la

intención de las últimas palabras del Conde.

Después, pensando que debía dar, ante todo, contestación a las primeras, repuso:

—¡Oh!, caballero, he sabido, ¡ay de mí!, la terrible pérdida que...

Andrea vaciló un instante.

—Que *habéis* sufrido —dijo al fin.

Andrea iba a decir «que *hemos* sufrido», pero sin atreverse, continuó:

—Habéis tenido la desgracia de perder a *vuestro* hermano el barón Jorge de Charny.

Y hubiéramos dicho que el Conde esperaba al paso las dos palabras que

hemos subrayado, pues se estremeció en el momento de ser pronunciadas.

—Sí, señora —contestó—; como vos decís, es una pérdida terrible para mí la de ese joven, pérdida que, por fortuna, no podéis apreciar, por haber conocido muy poco al pobre Jorge.

En aquellas palabras *por fortuna*, había una especie de dulce y melancólica reprensión.

Andrea lo comprendió así; pero ningún indicio exterior reveló que se había fijado en ello.

—Por lo demás, una cosa me consolaría de esta pérdida, si pudiera ser consolado —continuó Charny—, y

es que el pobre Jorge ha muerto, como Isidoro morirá también, y probablemente yo, es decir, cumpliendo con su deber.

Las palabras *como yo moriré probablemente*, impresionaron vivamente a Andrea.

—¡Ay de mí, caballero! —exclamó—. ¿Creéis, pues, tan desesperadas las cosas, que sean todavía necesarios nuevos sacrificios de sangre para desarmar la cólera celeste?

—Creo, señora, que si no ha llegado la última hora de los Reyes, se halla muy próxima; creo que hay un mal genio que impele a la monarquía hacia el abismo; y creo, en fin, que si cae, debe

ir acompañada en su caída de todos aquellos que tomaron parte en su esplendor.

—Es verdad —dijo Andrea—, y cuando llegue el día, me hallará dispuesta, como vos, a todos los sacrificios, a todas las abnegaciones.

—¡Oh!, señora —replicó Charny—; habéis dado demasiadas pruebas de abnegación en el pasado, para que nadie, y yo menos que nadie, dude de vuestra generosidad en el porvenir, y tal vez tenga yo menos derecho que los demás a dudar de la vuestra, por cuanto la mía, por primera vez acaso, ha rehusado una orden de la Reina.

—No comprendo, caballero —dijo Andrea.

—Al llegar a Versalles, señora, encontré la orden de presentarme al punto a Su Majestad.

—¡Oh! —exclamó Andrea sonriendo tristemente.

Y después de una pausa, contestó:

—Es muy natural; la Reina ve, como vos, el porvenir misterioso y sombrío, y quiere tener a su alrededor los hombres con quien sabe que puede contar.

—Os engañáis, señora —contestó Charny—; la Reina no me llamaba para que me acercase a ella, sino para alejarme.

—¡Alejaros de ella! —replicó vivamente Andrea dando un paso hacia el Conde.

Y después de un momento, notando que Charny estaba de pie desde el principio de la conversación, siempre junto a la puerta, le dijo, señalándole un sillón:

—Dispensad, aún os tengo de pie, señor Conde.

Al pronunciar estas palabras, se dejó caer ella misma sobre el canapé, incapaz de sostenerse más tiempo, y ocupando el sitio donde un momento antes se hallaba Sebastián.

—¡Alejaros! —repitió con una

emoción que no dejaba de expresar alegría, al pensar que Charny y la Reina iban a quedar separados—. ¿Y con qué objeto?

—Con el de desempeñar en Turín una misión cerca de los señores conde de Artois y duque de Borbón, que se ha marchado de Francia.

—¿Y aceptasteis?

Charny miró fijamente a Andrea.

—No, señora —dijo.

Andrea palideció de tal modo que Charny dio un paso hacia ella como para prestarle auxilio, mas al notar este movimiento del Conde, repúsose y volvió en sí.

—¿Que no? —balbuceó—. ¿Habéis rehusado obedecer una orden de la Reina... vos, caballero?...

Las dos últimas palabras fueron pronunciadas con un acento de duda y de asombro imposibles de expresar.

—He contestado, señora, que creía mi presencia más necesaria en París que en Turín, sobre todo en este momento; que cualquiera podía encargarse de la misión con que se quería honrarme, y que tenía precisamente un hermano que acababa de llegar de provincias, dispuesto a ponerse a las órdenes de Su Majestad y a marchar en lugar mío.

—¿Y sin duda, caballero, la Reina

se habrá alegrado, aceptando la proposición? —exclamó Andrea con una expresión de amargura que no pudo reprimir, y que no pasó desapercibida para Charny.

—No, señora, todo lo contrario, pues mi negativa la ofendió al parecer; de modo que hubiera debido marchar, si por fortuna no hubiese entrado el Rey en aquel momento, permitiéndome tomarle por juez en la cuestión.

—¿Y el Rey se ha declarado en vuestro favor, caballero? —preguntó Andrea con una sonrisa irónica—. ¿Opinó, como vos, que debíais permanecer en las Tullerías?... ¡Oh!, ¡el

monarca es tan bueno!

Charny repuso sin pestañear:

—El Rey dijo que mi hermano Isidoro era, en efecto, muy conveniente para aquella misión, tanto más cuanto que, llegado por primera vez a la corte, y casi también a París, su ausencia no sería notada. Añadió que sería una crueldad en la Reina exigir que me alejase de vos en semejante momento.

—¿De mí? —exclamó Andrea—. ¿Ha dicho de mí?

—Os repito sus propias palabras, señora. Después, paseando la mirada en torno suyo, y dirigiéndose a mí, añadió: «En efecto, ¿dónde está la condesa de

Charny? No la he visto desde anoche». Como era a mí a quien la pregunta se dirigía, debí contestar, y dije: «Señor, tengo tan rara vez la dicha de ver a la señora de Charny, que me sería imposible deciros en este momento dónde se halla; pero si Vuestra Majestad desea informes sobre el particular, puede dirigirse a la Reina, que lo sabe y contestará». Y yo insistí, porque al ver que la Reina fruncía el ceño, pensé que alguna cosa ignorada de mí habría pasado entre vos y ella.

Andrea tenía tanto afán en escuchar, que ni siquiera pensó en contestar.

Entonces Charny continuó:

«—Señor —contestó la Reina—, la condesa de Charny ha salido de las Tullerías hace una hora.

»—¿Cómo? —preguntó el Rey—, ¿la señora Condesa ha dejado el palacio?

»—Sí, señor.

»—Mas ¿para volver muy pronto?

»—No lo creo.

»—¿Qué no lo creéis, señora? —replicó el Rey—. ¿Pues qué motivo ha tenido la condesa de Charny, nuestra mejor amiga, para marcharse así?...

»La Reina hizo un movimiento.

»—Sí, digo que me extraña que vuestra mejor amiga se haya separado

de vos en semejante momento.

»—A mí me parece —repuso la Reina—, que no tenía buen alojamiento.

»—Sin duda era malo; pero teníamos intención de proporcionarle otro mejor, es decir, habitaciones para ella y para el Conde. ¿No es verdad, señor de Charny, que no habríais sido difícil de contentar?

»—Señor —contesté—, el Rey sabe que siempre estaré satisfecho en el lugar que me señale, con tal que en él tenga ocasión de servir a mi soberano.

»—¡Ya lo presumía yo! —exclamó el Rey.

»—¿Con que la condesa de Charny

se ha retirado? ¿Y adónde, señora?

»—Lo ignoro.

»—¡Cómo! ¿Al separarse vuestra amiga de vos no le preguntasteis adónde iba?

»—Cuando mis amigos me abandonan, los dejo libres de ir adonde quieran, y no cometo la indiscreción de preguntarles adonde van.

»—¡Bueno! —me dijo el Rey—, estos son enojos de mujer... Señor de Charny, necesito decir algunas palabras a la Reina; id a esperarme en mi habitación, y allí me presentaréis a vuestro hermano. Esta misma noche marchará a Turín, pues soy de vuestro

parecer, caballero; os necesito y os conservo».

Yo envié en busca de mi hermano, que acababa de llegar y de pasarme aviso de que esperaba en el salón Verde.

Al oír las palabras *en el salón Verde*, Andrea, que había casi olvidado a Sebastián, con el interés con que escuchaba el relato de su esposo, recordó cuanto acababa de pasar entre ella y su hijo, y dirigió una mirada de angustia a la puerta de la alcoba, donde le había encerrado.

—Pero dispensad, señora —dijo Charny—, os entretengo con cosas que os interesan medianamente, y sin duda

os preguntáis cómo estoy aquí y para qué he venido.

—No, caballero —contestó Andrea —, todo lo contrario; lo que me hacéis el honor de referirme tiene para mí el mayor interés; y en cuanto a vuestra presencia en mi casa, bien sabéis que después de los temores que he tenido por vos, esta presencia, demostrando que no os ha ocurrido ninguna desgracia, no puede menos de serme agradable. Continuad, pues; el Rey acababa de deciros que fuerais a esperarle en su habitación, y vos enviasteis a llamar a vuestro hermano.

—Sí, los dos nos dirigimos a la

habitación del Rey, señora, y diez minutos después se presentó. Como la misión de que se trataba era urgente, el Rey comenzó por hablar de ella, díjonos que tenía por objeto dar a conocer a Sus Altezas los príncipes los acontecimientos que acababan de ocurrir. Un cuarto de hora después de volver Su Majestad, mi hermano había marchado a Turín, y yo me quedé solo con el Rey. Este último se paseó un instante muy pensativo, y deteniéndose de pronto delante de mí, me dijo:

«—Señor Conde. ¿Sabéis qué ha pasado entre la Reina y la Condesa?

»—No, señor —contesté.

»—Es preciso —replicó el Rey—, que haya ocurrido alguna cosa, pues he encontrado a la Reina de un humor infernal, y a lo que me parece injusto para la Condesa, lo cual no es su costumbre, tratándose de amigas, a quienes defiende aunque hayan cometido faltas.

»—No puedo hacer más qué repetir a Vuestra Majestad lo que ya he tenido el honor de manifestarle; ignoro completamente lo que ha pasado entre la Condesa y la Reina, y ni siquiera sé si ha sucedido alguna cosa. En todo caso, señor, os haré asegurar de antemano que si hay falta por una parte o por otra,

suponiendo que una reina pueda cometerla, no será por culpa de la Condesa».

—Os doy gracias, caballero —dijo Andrea—, por haber juzgado tan bien de mí.

«—En todo caso —replicó el Rey —, si la Reina no sabe dónde se halla la Condesa, vos debéis saberlo.

»Yo no sabía mucho más que la Reina sobre este punto pero contesté:

»—Señor, sé que la Condesa tiene una casita en la calle de Coq-Héron, y sin duda se habrá retirado allí.

»—¡Oh!, sí, seguramente estará en esa casa —dijo el Rey—; id a enteraros;

os doy licencia hasta que mañana, con tal que volváis en compañía de la Condesa».

La mirada de Charny, al pronunciar estas palabras, se había fijado de tal modo en Andrea que esta última, sintiendo malestar, y sin poder resistir la expresión de aquellos ojos, cerró los suyos.

«—Le diréis —continuó Charny hablando siempre en nombre del Rey—, que encontraremos aquí para ella, aunque hubiera de buscarlo yo mismo, un alojamiento, no tan grande como el que tenía en Versalles, seguramente; pero bastante capaz para marido y

mujer. Id, señor de Charny, id; la Condesa debe estar inquieta respecto a su esposo, y a vos debe sucederos lo mismo».

Después, llamándome cuando había dado algunos pasos hacia la puerta, añadió, alargándome la mano, que yo besé:

«—A propósito, señor de Charny, al veros vestido de luto, debí comenzar por esto... Habéis tenido la desgracia de perder a vuestro hermano; pero no es posible, ni aun al Rey, consolar tales desgracias, aunque sí podrá decir: si vuestro hermano era casado, si tenía mujer e hijos, serán adoptados por mí.

En tal caso, caballero, si existen, traedlos y presentádmelos; la Reina se encargará de la madre y yo de los hijos».

Y como al pronunciar estas palabras asomase una lágrima en los párpados de Charny, Andrea le preguntó:

—¿Y sin duda, el Rey, no hacía más que repetir lo que la Reina os había dicho?

—La Reina, señora —contestó Charny con voz temblorosa—, no me había hecho ni siquiera, el honor de dirigirme la palabra sobre este particular, y he aquí por qué ese recuerdo del Rey me conmovió tan

profundamente, que al verme llorar me dijo:

«—Vamos, vamos, señor de Charny, tal vez haya hecho mal en hablaros de eso; pero obro siempre bajo el impulso de mi corazón, y este me aconseja hacer lo que hago. Id, pues, en busca de nuestra querida Andrea, Conde, porque si las personas amadas por nosotros no pueden consolarnos, por lo menos, nos acompañarán en nuestro dolor, llorando con ellos lo cual es siembre un gran alivio».

—Y he aquí cómo he venido —continuó Charny—, en cumplimiento de una orden del Rey, señora... por lo cual

espero que me dispensaréis.

—¡Ah!, caballero —exclamó Andrea levantándose vivamente y ofreciendo sus manos a Charny. ¿Podéis dudar de ello?

El Conde cogió presuroso aquellas manos entre las suyas y estampó en ellas sus labios.

Andrea dejó escapar un grito, como si aquellos labios hubieran sido de fuego candente, y volvió a caer en el canapé.

Pero sus manos contraídas parecían haberse adherido a las de Charny, de modo que al caer sentada atrajo consigo al Conde, que sin que ella lo hubiese

querido, ni él tampoco, se vio a su lado.

En aquel momento Andrea, habiendo creído oír un rumor en la habitación inmediata, se alejó tan vivamente de Charny, que este, no sabiendo a qué sentimiento atribuir el grito de la Condesa y el brusco movimiento que había hecho, se levantó con viveza y hallóse en pie delante de ella.

Capítulo XI

LA ALCOBA

Charny se apoyó en el respaldo del canapé, exhalando un suspiro.

Andrea dejó caer la cabeza sobre su mano.

El suspiro de Charny había rechazado al suyo hasta lo más profundo del corazón.

Lo que pasaba en aquel momento en el interior de Andrea es una cosa imposible de describir.

Casada hacía cuatro años, con un hombre a quien adoraba, sin que este, ocupado continuamente con otra mujer, se hubiese formado jamás la idea del terrible sacrificio que se había impuesto al casarse con él, lo había visto todo con la abnegación de su doble deber de mujer y de súbdita; lo había soportado todo, encerrándolo en su interior; y al fin, al cabo de algún tiempo parecíale, por algunas miradas más dulces de su esposo, y varias palabras más duras de la Reina, que su abnegación no era del todo estéril. Durante los días que acababan de transcurrir, días terribles llenos de incesantes angustias para todo

el mundo, sola tal vez en medio de todos los cortesanos, y entre aquellos servidores poseídos del terror, Andrea había experimentado, en los momentos supremos, por un ademán, una mirada o una palabra, Charny parecía ocuparse de ella, buscándola con inquietud y encontrándola con alegría; otras veces era una ligera presión de mano disimuladamente, que le comunicaba un sentimiento desapercibido de la multitud que le rodeaba, haciendo vivir para ellos, solos un pensamiento común; en fin, eran sensaciones deliciosas, desconocidas en aquel cuerpo de nieve y en su corazón de diamante, que jamás

había conocido del amor sino lo que tiene de doloroso, es decir, la soledad.

Y he aquí que de improvviso, en el momento en que la pobre joven, aislada, llegaba a encontrar a su hijo, volviendo a ser madre, he aquí que alguna cosa como una aurora de amor aparecía en su horizonte, triste y sombrío hasta entonces. Pero ¡coincidencia extraña, que probaba que la felicidad no debía ser para ella! Estos dos acontecimientos se combinaban de tal manera que el uno anulaba el otro, y que inevitablemente, la vuelta del esposo alejaba el amor del niño, atendido que la presencia de este mataba el amor naciente del marido.

He aquí lo que Charny no podía adivinar en aquel grito escapado de la boca de Andrea, en aquella mano que le rechazó, y en aquel silencio lleno de tristeza, después del grito tan semejante a un grito de angustia, aunque se debía al amor, y en aquel movimiento que se hubiera creído inspirado por la repulsión, y que tan sólo era hijo del temor.

Charny contempló un momento a Andrea con una expresión que no hubiera podido engañar a la joven, si hubiese mirado a su esposo.

Charny suspiró, y reanudando la conversación donde la había dejado,

preguntó a Andrea:

—¿Qué debo contestar al Rey, señora?

La joven se estremeció al oír aquella voz, y después, fijando en el Conde sus ojos claros y límpidos, contestóle:

—Caballero, he sufrido tanto desde que estoy en la corte, que como la Reina ha tenido la bondad de consentir en mi marcha, he aceptado la despedida con agradecimiento. No he nacido para vivir en el mundo, y siempre encontré en la soledad, sino la dicha, por lo menos el reposo. Los días más felices de mi vida son los que pasé cuando niña, en el castillo de Taverney, y más tarde,

aquellos en que viví retirada en el convento de San Dionisio, cerca de la noble hija de Francia a quien llamaban, señora Luisa. Pero con vuestro permiso, caballero, habitaré este pabellón, lleno para mis recuerdos que, a pesar de lo tristes, no dejan de tener alguna dulzura.

A esta petición de Andrea, Charny se inclinó, como hombre dispuesto, no solamente a ceder a su ruego, sino también a obedecer a su orden.

—¿Con que así, señora —dijo—, es una resolución adoptada?

—Sí, caballero —contestó Andrea con dulzura, aunque no sin firmeza.

Charny se inclinó de nuevo.

—Y ahora, señora —dijo—, tan sólo me resta preguntar una cosa, y es si me será permitido visitaros aquí.

Andrea fijó en Charny sus grandes ojos claros, de ordinario fríos en su expresión, pero esta vez, por el contrario, llenos de asombro y de dulzura.

—Sin duda, caballero —contestó—, y como yo no veré a nadie, cuando los deberes que habéis de cumplir en las Tullerías os permitan perder algunos momentos, siempre me alegraré de que me los consagréis, por breves que sean. Jamás Charny había visto tal encanto en la mirada de Andrea, ni jamás había

oído tal acento de ternura en su voz.

Y sintió correr por sus venas algo semejante al estremecimiento que produce la primera caricia.

Entonces fijó su mirada en el sitio que había ocupado junto a Andrea, y que ahora estaba vacío.

Charny hubiera dado un año de su vida por sentarse, sin que Andrea le rechazara, como lo había hecho la primera vez.

Pero tímido como un niño, no se atrevía a tomarse tal libertad sin que le invitasen a ello.

En cuanto a Andrea, hubiera dado, no un año, sino diez, por tener a su lado

al que tanto tiempo había estado lejos de ella.

Por desgracia no se conocían uno y otro, y los dos permanecían inmóviles, en una expectativa casi dolorosa. Charny fue otra vez el primero en romper aquel silencio, que tan sólo podía interpretar bien el que pudiese leer en el corazón.

—¿Decís que habéis sufrido mucho desde que vivís en la corte, señora? ¿No os ha profesado siempre el Rey un respeto que rayaba hasta la veneración, y la Reina una ternura que era casi idolatría?

—¡Oh!, así es, caballero —dijo Andrea—; el Rey fue siempre

bondadoso para mí.

—¿Me permitiréis observar, señora, que tan sólo contestáis a una sola de mis preguntas! ¿Habría sido la Reina para vos menos bondadosa que el Rey?

Las mandíbulas de Andrea se estrecharon, como si la naturaleza rebelada rehusase una contestación; mas haciendo un esfuerzo, dijo al fin:

—Ninguna queja tengo de la Reina, y sería injusta si no lo confesase así.

—Os digo esto, señora —insistió Charny—, porque desde hace algún tiempo... aunque tal vez me engañe... me parece que la amistad que la Reina os profesaba, se ha enfriado algo. Pero,

en fin, señora, ¡estaríais muy solitaria, muy aislada!

—¿No lo estuve siempre, caballero?
—replicó Andrea suspirando—, tanto de niña... como de joven... y como...

Andrea se interrumpió al notar que iba demasiado lejos.

—Concluid, señora —dijo Charny.

—¡Oh!, bien me adivináis, caballero... iba a decir: ¡y como esposa!...

—¿Tendría yo la dicha de que os dignaseis darme una queja?

—¡Una queja, caballero! —replicó vivamente Andrea—, ¿y con qué derecho, gran Dios, podría dárosela?...

¿Creéis que haya olvidado las circunstancias en que nos unieron?... ¡Muy por al contrario de aquellos que se juran al pie de los altares amor recíproco, mutua protección, nosotros nos juramos indiferencia eterna, separación completa!... Tendríamos, pues, alguna queja que darnos, si no uno de nosotros hubiese faltado a su juramento.

Las palabras de Andrea ahogaron un suspiro en el corazón de Charny.

—Veo que vuestra resolución es firme, señora —dijo—, pero al menos, permitidme que me inquiete respecto a vuestra manera de vivir aquí. ¿No

estaréis muy mal?

Andrea sonrió con tristeza.

—La casa de mi padre era tan pobre —contestó—, que este pabellón comparado con ella, y por desnudo que os parezca, está amueblado con un lujo a que no me hallo acostumbrada.

—Pero, sin embargo... ese encantador retiro de Trianón... ese palacio de Versalles...

—¡Oh! Ya sabía, caballero, que no hacía más que pasar por allí.

—¿Tenéis, al menos, todo cuanto necesitáis?

—Encontraré otra vez todo cuanto tenía.

—Veamos —dijo Charny, que deseaba formar idea de aquella casa donde Andrea se proponía habitar, y que comenzaba a mirar en torno suyo.

—¿Qué deseáis ver, caballero? —preguntó Andrea levantándose vivamente y dirigiendo una rápida e inquieta mirada hacia la alcoba.

—Pero por humildes que sean vuestros deseos, debo deciros que este pabellón no es verdaderamente una morada, señora... He atravesado una antecámara y ya estoy en el salón; esta puerta —y abrió la que había a un lado —, sí, esta puerta conduce a un comedor, y esta otra...

Andrea se lanzó entre el conde y la puerta hacia la cual se dirigía, viendo con el pensamiento, detrás de ella, a su hijo Sebastián.

—¡Caballero —exclamó—, os suplico que no deis un paso más!

Y con los brazos extendidos cerraba el paso.

—Sí, comprendo —dijo Charny suspirando—, esta es la puerta de vuestra alcoba.

—Sí, caballero —balbuceó Andrea con voz ahogada.

Charny miró a la condesa, que estaba temblorosa y pálida; jamás el espanto se había manifestado con tan

verdadera expresión como la que se pintaba en su semblante en aquel momento.

—¡Ah, señora! —murmuró con voz llena de lágrimas—. ¡Bien sabía que no me amabais, pero ignoraba que me odiaseis tanto!

Y no pudiendo permanecer más tiempo al lado de Andrea sin dar a conocer su debilidad, vaciló un instante como un hombre ebrio; después concentró todas sus fuerzas y precipitóse fuera del aposento; profiriendo un grito de dolor que resonó hasta el fondo del corazón de Andrea.

La joven le siguió con los ojos hasta

que hubo desaparecido; permaneció con el oído atento hasta que resonó el ruido de su coche, que se alejaba cada vez más: después, al sentir que su corazón se laceraba, y comprendiendo que no tenía suficiente amor maternal para combatir el que sentía, precipitóse en la alcoba, exclamando:

—¡Sebastián, Sebastián!

Pero ninguna voz contestó a la suya, y en vano pidió un eco consolador a este grito de angustia.

A la luz de la lamparilla que iluminaba la habitación, miró ansiosa en torno suyo y vio que no había nadie en el aposento.

Sin embargo, apenas podía dar crédito a sus ojos.

Y por segunda vez llamó:

—¡Sebastián, Sebastián!

El mismo silencio.

Solamente entonces observó que la ventana estaba abierta, y que el aire exterior, penetrando en la estancia, hacía vacilar la llama de la lamparilla.

Era la misma ventana que quince años antes fue abierta cuando el niño había desaparecido por primera vez.

—¡Ah! ¡Es justo! —exclamó Andrea—. ¿No me ha dicho que yo no era su madre?

Entonces, comprendiendo que perdía

todo a la vez, hijo y esposo, en el momento en que estaba a punto de encontrarlo todo. Andrea se dejó caer en su lecho con los brazos extendidos y las manos rígidas; había agotado sus fuerzas, su resignación y sus oraciones.

Ya no tenía más que gritos, lágrimas, sollozos, y un inmenso sentimiento de dolor.

Una hora transcurrió poco más o menos en aquella postración profunda, en aquel olvido del mundo entero, en aquel deseo de destrucción universal de que volviendo a la nada, el mundo los arrastrara consigo.

De repente parecióle a Andrea que

alguna cosa más terrible aún que su dolor se deslizaba entre este y sus lágrimas. Una sensación que tan sólo había experimentado tres o cuatro veces, y que siempre había precedido a las crisis supremas de su existencia, invadió lentamente todo cuanto en ella quedaba vivo aún. Por un movimiento casi independiente de su voluntad, se irguió poco a poco; su voz, temblorosa en su garganta, se extinguió; todo su cuerpo, como atraído involuntariamente, giró sobre sí mismo, y a través de la húmeda bruma de sus lágrimas, creyó ver que no estaba sola. Su mirada se fijó y aclaró; un hombre, que parecía haber

franqueado la ventana para penetrar en la habitación, estaba en pie delante de ella; quiso llamar, gritar, extender la mano hacia el cordón de la campanilla, mas fue imposible... acababa de experimentar ese embotamiento invencible que en otro tiempo indicaba la presencia de Bálsamo; pero, al fin, en aquel hombre que estaba de pie ante ella, fascinándola con el ademán y la mirada, reconoció a Gilberto.

¿Cómo estaba allí Gilberto, aquel padre aborrecido, en vez del hijo bien amado que buscaba?

Esto es lo que trataremos de explicar ahora al lector.

Capítulo XII

CAMINO CONOCIDO

El doctor Gilberto era quien estaba encerrado con el rey en el momento en que, obedeciendo la orden de Isidoro, y a petición de Sebastián, el ujier fue a informarse.

Al cabo de media hora, poco más o menos, Gilberto salió; el rey tenía cada vez más confianza en él, y con su sentimiento de rectitud apreciaba cuanto

había de lealtad en el corazón de Gilberto.

Al salir, el ujier le anunció que le esperaban en la antecámara de la reina.

Acababa de penetrar en el corredor que a ella conducía, cuando una puerta de escape se abrió y cerró cerca de él, dando paso a un joven que, no conociendo tal vez las localidades, vacilaba en tomar la derecha o la izquierda.

Al ver que Gilberto iba hacia él, se detuvo para interrogar, y entonces el doctor, fijando su atención en el rostro del joven, iluminado por la luz de un quinqué, exclamó:

—¡Señor Isidoro de Charney!...

—¡El doctor Gilberto!... —contestó Isidoro.

—¿Sois vos quién me hacía el honor de llamarme?

—Precisamente, sí, doctor, yo... Y además alguna otra persona...

—¿Quién?

—Alguno —replicó Isidoro—, a quien veréis con mucho placer.

—¿Sería indiscreto preguntaros quién?

—No; pero sería una crueldad deteneros más tiempo... Venid... o más bien, conducidme a esa parte de las antecámaras de la reina que se llama el

salón Verde.

—A fe mía —dijo Gilberto, sonriendo—, no estoy mucho más enterado que vos sobre la topografía de los palacios, y sobre todo del de las Tullerías; pero trataré de servirlos de guía.

Gilberto, pasó el primero, y después de algunas vacilaciones, empujó una puerta, la que daba al salón Verde.

Pero allí no había nadie.

Isidoro miró en torno suyo y llamó a un ujier. La confusión era tan grande aún en el palacio, que contra todas las reglas de la etiqueta, no había ujier en la antecámara.

—Esperemos un instante —dijo Gilberto—, porque ese hombre no puede estar lejos, y entretanto, caballero, a menos que algo se oponga a esa confianza, os ruego que me digáis quién me esperaba.

Isidoro miró con inquietud en torno suyo.

—¿No adivináis? —preguntó.

—No.

—Es una persona que encontré en el camino, inquieta por lo que podría haberos pasado, y que venía a pie a París...; es un joven que hice montar a la grupa de mi caballo, para traerle aquí.

—¿Os referís a Pitou?

—No, doctor, hablo de vuestro hijo Sebastián.

—¡De Sebastián!... —exclamó Gilberto—. ¿Y dónde está?

Y sus ojos recorrieron rápidamente todos los ángulos del vasto salón.

—Aquí estaba; había prometido esperarme, y sin duda el ujier a quien se le recomendé, no queriendo dejarle sólo, se le habrá llevado consigo.

En aquel momento entró el ujier, pero iba solo.

—¿Qué ha sido del joven a quien dejé aquí? —preguntó Isidoro.

—¿Qué joven? —preguntó aquel.

Gilberto tenía mucho dominio sobre

sí y se estremeció, Pero se contuvo y acercóse a su vez.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el barón de Charny sin poder contenerse, experimentando un principio de inquietud.

—Vamos, caballero —dijo Gilberto con voz firme, evocad todos vuestros recuerdos... Ese muchacho es mi hijo, no conoce París, y si por desgracia ha salido del palacio, corre peligro de perderse.

—¿Un niño? —preguntó otro ujier que entraba en aquel momento.

—Sí, un niño, casi un joven.

—¿De unos quince años?

—¡Eso es!

—Le he visto por los corredores siguiendo a una dama que salía de las habitaciones de Su Majestad.

—¿Y sabéis quién es esa dama?

—No, llevaba el manto echado sobre el rostro.

—Pero ¿qué hacía?

—Al parecer se alejaba huyendo, y el muchacho la perseguía, gritando: «¡Señora!».

—Bajemos —dijo Gilberto—, el portero nos dirá si ha salido.

Isidoro y el doctor penetraron en el mismo corredor por donde una hora antes Andrea pasó seguida por

Sebastián.

Se llegó a la puerta del patio de los Príncipes, y el portero fue interrogado.

—Sí, en efecto —contestó este—, he visto una mujer que andaba tan rápidamente que parecía huir; iba seguida de un niño... la dama subió a un coche, y el muchacho se precipitó en pos, reuniéndose con ella.

—¿Qué más? —preguntó Gilberto.

—La dama atrajo al niño, le besó apasionadamente, dio las señas al cochero, cerró la portezuela, y el carruaje partió.

—¿Recordáis esas señas? —preguntó Gilberto con ansiedad.

—Sí, perfectamente: *Calle de Coq-Héron, número 9, primera puerta cochera, partiendo de la calle Plâtrière.*

Gilberto se estremeció.

—¡Pues esas mismas son las señas de mi cuñada, la señora condesa de Charny!

—¡Fatalidad! —murmuró Gilberto. En aquella época, muchos eran demasiado filósofos, para decir: «¡Providencia!». Y añadió en voz baja —: ¡La habrá reconocido!...

—Pues bien —dijo Isidoro—, vamos a casa de la señora condesa de Charny.

Gilberto comprendió en qué situación pondría a Andrea, si se presentaba en su casa con su cuñado.

—Caballero —dijo—, hallándose Sebastián en casa de la condesa de Charny, está seguro, y como tengo el honor de conocerla, creo que en vez de acompañarme, sería más conveniente que os pusierais en camino, pues según he oído decir en la habitación del Rey, presumo que sois vos quien marcha a Turín.

—Sí, caballero.

—Pues bien, recibid las gracias por cuanto habéis hecho en favor de Sebastián, y marchad sin perder un

momento.

—Sin embargo, doctor...

—Caballero, cuando un padre os dice que no tiene la menor inquietud, podéis marchar. Dondequiera que se halle ahora Sebastián, bien sea en casa de la condesa de Charny, o bien en otra parte, no temáis nada, pues ya le encontraré.

—Vamos, puesto que lo deseáis, doctor...

—Os lo ruego.

Isidoro ofreció la mano a Gilberto, que se la estrechó con más cordialidad de la que acostumbraba con hombres de su clase, y mientras que el vizconde

volvía al palacio, dirigióse a la plaza del Carrousel, penetró en la calle de Chartres, atravesó diagonalmente la plaza del Palais-Royal, costó la calle de San Honorato, y perdido un instante en ese dédalo de callejuelas que desembocan en el mercado, se encontró en el ángulo de dos calles. Eran las de Plâtrière y de Coq-Héron. Ambas tenían para Gilberto terribles recuerdos; muchas veces allí, en el sitio mismo donde se hallaba, su corazón había latido más violentamente tal vez que en aquel momento; por eso vaciló al parecer un instante entre las dos calles, pero se decidió muy pronto y tomó la de

Coq-Héron.

Bien conocida le era la puerta de Andrea, aquella puerta cochera del número 9, y por lo tanto no se detuvo porque temiera engañarse; era evidente que buscaba un pretexto para penetrar en aquella casa, y que, no encontrándole, pensaba en un medio.

La puerta que había empujado, para ver si por uno de esos milagros con que la casualidad favorece en ciertas ocasiones a las personas apuradas, estaba abierta.

Después costió la pared, que tenía diez pies de elevación.

Conocía bien aquella altura; pero

buscó para ver si había por allí alguna carreta olvidada que le permitiera llegar a la parte superior de la pared.

Una vez conseguido esto, ágil y vigoroso como era, fácilmente habría saltado al interior.

No había ninguna carreta apoyada en la pared, y, de consiguiente, ningún medio para entrar.

Se acercó a la puerta, alargó la mano hacia el aldabón, y levantóle; pero moviendo la cabeza, le dejó caer suavemente sin producir ningún ruido.

Sin duda una idea nueva, infundiendo una esperanza casi perdida, acababa de iluminar su pensamiento.

—¡En rigor —murmuró—, es posible!

Y remontó hacia la calle Plâtrière, en la cual penetró al punto.

Al pasar dirigió una mirada y exhaló un suspiro al encontrar la fuente donde dieciséis años antes había ido más de una vez a mojar el pan negro y duro que debía a la generosidad de Teresa y al hospitalario Rousseau.

Los dos habían muerto: él había prosperado, alcanzando consideración, renombre y fortuna; pero ¡ay!, ¿estaba por esto menos agitado, menos poseído de angustias presentes y futuras, que en aquel tiempo en que, abrasado por una

loca pasión, iba a mojar su pan a la fuente?

Gilberto continuó su camino.

Al fin llegó sin vacilar ante la puerta de un pasadizo, cuya parte superior tenía enrejado.

Parecía haber llegado a su destino.

Sin embargo, se apoyó un instante contra la pared, bien porque la suma de recuerdos que evocaba aquella puertecilla le agobiara casi, o ya porque, llegado allí con una esperanza, temiese encontrar una decepción.

Por último, aplicó la mano en aquella puerta, y con un sentimiento de indecible alegría vio asomar por un

pequeño orificio el cordón con ayuda del cual se abría la puerta durante el día.

Gilberto recordaba que algunas veces se había olvidado de retirar este cordón, y que una vez, habiéndose retardado, en ocasión de volver apresuradamente a la buhardilla que ocupaba en casa de Rousseau, se aprovechó de este olvido para entrar y subir a ella.

La casa, como en otro tiempo, estaba ocupada al parecer por gente bastante pobre para no temer a los ladrones, y la misma indiferencia ocasionó el olvido.

Gilberto tiró del cordón, abrióse la puerta, y se halló en el oscuro y húmedo

pasadizo, en cuya extremidad, erguida como una serpiente sobre su cola, elevábase la escalera, sucia y resbaladiza.

Gilberto cerró la puerta con cuidado, y a tientas pudo llegar hasta los primeros escalones.

Cuando hubo franqueado seis, se detuvo.

Un débil resplandor, a través de unos vidrios empañados, indicaba que la pared estaba perforada en aquel sitio, y que la oscuridad, aunque muy densa, era menos sombría fuera que dentro.

A través de aquellos vidrios, por sucios que estuvieran, veíanse brillar las

estrellas en un claro del cielo.

Gilberto buscó el pestillo que cerraba la vidriera, abrióla, y por el mismo camino que había seguido ya dos veces, bajó al jardín.

A pesar de los quince años transcurridos, el jardín estaba tan presente en la memoria de Gilberto, que todo lo reconoció: árboles, platabandas, y hasta el ángulo donde el jardinero ponía su escalera.

Ignoraba si en aquella hora de la noche las puertas estarían cerradas, y si el señor de Charny estaría con su esposa, o, a falta de él, algún criado o doncella.

Resuelto a todo para encontrar a Sebastián, estaba, sin embargo, decidido a no comprometer a Andrea sino en el último extremo, y hacer ante todo cuanto pudiera para verla sola.

Primeramente probó la puerta del pórtico, la cual cedió apenas hubo oprimido el botón.

Esto le hizo pensar que, no estando la puerta cerrada, Andrea no debía estar sola.

A menos de estar muy preocupada, la mujer que habita sola en un pabellón, no se descuida en cerrar la puerta.

La empujó suavemente y sin ruido, muy satisfecho de tener aquella entrada

libre como último recurso.

Franqueó los escalones del pórtico, y corrió para mirar por aquella persiana que, quince años antes, abriéndose de improviso bajo la mano de Andrea, le dio un golpe en la frente aquella noche en que, con los cien mil escudos de Bálsamo en la mano, fue a solicitar de la altiva joven su mano de esposa.

Esta persiana era la del salón, iluminado en aquel momento.

Pero como las vidrieras tenían cortinillas, era imposible ver nada en el interior.

Gilberto continuó su examen.

De improviso parecióle ver oscilar

en la tierra y en los árboles un ligero resplandor que llegaba de la ventana abierta.

Esta ventana era la de la alcoba, y Gilberto la reconoció también, pues por allí sustrajo el niño que hoy iba a buscar.

Se apartó, a fin de salir del rayo de luz proyectado por la ventana, y poder, perdido en la oscuridad, ver sin ser visto.

Llegado a una línea que le permitía penetrar con su mirada en el interior de la alcoba, vio primero la puerta del salón abierta, y después, en el círculo que recorrían sus ojos, un lecho.

En él se hallaba una mujer, rígida, destrenzada, moribunda; sonidos roncos y guturales, como el estertor del que agoniza, se escapaban de su boca, interrumpidos de vez en cuando por gritos y sollozos.

Gilberto se acercó lentamente, costeando la línea luminosa en que no quería entrar por temor de ser visto.

Y acabó por apoyar en la ventana su pálida frente.

Ya no había duda para Gilberto: aquella mujer era Andrea, y estaba sola.

¿Pero por qué sola? ¿Por qué lloraba?

Gilberto no podía saber esto sin

preguntar.

Entonces fue cuando, sin ruido, franqueó la ventana y encontróse detrás de ella, en el momento en que aquella atracción magnética a que Andrea era tan accesible, la obligó a volverse.

¡Los dos enemigos se hallaban, pues, uno frente a otro!

Capítulo XIII

LO QUE HABÍA SIDO DE SEBASTIÁN

El primer sentimiento de Andrea al ver a Gilberto fue, no solamente de terror profundo, sino también de repugnancia invencible.

Para ella, el Gilberto americano, el Gilberto de Washington y de La Fayette, aristocratizado por la ciencia, por el estudio y por el genio, era siempre aquel

miserable de Gilberto, gnomo terroso perdido en las espesuras de Trianón.

De parte de Gilberto, por el contrario, había siempre para Andrea, a pesar de sus desprecios, de sus injurias y de sus persecuciones, no ya ese amor ardiente que le indujo a cometer un crimen cuando joven, sino ese interés tierno y profundo que hubiera impelido al hombre a prestarle un servicio, aun con peligro de su vida.

Y era que, por el sentido íntimo de que la naturaleza había dotado a Gilberto, por el principio de justicia inmutable que había adquirido de la educación, juzgándose a sí propio,

comprendió que todas las desgracias de Andrea provenían de él, y que no podría compensarlas sino cuando hubiese proporcionado a la Condesa una suma de felicidad igual a la del infortunio que había causado.

Ahora bien, ¿cómo y de qué modo podría Gilberto influir benéficamente en el porvenir de Andrea?

Esto es lo que le era imposible comprender.

Al observar de nuevo en aquella mujer una nueva desesperación, después de las muchas que había sufrido, todas las fibras compasivas de su corazón se conmovieron ante aquel gran infortunio.

Por eso, en vez de servirse súbitamente de esa fuerza magnética que ya una vez había ensayado en ella, trató de hablarle con dulzura, reservándose, si se mostraba rebelde como siempre, a emplear el medio correctivo que no podía faltarle.

De aquí resultó que Andrea, rodeada por lo pronto del fluido magnético, sintió poco a poco, por la voluntad, y casi diremos con el permiso de Gilberto, que este fluido se desvanecía, semejante a una bruma que se evapora, y que permite a los ojos penetrar en lejanos horizontes.

Por eso fue la primera en tomar la

palabra.

—¿Qué buscáis, caballero? —preguntó—. ¿Cómo estáis aquí, y por dónde habéis venido?

—¿Por dónde, señora? —repuso Gilberto—. Por donde venía otras veces; pero estad tranquila, pues nadie sospecha mi presencia aquí... He venido a fin de reclamaros un tesoro, indiferente para vos, pero precioso para mí, porque es mi hijo... Lo que quiero es que me digáis dónde se halla, ya que le habéis atraído, haciéndole subir en vuestro coche, para tenerle aquí.

—¿Dónde se halla? —replicó Andrea—. ¿Lo sé yo acaso?... Ha

huido... le habéis acostumbrado bien a odiar a su madre.

—¿Su madre, señora? ¿Sois realmente su madre?

—¡Oh! —exclamó Andrea—. ¡Ve mi dolor, ha oído mis gritos y contemplado mi desesperación, y aún me pregunta si soy su madre!

—¡Dios mío! —exclamó Gilberto—. ¿Dónde habrá ido?... El desgraciado no conoce París, y es ya más de la medianoche.

—¡Oh! —exclamó Andrea, dando un paso hacia Gilberto—, ¿creéis que le haya ocurrido algún percance?

—Ahora lo sabremos —dijo

Gilberto— vos vais a decírmelo.

Y extendió su mano hacia Andrea.

—¡Caballero, caballero! —exclamó esta retrocediendo para sustraerse a la influencia magnética.

—¡Señora —dijo Gilberto—, no temáis nada; voy a interrogar a una madre sobre la suerte de su hijo...; para mí sois sagrada!

Andrea exhaló un suspiro, y cayó en un sillón murmurando el nombre de Sebastián.

—Dormid —dijo Gilberto—; pero ved por el corazón.

—Ya duermo —dijo Andrea.

—¿Debo emplear toda la fuerza de

mi voluntad —preguntó Gilberto—, o estáis dispuesta a contestarme voluntariamente?

—¿Volveréis a decir a mi hijo que no soy su madre?

—Según y cómo... ¿Le amáis?

—¡Oh!, ¡me pregunta si le amo, a ese hijo de mis entrañas! ¡Oh!, sí, sí, le amo apasionadamente.

—Entonces sois su madre, como yo su padre, puesto que le amáis como yo le amo.

—¡Ah! —exclamó Andrea respirando.

—¿Conque vais a contestarme voluntariamente? —preguntó Gilberto.

—¿Me permitiréis ver de nuevo a Sebastián, cuando le hayáis encontrado?

—¿No os he dicho que erais su madre, como yo su padre?... Amáis a vuestro hijo, señora, y volveréis a verle.

—Gracias —dijo Andrea, con expresión de indecible alegría—; y ahora, interrogad, pues veo...; pero...

—¿Qué?

—Seguidle desde su marcha, a fin de que yo esté más segura de no perder su huella.

—Sea. ¿Dónde os ha visto?

—En el salón Verde.

—¿Dónde os ha seguido?

—A través de los corredores.

—¿Dónde os alcanzó?

—En el momento de subir yo al coche.

—¿Dónde le condujisteis?

—Al salón... el aposento contiguo.

—¿Dónde tomó asiento?

—Junto a mí, en el canapé.

—¿Estuvo allí mucho tiempo?

—Media hora, poco más o menos.

—¿Por qué os abandonó?

—Porque oyó ruido de un coche.

—¿Quién iba en él?

Andrea vaciló.

—¿Quién iba en ese coche? —

repitió Gilberto con tono más imperioso y mayor voluntad.

—El conde de Charny.

—¿Dónde ocultasteis al niño?

—Le hice entrar en esta habitación.

—¿Qué os dijo al entrar?

—Que yo no era su madre.

—¿Y por qué os ha dicho eso?

Hablad, yo lo quiero.

Andrea se calló.

—¿Por qué me lo ha dicho? —
preguntó al fin.

—Sí.

—Porque yo le dije —contestó
Andrea, haciendo un esfuerzo—, que
erais un miserable y un infame.

—Mirad en el corazón del pobre
niño, señora, y ved el mal que le habéis

hecho.

—¡Oh! ¡Dios mío!... —murmuró Andrea—, perdón, perdón, querido mío.

—¿Sospechaba el señor de Charny que Sebastián estuviese aquí?

—No.

—¿Estáis segura de ello?

—Sí.

—¿Por qué no se ha quedado?

—Porque el señor de Charny no se queda en mi casa.

—¿Pues para qué venía?

Andrea permaneció un momento pensativa, con los ojos fijos, y como si tratase de ver en la oscuridad.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó—.

¡Oliverio, querido Oliverio...!

Gilberto la miró con asombro.

—¡Oh! ¡Desgraciada de mí! —
murmuró Andrea—, volvía a mí... y
para permanecer a mi lado, rehusó
aquella misión... ¡me ama, me ama!...

Gilberto comenzaba a leer
confusamente en aquel drama terrible
que él adivinaba el primero.

—¿Y le amáis vos? —preguntó.

Andrea exhaló un suspiro.

—¿Por qué me hacéis esta pregunta?
—dijo Andrea.

—Leed en mi pensamiento.

—¡Ah! Sí, veo que vuestra intención
es buena, y que quisierais hacerme

bastante feliz, para que olvidara el mal que me habéis causado; pero yo rehusaría la dicha, si debiese proceder de vos. ¡Yo os odio, y quiero continuar odiándoos!

—¡Pobre humanidad! —murmuró Gilberto—. ¿Es tanta tu dicha, que puedas elegir aquellos de quienes debes recibirla? ¿Conque le amáis? —añadió.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primera vez que le vi, desde el día en que regresó de París a Versalles en el mismo coche que la Reina ocupaba conmigo.

—¿Conque sabéis lo que es el amor?

—murmuró tristemente Gilberto.

—Sé que se ha dado el amor al hombre —contestó Andrea—, para que tenga la medida de lo que puede sufrir.

—Está bien, ya sois mujer y también madre; diamante en bruto, os habéis modelado al fin en las manos de ese terrible lapidario que se llama dolor... Volvamos a Sebastián.

—¡Sí, sí, volvamos a él! Prohibidme pensar en el señor de Charny, porque esto me perturba, y en vez de seguir a nuestro hijo, tal vez seguiré al Conde.

—¡Está bien! ¡Esposa, olvida a tu marido! ¡Madre, no pienses más que en tu hijo!

La expresión, dolorida en parte, que se había pintado un momento en la fisonomía de Andrea, revelándose igualmente en toda su persona, desapareció muy pronto, quedando en su lugar la de costumbre.

—¿Dónde estaba el niño mientras que hablabais con el señor de Charny?

—Aquí, escuchando... en la puerta.

—¿Qué ha oído de la conversación?

—Toda la primera parte.

—¿En qué momento se decidió a salir de la habitación?

—En el momento que el señor de Charny...

Andrea se interrumpió.

—En el momento que el señor de Charny... —repitió despiadadamente Gilberto...

—En el momento en que el conde me besó la mano, y proferí un grito.

—Bien le veis entonces.

—Sí, le veo con la frente fruncida, los labios temblorosos, y el puño aplicado sobre el pecho.

—Seguidle con los ojos, y desde este instante, no estéis más que para él, ni le perdáis de vista.

—¡Le veo, le veo! —dijo Andrea.

—¿Qué hace?

—Mira en torno suyo para ver si hay alguna puerta que dé al jardín; y como

no hay ninguna, se dirige a la ventana, la abre, mira por última vez hacia el salón, salta por la ventana, y desaparece.

—Seguidle en la oscuridad.

—No puedo.

Gilberto se acercó a Andrea y pasó la mano por delante de sus ojos.

—Bien sabéis que no hay noche para vos —dijo—. ¡Ved!

—¡Ah!, ya le diviso corriendo por el pasadizo que costea la pared; llega a la puerta grande, la abre sin que nadie le vea, y se precipita hacia la calle Plâtrière... ¡Ah! Se detiene, y habla con una mujer que pasa.

—Escuchad bien —dijo Gilberto—,

y oiréis lo que pregunta.

—Ya escucho.

—¿Qué dice?

—Pregunta por la calle de San Honorato.

—Sí, allí es donde vivo; habrá vuelto a casa y me espera. ¡Pobre muchacho!

Andrea movió la cabeza.

—¡No! —dijo con visible expresión de inquietud—, no ha vuelto... no... no espera...

—¿Pues dónde está entonces?

—Dejadme seguidle, o si no le perderé.

—¡Oh! ¡Seguidle, seguidle! —

exclamó Gilberto comprendiendo que Andrea adivinaba alguna desgracia.

—¡Ah! —exclamó—, ¡le vuelvo a ver, le vuelvo a ver!

—Bien.

—Entra en la calle de Grenelle y después en la de San Honorato; atraviesa, siempre corriendo, la plaza del Palais-Royal, y pregunta otra vez por dónde ha de ir; prosigue su carrera y llega a la calle de Richelieu... Ahora está en la de los Frondeurs... pasa a la nueva de San Roque... ¡Detente, niño, detente, desgraciado!... ¡Sebastián, Sebastián! ¿No ves aquel coche que viene por la calle de la Sourdiere? ¡Yo

le veo, yo le veo!... Los caballos...
¡Ah!...

Andrea profirió un grito terrible y se puso en pie, con la angustia maternal pintada en su rostro, por donde corrían a la vez gruesas gotas de sudor mezcladas con lágrimas.

—¡Oh! —exclamó Gilberto—, ¡si le ocurre alguna desgracia, acuérdate de que esta recaerá sobre tu cabeza!

—¡Ah!... —exclamó Andrea, respirando sin escuchar, sin oír lo que Gilberto decía—. ¡Dios sea loado! El pecho del caballo le ha empujado fuera de la línea de las ruedas... cae, y está tendido sin conocimiento; pero no ha

muerto... ¡Oh... no... no ha muerto...
no... tan sólo se ha desmayado!
¡Socorro, socorro!... ¡Es mi hijo..., es
mi hijo!...

Y profiriendo un grito desgarrador,
Andrea volvió a caer casi desmayada en
su asiento.

Por mucho que fuera el deseo de
Gilberto de saber más, concedió a
Andrea, palpitante, ese reposo de un
momento, que tanto necesitaba.

Temía que, apurándola más, se le
rompiese alguna fibra de su corazón, o
que alguna vena se abriese en su
cerebro.

Pero cuando creyó poder interrogar,

preguntó:

—¿Qué más?

—Esperad, esperad —contestó Andrea—: Se ha formado un gran círculo alrededor del muchacho. ¡Oh!, por favor, ¡dejadme pasar, dejadme ver! ... ¡Es mi hijo, es mi Sebastián!... ¡Dios mío! ¿No hay entre todos vosotros algún cirujano o médico?

—¡Oh, corro allí! —exclamó Gilberto.

—Esperad —dijo Andrea deteniéndole por el brazo—; he aquí la multitud que se aparta; sin duda es que viene el que han llamado, y al que esperan... ¡Venid, venid, caballero; bien

veis que no está muerto y que se le puede salvar!

Y profiriendo una exclamación que parecía un grito de espanto, Andrea gritó:

—¡Oh, pobre de mí!

—¡No quiero que ese hombre toque a mi hijo! —gritó Andrea... ¡No es un hombre, es un enano, es un gnomo, es un vampiro!... ¡Oh, qué hediondo, qué hediondo!...

—¿Pero qué hay? —preguntó Gilberto.

—Señora, señora —murmuró Gilberto, estremeciéndose—, ¡en nombre de Dios, no perdáis de vista a

Sebastián!

—¡Oh! —contestó Andrea con los ojos fijos, los labios temblorosos, y el brazo extendido—, estad tranquilo... ya le sigo, ya le sigo...

—¿Qué hace ese hombre?

—Se le lleva... remonta la calle de la Sourdiere y entra en el pasadizo de San Jacinto; luego se acerca a una puerta baja entornada, traspasa el umbral, se agacha, y baja una escalera. Después coloca a Sebastián en una mesa, tendido a lo largo, en la cual se ve un tintero, pluma y papel de manuscritos; despoja al niño de su traje, levanta la manga de la camisa, le oprime el brazo con vendas

que le trae una mujer, sucia y hedionda como él, abre un estuche, saca una lanceta, y dispónese a... ¡Oh, no quiero ver eso, no quiero ver la sangre de mi hijo!

—Subid y contad los escalones — dijo Gilberto.

—Ya los he contado; hay once.

—Examinad la puerta con cuidado, y decidme si hay en ella algo notable.

—Sí... una pequeña claraboya cuadrada, con un barrote en cruz.

—Está bien, esto es cuanto deseaba saber.

—Corred, corred... y le encontraréis donde os he dicho.

—¿Queréis despertaros desde luego y recordar, o preferís que no os despierte hasta mañana, para olvidarlo todo?

—Despertadme, desde luego, y que yo recuerde.

Gilberto pasó los dos pulgares sobre las cejas de Andrea, siguiendo su curva, sopló sobre la frente, y no pronunció más que esta palabra:

—¡Despertaos!

Los ojos de la joven se animaron al punto; los miembros perdieron su rigidez, y miró a Gilberto casi con terror, recordando, aunque despierta, las recomendaciones que le había hecho

durante su sueño.

—¡Oh, corred, corred —exclamó—,
y sacad a Sebastián de las manos de ese
hombre, que me da miedo!

Capítulo XIV

EL HOMBRE DE LA PLAZA DE LUIS XV

Gilberto no necesitaba que le excitasen en sus pesquisas, y como le pareció muy largo tomar el camino por donde viniera, corrió directamente a la puerta de la calle de Coq-Héron, abrióla sin el auxilio del portero, y alejóse.

Conservaba en la memoria muy bien el itinerario trazado por Andrea, y siguió las huellas de Sebastián.

Igual que el muchacho, atravesó la plaza del Palais-Royal, recorrió la calle de San Honorato, desierta en aquella hora, pues era cerca de la una de la madrugada y, llegado a la esquina de la calle de la Sourfaliere, tomó la derecha y después la izquierda, y se encontró en el Pasadizo de San Jacinto.

Aquí dio principio a una inspección más detenida de las localidades.

En la tercera puerta de la derecha reconoció, por una claraboya cuadrada, cerrada en cruz por un barroto, la puerta que Andrea había descrito.

La indicación era tan precisa que no podía engañarse, y llamó.

Nadie contestó, pero llamó por segunda vez.

Entonces parecióle que alguien se arrastraba por la escalera, acercándose a él con paso tímido y receloso.

El doctor llamó por tercera vez.

—¿Quién llama? —preguntó una voz de mujer.

—Abrid —contestó Gilberto—, y no temáis nada, soy el padre del joven a quien se recogió herido.

—Abrid, Albertina —dijo otra voz—, es el doctor Gilberto.

—¡Mi padre, mi padre! —exclamó una tercera voz, en la que el doctor reconoció la de Sebastián.

Entonces Gilberto respiró
libremente.

La puerta se abrió, y Gilberto se precipitó hacia una escalera que parecía conducir al sótano.

Llegado al pie de ella, se encontró en una especie de cueva iluminada por una lámpara colocada sobre una mesa cubierta de impresos y manuscritos, la misma que Andrea había indicado.

A la sombra, echado en una especie de jergón, Gilberto vio a su hijo que le llamaba con los brazos extendidos, y por poderoso que fuese el dominio que sobre sí mismo tenía, el amor paternal se antepuso filosófico; se precipitó

hacia el muchacho y estrechóle contra su corazón, cuidando de no lastimar su brazo magullado ni su pecho dolorido.

Después de un largo beso paternal, y de aquel dulce murmullo de dos bocas que se buscan, después de haberse dicho todo sin pronunciar palabra, Gilberto se volvió hacia el dueño de aquella vivienda, a quien apenas había entrevisto.

Estaba de pie, con las piernas entreabiertas, una mano apoyada en la mesa y la otra en la cadera, e iluminado por la luz de la lámpara, cuya pantalla había retirado para ver mejor la escena que se presentaba ante sus ojos.

—Mira, Albertina —dijo—, da las gracias conmigo a la casualidad, que me permitió prestar este servicio a uno de mis cofrades.

En el momento en que el cirujano pronunciaba estas palabras algo enfáticas, Gilberto se volvía, como hemos dicho, y fijó su primera mirada en el ser informe que tenía a la vista.

Tenía algo de amarillo y verde, con ojos grises y saltones; parecía uno de esos aldeanos perseguidos por la cólera de Latona, y que a punto de efectuar su metamorfosis, no son ya hombres, ni tampoco sapos aún.

Gilberto se estremeció a su pesar,

pareciéndole, como en una repugnante pesadilla, como a través de un velo de sangre, haber visto ya aquel hombre.

Y se acercó a Sebastián, para estrecharle más tiernamente contra su pecho.

Sin embargo, Gilberto triunfó de esa primera repugnancia, y dirigiéndose hacia el extraño individuo que Andrea había visto en su sueño magnético, y que tanto le espantó, le dijo:

—Caballero, recibid las más expresivas gracias de un padre a quien habéis conservado su hijo; son sinceras y salen del corazón.

—Caballero —contestó el cirujano

—, solamente he cumplido con el deber que mis sentimientos me inspiran y me recomendaba la ciencia. Soy hombre, y como dice Terencio, nada de lo que es humano es extraño para mí; por lo demás, tengo buen corazón, y no puedo ver sufrir ni a un insecto, y mucho menos a un semejante.

—¿Tendré el honor de saber a qué respetable filántropo estoy hablando?

—¿No me conocéis, cobarde? —dijo el cirujano con una risa que trataba de hacer benévola y que tan sólo era repugnante—. Pues bien, yo os conozco: sois el doctor Gilberto, el amigo de Washington y de La Fayette —y recalcó

de una manera extraña sobre este último nombre—, el hombre de América y de Francia, el honrado utopista que ha escrito magníficas memorias sobre la monarquía constitucional, las cuales enviasteis a Su Majestad Luis XVI, y que este Rey os recompensó enviándoos a la Bastilla en el momento en que pisasteis el suelo de Francia. Quisisteis salvarle, despejando de antemano el camino del porvenir, y él os ha abierto el de una prisión. ¡Agradecimiento real!

Y esta vez el cirujano comenzó a reír de nuevo, pero de una manera terrible y amenazadora.

—Si me conocéis, caballero —dijo

el doctor—, razón de más para que insista en tener el honor de conoceros igualmente.

—¡Oh!, largo tiempo hace ya que nos conocemos, caballero —dijo el cirujano; fue veinte años hace, en una noche terrible, en la del 30 de mayo de 1770; entonces teníais la edad de este muchacho, y os presentaron a mí como él, herido, moribundo, agobiado; os acompañaba el maestro Rousseau, y os sangré sobre una mesa rodeada de cadáveres y de miembros cortados. ¡Oh! En aquella noche terrible, de feliz recuerdo para mí, salvé muchas existencias, gracias al acero, que sabe

hasta dónde ha de penetrar para que el individuo cure, y hasta dónde ha de cortar para que se produzca la cicatriz.

—¡Oh! —exclamó Gilberto—, entonces sois Juan Pablo Marat.

Y a pesar suyo, retrocedió.

—Ya lo ves, Albertina —dijo Marat—; mi nombre produce efecto.

Y profirió una carcajada siniestra.

—Pero ¿por qué estáis aquí en esta cueva —replico vivamente Gilberto—, y por qué os servís de esa lámpara que humea?... Os creía médico del señor conde de Artois.

—Veterinario de sus cuadras, querréis decir —contestó Marat—;

sabed que el Príncipe ha emigrado, y, por consiguiente, no me necesita; ya no hay, por lo tanto, ni Príncipe, ni cuabras, ni cocheras, ni veterinario. Por lo demás, había presentado mi dimisión, pues no quiero servir a los tiranos.

Y Marat se irguió como para disimular su escasa estatura.

—Pero, en fin —replicó Gilberto—, ¿por qué vivís aquí, en este agujero, en esta cueva?

—Porque habéis de saber, señor filósofo, que yo soy patriota, porque escribo para denunciar a los ambiciosos, porque Bailly me teme y Necker me odia, porque La Fayette me

acosa con su guardia nacional, porque el muy ambicioso ha puesto a precio mi cabeza, porque yo le reto, considerándole como un dictador, y no me falta ánimo para proceder así. Desde el fondo de mi cueva le persigo y le denuncio. ¿Sabéis lo que acaba de hacer?

—No —contestó ingenuamente Gilberto.

—Pues bien acaba de disponer que se construyan, en el arrabal de San Antonio, once mil tabaqueras con su retrato, y en esto me parece ver alguna cosa, ¿no os parece?... Por eso he rogado a los buenos ciudadanos que las

rompan, cuando puedan obtenerlas, pues seguramente encontrarán la prueba de la gran trama realista. No ignoráis, sin duda, que mientras el pobre Luis XVI llora amargamente las necesidades que la Austriaca le manda hacer, La Fayette conspira con la Reina.

—¿Con la reina? —preguntó Gilberto pensativo.

—Sí, con la Reina. No me diréis que esta última no conspira, y ha distribuido estos días tantas escarapelas blancas, que la cinta ha subido de precio en tres sueldos por vara. La cosa es segura, pues la conozco por una de las hijas de la Bertin, la modista de la Reina, y su

primer ministro, aquel que dice: «He trabajado esta mañana con Su Majestad».

—¿Y dónde denunciáis todo esto?
—preguntó el doctor.

—En mi diario, en el que acabo de fundar, habiéndose publicado ya veinte números; se titula *El Amigo del Pueblo* o *El Publicista parisiense*, diario político e imparcial. Para pagar el papel y la impresión de los primeros números, mirad a vuestra espalda, he vendido hasta las sábanas y la colcha del lecho donde vuestro hijo está echado.

Gilberto se volvió y pudo ver, en efecto, al pequeño Sebastián

descansando sobre un mísero jergón, en el cual acababa de dormirse, vencido por el dolor y la fatiga.

Gilberto se acercó al niño para ver si su sueño no sería un desmayo, pero tranquilizado por su respiración suave y ligera, acercóse de nuevo a su interlocutor, que a pesar suyo le inspiraba casi el mismo interés y curiosidad que un animal salvaje, un tigre o una hiena.

—¿Y quiénes son vuestros colaboradores en esa obra gigantesca? —preguntó.

—Mis colaboradores —contestó Marat—. ¡Ja, ja, ja! Son los pavos que

van por bandadas; el águila va siempre sola. Mis colaboradores son estos.

Y el cirujano señaló su cabeza y su mano.

—¿Veis esa mesa? —continuó—, pues sabed que es la fragua donde Vulcano, me parece que la comparación está bien hallada, donde Vulcano forja el rayo. Todas las noches escribo ocho páginas en octavo, las cuales se venden por la mañana, pero con frecuencia no bastan, y entonces doblo el número. Hay casos en que dieciséis páginas no son suficientes; y lo que escribo con grandes caracteres lo concluyo casi siempre con otros muy diminutos. Los demás

periodistas publican sus diarios a intervalos, y necesitan ayudantes para descansar; yo no lo hago nunca. *El Amigo del Pueblo*, aquí tenéis una copia, está escrito todo él de mi mano. ¡Por eso no es simplemente un diario, sino un hombre, una personalidad, yo, en fin!

—Pero ¿cómo podéis hacer este trabajo enorme?

—¡Ah! ¡He aquí el secreto de la naturaleza!... Es un pacto entre la muerte y yo... yo le doy diez años de mi vida, y a mí me concede días que no necesitan reposo y noches que se pueden pasar sin sueño... Mi existencia es muy

sencilla; escribo lo mismo de día que de noche... La policía de La Fayette me obliga a vivir oculto y encerrado, pero yo me entrego en cuerpo y alma a mi tarea, y mi actividad redobla... Este género de vida me ha pesado en un principio; mas ahora estoy acostumbrado. Me agrada ver la mísera sociedad a través de la luz, escasa y oblicua, de mi cueva, por la claraboya húmeda y sombría. En la oscuridad de la noche, reino sobre el mundo de los vivos; juzgo sin apelación la ciencia y la política... Con una mano derribo a Newton, Franklin, Laplace, Monge y Lavoisier; y con la otra hago vacilar a

Bailly, a Necker y a La Fayette... Derribaré todo esto... sí, como Sansón derribó el templo, y bajo los restos, que me aplastarán tal vez, sepultaré la monarquía...

Gilberto se estremeció a su pesar; aquel hombre le repetía en una cueva y bajo los andrajos de la miseria, poco más o menos lo mismo que Cagliostro le dijo en un palacio, bajo su traje bordado.

—Pero ¿por qué, siendo popular como sois —replicó—, no habéis tratado de formar parte de la Asamblea nacional?

—Porque aún no ha llegado el día

—contestó Marat.

Y con una expresión de sentimiento, añadió casi al punto:

—¡Oh!, ¡si yo fuera tribuno del pueblo, si me sostuvieran algunos miles de hombres resueltos, respondo de que dentro de seis semanas la Constitución sería perfecta; la máquina política funcionaría mejor, sin que ningún pillo se atreviera a perturbarla; la nación sería libre y feliz; en menos de un año volvería a estar floreciente, siendo a la vez temible, y manteniéndose así mientras que yo viviera!

Y el vanidoso Marat transformábase bajo la mirada de Gilberto; sus ojos se

inyectaban de sangre; su piel amarillenta brillaba por el sudor, y el monstruo tenía algo de grandioso en su hediondez, así como otro lo tiene en su belleza.

—Sí —continuó, siguiendo su pensamiento donde su entusiasmo le había interrumpido—; pero yo no soy tribuno, yo no tengo los pocos miles de hombres que necesito... no; pero soy periodista, tengo mi escritorio, mi papel y mis plumas... y tengo mis suscriptores, para quienes soy un oráculo, un profeta, un adivino... Tengo a mi pueblo, del que soy amigo, y al que conduzco tembloroso de traición en traición, de descubrimiento en descubrimiento, de

espanto en espanto... En el primer número de *El Amigo del Pueblo*, denunciaba a los aristócratas; decía que había seiscientos culpables en Francia y que otras tantas cuerdas eran suficientes... ¡Ah, ah, ah, me engañaba un poco hace un mes! Los días 5 y 6 de octubre me aclararon la vista... y por eso dije que no eran seiscientos culpables los que se debían juzgar, sino diez mil; conviene colgar a veinte mil aristócratas.

Gilberto sonreía. El furor, llevado a ese punto, le parecía locura.

—Cuidado —dijo—, no habrá en Francia bastante cáñamo para lo que

deseáis hacer, y las cuerdas subirán mucho de precio.

—Por eso —dijo Marat—, espero que se encuentren otros medios más expeditivos... ¿Sabéis a quién espero esta noche, y que tal vez llamará a esta puerta de aquí a diez minutos?

—No, caballero.

—Pues bien, espero a uno de nuestros cofrades... un individuo de la Asamblea nacional, a quien conocéis de nombre, el ciudadano Guillotín...

—Sí —dijo Gilberto—, es aquel que propuso a los diputados reunirse en el Juego de Pelota, cuando se les expulsó del salón de sesiones; es un

hombre muy sabio.

—Pues bien, ¿sabéis lo que acaba de descubrir el ciudadano Guillotín?... Una máquina maravillosa, que mata sin hacer sufrir, porque es preciso que la muerte sea un castigo y no un padecimiento; acaba de inventar esa máquina, y una de estas mañanas la probaremos.

Gilberto se estremeció. Era la segunda vez que aquel hombre, en su cueva, le recordaba a Cagliostro; la máquina era sin duda la misma de que el Conde le había hablado.

—¡Escuchad! —exclamó Marat—, precisamente llaman a la puerta, y sin duda es él... Vaya a abrir, Albertina.

La mujer, o más bien la sirvienta de Marat, se levantó del escabel donde se había acurrucado y dormitaba, y se adelantó maquinalmente hacia la puerta con paso vacilante.

En cuanto a Gilberto, aturdido, aterrado, y casi presa de lo que parecía un vértigo, acercóse instintivamente a Sebastián, a quien se dispuso a coger en sus brazos para trasladarle a su casa.

—Ved —continuó Marat con entusiasmo—, se trata de una máquina que funciona por sí sola, es decir, que no necesita más que un hombre para ponerla en marcha; que puede, sin más que cambiar la cuchilla tres veces,

cortar trescientas cabezas en un día.

—Y añadid —dijo una vocecita dulce y aflautada detrás de Marat—, que puede cortar esas trescientas cabezas sin padecimiento, sin más sensación que una ligera frescura en el cuello.

—¡Ah! ¿Sois vos, doctor? —exclamó Marat volviéndose hacia un hombrecillo de cuarenta a cuarenta y cinco años, cuyo aspecto aseado y expresión de dulzura contrastaban de la manera más extraña con Marat, y que llevaba en la mano una caja de la dimensión y de la forma de las que contienen juguetes de niño—. ¿Qué traéis ahí?

—El modelo de mi famosa máquina, querido Marat... ¡Ah!, si no me engaño —añadió el hombrecillo tratando de distinguir en la oscuridad—, es el doctor Gilberto a quien veo ahí.

—El mismo, caballero —contestó Gilberto inclinándose.

—Pues me alegro mucho de veros, señor doctor; a Dios gracias, no estáis aquí de sobra, y para mí será una dicha oír el parecer de un hombre tan distinguido como vos, sobre el invento que voy a dar a luz. Debo advertiros, amigo Marat —añadió—, que he encontrado un carpintero muy hábil, el maestro Guidon, que me construye mi

máquina, de grandes dimensiones... Pero es caro, pues me pide cinco mil quinientos francos. A pesar de esto, no sentiré hacer un sacrificio en bien de la humanidad... Dentro de dos meses estará terminada, amigo mío, entonces la probaremos y después propondré su adquisición a la Asamblea nacional. Espero que apoyéis mi solicitud en vuestro excelente diario, aunque a decir verdad mi máquina se recomienda por sí misma. Vais a juzgar por vuestros propios ojos, señor Gilberto; pero no estará de más que se publiquen algunas líneas sobre el asunto en *El Amigo del Pueblo*.

—¡Oh! Estad tranquilo; no consagraré tan sólo algunas líneas a vuestro invento, sino un número entero.

—Sois muy amable, amigo Marat; pero como deseo que habléis con conocimiento de causa, quiero mostraros mi modelo.

Y sacó de un bolsillo de su traje una caja más pequeña que la primera, y que por cierto ruido interior comprendíase que contenía algún animal, o más bien varios de ellos, impacientes en su prisión.

Aquel ruido no pasó desapercibido para Marat.

—¡Oh, oh! —exclamó al punto—.

¿Qué tenéis ahí dentro?

—Vais a verlo —contestó el doctor.

Marat acercó la mano a la caja.

—Tened cuidado —dijo con viveza el doctor Guillotín—, porque si se nos escapan, no podríamos cogerlos; son unos ratones a quienes vamos a cortar la cabeza. ¿Qué hacéis, señor Gilberto? —preguntó de pronto—. ¿Os vais?

—¡Ay de mí!, sí, señor, y bien a pesar mío —contestó Gilberto—; pero mi hijo atropellado, por un caballo que le derribó en tierra, fue recogido y cuidado por el señor Marat, a quien yo debí la vida en otro caso muy peligroso, por lo cual le doy de nuevo las gracias.

El muchacho necesita una cama fresca, reposo y cuidados, por lo que no puedo quedarme para juzgar vuestro experimento.

—¿Pero asistiréis al que se ha de practicar en gran escala dentro de dos meses? ¿Me lo prometéis, doctor?

—Os lo prometo, caballero.

—Os recordaré vuestra palabra.

—Ya está dada.

—Doctor —dijo Marat—, creo que no será necesario recomendaros el secreto respecto a mi morada...

—¡Oh!, ¡caballero!

—Es que si la descubriese vuestro amigo Lafayette, me mandaría fusilar

como un perro, o ahorcar como a un ladrón.

—¡Fusilar, ahorcar! —exclamó Guillotín—. ¿Por qué? Tan sólo se trata del descubrimiento de una manera de ejecutar suave, fácil e instantánea, que los viejos disgustados de la vida que quieran morir como filósofos y sabios, preferirán a una muerte natural. ¡Venid a ver esto, amigo Marat, venid a verlo!

Y sin cuidarse más del doctor Gilberto, Guillotín abrió su caja grande y comenzó por montar su máquina en la mesa de Marat, que le miraba atento, con una curiosidad igual a su entusiasmo.

Gilberto se aprovechó de esta ocupación para levantar a Sebastián, dormido, y llevárselo en sus brazos. Albertina le acompañó hasta la puerta, la cual cerró cuidadosamente detrás de él.

Una vez en la calle, comprendió, por el frío de su rostro cubierto de sudor, que el aire de la noche le helaba la frente.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. ¿Qué sucederá en esta ciudad, cuyas cuevas ocultan tal vez a estas horas quinientos filántropos ocupados en obras semejantes a la que ahora he visto preparar, y que algún día se ostentarán a

la luz del sol?...

Capítulo XV

CATALINA

Desde la calle de la Sourdiere a la calle en que Gilberto habitaba en la de San Honorato, no había más que un paso.

Aquella casa se hallaba un poco más lejos que la Asunción, frente a la tienda de un carpintero llamado Duplay.

El frío y el movimiento habían despertado a Sebastián y al punto quiso andar, pero su padre se opuso y siguió

llevándole en brazos.

Llegado a la puerta de su casa, el doctor dejó a Sebastián un instante en pie y llamó con fuerza, la suficiente para despertar al portero, si es que estaba dormido, y a fin de no esperar largo tiempo en la calle.

En efecto, un paso pesado, aunque rápido, resonó muy pronto en el interior.

—¿Sois vos, señor Gilberto? —preguntó una voz.

—¡Toma! —dijo Sebastián—, es la voz de Pitou.

—¡Ah! ¡Dios sea loado! —exclamó Pitou abriendo la puerta—. ¡Ya apareció Sebastián!

Y volviéndose hacia la escalera, en cuyas profundidades se comenzaba a ver el resplandor de una luz, gritó:

—¡Señor Billot, señor Billot! Se ha encontrado a Sebastián, y espero que sin accidente. ¿No es así, señor Gilberto?

—Sin accidente grave, por lo menos, sí —contestó el doctor—. ¡Ven, Sebastián, ven!

Y dejando a Pitou el cuidado de cerrar la puerta, cogió a su hijo en brazos y comenzó a subir la escalera, con gran asombro del portero, que estaba en el umbral de su kiosco con su gorra de algodón y en camisa.

Billot iba delante, alumbrando al

doctor, y Pitou cerró la marcha.

El doctor vivía en el segundo piso; las puertas abiertas de par en par anunciaban que era esperado, y muy pronto estuvo Sebastián en su cama.

Pitou iba detrás, inquieto y tímido: por el barro que cubría sus zapatos, las medias y el calzón, y que había salpicado el resto de su traje, era fácil de ver que acababa de correr largo trecho.

En efecto, después de haber acompañado hasta su casa a Catalina desesperada; después de saber por boca de la joven, demasiado contrastada para ocultar su dolor, que este se debía a la

marcha del señor Isidoro de Charny a París, Pitou, a quien la manifestación de este pesar hería doblemente el corazón, como amante y como amigo, se despidió de Catalina, acostada ya, y de la madre Billot, que lloraba al pie de su lecho. Después, con paso más tardío que el de antes, se había encaminado hacia Haramont.

La lentitud de su marcha, las numerosas veces que se volvió para mirar la granja, de la que se alejaba con el corazón contristado, así por el dolor de Catalina como por el suyo propio, fueron causa de que no llegase a Haramont hasta el amanecer.

Su preocupación hizo que, como Sexto al encontrar a su mujer muerta, fuese a sentarse en su cama, con los ojos fijos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Al fin se levantó, y semejante a un hombre que despierta, no de su sueño, sino de su pensamiento, miró en torno suyo, y vio junto a la hoja de papel escrita de su mano, otra con letra distinta.

Se acercó a la mesa y leyó la carta de Sebastián. Forzoso es decirlo en elogio de Pitou: al punto olvidó sus penas personales, para no pensar sino en los peligros que podía correr su amigo

durante el viaje que acababa de emprender.

Después, sin pensar en la ventaja que le llevaría el muchacho, por haber marchado la víspera, Pitou, confiando en sus largas piernas, se lanzó en su seguimiento con la esperanza de alcanzarle, si Sebastián, no encontrando medios de transporte, se había visto en la precisión de continuar su viaje a pie.

Por lo demás, sería necesario que Sebastián se detuviera, mientras que él, Pitou, andaría siempre.

El mancebo no se cuidó de bagaje ninguno; se puso un cinturón de cuero como los que tenía costumbre de usar

cuando debía de andar mucho, colocó debajo del brazo un pan de cuatro libras, en el que había introducido un salchichón, y con un palo de vieja en la mano, emprendió la marcha.

Con su paso ordinario, Pitou recorría legua y media por hora, y hasta dos, si le aceleraba un poco.

Sin embargo, como necesitaba detenerse para beber, reanudar los cordones de sus zapatos, o informarse acerca del paso de Sebastián, tardó diez horas en llegar desde la extremidad de la calle de Lagny a la barrera de la Villette, y después una en ir desde esta a la casa del doctor Gilberto, a causa de

la obstrucción de carruajes; así eran las once horas; había salido a las nueve de la mañana y llegaba a las ocho de la noche.

Se recordará que era precisamente el momento en que Andrea se llevaba a Sebastián de las Tullerías, y en que el doctor Gilberto hablaba con el Rey; por eso Pitou no encontró al doctor ni a Sebastián, pero sí a Billot.

Este último no había oído hablar del muchacho, e ignoraba a qué hora volvería Gilberto.

El pobre Pitou estaba tan inquieto que no pensó en hablar a Billot de Catalina: toda su conversación no fue

más que una larga queja sobre su desgracia de no haber estado en su aposento cuando Sebastián llegó.

Después, como llevaba consigo la carta del joven para justificarse en caso necesario, la leyó de nuevo, cosa bien inútil, pues habíala leído y releído tantas veces que la sabía de memoria.

Así había pasado el tiempo, lento y triste para Pitou y Billot, desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada.

¡Era largo tiempo... seis horas! No había necesitado Pitou el doble para llegar desde Villers-Cotterêts a París.

A las dos de la madrugada, el ruido

del aldabón había resonado por décima vez, desde la llegada de Pitou.

Cada vez, el mancebo se había precipitado por la escalera, y a pesar de los cuarenta peldaños que debía tranquear, siempre llegó en el momento en que el conserje tiraba del cordón.

Pero siempre su esperanza quedó defraudada; ni Gilberto ni Sebastián habían aparecido, y debió volver a reunirse con Billot, contristado y pensativo.

En fin, ya hemos dicho cómo la última, habiendo bajado más precipitadamente aún que las otras, su esperanza se realizó, al ver que el padre

y el hijo, el doctor y Sebastián, se presentaban a la vez.

Gilberto dio gracias a Pitou como debía dárselas al honrado joven, es decir, con un apretón de manos; después, pensando que al cabo de una jornada de dieciocho leguas y de una espera de seis horas, el viajero debía necesitar reposo, dióle orden de acostarse, deseándole una tranquila noche.

Seguro ya Pitou acerca de Sebastián, el joven deseaba ahora hacer sus confidencias a Billot; hízole seña para que le siguiese, y el buen hombre obedeció.

En cuanto a Gilberto, no quiso

confiar a nadie el cuidado de acostar y velar a Sebastián; examinó por sí mismo la equimosis impresa en el pecho del muchacho, aplicó su oído en varias partes del torso, y después, habiéndose asegurado de que la respiración era completamente libre, se echó en una especie de butaca junto al niño, que, a pesar de una fiebre bastante intensa, no tardó en dormirse.

Pero muy pronto, pensando en la inquietud que Andrea debía experimentar, a juzgar por la que él mismo había sufrido, llamó a su ayuda de cámara y dióle orden de echar en el buzón más próximo, a fin de que llegase

a su destino en el primer reparto, una carta, en la que no había escrito más que estas palabras:

Tranquilizaos; se ha encontrado el muchacho, y no tiene ningún mal.

Al día siguiente, Billot envió a pedir permiso por la mañana a Gilberto para entrar en su habitación, el cual le fue concedido.

La buena cara de Pitou apareció risueña en la puerta, detrás de Billot, en quien Gilberto notó una expresión triste, y grave.

—¿Qué tenéis, amigo mío? —le preguntó el doctor.

—Vengo a deciros, señor Gilberto, que hicisteis bien en retenerme aquí, puesto que podía ser útil a vos y al país; pero mientras permanezco aquí, todo va mal allá abajo.

No se vaya a creer por estas palabras, que Pitou había revelado los secretos de Catalina, hablando de los amores de la joven con Isidoro, no; el honrado comandante de la guardia nacional de Haramont no era capaz de hacer una delación; solamente había dicho a Billot que la cosecha era mala, que los centenos habían faltado, y que

una parte de los trigos había quedado destruida por el granizo. Añadió que los graneros estaban a medio llenar, y que había encontrado a Catalina en el camino de Villers-Cotterêts a Pisseleu.

Ahora bien, Billot se había inquietado poco por la falta de centeno y la pérdida de una parte de los trigos, pero casi desfalleció al tener conocimiento del desmayo de Catalina.

Porque el buen padre Billot, sabía que una joven del temperamento y de la fuerza de su hija, no se desmayaba sin razón en medio de un camino.

Por lo demás había interrogado a Pitou, y aunque este se mostrase muy

reservado en sus contestaciones, más de una vez Billot había movido la cabeza, diciendo:

—Vamos, vamos, creo que ya es tiempo de volver allá abajo.

Gilberto, que acababa de experimentar él mismo lo que un corazón de padre puede sufrir, comprendió esta vez lo que pasaba en el de Billot, cuando este le hubo dado a conocer las noticias traídas por Pitou.

—Marchad, querido Billot —contestó—, puesto que la granja, la hacienda y la familia os reclaman; pero no olvidéis que en nombre de la patria, y en caso apurado, dispondré de vos.

—Una palabra, señor Gilberto — contestó el honrado labrador—, será suficiente para que en doce horas me encuentre en París.

Y habiendo abrazado a Sebastián, que después de una noche tranquila estaba completamente fuera de peligro, y después de estrechar la fina y delicada mano de Gilberto entre las suyas, grandes y callosas, Billot tomó el camino de su granja, de la cual había salido solamente por ocho días, y de la cual faltaba hacía tres meses.

Pitou le siguió, llevándose, como ofrenda del doctor Gilberto, veinticinco luisés destinados al equipo de la guardia

nacional de Haramont.

Sebastián quedó con su padre.

Capítulo XVI

TREGUA

Una semana había transcurrido entre los acontecimientos que acabamos de referir y el día en que vamos a tomar de nuevo la mano del lector para conducirlo al palacio de las Tullerías, futuro teatro principal de las grandes catástrofes que han de ocurrir.

¡Oh Tullerías, herencia fatal legada por la reina de San Bartolomé, por la extranjera Catalina de Mediéis a sus

descendientes y sucesores! Palacio del vértigo, que atraes para devorar, ¿qué fascinación hay en tu pórtico profundo, dónde se abisman todos esos locos coronados que quieren ser reyes, que no se creen verdaderamente consagrados hasta después de dormir bajo sus techos regicidas, y a quienes arrojas, uno tras otro, a estos cadáveres sin cabeza, y a los demás fugitivos sin corona?

¡Sin duda hay en tus piedras, cinceladas como una joya de Benvenuto Cellini, algún maleficio fatal; sin duda se ha sepultado bajo tu suelo algún talismán terrible! ¡Cuenta los últimos reyes que recibiste, y di lo que has

hecho de ellos! De cinco, solamente uno devolviste al panteón donde le esperaban sus antecesores, y de los otros cuatro que la historia te reclama, uno fue entregado al cadalso y los otros tres sufrieron el destierro.

Cierto día, una asamblea entera quiso arrostrar el peligro y sustituir a los reyes, sentarse como mandataria del pueblo allí donde antes imperaban los elegidos de la monarquía. Desde aquel momento el vértigo se apoderó de ella; desde aquel momento se aniquiló a sí propia; el cadalso devoró a los unos, el destierro sepultó a los otros, y una extraña fraternidad reunió a Luis XVI

con Robespierre, a Collot d'Herbois con Napoleón, a Billaud-Varennés con Carlos X, y a Vadier con Luis Felipe.

¡Oh Tullerías, Tullerías, bien insensato será, pues, aquel que ose franquear tus umbrales y entrar por donde entraron Luis XVI, Napoleón, Carlos X y Luis Felipe, porque; más pronto o más tarde, saldrá por la misma puerta que ellos!

¡Y sin embargo, palacio fúnebre! Cada uno de aquellos entró en tu recinto en medio de las aclamaciones del pueblo, y tu doble balcón los vio, uno tras otro, sonreír a esas aclamaciones, creyendo en los buenos deseos y en los

votos de la multitud que las profería. A esto se debe que, apenas sentados bajo el real dosel, cada uno de ellos comenzó a trabajar en su obra, en vez de ocuparse en la del pueblo, hasta que este, echándolo de ver un día, le puso a la puerta como a un arrendador infiel, o le castigó como a un mandatario ingrato.

Así fue cómo, después de aquella marcha terrible del 6 de octubre, en medio del fango, de la sangre y de los gritos, el pálido sol del día siguiente iluminó el patio de las Tullerías, lleno de una multitud agitada por la vuelta de su rey, y hambrienta de verle.

Durante todo el día, Luis XVI había

recibido a los cuerpos constituidos, mientras que la muchedumbre, esperando fuera, le buscaba, le espiaba a través de los vidrios; entonces, aquel que creía verle, dejaba escapar un grito de alegría y mostrábale a su vecino diciendo:

—¿Le veis?, ¿le veis? ¡Ahí está!

A mediodía fue necesario se presentase en el balcón y entonces resonaron los aplausos unánimes.

Por la noche debió bajar al jardín, y hubo más que aplausos: hubo enternecimientos y lágrimas.

Madame Isabel, de corazón joven, piadoso y cándido, mostraba a su

hermano aquel pueblo, y le decía:

—Me parece, sin embargo, que no es difícil reinar sobre semejantes hombres.

Madame Isabel tenía su alojamiento en el piso bajo; por la noche mandó abrir las ventanas y cenó delante de todo el mundo.

Hombres y mujeres miraban, aplaudían y saludaban, y sobre todo las segundas colocaban a sus niños en las mesetas de las ventanas, y decían a los pequeños inocentes que enviaran besos a la gran dama, elogiando su belleza.

Y los niños repetían: «Sois muy hermosa, señora», mientras que con sus

manitas regordetas enviaban besos sin fin.

Todos decían: «La revolución ha concluido; ya está el rey libre de su Versalles, de sus cortesanos y de sus consejeros; el encanto que tenía lejos de su capital a los reyes cautivos en ese mundo de autómatas, de estatuas y de rocas talladas que llaman Versalles, se ha roto al fin. Gracias a Dios, el rey vuelve a estar en la vida y la verdad, es decir, en la naturaleza real del hombre. ¡Venid, señor, venid con nosotros! ¡Hasta este día no habéis reprimido más que la libertad de hacer daño; hoy, en medio de nosotros, tenéis toda la

libertad de hacer bien!».

A menudo, las multitudes y los individuos mismos se engañan sobre lo que son o lo que quieren ser. El miedo que se tuvo durante los días 5 y 6 de octubre, había atraído al rey, no solamente muchos corazones, sino también numerosos intereses y buenas voluntades. Aquellos gritos en la oscuridad, aquel despertar en medio de la noche, aquellos fuegos encendidos en el Patio de Mármol, que iluminaban las altas paredes de Versalles con sus fúnebres reflejos, todo esto había impresionado profundamente a las personas honradas. La asamblea

experimentó gran temor, más que cuando el rey estuvo amenazado o amenazó él mismo; entonces parecía aún que dependía del soberano; pero no transcurrían seis meses sin que, por el contrario, el Rey sea quien dependa de ella. Ciento cincuenta de sus individuos tomaron pasaportes; Monnier y Lally — el hijo de Lally, muerto en la Greve— se salvaron.

Los dos hombres más populares de Francia, Lafayette y Mirabeau, volvían a París siendo realistas.

El segundo había dicho al primero: «¡Unámonos y salvemos al Rey!».

Por desgracia, Lafayette, hombre

honrado de veras, pero de inteligencia limitada, parecía despreciar el carácter de Mirabeau, y no comprendía su genio.

Y se contentó con ir a ver al duque de Orleáns. Se habían dicho muchas cosas sobre Su Alteza Real; asegurábase que durante la noche se había visto al Duque con el sombrero calado hasta los ojos y una varita en la mano, agitando los grupos en el patio de Mármol, e induciéndoles a saquear el palacio, con la esperanza de que el pillaje sería al mismo tiempo el asesinato.

Mirabeau pertenecía en cuerpo y alma al duque de Orleáns.

Lafayette, en vez de escuchar a

Mirabeau, fue a buscar al Duque, e invitóle a salir de París. Su Alteza quiso discutir y se resistió; pero Lafayette era verdaderamente el Rey, y fue preciso obedecer.

—¿Y cuándo volveré? —preguntó el Duque.

—Cuando yo os diga que es hora de volver, príncipe.

—¿Y si yo me aburro y vuelvo sin vuestro permiso, caballero? —preguntó el Duque con altivez.

—Entonces —contestó Lafayette—, espero que al día siguiente de vuestro regreso me dispensaréis el honor de batiros conmigo.

El Duque marchó, y no volvió hasta que le llamaron. Lafayette era algo realista antes del 6 de octubre; pero después de esta jornada llegó a serlo verdadera y sinceramente: había salvado a la Reina y protegido al Rey.

Se siente mayor amistad por los favores que se prestan, que por los servicios que se reciben, y es porque en el corazón del hombre hay mucho más orgullo que agradecimiento.

El Rey y *madame* Isabel, comprendiendo que había bajo el pueblo, y tal vez sobre él, un elemento fatal que no quería mezclarse con este, un sentimiento de aversión y vengativo

como la cólera del tigre, que ruge mientras acaricia, se habían conmovido verdaderamente.

Pero no sucedía lo mismo con María Antonieta: la mala disposición en que se hallaba el corazón de la mujer, perjudicaba al pensamiento de la Reina. Sus lágrimas eran de despecho, de dolor, de celos, y de las que derramaba, casi todas eran por Charny, que se escapaba de sus brazos, así como también el cetro de su mano.

Por eso veía todo aquel pueblo y oía todos sus gritos con el ánimo y el corazón irritados. Era en realidad más joven que *madame* Isabel, o más bien de

la misma edad; pero la candidez del alma y la pureza de cuerpo, revestíanla de una capa de inocencia y de frescura de la cual no se había despojado aún; mientras que las ardientes pasiones de la Reina, el odio y el amor, habían hecho palidecer sus manos, semejantes al marfil, habían hecho que se oprimiesen sobre los dientes los labios lívidos, y extendido sobre sus ojos esos matices nacarados y violáceos que revelan un mal profundo, incurable, constante.

La Reina estaba enferma, sumamente enferma, atacada de un mal del que no se cura, porque su único remedio es la dicha y la tranquilidad, y María

Antonieta comprendía que para ella habían concluido la paz y la dicha.

Por eso, en medio de todos sus impulsos, en medio de todos aquellos gritos y de los «*vivas*», cuando veía al Rey dar la mano a los hombres, cuando veía a *madame* Isabel sonreír y llorar a un tiempo a las mujeres y a los niños, la Reina sentía humedecidos sus ojos por las lágrimas de su propio dolor, ojos que volvían a quedar secos ante la alegría pública.

Los vencedores de la Bastilla se habían presentado a la Reina, y esta no quiso recibirlos.

Las mujeres del mercado habían ido

a su vez y las recibió a cierta distancia, separadas de ella por enormes cestos, sin contar que sus damas, como una vanguardia destinada a evitar todo contacto, la rodeaban completamente.

María Antonieta cometía con esto una grave falta, pues las vendedoras del mercado eran realistas, y muchas habían censurado el 6 de octubre.

Aquellas mujeres le habían dirigido entonces la palabra, porque en esa especie de grupos no faltan nunca oradoras.

Una mujer, más atrevida que las otras, la habló en estos términos:

—Señora reina —dijo—,

permitidme daros un consejo, y muy sincero, porque sale del corazón.

La Reina hizo un movimiento con la cabeza, pero tan imperceptible, que la mujer no lo notó.

—¿No contestáis? —prosiguió—. No importa: os le daré de todos modos. Ya estáis entre nosotras, en medio de vuestro pueblo, es decir, en el seno de vuestra verdadera familia, y ahora es preciso alejar de vos a todos esos cortesanos que pierden a los reyes, y amar un poco a los pobres parisienses, que desde hace veinte años que estáis en Francia, no os han visto tal vez cuatro veces.

—Señora —contestó con sequedad la Reina—, habláis así porque no conocéis mi corazón: os he amado en Versalles, y lo mismo os amaré en París.

Esto no era prometer mucho.

Y por eso, otra mujer tomó la palabra:

—¡Sí, sí, nos amabais en Versalles! ¿Fue vuestro amor el que os indujo el 14 de julio a proponer que sitiaran a la ciudad y que la bombardeasen? ¿Era vuestro amor el que os aconsejó el 6 de octubre a huir a las fronteras, bajo el pretexto de marchar a Trianón, a medianoche?

—¿Es decir —replicó la reina—,

que os han contado todo eso y lo habéis creído? He aquí lo que ocasiona a la vez la desgracia del pueblo y del Rey.

¡Y sin embargo, pobre mujer, o más bien pobre Reina! En medio de las resistencias de su orgullo y de las angustias que sentía, tuvo una inspiración feliz.

Una de aquellas mujeres, alsaciana de nacimiento, la dirigió la palabra en alemán.

—¡Señora —le contestó la Reina—, he llegado a ser tan francesa, que he olvidado mi lengua materna!

¡Hermosas palabras; pero desgraciadamente fueron mal dichas!

Las mujeres del mercado podían alejarse gritando a plenos pulmones: «¡Viva la Reina!».

Pero se alejaron murmurando y quejándose entre dientes.

Por la noche, hallándose reunidos el Rey y *madame* Isabel, sin duda para consolarse tranquilizándose uno a otro, se recordaban todo cuanto habían encontrado de bueno y de malo en aquel pueblo. La Reina no citó más que un hecho, refiriéndose a una palabra del Delfín, que repitió varias veces aquel día y los siguientes.

Al ruido que hicieron las mujeres del mercado al entrar en las

habitaciones, el pobre niño corrió a reunirse con su madre, y se había estrechado contra ella, exclamando:

—¡Dios mío!, mamá, ¿será el día de hoy como el de ayer?...

El pequeño Delfín estaba allí; oyó lo que su madre decía de él, y orgulloso como todos los niños que ven que se ocupan de ellos, se acercó al rey y miróle con aire pensativo.

—¿Qué quieres, Luis? —preguntó el Rey.

—Quisiera —contestó el Delfín—, preguntaros alguna cosa muy seria, padre mío.

—Pues bien —dijo el Rey

colocándolo entre sus piernas— ¿qué quieres preguntarme? Veamos, habla.

—Deseaba saber —continuó el niño —, por qué vuestro pueblo que os amaba tanto, se ha enfadado de pronto contra vos, y qué habéis hecho para que se encoherice de tal modo.

—¡Luis! —murmuró la Reina con acento de reprensión.

—Dejadme contestarle —dijo el Rey.

Madame Isabel sonrió al niño.

Luis XVI tomó a su hijo en brazos, y poniendo la política del día al alcance de su inteligencia, dijo:

—Hijo mío, he querido hacer al

pueblo más feliz aún de lo que era; necesité dinero para pagar los gastos que las guerras ocasionaban, y lo pedí a mi pueblo, como siempre lo hicieron los demás reyes predecesores míos. Magistrados que constituyen mi parlamento se opusieron, diciendo que solamente mi pueblo tenía derecho para votar ese dinero; y yo reuní en Versalles a los notables de cada ciudad, por su nacimiento, por su fortuna y su talento, para formar lo que se llama *estados generales*. Cuando estuvieron reunidos, exigieron de mí cosas que no puedo hacer, ni por mí, ni por ti, que serás mi sucesor, y hubo hombres malignos que

sublevaron al pueblo. Los excesos a que se entregaron en los días siguientes, son obra suya... Hijo mío, no se ha de tener por esto mala voluntad al pueblo.

Al oír esta última recomendación, María Antonieta oprimió los labios; era evidente que, encargada de la educación del Delfín, no le hubiera aconsejado el olvido de las injurias.

Al día siguiente, la ciudad de París y la guardia nacional enviaron a la reina una comisión, rogándole que asistiese al teatro, a fin de probar así, con su presencia y la del Rey, que residían con gusto en la capital.

La Reina contestó que aceptaría con

gusto la invitación de la ciudad de París, pero que necesitaba tiempo para no recordar los días que acababan de transcurrir. El pueblo había olvidado ya, y le extrañó que otros se acordasen.

Cuando la Reina supo que su enemigo, el duque de Orleáns, había salido de París, tuvo un momento de alegría; pero no agradeció a Lafayette aquel alejamiento, creyendo que se trataría de un asunto personal entre el príncipe y el general.

Lo creyó así, o aparentó creerlo, porque no quería deber nada a Lafayette.

Verdadera princesa de la casa de Lorena, por el rencor y la altivez, quería

vencer y vengarse.

«Las Reinas no pueden ahogarse» — había dicho Enriqueta de Inglaterra en medio de una tempestad, y María Antonieta opinaba del mismo modo.

Por lo demás, ¿no había estado María Teresa más expuesta a morir cuando tomó a su hijo entre los brazos para mostrarlo a sus fieles húngaros?

¡Este recuerdo heroico de la madre influyó en la hija, y fue un error, el error terrible de aquellos que comparan las situaciones sin juzgarlas!

María Teresa tenía en su favor al pueblo; María Antonieta le tenía en contra.

Y además, era mujer ante todo, y tal vez hubiera juzgado mejor la situación ¡ay!, si su corazón hubiese estado más tranquilo: tal vez habría odiado un poco menos al pueblo, si Charny la hubiera amado más.

He aquí lo que pasaba en las Tullerías durante aquellos días en que la Revolución se detuvo, en que las pasiones exaltadas se enfriaban, y en que, como durante una tregua, amigos y enemigos se reconocían, para empezar de nuevo la primera declaración hostil, un nuevo combate más encarnizado, una nueva batalla más mortífera.

Este nuevo combate o esta batalla,

son muy probables, como comprenderán nuestros lectores, a quienes ya hemos puesto al corriente sobre lo que se puede ver en la superficie de la sociedad, y también de todo cuanto se trama en sus profundidades.

Capítulo XVII

EL RETRATO DE CARLOS I

Durante los días que así habían transcurrido, y en que los nuevos habitantes de las Tullerías adoptaron sus costumbres, Gilberto no juzgó oportuno presentarse al Rey, porque este no le envió recado; pero al fin, llegado su día de visita, creyó que su deber le proporcionaba una excusa, la cual no hubiera osado alegar en nombre de su

abnegación.

Era el mismo servicio de antecámara adoptado por el rey en Versalles y en París; de modo que Gilberto era tan bien conocido en las Tullerías como en Versalles.

Por lo demás, aunque el rey no hubiese tenido que consultar al doctor, no le había olvidado; Luis XVI era hombre demasiado justo para no reconocer fácilmente a sus amigos y a sus enemigos.

Y Luis XVI estaba persuadido hasta lo más profundo de su corazón, a pesar de las prevenciones de la Reina contra Gilberto, que este no sería tal vez amigo

del Rey, pero sí de la monarquía, lo cual venía a ser lo mismo.

Por eso recordó que era el día de servicio de Gilberto, y dio su nombre para que se le permitiera pasar cuando se presentase.

De aquí resultó que apenas hubo franqueado el umbral de la puerta, el ayuda de cámara de servicio se levantó, salió a su encuentro, y le introdujo en la alcoba del rey.

Este último se paseaba de un lado a otro tan preocupado, que no fijó su atención en la entrada del doctor, ni oyó tampoco el anuncio que le precedía.

Gilberto se detuvo en la puerta,

inmóvil y silencioso, esperando a que el Rey observase su presencia y le dirigiese la palabra.

El objeto que preocupaba al rey — fácil de ver, porque de vez en cuando se detenía delante de él—, era un gran retrato, de cuerpo entero, de Carlos I, pintado por Van Dyck, el mismo que hoy se halla en el palacio del Louvre, y que un inglés propuso cubrirle completamente de monedas de oro, si se le cedía.

¿No es verdad que conocéis este retrato, si no por el lienzo, cuando menos por el grabado?

Carlos I está de pie, bajo algunos de

estos árboles raquíuticos y raros, como los que crecen en las playas; un paje, su caballo, cubierto del caparazón, y el mar forma el horizonte...

La cabeza del Rey está impregnada de melancolía. ¿En qué piensa aquel Estuardo, que tuvo por predecesor a la hermosa y desgraciada María, y que tendrá por sucesor a Jacobo II?

O, más bien, ¿qué pensaba el pintor, aquel hombre de genio, que tenía el suficiente para comunicar a la fisonomía del rey lo superfluo de su pensamiento?

¿Qué le preocupaba al pintarle de antemano, como en los últimos días de su fuga, cual simple *jinete* dispuesto a

entrar de nuevo en campaña contra las cabezas redondas?

¿En qué pensaba el artista al pintarle así, retirado a la orilla del mar tempestuoso del Norte, con su caballo al lado, tan dispuesto para el ataque como para emprender la fuga?

Y si se volviese el cuadro en que Van Dyck pintó aquella imagen de profunda tristeza, ¿no se encontraría en el reverso del lienzo algún bosquejo del cadalso de White-Hall?

Era preciso que aquella voz del lienzo hablase muy alto para que la oyese Luis XVI; a pesar de su naturaleza esencialmente material, parecíale ver

pasar una nube, que comunicaba su sombrío reflejo a los verdes prados y a las doradas mieses, y que había oscurecido su frente.

Tres veces interrumpió su paseo para detenerse delante de aquel retrato, y otras tantas, dejando escapar un suspiro, continuó dando vueltas, deteniéndose siempre, como conducido por la fatalidad, delante de aquel retrato.

Gilberto comprendió al fin que hay circunstancias en que un espectador es menos indiscreto anunciando su presencia que no manteniéndose mudo.

Hizo un movimiento, y entonces Luis XVI se estremeció, volviendo la

cabeza.

—¡Ah!, ¡sois vos, doctor! —
exclamó—. Me alegro de veros, venid,
venid.

Gilberto se acercó, inclinándose.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis
aquí, doctor?

—Hace tan sólo algunos minutos.

—¡Ah! —murmuró el Rey,
volviendo a quedar pensativo.

Después de una pausa, condujo a
Gilberto ante la obra maestra de Van
Dyck, y preguntóle:

—¿Doctor, conocéis ese retrato?

—Sí, señor. Cuando niño, en casa de
la señora du Barry; pero aunque

entonces era yo pequeño, me impresionó profundamente.

—Sí, en casa de la señora du Barry, eso es —murmuró Luis XVI.

Y después de una nueva pausa de pocos segundos, añadió:

—¿Conocéis la historia de ese retrato, doctor?

—¿Su majestad se refiere a la historia del rey que representa, o a la del retrato mismo?

—A la del retrato.

—No, señor; tan sólo sé que fue pintado en Londres por los años 1645 o 46, y esto es todo cuanto puedo deciros; mas ignoro cómo pasó a Francia, y cómo

se encuentra ahora en la cámara de
Vuestra Majestad.

—Os diré cómo pasó a Francia;
pero yo también ignoro cómo se
encuentra aquí.

Gilberto miró a Luis XVI con
asombro.

—He aquí cómo pasó a Francia —
dijo Luis XVI—; no os diré nada nuevo
en el fondo, pero sí mucho respecto a
los detalles, y entonces comprenderéis
por qué me detengo ante este retrato y en
qué pensaba al detenerme.

Gilberto se inclinó en señal de que
escuchaba atentamente.

—Hará unos treinta años, poco más

o menos —dijo Luis XVI—, hubo un ministerio fatal para Francia y sobre todo para mí —añadió exhalando un suspiro al evocar el recuerdo de su padre, a quien siempre creyó envenenado por Austria—; era el ministerio del señor de Choiseul. Se resolvió sustituir a este con el ministerio de Aiguillon y Maupeau, aniquilando del mismo golpe a los parlamentos; pero esto último era un acto que espantaba mucho a mi abuelo, el rey Luis XV. Para suprimir los parlamentos necesitaba una voluntad que había perdido; con los restos de aquel hombre viejo era necesario formar uno nuevo, y para esto

no había más que un medio. Se reducía a cerrar aquel vergonzoso harén llamado el Parque de los Ciervos, que ha costado tanto dinero a Francia y tanta popularidad a la monarquía; se necesitaba, en vez de aquel mundo de jóvenes hermosas donde se agotaban los restos de su virilidad, dar a Luis XV una sola querida que le bastase para todo y que no tuviese bastante influencia para inducirle a seguir una línea política, pero que no carecía de la suficiente memoria para repetirle a cada instante una lección bien aprendida. El viejo mariscal de Richelieu sabía dónde encontrar una mujer de esa especie;

buscóla y no tardó en hallarla. La habéis conocido, doctor, pues hace un momento me dijisteis que habíais visto ese retrato en su casa.

Gilberto se inclinó.

—Ni la Reina ni yo simpatizábamos con aquella mujer, y sobre todo la Reina, porque siendo esta austríaca, y enterada por María Teresa de esa gran política europea de que Austria es el centro, veía en el advenimiento del señor de Aiguillon la caída de su amigo el señor de Choiseul. Digo que no amábamos a la Condesa, y sin embargo debo hacerle la justicia de que, derribando lo existente, obraba según

mis deseos particulares, y añadiré en conciencia, para el bien general. Era una hábil comedianta y desempeñó su papel maravillosamente; sorprendió a Luis XV con una familiaridad audaz, desconocida hasta entonces de los reyes; le divirtió burlándose de él, pero le hizo hombre, induciéndole a creer que era...

El rey se interrumpió de pronto, como si se arrepintiese de su imprudencia al hablar así de su abuelo delante de un extranjero; pero al fijar una mirada en la franca fisonomía del doctor vio que con aquel hombre, que sabía comprenderlo todo tan bien, se podía ser sincero.

Gilberto adivinó lo que pasaba en el ánimo del rey, y sin la menor impaciencia, sin ninguna interrupción, miró a Luis XVI, que fijaba en él una mirada penetrante, y esperó.

—Lo que os digo, caballero — continuó Luis XVI, con noble ademán, nada común en él—, tal vez no debiera manifestarlo, porque es un pensamiento íntimo y un Rey no debe dejar que se lea en el fondo de su corazón sino a los que le corresponden de igual modo. ¿Procederéis lo mismo conmigo, señor Gilberto, si el Rey de Francia os dice lo que piensa? ¿Le corresponderéis de igual manera?

—Señor —contestó Gilberto—, os juro que si Vuestra Majestad me hace este honor, yo le prestaré este servicio; el médico se encarga del cuerpo como el sacerdote de las almas; pero mudo e impenetrable para los otros, consideraré como un crimen no decir la verdad al Rey que me hace el honor de pedírmela.

—¿De modo, señor Gilberto, que no habrá nunca una indiscreción?

—Señor, si me notificaseis a mí que dentro de un cuarto de hora y de orden vuestra voy a ser ejecutado, no me creería con derecho a huir hasta que me dijerais: «¡Marchaos!».

—Bien hacéis en decirme eso, señor

Gilberto, pues con mis mejores amigos, y hasta con la Reina a menudo, hablo en voz muy baja; con vos haré todo lo contrario.

Siguió una pausa y el Rey continuó:

—Pues bien, esa mujer, sabiendo que apenas se podía contar con Luis XV, que, a pesar de sus veleidades de Rey, estaba casi siempre con él, procedía así a fin de utilizarse de aquellas. Durante el consejo seguía y se inclinaba sobre un sillón, y delante del canciller, delante de los más graves personajes, incluso los viejos magistrados, se echaba a los pies del monarca, haciendo muecas como un mono y charlando como una

cotorra. Pero no se reducía todo a esto, y la extraña *égérie*^[5] hubiera perdido tal vez su tiempo si a sus palabras no hubiera tenido el señor de Richelieu la idea de agregar un cuerpo que hiciese material la lección que repetía. Bajo el pretexto de que el paje representado en el cuadro se llamaba Barry, se compro el lienzo para ella, como si fuera un cuadro de familia. Aquel rostro melancólico, que presagia el 30 de enero de 1649, colocado en el gabinete de la joven Condesa, fue testigo de sus locas carcajadas y de sus lascivos juegos, pues he aquí para qué le servía el retrato: riendo siempre cogía a

Luis XV la cabeza, y conduciéndole ante el cuadro, le decía: «¡Mira, Francia, aquí tiene un Rey a quien cortaron el cuello porque era débil con su parlamento; ten consideraciones con el tuyo!». Luis XV disolvió su parlamento y murió tranquilamente en el trono. Entonces nosotros desterramos a esa mujer, con la cual debíamos haber sido tal vez más indulgentes. El cuadro se quedó en las buhardillas de Versalles, y jamás pensé ni siquiera preguntar qué había sido de él... Ahora, ¿cómo es que lo encuentro aquí? ¿Quién ha mandado traerle? ¿Por qué me sigue, o más bien, por qué me persigue?

Y después de mover tristemente la cabeza, Luis XVI añadió:

—¿No habrá en esto, doctor, alguna fatalidad?

—Sí, una fatalidad si ese retrato no os dice nada, señor; pero una providencia si os habla.

—¿Cómo queréis que semejante retrato no hable a un Rey que se halla en mi situación, doctor?

—Después de haberme permitido decir la verdad, ¿permite Vuestra Majestad que le interrogue?

Luis XVI pareció vacilar un momento.

—Hablad —replicó.

—¿Qué dice ese retrato a Vuestra Majestad, señor?

—Me dice que Carlos I perdió la cabeza por haber hecho la guerra a su pueblo, y que Jacobo II perdió el trono por haberle dejado.

—En ese caso ese retrato es como yo, señor, dice la verdad.

—¿Y bien?... —preguntó el Rey, solicitando la contestación con los ojos.

—Pues bien, ya que el Rey me ha permitido interrogarle, le preguntaré qué contesta ese retrato que tan lealmente le habla.

—Señor Gilberto —dijo el Rey—, os aseguro bajo mi palabra de caballero,

que aún no he resuelto nada: tomaré consejo de las circunstancias.

—El pueblo teme que el Rey piense hacerle la guerra.

Luis XVI movió la cabeza.

—No, no —dijo—, no puedo hacer la guerra a mi pueblo sino con el apoyo del extranjero, y conozco demasiado bien la situación de Europa para fiarme. El Rey de Prusia me ofrece entrar en Francia con cien mil hombres, pero sé que parece sublime y que tan sólo es ridículo, sobre todo hasta dónde llega el espíritu de intriga y de ambición de esa pequeña monarquía que tiende a ser un gran reino y promueve en todas partes la

perturbación, esperando que con ella podrá acaparar alguna nueva Silesia. Austria, por su parte, pone otros cien mil hombres a mi disposición; mas yo no quiero a mi cuñado Leopoldo, que es un Jano de dos caras, devoto filósofo, cuya madre, María Teresa, hizo envenenar a mi padre. Mi hermano de Artois me propone el apoyo de Cerdeña y de España; pero no me fío de esas dos potencias conducidas por ese Príncipe. Cerca de él se halla además el señor de Calonne, es decir, el más cruel enemigo de la Reina, el mismo que anotó —yo vi el manuscrito— el folleto de la señora de La Motte contra nosotros en ese feo

negocio del collar. Sé todo lo que pasa allí abajo; en el penúltimo consejo se proyectó deponerme y nombrar un regente que sería sin duda nuestro muy querido hermano el conde de Provenza; y en el último, el señor de Conde, mi primo, propuso entrar en Francia y marchar sobre Lyon, *sin tener en cuenta lo que pudiera suceder al Rey...* En cuanto a la gran Catalina es diferente, pues se limita a los consejos — comprenderéis que está sentada a la mesa ocupada en devorar Polonia, y que no puede levantarse hasta que haya terminado su comida—; me da un consejo después de lo que ha pasado

estos últimos días. «Los Reyes, dice, deben seguir su marcha sin cuidarse de los gritos del pueblo, como la luna sigue su curso sin hacer aprecio de los ladridos de los perros». Parece que los perros rusos se contentan con ladrar; que pregunten a Deshuttés y a Varicourt si los nuestros no muerden.

—El pueblo teme que el Rey piense en huir, en abandonar Francia...

El Rey vaciló en contestar.

—Señor —continuó Gilberto sonriendo—, siempre se hace mal cuando se toma al pie de la letra el permiso dado por un Rey. Veo que soy indiscreto, y en mi pregunta expreso

pura y simplemente un temor.

El Rey apoyó su mano sobre el hombro de Gilberto.

—Caballero —dijo—, os he prometido la verdad y os la diré toda entera. Sí, se ha tratado de eso; me ha sido propuesta la cosa, y es el parecer de muchos leales servidores que me rodean, que debo apelar a la fuga. Pero en la noche del 6 de octubre, en el momento en que, llorando en mis brazos, estrechaba a mis dos hijos en los suyos, la Reina, que esperaba la muerte como yo, me hizo jurar que no huiría jamás solo y que marcharíamos juntos, a fin de salvarnos o morir los dos. Juré,

caballero, y cumpliré mi palabra; pero no creo que sea posible huir todos juntos sin ser detenidos diez veces antes de llegar a la frontera, no huiremos.

—Señor —dijo Gilberto—, me admira el justo criterio de Vuestra Majestad. ¡Oh! ¿Por qué toda Francia no puede oíros como yo os oigo en este momento? ¡Cuánto se dulcificarían los odios que persiguen a Vuestra Majestad, y cuánto menos numerosos serían los peligros que os rodean!

—¡Odios! —exclamó el Rey—. ¿Creéis que mi pueblo me odie? ¡Peligros! Si no se toma muy en serio los sombríos pensamientos que ese retrato

me ha inspirado, os diré que creo desvanecidos los mayores.

Gilberto miró al Rey con una expresión de profunda melancolía.

—¿No es vuestro parecer, señor Gilberto? —preguntó Luis XVI.

—Mi opinión, señor, es que Vuestra Majestad no ha hecho más que dar principio a la lucha; y que el 14 de julio y el 6 de octubre no son sino los dos primeros actos del drama terrible que Francia representará a la faz de las naciones.

Luis XVI palideció ligeramente.

—Espero que os engañéis, amigo mío —dijo.

—No me engañó, señor —replicó.

—¿Cómo podéis saber sobre este punto más que yo, que tengo a la vez mi policía y mi contrapolicía?

—Señor, yo no tengo ni una cosa ni otra; mas por mi posición soy el intermediario natural entre lo que toca el cielo y lo que se oculta aún en las entrañas de la tierra. Señor, señor, lo que hemos experimentado no es aún más que el terremoto; todavía debemos combatir el fuego, la ceniza y la lava del volcán.

—¿Habéis dicho *combatir*, caballero? ¿No habría sido más exacto decirme *huir*?

—He dicho combatir, señor.

—Ya conocéis mi opinión respecto al extranjero: jamás le llamaré a Francia, a menos que —no hablo de mi vida, pues poco me importa, habiendo hecho ya el sacrificio de ella— mi esposa y mis hijos estuvieran en verdadero peligro.

—Quisiera prosternarme a vuestros pies, señor, para daros gracias por semejantes sentimientos. No, señor, no se necesita al extranjero. ¿Para qué le queréis mientras que no hayáis agotado vuestros propios recursos? Tal vez teméis que se os adelante la Revolución, ¿no es verdad, señor?

—Lo confieso.

—Pues bien, dos medios quedan para salvar a la vez al Rey y a Francia.

—Decidlos, caballero, y habréis merecido bien de los dos.

—El primero, señor, consiste en colocaros a la cabeza de la Revolución y dirigirla.

—Y sus hombres me arrastrarían consigo, señor Gilberto, y yo no quiero ir a donde ellos van.

—El segundo sería poner al pueblo una mordaza bastante sólida para dominarle.

—¿Cómo se llamará esa mordaza, caballero?

—La popularidad y el genio.

—¿Y quién la construirá?

—Mirabeau.

Luis XVI miró a Gilberto fijamente como si hubiese comprendido mal.

Capítulo XVIII

MIRABEAU

Gilberto vio que se debía sostener una lucha, pero estaba preparado.

—¡Mirabeau —repitió—, sí, señor, Mirabeau!

El Rey se volvió hacia el retrato de Carlos I.

—¿Qué hubieras contestado tú, Carlos Estuardo —preguntó al poético lienzo de Van Dyck—, si en el momento de sentir la tierra temblar bajo tus pies,

te hubieran propuesto apoyarte en Cromwell?

—Carlos Estuardo hubiera rehusado y hubiera hecho bien —dijo Gilberto—, pues no hay ninguna semejanza entre Cromwell y Mirabeau.

—No sé cómo miráis las cosas, doctor —replicó el Rey—. Para mí no hay grado en la traición; un traidor es un traidor, y no sé hallar diferencia entre el que es un poco o lo es mucho.

—Señor —repuso Gilberto, con profundo respeto, pero a la vez con invencible firmeza—, ni Cromwell ni Mirabeau son traidores.

—¿Pues qué son? —preguntó el Rey.

—Cromwell era un súbdito rebelde, y Mirabeau es un caballero descontento.

—¿Descontento de qué?

—De todo... de su padre, que le mandó encerrar en el castillo de If y en el calabozo de Vicennes; de los tribunales, que le condenaron a muerte, y del Rey, que desconoció su genio y le desconoce aún.

—El genio del hombre político, señor Gilberto —dijo el Rey con viveza—, es la honradez.

—La contestación es hermosa, señor, digna de Tito, de Trajano o de Marco Antonio; pero desgraciadamente ahí está la experiencia que no lo

confirma.

—¿Cómo así?

—¿Acaso era hombre honrado el emperador Augusto, que compartía el mundo con Lépide y Antonio, y que desterraba al primero dando muerte al segundo, a fin de guardar el mundo para sí solo? ¿Era un hombre honrado Carlomagno, que enviaba a morir en un claustro a su hermano Carloman, y que para concluir con su enemigo Witikind, hombre casi tan grande como él, mandaba cortar todas las cabezas de los sajones cuya altura excedía a la de su espada? ¿Era hombre honrado aquel Luis XI que se rebelaba contra su padre

para destronarle, y que, a pesar de haber fracasado, inspiraba al pobre Carlos VII tal terror, que por temor de ser envenenado se dejaba morir de hambre? ¿Era hombre honrado aquel Richelieu que en las alcobas del Louvre y en las escaleras del Palacio Cardenal tramaba conspiraciones cuyo desenlace se veía en la plaza de Greve? ¿Era un hombre honrado aquel Mazarino que firmaba un pacto con el Protector, y que no solamente rehusaba medio millón y quinientos hombres a Carlos II, sino que le expulsaba de Francia? ¿Era hombre honrado aquel Colbert que vendía, acusaba y derribaba a Fouquet, su

protector, y que mientras arrojaban a este, vivo, en el calabozo del que no debía salir ya sino muerto, sentábase descarada y orgullosamente en su sillón, caliente aún? Y sin embargo, ni los unos ni los otros, a Dios gracias, hicieron daño a los Reyes ni a la monarquía.

—Pero, señor Gilberto, bien sabéis que Mirabeau no puede ser mío, puesto que pertenece al duque de Orleáns.

—¡Bah!, señor, hallándose el Duque excitado, Mirabeau aún no pertenece a nadie.

—¿Cómo queréis que me fíe de un hombre que se vende?

—Comprándole... ¿No podéis dar

por él más que ninguno otro en el mundo?

—Será un hombre insaciable que pedirá un millón.

—Si Mirabeau se vende por esta suma, será regalarse. ¿Creéis que valga dos millones menos que un o una Polignac?

—¡Señor Gilberto!

—Si el Rey me retira la palabra —dijo el doctor inclinándose—, me callo.

—No, hablad, por el contrario.

—He hablado, señor.

—Pues discutamos.

—No deseo otra cosa. Conozco a Mirabeau de memoria, señor.

—¿Sois amigo suyo?

—Por desgracia no tengo ese honor; y por otra parte, Mirabeau no tiene más que un amigo, que es al mismo tiempo el de la Reina.

—Sí, el señor conde de la Marck, ya sé eso, y hartó le reprendemos todos los días por eso.

—Vuestra Majestad, por el contrario, debía prohibirle bajo pena de muerte que se indisponga con él.

—¿Y qué importancia queréis que tenga en los asuntos públicos un hidalguillo como el señor Riquetti de Mirabeau?

—En primer lugar, señor,

permitidme deciros que el señor Mirabeau es caballero y no hidalguillo. Hay pocos en Francia que daten del siglo XI, puesto que para conservar algunos a su alrededor, nuestros Reyes tuvieron la indulgencia de no exigir de aquellos a quienes conceden el honor de subir a sus carrozas sino pruebas de 1399. No, señor, no es un hidalguillo, cuando descende de los Arrighetti de Florencia, los cuales, después de una derrota del partido gibelino, llegan a establecerse en Provenza; no es un hidalguillo porque haya tenido un abuelo que era comerciante en Marsella, pues bien sabéis, señor, que la nobleza de

este punto, así como la de Venecia, tiene el privilegio de no rebajarse cuando comercia.

—¡Es un hombre relajado — interrumpió el Rey—, un verdugo de reputaciones, un abismo de dinero!

—¡Ah!, señor, se han de tomar los hombres como la naturaleza los ha hecho; los Mirabeau fueron siempre borrascosos y desordenados en su juventud; pero maduran con los años. Cuando jóvenes son, por desgracia, tales como Vuestra Majestad dice; pero una vez padres de familia, muéstranse imperiosos, altivos y austeros, ¡El Rey que los desconociera sería ingrato,

porque han dado al ejército soldados intrépidos y a la armada marinos audaces! Sé muy bien que con su espíritu provincial, enemigo de toda centralización, que con su oposición semifeudal y semirrepublicana, desafían desde lo alto de sus torres la autoridad de los ministros y hasta de los reyes; sé que más de una vez arrojaron en el Durance a los agentes del fisco que trataban de embargar sus tierras; sé que despreciaban igualmente, manifestando profundo desdén, a los cortesanos y a los dependientes de comercio, a los arrendatarios generales y a los letrados, y que no estimaban más que dos cosas

en el mundo: el acero de la espada y el hierro del arado; sé muy bien que uno de ellos ha escrito: «que la servidumbre es por instinto para los cortesanos del rostro y corazón de yeso lo que el lodazal para los patos»; pero todo esto, señor, no revela en nada su hidalguía; tal vez no sea por el contrario la expresión de la más honrada moral, pero seguramente es propio de la más elevada caballeridad.

—Vamos, vamos, señor Gilberto —dijo con una especie de despecho el Rey, que creía conocer mejor que nadie a los hombres notables de su reino, vamos, vos mismo habéis dicho que

conocéis a vuestro Mirabeau de memoria. Para mí, que no le conozco, no está demás que me habléis de él, y por lo tanto podréis continuar; antes de servirse de las personas, conviene estudiarlas.

—Sí, señor —prosiguió Gilberto aguijoneado por la especie de ironía en la entonación con que el Rey le hablaba —, y diré a Vuestra Majestad: un Mirabeau era aquel Bruno de Riquetti que el día en que el señor de la Feuillade inauguraba en la plaza de la Victoria la estatua de este nombre con sus cuatro naciones encadenadas, al pasar con su regimiento —que era el de

los guardias— por el Puente Nuevo, se detuvo y mandó hacer alto a su tropa ante la estatua de Enrique IV, diciendo al quitarse el sombrero: «Amigos míos, saludemos a este, pues vale tanto como otro». Un Mirabeau era aquel Francisco de Riquetti que a la edad de dieciocho años regresa de Malta, encuentra vestida de luto a su madre, Ana de Pontieves, y le pregunta la causa de su duelo, puesto que hace diez años que su esposo murió: «Porque he sido insultada», contesta la madre.

—¿Por quién, señora?

—Por el caballero de Griasque.

—¿Y no os habéis vengado?,

pregunta Francisco, que conocía bien a su madre.

—¡Deseos he tenido de hacerlo! Cierta día le encontré solo, y aplicándole sobre la sien una pistola cargada, le dije: «¡Si estuviera sola, os abrasaría el cráneo, como veis que puedo hacerlo; pero tengo un hijo que me vengará más honrosamente!»». — Habéis hecho bien, madre mía, contesta el joven. Y sin descalzarse las botas coge su sombrero, se vuelve a ceñir la espada y marcha en busca del caballero Griasque, diestro espadachín y pendenciero; le provoca, se encierra con él en un jardín, arroja las llaves por

encima de la tapia y le da muerte. Mirabeau era aquel marqués, Juan Antonio, que tenía seis pies de estatura, la belleza de un Antinoó^[6], la fuerza de Milón^[7], y a quien su abuela decía en su patuá provenzal: «Ya no sois hombres sino enanos»; mientras que educado por aquella mujerona, tenía, según lo dijo después su nieto, el afán y el apetito de lo imposible: mosquetero a los dieciocho años, siempre en medio del fuego y amando el peligro con pasión, como otros aman el placer, mandaba una legión de hombres terribles, encarnizados, indomables como él, tanto que los demás soldados decían al verlos

pasar: «¿Veis esos bordados rojos? Pues son los Mirabeaus, es decir, una legión de diablos mandados por Satanás». Y se engañaban respecto al comandante al llamarle Satanás, pues era hombre muy piadoso, tanto, que cierto día, habiéndole sorprendido el fuego en uno de sus bosques, en vez de dar órdenes para que se tratase de ampararle por los medios ordinarios, mandó llevar el santo Sacramento y el fuego se apagó. Ciertamente que esta piedad era la de un verdadero barón feudal, y que el capitán hallaba algunas veces medios para librar al devoto de un gran apuro, como le sucedió un día en que los desertores

que quería fusilar se habían refugiado en la iglesia de un convento italiano. Mandó al punto a su gente hundir las puertas, y ya estaba a punto de obedecer cuando aquellas se abrieron por sí sojas y el abate se presentó en el umbral *in pontificálibus*, llevando el santo Sacramento entre las manos...

—¿Y después? —preguntó Luis XVI, evidentemente seducido por aquel relato lleno de vida y de color.

—Pues bien, el capitán quedó un momento pensativo, pues la posición era apurada; pero después, iluminado por una idea súbita, dijo a su guía: «Dauplim, que llamen al limosnero del

regimiento y que venga a retirar la santa imagen de manos de ese imbécil». Así lo hizo piadosamente el limosnero del regimiento, apoyado por los mosquetes de aquellos diablos.

—En efecto —dijo Luis XVI—, sí, sí, me acuerdo de ese marqués Antonio. ¿No era él quien decía al teniente general Chamillard, que después de un combate en que se había distinguido, prometía hablar de él a Chamillard el ministro? «Caballero, vuestro hermano se puede dar por contento con serlo vuestro, pues sin vos sería el hombre más estúpido del reino».

—Sí, señor; por eso se hizo una

promoción de mariscales de campo, en la que el ministro Chamillard se guardó muy bien de incluir el nombre de Antonio.

—¿Y cómo acabó aquel héroe, que me parece ser el Conde de la raza de los Riquetti? —preguntó el Rey.

—Señor, a buena vida, buena muerte —contestó con gravedad Gilberto—. En la batalla de Cassano, encargado de la defensa de un puente que los imperiales atacaban, había dispuesto que sus soldados, según su costumbre, se echasen boca abajo, mientras que él, verdadero gigante, se mantenía en pie, ofreciéndose como blanco al fuego del

enemigo. De aquí resultó que las balas comenzaran a silbar a su alrededor como el granizo, pero él estaba inmóvil como el poste de un camino. Uno de los proyectiles le fracturó el brazo derecho primeramente, pero esto no era nada para él, como ya comprenderéis, señor; cogió su pañuelo, se puso el brazo en cabestrillo, y empuñando con la izquierda un hacha, su arma ordinaria, pues decía que el sable y la espada no herían lo bastante, siguió batiéndose; mas a poco una segunda bala, hiriéndole en la garganta, le cortó la vena yugular y los nervios del cuello. Esta vez era más grave; mas a pesar de la horrible herida,

el coloso permaneció de pie, hasta que ahogado por la sangre cayó sobre el puente como un árbol desarraigado. Al ver esto, el regimiento se desanima y huye, pues con su jefe acababa de perder su alma. Un viejo sargento del enemigo, creyendo que no había muerto del todo le arroja al paso una olla sobre el rostro, y después, todo el ejército del príncipe Eugenio, caballería e infantería, pasa sobre su cuerpo. Terminada la batalla, se trata de enterrar los cadáveres; el magnífico traje del Marqués basta para que se le note, y uno de sus soldados prisionero, le reconoce. El príncipe Eugenio, viendo que aún

respira, o más bien que produce una especie de estertor, manda conducirlo al campamento del duque de Vendôme; se ejecuta la orden y se deposita el cuerpo del Marqués en la tienda del Príncipe, donde se halla por casualidad el famoso cirujano Dumoulin. Este último era hombre muy caprichoso: de pronto le ocurre devolver la vida a aquel cadáver, y la curación le tienta tanto más cuanto parece imposible. Además de aquella herida que, salvo la espina dorsal y algunos restos de carne, le separaba casi la cabeza de los hombros, todo su cuerpo, sobre el cual habían pasado tres mil caballos y seis mil infantes, no era

más que una llaga. Durante tres días se duda si recobrará ni siquiera el conocimiento; al cabo de ellos abre un ojo; después los dos, moviendo también un brazo; por último secunda la tenacidad de Dumoulin con otra igual, y a los tres meses se ve reaparecer al marqués Juan Antonio con un brazo en cabestrillo, veintisiete heridas diseminadas en todo su cuerpo, es decir, cinco más que César, y la cabeza sostenida por un collar de plata. Su primera visita fue para Versalles, adonde le condujo el duque de Vendôme, y donde fue presentado al Rey, quien le preguntó cómo era que, habiendo dado

tales pruebas de valor, no tenía ya el bastón de mariscal de campo. «Señor, contestó el marqués Antonio, si en vez de quedarme a defender el puente de Cassano, hubiera venido a la corte para ajustar cuentas con cierta mala pieza, hubiera obtenido mi ascenso y tendría menos heridas». No era así como Luis XIV quería que le contestasen, y por lo tanto volvió la espalda al Marqués. «Juan Antonio, amigo mío, le dijo el duque de Vendôme al salir, en adelante podré presentarte al enemigo, pero jamás al Rey». Algunos meses más tarde el Marqués, con sus veintisiete heridas, su brazo fracturado y su collar

de plata, se casó con la señorita de Castellane-Norante, de la cual tuvo siete hijos, entre otras tantas nuevas campañas. Algunas veces, pero raramente, como los verdaderos héroes, hacía mención de aquella famosa batalla de Cassano, y cuando hablaba, solía decir: «Allí fue donde me mataron».

—Me decís —replicó Luis XVI, a quien agradaba visiblemente aquella enumeración de los antecesores de Mirabeau—, me decís, querido doctor, cómo *fue muerto* el marqués Juan Antonio, pero no me decís cómo *ha muerto*.

—Sucumbió en el torreón de

Mirabeau, agreste y duro retiro situado en una escarpada roca que obstruye un doble desfiladero batido sin cesar por el viento del Norte; murió con esa ruda corteza que se forma en la piel de los Riquetti a medida que envejecen, educando a sus hijos en la sumisión y el respeto y manteniéndolos a tal distancia, que el mayor de ellos decía: «Jamás he tenido el honor de tocar, ni con la mano ni con los labios, la carne de ese hombre respetable». Ese hijo mayor era el padre de Mirabeau actual, hombre salvaje que vivía entre cuatro torres y que jamás quiso ir a Versalles, a lo cual se debe sin duda que Vuestra Majestad no le

conozca ni le haga justicia.

—Sí tal, caballero —contestó el Rey —, sí tal, le conozco: es uno de los jefes de la escuela economista; tomó su parte en la revolución que se efectúa, dio la señal para las reformas sociales y popularizó muchos errores y algunas verdades, lo cual es tanto más culpable en él cuanto que preveía la situación, puesto que ha dicho: «Hoy día no hay vientre de mujer que no lleve un Arteveld o un Masaniello». No se engañaba, y por el vientre de la suya ha producido algo peor que todo eso.

—Señor, si en Mirabeau hay alguna cosa que repugne a Vuestra Majestad o

que le espante, permitidme deciros que al despotismo personal y al despotismo real se debe esto.

—¡Al despotismo real! —exclamó Luis XVI.

—Sin duda, señor. Sin el Rey, el padre no podía hacer nada; pues, en fin, ¿qué crimen tan grave había cometido el descendiente de esa gran raza, para que a los catorce años su padre le enviara a una casa de corrección, dónde se le inscribió para humillarle, no con el nombre de Riquetti de Mirabeau, sino con el de Buffieres? ¿Qué había hecho para que, a los dieciocho años, su padre obtuviese una orden de prisión contra él

y le encerrara en la Isla de Ré? ¿Qué había hecho para que, a los veinte, le alistase en un batallón disciplinario, a fin de hacer la guerra en Córcega? Su padre había dicho entonces: «¡Se embarcará el 16 de abril próximo, en la llanura que se surca por sí sola, y Dios quiera que no haya de remar un día!». ¿Qué había hecho para que, al cabo de un año de matrimonio, su padre le desterrase a Manosque, y seis meses después le hiciera trasladar al fuerte de Joux? ¿Y que había hecho, en fin, para que después de su evasión se le detuviera en Amsterdam, a fin de encerrarle en el torreón de Vicennes,

dónde por todo espacio la clemencia paternal unida a la del Rey le concedió solamente un calabozo de diez pies en cuadro, en el que durante cinco años, se agitó su juventud, desarrollándose sus pasiones, mientras que al mismo tiempo aumentaba su inteligencia, fortificándose su corazón?... Voy a decir a Vuestra Majestad lo que había hecho. Sedujo a su profesor, Poisson, por su facilidad en aprenderlo y comprenderlo todo; estudió de mala gana la ciencia económica, y habiéndose dedicado después a la carrera militar, manifestó deseos de continuarla; reducido a seis mil libras de renta para él, su esposa y su hijo,

contrajo deudas por valor de treinta mil francos; más tarde abandonó su destierro de Manosque para ir a dar de palos a un caballero insolente que había insultado a su hermana; y, en fin —este es el mayor crimen, señor—, cediendo a las seducciones de una mujer joven y linda, se la robó a un marido viejo y celoso.

—Sí, caballero, para abandonarla después —dijo el Rey—; de modo que la desgraciada señora de Monnier, quedando sola con su delito, se suicidó.

Gilberto levantó los ojos al cielo, suspirando.

—Veamos —dijo el Rey—, ¿qué podéis contestar a esto, caballero, y

cómo defenderéis a vuestro Mirabeau?

—Por la verdad, que tan difícilmente penetra hasta los reyes, y que vos, aunque la buscáis, la pedís y la llamáis, no conocéis casi nunca. No, la señora de Monnier, señor, no murió por el abandono de Mirabeau, pues al salir de Vincennes, su primera visita fue para ella. Disfrazado de cazador furtivo penetra en el convento de Gien, donde la dama ha ido a pedir un asilo; encuentra a Sofía indiferente y confusa; los dos tienen una explicación, y Mirabeau echa de ver, no tan sólo que la señora de Monnier no le ama ya, sino que ama a otro, al caballero de Rancourt, Este

último, libre por la muerte del esposo de la dama, quiere casarse con ella. Mirabeau ha salido demasiado pronto de su prisión; se contaba con su cautividad y será preciso contentarse con matar su honor. Mirabeau cede el puesto a su feliz rival y se retira; la señora de Monnier se halla a punto de unirse con el caballero de Rancourt, pero este muere súbitamente. La pobre mujer había consagrado todo su corazón y su vida a este último amor, y hace un mes, el 9 de septiembre, se encierra en su gabinete y se da la muerte por asfixia. Entonces los enemigos de Mirabeau comienzan a gritar que la infeliz ha

muerto por el abandono de su primer amante, siendo así que ha puesto fin a su vida por el amor segundo. ¡Oh!, ¡la historia, la historia, he aquí cómo se escribe!

—¡Ah! —exclamó el Rey—, sin duda por eso recibió la noticia con tanta indiferencia.

—También puedo decir a Vuestra Majestad cómo la recibió, pues conozco el que estaba encargado de anunciarla, que era un individuo de la Asamblea. Interrogadle y no se atreverá a mentir, porque es un sacerdote, es el cura de Gien, el abate Vallet, el cual se sienta en los bancos opuestos a los que toma

asiento Mirabeau. El abate atravesó la sala y con gran asombro del Conde fue a sentarse a su lado. «¿Qué diablos hacéis aquí?», le preguntó Mirabeau. Sin contestarle el sacerdote le entregó la carta que anunciaba en todos sus detalles la fatal noticia. El Conde tardó mucho tiempo en leerla, pues sin duda no podía creer en el contenido; después volvió a leer por segunda vez, y durante esta última lectura su rostro palidecía, alterábase de vez en cuando, y el Conde se pasaba la mano por la frente enjugándose al mismo tiempo los ojos. Al fin le fue preciso ceder, salió presuroso, y en los tres días siguientes

no se presentó en la Asamblea... ¡Oh!, señor, dispensadme si entro en todos estos detalles; pero basta ser un hombre de genio ordinario para que se le calumnie en todos los puntos y en todas las cosas, y con mucha más razón cuando el hombre de genio es un gigante.

—¿Y por qué ha de ser así, doctor? ¿Qué interés se tiene en calumniar al señor de Mirabeau cerca de mí?

—El interés que toda medianía tiene en conservar su puesto cerca del trono. Mirabeau no es de esos hombres que puedan entrar en el templo sin expulsar a todos los mercaderes. Mirabeau junto a vos, señor, es la muerte de las pequeñas

intrigas y de los intrigantes de poca importancia; es el genio trazando el camino a la probidad. ¿Y qué tenéis que ver vos, señor, con que Mirabeau haya vivido mal con su mujer? ¿Qué importa que Mirabeau cometiera un rapto en la señora de Monnier, ni que tenga medio millón de deudas? Pagadle vos, señor; agregad a esos quinientos mil francos un millón, dos, diez si es necesario, pues Mirabeau es libre y no debéis dejarle escapar. ¡Tomadle como consejero, eligidle por ministro; escuchad lo que diga su voz poderosa, y las palabras que pronuncie repetidlas a vuestro pueblo, a Europa, al mundo entero!

—El señor Mirabeau, que se hizo traficante en paños, en Aix, a fin de ser elegido por el pueblo, no puede engañar a sus comitentes, abandonando el partido, de aquel por el de la corte.

—Señor, señor, os lo repito, vos no conocéis a Mirabeau; es aristócrata noble y realista ante todo. Se hizo elegir por el pueblo porque la nobleza le desdeñaba, porque Mirabeau sentía esa sublime necesidad de conseguir su objeto por cualquier medio que fuera, necesidad que atormenta a los hombres de genio. Y si no le hubiera elegido ni el uno ni la otra, habría entrado en el parlamento como Luis XIV, con botas y

espuelas, invocando el derecho divino. ¿Decís que no abandonaría el partido del pueblo por el de la corte? ¡Ah!, señor, ¿por qué hay un partido del pueblo y otro de la corte? ¿Por qué no se reúnen los dos para formar uno solo? Pues bien, esto es lo que Mirabeau hará... ¡Aceptadle, señor, porque mañana, resentido de vuestros desdenes, se volverá contra vos, y entonces, señor, entonces —yo os lo digo, y ese retrato de Carlos I os lo dirá después, como os lo dijo antes que yo—, entonces se habrá perdido!

—¿Decís que Mirabeau se volverá contra mí? ¿No lo ha hecho ya,

caballero?

—Sí, aparentemente tal vez; pero Mirabeau está por vos, señor. Preguntad al conde de la Marck lo que dijo después de aquella famosa sesión del 21 de junio, pues solamente Mirabeau lee en el porvenir con una sagacidad espantosa.

—¿Y qué dijo?

—Retorciéndose las manos en su pesar, exclama: «¡Así es como se conduce a los reyes al cadalso!». Y tres días después, añade: «¡Esos hombres no ven los abismos que abren bajo los pies de la monarquía! ¡El Rey y la Reina sucumbirán y el pueblo batirá palmas

sobre sus cadáveres!».

El Rey palideció, estremeciéndose, y mirando el retrato de Carlos I pareció un instante inclinado a decidirse; pero de pronto, replicó:

—Hablaré de eso con la Reina y tal vez se resuelva dirigirse a Mirabeau; pero yo no le diré nada. Me agrada poder estrechar la mano de las personas a quienes hablo, señor Gilberto, y yo no quisiera, aunque me costase el trono, la libertad y la vida, estrechar la mano a Mirabeau.

Gilberto iba a replicar, tal vez a insistir de nuevo; pero en aquel instante un ujier entró.

—Señor —dijo—, la persona que Vuestra Majestad debe recibir esta mañana, ha llegado ahora y espera en las antecámaras.

Luis XVI hizo un movimiento de inquietud, mirando a Gilberto.

—Señor —dijo este—, si no debo ver a la persona que Vuestra Majestad espera, pasaré por otra puerta.

—No, caballero —contestó Luis XVI—, pasad por esta, pues bien sabéis que os considero como amigo y que no tengo secretos para vos. Por lo demás, la persona que estoy esperando es un simple caballero que en otro tiempo perteneció a la casa de mi hermano, y

que este me recomienda. Es un fiel servidor, y quiero ver si es posible hacer alguna cosa, si no por él, al menos por su esposa y sus hijos. Id, señor Gilberto; no ignoráis que siempre seréis bien recibido al venir a verme, aunque sea para hablarme del señor Riquetti de Mirabeau.

—Señor —dijo Gilberto—, ¿debo considerarme completamente derrotado?

—Ya os he dicho, caballero, que hablaré a la Reina y que reflexionaré; y más tarde veremos.

—¡Más tarde, señor! Pediré a Dios que aún sea tiempo cuando os hayáis decidido.

—¡Oh, oh! ¿Creéis tan inminente el peligro?

—Señor —replicó Gilberto—, no hagáis retirar nunca de vuestra habitación el retrato de Carlos Estuardo, porque es un buen consejero.

Y se inclinó, saliendo precisamente en el instante en que la persona esperada por el Rey se presentaba en la puerta para entrar.

Gilberto no pudo reprimir un grito de sorpresa. Aquel caballero era el marqués de Favras, el mismo a quien había encontrado ocho o diez días antes en casa de Cagliostro, y cuya muerte fatal y próxima había anunciado este.

Capítulo XIX

FAVRAS

Mientras que Gilberto se alejaba preso de un terror desconocido que le inspiraba, no la parte verdadera, sino la invisible y misteriosa de los acontecimientos, el marqués de Favras entraba, como ya hemos dicho, en la habitación de Luis XVI.

Así como lo había hecho el doctor Gilberto, se detuvo en la puerta, más el Rey, habiéndolo visto desde su entrada,

hízole seña para que se acercase.

Favras se adelantó e inclinóse, esperando respetuosamente a que el Rey le dirigiera la palabra.

Luis XVI, fijó en él esa mirada investigadora que parece formar parte de la educación de los reyes, y que es más o menos superficial, más o menos profunda, según el carácter de aquel que la emplea y la aplica.

Tomás Mahy, marqués de Favras, era un caballero de aire distinguido, de cuarenta y cinco años de edad, de aspecto elegante, expresión resuelta y fisonomía franca.

El examen fue favorable, y una

sonrisa pasó por los labios del Rey cuando se entreabrían para interrogarle.

—¿Sois el marqués de Favras, caballero? —preguntó el Rey.

—Sí, señor.

—¿Deseabais serme presentado?

—Manifesté a Su Alteza Real el señor conde de Provenza, mi vivo deseo de ofrecer mis respetos a Vuestra Majestad.

—Parece que mi hermano tiene mucha confianza en vos...

—Así lo creo, señor, y confieso que mi mayor ambición es que Vuestra Majestad me la conceda también.

—Mi hermano os conoce desde hace

largo tiempo, señor de Favras, ¿no es así?

—Mientras que Vuestra Majestad no me conoce... lo comprendo; pero si os dignáis, señor, interrogarme, dentro de diez minutos me conoceréis tan bien como vuestro hermano.

—Hablad, Marqués —dijo Luis XVI dirigiendo una mirada hacia el retrato de Carlos Estuardo, que no podía olvidar ni desviarse completamente de la mirada de sus ojos—; hablad, ya os escucho.

—¿Vuestra Majestad desea saber...?

—¿Quién sois y qué habéis hecho?

—¿Quién soy, señor? Tan sólo el anuncio de mi nombre os lo ha dicho:

soy Tomás Mahy, marqués de Favras; nací en Blois en 1745; entré a servir en los mosqueteros a los quince años, e hice en este cuerpo la campaña de 1761; después fui capitán ayudante en el regimiento de Belzunce, y más tarde teniente de los suizos en la guardia del señor conde de Provenza.

—¿Y conocisteis a mi hermano en esta calidad? —preguntó el Rey.

—Señor, había tenido la honra de serle presentado un año antes; de modo que ya me conocía.

—¿Y abandonasteis su servicio?...

—En 1775, señor; mas fue para dirigirme a Viena, donde hice reconocer

a mi esposa como hija única y legítima del príncipe de Anhalt-Schauenbourg.

—¿No ha sido presentada vuestra esposa, caballero?

—No, señor; pero en este momento mismo tiene el honor de hallarse en la habitación de la Reina con mi hijo mayor.

El Rey hizo un movimiento de inquietud que parecía decir: «¡Ah!, ¡la Reina está en esto!».

Después de una pausa, durante la cual se paseó de nuevo, lado a lado dirigiendo furtivas miradas al retrato de Carlos I, Luis XVI preguntó:

—¿Qué más, caballero?

—Después, señor, tres años hace, cuando se produjo la insurrección contra el Statuder, mandé una legión, contribuyendo por mi parte al restablecimiento de la autoridad; después, al fijar los ojos en Francia y al ver el mal espíritu que comenzaba a desorganizarlo todo, he venido a París para poner mi espada y vida al servicio del Rey.

—Pues bien, caballero, ¿habéis visto qué tristes cosas han pasado?

—Señor, presencié las jornadas de los días 5 y 6 de octubre.

El Rey quiso al parecer cambiar de conversación.

—¿Y decís, señor Marqués —
continuó—, que mi hermano el señor
conde de Provenza tiene tanta confianza
en vos que os ha encargado la
negociación de un empréstito
considerable?

Al oír esta pregunta inesperada, si
allí hubiese habido un tercero habría
visto agitarse como una sacudida
nerviosa el cortinaje que cerraba a
medias la alcoba del Rey, como si
alguno estuviese oculto detrás, mientras
que el señor de Favras se estremeció
como hombre preparado para una
pregunta y a quien se hace otra.

—Sí, señor —dijo—; es una prueba

de confianza encargar a un caballero los asuntos pecuniarios, y Su Alteza Real me ha hecho el honor de fiarse de mí.

El Rey esperó la continuación mirando a Favras, como si el giro que tomaba el diálogo comunicase a su curiosidad mayor interés que el asunto de antes.

El Marqués continuó, pues, como hombre que ha sufrido una decepción:

—Hallándose Su Alteza Real sin sus rentas, a causa de las diversas operaciones de la Asamblea, y pensando que era llegado el momento en que, por causa de su propia seguridad, convenía que los Príncipes tuviesen una suma

considerable a su disposición, Su Alteza Real me entregó varios contratos.

—¿Sobre los cuales habéis encontrado dinero, señor Marqués?

—Sí, señor.

—¿Una suma considerable, como decíais?

—Dos millones.

—¿En casa de quién?

Favras casi vaciló en contestar al Rey al ver que la conversación comenzaba a cambiar de giro, pasando de los grandes intereses generales al conocimiento de los particulares y descendiendo de la política a la policía.

—Os pregunto en casa de quién

encontrasteis el dinero —repitió el Rey.

—Señor, me había dirigido primeramente a los banqueros Schaumel y Sartorius; pero como la negociación fracasara, apelé a un banquero extranjero, que, teniendo conocimiento del deseo de Su Alteza Real, y por amor a nuestros Príncipes y su respeto al Rey, me ofreció sus servicios.

—¡Ah!... Y, ¿cómo se llama ese banquero?

—¡Señor! —replicó Favras vacilando.

—Comprenderéis bien, caballero —insistió el Rey—, que es bueno conocer a un hombre semejante, y que deseo

saber su nombre para darle las gracias por su abnegación, si se presenta oportunidad.

—Señor —dijo Favras—, es el barón de Zannone.

—¡Ah! —exclamó Luis XVI—, ¿es un italiano?

—Un genovés, señor.

—¿Y vive...?

—Habita en Sevres, señor, enfrente del sitio mismo donde el coche de Vuestras Majestades se hallaba detenido el 6 de octubre, durante el regreso de Versalles, cuando los agitadores conducidos por Marat, Verriere y el duque de Aiguillon, que estaban en la

pequeña taberna del puente de Sevres, obligaron al peluquero de la Reina a rizar las dos cabezas cortadas de Varicourt y de Deshuttes.

El Rey palideció, y si en aquel momento hubiera fijado su mirada en la alcoba, habría visto agitarse la cortina más nerviosamente esta vez que la primera.

Era evidente que esta conversación le pesaba y que sentía haberla comenzado.

Por eso resolvió terminarla cuanto antes.

—Está bien, caballero —dijo—, veo que sois un fiel servidor de la

monarquía, y os prometo tenerlo en cuenta cuando haya ocasión.

Y el Rey hizo con la cabeza ese movimiento que en los príncipes significa:

«Bastante tiempo hace que os he hecho el honor de escucharos y de contestar, y ahora podéis retiraros».

Favras comprendió perfectamente.

—Dispensad, señor —dijo—, pero yo creía que Vuestra Majestad tenía que preguntarme otra cosa.

—No —dijo el Rey moviendo la cabeza, como si en efecto hubiera buscado en su memoria alguna nueva pregunta—; no, Marqués, esto es cuanto

deseaba saber.

—Os engañáis, caballero —dijo una voz que hizo volver la cabeza del Rey y al marqués de Favras para mirar hacia la alcoba—. Deseabais saber cómo el abuelo del señor marqués de Favras se arregló para salvar al Rey Estanislao de Dantzic y conducirle sano y salvo hasta la frontera prusiana.

Los dos profirieron una exclamación de sorpresa: aquel tercer personaje que aparecía de pronto mezclándose en la conversación era la Reina, pálida, con los labios temblorosos, y que no se contentaba con algunos informes recibidos del señor de Favras.

Sospechando que el Rey, abandonado a sí propio no se atrevería a llegar hasta el fin, había venido por la escalera y el corredor secretos para reanudar la conversación en el momento en que el Rey incurriese en la debilidad de terminarla.

Por lo demás, esta intervención de la Reina y su manera de reanudar la conversación refiriéndose a la fuga de Estanislao, permitían al Rey oírlo todo bajo el velo transparente de la alegoría.

Favras, por su parte, comprendió al punto el medio que se le ofrecía para desarrollar su plan, y aunque ninguno de sus antecesores ni de sus parientes

hubiese tomado parte en la lucha del rey de Polonia, se apresuró a contestar, inclinándose:

—Vuestra Majestad se refiere sin duda a mi primo el general Steinflicht, que debe la ilustración de su nombre a ese inmenso servicio prestado a su Rey, servicio que tuvo tan feliz influencia sobre la suerte de Estanislao, arrancándole primero de manos de sus enemigos, y después, por un concurso providencial de circunstancias, permitiéndole llegar a ser abuelo de Vuestra Majestad.

—¡Eso es, eso es, caballero! — exclamó vivamente la Reina, mientras

que Luis XVI, exhalando un suspiro, miraba el retrato de Carlos I.

—Pues bien —dijo Favras—, Vuestras Majestades saben que el rey Estanislao, libre en Dantzic, pero cercado por todas partes por el ejército moscovita, estaba casi perdido si no se resolvía a emprender la fuga prontamente.

—¡Oh! —interrumpió la Reina—, podéis decir completamente perdido, señor de Favras.

—Señor —dijo Luis XVI con cierta severidad—, como Polonia vela por sus reyes, jamás están del todo perdidos.

—¡Ah!, señor —dijo la Reina—,

creo ser tan religiosa y tan creyente como vos en la Providencia, pero me parece que es preciso ayudarla un poco.

—También era este el parecer del rey de Polonia, señor —añadió Favras—, pues declaró positivamente a sus amigos que, no considerando la posición sostenible y creyendo su vida en peligro, deseaba que se le sometieran varios proyectos de fuga. A pesar de la dificultad, se le presentaron tres; y digo dificultad, porque era mucho más difícil para el rey Estanislao salir de Dantzic, que lo sería para vos, por ejemplo, salir de París, si tuvierais este capricho... Con un coche de posta, si Vuestra

Majestad quisiera marchar sin ruido y sin escándalo, podríais ganar la frontera en un día y una noche; o bien, si quisierais salir de París como Rey, dar orden a un caballero, honrándole con vuestra confianza, para reunir treinta mil hombres y venir a recogeros en el palacio de las Tullerías... En uno u otro caso, el éxito sería seguro...

—Señor —replicó la Reina—, Vuestra Majestad sabe que es la pura verdad lo que el señor de Favras dice.

—Sí —replicó el Rey—; pero mi situación, señora, dista mucho de ser tan desesperada como lo era la del rey Estanislao: Dantzic estaba cercada por

los moscovitas, como el Marqués ha dicho, y el fuerte de Wechselmund, su último baluarte, acababa de capitular; mientras que yo...

—Mientras que vos —interrumpió la Reina con impaciencia—, estáis en medio de los franceses que tomaron la Bastilla el 14 de julio, que en la noche del 5 al 6 de octubre quisieron asesinaros, y que en la jornada del 6 os trajeron por fuerza a París, insultándoos a vos y a vuestra familia durante todo el viaje... ¡Ah!, a fe mía que la situación es buena y merece que se la prefiera a la del rey Estanislao.

—Sin embargo, señora...

—El rey Estanislao no arriesgaba más que la prisión, la vida tal vez; mientras que nosotros...

Una mirada del Rey la detuvo.

—Por lo demás —continuó la Reina—, sois el amo y a vos toca decidir.

Y dominada por su impaciencia fue a sentarse frente al retrato de Carlos I.

—Señor de Favras —dijo—, acabo de hablar con la Marquesa y con vuestro primogénito, y los dos parecen estar resueltos, como conviene a la esposa y al hijo de un valeroso caballero. Suceda lo que quiera —suponiendo que ocurra algo—, pueden contar con la Reina de Francia, que no les abandonará: es hija

de María Teresa y sabe apreciar y recompensar el valor.

El Rey replicó, como estimulado por la indirecta de la Reina:

—¿Decís, caballero, que se habían propuesto al rey Estanislao tres medios de evasión?

—Sí, señor.

—¿Y cuáles eran?

—El primero consistía en disfrazarse de campesino; la condesa Chapska, palatina de Pomerania, que hablaba el alemán como lengua materna, le prometía —sirviéndose de un hombre de toda su confianza, que conocía perfectamente el país— disfrazarse de

aldeana y hacerle pasar por su marido. Era el medio de que hablaba hace un momento, diciéndole que fácil le sería, en el caso de que quisiera huir de incógnito, de noche...

—Pasemos al segundo medio —dijo Luis XVI, como si viese con cierta impaciencia la comparación entre su caso y el del rey Estanislao.

—El segundo, señor, se reducía a tomar mil hombres y arriesgarse con ellos a practicar una brecha a través de los moscovitas: este es también el medio de que hablaba antes al rey de Francia, observándole que él tenía, no tan sólo mil hombres a su disposición, sino

treinta mil.

—Bien habéis visto de qué me sirvieron esos treinta mil hombres el 14 de julio, señor de Favras —contestó el Rey—. Veamos el tercer medio.

—Este medio, el que el rey Estanislao aceptó, fue disfrazarse de campesino y salir de Dantzig, no con una mujer, que podía ser un estorbo en el camino, ni tampoco con mil hombres, que podían morir desde el primero hasta el último sin conseguir abrirse paso, sino solamente con dos o tres hombres seguros, que siempre pasan por todas partes. Este medio fue propuesto por el señor Munti, el embajador de Francia, y

apoyado por mi pariente el general Steinflicht.

—¿Y se aceptó este plan?

—Sí, señor; y si un rey, estando o creyendo estar en la situación del soberano de Polonia tomaba este partido, dignándose concederme a mí la misma confianza que vuestro augusto abuelo depositaba en el general Steinflicht, yo creería poder responder de él sobre mi cabeza, particularmente si los caminos estuvieran tan libres como en Francia, y si ese rey fuera tan buen jinete como Vuestra Majestad.

—Ciertamente —dijo la Reina—; pero en la noche del 5 al 6 de octubre el

Rey me juró, caballero, no marchar nunca sin mí, ni tampoco intentar una fuga en la cual no tomase yo parte. Tengo la palabra del Rey y sé que no ha de faltar a ella.

—Señora —dijo Favras—, esto dificulta más el viaje, pero no lo imposibilita; y si yo tuviera el honor de conducir semejante expedición, me comprometería a llevar a la Reina, al Rey, y a toda su familia real sanos y salvos hasta Montmédy o Bruselas, como el general Steinflicht condujo al rey Estanislao sin novedad hasta Marienwerder.

—¡Ya lo oís, señor! Yo creo que con

un hombre como Favras se puede hacer todo y no temer nada.

—Sí, señora —contestó el Rey—, también es mi parecer; pero aún no ha llegado la hora.

—Está bien, señor —dijo la Reina—, esperad como lo hizo aquel cuyo retrato nos mira, y cuya vista —por lo menos yo lo había creído así— debía daros mejor consejo;... esperad a que sea forzoso empeñar una batalla; esperad a que esta se pierda; esperad hasta que estéis prisionero; esperad a que el cadalso se eleve bajo vuestra ventana, y entonces, vos que decís hoy: «¡Es demasiado pronto!», os veréis

obligado a decir: «¡Es demasiado tarde!».

—En todo caso, señor, a cualquier hora y a la primera palabra, el Rey me encontrará dispuesto —dijo el Marqués inclinándose, pues temía que su presencia, que había producido aquella especie de conflicto entre la Reina y el Rey, acabase por fatigar a este último—. Tan sólo puedo ofrecer la vida a mi soberano, y no diré que se la ofrezco, sino que siempre tuvo y tendrá derecho para disponer de su existencia que le pertenece.

—Está bien, caballero —dijo el Rey—, y en todo caso ratifico, respecto a la

Marquesa y a vuestra familia, la promesa que os ha hecho la Reina.

Esta vez, aquello era una verdadera despedida; el Marqués debió conformarse, y por más que tal vez hubiera querido insistir, no encontrando más estímulo que la mirada de la Reina, se retiró de espaldas.

María Antonieta le siguió con la vista hasta que el tapiz cayó detrás de él.

—¡Ah!, señor —dijo después, extendiendo la mano hacia el lienzo de Van Dyck—, cuando mandé poner ese cuadro en vuestra habitación, creí que os inspiraría mejor.

Y altiva como si no se dignara

continuar la conversación, se dirigió hacia la puerta de la alcoba; pero deteniéndose de pronto, dijo:

—Confesad, señor, que el marqués de Favras no es la primera persona a quien habéis recibido esta mañana.

—No, señora, tenéis razón; antes de ver al Marqués he recibido al doctor Gilberto.

La Reina se estremeció.

—¡Ah!, lo sospechaba —exclamó—; y el doctor Gilberto, según parece...

—Opina como yo, señora, es decir, que no debemos salir de Francia.

—Pues si lo cree así, señor, sin duda habrá dado un consejo que nos permita

permanecer donde estamos como conviene.

—Sí, señora, me ha dado uno; pero desgraciadamente le creo, si no malo, por lo menos impracticable.

—En fin, ¿qué consejo es ese?

—Quiere que compremos a Mirabeau por un año.

—¿Y a qué precio? —preguntó la Reina.

—Seis millones... y una sonrisa vuestra.

La fisonomía de la Reina tomó una expresión sumamente pensativa.

—En rigor —dijo—, tal vez sería este un medio...

—Sí, pero un medio que rehusaríais por vuestra parte, ¿no es verdad, señora?

—No contesto, señor —dijo la Reina, con esa expresión siniestra que el ángel malo toma cuando está seguro de su triunfo—; es cosa de pensarlo...

Y cuando se retiraba, añadió en voz más baja:

—Lo pensaré.

Capítulo XX

EL REY SE OCUPA EN ASUNTOS DE FAMILIA

Una vez solo, el Rey permaneció de pie e inmóvil un instante, y después, como si temiera que la retirada de la Reina fuese simulada, dirigióse a la puerta por dónde había salido, abrióla, y con una mirada sondeó las antecámaras y los corredores.

Y como no viese más que la

servidumbre, dijo a media voz:

—¡Francisco!

Un ayuda de cámara que se había levantado al ver que la puerta se abría y que estaba de pie esperando órdenes, se acercó al punto, vio al Rey entrar en su aposento, y siguióle.

—Francisco —dijo Luis XVI—, ¿sabéis dónde están las habitaciones del señor de Charny?

—Señor —contestó el ayuda de cámara, que no era otro sino aquel que llamado por el Rey después del 10 de agosto dejó huellas sobre el fin de su reinado—; señor, el conde de Charny no tiene habitaciones, sino solamente una

buhardilla en la parte superior del pabellón de Flora.

—¿Y por qué una buhardilla a un oficial de tanta importancia?

—Se ha querido dar algo mejor al señor Conde, pero ha rehusado diciendo que aquello le bastaba.

—Bien, —replicó el Rey— ¿sabéis dónde está esa buhardilla?

—Sí, señor.

—Pues id a buscar al señor de Charny, a quien deseo hablar.

El ayuda de cámara salió, cerrando la puerta tras sí, y subió en busca del Conde, a quien encontró apoyado en la ventana con los ojos fijos en aquel

océano de tejados que se pierde en el horizonte con sus olas de tejas y pizarras.

Dos veces llamó el mayordomo, sin que el Conde, sumido en sus reflexiones, le oyese, y como la llave estaba en la cerradura entró al fin, considerándose autorizado por la orden del Rey.

Al oír el ruido que hizo al entrar Charny se volvió.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Hue? —dijo —. ¿Venís a buscarme de parte de la Reina?

—No, señor Conde —contestó el mayordomo—, es de parte del Rey.

—¡De parte del Rey! —exclamó

Charny con cierto asombro.

—De parte del Rey, sí, señor.

—Está bien; decid a Su Majestad que estoy a sus órdenes.

El mayordomo se retiró con la rigidez de la etiqueta, mientras que el señor de Charny, con esa cortesía de la antigua y verdadera nobleza para todo hombre que llegase de parte del Rey, bien llevase la cadena de plata al cuello o fuese revestido de la librea, le acompañó hasta la puerta.

Cuando estuvo solo, el señor de Charny permaneció un momento con la cabeza entre las manos, como para obligar a sus ideas, confusas y agitadas,

a concentrarse pronto; después, restablecido el orden en su cerebro, se ciñó la espada, que estaba en un sillón, se colocó el sombrero debajo del brazo, y bajó.

Encontró en su alcoba a Luis XVI, que de espaldas al cuadro de Van Dyck acababa de pedir el almuerzo.

El Rey levantó la cabeza al ver al señor de Charny.

—¡Ah!, sois vos, Conde —dijo—, muy bien. ¿Queréis almorzar conmigo?

—Señor, debo rehusar este honor, porque ya he almorzado —contestó el Conde inclinándose.

—En tal caso —dijo Luis XVI—,

como os he rogado que paséis a verme para hablaros de asuntos, y a la verdad muy serios, esperad un instante; no me agrada hablar de negocios cuando como.

—Estoy a las órdenes del Rey — contestó el Conde.

—Pues entonces, en vez de tratar de asuntos, hablemos de otra cosa, como por ejemplo, de vos.

—¿De mí, señor! ¿Y en qué puedo merecer que el Rey se ocupe de mi persona?

—Cuando he preguntado, hace poco, dónde estaba vuestra habitación en las Tullerías, ¿sabéis lo que me ha contestado Francisco, querido Conde?

—No, señor.

—Me ha dicho que habéis rehusado la habitación que os ofrecían, prefiriendo una buhardilla.

—Es verdad, señor.

—¿Y por qué, Conde?

—Señor, porque estando solo y no teniendo más importancia que la que el favor de Sus Majestades tienen a bien concederme, no he creído conveniente privar al señor gobernador de palacio de un aposento, cuando una simple buhardilla es suficiente para mí.

—Dispensad, querido Conde, contestáis bajo vuestro punto de vista y como si fuerais simple oficial y soltero;

pero tenéis —y en el día de peligro no lo olvidáis, a Dios gracias— un cargo importante cerca de nosotros; además sois casado y, ¿cómo estaréis con la Condesa en vuestra buhardilla?

—Señor —contestó Charny con un acento de melancolía que no pasó desapercibido para el Rey—, por poco accesible que fuese a este sentimiento, no creo que la condesa de Charny me haga el honor de compartir mi habitación, bien sea grande o pequeña.

—Pero, en fin, señor Conde, vuestra esposa, sin ejercer cargo alguno junto a la Reina, es su amiga, y bien sabéis que la Reina no puede estar sin la señora de

Charny, aunque hace algún tiempo he creído notar que existía entre ellas cierta frialdad. Cuando la condesa de Charny venga al palacio, ¿dónde se alojará?

—Señor, sin una orden expresa de Vuestra Majestad, no creo que la señora de Charny vuelva jamás al palacio.

—¡Ah!, ¡ya!

Charny se inclinó.

—¡Imposible! —exclamó el Rey.

—Dispénsese Vuestra Majestad —dijo el Conde—, mas creo estar seguro de lo que digo.

—Pues bien, esto me extraña menos de lo que pudierais suponer, querido Conde; creo haberos dicho que había

notado cierta frialdad entre la Reina y su amiga.

—En efecto, Vuestra Majestad ha tenido a bien manifestarlo.

—¡Enojos de mujeres! Ya trataremos de arreglar todo esto; pero entretanto parece que, sin saberlo, me conduzco con vos de una manera tiránica, querido Conde.

—¿Cómo así, señor?

—Obligándoos a vivir en las Tullerías, cuando la Condesa habita... ¿dónde, señor de Charny?

—En la calle de Coq-Héron, señor.

—Os pregunto esto por la costumbre que tenemos los reyes de interrogar, y tal

vez un poco también por mi deseo de conocer las señas de la Condesa, pues no conociendo París más que un ruso de Moscú a un austríaco de Viena, ignoro si la calle de Coq-Héron está cerca o lejos de las Tullerías.

—Está cerca, señor.

—Tanto mejor; esto me explica que no tengáis más que un palmo de terreno en las Tullerías.

—La habitación que aquí tengo, señor —contestó Charny con el mismo acento de melancolía que el Rey había notado ya en su voz—, no es un simple palmo de terreno; muy por el contrario es un alojamiento fijo en el que se me

encontrará a cualquier hora del día o de la noche en que Su Majestad me haga el honor de enviar a buscarme.

—¡Oh, oh! —exclamó el Rey, cuyo almuerzo tocaba a su fin, recostándose en su sillón—. ¿Qué quiere decir eso, señor Conde?

—El Rey me dispensará, pero no comprendo muy bien el interrogatorio que tiene a bien hacerme.

—¡Bah!, bien sabéis que soy un bonachón, un padre, esposo ante todo, y que me inquieta casi tanto como el interior de mi palacio el exterior de mi reino... Pero ¿qué quiere decir eso, señor Conde?... ¡Al cabo de tres años

de casamiento escasamente, el señor de Charny tiene habitación *fija* en las Tullerías, y la de su esposa está en la calle de Coq-Héron!

—Señor, tan sólo podría contestar a Vuestra Majestad que la señora de Charny desea vivir sola.

—Pero, en fin, ¿no vais a verla todos los días... o dos veces a la semana?...

—Señor, no he tenido el gusto de ver a la Condesa de Charny desde el día que el Rey me dio orden de ir a ver cómo estaba.

—¡Pues bien... de esto hace más de ocho días!...

—Diez, señor —contestó Charny con acento algo conmovido.

El Rey comprendía mejor el pesar que la melancolía, y sorprendió en el acento del Conde esa emoción que había dado a conocer.

—Conde —dijo Luis XVI con esa bondad que sentaba tan bien al *hombre casero*, como se llamaba algunas veces a sí propio—, Conde, esto es culpa vuestra.

—¡Culpa mía! —dijo Charny con viveza, ruborizándose a pesar suyo.

—Sí, sí, culpa vuestra —insistió el Rey—; en el alejamiento de la mujer, sobre todo tan cumplida como la

Condesa, siempre hay un poco de culpa por falta del hombre.

—¡Señor!

—Me diréis que esto no me concierne, querido Conde; pero yo os contestaré que sí me importa, porque el Rey puede hacer muchas cosas con su palabra. Veamos, sed franco y contestad que habéis sido ingrato con esa pobre señorita de Taverney que tanto os ama.

—¡Qué tanto me ama!... Dispensad, señor. ¿Ha dicho Vuestra Majestad —replicó Charny con una ligera expresión de amargura—, que la señorita de Taverney me amaba... mucho?...

—La señorita de Taverney o la

señora condesa de Charny, pues, pienso que es lo mismo.

—Si y no, señor.

—Pues bien, dije que la señora de Charny os amaba, y no me desdigo.

—Señor, ya sabéis que no es dado desmentir a un Rey.

—¡Oh!, desmentid tanto como gustéis; yo sé bien lo que digo.

—¿Y Vuestra Majestad ha notado, por ciertas señales visibles tan sólo por el Rey, que la señora de Charny me amaba... mucho?...

—No sé si las señales eran visibles para mí solo, querido Conde; pero lo que sé es que en esa terrible noche del 6

de octubre, desde el momento en que vuestra esposa se reunió con nosotros, no os perdió de vista un instante, manifestándoos en sus miradas todas las angustias de su corazón, hasta el punto de que cuando iban a hundir la puerta de la cámara, vi a la pobre mujer hacer un movimiento para precipitarse entre vos y el peligro.

El corazón de Charny se oprimió; había creído reconocer en la Condesa alguna cosa semejante a lo que el Rey acababa de indicar; pero tenía demasiado presentes todos los detalles de su última entrevista con Andrea, para no anteponerlos a lo que le decía el

corazón y la afirmación del Rey.

—Y me he fijado en tanto más —
continuó Luis XVI—, cuanto que ya en
mi viaje a París, y cuando fuisteis
enviado al Ayuntamiento por la Reina,
esta me aseguró positivamente que la
Condesa estuvo a punto de morir de
pesar en vuestra ausencia y de alegría
cuando volvisteis.

—Señor —dijo Charny sonriendo
con tristeza—, Dios ha permitido que
los que nacen superiores a nosotros,
recibieran, sin duda, como uno de los
privilegios de su raza, esa mirada que
busca hasta en el fondo de los corazones
secretos que se mantienen ignorados

para los demás hombres. El Rey y la Reina han visto así y tal debe ser; pero la debilidad de mis ojos me hace ver de distinta manera. He aquí por qué rogaría al Rey que no se inquietase de ese gran amor de la señora de Charny a mi persona; y si quiere ocuparme en alguna misión peligrosa o lejana, la ausencia o el riesgo serán igualmente bienvenidos, al menos por mi parte.

—Sin embargo, cuando hace ocho días la Reina quiso enviaros a Turín, parece que deseasteis permanecer en París.

—Creí que mi hermano era suficiente para aquella misión, y me

reservé para otra más difícil o más peligrosa.

—Pues bien, precisamente porque ha llegado el momento de confiaros una misión, difícil hoy, y que no carece de peligro para el porvenir, querido Conde, os hablaba del aislamiento de la señora de Charny, a quien hubiera querido ver junto a una amiga, puesto que la privo del esposo.

—Escribiré a la Condesa, señor, para manifestarle los buenos sentimientos de Vuestra Majestad.

—¡Cómo que le escribiréis! ¿No pensáis ver a la Condesa antes de vuestra marcha?

—Me he presentado tan sólo una vez en casa de la condesa de Charny y sin pedirle permiso, y por su manera de recibirme necesitaría ahora nada menos que la orden expresa de Vuestra Majestad para pedirle de nuevo, señor.

—Pues entonces no hablemos más; hablaré de todo esto con la Reina durante vuestra ausencia —dijo Luis XVI levantándose de la mesa.

Después, tosiendo dos o tres veces con la satisfacción del hombre que acaba de comer bien y que está seguro de su digestión, añadió:

—A fe mía que los médicos tienen razón al decir que todo asunto tiene dos

caras, una de enojo para el que no ha comido, y otra alegre para el que tiene el estómago repleto... Pasad a mi gabinete, querido Conde, porque estoy dispuesto a hablaros francamente.

El Conde siguió a Luis XVI, pensando en lo que algunas veces hace perder majestad a una testa coronada, y en esa parte material y vulgar que la orgullosa María Antonieta no podía abstenerse de criticar en su marido.

Capítulo XXI

EL REY SE OCUPA DE LOS ASUNTOS DE ESTADO

Aunque el Rey hubiese habitado en las Tullerías tan sólo quince días desde su instalación, tenía entre otros aposentos, dos especiales, en los que no faltaba nada de lo necesario para el objeto a que se les destinaba.

Estas dos piezas eran la fragua y el gabinete.

Más tarde, y en una ocasión que no tuvo en el destino del desgraciado Príncipe una influencia menos importante que esta, introduciremos al lector en la fragua real; mas por el pronto, en su gabinete es donde tenemos que hacer; entremos, pues, detrás de Charny, que está de pie delante de la mesa a que el Rey acaba de sentarse.

Esta mesa se halla cargada de mapas, libros de geografía, diarios ingleses y papeles, entre los cuales se distinguen los de la escritura de Luis XVI por la multiplicidad de las líneas que los llenan, sin dejar blanco alguno ni arriba, ni abajo, ni en el

margen.

El carácter se revela en el más pequeño detalle: el parsimonioso Luis XVI, no tan sólo no quería dejar el menor blanco en el papel, sino que escribía en este tantas letras como materialmente podía contener.

Charny, al cabo de tres o cuatro años que estaba en la familiaridad de los augustos esposos, se había acostumbrado en demasía a todos estos detalles para hacer las observaciones que consignamos aquí, y por esto no miró particularmente ningún objeto y esperó respetuoso a que el Rey le dirigiera la palabra.

Pero llegado a donde se hallaba, Luis XVI, a pesar de haber anunciado una confidencia, parecía estar algo confuso en respecto al modo de entrar en materia.

Por lo pronto y como para recobrar valor, abrió un cajón de su mesa y dentro de él un compartimiento secreto, del cual sacó varios pliegos con sus sobres, los cuales puso encima de la mesa.

—Señor de Charny —dijo al fin—, he observado una cosa...

Se interrumpió, mirando fijamente al Conde, quien esperó respetuoso a que el Rey continuara.

—Es que en la noche del 5 al 6 de octubre, debiendo elegir entre la guardia de la Reina y la mía, destinasteis a vuestro hermano a la primera y os quedasteis con la segunda junto a mí.

—Señor —dijo Charny—, yo soy el jefe de la familia, como vos el jefe del Estado, y, por lo tanto, tengo derecho para morir junto a vos.

—Eso me ha hecho pensar —continuó Luis XVI—, que si alguna vez debiese confiar una misión secreta, difícil y peligrosa, podría encomendarla a vuestra lealtad como francés y como amigo.

—¡Oh! —exclamó Charny—, por

mucho que me elevéis no tengo la pretensión de creer que podáis hacer de mí más que un súbdito fiel y agradecido.

—Señor de Charny, sois un hombre grave, aunque sólo contáis treinta y seis años escasos, y no habéis pasado a través de todos los acontecimientos que acaban de ocurrir en torno nuestro sin hacer una deducción cualquiera... Señor de Charny, ¿qué pensáis de mi situación, y qué medios me propondrías para mejorarla si fueseis mi primer ministro?

—Señor —contestó Charny con más vacilación que cortedad, soy soldado... marino... y estas altas cuestiones sociales no están al alcance de mi

inteligencia.

—Caballero —dijo el Rey, ofreciéndole la mano a Charny con una dignidad que parecía producirse de pronto por la situación misma en que acababa de colocarse—; sois hombre, y otro que os cree su amigo os pregunta pura y simplemente a vos, corazón recto, espíritu sano y súbdito leal, lo que haríais en lugar suyo.

—Señor —contestó Charny—, en una situación no menos grave que la presente, la Reina me hizo un día el honor, como vos ahora, de preguntarme mi parecer; era el día de la toma de la Bastilla, y su Majestad quería enviar,

contra los cien mil parisienses armados que avanzaban como una hidra de hierro y de fuego por los bulevares y a las calles del arrabal de San Antonio, a sus ocho o diez mil soldados extranjeros. Si yo hubiera sido menos conocido de la Reina, si esta hubiese visto menos abnegación y respeto en mí, mi contestación me habría indispuerto sin duda con Su Majestad... ¡Ay de mí, señor! ¿No puedo temer hoy que, interrogado por el Rey, mi contestación sea demasiado franca y le ofenda?

—¿Qué contestasteis a la Reina, caballero?

—Que Vuestra Majestad, no

contando con suficientes fuerzas para entrar en París como conquistador, debía entrar como padre.

—Pues bien, caballero —contestó Luis XVI—, ¿no es el consejo que yo seguí?

—Sí, señor.

—Ahora falta saber si hice bien en seguirle, y vos mismo podéis decir si entré como Rey o como prisionero.

—Señor —dijo Charny—, ¿me permite el Rey hablarle con toda franqueza?

—Decid, caballero, pues desde el instante en que os pido consejo, también solicito vuestra opinión.

—Señor, desaprobé la comida de Versalles, suplicando a la Reina que no fuese al teatro en vuestra ausencia, y me desesperé cuando Su Majestad holló bajo sus pies la escarapela de la nación, sustituyéndola con la escarapela blanca, que es la de Austria.

—¿Creéis, señor de Charny — preguntó el Rey—, que eso ha sido la verdadera causa de los acontecimientos del 5 y del 6 de octubre?

—No, señor; pero eso fue por lo menos el pretexto. No sois injusto para el pueblo; este es bueno, os ama, y se le puede considerar como realista; pero al mismo tiempo sufre, tiene frío y padece

hambre; sobre él, y también debajo de él y a su lado hay malos consejeros que le impulsan hacia adelante; y por esto avanza y derriba cuanto encuentra, porque ni él mismo conoce su fuerza; una vez suelto, diseminado y rodando por todas partes, es una inundación o un incendio que ahoga o quema.

—Pues bien, señor de Charny, suponed, cosa muy natural, que yo no quiera morir ahogado ni abrasado. ¿Qué debo hacer para evitar semejante cosa?

—Señor, es preciso no dar pretexto para que la inundación se propague o se produzca el incendio... pero dispensad —añadió el Conde interrumpiéndose—,

olvidaba que sin una orden del Rey...

—¿Querréis decir una súplica?
Continuad, señor de Charny, el Rey os lo
ruega.

—Pues bien, señor, habéis visto a
ese pueblo de París, tan largo tiempo
separado de su Rey y tan deseoso de
volver a verle; le habéis visto
amenazador, incendiario, asesino en
Versalles, o más bien habéis creído
verle, pues en aquel sitio no estaba el
pueblo; pero también le visteis en las
Tullerías, saludando bajo el gran balcón
de palacio a vos, a la Reina y a la
familia real. Entonces penetró en
vuestros aposentos representado por

hombres y mujeres del mercado, por diputaciones de la guardia cívica y de los municipios; y los que no tenían la suerte de formar parte de ninguna comisión, de penetrar en la regia estancia y de cruzar algunas palabras con vos, también los habéis visto oprimirse en las ventanas de vuestro corredor, a través de las cuales las madres enviaban dulces ofrendas a los ilustres convidados, los besos de sus niños.

—Sí —dijo el Rey—, he visto todo eso, y de ahí proviene mi vacilación, pues me pregunto cuál es el verdadero pueblo, si el que incendia y asesina, o el

que acaricia y aclama.

—¡Oh!, ¡el segundo, señor, el segundo! Confíad en él y os defenderá contra el otro.

—Cómo, me repetís, con el intervalo de dos horas, lo mismo que esta mañana me decía el doctor Gilberto.

—Pues bien, señor, ¿cómo es que habiendo oído el parecer de un hombre tan práctico, tan sabio y grave como el doctor, os dignáis pedirme el mío a mí, humilde oficial?

—Voy a decíroslo, señor de Charny —contestó el Rey—; es porque creo que hay una gran diferencia entre vosotros dos. Vos sois fiel al Rey, y el doctor

Gilberto no lo es sino a la monarquía.

—No comprendo bien, señor.

—Entiendo que, con tal que la monarquía, es decir, el principio, quedase en salvo, de buena gana abandonaría al Rey, o más bien, al hombre.

—Entonces Vuestra Majestad dice verdad —contestó Charny—, pero entre los dos hay esta diferencia: que sois a la vez para mí, señor, el Rey y la monarquía. Bajo este título, os ruego que dispongáis de mí.

—Antes quiero que me digáis, señor de Charny, a quién os dirigiríais en el momento de calma en que nos hallamos,

entre dos tempestades tal vez, para borrar las huellas de la tormenta pasada y conjurar otra en el porvenir.

—Si yo tuviese a la vez el honor y la desgracia de ser Rey, señor, recordaría los gritos de Versalles, y alargaría la mano derecha al señor de Lafayette y la izquierda al señor de Mirabeau.

—¿Cómo? —exclamó vivamente el Rey—. ¿Cómo me decís eso, siendo así que aborrecéis al uno y despreciáis al otro?

—Señor, no se trata aquí de mis simpatías, sino de la salvación del Rey y del porvenir del reino.

—Esto es precisamente lo que me

dijo el doctor Gilberto —murmuró el Rey como hablando consigo mismo.

—Señor —replicó Charny—, me doy por contento al saber que mi opinión está de acuerdo con la de un hombre tan eminente como el doctor Gilberto.

—¿De modo, que vos creéis, señor Conde, que la unión de esos dos hombres restablecería la calma de la nación y la seguridad del Rey?

—Con la ayuda de Dios, señor, esperaríá mucho de esa unión.

—Pero, en fin, si yo me prestase a ella, si yo consintiera en ese pacto, y si a pesar de mi deseo y tal vez el de ellos, la combinación ministerial que debe

reunirlos llegase a fracasar, ¿qué debería yo hacer en vuestro concepto?

—Creo que habiendo agotado todos los medios puestos entre sus manos por la Providencia, y habiendo llenado todos los deberes impuestos por su posición, sería tiempo de que el Rey pensara en su seguridad y en la de su familia.

—Entonces... ¿me proponéis huir?

—Propondría a Vuestra Majestad retirarse con aquellos caballeros y regimientos con que pudiera contar, buscando refugio en alguna plaza fuerte, como en Metz, Nancy o Estrasburgo.

El rostro del Rey expresó la alegría.

—¡Ah, ah, ah! —exclamó—. Y de todos los generales que me han dado pruebas de fidelidad, decidme francamente, Charny, vos que los conocéis a todos, ¿a cuál confiaríais la peligrosa misión de salvar al Rey?

—¡Oh!, señor, señor —murmuró el Conde—, guiar al soberano en semejante elección es incurrir en una grave responsabilidad... señor..., reconozco mi ignorancia y mi impotencia, y por lo tanto me abstengo.

—Pues bien, vais a quedar tranquilo, señor de Charny —dijo el Rey—. La elección está hecha ya y voy a enviaros al hombre en quien ha recaído. He aquí

la carta escrita ya, que deberéis entregar; de modo que el nombre que indicaseis no tendría ninguna influencia en mi determinación; pero me señalará un fiel servidor, el cual encontrará sin duda ocasión de manifestar su fidelidad. Veamos, señor de Charny, si debierais confiar vuestro Rey al valor, a la lealtad o a, la inteligencia de un hombre, ¿a quién elegiríais?

—Señor —contestó Charny después de reflexionar un momento—, al citar el nombre que vais a oír, juro a Vuestra Majestad que no tengo en cuenta los lazos amistosos y casi de familia que me unen con la persona que nombraré; pero

en el ejército hay un hombre bien conocido por su lealtad al Rey, un hombre que, como gobernador de las Islas en la época de la guerra de América, protegió eficazmente nuestras posesiones en las Antillas y hasta tomó varias de aquellas a los ingleses, habiéndosele confiado después diversos mandos importantes. Ahora creo que es general gobernador de la ciudad de Metz, y este hombre, señor, es el marqués de Bouillé. Si fuese padre, le confiaría mi hijo; si fuese hijo, le confiaría mi padre; y si fuera súbdito, le confiaría mi Rey.

Por poco demostrativo que Luis XVI

fuera, escuchaba con evidente ansiedad las palabras del Conde, y se hubiera podido ver cómo su rostro iba serenándose a medida que creía reconocer el personaje a quien Charny se refería. Su nombre, pronunciado por el Conde, bastó para que el Rey profiriese una exclamación de alegría.

—Mirad, mirad, Conde —dijo—, leed el sobre de esa carta, y decidme si no es la Providencia misma la que me ha inspirado la idea de dirigirme a vos.

Charny tomó la carta de manos del Rey y leyó el sobre siguiente:

Al señor Francisco Claudio

*Amor, marqués de Bouillé,
General Comandante de la
ciudad de Metz.*

Lágrimas de alegría y de orgullo asomaron a los párpados de Charny.

—Señor —exclamó—, después de esto tan sólo podría deciros una cosa, y es que estoy dispuesto a morir por Vuestra Majestad.

—Pues yo, caballero, os diré que después de lo que acaba de pasar, no me creo ya con el derecho de tener secretos para vos, atendido que, llegada la hora, a vos solamente, entendedlo bien, confiaré mi persona, la de la Reina y las

de mis hijos. Escuchad, pues; he aquí lo que me proponen y lo que rehusó.

Charny se inclinó, fijando toda su atención en lo que el Rey iba a decir.

—No es la primera vez, como ya comprenderéis, señor Conde, que me ocurrió la idea, a mí o a los que me rodean, de poner por obra un proyecto análogo al de que hablamos en este momento. Durante la noche del 5 al 6 de octubre, pensé en facilitar la evasión de la Reina; un coche la hubiera conducido a Rambouillet; yo habría ido allí a caballo y desde este punto ganábamos fácilmente la frontera, pues la vigilancia que nos rodea hoy no se había

despertado aún. El proyecto fracasó porque la Reina no quiso marchar sin mí, y me hizo jurar a mi vez que no marcharía sin ella.

—Señor, yo estaba allí cuando Vuestras Majestades se prestaron ese piadoso juramento.

—Desde que el señor de Breteuil entabló negociaciones conmigo por conducto del conde de Junisdad, hace ocho días, he recibido una carta de Soleure.

El Rey se detuvo, y al ver que el Conde permanecía inmóvil y mudo, le preguntó:

—¿No contestáis nada, Conde?

—Señor —dijo Charny inclinándose —, sé que el señor barón de Breteuil es partidario de Austria, y creo presentir las legítimas simpatías del Rey respecto a la Reina, así como las del emperador José II por su cuñado.

El Rey cogió la mano de Charny, e inclinándose hacia él, le dijo:

—No temáis nada, Conde, yo no simpatizo con el Austria más que vos.

La mano del Conde se estremeció de sorpresa entre las del Rey.

—Caballero, cuando un hombre de vuestro valor está dispuesto a sacrificar su vida por otro que tan sólo tiene la triste ventaja de ser Rey, es necesario

que este último conozca a quién le da tal prueba de generosidad. Como ya os lo he dicho y os lo repito, yo no amo al Austria ni tampoco a María Teresa, que nos comprometió en esa guerra de los siete años, en la cual hemos perdido doscientos mil hombres, doscientos millones y mil setecientas leguas de terreno en América; que titulaba a la marquesa de Pompadour —una prostituta— su prima, y que hacía envenenar a mi padre —un santo— por el señor de Choiseul, y que se utilizaba de sus hijas como agentes diplomáticos, mientras que por la archiduquesa Carolina gobernaba Napóles, y por la

archiduquesa María Antonieta confiaba en gobernar en Francia.

—¡Señor, señor —exclamó Charny —, Vuestra Majestad olvida que soy un extranjero, simple súbdito del Rey y de la *Reina* de Francia!

Y Charny subrayó con su acento la palabra *Reina*, como nosotros acabamos de hacerlo con la pluma.

—Ya os he dicho —continuó el Rey —, que sois un amigo y que puedo hablaros tanto más francamente cuanto que la preocupación que tenía contra la Reina se ha desvanecido en mí completamente. Sin embargo, a pesar mío recibí una mujer de esa casa, dos

veces enemiga de la de Francia, enemiga como Austria y como Lorena; a pesar mío vi venir a mi corte a ese abate de Vermond, preceptor de la delfina al parecer, y espía de María Teresa en realidad, a quien codeaba dos o tres veces diarias, por su afán de cruzarse entre mis piernas, y a quien durante dieciocho años no he dirigido una sola palabra; a pesar mío, al cabo de dieciocho años de lucha, encargué el señor de Breteuil el gobierno de mi casa y el de París; a pesar mío acepté por primer ministro al arzobispo de Tolosa, un ateo; y a pesar mío, en fin, pagué al Austria los millones que trataba de

sustraer a Holanda. Aún hoy, en esta hora, sustituyendo a la difunta María Teresa, ¿quién aconseja y dirige a la Reina? Su hermano José II, que por fortuna se está muriendo. ¿Por medio de quién da sus consejos? Ya lo sabéis tan bien como yo: por conducto de ese mismo abate Vermond, del barón de Breteuil y del embajador de Austria, Meroy de Argéteau. Detrás de este viejo se oculta otro, Kaunitz, ministro septuagenario de la centenaria Austria. Estos dos viejos fatuos gobiernan el reino de Francia por mediación de la señorita Bertin, la modista, y por Leonardo, el peluquero, a quien señalan

pensiones. ¿Y a qué conduce esto? ¡A la alianza de Austria, siempre funesta a Francia como amiga y como enemiga! ¡Esa nación fue la que puso un cuchillo en las manos de Santiago Clemente, un puñal en las de Ravailac, y un cortaplumas en las de Pamiers! ¡Austria, católica y devota en otro tiempo, que abjura hoy y se hace en parte filósofa bajo su soberano José II; el Austria imprudente, que vuelve contra ella su propia espada, es decir, la Hungría; el Austria imprevisora, que se deja arrebatar por los sacerdotes belgas la más hermosa parte de su corona, es decir, los Países Bajos; el Austria

vasalla, en fin, que vuelve la espalda a Europa cuando no debería perderla de vista, y emplea contra los turcos, nuestros aliados, sus mejores tropas en provecho de Rusia! No, no, no, señor de Charny, odio al Austria y no podría fiarme de ella.

—Señor, señor —murmuró el Conde —, semejantes confidencias son muy honoríficas, pero al mismo tiempo bastante peligrosas para la persona a quien se hacen. ¡Señor, si algún día os arrepintieseis de habérmelas hecho!...

—¡Oh!, no temo eso, caballero, y la prueba es que voy a concluir.

—Señor, Vuestra Majestad me

ordena que escuche, y así lo hago.

—Esa proposición de una huida, no es la única que se me ha hecho. ¿Conocéis al señor de Favras?

—¿El marqués de Favras, el antiguo capitán en el regimiento de Berzunce, el antiguo teniente de los guardias? Sí, señor.

—Ese mismo —replicó el Rey, recalcando en el último calificativo, *el antiguo teniente de los guardias*—. ¿Qué os parece?

—Es un valeroso militar, un leal caballero, señor. Arruinado por desgracia, esto le inquieta y le impulsa a tentativas arriesgadas y proyectos

insensatos; pero es hombre de honor, que morirá sin retroceder un paso, sin exhalar una queja, para cumplir la palabra que dio. Es hombre de quien Vuestra Majestad podría fiarse para dar un golpe de mano; pero que a mi modo de ver no valdría nada como jefe de empresa.

—Por eso —replicó el Rey con cierta amargura—, no será él quien dirija la empresa... es mi hermano quien da el dinero y quien lo prepara todo, y que sacrificándose hasta el fin, permanecerá aquí cuando yo me haya marchado, si me voy con Favras.

Charny hizo un movimiento.

—¿Qué es eso, Conde? —prosiguió el Rey—. Esto no es el partido de Austria, sino el de los príncipes, el de los emigrados, el de la nobleza.

—Señor, dispensadme; ya os he dicho que no dudo de la lealtad ni del valor del marqués de Favras; conducirá a Vuestra Majestad al punto que haya prometido, o se dejará matar defendiéndooos en medio del camino; pero ¿por qué no marcha con vuestro hermano?

—Ya os he dicho que por abnegación, o tal vez para el caso en que se deponga el Rey o se crea necesario nombrar un regente; para que el pueblo,

cansado ya de haber corrido en vano en pos del Rey, no haya de ir muy lejos a buscar quien lo gobierne.

—Señor —exclamó Charny—, Vuestra Majestad me dice cosas terribles.

—Os digo lo que todo el mundo sabe, querido Conde, y es que vuestro hermano me ha escrito ayer, es decir, que en el último consejo de príncipes en Turín, se habló de destronarme y de nombrar un regente; en ese mismo consejo, el señor de Condé, mi primo, propuso marchar sobre Lyon, sin cuidarse de lo que pudiera sucederme... y bien veis que a menos de un apuro

extremo, no puedo aceptar a Favras ni a Breteuil, ni menos al Austria o a los príncipes. He aquí, querido Conde, lo que no he dicho a ninguno más que a vos, y lo que os digo para que nadie, *ni aun la Reina* —bien fuese por casualidad o con intención, Luis XVI recalcó las palabras que subrayamos—, os merezca tanta confianza como el que os hace esta confidencia.

—¿Ha de ser, señor, para todo el mundo un secreto mi viaje?

—Poco importa, querido Conde, que sepan vuestra marcha si se ignora cuál es el objeto.

—¿Y este último no ha de saberlo

más que el señor de Bouillé?

—Solamente él, pero no antes de haberos asegurado de su modo de pensar. La carta que os entrego para él es puramente de introducción. Bien conocéis el caso en que me hallo y no ignoráis cuáles son mis temores y mis esperanzas. Las sabéis mejor que la Reina, mi esposa, mejor que el señor Necker, mi ministro, y mejor que Gilberto, mi consejero. Obrad en consecuencia; pongo el hilo y las tijeras en vuestras manos: devanad o cortad.

Y presentando al Conde la carta abierta, le dijo:

—Leed.

Charny tomó la carta y leyó:

*Palacio de las Tullerías, a
29 de octubre.*

*Espero, caballero, que
seguís siempre satisfecho de
vuestra posición de gobernador
de Metz. El señor conde de
Charny, teniente de mis
guardias, que pasa por vuestra
ciudad, está encargado de
preguntaros si deseáis que haga
alguna otra cosa en vuestro
favor; en este caso aprovecharé
la oportunidad para*

*complaceros, como aprovecho
la de renovar la expresión de
mis sentimientos de aprecio por
vos.*

LUIS.

—Y ahora —dijo el Rey—, id, señor de Charny; lleváis plenos poderes respecto a las promesas que tenéis que hacer al señor de Bouillé, si creéis que sean necesarias; pero no me comprometáis más que en la medida de lo que yo pueda cumplir.

Y le ofreció la mano por segunda vez.

Charny besó aquella mano con una

emoción que le dispensó de nuevas protestas, y salió del gabinete dejando al Rey convencido de que acababa de conquistar el corazón del Conde por tal confianza más que por todas las riquezas y favores de que había dispuesto en sus días de poderío.

Capítulo XXII

EN LA CÁMARA DE LA REINA

Charny salía de la habitación del Rey combatido por los más opuestos sentimientos.

Mas el principal de ellos, el que flotaba en la superficie de esas oleadas de pensamientos que rodaban tumultuosamente en su cerebro, era el agradecimiento profundo a la confianza sin límites que el Rey acababa de

manifestarle.

Esta confianza, en efecto, le imponía deberes tanto más sagrados cuanto que su conciencia distaba mucho de ser muda al recordar las faltas que había cometido respecto al digno Rey que en el momento del peligro apoyaba la mano sobre su hombro como si fuera un fiel y leal sostén.

He aquí por qué cuanto más reconocía Charny sus faltas al soberano, más dispuesto estaba a sacrificarse por él.

Y cuanto más aumentaba este sentimiento respetuoso en el corazón del Conde, más disminuía el otro menos

puro, que durante días, meses y años había consagrado a la Reina.

A causa de esto, Charny, retenido la primera vez por una vaga esperanza nacida en medio de los peligros, como esas flores que se abren en los precipicios y perfuman los abismos, esperanza que instintivamente le había acercado a Andrea, y que ahora acababa de perder, aceptaba con afán una misión que le alejaba de la corte, donde le acosaba el doble tormento de ser amado aún por la mujer a quien no amaba ya, y de no ser amado todavía —o por lo menos lo pensaba así— de la mujer a quien amaba ahora.

Aprovechándose, pues, de la frialdad que en los últimos días se había producido en sus relaciones con la Reina, entraba en su aposento decidido a notificarle su marcha por una simple carta, cuando en su puerta encontró a Weber, que le esperaba.

La Reina quería hablarle y deseaba verle al punto.

No había medio de sustraerse a esta exigencia de la Reina, pues los deseos de las testas coronadas son órdenes.

Charny dio algunas a su ayuda de cámara para que enganchasen los caballos a su coche, y siguió los pasos al hermano de leche de la Reina.

María Antonieta se hallaba en una disposición de ánimo muy opuesta a la de Charny; recordaba su dureza para con el Conde, y al pensar en la abnegación de que había dado pruebas en Versalles, al evocar la imagen, siempre presente en su memoria, del hermano de Charny tendido ensangrentado en medio del comedor que precedía a su cámara, sentía algo como un remordimiento y confesábase que, suponiendo que el señor de Charny no hubiese manifestado más que abnegación, había recompensado muy mal esta última.

¿Pero no tenía derecho para exigir de Charny algo más que abnegación?

Sin embargo, ¿no había cometido Charny respecto a ella todas las faltas que le imputaba?

¿No se debía atribuir al duelo fraternal aquella especie de indiferencia que había demostrado al regresar de Versalles? Por lo demás esta indiferencia no era más que superficial, y tal vez, amante inquieta, se apresuró demasiado a condenar a Charny cuando hizo que le ofreciesen la misión de Turín para alejarle de Andrea, misión que él rehusó. Su primer pensamiento, malo y debido a los celos, fue que esta negativa nacía del amor del Conde a Andrea, a cuyo lado deseaba Charny permanecer;

y, en efecto, habiendo aquella salido de les Tullerías a las siete, fue seguida dos horas después por su esposo hasta su retiro de la calle de Coq-Héron. Pero la ausencia de Charny no fue muy larga; a las nueve estaba de vuelta en el palacio, y una vez en él rehusó las tres habitaciones que de orden del Rey le habían preparado, contentándose con la buhardilla que indicara por su criado.

Por lo pronto, toda esta combinación pareció a la pobre Reina una cosa hecha para resentir su orgullo y su amor; pero la investigación más rigurosa no había podido sorprender a Charny fuera del palacio, como no fuese para los asuntos

del servicio, y se demostró muy bien, a los ojos de la Reina y de todos, que desde su regreso a París y su entrada a palacio, Charny no había salido apenas de su aposento.

Estaba bien probado igualmente que desde su salida del palacio, Andrea no había vuelto.

Si Andrea y Charny se habían visto, debió ser tan sólo una hora, el día en que el Conde rehusó la misión de Turín.

Cierto que durante todo ese período Charny no había tratado tampoco de ver a la Reina; pero en vez de reconocer en esta abstención una señal de indiferencia, ¿no vería, por el contrario,

una mirada perspicaz la prueba de su amor?

¿No era posible que Charny, ofendido por las injustas sospechas de la Reina, se hubiera mantenido separado, no por exceso de frialdad, sino más bien de amor?

La Reina convenía en que fue injusta y dura para Charny, injusta al reprenderle porque durante aquella terrible noche del 5 al 6 de octubre había permanecido junto al Rey, en vez de estar a su lado, y porque de cada dos miradas suyas, una había sido para Andrea; confesábase también que demostró dureza al no mirar con ojos

más compasivos el profundo dolor que Charny experimentó al ver a su hermano muerto.

Así sucede, por lo demás, con todo amor profundo y verdadero: presente el objeto de él, aparece a los ojos del hombre o de la mujer que cree deber quejarse con todas las asperidades de la presencia. A tan corta distancia de nosotros, todas las censuras que se creen justas parecen fundadas en realidad: defectos de carácter, extravagancias del espíritu, olvidos del corazón, todo aparece como a través de un cristal de aumento, y no se comprende que se haya estado tanto tiempo sin ver todas esas

faltas amorosas que en tan larga ceguera se sufrieron. Pero si el objeto de esta investigación se aleja por su propia voluntad o por fuerza, apenas se ha marchado, esas asperidades que de cerca herían como espinas, desaparecen; esos contornos demasiado pronunciados, se borran; el realismo riguroso cae bajo el soplo poético de la distancia, y a la mirada cariñosa del recuerdo ya no se juzga, se compara, se reprende uno a sí propio con un rigor medido por la indulgencia que se siente para el otro a quien se reconoce haber apreciado mal, y resultado de todo este trabajo del corazón es que, después de esa ausencia

de ocho o diez días, la persona que está lejos nos parece más cara y más necesaria que nunca.

Entiéndase que nosotros suponemos el caso de que ningún otro amor se aproveche de esa ausencia al ocupar el corazón el lugar del primero.

Tales eran, pues, las disposiciones de la Reina respecto a Charny cuando la puerta se abrió y el Conde, que como ya hemos visto salía del gabinete del Rey, se presentó con elegante traje de oficial de servicio.

Pero al mismo tiempo notábase en él, aunque siempre respetuoso, cierta frialdad que parecía rechazar los

efluvios magnéticos dispuestos a exhalarse del corazón de la Reina para ir a buscar en el de Charny todos los recuerdos, dulces, tiernos o tristes que hacía cuatro años se habían acumulado, a medida que el tiempo, lento y rápido sucesivamente, había hecho del presente el pasado y del porvenir el presente.

Charny se inclinó, deteniéndose casi en el umbral.

La Reina miró en torno suyo como para preguntarse qué causa retenía así al joven en la otra extremidad del aposento, y segura de que sólo la voluntad de Charny era el único motivo de alejamiento, le dijo:

—Acercaos, señor Conde, estamos solos.

Charny se acercó, y después, con voz dulce, pero al mismo tiempo tan firme que era imposible reconocer la menor emoción, contestó:

—Heme aquí a las órdenes de Vuestra Real Majestad, señora.

—Conde —replicó la Reina con su voz más afectuosa—, ¿no habéis oído que os he dicho que estábamos solos?

—Sí tal, señora —dijo Charny—; pero no veo en qué esta soledad pueda influir para que un súbdito no hable a su soberana con el debido respeto.

—Cuando os envié a buscar, Conde,

y supe después por Weber que le seguíaís, creí que era un amigo quien venía a hablar con una amiga.

Una amarga sonrisa entreabrió ligeramente los labios de Charny.

—Sí, Conde —continuó la Reina—, comprendo esa sonrisa y sé lo que os decís interiormente: pensáis que he sido injusta en Versalles y que en París soy caprichosa.

—Injusticias o capricho, señora —replicó Charny—; todo es permitido a una mujer, y con mucha más razón a una Reina.

—¡Vamos, amigo mío! —dijo María Antonieta con todo el encanto que pudo

comunicar a sus ojos y a su acento—, bien sabéis una cosa, y es que la Reina no puede prescindir de vos como consejero, y la mujer no puede pasar sin vos como amigo.

Y la Reina ofrecióle su mano blanca y afilada, un poco enflaquecida, pero siempre digna de servir de modelo a un estatuario.

Charny tomó aquella mano real, y después de besarla respetuosamente disponíase a dejarla caer, cuando sintió que María Antonieta retenía la suya.

—Pues bien, sí —dijo la pobre mujer, contestando con estas palabras al movimiento del Conde—, confieso que

he sido injusta y hasta cruel. Habéis perdido en mi servicio, querido Conde, un hermano a quien amabais con un cariño casi paternal; ese hermano murió por mí y yo debía llorarle con vos; pero en aquel momento el terror, la cólera y los celos —¡qué queréis Charny, soy mujer!— detuvieron las lágrimas en mis ojos... Pero una vez sola, durante esos diez días en que no os he visto, os he pagado mi deuda llorando a vuestro hermano, y la prueba es... miradme, amigo mío... que aún lloro.

Y la Reina echó ligeramente hacia atrás su hermosa cabeza, a fin de que Charny pudiese ver sus lágrimas,

límpidas como diamantes, deslizándose por el surco que el dolor comenzaba a socavar en sus mejillas.

¡Ah!, si Charny hubiese podido, saber cuántas lágrimas debían seguir a las que ahora veía correr, sin duda que, conmovido por una inmensa compasión, se habría arrodillado a los pies de la reina, rogándola que olvidase las faltas pasadas.

Pero el porvenir, por gracia del Señor misericordioso, está rodeado de un velo que ninguna mano puede levantar, que ninguna mirada puede penetrar antes de la hora, y la tela negra con que el destino había hecho el de

María Antonieta, parecía aún bastante rico en bordados de oro, para que no se viese que era un tejido de duelo.

Por lo demás, hacía tan poco tiempo que Charny había besado la mano del Rey, que el beso que acababa de estampar en la mano de la Reina, no podía ser más que una simple señal de respeto.

—Creed, señora —dijo—, que agradezco mucho ese recuerdo que evocáis por mí y ese dolor por la muerte de mi hermano; pero, desgraciadamente, apenas tengo tiempo para manifestaros mi sincero afecto...

—¿Cómo es eso, y qué queréis

decir? —preguntó María Antonieta con asombro.

—Quiero decir, señora, que salgo de París dentro de una hora.

—¿Fuera de París dentro de una hora?

—Sí, señora.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Nos abandonaréis también como los demás?
—exclamó la Reina—. ¿Acaso emigráis, señor de Charny?

—¡Ay de mí! —contestó el Conde—, Vuestra Majestad acaba de probarme con esta cruel pregunta, que he cometido, seguramente sin saberlo, muchas faltas respecto a mi Reina...

—Dispensad, amigo mío; vos me decís que os marcháis... ¿Me diréis por qué?

—Debo desempeñar una misión que el Rey ha tenido a bien confiarme.

—¿Y salís de París? —preguntó María Antonieta con ansiedad.

—Sí, señora.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo ignoro, señora.

—Pero hace ocho días rehusasteis una misión, según creo...

—Es verdad, señora.

—¿Y cómo es que habiendo rehusado una misión ocho días hace, aceptáis hoy una?

—Porque en ocho días, señora, pueden ocurrir muchos cambios en la existencia de un hombre, y de consiguiente en sus resoluciones también.

La Reina pareció hacer un esfuerzo sobre su voluntad, y a la vez sobre los diversos órganos sometidos a ella y encargados de transmitirla.

—¿Y os marcháis... solo? — preguntó.

—Sí, señora, solo.

María Antonieta respiró.

Después, como agobiada por el esfuerzo que acababa de hacer, inclinó la cabeza un instante y hasta cerró los

ojos, pasando por su frente el pañuelo de batista.

—¿Y dónde vais así? —preguntó de nuevo.

—Señora —contestó respetuosamente Charny—, ya si que el Rey no tiene secretos para Vuestra Majestad, y por lo tanto, que la Reina se sirva preguntar a su augusto esposo el objeto de mi viaje y de la misión que me ha encargado, y no dudo que os lo dirá.

María Antonieta abrió mucho los ojos fijando en Charny una mirada de asombro.

—Pero ¿por qué he de preguntarle a él, pudiendo dirigirme a vos?

—Porque el secreto que llevo conmigo es del Rey, señora, y no mío.

—Me parece, caballero —replicó María Antonieta con cierta altivez—, que si es el secreto del Rey, también será de la Reina.

—No lo dudo, señora —contestó Charny inclinándose—, y he aquí por qué me atrevo a afirmar a Vuestra Majestad que el Rey no tendría dificultad en confiárosle.

—Pero, en fin, ¿es esa misión para el interior de Francia, o para el extranjero?

—Solamente el Rey, señora, puede contestaros sobre este punto.

—¿Con que así —dijo la Reina, poseída de un dolor profundo, el cual anteponía momentáneamente a la irritación que le causaba la reserva de Charny, con que así marcháis, os alejáis de mí, vais a correr peligros sin duda, y yo no sabré cuáles son, ni dónde os halláis?

—Señora, donde quiera que me halle tendréis, lo juro a Vuestra Majestad, un súbdito leal y un corazón fiel, y cualesquiera que sean los peligros que pueda correr, serán dulces para mí, puesto que me expondré en favor de las dos personas que más venero en el mundo.

Y el Conde, inclinándose, pareció no esperar más que el permiso de la Reina para retirarse.

La Reina exhaló un suspiro que pareció un sollozo ahogado, y aplicando su mano al cuello, como para obligar a las lágrimas a bajar de nuevo a su pecho, contestó:

—Está bien, caballero.

Charny se inclinó otra vez, y con paso firme dirigióse hacia la puerta.

Mas en el momento en que el Conde apoyaba la mano en el botón, la Reina gritó, con el brazo extendido hacia él:

—¡Charny, Charny!

El Conde se estremeció y volvió la

cabeza palideciendo.

—¡Charny —continuó María Antonieta—, venid aquí!

El Conde se acercó vacilante.

—Venid aquí, más cerca —añadió la Reina—, y miradme de frente... ¿Es verdad que ya no me amáis?

Charny sintió como un estremecimiento correr por todas sus venas y creyó que iba a perder el conocimiento.

Era la primera vez que la mujer altiva, la soberana, se doblegaba ante él.

En cualquier otra circunstancia o momento se habría arrodillado a los pies de María Antonieta para pedirle

perdón; pero el recuerdo de lo que acababa de pasar entre él y el Rey le sostuvo, y concentrando todas sus fuerzas contestó:

—Señora, después de las pruebas de confianza y de bondad de que el Rey me ha colmado, sería verdaderamente un miserable si en este momento no me limitase a repetir a Vuestra Majestad las seguridades de mi fidelidad y respeto.

—Está bien —contestó la Reina—; estáis libre y podéis retiraros.

Durante un momento Charny sintió el irresistible deseo de precipitarse a los pies de la Reina; pero su invencible lealtad sofocó, sin ahogarlos del todo,

los restos de aquel amor que él creía extinguido y que había estado a punto de ser revivido más ardientemente y más vivaz que nunca.

Entonces se precipitó fuera de la cámara con una mano en la frente y la otra sobre el pecho, murmurando palabras sin ilación, pero que, aunque fueran incoherentes, hubieran convertido en una sonrisa de triunfo las lágrimas desesperadas de la Reina, si esta hubiese podido oírlas.

María Antonieta le siguió con los ojos, esperando siempre que volvería hacia ella.

Pero vio la puerta abrirse y cerrarse

después tras él, y oyó cómo se alejaban sus pasos en las antecámaras y los corredores.

Cinco minutos después de haber desaparecido y cuando ya no oía nada, aún miraba y escuchaba.

De repente distrajo su atención un nuevo rumor que procedía del patio.

Era el ruido de un carruaje.

Entonces corrió a la ventana y reconoció el coche de viaje de Charny, que atravesaba el patio de los Suizos, alejándose después por la calle del Carrousel.

La Reina llamó a Weber, y este se presentó al punto.

—Si no estuviera yo prisionera en el palacio —dijo la Reina—, y quisiera ir a la calle de Coq-Héron, ¿qué camino debería tomar?

—Señora —contestó Weber—, sería preciso salir por la puerta del patio de los Suizos, tomar la calle del Carrousel, y seguir después la de San Honorato, hasta...

—Muy bien..., basta... Ahora va a despedirse de ella —murmuró.

Y después de apoyar un instante su frente sobre los vidrios helados, exclamó en voz baja, entrecortando las palabras entre sus dientes oprimidos:

—¡Oh!, es preciso, sin embargo que

yo sepa a qué atenerme.

Y añadió en voz alta:

—Weber, pasarás a la calle de Coq-Héron, número 9, a casa de la señora condesa de Charny, y le dirás que deseo hablarle esta noche.

—Dispensad, señora —replicó el mayordomo—, pero yo creía que Vuestra Majestad había dispuesto dar esta noche audiencia al doctor Gilberto.

—¡Ah!, es verdad —contestó la Reina vacilante.

—¿Qué ordena Vuestra Majestad?

—Le dirás al doctor Gilberto que aplazo su audiencia hasta mañana, a primera hora.

Y añadió en voz baja:

—Sí, eso es; mañana se tratará de política. Por lo demás, la conversación que voy a tener con la señora de Charny podrá influir hasta cierto punto en la determinación que tomaré.

Y con la mano indicó a Weber que podía retirarse.

Capítulo XXIII

HORIZONTES SOMBRÍOS

La Reina se engañaba: Charny no iba a casa de la Condesa.

Se dirigía a la posta real para que engancharan nuevos caballos a su coche.

Pero mientras se practicaba esta operación entró en la casa del jefe, pidió pluma, tinta y papel, y escribió a la Condesa una carta, que la envió por conducto del criado que se llevaba los

caballos.

La Condesa recostada en su canapé colocado en el ángulo del salón y con un velador ante ella, se ocupaba en leer aquella carta, cuando Weber, según el privilegio de las personas que iban de parte del Rey o de la Reina, fue introducido en su presencia sin aviso.

—El señor Weber —dijo la doncella abriendo la puerta.

En el mismo instante se presentó Weber.

La Condesa dobló vivamente la carta que tenía en la mano y apoyóla contra su seno, como si el ayuda de cámara de la Reina llegase para

cogérsela.

Weber desempeñó su comisión hablando en alemán: siempre era un gran placer para el buen hombre servirse de la lengua de su país, y sabido es que Andrea, que lo había aprendido en su juventud, llegó al fin, por su familiaridad con la Reina durante diez años, a poseer este idioma como si fuere el suyo propio.

Una de las causas que hacían sentir más a Weber la marcha de Andrea y su separación de la Reina, era la pérdida de aquella ocasión que el digno alemán perdía de hablar su lengua materna.

Por esto insistió más vivamente —

esperando sin duda que de, la entrevista resultaría una reconciliación—, para que bajo ningún pretexto dejase de asistir Andrea a la cita que se le daba, repitiendo varias veces que la Reina había aplazando una audiencia al doctor Gilberto para concedérsela a la Condesa.

Andrea contestó simplemente que cumpliría las órdenes de Su Majestad.

Weber salió y la Condesa permaneció un instante inmóvil, con los ojos cerrados, como persona que quiere alejar de su ánimo todo pensamiento extraño al que le ocupa, y solamente cuando consiguió reponerse del todo,

cogió de nuevo la carta para continuar su lectura.

Cuando hubo concluido besóla tiernamente y la guardó en su seno, murmurando con una sonrisa llena de tristeza:

—El señor os guarde, alma de mi vida; ignoro dónde os halláis; pero Dios sabe y mis oraciones saben también dónde está Dios.

Entonces, aunque le fuese imposible adivinar por qué deseaba la Reina verla, esperó sin impaciencia ni temor el momento de ir a las Tullerías.

No sucedía lo mismo con la Reina; prisionera en cierto modo en palacio,

paseaba desde el pabellón de Flora hasta el de Marsan, para reprimir su impaciencia.

El conde de Provenza la ayudó a pasar una hora: había ido a las Tullerías para saber cómo había recibido el Rey al marqués de Favras.

El conde de Provenza estaba contento y lleno de confianza. El empréstito que negociaba con el banquero genovés, que hemos visto aparecer un instante en su casa de campo de Bellevue, había tenido buen éxito, y la víspera, el señor de Favras, mediador en aquella negociación, le entregó los dos millones. De este dinero, el Príncipe

no pudo hacerle aceptar más que cien luises, los cuales necesitaba para pagar los servicios de dos tunantes que Favras creía hombres seguros, y que debían prestar su concurso en la fuga de la familia real.

Favras había querido dar informes al Príncipe sobre aquellos dos individuos; pero el Condé, siempre prudente, no solamente rehusó verlos, sino que no quiso conocer sus nombres.

Presumíase que el Príncipe no sabía nada de lo que pasaba; si daba dinero a Favras, era porque le tenía al servicio de su persona; pero ignoraba lo que hacía con él y no quería saberlo

tampoco.

Por otra parte, en caso de marcharse el Rey, como ya hemos dicho, el Príncipe se quedaba aparentando no haber tomado parte alguna en la trama; quejábase del abandono de su familia, y como había hallado medio de hacerse muy popular, era probable —pues la monarquía estaba arraigada aún en la mayor parte del corazón de los franceses —, era probable, repetimos, como lo había dicho Luis XVI a Charny, que el Príncipe fuera nombrado regente.

En el caso de que el proyecto de fuga no tuviese buen éxito, el Príncipe aparentaría no saber nada y lo negaría

todo, o bien, con un millón quinientos mil francos que le quedaba en dinero contante, iría a reunirse en Turín con el conde de Artois y los príncipes de Condé.

Una vez fuera el señor de Provenza, la Reina pasó otra hora en la habitación de la señora de Lamballe. La pobre Princesa, fiel a la Reina hasta la muerte, había sido siempre el comodín de María Antonieta, que la abandonó para dispensar su inconstante favor a Andrea y a las señoras de Polignac; pero la Reina sabía muy bien que le bastaba dar un paso, para que esta verdadera amiga la recibiese con los brazos abiertos.

En las Tullerías, y desde el regreso de Versalles, la princesa de Lamballe habitaba el pabellón de Flora, donde tenía el verdadero salón de María Antonieta, como en Trianón la señora de Polignac. Siempre que María Antonieta sentía un gran dolor o una profunda inquietud, iba a buscar a la princesa de Lamballe, porque sabía que la amaba. Entonces, sin que le fuera necesario decir nada, sin hacer siquiera la menor confidencia a la bondadosa joven sobre aquella inquietud o dolor, apoyaba su cabeza sobre el hombro de aquella estatua viviente de la amistad, y las lágrimas que corrían de los ojos de la

Reina no tardaban en mezclarse con las de la Princesa.

¡Oh, pobre mártir! ¿Quién osará ir a buscar en las tinieblas de las alcobas, para saber si el origen de esa amistad era pura o criminal, cuando la historia, inexorable y terrible, venga con los pies en tu sangre a decirle lo que te ha costado?

Después se pasó otra hora en la comida; esta se hacía en familia, con *madame* Isabel, la princesa de Lamballe y los niños.

Durante la comida, el Rey y la Reina estuvieron preocupados; cada cual tenía un secreto para el otro: María Antonieta

el asunto de Favras, y Luis XVI su mensaje a Bouillé.

Muy al contrario del Rey, que prefería deber su salvación a todo, incluso a la revolución, más bien que al extranjero, la Reina prefería esto último a todo lo demás.

Preciso es decirlo: lo que nosotros los franceses llamamos extranjero, era para la Reina la familia. ¿Cómo hubiera podido esta comparar aquel pueblo que mataba a sus soldados; aquellas mujeres que iban a insultarla después, en los patios de Versalles; aquellos hombres que trataban de asesinarla en sus habitaciones; aquella multitud que la

llamaba la Austríaca... cómo comparar todo esto con los reyes a quienes pedía socorro, José II, su hermano, Fernando I, su cuñado, y Carlos IV su primo hermano por parte del Rey, del que era más próximo pariente que Luis XVI de los Orleáns o de los Condé?

La Reina no veía, pues, en aquella fuga que preparaba el crimen de que fue acusada después, sino el único medio, por el contrario, para mantener la dignidad real; y en aquel regreso a mano armada que esperaba realizar, la única expiación que correspondía a los insultos recibidos.

Hemos dado a conocer lo que

pasaba en el corazón del Rey; él desconfiaba de los soberanos y de los Príncipes y no pertenecía en modo alguno a la Reina, como muchos lo han creído, aunque fuese alemán por su madre; pero verdad es que los alemanes no consideran como tales a los austríacos.

No; el Rey pertenecía a los sacerdotes.

Ratificó todos los decretos contra los reyes, contra los príncipes y los emigrados, y puso su veto al decreto contra los sacerdotes.

Por esto arriesgó el 20 de junio, sostuvo el 10 de agosto y sufrió el 21 de

enero.

Por eso el Papa, que no pudo hacer del Rey un santo, le declaró como menos un mártir.

Contra su costumbre, aquel día la Reina permaneció poco tiempo con sus hijos; consideraba que su corazón no era completamente de madre, y que por lo tanto no tenía en aquella hora derecho a recibir las caricias de sus hijos. El corazón de la mujer, esa víscera misteriosa que alimenta las pasiones y hace nacer el arrepentimiento, el corazón de la mujer tan sólo siente esas condiciones extrañas.

La Reina se levantó temprano y

encerróse en su habitación; dijo que debía escribir y puso a Weber de centinela en su puerta.

Por lo demás el Rey notó poco esta retirada, porque le preocupaban otros hechos, secundarios, es verdad, pero que no dejaban de ser graves; eran amenazadores para París, y el teniente de policía, que le había hablado de ellos, le esperaba en su habitación.

He aquí en dos palabras cuáles eran esos acontecimientos.

La Asamblea, como hemos visto, se había declarado inseparable del Rey.

Mientras que se preparaba la sala del Picadero, que se le había destinado,

había elegido la sala del Arzobispado para celebrar sus sesiones.

Allí había cambiado, por un decreto, el título de *Rey de Francia y de Navarra* por el de *Rey de los franceses*.

Había escrito las fórmulas reales: «De nuestra ciencia cierta y de nuestro pleno poder...», sustituyéndola con esta: «Luis, por la gracia de Dios y por la ley constitucional del Estado...».

Lo cual probaba que la Asamblea nacional, como todas las asambleas parlamentarias, de la que es hija o abuela, se ocupaba a menudo de cosas fútiles, cuando debía cuidarse de otras serias. Así por ejemplo, hubiera debido

preocuparse de alimentar a París, que se moría realmente de hambre.

La vuelta de Versalles y la instalación del *Panadero*, de la *Panadera* y el *Mozo de la tahona* en las Tullerías, no habían producido el efecto que se esperaba.

La harina y el pan seguían faltando siempre.

Todos los días se formaban grupos en las puertas de las tahonas y ocasionaban grandes desórdenes; pero ¿cómo remediar aquellas reuniones tumultuosas?

El derecho de formarlas estaba consagrado por la *Declaración de los*

derechos del hombre.

Pero la Asamblea ignoraba todo esto, porque sus individuos no estaban obligados a formar cola en las puertas de las panaderías, y cuando por casualidad alguno de ellos tenían hambre durante la sesión, siempre estaba seguro de encontrar, a cien pasos del edificio, panecillos tiernos en casa de un tahonero llamado Francisco, que vivía en la calle del Marché-Palu, distrito de Nuestra Señora, y que hacía hasta siete y ocho hornadas diarias, por lo cual tenía siempre una reserva para los *señores de la Asamblea*.

El teniente de policía se ocupaba,

pues, en manifestar a Luis XVI sus temores respecto a los desórdenes que alguna mañana podían convertirse en motín, cuando Weber abrió la puerta del pequeño gabinete de la Reina y anunció a media voz:

—La señora condesa de Charny.

Capítulo XXIV

MUJER SIN MARIDO. AMANTE SIN AMANTE

Aunque la Reina hubiese enviado a buscar a Andrea, y aunque esperase por lo tanto el anuncio de su llegada, se estremeció de pies a cabeza al oír las cinco palabras que Weber acababa de pronunciar.

Y es que la Reina no se podía ocultar que entre ella y Andrea, en aquel

pacto, hecho por decirlo así, desde el primer día en que, niñas aún, se habían visto en el castillo de Taverney, habíanse producido un cambio de amistad y de servicios prestados, en el cual María Antonieta debió quedar siempre agradecida a Andrea.

Ahora bien, nada molesta tanto a los reyes como esas obligaciones contraídas, sobre todo cuando tienen sus más profundas raíces en el corazón.

De aquí resultaba que la Reina, que había enviado a buscar a Andrea creyendo tener que darle graves quejas, al encontrarse frente a frente a la joven, no recordaba más que los favores que le

debía.

En cuanto a Andrea, siempre era la misma: fría, serena y pura como el diamante, pero también cortante e invulnerable como él.

La Reina vaciló un momento para decidir con qué nombre saludaría a la blanca aparición que pasaba desde la sombra de la puerta a la penumbra del aposento, y que entraba poco a poco en el círculo de luz proyectado por las tres bujías del candelabro colocado sobre la mesa en que se apoyaba de codos.

Al fin, extendiendo la mano hacia su antigua amiga, exclamó:

—Sed bienvenida hoy como

siempre, Andrea.

Por muy preparada que estuviese al presentarse en las Tullerías, Andrea se estremeció a su vez de oír estas palabras, pues reconocía en ellas un recuerdo del acento con que en otra época le hablaba la delfina.

—Necesito decir a Vuestra Majestad —replicó Andrea, abordando la cuestión con su franqueza y claridad ordinarias—, que si me hubiera hablado siempre como acaba de hacerlo, no habría tenido necesidad de enviarme a buscar fuera del palacio que habita, cuando hubiera querido hablarme.

Nada podía convenir más a la Reina

que este modo de entrar en materia, y le acogió como un ofrecimiento, del cual pensaba aprovecharse.

—¡Ay de mí! —exclamó—, deberíais saberlo, Andrea, vos tan bella, casta y pura, vos a quien ningún odio ha perturbado el corazón; vos, a quien ningún amor trastornará el alma; vos, a quien las nubes de la tempestad pueden ocultar como una estrella que reaparece más brillante cuando el viento aleja la tempestad. No todas las mujeres, incluso las más distinguidas damas, tienen vuestra inmutable serenidad, sobre todo yo, que os he pedido auxilio y me lo habéis prestado generosamente...

—La Reina —contestó Andrea—, habla de tiempos que yo había olvidado, y de los cuales no creía que se acordaba ya.

—La contestación es severa, Andrea, pero la merezco, y tenéis razón al dármela. No; verdad es que mientras fui feliz no recordé vuestra fidelidad, tal vez porque ningún poder humano, ni aun el del Rey, me ofrecía un medio de pagaros; debéis haberme creído ingrata, Andrea; pero tal vez lo que tomasteis por ingratitud no era más que impotencia.

—Tendría derecho para acusaros, señora —dijo Andrea—, si alguna vez

hubiera deseado cualquier cosa y me la hubieseis rehusado, rechazando mi petición; pero ¿cómo quiere Vuestra Majestad que me queje, puesto que jamás he deseado nada?

—Pues bien, voy a decíroslo, querida Andrea; precisamente esa especie de indiferencia por las cosas de este mundo es lo que me espanta en vos; sí, me parecéis un ser sobrehumano, un ser de otra esfera, que arrastrado por algún torbellino cayó entre nosotros, como esas piedras depuradas por el fuego que caen no se saben de qué sol... De aquí resulta que por lo pronto una persona se espanta de su debilidad al

verse frente a la que jamás desfalleció; pero después se tranquiliza, diciéndose que la suprema indulgencia está en la suprema perfección; que en el manantial más puro es donde se debe lavar el alma, y en un momento de dolor profundo se hace lo que yo acabo de hacer, Andrea: se envía a buscar a ese ser sobrehumano cuya censura se temía, para pedirle consuelo.

—¡Ay de mí!, señora —dijo Andrea —, si tal es realmente la cosa que necesitáis y me pedís, mucho temo que el resultado no responda a vuestra esperanza.

—¡Andrea, Andrea!, ¡olvidáis en

qué circunstancia terrible me habéis sostenido y consolado ya! —dijo la Reina.

Andrea palideció visiblemente y la Reina, al verla vacilante y con los ojos cerrados como la persona que pierde las fuerzas, hizo un movimiento con las manos, para que la joven fuera a sentarse en el canapé, a su lado; pero Andrea se opuso y permaneció en pie.

—Señora —dijo—, si Vuestra Majestad se compadeciera de su fiel servidora, no evocaría recuerdos que casi había conseguido alejar de sí; consuela mal la que nunca pide consuelo a nadie, ni aun a Dios, porque duda que

el mismo Dios pueda consolar ciertos dolores.

La Reina fijó en Andrea una mirada clara y penetrante.

—¡Ciertos dolores! —repitió—. ¿Tenéis acaso otros además de los que me habéis confiado?

Andrea no contestó.

—Veamos —dijo la Reina—, ha llegado la hora de explicarnos, y os he enviado a buscar para esto. ¿Amáis al señor de Charny?

Andrea palideció hasta la lividez pero no dijo nada.

—¿Amáis al señor de Charny? —interrogó de nuevo María Antonieta.

—¡Sí!... —contestó Andrea.

La Reina dejó escapar un grito como una leona herida.

—¡Oh! —exclamó—, ¡lo sospechaba!... ¿Y desde cuándo le amáis?

—Desde la primera vez que le vi.

La Reina retrocedió espantada ante aquella estatua de mármol que así confesaba.

—¡Oh! —repitió—. ¿Y os habéis sacrificado?

—Lo sabéis mejor que nadie, señora.

—¿Y por qué?

—Porque eché de ver que vos le

amabais.

—¿Queréis decir que le amabais más que yo, puesto que nada he visto?

—¡Ah! —exclamó Andrea con amargura—, vos no habéis visto, porque amabais, señora.

—Sí... y ahora veo, porque ya no amo. ¿Es eso lo que queréis decir?

Andrea guardó silencio.

—¡Pero contestad! —exclamó la Reina cogiéndola, no de la mano, sino de un brazo—, ¡confesad que ya no me ama!

Andrea no contestó una palabra, ni por un ademán ni por una señal.

—¡A la verdad que esto es morirse!

... —exclamó la Reina; ¡pero matadme al punto diciéndome que no me ama ya!
... Vamos, ¿no es esta la verdad?

—El amor o la indiferencia del señor conde de Charny son secretos suyos, y no me corresponde a mí descubrirlos —contestó Andrea.

—¡Oh!, sus secretos... no de él sólo, pues presumo que os ha tomado por confidente —replicó la Reina con amargura.

—Jamás el señor de Charny me ha dicho una palabra de su amor ni de su indiferencia para vos.

—¿Ni aun esta mañana?

—No he visto al señor Conde esta

mañana.

La Reina fijó en Andrea una mirada que trataba de penetrar en lo más hondo del corazón.

—¿Queréis decir que ignoráis la marcha del Conde?

—No quiero decir eso.

—Pero ¿cómo sabéis que ha marchado, si no le habéis visto?

—Me ha escrito para anunciármelo.

—¡Ah! —exclamó la Reina—. ¿Os ha escrito?...

Y así como Ricardo III, que en un momento supremo había gritado: «¡Mi corona por un caballo!», María Antonieta estuvo a punto de gritar: «¡Mi

corona por esta carta!».

Andrea comprendió este ardiente deseo de la Reina, pero quiso complacerse en dejar a su rival un instante en la ansiedad.

—¿Y esa carta que el Conde os ha escrito un momento antes de marchar, seguramente no la lleváis con vos? — preguntó la Reina.

—Os engañáis, señora —contestó Andrea—, hela aquí.

Y sacando de su faltriquera la carta, tibia por el calor de la joven y embalsamada por su perfume, presentósela a la reina.

Esta última la tomó

estremeciéndose, estrechóla un momento entre sus dedos, sin saber si debía conservarla o devolverla, y mirando a Andrea con el ceño fruncido, exclamó al fin:

—¡Oh!, la tentación es demasiado fuerte.

Y se inclinó hacia la luz del candelabro, abrió la carta y leyó lo siguiente:

Señora:

Salgo de París dentro de una hora, en cumplimiento de una orden formal del Rey. No puedo decirlos adonde me dirijo,

ni por qué me marchó, ni cuánto tiempo estaré fuera de París: probablemente todas estas cosas os importan poco; pero hubiera querido estar autorizado para decíroslo.

Durante un momento tuve intención de presentarme en vuestra casa para anunciaros mi partida de viva voz; pero no he osado hacerlo sin vuestro permiso...

La Reina sabía cuánto deseaba saber, y quiso devolver la carta a Andrea; pero esta última, como si le

correspondiese a ella mandar y no obedecer, dijo:

—Llegad hasta el fin, señora. La Reina continuó la lectura:

Rehusé la última misión que me habían ofrecido, porque entonces creía, ¡pobre loco!, que una simpatía cualquiera me retenía en París; pero después, ¡ay!, tuve la prueba de lo contrario, y he aceptado con alegría la oportunidad de alejarme de los corazones para quienes soy indiferente.

Si durante este viaje me

sucediese a mí lo que al desgraciado Jorge, ya están adoptadas todas mis medidas, señora, para que seáis la primera en saber la desgracia que me haya ocurrido, y al mismo tiempo que sois libre. Tan sólo entonces, señora, sabréis la profunda admiración que ha hecho nacer en mi alma vuestra sublime generosidad, tan mal recompensada por aquella a quien habéis sacrificado, siendo joven, hermosa y nacida para ser feliz, la juventud, la hermosura y la

dicha.

Por eso, señora, todo cuanto pido al Señor y a vos es que consagréis un recuerdo al desgraciado que tan tarde echó de ver el valor del tesoro que poseía. Recibid todos los afectos del corazón.

CONDE OLIVERIO DE CHARNY.

La Reina devolvió la carta a Andrea, que la tomó esta vez y dejó caer el brazo inerte, exhalando un suspiro.

—Y bien, señora —murmuró Andrea —, ¿se os ha hecho traición? ¿He faltado yo, no diré a la promesa que os hice,

pues jamás os he hecho ninguna, sino a la fe que teníais en mí?

—Perdonad, Andrea —contestó la Reina—. ¡Oh!, ¡he sufrido tanto!

—¡Habéis sufrido!... ¡Os atrevéis a decir delante de mí que habéis sufrido, señora! ¿Pues que diré yo entonces?... ¡Oh!, yo no diré que he sufrido, pues no quiero emplear una palabra de que ya se ha servido otra mujer para expresar la misma idea... no; necesitaría una nueva, desconocida, inusitada, que fuese el resumen de todos los dolores, la expresión de todos los tormentos... Vos habéis sufrido... y sin embargo, no visteis, señora, indiferente a esa pasión,

al hombre a quien amabais; no le visteis volverse con el corazón en las manos hacia otra mujer; no visteis a su hermano, celoso de ella porque la adoraba en silencio, como un pagano su divinidad, batirse con el hombre a quien amabais; no oísteis a este último cuando, herido en duelo, mortalmente al parecer, llamaba en su delirio a esa otra mujer, de quien erais la confidente; no habéis visto a esta mujer deslizarse como una sombra en los corredores donde vos misma vagabais, para oír esos acentos delirantes, los cuales probaban que si un amor insensato no sobrevive a la vida, le acompaña por lo menos hasta el

borde de la tumba; no habéis visto a ese hombre, que había vuelto a la existencia por un milagro de la naturaleza, levantarse de su lecho para arrodillarse, a los pies de vuestra rival... —de vuestra rival, sí, señora, porque en amor, por la grandeza de este se mide la igualdad de las categorías—; en vuestra desesperación no os habéis retirado entonces a los veinticinco años a un convento, tratando de extinguir, al pie de un crucifijo helado, ese amor que os devoraba; y después, un día, cuando al cabo de un año de oraciones, de insomnios, de ayunos, de impotentes deseos y de gritos de dolor, esperabais

haber extinguido, o, por lo menos sofocado, la llama que os consumía, no habéis visto a esa rival, vuestra antigua amiga, que no había comprendido ni adivinado nada, ir a buscaros a vuestro retiro para pedir... ¿qué?... para solicitar en nombre de una antigua amistad que los padecimientos no habían podido alterar, en nombre de su salvación como esposa, en nombre de majestad real comprometida, que dierais la mano de esposa... ¿a quién?... ¡Pues a ese hombre que hacía tres años adorabais! Esposa sin marido, por supuesto, simple velo arrojado entre las miradas de la multitud y la felicidad de

otro, como un sudario extendido entre un cadáver y el mundo, no habéis dominado, al menos por la compasión, pues el amor celoso no tiene misericordia, y bien lo sabéis vos, señora, que me habéis sacrificado; dominada por el deber, no habéis aceptado el inmenso sacrificio. ¡No oísteis al sacerdote preguntaros si tomabais por esposo a un hombre que no sería tal jamás; no sentisteis cómo este ponía un anillo de oro en vuestro dedo, prenda de una unión eterna, y que no era para vos más que un vano e insignificante símbolo, y una hora después de la celebración del

casamiento, no habéis abandonado a vuestro esposo para no volver a verle más... sino como amante de vuestra rival! ¡Ah!, ¡señora, señora, os aseguro que los tres años que acaban de transcurrir son verdaderamente crueles!

...

La Reina levantó su mano desfallecida buscando la de Andrea; pero esta apartó la suya.

—Yo no había prometido nada —continuó—, y he aquí lo que he hecho; vos, señora —añadió Andrea, convirtiéndose en acusadora—, me habíais prometido dos cosas...

—¡Andrea, Andrea! —exclamó la

Reina.

—Me habíais prometido no ver más al señor de Charny, promesa tanto más sagrada cuanto que yo no la exigía.

—¡Andrea!...

—Además me prometisteis —esta vez por escrito— tratarme como a una hermana, promesa tanto más sagrada cuanto que yo no la solicité.

—¡Andrea!

—¿Será preciso que os recuerde los términos de la promesa que me hicisteis en un momento solemne, en un momento en que acababa de sacrificaros mi vida, y aun más que mi vida... mi amor... es decir, mi felicidad en este mundo y mi

salvación en el otro...? Sí, mi salvación en el otro, pues no se peca sino por actos, señora, y ¿quién me dice que el Señor me perdonará mis deseos insensatos, mis votos impíos? Pues bien, en el momento en que acababa de sacrificaros todo, me entregasteis un billete; aún me parece verle, pues cada letra parece llamear ante mis ojos, y recuerdo que estaba concebido en estos términos:

*¡Andrea, me habéis salvado!
¡Os debo mi honor y mi vida! En
nombre de este honor que tan
caro os cuesta, os juro que*

podéis llamarme vuestra hermana; hacedlo y no temáis que me ruborice.

Pongo este escrito en vuestras manos; es la prenda de mi agradecimiento, es el dote que os doy.

Vuestro corazón es el más noble de todos los corazones, y me agradecerá el presente que os hago.

MARÍA ANTONIETA.

La Reina exhaló un suspiro de abatimiento.

—Sí, ya comprendo —dijo Andrea

—, porque he quemado ese billete creíais que le había olvidado... No, señora, no; bien veis que conservo en la memoria todas las palabras, y a medida que vos parecíais no recordar, yo lo tenía cada vez más presente.

—¡Ah!, perdóname, Andrea, perdóname... creía que te amaba.

—¿De modo que creísteis que era una ley del corazón que porque él os amaba menos, señora, debía querer a otra?

Andrea había sufrido tanto, que a su vez era cruel.

—¿Con que vos también habíais notado que me amaba menos?... —dijo

la Reina con una exclamación de dolor.

Andrea no contestó; limitóse a mirar a la Reina con aire extraviado, y una sonrisa entreabrió sus labios.

—Pero ¿qué se ha de hacer, Dios mío, para retener este amor, es decir, mi vida que se va?

—¡Oh!, si lo sabes, Andrea, amiga y hermana mía, dímelo, te lo suplico, te conjuro...

Y la Reina extendió las dos manos hacia Andrea; pero esta retrocedió un paso.

—¿Puedo yo saber eso, señora — exclamó—, yo, a quien él no amó nunca?

—¡Oh!, pero puede amarte... Un día

tal vez se arrodille ante ti para pedirte que olvides lo pasado, para solicitar tu perdón por todo cuanto te ha hecho sufrir. ¡Y los padecimientos se olvidan tan pronto, Dios mío, en los brazos de aquel a quien se ama, y el perdón se concede tan fácilmente al que nos ha hecho sufrir!...

—Pues bien, si ocurriese esa desgracia... sí, probablemente sería para las dos, señora. ¿Olvidáis que antes de ser la esposa del señor Conde, me quedaría un secreto que revelarle... una confidencia que hacerle... secreto terrible, confidencia mortal, que mataría al punto ese amor que teméis? ¿Olvidáis

que me faltaría referirle lo que os he contado?

—¿Le diríais que habíais sido violada por Gilberto?... ¿Le diríais que habíais tenido un hijo?...

—¡Oh! —exclamó Andrea—, ¿por quién me tomáis, señora, al manifestar semejante duda?

La Reina suspiró.

—¿Conque así —dijo—, no haréis nada para atraer al señor de Charny?

—Nada, señora; no haré en el porvenir más de lo que hice en el pasado.

—¿No le diréis ni le haréis sospechar que le amáis?

—A menos que él mismo venga a decirme que me ama, no, señora.

—¿Y si viene a deciros que os ama, o si le decís que le amáis, me juráis...?

—¡Oh!, señora —exclamó Andrea interrumpiendo a la Reina.

—Sí, tenéis razón —dijo María Antonieta—, sí, amiga mía, soy injusta, exigente y cruel. ¡Oh!, pero cuando todo me abandona, amigos, poder y reputación, yo quisiera al menos... ese amor al que sacrificaría mi buen nombre y mi posición, yo quisiera conservarle.

—Y ahora, señora —dijo Andrea con esa frialdad glacial que no la había abandonado un solo instante cuando

había hablado de los tormentos sufridos por ella—, ¿tenéis que pedirme algunos nuevos informes o transmitirme otras órdenes?

—No, nada; muchas gracias. Quisiera devolveros mi amistad y vos la rehusáis... Adiós, Andrea, y llevad al menos mi agradecimiento.

Andrea hizo con la mano un ademán, como para indicar que rechazaba esto último así como rechazó lo primero, y haciendo una fría y profunda reverencia salió con paso lento y silencioso como una aparición.

—¡Oh!, razón tienes —murmuró la Reina—, cuerpo de hielo, corazón de

diamante, alma de fuego, al no querer mi agradecimiento ni mi amistad, pues conozco, y de ello pido perdón al Señor, que te odio, como jamás he odiado a nadie... ¡Pues si él no te ama ya, segura estoy de que te amará algún día!...

Después llamó a Weber y preguntóle:

—¿Has visto al señor Gilberto?

—Sí, señora —contestó el ayuda de cámara.

—¿A qué hora vendrá mañana?

—A las diez, señora.

—Está bien, Weber; avisa a mis damas que me acostaré sin verías esta noche, y que, fatigada e indispuesta,

deseo que me dejen dormir hasta mañana a las diez. La primera y única persona que recibiré será el señor doctor Gilberto.

Capítulo XXV

EL PANADERO FRANCISCO

No trataremos de expresar cómo transcurrió aquella noche para las dos mujeres.

Hasta las nueve de la mañana no volvemos a ver a la Reina, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y pálidas las mejillas por el insomnio. A las ocho, es decir, casi al amanecer, pues estaba en aquel período de año en que los días

son cortos y sombríos, a las ocho, decimos, había abandonado el lecho donde buscó en vano el reposo durante las primeras horas de la noche, y donde durante las últimas no pudo conciliar más que un sueño febril y agitado.

Hacía algunos instantes, aunque según la orden dada nadie había entrado en su habitación, que oía alrededor de esta esas idas y venidas, esos ruidos repentinos y esos prolongados rumores que anuncian que ha ocurrido algo insólito en el exterior.

En aquel momento fue cuando, terminado el tocador de la Reina, el reloj dio las nueve.

En medio de todos aquellos rumores confusos que parecían propagarse por los corredores, oyó la voz de Weber que parecía reclamar el silencio.

Entonces llamó a su fiel ayuda de cámara.

En el mismo instante todo ruido cesó y abrióse la puerta.

—¿Qué ocurre, Weber? —preguntó la Reina—, ¿qué sucede en el palacio, y qué significan todos estos rumores?

—Señora —contestó Weber—, parece que hay mucho ruido por la parte de la Cité.

—¡Ruido! —exclamó la Reina—. ¿Y por qué causa?

—Aún no sé sabe, señora; pero dicen que se ha producido un motín a causa del pan.

En otro tiempo no le había ocurrido a la Reina la idea de que había gente que se moría de hambre; pero desde que, durante el viaje a Versalles, había oído al delfín pedirle pan, sin que pudiera dárselo, comprendía lo que era la miseria y el hambre.

—¡Pobre gente! —murmuró, recordando las palabras que había oído decir en el camino y la explicación que de ellas dio Gilberto—. Bien ven ahora que no es la culpa del *panadero* ni de la *panadera*, si no tienen pan. Y añadió en

voz alta:

—¿Y se teme que esto llegue a ser grave?

—No podría decirlo, señora, pues no hay ni siquiera dos informes que se parezcan —contestó Weber.

—Pues bien —replicó la Reina—, corre hasta la Cité, Weber, pues no está lejos de aquí, mira por tus propios ojos, y ven a decirme lo que pasa.

—¿Y el doctor Gilberto? —preguntó el ayuda de cámara.

—Avisa a las señoras de Campan y de Misery que espero al doctor, y una u otra le introducirá.

Después, dando la misma orden a

Weber en el momento de salir, añadió:

—Recomienda bien que no le hagan esperar, Weber, porque siendo hombre que está al corriente de todo, nos dará cuenta de lo que ocurre.

Weber salió del palacio, ganó el postigo del Louvre, precipitóse hacia el puente, y guiado por los clamores siguió a la multitud que corría hacia el Arzobispado: de pronto estuvo en el atrio de Nuestra Señora.

A medida que avanzaba hacia el viejo París, la muchedumbre iba en aumento y se oían los clamores más ruidosos.

En medio de aquellos gritos o más

bien alaridos, percibíanse voces de esas que solamente se oyen en el cielo los días de tempestad y en la tierra los días de revolución; estas voces decían:

—¡Es un logrero, un acaparador del pan! ¡A muerte, a muerte, al farol!

Y miles de personas que ni siquiera sabían de qué se trataba, y entre las cuales se distinguían las mujeres, repetían sus gritos, con la esperanza de uno de esos espectáculos que siempre hace saltar de alegría los corazones de las multitudes.

—¡Es un acaparador del pan! ¡A muerte, al farol!

De repente Weber sintió una de esas

violentas sacudidas que se producen en las muchedumbres cuando ocurre algún incidente inesperado, y vio llegar por la calle de la Canonessa una oleada humana, una catarata viviente, en medio de la cual agitábase un desgraciado, pálido y con las ropas rasgadas.

Contra él se había levantado todo aquel pueblo; contra él resonaban todos aquellos gritos, aquellos alaridos y amenazas.

Un hombre le defendía contra la multitud, un hombre solo servía de dique para aquel torrente humano.

Aquel hombre que trataba de cumplir una misión compasiva con la

fuerza de diez, de veinte, y hasta de cien hombres, era Gilberto.

Verdad es que algunos individuos de la multitud, habiéndole reconocido, comenzaban a gritar:

—¡Es el doctor Gilberto, un patriota, el amigo del señor de Lafayette y de Bailly! ¡Escuchemos al doctor Gilberto!

A estos gritos siguióse una pausa, algo como esa calma pasajera que se produce en las olas entre dos ráfagas.

Weber se aprovechó de esto para abrirse camino hasta el doctor, lo cual consiguió a costa de repetidos esfuerzos.

—Señor doctor Gilberto —dijo el mayordomo.

El doctor se volvió para ver quién llamaba.

—¡Ah! —exclamó—, ¿vos aquí, Weber?

Y haciéndole señal para que se acercase más, le dijo en voz baja:

—Volved a palacio y decid a la Reina que iré más tarde y que no me espere, porque estoy ocupado en salvar a un hombre.

—¡Oh!, ¡sí, sí! —dijo el desgraciado al oír estas últimas palabras—, ¿no es verdad que me salvaréis, señor doctor? Decidles que soy inocente, que mi joven esposa está encinta... Os juro, señor Gilberto, que no ocultaba pan.

Pero como si esta queja y este ruego del infeliz hubieran encendido de nuevo el odio y la cólera, en parte extinguidos, los gritos redoblaron, y las amenazas comenzaban a traducirse en vías de hecho.

—Amigos míos —gritó Gilberto luchando con una fuerza sobrehumana contra los furiosos, este hombre es francés, ciudadano como vosotros, y no se puede ni se debe asesinar a un hombre sin oírle.

—¡Sí! —gritaron algunas voces de los que habían reconocido al doctor.

—Señor Gilberto —dijo el ayuda de cámara de la Reina—, resistid bien

mientras que yo aviso a los oficiales del distrito; está cerca, y dentro de cinco minutos llegarán.

Y se deslizó entre la multitud, sin esperar la aprobación de Gilberto, perdiéndose a poco de vista.

Sin embargo, unos quinientos hombres hablan acudido en auxilio del doctor, formando una especie de atrincheramiento para el infeliz a quien amenazaba la cólera de la multitud.

Por débil que fuera aquella especie de muralla, contuvo por el pronto a los asesinos que seguían dominando con sus gritos la voz de Gilberto y la de los buenos ciudadanos que le ayudaban.

Por fortuna, a los cinco minutos se efectuó un movimiento en la multitud, siguiéndose un murmullo que se redujo por estas palabras:

—¡Los oficiales del distrito, los oficiales del distrito!

Al presentarse estos, las amenazas cesan y la multitud se aparta: los asesinos no se han dado aún probablemente el santo y seña.

Se conduce al desgraciado a la Casa Consistorial.

Va cogido de un brazo del doctor, y no quiere soltarle.

Ahora bien, ¿quién es ese hombre?

Vamos a decirlo.

Es un pobre panadero llamado Dionisio Francisco, el mismo cuyo nombre hemos pronunciado ya, que suministraba panecillos a los señores de la Asamblea.

Por la mañana una vieja ha entrado en la tahona, en la calle del Marché-Palu, en el momento en que acababa de distribuir la sexta hornada de pan y que comienza a cocer la séptima.

La vieja pide un pan.

—No hay —dice Francisco—; pero esperad a la séptima hornada y seréis la primera a quien sirva.

—Lo quiero ahora mismo —replicó la mujer—, he aquí el dinero.

—Pero si os digo que no hay más.

—Dejadme verlo.

—¡Oh! —contestó el panadero—, entrad y vedlo; no deseo otra cosa.

La vieja entra, busca, lo registra todo, abre un armario, y en este encuentra tres panes de cuatro libras del día anterior, que los mozos habían conservado para sí.

La vieja coge uno y sale sin pagar; mas al oír la reclamación del tahonero, amotina al pueblo, gritando que Francisco es un acaparador y que oculta la mitad de su hornada para que los otros se mueran de hambre.

Este grito equivalía a una muerte

casi segura para aquel contra quien se profería.

Un antiguo reclutador de dragones llamado Fleur-d'Epine, que bebía en una taberna enfrente de la tahona, repite con voz avinagrada el grito de la vieja.

El pueblo acude gritando, se informa, averigua lo que ha pasado, repite los gritos que se oyeron en la tahona, rechaza la guardia de cuatro hombres que la policía había puesto a la puerta, recorre toda la tienda, y además de los dos panes que aún se hallaban en el armario y habían sido denunciados por la vieja, encuentran diez docenas de panecillos tiernos, reservados para los

individuos de la Asamblea que celebran sus sesiones en el Arzobispado, a cien pasos de allí.

Desde este momento, el infeliz queda condenado; ya no es una voz, sino ciento, doscientos, mil que gritan: «¡Al acaparador de pan!».

Y después, toda una multitud grita igualmente «¡Al farol!».

En aquel momento el doctor, que volvía de hacer una visita a su hijo, a quien había acompañado al colegio de Luis el Grande, se encuentra en medio de todo un pueblo que pide la muerte de un hombre, y acude en auxilio de este.

En pocas palabras había sabido, por

boca de Francisco, de qué se trataba, y reconociendo la inocencia del panadero, quiso defenderle.

Entonces la multitud se llevó juntos al infeliz amenazado y a su protector, rodeándolos a los dos y dispuesta a herirlos de un mismo golpe.

En aquel momento fue cuando Weber, enviado por la Reina, llegó a la plaza de Nuestra Señora y reconoció a Gilberto.

Hemos visto que después de la marcha de Weber, los oficiales del distrito se presentaron, y que el infeliz panadero fue conducido bajo escolta a la Casa Ayuntamiento.

Acusado, guardias del distrito y populacho furioso, todo había entrado revuelto en el edificio, que al punto se llenó también de obreros sin trabajo y pobres diablos que se morían de hambre, siempre dispuestos a tomar parte en todos los motines, y devolver a cualquiera a quien se creyese causante de sus padecimientos una parte del mal que sufría. Así es que apenas el desgraciado Francisco hubo desaparecido por el pórtico de la Casa de la Ciudad, los gritos se redoblaron.

Todos aquellos hombres creían al parecer que se acababa de arrebatárles una presa que les pertenecía.

Varios individuos de caras siniestras circulaban entre la multitud, diciendo en voz baja:

—¡Es un acaparador del pan pagado por la corte! Por esto quieren salvarle.

Estas palabras serpenteaban enmedio de aquel populacho hambriento como una mecha de fuegos artificiales, encendiendo todos los odios, irritando más todas las cóleras. Por desgracia era muy temprano aún, y ninguno de los hombres que tenían autoridad sobre el pueblo, ni Bailly ni Lafayette, se hallaban allí.

Bien lo sabían los que repetían entre los grupos:

—¡Es un acaparador de pan!

Al fin, como no se veía reaparecer al acusador, los gritos se convirtieron en un inmenso clamor y las amenazas en un alarido universal.

Los hombres de que hemos hablado se deslizaron por el pórtico arrastrándose por las escaleras, y penetraron hasta la sala donde se hallaba el desgraciado panadero, que Gilberto defendía lo mejor que le era posible.

Por su parte, los vecinos de Francisco, que habían acudido tumultuosamente, aseguraban que desde el principio de la revolución había dado

las mayores pruebas de celo; que había cocido hasta diez hornadas diarias; que cuando sus cofrades carecían de harina les había suministrado la suya, y que para servir más pronto a sus parroquianos, además de su horno, alquilaba el de un pastelero para secar su leña.

De las declaraciones resulta al fin que en vez de un castigo se debe dar una recompensa al infeliz.

Pero en las escaleras y hasta en la sala, se sigue gritando: «¡Al acaparador!», y se pide la muerte del culpable.

De improviso se produce una

irrupción inesperada en la sala; se entreabren las filas de la guardia nacional que rodea a Francisco, y sepárase este de sus protectores. Gilberto, rechazado hasta la mesa del tribunal que se acaba de improvisar, ve extenderse veinte brazos...; cogido y arrastrado por los revoltosos, el infeliz panadero pide auxilio, alargando sus manos suplicantes, pero inútilmente... En vano Gilberto hace un esfuerzo desesperado para reunirse con él, pues la abertura por donde desaparece poco a poco se cierra muy pronto. ¡Así como el panadero arrastrado por un torbellino lucha un instante, con las manos

crispadas, la desesperación en los ojos y la voz ahogada, la ola le cubre y el abismo le absorbe!

A partir de aquel momento, está perdido.

Arrojado desde lo alto de las escaleras, en cada peldaño ha recibido una herida, y cuando llega al pórtico, su cuerpo no es más que una inmensa llaga.

¡Ya no es la vida lo que pide, sino la muerte!...

¿Dónde se oculta la muerte en aquella época en que estaba tan dispuesta a presentarse cuando se la llamaba?

En pocos segundos la cabeza del

desgraciado Francisco queda separada del tronco y se eleva en la punta de una pica.

A los gritos que resuenan en la calle, los revoltosos que están en las escaleras y en las salas se precipitan, porque quieren presenciar el espectáculo hasta el fin.

Es curioso ver una cabeza en la punta de una pica; no se ha visto ninguna desde el 6 de octubre, y ya se ha llegado al 21.

—¡Oh! ¡Billot, Billot! —murmuró Gilberto saliendo de la sala—, ¡qué feliz eres por haberte ausentado de París!

Acaba de atravesar la plaza de Greve, siguiendo la orilla del Sena, mientras se alejaba aquella pica con la ensangrentada cabeza, y aquella multitud que gritaba al cruzar el puente de Nuestra Señora, cuando al llegar a la mitad del muelle Pelletier, sintió que le tocaban el brazo.

Levantó la cabeza, profirió una exclamación y quiso detenerse y hablar; pero el hombre a quien había reconocido le deslizó un billete en la mano, se aplicó un dedo en los labios en señal de silencio y alejóse en dirección al Arzobispado.

Sin duda aquel personaje deseaba

guardar el incógnito; pero una vendedora del mercado, que le había visto, batió palmas, exclamando:

—¡Oh!, ¡es nuestra madrecita Mirabeau!

—¡Viva Mirabeau! —gritaron al punto quinientas voces—. ¡Viva el defensor del pueblo! ¡Viva el orador patriota!

Y la cola del cortejo que seguía la cabeza del desgraciado Francisco, oyendo aquella exclamación, se volvió para formar escolta a Mirabeau, a quien una multitud inmensa le acompañó hasta la puerta del Arzobispado, gritando siempre. En efecto, era Mirabeau, que

cuando iba a la Asamblea y como encontrase a Gilberto, le entregó un billete que acababa de escribir sobre el mostrador de un tabernero, con intención de enviarle a su destino.

Capítulo XXVI

EL PARTIDO QUE SE PUEDE SACAR DE UNA CABEZA CORTADA

Gilberto había leído rápidamente el billete de Mirabeau, volvió a leerle más despacio por segunda vez, lo guardó en bolsillo de su casaca, y deteniendo un coche de plaza, ordenó que se le condujese a las Tullerías.

Al llegar encontró todas las verjas

cerradas y los centinelas dobles, de orden del señor de Lafayette, quien sabiendo que había perturbación en París, comenzó por atender la seguridad del Rey y de la Reina, dirigiéndose después al sitio donde se produjo el motín.

Gilberto se dio a conocer al conserje de la calle de la Escala y penetró en las habitaciones.

Al verle, la señora Campan, que había recibido la orden de la Reina, le salió al encuentro e introdújole al punto. Weber, obedeciendo a la soberana, había ido a buscar más noticias.

A la vista de Gilberto, María

Antonieta profirió una exclamación.

Una parte del traje del doctor se había desgarrado en la lucha que debió sostener para salvar al infeliz panadero, y en su camisa veíanse algunas gotas de sangre.

—Señora —dijo—, dispénsame Vuestra Majestad por presentarme así; a pesar mío me he visto en la precisión de haceros esperar largo tiempo, y no quería retardar más mi visita.

—¿Y ese desgraciado, señor Gilberto? —preguntó, la Reina.

—¡Ha muerto, señora; le han asesinado y hecho pedazos!...

—¿Era culpable al menos?

—¡Era inocente, señora!

—¡Oh, caballero, he ahí los frutos de vuestra revolución! Después de asesinar a los grandes señores, a los funcionarios y a los guardias, ahora se asesinan entre sí. Pero ¿no hay medio de hacer justicia a esos criminales?

—Trataremos de ello, señora, aunque más valdría evitar los asesinatos que castigar a los culpables.

—Pero ¿cómo conseguirlo, Dios mío? El Rey y yo no deseamos otra cosa.

—Señora, todas esas desgracias provienen de una gran desconfianza del pueblo respecto a los agentes del poder;

poned a la cabeza del Gobierno hombres que merezcan la confianza del pueblo, y no sucederá nada parecido.

—¡Ah!, sí, los señores de Mirabeau y de Lafayette, ¿no es cierto?

—Yo esperaba que la Reina me habría enviado a buscar para decirme que había conseguido que el Rey dejara de ser hostil a la combinación que le había propuesto.

—En primer lugar, señor Gilberto —dijo la Reina—, habéis caído en un error en que otros muchos incurren, y es creer que yo tengo influencias sobre el Rey y que este obedece a mis aspiraciones. Os engañáis, si alguien

tiene influencia con el soberano, es *madame* Isabel, y no yo; y la prueba es que aún ayer confió una misión a uno de mis servidores, el señor de Charny, sin que yo sepa ni adonde va, ni con qué objeto.

—Y sin embargo, si la Reina quisiera sobreponer su repugnancia contra el señor de Mirabeau, le rogaría que procurase inducir al Rey a satisfacer sus deseos.

—Veamos, señor Gilberto —replicó vivamente la Reina—, ¿me diréis por casualidad que esta repugnancia no es fundada?

—En política, señora, no debe haber

ni simpatía ni antipatía, sino relación a los principios o de las combinaciones de intereses, y debo decir a Vuestra Majestad para vergüenza de los hombres, que las combinaciones de intereses son mucho más seguras que las relaciones de principios.

—Doctor, ¿me diréis seriamente que debo fiarme de un hombre a quien se deben las jornadas del 5 y 6 de octubre, pactando con un orador que me ha insultado públicamente en la tribuna?

—Señora, creedme, no es el señor Mirabeau quien promovió los hechos del 5 y 6 de octubre; el hambre, la escasez y la miseria, dieron principio a

la obra; un brazo misterioso y terrible la llevó a cabo de noche... tal vez algún día me hallaré en estado de hacer vuestra defensa por esta parte, luchando con ese tenebroso poder que os persigue, no solamente a vos, sino a todos los demás reyes, no tan sólo al trono de Francia, sino a todos los de la tierra. Tan cierto como que tengo el honor de poner mi vida a vuestros pies y a los del Rey, señora, el señor de Mirabeau no ha contribuido en lo más mínimo a esas terribles jornadas, y sólo supo en la Asamblea, como los demás, o un poco antes que ellos tal vez por un billete que se le entregó, que el pueblo

marchaba sobre Versalles.

—¿Negaréis también lo que es notoriamente público, es decir, el insulto que me dirigió en la tribuna?

—Señora, Mirabeau es uno de esos hombres que conocen su propio valor, y que se exasperan cuando al ver para qué sirven y el auxilio que pueden prestar, los reyes se obstinan en no utilizarlos; sí, para que volváis los ojos hacia él, señora, Mirabeau se valdrá hasta de la injuria, prefiriendo que la ilustre hija de María Teresa, Reina y mujer, fije en él una mirada de enojo, más bien que cerrar los ojos para no verle.

—¿Con que creéis, señor Gilberto,

que ese hombre consentiría en ser de nosotros?

—Ya lo es por completo, señora; cuando Mirabeau se aleja de la monarquía, hace lo que el caballo que retrocede, que solamente necesita sentir la brida y la espuela de su jinete para volver al camino recto.

—Pero si pertenece ya al señor duque de Orleáns, no puede ser de todo el mundo.

—He aquí donde está el error, señora.

—¿No es el señor Mirabeau del duque de Orleáns? —replicó la Reina.

—Es tan poco del duque de Orleáns,

que cuando supo que el Príncipe se había retirado a Inglaterra, dijo, estrujando entre sus manos el billete del señor de Lauzun, que le anunciaba esta marcha: «¡Se pretende que soy del partido de ese hombre! ¡No le querría ni para lacayo!».

—Vamos, esto me lo recomienda un poco —dijo la Reina, tratando de sonreír—, y si yo creyese que verdaderamente se podía contar con él...

—¿Y bien?

—Tal vez me alejaría menos que el Rey de su persona.

—Señora, el día siguiente al en que

el pueblo trajo de Versalles a Vuestra Majestad, así como al Rey y a la familia real, me encontré al señor de Mirabeau...

—¿Embriagado por su triunfo?...

—No; espantado de los peligros que corríais, y de los que podéis correr aún.

—¿Estáis seguro de eso? —preguntó la Reina con aire de duda.

—¿Queréis que os cite las palabras que me dijo?

—Me complacerá.

—Pues bien, hélas aquí, una por una, pues las he grabado en mi memoria, esperando tener algún día ocasión de repetirlas a Vuestra Majestad: «Si tenéis

algún medio de haceros escuchar del Rey y de la Reina, persuadidles de que Francia y ellos están perdidos si la familia real no sale de París. Yo me ocupo de un plan para facilitarles la marcha. ¿Estáis en disposición de ir a darles la seguridad de que pueden contar conmigo?». ».

La Reina quedó pensativa.

—¿De modo —dijo al fin—, que el señor Mirabeau opina también que debo salir de París?

—Tal era su parecer entonces.

—¿Y no ha cambiado después?

—Creo que sí, a juzgar por un billete que recibí media hora hace.

—¿De quién?

—De él mismo.

—¿Se puede ver ese billete?

—Está destinado a Vuestra Majestad.

Y Gilberto sacó el papel de su bolsillo.

—Vuestra Majestad me dispensará —dijo—, pues se ha escrito en papel ordinario y sobre el mostrador de un traficante en vinos.

—¡Oh!, no os inquietéis por eso; el papel y el sitio en que se escribió están en armonía con la política que se hace en este momento.

La Reina tomó el papel y leyó:

*El acontecimiento de hoy
cambia la faz de las cosas.*

*Se puede sacar mucho
partido de una cabeza cortada.*

*La Asamblea tendrá miedo y
pedirá la ley marcial.*

*Mirabeau puede apoyarla y
hacer que la voten.*

*Mirabeau puede sostener
que no hay salvación sino
devolviendo la fuerza al poder
ejecutivo.*

*Mirabeau puede atacar al
ministro Necker, respecto a las
subsistencias, y derribarle.*

En vez del ministerio

Necker, elíjase otro en que figuren Lafayette y Mirabeau, y este último responde de todo.

—Pero, este billete —dijo la Reina —, ¿no está firmado?

—¿No he tenido el honor de manifestar a Vuestra Majestad que el mismo Mirabeau era quién me lo había entregado?

—¿Qué pensáis de todo esto?

—Mi opinión es, señora, que Mirabeau tiene mucha razón, y que solamente la alianza que propone puede salvar la Francia.

—Sea; que Mirabeau me envíe, por

conducto de vos, una memoria sobre la situación, con un proyecto de ministerio, y lo pondré todo a la vista del Rey.

—¿Y Vuestra Majestad le apoyará?

—Sí.

—¿De modo que, entretanto, y como primera prenda, Mirabeau puede sostener la ley marcial, pidiendo que se devuelva la fuerza al poder ejecutivo?

—Puede hacerlo.

—En cambio, en el caso de que la caída de Necker fuera urgente, ¿sería bien recibido un ministerio Lafayette-Mirabeau?

—Por mí, sí. Quiero probar que estoy dispuesta a sacrificar todos mis

resentimientos personales en bien del Estado; pero ya sabéis que no respondo del Rey.

—¿Nos secundaría en este asunto el señor de Provenza?

—Creo que él tiene sus proyectos propios, los cuales le impedirían secundar los de otros.

—¿No tiene la Reina ninguna idea de esos proyectos?

—Creo que opina como el señor Mirabeau, es decir, que el Rey debe salir de París.

—¿Me autoriza la Reina para decir a Mirabeau que Vuestra Majestad es quien solicita ese proyecto de ministerio?

—El señor Gilberto juzgará sobre la conducta que debe observarse con un hombre que era nuestro amigo ayer y que puede ser nuestro enemigo mañana.

—¡Oh!, en este punto, confiad en mí, señora; pero como las circunstancias son graves, no hay tiempo que perder. Permitidme que vaya a la Asamblea y trate de ver a Mirabeau hoy mismo; si lo consigo, dentro de dos horas Vuestra Majestad recibirá la contestación.

La Reina hizo con la mano un ademán de asentimiento y de despedida, y Gilberto salió.

Una hora después hallábase en la Asamblea.

Esta última parecía muy agitada a causa del crimen cometido casi a sus puertas, en un hombre que era en cierto modo su servidor.

Los diputados iban y venían de la tribuna a sus bancos y de estos al corredor.

Solamente Mirabeau permanecía inmóvil en su sitio y esperaba, con los ojos fijos, en la tribuna pública.

Al divisar a Gilberto, su rostro se animó.

El doctor hizo una señal, a la que contestó con un movimiento de cabeza.

Gilberto rasgó una hoja de su cartera y escribió:

Vuestras proposiciones han sido aceptadas, si no por las dos partes, al menos por la que vos y yo creemos la más influyente de ambas.

Se pide una memoria para mañana, y un proyecto de ministerio para hoy.

¡Haced que se devuelva la fuerza al poder ejecutivo, y este contará con vos!

Después dobló el papel en forma de carta, escribiendo en el sobre:

Al señor Mirabeau.

Luego llamó a un ujier y envió la esquila a su destino.

Desde la tribuna donde se hallaba, Gilberto vio entrar al ujier en la sala, dirigirse al diputado por Aix y entregarle el billete.

Mirabeau lo leyó con una expresión de tan profunda indiferencia, que a su vecino más próximo le habría sido imposible adivinar que el billete que acababa de recibir correspondía a sus más ardientes deseos; y con la misma indiferencia, en una media hoja de papel que tenía ante sí, trazó algunas líneas, la dobló lentamente, y siempre con la misma frialdad, entrególa al ujier.

—Dad esto a la persona que me ha enviado el billete —dijo.

Gilberto abrió con viveza el papel.

Contenía estas pocas líneas, que encerraban tal vez otro porvenir para Francia, si se hubiera puesto en ejecución el plan que proponían.

Hablaré.

Mañana se enviará la memoria.

He aquí la lista pedida; se podrán modificar dos o tres nombres:

El señor Necker, primer ministro...

Este nombre hizo casi dudar a Gilberto que fuese Mirabeau quien había escrito el billete.

Pero como una nota entre paréntesis seguía a este nombre, así como a los demás, Gilberto continuó su lectura:

El señor Necker, primer ministro. (Es preciso hacerle tan impotente como es incapaz, y conservar, sin embargo, su popularidad al Rey).

El Arzobispo de Burdeos, canciller. (Se le recomendará que elija con mucho cuidado sus redactores).

El duque de Liancourt, en Guerra. (Tiene honor, firmeza y afecto al Rey, lo cual es una seguridad para este).

El conde de Rochefoucauld, cuarto del Rey y ciudad de París. (Con Thouret).

El conde de la Marck, en Marina. (No se le puede dar el departamento de la Guerra, que se conferirá al señor de Liancourt; el señor de la Marck es fiel: tiene carácter y ejecución).

El obispo de Antun, ministro de Hacienda. (Su moción del

clero le ha conquistado este puesto. Labor de con él).

El conde de Mirabeau, en el Consejo del Rey, sin cartera. (Los ligeros escrúpulos del respeto humano no se estilan ya: el Gobierno debe afirmar en alta voz que sus primeros auxiliares serán en adelante los buenos principios, el carácter y el talento).

Target, alcalde de París. (Su jurisdicción le conducirá siempre).

Lafayette en el Consejo; mariscal de Francia y

generalísimo por tiempo limitado para reorganizar el ejército.

El señor de Montmorin, gobernador, duque y Par. Sus deudas pagadas.

El señor de Segur (de Rusia), en Negocios Extranjeros.

El señor Mounier, bibliotecario del Rey.

El señor Chapelier, construcciones.

Debajo de esta primera nota se había escrito lo siguiente:

Proposición de Lafayette.

*Ministro de Justicia, duque
de la Rochefoucauld.*

*Ministro de Negocios
Extranjeros, el obispo de Antun.*

*Ministro de Hacienda,
Lambert, Haller o Clavières.*

Ministro de Marina...

Proposición de la Reina.

*Ministro de la Guerra o de
Marina, la Marck.*

*Jefe del Consejo de
Instrucción y Educación
pública, el abate Sieyès.*

*Guardasellos privado del
Rey...*

Esta segunda nota indicaba evidentemente los cambios y modificaciones que se podían hacer en la combinación propuesta por Mirabeau, sin oponer obstáculos a sus miras ni perturbar sus proyectos^[8].

Todo esto se había escrito ligeramente con mano temblorosa, lo cual probaba que Mirabeau, indiferente al parecer, experimentaba cierta emoción en su interior.

Gilberto leyó rápidamente, rasgó otra hoja de su cartera, y escribió las tres o cuatro líneas siguientes, entregando el papel al ujier que esperaba la contestación:

Vuelvo a la casa de la dueña de la habitación que deseamos alquilar, y le comunicaré las condiciones que consentís en tomarla y ocuparla.

Enviadme a decir a mi casa, calle de San Honorato, frente a la tienda de un carpintero llamado Duplay, el resultado de la sesión, apenas haya terminado.

Siempre ávida de movimiento y de agitaciones, esperando combatir, por las intrigas políticas, la pasión de su alma, la Reina anhelaba el regreso del doctor

con impaciencia, escuchando el nuevo relato de Weber.

Este relato era el terrible desenlace de la espantosa escena cuyo principio había visto Weber, y que acababa de ver el fin.

Enviado por la Reina para informarse, había llegado por una extremidad del Puente Nuevo, mientras que por la otra aparecía el sangriento cortejo, llevando como bandera del asesinato la cabeza del panadero Francisco, que por una de esas burlas populares que indujo a rizar las cabezas de los guardias de corps en el Puente de Sevres, uno de los asesinos, más

perverso que los demás, había cubierto con un gorro de algodón cogido a uno de los cofrades de la víctima.

Hacia la mitad del puente, una mujer joven, pálida, fuera de sí, con la frente bañada en sudor, y que a pesar de un principio de preñez bien visible, corría bien ligera hacia la Casa Consistorial, se detuvo de pronto.

Aquella cabeza, cuyas facciones no había podido distinguir aún, produjeron en ella, sin embargo, el efecto del escudo antiguo.

Y a medida que la cabeza se acercaba, era fácil notar, por la descomposición de las facciones de la

pobre mujer, que no se había convertido en piedra.

Cuando el horrible trofeo no estuvo más que a veinte pasos de ella, profirió un grito, extendió los brazos con un movimiento desesperado y cayó desvanecida en el puente.

Aquella era la mujer de Francisco, embarazada de cinco meses.

Se la habían llevado desmayada.

—¡Oh! Dios mío —murmuró la Reina—, es una terrible enseñanza que enviáis a vuestra sierva, para demostrarle que por desgraciado que uno sea, existen otros que lo son más.

En aquel instante Gilberto entró,

introducido por la señora Campan, que había reemplazado a Weber para guardar la puerta real.

El doctor encontró, no a la Reina, sino a la mujer, a la esposa, a la madre, agobiada bajo el relato que había herido dos veces su corazón.

Por esto escuchó con mejores disposiciones a Gilberto, que venía a ofrecer el medio de poner término a todos aquellos asesinatos.

La Reina, enjugando sus ojos llenos aún de lágrimas y su frente bañada en sudor, tomó de manos de Gilberto la lista que le presentaba.

Pero antes de fijar la vista en el

papel, por importante que fuera, volvióse hacia Weber y le dijo:

—Si esa pobre mujer no ha muerto, la recibiré mañana, y si está verdaderamente encinta, seré la madrina de su hijo.

—¡Ah!, señora —exclamó Gilberto—, ¿por qué no pueden todos los franceses ver como yo las lágrimas que corren de vuestros ojos y oír las palabras que pronunciáis?

La Reina se estremeció: estas palabras eran poco más o menos las mismas que en una circunstancia no menos crítica le había dirigido Charny.

Después fijó su mirada en la nota de

Mirabeau; pero demasiado perturbada en aquel momento para dar una respuesta conveniente, se limitó a decir:

—Está bien, doctor, dejadme este escrito; reflexionaré, y os daré mi contestación mañana.

Y después, tal vez sin saber lo que hacía, ofreció la mano a Gilberto, que muy sorprendido la rozó con los labios y los dedos. Se convendrá en que esto era ya una gran concesión para la altiva María Antonieta: discutir un ministerio del que formaban parte Mirabeau y Lafayette, y dar su mano a besar al doctor Gilberto.

A las siete de la noche, un lacayo

con librea entregó a Gilberto el siguiente billete:

*La sesión ha sido
borrascosa.*

Se ha votado la ley marcial.

*Buzot y Robespierre querían
que se crease un alto tribunal.*

*He conseguido que se
decretase que los crímenes de
lesa nación (es un término
nuevo que acabamos de
inventar) serían juzgados por el
tribunal real del Châtelet.*

*He puesto sin vacilar la
salvación de Francia en la*

fuerza de la monarquía, y las tres cuartas partes de la Asamblea han aplaudido.

Estamos a 21 de octubre: creo que la monarquía ha recorrido bastante camino desde el 6.

Vale y me ama.

El billete no estaba firmado, pero la letra era la misma que la de la nota ministerial y del billete de la mañana, lo cual venía a ser lo propio, puesto que el escrito era de mano de Mirabeau.

Capítulo XXVII

EL CHÂTELET

Para que se comprenda todo el alcance del triunfo que Mirabeau acababa de alcanzar, y por relación con este la monarquía, de la cual se habría hecho mandatario, es preciso que digamos a nuestros lectores lo que era el Châtelet.

Por lo demás, uno de los primeros juicios dará lugar a una de las más terribles escenas ocurridas en la plaza

de Greve, en el transcurso del año 1790, escena que, no siendo extraña a nuestro asunto, tendrá necesariamente su lugar en la continuación de este relato.

El Châtelet, que desde el siglo XIII había tenido gran importancia histórica, como tribunal prisión, obtuvo del rey Luis IX los poderes que ejerció durante cinco siglos.

Otro rey, Felipe Augusto, constructor como pocos, mandó edificar Nuestra Señora. Fundó los Hospitales de la trinidad, de Santa Catalina y de San Nicolás del Louvre. Dispuso que se empedraran las calles de París, que cubiertas de barro y de cieno le

impedían, por su hedor, según dice la crónica, asomarse a su ventana.

Tenía a la verdad un gran recurso para todos sus gastos, recurso que sus sucesores han agotado desgraciadamente: eran los judíos.

En 1189 le atacó la locura del tiempo.

Esta locura consistía en querer apoderarse de nuevo de Jerusalén; se alió con Ricardo Corazón de León, y marchó a los Santos Lugares.

Pero antes de salir, a fin de que sus buenos deseos parisienses no perdieran el tiempo, y en sus momentos perdidos no pensarán en rebelarse contra él, como

a instigación suya se habían rebelado más de una vez los súbditos y hasta los hijos de Enrique II de Inglaterra, les dejó un plan, ordenándoles que se ocuparan en su ejecución apenas él se hubiera marchado.

Este plan consistía en construir un nuevo recinto en su ciudad, recinto del que dejaba el plano, y que debía componerse de una muralla sólida, verdadera muralla del siglo XII, con torrecillas y puertas.

Era la tercera que rodeaba París.

Como ya se comprenderá, los ingenieros encargados de aquella obra no tomaron bien la medida de su capital,

que se había ensanchado rápidamente desde Hugo Capeto, tanto, que prometía hacer crujir muy pronto su tercer recinto, como lo había hecho con los dos primeros.

Se procuró remediar esto, y encerrándose en él, como precaución para el porvenir, muchos caseríos pobres destinados a ser más tarde parte del gran todo.

Estos caseríos y aldeas, por míseros que fueran, tenían cada uno su justicia señorial.

Ahora bien, todas estas justicias, que casi siempre se centralizaban una en otra, encerradas en el mismo recinto

hicieron más sensible la oposición, acabando por chocar entre sí tan singularmente, que introdujeron mucha confusión en aquella capital.

Existía en aquella época un señor de Vicennes que, teniendo, según parece, más motivo de queja que los demás, por causa de aquel conflicto, resolvió poner término a este.

Aquel señor era Luis IX.

Porque es bueno que sepan los niños y hasta los hombres, que cuando Luis IX dispensaba justicia bajo aquella famosa encina que ha llegado a ser proverbial, lo hacía como señor, y no como rey.

En su consecuencia dispuso como

soberano, que todas las causas juzgadas por las pequeñas justicias señoriales serían llevadas, por apelación, ante su Châtelet de París.

La jurisdicción del Châtelet se vio entonces muy poderosa, puesto que se le encargaba de juzgar en última apelación.

El Châtelet se conservó por lo tanto como tribunal supremo, hasta el instante en que el Parlamento, interviniendo a su vez en la justicia real, declaró que entendería por vía de apelación en las causas juzgadas en el Châtelet.

Pero la Asamblea acababa de suspender los Parlamentos.

—Los hemos enterrado a todos

vivos —decía Lameth al salir de la sesión.

Y en lugar de los parlamentos, a instancias de Mirabeau, acababa de reintegrar al Châtelet en su antiguo poder, agregando otros nuevos.

Era, pues, un triunfo para la monarquía que los crímenes de lesa nación fuesen llevados a un tribunal que la pertenecía.

El primer crimen que el Châtelet debió entender fue el que hemos citado antes.

El día mismo de promulgarse la ley, dos de los asesinos del desgraciado Francisco, fueron ahorcados en la plaza

de Greve, sin más proceso que la acusación pública y notoriedad del crimen.

Un tercero, el antiguo reclutador Fleur-d'Epine, que se citó en otro lugar, juzgado sumariamente se le degradó, y condenado por el Châtelet, siguió el mismo camino que sus compañeros, para reunirse con ellos en la eternidad.

Se debían ver otras dos causas.

La del arrendatario general Angeard, y la del inspector general de los suizos, Pedro Víctor de Besenval.

Eran dos hombres fieles a la corte, y por eso se consideró urgente trasladar su causa al Châtelet.

Angeard, a quien se acusaba de haber suministrado los fondos con que la camarilla de la Reina pagaba, en julio, las tropas reunidas en el Campo de Marte, no era muy conocido, y su detención no había hecho mucho ruido; de modo que el populacho no le tenía mala voluntad.

El Châtelet le absolvió sin mucho escándalo.

Faltaba Besenval.

Este último era otra cosa: un hombre no podía ser más popular en el mal sentido de la palabra.

Este hombre era quien había mandado los suizos en casa de

Reveillon, en la Bastilla y en el Campo de Marte. El pueblo recordaba que en aquellas tres circunstancias él fue quien atacó, y no se arrepentía de haber tomado su desquite.

La corte había dado las más precisas órdenes al Châtelet; ni el Rey ni la Reina querían bajo ningún pretexto que Besenval fuese condenado: y no se necesitaba menos que esta doble protección para salvarle.

El mismo Besenval se había reconocido culpable, puesto que después de la toma de la Bastilla huyó; mas alcanzado a medio camino de la frontera, se le condujo a París.

Por eso cuando entró en la sala fue recibido con gritos de muerte casi unánimes.

—¡Besenval al farol! ¡Besenval a la horca! —vociferaban por todas partes.

—¡Silencio! —gritaron los ujieres.

A duras penas se consiguió restablecerle.

Uno de los asistentes se aprovechó de él.

—Pido —gritó una magnífica voz de bajo—, que se le divida en tres pedazos y que se envíe uno a cada cantón.

Mas a pesar de los cargos contra el acusado, a pesar de la animosidad del auditorio, Besenval fue absuelto.

Indignado por está doble absolución, uno de los oyentes escribió una quarteta en un pedazo de papel, hizo con este una bolita, y se la envió al presidente.

Este último desdobló el papel y leyó lo que sigue:

*Magistrados que juzgáis
Sin justicia ni conciencia,
Sois como el papel de
estraza:
Seca el borrón y lo deja.*

La quarteta tenía firma, y el presidente se volvió para buscar al autor.

Este último estaba de pie en un banco, solicitando con sus ademanes la mirada del presidente.

Pero esta mirada se bajó ante aquel hombre.

No se atrevieron a detenerle.

Cierto que el autor era Camilo Desmoulins, el de la silla, el de las pistolas y el de las hojas de castaño.

Por eso uno de aquellos que salían entre la multitud oprimida, y que por su traje hubiérase dicho que era un simple menestral del Marais, dirigiéndose a uno de sus vecinos y poniéndole una mano sobre el hombro, aunque parecía pertenecer a una clase superior de la

sociedad, le dijo:

—¿Qué tal, señor Gilberto, qué os parecen esas dos absoluciones?

Aquel a quien se dirigía se estremeció, miró a su interlocutor, y reconociendo las facciones como había reconocido la voz, contestó:

—A vos, y no a mí, es a quien se debe preguntar esto, maestro; a vos, que lo sabéis todo: el presente, el pasado y el porvenir...

—Pues bien, yo pienso que después de absueltos estos culpables, es preciso decir: «¡Desgraciado del inocente que caiga en tercer lugar!».

—Y ¿por qué creéis que un inocente

será el que venga detrás y que se le castigará? —preguntó Gilberto.

—Pues por una razón muy sencilla —contestó su interlocutor con esa ironía que le era natural—, porque es bastante común en este mundo que los buenos padezcan por los malos.

—Adiós, maestro —dijo Gilberto, ofreciendo la mano a Cagliostro, pues por las pocas palabras que había pronunciado, se habrá reconocido sin duda al terrible escéptico.

—Y, ¿por qué diablos?

—Porque tengo que hacer —contestó Gilberto sonriendo.

—¿Una cita?

—Sí.

—¿Con quién? ¿Con Mirabeau, con Lafayette, o con la Reina?

Gilberto se detuvo mirando a Cagliostro con expresión inquieta.

—¿Sabéis que me espantáis algunas veces? —le dijo.

—Al contrario, debería tranquilizaros —dijo Cagliostro.

—¿Cómo así?

—¿No soy amigo vuestro?

—Me parece que sí.

—Estad seguro de ello. ¿Queréis una prueba?

—Veamos.

—Venid conmigo y os daré, respecto

a toda esa negociación que creéis muy secreta, detalles y pormenores que vos ignoráis, vos que creéis ser quien la dirige.

—Escuchad —dijo Gilberto—, tal vez os burléis de mí con la ayuda de alguno de esos prestigios que os son familiares; pero no importa, las circunstancias en que nos hallamos son tan graves, que aunque el mismo Satanás en persona me ofreciese una aclaración, la aceptaría. Os sigo, pues, por todas partes y adonde queráis conducirme.

—¡Oh!, estad tranquilo, no será muy lejos, y vamos a un sitio que ya conocéis; pero permitid que detenga ese

coche de plaza que ahora pasa, pues el traje con que he salido no me permitió servirme del mío.

En efecto, hizo una señal al conductor de un coche que pasaba por el otro lado del muelle, aquel se acercó y los dos subieron.

—¿Adónde se os debe conducir, ciudadano? —preguntó el cochero a Cagliostro, como si comprendiese que este, aunque más sencillamente vestido, era el que conducía al otro adonde le acomodaba.

—Adonde ya sabes —contestó el Conde, haciendo al cochero una especie de señal masónica.

El hombre miró a su interlocutor con asombro.

—Dispensad, monseñor —dijo, contestando con otra señal—, no os había reconocido.

—Pues no me sucede a mí lo mismo —replicó Cagliostro con voz firme y altiva—, pues por numerosos que sean, conozco desde el primero hasta el último de mis súbditos.

El cochero cerró al portezuela, subió al pescante, y al galope de sus caballos condujo el coche a través de aquel dédalo de calles que conducían desde el Châtelet hasta el bulevar de las Hijas del Calvario; desde aquí, continuando su

carrera hacia la Bastilla, no se detuvo hasta llegar a la esquina de la calle de San Claudio. Entonces la portezuela se abrió con una rapidez que indicaba el celo respetuoso del cochero.

Cagliostro hizo señal a Gilberto para que se apease primero, y bajó a su vez.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó al cochero.

—Sí, monseñor —contestó el hombre—, y os lo habría dicho esta noche, si no hubiera tenido la suerte de encontraros.

—Habla, pues.

—Lo que tengo que decir a

monseñor, no debe ser escuchado por oídos profanos.

—¡Oh! —dijo Cagliostro sonriendo —, la persona que está aquí no es del todo profana.

Gilberto fue quien se alejó por discreción.

Sin embargo, no pudo menos de mirar con un ojo y escuchar con un oído.

Y notó que el relato del cochero hacía sonreír a Bálsamo.

Oyó los dos nombres Provenza y Favras, y terminado el informe, Cagliostro sacó un doble luis del bolsillo y quiso dárselo al cochero, pero este movió la cabeza.

—Monseñor sabe muy bien —dijo —, que está prohibido por la junta suprema el admitir dinero por los informes.

—No te pago por lo que me has dado —dijo Bálsamo—, sino por tu carrera.

—Bajo este título, acepto.

Y tomando el doble luis, añadió:

—Gracias, monseñor, ya tengo el jornal del día.

Y saltando ligeramente a su pescante se alejó al trote de sus caballos, haciendo crujir su látigo y dejando a Gilberto maravillado de lo que acababa de ver y oír.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cagliostro, que tenía la puerta abierta hacía algunos segundos, sin que Gilberto se acordase de entrar—. ¿No pasáis, querido doctor?

—Ya estoy aquí —contestó Gilberto—, dispensadme.

Y franqueó el umbral, tan aturdido que vacilaba como un hombre ebrio.

Capítulo XXVIII

OTRA VEZ LA CASA DE LA CALLE DE SAN CLAUDIO

Sin embargo conocido es el dominio que Gilberto tenía sobre sí; de modo que, apenas había cruzado el patio solitario cuando ya estaba repuesto, y franqueó la escalinata con un paso tan firme como vacilante era al traspasar el umbral de la puerta.

Por lo demás, conocía ya la casa donde entraba, pues habíala visitado antes una vez en una época de su vida que dejó en su corazón profundos recuerdos.

En la antecámara encontró al mismo criado alemán que había visto dieciséis años antes; hallábase en el mismo sitio y vestía una librea semejante; pero así como él, Gilberto, como el Conde, y como la misma antecámara, había envejecido de dieciséis años.

Fritz —ya se recordará que este era el nombre del antiguo servidor— adivinó con los ojos la habitación a que su amo deseaba conducir a Gilberto, y

abriendo rápidamente las dos puertas se detuvo en el umbral de una tercera, para asegurarse de que Cagliostro no tendría que darle otra orden.

Aquella tercera puerta era la del salón.

Cagliostro hizo seña a Gilberto de que podía entrar allí, y otra con la cabeza a Fritz para que se retirase.

Pero le dijo en alemán:

—No estoy para nadie hasta nueva orden.

Y añadió, volviéndose hacia Gilberto:

—No hablo en alemán a mi criado para que no me comprendáis, pues ya sé

que poseéis este idioma; pero es que Fritz es natural del Tirol, comprende mejor el alemán que el francés. Y ahora, sentaos; estoy a vuestra disposición, doctor.

Gilberto no pudo menos de pasear una mirada curiosa a su alrededor, y durante unos momentos sus ojos se fijaron sucesivamente en los muebles y cuadros que adornaban el salón, los cuales iba recordando uno por uno.

En cuanto a la habitación era la misma de otras veces: los ocho cuadros de maestros estaban siempre colgados en las paredes; en los sillones, revestidos de lustrina color cereza con

bordados de oro, seguían brillando estos adornos en la penumbra formada por los gruesos cortinajes; la gran mesa de Boule estaba en su sitio, y los veladores cargados de porcelanas de Sevres, hallábanse aún entre las ventanas.

Gilberto exhaló un suspiro y apoyó su cabeza en la mano. A la curiosidad del presente se habían reunido los recuerdos del pasado, por lo menos un instante.

Cagliostro miraba a Gilberto como Mefistófeles debió de mirar a Fausto cuando el filósofo alemán cometía la imprudencia de entregarse a sus sueños delante de él. Después, con su voz

estridente dijo de pronto:

—Parece, doctor, que reconocéis este salón...

—Sí —contestó Gilberto—, me acuerdo de las obligaciones contraídas con vos.

—¡Ah, bah! ¡Son quimeras!

—A decir verdad —continuó Gilberto, hablando a la vez consigo y con Cagliostro—, sois un hombre extraño, y si la poderosa razón me permitiera dar fe a esos prodigios mágicos de que nos hablan los poetas y los cronistas de la Edad Media me inclinaría a creer que sois hechicero como Merlín, o que hacéis oro como

Nicolás Flemel.

—Sí, para todo el mundo soy eso, Gilberto; mas para vos no, y nunca intenté deslumbraros con prestigios. Bien sabéis que siempre os hice tocar el fondo de las cosas, y si algunas veces habéis visto que, al llamar yo a la verdad, esta salía de su pozo más engalanada que de costumbre, es que, como verdadero siciliano, soy aficionado a los oropeles.

—Aquí es, como recordaréis —dijo el doctor—, donde disteis, señor Conde, cien mil escudos a un muchacho andrajoso, con la misma facilidad con que yo daría dos sueldos a un pobre.

—Olvidáis una cosa más extraordinaria, Gilberto —replicó Cagliostro con gravedad—, y es que aquel muchacho andrajoso me devolvió los cien mil escudos, excepto dos luises que había gastado para comprarse ropa.

—El muchacho no era más que honrado; mientras que vos fuisteis espléndido.

—¿Y quién os dice, Gilberto, que no es más fácil ser espléndido que honrado, y dar cien mil escudos cuando se tienen siete millones, que no devolver esta suma a quien os la prestó cuando no se tiene un cuarto?

—Tal vez sea verdad —contestó

Gilberto.

—Por lo demás, todo depende de la disposición de ánimo en que uno se encuentra. Acababa de sufrir la mayor desgracia de mi vida, Gilberto, ya no tenía apego a nada, y si me hubierais pedido mi vida, creo, Dios me perdone, que os la hubiera dado como os di los cien mil escudos.

—¿Es decir que estáis sometido a la desgracia como los demás hombres? —dijo Gilberto, mirando al Conde con cierto asombro.

Cagliostro exhaló un suspiro.

—Habláis de los recuerdos que este salón evoca en vos, digo; si supierais

los que despierta en mi alma... pero no, pues antes de terminarse el relato, mis cabellos blanquearían del todo. Hablemos de otra cosa, dejando que los acontecimientos de otro tiempo duerman en el olvido, que es sudario; en el pasado, que es su tumba, y ocupémonos tan sólo del presente, o del futuro si queréis.

—¡Conde, antes me hacíais volver a la realidad, rompiendo con el charlatanismo, y he aquí que pronunciáis de nuevo la sonora palabra *el porvenir* como si este se hallase en vuestras manos, y como si vuestros ojos pudieran ver sus indescifrables jeroglíficos!

—Y vos olvidáis también que, teniendo a mi disposición más medios que los otros hombres, no tiene nada de extraño que vea mejor y más lejos que ellos.

—¡Siempre palabras, Conde!

—Olvidáis los hechos, doctor.

—¡Qué queréis, cuando mi corazón rehúsa creer!

—¿Os acordáis de aquel filósofo qué negaba el movimiento?

—Sí.

—¿Qué hizo su adversario?

—Anduvo delante de su competidor.

¡Andad vos, ya os miro, o, más bien, hablad, ya os escucho!

—En efecto, para eso hemos venido, ya hemos perdido mucho tiempo en otra cosa. Veamos, doctor, ¿qué hay de nuestro ministerio de fusión?

—¿Cómo de nuestro ministerio de fusión?

—Sí, de nuestro ministerio Mirabeau-Lafayette.

—No hay más que los vanos rumores que habéis oído repetir con los demás, y tal vez queréis conocer su realidad interrogándome.

—Doctor, sois la duda viviente, y lo más terrible es que dudáis, no porque no creéis, sino porque no queréis creer. ¿Sería preciso deciros lo que sabéis tan

bien como yo? Sea... después os hablaré de lo que sé mejor que vos.

—Ya escucho, Conde.

—Quince días hace habéis hablado al Rey del señor de Mirabeau como único hombre que pudiera salvar la monarquía. Recordaréis que aquel día salíais de la habitación del Rey cuando el señor de Favras entraba.

—Lo cual prueba que aún no le habían ahorcado, Conde —replicó Gilberto sonriendo.

—¡Oh!, vais muy deprisa, doctor. No creía que fueseis tan cruel; dejad algunos minutos al pobre diablo: os hice la predicción el 6 de octubre, y estamos

en 6 de noviembre, de modo que no ha transcurrido sino un mes. Conceded a su alma, para salir de su cuerpo, el tiempo que se otorga a un inquilino para dejar la habitación, un trimestre; pero observad, doctor, que me apartáis de mi camino.

—Volvamos a él, Conde; no deseo más que seguiros.

—Pues bien, habréis hablado al Rey del señor de Mirabeau como el único hombre que puede salvar la monarquía...

—Es mi opinión. Conde, y he aquí por qué he presentado esta combinación al Rey.

—También es la mía, doctor, y he aquí por qué la combinación que habéis presentado al Rey fracasará.

—¿Qué fracasará?

—Sin duda... ¡Bien sabéis que yo no quiero que la monarquía se salve! El Rey, muy perplejo ya por lo que le dijisteis —dispensad si tomo las cosas desde el principio, para probaros que no ignoro ninguna fase de la negociación—; pues bien, el Rey, decía, habló de vuestra combinación a la Reina, y —con gran asombro de las personas superficiales, cuando, pasado el tiempo, esa gran charlatana que llaman la historia diga en voz alta lo que aquí

decimos en voz baja— la Reina se mostró menos opuesta aún que el Rey a vuestro proyecto. Por eso os mandó llamar, discutió con vos el pro y el contra, y acabó por autorizaros para hablar a Mirabeau. ¿No es así? — preguntó Cagliostro, mirando al doctor fijamente.

—Debo confesar, Conde, que hasta aquí no os habéis desviado ni un ápice del camino recto.

—Con lo cual, señor orgulloso, os retirasteis muy satisfecho y plenamente convencido de que aquella conversión era debida a vuestra poderosa lógica y a vuestros irresistibles argumentos.

Al oír este tono irónico, Gilberto no pudo menos de morderse los labios.

—¿Y a qué se debía esa conversión sino a mi lógica y a mis argumentos, decid Conde? El estudio del corazón es siempre para mí tan precioso como el del cuerpo; habéis inventado un instrumento con el cual se lee en el pecho de los reyes; dejadme ese maravilloso telescopio, Conde, pues seríais enemigo de la humanidad si lo guardarais para vos solo.

—Os he dicho que no tenía secretos para vos, doctor, y para satisfacer vuestros deseos voy a poner mi telescopio en vuestras manos, a fin de

que podáis mirar a vuestro antojo, lo mismo por la extremidad que disminuye como por aquella que aumenta. Pues bien, la Reina ha cedido por dos razones: la primera, porque la víspera había tenido un profundo pesar; de modo que proponerle anudar una intriga y desenredarla, era lo mismo que proponerle una distracción; la segunda se debe a que la Reina es mujer a quien han hablado de Mirabeau como de un león, un tigre o un oso, y una mujer no sabe resistir nunca al deseo tan halagüeño para el amor propio como el de domesticar un oso, un tigre o un león. Sin duda se ha dicho: «Sería curioso que

humillase a mis pies a ese hombre que odio; que obligara a ese tribuno a pedirme perdón por haberme insultado. Le veré a mis pies y esta será mi venganza. Además, si de esa genuflexión resulta algún bien para Francia y para la monarquía, tanto mejor». Ya comprenderéis, doctor, que este último sentimiento es secundario.

—Habláis sobre hipótesis, Conde, y habíais prometido convencerme con hechos.

—Rehusáis mi telescopio, y por lo tanto no hablemos más y volvamos a las cosas naturales, a las que se pueden observar a simple vista, a las deudas del

señor Mirabeau, por ejemplo. ¡Ah!, he aquí cosas para las cuales no se necesita telescopio.

—Pues bien, Conde, aquí tenéis la oportunidad de mostraros generoso.

—¿Pagando las deudas del señor Mirabeau?

—¿Por qué no? Bien pagasteis un día las del cardenal de Rohan.

—¡Ah!, no me censuréis por aquella especulación; fue una de aquellas que mejor resultado me dieron.

—¿Y qué os produjo?

—El asunto del collar... y me parece que fue muy bonito. A semejante precio, pago las deudas del señor

Mirabeau; mas por lo pronto ya sabéis que él no cuenta conmigo; confía en el futuro generalísimo Lafayette, que le hace saltar para coger cincuenta mil francos, los cuales acabará por no darle.

—¡Oh, Conde!

—¡Pobre Mirabeau, cómo hacen pagar a tu genio las locuras de tu juventud todos esos necios y fatuos con quienes tratas! Ciertamente que todo esto es providencial, y que Dios se ve obligado a proceder por medio de su mano. «¡El inmoral Mirabeau!», dice el señor de Provenza que es impotente; «¡Mirabeau el pródigo!», dice el conde de Artois, a quien su hermano ha debido pagar tres

veces sus deudas. ¡Pobre hombre de genio!, sí, tú salvarías tal vez la monarquía; pero esta no debe salvarse. «¡Mirabeau es un monstruoso charlatán!», dice la Poule. «¡Mirabeau es un pillo!», dice Guillermy. «¡Mirabeau es un asesino!», dice el abate Maury. «¡Mirabeau es un hombre muerto!», dice Target. «¡Mirabeau es un hombre enterrado!», dice Duport. «¡Mirabeau es un orador a quien silban más que aplauden!», dice Pelletier. «¡Mirabeau tiene la viruela en el alma!», dice Champcenetz. «¡Se ha de enviar a presido a Mirabeau!», dice Lámbese. «¡Es preciso ahorcarle!», dice Marat. Y

si Mirabeau muere mañana, el pueblo le hará una apoteosis, y todos esos enanos; los cuales domina por el busto, y en los que pesará mientras viva, seguirán su cortejo cantando y gritando: «¡Desgraciada Francia, que ha perdido su tribuno! ¡Desgraciada monarquía, que ha perdido su apoyo!».

—¿Vais a pronosticarme también la muerte de Mirabeau? —exclamó Gilberto casi asustado.

—Veamos, francamente, doctor, ¿creéis que tendrá larga vida ese hombre a quien la sangre quema, a quien el corazón ahoga y el genio consume? ¿Creéis que las fuerzas, por gigantescas

que sean, no se agotan en la continua y eterna lucha contra la corriente y la medianía? ¡La obra emprendida por ese hombre es la roca de Sísifo! ¿No le agobian sin cesar, desde hace dos años, con la palabra inmoralidad? Cada vez que después de inusitados esfuerzos cree haberlos rechazado hasta la montaña, esta palabra vuelve a caer sobre él con más dureza que nunca. ¿Qué han ido a decir al Rey, que había adoptado casi la opinión de la Reina respecto a nombrar a Mirabeau primer ministro? «¡Señor, París clamará contra la inmoralidad, y lo mismo harán Francia y la Europa entera!». ¡Como si Dios fundiera los

grandes hombres en el mismo molde que la generalidad de los mortales, y como si al ensancharse el círculo que encierra las grandes virtudes, no debiera abrazar también los grandes vicios! Gilberto, os cansaríais en vano, vos y dos o tres hombres inteligentes, para elevar a Mirabeau a ministro; es decir, a lo que han sido el señor Turgot, un necio, el señor Necker, un pedante, el señor de Calonne, un fatuo, y el señor de Brienne, un ateo. Mirabeau no será ministro porque tiene cien mil francos de deudas, que se pagarían si fuese hijo de un simple arrendador general, y porque ha sido condenado a muerte por el rapto de

la mujer de un viejo imbécil, la cual acabó por asfixiarse, enamorada de un gallardo capitán. ¡Qué comedia es la tragedia humana, y cómo lloraría yo si no hubiese tomado el partido de reírme!

—¿Pero, qué predicción me hacéis?
—preguntó Gilberto, que si bien aprobaba la excursión que Cagliostro había hecho mentalmente en el país del espíritu, no se inquietaba más que por la conclusión.

—Os digo —repitió Cagliostro con ese tono profético propio de él y que no admitía réplica—, os digo que Mirabeau, el hombre de genio, el hombre de Estado, el gran orador,

gastará su vida y bajará a la tumba sin llegar a ser lo que todo el mundo ha sido, es decir, ministro. ¡Ah!, es una hermosa protección la medianía, querido Gilberto.

—Pero, en fin —preguntó el doctor —, ¿se opone el Rey?

—¡Diablo!, ¡se guardará bien! Debería discutir con la Reina, a quien ha dado casi su palabra. Ya sabéis que la política del Rey está en la palabra *casi*: es casi constitucional, casi filósofo, casi popular, y hasta casi perspicaz, cuando le aconseja su hermano. Id mañana a la Asamblea, querido doctor, y veréis lo que pasa.

—¿No podríais decírmelo de antemano?

—Sería privaros del placer de la sorpresa.

—¡Esperar hasta mañana es mucho!

—Pues haced otra cosa mejor: son las cinco; dentro de una hora se abrirá el Club de los Jacobinos...; ya sabéis que estos señores son aves nocturnas... ¿Sois de la sociedad?

—No; Camilo Desmoulins y Danton me han facilitado la entrada en los Franciscanos.

—Pues bien, como os decía, dentro de una hora el Club de los Jacobinos se abrirá. Es una sociedad muy bien

organizada, y no estaréis en ella fuera de vuestro lugar. Vamos a comer juntos, y después tomaremos un coche de plaza para que nos conduzca a la calle de San Honorato. Quedaréis edificado, y además, avisado con doce horas de anticipación, tal vez estéis a tiempo para dar el golpe.

—¿Cómo —preguntó Gilberto—, coméis a las cinco?

—A las cinco en punto; soy precursor en todas las cosas; dentro de dos años Francia no hará más que dos comidas, el almuerzo a las diez y media de la mañana y la comida a las seis de la tarde.

—¿Y quién producirá este cambio en sus costumbres?

—El hambre, amigo mío.

—A la verdad que sois profeta de desgracias.

—No, porque os anuncio una buena comida.

—¿Tenéis convidados?

—Estoy completamente solo; pero ya sabéis la frase del astrónomo antiguo: «Lúculo en casa de Lúculo».

—Monseñor está servido —dijo un ayuda de cámara abriendo las dos hojas de la puerta del comedor, brillante de luz y servido con magnificencia.

—Vamos, venid, señor pitagórico —

dijo el Conde, cogiendo del brazo a Gilberto—. ¡Bah!, una vez no es costumbre.

El doctor siguió al Conde, subyugado por la magia de sus palabras, y tal vez poseído de la esperanza de hacer brillar en su conversación algún relámpago que pudiese guiarle en medio de la oscuridad en que andaba.

Capítulo XXIX

EL CLUB DE LOS JACOBINOS

Dos horas después de la conversación que acabamos de citar, un coche sin librea y sin escudo se detenía delante del pórtico de la iglesia de San Roque, cuya fachada no habían mutilado aún las balas de 13 vendimiario.

De aquel coche se apearon dos hombres vestidos de negro, y al resplandor amarillento de los

reverberos que a larga distancia unos de otros cortaban la bruma de la calle San Honorato, siguiendo una especie de corriente trazada por la multitud, costearon el lado derecho de la calle hasta la puerta del convento de los Jacobinos.

Si nuestros lectores han adivinado, lo cual es probable, que aquellos dos hombres eran el doctor Gilberto y el conde de Cagliostro, o el banquero Zannone, como se hacía llamar en aquella época, no necesitamos decirles por qué se detenían delante de aquella puertecilla, puesto que este era el objeto de su excursión.

Por lo demás, ya lo hemos dicho, los recién llegados no tenían que hacer más que seguir a la multitud, porque esta era considerable.

—¿Queréis entrar en la nave, u os contentáis con un asiento en la tribuna?
—dijo Cagliostro a Gilberto.

—Yo creía —contestó el doctor—, que la nave era exclusivamente para los individuos de la sociedad.

—Sin duda; pero yo soy de todas las sociedades —dijo Cagliostro sonriendo—, y puesto que es así, mis amigos pertenecen a ellas también. He aquí una tarjeta para vos, si la queréis; en cuanto a mí, me basta decir una palabra.

—Nos reconocerán como extranjeros —observó Gilberto—, y nos harán salir.

—En primer lugar, debo deciros, querido doctor, una cosa que no sabéis, según parece, y es que la sociedad de los Jacobinos, fundada desde hace tres años, cuenta ya sesenta mil individuos, poco más o menos, tan sólo en Francia, y llegará a tener hasta cuatrocientos mil antes de terminar el año. Además, amigo mío —añadió Cagliostro sonriendo—, aquí está el verdadero Gran Oriente, el centro de todas las sociedades secretas, y no en casa de ese imbécil Fauchet, como se cree. Ahora bien, si no tenéis

derecho para entrar como un jacobino, tendréis un puesto señalado como aspirante.

—No importa —contestó el doctor —, prefiero la tribuna, porque desde ella se domina toda la asamblea; si se presenta algún hombre notable que yo no conozca, ya tendréis la bondad de decirme quién es.

—Pues a las tribunas —dijo Cagliostro. Y tomó por la derecha una escalera de tablas que conducía a las improvisadas tribunas.

Estas últimas estaban llenas; pero en la primera a la que Cagliostro se dirigió, bastóle hacer una seña y pronunciar una

palabra a media voz, para que dos hombres que se hallaban en la delantera, como si estuviesen avisados de su llegada y no ocupasen aquellos sitios sino para guardarlos, se retirasen al punto.

Los recién venidos los reemplazaron. Aún no había comenzado la sesión; los individuos de la asamblea estaban confusamente diseminados en la sombría nave, los unos hablando en los grupos y los otros paseándose en el reducido espacio que sus numerosos compañeros les dejaban; varios de ellos, en fin, parecían meditar aislados o permanecían en la sombra en pie y

apoyados en un macizo pilar.

Escasas luces iluminaban con rayos vacilantes aquella multitud, difundiendo una incierta claridad en la que no se reconocían los rostros o las personas sino cuando estas se encontraban por casualidad bajo uno de aquellos débiles rayos de luz.

Pero hasta en la penumbra era fácil ver que se estaba en medio de una reunión aristocrática: los trajes bordados y los uniformes de oficiales de mar y tierra salpicaban a la multitud con reflejos de oro y plata.

En efecto, en aquella época ni un solo obrero, ni un hombre del pueblo, y

hasta diremos ningún individuo de la clase media, *democratizaba* aquella ilustre asamblea.

En cuanto a la gente de baja esfera, reuníase en una segunda sala que estaba debajo de la principal, y se abría a otra hora, a fin de que el pueblo y la aristocracia no se codeasen; para la instrucción de aquel pueblo se había fundado una sociedad fraternal.

Los individuos de esta sociedad tenían la misión de explicar la Constitución y hablar sobre los derechos del hombre.

En cuanto a los jacobinos, como ya hemos dicho, en aquella época formaban

una sociedad militar, aristocrática, intelectual, y sobre todo letrada y artística.

En efecto, los hombres de letras y los artistas estaban en mayoría.

Entre estos últimos estaban: La Harpe, autor de *Melania*; Chénier, autor de *Carlos IX*; Andrieux, autor de *Los Aturdidos*, que infundía ya, a la edad de treinta años, las mismas esperanzas que daba a los setenta, y que murió habiendo prometido siempre sin cumplir jamás; también se hallaba allí Sedaine, antiguo lapidario, protegido de la Reina y realista de corazón como los más de los reunidos. Chanfort, el poeta laureado,

exsecretario del señor príncipe de Condé y lector de *madame* Isabel; Lacios, el hombre del duque de Orleáns, autor de las *Alianzas Peligrosas*, que representa a su señor, y que, según las circunstancias, está encargado de recordarle a sus amigos o dejar que le olviden sus adversarios.

Entre los artistas se halla Taima, el romano que desempeñando el papel de Tito hará una revolución, y gracias a él se cortarán las cabelleras, hasta que, gracias a Gollot d'Herbois, su colega, se corten las cabezas; David, que sueña el *Leónidas* y las *Sabinas*; David, que bosqueja su gran lienzo *El Juego de la*

Pelota, y que acaba de comprar el pincel con que pintará su más hermoso lienzo y su más hediondo cuadro: *Marat asesinado en su baño*; Vernet, a quien se ha recibido en la Academia dos años hace, por su cuadro *El Triunfo de Pablo Emilio*, y que se entretiene en pintar caballos y perros, sin sospechar que, a cuatro pasos de él, cogido del brazo de Taima, se halla un joven teniente corso, de cabellos planos y sin polvos, que le preparan, sin imaginarlo él mismo, cinco de sus más hermosos lienzos: *El Paso del Monte de San Bernardo* y *Las Batallas de Rívoli, de Marengo, de Austerlitz, y de Wagram*; Larive,

heredero de la escuela de declamación, que no se digna ver aún un rival en el joven Taima, que prefiere Voltaire a Corneille y de Belloy a Racine; Lais, el cantante que hace las delicias de la Ópera en los papeles de Mercader de la *Caravana*, del cónsul de *Trajano*, y de Cinna, de *la Vestal*; Lafayette, Lameth, Duport, Sieyès, Thouret, Chapellier, Rabaut-Saint-Etienne, Lanjuinais, Montloisier; y además, en medio de todos estos, con el aire provocativo y la nariz al viento, la figura presuntuosa del diputado de Grenoble, Barnave, cuyos hombres medianos hacen la competencia a Mirabeau.

Gilberto fijó una detenida mirada en toda aquella brillante asamblea, reconoció a cada cual, y apreció mentalmente todas las capacidades, quedando poco tranquilizado por ellas.

Sin embargo, el conjunto realista le consoló un poco.

—En suma —dijo de pronto a Cagliostro—, ¿qué hombre veis entre todos esos que sea verdaderamente hostil a la Reina?

—¿Debo mirar con los ojos de todo el mundo, con los vuestros, con los de Necker, con los del abate Maury, o con los míos?

—Con los vuestros —contestó

Gilberto—. ¿No se ha convenido en que son los del hechicero?

—Pues bien, hay dos hombres.

—¡Oh!, no es demasiado, en medio de cuatrocientos.

—Es bastante, si uno de ellos debe ser el asesino de Luis XVI y el otro su sucesor.

—¡Oh, oh! —murmuró—. ¿Tenemos aquí un futuro Bruto y un futuro César?

—Ni más ni menos, amigo doctor.

—¿Me los enseñaréis, Conde? —preguntó Gilberto, con la sonrisa de la duda en los labios.

—¡Oh! ¡Apóstol que tienes los ojos cubiertos de escamas! —murmuró

Cagliostro—, haré más si quieres; te los dejaré tocar con el dedo. ¿Por cuál quieres comenzar?

—Pues me parece que por el matador; yo respeto mucho el orden cronológico. Veamos primero a Bruto.

—Ya sabes —dijo Cagliostro, animándose como bajo el soplo de la inspiración, que los hombres no proceden nunca por los mismos medios, aunque sea para llevar a cabo una obra semejante. Nuestro Bruto no se parece en nada al antiguo.

—Razón de más para que yo tenga curiosidad de verle.

—Pues bien —dijo Cagliostro—,

¡hele allí!

Y extendió el brazo en dirección a un hombre apoyado en el púlpito; en aquel momento tan sólo su cabeza estaba iluminada, mientras que el resto del cuerpo se perdía en la sombra.

Aquella cabeza, pálida y lívida parecía, como en el tiempo de las proscripciones antiguas, una cabeza cortada y clavada en la tribuna de las arengas.

Solamente los ojos parecían vivir con una expresión de odio casi desdeñosa, con la expresión de la víbora que sabe que su diente contiene un veneno mortal; en aquel momento

seguían en sus evoluciones al ruidoso Barnave.

El doctor sintió como un estremecimiento que recorría todo su cuerpo.

—En efecto —dijo—, ya me lo habéis indicado antes; esa no es la cabeza de Bruto, ni siquiera la de Cromwell.

—No —contestó Cagliostro—, pero tal vez es la de Casio. Ya sabéis, amigo mío, lo que César decía: «No temo a todos esos hombres gruesos que pasan sus días en la mesa y sus noches en la orgía, no; a los que yo temo es a los que meditan siempre, que son flacos y tienen

el rostro pálido».

—Ese que me mostráis tiene muy bien las condiciones indicadas por César.

—¿No lo conocéis? —preguntó Cagliostro.

—Sí tal —contestó Gilberto mirándole con atención—, le conozco, o más bien le reconozco como individuo de la Asamblea nacional.

—¡Eso es!

—Es uno de los más presuntuosos oradores de la izquierda.

—¡Precisamente!

—A quien nadie escucha cuando habla.

—¡Justo!

—Un abogadillo de Arras, llamado Maximiliano Robespierre, ¿no es verdad?

—Eso es. Pues bien, mirad esa cabeza con atención.

—Ya la miro.

—¿Qué veis?

—Conde, yo no soy Lavater.

—No, pero sí su discípulo.

—Veo la expresión odiosa de la medianía contra el genio.

—¿Es decir, que vos también le juzgáis como todo el mundo? Sí, es verdad, su voz débil, algo áspera; su triste figura y su palidez; la piel de su

frente, que parece adherida a su cráneo como un pergamino amarillento; sus ojos vidriosos, que parecen despedir un rayo de luz verdosa, apagándose casi al punto; esa continua tensión de los músculos y de la voz; esa dura fisonomía, fatigosa por su misma inmovilidad; ese invariable traje de color de aceituna, traje único, raído y muy cepillado; todo esto, lo comprendo, debe producir mala impresión en una asamblea rica en oradores, que tiene derecho a mostrarse difícil en su elección, acostumbrada como está a la faz leonina de Mirabeau, a la suficiencia audaz de Barnave, a las contestaciones

mordaces del abate Maury, a la fogosidad de Cazalès y a la lógica de Sieyès; pero a ese hombre que veis ahí no le se censura, como a Mirabeau, su inmoralidad; ese es el hombre honrado que no sale de sus principios, y si alguna vez falta a la legalidad, será para matar con el antiguo texto o con la nueva ley.

—Pero, en fin, ¿qué es ese Robespierre?

—¡Ah!, ¡bien se ve que eres aristócrata del siglo XVII! «¿Qué es ese Cromwell?, preguntaba el conde de Strafford, a quien el Protector debía cortar la cabeza. ¡Un traficante en cerveza, según creo!».

—¿Queréis decir que mi cabeza corre el mismo peligro que la de *sir* Thomas Wentworth? —preguntó Gilberto, intentando una sonrisa que se heló en sus labios.

—¿Quién sabe? —dijo el Conde.

—Pues entonces, razón de más para que yo tome informes —dijo el doctor.

—¿Qué es ese Robespierre? Pues bien, tal vez no lo sabe en Francia nadie más que yo. A mí me agrada averiguar los elegidos por la fatalidad, porque esto me permite averiguar adonde van. Los Robespierre son irlandeses, y tal vez sus abuelos formaron parte de esas colonias irlandesas que en el siglo XVI

vinieron a poblar los seminarios y los monasterios de nuestras costas septentrionales. Allí recibieron de los jesuitas la educación que los Reverendos Padres daban a sus alumnos que seguían la carrera de notarios de padres a hijos. Una rama de la familia, la misma de que desciende el hombre que veis ahí, se estableció en Arras, gran centro, como ya lo sabéis de la nobleza y de la Iglesia. Había en la ciudad dos señores, o más bien, dos reyes: uno de ellos era el abate de Saint-Waast, el otro el obispo de Arras, cuyo palacio dejaba la mitad de la ciudad en la sombra. En esta ciudad fue donde

nació, en 1758, ese que veis ahí. Lo que hizo cuando niño y de joven, lo que hace en este momento, os lo diré en dos palabras; lo que hará ya os lo he dicho en una. Había cuatro niños en la casa: el jefe de la familia perdió su mujer, siendo abogado en los consejos de Artois; sobrecogióle muy pronto una tristeza sombría, dejó de trabajar, emprendió un viaje para distraerse, y no volvió más. A los once años, el hijo mayor, ese que está ahí, se hizo jefe de la familia, a su vez, tutor de su hermano y de dos hermanas; a tan corta edad, ¡cosa extraña!, el niño comprendió su misión y se hizo hombre

inmediatamente. En veinticuatro horas fue lo que debía ser siempre: un rostro que sonríe pocas veces, un corazón que no se alegra nunca. Era el mejor alumno del colegio y se obtuvo para él, del abate de Saint-Waast, una de las becas de que el prelado disponía en el colegio de Luis el Grande. Llegó solo a París, recomendado a un canónigo de Nuestra Señora, el cual murió en el mismo año, y casi a la vez moría en Arras su hermana menor, que era la más amada. La sombra de los jesuitas, a quienes se acababa de expulsar de Francia, proyectábase aún en las paredes de Luis el Grande. Bien conocéis este edificio, donde se educó

vuestro joven Sebastián, y que se distingue por sus patios sombríos y profundos como los de la Bastilla, los cuales decoloran los más frescos rostros; el del joven Robespierre era pálido y llegó a ser lívido. Los demás muchachos salían algunas veces, pues para ellos el año tenía domingos y fiestas; mas para el huérfano sin protección todos los días eran iguales; mientras que los demás respiraban el aire de la familia, Robespierre permanecía en la soledad, poseído de tristeza y aburrimiento, tres malas atmósferas que despiertan en los corazones la envidia y el odio,

desflorando el alma. Aquel hálito vició al niño, haciendo de él un hombre soso. Algún día no se creerá que hay un retrato de Robespierre a la edad de veinticuatro años, con una rosa en la mano, y apoyando la otra sobre su pecho, con esta divisa: «¡*Por mi amiga!*».

Gilberto sonrió con tristeza al mirar a Robespierre.

—Es verdad —prosiguió el Conde—, que cuando tomaba esta divisa, haciéndose retratar así, la señorita juraba que nada en el mundo desuniría su destino, y él juraba también como hombre dispuesto a no faltar nunca. Hizo

un viaje de tres meses, y al regresar la encontró casada. Por lo demás, el abate de Saint-Waast seguía siendo su protector; había conseguido que se le otorgase la beca del colegio de Luis el Grande, y obtuvo para su protegido una plaza de juez en el tribunal de causas criminales. Hubo de entender en 21 procesos y condenar a un asesino. Robespierre, poseído de remordimientos por haber osado disponer de la vida de un hombre, aunque este fuese reconocido culpable, presentó su dimisión e hízose abogado, pues necesitaba vivir y alimentar a su joven hermana. Apenas se hubo inscrito

en el cuadro, unos campesinos le rogaron que pleitease por ellos contra el obispo de Arras, porque estaban en su derecho. Robespierre se convenció de ello por el examen de los documentos, abogó, ganó el pleito de los campesinos, y aun excitado por su triunfo, fue enviado a la Asamblea nacional. Una vez aquí, Robespierre se halló entre un odio poderoso y un desprecio profundo, odio del clero para el abogado que osó pleitear contra el obispo de Arras, y desprecio de los nobles de Artois al mozalbete educado por caridad.

—Pero ¿qué ha hecho hasta hoy? —
interrumpió Gilberto.

—¡Oh!, casi nada para los otros, pero bastante para mí. Si no entrase en mis miras que ese hombre fuese pobre, mañana le daría un millón.

—Os preguntaré otra vez qué ha hecho.

—¿Recordáis el día en que el clero se presentó hipócritamente en la Asamblea, para rogar al tercer estado, en suspenso por el veto real, que comenzara sus trabajos?

—Sí.

—Pues bien, leed de nuevo el discurso que aquel día pronunció el abogadillo de Arras, y veréis que hay todo un porvenir en aquella ruda

vehemencia que le hizo casi elocuente.

—Pero ¿y después?

—¿Después?... ¡Ah!, es cierto.

Debemos saltar desde el mes de mayo hasta el de octubre. El día 5, cuando Maillard, el delegado de las mujeres de París, se presentó en nombre de sus clientes para arengar a la Asamblea, todos los individuos de esta permanecieron inmóviles y mudos; pero el abogadillo se mostró más audaz que ningún otro. Todos los supuestos defensores del pueblo se callaban, y él se levantó dos veces, la primera en medio del tumulto, la segunda en medio del silencio, y apoyó a Maillard, que

hablaba en nombre del hombre pidiendo pan.

—En efecto —dijo Gilberto pensativo—, eso se hace más grave, pero tal vez cambiará.

—¡Oh!, amigo doctor, no conocéis al *incorruptible*, como le llamarán un día; y además, ¿quién querría comprar los servicios de ese abogadillo, de quién todo el mundo se ríe? Ese hombre, que será más tarde —escuchad bien lo que os digo, Gilberto—, él terror de la Asamblea, no es hoy más que el hazmerreír. Se ha convertido entre los nobles jacobinos que Robespierre es el hombre ridículo de la Asamblea, aquel

que divierte y debe divertir a todo el mundo, aquel del que todos pueden y deben casi burlarse; las grandes asambleas se aburren algunas veces y necesitan algún necio que las distraiga... A los ojos de Lameth, de Cazalès, de los Maury, de los Barnave y de los Duport, Robespierre es un tonto. Sus amigos le venden, burlándose de él con disimulo; sus enemigos le silban, riéndose ruidosamente cuando habla; si resuena su voz todos conversan, y si la eleva se oyen gritos y todo el mundo murmura; después, cuando ha pronunciado —siempre en favor del derecho o para defender un principio—

un discurso que nadie ha escuchado, algún individuo desconocido en quien el orador ha fijado un instante su mirada torva, pregunta irónicamente qué impresión ha producido el discurso. Tan sólo uno de sus colegas le adivina y le comprende, uno solo; adivinad quién... Pues sabed que es Mirabeau. «Ese hombre irá lejos, me decía anteayer, porque ese hombre cree lo que dice». Eso que vos comprendéis bien, parece singular a Mirabeau.

—Pero yo he leído los discursos de ese hombre —dijo Gilberto—, y me parecen muy medianos.

—¡Dios mío!, no os diré yo que sea

un Demóstenes ni un Cicerón, un Mirabeau o un Barnave; es simplemente Robespierre, como le llaman. Por lo demás, sus discursos se tratan tan a la ligera en la imprenta como en la tribuna; en esta última se interrumpen, en la primera se mutilan. Los periodistas no le llaman siquiera señor de Robespierre, ni conocen su nombre: le llaman M. B..., M. N..., o M.*** ¡Oh!, solamente Dios, y yo tal vez, sabemos cuánta hiel se acumula en ese pecho tan flaco, cuántas tempestades hay en ese estrecho cerebro, pues para olvidar todas esas injurias, todos esos insultos y traiciones, el orador silbado, que conoce su fuerza,

no tiene ni la distracción del mundo ni el alivio de la familia. En su triste habitación del solitario Marais, en su alojamiento frío, pobre y desmantelado de la calle de Saintonge, donde vive miserablemente con sus honorarios de diputado, está solo como en los patios húmedos de Luis el Grande. Hasta el año último, su rostro había sido amarillo y de dulce expresión; pero después se ha secado como esas cabezas de los jefes de caribes que traen de la Oceanía los Gook y los la Perouse. No sale de los Jacobinos, y en las emociones que experimenta, invisibles para todos, sufre hemorragias que dos o tres veces le han

privado del conocimiento. Aunque sois gran algebrista, Gilberto, os desafío a que, por las multiplicaciones más exageradas, calculéis la sangre que costará a la nobleza que le insulta, a los sacerdotes que le persiguen, y a ese Rey que le ignora, la sangre que Robespierre pierde.

—Pero ¿por qué viene a los Jacobinos?

—¡Ah!, porque silbado en la Asamblea, en los Jacobinos se le escucha. Estos últimos, querido doctor, son el minotauro pequeño, y Robespierre ordeña una vaca que más tarde devorará un pueblo. Así es el tipo;

la sociedad se resume en él, y él es la expresión de esta, ni más ni menos: anda al mismo paso que ella, sin seguirla ni adelantarse. Os he prometido enseñaros un pequeño instrumento, del que se ocupan mucho ahora, y que tiene por objeto hacer caer una cabeza, o tal vez dos, por minuto; pues bien, de todos los personajes aquí presentes, el que más dará que hacer a ese instrumento de muerte es el abogadillo de Arras, el señor de Robespierre.

—A decir verdad, Conde —dijo Gilberto—, sois un hombre fúnebre, y si nuestro César no me consuela un poco de vuestro Bruto, soy capaz de olvidar

la causa que me ha traído aquí. Pero dispensad, ¿qué ha sido de César?

—Miradle, allí está; habla con un hombre a quien apenas conoce, y que más tarde tendrá mucha influencia en su destino; se llama Barras; recordad bien este nombre para que no se os olvide cuando convenga.

—No sé si os engañáis, Conde — dijo Gilberto— pero en todo caso elegís bien vuestros tipos. Vuestro César tiene la frente más propia para llevar una corona, y sus ojos, en los cuales no puedo distinguir bien la expresión...

—Sí, porque miran hacia adentro; son esos ojos que adivinan el porvenir,

doctor.

—¿Y qué dice a Barras?

—Le dice que si él hubiera defendido la Bastilla, no la habrían tomado.

—¿Con que no es un patriota?

—Los hombres como *él* no quieren ser nada antes de serlo todo.

—¿Y sostenéis la broma respecto a ese pequeño subteniente?

—¡Gilberto! —contestó el Conde, extendiendo la mano hacia Robespierre —, tan cierto como que ese hombre levantará otra vez el cadalso de Carlos I, ese otro —y señaló con la mano al subteniente de los cabellos aplanados—

¡reconstruirá el trono de Carlomagno!

—Pues entonces —exclamó Gilberto con desaliento—, nuestra lucha por la libertad es inútil.

—¿Y quién os dice que el uno no hará tanto por ella con su trono como el otro con su cadalso?

—¿Será pues, un Tito, un Marco Aurelio, el dios de la paz viniendo a consolar al mundo de la edad de bronce?

—Será a la vez Alejandro y Aníbal. Nacido en medio de la guerra, se engrandecerá por ella y por ella caerá. ¡Os he desafiado a calcular la sangre que costará a la nobleza y el clero la que

Robespierre pierde; tomad la que habrán
derramado sacerdotes y nobles;
acumulad multiplicaciones sobre
multiplicaciones, y no llegaréis a formar
el río, el lago, el mar de sangre que ese
hombre hará verter con sus ejércitos de
quinientos mil soldados y sus batallas de
tres días, en las cuales se dispararán
ciento cincuenta mil cañonazos!

—¿Y qué tendremos después de todo
ese ruido, de ese humo y de ese caos?

—Lo que resulta de todo génesis,
Gilberto; estamos encargados de
enterrar al antiguo mundo, y nosotros
veremos nacer el nuevo; ese hombre es
el gigante que guarda la puerta, y así

como Luis XVI, como León X y como Augusto, dará su nombre al siglo que ha de comenzar.

—¿Y cómo se llama ese hombre? —preguntó Gilberto, subyugado por el aire de convicción de Cagliostro.

—¡Ahora no tiene aún más nombre que el de Bonaparte —contestó el profeta—, pero un día se llamará Napoleón!

Gilberto inclinó la cabeza sobre su mano, quedando sumido en tan profunda meditación que no echó de ver, absorto en sus pensamientos, que se había abierto la sesión y que un orador había subido a la tribuna...

Una hora había transcurrido sin que el rumor de la Asamblea, por tempestuosa que fuese la sesión, hubiera podido distraer a Gilberto de sus reflexiones, cuando sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro.

Al volver la cabeza vio que Cagliostro había desaparecido; pero en su lugar encontró a Mirabeau, con las facciones descompuestas por la cólera.

Gilberto fijó en él una mirada interrogadora.

—¿Y bien? —preguntó el tribuno.

—¿Qué hay? —dijo Gilberto.

—Hay, que estamos burlados y vendidos; que la corte no quiere nada de

mí, y que nos han tomado, a vos por un tonto, y a mí por un necio.

—No os comprendo, Conde.

—Pues, ¿no habéis oído?

—¿Qué?

—La resolución que se acaba de adoptar.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Qué resolución?

—Sin duda dormíais.

—No —contestó Gilberto—,
meditaba.

—Pues bien, mañana, en respuesta a una proposición de hoy que tiene por objeto invitar a los ministros a que

asistan a las deliberaciones nacionales, tres amigos del Rey van a pedir que ningún individuo de la Asamblea pueda ser ministro durante el curso de las sesiones. Por lo tanto, esta conversación tan laboriosamente preparada se anula al soplo caprichoso de Su Majestad Luis XVI; pero —continuó Mirabeau, amenazando al cielo con el puño—, como Ajax, juro por mi nombre que ya les devolveré la jugarreta, y si su soplo basta para derribar a un ministro, ya verán que el mío puede hacer vacilar un trono.

—Pero —replicó Gilberto—, ¿no por eso dejaréis de asistir a la

Asamblea, ni de luchar hasta el fin?

—Iré a la Asamblea y lucharé hasta el fin, porque soy de aquellos a quienes no se entierra bajo las ruinas.

Y Mirabeau, fuera de sí, salió más hermoso y terrible que nunca con aquel surco que el trueno acababa de imprimir en su frente.

Al otro día, en efecto, la proposición de Lanjuinais, a pesar de los esfuerzos del genio desplegado por Mirabeau, fue aceptada por la Asamblea nacional por una inmensa mayoría; esta proposición decía lo siguiente: «Ningún individuo de la Asamblea nacional podrá ser ministro durante el curso de las sesiones».

—Y yo —gritó Mirabeau cuando el decreto fue votado—, propongo una enmienda que no cambiará en nada vuestra ley; hela aquí: «Todos los individuos de la presente Asamblea podrán ser ministros, excepto el conde de Mirabeau».

Todos se miraron aturridos ante aquella audacia, y después, en medio del silencio universal, el Conde bajó de su estrado, con ese paso con que se había dirigido al señor de Dreux-Brezé, cuando le dijo: «¡Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino con la bayoneta en el vientre!».

Y salió de la sala.

La derrota de Mirabeau parecía el triunfo de otro.

Gilberto no había asistido a la sesión de la Asamblea.

Se quedó en su casa, y allí meditaba sobre las extrañas predicciones de Cagliostro, sin creer en ellas; pero no podía desecharlas de su pensamiento.

El presente le parecía muy pequeño, comparado con el porvenir.

Tal vez me pregunten cómo siendo simple historiador del tiempo pasado, *temporis acti*, podré explicar la predicción de Cagliostro relativa a Robespierre y a Napoleón.

Al que me dirija esta pregunta, le

rogaré que me explique el pronóstico de la señorita Lenormand a Josefina.

A cada paso se encuentra en este mundo una cosa inexplicable: la duda que se ha inventado para los que no pueden explicarla ni quieren creer en ella.

Capítulo XXX

METZ Y PARÍS

Según había dicho Cagliostro, y como Mirabeau había adivinado, el Rey era quien hizo fracasar todos los proyectos del doctor.

María Antonieta, que en las proposiciones hechas a Mirabeau había demostrado más bien el despecho de una amante y la curiosidad de una mujer, que no la política de una Reina, vio caer, sin gran sentimiento, todo aquel armazón

constitucional que hería siempre tan vivamente su orgullo.

En cuanto al Rey, su política bien determinada consistía en esperar, ganar tiempo, y aprovecharse de las circunstancias. Por lo demás, dos negociaciones entabladas le ofrecían, por una u otra parte, la probabilidad de huir de París y retirarse a una plaza fuerte, lo cual era su plan favorito.

Estas dos negociaciones, como ya sabemos, eran las que se habían comenzado, por una parte con Favras, hombre del señor de Provenza, y por la otra con Charny, mensajero de Luis XVI.

Charny había hecho el viaje de París

a Metz en dos días; allí encontró al señor de Bouillé y le entregó la carta del Rey, que según se recordará, no era sino un medio de ponerse en relación con aquel personaje. Por eso el señor de Bouillé, aunque demostrando su descontento por las cosas que pasaban, comenzó por observar la mayor reserva.

En efecto, la proposición que se le hacía en aquel instante cambiaba todos sus planes. La emperatriz Catalina acababa de hacerle ofrecimientos, y estaba a punto de escribir al Rey, para pedirle permiso a fin de prestar su servicio en Rusia, cuando recibió la carta de Luis XVI.

El primer movimiento del señor de Bouillé fue, por lo tanto, la vacilación; pero el nombre de Charny, el recuerdo de su parentesco con el señor Suffren, el rumor de que la Reina honraba al joven Conde con su confianza, bastaron para que, como fiel realista, se sintiera penetrado del deseo de arrancar al Rey de aquella libertad ficticia que muchos consideraban como un verdadero cautiverio.

Sin embargo, antes de resolver nada con Charny, el señor de Bouillé, pretendiendo que los poderes de aquel no eran bastante altos, resolvió enviar a París, para tratar directamente con el

Rey sobre aquel importante proyecto, a su hijo, el conde Luis de Bouillé.

Charny permanecía en Metz durante aquellas negociaciones, y su honor, tal vez un poco exagerado, le imponía casi como un deber quedarse en Metz en calidad de emisario en espera.

El conde Luis llegó a París hacia mediados del mes de noviembre; en aquella época el Rey estaba vigilado por el señor de Lafayette, cuyo primo era el conde Luis de Bouillé.

Se alojó en casa de uno de sus amigos, de opiniones patrióticas bien conocidas, que entonces viajaba por Inglaterra.

Entrar en palacio sin saberlo el señor de Lafayette, era por lo tanto para el joven, si no imposible, por lo menos peligroso y difícil.

Por otra parte, como se debía tener al señor Lafayette en la más completa ignorancia respecto a las relaciones entabladas por Charny entre el Rey y el señor de Bouillé, nada era más fácil para el conde Luis que hacerse presentar al Rey por medio del mismo Lafayette.

Las circunstancias, pues, parecían favorecer al joven oficial.

Hallábase en París hacía tres días, sin haber decidido nada, reflexionando sobre la manera de llegar hasta el Rey, y

preguntándose, como acabamos de indicar, si el medio más seguro sería dirigirse al mismo Lafayette, cuando se le entregó una esquila de este último, previniéndole que su llegada a París era conocida, e invitándole a ir a verle en el palacio de Noailles, donde se hallaba el Estado Mayor de la guardia nacional.

La Providencia contestaba en cierto modo en voz alta al ruego que le hacía el señor de Bouillé; era como una buena hada de esas que hay en los encantadores cuentos de Perrault, que tomaba al caballero de la mano para conducirle a su destino.

El Conde se apresuró a ir a ver a

Lafayette.

El general acababa de salir en dirección al Ayuntamiento, donde esperaba recibir una comunicación del señor Bailly.

Pero en ausencia del general, encontró a su ayudante de campo, el señor Romeuf.

Este último había servido en el mismo regimiento que el joven Conde, y aunque el uno pertenecía a la democracia y el otro a la aristocracia, mediaban entre ellos algunas relaciones. Romeuf había pasado a uno de los regimientos, disueltos después del 14 de julio, y no prestó ya servicio más que en

la guardia nacional, donde era ayudante de campo, favorito del general Lafayette.

Los dos jóvenes, aunque disintiendo de opinión en ciertos puntos, estaban de acuerdo en que ambos amaban y respetaban al Rey.

Pero el uno le amaba a la manera de los patriotas, es decir, a condición de que jurase la Constitución, y el otro como los aristócratas, es decir, con tal que rehusase prestar el juramento, y apelara al extranjero, si era necesario, para hacer entrar en razón a los rebeldes.

El señor de Bouillé comprendía

entre estos a las tres cuartas partes de la Asamblea, a la guardia nacional, a los electores, etc., etc., es decir, a las cinco sextas partes de Francia.

Romeuf contaba veintiséis años, y el conde Luis veintidós, de modo que era difícil que hablasen largo tiempo de política. Por lo demás, el conde Luis no quería que se sospechase ni siquiera que le ocupaba una idea seria.

Confió como gran secreto a su amigo Romeuf, que había salido de Metz con un simple permiso, para ir a ver en París a una mujer a quien adoraba.

Mientras que el conde Luis hacía esta confidencia al ayudante de campo,

el general Lafayette se presentó en el umbral de la puerta, que había quedado entornada; mas aunque el joven Conde le había visto por un espejo que tenía delante, no suspendió su relato, y a pesar de las señas de Romeuf, que aparentó no comprender, elevó la voz de manera que el general no perdiese una palabra de lo que decía.

Lafayette lo había oído todo, y esto era lo que deseaba el conde Luis.

Y siguió adelantándose hacia el narrador, en cuyo hombro apoyó la mano apenas terminó.

—¡Ah!, señor libertino —le dijo—, he aquí por qué os ocultáis de vuestros

respetables parientes.

No era un juez muy severo ni adusto aquel joven general de treinta y dos años, muy a la moda entre todas las mujeres de la época; pero el conde Luis aparentó inquietarse mucho por aquella mercurial.

—Me ocultaba tan poco, querido primo —contestó—, que me proponía presentarme hoy al más ilustre de ellos, si no me hubiera avisado por este mensaje. Y mostró al general la esquila que acababa de recibir.

—Vamos, ¿podrán decir los señores provincianos que no es buena la policía de París? —repuso el general con un

aire de satisfacción que revelaba en él cierto amor propio en este concepto.

Lafayette miró a su primo de reojo, con esa expresión bondadosa y a la vez un poco burlona que ya le conocemos. Sabía que la salvación del Rey importaba mucho a la fantasía del conde Luis, y que le importaba muy poco la libertad del pueblo.

Por esto no contestó sino a una parte de la frase:

—¿Y no ha confiado mi primo el señor marqués de Bouillé —dijo, recalcando en el título a que aquel había renunciado desde la noche del 4 de agosto—, no ha confiado a su hijo

alguna comisión para el Rey, por quién yo velo?

—Sí, me ha encargado ofrecerle la expresión de sus sentimientos más respetuosos —contestó el joven—, si el general Lafayette no me juzgaba indigno de ser presentado a mi Rey.

—Presentaros... ¿y cuándo?

—Lo más pronto posible, general, atendido que estoy aquí sin licencia, como creo haber tenido el honor de manifestar a vos y a Romeuf.

—Se lo habéis dicho a Romeuf; pero viene a ser igual, puesto que lo he oído. Pues bien, veamos, las cosas buenas no se deben retardar; son las once de la

mañana, y como todos los días tengo el honor de ver al Rey y a la Reina a estas horas, tomad un refrigerio conmigo si no habéis hecho más que desayunaros. Después me acompañaréis a las Tullerías.

—Pero —replicó el joven mirando su uniforme y sus botas—, ved mi traje, querido primo.

—Primeramente os diré, pobre muchacho, que la gran cuestión de etiqueta, que ha sido vuestra nodriza, está muy enferma, si no muerta, desde vuestra marcha; os miro y veo que vuestro traje es muy propio y que lleváis botas aceptables. ¿Qué sienta mejor a un

caballero dispuesto a morir por su Rey, que el uniforme de guerra? Vamos, Romeuf, ved si nos han servido, porque me llevaré al señor de Bouillé a las Tullerías apenas hayamos almorzado.

Este proyecto correspondía demasiado bien a los deseos del joven, para que hiciese la menor objeción, y por lo mismo se inclinó a la vez como señal de asentimiento y como respuesta a la proposición que se le hacía.

Media hora después, los centinelas de las verjas presentaban las armas al general Lafayette y al joven conde de Bouillé, sin imaginar que hacían al mismo tiempo los honores militares a la

revolución y a la contrarrevolución.

Capítulo XXXI

LA REINA

El señor de Lafayette y el conde Luis de Bouillé franquearon la pequeña escalera del pabellón Marsan y presentáronse en las habitaciones del primer piso, habitadas por el Rey y la Reina.

Todas las puertas se abrían ante el señor de Lafayette; los centinelas presentaban las armas, los criados se inclinaban y se reconocía al Rey del

Rey, al Alcalde de palacio, como decía Marat.

El señor de Lafayette fue introducido primero en la habitación de la Reina; en cuanto al Rey, estaba en su fragua y se iba a dar aviso a Su Majestad.

Hacía tres años que el señor de Bouillé no había visto a María Antonieta.

Durante estos tres años se habían reunido los Estados generales, se había tomado la Bastilla, y habían tenido lugar las jornadas de los días 5 y 6 de octubre.

La Reina había llegado a la edad de treinta y cuatro años, «edad

conmovera, dice Michelet, que tantas veces se ha complacido en pintar Van Dyck, edad de la mujer, edad de la madre, y en María Antonieta, edad de la Reina sobre todo».

Desde aquellos tres años, la Reina había sufrido mucho de corazón y de espíritu, de amor y de amor propio. Los treinta y cuatro años se revelaban en la pobre mujer alrededor de sus ojos, por esos ligeros matices nacarados y violáceos que indican las lágrimas, las noches sin sueño, y que acusan, sobre todo, ese dolor profundo del alma incurable en la mujer, aunque sea Reina, cuando padece.

Era la edad de María Estuardo prisionera, la edad en que inspiró las más profundas pasiones; la edad en que Douglas, Mortimer, Norfolk y Babington se enamoraron de ella, sacrificándose y muriendo por ella.

La vista de aquella prisionera, aborrecida, calumniada y amenazada — el 5 de octubre demostró que estas amenazas no eran vanas—, hizo profunda impresión en el caballeresco joven Luis de Bouillé.

Las mujeres no se engañan sobre el efecto que producen y, como las reinas y los reyes tienen además la memoria más feliz para recordar los semblantes, lo

cual forma en cierto modo, parte de su educación, apenas María Antonieta vio al señor de Bouillé, reconocióle, y apenas hubo fijado en él los ojos, se convenció de que tenía en su presencia un amigo.

De aquí resultó que aun antes de que el general hubiese hecho su presentación, antes de que el joven llegase al pie del diván donde estaba echada la Reina, esta se había incorporado y, como se hace con un antiguo conocido a quien se ve con gusto, un antiguo servidor, con cuya fidelidad se puede contar, exclamó:

—¡Ah!, señor de Bouillé.

Después, sin cuidarse del general Lafayette, había ofrecido la mano al joven.

El conde Luis vaciló un instante; no podía creer en semejante favor.

Sin embargo, la mano real esperaba; el Conde dobló la rodilla y besó aquella.

La pobre Reina cometía una falta, e incurrió en otras muchas semejantes; sin este favor, el señor de Bouillé hubiera sido siempre su partidario y, por este favor, concedido al joven Conde delante de Lafayette, que jamás había obtenido semejante honor, la Reina determinaba su línea de conducta, resintiendo al

hombre de quien más necesidad tenía de conservar como amigo.

He aquí por qué, con la cortesía a que no faltaba nunca, pero con cierta alteración en la voz, Lafayette exclamó:

—A fe mía, querido primo, yo soy quien os ofreció presentaros a Su Majestad; pero me parece que mejor hubierais podido presentarme vos.

La Reina estaba tan contenta de hallarse frente a uno de esos servidores con los cuales tenía la seguridad de poder contar, y la mujer se lisonjeaba tanto por el efecto que parecía haber producido en el Conde, que sintiendo en su corazón uno de esos rayos de

juventud que creía extinguidos alrededor de ella como una de esas brisas de primavera y de amor que creía muertas, se volvió hacia el general Lafayette, y con una de esas sonrisas de Trianón y de Versalles, le dijo:

—Señor general, el conde Luis no es un republicano severo como vos; llega de Metz, y no de América, y viene a París, no para trabajar en la Constitución, sino para ofrecerme sus respetos. No extrañéis, pues, que le conceda yo, pobre Reina medio destronada, un favor, que para él, pobre provinciano, merece tal vez aún este nombre; mientras que para vos...

Y la Reina hizo un encantador ademán casi de joven, que parecía decir: «Señor Escipión, señor Cincinatus, os burláis bien de semejantes niñerías».

—Señora —replicó Lafayette—, yo hubiera sido siempre respetuoso y fiel para la Reina sin que esta hubiese comprendido mi respeto, ni apreciado mi fidelidad; y esto será una gran desgracia para mí, y tal vez mayor aún para la soberana.

Y saludó.

La Reina fijó en él una mirada penetrante. Más de una vez Lafayette le había dicho palabras análogas, y más de

una vez reflexionó en las que le dijo el general; mas por desgracia, como esta acababa de indicar, sentía una repulsión instintiva contra el hombre.

—Pues entonces, general —repuso—, sed generoso y dispensadme.

—¡Yo, señora! ¿Y de qué?

—De mi impulso en favor de esa familia de Bouillé, que me ama de todo corazón, y de la cual este joven ha tenido a bien hacerme el hilo conductor, la cadena eléctrica. Me ha parecido ver a su padre, a sus tíos, a toda su familia, cuando entró aquí y al besarme la mano.

Lafayette hizo un nuevo saludo.

—Y ahora —añadió la Reina—,

después del perdón, la paz y un buen apretón de manos, general, a la inglesa o a la americana.

Y ofreció la mano abierta, con la palma hacia afuera. Lafayette tocó con mano lenta y fría la de la Reina, diciendo:

—Siento mucho que no queráis recordar nunca que soy francés, señora; y sin embargo, han transcurrido pocos días desde el 6 de octubre al 16 de noviembre.

—Tenéis razón, general —dijo la Reina, haciendo un esfuerzo sobre sí misma y estrechándole la mano—, yo soy una ingrata.

Y dejándose caer en un sofá, quebrantada por la emoción, dijo:

—Por lo demás, eso no debe extrañaros, pues ya sabéis que esa es la falta que se me censura.

Después, moviendo la cabeza, añadió:

—Y bien, general, ¿qué hay de nuevo en París?

Lafayette quería tomar una ligera venganza, y aprovechó la oportunidad.

—¡Ah!, señora —exclamó—, ¡cuánto siento que no hayáis estado ayer en la Asamblea! Hubierais presenciado una escena conmovedora, que seguramente os habría enternecido: un

anciano se presentó a dar gracias a la Asamblea, por la felicidad que le debía a ella y al Rey, pues la primera no puede hacer nada sin la sanción real.

—¡Un anciano! —repitió la Reina distraída.

—¡Sí, señora!, pero ¡qué anciano! Era el decano de la humanidad, un campesino del Jura, que cuenta ciento veinte años, a quien han hecho comparecer en la Asamblea cinco generaciones de descendientes, y que venía a darle gracias por sus decretos del 4 de agosto. ¡Comprendéis, señora, un hombre que ha sido siervo medio siglo bajo Luis XIV, y setenta años

después!

—¿Y qué ha hecho la Asamblea en favor de ese hombre?

—Se ha levantado en masa, obligándole a sentarse y a cubrirse.

—¡Ah! —exclamó la Reina, con ese tono que le era propio—, aquello debió ser, en efecto, muy conmovedor; pero con gran sentimiento mío, yo no estaba allí. Sabéis mejor que nadie, querido general —añadió sonriendo—, que yo no estoy siempre donde quiero.

Lafayette hizo un movimiento que significaba que tenía algo que contestar; pero la Reina continuó, sin darle tiempo para pronunciar una palabra:

—No, me hallaba aquí, y recibía a la pobre viuda del desgraciado panadero de la Asamblea, que esta dejó asesinar en su puerta. ¿En qué se ocupaba aquel día el señor de Lafayette?

—Señora —contestó el general—, habláis de una de esas desgracias que más han afligido a los representantes de Francia; la Asamblea no pudo evitar el crimen, pero, cuando menos, ha castigado a los asesinos.

—Sí; pero creed que el castigo no ha consolado a la pobre mujer, que ha estado a punto de perder el juicio, y se cree que dará a luz un niño muerto; en el caso de que viva, seré su madrina, como

lo he prometido; y para que el pueblo sepa que no soy tan insensible como dicen a las desgracias que le afligen, os preguntaré, señor general, si hay inconveniente en bautizarle en Nuestra Señora.

Lafayette levantó la mano como hombre que está dispuesto a pedir la palabra, y a quien halaga que se la concedan.

—Precisamente, señora —dijo—, es la segunda alusión que hacéis, desde hace un momento, a esa supuesta cautividad en que se quiere hacer creer a vuestros fieles servidores que yo os tengo. Señora, me apresuro a decirlo

delante de mi primo; lo repetiré, si es necesario, ante París entero, ante Europa, ante todo el mundo, y sin más allá, ayer escribí al señor Mounier, que desde el fondo del Delfinado se lamenta de la cautividad real, diciéndole lo mismo. Señora, sois libre; solamente tengo un deseo, y es que deis la prueba de lo que digo; el Rey continuando sus cacerías y viajes, y vos acompañándole.

La Reina sonrió como una persona mal convencida.

—En cuanto a ser madrina del pobre huérfano que nacerá en el luto, la Reina, al contraer este compromiso con la viuda, ha obedecido a ese excelente

corazón que inspira amor y respeto a todos los que os rodean. Cuando llegue el día de la ceremonia, la Reina elegirá la iglesia en que desea que se efectúe aquella; dará sus órdenes, y todo se hará con arreglo a ellas. Y ahora —continuó el general inclinándose—, espero que me deis las vuestras para hoy.

—Para hoy, general —dijo la Reina—, no tengo que disponer nada más que invitar a vuestro primo, si permanece algunos días en París, a que os acompañe a una de las reuniones de la princesa Lamballe; ya sabéis que recibe por ella y por mí.

—Y yo, señora —contesto Lafayette

—, aprovecharé la invitación por mi cuenta y por la suya, y si Vuestra Majestad no me ha visto allí nunca, le ruego que entienda bien, que es porque siempre se olvidó de manifestarme el deseo de verme.

La Reina contestó con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

Era la despedida, y cada cual tomó lo que le correspondía.

Lafayette el saludo, y el conde Luis la sonrisa.

Los dos salieron de espaldas, llevando de esta entrevista, el uno más amargura, y el otro más fidelidad.

Capítulo XXXII

EL REY

En la puerta de la habitación de la Reina, los dos visitantes encontraron al ayuda de cámara del Rey, Francisco Hué, que los esperaba.

Luis XVI enviaba a decir al señor de Lafayette que, habiendo comenzado, para distraerse, una obra de cerrajería, muy importante, le rogaba que subiese a la fragua.

Esta última era la primera cosa de

que se había informado el Rey al llegar a las Tullerías, y al saber que esta dependencia, tan insensiblemente necesaria para él, se había olvidado en los planos de Catalina de Mediéis y de Filiberto de Lorme, había elegido en el segundo piso, precisamente sobre su alcoba, una gran buhardilla de escalera exterior e interior, para montar allí su taller de cerrajería.

En medio de las graves preocupaciones que le habían asediado en las cinco semanas que contaba en las Tullerías, Luis XVI no había olvidado un instante su fragua. Esta era su idea fija; presidió su organización y él mismo

señaló el lugar en que debían colocarse el fuelle y la bigornia, el banco y el tornillo. En fin, la fragua instalada la víspera, contenía limas redondas y planas; escarpas, martillos de pico, de cruz y otros, pendientes de sus clavos; tenazas de herrador, tenazas de cangreja, y las usadas para la lumbre, todo lo cual estaba a mano para trabajar. Luis XVI no había podido resistir más tiempo, y desde la mañana estaba entregado afanosamente a su tarea, de tanta distracción para él, y en la cual habría llegado a ser maestro si, con no poco pesar de Gamain, no hubiera habido tantos holgazanes como el señor Turgot,

el señor Necker y él señor Calonne, que le distraían de su sabia ocupación hablándole, no tan sólo de Francia y de sus asuntos, lo cual se podía permitir en rigor, sino también de los negocios de Brabante, de Austria, de Inglaterra, de América y de España.

Esto explica, cómo el Rey Luis XVI, en el primer afán de su trabajo, en vez de bajar para ver al señor de Lafayette, rogó a este que tuviera la bondad de subir.

Después de haberse dejado ver del comandante en jefe de la guardia nacional, en su debilidad de Rey, tal vez no le desagradaba presentarse a él en su

majestad de cerrajero.

Como para conducir a los visitantes a la fragua real el ayuda de cámara no había juzgado conveniente atravesar las habitaciones y hacerles subir por la escalera particular, el señor de Lafayette y el conde Luis dieron la vuelta por los corredores, a fin de subir por la escalera pública, lo cual era tomar el camino más largo.

De esta desviación de la línea recta resultó que el conde Luis tuvo tiempo para reflexionar. Y así lo hizo.

Por halagado que estuviera de la buena acogida que acababa de dispensarle la Reina, no podía

desconocer que no era esperado por ella. Ninguna palabra de doble sentido, ningún ademán misterioso, le había dado a entender que la augusta prisionera, como ella pretendía serlo, tuviese conocimiento de la misión de que estaba encargado, ni contase de ningún modo con él para salir de su cautividad. Por lo demás, esto correspondía bien con lo que Charny había dicho acerca del secreto que el Rey no quería confiar a nadie, ni aún a la Reina, respecto a la misión de que le había encargado.

Por grato que hubiera sido para el conde Luis ver de nuevo a la Reina, era evidente que no era cerca de esta donde

debía buscar la solución de su mensaje.

A él le correspondía estudiar si en la acogida del Rey, en sus palabras o en sus ademanes, no reconocía alguna señal comprensible para él sólo, la cual le indicase que Luis XVI estaba mejor informado que el señor de Lafayette acerca de las causas de su viaje a París.

En la puerta de la fragua, el ayuda de cámara se volvió, y como ignoraba el nombre del señor de Bouillé, preguntóle:

—¿A quién anunciaré?

—Anunciad al general en jefe de la guardia nacional; tendré el honor de presentarme yo mismo a Su Majestad.

—El señor general en jefe de la guardia nacional —dijo en alta voz el ayuda de cámara.

El Rey se volvió.

—¡Ah, ah! —exclamó—. ¿Sois vos, señor de Lafayette? Dispensadme por haberos hecho subir hasta aquí; más el cerrajero os asegura que sois bien venido a esta fragua; un carbonero, decía a mi abuelo Enrique IV: «El carbonero es dueño en su casa»; yo os digo: «General, sois dueño en la habitación del cerrajero, lo mismo que en la del Rey».

Luis XVI comenzaba, pues, la conversación de igual manera, poco más

o menos, que María Antonieta.

—Señor —contestó el general—, en cualquier circunstancia que tenga el honor de presentarme ante el rey, sea cual fuere el traje y el lugar con que me reciba, Su Majestad será siempre el soberano, y aquel que le ofrece en este momento sus humildes respetos, será siempre su fiel y leal servidor.

—No lo dudo, Marqués; pero veo que no estáis solo... ¿Habéis cambiado de ayudante de campo, y ocupa este joven oficial el puesto del señor Gouvion, o de vuestro hijo Romeuf?

—Este joven oficial, señor, y pido a Vuestra Majestad permiso para

presentársele, es mi primo, el conde Luis de Bouillé, capitán de dragones del señor de Provenza.

—¡Ah, ah! —exclamó el Rey, sin poder reprimir un ligero estremecimiento que el joven notó—, ¡ah!, sí, será el conde Luis de Bouillé, hijo del marqués de este apellido, comandante en Metz.

—El mismo, señor —contestó con viveza el joven Conde.

—¡Ah!, señor Conde, dispensadme por no haberos reconocido; soy corto de vista... ¿Hace mucho tiempo que habéis salido de Metz?

—Cinco días, señor, y hallándome

en París sin licencia oficial de mi padre, he venido a solicitar de mi pariente, el señor Lafayette, el honor de ser presentado a Vuestra Majestad.

—¡Del señor de Lafayette! Bien habéis hecho en proceder así, pues nadie podía presentaros mejor que él a cualquiera hora, y de nadie podía ser la presentación tan agradable para mí.

La frase *a cualquier hora*, indicaba que el señor de Lafayette conservaba el derecho de entrar cuando le pareciera, derecho concedido en Versalles.

Por lo demás, las pocas palabras pronunciadas por Luis XVI, habían bastado para indicar al joven Conde que

debía estar alerta; y la pregunta *¿hace mucho tiempo que habéis salido de Metz?*, significaba: «¿Habéis salido de Metz después de la llegada del conde de Charny?».».

La contestación del mensajero debió informar lo bastante al Rey: «Cinco días, señor, y hallándome en París sin licencia especial, aunque con permiso especial de mi padre», pues con esto quería decir. «Sí, señor, he visto al conde de Charny, y mi padre me ha enviado a París para entenderme con Vuestra Majestad, a fin de tener la certidumbre de que el Conde se ha presentado de vuestra parte».

El señor de Lafayette dirigió una curiosa mirada en torno suyo: muchos habían penetrado en el gabinete del Rey, en la sala de su consejo, en la biblioteca, y hasta en su oratorio; pero muy pocos habían obtenido el insigne favor de que se les admitiera en la fragua, donde el Rey se convertía en aprendiz, y donde el verdadero soberano era el maestro Gamain.

El general observó el perfecto orden con que estaban colocados todos los útiles, lo cual no tenía nada de extraño, puesto que desde por la mañana, solamente el Rey estaba en la fragua.

Hué le había servido de aprendiz,

tirando del fuelle.

—¿Y Vuestra Majestad —dijo Lafayette, sin saber apenas de qué asunto podría tratar con un Rey que le recibía con las mangas de la camisa arremangadas, la lima en la mano y el mandil de cuero delante—, ha emprendido una obra importante?

—Sí, general, la gran obra en este arte: ¡una cerradura! Os digo lo que hago, para que si el señor Marat supiese que he vuelto a dedicarme a mi oficio, y pretendiera que fraguo llaves para Francia, podáis contestarle, caso de que le echéis la mano encima, que no es verdad. ¿No sois compañero ni maestro,

señor de Bouillé? —añadió.

—No, señor; pero soy aprendiz, y si pudiera ser útil en alguna cosa a Vuestra Majestad...

—¡Ah!, es cierto, querido primo —dijo Lafayette—, ¿no era cerrajero el marido de vuestra nodriza? Y, ¿no decía vuestro padre, aunque sólo sea mediano admirador del autor del *Emilio*, que si hubiera de seguir respecto a vos los consejos de Juan Jacobo, os dedicaría al oficio de cerrajero?

—Así es, general, y por eso tuve el honor de contestar a Su Majestad que si necesitase un aprendiz...

—No me sería inútil, caballero —

dijo el Rey—; pero lo que necesitaría sobre todo es un maestro.

—Y ¿qué cerradura construye Su Majestad? —preguntó el joven Conde con esa casi familiaridad que el traje del Rey y el sitio donde se hallaba parecía autorizar—. ¿Es una cerradura de biela, de golpe, de pestillo, de engranaje, o de qué especie?

—¡Oh, oh!, primo mío —exclamó Lafayette—, yo no sé lo que podréis hacer como hombre práctico; pero en cuanto a la teoría, parecéis estar muy al corriente, no diré del oficio, puesto que un Rey le ha ennoblecido, pero sí del arte.

Luis XVI había escuchado con visible placer la enumeración de las diferentes cerraduras que el joven caballero acababa de citar.

—No —contestó—, es sencillamente una cerradura secreta, de esas que se abren por los dos lados; pero temo haber presumido demasiado de mis fuerzas. ¡Ah!, si tuviese aún a mi pobre Gamain, él, que se titulaba maestro de maestros y maestro de todos...

—¿Ha muerto ese buen hombre, señor?

—No —contestó el Rey, dirigiendo al joven una mirada que parecía decirle

que fijase la atención y que comprendiese a media palabra—, no, está en Versalles, en la calle de los Depósitos; el buen hombre no habrá osado venir a las Tullerías.

—¿Por qué, señor? —preguntó Lafayette.

—¡Por temor de comprometerse! Un Rey de Francia es muy peligroso en estos días, querido general, y la prueba es que todos mis amigos están, los unos en Londres, los otros en Coblenza, y los demás en Turín. Sin embargo, señor de Lafayette —continuó el Rey—, si no halláis inconveniente alguno en que venga con uno de sus aprendices para

ayudarme un poco, le enviaré a buscar uno de estos días.

—Señor —contestó con viveza el general—, Vuestra Majestad sabe muy bien que es completamente libre de llamar a quien quiera y de ver a quien le plazca.

—Sí, mediante la condición de que vuestros centinelas registren a los visitantes, como se hace con los contrabandistas en la frontera. Tan sólo por esto, mi pobre Gamain se creería perdido, si se fuese a tomar su estuche por una cartuchera y sus limas por puñales.

—Señor, a la verdad no sé como

excusarme con Vuestra Majestad; pero yo respondo a París, a Francia y a Europa, de la vida del Rey, y no podría tomar demasiadas precauciones para que esa preciosa vida esté segura. En cuanto al buen hombre de quien hablamos, el Rey puede darle por sí mismo las órdenes que le convengan.

—Está bien, y gracias, señor de Lafayette; pero no hay prisa; dentro de ocho o diez días le necesitaré —añadió mirando de reojo al señor de Bouillé, y también a su aprendiz—; entonces le enviaré a llamar por conducto de mi ayuda de cámara, Durey, que es amigo suyo.

—Y bastará que se presente, señor, para ser admitido al punto, sirviéndole su nombre de pase. ¡Dios me libre de tener la reputación de carcelero, de llavero y de conserje! Jamás estuvo el Rey más libre que ahora; y hasta venía a suplicar a Vuestra Majestad que continuara sus cacerías y sus viajes.

—¡Oh!, ¡mis cacerías, no, muchas gracias! Ya veis que por el pronto tengo otra cosa en qué pensar. En cuanto a mis viajes, esto es distinto; el último que hice de Versalles a París me curó del deseo de viajar, por lo menos con tan numeroso séquito.

Y el Rey dirigió otra mirada al

conde de Bouillé, que por un ligero movimiento de los párpados hizo entender al Rey que había comprendido.

—Y ahora, caballero —dijo Luis XVI, dirigiéndose al joven Conde—, decidme si saldréis pronto de París para reuniros con vuestro padre.

—Señor —contestó el joven—, saldré de París dentro de dos o tres días, mas no para regresar a Metz. Mi abuela vive en Versalles, en la calle de los Depósitos, y debo presentarle mis respetos. Además, mi padre me ha encargado la terminación de un asunto de familia de bastante importancia, y hasta dentro de ocho o diez días no

puedo ver a la persona de quien debo tomar órdenes en esta ocasión. En su consecuencia, llegarán los primeros días de diciembre antes de que me sea dado reunirme con mi padre, al menos que el Rey deseara, por algún motivo particular, que apresure mi regreso a Metz.

—No, caballero —dijo el Rey—, emplead vuestro tiempo como os parezca; id a Versalles, evacuad los asuntos que el Marqués os haya encargado, y cuando hayáis concluido, podréis volver a decirle que no le olvido, que le considero como a uno de mis más fieles servidores, y que le

recomendaré a su vez al señor de Portail.

El general sonrió ligeramente al oír esta nueva alusión a su omnipotencia.

—Señor —dijo—, yo hubiera recomendado hace ya mucho tiempo a los señores de Bouillé a Vuestra Majestad, si no hubiese tenido el honor de ser pariente de ellos. Temeroso de que se dijera que pido los favores del Rey para mi familia, no he podido hacer esta justicia hasta ahora.

—Pues bien, esto viene oportunamente, señor de Lafayette; ya hablaremos de ello.

—¿Me permitirá el Rey decirle que

mi padre miraría como un disfavor, y hasta como una desgracia, un ascenso que le privara del todo o en parte de los medios de servir a Vuestra Majestad?

—¡Oh!, ya se entiende, Conde — contestó el Rey—, y yo no permitiría cambiar la posición del señor de Bouillé sino para que mejorase con arreglo a sus deseos y los míos. Dejados arreglar esto al señor de Lafayette y a mí, e id a vuestros placeres, sin que esto os haga olvidar los asuntos. Id, señores.

Y el Rey despidió a los dos caballeros con un aire de majestad que hacía singular contraste con el traje

vulgar que vestía.

Después, cuando la puerta se hubo cerrado, Luis XVI murmuró:

—Vamos, me parece que el joven me ha comprendido, y que *dentro de ocho o diez días* tendré al maestro Gamain y a su aprendiz para ayudarme a poner mi cerradura.

Capítulo XXXIII

ANTIGUOS CONOCIDOS

En la misma tarde del día en que el señor de Bouillé había tenido el honor de ser recibido por la Reina primeramente y después por el Rey, entre cinco y seis, ocurría, en el último piso de una casita vieja, sucia y oscura, de la calle de la Judería, una escena, a la cual haremos asistir a nuestros lectores, si nos lo permiten.

En su consecuencia, partiendo con ellos desde la entrada del puente de Cambio, bien al apearse de su carroza o de su coche de plaza, según que tengan seis mil libras al año para pagar un cochero, dos caballos y el vehículo, o tan sólo treinta sueldos para darlos diariamente por un simple coche de plaza, seguiremos con nuestros lectores el puente de Cambio, y después de penetrar en la calle de la Peletería, pasaremos a la de la Judería, deteniéndolos al fin frente a la tercera puerta de la izquierda.

Bien sabemos que la vista de esta puerta —que los inquilinos de la casa no

se toman ni siquiera la molestia de cerrar, pues tan libres se creen de toda tentativa nocturna de los señores ladrones—, no tiene mucho atractivo; pero ya hemos dicho que necesitamos las personas que habitan las buhardillas de aquella casa, y como no vendrán a vernos, es preciso, lector, o querida lectora, que vayamos a visitarlas.

Asegurad bien los pies durante la marcha, para no resbalar en el barro viscoso que cubre el suelo del negro y oscuro pasadizo en que penetramos, y estrechemos nuestras ropas contra el cuerpo, para que ni siquiera se roce con las paredes de la escalera húmeda y

grasosa que hay en el fondo del pasadizo, semejante a los pedazos de una serpiente mal unidos. Después será necesario acercar a nuestras narices un frasquito de esencias o un pañuelo perfumado a nuestra cara, para que el más sutil y más aristócrata de nuestros sentidos, el olfato, escape cuanto sea posible del contacto de ese aire cargado de ázoe que se respira a la vez por la boca, por la nariz y por los ojos. Luego nos detendremos en el tercero y último tramo, frente a la puerta en que la mano inocente de un joven dibujante ha trazado concretas figuras que a primera vista se podrían tomar por signos

cabalísticos, y que no son sino desgraciados ensayos en el arte sublime de Leonardo de Vinci, de los Rafael y de los Miguel Ángel.

Una vez allí, miraremos, si lo tenéis a bien, a través del agujero de la cerradura, para que podamos, querido lector, o amada lectora, reconocer, si tenéis buena memoria, los personajes que vamos a encontrar. Por lo demás, si no los reconocéis a la simple vista, bastará aplicar vuestro oído a la puerta para escuchar. Entonces será muy difícil, por poco que hayáis leído nuestro libro *El Collar de la Reina*, que el oído no venga en auxilio de la vista, pues

nuestros sentidos se completan unos con otros.

Digamos primeramente lo que se ve mirando por el orificio de la cerradura.

El interior de la habitación, que indica la miseria, está ocupado por tres personas; un hombre, una mujer y un niño.

El hombre podrá tener cuarenta y cinco años, y aparenta diez más; la mujer, de unos treinta y cuatro, representa cuarenta, y el niño, de cinco, no parece tener más: aún no ha podido envejecer dos veces.

El hombre viste un antiguo uniforme de sargento de los guardias franceses,

uniforme venerado desde el 14 de julio, día en que aquellos se unieron al pueblo para andar a tiros con los alemanes del señor de Lámbese y los suizos del señor Besenval.

En la mano tiene una baraja completa, desde el as, con el dos, el tres y el cuatro de cada color, hasta el rey; está ensayando por centésima o milésima vez acaso una martingala infalible, y a su lado reposa un cartón con tantos agujeros como estrellas hay en el cielo.

Hemos dicho *reposa*, y nos apresuramos a corregir: esta palabra es muy impropia, empleada para este

cartón, pues el jugador —parece incontestable que se trata de uno— le atormenta de continuo, consultándole de cinco en cinco minutos.

La mujer lleva un antiguo vestido de seda, y en ella la miseria es tanto más terrible cuanto que ha conservado algunos restos de lujo. Tiene los cabellos levantados en forma de penca, sirviéndole de adorno único un peine de cobre, dorado en otro tiempo; sus manos están escrupulosamente limpias, y a fuerza de aseo han conservado, o más bien adquirido, cierto aspecto aristocrático; las uñas, que el señor de Taverney llamaba de *cuerno*, en su

brutal realismo, han sido redondeadas hábilmente hacia la punta; y, en fin, unas zapatillas que han perdido ya su color, y que estando bordadas en otro tiempo de oro y seda presentan ahora marcadas señales de su vejez, bailan en los pies de la mujer, mal cubiertos por las medias rotas.

En cuanto al rostro, como ya hemos dicho, es el de la mujer de los treinta y cuatro a treinta y cinco años, que si estuviera artísticamente arreglado a la moda del tiempo, podría permitir a su dueña suponerse esa edad, a la que, durante un lustro, como dice el abate de Celle, y hasta dos, las mujeres se aferran

con afán —veintinueve años— pero que sin el colorete y el blanquete, y por lo tanto, sin ningún medio posible de ocultar los pesares y las miserias, acusan cuatro o cinco años más de los que se cuentan en realidad.

Por lo demás, por desnudo que esté aquel rostro, hace meditar al verle, y sin poder contestarnos, por atrevido que sea el vuelo de la imaginación, el observador vacila en franquear semejante distancia y se pregunta en qué palacio dorado, en qué carroza de seis caballos, en medio de qué lujo real se ha visto un rostro resplandeciente del que este no es más que un pálido reflejo.

El niño, de cinco años como ya hemos dicho, tiene los cabellos rizados cual un querubín, las mejillas redondeadas como una manzana, los ojos diabólicos de su madre, la boca glotona de su padre, y la pereza y los caprichos de ambos.

Viste un resto de traje de terciopelo nacarado, y mientras come una rebanada de pan que el tendero de la esquina ha cubierto de confitura, arregla los restos de un viejo cinturón tricolor con los bordes de cobre, en el fondo de un sombrero viejo de fieltro de color gris perla.

La habitación está iluminada por una

vela cuyo pabito es enorme, que tiene por candelero una botella vacía, y que si bien alumbra al hombre de la baraja, deja el resto del aposento en una semioscuridad.

Sentado esto, y como la inspección a la simple vista no nos ha enseñado nada, escuchemos.

El niño es el primero en romper el silencio, tirando por encima de su cabeza la rebanada de pan, que cae al pie de la cama, compuesta de un solo colchón.

—Mamá —dice el niño—, no quiero más pan y confitura... ¡Qué asco!

—Pues bien, ¿qué quieres, Santos?

—Quiero una barrita de azúcar piedra.

—¿Oyes tú, Beausire? —pregunta la mujer.

Y como ve que, absorto en sus cálculos, el hombre no contesta, repite en voz alta:

—¿Oyes lo que dice este pobre niño?

El mismo silencio.

Entonces, elevando el pie a la altura de la mano y cogiendo su zapatilla, se la arroja a las narices al calculador.

—¡Eh, Beausire! —le grita.

—¿Qué hay? —pregunta este con un tono muy marcado de mal humor.

—Hay, que Santos pide una barrita de azúcar, porque no quiere más confitura. ¡Pobre niño!

—Ya se la daremos mañana.

—¡La quiero hoy, la quiero esta tarde, la quiero ahora mismo! —grita el niño con un tono lastimero que anuncia las lágrimas.

—Santos, amiguito mío —dice el padre—, te aconsejo que estés callado, o tendrás que habértelas conmigo.

Santos profiere un grito, arrancado más bien por el capricho que por el espanto.

—¡Pega a tu hijo si te atreves, borracho, y te las habrás conmigo! —

exclama la madre, alargando hacia Beausire aquella blanca mano que, gracias a los cuidados de su propietaria para afilar las uñas, podría muy bien convertirse en una garra.

—Y ¿quién diablos trata de tocar al niño? Bien sabes que es mi manera de hablar, señora Oliva, y que si de vez en cuando se vapulean las ropas de la madre, siempre se ha respetado la blusa del niño... ¡Vamos, ven a abrazar a este pobre Beausire, que dentro de ocho días será rico como un rey; vamos, aquí, Nicolasilla!

—Cuando seas rico como un rey, amiguito mío, tiempo habrá para

abrazarte; pero de aquí a entonces, nada de eso.

—Pero, puesto que te digo que es como si tuviera aquí un millón, compláceme en lo que te pido, y con esto tendremos suerte: el panadero nos fiará.

—¡Un hombre que maneja millones y pide fiado un pan de cuatro libras!

—¡Yo quiero la barrita de azúcar!
—gritó el niño con un tono cada vez más amenazador.

—Vamos, hombre de los millones, da el azúcar al niño.

Beausire hizo un movimiento como para introducir la mano en el bolsillo,

pero esta se detuvo antes de recorrer la mitad de su camino.

—Vamos —dijo—, bien sabes que te he dado ayer la última moneda de veinticuatro sueldos.

—Puesto que tienes dinero, madre —dijo el niño volviéndose hacia la mujer, a la que el respetable señor de Beausire acababa de llamar sucesivamente Oliva y Nicolasa—, dame un sueldo para ir a comprar el azúcar.

—Ahí tienes dos, niño malo —dijo la madre—, y cuidado con caer al bajar la escalera.

—Gracias, madrequita —contestó el

niño, saltando de alegría mientras que presentaba la mano.

—Vamos, ven aquí para que te arregle el cinturón y el sombrero, tunante, a fin de que no se diga que el señor Beausire deja a su hijo andar por las calles desarreglado, cosa que a él le importa poco, porque no tiene cariño a nada, pero que a mí me hace morir de vergüenza.

Santos sentía deseos, a riesgo de lo que pudieran decir los vecinos del presunto heredero de la casa Beausire, de abstenerse del sombrero y el cinturón, cuya utilidad no había reconocido sino cuando excitaba la

admiración de los otros niños por su brillo y su frescura; pero como estas dos prendas eran una de las condiciones que imponía la moneda de dos sueldos, era preciso que el joven matamoros pasara por esto, a pesar de su repugnancia.

Se consoló poniendo la moneda de dos sueldos bajo las narices de su padre, antes de salir; pero este, absorto en sus cálculos, limitóse a sonreír por aquella encantadora travesura.

Después oyó un paso furtivo, casi apresurado por la golosina, perdiéndose en la escalera.

La mujer, después de seguir con la vista a su hijo hasta que la puerta se

cerró tras él, fijó la mirada en el padre y díjole, después de una pausa:

—¡Hola!, señor de Beausire, será preciso que vuestra inteligencia nos saque de la mísera posición en que nos hallamos, pues de lo contrario deberé apelar a la mía.

Y pronunció estas últimas palabras con un gracioso ademán, como mujer a quien su espejo le hubiera dicho por la mañana: «¡Puedes estar tranquila; con ese rostro no se muere una de hambre!».

—Por eso, Nicolasilla —replicó el señor Beausire—, ya ves que me ocupo de esto.

—Sí, barajando las cartas y picando

cartones.

—¡Pero no te digo que ya lo he hablado!...

—¿El qué?

—Mi martingala.

—¡Bueno! Ya volvemos a comenzar.

Beausire, os advierto que voy a buscar de memoria entre mis conocidos antiguos, para ver si no habrá alguno que tenga suficiente influencia para haceros encerrar como loco en Charenton.

—¡Pero si te digo que es infalible!

—¡Ah!, ¡si el señor de Richelieu no hubiera muerto! —murmuró la mujer a media voz.

—¿Qué dices?

—¡Que si el señor de Richelieu no estuviera arruinado!

—¿Cómo?

—¡Y si la señora de la Motte no hubiese huido!

—¿Qué más?

—Encontraría recursos y no me vería obligada a participar de la miseria de un viejo bribón como este.

Y con un ademán de reina, Nicolasa Leguay, llamada señora Oliva, señaló desdeñosamente a Beausire.

—¿Pues no te digo —repitió este último con el tono de la mayor convicción—, que mañana seremos ricos?

—¿A millones?

—¡Sí, a millones!

—Señor de Beausire, mostradme los diez primeros lises de oro de vuestros millones, y entonces creeré lo demás.

—Pues bien, esta noche veréis esos primeros diez lises de oro; precisamente es la suma que me han prometido.

—¿Y me los darás, mi pequeño Beausire? —preguntó con viveza Nicolasa.

—¡Oh!, te daré cinco, a fin de que compres un vestido de seda para ti y un traje de terciopelo para el niño; después, con los otros cinco...

—Y bien, ¿con los otros cinco?...

—Te traeré el millón prometido.

—¿Vas a jugar otra vez, desgraciado?

—¿Pero no te he dicho que he descubierto una martingala infalible?

—¡Sí, será hermana de aquella con que te comiste las sesenta mil libras que te quedaban de aquel negocio de Portugal!

—¡Dinero mal adquirido, no aprovecha! —dijo sentenciosamente Beausire—, y siempre tuve la idea de que a la manera de obtener aquel dinero se debe nuestra desgracia.

—Me parece que esta es herencia

tuya... ¿Tenías un tío que murió en América o en las Indias, y que te dejó diez luises?

—Estos diez luises, señorita Nicolasa —replicó Beausire con cierto aire de superioridad—, esos diez luises, entendedlo bien, serán ganados no tan sólo lealmente, sino también de una manera honrosa, y por una causa en la cual me hallo interesado, así como toda la nobleza de Francia.

—¿Sois acaso noble, señor Beausire? —preguntó Nicolasa con tono de mofa.

—Decid *de* Beausire, señorita Leguay, *de Beausire* —contestó este

recalcando—, como consta en la partida de la iglesia de San Pablo, y firmada por vuestro servidor, Juan Bautista Toussaint de Beausire, el día en que di mi nombre al niño...

—¡Buen regalo le hicisteis! —murmuró Nicolasa.

—¡Y mi fortuna! —añadió enfáticamente Beausire.

—Si Dios no le envía otra cosa —replicó Nicolasa moviendo la cabeza—, el pobre niño puede estar seguro de pedir limosna y de morir en un hospital.

—Verdaderamente, señorita Nicolasa —replicó Beausire con aire de despecho—, esto es cosa de no poder

resistir; jamás estáis contenta.

—¡Pues no resistáis! —exclamó la mujer, dando libre curso a su cólera largo tiempo contenida—. ¡Dios mío! ¿Quién os ruega que resistáis? A Dios gracias, no tenga cuidado por mi persona ni por la de mi hijo, y desde esta noche misma puedo buscar mejor suerte en otra parte.

Y Nicolasa, levantándose al decir esto, dio tres pasos hacia la puerta.

Beausire, por su parte, hizo lo mismo, y obstruyó la puerta con sus brazos.

—Pero, puesto que te dicen, mala mujer —exclamó—, que esa fortuna...

—¿Qué más? —preguntó Nicolasa.

—La tendrás esta noche, pues te repito que la martingala, aunque fuese falsa, lo cual es imposible, según mis cálculos, me haría perder solamente cinco luises, y a esto se reduce todo.

—¡Hay momentos en que cinco luises constituyen una fortuna, señor gastador! No sabéis eso, porque habéis derrochado más oro del que pesa esta casa.

—Esto prueba mi mérito, señora; si he derrochado oro, es porque lo gané, y si lo obtuve entonces, también puedo ganarlo ahora, pues hay un Dios para las personas... hábiles.

—¡Ah!, ¡cuenta con esto!

—Señorita Nicolasa, ¿seríais atea por casualidad?

Nicolasa se encogió de hombros.

—¿Seríais de la escuela de Voltaire, que niega la Providencia?

—¡Beausire, sois un necio!

—No tendría nada de extraño que, siendo hija del pueblo, tengáis semejante idea. No son las mismas de los que pertenecen a mi clase social y a mi opinión política.

—¡Señor de Beausire, sois un insolente!

—En cuanto a mí, entendedlo bien, tengo la fe; si alguno me dijera: «Tu

hijo, que ha bajado para comprar una barrita de azúcar con una moneda de dos sueldos, subirá cargado con una balsa llena de oro», yo contestaría: «¡Puede ser, si es la voluntad de Dios!».

Y Beausire levantó con beatitud los ojos al cielo.

—Vamos, os digo que sois un imbécil —repuso Nicolasa.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se oyó en la escalera la voz del niño.

—¡Papá, mamá! —gritaba.

Beausire y Nicolasa escuchaban con gusto aquella voz querida.

—¡Papá, mamá! —repetía la voz

acercándose cada vez más.

—¿Qué ha sucedido? —gritó Nicolasa, abriendo la puerta con una solicitud materna—. Ven hijo mío, ven.

—¡Papá, mamá! —continuó la voz, aproximándose siempre como la de un ventríloco que aparenta abrir la puerta de una cueva.

—No me sorprendería —dijo Beausire, cogiendo de aquella voz lo que tenía de alegre—, no me sorprendería que el milagro se realizase, y que el niño hubiese encontrado la bolsa de que acabo de hablar.

En aquel momento el niño aparecía en el último escalón y precipitábase en

el aposento, llevando en la boca su barrita de azúcar, oprimiendo con su brazo izquierdo una bolsa de papel llena de confites, que estrechaba contra su pecho, y mostrando en su mano derecha abierta un luis de oro, que a la luz de la mísera vela brillaba como la estrella Aldebaran.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó Nicolasa, dejando que la puerta se cerrase sola—. ¿Qué te ha pasado, hijo mío?

Y aplicaba en el rostro gelatinoso del pequeño esos besos maternos que nada repugnan, porque parecen depurarlo todo.

—Lo que hay —dijo Beausire, apoderándose diestramente del luis de oro y examinándolo a la luz de la vela, lo que hay es que el luis de buena ley vale veinticuatro libras.

Y volviéndose hacia el niño, añadió: —¿Dónde has encontrado esto, chiquillo? Dímelo, para que yo vaya a buscar más si quedan.

—No lo encontré, papá —contestó el pequeño—; me lo han dado.

—¿Cómo que te lo han dado? —exclamó la madre.

—Sí, mamá, un caballero.

Nicolasa estuvo a punto de preguntar dónde se hallaba aquel caballero.

Pero prudente por experiencia, porque no olvidaba que Beausire era muy celoso, limitóse a repetir:

—¿Un caballero?

—Sí, mamita —contestó el niño, haciendo crujir su azúcar entre los dientes.

—¡Un caballero! —repitió a su vez Beausire.

—Sí, papáito, un señor que entró en la tienda cuando yo estaba, y que dijo:

—Señor lonjista, ¿no es hijo de un caballero llamado Beausire el niño a quien tenéis el honor de servir en este momento?

—¿Y qué contestó el hombre, hijo

mío? —preguntó el padre.

—Dijo que no sabía si era hijo de un caballero, pero que sí se llamaba Beausire. «¿Y no vive aquí cerca?», preguntó el caballero. «Sí, en esta misma casa de la izquierda, en el tercer piso». «Pues dad a este niño todas las buenas cosas que pida, yo pago», replicó el caballero. Y volviéndose hacia mí, añadió: «Toma, pequeño, aquí tienes un luis para comprar más confites, cuando te hayas comido estos». Entonces me puso el luis en la mano; el lonjista me colocó la bolsa de papel debajo del brazo, y me marché muy contento. Pero ¿dónde está mi luis?

Y el niño, que no había visto el escamoteo de Beausire, comenzó a buscar la moneda por todas partes.

—¡Torpe —dijo el padre—, lo habrás perdido!

—¡No, no! —exclamó el niño.

Esta discusión hubiera podido llegar a ser más seria, a no haber mediado un incidente que por necesidad debía poner a ella término.

Mientras que el niño, dudando aún de sí, buscaba por el suelo el luis de oro, que reposaba ya en el fondo del bolsillo de Beausire; mientras que este admiraba la inteligencia de su hijo, que acaba de manifestarse por la narración

antedicha, tal vez algo mejorada por nuestra pluma; y mientras que Nicolasa, participando del entusiasmo de su amante por la disposición del pequeño, se preguntaba seriamente quién podría ser aquel caballero que daba confites y un luis de oro, la puerta se abrió poco a poco, y una voz muy dulce pronunció estas palabras:

—Buenas noches, señorita Nicolasa, señor Beausire e hijo.

Todos se volvieron hacia el lado de donde procedía la voz.

En el umbral de la puerta, y sonriendo ante aquel cuadro de familia, hallábase un hombre vestido con mucha

elegancia.

—¡Ah! ¡El señor de los confites! —
exclamó el pequeño Santos.

—¡El conde de Cagliostro! —
dijeron a la vez Nicolasa y Beausire.

—Tenéis un niño encantador,
caballero —dijo el conde—, y debéis
estar muy contento por ser su padre.

Capítulo XXXIV

DONDE EL LECTOR
ENCUENTRA
AL SEÑOR
BEAUSIRE TAL
CUAL ERA ANTES

Después de pronunciadas las amables frases del Conde, siguióse una pausa durante la cual Cagliostro se adelantó hasta el centro de la habitación, paseando después una mirada en torno suyo, sin duda para apreciar la situación

moral, y sobre todo pecuniaria, de los antiguos conocidos, hacia los cuales le conducían inopinadamente aquellos manejos terribles y subterráneos de que él era el centro.

El resultado de aquella ojeada, tratándose de un hombre tan perspicaz como el Conde, no podía dejar la menor duda.

Un observador común hubiera adivinado lo que era verdad, es decir, que aquella pobre gente no tenía más que su última moneda de veinticuatro sueldos.

De las tres personas a quienes había sorprendido la aparición del Conde, la

primera que rompió el silencio fue aquella a quien su memoria no recordaba más que los recientes hechos, y a la que por lo tanto no remordía la conciencia cosa ninguna.

—¡Ah!, caballero, qué desgracia — exclamó el niño Santos—, he perdido mi luis.

Nicolasa abría ya la boca para aclarar los hechos; pero reflexionando que su silencio valdría tal vez un segundo luis al niño, y que entonces se lo apropiaría ella, se calló.

Nicolasa no se había engañado.

—¿Has perdido tu luis, pobre niño? —dijo Cagliostro—. Pues bien, he aquí

dos, y procura no perderlos esta vez.

Y sacando de una bolsa, cuya redondez encendió las miradas codiciosas de Beausire, otros dos luises de oro, los puso en la manita del niño.

—Toma, mamá —dijo el pequeño Santos, corriendo hacia Nicolasa—, uno para ti y otro para mí.

Y el niño compartió su tesoro con la madre.

Cagliostro había notado la insistencia con que la mirada del falso sargento seguía su bolsa, la cual acababa de abrir para dar paso a las cuarenta y ocho libras, en las diversas evoluciones que había hecho desde su

salida del bolsillo hasta su entrada en él.

Al ver que el objeto desaparecía en las profundidades de la casaca del Conde, el amante de Nicolasa exhaló un suspiro.

—¿Seguís siendo siempre melancólico, señor de Beausire? — preguntó Cagliostro.

—¿Y vos siempre millonario, señor Conde?

—¡Ah! Vos que habéis sido uno de los más grandes filósofos que conocí, tanto en los últimos siglos como en la antigüedad, debéis conocer el axioma que fue celebrado en todas las épocas. *«El dinero no constituye la felicidad».*

Yo os he conocido relativamente rico.

—Sí —contestó Beausire—, es cierto; he poseído hasta cien mil francos.

—Es posible; pero en la época en que yo os encontré, os habíais comido ya cuarenta mil francos, poco más o menos, de modo que tan sólo os quedaban sesenta mil, suma que, según reconoceréis, era bastante redonda para un antiguo exento.

Beausire suspiró por segunda vez.

—¿Qué son sesenta mil libras —dijo—, comparadas con las sumas de que vos disponéis?

—Como depositario, señor de

Beausire, pues si contáramos bien, me parece que vos seríais San Marcos y yo el pobre, y que os veríais obligado, para que no me helase de frío, a darme la mitad de vuestra capa. Pues bien, apreciable señor de Beausire, ¿recordáis las circunstancias en que os encontré? Entonces teníais, como ya he dicho, unas sesenta mil libras en vuestro bolsillo, y yo os pregunto si erais con esto más feliz.

Beausire dejó escapar un tercer suspiro que podía tomarse por una queja.

—Vamos, contestad —insistió Cagliostro—. ¿Queríais cambiar

vuestra posición actual, aunque no poseáis sino ese pobre luis que habéis cogido a vuestro hijo?...

—¡Caballero! —interrumpió el antiguo exento.

—No nos enfademos; señor de Beausire; ya nos indispusimos una vez, y os visteis obligado a ir a buscar a la calle vuestra espada, que había saltado por la ventana. ¿Lo recordáis?... Vamos, ya veo que sí —continuó el Conde al ver que Beausire no contestaba—. Siempre sirve de algo tener memoria. Pues bien, vuelvo a preguntároslo: ¿Quisierais cambiar vuestra posición actual, aunque sólo poseáis el pobre luis escamoteado

a vuestro hijo —esta vez las palabras pasaron sin protesta—, por la situación precaria de la que ha contribuido a libraros?

—No, señor Conde —contestó Beausire—; en efecto, tenéis razón, no cambiaría, ¡ay de mí! En aquella época yo estaba separado de mi querida Nicolasa.

—Y además, ligeramente acosado por la policía, con motivo de aquel asunto de Portugal... ¿Y que diablos resultó al fin de aquel negocio, señor Beausire?... Me parece recordar que fue muy sucio.

—Cayó al agua, señor Conde —

contestó Beausire.

—¡Ah! Tanto mejor, porque debía inquietaros mucho; pero no contéis demasiado con el olvido, porque hay en la policía individuos que son muy buenos buzos, y por turbia o profunda que sea el agua, siempre es más fácil de pescar un asunto feo que una hermosa perla.

—En fin, señor Conde, excepto la miseria a que nos vemos reducidos...

—Seríais feliz; de modo que os bastarían mil luises para que vuestra dicha fuese completa.

Los ojos de Nicolasa brillaron; los de Beausire despedían fuego.

—De este modo —exclamó el segundo—, y si tuviéramos mil luises, es decir, veinticuatro mil libras, compraríamos un terreno; con la mitad de la suma, me proporcionaría una modesta renta para nosotros, y yo me haría labrador.

—Como Cincinnatus...

—Mientras que Nicolasa se dedicaría exclusivamente a la educación de nuestro hijo.

—Como Cornélie... ¡Diablo!, señor Beausire, no solamente sería esto ejemplar, sino hasta conmovedor. ¿No esperáis ya ganar esa suma en el negocio que os ocupa en este momento?

Beausire se estremeció.

—¿De qué negocio habláis? — preguntó.

—De aquel en que pasáis por sargento de guardias; de aquel que os hace acudir a una cita esta noche en las arcadas de la Plaza Real.

Beausire palideció al oír esto.

—¡Oh!, señor Conde —exclamó, uniendo las manos con ademán suplicante.

—¿Qué?

—¡No me perdáis!

—¡Bien!, no comencéis a divagar. ¿Acaso soy yo teniente de policía para perderos?

—¿Lo ves? —exclamó Nicolasa—. ¡Bien te decía yo que te enredabas en un mal negocio!

—¡Ah! ¿Le conocéis vos también, señorita Leguay?

—No, caballero, pero, es que... cuando Beausire me oculta alguna cosa, es porque tiene algo de malo. En cuanto a mí, puedo estar tranquila.

—Pues bien, por lo que toca a lo de que hablo, señorita Leguay, os engañáis, porque se trata de un negocio excelente.

—¡Ah!, veo que también lo juzgáis así —exclamó Beausire—. El señor Conde es caballero, y comprende que toda la nobleza se interesa...

—Para que salga bien, es cierto; mas por su parte, todo el pueblo se interesa igualmente para que fracase. Ahora bien, si queréis creerme, señor de Beausire, y comprended que os doy un consejo de verdadero amigo, no toméis parte en favor de la nobleza ni del pueblo.

—Pues, ¿por quién la he de tomar?

—Por vos.

—¿Por mí?

—¡Claro está! —exclamó Nicolasa—; bastante has pensado en los otros, y tiempo es ya de que pienses en ti.

—Ya lo oís —dijo Cagliostro—, vuestra compañera habla como San Juan Pico de Oro. Recordad bien una cosa,

señor Beausire, y es que todo negocio tiene dos aspectos, uno bueno y otro malo; puede ser favorable para unos y desfavorable para los otros; pero cualquiera que fuere, no puede ser malo ni bueno tampoco para todo el mundo; tan sólo se trata de tomar el negocio por la mejor parte.

—¡Ah, ah!, parece que yo no he sabido elegir la buena...

—No del todo, señor Beausire, no; falta mucho para que así sea, y hasta añadiré que si os empeñáis, esta vez no arriesgaréis el honor, ni tampoco la fortuna, sino la vida... Sí, probablemente os ahorcarían.

—Caballero —contestó Beausire, tratando de aparentar serenidad mientras que enjugaba el sudor que corría por su frente—, no se ahorcará a un caballero.

—Es verdad; mas para que os cortasen la cabeza, apreciable señor Beausire, sería necesario presentar vuestras pruebas de nobleza, lo cual sería tal vez un poco largo, lo bastante para cansar al tribunal, que podría muy bien dar orden para que os ahorcaran provisionalmente. Sabido esto, me diréis que cuando la causa es buena, poco importa el suplicio. «*El crimen es lo vergonzoso, no el cadalso*, como ha dicho un gran poeta».

—Sin embargo —balbuceó Beausire, cada vez más espantado—. Sí, vais a decirme que no estáis lo bastante aferrado a vuestras opiniones, para sacrificar por ellas la vida.

—¡Diablo!, lo comprendo así, pues «no se vive más que una vez», como dice otro poeta no tan célebre como el primero, pero que podría muy bien tener razón.

—Señor Conde —replicó al fin Beausire—, he observado, durante las pocas relaciones que tuve el honor de mantener con vos, que tenéis una manera de hablar de las cosas, que haríais erizar los cabellos de un hombre tímido.

—¡Diablo!, no es tal mi intención —
dijo Cagliostro—; y además, vos no sois
hombre tímido.

—No —contestó Beausire—, pero
hay ciertas circunstancias...

—Sí, ya comprendo; aquellas, por
ejemplo, en que se tiene detrás el
presidio, por cuestión de robo, y delante
la horca, por crimen de lesa nación,
como se llamaría hoy un crimen que, yo
lo supongo, tendría por objeto contribuir
a la fuga del Rey.

—¡Caballero, caballero! —exclamó
Beausire aterrado.

—¡Infeliz! —dijo Oliva—.
¿Cifrabas en esto tus sueños dorados?

—Yo no iba del todo descaminado, apreciable señorita —replicó el Conde —; pero como ya he manifestado hace poco, todas las cosas tienen su lado bueno y su lado malo, el uno iluminado y el otro oscuro; el señor de Beausire ha incurrido en el error de elegir este último, y más vale que desista: a esto se reduce todo.

—¿Es tiempo aún? —preguntó Nicolasa.

—¡Oh!, ciertamente.

—¿Qué debo hacer, señor Conde? —preguntó Beausire.

—Suponed una cosa —dijo Cagliostro reflexionando.

—¿Cuál?

—Suponed que vuestra fama fracasa; suponed que los cómplices del hombre enmascarado y del hombre del capote oscuro, sean detenidos; suponed, y es preciso hacer suposiciones en el tiempo en que vivimos, que se les condena a muerte... ¡Dios mío!, se absolvió a Besenval y a Augeard, y por lo mismo, ya veis que todo se puede suponer... Figuraos que esos cómplices son condenados a morir, y no os impacientéis porque suponga tanto, pues pronto llegaremos al fin; imaginaos que sois uno de esos cómplices, que tenéis la cuerda al cuello, y que os dicen, en

contestación a vuestras quejas, pues en semejante caso, por valeroso que sea un hombre, siempre se lamenta poco o mucho, ¿no es cierto?

—Concluid, señor Conde, os lo suplico, pues ya me parece que me estrangulan.

—¡Pardiez!, ¡nada tiene de extraño, puesto que os supongo con la cuerda al cuello! Pues bien, figuraos que vienen a deciros: «¡Ah!, ¡pobre señor Beausire, la culpa es vuestra!».

—¿Cómo? —preguntó Beausire.

—¡Hola!, ya veis que de una suposición en otra llegamos a la realidad, puesto que me contestáis a mí

como si ya os vierais en el caso.

—Lo confieso.

—«Pues bien, os contestaría la voz, no tan sólo podríais escapar de una mala suerte, que os tiene en sus garras, sino obtener mil lises, con los cuales podríais comprar la pequeña casita rodeada de bosque, donde deseáis vivir con la señorita Oliva y el niño Santos, disfrutando de una renta de quinientas, libras, que os habríais proporcionado con los doce mil que no se empleen en la compra de la casa... Esto sería vivir como antes digisteis, cual buen cultivador, que llevaría zapatillas en verano y zuecos en invierno; mientras

que en vez de ese encantador horizonte, veis delante de vos la plaza de Greve, con dos o tres infames horcas, la más alta de las cuales os alarga su brazo. ¡Uf!, mi pobre señor de Beausire, ¡qué fea perspectiva!».

—Pero, en fin, ¿cómo hubiera yo podido escapar de esa mala suerte, ganando los mil lises que asegurarían mi tranquilidad, la de Nicolasa y la de mi hijo?

—Vos preguntaréis eso, ¿no es verdad? «Nada más fácil, contestaría la voz, a dos pasos de vos teníais al conde de Cagliostro...». «Yo le conozco, contestaríais, es un señor extranjero, que

vive en París por su gusto, y que se aburre cuando le faltan noticias». «Ese mismo, diría la voz, y os bastaba ir a buscarle y decirle: señor Conde...».

—¡Pero yo no sabía dónde habitaba —exclamó Beausire—, ni tampoco si estaba en París, ni si era vivo!

—«Por eso, apreciable señor de Beausire, os contestaría la voz, por eso ha ido él a buscaros, y desde el momento en que lo hizo, convenid en que ya no teníais excusa. Pues bien, bastaba decirle: “Señor Conde: bien sé que sois muy aficionado a noticias”, y yo las tengo muy frescas. “Caballero, el hermano del Rey conspira”». “¡Bah!...”.

“Sí, con el marqués de Favras”. «¡No es posible!”. “Si tal; sé lo que digo, puesto que soy uno de los agentes del marqués”. “¿De veras? ¿Y cual es el objeto de la trama?”. “Llevarse al Rey y conducirlo a Perona. Y ahora, señor Conde, para distraeros, voy a deciros, hora por hora, minuto por minuto si es necesario, cómo está el asunto en este momento”. Entonces, amigo mío, el Conde, que es un caballero generoso, os habría contestado: “¿Queréis realmente hacer eso, señor de Beausire?”. “Sí”. “Pues bien, como todo trabajo merece recompensa, si cumplís la palabra dada, ahí tengo en un rincón veinticuatro mil

libras que me proponía emplear en una obra benéfica; pero a fe mía que las daré por satisfacer este capricho. El día en que se lleven al Rey, o en que el señor de Favras sea cogido, vendréis a buscarme, y a fe de caballero, se os entregará dicha suma, como se os entregan diez luises, no como adelanto, sino como donativo”».

Al pronunciar estas palabras, como un actor que repite su papel, el Conde sacó de su bolsillo la pesada bolsa, introdujo en ella el pulgar y el índice, y con una destreza que revelaba su costumbre en este ejercicio, cogió exactamente diez luises, ni más ni

menos; mientras que por su parte Beausire, preciso es hacerle esta justicia, adelantaba la mano para recibirlos.

Cagliostro retiró suavemente la mano.

—Dispensad, señor de Beausire —dijo—, creo que estábamos haciendo suposiciones.

—Sí —replicó Beausire, cuyos ojos brillaban como ascuas—; pero ¿no habéis dicho, señor Conde, que de suposición en suposición llegaríamos al hecho?

—¿Hemos llegado acaso?

Beausire vaciló un momento.

Apresurémonos a decir que no era la honradez ni la fidelidad a la palabra dada, ni tampoco la conciencia, lo que motivaba esta vacilación. Aunque lo afirmáramos, nuestros lectores conocen demasiado bien al señor de Beausire para darnos crédito.

No; era el simple temor de que el Conde no cumpliese su promesa.

—¡Mi apreciable señor de Beausire —dijo el Conde—, bien veo lo que pasa en vos!

—Sí —contestó Beausire—, tenéis razón, señor Conde; vacilo en vender la confianza que un noble caballero ha puesto en mí.

Y elevando los ojos al cielo, movió la cabeza, como si quisiera decir:

—¡Ah!, ¡esto es muy duro!

—No, no es eso —replicó Cagliostro—, y veo en vos una nueva prueba de la verdad de aquella frase del sabio: «¡El hombre no se conoce a sí propio!».

—¿Y qué será pues? —preguntó Beausire, algo aturdido por la facilidad con que el Conde sabía leer hasta en lo más profundo de los corazones.

—Es porque teméis que después de prometeros los mil lises, no quiera dároslos.

—¡Oh!, señor Conde...

—Y es natural; yo soy el primero en decíroslo; pero os ofrezco una garantía.

—¡Una garantía! El señor Conde no la necesita seguramente.

—Sí, una garantía que responderá de mí en todo.

—¿Y cuál es? —preguntó Beausire con timidez.

—Nicolasa Oliva Leguay.

—¡Oh! —exclamó Nicolasa—, si el señor Conde os promete, es como si ya louviésemos en nuestro poder.

—Ya veis, caballero, lo que es cumplir escrupulosamente las promesas que se hacen. Cierta día que la señorita se hallaba en la situación en que ahora

os encontráis, es decir, un día en que era muy buscada por la policía, le ofrecí un asilo en mi casa. La señorita vacilaba, temiendo sin duda por su honor; pero yo le di mi palabra, y a pesar de todas las tentaciones que debí sufrir, como vos comprenderéis mejor que nadie, la cumplí, señor de Beausire. ¿No es verdad, señorita?

—¡Oh!, en cuanto a eso —exclamó Nicolasa— lo juro por el pequeño Santos.

—¿Creéis, pues —preguntó el Conde—, que cumpliré la palabra con el señor de Beausire, respecto a darle veinticuatro mil libras el día en que el

Rey haya emprendido la fuga, o aquel en que el señor de Favras sea detenido? Esto, sin contar que deshago el nudo corredizo que os estrangulaba ahora, y que ya no tendréis que pensar en la cuerda ni en la horca, cuando menos por causa de este asunto. No respondo de ninguna otra cosa, pero entendámonos bien, pues hay vocaciones...

—Señor Conde —contestó Nicolasa —, para mí es como si el notario hubiese venido ya.

—Pues bien, apreciable señorita —dijo Cagliostro, alineando sobre la mesa los diez luses que no había soltado aún —, haced que pase vuestra convicción

al señor de Beausire, y asunto concluido.

Y con la mano hizo una señal a Beausire, para que consultase un momento con Nicolasa.

La conversación no duró más de cinco minutos; pero justo es decir que durante este tiempo fue de las más animadas.

Entretanto, Cagliostro miraba a la luz de la vela el cartón picado, y hacía movimientos de cabeza como para saludar a un antiguo conocido.

—¡Ah, ah! —exclamó—, esta es la famosa martingala de Low, que sin duda habéis encontrado. Yo perdí un millón

con esta martingala.

Y dejó con indiferencia el objeto sobre la mesa.

Esta observación de Cagliostro reanimó mucho más el diálogo entre Nicolasa y Beausire.

Este último pareció decidirse al fin.

Se dirigió a Cagliostro con la mano extendida, como hombre que quiere concluir un pacto indisoluble. Pero el Conde retrocedió, frunciendo el ceño.

—Señor de Beausire —dijo—, entre caballeros, la palabra basta; tenéis la mía, y por tanto dadme la vuestra.

—A fe de Beausire, señor Conde, es cosa convenida.

—Esto basta —dijo Cagliostro.

Y sacando del bolsillo de su chaleco un reloj, en el cual se veía el retrato del rey Federico de Prusia, enriquecido con brillantes, añadió:

—Son las nueve menos cuarto, señor Beausire, y a las nueve en punto sois esperado en las arcadas de la Plaza Real, por la parte del Palacio Sully; tomad estos diez luises, guardadlos en vuestro bolsillo, poneos la casaca, ceñid la espada, atravesad el puente de Nuestra Señora, y seguid la calle de San Antonio: no conviene que hagáis esperar.

Beausire no se hizo repetir la orden;

guardó los diez luses en el bolsillo, se puso la casaca y ciñóse la espada.

—¿Dónde encontraré al señor Conde?

—En el cementerio de San Juan... si os place... Cuando se quiere hablar de asuntos semejantes a esté, sin que nadie lo oiga, más vale hacerlo entre los muertos que entre los vivos.

—¿Y a qué hora?

—Apenas estéis libre: el primero que llegue esperará al otro.

—¿Tiene algo que hacer el señor Conde? —preguntó Beausire con inquietud al ver que Cagliostro no se disponía a seguirle.

—Sí —contestó el Conde—, tengo que hablar con la señorita Nicolasa.

Beausire hizo un movimiento.

—¡Oh!, no tengáis cuidado, señor de Beausire; respeté su honor cuando era joven, y con mucha más razón la respetaré siendo madre de familia. Vamos, salid, señor de Beausire.

Beausire dirigió a Nicolasa una mirada que parecía decirle:

—«¡Señora de Beausire, sed digna de la confianza que tengo en vos!».

Y abrazando tiernamente al niño Santos, saludó al Conde con un respeto mezclado de inquietud, y salió en el momento en que el reloj de Nuestra

Señora daba los tres cuartos para las
nueve.

Capítulo XXXV

EDIPO Y LOTH

Pocos minutos faltaban para la media noche, cuando un hombre, desembocando por la calle Real en la de San Antonio, siguió esta última hasta la fuente de Santa Catalina, detúvose un instante detrás de la sombra que proyectaba, para asegurarse de que no era espiado, tomó luego la especie de callejuela que conducía al palacio de San Pablo, y llegado aquí penetró en la

calle del Rey de Sicilia, oscura y del todo desierta; después, acortando el paso a medida que se acercaba al extremo de aquella, entró algo vacilante en la de la Cruz Blanca, donde se detuvo, inquieto al parecer, delante de la verja del cementerio de San Juan.

Aquí, como si sus ojos temieran ver salir a un espectro de la tierra, esperó, enjugando con la manga de su uniforme de sargento el sudor que corría por su frente.

En efecto, en el mismo instante en que comenzaban a dar las doce de la noche, algo como una sombra apareció de pronto deslizándose a través de los

cipreses; esa sombra se acercó a la verja, y un instante después, al crujir la llave en la cerradura, se pudo ver que el espectro, si en realidad lo era, no tan sólo tenía la facultad de salir de su tumba, sino también la de salir después del cementerio.

Al oír aquel crujido, el exento retrocedió.

—¡Hola!, señor de Beausire —dijo la voz burlona del Conde—, ¿no me reconocéis ya, o habéis olvidado nuestra cita?

—¡Ah!, sois vos —dijo Beausire respirando como hombre cuyo corazón se alivia de un peso—, tanto mejor:

Esas malditas calles son tan oscuras y desiertas que no se sabe si valdría más encontrar algún alma viviente que andar solo.

—¡Bah! —dijo Cagliostro—, ¿acaso podéis temer vos algo a ninguna hora del día o de la noche? No me haréis creer eso, siendo un hombre tan valeroso que lleva la espada al costado. Por lo demás, traspasad la verja y estaréis tranquilo, pues tan sólo me encontraréis a mí.

Beausire accedió a la invitación, y la cerradura que había rechinado al abrirse la puerta delante de él, produjo otra vez el sonido para cerrarse detrás.

—¡Bien! —dijo Cagliostro—, ahora seguid ese sendero, señor Beausire, y a veinte pasos de aquí veréis una especie de palacio ruinoso, en cuyo pórtico estaremos perfectamente para hablar de nuestros asuntos.

Beausire se dispuso a obedecer a Cagliostro, pero después de vacilar un instante, preguntó:

—¿Dónde diablos veis un sendero? Yo no veo más que zarzas que me desgarran los tobillos, y hierbas que suben hasta mis rodillas.

—La verdad que este cementerio es uno de los peor conservados que conozco; pero esto no tiene nada de

extraño, pues debéis saber que apenas se entierra aquí más que a los condenados que sufrieron la pena de muerte en la Greve, y con esos pobres diablos no se tienen tantos miramientos. Sin embargo, apreciable señor de Beausire, aquí yacen los restos de hombres verdaderamente ilustres; si fuese de día, podríais ver el sitio donde está enterrado Bouteville Montmorency, decapitado por haberse batido en duelo; el caballero de Rohan, decapitado por delito de conspiración contra el gobierno; el conde de Horn, a quien aplicaron el tormento de la rueda por haber asesinado a un judío; a Damiens,

descuartizado por haber querido matar a Luis XV; y, en fin, ¡qué sé yo cuántos más! ¡Oh!, hacéis mal en murmurar del cementerio de San Juan, señor de Beausire, pues si está mal conservado, en cambio tiene habitantes notables.

Beausire siguió a Cagliostro paso a paso, con tanta regularidad como un soldado de la segunda fila acostumbra a seguir a su jefe.

—¡Ah! —exclamó Cagliostro deteniéndose de improviso, de tal modo, que Beausire, que no esperaba aquella detención súbita, le tocó con el vientre en la espalda—, mirad aquí una tumba fresca; es la de vuestro cofrade

Fleur-d'Epine, uno de los asesinos del panadero Francisco. Ya sabéis que lo ahorcaron ocho días hace, por decreto del Châtelet, y esto debe interesaros, señor de Beausire, pues era, como vos, un antiguo sargento y un verdadero reclutador.

Los dientes de Beausire castañetearon; parecíale que las zarzas entre las cuales andaba, eran otras tantas manos ganchudas que salían de la tierra para cogerle de las piernas, a fin de hacerle comprender que el destino había señalado aquel lugar para que durmiera en el sueño eterno.

—¡Ah! —exclamó de pronto

Cagliostro, deteniéndose cerca de una especie de ruina—, ya hemos llegado.

Y sentándose sobre un resto de aquella, indicó a Beausire una piedra que estaba junto a él.

Ya era hora, pues las piernas del antiguo exento vacilaban de tal manera, que más bien que sentarse se dejó caer sobre la piedra.

—Vamos, ya que ahora podemos hablar cómodamente sin que nadie nos oiga —dijo Cagliostro—, explicadme lo que ha pasado esta noche bajo las arcadas de la Plaza Real. La sesión debió ser interesante.

—A fe mía —replicó Beausire—, os

confieso, señor Conde, que en este momento tengo la cabeza un poco aturdida, y a la verdad, creo que los dos ganaríamos si tuvierais a bien interrogarme.

—Sea —contestó Cagliostro—, soy buen príncipe, y con tal que llegue a saber lo que deseo, poco me importa la forma. ¿Cuántos erais en las arcadas de la Plaza Real?

—Seis, incluso yo.

—Seis, incluso vos, señor de Beausire. Veamos si son los hombres que yo pienso. En primer lugar vos; esto es indudable.

Beausire exhaló un suspiro,

indicando que le habría sido preferible la duda.

—Me hacéis mucho honor —dijo—, al comenzar por mí, habiendo tan grandes personajes a mi lado.

—Amiguito observo los preceptos del Evangelio, el cual me dice: «Los primeros serán los últimos». En tal caso, estos resultarán ser naturalmente los primeros. Procedo, pues, según el Evangelio. En primer lugar vos, ¿no es así?

—Precisamente.

—Además se hallaba allí vuestro amigo Tourcaty, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Beausire—, allí

estaba Tourcaty.

—Además, un buen realista llamado Marquié, exsargento de guardias franceses, ahora subteniente de una compañía del centro.

—Efectivamente.

—Además, el señor de Favras...

—Sí, el señor de Favras.

—Después el hombre enmascarado.

—También es verdad.

—¿Podéis darme algún informe sobre ese enmascarado señor de Beausire?

El antiguo exento miró a Cagliostro con tal fijeza, que sus ojos parecían encenderse en la oscuridad.

—Pero —dijo—, ¿no es verdad que?...

Y se detuvo, como si temiera cometer un sacrilegio si decía más.

—Concluid —dijo Cagliostro.

—¿No es verdad que?...

—¡Vamos! ¿Tenéis algún nudo en la lengua, apreciable señor de Beausire? Cuidado con esto, porque los nudos de la lengua se producen a veces en el cuello, y como entonces son corredizos, ofrecen más peligro.

—Pero al fin —replicó Beausire, acosado en sus últimos atrincheramientos, ¿no es el señor?...

—¿El señor qué?

—El señor... el hermano del Rey.

—¡Ah!, apreciable señor Beausire, que el marqués de Favras, a quien interesa hacer creer que está asociado con un príncipe de la sangre en este asunto diga que el enmascarado es el hermano del Rey, es cosa que se concibe, pues quien no sabe mentir, no sabe conspirar; pero que vos y vuestro amigo Tourcaty, dos reclutadores, es decir, dos hombres acostumbrados a tomar la medida de su prójimo por pies, por pulgadas y por líneas, se dejen engañar así, no es nada probable.

—En efecto —contestó Beausire.

—El hermano del Rey mide cinco

pies, tres pulgadas y siete líneas — prosiguió Cagliostro—, y el enmascarado tiene cerca de cinco pies, seis pulgadas.

—Es verdad —dijo Beausire—, y ya había pensado en ello; pero si no es el hermano del Rey, ¿quién puede ser?

—¡Ah!, me enorgullecería mucho, señor de Beausire —dijo Cagliostro—, poder revelaros alguna cosa, cuando creía que me la comunicaríais vos.

—Pues entonces —dijo el exento, que poco a poco recobraba su estado normal a medida que entraba en la realidad—, pues entonces, señor Conde, vos sabéis quién es ese individuo. —

¡Pardiez!

—¿Sería indiscreción preguntaros?

...

—¿Su nombre? —Beausire indicó un movimiento de cabeza, que esto era lo que deseaba.

—Decir un nombre es siempre cosa grave, señor de Beausire, ya la verdad preferiría que lo adivinaseis.

—¿Adivinar?... Quince días hace que busco.

—¡Ah!, porque nadie os ayuda.

—Ayudadme, señor Conde.

—No deseo otra cosa. ¿Conocéis la historia de Edipo?

—Sí, pero mal, señor Conde. Vi

representar una vez la obra en el teatro de la Comedia Francesa, y hacia el final del cuarto acto tuve la desgracia de dormirme.

—¡Diablo! Siempre os desearé tales desgracias, amiguito.

—Bien veis, sin embargo, que hoy me perjudica esto.

—Pues bien, voy a deciros en dos palabras quién era ese Edipo. Le conocí niño aún, en la corte del rey Polibio^[9], y viejo ya, en la del rey Admeto^[10], por lo cual podéis muy bien creer lo que os digo, tanto como si os lo hubieran dicho Esquilo, Sófocles, Séneca, Corneille y Voltaire, que han oído hablar mucho del

personaje, pero que no han tenido la ventaja de conocerle.

Beausire hizo un movimiento como para pedir a Cagliostro que explicase su extraña pretensión de haber conocido a un hombre, muerto hacía tres mil seiscientos años. Pero sin duda pensó que no valía la pena interrumpir al narrador por tan poca cosa, y reprimió su impulso, haciendo un ademán que significaba: «Adelante, ya escucho».

Y en efecto, como si no hubiese notado nada, Cagliostro continuó:

—Decía, pues, que he conocido a Edipo. Le habían pronosticado que debía ser el asesino de su padre y el

esposo de su madre. Ahora bien, creyendo que Polibio era el autor de sus días, le abandonó sin decir nada y marchó a la Fócida^[11]. En el momento de emprender el viaje, le aconsejé que en vez de tomar el gran camino de Daulis a Delfos, tomase por la montaña un camino que yo conocía; pero se empeñó en seguir su itinerario, y como yo no podía decirle con qué fin le daba mi consejo, todas mis exhortaciones para hacerle desistir de su propósito fueron inútiles. De esta tenacidad resultó lo que yo había previsto. En la confluencia del camino de Delfos a Tebas, se encontró con un hombre

seguido de cinco esclavos; iba en su carro, y este obstruía el camino; todo se hubiera podido arreglar si aquel hombre hubiera consentido en separarse un poco a la izquierda y Edipo a la derecha; pero cada cual quería mantenerse en el centro. El hombre del carro tenía un carácter colérico, y Edipo tenía poca paciencia; los cinco esclavos se precipitaron para escudar a su amo; pero cayeron unos tras otros, y poco después su amo sufrió la misma suerte. Edipo pasó por encima de los seis cadáveres, y entre ellos estaba el de su padre.

—¡Diablo! —exclamó Beausire.

—Después Edipo siguió por el

camino de Tebas, donde se elevaba el monte Fición, y en un sendero más estrecho aún que aquel en que Edipo mató a su padre, un extraño animal que vivía en su caverna; tenía alas de águila, cabeza y pechos de mujer y cuerpo y garras de león.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Beausire—. ¿Creéis, señor Conde, que existan monstruos semejantes?

—No podría afirmároslo, señor de Beausire, contestó con gravedad Cagliostro, atendido que cuando fui a Tebas por el mismo camino, mil años más tarde, en tiempo de Epaminondas, la esfinge había muerto. En suma, en la

época de Edipo vivía aún, y una de sus manías era permanecer en medio del camino, para proponer un enigma a los que pasaran, y devorarlos si no podían adivinar la palabra. Ahora bien, como la cosa duraba ya hacía más de tres siglos, los viajeros escaseaban cada vez más y la esfinge tenía los dientes muy largos. Apenas vio a Edipo, fue a situarse en medio del camino, y levantando la pata, a fin de hacer una señal al joven para que se detuviera, díjole: «Viajero, yo soy la esfinge». «¿Y qué?» —preguntó Edipo—. «Has de saber que el destino me ha enviado a la tierra para proponer un enigma a los mortales; sino le

adivinan, me pertenecen; si le adivinan, yo debo morir, y me precipitaré en el abismo donde hasta ahora arrojé los cadáveres de todos aquellos que tuvieron la desgracia de encontrarme en su camino». Edipo dirigió una mirada al fondo del precipicio, y le vio blanqueado por las osamentas. «Está bien —contestó entonces el joven—, ¿cuál es el enigma?». «Hele aquí —dijo el monstruo—: *¿Qué animal es el que anda con cuatro patas por la mañana, con dos al mediodía, y con tres por la noche?*». Edipo reflexionó un momento, y después, con una sonrisa que no dejó de inquietar a la esfinge, preguntó: «¿Y

si adivino, te precipitarás por tu propio impulso en el abismo?». «Es la ley», contestó la esfinge. «Pues bien — contestó Edipo—, ese animal es el hombre».

—¿Cómo el hombre? —interrumpió Beausire, interesándose en la conversación como si se tratase de un hecho contemporáneo.

—¡Sí, el hombre! El hombre, que en su infancia, es decir, en la mañana de su vida, anda apoyándose en pies y manos; en la edad madura, es decir, a mediodía, anda con sus dos pies; y por la noche, es decir, en su vejez, se apoya en un báculo.

—¡Ah! —exclamó Beausire—, es muy cierto. ¡Diablo de esfinge!

—Sí, apreciable señor Beausire, pero se precipitó de cabeza en el abismo, y habiendo tenido la lealtad de no servirse de sus alas, lo cual podrá pareceros tal vez una necedad, se destrozó la cabeza sobre las rocas. En cuanto a Edipo, prosiguió su marcha, llegó a Tebas, encontró a Jocasta, viuda, y casóse con ella, cumpliéndose así la profecía del oráculo, de que mataría a su padre y se casaría con su madre.

—Pero, en fin, señor Conde —dijo Beausire—. ¿Qué analogía encontráis entre la historia de Edipo y la del

enmascarado?

—¡Oh!, muy grande... esperad. Por lo pronto, habéis deseado conocer su nombre.

—Sí.

—Y yo os he dicho que iba a proponeros un enigma; ciertamente que yo soy de mejor pasta que la esfinge, y que no os devoraré si tenéis la desgracia de no adivinar; pero fijad la atención, pues voy a levantar la pata: ¿Quién es el señor de la corte que es *nieto* de su padre, *hermano* de su madre y *tío* de su hermana?

—¡Ah!, ¡diablo! —exclamó Beausire entregándose a una meditación

no menos profunda que la de Edipo.

—Veamos, buscad, señor Beausire
—dijo Cagliostro.

—Ayudadme un poco, señor Conde.

—De la mejor gana... Os he preguntado que si conocíais la historia de Edipo.

—Me habéis hecho este honor.

—Ahora pasaremos de la historia pagana a la historia sagrada. ¿Conocéis la anécdota de Loth?

—¿Con sus hijas?

—Precisamente.

—¡Ya lo creo que la conozco! Pero esperad... ¡bali...!, sí... lo que se decía del rey Luis XV y de su hija la señora

Adelaida...

—Os quemáis, señor Beausire.

—Entonces, el hombre enmascarado sería...

—Cinco pies, seis pulgadas.

—¡El conde Luis!...

—¡Vamos!

—El conde Luis de...

—¡Chist!

—Pero, puesto que decís que no hay aquí más que muertos...

—Sí; pero en sus tumbas crece la hierba, mejor que en otras partes; y si esta hierba, como las cañas del rey Midas... ¿conocéis la historia del rey Midas?

—No, señor Conde.

—Os la referiré otro día; por el pronto volvamos a la nuestra.

Y recobrando su gravedad, añadió:

—¿Decíais, pues?...

—Dispensad, yo creía que erais vos quien me interrogaba.

—Tenéis razón.

Y mientras que Cagliostro preparaba su pregunta, Beausire murmuraba: «¡El nieto de su padre, el hermano de su madre, y el tío de sus hermanas... pues ha de ser el conde Luis de Nar...!».

—¡Atención! —dijo Cagliostro.

Beausire se interrumpió en su monólogo y escuchó.

—Ahora que ya no nos queda ninguna duda acerca de los conjurados, bien vayan con careta o sin ella, pasemos al objeto de la trama.

Beausire hizo con la cabeza un ademán como indicando que estaba dispuesto a contestar.

—El objeto de la gran conspiración es llevarse al Rey, ¿no es verdad?

—En efecto, de esto se trata.

—¿Y conducirlo a Perona?

—Sí, a Perona.

—¿Cuáles son los medios?

—¿Pecuniarios?

—Sí, por lo pronto estos.

—Tienen dos millones.

—Prestados por un capitalista genovés, ¿no es así? Conozco al banquero. ¿No hay otros?

—No, que yo sepa.

—Bien, en cuanto al dinero; pero no basta este, se necesitan hombres.

—El señor de Lafayette ha dado su consentimiento para que se forme una legión, a fin de ir en auxilio del Brabante, que se rebela contra el Imperio.

—¡Oh! Reconozco al bueno de Lafayette en eso —murmuró Cagliostro, y añadió en voz alta:

—Sea, se formará una legión; pero esto no es suficiente para llevar a cabo

semejante proyecto; se necesita un ejército.

—Se tendrá.

—¡Ah! Veamos ese ejército.

—Se reunirán mil doscientos caballos en Versalles; deben emprender la marcha el día señalado, a las once de la noche, y llegarán a París a las dos de la madrugada en tres columnas.

—¡Bueno!

—La primera entrará por la verja de Chaillot, la segunda por la de Roule, y la tercera por la de Grenelle. Esta última matará al general de Lafayette; la que entre por la verja de Chaillot, hará lo mismo con Necker, y por último, la

que penetre por la barrera de Roule, dará muerte al señor Bailly.

—¡Bueno! —repitió Cagliostro.

—Dado el golpe se clavan los cañones, las fuerzas se concentran en los Campos Elíseos, y se marcha sobre las Tullerías que están con nosotros.

—¿Cómo con nosotros? ¿Y la guardia nacional?

—Aquí es donde debe obrar una columna; reunida con una parte de la guardia asalariada, cuatrocientos suizos y trescientos conjurados de provincias, se apoderan, gracias a las inteligencias que allí tenemos, de las puertas exteriores e interiores; se entra en la

habitación del Rey, gritando: «¡Señor, el arrabal de San Antonio está en plena insurrección... un coche os espera... es preciso huir!». Si el Rey consiente, la cosa marchará por sí sola, y si no, se le conduce por la fuerza a San Dionisio.

—¡Bueno!

—Allí hay veinte mil hombres de infantería a los que se unirán la legión del Brabante, los cuatrocientos suizos, los trescientos conjurados, y los diez, veinte o treinta mil realistas reclutados en el camino; de este modo se conduce al Rey a Perona por fuerza.

—¡Cada vez mejor! ¿Y qué se hace en Perona, apreciable señor de

Beausire?

—En Perona se encuentran veinte mil hombres que llegan al mismo tiempo de la Flandes marítima, de Picardía, de Artois, de Champaña, de Borgoña de Lorena, de Alsacia, y del Cábresis; de modo que se está en tratos para reunir veinte mil suizos, doce mil alemanes y doce mil sardos, los cuales, reunidos con la primera escolta del Rey, formarán un efectivo de ciento cincuenta mil hombres.

—¡Bonita cifra! —dijo Cagliostro.

—En fin, con esas fuerzas se marcha sobre París, y se intercepta la parte baja y alta del río para cortar los víveres;

París hambriento capitulará; la Asamblea nacional será disuelta, y se repondrá al Rey, verdadero Rey entonces, en el trono de sus padres.

—*¡Amén!* —dijo Cagliostro.

Y levantándose, añadió:

—Apreciable señor Beausire, tenéis una conversación de las más agradables; pero con vos sucede lo que con los grandes oradores: que cuando lo han dicho todo ya no tienen nada que decir, pues supongo que no habéis omitido nada...

—No, señor Conde, al menos por ahora.

—Pues entonces, señor de Beausire

buenas noches; cuando necesitéis otros diez luises, siempre a título de donativo, id a buscarme a Bellevue.

—¿Y preguntaré allí por el señor conde de Cagliostro?

—¡Oh!, no, pues nadie sabría daros razón. Preguntad por el barón Zannone.

—¡El barón Zannone! —exclamó Beausire—. Este es el nombre del banquero genovés que dio los dos millones, a cambio de letras, al hermano del Rey.

—Es posible —dijo Cagliostro.

—¿Cómo que es posible?

—Sí, porque yo hago muchos negocios, y este se habrá confundido con

los demás; por eso no lo recordaba bien al principio, mas ahora pienso en ello.

Beausire estaba asombrado ante aquel hombre que olvidaba así negocios de dos millones y comenzaba a creer que, aunque solamente fuera bajo el punto de vista pecuniario, más valía servir al prestamista que al que empeñaba.

Pero como este asombro no llegaba hasta el punto de hacerle olvidar el sitio donde se hallaba, apenas vio a Cagliostro dar los primeros pasos hacia la puerta, Beausire recobró el movimiento y siguió al Conde con un paso tan ajustado al suyo, que al verlos

andar así, casi tocándose el uno al otro, hubiérase dicho que eran dos autómatas movidos por el mismo resorte.

Solamente en la puerta, y cuando la verja se hubo cerrado, los dos cuerpos parecieron separarse de una manera visible.

—Y ahora —preguntó Cagliostro—, ¿por cuál lado os vais, señor de Beausire?

—¿Y vos?

—En dirección contraria a la vuestra.

—Yo voy al Palacio Real, señor Conde.

—Y yo a la Bastilla, señor Beausire.

Con esto, separáronse los dos hombres; el primero saludando al Conde con una profunda reverencia, y este haciendo lo mismo con una ligera inclinación de cabeza. Los dos desaparecieron casi al punto en medio de la oscuridad, Cagliostro por la calle del Temple, y Beausire por la de la Barrene.

Capítulo XXXVI

EN EL QUE
GAMAIN PRUEBA
QUE ES
VERDADERAMENTE
MAESTRO DE LOS
MAESTROS Y
MAESTRO DE
TODOS

Se recordará el deseo manifestado por el Rey en presencia de Lafayette y del conde de Bouillé, de tener junto a sí

a su antiguo maestro Gamain, para ayudarle en una importante obra de cerrajería, habiendo añadido —y no creemos inútil consignar aquí este detalle— que no estaría de más un aprendiz para completar el terceto de cerrajeros. El número tres, agradable a los dioses, no dejó de complacer a Lafayette, y en su consecuencia dio órdenes para que el maestro Gamain y su aprendiz pudieran llegar libremente hasta la habitación del Rey, y fueran conducidos a la fragua apenas se presentasen.

En su consecuencia, no se extrañará ver, algunos días después de la

conversación que hemos citado, al maestro Gamain —que no es extraño para nosotros, puesto que ya le presentamos en la mañana del 6 de octubre, vaciando una botella de Borgoña con un armero desconocido, en la taberna del puente de Sevres—; no se extrañará, decimos, ver a Gamain, acompañado de un aprendiz, presentarse, ambos con su ropa de trabajo, en la puerta de las Tullerías, y después de su admisión, a la que no se opuso dificultad alguna, pasar por delante de las habitaciones reales, subir la escalera de las guardias, y llegados a la puerta del taller de cerrajería, dar sus

nombres al ayuda de cámara de servicio.

Los nombres eran: Nicolás Claudio Gamain y Luis Lacomte.

El primero era el maestro cerrajero, y el segundo el aprendiz.

Aunque no hubiera en todo esto nada muy aristocrática, apenas Luis XVI hubo oído los nombres, acudió él mismo hacia la puerta, gritando:

—¡Entrad!

—Ya estamos aquí —dijo Gamain, presentándose con la familiaridad, no tan sólo de un comensal, sino también de un maestro.

Sea que estuviese menos acostumbrado a las relaciones reales, o

que su carácter le hiciera tener mayor respeto a las testas coronadas, fuera cual fuere el traje con que las veía, o el que vistiese él mismo al presentarse a ellas, el aprendiz, sin contestar a la invitación, y después de haber dejado pasar un intervalo conveniente entre la aparición del maestro Gamain y la suya, permaneció de pie, con la chaqueta debajo del brazo y la gorra en la mano, junto a la puerta que el ayuda de cámara acababa de cerrar detrás de ellos.

Por lo demás, tal vez estuviese allí mejor que en línea paralela con Gamain, para sorprender la expresión de alegría que brilló en los ojos apagados de

Luis XVI, y contestar con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Ah!, eres tú, querido Gamain — exclamó Luis XVI—; me alegro mucho de verte; a decir verdad, no contaba ya contigo, y creía que me hubieses olvidado.

—Y he aquí por qué —contestó Gamain—, habéis tomado un aprendiz. Me parece muy bien, y estabais en vuestro derecho, puesto que yo no me hallaba aquí; más por desgracia — añadió con una sonrisa burlona—, el aprendiz no es un maestro.

—¡Cómo ha de ser, mi pobre Gamain! —replicó el Rey—; me habían

asegurado que ya no querías verme ni de cerca ni de lejos, bajo el pretexto de que temías comprometerte...

—A fe mía, señor, habéis podido reconocer en Versalles que no era muy conveniente contarse entre vuestros amigos. Yo he visto rizar junto a mí, al mismo señor Leonardo, en la taberna del puente de Sevres, dos cabezas de guardias, que hacían una mueca muy fea, por haberse hallado en vuestras antecámaras en el momento en que vuestros buenos amigos de París os hacían una visita.

La frente del Rey se nubló, mientras que el aprendiz bajaba la cabeza.

—Pero —continuó Gamain—, dicen que esto va mejor desde que habéis vuelto a París, y que ahora hacéis lo que os place con el pueblo. ¡Oh!, ¡pardiez!, no es extraño, ¡porque vuestros parisienses son tan estúpidos, y la Reina tan cariñosa cuando le place!

Luis XVI no contestó nada, pero un ligero rubor coloreó sus mejillas.

En cuanto al joven, hubiérase dicho que le hacían sufrir las familiaridades que el maestro Gamain se permitía.

Después de enjugar su frente bañada en sudor con un pañuelo demasiado fino tal vez para un aprendiz de cerrajero, se acercó.

—Señor —dijo—, ¿permite Vuestra Majestad que lo diga, cómo ha tenido el maestro Gamain el honor de presentarse ante el Rey, y cómo me encuentro yo a su lado?

—Sí, mi querido Luis —contestó el Rey.

—¡Ah!, eso es, *mi querido Luis*, y bien claro —murmuró Gamain...— *mi querido Luis* a un conocido de quince días, a un obrero, a un aprendiz... ¿Pues qué me dirán a mí, que os he puesto la lima en la mano; a mí, que soy vuestro maestro? ¡He aquí lo que es tener la lengua dorada y las manos blancas!

—Yo te diré: «Mi buen Gamain»; a

este joven le llamo *mi querido Luis*, no porque se exprese con más elegancia que tú, lo haces, pues ya sabes que yo no soy muy dado a todas esas delicadezas; le llamo de este modo porque ha encontrado el medio de traerte a mi lado, amigo mío, cuando me aseguraban que no querías verme más.

—¡Oh!, no era yo quien no quería veros, pues al fin y al cabo, a pesar de vuestros defectos, bien sabéis que os amo; era mi esposa, la señora Gamain, la cual me repetía a cada momento: «Tienes conocidos que no te convienen, Gamain, en demasía encumbrados para ti, y en el tiempo que corremos es

peligroso hablar con los aristócratas. Tenemos alguna hacienda, y es preciso cuidarse de ella; tenemos hijos que deben educarse, y si el Delfín quiere aprender la cerrajería a su vez, que se dirija a otros del oficio, pues no hay pocos en Francia».

Luis XVI miró al aprendiz, y ahogando un suspiro, tanto de burla como de melancolía, contestó:

—Sí, seguramente que no faltan cerrajeros en Francia, pero no como tú.

—Eso es lo que manifesté al maestro, señor, cuando me presenté en su casa de parte vuestra —interrumpió el aprendiz—; yo le dije: «Sabréis,

maestro, que el Rey se dispone a construir una cerradura secreta; necesitaba un auxiliar, le hablaron de mí, y me admitió, lo cual no es poco honor...; pero el trabajo que hace es muy delicado. Respecto a la cerradura, todo se hizo bien mientras que tan solo se trató del paño, del palastro y de los gatillos, pues todos saben que tres de estos, de forma de cola de golondrina en el reborde, bastan para sujetar sólidamente el paño al palastro; pero cuando fue cuestión del pestillo, el obrero se vio apurado...».

—Ya lo creo —dijo Gamain—, el pestillo es el alma de la cerradura.

—Y la obra maestra en cerrajería cuando está bien hecha —dijo el aprendiz—, pero hay pestillo de pestillo: le tenemos firme, de báscula, para impulsar la media vuelta, y de piñón. Pues bien, supongamos ahora una llave perforada cuyo paletón esté dividido por una plancha con su canal, un repliegue sencillo y otro doble por dentro, y dos ruedecillas provistas de un falce inclinado en el interior, ¿qué pestillo se necesitaría para esta llave? He aquí dónde nos hemos detenido...

—El hecho es que no todos podrán salir del paso —dijo Gamain.

—Precisamente, y de ahí por qué —

continuó— he acudido a vos, maestro. Cada vez que el Rey estaba apurado — decía con un suspiro—: «¡Ah!, ¡si Gamain estuviese aquí!». Entonces dije al Rey: «¡Pues enviad a buscarle, y veámosle trabajar!». Pero el Rey contestaba: «¡Inútil, mi pobre Luis, Gamain me ha olvidado!». «¡Olvidar a Vuestra Majestad un hombre que ha tenido el honor de trabajar en vuestra compañía... esto es imposible!...». Entonces dije al Rey: «Voy a ir en busca de ese maestro de los maestros y maestro de todos», a lo cual me contestó Vuestra Majestad: «Puedes ir, pero no le traerás contigo». Yo aseguré que lo

conseguiría, y me marché. ¡Ah!, señor, yo no sabía de qué tarea se me encargaba, ni con qué hombre iba a dar. Por lo pronto, cuando me presenté a él como aprendiz, me sometió a un examen, más severo que si se tratara para mí de ingresar en la Escuela Militar de cadetes; después, por fin, me quedo en su casa, y al día siguiente me aventuro a decirle que voy de parte vuestra. Esta vez, creí que iba a ponerme en la puerta, tratándome, entre otras cosas, de espía, por más que le asegurara que iba de parte vuestra; todo fue inútil, y solamente cuando le aseguré que habíamos comenzado los dos una obra

de cerrajería que no podíamos concluir, prestó alguna atención, pero sin que esto le decidiese. Dijo que era un lazo que sus enemigos le tendían, y, en fin, hasta ayer, cuando le di los veinticinco luises que Vuestra Majestad me entregó para él, no se ablandó, contestándome: «¡Ah, ah!, ¡esto podría ser verdaderamente de parte del Rey!... Pues bien, ¡sea!, añadió, mañana iremos; quien no se arriesga, no pasa el mar». Toda la tarde mantuve al maestro en estas buenas disposiciones, y esta mañana le dije: «Ahora preciso será marchar». Aún opuso alguna dificultad, mas al fin se decidió. Le puse el mandil, le di un

bastón, le hice salir, tomamos después el camino de París, y henos aquí.

—Sed bien venidos —dijo el Rey, dando gracias con una mirada al joven, a quien parecía haber costado mucho componer en el fondo, y sobre todo en la forma, el relato que se acaba de leer, tanto como el maestro Gamain escribir un discurso de Bossuet o un sermón de Fléchier—. Y ahora, amigo Gamain —añadió el Rey—, como al parecer tienes prisa, no perdamos el tiempo.

—Precisamente iba a decir lo mismo —contestó el maestro—, pues he prometido a mi señora estar de vuelta esta noche. Veamos ahora esa famosa

cerradura.

El Rey puso en manos de Gamain el objeto, construido en sus tres cuartas partes.

—¿Pues no hablabas de una cerradura que se abre por ambos lados? —preguntó Gamain volviéndose hacia el aprendiz—. Esta es una cerradura de cofre; veamos... no funciona bien... pues será preciso vencer su resistencia.

Y Gamain trató de hacer dar vuelta a la llave.

—¡Ah!, ¡ya lo he conseguido! —exclamó.

—¿Has hallado el defecto, amigo Gamain? —preguntó el Rey.

—¡Pardiez!

—Veamos en qué consiste.

—¡Ah!, es muy fácil. Mirad; la guarda de la llave engancha perfectamente en el diente mayor que describe bien la mitad de su círculo, pero después, como no está cortada en bisel, no escapa por sí sola, y aquí se halla la dificultad...

Luis XVI y el aprendiz se miraban, como maravillados de la ciencia de Gamain.

—Pues la cosa es muy sencilla —dijo el maestro estimulado por esta admiración tácita—, y yo no comprendo cómo lo habéis olvidado. Es preciso,

señor, que hayáis pensado, desde que dejasteis de verme, en una infinidad de cosas frívolas que os han hecho perder la memoria. Hay tres dientes, uno grande y dos pequeños, uno de cinco líneas y dos de dos... ¿no es así?

—Ciertamente —contestó el Rey, siguiendo con interés la demostración de Gamain.

—Pues bien, apenas la llave haya soltado el diente mayor, es preciso que pueda abrir el pestillo que acaba de cerrar, ¿no es verdad?

—Sí —dijo el Rey.

—Entonces será necesario que pueda enganchar en sentido inverso el

segundo diente en el momento de soltar el primero.

—¡Ah!, sí —dijo el Rey.

—¡Ah!, sí —replicó Gamain con tono socarrón—. Pues bien, ¿cómo queréis que la pobre llave funcione si el intervalo entre el diente mayor y el menor no se iguala con el grueso de la guarda, dejando un poco más de libertad?

—¡Ah!

—¡Ah! —repitió Gamain—. Aunque seáis Rey de Francia, y por más que digáis: «¡Yo quiero!», la guarda menor contesta: «¡Yo no quiero!». Y con esto se acabó. Es como cuando disputáis con

la Asamblea, que siempre es la más fuerte.

—¿Y sin embargo —preguntó el Rey—, no hay recurso, maestro?

—¡Pardiez!, siempre le hay. Basta cortar el primer diente en bisel, socavar el espaldón en una línea, separar por un espacio de cuatro el primer diente del segundo, y poner a la misma distancia el tercero que forma parte del tacón y se detiene en el picolete, con lo cual quedará todo bien.

—Pero —observó el Rey—, para hacer todos estos cambios, bien se empleará un día de trabajo, amigo Gamain.

—¡Oh!, sí, un día de trabajo para otro; pero a mí me bastarían dos horas, por supuesto, dejándome solo y sin aburrirme con observaciones... Gamain por aquí... Gamain por allá. Por lo tanto, que me dejen solo; la fragua me parece estar bien provista de útiles, y dentro de dos horas... si la obra se refresca convenientemente —añadió Gamain sonriendo—, podéis volver con la seguridad de encontrar el trabajo concluido.

Lo que Gamain pedía era lo que el Rey deseaba, pues de este modo tendría ocasión de hablar a solas con el aprendiz. Sin embargo, aparentó poner

dificultades.

—Pero ¿y si necesitáis alguna cosa, pobre Gamain?

—Si necesito algo, llamaré al ayuda de cámara, y con tal que tenga orden de darme lo que yo le pida... esto es cuanto necesito.

El Rey se dirigió a la puerta.

—Francisco —dijo al abrirla—, permaneced aquí. Ahí está Gamain, mi antiguo maestro cerrajero, que se ocupa en corregir un trabajo mal hecho; le daréis todo cuanto necesite, y sobre todo una o dos botellas de Burdeos.

—Si por efecto de vuestra bondad, señor, quisierais recordar que prefiero

el Borgoña... ese diablo de Burdeos me parece agua tibia.

—¡Ah!, sí, es cierto... lo olvidaba —dijo Luis XVI sonriendo—, aunque hemos trincado más de una vez juntos, amigo Gamain... Traeréis Borgoña, Francisco, y del mejor, de Volnay.

—¡Bien —exclamó Gamain!, pasándose la lengua por los labios—, recordaré ese nombre.

—Te hace venir el agua a la boca, ¿eh?

—No habléis de agua, señor; no sé para qué puede servir esta, como no sea para templar el hierro; pero los que la han empleado para otro uso, no le dieron

su debida aplicación... El agua, ¡uf!...

—Pues no tengas cuidado; mientras que estés aquí no oirás hablar de agua, y por temor que al uno o al otro se nos escape esta palabra, te dejamos solo; cuando hayas concluido, envíanos aviso y volveremos.

—¿Y qué pensáis hacer entre tanto?

—Trabajar en el armario a que se destina esa cerradura.

—Esa es la obra que os conviene.

¡Que vaya bien!

—¡Buen ánimo! —contestó el Rey.

Y Luis XVI salió con el aprendiz Luis Lecomte, o el conde Luis, como lo preferirá sin duda el lector, a quien

suponemos bastante perspicaz para haber reconocido en el falso compañero al hijo del marqués de Bouillé.

Capítulo XXXVII

EN EL QUE SE HABLA DE TODO, MENOS DE CERRAJERÍA

Tan sólo esta vez Luis XVI no salió de la fragua por la escalera exterior y común a toda la servidumbre, sino que bajó por la secreta, reservada para él solo.

Esta escalera conducía a su despacho.

Una de las mesas de este aposento estaba cubierta por un inmenso mapa de Francia, lo cual probaba que el Rey había estudiado ya con frecuencia el camino más corto o más fácil para salir de su reino.

Pero hasta que llegó al pie de la escalera, y después de pasear una mirada investigadora por su despacho, cuando la puerta se cerró detrás de él y de su compañero, Luis XVI no aparentó reconocer al que le seguía con la chaqueta al hombro y la gorra en la mano.

—Por fin —dijo—, ya estamos solos, querido Conde; permitidme ante

todo felicitaros por vuestra destreza, y daros las gracias por vuestra fidelidad.

—Y yo, señor —contestó el joven—, permitidme ofreceros mis excusas por haberme presentado a Vuestra Majestad, aunque sea en servicio, con la ropa que llevo puesta, atreviéndome a dirigirle la palabra como antes lo hice.

—Me habéis hablado como un valeroso caballero, querido Luis, y sea cual sea la forma en que lo hagáis, bien sé que bajo vuestra ropa late un corazón leal. Y ahora veamos, pues no hay tiempo que perder; todo el mundo, incluso la Reina, ignora vuestra presencia aquí; nadie nos escucha, y por

lo tanto, decidme pronto con qué objeto habéis venido.

—¿No ha hecho Vuestra Majestad el honor de enviarle a mi padre un oficial de vuestra casa?

—Sí, el señor de Charny.

—Eso es; era portador de una carta...

—Insignificante —interrumpió el Rey—, y que sólo servía de introducción para comunicar el mensaje verbal.

—Ya está comunicado, señor, y para la mejor ejecución, mi padre me ha enviado a París, esperando que podría hablar a solas con Vuestra Majestad.

—¿Entonces lo sabéis todo?

—Sé que el Rey quisiera estar seguro de poder salir de Francia en un momento dado.

—Sí, y que cuenta con el marqués de Bouillé, como el hombre más capaz para secundarle en su proyecto.

—Y mi padre está a la vez muy orgulloso y agradecido por el honor que tenéis a bien dispensarle.

—Pues vamos a lo principal. ¿Qué dice del proyecto?

—Que es aventurado, que se necesitan grandes precauciones; pero que no es imposible.

—Por lo pronto —dijo el Rey—,

para que el concurso del señor Bouillé tuviera toda la eficacia que su lealtad promete, ¿no convendría que a su mando en Metz se agregara el de varias provincias, y particularmente el del Franco-Condado?

—Tal es la opinión de mi padre, señor, y me felicito de que el Rey haya sido el primero en manifestarlo; el Marqués temía que Vuestra Majestad lo atribuyese a una ambición personal...

—Vamos, ¿no conozco yo el desinterés de vuestro padre? Decidme si se ha explicado con vos respecto al camino que se debe tomar.

—Ante todo, mi padre teme una

cosa.

—¿Cuál?

—Que se presenten a Vuestra Majestad varios proyectos de fuga, bien por parte de España, del Imperio, o de los emigrados de Turín, y que de todos estos proyectos opuestos entre sí, hagan abortar, por algunas de esas circunstancias fortuitas que se atribuyen a la fatalidad, y que son casi siempre resultado de la envidia o de la imprudencia de los partidos.

—Amigo Luis, os prometo dejar a todo el mundo intrigar a mi alrededor; por lo pronto es una necesidad de los partidos y también de mi situación.

Mientras que el espíritu de Lafayette y las miradas de la Asamblea sigan todos esos hilos, nosotros, sin más confidentes que las personas estrictamente necesarias para la ejecución del proyecto —personas todas con quienes estamos seguros de poder contar—, seguiremos nuestro camino con tanta más seguridad cuanto más misterioso sea.

—Señor, convenidos en este punto, he aquí lo que mi padre tiene el honor de proponer a Vuestra Majestad.

—Hablad —dijo el Rey, inclinándose sobre el mapa de Francia, a fin de seguir con los ojos los

diferentes proyectos que el joven iba a expresar verbalmente.

—Señor, hay varios puntos por donde el Rey puede marchar.

—Sin duda.

—¿Ha hecho su elección Vuestra Majestad?

—Aún no; esperaba el consejo del señor Bouillé, y presumo que me lo traéis.

El joven hizo con la cabeza una señal, respetuosa y afirmativa a la vez.

—Hablad —dijo Luis XVI.

—Por lo pronto, tenemos Besancon, señor, cuya ciudadela ofrece un puesto muy ventajoso para reunir un ejército y

dar la señal y la mano a los suizos. Estos últimos, reunidos con el ejército, podrán avanzar a través de Borgoña, donde los realistas son numerosos, y desde aquí marchar sobre París.

—El Rey hizo un movimiento de cabeza que significaba: «Preferiría otra cosa».

El joven prosiguió:

—Después tenemos Valenciennes, señor, o cualquier otra plaza de Flandes que tenga una guarnición segura. Mi padre iría en persona con las tropas de su mando, bien antes o después de la llegada del Rey.

—Luis XVI indicó con un ademán

que parecía decir: «Otra cosa, caballero».

—El Rey —continuó el joven—, puede salir también por las Ardenas y la Flandes austríaca, entrando después por esta misma frontera y dirigiéndose sobre una de las plazas que el señor, de Bouillé dejaría a su mando, y donde se haría una concentración de tropas.

—Ahora os diré —replicó el Rey—, lo que me induce a preguntaros si no tenéis algo mejor que eso.

—Por último, el Rey puede ir directamente a Sedán o a Montmédy; aquí, el general, hallándose en el centro de su mando, hubiera podido satisfacer

los deseos del Rey, bien quisiera salir de Francia, o ya le conviniera marchar sobre París.

—Querido Conde —dijo el Rey—, voy a explicaros en dos palabras lo que me induce a rehusar las tres primeras proposiciones, inclinándome a conformarme más bien con la cuarta. En primer lugar, Besancon está muy lejos, y de consiguiente tendría demasiadas probabilidades de ser detenido antes de llegar; Valenciennes se halla a buena distancia, y me convendría bastante, a causa del excelente espíritu de esta ciudad; pero el señor de Rochambeau, que manda en el Hainaut, es decir, a sus

puertas, está entregado completamente a las ideas democráticas; y en cuanto a salir por las Ardenas y Flandes, para apelar al Austria, no me conviene, porque interviene ya en nuestros asuntos para embrollarlos, y porque no la amo; a estas horas harto tiene que hacer con la enfermedad de mi cuñado, la guerra con los turcos y la rebelión del Brabante, sin que yo aumente sus apuros por su ruptura con Francia: Además, yo no quiero salir de mi reino; cuando un Rey hace esto, no sabe nunca si volverá. Ved Carlos II, ved Jacobo II; el primero no lo consigue hasta tres años después, y el otro no regresa nunca. No, prefiero

Montmédy; se halla a conveniente distancia, en el centro del mando de vuestro padre, y por lo tanto, me conviene... Decid al Marqués que mi elección está hecha, y que Montmédy es el punto que elijo para mi retirada.

—¿Está bien resuelto el Rey a emprender la fuga por aquí, o no es más que un proyecto? —se aventuró a preguntar el joven Conde.

—Querido Luis —contestó Luis XVI—, nada hay resuelto aún, y todo dependerá de las circunstancias. Si veo que la Reina y mis hijos corren nuevos peligros, como aquellos a que estuvieron expuestos en la noche del 5 al

6 de octubre, me decidiré, y decid a vuestro padre, querido Conde, que una vez tomada la determinación será irrevocable.

—Y ahora, señor —continuó el joven—, si me fuera permitido someter a la sabiduría del Rey el parecer de mi padre relativo a la manera de hacerse el viaje...

—¡Oh!, decid, decid.

—Su opinión es, señor, que se deben disminuir los peligros del viaje, repartiéndolos.

—Explicaos.

—Señor, Vuestra Majestad, por una parte, marcharía con *madame* Royale y

madame Isabel, y por la otra, la Reina, acompañada del señor delfín... de modo que...

El Rey no dejó al señor de Bouillé concluir su frase.

—Inútil es discutir sobre este punto, querido Luis, pues en un momento solemne, la Reina y yo hemos resuelto no separarnos nunca. Si vuestro padre quiere salvarnos, que nos salve a todos o a ninguno.

El joven Conde se inclinó.

—Llegado el momento —dijo—, las órdenes del Rey se ejecutarán; pero me permitiré observar que será difícil hallar un coche bastante grande, para

que Vuestras Majestades y sus augustos hijos, *madame* Isabel y las dos o tres personas que deben acompañarnos, puedan estar cómodamente.

—No os inquietéis por esto, querido Luis, pues se mandará construir un carruaje expresamente: ya está previsto el caso.

—Otra cosa, señor: dos caminos hay que conducen a Montmédy, y me falta preguntaros cuál de ellos prefiere Vuestra Majestad seguir, a fin de que un ingeniero de confianza pueda inspeccionarlo bien.

—Ya tenemos ese ingeniero; es el señor de Charny, muy fiel para nosotros,

y que ha formado los planos de los alrededores de Chandernagor con una exactitud y un talento notables; cuantas menos personas conozcan el secreto, mejor será; y en el conde de Charny tenemos un servidor a toda prueba, inteligente y valeroso. En cuanto al camino, bien veis que la elección me preocupa; y como de antemano había optado por Montmédy, los dos caminos que a este punto conducen están señalados en el plano topográfico.

—Hay hasta tres, señor —replicó respetuosamente el conde de Bouillé.

—Sí, conozco el que va de París a Metz, el cual se deja, después de haber

atravesado por Verdún, para seguir la orilla del Mosa, y el camino de Stenay, del que sólo dista Montmédy tres leguas.

—Además, tenemos el de Reims, de Isle, de Rethel y de Stenay —dijo el joven Conde con bastante viveza, para que el Rey comprendiese la preferencia que su interlocutor daba al itinerario que se debía adoptar.

—¡Ah, ah! —exclamó—, parece que es el camino que preferís.

—¡Oh!, nada de eso, señor. Dios me libre a mí, que soy casi un niño, de cargar con la responsabilidad de una opinión emitida en asunto tan grave. No, señor, no es mi parecer, sino el de mi

padre, y este se fundaba en que el país que se recorre es pobre y está casi desierto; de modo que no exige tantas precauciones. Añade que el Real Alemán, el mejor regimiento del ejército, y el único tal vez que se ha conservado completamente fiel, se halla de guarnición en Stenay, y desde Isle o Rethel podría encargarse de escoltar al Rey, evitándose el peligro de hacer un considerable movimiento de tropas.

—Sí —interrumpió el Rey—; pero se pasará por Reims, donde fui consagrado, y donde el primer viajero puede reconocerme... No, querido Conde, sobre este punto está tomada ya

mi decisión.

Y el Rey pronunció estas palabras con una voz tan firme, que el conde Luis no intentó siquiera combatir su resolución.

—¿De modo que el Rey está decidido?...

—Por el camino de Calons y Varennes, evitando Verdún. En cuanto a los regimientos, se escalonarán en las pequeñas ciudades situadas entre Montmédy y Châlons; tampoco habría inconveniente —añadió el Rey—, en que el primer destacamento me esperase en esta última ciudad.

—Señor —dijo el joven Conde—,

cuando estemos allí podremos discutir para determinar hasta qué ciudad deben aventurarse estos regimientos; pero el Rey no ignora que en Varennes no hay caballos de posta.

—Me agrada ver que estáis tan bien informado, señor Conde —dijo el Rey sonriendo—, porque esto prueba que habéis trabajado formalmente en nuestro proyecto; pero no os inquietéis por semejante cosa, pues ya encontraremos medio para que tengan allí caballos preparados más acá o más allá de la ciudad. Nuestro ingeniero nos dirá dónde es mejor.

—Y ahora —dijo el joven Conde—,

ahora que estamos casi convenidos, sírvase Vuestra Majestad permitirme que le cite, en nombre de mi padre, algunas líneas de un autor italiano, tan apropiadas a la situación en que el Rey se halla, que me dio orden de aprenderlas de memoria, a fin de repetirlas al Rey.

—Decid, caballero.

—Helas aquí: «La dilación es siempre perjudicial, y jamás hay circunstancia del todo favorable en cuantos asuntos se emprenden; de modo que quien espera hasta que se presente una ocasión completamente propicia, jamás emprenderá cosa alguna, o si lo

hace, quedará con frecuencia muy mal parado». El autor es quien habla, señor.

—Sí, caballero, y ese autor es Maquiavelo; de modo que podéis estar seguro de que tendré en cuenta los consejos del embajador de la magnífica República... Pero silencio, oigo pasos en la escalera... Sin duda es Gamain quien baja, y mejor será que salgamos a su encuentro, a fin de que no nos vea ocupados en todo menos en el armario.

Al pronunciar estas palabras, el Rey abrió la puerta de la escalera secreta.

Ya era tiempo, pues el maestro cerrajero había franqueado el último escalón, y llevaba su trabajo en la mano.

Capítulo XXXVIII

EN EL QUE SE
DEMUESTRA QUE
HAY
VERDADERAMENTE
UN DIOS PARA
LOS BORRACHOS

El mismo día, a eso de las ocho de la noche, un hombre vestido de obrero y apoyando con precaución la mano sobre el bolsillo de su chaqueta, como si esta contuviera una cantidad más

considerable de la que lleva por costumbre un obrero, un hombre, decimos, salió de las Tullerías por el puente Tournant, y siguió de una extremidad a otra la gran avenida de árboles que prolonga en este lado del Sena la porción de los Campos Elíseos, llamada en otra época puerto de Mármol o puerto de las Piedras, y que hoy se titula Cours-la-Reine.

En la extremidad de esta avenida se halla el muelle de la Savonnerie.

Este muelle era en aquel tiempo muy alegre de día, y estaba perfectamente iluminado de noche por una multitud de puestos de venta, donde el domingo los

buenos ciudadanos compraban las provisiones líquidas y sólidas que embarcaban consigo en botes, para ir a pasar el día en la Isla de los Cisnes, pagando cada persona dos sueldos por su pasaje; sin esa precaución se hubieran arriesgado a morir de hambre en aquella isla en los días laborables de la semana, porque estaba del todo desierta; mientras que en las fiestas y domingos tal vez les sucedería lo mismo por haber demasiada gente. En la primera taberna que encontró en el camino, el hombre vestido de obrero pareció entregarse a una violenta lucha en su interior, para resolver si entraría o

no, pero al fin salió vencedor y prosiguió su camino.

En la segunda se repitió la misma tentación, y esta vez otro hombre que le seguía como si fuera su sombra sin que él lo echase de ver, pudo pensar que al fin cedería a la tentación, pues desviándose de la línea recta se inclinó de tal modo ante aquella sucursal del templo de Baco, como se decía entonces, que casi tocó el umbral.

Sin embargo, también esta vez la templanza triunfó, y es probable que si no hubiera encontrado una tercera taberna en el camino, y le hubiese sido necesario retroceder para no faltar al

juramento que al parecer se había hecho a sí propio, habría continuado su marcha—no en ayunas, pues el viajero parecía haber tomado ya una buena dosis de ese líquido que regocija el corazón del hombre—, sino en un estado de vigor que habría permitido a su cabeza conducir a sus piernas en una línea recta durante el camino que aún debía recorrer.

Por desgracia, no había tan sólo una tercera taberna, sino una docena o más, y de aquí resultó que, renovándose las tentaciones demasiado a menudo, el viajero sucumbió al fin a la tercera prueba, cuando se creía salvado.

Cierto es que, por una especie de transacción consigo mismo, el obrero, que tan bien y tan desgraciadamente había combatido contra el demonio del vino, al entrar en la taberna permaneció de pie junto al mostrador, y tan sólo pidió un vaso pequeño de cerveza.

Por lo demás el demonio del vino, contra el cual luchaba, parecía estar victoriosamente representado por aquel desconocido que le seguía a cierta distancia, teniendo cuidado de permanecer en la oscuridad, pero sin perderle de vista un instante.

Esta vez, sin duda para disfrutar de la perspectiva que parecía serle muy

agradable, el desconocido fue a sentarse sobre el parapeto enfrente de la puerta de la taberna, donde el obrero bebía su cerveza; pero cuando este concluyó y hubo franqueado el umbral de la puerta para continuar su camino, pocos segundos después, el otro comenzó a seguirle de nuevo.

Pero ¿quién podría decir dónde se detienen los labios que se han humedecido ya en la copa fatal de la embriaguez, echando de ver, con ese asombro mezclado de satisfacción, particular de los borrachos, que nada altera tanto como la bebida? Apenas el obrero hubo dado cien pasos, tenía tal

sed que le fue preciso detenerse de nuevo para mitigarla, pero como esta vez comprendió que un vaso de cerveza era muy poca cosa, pidió media botella.

La sombra, que no le perdía de vista, no parecía descontenta de aquella tardanza que la necesidad de beber ocasionaba para llegar al término del viaje; se detuvo en la esquina misma de la taberna, y aunque el bebedor tomó asiento, para estar más cómodo, empleando un cuarto de hora en tomarse a sorbitos su media botella, la sombra benévola no manifestó la menor impaciencia, limitándose, en el momento de la salida, a seguir al hombre con el

mismo paso de antes.

Apenas hubieron recorrido veinticinco metros, aquella longanimidad debió sufrir una nueva y más ruda prueba; el obrero se detuvo por tercera vez, y en esta ocasión, como su sed iba en aumento, pidió una botella entera.

Con esto transcurrió otra media hora de espera para el paciente espía que seguía los pasos del viajero.

Sin duda, los primeros cinco minutos, los quince de la segunda detención, y después la media hora, produjeron una especie de remordimiento en el corazón del

bebedor, pues no queriendo al parecer detenerse, pero deseoso de seguir bebiendo, hizo una especie de transacción consigo mismo, que consistió en proveerse, en el momento de la marcha, de una botella de vino destapada ya, resuelto a que fuera su compañera de camino.

Era una sabia determinación, que no retardaba a quien la había tomado sino en razón a las curvas más o menos extensas y a los traspiés cada vez más repetidos, que fueron el resultado del contacto del cuello de la botella con los labios sedientos del bebedor.

En una de aquellas curvas

sabiamente *convinadas*, el obrero franqueó la barrera de Passy y sin dificultad ninguna, pues ya se sabe que los líquidos no están sometidos al pago de derechos a la salida de la capital.

El desconocido que le seguía, salió detrás de él con la misma facilidad.

A cien pasos de la barrera, nuestro hombre debió felicitarse de la ingeniosa precaución que había tomado, pues a partir de aquel punto las tabernas comenzaron a escasear, hasta que al fin no se encontró ya ninguna.

—Pero ¿qué le importaba esto a nuestro filósofo? Como el antiguo sabio, llevaba consigo, no tan sólo su fortuna,

sino también su alegría.

Decimos su alegría, porque cuando estuvo vaciada la mitad de la botella, nuestro bebedor comenzó a cantar, y nadie negaría que el canto, así como la risa, es uno de los medios que se han dado al hombre para manifestar su alegría.

La sombra del bebedor se mostraba aparentemente muy sensible a la armonía de aquel canto, que parecía repetir en voz baja, así como la expresión de aquel contento, cuyas fases iba siguiendo con un interés particular. Mas por desgracia, la alegría fue efímera y el canto concluyó pronto; la primera no duró sino

mientras hubo vino, y la botella, vacía e inútilmente estrechada entre las dos manos del bebedor, fue causa de que el canto se convirtiese en murmuración, que acentuándose cada vez más degeneró en imprecaciones.

Estas últimas se dirigían a perseguidores desconocidos, de los cuales se quejaba el infeliz viajero, tropezando a cada paso.

—¡Oh desgraciado! —decía—, ¡oh desgraciada!... ¡A un antiguo amigo, a un maestro, darle vino agriado!... ¡qué asco! Que me envíe a buscar para repasarle las cerraduras, por medio de su traidor compañero, que me abandona

después, y le diré: «Buenas noches, señor, que Tu Majestad se arregle las cerraduras por su propia mano». ¡Ya veremos si esto es tan fácil como expedir un decreto!... ¡Ah!, ¡ya te daré cerraduras de tres guardas, ya te daré pestillos, ya té daré llaves caladas en el paletón!... ¡oh desgraciado!... ¡oh desgraciada! ¡Decididamente me han envenenado!

Y al pronunciar estas palabras, vencido sin duda por la fuerza del tósigo, la pobre víctima se dejó caer por tercera vez en medio del camino, cuyo suelo tenía una gruesa capa de barro.

Las dos primeras veces, nuestro

hombre pudo levantarse solo, y aunque la operación fue difícil, la llevó a cabo honrosamente; pero la tercera, después de hacer esfuerzos desesperados, se debió confesar asimismo que le era imposible ponerse en pie, y exhalando un suspiro semejante a un gemido, pareció decidirse a tomar por cama, aquella noche, el seno de nuestra madre común: la tierra.

Sin duda, este desaliento y debilidad era lo que esperaba el desconocido, y que desde la plaza de Luis XV le seguía con tanta perseverancia, porque después de haberle dejado intentar sus infructuosos esfuerzos para ponerse en

pie, acercóse a él con precaución, y llamando al conductor de un coche de plaza que pasaba por allí, le dijo:

—Ved, amigo mío, mi compañero se ha puesto malo de pronto; tendréis un escudo de seis libras; colocad al pobre diablo en el interior de vuestro coche y conducidle a la taberna del Puente de Sevres. Yo me sentaré a vuestro lado.

Nada tenía de extraño la proposición que hacía al cochero el camarada que había quedado en pie, el cual parecía de condición bastante vulgar, respecto a sentarse a su lado en el pescante; y con la tierna confianza que los hombres de esa clase parecen tener uno en otro,

preguntó:

—¡Seis francos! ¿Y dónde los tienes?

—Aquí, amigo mío —contestó el otro sin formalizarse al parecer, y presentando un escudo al cochero.

—Y llegados allí, ciudadano —dijo el automedonte^[12], dulcificado por la vista de la real efigie—, ¿no habría para echar un trago?

—Esto dependerá del paso que lleves. Carga a este pobre diablo en el coche, cierra concienzudamente las portezuelas, procura que tus dos rocines se mantengan derechos, y cuando estemos en el Puente de Sevres, se

verá... como te conduzcas, me conduciré.

—Está bien —dijo el cochero—, eso es lo que se llama contestar; estad tranquilo, ciudadano, pues ya sé lo que valen las palabras. Subid al pescante e impedid que los rocines hagan tonterías, porque a estas horas se acuerdan de la cuadra, y tienen prisa por volver...; yo me encargo de lo demás.

El generoso desconocido siguió la instrucción que se le daba, sin hacer ninguna observación; mientras que el cochero, con toda la delicadeza de que era susceptible, levantó al borracho entre sus brazos, le echó con suavidad

entre las dos banquetas de su coche, cerró la portezuela, subió al pescante, donde ya se hallaba el desconocido, hizo dar la vuelta al vehículo, fustigó a sus caballos, que con el melancólico movimiento familiar propio de esos infelices cuadrúpedos cruzaron muy pronto por el caserío del Point-du-Jour, y al cabo de una hora llegaron a la taberna del Puente de Sevres.

En el interior de esta es donde, al cabo de diez minutos, consagrados a bajar del coche al ciudadano Gamain, que el lector a reconocido ya sin duda, es donde encontraremos al digno maestro de los maestros y maestro de

todos, sentado a la misma mesa y frente al mismo armero con quien ya le hemos visto en el primer capítulo de esta historia.

Capítulo XXXIX

LO QUE ES LA CASUALIDAD

¿Cómo se apeó al borracho, y cómo el maestro Gamain pasó del estado casi cataléptico en que lo dejamos a la situación normal en que volvemos a encontrarle?

El dueño de la taberna del Puente de Sevres estaba acostado, y por las rendijas de sus postigos no se filtraba el menor rayo de luz cuando las primeras

llamadas con los puños del filántropo que había recogido al maestro Gamain resonaron en su puerta, aplicados de tal modo, que no permitían creer que los inquilinos de la casa, por profundo que fuese su sueño, pudieran disfrutar de largo reposo ante semejante ataque.

Por eso, dormido aún, tropezando y maldiciendo, el tabernero abrió por sí mismo la puerta a los que así le despertaban, proponiéndose administrarles una recompensa digna de la perturbación si, como decía él mismo, la molestia no era debidamente pagada.

Sin duda, la cosa valía la pena, pues a la primera palabra que el hombre que

llamaba con tanta irreverencia pronunció al oído del tabernero, este retiró de la cabeza su gorro de algodón, y haciendo cortesías que por causa de su traje eran singularmente grotescas, introdujo al maestro Gamain y a su conductor en el cuartito donde los hemos visto ya bebiendo Borgoña, su vino preferente.

Pero esta vez, por haber abusado de él, Gamain estaba privado del conocimiento.

Por lo pronto, como cochero y caballos acababan de hacer cuanto podían, el uno con su látigo y los otros con sus piernas, el desconocido

comenzó por pagar su trabajo, agregando una moneda de veinticuatro sueldos, como propina, a la de seis libras que había dado ya por la carrera. Después, al ver al maestro Gamain sentado e inmóvil delante de una mesa, se apresuró a mandar al tabernero que trajese dos botellas de vino y una de agua, abriendo la ventana él mismo para desalojar el aire mefítico^[13] que se respiraba en el interior.

Esta última precaución hubiera sido comprometida en otra circunstancia.

En efecto, todo observador sabe que solamente las personas de cierta clase tienen necesidad de respirar aire con las

condiciones con que la Naturaleza lo produce, es decir, compuesto de setenta partes de oxígeno, veintiuna de ázoe y dos de agua, mientras que las personas acostumbradas a sus habitaciones infectas, lo absorben sin la menor dificultad, por cargado que esté de carbono o de ázoe.

Por fortuna, nadie había allí para hacer semejante observación, y hasta el tabernero, después de traer apresuradamente las dos botellas de vino y muy despacio la del agua, se retiró respetuosamente, dejando al desconocido solo con el maestro Gamain.

El primero, como ya hemos dicho, había comenzado por renovar el aire, y después, antes de cerrar la ventana, acercó un frasquito a la nariz dilatada del maestro cerrajero, presa de ese sueño repugnante de la embriaguez que curaría seguramente a los borrachos de su afición al vino, si por un milagro del poder de Dios fuera dado a los beodos ver como duermen.

Al aspirar el olor penetrante del contenido del frasco, los ojos del maestro Gamain se abrieron desmesuradamente, y casi al punto estornudó con fuerza, murmurando después algunas palabras ininteligibles

sin duda para cualquiera, menos para el filósofo ejercitado, que al escucharlas con profunda atención, consiguió comprenderlas.

—¡El desgraciado!... ¡Me ha envenenado, me ha envenenado!...

El armero reconoció al parecer con satisfacción que el maestro Gamain estaba siempre bajo el imperio de la misma idea.

Y acercó de nuevo el frasco a su nariz, lo cual, devolviendo alguna fuerza al digno hijo de Noé, permitióle completar el sentido de su frase, añadiendo a las palabras ya pronunciadas esas dos últimas,

acusación tanto más terrible cuanto que denotaba a la vez un abuso de confianza y un olvido de corazón.

—¡Envenenar a un amigo... a un amigo!...

—Verdaderamente es horrible —observó el armero.

—¡Horrible!... —balbuceó Gamain.

—¡Infame! —añadió el desconocido.

—¡Infame!... —repitió el otro.

—Por fortuna, yo estaba allí para daros un contraveneno.

—Sí, por fortuna —murmuró Gamain.

—Pero como la primera dosis no

bastó para semejante envenenamiento — continuó el desconocido—, tomad ahora esto.

Y en un medio vaso de agua echó cinco o seis gotas del licor contenido en el frasco, que no era otra cosa sino amoniaco disuelto.

Después acercó el vaso a los labios de Gamain.

—¡Ah, ah! —balbuceó este—, se ha de beber por la boca, y más me agrada así que por las narices.

Y apuró ávidamente el contenido del vaso.

Mas apenas hubo bebido el licor diabólico, abrió mucho los ojos,

exclamando entre dos estornudos:

—¡Ah bandido! ¿Qué me has dado?

¡Uf!

—Amigo mío —contestó el armero—, os he dado un licor que os salva sencillamente la vida.

—¡Ah! —exclamó Gamain—, si me salva la vida, bien habéis hecho en dármelo, pero si llamáis a esto licor, os engañáis.

Y estornudó de nuevo, contrayendo la boca y guiñando los ojos como la careta de la tragedia antigua.

El desconocido se aprovechó de esta pantomima para ir a cerrar, no la ventana, pero sí los postigos.

Por lo demás, no dejó de ser provechoso para Gamain abrir los ojos por segunda o tercera vez, porque este movimiento, por convulsivo que fuera, permitió al maestro cerrajero mirar en torno suyo; y con esa impresión de profundo agradecimiento que los borrachos manifiestan a las paredes de una taberna, reconoció las que eran para él muy familiares.

Efectivamente, en los repetidos viajes que su profesión le obligaba a hacer a París, raro era que Gamain no se detuviese en la taberna del Pont-Sevres; y bajo cierto punto de vista, esta detención se podía considerar como

necesaria, porque esta taberna se hallaba poco más o menos a la mitad del camino.

El agradecimiento produjo su efecto, infundiendo por lo pronto gran confianza al maestro armero, y probándole que estaba en país amigo.

—¡Oh, oh!, muy bien —dijo—, parece que ya he recorrido la mitad del camino.

—Sí, gracias a mí —contestó el armero.

—¿Cómo gracias a vos? —balbuceó Gamain, dejando de mirar los objetos inanimados para fijarse en los vivientes —. ¡Gracias a vos! Y ¿quién sois?

—Amigo Gamain —contestó el desconocido—, esta pregunta me prueba que sois corto de memoria.

Gamain miró a su interlocutor con más atención aún que la primera vez.

—Esperad, esperad —dijo—, me parece haberos visto ya en otra ocasión.

—¡De veras!... ¡Es una fortuna!

—Sí, sí, sí. Pero ¿cuándo y dónde? He aquí la cuestión.

—¿Dónde? Si miráis a vuestro alrededor, tal vez los objetos que veréis os ayudarán un poco a recordar... ¿Cuándo? Esto es otra cosa; quizá sea preciso administraros una nueva dosis de contraveneno para que podáis

decirlo.

—No, gracias —contestó Gamain—, ya tengo bastante de vuestro contraveneno, y puesto que estoy casi salvado, dejémoslo así... Pero ¿dónde os he visto yo... dónde os he visto?... ¡Ah!... pues aquí mismo.

—¡Eso es!

—¿Cuándo os vi?... Esperad... fue el día en que regresaba de París, donde estuve haciendo un trabajo secreto... Parece —añadió Gamain—, que tengo decididamente la empresa de esas obras.

—Muy bien. Y ¿quién soy yo?

—¿Quién sois? Un hombre que me convidó a beber, y por lo tanto, un buen

amigo; tocad esos cinco.

—Con tanto mayor gusto —dijo él desconocido—, cuanto que de maestro cerrajero a maestro armero, no va más que la mano.

—¡Bien, bien! Ahora me acuerdo; era el 6 de octubre, lo que de maestro cerrajero a maestro armero, no va más que la mano.

—Y a mí me pareció nuestra conversación muy interesante, maestro Gamain; por lo cual deseando disfrutar de ella otra vez, puesto que os ha vuelto a la memoria, os preguntaré, si no es una indiscreción, cómo es que hace una hora os hallabais tendido en medio del

camino, al paso de un carro que estaba a punto de dividiros en dos, si yo no hubiese llegado a tiempo. ¿Tenéis pesares, maestro, y habíais tomado acaso la fatal resolución de suicidaros?

—¿Suicidarme yo? Nada de eso. En cuanto a lo que hacía en medio del camino, tendido en tierra... ¿Estáis seguro de que me hallaba allí?

—¡Pardiez!, mirad vuestra ropa.

Gamain fijó los ojos en su traje.

—¡Oh, oh! —exclamó—, mi mujer gritará un poco; ella que me decía ayer: «No te pongas el traje nuevo, sino la chaqueta vieja; bastante buena es para ir a las Tullerías».

—¿Cómo a las Tullerías? ¿Volvíais de este palacio cuando os encontré?

Gamain se rascó la cabeza, tratando de evocar sus recuerdos trastornados aún.

—Sí, sí, eso es —dijo—; ciertamente que regresaba de las Tullerías. ¿Por qué no? No es ningún misterio que yo he sido maestro cerrajero del señor Veto.

—¿Cómo del señor Veto? ¿A quién dais este nombre, quién es el señor Veto?

—¡Bah! ¿No sabéis que le llaman así al Rey? ¿Acaso llegáis ahora de la China?

—¡Cómo ha de ser! Yo me ocupo tan sólo de mi trabajo, y no de la política.

—Sois feliz; yo me ocupo algo en ella, o más bien, me obligan a esto, lo cual me perderá.

Y Gamain levantó los ojos al cielo, exhalando un suspiro.

—¡Bah! —replicó el armero—, ¿habéis sido llamado a París para alguna obra por el estilo de aquella que habíais hecho la primera vez que os vi?

—Precisamente; pero entonces ignoraba adonde iba y llevaba los ojos vendados, mientras que esta vez sabía adonde iba y tenía los ojos abiertos.

—¿De modo que no os ha costado

nada reconocer las Tullerías?

—¡Las Tullerías! —exclamó Gamain —, ¿quién os ha dicho que iba a las Tullerías?

—¡Vos mismo, pardiez! ¿Cómo había de saber yo que salíais de ese palacio, si no me lo hubierais manifestado así?

—Es verdad —contestó Gamain, hablando consigo mismo. ¿Cómo sabría él eso, si yo no se lo hubiese dicho?

Y volviéndose hacia el desconocido, añadió:

—Tal vez haya hecho mal en comunicároslo; pero tanto peor. Vos no sois todo el mundo... Pues bien, sí,

puesto que os lo dije, no me desdigo; he estado en las Tullerías.

—Y habéis trabajado con el Rey —replicó el armero—, el cual os dio los veinticinco luises que lleváis.

—¡Cómo! —exclamó Gamain—, en efecto, yo tenía esa suma en la faltriquera.

Y aún la tenéis, amigo mío.

Gamain introdujo vivamente la mano en las profundidades de su bolsillo, y sacó un puñado de oro mezclado con moneda menuda de calderilla.

—¡Esperad, esperad! —dijo—; cinco, seis, siete... muy bien; y yo que había olvidado esto... doce, trece,

catorce... la verdad que esta es una bonita suma... diecisiete, dieciocho, diecinueve... es una cantidad que en el tiempo que corre, no se encuentra bajo el casco de un caballo... veintitrés, veinticuatro, veinticinco... ¡Ah! — continuó Gamain, respirando más libremente—, a Dios gracias la suma está completa.

—¡Cuando os digo que podéis fiaros de mí!

—¿De vos? Y ¿cómo sabéis que yo llevaba veinticinco luises en el bolsillo?

—Apreciable señor Gamain, ya he tenido el honor de manifestaros que os encontré en tierra en medio del camino,

a veinte pasos de un carro que iba a dividiros. Llamé a un cochero que pasaba con su vehículo, y cogiendo uno de los faroles de este me acerqué para examinaros; entonces vi dos o tres luises de oro en el suelo. Como estas monedas estaban muy cerca de vuestro bolsillo, presumí que se os acababan de caer; introduje los dedos en la faltriquera, y por una veintena de otros luises que vuestro bolsillo contenía, reconocí que no me engañaba; pero entonces el cochero movió la cabeza, diciendo: «No, caballero, no». «¿Cómo que no?». «No, digo que no quiero conducir a ese hombre». «Y ¿por qué no le has de

conducir?». «Porque es demasiado rico bajo su exterior humilde... ¡veinticinco luisas de oro en el bolsillo de un chaleco de algodón, me huelen a horca, caballero!». «¡Cómo! —exclamé—, ¿creéis tratar con un ladrón?». Parece que este hombre os llamó la atención, pues contestasteis al punto: «¿Ladrón yo, habéis dicho?». «Indudablemente sois un ladrón —replicó el cochero—; si no lo fuerais, ¿cómo tendríais veinticinco luisas, en vuestro bolsillo?». «Tengo veinticinco luisas, porque me los ha dado el Rey de Francia, que es mi discípulo», contestasteis vos. En efecto al oír estas palabras creí reconoceros,

acerqué a vuestra cara el farolillo, y exclamé: «¡Ah!, todo se explica ahora, es Gamain, maestro cerrajero de Versailles. Sin duda acaba de trabajar con el Rey y este le ha dado en recompensa veinticinco luises. ¡Vamos, yo respondo!». Y desde este momento, al declararlo así, el cochero dejó de oponer dificultad; introduje en vuestro bolsillo los luises que habían escapado, se os colocó de la mejor manera posible en el coche, subí al pescante, y os depositamos en la taberna donde estáis, sin compadeceros más que por el abandono de vuestro aprendiz.

—Pero ¿he hablado yo de mi

aprendiz, ni me he quejado de su abandono? —exclamó Gamain, poseído cada vez de mayor asombro.

—¡Vamos, bien!, he aquí que ya no se acuerda de lo que acaba de decir.

—¿Yo?

—¡Cómo! Pues si habéis dicho hace un momento: «Fue culpa de aquel necio de...». Ya no me acuerdo del nombre que dijisteis...

—Luis Lecomte.

—Eso es... Y habéis dicho ahora mismo: «Fue culpa de ese necio de Luis Lecomte, que había prometido volver conmigo a Versalles, y que en el momento de marchar me faltó».

—El hecho es que muy bien he podido decir esto, porque es la verdad.

—Pues bien, siendo la verdad, ¿por qué negáis? ¿Sabéis que para otro que no fuese yo, todas esas ocultaciones, en el tiempo que corremos, serían peligrosas para vos, amigo mío?

—Sí, pero con vos... —dijo Gamain al desconocido con expresión cariñosa.

—¿Qué queréis decir?

—Que os considero como un amigo.

—¡Ah!, sí, mucha confianza manifestáis a vuestro amigo, puesto que le decís: «Sí, y después *no, es verdad*, y luego *no es verdad*». Es como hicisteis la otra vez aquí, cuando me contasteis

una historia... en la cual nadie podía creer ni un momento.

—¿Qué historia?

—La de la puerta secreta que debisteis revestir de hierro en casa de un gran señor cuyas señas ni siquiera pudisteis darme.

—Pues bien, tanto si lo creéis como si no, aquella vez se trataba de una puerta.

—¿En la habitación del Rey?

—Sí; pero en vez de una puerta de escalera, se trataba de la de un armario.

—¿Y queréis hacerme entender que el Rey que se ocupa en cerrajería habrá ido a buscaros para que revistieseis de

hierro una puerta? ¡Vamos!

—Pues así es. ¡Ah pobre hombre! Ciertamente que se cree bastante hábil para prescindir de mí, y había comenzado su cerradura. «¿Para qué quiero a Gamain?, se diría. ¿Para qué me sirve? ¿Acaso lo necesito?». ¡Así lo creería, pero se enredó en lo de las guardas de la llave, y fue necesario buscar de nuevo al pobre Gamain!

—¿Y os envió a buscar por algún ayuda de cámara de confianza, por Hué, por Durey o por Weber?

—He aquí, precisamente, en qué os engañáis. El Rey había tomado por auxiliar un compañero que sabía menos

que él; de modo que cierta mañana, el segundo fue a Versalles y me dijo: «Maestro Gamain, hemos querido construir una cerradura el Rey y yo, mas no hemos conseguido hacerla funcionar». «¿Qué queréis que yo haga?», contesté. «¡Que vengáis a ponerla al corriente, pardiez!». Y como yo le contestase: «No es verdad, no venís de parte del Rey, y sin duda queréis tenderme un lazo», me contestó: «¡Bueno! La prueba de lo que digo es que el Rey me ha encargado que os entregue veinticinco luises, para que no dudéis». «¡Veinticinco luises!, exclamé. ¿Y dónde están?». «Helos aquí». Y me

los dio al punto.

—¿Esos serán los veinticinco luises que llevabais? —preguntó el armero.

—No, esos son otros. Los veinticinco luises primeros son de una cuenta distinta.

—¡Diablo!, ¡cincuenta luises para retocar una cerradura! Aquí hay gato encerrado, maestro Gamain.

—Esto es lo que yo me digo, tanto más cuanto que el compañero...

—¿Qué?

—Pues bien, que me parece un falso compañero; yo debía haberle interrogado, pidiéndole detalles sobre su viaje por Francia, y acerca del oficio.

—Sin embargo, no sois hombre que se engañe cuando veis a un aprendiz en el trabajo.

—No diré lo contrario... ese joven manejaba bastante bien la lima, y le he visto cortar en caliente una barra de hierro de un solo golpe, hacer un taladro, y otras operaciones con mucha limpieza; pero se me figuró que el joven era más teórico que práctico, y apenas concluía su obra, se lavaba las manos, que al punto quedaban blancas. ¿Sucedé nunca esto con verdaderas manos de cerrajero? ¡Ah!, ¡por mucho que me frotase yo las mías!

Y Gamain mostró con orgullo sus

manos negras y callosas, que hubieran resistido a todas las pastas de almendras, y a todos los jabones del mundo.

—Pero, en fin —continuó el armero, tratando de conducir a Gamain a tratar del hecho que le pareció más interesante —, una vez llegado a las habitaciones del Rey, ¿qué habéis hecho?

—Parece —por lo pronto—, que se nos esperaba; nos hicieron entrar en la fragua, y allí el Rey me presentó una cerradura cuyo primer trabajo no era del todo malo; pero no había podido salir del paso en la construcción de las guardas. No hay muchos cerrajeros

capaces de hacer una llave que tenga tres, y con mucha más razón siendo reyes, como ya comprenderéis. Examiné la llave, y después de reconocer el defecto, contesté: «Esta bien; dejadme una hora solo, y al cabo de este tiempo, todo marchará como una rueda». Entonces el Rey me dijo: «Muy bien, Gamain, amigo mío, estás en tu casa; ahí tienes las limas y todos los útiles necesarios; trabaja y entre tanto nosotros iremos a preparar el armario». Con esto, el Rey salió seguido de su compañero.

—¿Por la escalera grande? — preguntó con indiferencia el armero.

—No, por la escalera secreta que

comunica con su despacho. En cuanto a mí, cuando hube concluido, me dije: «Eso del armario es un enredo; sin duda se han encerrado juntos para tramar alguna conspiración. Voy a bajar silenciosamente, abriré la puerta del despacho, y podré ver un poco qué hacen».

—Y ¿qué hacían? —preguntó el desconocido.

—¡Ah!, ¡bah!, sin duda escuchaban, y ya comprenderéis que yo no tengo el paso de un bailarín. Aunque me esforzaba en aligerar mis pies, la escalera crujía bajo ellos; me oyeron sin duda, e hicieron como si saliesen a mi

encuentro, y en el instante en que llegaba a la puerta, esta se abrió de pronto. ¿Quién quedó burlado? Gamain.

—¿De modo que no sabéis nada?

—Esperad. «¡Ah!, ¡eres tú, Gamain!». «Sí, señor —contesté—, ya he concluido». «Y nosotros también —contestó— ven, voy a confiarte ahora otro trabajo». Y me hizo atravesar rápidamente el despacho, pero no tanto que no tuviese tiempo para ver desarrollado, a lo largo de la mesa un gran mapa, que me pareció era el de Francia, puesto, que tenía tres flores de lis en uno de los ángulos.

—¿Y no habéis notado nada de

particular en ese mapa?

—Sí tal; vi tres líneas de alfileres que partían del centro, y flanqueándose a cierta distancia unos de otros, avanzaban hacia la extremidad: hubiérase dicho que eran soldados que marchaban a la frontera por caminos diferentes.

—A la verdad, querido Gamain —dijo el armero aparentando admiración—, tenéis una perspicacia que no deja escapar nada... ¿Y vos creéis que en vez de ocuparse de su armario, el Rey y su auxiliar examinaban el mapa?

—Seguro estoy de ello —contestó Gamain.

—No podéis estarlo.

—Sí tal.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo: los alfileres tenían cabezas de lacre, unas negras, otras azules, y las demás rojas... Pues bien, el Rey tenía en la mano uno, con el cual se limpiaba los dientes, y su cabeza era roja.

—¡Ah! Gamain, amigo mío —dijo el armero, si descubro algún nuevo sistema para mi oficio, no os permitiré entrar en mi despacho, ni siquiera pasar por él, os lo advierto, o bien os vendaré los ojos, como el día en que se os condujo a la casa de aquel gran señor. Aun así, y a pesar de vuestros ojos vendados,

pudisteis observar que el pórtico tenía diez escalones, y echasteis de ver que la casa daba al bulevar.

—Esperad —dijo Gamain, lisonjeado por los elogios que se le tributaban—, no lo sabéis todo... ¡Había realmente un armario!

—¡Ah! Y ¿dónde?

—¡Ah!, sí, dónde... ¡Adivinadlo si podéis!... Socavado en la pared, amigo mío.

—¿En qué pared?

—En la del pasillo interior que pone en comunicación la alcoba del Rey con la habitación del Delfín.

—¡Diablo!, es muy curioso lo que

me decís... ¿Y *ese* armario estaba abierto?

—¡Nada de eso!... y por más que miré, no vi nada. «¿Y bien —dije—, dónde está ese armario?». Entonces el Rey paseó una mirada en torno suyo, y contestóme: «Gamain, siempre tuve confianza en ti, y por eso he querido que solamente tú conocieras mi secreto. ¡Mira!». Al pronunciar estas palabras, mientras que el aprendiz nos alumbraba, pues la luz no penetra en aquel corredor, el Rey levantó un tablero de la pared, y vi un agujero redondo de unos dos pies de diámetro, poco más o menos, en su abertura. Después, al notar mi asombro,

y guiñando el ojo a nuestro compañero, me dijo: «Amigo mío, bien ves ese agujero; yo lo practiqué para esconder valores, y ese joven me ayudó en la tarea durante los cuatro o cinco días que ha pasado en el palacio. Ahora es preciso aplicar la cerradura a esa puerta de hierro que ves, la cual se debe cerrar de modo que el tablero ocupe de nuevo su sitio y lo oculte como ocultaba el agujero... Si necesitas un ayudante, lo será este joven; si puedes prescindir de él, le emplearé en otra cosa, pero siempre en mi servicio». «¡Oh!, contesté yo, bien sabéis que cuando puedo hacer un trabajo solo, no pido auxiliar. Para

esta obra, un buen obrero necesitaría cuatro horas; pero yo soy maestro, y dentro de tres, todo quedará concluido. Que vaya el joven a sus ocupaciones y vos a las vuestras, señor, y si tenéis algo que ocultar ahí, volved dentro de tres horas». Preciso es creer, como decía el Rey, que tenía ocupación para su compañero en otra parte, pues no volví a verle. A las tres horas el Rey volvió y me dijo: «¿Qué tal, Gamain, en qué estamos?». «Ya está terminado», contesté. Y le hice ver la puerta, que funcionaba perfectamente sin producir el menor crujido, y también la cerradura, tan perfecta como un autómatas del señor

Vaucanson. «¡Bueno! —me dijo el Rey entonces— ahora, Gamain, me ayudarás a contar el dinero que quiero esconder ahí». Y mandó traer al ayuda de cámara cuatro talegas de dobles lises, y me dijo: «Contemos». Obedecí al punto; yo conté un millón y él otro; y como quedase un pico de veinticinco lises, díjome: «Toma estos veinticinco lises, Gamain, en recompensa de tu trabajo». Como si no fuese una vergüenza hacer contar un millón de lises a un pobre hombre que tiene cinco hijos, y darle tan sólo veinticinco en recompensa. ¿Qué tal, qué os parece?

El hombre desconocido hizo un

movimiento con los labios.

—La verdad es que me parece mezquino —contestó.

—Esperad, que aún no es todo. Tomo los veinticinco luises, los guardo en el bolsillo, y digo al Rey: «Gracias, señor; pero con esto no he comido ni bebido desde la mañana, y me muero de sed». Aún no había concluido, cuando la Reina entra por una puerta disimulada, de modo que de improvviso, sin el menor anuncio, la veo delante de mí; llevaba en la mano un plato con un vaso de vino y un bizcocho: «Amigo Gamain, me dijo, si tenéis sed, bebed este vaso de vino, y si tenéis ganas de comer algo, aquí

tenéis un bizcocho». «¡Ah, señora reina!, exclamé saludándola, no valía la pena molestarse por mí». Decidme, qué pensáis de esto... un vaso de vino, a un hombre que se queja de tener sed, y un bizcocho al que tiene hambre... ¿Qué quería la Reina que yo hiciese con esto? ¡Bien se ve que ella no ha sufrido nunca hambre ni sed!... ¡un vaso de vino!... ¡Esto da lástima!...

—¿Y habéis rehusado?

—Mejor hubiera sido esto... pero bebí. En cuanto al bizcocho, lo envolví en mi pañuelo, diciéndome: «¡Lo que no es bueno para el padre, lo es para los hijos!». Después di gracias a Su

Majestad, como si valiese la pena, y me puse en marcha, jurando que no volverían a cogerme en las Tullerías...

—¿Y por qué decís que mejor hubierais hecho en rehusar el vino?

—Porque seguramente estaba envenenado. Apenas hube pasado del puente Tournant, me acosó una sed... ¡pero que sed! Tal era, que teniendo el río a mi izquierda y las tabernas a mi derecha, vacilé entre ir al uno o a las otras... ¡Ah!, allí fue donde conocí la mala calidad del vino que me habían dado, pues cuanto más bebía más aumentaba mi sed. Esto duró hasta que, al fin, perdí el conocimiento; pero que

no tengan cuidado, porque si alguna vez me llaman para prestar declaración contra ellos, diré que me dieron veinticinco luises por trabajar cuatro horas y contar un millón, y que por temor de que yo denunciase el sitio donde ocultaban su tesoro, me envenenaron como a un perro^[14].

—Y yo, amigo Gamain —dijo el armero levantándose, sin duda porque ya sabía cuanto deseaba—, apoyaré vuestro testimonio, diciendo que yo soy quien os dio el contraveneno que os salvó la vida.

—¡Y por eso —replicó Gamain, cogiendo las manos del armero—, de

aquí en adelante seremos amigos a vida y a muerte!

Y rehusando con una sobriedad verdaderamente espartana, el vaso de vino que por tercera o cuarta vez le presentaba el desconocido, a quien acababa de jurar una amistad eterna, Gamain, en el que el amoniaco había producido su doble efecto, disipando los vapores del vino y haciéndose repugnante por veinticuatro horas, Gamain, decimos, tomó el camino de Versailles. Llegó sano y salvo a las dos de la madrugada, con los veinticinco luis de Rey en su bolsillo, y el bizcocho de la Reina envuelto en el

pañuelo.

Una vez solo en la taberna, el falso armero sacó de su faltriquera unas tablillas de concha, incrustadas de oro, y escribió con lápiz la doble nota siguiente:

*Detrás de la alcoba del Rey,
en el corredor oscuro que
conduce a la cámara del Delfín,
armario de hierro.*

*Asegurarse de que este Luis
Lecomte, oficial de cerrajero,
no es simplemente el conde
Luis, hijo del marqués de
Bouillé, llegado de Metz once*

días hace.

Capítulo XL

LA MAQUINA DEL SEÑOR GUILLOTÍN

Al día siguiente, gracias a las ramificaciones extrañas que Cagliostro tenía en todas las clases de la sociedad, y hasta en la servidumbre del Rey, sabía que el conde Luis había llegado a París el 15 o el 16 de noviembre; que fue encontrado por el señor de Lafayette, su primo, el 18; que este le presentó al Rey el mismo día; que después se ofreció

como oficial de cerrajero a Gamain, el 22, permaneciendo en su casa tres días; que al siguiente marchó con él de Versalles a París; que introducido sin dificultad a presencia del Rey, ocupó el alojamiento donde antes se hallaba su amigo Aquiles de Chastelet; que inmediatamente cambió de traje, y que en la misma noche tomó la posta para Metz.

Por otra parte, al día siguiente de la conferencia nocturna que el Conde había tenido en el cementerio de San Juan con el señor de Beausire, había visto al antiguo exento correr ansioso a Bellevue, a casa del banquero Zannone.

Al volver del juego a las siete de la mañana, después de perder su último luis, a pesar de la infalible martingala de Law, Beausire había encontrado su casa vacía: la señorita Oliva y el niño Santos, habían desaparecido.

Entonces recordó que el conde de Cagliostro no había querido salir con él de la casa, diciendo que tenía que hablar confidencialmente con la señorita Nicolasa. Era un motivo para concebir sospechas, y el antiguo emérito supuso que su amante había sido robada por el conde Cagliostro. Como buen sabueso, Beausire husmeó en aquella vía y la siguió hasta Bellevue; una vez aquí, dio

su nombre y al momento se le introdujo a presencia del barón de Zannone o del conde Cagliostro, como al lector le plazca, que era por el pronto, sino el personaje principal, por lo menos el resorte del drama que nos hemos propuesto referir.

Introducido en el salón que ya conocemos, por haber visto entrar allí al doctor Gilberto y al marqués de Favras, y al verse frente al Conde, Beausire vaciló, pues parecíale Cagliostro tan gran señor, que ni siquiera osaba reclamar su querida.

Pero como si hubiese podido leer en el corazón del antiguo exento, el Conde

le dijo:

—Señor de Beausire, he observado una cosa, y es que no tenéis en el mundo más que dos pasiones verdaderas: el juego y la señorita Oliva.

—¡Ah!, caballero —exclamó Beausire—, ¿sabéis, pues, lo que me trae aquí?

—Perfectamente. Venís a reclamarme a la señorita Oliva, y os diré que se halla en mi casa.

—¡Cómo! ¿En casa del señor Conde?

—Sí, en mi alojamiento de la calle de San Claudio, donde ocupa su antigua habitación; y si sois muy juicioso y

quedo contento de vos, si me dais noticias que me interesen o me diviertan, entonces, señor de Beausire, os pondremos veinticinco luises en el bolsillo, para que vayáis a echarla de caballero en el Palais-Royal, y un buen traje en los hombros, para que hagáis de enamorado en la calle de San Claudio.

Beausire estuvo tentado de levantar la voz y reclamar a Oliva; pero Cagliostro había dicho dos palabras acerca de aquel desgraciado asunto de la embajada de Portugal, siempre suspendido sobre la cabeza del antiguo exento, como la espada de Damocles, y Beausire se calló.

Entonces, habiendo manifestado duda sobre que la señorita Oliva estuviese en la casa de la calle de San Claudio, el señor Conde mandó enganchar y marchó con Beausire a la antigua mansión. Una vez allí le introdujo en el *sanctum sanctorum*, donde, levantando un cuadro le hizo ver, por una abertura hábilmente practicada, a la señorita Oliva vestida como una reina, sentada en una butaca, y leyendo uno de esos malos libros, tan comunes en aquella época, pero que eran la delicia de la antigua doncella de la señorita de Taverney.

El niño Santos, engalanado tan bien

como un príncipe, con sombrero blanco a lo Enrique IV y pantalón azul celeste sujeto con un cinturón tricolor franjeado de oro, se entretenía con magníficos juguetes.

Entonces Beausire sintió dilatarse su corazón de amante y de padre; había prometido cuanto el Conde quiso, y este último, fiel a su palabra, se comprometió a su vez, en los días en que el señor Beausire trajese alguna noticia de interés, no tan sólo a pagarle en oro su servicio, sino también permitirle ir a buscar la recompensa en amor en los brazos de la señorita Oliva.

Todo había marchado según los

deseos del Conde, y casi diremos según los de Beausire, cuando hacia fines del mes de diciembre, a una hora muy inusitada para aquella época del año, es decir, a las seis de la mañana, el doctor Gilberto, que había trabajado ya hora y media, oyó dar tres golpes a su puerta, y por la manera de espaciarlos reconoció que el que se anunciaba así era un hermano masón.

En su consecuencia abrió al punto.

El conde de Cagliostro, con la sonrisa en los labios, estaba delante de él, al otro lado de la puerta.

Gilberto no veía nunca a este hombre misterioso sin estremecerse

ligeramente.

—¡Ah!, ¿sois vos Conde?

Y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le ofreció la mano, añadiendo:

—Sed bien venido a cualquier hora que vengáis, y sea cual fuere la causa que os trae.

—La causa, amigo Gilberto —contestó el Conde—, es mi deseo de que asistáis a un experimento filantrópico, del que ya he tenido el honor de hablaros.

Gilberto trató de recordar, aunque inútilmente, a qué experimento se refería el Conde.

—No me acuerdo —dijo al fin.

—No importa, venid, querido Gilberto, y creed qué no os molesto para nada... Por lo demás, en el sitio donde os conduzco, encontraréis personas conocidas.

—Querido Conde —contestó Gilberto—, adonde quiera que os plazca conducirme, voy tan sólo por vos; en cuanto al lugar y las personas que encuentre, son cosas secundarias.

—Pues entonces, venid, no podemos perder tiempo.

Gilberto estaba ya vestido, y no tuvo que hacer más que dejar su pluma y coger el sombrero.

—Estoy a vuestras órdenes —dijo

después.

—En marcha —dijo sencillamente el Conde.

Y precediendo a Gilberto, salió.

Un coche esperaba a la puerta, y los hombres subieron.

El vehículo partió rápidamente, sin que el Conde necesitase dar orden alguna, y era evidente que el cochero sabía ya adonde iba.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, durante la cual Gilberto observó que se franqueaba barrera, después de atravesar todo París, el coche se detuvo en un espacioso patio cuadrado, en el qué se veían dos pisos

con ventanas enrejadas.

Detrás del coche, la puerta que le había dado paso se cerró al punto.

Al apearse, Gilberto notó que se hallaba en el patio de una prisión, y al examinarle detenidamente reconoció que era la de Bicetre.

El lugar de la escena, muy triste ya por su aspecto natural, lo parecía más aún por la incierta luz que llegaba allí como a pesar suyo.

Eran las seis y cuarto de la mañana, poco más o menos, hora de malestar en invierno, porque es aquella en que el frío se hace sensible a las más vigorosas organizaciones.

Una menuda lluvia, fina como un crespón, caía diagonalmente, humedeciendo las paredes grises.

En medio del patio, cinco o seis oficiales de carpintero, bajo la dirección del maestro y de un hombrecillo vestido de negro, que se movía él sólo más que todo el mundo, levantaban una máquina de forma desconocida y extraña.

Al ver a los dos extranjeros, el hombrecillo vestido de negro levantó la cabeza.

Por su parte, el hombrecillo reconoció al Conde y a Guillotín, a quien había visto ya en casa de Marat; la

máquina era, en gran escala, la misma que había visto en tamaño reducido en la cueva del redactor del diario *El Amigo del Pueblo*.

Por su parte, el hombrecillo reconoció al conde y a Gilberto.

La llegada de estos dos personajes le pareció de bastante importancia para dejar un instante la dirección del trabajo, y se acercó a ellos.

Sin embargo, no dejó de recomendar al maestro carpintero la mayor atención en la tarea que les ocupaba.

—Así, así, maestro Guidon... está bien —dijo—; terminad la plataforma, que es la base del edificio, y una vez

concluida levantaréis los dos postes, midiendo con exactitud, a fin de que no estén ni demasiado separados, ni más próximos de lo necesario.

Después, acercándose a Cagliostro y a Gilberto, que se aproximaban a él ya, dijo:

—Buenos días, Barón, muchas gracias por haberos presentado el primero, en compañía del señor Gilberto. Doctor, ya recordaréis que os habían invitado en casa de Marat a presenciar mi experimento; pero se me olvidó pedir os vuestras señas... Ahora vais a ver algo muy curioso, la máquina más filantrópica que jamás se inventó.

Y volviéndose de pronto hacia el objeto de que hablaba, única cosa que parecía preocuparle, añadió:

—¡Eh! ¡Guidon!, ¡qué hacéis! ¡Estáis poniendo detrás la parte anterior!

Y precipitándose por la escalera que dos ayudantes acaban de aplicar, llegó en un instante a la plataforma, donde gracias a su presencia se corrigieron en pocos minutos algunos errores cometidos por los obreros, poco al corriente aún en los secretos de la nueva máquina.

—Así, así —dijo el doctor Guillotín, al notar que todo iba bien gracias a su dirección—; ahora no se

trata más que de introducir la cuchilla en la ranura... ¡Guidon, Guidon!, gritó de pronto, como poseído de espanto, ¿por qué no habéis guarnecido de cobre la ranura?

—¡Ah!, he pensado, doctor, que buena madera de encina bien engrasada, valdría tanto como el cobre, contestó el maestro carpintero.

—Sí, eso es —repuso el doctor con aire desdeñoso—. ¡Economías... economías... cuando se trata del progreso de la ciencia y del bien de la humanidad! Guidon, si nuestra experiencia fracasa hoy, os hago responsable. Señores, os tomo por

testigos —continuó el doctor, dirigiéndose al Conde y a Gilberto—, os tomo por testigos de que yo había pedido las ranuras forradas de cobre, y de que protesto contra su falta. En su consecuencia, si ahora la cuchilla se detiene en el camino o se desliza mal, no será culpa mía, y me lavo las manos.

Y el doctor, al cabo de mil ochocientos años, hizo sobre la plataforma de la máquina el mismo ademán que Pilatos había hecho en el terrado de su palacio.

Sin embargo, a pesar de todas estas ligeras contrariedades, la máquina se elevaba, y al hacerlo así tomaba cierto

aspecto homicida que regocijaba a su inventor, pero que estremecía a Gilberto.

En cuanto a Cagliostro, permanecía impasible; desde la muerte de Lorenza, hubiérase dicho que se había convertido en estatua de mármol.

He aquí la forma que tomaba la máquina:

Por lo pronto, una primera plataforma, a la cual se llegaba por una especie de escalera de molinero.

Aquel tablado, como el de un patíbulo, presentaba un espacio de quince pies de anchura en todas sus fases, y hacia las dos terceras partes de

su longitud, frente a la escalera, elevábanse dos postes paralelos, o mejor dicho, dos brazos derechos de diez a doce pies de longitud.

Estos dos brazos tenían por adorno la famosa ranura para la cual había economizado el cobre el maestro Guidon, economía que, según hemos visto, había hecho poner el grito en el cielo al filantrópico doctor Guillotín.

Por aquella ranura se deslizaba una especie de cuchilla en forma de media luna, con la fuerza de su propio peso, centuplicado por otro.

Entre los dos postes se había practicado una abertura, a través de la

cual un hombre podía pasar la cabeza, y cuyos dos batientes se ajustaban de tal manera que formaban como un collar para el paciente.

Una báscula, compuesta de una plancha cuya altura era poco más o menos la de un hombre de talla común, funcionaba en un momento dado, y al hacerlo así se presentaba por sí misma al nivel de la abertura.

Todo esto, según se ve, era sumamente ingenioso.

Mientras que los carpinteros, con el maestro Guidon y el doctor, daban la última mano en la erección de su máquina, Cagliostro y Gilberto discutían

sobre la mayor o menor novedad del instrumento. El Conde negaba que el invento fuese debido al doctor Guillotín, asegurando que conocía otros instrumentos análogos en la *mannaya* italiana, y sobre todo esa *doloire*^[15] de Tolosa con que fue ejecutado él mariscal de Montmorency. Entre tanto, nuevos espectadores, invitados sin duda a presenciar el experimento, habían llenado el patio.

Entre ellos hallábase un anciano que ya conocemos, y que ha figurado como hombre activo en esta larga historia; atacado de la enfermedad de que debía morir muy pronto, había dejado su

habitación, accediendo a las instancias de su cofrade Guillotín, y hallábase allí, a pesar de la hora y del mal tiempo, para ver funcionar la máquina.

Gilberto le reconoció, y adelantóse respetuosamente a su encuentro.

Iba acompañado del señor Giraud, arquitecto de la ciudad de París, que debía a las funciones que desempeñaba el favor de una invitación particular.

El segundo grupo, al que nadie había saludado se componía de cuatro hombres todos ellos vestidos sencillamente.

Apenas entraron se habían dirigido al ángulo del patio más lejano, de aquel

en que se hallaban Gilberto y Cagliostro, y manteníanse allí humildemente hablando en voz baja y con el sombrero en la mano, a pesar de la lluvia.

Aquel que parecía el jefe de ellos, o por lo menos, aquel a quien los otros escuchaban con deferencia cuando decía algo en voz baja, era hombre de cincuenta a cincuenta y dos años, de elevada estatura, sonrisa benévola y fisonomía de expresión franca.

Aquel hombre se llamaba Carlos Luis Sansón; nacido el 15 de febrero de 1738, había visto descuartizar a Damiens por su padre, y ayudado a este

cuando tuvo el honor de cortar la cabeza al señor de Lally-Tojendal.

Le llamaban comúnmente *Señor de París*.

Los otros tres hombres eran, su hijo, que debía tener el honor de ayudarle a decapitar a Luis XVI, y sus dos ayudantes.

La presencia de estos hombres comunicaba un carácter terrible a la máquina de Guillotín, probando que el experimento que se trataba de hacer se intentaba, si no con la *garantía*, por lo menos con la aprobación del Gobierno.

Por el pronto, el señor de París parecía estar muy triste; si la máquina

cuyo ensayo debía ver, se adoptaba al fin, desaparecería todo su lado pintoresco; el ejecutor no se presentaba ya a la multitud como el ángel que extermina, armado de la espada llameante; el verdugo no sería más que una especie de conserje tirando del cordón para dar la muerte.

Por eso estaba aquí la verdadera oposición.

Como la lluvia seguía cayendo más menuda tal vez, pero seguramente más compacta, el doctor Guillotín, que sin duda temía que el mal tiempo le privase de alguno de sus espectadores, se dirigió al grupo más importante, es

decir, al que formaban Cagliostro, Gilberto, el doctor Luis y el arquitecto Giraud, y como un director que comprende que el público se impacienta, dijo:

—Señores, no esperamos más que a una persona, al doctor Cabanis, y apenas llegue se comenzará.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando un tercer coche penetró en el patio, y un hombre de treinta y ocho a cuarenta años, de frente espaciosa, fisonomía inteligente, mirada viva y penetrante, se apeó presuroso.

Era el último espectador esperado, el doctor Cabanis.

Saludó a todos con expresión afable, como debe hacerlo un médico filósofo, y fue a estrechar la mano a Guillotín, que desde lo alto de su plataforma le gritaba: «¡Venid, doctor, venid pronto, pues no se espera a nadie más que a vos!». Después se confundió en el grupo de Gilberto y Cagliostro.

Entre tanto, su coche se alineaba junto a los otros dos.

En cuanto al del señor París, se había quedado humildemente en la puerta.

—Señores —dijo el doctor Guillotín—, como ya no esperamos a nadie, vamos a comenzar.

Y a una señal de su mano, habiéndose abierto una puerta, se vio salir a dos hombres que vestían una especie de uniforme gris, los cuales llevaban sobre los hombros un saco de lona, en el que se dibujaban vagamente las formas de un cuerpo humano.

Detrás de los vidrios de las ventanas viéronse aparecer los rostros pálidos de los enfermos, que con ojos de espanto miraban, sin que se hubiese pensado en invitarles, aquel espectáculo imprevisto y terrible, cuyos preparativos y objeto no podían comprender.

Capítulo XLI

UNA REUNIÓN EN EL PABELLÓN DE FLORA

En la noche de aquel mismo día, es decir, el 24 de diciembre, víspera de Navidad, había recepción en el pabellón de Flora.

No habiendo querido la Reina recibir en sus habitaciones, la princesa de Lamballe se encargó de ello en su lugar, haciendo los honores del círculo

hasta que la soberana llegase.

Una vez presente, todas las cosas siguieron su curso, como si la reunión se hallara en el pabellón Marsan, y no en el de Flora.

El joven barón Isidoro de Charny había llegado por la mañana de Turín, y apenas de vuelta, fue recibido por el Rey primeramente, y después por la Reina.

Los dos le acogieron con extremada benevolencia, pero sobre todo la Reina, y dos razones hacían notable esta benevolencia.

Por lo pronto, Isidoro era hermano de Charny, y ausente, este último, era un

encanto para María Antonieta ver a su hermano.

Además, Isidoro llevaba, de parte del señor conde de Artois y del príncipe de Condé, palabras que estaban demasiado en armonía con las que le dictaba su propio corazón.

Los Príncipes recomendaban a la Reina los proyectos del señor de Favras, e invitábanla a utilizarse de la fidelidad de este valeroso caballero, y a huir para reunirse con ellos en Turín.

Además, estaba encargado de expresar al señor de Favras, en nombre de los Príncipes, toda la simpatía que les inspiraba su proyecto, y todos los

votos que hacían para su buen resultado.

La Reina tuvo a Isidoro una hora consigo, invitóle a ir por la noche al círculo de la condesa de Lamballe, y no le permitió retirarse sino porque pidió permiso para ir a desempeñar su misión cerca del señor de Favras.

La Reina no había dicho nada terminantemente respecto a su fuga; pero encargó a Isidoro que repitiese al señor de Favras y a su esposa lo que les había dicho cuando recibió a la segunda en su habitación.

Al salir la Reina, Isidoro se dirigió al punto a la casa del señor de Favras, que vivía en la Plaza Real, número 21.

Su esposa fue quien recibió al barón de Charny, contestándole de pronto que el Marqués había salido; pero cuando supo el nombre del visitante; cuando tuvo conocimiento de que acababa de ver a los augustos personajes, y que se había separado de nobles príncipes cinco o seis días antes, confesó la presencia de su marido en la casa, y envió a llamarle. El Marqués entró con rostro risueño, pues ya tenía aviso directo de Turín, y no ignoraba de parte de quién venía Isidoro.

El mensaje que la Reina había confiado al joven caballero llenó de alegría al conspirador. En efecto, todo

secundaba a sus esperanzas: el complot seguía perfectamente su marcha: los mil doscientos caballeros se hallaban reunidos en Versalles; cada uno debía llevar a la grupa un soldado, y así obtenían dos mil cuatrocientos en vez de mil doscientos. En cuanto al triple asesinato de Necker; de Bailly y de Lafayette, que se debía ejecutar simultáneamente por cada una de las tres columnas que entraran en París, una por la barrera de Roule, la otra por la de Grenelle, y la tercera por la verja de Chaillot, se había modificado el plan, pensándose que bastaría deshacerse de Lafayette. Para esta expedición bastaban

cuatro hombres, con tal que fuesen bien montados y armados: esperarían su carruaje a eso de las once de la noche, en el momento en que el general acostumbraba a salir de las Tullerías; dos de ellos hubieran costado la calle, a derecha e izquierda; los otros dos se detendrían delante del carruaje, y uno de ellos, con un papel en la mano, haría una seña al cochero para que se detuviese, diciendo que se debía comunicar un aviso importante al general. Entonces, detenido el coche, apenas Lafayette asomase la cabeza por la portezuela, se le dispararía un tiro a boca de jarro.

Este era el único cambio importante

que se había hecho en la conspiración; todo estaba en las mismas condiciones; el dinero se había distribuido ya, los hombres estaban prevenidos, y solamente faltaba que el Rey dijese «¡Sí, o no!», para que a una señal de Favras se pusiera por obra el proyecto.

Tan sólo una cosa inquietaba al Marqués, y era el silencio del Rey y de la Reina sobre el particular. Esta última, acababa de romperle por conducto de Isidoro, y por vagas que fueran las palabras que a este se había encargado transmitir al Marqués y a su esposa, tenían gran importancia saliendo de una boca real.

Isidoro prometió al señor de Favras comunicar aquella misma noche a la Reina y al Rey la expresión de su fidelidad.

El joven Barón, como ya sabemos, había marchado a Turín el mismo día de su llegada a París, y por lo tanto, no tenía más alojamiento que la habitación ocupada antes por su hermano en las Tullerías. Ausente este último, dio orden a un criado del Conde para que la abriesen.

A las nueve de la noche entraba en el salón de la princesa de Lamballe.

No había sido presentado a esta dama, que no lo conocía; pero avisada

de antemano por una palabra de la Reina, bastó anunciar su nombre para que la princesa le recibiese, y con esa gracia encantadora que hacía en ella las veces del talento, le comprendió desde luego en el círculo de los amigos íntimos.

Ni el Rey ni la Reina habían llegado aún; el señor de Provenza, inquieto al parecer, hablaba en un ángulo del salón con dos caballeros amigos de confianza el señor de la Chatre y el señor de Avaray; el conde Luis de Narbona iba de un grupo a otro con la desenvoltura del hombre que se considera en familia.

Aquel círculo de los íntimos se

componía de caballeros jóvenes que habían resistido al afán de la emigración. Eran los señores de Lameth, que debiendo mucho a la Reina, aún no se habían declarado en contra de ella; el señor de Ambly, una de las buenas o malas cabezas de la época, como se quiera; el señor de Castries, el señor de Fersen, y Suleau, redactor jefe del chistoso diario las *Actas de los Apóstoles*, todos ellos hombres de corazón leal y de cabeza ardiente, pero algunos de ellos algo locos.

Isidoro no trataba a ninguno de estos jóvenes; pero sus nombres eran bien conocidos, y la benevolencia particular

de la Princesa les honraba: todas las manos se habían alargado para estrechar la suya.

Por lo pronto, traía noticias de aquella otra Francia que vivía en el extranjero; a ninguno le faltaba un pariente o un amigo entre los príncipes; Isidoro había visto a toda aquella gente, y era como un diario de noticias.

Hemos dicho que Suleau estaba allí; él era quien sostenía la conversación y excitaba la risa. Aquel día había asistido a la sesión de la Asamblea, donde Guillotín, subiendo a la tribuna, elogió las dulzuras de la máquina que acababa de inventar; habló del ensayo

triunfante practicado aquella misma mañana, y pidió que se le hiciese el honor de substituirle a todos los instrumentos de muerte —rueda, horca, hoguera y descuartizamiento— que habían espantado sucesivamente en la Greve.

La Asamblea, seducida por la suavidad de aquella nueva máquina estaba a punto de adoptarla.

Suleau había escrito, refiriéndose a la Asamblea, a Guillotín y a su máquina, unas coplas, que se proponía publicar en su diario.

Las cantaba a media voz en un círculo de alegres oyentes, provocando

risas tan francas, que el Rey, que llegaba con la Reina, las oyó desde la antecámara y como el pobre Luis XVI se reía entonces poco, prometióse averiguar qué asunto promovía, en aquel tiempo de tristeza en que se hallaba, tanta hilaridad.

Inútil parece decir que apenas un ujier hubo anunciado al Rey y otro a la Reina, todos los cuchicheos, todas las conversaciones y las carcajadas cesaron, siguiéndose el más respetuoso silencio.

Los dos augustos personajes entraron.

Cuanto más el genio revolucionario

despojaba a la monarquía de todos sus prestigios, uno a uno, exteriormente, más en aumento iban en la intimidad entre los verdaderos realistas, preciso es decirlo así, esas pruebas de respeto que comunicaban a los desgraciados Reyes nueva esperanza: en el año 89 se vieron grandes ingratitudes, pero en el 93 hubo supremas abnegaciones.

La princesa de Lamballe y *madame* Isabel, se apoderaron de la Reina.

El conde de Provenza se adelantó directamente hacia el Rey para ofrecerle sus respetos, inclinóse y le dijo:

—Hermano mío, ¿no podríamos arreglar un poco de juego

particularmente, vos, la Reina, yo y algunos amigos íntimos, a fin de que bajo las apariencias de un *whist*, nos sea dado hablar confidencialmente?

—De muy buena gana, hermano mío —contestó el Rey—, arreglad eso con la Reina.

El conde de Provenza se acercó a María Antonieta, a quien Charny presentaba sus respetos, diciendo en voz baja:

—Señora, he visto al marqués de Favras, y debo hacer a Vuestra Majestad comunicaciones de la mayor importancia.

—Querida hermana, el Rey desea

que hagamos un *whist* entre cuatro, y os deja elegir compañero —dijo el conde de Provenza acercándose a su vez.

—Pues bien —contestó la Reina, sospechando que aquella partida de *whist* no era más que un pretexto—, mi elección está ya hecha; el señor barón de Charny tomará parte en nuestro juego, y entre tanto me dará noticias de Turín.

—¡Ah!, ¿venís de Turín, Barón? —preguntó el señor de Provenza.

—Sí, monseñor, y al regresar he pasado por la Plaza Real, donde he visto a un hombre muy adicto al Rey, a la Reina y a Vuestra Alteza.

El conde de Provenza se sonrojó,

tosió y alejóse; era hombre muy circunspecto, y le inquietaba aquel joven que se distinguía por su rectitud.

Después dirigió una mirada al señor de la Chatre, que acercándose a él recibió sus órdenes y salió.

Entre tanto, el Rey saludaba a los caballeros, que le ofrecían sus respetos, y también a las damas, algo escasas, que seguían frecuentando el círculo de las Tullerías.

La Reina fue a cogerse del brazo de Luis XVI, y condújole hacia el juego.

Cerca ya de la mesa, el Rey buscó con la mirada al cuarto jugador, y no vio más que a Isidoro.

—¡Ah, ah!, señor de Charny —le dijo—, en ausencia de vuestro hermano, vos seréis el cuarto, y a fe que nadie podía sustituirle mejor: sed bienvenido.

Y con una seña invitó a la Reina y se colocó a su lado, teniendo junto a sí al señor de Provenza.

María Antonieta invitó a su vez con un ademán a Isidoro, que fue el último en sentarse.

Madame Isabel se arrodilló en una banqueta detrás del Rey, y apoyó los brazos en el respaldo de su sillón.

Se dieron dos o tres vueltas de *whist*, pronunciándose tan sólo las palabras sacramentales.

Al fin, siempre jugando, y después de observar que el respeto tenía a todos alejados de la mesa real, la Reina se aventuró a decir al conde de Provenza:

—¿Os ha dicho el barón que llegaba de Turín?

—Sí, hemos hablado algunas palabras.

—¿Os ha comunicado que el señor conde de Artois y el príncipe de Condé nos invitan a reunirnos con ellos cuanto antes?

El Rey dejó escapar un movimiento de impaciencia.

—Hermano mío —murmuró *madame* Isabel con su dulzura de ángel

—, os ruego que escuchéis.

—Y vos también, hermana mía — contestó el Rey.

—Yo más que nadie, querido Luis, porque os amo más que todos, y estoy inquieta.

—Hasta añadí —se aventuró a decir Isidoro—, que yo había vuelto por la Plaza Real, y que me detuve cerca de una hora en el número 21.

—¿En el número 21? —preguntó el Rey—. Pero ¿qué hay en esa casa?

—Allí vive —replicó el Barón—, un hombre muy fiel a Vuestra Majestad, como todos nosotros, dispuesto a morir por su Rey, como nosotros también, pero

que, más activo, ha combinado un proyecto.

—¿Cuál? —preguntó Luis XVI levantando la cabeza.

—Si creyese tener la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad repitiendo lo que sé de ese proyecto, me callaría al punto.

—No, nada de eso, caballero —dijo vivamente la Reina—, hablad. Bastantes personas hay que forman proyectos contra nosotros, y bueno es que al menos conozcamos los que se fraguan en nuestro favor, a fin de que, perdonando a nuestros adversarios, demostremos agradecimiento a nuestros amigos. Señor

Barón, decidnos cómo se llama ese caballero.

—Es el marqués de Favras, señora.

—¡Ah! —exclamó la Reina—, ya le conocemos. ¿Creéis en su fidelidad, señor Barón?

—No tan sólo creo en su fidelidad, señora, sino que estoy seguro de ella.

—¡Cuidado, caballero! —dijo el Rey—; me parece que os aventuráis mucho.

—El corazón se juzga con el corazón, señor. Respondo de la fidelidad del marqués de Favras. En cuanto a las condiciones de su proyecto y a las probabilidades de obtener buen

éxito, esto es otra cosa. Soy demasiado joven, y tratándose de la salvación del Rey y de la Reina, mi excesiva prudencia no me permitiría opinión en este punto.

—Pero, veamos el proyecto. ¿Dónde está? —preguntó la Reina.

—Señora, no falta más que en su ejecución, y basta que el Rey diga una palabra o haga una seña, para que mañana a estas horas se encuentre en Perona.

El Rey guardó silencio; el señor de Provenza estrujo un naipe que tenía en la mano.

—Señor —dijo la Reina

dirigiéndose a su esposo—, ¿habéis oído lo que el señor Barón acaba de decir?

—Sí, ciertamente, ya oigo — contestó el Rey frunciendo el ceño.

—¿Y vos, hermano mío? —preguntó la Reina al señor de Provenza.

—Tampoco soy sordo.

—Pues sepamos que decís. Me parece que se hace una proposición.

—Sí —dijo el conde de Provenza—, no lo dudo.

Y volviéndose hacia Isidoro, le dijo:

—Vamos, Barón, repetidnos esas coplas.

Isidoro continuó:

—Decía que al Rey le bastaba pronunciar una palabra o hacer una señal, y que gracias a las medidas adoptadas por el marqués de Favras, se hallaría a las veinticuatro horas, tranquilo y seguro, en su ciudad de Perona.

—Pues bien, hermano mío —dijo el conde de Provenza—, ¿no es tentador lo que el Barón os propone?

El Rey se volvió vivamente hacia el señor de Provenza, fijando en él su mirada.

—Y ¿vendréis conmigo? —le preguntó.

El Príncipe cambió de color y sus

mejillas temblaron, agitadas por un movimiento que no le fue posible reprimir.

—¡Yo! —murmuró.

—Sí, vos, hermano mío —contestó Luis XVI—; a vos, que me invitáis salir de París, os pregunto si me acompañaréis.

—¡Oh! —balbuceó el conde de Provenza—, yo no estoy preparado, y no tengo nada dispuesto para la marcha.

—¡Cómo! ¿No estáis avisado? —replicó el Rey—. Sin embargo, vos sois quien le facilitaba el dinero al marqués de Favras. ¡Ninguno de vuestros preparativos hecho, y eso que os

informan de hora en hora acerca del estado en que se halla la conspiración!

—¡La conspiración! —repitió el conde de Provenza palideciendo.

—Sin duda, porque lo es realmente, tanto que si fuese descubierta, el señor de Favras sería reducido a prisión en el Châtelet y condenado a muerte, a menos que a fuerza de solicitudes y de dinero pudierais salvarle, como salvamos al señor de Besenval.

—Pero si el Rey salvó al señor de Besenval, bien podrá hacer lo mismo para el señor de Favras.

—No; pues lo que he podido para uno, no lo podría probablemente para el

otro. Por lo demás, el señor de Besenval era mi hombre de confianza, como el marqués de Favras lo es el vuestro. Que cada cual salve al suyo, hermano mío, y los dos cumpliremos con nuestro deber.

Y al pronunciar estas palabras, el Rey se levantó. La Reina le detuvo por el faldón de la casaca.

—Señor —dijo—, bien aceptéis o rehuséis, es preciso dar una contestación al marqués de Favras.

—¿Yo?

—Sí; ¿qué contestará el barón de Charny en nombre del Rey?

—Contestará —dijo Luis XVI, desprendiéndose de su casaca de manos

de la Reina—, que el Rey no puede permitir que le secuestren.

Y se alejó.

—Lo cual quiere decir —continuó el conde de Provenza—, que si el marqués de Favras se lleva al Rey sin su permiso, se le agradecerá con tal de que obtenga buen resultado, pues el que no le alcanza es un necio, y en política estos merecen doble castigo.

—Señor Barón —dijo la Reina a Isidoro—, esta misma noche, sin perder un momento, iréis a casa del marqués de Favras, para repetirle las propias palabras de Su Majestad: «El Rey no puede permitir que le secuestren». A él

es a quien toca comprenderlas, o a vos explicarlas. Id.

Isidoro de Charny, que con razón consideraba la respuesta del Rey la recomendación de la Reina como un doble consentimiento, cogió su sombrero, salió vivamente, y subiendo a un coche, dijo al conductor:

—Plaza Real, número 21.

Capítulo XLII

LO QUE LA REINA HABÍA VISTO EN UNA BOTELLA VEINTE AÑOS ANTES, EN EL CASTILLO DE TAVERNEY

Al levantarse de la mesa de juego, el Rey se había dirigido hacia el grupo de jóvenes cuyas alegres carcajadas habían llamado su atención, aun antes de entrar

en la sala.

Cuando estos le vieron acercarse, siguióse el más profundo silencio.

—Y bien, señores —preguntó—, ¿es el Rey tan desgraciado que haya de llevar la tristeza consigo?

—Señor... —murmuraron los jóvenes.

—Reinaba mucha alegría y reíase ruidosamente cuando entramos, hace poco, la Reina y yo —dijo Luis XVI.

Y moviendo la cabeza, añadió:

—¡Pobres de los reyes ante los cuales nadie se atreve a reír!

—Señor —contestó el conde de Lameth—, el respeto...

—Querido Carlos —dijo el Rey—, cuando salíais de vuestro colegio los domingos y los jueves y yo os hacía venir a Versalles para recrearos, ¿os absteníais alguna vez de reír porque yo estuviese allí? Antes he dicho: «¡Pobres de los reyes ante los cuales nadie se atreve a reír!», y ahora digo: «¡Felices los reyes ante los cuales se ríe!».

—Señor —dijo Castries—, es que el asunto que excitaba nuestra hilaridad, no parecerá tal vez al Rey tan chistoso como lo es para nosotros.

—¿De qué hablabais, señores?

—Entrego el culpable a Vuestra
Majestad —contestó Suleau

adelantándose.

—¡Ah! —exclamó el Rey—, sois vos, señor Suleau. He leído vuestro último número de las *Actas de los Apóstoles*, y os advierto que debéis andar con cuidado...

—¿Por qué, señor? —preguntó el joven periodista.

—Sois demasiado monárquico, y muy bien podríais veros comprometido en alguna cuestión con el amante de la señorita Theroigne.

—¿Con el señor Populus? —replicó Suleau sonriendo.

—Precisamente. Y ¿qué ha sido de la heroína de vuestro poema?

—¿De Theroigne?

—Sí... ya no oigo hablar más de ella.

—Señor, según creo, a esa señorita le parece que nuestra revolución no marcha con suficiente rapidez, y por eso ha ido al Brabante, para activarla allí. Vuestra Majestad sabe sin duda que esa casta amazona es de Lieja.

—No, lo ignoraba... ¿Os reíais a causa de ella hace un momento?

—No, señor, era con motivo de la Asamblea nacional.

—¡Oh, oh!, señores, entonces bien habéis hecho en poner término a la broma al verme, pues no puedo permitir

que nadie se ría de la Asamblea nacional en mi casa. Ciertó —añadió el Rey por vía de paréntesis—, que yo no estoy en la mía, pero sí en la de la princesa de Lamballe, y, por lo tanto, dejando de reír o haciéndolo por lo bajo, podéis decirme cuál es la causa de vuestra hilaridad.

—¿Sabe el Rey de qué se ha tratado hoy, durante toda la sesión, en la Asamblea nacional?

—Sí, y hasta me ha interesado mucho el asunto. ¿No era cuestión de una nueva máquina para ejecutar a los criminales?

—Sí, señor, ofrecida a la nación por

Guillotín.

—¡Oh, señor Suleau!, os burláis del señor Guillotín, de un filántropo, olvidando que yo lo soy también.

—¡Oh, señor!, ya me entiendo yo: hay filántropo de filántropo; tenemos a la cabeza de la nación francesa un filántropo que abolió el tormento preparatorio, y por eso le respetamos, le veneramos, y aun hacemos más, le amamos.

Todos los jóvenes se inclinaron.

—Pero —continuó Suleau—, hay otros que siendo ya médicos, teniendo entre sus manos mil medios, más hábiles o más torpes unos que otros, para volver

a los enfermos a la vida, buscan el medio de hacérsela perder a los que están buenos. ¡Ah!, yo rogaría al Rey que me dejase a estos.

—Y ¿qué haríais con ellos, señor Suleau? ¿Los decapitaríais *sin dolor*? —preguntó el Rey, aludiendo a la pretensión emitida por el doctor Guillotín—. ¿Saldrían del paso sin sentir más que una *ligera frescura* en el cuello?

—Señor, esto es lo que yo les deseo —dijo Suleau—, pero no lo que les prometo.

—¡Cómo! ¿Lo que les deseáis? —preguntó el Rey.

—Sí, señor, me agradan bastante las personas que inventan máquinas nuevas y las prueban. No compadezco mucho al maestro Aubriot, encerrado entre los muros de la Bastilla para probarla, y al señor Enguerrando de Marigny, estrenando la horca de Montfaucon; mas por desgracia no tengo el honor de ser Rey, y por fortuna no tengo la dicha de ser juez. Por lo tanto, es probable que me vea obligado a atenerme, por lo que hace al respetable Guillotín, a lo que le prometo, y a lo que ya he comenzado a cumplir.

—Y ¿qué habéis prometido y comenzado a cumplir?

—He pensado, señor, que ese gran bienhechor de la humanidad debía obtener su recompensa en el beneficio mismo, y así es que mañana, en el número de las *Actas de los Apóstoles*, que se imprime esta noche, se efectuará el bautismo. Justo es que la hija del señor Guillotín, reconocida hoy públicamente por su padre ante la Asamblea nacional, se llame *señorita Guillotina*.

El mismo Rey no pudo menos de sonreír.

—Y como no hay boda ni bautismo sin canción —dijo Carlos Lameth—, el señor Suleau ha hecho dos para su

ahijada.

—¡Dos! —exclamó el Rey.

—Señor —dijo Suleau—, debe haber para todos los gustos.

—Y, ¿qué aire habéis adoptado para esas canciones? Yo no veo ninguno que les convenga, como no sea el *De profundis*.

—¡Nada de eso, señor! Vuestra Majestad olvida qué agradable será hacerse cortar el cuello por la hija del señor Guillotín... ¡Hasta se formará cola a la puerta! No, señor, para una de mis canciones he elegido una música muy a la moda, la del minué de Exaudet, y para la otra, todos los aires de un

popurrí.

—Y ¿se puede conocer algo de vuestra poesía, señor Suleau? —preguntó el Rey.

—No soy de la Asamblea nacional —dijo—, para tener la pretensión de limitar los poderes del Rey, no; yo soy un súbdito fiel de Vuestra Majestad, y mi opinión es que el soberano puede todo cuanto quiere.

—Pues entonces, ya escucho.

Sin hacerse esperar, el periodista entonó a media voz las estrofas de la canción, y cuando hubo concluido, las carcajadas de los jóvenes redoblaron.

Aunque todo esto no pareció muy

alegre al Rey, como Suleau era uno de los más fieles servidores, no quiso dejar ver la especie de emoción que sin que él se diese cuenta le angustiaba en aquel momento.

—Pero me habíais hablado de dos canciones —dijo el Rey—; veamos la otra.

—Voy a complaceros, señor.

Y Suleau entonó la segunda, que por la gracia y el talento con que estaba escrita, así como la primera, y por el ridículo en que ambas ponían a Guillotín, excitaron de nuevo la hilaridad de los concurrentes.

—Pues bien, señores —dijo el Rey

—, os reís mucho; pero si esa máquina del señor Guillotín estuviese destinada a evitar padecimientos terribles a los pobres condenados, no dejaría de ser conveniente. ¿Qué pide la sociedad cuando reclama la muerte de un culpable? La simple supresión del individuo; y por lo tanto, si esta va acompañada de padecimientos, como la rueda y otras torturas, esto no es ya justicia, sino una venganza.

—Pues señor —observó Suleau—, ¿quién dice a Vuestra Majestad que el dolor queda suprimido por el hecho de cortarse la cabeza? ¿Quién asegura que la vida no persiste a la vez en aquella y

en el cuerpo después de la decapitación, y que el moribundo no sufre doblemente teniendo el conocimiento de su dualidad?

—Esto —dijo el Rey—, es una cuestión discutible para los hombres de ciencia. Por lo demás, creo que se ha debido hacer un experimento en Bicetre esta misma mañana. ¿No lo habrá presenciado alguno de vosotros?

—¡No, señor, no! —contestaron casi simultáneamente quince o veinte voces burlonas.

—Pues yo he asistido al espectáculo, señor —dijo una voz grave.

El Rey se volvió y vio a Gilberto,

que habiendo entrado durante la discusión se acercó respetuosamente, manteniéndose hasta entonces silencioso, y que ahora contestaba a la pregunta del Rey.

—¡Ah!, sois vos, doctor —dijo el Rey estremeciéndose—. ¡Ah, estabais ahí!

—Sí, señor.

—Y ¿cómo ha salido el experimento?

—Perfectamente en las dos primeras pruebas, señor, mas en la tercera, aunque la columna vertebral quedó cortada, fue preciso concluir el corte con un cuchillo.

Los jóvenes escuchaban con la boca abierta y el espanto en los ojos.

—¿Cómo? —exclamó Carlos Lameth, hablando visiblemente en nombre de todos los demás—. ¿Se ha ejecutado a tres hombres esta mañana?

—Sí, caballero —contestó el Rey—; pero eran tres cadáveres suministrados por el Hospital. Y ¿qué opináis vos, señor Gilberto?

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre el instrumento.

—Señor, indudablemente es un progreso, si se compara con las máquinas del mismo género inventadas hasta hoy; pero el accidente ocurrido

con el tercer cadáver, prueba que esa guillotina necesita perfeccionamiento.

—Y ¿cómo está construida? — preguntó el Rey, en quien se despertaba el genio del mecanismo.

Gilberto trató de dar una explicación; pero como el Rey, según las palabras del doctor, no podía hacerse cargo con exactitud respecto a la forma del instrumento, dijo de pronto:

—Venid, doctor; aquí tenemos sobre la mesa plumas, papel y tinta... creo que sabéis dibujar.

—Sí, señor.

—Pues bien, hacedme un croquis, y comprenderé mejor.

Y como los jóvenes caballeros, contenidos por el respeto, no se atrevían a seguir al Rey sin ser invitados, este les dijo:

—Venid, venid, estas cuestiones interesan a la humanidad entera.

—Y además —dijo Suleau a media voz—, ¡quién sabe si alguno de nosotros está destinado a unirse con la señorita Guillotina! Vamos, señores, vamos a trabar conocimiento de nuestra futura.

Y todos, siguiendo al Rey y a Gilberto, agrupáronse alrededor de la mesa, ante la cual, para ejecutar más fácilmente su dibujo, el doctor tomó asiento a invitación del Rey.

Gilberto comenzó a trazar el croquis de la máquina cuyas líneas seguía Luis XVI con la más escrupulosa atención.

Nada faltaba allí: ni la plataforma, ni la escalera que conducía a ella, ni los dos postes, ni la báscula, ni la ventanilla, ni el acero en forma de media luna.

Apenas acababa de examinar el último detalle, el Rey se detuvo.

—¡Pardiez! —exclamó—, nada tiene de extraño que el experimento no haya tenido buen éxito, sobre todo la tercera vez.

—¿Cómo así, señor? —preguntó

Gilberto.

—Esto consiste en la forma de la cuchilla —contestó Luis XVI—; es preciso no tener la menor idea en mecánica para dar al objeto que se destina a cortar una materia resistente la forma de media luna.

—Pero ¿qué forma le daría Vuestra Majestad?

—Es muy sencillo: la de un triángulo.

Gilberto trató de rectificar el dibujo.

—No, no, no es eso —dijo el Rey—. Dadme la pluma.

—Señor —dijo Gilberto—, aquí tenéis la pluma y la silla.

—Esperad, esperad —añadió Luis XVI, dejándose llevar de su amor a la mecánica—; cortad el hierro en bisel, así... y yo os respondo de que cortaréis veinticinco cabezas, una tras otra, sin que el acero sea rechazado ni una sola vez.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un grito desgarrador, un grito de espanto, casi de angustia, resonó sobre su cabeza.

Volviéndose al punto vio a la Reina, pálida y vacilante, que caía sin sentido en brazos de Gilberto.

Impulsada como los otros por la curiosidad, habíase acercado a la mesa,

e inclinándose sobre el sillón del Rey, para mirar por encima de sus hombros en el momento mismo en que corregía el principal detalle, reconoció la horrible máquina que Cagliostro le había hecho ver en una botella, veinte años antes, en el castillo de Taverney-Casa-Roja.

Y no tuvo fuerzas más que para proferir un grito terrible, cayendo al punto inanimada, como si la máquina fatal hubiese operado ya en ella; pero Gilberto la sostuvo, como ya hemos dicho.

Capítulo XLIII

EL MÉDICO DEL CUERPO Y EL MÉDICO DEL ALMA

Ya se comprenderá que después de semejante incidente, era natural que la reunión se interrumpiese.

Aunque nadie pudiera darse cuenta de las causas que habían producido el desmayo de la Reina, el hecho existía.

Al ver el dibujo de Gilberto,

corregido por el Rey, la Reina exhaló un grito y cayó sin sentido.

Este era, por lo menos, el rumor que circuló en los grupos, y todos cuantos no eran de la familia, o por lo menos amigos íntimos, se retiraron.

Gilberto prestó los primeros auxilios a la Reina.

La princesa de Lamballe no había querido que la transportasen a sus habitaciones, lo cual hubiera sido además difícil, porque estando el pabellón de Flora lejos del pabellón de Marsan, es decir, al otro extremo del palacio, se había de atravesar mucha distancia.

En su consecuencia, la augusta enferma fue depositada en una silla de tijera en la alcoba de la princesa, la cual, con esa intuición particular de las mujeres, habiendo adivinado que en aquel incidente se ocultaba algún sombrío misterio, alejó a todo el mundo, incluso al Rey, permaneciendo junto a la silla con la mirada inquieta, esperando a que, gracias a los cuidados del doctor Gilberto, la Reina recobrase el sentido.

Tan sólo de vez en cuando pronunciaba una palabra para interrogar al doctor, que impotente para devolver la vida a la Reina, no podía tranquilizar a la Princesa sino con triviales

seguridades.

En efecto, durante algunos momentos, la violencia del golpe que había sufrido todo el sistema nervioso de la pobre mujer, fue tan intenso, que la aplicación de los frascos de sales bajo la nariz y las fricciones de vinagre en las sienes no bastaron; pero, al fin, ligeras crispaciones hacia las extremidades, indicaron que la sensibilidad volvía. La Reina movió lánguidamente la cabeza de derecha a izquierda, y como se hace en un sueño penoso, exhaló un suspiro y abrió los ojos.

Mas era evidente que en ella se

despertaba la vida y la razón. Por eso, durante algunos segundos paseó alrededor de la habitación esa mirada vaga, propia de una persona que no sabe dónde está e ignora lo que le ha sucedido; pero muy pronto un nuevo temblor recorrió todo su cuerpo, profirió un ligero grito, y aplicó la mano a sus ojos como para ocultarlos a la vista de un objeto terrible.

¡Ya recordaba; pero la crisis había pasado!

Gilberto, que no se ocultaba que el accidente reconocía una causa moral, y que sabía que poca influencia tiene la medicina en esta clase de fenómenos, se

disponía a retirarse, cuando al primer paso que dio hacia atrás, y como si la Reina adivinara su intención por una doble vista, extendió la mano, le cogió del brazo, y con acento tan nervioso como el ademán que le acompañaba, dijo:

—¡Quedaos!

Gilberto se detuvo admirado: no ignoraba que él era poco simpático para la Reina, y sin embargo, por otra parte, había notado la influencia extraña, casi magnética que sobre ella ejercía.

—Estoy a las órdenes de la Reina —dijo—; mas creo que convendría calmar la inquietud del Rey y de las personas

que han quedado en el salón, y si Vuestra Majestad lo permite...

—Teresa —dijo la Reina, dirigiéndose a la princesa de Lamballe —, id a decir al Rey que he recobrado los sentidos, y cuidad de que nadie interrumpa, pues debo hablar con el doctor Gilberto.

La Princesa obedeció con esa dulzura pasiva que era el rasgo dominante de su carácter y hasta de su fisonomía.

La Reina, apoyándose en el codo siguió con los ojos, esperó como si hubiera querido darle tiempo a desempeñar su comisión, y viendo que

iba a quedar libre de hablar con el doctor, volvi6se hacia este, y fijando en 6l otra mirada, le dijo:

—Doctor, ¿no os extraña esta casualidad que casi siempre os pone frente a mí en las crisis físicas o morales de mi vida?

—¡Ay de mí, señora! —contestó Gilberto—, no sé si debo dar gracias a esta casualidad, o quejarme de ella.

—¿Por qué, caballero?

—Porque leo bastante profundamente en el corazón, para echar de ver que no es a vuestro deseo ni a vuestra voluntad, a lo que se debe este honroso contacto.

—Por eso he dicho casualidad... bien sabéis que soy franca, y sin embargo, doctor, en las últimas circunstancias que nos ha hecho obrar de concierto, habéis manifestado una verdadera abnegación; no lo olvidaré, y os doy las gracias.

Gilberto se inclinó.

La Reina no separaba de él los ojos.

—Yo también soy fisonomista —dijo—. ¿Sabéis lo que acabáis de contestarme sin pronunciar palabra?

—Señora —replicó Gilberto—, me desesperaría que mi silencio fuera menos respetuoso que mis palabras.

—Pues acabáis de contestarme:

«Está bien; me habéis dado gracias, y asunto concluido. Pasemos a otra cosa».

—Por lo menos he experimentado el deseo de que Su Majestad sometiese mi abnegación a una prueba que me permitiera manifestarla de una manera más eficaz que hasta aquí; y esto explica la afanosa impaciencia que la Reina he leído tal vez en mi fisonomía.

—Señor Gilberto —replicó la Reina mirando fijamente al doctor—, sois un hombre superior, y os ruego que me excuséis; tenía prevenciones contra vos, pero ya no existen.

—Vuestra Majestad me permitirá darle las gracias de todo corazón, y no

por el cumplido que se digna hacerme, pero sí por la seguridad que quiere darme.

—Doctor —replicó la Reina, como si lo que iba a decir se relacionase naturalmente con lo que había dicho—, ¿qué pensáis de lo que acaba de sucederme?

—Señora —dijo Gilberto—, soy hombre positivo, hombre de ciencia, y por lo tanto, tened la bondad de hacerme la pregunta con más precisión.

—Os pregunto, caballero, si creéis que el desmayo de que acabo de salir se debe a una de esas crisis nerviosas a que las mujeres están sometidas por la

debilidad de su organización, o si sospecháis que este accidente reconoce un motivo más serio.

—Contestaré a Vuestra Majestad, que la hija de María Teresa, que la mujer que he visto tan serena y valerosa en la noche del 5 al 6 de octubre, no es una mujer común, y que, por lo tanto, no ha podido trastornarse por uno de esos accidentes que perturban a las mujeres ordinarias.

—Tenéis razón. ¿Creéis en los presentimientos?

—La ciencia rechaza todos esos fenómenos que tenderían a suprimir el curso material de las cosas; pero

algunas veces los hechos vienen a dar un mentís a la ciencia.

—Yo hubiera debido deciros: ¿Creéis en las predicciones?

—Yo creo que la suprema Bondad ha ocultado el porvenir, para nuestra propia dicha, con un velo impenetrable. Algunos hombres que han recibido de la Naturaleza el don de una gran exactitud matemática, pueden llegar, por un estudio profundo del pasado, a levantar una punta de ese velo y entrever, como a través de una bruma, los sucesos futuros; pero estas excepciones son raras, y desde que la religión abolió la fatalidad, desde que la filosofía puso límites a la

fe, los profetas han perdido las tres cuartas partes de su amiga. Y sin embargo... —añadió Gilberto.

—Sin embargo ¿qué? —preguntó la Reina, al ver que el doctor se interrumpía, quedando pensativo.

—Y sin embargo, señora —prosiguió, como si hiciera un esfuerzo sobre sí mismo para abordar cuestiones que su razón relegaba al dominio del olvido—, y sin embargo, hay un hombre...

—¿Un hombre?... —repitió la Reina, que seguía con palpitante interés las palabras de Gilberto.

—Hay un hombre que ha confundido

algunas veces con hechos irrecusables todos los argumentos de mi inteligencia.

—¿Y ese hombre es?

—No me atrevo a nombrarle ante Vuestra Majestad.

—Ese hombre es vuestro maestro, ¿no es verdad, doctor? ¡Es el hombre todopoderoso, el hombre inmortal, el *divino* Cagliostro!

—Señora, mi único y verdadero maestro es la Naturaleza; Cagliostro no es más que mi salvador. Atravesado de un balazo en el pecho, perdiendo toda mi sangre por la herida, que al cabo de veinte años de estudios consideré incurable, en pocos días, gracias a un

bálsamo cuya composición ignoro, aquel hombre me curó, y de aquí mi agradecimiento, casi diría mi admiración.

—Y ¿ha hecho predicciones que se cumplieron?

—Extrañas, increíbles, sí, señora; ese hombre, marcha por el presente con una seguridad que hace creer en su conocimiento del porvenir.

—De modo que, si ese hombre os hubiese pronosticado alguna cosa ¿creeríais en su predicción?

—Por lo menos obraría como si debiese realizarse...

—De manera que, si os hubiese

predicho una muerte prematura, terrible, infamante, ¿os prepararíais para ella?

—Sí, señora —replicó Gilberto, mirando fijamente a la Reina—; pero después de haber tratado de escapar por todos los medios posibles.

—¿Escapar? ¡No, doctor, no; bien veo que estoy condenada —dijo la Reina—; esa revolución es un abismo donde el trono caerá; ese pueblo es un león que se propone devorarme!

—¡Ah, señora! —dijo Gilberto—, ¡de vos depende humillar a vuestros pies como un cordero a ese león que os espanta!

—¿No le habéis visto en Versalles?

—Y ¿no le habéis visto en las Tullerías? Ese océano que bate sin cesar la roca que se opone a su curso hasta desarraigarla, acaricia como una buena madre la barca que se le confía.

—¡Doctor, todo se ha roto desde hace largo tiempo entre ese pueblo y yo: él me aborrece, y yo le desprecio!

—Porque no os conocéis bien mutuamente. Dejad de ser para él una Reina, y sed su madre; olvidad que sois hija de María Teresa, nuestra antigua enemiga, la hermana de José II, nuestro falso amigo; sed francesa, y oiréis la voz de ese pueblo elevarse hasta vos para bendeciros y su brazo para acariciaros.

María Antonieta se encogió de hombros.

—Sí, ya lo sé... bendice hoy, acaricia mañana, y al otro día ahoga a los mismos a quienes manifestó cariño.

—Porque siente que hay en ellos una resistencia a su voluntad y un odio opuesto a su amor.

—Y ¿sabe acaso ese pueblo, elemento destructor como el viento, el agua y el fuego a la vez, y que tiene los caprichos de una mujer, sabe qué es lo que ama o aborrece?

—Vos le veis por un lado tan sólo, señora, como el que visita la costa brava del Océano, porque adelantándose

y retrocediendo sin razón aparente, deja a vuestros pies su espuma y os envuelve con sus quejas, que vos tomáis por mugidos; pero no es así como se le debe ver; es preciso contemplarle como si fuera conducido por el espíritu del Señor, que se cierne sobre las altas aguas; se le ha de ver como Dios le ve, marchando hacia la unidad y destruyendo cuantos obstáculos se oponen a que consiga su objeto. Sois Reina de los franceses, señora, e ignoráis lo que sucede a estas horas en Francia. Levantad vuestro velo, señora, en vez de bajarle, y admiraréis en lugar de temer.

—Y ¿qué veré tan hermoso, tan magnífico y espléndido?

—Veréis el nuevo mundo florecer en medio de las ruinas del antiguo; veréis la cuna de Francia flotando, como la de Moisés, en un río más ancho que el Nilo, el Mediterráneo o el Océano. Dios omnipotente te proteja ¡oh, cuna! Dios te guarde ¡oh, Francia!

Y por poco entusiasta que Gilberto fuese, elevó los ojos y los brazos al cielo.

La Reina le miraba con asombro sin comprender.

—Y ¿adónde abordará esa cuna? — preguntó le Reina—. ¿Será en la

Asamblea nacional, esa reunión de pendencieros, demoledores y niveladores? ¿Es la antigua Francia la que debe guiar a la nueva? ¡Triste madre para tan hermoso niño!

—No, señora, el sitio a que esa cuna debe abordar un día u otro, mañana u hoy tal vez, es a una tierra desconocida hasta ahora, y que se llama la *patria*, donde encontrará la vigorosa nodriza que cría los pueblos fuertes: la Libertad.

—¡Ah!, ¡pomposas palabras — exclamó la Reina—; yo pensaba que el abuso las había matado!

—¡No, señora —contestó Gilberto —, son grandes cosas! Ved la Francia en

el momento en que todo se ha derribado ya, sin construir nada aún; en que apenas tiene tres municipios regulares en los departamentos, ni tampoco leyes, aunque hace una para sí; vedla franquear, con la mirada fija y la marcha segura, el paso que la conduce de un mundo a otro, ese puente estrecho sobre el abismo, estrecho como el de Mahoma; ¡ved cómo lo atraviesa sin tropezar! ¿Dónde va la antigua Francia? ¡A la unidad de la patria! Todo cuanto creía difícil, penoso e invencible hasta aquí, le parece ahora, no tan sólo posible, sino fácil también. Nuestras provincias eran un cúmulo de preocupaciones diferentes, de intereses

opuestos, de recuerdos individuales, y creíase que nada prevalecería contra esas veinticinco o treinta nacionalidades que rechazaban la nacionalidad general. ¿Consentirían el viejo Languedoc, la antigua Tolosa y la antigua Bretaña, en convertirse en Normandía, Borgoña o el Delfinado? No, señora, pero todos querrán ser Francia. ¿Por qué se empeñaban así en mantener sus derechos, sus privilegios y su legislación? Porque no tenían patria, Ahora bien, señora, ya os lo he dicho: la patria se les ha aparecido, tal vez muy lejos aún en el futuro; pero la han visto, madre inmortal y fecunda, llamándoles a

sí con los brazos abiertos, como a hijos aislados y perdidos; la que les llama es la madre común; tenían la humildad de creerse hijos de Languedoc, provenzales, bretones, normandos, borgoñones, o naturales del Delfinado; pero todos se engañaban, eran franceses.

—Al oíros hablar, doctor —dijo la Reina con acento de ironía—, Francia, esta antigua Francia, hija mayor de la Iglesia, como la llaman los Papas desde el siglo IX, tan sólo existe desde ayer.

—Y he aquí precisamente dónde está el milagro, señora; es que había una Francia, y hoy hay franceses, y no solamente franceses, sino hermanos que

marchan todos unidos. ¡Dios mío, señora!, los hombres no son tan malos como se dice; tienden a formar una sociedad, y para impedirles que se acerquen, ha sido necesario todo un mundo de inventos, opuestos a lo natural: Aduanas interiores, innumerables derechos, barreras en los caminos, puentes en los ríos; diversidad de leyes, de reglamentos, de pesos y medidas; rivalidades de provincias, de países y de pueblos; pero el mejor día se produce un terremoto que hace vacilar el trono, que derriba todas esas antiguas murallas, y que destruye todos los obstáculos. Entonces los hombres se

miran a la faz del cielo, en esa dulce y clara luz del sol que fecunda, no solamente la tierra, sino también los corazones. La fraternidad crece como una cosecha santa, y los mismos enemigos, extrañando los odios que les agitaban tan largo tiempo, avanzan, no unos contra otros, sino para unirse; no armados, sino lealmente. Bajo esa marea que asciende, ríos y montañas desaparecen; la geografía se pierde; los acentos son aún diferentes; pero la lengua es la misma, y el himno universal que cantan treinta millones de franceses, se descompone de estas pocas palabras:

*¡Ensalcemos a Dios, que nos
ha dado una patria!*

—Pues bien, ¿qué venís a deducir, doctor? ¿Creéis tranquilizarme por el espectáculo de esa federación universal de treinta millones de rebeldes contra su Reina y su Rey?

—¡Oh, señora, desengañaos! — exclamó Gilberto—; no creáis que el pueblo sea rebelde a su Reina y a su Rey; ellos lo son para el pueblo, pues siguen hablando de privilegios y de la monarquía, cuando no se usa alrededor de ellos más que el lenguaje de la fraternidad y de la abnegación. Dirigid

la vista a una de esas fiestas improvisadas, y casi siempre veréis, en medio de una vasta llanura y en la cumbre de una colina, un altar, puro cómo el de Abel, y en este altar un niño que todos adoptan; para él son todos los donativos y las lágrimas, Francia, esa Francia nacida ayer, de la cual os hablo, es el niño del altar; pero alrededor de este, no son las ciudades y los pueblos los que se agrupan, sino las naciones. Francia es el Cristo que acaba de nacer en una cuna, en medio de los humildes, para la salvación del mundo, y los pueblos se regocijan de su nacimiento, esperando que los reyes doblen la

rodilla ante él y le lleven su tributo... Italia, Polonia, Irlanda y España, miran a ese niño nacido ayer, que tiene su porvenir entre las manos, y con los ojos llenos de lágrimas le alargan sus manos encadenadas, gritando: «¡Francia, Francia, estamos libres en ti!». ¡Señora, señora —continuó Gilberto—, aún es tiempo, coged el niño del altar y haceos su madre!

—Doctor —contestó la Reina—, olvidáis que tengo otros hijos, los hijos de mis entrañas, y que al hacer lo que decís, los desheredo por un niño extraño.

—Pues si es así, señora —replicó

Gilberto con profunda tristeza—, protejed esos niños bajo vuestro manto real, bajo el manto de guerra de María Teresa, y lleváoslos con vos fuera de Francia, porque habéis dicho la verdad, el pueblo os devorará y a vuestros hijos también; pero advertid que no hay tiempo que perder, señora, apresuraos.

—Y ¿no os oponéis a esta marcha, caballero?

—Muy por el contrario —contestó el doctor—, ahora que conozco vuestras verdaderas intenciones, yo os ayudaré, señora.

—Pues bien, esto se combina perfectamente —dijo la Reina—, pues

hay un caballero dispuesto a obrar, a sacrificarse y a morir.

—¡Ah, señora! —exclamó Gilberto con expresión de terror—, ¿os referís al marqués de Favras?

—¿Quién os ha dicho su nombre?
¿Quién os ha revelado su proyecto?

—¡Tened cuidado, señora, pues para ese caballero hay una predicción fatal!

—¿Es del mismo profeta?

—¡Siempre el mismo, señora!

—Y según esa profecía, ¿qué suerte le espera al Marqués?

—Una muerte prematura, terrible, infamante, como aquella de que hablabais hace poco.

—Entonces, decís bien, no hay tiempo que perder para desmentir a ese profeta de desgracias.

—¿Avisaréis al marqués de Favras, diciéndole que aceptáis su auxilio?

—Hace poco han ido a su casa, señor Gilberto, y espero su contestación.

En aquel instante, y cuando el doctor, espantado él mismo en medio de las circunstancias en que se veía comprometido, se pasaba la mano por la frente como para pensar mejor, la princesa de Lamballe entró y dijo dos palabras en voz baja al oído de la Reina.

—¡Que entre, que entre! —exclamó

María Antonieta—, el doctor lo sabe todo. Señor Gilberto —añadió—, es el barón de Charny, que me trae la respuesta del marqués de Favras. Mañana, la Reina habrá salido de París, y pasado, nos hallaremos fuera de Francia. Venid, barón, venid... Pero ¡gran Dios!, ¿qué tenéis y por qué estáis tan pálido?

—La princesa de Lamballe me ha dicho que puedo hablar delante del doctor, señora...

—Y ha dicho la verdad, sí, hablad. ¿Habéis visto al marqués de Favras?... ¿Está preparado ya?... Aceptamos su ofrecimiento... vamos a salir de París

primero, y después de Francia...

—El marqués de Favras acaba de ser detenido, hace una hora, en la calle de Beaurepaire, y conducido al Châtelet —contestó Isidoro.

La mirada de la Reina se cruzó con la del doctor, luminosa, desesperada, llena de cólera.

Pero todas las fuerzas de María Antonieta se agotaron al parecer en aquel relámpago.

Gilberto se acercó a ella, y con acento de profunda compasión, le dijo:

—Señora, si puedo seros, útil en alguna cosa, disponed de mí, de mi inteligencia, de mi abnegación y de mi

vida; todo lo pongo a vuestros pies.

La Reina fijó una mirada en el doctor, y con voz lenta, que revelaba la resignación, contestó:

—Señor Gilberto, vos que sois tan sabio, vos que habéis asistido a la experiencia de esta mañana, ¿opináis que la muerte recibida por esa espantosa máquina, puede ser tan dulce como lo pretende su inventor?

Gilberto exhaló un suspiro y se cubrió los ojos con las manos.

En aquel momento, el hermano del Rey, que sabía ya todo cuanto deseaba saber, pues el rumor sobre la detención del marqués de Favras se había

propagado en pocos minutos por todo el palacio, pedía apresuradamente su coche, y al punto marchó, sin cuidarse de la salud de la Reina y sin despedirse apenas del Rey.

Luis XVI le cerró el paso.

—Hermano mío —le dijo—, supongo que no tendréis tanta prisa por entrar en el Luxemburgo, que os falte tiempo para darme un consejo. ¿Qué os parece que debo hacer?

—¿Queréis preguntarme lo que haría en vuestro lugar?

—Sí.

—Yo abandonaría al marqués de Favras y juraría fidelidad a la

Constitución.

—¿Cómo queréis que jure fidelidad a una Constitución que todavía no está hecha?

—Razón de más, hermano mío — contestó el señor de Provenza, con esa mirada falsa que revelaba las profundas sinuosidades de su alma—, razón de más para no veros obligado a cumplir con vuestro juramento.

El Rey quedó pensativo.

—¡Sea! —dijo—; esto no impide que escriba al señor de Bouillé participándole que nuestro proyecto sigue en pie, pero aplazado. Esta dilación dará tiempo al conde de Charny

para estudiar el camino que debemos seguir.

Capítulo XLIV

EL SEÑOR DE PROVENZA ABANDONA A FAVRAS Y EL REY PRESTA JURAMENTO A LA CONSTITUCIÓN

Al día siguiente de haber sido arrestado el señor de Favras, corrió por todo París esta extraña circular:

El marqués de Favras (Plaza Real) ha sido arrestado con su esposa, durante la noche del 24 al 25, con motivo de un proyecto que había formado para levantar treinta mil hombres, a fin de asesinar al señor de Lafayette y al señor Bailly, alcalde de la ciudad, cortándonos después los víveres.

El hermano del Rey estaba a la cabeza de la conspiración.

Firmado: BARAUZ.

Ya se comprenderá qué extraña revolución produjo semejante circular en el París de 1790, que tan fácilmente se agitaba.

Un rastro de pólvora encendida no hubiera ocasionado tan rápida llama como la que se elevó por todas partes donde pasaba aquel papel incendiario.

Por lo pronto, hallábase en todas las manos, y dos horas después cada cual lo sabía de memoria.

En la noche del 26, los mandatarios del municipio, reunidos en consejo en la Casa Ayuntamiento, leían el decreto del comité de investigaciones, que se acababa de expedir, cuando se anunció

de pronto que el señor de Provenza solicitaba ser introducido.

—¡El hermano del Rey! —exclamó el buen Bailly, que presidía la Asamblea.

—Sí, señor —contestó el ujier.

Al oír estas palabras, los concejales se miraron unos a otros. El nombre del señor de Provenza estaba desde la víspera en todas las bocas.

Pero sin dejar de mirarse, se levantaron.

Bailly paseó una ojeada interrogadora en torno suyo, y como las mudas contestaciones que leyó en los ojos de sus colegas le parecieran

unánimes, dijo al ujier:

—Anunciad al señor de Provenza que, si bien extrañando el honor que nos dispensa, estamos dispuestos a recibirle.

Pocos minutos después se introducía al hermano del Rey.

Iba solo, con el rostro pálido, y su paso, de ordinario poco seguro, era más vacilante que de costumbre.

Por fortuna para el Príncipe, los individuos del Ayuntamiento, teniendo las luces a su lado en la inmensa mesa, en forma de herradura, en que todos trabajaban, el centro de esta quedaba en una oscuridad relativa.

Esta circunstancia no pasó

desapercibida para el señor de Provenza, que pareció tranquilizarse.

Paseó una mirada, tímida aún, sobre aquella numerosa reunión, en la cual hallaba por lo menos el respeto, a falta de la simpatía, y con voz temblorosa al pronto, pero más segura después, dijo:

—Señores, el deseo de rechazar una calumnia atroz, me conduce en medio de vosotros. El marqués de Favras ha sido arrestado anteayer de orden de vuestro Comité de investigaciones, y hoy se propaga con insistencia de que estoy en íntimas relaciones con él.

Algunas sonrisas entreabrieron los labios de los oyentes, y varios

cuchicheos acogieron esta primera parte del discurso del Príncipe, que continuó así:

—En mi calidad de ciudadano de París, creo de mi deber instruiros acerca de las relaciones únicas que median entre el Marqués y yo.

Como ya se comprenderá, la atención de los concejales redobló; se quería saber de boca del Príncipe, sin perjuicio de creer después lo que a cada cual le pareciera, cuáles eran las relaciones de Su Alteza Real con el señor de Favras.

El Príncipe continuó en estos últimos términos:

—En 1722, el señor de Favras ingresó en mis guardias suizos, y renunció a su plaza en 1775; no le he hablado desde esta época.

Un murmullo de incredulidad circuló por el auditorio; pero una mirada de Bailly le reprimió, y el Príncipe pudo quedar en la duda de si era de aprobación o reprobación.

Su Alteza continuó:

—Despojado hace algunos meses de mis rentas, e inquieto sobre considerables pagos que debo hacer en enero, deseaba atender a mis compromisos sin gravar el Tesoro público, y en su consecuencia, había

resultado negociar un empréstito. El señor de Favras me fue indicado, hará unos quince días, por el señor de la Chatre, como hombre que podía arreglar el asunto con un banquero de Génova, y por lo tanto, firmé una obligación de dos millones, necesarios para cumplir con todos mis compromisos. Siendo este negocio puramente financiero, se lo confié a mi intendente; de modo que no he visto al señor de Favras, ni tampoco le he escrito, ni he tenido comunicación alguna con él; lo que haya hecho en cualquier otro asunto, me es completamente desconocido^[16].

Una sonrisa burlona en los presentes

demostró que no todo el mundo estaba dispuesto a creer así, por su palabra, el extraño aserto del Príncipe, que confiaba dos millones de letras a un intermediario, sin verle, sobre todo, siendo este uno de sus antiguos guardias.

Su Alteza se ruborizó, y deseoso sin duda de salir de la falsa situación en que se había puesto, continuó vivamente:

—Sin embargo, señores, he sabido ayer que se distribuía con profusión en la capital un papel concebido en estos términos.

Y el Príncipe leyó entonces —lo cual era bien inútil, pues todos tenían ese escrito en la mano o en la memoria

— el boletín que hemos citado antes.

Al pronunciar las palabras: «Monseñor, hermano del Rey, estaba a la cabeza», todos los individuos presentes se inclinaron.

¿Querían decir que estaban conformes con el boletín, o pura y simplemente que conocían la acusación?

El Príncipe continuó:

—Sin duda no esperáis que descienda a justificarme de tan vil crimen; pero en un tiempo en que las calumnias más absurdas pueden confundir fácilmente a los mejores ciudadanos con los enemigos de la Revolución, he creído, señores, deber al

Rey, a vosotros y a mí mismo, entrar en los detalles que acabáis de oír, a fin de que la opinión pública no pueda estar un solo instante indecisa. Desde el día en que, en la segunda asamblea de los notables, me declaré sobre la cuestión fundamental que dividía los ánimos, no he dejado de creer que se preparaba una gran revolución; que el Rey, por sus intenciones, sus virtudes y su categoría suprema, debía ser jefe de ella, puesto que no podía reportar ventajas a la nación sin que estas se extendiesen al monarca; y, en fin, que la autoridad real debía ser el baluarte de la libertad de la nación, y la libertad de esta la base de la

autoridad real...

Aunque el sentido de la frase no fuera muy claro, la costumbre que se tenía de aplaudir ciertas combinaciones de palabras, hizo que se aplaudieran estas.

Estimulado el Príncipe, alzó la voz y añadió, dirigiéndose con más aplomo a los individuos de la Asamblea.

—Que se cite uno solo de mis actos, uno de mis discursos que haya desmentido los principios que acabo de emitir, y que me demuestre que en todas las circunstancias en que me hallé colocado, la felicidad del Rey y del pueblo no fueron el único blanco de mis

pensamientos y de mis votos; hasta aquí tengo derecho de ser creído; jamás cambié de sentimientos ni de principios, y no cambiaré jamás.

Aunque somos novelistas, hemos tomado momentáneamente de la historia, dando el hábil discurso de su Alteza Real en toda su extensión. Bueno es que los lectores de novelas sepan quién era, a los treinta y cinco años, el Príncipe que debía darnos a los sesenta la Carta adornada con su artículo 14.

Ahora bien, como no queremos ser más injustos para Bailly que para su Alteza Real, daremos la contestación del alcalde de París, como hemos dado la

del Príncipe.

Bailly contestó:

—Señor, es una gran satisfacción para los representantes de la municipalidad de París, ver entre ellos al hermano de un Rey amado, del restaurador de la libertad francesa. Augustos hermanos, estáis unidos por los mismos sentimientos. Vuestra Alteza ha demostrado ser el primer ciudadano del reino, al votar por el tercer estado en la segunda Asamblea de los notables; casi fue el único de este parecer, con un corto número de otros amigos del pueblo, y agregó la dignidad de la razón y todos sus demás títulos al respeto del

país. Vuestra Alteza es, por lo tanto, el primer autor de la igualdad civil, y hoy da otra prueba de ello al venir a mezclarse con los representantes de la municipalidad, en la cual parece querer que no se le aprecie, sino por sus sentimientos patrióticos, consignados en las explicaciones que el Príncipe quiere dar a la Asamblea. De este modo se anticipa la opinión pública, satisfaciendo a sus conciudadanos, y yo ofrezco a Su Alteza, en nombre de la Asamblea, el tributo de respeto y agradecimiento que debe al honor que nos dispensáis, y sobre todo, al valor que da a la estimación de los hombres

libres.

Entonces Su Alteza comprendió sin duda que a pesar del gran elogio que Bailly hacía de su conducta, esta última sería diversamente apreciada, y contestó, con ese aire paternal que tan bien sabía tomar cuando le era útil:

—Señores, el deber con que acabo de cumplir ha sido penoso para un corazón honrado, mas encuentro una compensación en los sentimientos que la Asamblea acaba de manifestarme, y mi boca no debe abrirse ya más que para pedir la gracia de los que me han ofendido.

Bien se ve que el Príncipe no se

comprometía a sí propio, ni tampoco a la Asamblea. ¿Por quién pedía gracia?, sin duda no era por Favras, pues ignorábase que este fuese culpable, y además, Favras no había ofendido al Príncipe.

No; monseñor pedía simplemente gracia para el autor anónimo de la circular que le acusaba; pero seguramente podía prescindir de ella, puesto que era desconocido.

Los historiadores pasan tan a menudo cerca de las infamias de los Príncipes sin apuntarlas, que nosotros los novelistas debemos hacer, en tal caso, sus veces, a riesgo de que en todo

un capítulo la novela sea tan enojosa como la historia.

Sin contar que, cuando hablamos de historiadores ciegos o de historias enojosas, ya se sabe de quiénes y de cuáles hablamos.

El Príncipe, pues, había practicado una parte del consejo que diera a su hermano Luis XVI.

Había renegado del marqués de Favras, y según los elogios que le había tributado el virtuoso Bailly, acababa de obtener un éxito completo.

Y sin duda en consideración al rey Luis XVI, se decidió por su parte a jurar fidelidad a la Constitución.

Una mañana el ujier fue a decir al presidente de la Asamblea, que aquel día era el señor Beraux de Puzy —como el del municipio había ido a decir al señor alcalde—, que el Rey, con uno o dos ministros y tres o cuatro oficiales, llamaba a la puerta del Picadero, así como el Príncipe había llamado a la puerta de la Casa de la Ciudad.

Los representantes del pueblo se miraron con asombro. ¿Qué podía ir a decirles el Rey, que desde hacía tanto tiempo estaba separado de ellos?

Se hizo entrar a Luis XVI, y el presidente le cedió su sillón.

Como quiera que sea, en la sala

resonaron las aclamaciones.

Excepto Pétion, Camilo Desmoulins y Marat, toda Francia era aún o creía ser realista.

El Rey había creído necesario felicitar a la Asamblea por sus trabajos, y debía elogiar la hermosa división de Francia en departamentos, pero lo que deseaba manifestar sobre todo, porque este sentimiento le ahogaba, era su ardiente amor a la Constitución.

El principio del discurso —no olvidemos que, negro o blanco, realista o constitucional, aristócrata o patriota, ni un solo representante sabía dónde iba el Rey—, el principio de su discurso,

decimos, produjo alguna inquietud; después los ánimos se inclinaron al agradecimiento, y el fin, ¡oh!, el fin excitó el entusiasmo de la Asamblea.

El Rey no podía resistir al deseo de manifestar su amor a la pequeña Constitución de 1791, que no había nacido aún. ¿Qué sería cuando hubiese visto por completo la luz?

Entonces no sería ya amor lo que el Rey sintiera, sino fanatismo.

No citaremos el discurso del Rey ¡diablo!, pues tiene seis páginas; bastante hemos hecho con reproducir el del Príncipe, que tan solo tiene una, y que sin embargo nos ha parecido

terriblemente extenso.

Pero lo cierto es que Luis XVI no pareció demasiado prolijo a la Asamblea, que lloró de enternecimiento al escucharle.

Cuando decimos lloró, no hacemos uso de una metáfora: Barnave, Lameth, Duport, Mirabeau y Barreré, lloraron: aquello era un verdadero diluvio.

La Asamblea perdió la cabeza; toda ella se levantó; como las tribunas, todos extendieron la mano, y prestaron juramento de fidelidad a la Constitución que aún no existía.

El Rey salió, pero este y la Asamblea no podían separarse así; esta

última se precipita y le escolta hasta llegar a las Tullerías, donde la Reina recibe a todos.

¡La Reina! Ella no es entusiasta, la altiva hija de María Teresa, la digna hermana de Leopoldo, no se emociona, y limítase a presentar sus hijos a los diputados de la nación.

—Señores —dijo la Reina—, participo de todos los sentimientos del Rey, y elogio el paso que su ternura por el pueblo acaba de dictarle. He aquí a mi hijo; no olvidaré nada para enseñarle pronto a imitar las virtudes del mejor de los padres, a respetar la libertad pública, y a mantener las leyes, de las

que espero que será el más firme apoyo.

Se necesitaba un entusiasmo bien verdadero para que no le entibiara semejante discurso; el de la Asamblea estaba candente; propúsose prestar el juramento acto continuo; se formuló al punto, y el presidente pronunció estas palabras:

—Juro ser fiel a la nación, a las leyes y al Rey, y mantener con toda mi autoridad la Constitución decretada por la Asamblea nacional y aceptada por el Rey.

Y todos los individuos de la Asamblea, excepto uno solo, levantaron su mano, cada cual a su vez, repitiendo:

«¡Juro!».

Los diez días que siguieron a este bienaventurado acto, que había devuelto la alegría a la Asamblea, la calma de París y la paz a Francia, se pasaron en fiestas, bailes e iluminaciones, y no se oían por todas partes más que juramentos prestados: se pronunciaban en la Greve, en la Casa de la Ciudad, en las iglesias, en las calles y en las plazas públicas. Se erigían altares a la patria, y se conducía a ellos a los escolares para que prestasen el juramento, como si ya fueran hombres.

La Asamblea ordenó que se cantase un *Te Deum*, al que asistió en masa, y

allí se repitió el juramento ya prestado.

Pero el Rey no fue a Nuestra Señora, y por lo tanto, no juró.

Se notó su ausencia, pero todos estaban tan alegres y confiados, que satisfizo el primer pretexto que se dio para excusarle.

—¿Por qué no habéis asistido al *Te Deum*, y por qué no habéis jurado en el altar como los otros? —preguntó la Reina con ironía.

—Porque yo puedo mentir, señora —contestó, tras una pausa Luis XVI—, pero no ser perjuro.

La Reina respiró.

Hasta entonces había creído, como

todo el mundo, en la buena fe del Rey.

Capítulo XLV

UN CABALLERO

La visita del Rey a la Asamblea, se había efectuado el 4 de febrero de 1790.

Doce días después, o sea en la noche del 17 al 18 del mismo mes, en ausencia del señor gobernador del Châtelet, que había solicitado y obtenido el mismo día permiso para ir a Soissons, a visitar a su madre moribunda, un hombre se presentó en la puerta de la prisión, portador de una orden firmada por el

señor teniente de policía, que autorizaba al visitante a conferenciar sin testigos con el señor de Favras.

No osaríamos asegurar si la orden era legítima o falsificada; pero en todo caso el subgobernador, a quien se despertó para mostrársela, la reconoció sin duda como buena, pues mandó al punto que, a pesar de ser una hora avanzada de la noche, se introdujese al portador de la orden en el calabozo del marqués de Favras.

Después de esto, confiando en la celosa vigilancia de sus llaveros en el interior y de sus centinelas en el exterior, el digno funcionario se acostó

de nuevo para concluir su noche, tan enojosamente interrumpida.

El visitante, bajo pretexto de haber dejado caer un papel de importancia al sacar la orden de su cartera, cogió la lámpara y comenzó a buscar en el suelo, hasta que hubo visto al subdirector del Châtelet entrar en su habitación. Entonces declaró que creía haberse dejado el papel sobre su mesa de noche, y que, en todo caso, esperaba que se lo devolvieran antes de marcharse, si lo encontraban por allí.

Después, dando la lámpara al llavero que esperaba, invitó a conducirlo al calabozo del señor de

Favras.

El carcelero abrió una puerta, hizo pasar al desconocido, siguióle, y cerró tras sí.

Parecía mirar al desconocido con curiosidad, como si esperase que este le dirigiera la palabra de un momento a otro, para decirle alguna cosa importante.

Los dos hombres bajaron doce escalones, penetrando después en un corredor subterráneo.

Luego vieron una segunda puerta, que el carcelero abrió y cerró como la primera.

El desconocido y su guía se

encontraron entonces en una especie de tramo, viéndose delante de ellos una segunda escalera, por la que era preciso bajar. El visitante se detuvo, sondeó con su mirada las profundidades del oscuro corredor y cuando se hubo asegurado, bien de que aquellas tinieblas eran tan solitarias como mudas, preguntó:

—¿Sois el llavero Luis?

—Sí —contestó el carcelero.

—¿Hermano de la Logia americana?

—Sí.

—¿Habéis sido colocado aquí, ocho días hace, por influencia de un hombre misterioso, para cumplir con una obra desconocida?

—Sí.

—¿Estáis dispuesto a ejecutarla?

—Sí, señor.

—¿Debéis recibir órdenes de un hombre?...

—Sí, del mesías.

—¿En qué debéis reconocer a ese hombre?

—Por tres letras bordadas en la pechera.

—Yo soy ese hombre... y he aquí las tres letras.

Al pronunciar estas palabras, el visitante entreabrió su chorrera de blonda, y sobre el pecho mostró bordadas las tres letras de que hemos

hablado en más de una ocasión, haciendo notar su influencia: L. P. D.

—Maestro —dijo el carcelero inclinándose—, estoy a vuestras órdenes.

—Bien; abrid el calabozo del señor de Favras, y estad preparado a obedecer.

El carcelero se inclinó sin contestar, pasó por delante del Conde para alumbrarle, y se detuvo ante una puerta baja.

—Aquí es —murmuró.

El desconocido hizo una señal con la cabeza; la llave, introducida en la cerradura, rechinó dos veces, y la puerta

se abrió.

Adoptando, respecto al Marqués prisionero, las más rigurosas medidas de seguridad, hasta el punto de encerrarle en un calabozo que se hallaba a veinte pies bajo el suelo, se habían tenido, no obstante, algunas atenciones a causa de su calidad. Su lecho, bastante aseado, tenía sábanas muy blancas; cerca de él veíase una mesa con varios libros, y además un tintero, papel y plumas, destinado sin duda para escribir su defensa.

Una lámpara debía iluminarlo todo.

En un rincón brillaban, en una segunda mesa, los objetos necesarios

para el tocador, señalados todos con el escudo del Marqués, y apoyado en la pared se veía un espejito, sacado sin duda del elegante estuche que allí estaba.

El señor de Favras dormía tan profundamente, que la puerta se abrió, el desconocido se acercó a él, y el carcelero puso la segunda lámpara junto a la primera, saliendo después a una señal del visitante, sin que aquel ruido y movimiento despertaran al prisionero.

El visitante contempló un momento, con un sentimiento de profunda melancolía, aquel hombre dormido; después como si recordara que el

tiempo era precioso, y aunque sintiera interrumpir su sueño, le apoyó la mano sobre el hombro.

El prisionero se estremeció y volvióse vivamente, como suelen hacerlo aquellos que duermen esperando que les despierte una mala noticia.

—Tranquilizaos, señor de Favras —dijo el visitante—, es un amigo.

El Marqués miró un instante al desconocido con expresión, de duda y de asombro, por el hecho de que un amigo fuese a buscarle en su profundo calabozo.

Después, reconstruyendo sus recuerdos, exclamó:

—¡Ah!, el señor barón Zannone...

—El mismo, querido Marqués.

Favras paseó la mirada en torno suyo, y mostrando con el dedo un escabel, donde no había libros ni ropas, dijo:

—Tomaos la molestia de sentaros, señor de Zannone.

—Amigo Marqués —replicó el Barón—, vengo a proponeros una cosa que no admite larga discusión, y además no tenemos tiempo que perder.

—¿Qué venís a proponerme, señor Barón?... Espero que no se tratará de un préstamo.

—¿Por qué?

—Porque las garantías que ahora podría daros, no serían en mi concepto nada seguras.

—Poco importaría esto conmigo, señor Marqués, y, muy por el contrario, estoy dispuesto a ofreceros un millón.

—¿A mí? —replicó Favras sonriendo.

—A vos, sí; pero como sería bajo condiciones que no aceptaríais, no os haré el ofrecimiento.

—Entonces, ¿por qué me habéis advertido que tenéis prisa, señor Barón? Vamos al hecho.

—¿Ya sabéis que mañana es cuando os juzgan, señor Marqués?

—Sí, he oído decir alguna cosa de eso —contestó Favras.

—¿Sabéis que los jueces ante los cuales debéis comparecer, son los mismos que absolvieron a Besenval y a Augeard?

—Sí.

—Y, ¿sabéis también que uno y otro no quedaron libres sino por la muy poderosa intervención de la corte?

—Sí —contestó Favras por tercera vez, sin que su voz revelase la menor alteración en sus respuestas.

—¿Esperáis sin duda que la corte haga por vos lo que hizo por las personas que acabo de citar?

—Aquellos con quienes he tenido el honor de estar en relaciones para la empresa que me ha conducido aquí, saben lo que deben hacer en mi favor, señor Barón, y lo que hagan, estará bien hecho.

—Han tomado ya su partido sobre el particular, señor Marqués, y puedo deciros lo que hicieron.

Favras no manifestó ninguna curiosidad por saberlo.

—Caballero —continuó el visitante —, el hermano del Rey se presentó al Ayuntamiento, para declarar que apenas os conocía; que en 1772 ingresasteis en sus guardias suizas; que dejasteis la

plaza en 1773, y que desde aquella época no os ha visto.

Favras inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—En cuanto al Rey, no solamente no piensa ya en huir, sino que, el 4 del corriente, se ha declarado en favor de la Asamblea nacional y jurado la Constitución.

Una sonrisa entreabrió los labios de Favras.

—¿Dudáis? —preguntó el Barón.

—No digo eso —contestó Favras.

—De modo que ya lo veis. Marqués; no se ha de contar con el Príncipe... ni tampoco con el Rey...

—Al hecho, señor Barón.

—Vais a comparecer, por lo tanto, ante vuestros jueces...

—Ya me habéis hecho el honor de manifestármelo.

—¡Os condenarán!...

—Es probable.

—¡A muerte!...

—Es posible.

Y Favras se inclinó, como hombre dispuesto a recibir el golpe que debía herirle.

—Pero, sabéis —continuó el Barón—; ¿a qué género de muerte?

—¡Hay dos, querido Barón!

—¡Oh!, yo conozco diez: el palo, el

descuartizamiento, el lazo, la rueda, la horca, la decapitación... la semana última, por lo menos, se aplicaban todos esos géneros de muerte. Hoy, como decís, no hay más que uno: la horca.

—¡La horca!

—Sí, la Asamblea nacional, después de haber proclamado la igualdad ante la ley, ha creído justo proclamar la igualdad ante la muerte. Ahora nobles, y plebeyos salen del mundo por la misma puerta: se les ahorca, Marqués.

—¡Ah, ah! —exclamó Favras—. Condenado a muerte, seréis ahorcado... cosa muy triste para un caballero que no teme la muerte, pero a quien repugna la

horca, seguro estoy de ello.

—¡Ah, ah!, señor Barón —exclamó Favras—, ¿habéis venido para anunciarme todas esas buenas noticias, u os queda aún alguna cosa mejor que decirme?

—He venido a deciros que todo está preparado para vuestra evasión, y que dentro de diez minutos, si os place, podéis estar fuera de vuestra prisión, y en veinticuatro horas fuera de Francia.

Favras reflexionó un instante, sin que la oferta que el Barón acababa de hacerle le causase al parecer emoción alguna, y después preguntó al fin:

—¿Es ese ofrecimiento del Rey o

del Príncipe?

—No, caballero; os lo hago yo.

Favras miró al Barón.

—¿Vos, caballero? —repuso—. Y, ¿por qué vos?

—Porque me inspiráis el mayor interés, señor de Favras.

—¿Qué interés podéis tener por mí habiéndome visto tan sólo dos veces?

—No se necesita ver a un hombre dos veces para conocerle, querido Marqués; y como los verdaderos caballeros son raros, quisiera conservar uno, no para Francia, sino para la humanidad.

—¿No tenéis más motivo que ese?

—Sí, y es que, habiendo negociado con vos un empréstito de dos millones, los cuales os entregué, os proporcioné el medio de seguir adelante en vuestra conspiración, descubierta hoy, y, por lo tanto, he contribuido involuntariamente a vuestra muerte.

Favras sonrió.

—Si no habéis cometido más crimen que ese, dormid tranquilo —repuso Favras—, yo os absuelvo.

—¡Cómo! —exclamó el Barón. ¿Rehusáis huir?...

El Marqués le ofreció la mano.

—Os doy las gracias de todo corazón, caballero —contestó—; os doy

gracias en nombre de mi esposa y de mis hijos; pero rehusó...

—Porque creéis tal vez que nuestras medidas están mal tomadas, y teméis que una tentativa de evasión frustrada agrave vuestro asunto...

—Creo, caballero, que sois un hombre prudente, aventurado, puesto que venís vos mismo a proponerme esa evasión; pero, os lo repito, no quiero huir.

—Sin duda, caballero, teméis que obligado a salir de Francia, se vean en la miseria vuestra esposa y vuestros hijos... He previsto el caso, caballero, y puedo ofreceros esta cartera, en la que

hay cien mil francos en billetes.

Favras miró a su interlocutor con una especie de asombro.

Después, moviendo la cabeza, replicó:

—No es eso, caballero. Bajo vuestra palabra, y sin que necesitarais darme esa cartera, habría abandonado Francia si mi intención hubiese sido huir; pero mi resolución es irrevocable: no huiré.

El Barón miró al que le daba esta negativa, como dudando que estuviera en su juicio cabal.

—Esto os asombra, caballero —dijo Favras con singular serenidad—, y os preguntáis, sin atreveros a

preguntármelo a mí, de qué proviene esta extraña resolución de llegar hasta el fin y de morir si es preciso, sea cual fuere el género de muerte.

—Lo confieso, señor Marqués.

—Pues bien, voy a decíroslo. Yo soy realista, caballero; pero no a la manera de aquellos que emigran o disimulan en París; mi opinión no es cosa basada en ningún cálculo de interés; es un culto, una creencia, una religión, y para mí los reyes no son más que lo que sería un arzobispo o un Papa, es decir, los representantes de esa religión. Si huyo, se supondrá que el Rey o su hermano me han facilitado los medios, y que por lo

tanto son mis cómplices, por más que el Príncipe haya renegado de mí en la tribuna y el Rey haya fingido no conocerme. ¡Las religiones se pierden, señor Barón, cuando ya no tienen mártires, y yo realzaré la mía al morir por ella! ¡Esto será una censura para el pasado y una advertencia para el porvenir!

—Pero ¡pensad en el género de muerte que os espera, Marqués!

—Cuanto más infamante sea la muerte, caballero, más meritorio será el sacrificio. ¡Jesucristo murió en una cruz entre dos ladrones!

—Comprendería eso, caballero —

dijo el Barón—, si vuestra muerte pudiera tener para la monarquía la influencia que la de Jesucristo tuvo para el mundo; pero los pecados de los reyes son tales, Marqués, que mucho temo que ni la sangre de un caballero, ni la de un Rey, basten para redimirlos.

—Sucederá lo que Dios quiera, caballero; pero en esta época de vacilaciones y de dudas, en la que tantos hombres faltan a su deber, moriré con el consuelo de haber cumplido el mío.

—¡Oh, no! —exclamó el Barón con impaciencia—, moriréis simplemente con el sentimiento de haber sucumbido sin ninguna utilidad.

—Cuando el soldado sin armas no quiere huir, cuando espera al enemigo, cuando arrostra la muerte y la recibe, sabe muy bien que esta última es inútil; pero se dice que la fuga sería vergonzosa, y prefiere morir...

—Caballero —dijo el barón—, no me doy por vencido...

Y sacó un reloj, que señalaba las tres de la madrugada.

—Aún nos queda media hora —continuó—; voy a sentarme a esa mesa para leer; durante este tiempo podéis reflexionar, y después me daréis vuestra contestación definitiva.

Y tomando una silla sentóse ante la

mesa, de espaldas al prisionero, abrió un libro y leyó.

—¡Buenas noches, caballero! —dijo Favras.

Y se volvió hacia la pared, sin duda para reflexionar con menos distracción.

El lector sacó dos o tres veces el reloj de su bolsillo, más impaciente que el prisionero. Después, transcurrida la media hora, levantóse y se acercó al lecho. Pero en vano esperó; Favras no se movía.

Entonces el Barón se inclinó sobre él, y por su respiración regular y tranquila observó que el prisionero dormía.

—¡Vamos! —se dijo el Barón—, me ha vencido; pero aún no ha pronunciado la sentencia; tal vez dude todavía...

Y no queriendo despertar al desgraciado a quien tan largo y profundo sueño esperaba dentro de pocos días, tomó la pluma y escribió en una hoja de papel:

Cuando se haya pronunciado la sentencia; cuando el señor de Favras sea condenado a muerte; cuando ya no tenga esperanza en sus jueces, ni en el Príncipe ni en el Rey, si cambia de parecer, le

bastará llamar al carcelero Luis, y decirle: ¡Estoy resuelto a huir! Ya se encontrará medio de favorecer la fuga.

Cuando el señor de Favras esté en la carreta fatal; cuando se halle reconciliado delante de Nuestra Señora; cuando atraviese, con los pies descalzos y las manos ligadas, el corto espacio que separa los escalones de la Casa Ayuntamiento, donde ha de hacer su testamento de muerte, de la horca levantada en la Greve, le bastará pronunciar en

alta voz las palabras: ¡Quiero ser salvado!, para que pueda librarse...

CAGLIOSTRO.

Con esto, el visitante cogió la lámpara, acercóse por segunda vez al prisionero para ver si habría despertado, y seguro de que dormía siempre, dirigióse, no sin volver la cabeza varias veces, a la puerta del calabozo, detrás de la cual, con la resignación de esos adeptos preparados para todos los sacrificios, a fin de llegar a la realización de la gran obra que habían emprendido, hallábase de pie e

inmóvil el carcelero Luis.

—Y bien, maestro —preguntó—, ¿qué debo hacer?

—Permanecerás en la prisión para obedecer a cuanto te ordene el señor de Favras.

El carcelero se inclinó, tomó la lámpara de manos de Cagliostro, y avanzó respetuosamente delante de él como un criado que alumbra a su amo.

Capítulo XLVI

DONDE SE CUMPLE LA PREDICCIÓN DE CAGLIOSTRO

El mismo día, a la una de la tarde, el escribano del Châtelet bajó con cuatro hombres armados al calabozo del señor de Favras, y anuncióle que iba a comparecer ante sus jueces.

Durante la noche, Cagliostro había notificado al Marqués esta

circunstancia, y a eso de las nueve de la mañana fue avisado por el subdirector del Châtelet.

La información general del proceso había comenzado a las nueve y media de la mañana, y aún duraba a las tres de la tarde.

Desde las nueve de la mañana, la sala estaba llena de curiosos, que se habían reunido para ver al que debía ser condenado.

Y decimos condenado, porque nadie dudaba que lo fuera.

En las conspiraciones políticas se hallan esos infelices que están predestinados de antemano; se

comprende que es necesaria una víctima expiatoria, y que están fatalmente designados para serlo.

Cuarenta jefes se habían alineado en circulo alrededor de la gran mesa; el presidente bajo un dosel, a su espalda un cuadro que representaba a Jesús crucificado, y en la otra extremidad de la sala, el retrato del Rey.

Una fila de granaderos nacionales rodeaba el contorno del pretorio interior y exteriormente, y cuatro hombres guardaban la puerta.

A las tres y cuarto, los jueces dieron orden de ir a buscar al acusado.

Un destacamento de doce

granaderos, que esperaban en medio, de la sala, se puso en marcha.

Desde aquel momento, todas las miradas, hasta las de los jueces, se fijaron en la puerta por donde el señor Favras debía entrar.

A los diez minutos se vio reaparecer a cuatro granaderos.

Detrás de ellos iba el marqués de Favras, a quien seguían otros ocho.

El prisionero entró en medio de esos espantosos silencios que saben guardar mil personas apiñadas en la misma habitación, cuando aparece al fin el hombre o la cosa que es objeto de la expectativa general.

Su rostro estaba sereno, e iba vestido con el mayor esmero; llevaba traje de seda con bordados de color gris, chaleco blanco, calzón semejante a la casaca, medias de seda, zapatos con hebilla, y la cruz de San Luis en el ojal de aquella.

Iba peinado muy esmeradamente, con la cabeza empolvada, y *ni un sólo cabello sobresalía del otro*, según dicen en la *Historia de la Revolución* los dos Amigos de la libertad.

Por fin, haciendo con la mano a los jueces la señal acostumbrada, lo cual era bien inútil; para que recomendaran el silencio, el presidente preguntó con

voz conmovida:

—¿Quién sois?

—Soy acusado y prisionero —
contestó el Marqués con la mayor calma.

—¿Cómo os llamáis?

—Tomás Mahy, marqués de Favras.

—¿De dónde sois?

—De Blois.

—¿Cuál es vuestro estado?

—Coronel al servicio del Rey.

—¿Dónde vivís?

—Plaza Real, número 21.

—¿Qué edad tenéis?

—Cuarenta y seis años.

—Sentaos.

El Marqués obedeció. Tan sólo

entonces volvieron a respirar libremente los asistentes, y por el aire pasó como un soplo terrible, un soplo de venganza.

El acusado no se engañó; al mirar en torno suyo vio bailar en todos los ojos la expresión del odio, y todos los gritos amenazaban; comprendíase que era necesaria una víctima para aquel pueblo, de cuyas manos se acababa de arrancar a Besenval y Augeard, y que diariamente pedía a gritos que se ahorcase, por lo menos en efígie, al príncipe de Lámbese.

En medio de todos aquellos semblantes irritados, de aquellas miradas furibundas, el acusado reconoció el rostro sereno y la mirada

simpática de su visitante nocturno.

Le saludó con un ademán imperceptible y continuó su examen.

—Acusado —dijo el presidente—, preparaos a contestarme.

—Estoy a vuestras órdenes —contestó Favras inclinándose.

Entonces comenzó un segundo interrogatorio, que el acusado sostuvo con la misma calma que el primero.

Después se oyó a los testigos de cargo.

Favras, que rehusaba salvar su vida por la fuga, quería defenderla por la discusión, y había señalado catorce testigos de descargo.

Habiéndose oído a los primeros, Favras pidió que se presentaran los segundos; mas el presidente pronunció de pronto estas palabras:

—Señores, se dan por terminados los debates.

—Dispensad —dijo el Marqués con su acostumbrada cortesía—, pero olvidáis una cosa, aunque de poca importancia en verdad, y es llamar a los catorce testigos que deben declarar a solicitud mía.

—El tribunal —contestó el presidente—, ha resuelto que no se les oiga.

Algo como una nube pasó por la

frente del acusado, y después sus ojos brillaron.

—Creía —dijo—, que me juzgaba el Châtelet de París, pero me engañé; según parece, me juzga la inquisición de España.

—Llevaos al acusado —dijo el presidente.

Favras fue conducido de nuevo al calabozo. Su calma; su cortesía y su valor habían producido cierta impresión en las personas que fueron allí sin preocupaciones.

Pero se ha de confesar que eran las menos.

La salida del Marqués produjo

gritos, amenazas y silbidos.

—¡No haya gracia! —gritaban quinientas voces a su paso.

Estas voces le siguieron hasta más allá de las puertas de su prisión.

Entonces se dijo el Marqués en son de queja:

—¡He aquí lo que es conspirar con los príncipes!

Apenas hubo salido el acusado, los jueces comenzaron a deliberar.

Favras se acostó a la hora de costumbre.

A eso de la una de la madrugada, entraron en su prisión para despertarle. Era el llavero Luis. Había tomado por

pretexto llevar al prisionero una botella de vino de Burdeos, vino que el Marqués no había pedido.

—Señor de Favras —dijo—, los jueces pronuncian en este momento vuestra sentencia.

—Amigo mío —dijo Favras—, si me has despertado para eso, podías haberme dejado dormir.

—No, señor Marqués, os he despertado para preguntaros si no teníais nada que enviar a decir a la persona que vino a visitaros la noche última.

—Nada.

—Reflexionad, señor Marqués;

cuando se haya pronunciado la sentencia tendréis guardias de vista, y por poderosa que sea esa persona, tal vez no pueda ya salvaros.

—Gracias, amigo mío —contestó Favras—; nada tengo que pedir, ni ahora ni más tarde.

—Entonces —dijo el carcelero—, siento mucho haberos despertado; pero también lo hubieran hecho otros dentro de una hora...

—De modo que —replicó Favras sonriendo—, según tú, no vale la pena volver a dormirse. ¿No es así?

—Escuchad —dijo el carcelero—, y podréis juzgar vos mismo.

En efecto, oíase mucho ruido en los pisos superiores; se abrían y cerraban puertas, y en el suelo resonaban los golpes de las culatas de los fusiles.

—¡Ah, ah! —exclamó Favras—. ¿Es por mi todo ese ruido?

—Vienen a leeros vuestra sentencia, señor Marqués.

—¡Diablo!, procura que el señor escribano me de tiempo para ponerme los pantalones.

El carcelero salió, cerrando la puerta tras sí.

Durante este tiempo, el señor de Favras se puso sus medias de seda, sus zapatos con hebilla y su pantalón.

En aquel momento, la puerta se abrió otra vez.

El Marqués no juzgó oportuno seguir arreglándose, y esperó. Estaba verdaderamente seductor, con la cabeza echada hacia atrás, los cabellos en parte despeinados, y la chorrera de blonda entreabierta.

En el instante en que el escribano entró, el Marqués se doblaba el cuello de la camisa.

—Ya lo veis, caballero —le dijo—, os esperaba dispuesto para el combate.

Y se pasó la mano por el cuello descubierto, preparado ya para la aristocrática espada o el plebeyo lazo.

—Hablad, caballero —dijo—, ya os escucho.

El escribano leyó, o más bien, balbuceó la sentencia. Se condenaba al Marqués a la pena de muerte; debía reconciliarse delante de Nuestra Señora, y después sería ahorcado en la Greve.

Favras escuchó toda la lectura con la mayor calma, sin fruncir el ceño, ni aun al oír la palabra *ahorcado*, tan dura de escuchar para un caballero. Pero después de una pausa, y mirando fijamente al escribano, le dijo:

—¡Oh, caballero!, ¡os compadezco por veros *obligado* a condenar a un hombre con semejantes pruebas!

El escribano eludió la contestación.

—Señor —le dijo—, ya sabéis que no os queda más consuelo que la religión.

—Os engañáis, caballero —repuso el condenado—, me quedan todavía los que hallo en mi conciencia.

Y el señor de Favras saludó al escribano, que no teniendo ya nada que hacer allí, se retiró.

Sin embargo al llegar a la puerta, volvió la cabeza.

—¿Queréis que os envíe un confesor? —preguntó al condenado.

—¿Un confesor de parte de los que me asesinan? —exclamó—. ¡No, señor,

porque me sería sospechoso! ¡Os entregaré mi vida, mas quiero reservarme mi salvación!... Que venga el cura de San Pablo.

Dos horas después el venerable eclesiástico que había llamado, estaba junto a él.

Capítulo XLVII

LA PLAZA DE GREVE

Aquellas dos horas se habían empleado bien.

Detrás del escribano habían entrado dos hombres de aspecto sombrío y traje patibulario.

Favras había comprendido que tenía delante los precursores de la muerte, la vanguardia del verdugo.

—¡Seguidnos! —dijo uno de ellos.

El Marqués se inclinó en señal de asentimiento.

Después, mostrando con la mano el resto de su ropa, que estaba sobre una silla, preguntó:

—¿Me dais tiempo para acabar de vestirme?

—Tomad el que necesitéis — contestó el que había hablado.

El Marqués se adelantó entonces hacia la mesa donde estaban los diferentes objetos de su estuche, y sirviéndose del espejito pendiente de la pared, se abotonó el cuello de la camisa, formó un gracioso pliegue en la chorrera e hizo un elegante lazo con su corbata.

Después se puso la casaca.

—¿Debo llevar mi sombrero, señores? —preguntó después.

—Es inútil —contestó el mismo hombre.

El que se callaba había mirado al Marqués con una fijeza que llamó la atención de este.

Hasta le pareció que el hombre le había guiñado el ojo de una manera imperceptible.

Pero aquella señal fue tan rápida, que el Marqués quedó en la duda.

Por lo demás, ¿qué tendría que decirle?

Y no pensó ya más en ello.

Hizo una señal amistosa al carcelero Luis, y dijo:

—Ya he concluido, señores; podéis salir, os sigo.

En la puerta esperaba un ujier.

Este último se puso en marcha; detrás de él avanzó Favras, y los dos hombres fúnebres le siguieron.

El siniestro cortejo se dirigió al piso bajo.

Allí esperaba un pelotón de guardia nacional.

Entonces el ujier, seguro con este apoyo, dijo al condenado:

—Caballero, tened la bondad de entregarme vuestra cruz de San Luis.

—Creía estar condenado a muerte y no a la degradación —contestó el Marqués.

—Es la orden, caballero —replicó el ujier.

Favras desató su cruz, y no queriendo ponerla en manos del ujier, la depositó en las del sargento que mandaba el pelotón de la guardia nacional.

—Está bien —dijo el ujier, sin querer insistir para que la cruz le fuese entregada particularmente—; y ahora, seguidme. —Se franquearon unos veinte escalones y todos se detuvieron ante una puerta de encina revestida de hierro, una

de esas puertas que, cuando se miran, hielan la sangre en las venas de los condenados, una de esas puertas como las dos o tres que hay en el camino del sepulcro, detrás de las cuales, sin saber lo que hay, se adivina que es una cosa terrible.

La puerta se abrió.

Sin dar apenas tiempo a Favras para que entrase, cerráronla al punto, como si la impulsara un brazo de hierro. El Marqués se vio en la sala del tormento.

—¡Ah, ah! —exclamó, palideciendo ligeramente—, cuando se conduce a las personas a estos sitios, se les debe avisar antes, ¡qué diablo!

Apenas pronunciadas estas palabras, los dos hombres se precipitaron sobre él, despojáronle de la casaca y del chaleco, deshicieron el lazo de su corbata, tan artísticamente hecho, atándole después las manos a la espalda.

Mas al practicar esta operación con su compañero, el atormentador a quien había creído ver antes hacerle una seña, murmuró en voz muy baja a su oído.

—¿Queréis ser salvado? ¡Aún es tiempo!

Este ofrecimiento hizo sonreír a Favras, recordándole la grandeza de su misión.

Y movió la cabeza, haciendo una

señal negativa. Veíase allí un caballete preparado, y en él se extendió al prisionero.

El atormentador se acercó con el mandil lleno de cuñas de encina y un mazo en la mano.

El Marqués presentó él mismo al hombre su bien contorneada pierna, con su media de seda, y en el pie el zapato con tacón rojo.

Pero entonces el ujier levantó la mano.

—Esto basta —dijo—; el tribunal hace gracia del tormento al condenado.

—¡Ah! —exclamó Favras—, parece que el tribunal teme que yo hable; no le

agradezco menos, sin embargo, el favor, porque así iré al patíbulo con mis propias piernas, lo cual vale algo; y ahora, señores, ya sabéis que estoy a vuestra disposición.

—Debéis permanecer una hora en esta sala —contestó el ujier.

—No es muy recreativo —contestó Favras—, pero sí muy curioso.

Y comenzó a dar la vuelta a la sala, examinando uno tras otro, aquellos hediondos instrumentos, semejantes a colosales arañas de hierro o a gigantescos escorpiones.

Adivinábase que en un momento dado, y a las órdenes de una voz fatal,

todo aquello se animaba y tomaba vida, mordiendo cruelmente.

Se veían allí instrumentos de todas las formas y de todos los tiempos, desde Felipe Augusto a Luis XVI, desde los ganchos con que se había desgarrado a los judíos en el siglo XIII, hasta las ruedas con que se trituró a los protestantes del siglo XVII.

El Marqués se detuvo ante cada trofeo, preguntando el nombre de cada aparato.

Aquella sangre fría acabó por admirar a los mismos atormentadores, gente que, como es sabido, no se asombra fácilmente.

—¿Con qué fin hacéis todas esas preguntas? —dijo uno de ellos al Marqués.

Este último le miró con un aire socarrón tan familiar a los caballeros.

—Porque podía suceder que encontrase a Satanás en el camino que voy a recorrer, y no me disgustaría trabar amistad con él, indicándole, para atormentar a sus condenados, máquinas que no conoce.

Apenas el prisionero hubo terminado su examen, oyéronse dar las cinco en el reloj del Châtelet.

Hacía dos horas que el Marqués había salido de su calabozo.

Y se le condujo de nuevo a él.

El cura de San Pablo le esperaba.

Ya hemos visto que el Marqués no había perdido del todo las horas, y que si alguna cosa podía disponerle bien a la muerte, era el espectáculo que acababa de contemplar.

Al verle aparecer, el cura le abrió los brazos.

—Padre mío —dijo Favras—, dispensadme que no pueda imitar vuestro movimiento, bien veis que esos señores me han agarrotado.

Y mostró sus manos ligadas a la espalda.

—¿No podéis desatarle los brazos,

al menos mientras yo esté aquí? — preguntó el sacerdote.

—No estamos autorizados para ello —contestó el ujier.

—Padre mío —dijo Favras—, preguntadles si no podían atármelos por delante, y no detrás; así tendremos algo adelantado para el momento en que deba llevar un cirio, y en que me sea necesario leer mi sentencia.

Los dos ayudantes miraron al ujier, el cual hizo con la cabeza una señal como para decir que no veía ningún inconveniente en acceder a tal petición.

Después se le dejó solo con el sacerdote.

Lo que pasó en esta conferencia suprema del hombre de mundo, con el hombre de Dios, nadie lo sabe. ¿Abriría Favras su corazón ante la santidad religiosa, ante los consuelos que le ofrecía aquel otro mundo en que iba a entrar, después de haberle tenido cerrado ante la majestad de la justicia? ¿Humedecería sus ojos, secos por la ironía, una de aquellas lágrimas acumuladas en su corazón, que sin duda necesitaba derramar sobre los objetos queridos que iba a dejar solos para abandonar el mundo? Esto es lo que no pudieron averiguar los que entraron a las tres de la tarde en su calabozo, pues

encontráronle con la boca risueña, los párpados secos y el corazón firme.

Acababan de anunciarle que era llegada la hora de morir.

—Dispensad, señores —dijo— pero advertid que vosotros sois los que me habéis hecho esperar.

Entonces, como estaba ya sin casaca y sin chaleco y tenía las manos ligadas, le despojaron de sus zapatos y medias, y pusieronle una camisa blanca por encima del resto de su traje.

Después le colocaron en su pecho un cartel, que contenía estas palabras:

CONSPIRADOR CONTRA EL ESTADO.

En la puerta del Châtelet le esperaba una carreta rodeada de una guardia numerosa.

En esta carreta veíase una hacha encendida.

Al divisar al condenado, la multitud aplaudió.

Desde las seis de la mañana era conocida la sentencia, y a la muchedumbre le parecía que pasaba demasiado tiempo entre la sentencia y el suplicio.

La gente corría por las calles, pidiendo a los transeúntes dinero para echar un trago.

—Y, ¿con qué motivo? —

preguntaban todos.

—Para celebrar la ejecución del marqués de Favras —contestaban aquellos mendigos de la muerte.

El Marqués subió con paso firme a la carreta y sentóse junto al sitio donde el hacha se apoyaba, comprendiendo bien que se designaba para él.

El cura de San Pablo subió después y fue a colocarse a su izquierda.

Luego subió el ejecutor y sentóse detrás de él.

Era aquel mismo hombre de mirada dulce y triste, a quien hemos visto ya en el patio de Bicetre presenciando la prueba de la máquina de Guillotín.

Le hemos visto, le vemos, y tendremos ocasión de volverle a ver: es el verdadero héroe de la época en que entramos.

Antes de sentarse, el verdugo pasó por el cuello de Favras la cuerda con que este debía ser ahorcado, conservando la extremidad en su mano.

En el momento en que la carreta se ponía en marcha, prodújose un movimiento en la multitud, y Favras fijó naturalmente su mirada en el sitio donde tenía lugar.

Entonces vio varias personas que se empujaban para llegar a la primera fila y estar más cerca de la carreta a su paso.

De repente se estremeció a su pesar, pues en primera fila, en medio de cinco o seis hombres que acababan de abrirse paso entre la multitud, reconoció, bajo el traje de un vendedor del mercado, al visitante nocturno que había dicho que hasta el último instante velaría sobre él.

El condenado le hizo con la cabeza una señal, pero tan sólo de agradecimiento, y que no podía tener ninguna otra significación.

La carreta continuó su marcha, sin detenerse hasta que estuvo delante de Nuestra Señora.

La puerta del centro estaba abierta, y se podía ver en el fondo de la sombría

iglesia el altar mayor, muy brillante con sus cirios encendidos.

Había tal afluencia de curiosos, que la carreta debía detenerse a cada momento, y no continuaba su marcha hasta que la guardia conseguía abrirse paso entre la considerable muchedumbre, a la cual era fácil romper la débil barrera que se le oponía.

Allí, delante del atrio, a fuerza de lucha, se consiguió efectuar un vacío.

—Es preciso bajar para reconciliaros, caballero —dijo, el ejecutor al condenado.

Favras obedeció sin contestar.

El sacerdote bajó el primero,

siguió el condenado, y después el ejecutor, siempre con la extremidad de la cuerda en la mano.

Los brazos estaban ligados de modo que el Marqués podía mover libremente las manos.

En la derecha pusieron el hacha, y en la izquierda la sentencia.

El condenado se adelantó hasta el atrio y arrodillóse.

En la primera fila de los que le rodeaban reconoció al mismo vendedor del mercado y a sus compañeros, que había visto antes al salir del Châtelet.

Aquella insistencia le conmovió al parecer; pero su boca no pronunció una

sola palabra.

Un escribano del Châtelet parecía esperarle allí.

—Leed, caballero —le dijo en voz alta.

Y añadió en voz baja:

—Señor Marqués, recordad que si queréis salvaros, os bastará pronunciar una palabra.

El condenado comenzó su lectura sin contestar.

Leyó en alta voz, con un acento en el que no se reconoció la menor emoción, y cuando hubo concluido dijo, dirigiéndose a la multitud que le rodeaba:

—A punto de comparecer ante el tribunal de Dios, perdono a los hombres que contra su conciencia me han acusado de proyectos criminales; yo amaba a mi Rey; moriré fiel a este sentimiento; es un ejemplo que doy, y espero que será seguido por otros nobles corazones. El pueblo pide a gritos mi muerte, pues necesita una víctima... ¡Seala yo! Prefiero que la elección de la fatalidad recaiga sobre mí y no sobre algún otro de corazón débil, a quien la presencia de un suplicio inmerecido reduciría a la desesperación. Por lo tanto, si no tengo que hacer aquí más de lo que se ha hecho, prosigamos nuestra marcha,

señores.

Así se hizo.

Corta es la distancia entre el pórtico de Nuestra Señora y la Plaza de Greve, y sin embargo, la carreta empleó más de una hora en recorrer este trayecto.

Al llegar a la plaza, el marqués de Favras preguntó:

—¿No podría, señores, subir un momento a la Casa Consistorial?

—¿Tenéis revelaciones que hacer, hijo mío? —preguntó con viveza el sacerdote.

—No, padre mío; pero debo dictar mi testamento de muerte, pues he oído decir que jamás se rehusaba a un

condenado sorprendido de pronto esta última gracia.

La carreta, en vez de marchar directamente hacia el cadalso, dirigióse a la Casa Ayuntamiento.

Entonces se oyó un clamoreo del pueblo.

—¡Ahora quiere hacer revelaciones! —gritaban por todas partes.

Al oír esto se vio palidecer a un apuesto joven vestido todo de negro como un abate, y que estaba de pie en un poste del muelle Pelletier.

—¡Oh, no temáis nada, señor conde Luis! —dijo cerca de él una voz burlona —; el condenado no revelará ni una

palabra de lo que ha pasado en la Plaza Real.

El joven vestido de negro se volvió con viveza; las palabras que le habían dirigido acababan de ser pronunciadas por un vendedor del mercado, cuyo rostro no pudo ver, pues al terminar la frase se ocultó la cara en parte con su ancho sombrero.

Por lo demás, si al joven le quedaba alguna duda, seguramente se desvaneció muy pronto.

Llegado al pórtico de la Casa Ayuntamiento, Favras hizo señal de que deseaba hablar.

En el mismo instante los rumores se

extinguieron, como si la ráfaga de viento oeste que soplabá en aquel momento se los hubiera llevado.

—Señores —dijo Favras—, oigo repetir en torno mío que subo a la Casa Consistorial para hacer revelaciones, pero no hay nada de esto; y en el caso de que hubiese entre vosotros, como es posible, un hombre que tenga algo que temer si se hacen revelaciones, que se tranquilice, pues solamente subo para dictar mi testamento de muerte.

Y penetró con paso firme bajo la sombría bóveda, subió la escalera, y fue introducido en la habitación donde se conducía de ordinario a los condenados,

por lo cual se la conocía con el nombre de Cámara de las revelaciones.

Tres hombres vestidos de negro esperaban allí, y entre ellos Favras reconoció al escribano que le había hablado en el atrio de Nuestra Señora.

Entonces el condenado, que con las manos ligadas no podía escribir, comenzó a dictar sus últimas voluntades.

Se ha hablado mucho del testamento de Luis XVI, porque se habla extensamente del de todos los reyes. Tenemos a la vista el del marqués de Favras, y tan sólo diremos una cosa al público:

«Leed y comparad».

Dictado el testamento, el señor de Favras quiso leerle y firmarle.

Le desataron las manos; leyó detenidamente el testamento, corrigió las tres faltas de ortografía que había cometido el escribano, y firmó al pie de cada página: «Mahy de Favras».

Después de esto presentó sus manos para que se las ligasen, operación efectuada por el verdugo, que no se había separado de él un sólo instante.

Sin embargo, para dictar aquel testamento se habían empleado dos horas, y el pueblo, que esperaba desde las seis de la mañana, impacientábase mucho; algunas buenas personas con el

estómago vacío, confiando en almorzar después de la ejecución, estaban por lo tanto en ayunas.

He aquí por qué se oía este murmullo amenazador y terrible que se había oído ya en el mismo sitio el día del asesinato de Launay, en el cual se dio muerte también a Foullon y a Bertier, ahorcado el primero y acribillado de heridas el segundo.

Por lo demás, el pueblo comenzaba a creer que se había dejado escapar a Favras por alguna puerta excusada.

En aquel momento, algunos individuos proponían ya ahorcar a los concejales en lugar de Favras, y

demoler la Casa Ayuntamiento.

Por fortuna, a eso de las nueve de la noche, el condenado reapareció; se había distribuido hachas a los soldados que formaban la carrera; todas las ventanas de la plaza estaban iluminadas, y tan sólo la horca había quedado en una terrible y misteriosa oscuridad.

La aparición del condenado fue saludada con un grito unánime y por un gran movimiento efectuado entre las cincuenta mil personas que obstruían la plaza.

Esta vez todos estaban bien seguros, no sólo de que el prisionero no se había escapado, sino de que no se escaparía.

El Marqués paseó una mirada en torno suyo.

Después, hablando consigo mismo, y con esa sonrisa irónica que le era peculiar, murmuró:

—¡Ni una carroza! ¡Ah!, la nobleza es olvidadiza; fue más cortés para el conde de Horn que para mí.

—Fue porque el conde de Horn era un asesino, mientras que tú mueres como un mártir —contestó una voz.

Favras volvió la cabeza y pudo reconocer al vendedor del mercado, a quien había visto ya dos veces en su camino.

—Adiós, caballero —le dijo Favras

—, espero que en caso necesario daréis testimonio por mí.

Y con paso firme bajó la escalera y emprendió la marcha hacia el cadalso.

En el momento de poner el pie en el primer peldaño del patíbulo, una voz gritó:

—¡Salta, Marqués!

La voz grave y sonora del condenado, contesto:

—¡Ciudadanos, muero inocente; rogad a Dios por mí!

En el cuarto escalón se detuvo de nuevo, y con voz firme, tan sonora como la primera vez, repitió:

—¡Ciudadanos, os pido el auxilio de

vuestras oraciones... porque muero inocente!

En el octavo escalón, es decir, en aquel desde donde, se le precipitaría, gritó por tercera vez:

—¡Ciudadanos, muero inocente; rogad a Dios por mí!

—Pero ¿no queréis que os salven? —preguntó uno de los ayudantes del verdugo, que subía detrás de él.

—¡Gracias, amigo mío —contestó Favras—, el Señor os pague vuestras buenas intenciones!

Después, levantando la cabeza ante el verdugo, que parecía esperar órdenes en vez de darlas, le dijo.

—¡Cumplid vuestro deber!

Apenas había pronunciado estas palabras, el verdugo le empujó, y su cuerpo se balanceó en el vacío.

Mientras que ante este espectáculo se producía un inmenso movimiento en la plaza de Greve; mientras que algunos aficionados aplaudían y gritaban como hubieran hecho en el teatro, el joven vestido de negro se deslizaba del poste que había ocupado hasta entonces, hendía la multitud, y en la esquina del Puente Nuevo subía vivamente a un coche sin librea ni escudos, gritando al conductor:

—¡Al Luxemburgo!

El carruaje partió al punto.

Tres hombres esperaban con mucha impaciencia la llegada de este coche.

Eran el conde de Provenza y dos caballeros de su séquito, citados ya en esta historia, pero que creemos inútil nombrar de nuevo.

Esperaban con tanta mayor impaciencia cuanto que debían sentarse a la mesa a las dos, a causa de su inquietud no lo habían hecho aún.

Por su parte el cocinero estaba desesperado: era la tercera vez que comenzaba a preparar la comida, y esta última, que tendría a punto dentro de diez minutos, se echaría a perder en un

cuarto de hora.

Se estaba en aquel momento supremo, cuando se oyó al fin el ruido de un coche en el interior de los patios. El conde de Provenza se precipitó hacia la ventana, pero no pudo ver más que una sombra saltando desde el estribo del coche al primer peldaño de la escalera del palacio.

En su consecuencia, alejándose de la ventana corrió hacia la puerta; pero antes de que el futuro Rey de Francia, con su paso tardo, pudiese llegar a ella, abrióse de pronto para dar paso al joven vestido de negro.

—Monseñor —dijo—, todo ha

terminado; el marqués de Favras ha muerto sin pronunciar una palabra.

—Pues entonces podemos sentarnos tranquilamente a la mesa, querido Luis.

—¡Sí, monseñor... pero a fe mía que el Marqués era un caballero muy digno!

—Soy de vuestro parecer, querido Luis —dijo su Alteza Real—, y por lo mismo beberemos a su salud una copa de vino de Constanza los postres. ¡A la mesa, señores!

En aquel momento se abrieron las dos hojas de la puerta, y los ilustres convidados pasaron desde el salón al comedor.

Capítulo XLVIII

LA MONARQUÍA SE HA SALVADO

Algunos días después de la ejecución que acabamos de referir, y en cuyos detalles hemos entrado para que nuestros lectores sepan cuál es el agradecimiento que de los reyes y príncipes deben esperar los que se sacrifican por ellos, un hombre montado en un caballo gris ascendía lentamente por la avenida de Saint-Cloud.

Esta lentitud no se debía atribuir a cansancio del jinete ni a la fatiga del caballo, puesto que habían recorrido un corto trayecto; esto era fácil de ver, pues la espuma que se escapaba de la boca del cuadrúpedo no provenía de que se le hubiera hostigado mucho, sino de que se le había retenido con tenacidad. En cuanto al jinete, que era, según se reconocía a primera vista, un caballero, todo su traje, muy limpio y aseado, demostraba su preocupación para preservar su ropa del barro que llenaba el camino.

Lo que retardaba al jinete era el pensamiento profundo que visiblemente

le absorbía, y acaso también la necesidad de no llegar hasta cierta hora al punto donde se dirigía.

Era hombre de unos cuarenta años, cuya notable fealdad no dejaba de tener cierto carácter distinguido: cabeza demasiado grande, mejillas abultadas, el rostro señalado por la viruela, ojos brillantes, y boca que parecía revelar la expresión del sarcasmo: tal era el aspecto de aquel hombre, cuyo tipo indicaba a primera vista que debía ocupar un elevado puesto y hacer mucho ruido.

Pero toda aquella fisonomía parecía estar cubierta de un velo producido por

una de las muchas enfermedades orgánicas contra las cuales luchan en vano los más vigorosos temperamentos: complexión oscura, ojos que indicaban la fatiga, mejillas cuyo color rojizo comenzaba a palidecer, y un principio de pesadez y de obesidad malsana; he aquí los caracteres particulares del hombre, que acabamos de presentar al lector.

Llegado a lo alto de la avenida, franqueó sin vacilación la puerta que daba al patio del palacio, sondeando con los ojos sus profundidades.

A la derecha, entre dos cuerpos del edificio que formaban una especie de

callejón, otro hombre que aquí esperaba hizo al jinete una señal para que se acercase.

Veíase una puerta entornada; el hombre que esperaba penetró en ella, el jinete le siguió, y un momento después encontróse en un segundo patio.

Aquí se detuvo el hombre, que vestía casaca, calzón y chaleco negros; después, mirando en torno suyo, y al ver que aquel patio estaba desierto, se acercó al jinete, sombrero en mano.

El recién llegado se acercó a su vez, e inclinándose sobre el cuello de su caballo, preguntó a media voz:

—¿El señor Weber?

—¿El señor conde de Mirabeau? —
contestó el otro.

—Él mismo —dijo el jinete.

Y con más ligereza de la que se
hubiera creído, se apeó al punto.

—Entrad —dijo Weber con viveza
—, y tened la bondad de esperar un
momento para que yo os conduzca el
caballo a la cuadra.

Al mismo tiempo abrió la puerta de
un salón, cuyas ventanas y puerta
segunda daban al parque.

Mirabeau entró al aposento, y en los
pocos minutos que duró la ausencia de
Weber, se quitó las botas de cuero que
calzaba, dejando descubiertas las

medias de seda intactas y los zapatos muy lustrosos.

Weber volvió a los cinco minutos.

—Venid conmigo, señor Conde —dijo—; la Reina os espera.

—¡La Reina me espera! —exclamó Mirabeau—. ¿Habré tenido la desgracia de hacerme esperar? Yo creía, sin embargo, que había sido exacto.

—Quiero decir que la Reina está impaciente por veros... Venid, señor Conde.

Weber abrió la puerta que daba al jardín y penetró en el laberinto de calles de árboles que conducían al sitio más solitario y elevado del parque.

Allí, en medio de los árboles que extendían sus ramas tristes y sin follaje veíase, en una atmósfera de color gris que inspiraba tristeza, una especie de pabellón al que se daba el nombre de kiosco.

Las persianas de aquel pabellón estaban herméticamente cerradas, excepto dos que, acercadas una a otra, dejaban pasar, como a través de las troneras de una torre, dos rayos de luz suficientes apenas para iluminar el interior.

Un fuego brillante ardía en la chimenea, iluminada además por dos candelabros.

Weber hizo entrar al que le seguía en una especie de antecámara, y después, abriendo la puerta del kiosco, no sin haber tocado antes en ella con los dedos, dijo a media voz:

—El señor conde Riquetti de Mirabeau.

Y se apartó para que el señor Conde pasase adelante.

Si hubiera escuchado en el momento de pasar el Conde, seguramente habría oído latir su corazón en aquel ancho pecho.

Al oír anunciar al Conde, una mujer se levantó en el ángulo más lejano del kiosco, y con una especie de vacilación,

casi de terror, dio algunos pasos para salir a su encuentro.

Aquella mujer era la Reina.

También su corazón latía con violencia; tenía ante sus ojos aquel hombre odiado y fatal; aquel hombre a quien se acusaba de haber promovido los sucesos del 5 y 6 de octubre; aquel hombre cuyo auxilio se esperó un instante, pero que fue rechazado por la corte, haciendo sentir después la necesidad de tratar otra vez con él para calmar los accesos de cólera que habían llegado a lo sublime.

El primero, fue su manera de apostrofar al clero.

El segundo, el discurso en que explicó de qué modo los representantes del pueblo y los diputados de las ciudades se habían constituido en Asamblea nacional.

Mirabeau se acercó con una gracia y una cortesía que la Reina quedó admirada de reconocer en él al primer golpe de vista.

Adelantándose algunos pasos, saludó respetuosamente y esperó.

La Reina fue la primera en romper el silencio, y con una voz cuya emoción no podía disimular, dijo al Conde:

—Señor de Mirabeau, el doctor Gilberto nos aseguró un día que estabais

dispuesto a uniros con nosotros.

Mirabeau se inclinó en señal de asentimiento.

La Reina continuó:

—Entonces os hice mi primera proposición, a la cual contestasteis con un proyecto de ministerio.

Mirabeau se inclinó por segunda vez.

—No fue culpa nuestra, señor Conde, que aquel primer proyecto no diera buen resultado.

—Lo creo, señora —contestó el Conde—, y sobre todo por parte de Vuestra Majestad; pero la culpa fue de personas que se preciaban de ser fieles

a los intereses de la monarquía.

—¡Cómo ha de ser, señor Conde, es una de las desgracias de nuestra posición! Los reyes no pueden ya elegir sus amigos ni sus enemigos; y algunas veces deben aceptar forzosamente abnegaciones funestas. Estamos rodeados de hombres que quieren salvarnos y que nos pierden; sus proposiciones, que alejan de la próxima legislatura a los individuos de la Asamblea actual, son un ejemplo contra vos. ¿Queréis que os cite uno contra mí? ¿Creeríais que uno de mis más fieles, amigos, hombre que, segura estoy de ello, daría la vida por nosotros, ha

conducido a nuestra comida pública, sin advertirnos nada, a la viuda y a los hijos del marqués de Favras, vestidos de luto los tres? Al verlos, mi primer impulso fue levantarme, salirles al encuentro, hacer sentar a los niños de este hombre que tan valerosamente ha muerto por nosotros —pues yo, señor Conde, no soy de aquellas que reniegan de sus amigos —, hacerles sentar entre el Rey yo... Todas las miradas estaban fijas en nosotros, y se quería saber lo que haríamos. Yo vuelvo la cabeza y... ¿sabéis quién estaba detrás de mí, a cuatro pasos de mi sillón? ¡Pues nada menos que Santerre, el hombre de los

arrabales!... Me recosté en mi sillón, llorando de cólera, y sin atreverme siquiera a fijar los ojos en la viuda y en los huérfanos. Los realistas me censuraron por no haber dado una prueba de interés en favor de la desgraciada familia; y los revolucionarios estarán furiosos al pensar que no los han presentado con mi consentimiento. ¡Oh, caballero! —siguió la Reina, moviendo la cabeza—, es preciso parecer cuando nos vemos atacados por hombres de genio, y defendidos por personas muy apreciables sin duda, pero que no tienen la menor idea de nuestra posición.

Y la Reina exhaló un suspiro, llevándose el pañuelo a los ojos.

—Señora —dijo Mirabeau, conmovido ante aquel gran infortunio que no se ocultaba de él, y que, bien fuese por hábil cálculo de la Reina, o ya por debilidad de mujer, le mostraba sus angustias, dejándole ver sus lágrimas—, señora, cuando habláis de los hombres que os atacan, supongo que no os referís a mí. He profesado los principios monárquicos cuando no veía en la corte más que su debilidad, y no conocí ni el alma ni el pensamiento de la augusta hija de María Teresa. He combatido por los derechos del trono cuando no inspiraba

más que desconfianza, y cuando todos mis pasos, criticados por la malignidad, parecían otros tantos lazos. He servido al Rey sabiendo que no debía esperar de él, hombre justo, pero engañado, ni beneficio ni recompensa. ¿Qué haré yo ahora, señora, cuando la confianza reanima mi valor, y cuando el agradecimiento que me inspira mi acogida de Vuestra Majestad, hace de mis principios un deber? ¡Es tarde, señora, bien lo sé! —continuó Mirabeau, moviendo la cabeza a su vez —, y tal vez la monarquía, al proponerme que la salve, no tiene en realidad más objeto que perderme con

ella. Si yo hubiese reflexionado, tal vez habría elegido, para aceptar el favor de esta audiencia, otro momento que aquel en que Su Majestad acaba de entregar a la Cámara el famoso libro rojo, es decir, el honor de sus amigos.

—¡Oh, caballero! —exclamó la Reina—, ¿creéis al Rey cómplice de esta traición, e ignoráis cómo han pasado las cosas? El libro rojo exigido al Rey no fue entregado por él sino mediante la condición de que el Comité lo guardaría secreto, pero, muy por el contrario, ha mandado imprimirle, lo cual es una falta al Rey, y no una traición de este a sus amigos.

—¡Ay de mí!, bien sabéis qué causa determinó esa publicación, que yo desapruébo como hombre de honor, y de la cual reniego como diputado. En el momento en que el Rey juraba amor a la Constitución, tenía un agente en Turín, en medio de los enemigos mortales de aquella. En el momento que hablaba de reformas pecuniarias, mostrándose dispuesto a aceptar las que la Asamblea le propusiese, en Treveris existían, pagadas por él, su grande y su pequeña caballeriza, bajo la dirección del príncipe de Lámbese, el enemigo mortal de los parisienses, a quien el pueblo quisiera ver ahorcado, aunque sólo sea

en efigie, pidiéndolo así a gritos diariamente. Se pagan al conde de Artois, al príncipe de Condé y a todos los emigrados pensiones enormes, sin consideración a un decreto expedido hace dos meses, por el cual quedan suprimidas, si bien es cierto que el Rey no sancionó dicha disposición. ¡Cómo ha de ser, señora! Durante dos meses se ha tratado de averiguar en qué han podido invertirse sesenta millones, y aún no se sabe nada. El Rey, a quien se ha rogado y suplicado que dijese qué se había hecho de ese dinero, ha rehusado contestar; y el Comité, creyéndose relevado de su promesa, mandó

imprimir el libro rojo. ¿Por qué entrega armas que tan cruelmente se pueden volver contra él?

—De modo que, caballero —exclamó la Reina—, si el Rey hiciera el honor de pedirnos parecer, ¿no le aconsejaríais las debilidades con que se le pierde, con que... ¡oh, sí!, digamos la palabra, con que se le deshonra?

—Si me hiciera el honor de pedirme consejo, señora —contestó Mirabeau—, yo sería defensor del poder monárquico, regulado por las leyes, y el apóstol de la libertad garantizada por la autoridad del Rey. Esta libertad, señora, tiene tres enemigos: el clero, la nobleza y los

parlamentos; el primero no es ya de este siglo, y ha sido muerto por la proposición del señor de Talleyrand; la nobleza es de todos los siglos, y por lo tanto, creo que se ha de contar con ella, pues sin nobleza no hay monarquía; pero es preciso reprimirla, y esto no es posible si el pueblo no se coaliga con la autoridad real. Ahora bien, esta última no se unirá jamás con el pueblo de buena fe mientras que los parlamentos subsistan, porque conservan en el Rey, y en la nobleza, la fatal esperanza de que se restablezca el antiguo orden de cosas. De consiguiente, después de aniquilar al clero y de suprimir los parlamentos,

toda su política queda reducida a reavivar el poder ejecutivo, regenerar la autoridad real y conciliarla con la libertad; si este es el plan del Rey, señora, que lo adopte, y si no, que lo rechace.

—Señor Conde —dijo la Reina, admirada de las claridades que difundía a la vez sobre el pasado, el presente y el porvenir, la luz de aquella vasta inteligencia—; yo ignoro si esa política sería la del Rey; pero lo que sé es que si yo tuviera algún poder sería solamente mío. En su consecuencia, señor Conde, dadme a conocer vuestros medios para llegar a este fin; ya os escucho, no diré

con atención, sino con agradecimiento.

Mirabeau dirigió una rápida mirada a la Reina, mirada de águila que sondeaba el abismo de su corazón, y pensó que si no estaba convencida, podía llegar a estarlo.

Aquel triunfo sobre una mujer tan superior como María Antonieta, acariciaba de la manera más dulce la vanidad de Mirabeau.

—Señora —dijo—, hemos perdido París, o poco menos; pero aún nos quedan en provincias considerables multitudes dispersas que podemos reunir. He aquí por qué a mi parecer, señora, que el Rey salga de París, no de

Francia; que se retire a Rouen, en medio del ejército, y que desde allí expida decretos más populares que los de la Asamblea. Así no habrá guerra civil, puesto que el Rey se hace más revolucionario que la Revolución.

—Pero ¿no os espanta esa revolución, bien nos preceda o nos siga? —preguntó la Reina.

—¡Ay de mí, señora!, creo saber mejor que nadie que se le debe conceder algo, como ya he dicho a la Reina: es empresa superior a las fuerzas humanas empeñarse en restablecer la monarquía bajo las antiguas bases que esta revolución ha destruido, y a la cual

contribuyó todo el mundo en Francia, desde el Rey hasta el último de sus súbditos, bien por intención, acción u omisión. No es la antigua monarquía, por lo tanto, la que yo pretendo defender, señora; pero pienso en modificarla, y establecer, en fin, una forma de gobierno más o menos semejante a la que condujo a Inglaterra al apogeo de su poderío y de su gloria. Después de haber entrevisto, según lo que me ha dicho el doctor Gilberto, por lo menos la prisión y el cadalso de Carlos I, ¿no se contentaría el Rey ya con el trono de Guillermo III o de Jorge I?

—¡Oh, señor Conde! —exclamó la Reina, a quien una palabra de Mirabeau acababa de recordar, con estremecimiento, la visión del castillo de Taverney y la figura del instrumento de muerte inventado por Guillotín—, ¡oh, señor Conde!, devolvednos esa monarquía, y ya veréis si somos ingratos, como todos dicen.

—Pues bien —exclamó a su vez Mirabeau—, esto es lo que yo haré, señora. Que el Rey me sostenga, que la Reina me anime, y depositaré aquí, a vuestros pies, el juramento de caballero de que cumpliré la promesa que hago a Vuestra Majestad, o que pereceré en la

demanda.

—¡Conde, Conde —exclamó María Antonieta—, no olvidéis que no es solamente una mujer la que acaba de oír vuestro juramento: es una dinastía de cinco siglos... son setenta reyes de Francia, que desde Jaramundo hasta Luis XV duermen en su tumba, y se verán destronados con nosotros si nuestro trono cae al fin!

—Comprendo el compromiso que contraigo, señora; ya sé que es inmenso, pero no mayor que mi voluntad, ni más fuerte que mi abnegación. Esté yo seguro de las simpatías de mi Reina y de la confianza de mi Rey, y emprenderé la

obra.

—Si no necesitáis más que eso, señor de Mirabeau, os prometo una cosa y otra.

Y saludó al Conde con aquella sonrisa de sirena que ganaba todos los corazones.

Mirabeau comprendió que la audiencia había terminado.

El orgullo del político quedaba satisfecho; pero faltaba algo para halagar la vanidad del caballero.

—Señora —dijo con una cortesía tan respetuosa como audaz—, cuando vuestra augusta madre, la emperatriz María Teresa, dispensaba a uno de sus

súbditos el honor de recibirle, jamás le despidió sin darle a besar su mano.

Y se mantuvo en pie esperando.

La Reina miró aquel león encadenado que tan sólo solicitaba echarse a sus pies, y luego, con la sonrisa del triunfo en los labios, alargó lentamente su hermosa mano, fría como el alabastro, y casi tan transparente como este.

Mirabeau se inclinó, aplicó sus labios sobre aquella mano, y levantando después la cabeza con orgullo:

—¡Señora —dijo—, por este beso, la monarquía está salvada!

Y salió muy conmovido y alegre,

creyendo él mismo, pobre hombre de genio, en la realización de la profecía que acababa de hacer.

Capítulo XLIX

DE VUELTA A LA GRANJA

Mientras que María Antonieta abre de nuevo a la esperanza su corazón dolorido, olvidando un instante los sufrimientos de la mujer al pensar en la salvación de la Reina; mientras que Mirabeau, como el atleta Alcidas, sueña en sostener por sí solo la bóveda de la monarquía, a punto de hundirse, y que amenaza aplastarle al derrumbarse,

conduzcamos al lector, cansado de tanta política, hacia personajes más humildes y más frescos horizontes.

Ya hemos visto qué temores, inspirados por Pitou a Billot durante el segundo viaje de Lafayette desde Haramont a la capital, indujeron al labrador a volver a la granja para reunirse con su familia.

Estos temores no eran exagerados.

El regreso se efectuó a los dos días de la famosa noche en que ocurrió el triple acontecimiento de la fuga de Sebastián Gilberto, de la marcha del vizconde Isidoro de Charny, y del desmayo de Catalina en el camino de

Villers-Cotterêts a Pisseleu.

En otro capítulo de este libro hemos referido cómo Pitou, después de conducir a Catalina a la granja, después de haber sabido de su boca, en medio de lágrimas y sollozos, que el accidente que acababa de sufrir era debido a la marcha de Isidoro, había vuelto a Haramont agobiado bajo el peso de aquella confesión, y al entrar en su casa encontró la carta de Sebastián, que le indujo a marchar a París.

En la capital le hemos visto esperando al doctor Gilberto y a Sebastián, con tal inquietud que ni siquiera pensó en hablar a Billot de lo

sucedido en la granja.

Solamente cuando estuvo seguro de la suerte de Sebastián, al verle volver de la calle de San Honorato con su padre, y cuando supo, de la misma boca del joven, los detalles de su viaje, se acordó de Catalina, de la granja y de la señora Billot, y entonces habló de la mala cosecha, de las lluvias continuas y del desvanecimiento de Catalina.

Ya hemos dicho que este desmayo era lo que había extrañado particularmente a Billot, induciéndole a pedir a Gilberto la licencia que este le concedió.

Durante todo el camino, Billot había

interrogado a Pitou sobre aquel desmayo, pues el digno labrador apreciaba en mucho su granja, quería a su mujer como buen marido, y amaba sobre todo a su hija.

Y sin embargo, gracias a sus invariables ideas sobre el honor y a sus invencibles principios de probidad, este amor le inducía a ser algunas veces tan inflexible juez como tierno padre era.

Interrogado por él, Pitou contestaba:

Que había encontrado a Catalina en medio del camino, muda, inmóvil e inanimada; que creyéndola muerta, la levantó desesperado en sus brazos, sentándola luego sobre sus rodillas; que

muy pronto echó de ver que respiraba, y que entonces la llevó corriendo a la granja, donde con la ayuda de la madre Billot la depositó en su lecho.

Una vez allí, mientras la desconsolada madre se lamentaba, él le echó brutalmente agua en el rostro; la frescura hizo abrir los ojos a Catalina, y al ver esto, juzgando que su presencia no era ya necesaria en la granja, se retiró a su domicilio.

Lo demás, es decir, todo cuanto se refería a Sebastián, el padre Billot lo había oído contar una vez, y esto le bastaba.

De aquí resultó que; volviendo sin

cesar a ocuparse de Catalina, Billot se perdía en conjeturas sobre el accidente ocurrido, y las causas probables que pudieron motivar el mismo.

Estas conjeturas se traducían en preguntas dirigidas a Pitou, a las que este contestaba diplomáticamente: «No sé».

No dejaba de ser un mérito para Pitou contestar así, pues ya se recordará que Catalina había tenido la cruel franqueza de confesarlo todo, y por lo tanto, Pitou *sabía*.

Sí, sabía que con el corazón angustiado por la despedida de Isidoro, Catalina se desmayó en el sitio donde

fue encontrada.

Pero esto es lo que no hubiera dicho el labrador por todo el oro del mundo, pues lo que él experimentaba por la pobre joven era una profunda compasión.

Pitou amaba a Catalina y admirábala sobre todo; ya hemos visto en otro lugar hasta qué punto esta admiración y este amor, mal apreciados y sobre todo mal recompensados, ocasionaron padecimientos en el corazón e inquietudes en el ánimo del joven.

Mas, por profundos que fueran estos dolores, produciendo en el estómago de Pitou una opresión que a veces le hacía

retrasar en una o dos horas su almuerzo y su comida, su indisposición no había llegado nunca a producir en él desfallecimiento ni desmayo.

De modo que Pitou sentaba este dilema lleno de razón, que con su fría lógica dividía en tres partes:

«Si la señorita Catalina ama al vizconde Isidoro hasta el punto de desmayarse cuando se marcha, es porque le quiere más que yo a ella, puesto que jamás me desmayé al separarme de su lado».

Después de esta primera parte, pasaba a la segunda y decíase:

«Si le ama más que yo a ella, debe

sufrir por lo tanto más que yo, en cuyo caso padece mucho».

Y pasando a la tercera parte de su dilema, es decir, a la conclusión, deducía con tanta más lógica cuanto que se refería al exordio:

«En efecto, padece más que yo, puesto que se desmaya, y a mí no me sucede esto nunca».

De aquí la profunda compasión que hacía enmudecer a Pitou al hablarle Billot de Catalina, mutismo que desataba las inquietudes del labrador, las cuales se traducían más claramente por los latigazos que aplicaba de continuo sobre los ijares de su caballo,

alquilado en Dammartín. Así es que a las cuatro de la tarde, los dos viajeros y el cuadrúpedo que tiraba del vehículo se detuvieron a la puerta de la granja, donde los ladridos de los perros anunciaron muy pronto su presencia.

Apenas hicieron alto, Billot saltó a tierra y entró rápidamente en su casa.

Pero un obstáculo con que no contaba se elevó en el umbral de la alcoba de su hija.

Era el doctor Raynal, del que creemos haber tenido ocasión de pronunciar el nombre en el transcurso de esta historia, y el cual declaró que, atendido el estado de Catalina, no tan

sólo era peligrosa toda emoción, sino que podría ser mortal; esto era un nuevo golpe para Billot.

Conocía el hecho del desmayo; pero desde el instante en que Pitou había visto a Catalina abrir los ojos y volver en sí, ya no se preocupó más que de las causas y de las consecuencias morales del desvanecimiento.

Y he aquí cómo la desgraciada quería que, además de esas causas, hubiese un resultado físico.

Este último era una fiebre cerebral que se había declarado en la mañana de la víspera, y que amenazaba elevarse al más alto grado de intensidad.

El doctor Raynal se ocupaba en combatir aquella fiebre por todos los medios que emplean en semejante caso los adeptos de la antigua medicina, es decir, las sangrías y los sinapismos.

Mas este tratamiento, por activo que fuera, no hacía más que atenuar la enfermedad, por decirlo así; la lucha entre el mal y el remedio acababa de empeñarse apenas, y desde la mañana, Catalina era presa de un violento delirio.

Sin duda en este delirio la joven decía cosas extrañas, pues bajo el pretexto de evitar emociones a la enferma, el doctor había alejado de ella

a su madre como acababa de alejar a su padre.

La señora Billot estaba sentada en una banqueta en las profundidades de la inmensa cocina; tenía la cabeza entre las manos y parecía extraña a todo cuanto pasaba en torno suya. Sin embargo, aunque sorda al ruido del vehículo, a los ladridos de los perros y a la entrada de Billot en la cocina, volvió en sí cuando la voz de su marido, discutiendo con el doctor, la hizo despertar en el fondo de su sombría meditación.

Levantó la cabeza, abrió los ojos, y fijando una vaga mirada en Billot, exclamó:

—¡Ah!, ¡es nuestro hombre!

Y levantándose, tropezando y con los brazos extendidos, fue a caer entre los de su esposo.

Este último la miró con expresión de espanto, como si apenas la reconociese.

—Pero ¿qué sucede aquí? —preguntó, con la frente bañada en el sudor de la angustia.

—Sucedé —dijo el doctor Raynal —, que vuestra hija tiene lo que llamamos una meningitis aguda, y que padeciendo esto, así como no se han de tomar ciertas cosas, tampoco se debe ver a ciertas personas.

—Pero ¿es peligrosa esa

enfermedad, señor Raynal? —preguntó el padre Billot—, ¿se muere ella?

—Todas las enfermedades pueden matar cuando no se cuidan bien, apreciable señor Billot; pero dejadme velar a mi manera esa joven, y no se morirá.

—¿Es bien verdad esto, señor doctor?

—Yo respondo de ella; pero es preciso que de aquí a dos o tres días no puedan entrar en la habitación más que yo y las personas indicadas por mí.

Billot ahogó un suspiro y se le creyó vencido; pero intentando el último esfuerzo repuso, con el tono de un niño

qué pide una gracia:

—¿No podría verla por lo menos?

—Y si la veis y la abrazáis, ¿me dejaréis tres días tranquilo sin pedir ya nada más?

—Os lo juro, doctor.

—Pues bien, venid.

Así diciendo, abrió la puerta de la alcoba de Catalina, y el padre Billot pudo ver a la joven con la frente ceñida con una venda de agua de hielo, la mirada vaga y el rostro enrojecido por la fiebre.

Pronunciaba las palabras sin sentido, y cuando el padre aplicó sus labios pálidos y temblorosos sobre la

frente húmeda de Catalina, parecióle oír, entre sus palabras incoherentes, el nombre de Isidoro.

En el umbral de la puerta de la cocina agrupábanse, la madre Billot con las manos juntas, Pitou, de puntillas para mirar sobre el hombro de la buena mujer, y dos o tres jornaleros que, hallándose allí, tenían curiosidad por saber cómo seguía su joven ama.

Fiel a su promesa, el padre Billot se retiró cuando hubo besado a su hija; pero con el ceño fruncido y la mirada sombría, murmurando:

—¡Vamos!, bien veo que era hora de que volviese.

Y entró en la cocina, adonde su mujer le siguió maquinalmente, y adonde Pitou se disponía a seguirles, cuando el doctor, tirándole de la chaqueta, le dijo:

—No salgas de la granja, porque después necesito hablarte.

Pitou se volvió con asombro, e iba a preguntarle en qué podía servirle, cuando el doctor aplicó misteriosamente un dedo a sus labios para que se callase.

Pitou permaneció por lo tanto de pie en la cocina, en el sitio mismo donde se hallaba, simulando, de una manera más grotesca que poética, a esos dioses antiguos que, con los pies cogidos en la piedra, señalaban a los particulares el

límite de sus campos.

Al cabo de cinco minutos la puerta de la habitación de Catalina se abrió de nuevo, y oyóse la voz del doctor llamando a Pitou.

—¿Qué hay? —preguntó este, despierto de la profunda meditación en que parecía sumido—. ¿Qué desea el señor Raynal?

—Ven para ayudar a la enfermera a sostener a Catalina, mientras que yo la sangro por tercera vez.

—¡Por tercera vez se ha de sangrar a mi hija! —exclamó la madre Billot—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

—¡Mujer, mujer —murmuró Billot

con voz severa—, nada de esto hubiera sucedido si hubieras velado mejor por tu hija!

Y entró en su habitación, de la cual había estado ausente tres años, mientras que Pitou, elevado a la categoría de ayudante de cirujano por el doctor Raynal, entraba en el aposento de Catalina.

Capítulo L

PITOU ENFERMERO

Pitou estaba muy admirado de poder servir de alguna cosa al doctor Raynal; pero mucho más se hubiera extrañado si este le hubiera dicho que más bien necesitaba de él un auxilio moral, y no físico, en favor de la enferma.

En efecto, el doctor había notado que en su delirio, Catalina unía siempre el nombre de Pitou con el de Isidoro.

Se recordará que estas eran las dos únicas figuras que debieron quedar impresas en el pensamiento de la joven: la de Isidoro al cerrar los ojos, y la de Pitou al abrirlos de nuevo.

Sin embargo, como la enferma no pronunciaba estos dos nombres con el mismo acento, y atendido que el doctor Raynal —no menos observador que su ilustre homónimo el autor de la *Historia filosófica de las Indias*— se había dicho muy pronto que de estos dos nombres, pronunciados por la joven con un acento diferente, el de Ángel Pitou debía ser el amigo y el de Isidoro de Charny el del amante, no vio ningún

inconveniente, sino más bien una ventaja, en introducir a presencia de la enferma un amigo con quien pudiera hablar de su amante.

Porque para el doctor Raynal —y aunque no queremos quitarle nada de su perspicacia, nos apresuramos a decir que era cosa fácil— todo estaba tan claro como el día, y le bastó agrupar los hechos para que la verdad se revelase a sus ojos.

Todo el mundo sabía en Villers-Cotterêts que en la noche del 5 al 6 de octubre, Jorge de Charny había sido muerto en Versalles, y que en la noche del día siguiente, su hermano Isidoro

había marchado a París.

Ahora bien, Pitou encontró a Catalina desmayada en el camino de Boursonne a París; la llevó sin conocimiento a la granja, y después de esto la joven fue atacada de la fiebre cerebral que produjo el delirio, durante el cual se esforzaba para retener a un fugitivo a quien llamaba Isidoro.

Bien se ve, pues, que para el doctor era cosa fácil adivinar el secreto de la enfermedad de Catalina, que era a la vez el de su corazón.

En tal coyuntura, el doctor se hizo estas reflexiones:

La primera necesidad del enfermo

atacado en el cerebro es la calma. ¿Qué podía producir esta en el corazón de Catalina?, saber qué había sido de su amante.

¿A quién se podían pedir noticias de él? A quien estuviese en posición de saberlas.

Y, ¿a quién le sería dado proporcionarlas? A Pitou, que había llegado de París.

El razonamiento era a la vez sencillo y lógico, y por lo tanto, el doctor le hizo sin esfuerzo alguno.

Por eso ocupó desde luego a Pitou como ayudante de cirujano, aunque hubiera podido muy bien prescindir de

él, puesto que no se trataba de hacer una sangría, sino sencillamente de abrir la antigua.

El doctor sacó con suavidad del lecho el brazo de Catalina, levantó la venda que comprimía la cicatriz, separó con los dos pulgares las carnes mal unidas, y la sangre brotó.

Al verla, Pitou, que hubiera dado la suya por ella, se sintió desfallecer.

Fue a sentarse en el sillón de la enfermera, a quien llamaban señora Clement, se cubrió los ojos con las manos y comenzó a sollozar, profiriendo a cada momento palabras, que parecían salir de su corazón:

—¡Oh, señorita Catalina! ¡Pobre señorita Catalina!

Y se decía a la vez mentalmente, por ese doble trabajo del pensamiento que obra a la vez en el presente y el pasado:

—¡Oh!, seguramente que ama al señor Isidoro más de lo que yo la amo a ella; seguramente sufre más de lo que yo he padecido nunca, puesto que es preciso sangrarla, porque tiene fiebre cerebral y delirio, dos cosas muy desagradables, que yo no he conocido nunca.

Y mientras que extraía más sangre del brazo de Catalina el doctor Raynal, sin perder de vista a Pitou, felicitábase

de haber adivinado también que la enferma tenía en aquel joven un amigo fiel.

Como lo había esperado el doctor, aquella ligera emisión de sangre calmó la fiebre; las arterias de las sienes latieron con más suavidad; el pecho se alivió; la respiración, que antes parecía un silbido, comenzó a ser dulce y uniforme; el pulso, que era de ciento diez pulsaciones, disminuyó hasta ochenta y cinco, y todo anunció para la joven una noche tranquila.

El doctor Raynal respiró también más libremente a su vez; hizo a la enfermera las recomendaciones

necesarias, y entre ellas una muy extraña, cual era la de dormir dos o tres horas mientras que Pitou velaría en su lugar, y haciendo una señal al joven para que le siguiese, entró en la cocina.

Pitou siguió al doctor, que encontró a la madre Billot sentada a la sombra de la campana de la chimenea.

La pobre mujer estaba tan aturdida, que apenas comprendió lo que el doctor decía.

Sin embargo, eran buenas palabras para el corazón de una madre.

—¡Vamos, vamos! —le dijo el doctor—, valor, madre Billot, porque la cosa marcha tan bien como es posible.

La buena mujer pareció revivir.

—¡Oh, apreciable señor Raynal!, ¿es bien verdad eso?

—Sí, la noche no será mala; no os inquietéis si oís aún algunos gritos en la habitación de vuestra hija, y sobre todo no entréis.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la señora Billot con acento de profundo pesar—, es muy triste que una madre no pueda entrar en la habitación de su hija.

—¡Cómo ha de ser —dijo el doctor—, es mi prescripción absoluta; ni vos ni vuestro esposo debéis entrar!

—Pero ¿quién cuidará a mi pobre hija?

—No tengáis cuidado; de ello se encargarán la señora Glement y Pitou.

—¡Cómo Pitou!

—Sí; he reconocido en él hace poco admirables disposiciones para la medicina, y me lo llevo a Villers-Cotterêts, donde el farmacéutico debe preparar una poción. Pitou la traerá, y la enfermera debe encargarse de dársela a vuestra hija por cucharadas. Si sobreviniese algún accidente, Pitou, que ha de velar a Catalina con la señora Clement, podrá servirse de sus largas piernas y llegar a mi casa a los diez minutos. ¿No es verdad, Pitou?

—En cinco, señor Raynal —replicó

el joven con una confianza en sí mismo que no debía dejar la menor duda en el ánimo de sus oyentes.

—Ya lo veis, señora Billot —dijo el doctor Raynal.

—Pues bien, hágase así —repuso la madre Billot—, pero decid alguna palabra sobre vuestras esperanzas al pobre padre.

—¿Dónde está? —preguntó el doctor.

—Aquí, en la habitación contigua.

—Es inútil —dijo una voz desde el umbral de la puerta—, todo lo he oído.

Y en efecto, los tres interlocutores, que habían vuelto la cabeza

estremeciéndose al oír aquella voz, vieron al labrador, pálido y de pie en la puerta.

Después, como si aquello fuera todo lo que necesitaba escuchar y decir, Billot entró en su aposento sin hacer ninguna observación sobre las disposiciones adoptadas para aquella noche por el doctor Raynal.

Pitou cumplió su palabra: al cabo de un cuarto de hora estaba de regreso con la poción calmante adornada de su etiqueta y con el sello del señor Pasquenaud, doctor farmacéutico de padre a hijo en Villers-Cotterêts.

El mensajero atravesó la cocina y

entró después en la habitación de la enferma, sin ningún impedimento ni recomendación alguna. Solamente la señora Billot le dijo:

—¡Ah!, ¿eres tú, Pitou?

A lo que el joven se limitó a contestar:

—Sí, señora Billot.

Catalina dormía con un sueño bastante tranquilo, como lo había previsto el doctor Raynal; cerca de ella, recostada en un gran sillón y con los pies sobre los morillos de la chimenea, estaba la enfermera; sumida en esa especie de soñolencia tan peculiar en esta honrosa clase de la sociedad que,

no teniendo derecho para dormir del todo, ni fuerza para mantenerse del todo despierta, se parece a esas almas que tienen prohibido bajar hasta los Campos Elíseos, y que no pudiendo remontar hasta el día, vagan eternamente en los límites de la vela y del sueño.

La enfermera recibió, pues, en el estado de sonambulismo que le era habitual, el frasco que Pitou le presentaba, destapóle, le dejó sobre la mesita de noche y puso al lado la cucharilla de plata, a fin de que la enferma esperase lo menos posible cuando se le debiera dar el medicamento.

Después volvió a recostarse en el sillón.

En cuanto a Pitou, sentóse sobre el reborde de la ventana para ver a Catalina más a su gusto.

El sentimiento de la misericordia que le había dominado al pensar en la joven, no había disminuido al verla, como ya se comprenderá. Ahora que le era permitido tocar la llaga con el dedo, por decirlo así, y juzgar de los terribles estragos que puede hacer esa cosa abstracta que llaman amor, hallábase más que nunca dispuesto a sacrificarse el suyo, que le parecía de tan fácil composición ante el amor exigente,

febril y terrible que parecía dominar a Catalina.

Estas reflexiones le ponían insensiblemente en la disposición de ánimo que debía estar para favorecer el plan del doctor Raynal.

En efecto, el buen hombre había pensado que el remedio que Catalina necesitaba ante todo era ese tónico que llaman confidente.

No era tal vez un gran médico el doctor Raynal, pero sí un gran observador, como ya hemos dicho.

Una hora después de la entrada de Pitou, Catalina se movió, exhalando un suspiro, y abrió los ojos.

Es preciso hacer a la enfermera la justicia de que al ver esto, se puso en pie al punto, balbuceando:

—Aquí estoy, señorita. ¿Qué deseáis?

—Tengo sed —murmuró la enferma, volviendo a la vida por un dolor físico y el sentimiento por una necesidad material.

La enfermera echó en la cuchara algunas gotas del calmante traído por Pitou y lo introdujo entre los labios secos y los dientes oprimidos de Catalina, que maquinalmente absorbió el dulce licor.

Después, la enferma apoyó de nuevo

la cabeza en su almohada, y la señora Clement, satisfecha de haber cumplido con su deber, se recostó de nuevo en su sillón.

Pitou dejó escapar un suspiro, creyendo que Catalina no le había visto siquiera.

Pero se engañaba; cuando ayudó a la señora Clement a levantar a la enferma para beber las pocas gotas de brebaje, Catalina entreabrió los ojos en el momento de reposar la cabeza en la almohada, y creyó ver a Pitou.

Mas en el delirio de la fiebre que le aquejaba hacía trece días, había visto tantos fantasmas que tan sólo

aparecieron un momento para desvanecerse al punto, que tomó el verdadero Pitou como un Pitou fantástico.

El suspiro que Pitou acababa de exhalar no era, por consiguiente del todo exagerado.

Sin embargo, la presencia de aquel antiguo amigo, con quien Catalina había sido a veces tan injusta, produjo en la enferma una impresión más profunda que las anteriores, y aunque conservaba los ojos cerrados, parecíale ver, en un estado más tranquilo y menos febril, al buen viajero que el hilo interrumpido de sus ideas le representaba con su padre

en París.

De aquí resultó que, poseída de la idea de que Pitou era esta vez una realidad y no una evocación de su fiebre, entreabrió tímidamente los ojos para asegurarse de que aquel que había visto se hallaba siempre en el mismo sitio.

Inútil es decir que no se había movido.

Al ver que los ojos de Catalina se abrían de nuevo, fijando en él la mirada, el rostro de Pitou se iluminó y el buen joven extendió los brazos.

—¡Pitou! —murmuró la enferma.

—¡Señorita Catalina! —exclamó el

joven.

—¿Qué hay? —preguntó la señora Clement volviéndose.

Catalina dirigió una mirada inquieta a la enfermera, y con un suspiro dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Pitou adivinó que la presencia de la señora Clement molestaba a la enferma, y dirigiéndose a ella le dijo en voz baja:

—Señora Clement, no os privéis de dormir; recordad que el señor Raynal me hace estar aquí para velar a la enferma, a fin de que podáis descansar un poco.

—¡Ah!, sí, es cierto —contestó la enfermera.

Y, en efecto, como si no hubiera esperado más que este permiso, la buena mujer se hundió en su sillón exhalando a su vez un suspiro, y después de un instante de silencio, un ronquido, tímido al principio, pero cada vez más sonoro, acabó por dominar completamente la situación a los pocos minutos. La buena enfermera entró con velas desplegadas en el país encantado del sueño, que de ordinario no recorría más que en la meditación.

Catalina había seguido el movimiento de Pitou con cierto asombro, y con la penetración peculiar de los enfermos, no perdió palabra de lo

que Pitou había dicho a la enfermera.

El joven permaneció un instante junto a la enfermera, como para asegurarse que su sueño era verdadero, y después, cuando ya no le quedó la menor duda por este concepto, acercóse a Catalina moviendo la cabeza y con los brazos pendientes.

—¡Ah, señorita Catalina! —exclamó —, ¡bien sabía yo que le amabais; pero no que le amabais tanto!

Capítulo LI

PITOU CONFIDENTE

Pitou pronunció estas palabras de tal modo, que Catalina pudo ver a la vez en ellas la expresión de un dolor profundo y la prueba de una gran bondad.

Estos dos sentimientos, emanados a un tiempo del corazón del buen joven, que la miraba con ojos tan tristes, conmovieron a la enferma en el mismo grado.

Mientras que Isidoro había vivido en Boursonne, sabiendo Catalina que su amante estaba a tres cuartos de legua de ella, y mientras que había sido feliz, en fin, la joven, salvo algunas pequeñas contrariedades por la persistencia de Pitou en acompañarla en sus correrías, salvo ligeras inquietudes ocasionadas por ciertos párrafos de las cartas de su padre, había guardado su amor en su corazón como un tesoro de que no hubiera hecho partícipe a nadie. Pero una vez fuera Isidoro, y desgraciada hora en vez de ser feliz, la pobre niña buscaba en vano un valor igual a su egoísmo, comprendiendo que para ella

sería gran alivio encontrar alguno con quien pudiese hablar del elegante caballero que acababa de separarse de ella sin haberle podido decir nada positivo sobre la época de su regreso.

Ahora bien, como no podía hablar de Isidoro a la señora Clement ni al doctor Raynal, ni a su madre, sufría mucho por verse condenada a este silencio, cuando de pronto, en el momento en que menos lo esperaba, la Providencia ponía ante sus ojos, abiertos ya a la vida y a la razón, un amigo de quien había podido dudar un momento cuando callaba, pero no desde el instante en que pronunció las primeras

palabras.

Comprendiendo que eran compasivas, y que salían penosamente del corazón del pobre sobrino de la tía Angélica, Catalina contestó sin esforzarse para ocultar sus sentimientos:

—¡Ah, señor Pitou!, ¡ved que desgraciada soy! Con esto se rompió el dique por una parte, y la corriente se estableció por la otra.

—En todo caso, señorita Catalina —continuó Pitou—, aunque no me halague mucho hablar del señor Isidoro, si esto puede agradaros, os daré noticias de él.

—¿Tú? —preguntó Catalina.

—Sí, yo —contestó el joven.

—¿Con que le has visto?

—No, señorita Catalina; pero sé que llegó con buena salud a París.

—Y, ¿cómo sabes eso? —preguntó la joven con la mirada brillante de amor.

Pitou la observó y se le escapó un suspiro; mas no por eso dejó de contestar con su acostumbrada conciencia.

—Lo he sabido, señorita, por mi joven amigo Sebastián Gilberto, a quien el señor Isidoro encontró de noche un poco más abajo de la Fontaine-Eua-Claire, y que condujo a París montado en la grupa de su caballo.

Catalina hizo un esfuerzo, apoyóse

sobre un codo, y miró a Pitou.

—¿Con que está en París? —preguntó la joven vivamente.

—Es decir —objetó Pitou—, que ya no debe estar allí ahora.

—Y, ¿dónde ha de estar? —preguntó la joven con voz lánguida.

—Lo ignoro. Tan sólo sé que debía marchar a España o a Italia encargado de una misión.

Al oír la palabra *marchar*, Catalina dejó caer la cabeza sobre su almohada, con un suspiro acompañado de abundantes lágrimas.

—Señorita —dijo Pitou, a quien aquel dolor de la joven laceraba el

corazón—, si tenéis empeño en saber dónde está, puedo informarme.

—¿De quién? —preguntó Catalina.

—Del doctor Gilberto, que se despidió de él en las Tullerías, o bien, si lo preferís —añadió Pitou, al ver que Catalina movía la cabeza en señal de negativa—, puedo volver a París a tomar informes... ¡Oh!, esto se hará muy pronto; es cuestión de veinticuatro horas.

Catalina alargó su mano febril y presentósela a Pitou, que no comprendiendo el favor que le concedía, no se atrevió a tocarla.

—¡Vamos, señor Pitou! —le dijo

Catalina sonriendo—, ¿teméis acaso contagiarnos de mi fiebre?

—¡Oh!, dispensad, señorita —replicó Pitou, estrechando la mano húmeda de la joven entre las suyas, gruesas y cabellosas—, es que no comprendía. ¿Con que aceptáis?

—No, pero te doy las gracias, Pitou; lo creo inútil, y me parece imposible no recibir carta de él mañana a primera hora.

—¡Una carta! —exclamó vivamente Pitou.

Y se contuvo mirando con inquietud a su alrededor.

—Pues sí, una carta de él —contestó

Catalina, buscando con los ojos la causa que podía conturbar así al cándido joven.

—¡Una carta de él!... ¡Diablos! —exclamó Pitou, mordiéndose las uñas como hombre que se ve apurado.

—Sin duda —dijo Catalina—, una carta de él. ¿Qué tiene de particular que me escriba? —repuso la enferma—. ¿Acaso no lo sabéis todo o casi todo?... —añadió en voz baja.

—No me extraña que os escriba... Si me fuera permitido hacerlo, yo también os escribiría, y cartas muy largas; pero temo...

—¿Qué, amigo mío?

—Que la carta del señor Isidoro caiga en manos de vuestro padre.

—¿De mi padre?

Pitou hizo con la cabeza un triple movimiento, que significaba *sí* otras tantas veces.

—¿Cómo de mi padre? —exclamó Catalina cada vez más asombrada—. ¿Acaso no está en París?

—Vuestro padre está en Pisseleu, señorita, en la granja, aquí mismo, en la habitación contigua; pero el señor Raynal le ha prohibido entrar en vuestra habitación, a causa del delirio, según dijo, y yo creo que ha hecho muy bien.

—Y, ¿por qué ha hecho bien?

—Porque el señor Billot no se muestra nada cariñoso respecto al joven Isidoro, y cuando os oyó, una sola vez, pronunciar su nombre, hizo una mueca que no tenía nada de agradable.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío! —murmuró Catalina estremeciéndose—, ¿qué me decís, señor Pitou?

—La verdad... y hasta le he oído murmurar: «¡Está bien, está bien; no diremos nada mientras que se halle enferma, pero ya veremos después!».

—¡Señor Pitou! —exclamó Catalina, cogiendo esta vez la mano de Pitou con tal violencia que este se estremeció a su vez.

—¡Señorita Catalina! —contestó.

—Tenéis razón —dijo la joven—, es preciso que sus cartas no caigan en manos de mi padre... porque me mataría.

—Ya lo veis, ya lo veis —dijo Pitou—; el padre Billot no escucha razones en este punto.

—Pero ¿cómo lo haremos?

—¡Diablo!, decídmelo vos.

—Hay un medio.

—Entonces —dijo Pitou—, si hay un medio, es preciso emplearle.

—Es que no me atrevo —dijo Catalina.

—¿Cómo que no os atrevéis? —

replicó el joven.

—No me atrevo a deciros lo que se debía hacer.

—¿Que no osáis decírmelo, dependiendo de mí?

—¡Diantre, señor Pitou!...

—¡Ah! —exclamó el joven—, esto no está bien, señorita, y yo no hubiera creído que dejarais de tener confianza en mí.

—Sí, que me la inspiras, apreciable Pitou —repuso Catalina.

—¡Ah, enhorabuena! —replicó el joven, dulcemente acariciado por la familiaridad de Catalina, cada vez mayor.

—Pero te será muy doloroso, amigo mío —replicó la enferma.

—¡Oh!, si el dolor no es más que para mí, no os apuréis por esto, señorita.

—¿Consientes de antemano en hacer lo que te pediré?

—¡Ya lo creo!... A menos que no sea imposible.

—Por el contrario, es muy fácil.

—Pues bien, si es fácil, decid.

—Sería preciso ir a casa de la madre Colomba.

—¿La vendedora de alfeñiques?

—Sí; que es además cartera de correos.

—¡Ah!, ya comprendo... ¿y le diré

que no entregue las cartas más que a vos?

—No; que te las dé a ti.

—¿A mí? —exclamó Pitou—. ¡Ah!, sí, no había comprendido al pronto.

Y suspiró por tercera o cuarta vez.

—Bien comprenderás que esto es lo más seguro, Pitou... A menos que no quieras prestarme este servicio...

—¿Yo rehusar, señorita? ¡Ah! ¡Esto nunca!

—¡Pues entonces, muchas gracias!

—Iré... seguramente que sí, y desde mañana mismo...

—Mañana es demasiado tarde, apreciable Pitou, y convendría ir ya hoy.

—Pues bien, señorita, ¡sea!, iré esta mañana... ahora mismo...

—¡Qué buen muchacho eres, Pitou —dijo Catalina—, y cuánto te amo!

—¡Oh!, señorita Catalina —dijo el joven—, no me digáis esas cosas, porque me haríais perder la cabeza.

—¿Ahora qué hora es Pitou?

Este último se acercó al reloj de la joven, pendiente de la chimenea.

—Las cinco y media de la mañana, señorita —contestó el joven.

—Pues bien, mi buen amigo Pitou...

—Decid, señorita.

—Tal vez sería ya tiempo.

—¿De ir a casa de la madre

Colomba?... A vuestras órdenes, señorita; pero deberíais tomar un poco de la poción, pues el doctor recomendó una cucharada cada media hora.

—¡Ah, querido Pitou! —dijo Catalina, echándose una cucharada del brebaje farmacéutico, mientras que miraba a Pitou con ojos que le encendía el corazón—, lo que tú haces por mí vale más que todos los brebajes del mundo.

—Por eso dijo sin duda el doctor Raynal que yo tenía tan grandes disposiciones para ser alumno en medicina.

—Pero ¿dónde dirás que vas, Pitou,

para que no se sospeche nada en la granja?

—¡Oh!, en cuanto a esto estad tranquila.

Y Pitou cogió su sombrero.

—¿Debo despertar a la señora Clement? —preguntó.

—¡Oh!, es inútil; deja dormir a la pobre mujer, pues ahora no necesito nada más que...

—¿Qué? —preguntó Pitou.

Catalina sonrió.

—¡Ah, sí, ya sé! —murmuró el mensajero de amor...— la carta del señor Isidoro.

Y después de una pausa, añadió:

—Pues bien, no tengáis cuidado; si está allí, os la traeré; y si no está...

—¿Qué?... —preguntó con ansiedad Catalina.

—Pues si no está... para que me miréis otra vez como me mirabais hace un momento, para que me sonriáis como acabáis de hacerlo, para que me llaméis de nuevo querido Pitou y buen amigo, si la carta no está, iré a buscarla a París.

—¡Bondadoso y excelente corazón! —murmuró Catalina, siguiendo con los ojos a Pitou cuando se alejaba.

Después, desfallecida por aquella larga conversación, dejó caer la cabeza sobre la almohada.

A los diez minutos le habría sido imposible a la joven decirse a sí propia si lo que acababa de pasar era una realidad conocida por el uso de su razón, o un sueño producido por su delirio; pero sí estaba cierta de que una frescura vivificante y dulce circulaba desde su corazón hasta las extremidades más lejanas de sus miembros febriles y doloridos.

En el momento de atravesar Pitou por la cocina, la madre Billot levantó la cabeza.

La buena mujer no se había echado ni había dormido hacía tres días.

Durante ese tiempo no se levantó de

aquella banqueta sepultada bajo la campana de la chimenea, desde la cual sus ojos podían ver por lo menos la puerta de la habitación de su hija, puesto que le estaba prohibido entrar en ella.

—¿Qué hay? —preguntó.

—La enferma está mejor, madre Billot —contestó el joven.

—Entonces, ¿adónde vas?

—A Villers-Cotterêts.

—Y, ¿qué tienes que hacer allí?

Pitou vaciló un instante, pues no era de esos que saben contestar oportunamente.

—¿Qué tengo que hacer allí?... —repitió para ganar tiempo.

—Sí —dijo la voz del padre Billot—, mi mujer te pregunta para que vas allí.

—Voy para avisar al doctor Raynal.

—¿No te dijo el doctor que no le avisaras sino en el caso que ocurriera algo nuevo?

—Pues bien —contestó el joven—, puesto que la señorita Catalina está mejor, me parece que esto es algo nuevo.

Sea que el padre Billot le pareciera parentoria la contestación de Pitou, o que no quisiera oponer dificultades a un hombre que al fin y al cabo le traía una buena noticia, no hizo ya ninguna otra

observación respecto a la marcha de Pitou.

Y el joven se marchó, mientras que él padre Billot entraba en su habitación y su mujer inclinaba de nuevo la cabeza sobre el pecho.

Pitou llegó a Villers-Cotterêts a las seis menos cuarto de la mañana.

Lo primero que hizo fue despertar escrupulosamente al doctor Raynal para decirle que Catalina estaba mejor, y preguntarle si había alguna otra cosa que hacer.

El doctor le preguntó cómo había pasado la noche Catalina; y con gran asombro de Pitou, que había contestado

a todo con mucha circunspección, el buen muchacho echó de ver que el doctor no ignoraba lo que había pasado entre él y Catalina, casi tan exactamente como si hubiera estado allí, en algún rincón del aposento o detrás del cortinaje de la cama, escuchando su conversación con la joven.

El doctor Raynal prometió ir a la granja aquel mismo día, recomendando tan sólo que se sirviese *siempre a Catalina del mismo tonel*, con lo cual despidió a Pitou. Este último, después de reflexionar largo tiempo sobre el sentido de aquellas palabras enigmáticas, acabó de comprender que

el doctor le recomendaba seguir hablando a la joven del vizconde Isidoro de Charny.

Después de ver al doctor, Pitou fue a casa de la madre Colomba, la carterera, que vivía en la extremidad de la calle de Lormet, es decir, en lo más lejano de la ciudad.

Llegó en el momento en que se abría su puerta.

La madre Colomba era muy amiga de la tía Angélica; pero esta amistad no impedía apreciar al sobrino.

Al entrar en la tienda de la madre Colomba, llena de panecillos y de alfeñiques, Pitou comprendió por

primera vez que, si quería obtener buen resultado en su negociación para que la cartera le entregase las cartas de la señorita Catalina, era preciso valerse, si no de la corrupción, por lo menos de la seducción.

Por lo tanto, compró algunos alfeñiques y un panecillo.

Hecha y pagada esta adquisición, aventuró su pregunta.

Había graves dificultades.

Las cartas no se debían entregar sino a las personas a quienes iban dirigidas, o, por lo menos, a los que estuviesen autorizados para recibirlas.

La madre Colomba no dudaba de la

palabra de Pitou, pero exigía una autorización por escrito.

Pitou vio que era necesario hacer un sacrificio.

Y prometió llevar al día siguiente el recibo de la carta, si esta hubiese llegado ya, juntamente con una autorización de Catalina para recibir todas cuantas viniesen.

Promesa que acompañó con una segunda compra de alfeñiques y pan.

Era el medio de no rehusar nada a la mano que estrena, sobre todo de una manera tan liberal.

La madre Colomba no opuso ya más que ligeras objecciones, acabando por

autorizar a Pitou para que le siguiese a correos, donde le entregaría la carta de la joven, en el caso de haber llegado.

Pitou siguió a la mujer comiéndose sus dos panecillos y chupando los alfeñiques.

Jamás se había permitido semejante derroche; pero ya se sabe que Pitou era rico, gracias a las liberalidades del doctor Gilberto.

Al llegar a la gran plaza se acercó a la fuente, aplicó la boca a uno de los cuatro caños que entonces tenía, y durante cinco minutos contuvo la corriente de agua sin dejar caer una gota. Después paseó la mirada en torno

suyo y pudo ver una especie de teatro que se elevaba en medio de la plaza.

Entonces recordó que en el momento de su partida se hablaba mucho de una reunión en Villers-Cotterêts, a fin de sentar las bases de una federación entre el primer distrito del cantón y de los pueblos inmediatos.

Los diversos acontecimientos particulares que ocurrían en torno suyo le habían hecho olvidar este suceso político que, sin embargo, no carecía de cierta importancia.

Entonces pensó en los veinticinco luises que le había dado el doctor Gilberto al marcharse, para ayudarle a

poner bajo el mejor pie posible la guardia nacional de Haramont.

Y levantó la cabeza con orgullo al pensar en el magnífico aspecto que presentaría, gracias a los veinticinco luises, los treinta y tres hombres que tenía a sus órdenes.

Esto le ayudó a digerir sus dos panecillos y cuatro alfeñiques, que, unidos a la cantidad de agua absorbida, hubieran podido, a pesar del calor de los jugos gástricos de que la naturaleza le había provisto, pesar mucho en el estómago, a no ser por el excelente digestivo que se llama el amor propio satisfecho.

Capítulo LII

PITOU GEÓGRAFO

Mientras que Pitou bebía, digería y reflexionaba, la madre Colomba, después de adelantarse mucho a su compañero, había entrado en correos.

Pero Pitou no se inquietó por esto. La oficina de correos estaba enfrente de lo que se llama la calle Nueva, especie de callejuela que comunica con la porción del Parque donde se halla situada la Avenida de los Suspiros, de

lánguida memoria, y quince zancadas eran suficientes para alcanzar a la madre Colomba.

Emprendió, pues, la marcha, y llegaba a la puerta de correos cuando la madre Colomba salía con su paquete de cartas en la mano.

En medio de ellas había una con un elegante sobre y graciosamente sellada con lacre.

Esta carta era para Catalina Billot, y evidentemente la que esta esperaba.

Según lo estipulado, la cartera la entregó al comprador de alfeñiques, que al punto se puso en marcha en dirección a Pisseleu, alegre y triste a la vez; alegre

porque llevaba la felicidad a Catalina, y triste porque esta dicha provenía de una fuente cuya agua era tan amarga para sus labios.

Mas a pesar de esta amargura, el mensajero tenía tan excelente carácter, que para llevar más pronto aquella carta maldita, pasó insensiblemente del paso regular al trote, y de este al galope.

A cincuenta pasos de la granja se detuvo de repente, pensando con razón que si llegaba así, jadeante e inundado de sudor, podría muy bien inspirar desconfianza al padre Billot, el cual parecía hallarse en la angosta y espinosa vía de la sospecha.

Resolvió, pues, a riesgo de retardarse un minuto o dos, acortar el paso para recorrer el camino que le faltaba, y a este fin avanzó con la gravedad de un confidente de tragedia, que la confianza de Catalina le hacía tomar.

Al pasar por delante de la habitación de la enferma, notó que la señora Clement, sin duda para ventilar un poco el aposento, había entreabierto la ventana.

Pitou introdujo primero la nariz por el hueco y miró cautelosamente; pero esto le bastó para ver a Catalina, y a la joven para divisar a Pitou, muy

misterioso y haciendo señas.

—¡Una carta... una carta! —
exclamó.

—¡Callad!... —murmuró Pitou.

Y mirando en torno suyo con la mirada de un cazador furtivo que procura despistar a los guardabosques que le buscan, y al ver que estaba completamente solo, arrojó la carta por la abertura de la ventana, con tal destreza, que fue a caer precisamente junto a su almohada.

Después, sin esperar las gracias que no podían faltarle, retrocedió para ir hacia la puerta de la granja, en cuyo umbral se hallaba Billot.

A no ser por la especie de curva que la pared formaba, el labrador hubiera visto lo que acababa de pasar, y Dios sabe, dada la disposición de ánimo en que parecía hallarse, lo que habría sucedido en el caso de convertirse en certidumbre una simple sospecha.

El honrado Pitou no esperaba encontrarse cara a cara con el labrador, y sintió que a pesar suyo, se sonrojaba hasta las orejas.

—¡Oh, señor Billot!, la verdad es que me habéis dado miedo...

—¡Miedo a Pitou... a un capitán de guardia nacional... a un vencedor de la Bastilla, miedo!

—¡Qué queréis! —dijo Pitou—, hay momentos como este, y cuando no se está prevenido...

—Sí... —repuso Billot—, y cuando se espera encontrar a la hija y no se ve más que al padre...

—¡Oh, señor Billot!, eso sí que no —exclamó Pitou—, ciertamente que no esperaba encontrar a la señorita Catalina, aunque esté mucho mejor; me parece que todavía se halla demasiado enferma para levantarse.

—¿No tienes algo que leerla? —preguntó Billot.

—¿A quién?

—A Catalina.

—Sí, debo informarla de que el señor Raynal ha dicho que vendría a verla; pero cualquier otro podrá anunciar esto tan bien como yo.

—Y además, tú debes tener gana, ¿no es cierto?

—No mucha.

—¿Cómo, que no tienes gana?... — exclamó el labrador. Pitou reconoció que había cometido una torpeza, pues para que él no tuviese hambre a las ocho de la mañana, era necesario un desarreglo en el equilibrio de su naturaleza.

Por eso se apresuró a decir:

—Ciertamente que tengo hambre.

—Pues entra y come; los jornaleros están a punto de almorzar, y han debido guardarte el puesto.

Pitou entró mientras que Billot le seguía con los ojos, por más que su aire bonachón hubiera casi alejado sus sospechas, y le vio sentarse en la extremidad de la mesa y emprenderla con su plato lleno de tocino, como si no hubiera comido ya dos panecillos y cuatro alfeñiques, bebiéndose después un cuartillo de agua.

Cierto es, sin embargo, que, según toda probabilidad, el estómago de Pitou estaba ya desocupado.

El joven no sabía hacer muchas

cosas a la vez, pero ejecutaba bien la que tenía entre manos: encargado por Catalina de una comisión, la desempeñó bien; invitado por Billot a almorzar, cumplió su cometido.

Billot seguía observándole; mas al ver que no apartaba los ojos de su plato, y que su preocupación se reducía a la botella de sidra, sin que ninguna de sus miradas se dirigiese una sola vez hacia la puerta de Catalina, acabó por creer que la pequeña excursión de Pitou a Villers-Cotterêts no tenía otro objeto que el que había dicho.

Hacia fines del almuerzo, la puerta de Catalina se abrió para dar paso a la

enfermera, que entrando en la cocina con humilde sonrisa, iba en busca de su taza de café.

Sin contar que a las seis de la mañana, es decir, un cuarto de hora después de la marcha de Pitou, había hecho su primera aparición para reclamar su copita de coñac, única cosa que la sostenía después de pasar toda una noche en vela.

Al verla, la señora Billot salió a su encuentro, y su marido volvió a entrar.

Los dos se informaron sobre la salud de Catalina.

—Continúa siempre mejor —contestó la señora Clement—, pero creo

que en este instante tiene un poco de delirio.

—¿Cómo delirio?... —exclamó el padre Billot—. ¿Le acomete de nuevo?

—¡Oh, Dios mío, mi pobre hija! —murmuró la señora Billot.

Pitou levantó la cabeza para escuchar.

—Sí —continuó la señora Clement —, habla de una ciudad llamada Turín, y de un país que tiene por nombre Cerdeña, llamando después a Pitou, para que le diga dónde está ese país y qué ciudad es esa.

—Ya he concluido —dijo Pitou absorbiendo el resto de su sidra y

limpiándose la boca con la manga.

La mirada del padre Billot le detuvo.

—De todos modos —dijo el joven—, si el señor Billot cree oportuno que vaya a dar a la señorita Catalina las explicaciones que desea...

—¿Por qué no? —contestó la madre Billot—. Puesto que la pobre niña te llama, ya puedes ir, muchacho, tanto más cuanto que el señor de Raynal ha dicho que tenías disposición para la medicina.

—¡Diablo! —exclamó cándidamente Pitou—, preguntad a la enfermera cómo hemos cuidado de la señorita Catalina esta noche pasada... La señora Clement

no ha dormido un instante, ni yo tampoco.

Era cosa muy hábil, por parte de Pitou, tocar este delicado punto respecto a la enfermera, pues como esta había dormido perfectamente desde medianoche a las seis de la mañana, declarar que no había cerrado los ojos un sólo instante, era hacerse de ella una amiga.

—Está bien —dijo Billot—, puesto que Catalina pregunta por ti, ve a verla; tal vez llegará un momento en que nos llame también a su madre y a mí.

Pitou presagiaba instintivamente que había una tempestad en el aire, y como

el pastor en los campos, aunque dispuesto a sufrirle si era preciso, no dejaba por eso de buscar de antemano un refugio para guarecerse.

Este refugio era Haramont.

Aquí se le consideraba como a un rey. ¡Qué digo, un rey! ¡Era más aún; era comandante de la guardia nacional, era Lafayette!

Por lo demás, tenía deberes que le llamaban a Haramont.

De consiguiente se prometió regresar prontamente a Haramont, después de ponerse de acuerdo con Catalina.

Y una vez concebido este proyecto

mentalmente, con el permiso verbal del señor Billot y el consentimiento tácito de su mujer, entró en la habitación de la enferma.

Catalina le esperaba impaciente: por el brillo de sus ojos y el subido color de sus mejillas, se podía creer, como lo había dicho la enfermera, que estaba bajo el imperio de la fiebre.

Apenas Pitou hubo cerrado la puerta de la habitación de Catalina, esta última, reconociéndole por su paso, y después de esperarle hacía hora y media, se volvió vivamente hacia él y le presentó ambas manos.

—¡Ah!, ¿eres tú, Pitou? ¡Cuánto has

tardado!

—No es culpa mía, señorita; vuestro padre me ha detenido.

—¿Mi padre?

—Sí, señorita... ¡Oh!, sin duda sospecha alguna cosa. Por otra parte —añadió Pitou con un suspiro—, no me he dado prisa, sabiendo que ya teníais lo que deseabais.

—Sí, Pitou... si —dijo la joven, bajando los ojos—, y te doy las gracias.

Y añadió en voz baja:

—Eres muy bueno, Pitou, y te quiero mucho.

—Vos, sí que sois buena, señorita Catalina —replicó Pitou, casi a punto de

llorar, pues sabía que toda aquella amistad para él no era más que un reflejo de su amor para otro y en el fondo de su corazón, por modesto que fuera el honrado joven, le humillaba no ser más que la luna de Charny.

Por eso añadió divamente:

—Si he venido a molestaros, señorita Catalina, es porque me han dicho que deseabais alguna cosa...

Catalina aplicó la mano a su corazón, para tocar la carta de Isidoro y tener así valor de interrogar a Pitou. Al fin, haciendo un esfuerzo, preguntóle:

—Pitou, ya que eres tan sabio, ¿puedes decirme lo que es la Cerdeña?

Pitou evocó todos sus recuerdos en geografía.

—Esperad... esperad, señorita, yo debo saber eso. Entre las varias cosas que el señor abate de Fortier tenía la pretensión de enseñarnos, una de ellas era la geografía. Esperad... la Cerdeña... ya estoy... ¡Ah!, sí, si recordase la primera palabra, lo diría todo.

—¡Oh, busca, Pitou, busca! —dijo Catalina uniendo las manos.

—¡Pardiez! —replicó el joven—. ¡Cerdeña... Cerdeña!... ¡Ah!, ¡ya recuerdo!

Catalina suspiró.

—Cerdeña —dijo Pitou—, la *Sardinia* de los romanos, una de las tres grandes islas del Mediterráneo, al sur de Córcega, de la que está separada por el estrecho de Bonifacio, forma parte de los Estados sardos, que toman su nombre de ella, y a los que se llama reino de Cerdeña; tiene sesenta leguas de norte a sur; dieciséis de este a oeste, y una población de 54.000 habitantes, siendo la capital Cagliari.

—¡Oh! —exclamó la joven—, ¡qué felicidad saber tantas cosas, amigo Pitou!

—El hecho es —repuso el joven, bastante satisfecho en su amor propio,

ya que estaba herido en su corazón—, el hecho es que tengo buena memoria.

—Y ahora —se aventuró a decir Catalina, pero con menos timidez—, ahora que me has dicho lo que es la Cerdeña, dime lo que es Turín...

—¿Turín?... —repitió Pitou—. Ciertamente que lo haría de la mejor voluntad, si me acordase.

—¡Oh!, procurad recordarlo, porque es lo más importante, señor Pitou.

—¡Diantre!, si es lo más importante, preciso será que lo recuerde —contestó el joven—. Además, si no lo recuerdo, ya me informaré...

—Es que... —insistió Catalina—,

es que yo quisiera saberlo ahora mismo... Busca, querido Pitou, busca...

Catalina pronunció estas palabras con un acento tan cariñoso, que Pitou se estremeció de pies a cabeza.

—¡Ah!, ya busco, señorita —dijo—, ya busco...

Catalina no separaba de él los ojos.

Pitou echó la cabeza hacia atrás, como para interrogar al cielo.

—¡Turín... Turín!... —repitió—. ¡Diablo, señorita, esto es más difícil que Cerdeña!... Esta última es una gran isla del Mediterráneo, y no se cuentan más que tres en este mar; Cerdeña, perteneciente al rey del Piamonte;

Córcega, que es del rey de Francia, y Sicilia, que pertenece al rey de Nápoles; mientras que Turín es una simple capital...

—¿Cómo habéis dicho de la Cerdeña, Pitou?...

—He dicho que pertenecía al rey del Piamonte, y no creo engañarme, señorita.

—Eso es... precisamente, amigo Pitou. Isidoro dice en su carta que marcha a Turín, en el Piamonte...

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Pitou—. ¡Bien, bien!... a Turín es donde el señor Isidoro fue de orden del Rey, y vos me preguntáis para saber cuál es su

paradero.

—¡Pues para qué había de ser sino para eso! —replicó la joven—. ¿Qué me importa la Cerdeña, el Piamonte y Turín?... hasta que él marchó allí, he ignorado lo que era aquella isla y aquella capital, y no me cuidaba de esto; pero como él a ido a Turín, comprenderás, amigo Pitou, que quiera saber qué es...

Pitou suspiró, moviendo la cabeza, y esforzándose para satisfacer la curiosidad de Catalina, dijo:

—Turín... esperad... sí... capital del Piamonte... Turín... Turín... ¡Ya, ya estoy! Bodincemagus, Turasia, Colonia

Julia, Augusta Taurinorum entre los antiguos, hoy capital del Piamonte y de los Estados sardos, situada sobre el Po y el Doira; es una de las más hermosas ciudades de Europa; tiene una población de 125.000 habitantes, y ahora reina allí Carlos Manuel... He aquí lo que es Turín, señorita Catalina.

—Y, ¿qué distancia media entre Turín y Pisseleu, amigo Pitou? Tú que lo sabes todo, no debes ignorar esto...

—¡Ah! —exclamó Pitou—, yo podré deciros qué distancia hay entre Turín y París; pero es más difícil saber cuál es la que media entre aquella ciudad y Pisseleu.

—Pues bien, decid primero la que hay hasta París, y después agregaremos las dieciocho leguas desde Pisseleu a París.

—¡Toma, es verdad! —exclamó Pitou.

Y continuando su nomenclatura, añadió:

—Distancia de París, doscientas, seis leguas; de Roma, ciento cuarenta; de Constantinopla...

—No necesito más que París, amigo Pitou. Doscientas seis leguas y dieciocho, son doscientas veinte y cuatro: de modo que se halla a una distancia de mí...; tres días hace no

estábamos separados más que por tres cuartos de legua... y hoy... hoy... —añadió la joven, derramando lágrimas y torciéndose los brazos—, nos vemos a doscientas veinticuatro uno de otro.

—¡Oh, aún no! —se aventuró a decir Pitou tímidamente—, pues no marchó hasta anteayer, de modo que debe hallarse a medio camino, y apenas.

—¿Dónde está entonces?

—¡Ah!, sobre este punto no puedo decir nada —contestó Pitou—. El abate Fortier nos enseñó lo que eran los reinos y las capitales; pero no nos decía nada de los caminos que a ellos conducían.

—¿Con que eso es cuanto sabes,

amigo Pitou?

—¡Oh, Dios mío, sí! —contestó el geógrafo, humillado al tocar tan pronto los límites de su ciencia—; y debo añadir que Turín es una guarida de aristócratas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que en Turín se han reunido todos los príncipes, las princesas y los emigrados; el conde de Artois, el príncipe de Condé, la señora de Polignac, y otros muchos tunantes que conspiran contra la nación, y a quienes se cortará la cabeza algún día con una de esas máquinas tan ingeniosas que el señor Guillotín acaba de inventar.

—¡Oh, señor Pitou!

—¿Qué, señorita?

—¡He aquí que volvéis a ser feroz como en vuestro primer regreso de París!

—¡Feroz... yo! —dijo Pitou—. ¡Ah!, es cierto... Sí, sí... el señor Isidoro es uno de estos aristócratas, y vos teméis por él...

Después, con uno de esos suspiros que en él hemos oído más de una vez, continuó:

—No hablemos más que de vos, señorita Catalina, y de la manera de complaceros.

—Querido Pitou —contestó Catalina

—, la carta que he recibido esta mañana, no es probablemente la única que recibiré...

—Y, ¿deseáis que vaya a buscar las otras como esta?...

—Pitou, puesto que has comenzado a ser tan bueno...

—Tanto vale que continúe siéndolo, ¿no es cierto?

—Sí...

—Pues no deseo otra cosa.

—Comprenderás que, vigilada por mi padre, como lo estaré, no me será posible ir a la ciudad...

—¡Ah!, pero debo deciros que también me vigila a mí un poco el padre

Billot; yo le he visto bien.

—Sí, pero no puede seguiros hasta Haramont, y nosotros señalaremos un sitio para que vos dejéis allí las cartas.

—¡Oh, muy bien! —contestó Pitou—, un sitio como, por ejemplo, el gran sauce hueco que se halla cerca del lugar donde os encontré desmayada.

—Precisamente —dijo Catalina—, está cerca de la granja, y además no se ve desde las ventanas. ¿Quedamos, convenidos en que las dejaréis allí?...

—Sí, señorita Catalina.

—¡Pero tened cuidado que no os vean!

—¡Preguntad a los guardias de

Longpré, de Taille-Fontaine y de Montaigu si me han visto, y sin embargo, les he cogido docenas de conejos!... Pero ¿cómo os arreglaréis, señorita Catalina, para ir a buscar esas famosas cartas?

—¿Yo?... ¡Oh! En cuanto a mí — contestó Catalina con una sonrisa llena de esperanza y de voluntad—, trataré de curarme muy pronto.

Pitou dejó escapar el más profundo suspiro.

En aquel momento abrióse la puerta y el doctor Raynal se presentó.

Capítulo LIII

PITOU, CAPITÁN DE REPUESTO

Aquella visita del doctor Raynal era la más oportuna para facilitar la salida de Pitou.

El doctor se acercó a la enferma, no sin echar de ver el notable cambio que se había efectuado en ella desde la víspera.

Catalina sonrió al doctor, presentándole su brazo.

—¡Oh! —dijo el señor Raynal—, si no fuera por el placer de tocar vuestra linda mano, apreciable Catalina, ni siquiera consultaría el pulso. Apuesto a que no tenéis más de sesenta y cinco pulsaciones por minuto.

—Es verdad que estoy mucho más aliviada, señor doctor, y que vuestras recetas me han probado perfectamente.

—¡Mis recetas!... ¡Hum, hum! —murmuró el doctor—; comprenderéis que quisiera que fuese así, hija mía, para tener todos los honores de la convalecencia; mas por vanidoso que yo sea, dejo una parte de este honor a mi discípulo Pitou.

Después, levantando los ojos al cielo, añadió:

—¡Oh, naturaleza, naturaleza! — exclamó—, poderosa Ceres, misteriosa Isis, ¡cuántos secretos guardas aún para los que sepan interrogarte!

Y volviéndose hacia la puerta, dijo:

—Vamos, entrad, entrad, padre de rostro sombrío y madre de mirada inquieta; venid a ver a la querida enferma, que para curar del todo no necesita más que vuestro amor y vuestras caricias.

Al oír la voz del doctor, el padre y la madre Billot acudieron presurosos; el primero con un resto de sospecha en la

fisonomía, y la segunda con el rostro radiante.

Mientras que entraban, Pitou, después de contestar a la última mirada de Catalina, salía de la habitación.

Dejemos a la joven que, con la carta de Isidoro oculta en su seno, no necesitaba ya aplicaciones de hielo en la cabeza ni sinapismos en los pies; dejemos a Catalina volver, bajo las caricias de sus dignos padres, a la esperanza, y a la vida, y sigamos a Pitou, que sencilla y candidamente acababa de cumplir con uno de los actos más difíciles impuestos por la religión a las almas cristianas: la abnegación de sí

propio y la bondad con su prójimo.

Decir que el honrado joven se alejaba de Catalina con el corazón alegre sería demasiado, y nos contentaremos con afirmar que se iba con el corazón satisfecho. Aunque no se diese cuenta de la grandeza de su proceder, comprendía bien, por las felicitaciones de esa voz interior que cada cual lleva en sí, que había hecho una buena y santa cosa, tal vez no bajo el punto de vista de la moral, que seguramente reprobaba aquellas relaciones de Catalina con el vizconde de Charny, es decir, de una aldeana con un gran señor, pero sí bajo el punto de

vista de la humanidad.

Ahora bien, en la época de que hablamos, la palabra humanidad era una de las que estaban de moda, y Pitou, que más de una vez la había pronunciado sin saber lo que significaba, acababa de ponerla en práctica sin darse cuenta de lo que había hecho.

Era una cosa que hubiera debido hacer por habilidad, ya que no por bondad del alma.

En vez de ser rival del señor de Charny, se convertía en confidente de Catalina.

Por eso la joven, lejos de tratarle con rudeza, lejos de despedirle, como lo

hizo a su primer regreso de París, le tuteó y halagó por el contrario; como confidente, había obtenido lo que jamás soñó siendo rival.

Sin contar que aún obtendría más a medida que los acontecimientos hicieran cada vez más necesaria su intervención en la vida íntima de la bella campesina.

A fin de continuar las amistosas ternezas, Pitou comenzó por presentar a la madre Colomba una autorización casi legible, por lo cual Catalina le confiaba el encargo de recibir en su nombre todas las cartas que fuesen a ella dirigidas.

A esta autorización por escrito, Pitou agregó una promesa verbal de Catalina,

comprometiéndose, para el día de San Martín próximo, a dar a los jornaleros de Pisseleu una merienda escogida.

Mediante esta autorización y esta promesa, que dejaban a cubierto a la vez la conciencia y los intereses de la madre Colomba, esta se comprometía a recoger todas las mañanas en correos, y tener a disposición de Pitou, las cartas que pudieran llegar para Catalina.

Convenido esto, Pitou, no teniendo ya nada que hacer en la *Ciudad*, como se llamaba pomposamente a Villers-Cotterêts, se encaminó al pueblo.

La llegada de Pitou a Haramont fue un acontecimiento; su precipitada

marcha a la capital no dejó de producir muchos comentarios, y por lo que había ocurrido con motivo de la orden enviada desde París por un ayudante de campo de Lafayette, para que se recogieran los fusiles depositados en casa del abate Fortier, los vecinos de Haramont no dudaron ya de la importancia política de Pitou. Los unos dijeron que se le había llamado a París por el doctor Gilberto; los otros por el general Lafayette, y los demás, en fin, por el Rey, aunque estos fuesen en el menor número.

Aunque Pitou ignorase los rumores que habían circulado durante su ausencia, todos en favor de su

importancia personal, entraba en su país con un aire tan digno que maravilló a todos.

Y es que para ser vistos como realmente son, los hombres deben estar en el terreno que les es propio. Escolar en el colegio del abate Fortier, jornalero en casa del padre Billot, Pitou era hombre, ciudadano, y capitán en Haramont.

Sin contar que en su calidad de capitán, además de cinco o seis luises que le pertenecían, llevaba veinticinco, ofrecidos generosamente por el doctor Gilberto para el equipo de la guardia nacional de Haramont.

Por eso cuando entró en su casa, y como el tambor le hiciera su visita, Pitou le ordenó que anunciara para el día siguiente, domingo, a mediodía, una revista oficial con armas y bagajes, que debía efectuarse en la plaza mayor de Haramont.

Desde aquel momento ya no se dudó que Pitou tendría alguna cosa que comunicar a la guardia nacional de Haramont por parte del gobierno.

Muchos fueron a visitar a Pitou con el objeto de averiguar antes que los otros alguna cosa sobre aquel gran secreto; pero Pitou guardó un majestuoso silencio respecto a los

asuntos políticos.

Por la noche, Pitou, a quien estos asuntos no distraían ni más ni menos que los privados, fue a tender sus lazos para conejos y presentar sus cumplidos al padre Clouis, lo cual no le impidió estar a las siete de la mañana en casa del maestro de Dulauroy, sastre, después de haber depositado en su domicilio de Haramont tres conejos y una liebre, informándose luego si la madre Colomba tenía cartas para Catalina.

No había ninguna, y Pitou afligióse al pensar el presentimiento que tendría la pobre convaleciente.

La visita de Pitou al maestro sastre

tenía por objeto preguntar si este se encargaría de confeccionar el equipo de la guardia nacional de Haramont, y qué precio exigiría.

El maestro hizo las preguntas acostumbradas en semejante caso respecto a la talla de los individuos, preguntas a que Pitou contestó presentando el estado nominal de los treinta y tres hombres, oficiales, sargentos y soldados que componían el efectivo de la guardia cívica de Haramont.

Como todos los hombres eran conocidos del maestro Dulauroy, se calculó el grueso y la talla, y con pluma

y lápiz en la mano, el sastre declaró que no podía dar los treinta y tres uniformes bien acondicionados en menos de treinta y tres luises.

Y aun así, Pitou no podía reclamar por este precio paño del todo nuevo.

Pitou protestó, pretendiendo que sabía de la misma boca del general Lafayette, que había equipado a los tres millones de hombres que componían la guardia cívica de Francia, a razón de veinticinco libras por individuo, o sean setenta y cinco millones en conjunto.

El maestro sastre contestó que en semejante cifra, aunque se perdiese en el detalle, había medio de resarcirse en el

total; y que lo único que él podía hacer —siendo esta su última condición— era equipar a la guardia cívica de Haramont al precio de veintidós francos por hombre, con tal que el pago fuese adelantado.

Pitou sacó un puñado de oro de su bolsillo, declarando que esto no sería ningún impedimento; pero que tenía el dinero muy contado; que si el maestro Dulauroy rehusaba confeccionar los treinta y tres uniformes por veinticinco luises, iría a proponer el negocio al maestro Bligny, su cofrade y rival, y que si había hablado antes con Dulauroy, dándole la preferencia, era porque tenía

amistad con la tía Angélica.

Pitou, en efecto, se alegraba de que su tía supiese indirectamente que él manejaba el oro, y no puso en duda que aquella misma noche el sastre le hablaría de lo que había visto, es decir, que Pitou era rico como Creso.

La amenaza de hacer en otra parte tan importante pedido produjo efecto, y el sastre pasó por donde quiso Pitou, el cual exigió además que su uniforme fuera de paño nuevo, aunque no le pusieran fino, lo que le importaba poco, pero se le debía dar también las charreteras.

Esto produjo otra discusión no

menos larga y animada que la primera; pero Pitou triunfó también, gracias a la terrible amenaza de obtener del maestro Bligny lo que no alcanzase del maestro Dulauroy.

El resultado de toda la discusión fue el comprometerse el sastre a entregar, el sábado siguiente, treinta y un uniformes de soldado, dos de sargento y uno de teniente, así como el de capitán con sus charreteras.

En el caso de no hacerse la entrega con exactitud, el pedido quedaría de cuenta del sastre, pues la ceremonia de la Federación de Villers-Cotterêts y de los pueblos inmediatos, debía

celebrarse al día siguiente de dicho sábado.

Esta condición fue aceptada como las demás.

A las nueve de la mañana, el asunto estaba terminado.

A las nueve y media, Pitou entraba en Haramont muy enorgullecido por la sorpresa que preparaba a sus conciudadanos.

A las once, el tambor tocaba llamada.

Al mediodía se hizo maniobrar a la guardia nacional, en la plaza pública del pueblo, con su acostumbrada precisión.

Al cabo de una hora terminó el acto,

habiéndose dispensado a la valerosa tropa no pocos elogios por su jefe, mientras que las buenas mujeres, los niños y los ancianos contemplaban aquel conmovedor espectáculo con el mayor interés. Pitou llamó al sargento Claudio Tellier y al teniente Desiré Maniquet, y les mandó que reuniesen sus hombres y les ordenasen de parte de él, de la del doctor Gilberto, de la del general Lafayette y de la del Rey, a pasar a casa del maestro Dulauroy, sastre en Villers-Cotterêts, que debía comunicarles algo importante.

El tambor tocó llamada; el teniente y el sargento, tan ignorantes como sus

soldados, transmitieron a estos textualmente las palabras del capitán, y después de esto se oyó la sonora voz de Pitou gritando: ¡Rompan filas!

Cinco minutos después, los treinta y un soldados de la guardia cívica de Haramont corrían como locos por el camino de Villers-Cotterêts, con el teniente Desiré Maniquet y el sargento Claudio Tellier.

Por la noche, los dos ministriles^[17] de Haramont dieron una serenata al capitán, y hubo petardos, cohetes e iluminación, mientras que algunas voces, ligeramente avinadas, es verdad, gritaban a intervalos:

—¡Viva Ángel Pitou, el padre del pueblo!

Capítulo LIV

DONDE EL ABATE FORTIER DA UNA NUEVA PRUEBA DE SU ESPÍRITU CONTRARREVOLUCIONA

El domingo siguiente, los habitantes de Villers-Cotterêts fueron despertados por el tambor, que tocaba afanosamente diana a las cinco de la madrugada.

Nada más importante, en mi concepto, como esa manera de despertar

a una población cuya mayoría, forzoso es decirlo, preferiría acabar tranquilamente la noche completando las siete horas de sueño que, según la higiene popular, todo hombre necesita para conservarse bien.

Pero en todas las épocas de revolución sucede así, y cuando se entra en uno de esos períodos de agitación y de progreso, es preciso comprender filosóficamente el sueño en el número de los sacrificios que se han de hacer a la patria.

Satisfechos o no, patriotas o aristócratas, los habitantes de Villers-Cotterêts fueron despertados el domingo

18 de octubre de 1789 a las cinco de la mañana.

Sin embargo, la ceremonia no comenzaba hasta las diez; pero no sobraría tiempo para hacer todo cuanto faltaba aún.

Un gran teatro, levantado hacía diez días, destacábase en medio de la plaza; mas este teatro, cuya rápida construcción atestiguaba el celo de los carpinteros, no era, por decirlo así, más que el esqueleto del monumento.

Este último hacía más bien las veces de altar a la patria, y el abate Fortier había sido invitado, hacía dos semanas, a celebrar allí la misa del domingo 18

de octubre, en vez de hacerlo en su iglesia.

Ahora bien, para que el monumento fuera digno de su doble destino religioso y social, se debían poner a contribución todas las riquezas del distrito.

Y debemos decir que cada cual había ofrecido generosamente las suyas para aquella gran solemnidad: este un tapiz, aquel una sabanilla de altar; uno cortinillas de seda, y el otro un cuadro religioso.

Pero como la estabilidad no es en el mes de octubre una de las cualidades del tiempo, y atendido que es caso raro que el barómetro le señale bueno bajo el

signo de Escorpión, nadie se había expuesto a presentar su ofrenda de antemano, y todos habían esperado el día de la fiesta para entregar su tributo.

El sol salió a las seis y media, según su costumbre en esa época del año, anunciando, por la limpidez y el color de sus rayos, uno de esos hermosos días de otoño que pueden compararse con los mejores de la primavera.

Por eso, desde las nueve de la mañana el altar de la patria se comenzó a revestir de un magnífico tapiz de Aubusson cubierto de una sabanilla guarnecida de blonda, sobrepuesta de un cuadro que representaba la predicción

de San Juan en el desierto, y sobre el altar veíase un dosel de terciopelo con crespones de oro y cortinillas de brocado.

Los objetos necesarios para la celebración de la misa se debían suministrar naturalmente por la iglesia, y nadie se inquietó sobre esto.

Además, cada ciudadano, como en el día de Corpus, había puesto delante de su puerta o en la fachada de su casa, colgaduras adornadas con ramos de yedra o tapicerías que representaban flores o personajes.

Todas las jóvenes de Villers-Cotterêts y de los alrededores, vestidas

de blanco, luciendo en su talle un cinturón de color, y llevando en la mano una rama de follaje, debían rodear el altar de la patria.

Por último, dicha la misa, los hombres debían prestar juramento a la Constitución.

Desde las ocho de la mañana, la guardia nacional de Villers-Cotterêts esperaba a la guardia cívica de los diferentes pueblos, fraternizados con ella a medida que iban llegando.

Inútil sería decir que todas aquellas milicias patrióticas, la que se esperaba con más impaciencia era la de Haramont.

Había circulado el rumor de que, gracias a la influencia de Pitou y por cualquier generosidad real, los treinta y tres hombres que la componían, sin contar su capitán Ángel Pitou, ostentarían ya el uniforme.

La tienda del maestro Dulauroy había estado llena de gente toda la semana; tal era la afluencia de curiosos dentro y fuera que deseaban ver a los diez obreros de aquel gigantesco pedido, del que no había memoria en Villers-Cotterêts.

El último uniforme, el del capitán — pues Pitou había exigido que no se pensase en él hasta después de servir a

los otros—, el último uniforme se entregó en la noche del sábado a las once y cincuenta y nueve minutos, según lo estipulado.

Y Pitou, en cambio, entregó al contado al maestro sastre los veinticinco luises.

Todo esto había hecho mucho ruido en el distrito del cantón, y no era extraño que en el citado día se esperase con impaciencia a la guardia nacional de Haramont.

A las nueve en punto, el ruido de un tambor y de un pífano^[18] resonó en la extremidad de la calle de Largny; oyéronse gritos de alegría y admiración,

y se vio desde lejos a Pitou montado en su caballo blanco, o mejor dicho, en el de su teniente Desiré Maniquet.

La guardia nacional de Haramont —lo cual no suele suceder tratándose de cosas de que se habló mucho tiempo— no pareció inferior a cuanto de ella se decía.

Ya se recordará el triunfo que alcanzaron los de Haramont cuando no tenían más uniforme que treinta y tres sombreros semejantes, y Pitou ningún distintivo de su grado más que un casco y un sable de dragón.

Júzguese ahora el aspecto marcial que debían tener los treinta y tres

hombres de Pitou vistiendo su uniforme, y del aire que afectaría su jefe con su pequeño sombrero ladeado, su gola, sus charreteras y su espada en la mano. Esto produjo un prolongado grito de admiración desde la extremidad de la calle de Largny a la plaza de la Fuente. La tía Angélica no quería reconocer de ningún modo a su sobrino, y poco faltó para que el caballo blanco de Maniquet la derribase en tierra por su afán de mirar a Pitou de cerca.

El joven hizo un majestuoso saludo con su espada, y de modo que le oyeran, a distancia de veinte pasos, pronunció estas palabras para vengarse:

—¡Buenos días, señora Angélica!

La vieja, agobiada por este respetuoso saludo, retrocedió tres pasos, y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Oh!, al desgraciado le trastornan la cabeza los honores y no reconoce a su tía.

Pitou pasó majestuosamente sin contestar al apostrofe, y fue a ocupar, al pie del altar de la patria, el puesto de honor señalado a la guardia nacional de Haramont, por ser la única tropa que llevaba el uniforme completo.

Llegado allí, Pitou se apeó, dando su caballo a un muchacho, a quien el

magnífico capitán gratificó con algunas monedas de cobre por su trabajo.

Cinco minutos después se refirió el hecho a la tía Angélica, la cual exclamó:

—¡Pero ese desgraciado es millonario! —Y añadió en voz baja—: Mala inspiración tuve al indisponerme con él, pues también las tías heredan de los sobrinos...

Pitou no oyó ni la exclamación ni la reflexión, porque estaba extasiado.

En medio de las jóvenes que ostentaban la cinta tricolor y tenían en la mano una rama de verdes hojas, había reconocido a Catalina, pálida aún por la enfermedad apenas vencida, pero más

bella en su palidez que ninguna otra con los más frescos colores de la juventud.

Pálida y todo, Catalina era feliz, pues aquella misma mañana, gracias a las atenciones de Pitou, había encontrado una carta en el tronco del sauce hueco.

Ya hemos dicho que el pobre Pitou encontraba tiempo para hacerlo todo.

Por la mañana, a las siete, había hallado medio de estar en casa de la madre Colomba; a las siete y cuarto pudo ir a depositar una carta en el sauce hueco; y a las ocho vestía ya su uniforme a la cabeza de sus treinta y tres subordinados.

No había visto a Catalina desde el día que se marchó de la granja dejando a la enferma en su lecho, y ahora la encontraba tan hermosa y feliz, que estaba extasiado ante ella.

La joven le hizo seña de acercarse.

Pitou miró en torno suyo para convencerse de que a él era a quien llamaba.

Catalina sonrió, repitiendo su invitación.

Ya no podía dudar.

Pitou envainó su espada, cogió graciosamente su sombrero por un pico, y con la cabeza descubierta se adelantó hacia la joven.

Para el general Lafayette, Pitou no habría hecho más que llevarse la mano al sombrero.

—¡Ah, señor Pitou! —le dijo Catalina—, *no* os reconocía... ¡Dios mío!, ¡qué buen aspecto tenéis con vuestro uniforme!

Y añadió en voz baja:

—Gracias, gracias, querido Pitou. ¡Oh!, ¡qué bueno eres y cuánto te quiero!

Y cogiendo la mano del capitán de la guardia nacional la estrechó entre las suyas.

Por los ojos de Pitou pasó como una nube; su sombrero se le escapó de la mano que tenía libre, cayendo a tierra.

Y tal vez el pobre enamorado iba a caer también, cuando un gran ruido, acompañado de siniestros rumores, resonó por el lado de la calle de Soissons.

Fuere cual fuere la causa, Pitou se aprovechó del incidente para salir del apuro.

Retiró su mano de la de Catalina, recogió su sombrero, y corrió a ponerse a la cabeza de sus treinta y tres hombres, gritando:

—¡A las armas!

Digamos ahora qué ocasionaba aquel ruido y aquellos rumores.

Sabido es que el abate Fortier había

designado para celebrar la misa de la Federación en el altar de la patria, y que los vasos sagrados y otros ornamentos del culto se debían llevar desde la iglesia al nuevo altar levantado en medio de la plaza.

El alcalde, señor de Lougpré, era quien había dado las órdenes relativas a esta parte de la ceremonia.

Se recordará que el alcalde había tenido ya una cuestión con el abate Fortier cuando Pitou, mostrando la orden del general Lafayette, requirió la fuerza armada para apoderarse de los fusiles que el abate guardaba en depósito.

Ahora bien, el alcalde conocía, como todo el mundo, el carácter del abate Fortier, y sabía que era terco hasta la tenacidad e irritable hasta la violencia.

Comprendía bien que el abate no conservaba un recuerdo muy agradable de su intervención en el asunto de los fusiles, y por eso, en vez de visitar al abate, limitóse a tratar la cosa como de autoridad civil a autoridad eclesiástica, enviando al digno servidor de Dios el programa de la fiesta, en el que se decía:

ARTICULO CUARTO.

La misa se celebrará en el altar de la patria por el señor abate Fortier, comenzando a las diez de la mañana.

ARTÍCULO QUINTO.

Los vasos sagrados y demás ornamentos del culto serán trasladados, de orden del señor abate Fortier, desde la iglesia de Villers-Cotterêts al altar de la patria.

El mismo secretario de la alcaldía fue a entregar el programa al abate Fortier, que después de leerlo con expresión burlona, contestó muy

cortésmente:

—Está bien.

Ya hemos dicho que el altar estaba completamente adornado a las nueve de la mañana, con su tapiz, sus cortinillas, su sabanilla, y su cuadro representando a San Juan cuando predicaba en el desierto.

No faltaba, pues, más que los candelabros, al tabernáculo, la cruz y los demás objetos necesarios para el servicio divino.

A las nueve y media no habían llevado aún nada de esto.

El alcalde, inquieto ya, envió a su secretario a la iglesia, a fin de averiguar

si se ocupaban ya del transporte de los vasos sagrados.

El secretario volvió diciendo que había encontrado la puerta de la iglesia cerrada con llave.

Entonces recibió orden de correr a casa del bedel, que debía ser naturalmente el encargado de aquel transporte; pero lo encontró con la pierna extendida sobre un taburete y haciendo ademanes de dolor.

El pobre hombre se había torcido el pie.

El secretario recibió entonces orden de ir a casa de los chantres.

Los dos tenían el cuerpo magullado;

para reponerse, el uno había tomado un vomitivo y el otro un purgante; ambos medicamentos producían un efecto maravilloso, y los dos enfermos esperaban estar del todo repuestos al día siguiente.

El alcalde comenzó a sospechar una conspiración, y envió a su secretario a casa del abate Fortier.

El abate había sufrido un ataque de gota por la mañana, y su hermana temía que el mal se le comunicase al estómago.

Entonces el alcalde no tuvo ya más duda: no solamente el abate Fortier rehusaba decir misa en el altar de la

patria, sino que, dispensando del servicio al bedel y los chantres, cerraba todas las puertas de la iglesia e impedía que otro sacerdote, si había alguno allí por casualidad, le reemplazase a él.

La situación era grave.

En aquella época no se creía aún que la autoridad civil, en casos importantes, se pudiera separar de la autoridad religiosa, ni que fuera dado celebrar una fiesta sin misa.

Algunos años después, se cayó en el exceso contrario.

Por lo pronto, todas aquellas diligencias, idas y venidas, no se habían efectuado sin que este cometiera algunas

indiscreciones respecto al percance del bedel, al vomitivo del primer chantre, el purgante del segundo y la gota del abate.

Y en la población comenzaba a circular un sordo rumor. No se hablaba nada menos que de hundir las puertas de la iglesia, tomar los vasos sagrados y los ornamentos del culto, y conducir por fuerza al abate Fortier hasta el altar de la patria.

El alcalde, hombre esencialmente conciliador, calmó estos primeros movimientos de efervescencia, y ofrecióse a ir a ver al abate Fortier como embajador.

En su consecuencia se encaminó a la

calle de Soissons y llamó a la puerta del digno abate, tan cuidadosamente cerrada como la de la iglesia.

Pero por más que llamó no obtuvo respuesta.

El alcalde creyó entonces necesario requerir la intervención de la fuerza armada.

Y dio orden de avisar al jefe de gendarmes y al cuartel maestro.

Los dos estaban en la plaza grande, y acudieron al punto seguidos de un numeroso grupo.

Como no se tenía ariete ni catapulta para hundir la puerta, se envió simplemente a buscar a un cerrajero;

pero en el instante en que el hombre aplicaba el gancho a la cerradura, la puerta se abrió y el abate Fortier se presentó en el umbral.

No como Coligny, preguntando a sus asesinos: «¿Qué me queréis, hermanos?», sino como Calchas, con los ojos echando fuego y el *pelo erizado*, según dice Racine en su *Ifigenia*.

—¡Atrás! —gritó, levantando la mano con un ademán amenazador—, ¡atrás, herejes, impíos, hugonotes y relapsos^[19]! ¡Atrás, amalecitas, sodomitas, gomorristas! ¡Despejad el umbral de la casa del Señor!

Al oír esto se produjo un sordo

murmullo en la multitud, y preciso es decir que no fue en favor del abate Fortier.

—Dispensad —dijo el alcalde con su dulce voz a la cual había comunicado el acento más persuasivo que era posible—. Dispensad, señor abate; tan sólo deseamos saber si queréis o no celebrar la misa en el altar de la patria.

—¿Si quiero decir misa en el altar de la patria? —replicó el abate, presa de una de esas santas cóleras a que era tan inclinado. ¿Si quiero sancionar la rebelión, el motín y la ingratitud? ¿Si quiero pedir a Dios que maldiga la virtud y bendiga el pecado?

¡Seguramente no esperáis esto, señor alcalde! ¿Queréis saber si diré vuestra misa sacrílega? ¡Pues bien, no, y no, no la diré!

—Está bien, señor abate —contestó el alcalde—, sois libre y no se os puede obligar a ello.

—¡Ah!, es una fortuna que yo sea libre —replicó el abate—, es una dicha que no se me pueda obligar... Ciertamente que sois muy bueno, señor alcalde.

Y con una sonrisa burlona de las más insolentes, comenzó a empujar la puerta a las narices de las autoridades.

La puerta iba a presentar su faz de

madera, como se dice vulgarmente, a la multitud perpleja, cuando un hombre salió de entre ella, y con un poderoso esfuerzo abrióla otra vez, estando ya cerrada en sus tres cuartas partes, y por poco derriba al abate, aunque era muy vigoroso.

Aquel hombre era Billot, pálido de cólera, con la frente arrugada y rechinando los dientes.

Se recordará que Biliot era filósofo, y en calidad de tal odiaba a los sacerdotes, a quienes llamaba holgazanes.

Entonces se produjo un silencio profundo, comprendiéndose que iba a

suceder algo terrible entre aquellos dos hombres.

Y sin embargo, Billot, que para rechazar la puerta había procedido tan violentamente, comenzó por decir con voz tranquila, casi bondadosa:

—Dispensad, señor alcalde, pero me parece que habéis dicho que si el señor abate no quería celebrar la misa, no se podía obligarle a que lo hiciese...

—Sí, en efecto —balbuceó el pobre alcalde—, paréceme haber dicho eso.

—¡Atrás, sacrílego, atrás, impío, relapso y hereje! —gritó el abate, dirigiéndose a Billot.

—¡Oh! —exclamó este—, callemos

un poco o de lo contrario, la cosa acabará mal, os lo advierto. Yo no os insulto; no hago más que discutir; el señor alcalde cree que no se puede obligaros a decir misa, y yo pretendo lo contrario.

—¡Ah, maniqueo impío! —gritó el abate.

—¡Silencio! —exclamó Billot—, lo digo y lo pruebo.

—¡Silencio! —gritó la multitud.

—Ya lo oís, señor abate —continuó Billot con la misma calma—, todo el mundo es de mi parecer; yo no predico tan bien como vos, mas parece que digo cosas de mayor interés, puesto que se

me escucha.

El abate se disponía a replicar con algún nuevo anatema; pero aquella voz poderosa de la multitud le imponía a pesar suyo.

—¡Habla, habla —exclamó con aire burlón—, y oigamos lo que dices!

—Ahora lo sabréis, señor abate —replicó Billot.

—Pues ya te escucho.

—Y hacéis bien.

Después, dirigiendo una mirada hacia adelante, como para asegurarse de que este callaría, le dijo:

—Se trata de una cosa muy sencilla, y es que todo aquel que recibe paga o

suelo, queda obligado a cumplir con los deberes del cargo que desempeña.

—¡Ah! —exclamó el abate—, ¡ya te veo venir!

—Amigos míos —dijo Billot con la misma voz tranquila, dirigiéndose a dos o trescientos espectadores de aquella escena—, ¿qué preferís, oír las injurias del señor abate, o escuchar mis razonamientos?

—¡Hablad, señor Billot, hablad, ya escuchamos!

Billot continuó.

—Decía, pues, que todo aquel que recibe sueldo por algún cargo u oficio, debe cumplir con los deberes que este le

impone. Así, por ejemplo, ahí está el secretario de la alcaldía, a quien se paga para hacer las escrituras de su jefe, llevar sus mensajes, y volver con las contestaciones. El señor alcalde le envía a vuestra casa, señor abate, para presentaros el programa de la fiesta, y jamás se le hubiera ocurrido decir: «No quiero llevar ese programa de la fiesta al señor Fortier». ¿No es verdad, señor secretario, que nunca hubierais pensado hacer esto?

—No, señor Billot —contestó ingenuamente el secretario—, a fe mía que no.

—Ya lo oís, señor abate.

—¡Blasfemo! —gritó el sacerdote.

—¡Silencio! —contestó la multitud.

Billot prosiguió.

—He aquí al señor cuartel maestre de la gendarmería, a quien se paga para asegurar el orden donde se perturba. Cuando el señor alcalde pensó hace poco que esto podría suceder por causa vuestra, señor abate, y le envió a llamar en su auxilio, al digno jefe no se le ocurrió contestar: «Señor alcalde, restableced el orden como lo entendáis, pero sin mi auxilio». ¿No es cierto que no habríais imaginado tal cosa, señor cuartel maestre?

—De ningún modo, porque era mi

deber —contestó aquel sencillamente—, y por eso he venido.

—¿Lo oís, señor abate? —preguntó Billot.

El abate rechinó los dientes.

—Esperad —continuó Billot—.

Aquí tenemos a ese honrado cerrajero, cuyo oficio, como su nombre lo indica, le obliga a intervenir en cuanto se refiere a cerraduras. Hace poco que el señor alcalde le envió a buscar para que abriese vuestra puerta, y no pensó un momento en contestar a la autoridad: «No quiero abrir la puerta del señor Fortier». ¿No es cierto, Picard, que no se os hubiera ocurrido tal cosa?

—Seguramente que no —contestó el cerrajero—; cogí mis ganzúas y vine. Que cada cual cumpla con su oficio, y las vacas estarán bien guardadas.

—Ya lo oís, señor Fortier —dijo Billot.

El abate quiso interrumpirle; pero el labrador le detuvo con un ademán.

—Pues bien —continuó—, ¿cómo es que vos, que estáis aquí para dar ejemplo, y que cuando todo el mundo cumple con su deber, vos sois el único que falta a él?

—¡Bravo, Billot, bravo! —gritaron a una todos los presentes.

—No solamente vos sois el único

que no cumple —repitió Billot—, sino que dais el ejemplo del desorden y del mal.

—¡Oh! —exclamó el abate Fortier—, la Iglesia es independiente; la iglesia no obedece a nadie, porque no depende más que de sí propia.

—Y he aquí precisamente el mal —replicó Billot—, pues hacéis un poder en el país y un cuerpo en el estado. ¿Sois francés o extranjero, ciudadano o no? Si no sois ciudadano ni francés; si sois prusiano, inglés o austríaco; si el señor Pitt o el señor Cobourg o el señor Kaunitz es quien os paga, obedeced al uno o al otro; pero si sois francés y

ciudadano y la nación es la que os paga, obedecedla.

—¡Sí, sí! —gritaron trescientas voces.

—Y por lo tanto —continuó Billot, con el ceño fruncido, los ojos brillantes de cólera, y alargando su poderosa mano hasta el hombro del abate, en nombre de la nación te intimo, sacerdote, a cumplir con tu misión de paz, pidiendo los favores del cielo, los beneficios de la Providencia, y la misericordia del Señor para con tus conciudadanos y tu patria. ¡Ven, ven!

—¡Bravo, Billot! ¡Viva Billot! —gritaron todas las voces—. ¡Al altar, al

altar el sacerdote!

Y estimulado por estas aclamaciones, el labrador, con su vigoroso brazo, sacó fuera de la bóveda protectora de su gran puerta al primer sacerdote quizá que en Francia había dado tan abiertamente la señal de la contrarrevolución.

El abate Fortier comprendió que no había resistencia posible.

—Pues bien —dijo—, será el martirio... llamo al martirio, invoco al martirio, y le pido desde ahora.

Y entonó en voz alta el *Libéranos Dominé*.

Aquel cortejo extraño era el que

avanzaba hacia la plaza grande a través de los gritos y de los clamores, cuyo rumor llamó la atención de Pitou en el momento en que este estaba a punto de perder el sentido por efecto de las gracias, ante las tiernas palabras y la presión de la mano de Catalina.

Capítulo LV

LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Pitou, a quien aquel rumor había recordado el de los motines parisienses, que más de una vez oyera, creyendo ver acercarse alguna cuadrilla de asesinos, y que debería defender a algún nuevo Hesselles o Foullon o Bertier, había gritado: «¡A las armas!», poniéndose a la cabeza de sus treinta y tres hombres.

Entonces la multitud se entreabrió, viendo al abate Fortier, a quien faltaba poco para parecerse a los antiguos cristianos que llevaban al circo, conducido ahora por Billot.

Un movimiento natural le impulsó a defender a su antiguo profesor, cuyo crimen ignoraba.

—¡Oh, señor Billot! —exclamó, saliendo al encuentro del labrador.

—¡Oh, padre mío! —exclamó Catalina, con un movimiento tan semejante que se hubiera creído concertado por un director de escena.

Pero, bastó una mirada de Billot para detener a Pitou por un lado y a su

hija por el otro. Había alguna cosa del águila y del león a la vez en aquel hombre que representaba la encarnación del pueblo.

Cuando estuvo junto al estrado, soltó al abate Portier, diciéndole:

—Ahí tienes el altar de la patria, donde rehúsas officiar, y del que a mi vez te declaro indigno, pues para franquear estos escalones sagrados es preciso llevar el corazón lleno de tres sentimientos: el deseo de la independencia, la abnegación por la patria y el amor a la humanidad. Sacerdote: ¿eres fiel a tu país? ¿Deseas la libertad del mundo? ¿Amas a tu

prójimo más que a ti mismo? En tal caso, sube atrevidamente a ese altar e invoca a Dios; pero si no te reconoces el primero entre todos nosotros como ciudadano, cede el puesto al más digno, y retírate... desaparece... vete.

—¡Oh, desgraciado! —dijo el abate retirándose y amenazando a Billot con el dedo—, tú no sabes a quién declaras la guerra.

—Sí tal, sí que lo sé —contestó Billot—; declaro la guerra a los lobos, a los zorros y a las serpientes; a todo cuanto pica o muerde, a todo cuanto desgarrar en las tinieblas. Pues bien, ¡sea! —añadió golpeando su ancho

pecho con ademán enérgico—, desgarró, muerde pica... no te faltará dónde.

Y siguió una pausa, durante la cual toda aquella multitud se entreabrió para dejar paso al sacerdote, y después de volver a cerrarse permaneció inmóvil, admirando aquella vigorosa naturaleza que se ofrecía como blanco a los golpes del terrible poder de que aún era esclava la mitad del mundo, y que se llamaba el clero.

Ya no se pensaba en el alcalde, ni en el secretario, ni en el consejo municipal; allí no estaba más que Billot.

El alcalde se acercó a él.

—Con todo esto, amigo mío —le

dijo—, nos hemos quedado sin sacerdote.

—¿Qué más? —preguntó Billot.

—Que no teniendo sacerdote, nos quedamos sin misa.

—¡Vaya una desgracia! —contestó Billot, que desde su primera comunión no había puesto más que dos veces los pies en la iglesia: el día de su casamiento, y aquel en que bautizaron a su hija.

—No digo que sea una gran desgracia —replicó el alcalde, que tenía motivos para no indisponerse con Billot—; pero ¿con qué sustituiremos la misa?

—En vez de la misa —dijo Billot,

como si acabase de tener una inspiración—, voy a deciros lo que se hará: subid conmigo al altar de la patria, y tú también, Pitou; colocaos vos a mi derecha, y tú a mi izquierda... eso es. Lo que haremos en vez de la misa, escuchadme bien todos —dijo Billot—, es dar a conocer la declaración de los derechos del hombre, que es el complemento de la libertad, el Evangelio del porvenir.

Todas las manos aplaudieron simultáneamente; todos aquellos hombres libres de la víspera, o más bien, apenas desencadenados, estaban ávidos por conocer los derechos

reconquistados para ellos, de los cuales no habían disfrutado aún.

Y tenían mayor deseo de oír la palabra de Billot, que no aquella que el abate Fortier llamaba palabra divina.

Colocado entre el alcalde, representante de la fuerza legal, y Pitou, que representaba la del ejército, Billot extendió la mano, y de memoria, pues el honrado labrador no sabía leer, según se recordará, pronunció con voz sonora las palabras siguientes, que toda la población escuchó de pie, silenciosa, con la cabeza descubierta:

DECLARACIÓN DE LOS

DERECHOS DEL HOMBRE

ARTICULO PRIMERO.

Los hombres nacen y quedan libres e iguales por sus derechos. Las distinciones sociales no se pueden fundar sino sobre la multitud común.

ARTICULO SEGUNDO.

El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, que son: la propiedad, la seguridad, y la resistencia a la opresión.

Estas palabras, *la resistencia a la opresión*, fueron pronunciadas por Billot como hombre que ha visto caer ante sí las murallas de la Bastilla, y que sabe que nada resiste al brazo del pueblo cuando este lo extiende. Por eso produjeron uno de esos clamores que cuando proceden de las multitudes parecen rugidos. Billot continuó:

ARTICULO TERCERO.

El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún cuerpo ni individuo puede ejercer autoridad que no emane

esencialmente...

Esta última frase recordaba demasiado vivamente a los que escuchaban la discusión entre Billot y el abate Fortier, en la que el primero había invocado este principio, por lo cual resonaron bravos y aplausos.

Billot esperó a que cesaran y continuó:

ARTICULO CUARTO.

La libertad consiste en poder hacer todo cuanto no perjudique a otro; por eso el ejercicio de los derechos

naturales de cada hombre no tiene más límites que los que aseguran a sus semejantes de la sociedad el goce de esos mismos derechos; estos últimos no se pueden determinar sino por la ley...

Este artículo tenía algo de abstracto para las personas sencillas, y por eso pasó más fríamente que los otros, aunque fuera muy fundamental.

ARTICULO QUINTO.

La ley —continuó Billot—, no tiene derecho más que para

defender los actos perjudiciales a la sociedad. Todo cuanto no está prohibido por la ley no se puede impedir, y a nadie se le puede obligar a hacer lo que aquella no manda...

—¿Es decir —preguntó una voz de la multitud—, que como la ley no ordena el servicio forzoso y ha suprimido el diezmo, los sacerdotes no podrán ya venir a exigírmelo a mi campo, ni el Rey obligarme a servirle?

—Precisamente —dijo Billot, contestando a las preguntas del que hablaba—, y quedamos desde ahora y

para el porvenir exentos para siempre de esas vergonzosas vejaciones.

—En tal caso, ¡viva la ley! —gritó el que preguntaba.

Y todos los asistentes repitieron en coro:

—¡Viva la ley!

Billot prosiguió:

ARTICULO SEXTO.

La ley es la expresión de la voluntad general.

Billot se interrumpió, y levantando el dedo con expresión solemne, dijo:

—¡Escuchad bien esto, amigos,

hermanos y conciudadanos!...

«Todos los franceses tienen derecho para concurrir, personalmente o por sus representantes, a la formación de la ley...».

Y elevando la voz para que no se perdiese una sílaba de lo que decía, prosiguió:

«Debe ser la misma para todos, bien proteja o ya castigue...».

Y con voz más alta aún, continuó:

«Todos los ciudadanos iguales a sus ojos pueden optar igualmente a todas las dignidades, cargos y empleos públicos, sin más distinción que las de sus virtudes y sus talentos...».

El artículo sexto mereció unánimes aplausos.

Y Billot pasó al artículo séptimo.

ARTICULO SÉPTIMO

Ningún hombre —dijo—,

puede ser acusado, arrestado o detenido sino en los casos que la ley determina, y según las formas por ellas escritas. Los que soliciten, ejecuten o hagan ejecutar órdenes arbitrarias deben ser castigados, pero todo ciudadano a quien se llame o se detenga en virtud de la ley, ha de obedecer al punto. Se hará culpable por la resistencia.

ARTICULO OCTAVO

La ley no debe imponer más que las penas estrictamente necesarias, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una

*ley promulgada antes del delito
y legalmente aplicada.*

ARTÍCULO NOVENO.

*Todo hombre a quien se crea
inocente hasta que se le haya
declarado culpable, juzgándose
oportuno detenérsele, si se
emplea con él un rigor que no
se creyese necesario para
asegurarse de su persona, este
último debe ser severamente
reprimido por la ley.*

ARTICULO DÉCIMO

*A nadie se le puede
inquietar por sus opiniones, ni
aun religiosas, con tal que su*

manifestación no perturbe el orden establecido por la ley.

ARTÍCULO DECIMOPRIMERO

La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre. Todo ciudadano, de consiguiente, puede hablar, escribir e imprimir libremente, respondiendo del abuso de esa libertad en los casos determinados por la ley.

ARTÍCULO DECIMOSEGUNDO

La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano

necesita una fuerza pública, la cual queda instituida en ventaja de todos y para la utilidad particular de aquellos a quienes se confía.

ARTÍCULO DECIMOTERCERO

Para el mantenimiento de la fuerza pública y para los gastos de administración, es indispensable un impuesto, que debe repartirse por igual entre todos los ciudadanos, atendidas sus facultades.

ARTÍCULO DECIMOCUARTO

Todos los ciudadanos tienen derecho para consignar, por sí

mismos o por sus representantes, la necesidad de la contribución pública, consentirla libremente y determinar la cantidad y la duración.

ARTÍCULO DECIMOQUINTO

La sociedad tiene derecho para exigir a todo agente público que dé cuenta de su administración.

ARTICULO DECIMOSEXTO

Toda la sociedad en que no está asegurada la garantía de los derechos ni la separación de los poderes determinados, no

tiene constitución.

ARTÍCULO DECIMOSÉPTIMO

Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, a nadie se le puede despojar de ella sino cuando la necesidad pública, legalmente probada, lo exige evidentemente, y bajo la condición de una indemnización razonable.

—Y ahora —continuó Billot—, he aquí la aplicación de estos principios. ¡Escuchad, hermanos, conciudadanos, y hombres a quienes esta declaración de nuestros derechos acaba de hacer libres,

escuchad!

—¡Silencio! ¡Escuchemos! —

dijeron veinte voces a la vez.

Billot continuó.

*«La Asamblea nacional,
queriendo establecer la
Constitución francesa bajo los
principios que acaba de
reconocer y declarar, suprime
irrevocablemente las
instituciones ofensivas a la
libertad y a la igualdad de los
derechos...».*

La voz de Billot tomó un acento de

odio y de amenaza para continuar.

Ya no hay nobles ni pares, ni distinciones hereditarias ni órdenes, ni régimen feudal, ni justicias patrimoniales, ni los títulos, denominaciones y prerrogativas que de ellas se derivan, ni orden de caballería, ni ninguna de las corporaciones para las cuales se exigían pruebas de nobleza, o que suponían diferencias de nacimiento, ni ninguna otra superioridad más que la de los funcionarios públicos en el

ejercicio de sus cargos.

Ya no hay venalidad, ni herencia de ningún cargo público; ya no hay, para ninguna parte de la nación ni para ningún individuo, privilegio alguno ni excepción del derecho común de todos los franceses.

Ya no hay gremios, ni corporaciones de profesiones, artes y oficios.

En fin, la ley no reconoce ni votos religiosos, ni cualquier otro compromiso que sea contrario a los derechos

naturales de la Constitución...

Billot calló.

Se le había escuchado con religioso silencio.

Por primera vez el pueblo comprendía con asombro el reconocimiento de su derecho, proclamado a la luz del día, a la luz del sol, a la faz del Señor, a quien tan largo tiempo había pedido en sus oraciones esa Constitución natural que no obtenía sino al cabo de siglos de esclavitud, de miseria y de sufrimientos.

¡Por primera vez el hombre, el hombre verdadero, aquel sobre el cual

pesaba, hacía seiscientos años, el edificio de la monarquía con su nobleza a la derecha y su clero a la izquierda; por primera vez el obrero, el artesano y el labrador, acababan de reconocer su fuerza, de apreciar su valor, de reconocer el lugar que ocupaban en la tierra, de medir la sombra que hacían al sol, y todo esto, no en virtud del capricho de un amo, sino a la voz de uno de sus iguales!

Por eso, cuando después de pronunciadas estas últimas palabras: «La ley no reconoce ya ni votos religiosos, ni compromiso alguno que sea contrario a los derechos naturales y

a la Constitución»; cuando después de estas palabras, decimos, Billot profirió el grito, tan nuevo aún que parecía criminal, de «¡Viva la nación!»; cuando al extender ambos brazos reunió sobre su pecho, en fraternal abrazo, la faja del alcalde y las charreteras del capitán, aunque el primero no fuese más que la autoridad de una ciudad pequeña, y el segundo no pasara de ser el jefe de un puñado de campesinos, el principio no era por eso menos grande, y todas las bocas repitieron el grito de «¡Viva la nación!», mientras que todos los brazos se abrían para estrecharse después de la sublime fusión de todos los intereses

particulares hacia la abnegación común.

Era una de esas escenas de las que Gilberto había hablado a la Reina, sin que esta pudiese comprenderlas.

Billot bajó del altar de la patria en medio de los gritos de alegría y de las aclamaciones de la población entera.

La música en Villers-Cotterêts, reunida con la de los pueblos vecinos, comenzó a tocar al punto el aire de las reuniones fraternales, de las bodas y de los bautismos: *¿Dónde se puede estar mejor que en el seno de la familia?*

En efecto, a partir de aquella hora, Francia se convertía en una gran familia; a partir de aquella hora, los odios de

religión quedaban extinguidos, y las preocupaciones de provincia desaparecían; a partir de aquella hora, la que sería un día para el mundo hacíase para Francia; la geografía quedaba muerta; ya no había montañas, ni ríos, ni más obstáculos entre los hombres: ¡una lengua, una patria y un corazón!

Y con aquel aire sencillo con que la familia había acogido en otro tiempo a Enrique IV, y con el que hoy un pueblo saludaba a la libertad, comenzó una inmensa danza, que desplegándose en el mismo instante como una cadena sin fin, corrió sus anillos vivos desde el centro

de la plaza hasta la extremidad de las calles que en ella desembocaban.

Después se colocaron mesas delante de las puertas: pobre o rico, cada cual llevó su plato, su jarro de sidra, su vaso de cerveza, su botella de vino o su cántara de agua, y toda una población tomó su parte en aquella gran fiesta bendiciendo a Dios; seis mil ciudadanos comulgaron en la misma mesa, santa mesa de la fraternidad.

Billot fue el héroe de la jornada, y compartió generosamente los honores con el alcalde y Pitou.

Inútil es decir que en la danza, Pitou halló medio de estar siempre cerca de

Catalina.

Pero la joven tenía una marcada expresión de tristeza, y su alegría de la mañana había desaparecido como desaparece un fresco y risueño rayo de la aurora bajo los vapores tempestuosos del mediodía.

En su lucha con el abate Fortier, en su declaración de los derechos del hombre, su padre había arrojado el guante al clero y a la nobleza, reto tanto más terrible cuanto que procedía de más baja esfera.

Había pensado en Isidoro, que ya no era nada... nada más que cualquier otro hombre.

Y no era el título, ni la categoría ni la riqueza, lo que la joven echaba de menos en él, pues hubiera amado a Isidoro siendo un simple campesino; mas parecíale que se procedía de una manera violenta, injusta y brutal con aquel joven, y que el padre Billot, al arrancarle sus títulos y privilegios, en vez de acercarle a ella algún día, debía alejarle para siempre.

En cuanto a la misa, nadie se acordó de ella, y se perdonó casi al abate Fortier su salida contrarrevolucionaria; pero este, al día siguiente, encontró su clase casi desierta, pues su negativa de officiar en el altar de la libertad, le hacía

perder su carácter popular entre los
padres patriotas de Villers-Cotterêts.

Capítulo LVI

BAJO LA VENTANA

La ceremonia que acabamos de describir, y que por federaciones parciales tenía por objeto enlazar entre sí todos los distritos de Francia, no era más que el preludio de la gran federación que debía efectuarse en París el 14 de julio de 1790.

En aquellas federaciones parciales, los distritos pensaban desde luego en los

diputados que enviarían a la federación general.

El papel que habían desempeñado, en aquel día del 18 de octubre, Billot y Pitou, los señalaba naturalmente a los sufragios de sus conciudadanos para cuando llegara el gran día de la Federación general.

Pero entretanto, todo volvía a las condiciones de la vida ordinaria, de la que cada cual acababa de salir momentáneamente por la sacudida que comunicó a las costumbres providenciales aquel memorable acontecimiento.

Hablar de esas tranquilas

costumbres, no queremos decir que en provincias, menos que en otra parte, la vida siga su curso recreada por las alegrías o entristecida por los dolores. No hay arroyo, por pequeño que sea, desde aquel que murmura sobre la hierba del huerto de un pobre campesino, hasta el gran río majestuoso que desciende de los Alpes como un conquistador, que no tenga su orilla, humilde u orgullosa, sembrada de pueblecillos o de ciudades, y sus intervalos de sombra y de sol.

Y si dudamos de ello, el palacio de las Tullerías, donde hemos introducido a nuestros lectores, y a la granja del padre

Billot, de la que acabamos de traerle, podrían darnos un ejemplo.

Y no porque superficialmente todo parezca tranquilo y casi risueño. En efecto, por la mañana, a eso de las cinco, la gran puerta que da a la llanura o al bosque, semejante a una verde cortina en verano y a un sombrío crespón en invierno, se abría para dar paso al sembrador, que iba a pie con su saco de trigo y cenizas al hombro; el labrador a caballo se dirigía a los campos en busca del arado inmóvil en la extremidad del surco de la víspera; la vaquera, conduciendo su rebaño, guiado por el toro majestuoso y dominador,

seguido de sus vacas, entre las cuales van los terneros y la favorita, fácil de reconocer por su sonora campanilla; y detrás de todo esto, montado en su vigoroso caballo normando, el padre Billot, el amo, el alma y la vida de todo aquel mundo en miniatura.

Un observador desinteresado no habría hecho aprecio de su salida, y en sus ojos muy abiertos, que interrogaban las cercanías, en aquel oído atento a todos los rumores, en aquella mirada, semejante a la del cazador que sigue una pista, y que no se apartaba un instante de la tierra, el espectador indiferente no habría visto más que el acto de un

propietario asegurándose de que el día sería hermoso, y de que durante la noche ni los lobos, ni los jabalíes, ni los conejos habrían salido del bosque, los primeros para sus rediles, los segundos para devorar sus patatas, y los últimos para comerse sus tréboles.

Mas para todo aquel que hubiera sabido lo que pasaba en el fondo del alma del buen labrador, cada uno de sus ademanes o de sus pasos habría tenido un carácter más grave.

Si miraba a través de la oscuridad, era por ver si algún merodeador se acercaba o se alejaba furtivamente de la granja.

Si escuchaba en el silencio, era para cerciorarse de si alguna llamada misteriosa no se correspondía desde la habitación de Catalina hasta los sauces que flanqueaban el camino o los fosos que separaban el bosque de la llanura.

Lo que preguntaba a la tierra, examinada por él con tanta atención, era para saber si conservaba la huella de un pie cuya ligereza o pequeñez indicara la aristocracia.

En cuanto a Catalina, según hemos dicho, aunque la expresión de Billot se hubiese dulcificado un poco para ella, no dejaba por eso de adivinar la desconfianza paterna, de lo cual

resultaba que durante sus largas noches de invierno, solitarias y ansiosas, preguntábase si prefería que Isidoro volviese a Boursonnes o permaneciera lejos de ella.

En cuanto a la madre Billot, había vuelto a su existencia vegetativa: su marido estaba ya en casa; su hija había recobrado la salud; no miraba más allá de este limitado horizonte, y habría sido necesaria una vista más ejercitada qué la suya para buscar la sospecha en el fondo del pensamiento de su marido, y las angustias en el de su hija.

Pitou, después de haber saboreado con un orgullo mezclado de tristeza su

triunfo de capitán, había recaído en su situación habitual, es decir, en una dulce y benévola melancolía. Con la regularidad ordinaria hacía por la mañana su visita a la madre Colomba; si no había cartas para Catalina regresaba tristemente, porque pensaba que, no recibiendo la joven noticias de Isidoro, no pensaría en él que se las llevaba. Si había alguna carta, depositábala religiosamente en el hueco del sauce, volviendo quizá mucho más triste que los días en que no encontraba nada, al reflexionar que Catalina no pensaba en él más que por carambola, porque el caballero a quien la Declaración de los

Derechos del Hombre había despojado de su título, no le podía privar de su postura y elegancia, y seguía siendo el hilo conductor por el cual percibía la sensación casi dolorosa del recuerdo.

Sin embargo, fácilmente se comprenderá que Pitou no era un mensajero puramente pasivo, y que, aunque mudo, no era ciego. Después de su interrogatorio sobre Turín y Cerdeña, que le reveló el objeto del viaje de Isidoro, había reconocido, por los sellos de las cartas, que el joven caballero estaba en la capital del Piamonte; después, cierto día leyó en el timbre la palabra *Lyon*, en vez de *Turín*, y dos

días después, es decir, el 25 de diciembre, llegó una carta con la palabra *París*, en vez de *Lyon*.

Entonces Pitou, sin necesitar mucha perspicacia, comprendió que el vizconde Isidoro de Charny había salido de Italia y estaba de vuelta en Francia.

Y una vez en París, era evidente que no tardaría en ir a Boursonnes.

El corazón de Pitou se oprimió y no fue insensible a las diferentes emociones que acababan de asaltarle.

Así es que el día en que llegó la carta fechada en París, Pitou, para tener un pretexto, resolvió ir a poner sus lazos en la Bruyere-aux-Loups, donde ya le

hemos visto en otro tiempo trabajar con buen resultado.

Ahora bien, la granja de Pisseleu estaba situada precisamente en el camino de Haramont, en aquella parte del bosque se llamaba la Bruyere-aux-Loups; de modo que no tenía nada de extraño que Pitou se detuviese al pasar por allí.

Para esto eligió la hora en que Billot hacia su excursión por los campos después de comer.

Según su costumbre, Pitou, cortando a través de la llanura, iba desde Haramont a la carretera de París a Villers-Cotterêts, desde aquí a la granja

de Noue, y desde este punto, por los barrancos, al camino de Pisseleu.

Después, dando vueltas a las paredes de la granja y a los establos, acababa por encontrarse frente a la puerta principal de entrada, que tenía en el otro lado las habitaciones.

Esta vez siguió también su acostumbrado itinerario.

Llegado a la puerta de la granja, su mirada vaga, sin fijarse en ningún punto preciso, recorría toda la extensión del bosque comprendida entre el camino de Villers-Cotterêts a la Ferté-Milon y a Boursonne.

Pitou no trataba de sorprender a

Catalina; se arregló de modo que pudiera encontrarse en el radio recorrido por su vista, y los ojos de la joven se fijaron al fin en él.

Catalina sonrió; consideraba tan sólo a Pitou como un amigo, o, más bien, este había llegado a ser para ella un confidente.

—¿Sois vos, querido Pitou? —preguntó—. ¿Qué buen viento os trae por aquí?

Pitou mostró sus lazos, que llevaba arrollados en la muñeca.

—Me ha ocurrido —contestó—, regalaros un par de conejos bien tiernos y perfumados, señorita Catalina, y como

los mejores son los de la Bruyere-aux-Loups, por abundar allí el tomillo, emprendí la marcha antes de tiempo para veros e informarme sobre vuestra salud.

Catalina comenzó por sonreír por esta atención de Pitou, y después de contestar de este modo a la primera parte de su discurso, respondió a la segunda verbalmente:

—¿Noticias de mi salud? Sois muy bueno, apreciable Pitou. Gracias a los cuidados que me dispensasteis cuando estaba enferma, y que habéis continuado desde mi convalecencia, estoy casi curada.

—¡Casi curada! —replicó Pitou con un suspiro—. Yo quisiera que lo estuvierais ya del todo.

La joven se ruborizó y tomó la mano de Pitou como si fuese a decirle alguna cosa importante; pero arrepintiéndose sin duda bajó la mano, dio algunos pasos por su habitación como si buscase el pañuelo, y habiéndolo encontrado le pasó por su frente bañada en sudor, aunque era uno de los días más fríos de la estación.

Ninguno de estos movimientos pasó desapercibido para la mirada investigadora de Pitou.

—¿Tenéis algo que decirme,

señorita Catalina? —preguntó.

—¿Yo?... No... nada... os engañáis, amigo Pitou —contestó la joven con voz alterada.

Pitou hizo un esfuerzo.

—Es que —dijo—, si la señorita Catalina necesita algo de mí, debe decírmelo.

La joven reflexionó, o más bien, vaciló un instante.

—Querido Pitou —dijo—, me habéis probado que en cualquier ocasión podría contar con vos, y yo os estoy muy agradecida, creedlo así.

Y añadió en voz baja:

—Es inútil que vayáis esta semana a

correos, porque durante algunos días no recibiré cartas.

Pitou iba a contestar que ya lo suponía; mas deseaba ver hasta qué punto llegaría la confianza de la joven en él.

Pero Catalina se limitó a la recomendación que acabamos de indicar, y que tan sólo tenía por objeto evitar al joven un viaje inútil todas las mañanas.

Sin embargo, a los ojos de Pitou, la recomendación de la joven tenía mayor alcance.

El hecho de que Isidoro se hallara en París no era una razón para que no

escribiese, y si no lo hacía era porque pensaba verla.

¿Quién decía a Pitou que aquella carta fechada en París, y que él había depositado la misma mañana en el saucel hueco, no anunciaba a Catalina la próxima llegada de su amante? ¿Quién le decía que aquella mirada vaga en el espacio que sorprendió al presentarse y que al fin se fijó en él, no buscaba en el lindero del bosque alguna señal que indicase a la joven la llegada de su amante?

Pitou esperó a fin de dar tiempo a Catalina para que se consultara sobre si tenía que hacerle alguna confidencia;

mas viendo que permanecía silenciosa, le dijo:

—Señorita Catalina, ¿habéis observado el cambio producido por el señor Billot?

—¡Ah! —exclamó—, ¿habéis notado algo vos?

—Señorita Catalina —replicó Pitou, moviendo la cabeza—, seguramente llegará un momento —no sé cuando— en que aquel que es causa de ese cambio pasará un mal cuarto de hora; yo soy quien os lo dice. ¿Me comprendéis?

Catalina palideció.

Pero mirando siempre con fijeza a Pitou, interrogó:

—¿Por qué decís *aquel* y no *aquella*? Tal vez sea una mujer y no un hombre quien deberá sufrir las consecuencias de esa cólera oculta...

—¡Ah, señorita Catalina! —exclamó Pitou—, me espantáis. ¿Tenéis algo que temer?

—Amigo mío —contestó tristemente Catalina—, temo lo que una pobre joven que ha olvidado su condición y que ama a quien es superior a ella, puede temer de un padre irritado.

—Señorita —repuso Pitou, aventurándose a dar un consejo—, me parece que en vuestro lugar...

Y se interrumpió.

—¿Qué en mi lugar?... —repitió Catalina.

—Pues bien, me parece... ¡Ah!, pero no —añadió—, habéis estado en peligro por una simple ausencia de ese caballero; si debierais renunciar a él sería para morir del todo, y yo no quiero que sucumbáis, aunque os haya de ver enferma y triste; prefiero esto a saber que estáis allá abajo en el cementerio... ¡Ah, señorita Catalina!, todo esto es una desgracia.

—¡Silencio! —exclamó Catalina—, hablemos de otra cosa o de nada, porque mi padre viene.

Pitou volvió la cabeza hacia donde

Catalina miraba y vio al labrador que avanzaba al trote de su caballo.

Al ver a un hombre cerca de la ventana de Catalina, Billot se detuvo, y después, reconociendo sin duda quién era, prosiguió su camino.

Pitou dio algunos pasos para salirle al encuentro, sonriendo y con el sombrero en la mano.

—¡Ah, ah!, eres tú, Pitou —exclamó Billot—. ¿Vienes a comer, no es verdad?

—No, señor Billot —contestó Pitou —, no me permitiría eso... pero...

En aquel momento parecióle que una mirada de Catalina le estimulaba.

—Pero ¿qué? —preguntó Billot.

—Que... si me invitáis, aceptaré.

—Pues bien —contestó el labrador—, te invito.

—Pues entonces, acepto.

Billot tocó con la espuela a su caballo y penetró bajo la bóveda de la puerta cochera.

Pitou se volvió hacia Catalina.

—¿Es eso lo que ibais a decirme? —preguntó.

—Sí... Hoy está más sombrío aún que los días anteriores...

Y añadió en voz baja:

—¡Oh, Dios mío! ¡Acaso sabrá!...

—¿Qué, señorita? —preguntó Pitou,

que había oído a Catalina, aunque habló muy bajo.

—Nada —contestó la joven entrando en su habitación, cuya ventana cerró al punto.

Capítulo LVII

EL PADRE CLOUIS REAPARECE EN ESCENA

Catalina no se había engañado; a pesar de la afabilidad con que recibió a Pitou, su padre parecía estar más sombrío que nunca. Dio una especie de apretón de manos a Pitou, y este notó que tenía la mano fría y húmeda. Su hija, según costumbre, le presentó sus mejillas pálidas y temblorosas; pero

Billot se contentó con besar su frente; y en cuanto a la madre Billot, levantóse con un movimiento que era natural cuando su marido entraba, y que participaba a la vez del sentimiento de su inferioridad y de su respeto; pero el labrador ni siquiera fijó su atención en esto.

—¿Está preparada la comida? — preguntó.

—Sí, marido —contestó la madre Billot.

—Pues entonces a la mesa —dijo—, porque aún tengo muchas cosas que hacer antes de la noche.

Todos pasaron al pequeño comedor

de la familia que daba al patio, y nadie podía entrar en la cocina, viniendo de fuera, sin cruzar por delante de la ventana por donde penetraba la luz en dicho comedor.

Se agregó un cubierto para Pitou, a quien se colocó entre las dos mujeres, vuelto de espaldas a la ventana.

Por preocupado que Pitou estuviese, había en él un órgano en el que esta circunstancia no influía jamás, y era su estómago, de lo cual resultó que Billot, a pesar de su mirada perspicaz, no pudo ver en su convidado más que la satisfacción que le producía el aspecto de una excelente sopa de col y del plato

de carne y tocino que la siguió.

Era evidente, no obstante, que Billot deseaba saber si era la casualidad o un designio premeditado lo que había traído a Pitou a la granja.

Por eso, en el momento en que se retiraba la carne y tocino para servir un cuarto de cordero asado, plato cuya entrada observaba Pitou con visible alegría, el labrador, descubriendo de pronto sus baterías, dijo directamente a Pitou:

—Ahora que ves que siempre eres bien venido a la granja, ¿quieres decirme qué te ha inducido a venir hoy aquí?

Pitou paseó una mirada en torno suyo para asegurarse de que no había otras indiscretas, y contestó al punto mostrando una veintena de lazos arrollados en su muñeca a guisa de pulsera:

—Esto os lo dirá y bien podéis comprenderlo.

—¡Ah, ah! —exclamó el padre Billot—, ¿has despoblado ya los cotos de Lougpré y de Taille-Fontaine y te vienes ahora por estos sitios?

—No es eso, señor Billot —contestó ingenuamente Pitou—; es que desde que persigo a esos pícaros conejos, me parece que conocen mis lazos y se

alejan de ellos. Por eso he resuelto decir esta noche dos palabras a los del padre Lajeunesse, que son menos malignos y más delicados, y devoran además mucho tomillo.

—¡Diablo! —exclamó el labrador —, no creía que fueses tan gastrónomo, Pitou.

—¡Oh!, no lo hago por mí — contestó el joven—, sino por la señorita Catalina, que habiendo estado enferma necesita cosas delicadas...

—Sí —replicó Billot interrumpiendo a Pitou—, dices bien, pues ya ves que aún no tiene apetito.

Y mostró con el dedo el plato blanco

de Catalina, que después de haber tomado algunas cucharadas de sopa, no había tocado la carne ni el tocino.

—No tengo apetito, padre mío —contestó la joven ruborizándose al verse interpelada así—, porque he tomado un tazón de leche con pan poco antes de pasar el señor Pitou por delante de mi ventana.

—Yo no me pregunto la causa de que tengas o no apetito —replicó Billot—; consigno un hecho y nada más.

Después, mirando al patio a través de la ventana, levantóse de pronto, diciendo:

—¡Ah!, alguno viene a verme.

Pitou sintió el pie de Catalina apoyarse vivamente sobre el suyo; volvióse hacia ella y la vio pálida como un difunto, señalándole con los ojos la ventana.

Su mirada siguió la misma dirección, y al punto reconoció a su antiguo amigo el padre Clouis, el cual llevaba la escopeta de dos tiros perteneciente a Billot.

El arma del labrador se distinguía de las otras por sus adornos de plata.

—¡Ah! —exclamó Pitou, que no veía en todo esto nada muy alarmante—, es el padre Clouis, que os trae vuestra escopeta, señor Billot.

—Sí —contestó este—, y comerá con nosotros si no ha comido. Mujer —añadió—, abre la puerta al padre Clouis.

La madre Billot se levantó para abrir, mientras que Pitou, con los ojos fijos en Catalina, se preguntaba qué cosa terrible podía ocasionar su palidez.

El padre Clouis entró llevando al hombro la escopeta del labrador, y en la mano una liebre que evidentemente acababa de matar con la misma arma.

Se recordará que el padre Clouis había obtenido del duque de Orleáns permiso para matar cada día un conejo o una liebre.

Aquel día era al parecer el destinado a la liebre.

El padre Clouis se llevó la mano desocupada a una especie de gorro de pieles, del cual no quedaba apenas más que el cuero, a causa del continuo roce en las espesuras por donde el buen hombre pasaba, y se inclinó diciendo:

—Tengo el honor de saludar al señor Billot y a su compañía.

—Buenos días, padre Clouis —contestó Billot—; vamos, ya veo que sois hombre de palabra.

—¡Oh!, lo convenido es convenido, señor Billot; cuando me encontrasteis esta mañana, me digisteis: «Padre

Clouis, vos que sois un buen tirador, proporcionadme una docena de balas del calibre de mi escopeta; me prestaréis un servicio». A esto os contesté preguntando para cuándo las necesitabais, y contestasteis que para esta noche sin falta. Entonces yo os dije: «Está bien, las tendréis», y aquí las traigo.

—Gracias, padre Clois —contestó Billot—. Supongo que comeréis con nosotros.

—¡Oh!, sois muy amable, señor Billot; pero ahora no tengo gana.

El padre Clouis creía que la buena educación le obligaba a decir que no

estaba cansado si le ofrecían una silla, y a rehusar si le invitaban a comer.

Billot no ignoraba esto.

—No importa —replicó—, sentaos a la mesa; hay de comer y beber, y si no tenéis apetito, beberéis.

Entretanto la madre Billot, con la regularidad y casi con el silencio de un autómatas, había puesto sobre la mesa un plato, un cubierto y una servilleta, acercando después una silla.

—¡Pardiez! —dijo el padre Clouis—, puesto que os empeñáis, será preciso comer.

Y fue a dejar la escopeta en un rincón, puso la liebre sobre el aparador

y sentóse a la mesa.

Se colocó precisamente frente a la hija de Billot, que le miraba con terror.

La expresión bondadosa y plácida del viejo guarda no parecía nada propia para inspirar semejante sentimiento, y, por lo tanto, Pitou no podía explicarse las emociones que revelaban, no solamente el rostro de Catalina, sino también los temblores nerviosos que agitaban todo su cuerpo.

Sin embargo, Billot había llenado el plato y el vaso de su convidado, quien, a pesar de haber dicho que no tenía gana, comía y bebía muy bien.

—¡Ah! —exclamó—, he aquí un

buen vino, señor Billot; y un apetitoso cordero. Parece que opináis como el proverbio dice: «Se han de comer los corderos muy jóvenes y el vino muy viejo».

Nadie contestó a esta broma del padre Clouis, quien al ver que la conversación languidecía, y creyéndose en el deber de sostenerla como convidado, continuó:

—Yo me había dicho: «A fe mía, hoy es el día de las liebres; tanto importa que mate una en este o en aquel lado del bosque, y, por lo tanto, visitaré el terreno del padre Lajeunesse. Y veré cómo funciona una escopeta montada en

plata». Por lo tanto, he fundido trece balas en vez de doce, y a fe que el arma las conduce muy bien.

—Sí, ya lo sé, es muy buena escopeta.

—¡Oh!, doce balas —observó Pitou—, ¿habrá tiro al blanco en alguna parte, señor Billot?

—No —contestó el labrador.

—¡Ah!, es que yo conozco la escopeta *montada en plata*, como se llaman en los alrededores —continuó Pitou—, y he visto cómo funciona cuando fui a la fiesta de Boursonnes, dos años hace. Allí fue donde ganó el cubierto de plata con que coméis ahora,

señora Billot, y el vaso en que bebéis, señorita Catalina... Pero ¿qué tenéis? — exclamó Pitou al ver que la joven palidecía.

—Nada... —contestó Catalina, abriendo los ojos casi cerrados e irguiéndose en su silla, en la cual se había recostado medio desmayada.

—¿Qué quieres que tenga? — preguntó Billot encogiéndose de hombros.

—Precisamente me ocurre deciros —continuó el padre Clouis—, que entre el hierro viejo del armero Montagnon encontré un molde... ¡qué cosa tan rara! ... un molde como el que vos necesitáis.

Esos pequeños cañones son casi todos del calibre del veinticuatro; pero esto no les impide admitirle mayor. He encontrado uno que es precisamente del calibre de vuestra escopeta o un poco más pequeño; mas esto no importa, pues basta envolver la bala en un pedazo de piel engrasada... ¿Es para tirar a la carrera o a pie firme?

—Aún no lo sé —contestó Billot—; todo cuanto puedo deciros es que me propongo ir al acecho.

—¡Ah, sí! —dijo el padre Clouis—, los jabalíes del señor duque de Orleáns son aficionados a vuestras patatas, y os proponéis escarmentarlos.

Siguió una pausa, durante la cual tan sólo se oyó la respiración fatigosa de Catalina.

Los ojos de Pitou se fijaban sucesivamente en la joven y en su padre.

Trataba de comprender y no lo conseguía.

En cuanto a la madre Billot era inútil buscar alguna explicación en su rostro, pues no comprendiendo lo que se decía, mucho menos podía comprender lo que se quería decir.

—¡Ah! —continuó el padre Clouis—, siguiendo su pensamiento, es que si las balas son para los jabalíes, tal vez resulten un poco pequeñas, porque esos

animales tienen la piel dura. Yo he visto algunos que llevaban cinco, seis, y ocho balas entre cuero y carne, de las de dieciséis por libra, sin que por eso sufriesen molestia alguna.

—No se trata de jabalíes —dijo Billot.

Pitou no pudo resistir a su curiosidad.

—Dispensad, señor Billot —dijo—; pero si no queréis las balas para los jabalíes, ¿a qué vais a tirar?

—A un lobo —contestó Billot.

—Pues bien, si son para un lobo —dijo el padre Clouis—, no necesitáis más que esto.

Y sacando las doce balas de su bolsillo las puso en un plato, donde cayeron produciendo un ruido seco.

—La que falta —añadió el padre Clouis—, está en el vientre de la liebre...

Si Pitou hubiese mirado a Catalina, habría visto a esta a punto de desmayarse; pero atento a lo que el viejo guarda decía, no miraba a la joven.

Mas cuando el padre Clouis añadió que la decimotercera bala se hallaba en el vientre de la liebre, no pudo resistir y se levantó para reconocer el hecho.

—A fe mía que es cierto —dijo, introduciendo el dedo meñique en la

herida—; sois diestro, padre Clouis. Señor Billot —añadió—, vos diréis bien; pero aun no podéis matar las liebres así, con bala franca.

—¡Ah! —contestó el labrador—, poco importa si el animal contra el cual tire sea veinte veces mayor que la liebre; espero no errar en el blanco.

—El hecho es —dijo Pitou—, que un lobo... pero ahora que recuerdo, ¿los hay en el cantón? Antes de la nieve me parece cosa extraña...

—Tal vez sí, pero esta es la verdad.

—¿Estáis seguro de ello, señor Billot?

—Muy seguro —contestó, mirando a

la vez a Pitou y a Catalina—; el pastor le ha visto esta mañana.

—¿Dónde? —preguntó ingenuamente Pitou.

—En el camino de París a Boursonnes, cerca del taller de Ivors.

—¡Ah! —exclamó Pitou, mirando a su vez a Billot y a Catalina.

—Sí —continuó el labrador con la misma tranquilidad—, ya le vieron el año último y recibí aviso; durante algún tiempo se creyó que había marchado para no volver más; pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Pitou.

—Parece que ha vuelto —contestó el padre Billot—, y que se dispone a

rondar la granja. Por esto yo he dicho al padre Clouis que me limpie la escopeta y me prepare algunas balas.

Catalina no podía resistir más; dejó escapar una especie de grito ahogado, levantóse, y tropezando se dirigió hacia la puerta.

Pitou, casi inquieto se levantó también, y viendo a Catalina vacilar, precipitóse para sostenerla.

Billot fijó una mirada terrible en la puerta; pero el honrado Pitou manifestaba en su semblante demasiado asombro para que se pudiera sospechar que era cómplice de Catalina. Sin cuidarse más del joven ni de su hija,

prosiguió:

—¿Con que decís, padre Clouis, que para asegurar el tiro será bueno envolver las balas en un pedazo de piel engrasada?

Pitou oyó aún esta pregunta, pero no la contestación, pues llegado en aquel momento a la cocina, no pensó más que en sostener a la joven, que caía en sus brazos.

—Pero ¿qué tenéis, Dios mío, qué tenéis? —preguntó con expresión de espanto.

—¡Oh! —contestó Catalina—, ¿no comprendéis? Mi padre sabe que Isidoro ha llegado esta mañana a

Boursonnes, y quiere asesinarle si se acerca a la granja.

En aquel momento la puerta del comedor se abrió, y Billot apareció en el umbral.

—Querido Pitou —dijo una voz tan dura que no admitía réplica—, si has venido realmente a buscar los conejos del padre Lajeunesse, creo que ya es hora de que vayas a tender sus lazos; pues si esperas a más tarde, ya no verás.

—Sí, sí, señor Billot —contestó Pitou humildemente, fijando una doble mirada en Catalina y en Billot—; había venido para eso y no para otra cosa, os lo juro.

—Pues entonces...

—Pues entonces, allá voy, señor Billot.

Y salió por la puerta del patio, mientras que Catalina, trastornada, entraba en su habitación, cerrando después bien la puerta.

—¡Sí —murmuró Billot—, sí, enciérrate desgraciada, poco me importa, pues no me pondré al acecho por ese lado!

Capítulo LVIII

ASTUCIA DE PITOU

Pitou salió de la granja aturdido; mas por las palabras de Catalina había visto luz en todo cuanto hasta entonces era oscuro para él, y esta luz le cegó.

Pitou sabía lo que deseaba saber y más aún.

Sabía que el vizconde Isidoro de Charny había llegado aquella mañana a Boursonnes, y que si se aventuraba a ir a

ver a Catalina en la granja, corría el riesgo de recibir un balazo.

Sobre este punto no quedaba la menor duda: las palabras de Billot, parabólicas en un principio, se habían aclarado con las que Catalina pronunció; el lobo que se había visto rondar el año último por la granja, y al que se creía alejado para siempre, se había visto aquella misma, mañana cerca del taller de Ivors, en el camino de París a Boursonnes; y este lobo no era otro que Isidoro de Charny.

Para él se había limpiado la escopeta, y para él era una de las balas fundidas.

Según se ve, esto se hacía grave.

Pitou, que algunas veces tenía, en caso necesario, la fuerza del león, desplegaba casi siempre la prudencia de la serpiente. Predispuesto desde el día en que llegó a la edad de la razón contra todos los guardas campestres, a cuya vista devastaba los cotos o los árboles frutales en pleno campo, tendiendo sus lazos y sus cañas con liga, habíase acostumbrado a la reflexión profunda y a la ejecución rápida, lo cual le permitió salir siempre de apuros en las mejores condiciones posibles. Esta vez, como las otras, llamando en su auxilio la decisión rápida, resolvió ganar

inmediatamente el bosque, situado a unos ochenta pasos de la granja.

El bosque era espeso, y así le sería fácil reflexionar a sus anchas sin que le vieran.

Avanzó, pues, hacia él con tanta serenidad como si no llevara en su cabeza un mundo de pensamientos, y llegó al bosque sin volver una sola vez la cabeza.

Cierto que, cuando calculó que no podían verle desde la granja, agachóse para sujetar su polaina, y con la cabeza entre las piernas interrogó al horizonte.

Estaba del todo despejado, y al parecer no había por el pronto ningún

peligro.

Visto lo cual por Pitou, siguió la línea vertical y de un salto llegó al bosque.

Era el dominio de Pitou.

Allí estaba como en su casa, considerándose libre y era rey.

Pero rey como la ardilla, de cuya agilidad participaba; como la zorra, cuyas astucias conocía, y como el lobo, cuyos ojos ven de noche.

Pero en aquella hora no necesitaba ni la agilidad de la ardilla, ni las astucias de la zorra, ni los ojos del lobo.

Para Pitou no se trataba más que de cortar en diagonal la parte del bosque en

que se hallaba, y volver al punto del lindero que se extendía en toda la longitud de la granja.

A sesenta o setenta pasos de distancia, Pitou vería a todo ser viviente que por allí pasara o que se moviera, haciendo uso de sus pies y de sus manos. Menos debía temer a un jinete, pues ninguno hubiera podido avanzar cien pasos por los caminos por donde él le hubiera conducido.

El joven se tumbó sobre la hierba, apoyando su cabeza en un árbol, y comenzó a reflexionar profundamente.

Pensó que su deber era impedir, en cuanto le fuese posible, que el padre

Billot pusiera en ejecución la terrible venganza que meditaba.

El primer medio que se le ocurrió fue correr a Boursognes, para avisar al vizconde de Charny y el peligro que le esperaba en el caso de aventurarse a ir hacia la granja.

Pero casi al punto reflexionó dos cosas.

La primera, que no había recibido de Catalina ningún encargo para obrar así.

Y la segunda, que tal vez el peligro no detendría a Isidoro de Charny.

Y, por otra parte, ¿qué seguridad tenía Pitou de que el vizconde, cuya intención era sin duda ocultarse, vendría

por el camino destinado a los carruajes y no por alguno de esos angostos senderos que para abreviar camino suelen seguir los leñadores?

Además, si iba en busca de Isidoro, Pitou abandonaba a Catalina, y si hubiera sentido que le ocurriese una desgracia al vizconde, también le hubiese desesperado que Catalina sufriera un percance.

En su consecuencia, lo que le pareció más juicioso fue esperar donde se hallaba, y según lo que sobreviniera, tomar consejo de las circunstancias.

Entretanto se entretuvo en mirar la granja con ojos fijos y brillantes como

los de un gato montes que acecha su presa.

El primer movimiento que observó fue la salida del padre Clouis.

Pitou le vio despedirse de Billot bajo la puerta cochera, y después costear el muro cojeando y desaparecer en la dirección de Villers-Cotterêts, por donde debía atravesar para dirigirse a su cabaña, distante legua y media de Pisseleu, poco más o menos.

En el momento en que salía, la hora del crepúsculo se acercaba.

Como el padre Clouis era un personaje muy secundario, una especie de comparsa en el drama que se

representaba, Pitou no fijó mucho en él su atención, y siguiéndole con la mirada, tan sólo para tranquilizar su conciencia, hasta el momento en que desapareció en el ángulo del muro, volvió a fijar los ojos en el centro del edificio, es decir, allí donde estaban la puerta cochera y las ventanas.

Al cabo de un instante, una de estas se iluminó: era la de la habitación de Billot.

Desde el sitio donde Pitou se hallaba, su mirada podía penetrar perfectamente en la habitación, y así es que le fue dado ver cómo el labrador cargaba su escopeta con todas las

precauciones recomendadas por el padre Clouis.

Durante este tiempo, la noche acababa de cerrar.

Billot, con su escopeta al hombro, cargada ya, apagó la luz y empujó los dos postigos de su ventana, dejándolos algo entreabiertos, sin duda para poder observar los alrededores.

Desde la ventana de Billot, situada en el primer piso, no se veía, a causa de un recodo formado por la pared de la granja, según creemos haber dicho; la del departamento de Catalina, estaba en el piso bajo, pero se divisaba perfectamente el camino de Boursonnes,

y todo el círculo del bosque que se redondeaba desde la montaña de la Ferté-Milon a lo que se llama el taller de Ivors.

Aunque no viese la ventana de Catalina, suponiendo que esta saliese por ella para ganar el bosque, Billot podría divisarla en el momento en que penetrase en el radio que sus ojos alcanzaban; pero como la noche era cada vez más oscura, aunque viera una mujer y sospechase que era su hija, no podía estar seguro de ello.

Hacemos de antemano todas estas observaciones, porque eran las que había hecho Pitou.

Este último no dudaba que cuando la noche fuese del todo oscura, Catalina intentaría una salida a fin de prevenir a Isidoro.

Sin perder de vista la ventana de Billot, fijó también particularmente sus miradas en la de Catalina.

Pitou no se engañaba, apenas la noche llegó a un grado de oscuridad que parecía suficiente a la joven, Pitou, para quien no había tinieblas, como ya hemos dicho, vio como se abrían lentamente los postigos de Catalina, y como esta, saliendo por la ventana, se deslizaba a lo largo de la pared.

Mientras que siguiese esta línea no

había peligro de ser vista, y aun suponiendo que debiese ir a Villers-Cotterêts, podía llegar desapercibida; mas si le precisara dirigirse a Boursonnes, era indispensable penetrar en el radio que abarcaba la mirada de su padre.

Llegada a la extremidad del muro vaciló un momento, de modo que Pitou esperó un instante que se dirigiera a Villers-Cotterêts y no a Boursonnes; pero de pronto aquella vacilación cesó, y agachándose para ocultarse a las miradas cuanto fuese posible, atravesó el camino, tomando después un angosto sendero que conducía al bosque y se

prolongaba entre la espesura para terminar después a un cuarto de legua del camino de Boursonnes.

Este sendero desembocaba en una pequeña encrucijada conocida con el nombre de Bourg-Fontaine.

Una vez en este punto, el camino que la joven tomaría y la intención que llevaba eran cosas tan claras para Pitou, que ya no se ocupó más de Catalina, sino solamente de aquellos postigos entreabiertos, por los cuales, como una tronera, la mirada de Billot podía abarcar el bosque de una extremidad a otra.

Toda aquella extensión estaba en

aquel momento solitaria; fuera de un pastor que arreglaba su redil, no se veía un sólo ser viviente.

De aquí resultó que apenas Catalina penetró en el radio peligroso, y aunque su manteleta negra le hiciese casi invisible, no pudo escapar a las penetrantes miradas de su padre.

Pitou vio entreabrirse los postigos, entre los cuales pasó la cabeza de Billot, quedando un momento inmóvil, como si el hombre dudara del testimonio de sus ojos en aquellas tinieblas; pero los perros del pastor, que habían corrido en pos de la sombra, volvieron después a reunirse con su amo sin ladrar; de

modo que Billot no dudó ya que aquella sombra fuese la de Catalina.

Los perros, al acercarse a ella, la reconocieron y en el acto dejaron de ladrar.

Todo esto se traducía tan claramente para Pitou como si hubiese conocido de antemano los detalles de aquel drama.

Esperaba, pues, que los postigos de la habitación de Billot se cerrasen, y que se abriera de seguida la puerta cochera.

En efecto, a los pocos segundos aquella se abrió, y cuando Catalina llegaba al lindero del bosque, Billot, con su escopeta al hombro, franqueaba el umbral de la puerta, avanzando

después con paso rápido por el camino de Boursonnes, donde iba a desembocar al fin de un cuarto de legua la senda que Catalina seguía.

¡No se debía perder un momento, para que a los diez minutos no se encontrase la joven cara a cara con su padre!

Así lo comprendió Pitou.

Se levantó, saltó por los tallares como un corzo espantado, cortando diagonalmente el bosque en el sentido inverso a su primera carrera, y hallóse a orillas del sendero en el instante de oírse ya los pasos precipitados y la respiración anhelante de la joven.

Pitou se detuvo, ocultándose detrás del tronco de una encina.

A los diez segundos, Catalina pasaba a dos pasos de aquel árbol.

Pitou se descubrió, interceptando el paso a la joven y nombrándose al mismo tiempo.

Había juzgado necesaria esta triple acción para no asustar demasiado a Catalina.

En efecto, esta última no profirió más que un ligero grito, y deteniéndose temblorosa, menos por la emoción presente que por la pasada, exclamo:

—¡Vos aquí, señor Pitou!... ¿Qué me queréis?

—¡Ni un paso más, en nombre del cielo, señorita! —dijo Pitou, uniendo las manos.

—Y, ¿por qué?

—¡Porque vuestro padre sabe que habéis salido, porque sigue el camino de Boursonnes con su escopeta, y porque os espera en la encrucijada de Bourg-Fontaine!

—Pero... ¡y él, él!... —exclamó Catalina casi fuera de sí—, ¡él no estará avisado!...

Y la joven hizo un movimiento para continuar su marcha.

—¿Lo estará más —replicó Pitou—, cuando vuestro padre os haya

interceptado el paso?

—¿Qué hacer?

—Volved a vuestra habitación, señorita Catalina; yo me emboscaré en las inmediaciones de la granja, y cuando vea llegar al señor Isidoro le daré aviso.

—¿Vos haréis eso, querido Pitou?

—¡Por vos lo haré todo! ¡Ah!, ¡os amo tanto!

Catalina le estrechó la mano.

Y después de un momento de reflexión, contestó:

—Sí, decís bien, conducidme.

Y como sus piernas comenzaban a flaquear, se cogió del brazo de Pitou, que andando a su paso, mientras que ella

corría, le hizo tomar el camino de la granja.

Diez minutos después, Catalina entraba en su aposento sin haber sido vista y cerraba su ventana, mientras que Pitou le mostraba el grupo de sauces en el que iba a vigilar y esperar.

Capítulo LIX

AL ACECHO

El grupo de sauces situado en una pequeña eminencia, a veinte o veinticinco pasos de la ventana de Catalina, dominaba una especie de foso, por cuyo fondo pasaba encajonado, a la profundidad de siete u ocho pies, un escaso arroyuelo.

Describiendo una curva, como el camino estaba sombreado a intervalos por sauces semejantes a los que

formaban la arboleda de que hemos hablado, es decir, que se parecían a esos enanos que sobre un cuerpo pequeño ostentan una voluminosa cabeza desgreñada.

En el último de aquellos árboles, ahuecados algunos por la acción del tiempo, era donde todas las mañanas Pitou depositaba las cartas de Catalina, que esta última iba a recoger en cuanto veía a su padre alejarse en dirección opuesta.

Por lo demás, Pitou por su parte y Catalina por la suya habían tomado tantas precauciones, que no se había descubierto nada por ellos; se debió a

una casualidad que puso a un pastor de la granja en el camino de Isidoro; el hombre anunció, como una noticia sin ninguna importancia, la vuelta del vizconde, y este regreso pareció a Pitou más que sospechoso. Desde su vuelta a París, desde la enfermedad de Catalina, y después de la recomendación del doctor Raynal para que no entrase en la habitación de la enferma mientras que tuviera el delirio, Billot se convenció de que el vizconde de Charny era el amante de su hija; y como no viera al cabo de aquellas relaciones más que la deshonra, puesto que el vizconde no se casaría con Catalina, resolvió evitar lo que en esto

habría de vergonzoso, aunque en ello se debiese derramar sangre.

De aquí todos esos detalles que hemos referido, y que insignificantes a los ojos de las personas que ignoraban, tenían tan terrible importancia a los de Catalina, según explicó después a Pitou.

Se ha visto que la joven, adivinando el proyecto de su padre, no había tratado de aponerse más que avisando a Isidoro, cosa que por fortuna pudo impedir Pitou, puesto que en vez de ver a su amante, se hubiera encontrado con su padre en el camino.

Catalina conocía demasiado el carácter terrible de Billot para intentar

nada por medio de súplicas; esto habría apresurado la tempestad, provocando el rayo en vez de alejarle. Evitar un choque entre Isidoro y Billot era cuanto deseaba.

¡Oh!, ¡cómo hubiera querido en aquel momento que aquella ausencia que la desesperaba su hubiese prolongado! Cómo hubiera bendecido la voz del que hubiese ido a decirle: «¡Ha marchado!», aunque esta voz hubiese añadido: «¡Para siempre!».

Pitou había comprendido todo esto tan bien como Catalina, y he aquí por qué se ofreció a ser intermediario; ya viniese el Vizconde a pie o a caballo,

esperaba oírle o verle a tiempo, le saldría al encuentro para ponerle al corriente de la situación en dos palabras, y le induciría a huir, prometiéndole noticias de Catalina para el día siguiente.

Pitou permaneció, pues, como adherido a su sauce, como si hubiera formado parte de la familia vegetal en medio de la cual estaba, aplicando todos sus sentidos, tan prácticos por la noche en el bosque y la llanura, para distinguir una sombra o percibir un sonido.

De repente le pareció oír tras sí, procedente del bosque, el rumor de los pasos cortados de un hombre que anda

en los surcos, y como le parecieran en demasía pesados para ser los del joven y elegante Vizconde, dio lentamente la vuelta en torno de su cauce, y a treinta pasos de él divisó al labrador con su escopeta al hombro.

Había esperado, como Pitou previo, en la encrucijada de Bourg-Fontaine; pero no viendo llegar a nadie por el sendero creyó haberse engañado, y volvía a ponerse al acecho, según había dicho, frente a la ventana de Catalina, convencido de que por ella trataría el Vizconde de introducirse en su habitación.

Por desgracia, la casualidad quiso

que eligiera para su emboscada el mismo grupo de sauces en los cuales Pitou acababa de esconderse.

El joven adivinó la intención del labrador; no podía disputarle el sitio y se deslizó a lo largo de la pendiente, desapareciendo en el foso, con la cabeza oculta bajo las raíces salientes del sauce en que Billot acababa de apoyarse.

Por fortuna, el viento soplaba con alguna violencia, sin lo cual Billot hubiera podido oír los latidos del corazón de Pitou.

Pero, digámoslo en honor de la admirable naturaleza de nuestro héroe, menos le preocupaba su peligro

personal que el temor de faltar, y no por culpa suya, a la palabra dada a Catalina.

Si el señor de Charny llegaba y le ocurría alguna desgracia, ¿qué pensaría la joven de Pitou?

Tal vez que había sido un traidor.

Pitou hubiera preferido la muerte antes de que Catalina pudiera pensar de él semejante cosa.

Pero nada podía hacer más que quedarse donde estaba, y sobre todo inmóvil, pues el menor movimiento le habría denunciado.

Un cuarto de hora transcurrió sin que nada turbase el silencio de la noche; Pitou conservaba una última esperanza,

y era que, si por casualidad el Vizconde llegaba tarde, Billot se impacientaría, y cansado de esperar dudaría de su llegada y se volvería a casa.

Pero de repente Pitou, que por su posición tenía el oído apoyado contra tierra, creyó oír el galope de un caballo, y este último, si lo era en efecto, debía venir por el angosto sendero que desembocaba en el bosque.

Muy pronto no se pudo dudar ya de que fuese un caballo; atravesó el camino a unos sesenta pasos del grupo de sauces, oyóse el rumor de los cascos del cuadrúpedo resonando sobre la grava, que habiendo chocado una de sus

herraduras contra un pedernal, hizo saltar chispas.

Pitou vio a Billot inclinarse para distinguir mejor en la oscuridad.

Pero la noche era tan negra, que los mismos ojos de Pitou, por hábil que fuese para penetrar las tinieblas, no vieron más que una especie de sombra saltando por encima del camino y desapareciendo en el ángulo de la pared de la granja.

Pitou no dudó ya un instante de que fuera Isidoro, mas esperaba que el Vizconde tuviera algún medio de penetrar en la granja sin valerse de la ventana.

Sin duda Billot no temía, pues murmuró algo como una blasfemia.

Después siguieron diez minutos de un silencio espantoso.

Al cabo de este tiempo, Pitou, gracias a la penetración de su vista, distinguió una forma humana en la extremidad del muro.

El jinete había atado su caballo a un árbol y volvía a pie.

La noche era tan oscura, que Pitou esperaba que Billot no vería aquella especie de sombra, o la vería demasiado tarde. Pero se engañaba: Billot la vio, pues Pitou pudo oír dos veces sobre su cabeza el ruido seco que produce el

gatillo de un arma de fuego; el hombre que se deslizaba junto a la pared oyó sin duda aquel ruido, que el cazador no confunde con ningún otro, pues se detuvo, tratando de penetrar la oscuridad, mas no era cosa imposible. Durante esta detención de un segundo, Pitou vio elevarse sobre el foso el cañón de la escopeta; pero, sin duda, a tal distancia Billot no creía seguro el tiro, o tal vez temió cometer algún error, pues el cañón que se había levantado con rapidez se inclinó lentamente.

La sombra continuó su movimiento deslizándose siempre contra la pared.

Se acercaba visiblemente a la

ventana de Catalina.

Esta vez fue el joven quien oyó latir el corazón de Billot.

Pitou se preguntaba qué podía hacer, con qué grito le sería dado advertir al desgraciado joven, por qué medio le sería posible salvarle.

Pero nada se le ocurría, y con desesperación se mesaba los cabellos.

Y por segunda vez vio elevarse el cañón de la escopeta; pero también esta se bajó de nuevo.

La víctima se hallaba aún demasiado lejos.

Transcurrió medio minuto, poco más o menos, durante el cual el joven

caballero recorrió los veinte pasos que le separaban aún de la ventana.

Llegado a ella, dio tres golpes a intervalos iguales.

Ya no quedaba duda; era un amante, e iba buscando a Catalina.

Así es que por tercera vez se elevó el cañón de la escopeta, mientras que por su parte la hija de Billot, reconociendo la señal acostumbrada, entreabría la ventana.

Pitou, palpitante, oyó el choque del pedernal contra el rastrillo, y un fulgor semejante al de un relámpago iluminó el camino, pero sin que siguiera ninguna explosión.

El tiro había fallado.

El joven caballero vio el peligro que acababa de correr, e hizo un movimiento para marchar contra el enemigo; pero Catalina extendió el brazo y atrájole hacia sí.

—¡Desgraciado! —exclamó en voz baja—, ¡es mi padre! ¡Lo sabe todo!... ¡Ven, ven!...

Y con una fuerza que no se podía esperar de la joven, ayudóle a franquear la ventana, empujando después el postigo.

Aún quedaba un segundo tiro; pero los dos jóvenes estaban tan unidos, que Billot temió matar a su hija al tirar

contra Isidoro.

—¡Oh! —murmuró—, bien habrá de salir, y entonces no erraré el blanco.

Al mismo tiempo preparó su arma de nuevo, para que no se repitiese la especie de milagro a que Isidoro debía la vida.

Durante cinco minutos cesó todo rumor, hasta el de la respiración de Pitou y de Billot y hasta el latido de sus corazones.

De repente, en medio del silencio, los ladridos de los perros atados resonaron en el patio de la granja.

Billot golpeó el suelo con su pie y escuchó un instante.

—¡Ah! —exclamó—, le hace huir por la huerta, y los perros ladran contra él.

Y saltando por encima de la cabeza de Pitou cayó al otro lado del foso, donde a pesar de la oscuridad y gracias al conocimiento que tenía de las localidades, desapareció con la rapidez del relámpago en el ángulo de la pared. Esperaba llegar al otro lado de la granja al mismo tiempo que Isidoro.

Pitou comprendió la maniobra con la inteligencia del hombre de la Naturaleza, se precipitó a su vez fuera del foso, atravesó el camino en línea recta, dirigióse a la ventana de Catalina,

cuyo postigo empujó, entró en la habitación vacía, corrió a la cocina, alumbrada por una lámpara, ganó el patio, penetró en el pasadizo que conducía a la huerta, y llegado allí, gracias a su facultad de distinguir las tinieblas, vio dos sombras, una que estaba montada en la pared, y la otra que se hallaba al pie con los brazos extendidos.

Pero antes de saltar fuera, el joven se volvió por última vez.

—¡Hasta la vista, Catalina! —dijo—, ¡no olvides que eres mía!

—¡Oh, sí, sí! —contestó la joven—, pero ¡vete, vete! Oyóse entonces el

ruido que el joven hizo al tocar con los pies en tierra; después el relincho de su caballo, que le reconoció; luego la carrera del animal, que ostigado sin duda por la espuela, y, al fin, una detonación seguida de otra.

Al oír la primera, Catalina profirió un grito e hizo un movimiento como para lanzarse en auxilio de Isidoro, y al percibir la segunda dejó escapar un suspiro, faltóle la fuerza y cayó en brazos de Pitou.

Este último, con la cabeza inclinada prestó atento oído para saber si el caballo continuaba su carrera con la misma rapidez que antes de las

detonaciones, y habiendo oído el galope del cuadrúpedo que se alejaba, dijo sentenciosamente:

—Bueno, hay esperanza; no se puede apuntar tan bien de noche como de día, y la mano no es tan segura cuando se tira contra un hombre como cuando se caza un lobo o un jabalí.

Y levantando a Catalina intentó llevársela en sus brazos.

Pero la joven, por un poderoso esfuerzo de voluntad se deslizó hasta el suelo, y mirando a Pitou le preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Señorita —contestó Pitou con asombro—, voy a conducirlos a vuestra

habitación.

—¿Tienes un sitio dónde ocultarme, Pitou? —preguntó Catalina.

—¡Oh!, en cuanto a esto, sí, señorita —dijo el joven; y si no tengo, ya encontraré.

—Pues entonces, condúceme pronto.

—Pero ¿y la granja?

—Dentro de cinco minutos espero haber salido de ella para no volver jamás.

—Pero ¿y vuestro padre?...

—Todo queda roto entre mí y el hombre que ha querido matar a mi amante.

—Pero, señorita... —se aventuró a

decir Pitou.

—¡Ah!, si rehúsas acompañarme..., dilo así —replicó la joven, abandonando el brazo de Pitou.

—No, señorita Catalina, ¡Dios me libre!

—Pues entonces, sígueme.

Y Catalina, precediendo a su compañero, pasó del jardín a la huerta.

En la extremidad de esta última había una puertecilla que daba a la llanura de Noue.

Catalina la abrió sin vacilar, tomó la llave, cerró bien la puerta, y arrojó aquella en un pozo que había junto a la pared.

Después, con paso firme se alejó apoyándose en el brazo de Pitou, y ambos desaparecieron muy pronto en el valle que se extiende desde el pueblo de Pisseleu hasta la granja de Noue.

No se les vio marchar.

Y solamente Dios supo dónde Catalina encontró el refugio que Pitou le había prometido.

Capítulo LX

EN EL QUE LA TEMPESTAD HA PASADO

Hay tempestades humanas como huracanes celestes; el cielo se nubla, el relámpago brilla, el trueno retumba, y la tierra parece vacilar sobre su eje; hay un instante de paroxismo terrible, durante el cual se cree en el aniquilamiento de los hombres y de las cosas, y en el que todos tiemblan, se estremecen e

imploran al Señor, como la sola, la única misericordia. Después, poco a poco, se produce la calma, la oscuridad desaparece, llega el día, el sol renace, las flores se abren de nuevo, los árboles se enderezan, los hombres van a sus asuntos, a sus placeres o a sus amores, la vida ríe y canta a orilla de los caminos y en el umbral de las puertas, y nadie piensa ya en el desierto parcial producido por el rayo en el lugar donde cayó.

Lo mismo sucedió respecto a la granja: toda la noche hubo sin duda una tempestad terrible, en la que Billot había ideado y puesto en ejecución su

proyecto de venganza. Cuando notó la fuga de su hija; cuando buscó inútilmente en la sombra la huella de su paso; cuando la llamó, primero con voz colérica, luego con tono suplicante, y al fin, con el de la desesperación, sin que de ningún modo se le contestase, seguramente se quebrantó alguna cosa vital en aquella vigorosa organización; pero, en fin, cuando a la tempestad de gritos y de amenazas, que había tenido su relámpago y su rayo como una tempestad del cielo, se siguió el silencio del desfallecimiento; cuando los perros, no teniendo ya causa de perturbación, dejaron de ladrar; cuando el tiempo, ese

insensible y mudo testigo de lo que pasa por aquí abajo, hubo sacudido en el aire sobre las alas temblorosas del bronce las últimas horas de la noche, las cosas siguieron su curso habitual. La puerta cochera rechinó sobre sus goznes enmohecidos; los jornaleros salieron, uno para sembrar, otros para trillar, y los demás para labrar la tierra; después apareció Billot, cruzando la llanura en todos los sentidos, y al fin llegó el día, despertándose el resto del pueblo. Algunos que no habían dormido tan bien como los otros, dijeron entonces con cierto aire de curiosidad a la vez que de indiferencia:

—Los perros del padre Billot han aullado mucho esta noche, y se han oído dos detonaciones detrás de la granja...

—¡Ah!, nos engañamos.

Cuando el padre Billot volvió a las nueve, como de costumbre, para almorzar, su mujer le dijo:

—Dime, marido, ¿dónde está Catalina? ¿Lo sabes tú?

—¿Catalina? —contestó el labrador, haciendo un esfuerzo—. Los aires de la granja eran perjudiciales para ella, y ha ido a Salique, a casa de su tía...

—¡Ah! —exclamó la madre Billot—, ¿y estará allí mucho tiempo?

—Hasta que se restablezca del todo

—contestó el labrador.

La madre Billot exhaló un suspiro, retirando de su lado la taza de café con leche.

El marido, por su parte, quiso hacer un esfuerzo para comer; pero al tercer bocado, como si el alimento le ahogase, cogió la botella de Borgoña, la vació de un golpe, y dijo después con voz ronca:

—¡Supongo que no habrán desensillado mi caballo!

—No, señor Billot —contestó con voz tímida un niño que iba todas las mañanas a la granja a buscar su almuerzo.

—¡Está bien!

Y el labrador, apartando bruscamente a la pobre criatura, montó a caballo y dirigióse a los campos, mientras que su mujer, enjugándose dos lágrimas, iba a sentarse en su sitio acostumbrado bajo la campana de la chimenea.

Y excepto aquel ave cantora, aquella flor risueña que, bajo las facciones de una joven, alegraba las vetustas paredes, la granja se encontró desde el día siguiente con el mismo aspecto que el de la víspera.

Por su parte, Pitou vio amanecer el día en su casa de Haramont, y los que entraron en ella a las seis de la mañana

halláronle alumbrado por una vela que, a juzgar por su largo pabilo, debía haber ardido largo tiempo, poniendo en limpio, para enviarla a Gilberto con todos los justificantes, la cuenta expresiva de los veinticinco luises que el doctor había dado para el equipo de la guardia nacional de Haramont.

Sin embargo, un leñador aseguró haberle visto hacia medianoche llevando en sus brazos algo como el cuerpo de una mujer, y en dirección a la cabaña del padre Clouis; mas esto no era probable, atendido que el padre Lajeunesse pretendía que también lo vio corriendo por el camino de Boursonnes hacia la

una de la madrugada; mientras que Maniquet, que vivía en la extremidad del pueblo, estaba seguro de haberlo visto pasar a las dos o dos y media por delante de su puerta, habiéndole gritado: «¡Adiós, Pitou!», a lo cual contestó el otro: «¡Buenas noches, Maniquet!».

De esto último no podía quedar la menor duda; mas para que el leñador hubiese visto a Pitou en las inmediaciones de la Piedra Clouisa con una mujer en los brazos; para que el padre Lajeunesse le encontrara en el camino de Boursonnes a la una de la madrugada; para que Maniquet le diera las buenas noches al pasar por delante

de su puerta, hora y media después, habría sido necesario que Pitou, a quien hemos perdido de vista con Catalina a eso de las diez y media de la noche, en los barrancos que separan a Pisseleu de la granja, hubiese ido desde aquí a la Piedra Clouisa otra vez, y luego a su casa, lo cual suponía que para poner a Catalina en lugar seguro, ir a buscar noticias del Vizconde y ponerlas después en conocimiento de Catalina, habría recorrido, entre las once de la noche y las dos y media de la madrugada, unas nueve o diez leguas.

Ahora bien, la suposición no sería admisible ni aun tratándose de esos

corredores a quienes les faltaba el bazo, según pretendía el pueblo de otra época; pero de todos modos, esta hazaña no habría extrañado mucho a los que hubieran podido apreciar alguna vez las facultades locomotivas de Pitou.

Sin embargo, como este último no confió a nadie los secretos de aquella noche, durante la cual pareció multiplicarse, resultó que excepto Desiré Maniquet, a cuyo saludo había contestado, ni el leñador ni el padre Lajeunesse se hubieran atrevido a sostener bajo la fe del juramento que era en realidad Pitou en persona a quien habían visto, y no una sombra, un

espectro o un fantasma que hubiese tomado su semejanza.

El caso es que a las seis de la mañana del día siguiente, cuando Billot montaba a caballo para visitar sus campos, se veía a Pitou sin apariencia de fatiga ni desasosiego repasando las cuentas del sastre Dulauroy, a quien remitía como comprobantes los recibos de sus treinta y tres hombres.

Otra persona que también conocemos había dormido bastante mal aquella noche: era el doctor Raynal.

A la una de la madrugada le había despertado el lacayo del vizconde de Charny, tirando de la campanilla con

toda su fuerza.

Y el mismo doctor abrió la puerta, según costumbre cuando llamaban de noche.

El lacayo del Vizconde iba a buscarle con motivo de un accidente de gravedad ocurrido a su amo.

Llevaba a la diestra un segundo caballo ensillado, a fin de que el doctor no se retardara un sólo instante.

El señor Raynal se vistió a toda prisa, montó el caballo que se le enviaba, y partió al galope precedido del lacayo, que hacía las veces de correo.

¿Cuál era el accidente? Lo sabría al

llegar al castillo; mas por lo pronto se le había invitado a llevar sus instrumentos de cirugía.

El accidente era una herida en el costado izquierdo y una rozadura en el hombro derecho, ocasionadas por dos proyectiles que parecían del mismo calibre, es decir, del veinticuatro.

Pero el Vizconde no quiso dar a conocer los detalles.

Una de las heridas, la del costado, era algo grave, pero no peligrosa; la bala había atravesado las carnes, pero no interesado ningún órgano importante.

En cuanto a la otra herida, no valía la pena hablar de ella.

Practicada la cura, el joven Vizconde dio veinticinco luis al doctor para que guardase silencio.

—Si queréis que calle, será preciso que me paguéis mi visita al precio ordinario —contestó el buen doctor.

Y tomando un luis devolvió al Vizconde las catorce libras restantes, por más que este insistiera en hacerle aceptar más.

No hubo medio; pero el doctor Raynal advirtió que creía necesarias tres visitas, y que en su consecuencia volvería dos veces más en el intervalo de un día.

A la segunda visita, el doctor

encontró al herido en pie; con el auxilio de un cinturón que sostenía el apósito contra la herida, pudo montar a caballo desde el día siguiente, como si nada le hubiera sucedido, y así es que todo el mundo, excepto su criado de confianza, ignoraba el accidente.

Al hacer su tercera visita, el doctor supo que su enfermo había marchado ya, y así es que, no habiendo hecho nada, no quiso aceptar más que la mitad del valor de aquella.

El doctor Raynal era uno de esos raros médicos dignos de tener en su salón el famoso grabado que representa a *Hipócrates rehusando los regalos de*

Artajerjes.

Capítulo LXI

LA GRAN TRAICIÓN DE MIRABEAU

Se recordarán las últimas palabras de Mirabeau a la Reina, en el momento en que, al despedirse de ella en Saint-Cloud, esta le dio a besar su mano.

—¡Por este beso, señora —había dicho—, la monarquía está salvada!

Esta promesa, hecha por Prometeo a Juno a punto de ser destronado, era la

que se trataba de cumplir.

Mirabeau había comenzado la lucha confiando en su fuerza, sin pensar que después de tantas imprudencias y de tres conspiraciones abortadas, se comprometía a una lucha imposible.

Tal vez Mirabeau —y esto hubiera sido lo más prudente— hubiera combatido todavía algún tiempo sirviéndose del disimulo; pero a los dos días de aquel en que fue recibido por la Reina, al dirigirse a la Asamblea vio grupos y oyó gritos.

Se acercó a uno de los grupos y preguntó cuál era la causa de aquellos.

De mano en mano se pasaban unos

pequeños folletos.

Y de vez en cuando una voz gritaba:

—*¡La Gran Traición del señor Mirabeau! ¡La Gran Traición del señor Mirabeau!*

—¡Ah, ah! —exclamó, sacando del bolsillo una moneda—, ¡parece que se trata de mí!...

—Amigo mío —continuó dirigiéndose al hombre que distribuía los folletos, y que tenía varios miles en cestos que le llevaban tranquilamente allí donde se le antojaba colocarse, ¿cuánto vale el folleto?

El vendedor fijó la vista en Mirabeau.

—Señor Conde —le dijo—, doy esto de balde.

Y añadió en voz baja:

—¡Y se han tirado cien mil ejemplares! Mirabeau se alejó pensativo. ¡¡Aquél folleto que se daba de balde! ¡Y aquel vendedor que le conocía!

Pero sin duda el folleto era una de tantas publicaciones estúpidas u ofensivas como se daban a luz a miles en aquella época.

El exceso de odio o de la ineptitud las impedía ser peligrosas, anulando todo su valor.

Mirabeau fijó la vista en la primera

página y palideció.

Contenía la lista de sus deudas, y, ¡cosa extraña!, era exactísima.

¡Doscientos ocho mil francos!

Al pie de la página leíase la fecha del día en que esta suma fue satisfecha a los diferentes acreedores de Mirabeau por el limosnero de la Reina, señor de Fontanges.

Después se expresaba la cifra de la cantidad que la corte le pagaba mensualmente.

Seis mil francos.

Y por último, el relato de su entrevista con la reina. Era cosa de no entenderlo; el folletista anónimo no se

había equivocado en una sola cifra, y casi se podía decir que tampoco en una palabra.

¿Qué enemigo terrible y misterioso le perseguía así, o más bien, sirviéndose de él, a la misma monarquía?

A Mirabeau no le había parecido desconocida la cara de aquel vendedor que, sabiendo sin duda con quién hablaba, le había llamado *señor conde*.

Y al pensar esto retrocedió.

El asno que llevaba los cestos estaba en el mismo sitio, con aquellos casi vacíos; mas el primer vendedor había desaparecido, reemplazándole ahora otro, a quien Mirabeau no

reconoció, pero que seguía distribuyendo con el mismo afán.

La casualidad quiso que en aquel momento el doctor Gilberto, que asistía casi diariamente a los debates de la Asamblea, sobre todo cuando estos tenían alguna importancia, pasase por la plaza donde se hallaba el vendedor.

Tal vez no iba a detenerse al oír el ruido de aquellos grupos, pues parecía muy preocupado; pero con su audacia acostumbrada, Mirabeau se dirigió a él, cogiéndole del brazo y le condujo frente al distribuidor de folletos.

Este hizo para Gilberto lo que para todos los demás, es decir, que extendió

el brazo hacia él, diciéndole:

—¡Ciudadano, la *Gran Traición del señor de Mirabeau*!

Mas al ver a Gilberto, su brazo quedó como paralizado y su lengua enmudeció.

Gilberto le miró a su vez, dejó de caer el folleto con expresión de disgusto, y alejóse diciendo:

—¡Repugnante oficio el que habéis elegido, señor de Beausire!

Y tomando el brazo de Mirabeau, continuó su marcha hacia la Asamblea, que ya no estaba en el arzobispado, por haber preferido el Picadero.

—¿Conocéis a ese hombre? —

preguntó Mirabeau a Gilberto.

—Le conozco como se conoce a esa gente —dijo Gilberto—; es un antiguo exento, un jugador, un bribón, y ahora se ha hecho calumniador, no sabiendo a qué dedicarse.

—¡Ah! —murmuró Mirabeau, poniendo la mano en el sitio donde había tenido su corazón, y donde no había ya más que una cartera que contenía el dinero de palacio—, si calumniase...

Y muy sombrío continuó su marcha.

—¡Cómo! —exclamó Gilberto—, ¿seríais tan poco filósofo que os dejarais abatir por semejante ataque?

—¿Yo? —dijo Mirabeau—. ¡Ah, doctor! No me conocéis... ¡Ahora dicen que me he vendido, cuando deberían decir que se me paga! Pues bien, mañana compro un palacio, tomo coche, criados y caballos; mañana tendré cocinero, para ofrecer la mesa a cuantos quieran. ¿Abatido yo? Y ¿qué me importa la popularidad de hoy o la impopularidad de ayer?... No, doctor, lo que me abate es una promesa dada, que probablemente no podré cumplir; son las faltas, o más bien, las traiciones de la corte respecto a mí. He visto a la reina, que parecía tener confianza en mí, y he soñado un instante —sueño insensato

con semejante mujer—, no en ser ministro de un rey, como Richelieu, sino el amante de una reina, como Mazarino, lo cual no hubiera sido peor para la política del mundo. Pues bien, ¿qué hacía ella? El mismo día de la entrevista, y tengo la prueba de ello, escribía a su agente en Alemania, M. Flaschlauden: «Decid a mi hermano Leopoldo que, según su consejo, me sirvo de Mirabeau; pero que no hay nada de formal en mis relaciones con él».

—¿Estáis seguro de ello? — preguntó Gilberto.

—Completamente... y esto no es todo. ¿Sabéis de qué se tratará hoy en la

Asamblea nacional?

—Sé que se hablará de guerra; pero no estoy bien informado sobre la causa de esta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mirabeau—, es muy sencillo: la Europa está dividida en dos partes; Austria y Rusia por un lado, e Inglaterra y Prusia por el otro, profesan el mismo odio a la revolución. Para las dos primeras la manifestación no es difícil, porque es su opinión propia; pero la liberal Inglaterra, la filosófica Prusia, necesitan tiempo para decidirse, para pasar de un polo a otro, para abjurar, renegar y confesar que son... lo que realmente

son: enemigos de la libertad. Inglaterra, por su parte, ha visto al Brabante tender la mano a Francia, lo cual apresuró su decisión. Nuestra revolución, doctor, es vivaz, contagiosa; es más que una revolución nacional, es humana. El irlandés Burke, discípulo de los jesuitas de Saint-Omer, enemigo encarnizado de Pitt, acaba de lanzar contra Francia un manifiesto que le ha sido pagado en buen oro por aquel ministro. Inglaterra no hace la guerra a Francia porque no se atreve aún; pero abandona la Bélgica al emperador Leopoldo, y va al fin del mundo a buscar contienda a nuestra aliada España. Ahora bien, Luis XVI ha

manifestado a la Asamblea que armaba catorce buques, y de aquí la gran discusión de hoy. ¿A quién pertenece la iniciativa de la guerra? He aquí la cuestión.

El rey ha perdido ya el interior y la justicia; si ahora pierde la guerra, ¿qué le quedará? Por otra parte, abordemos francamente la cuestión de vos a mí, querido doctor, ya que la Cámara no se atreve a ello: el rey es sospechoso; la revolución no se ha hecho hasta ahora, y me jacto de haber contribuido a ello; la revolución no se ha hecho sin romper la espada en manos del Rey. De todos los poderes que se le pudieran dejar el más

peligroso es seguramente el de la guerra; y yo, fiel a la promesa hecha, voy a pedir que se le dejen, arriesgando mi popularidad, mi vida tal vez, al sostener mi demanda. Quiero que se apruebe un decreto que deje al Rey victorioso y triunfante. Y ¿qué hace el Rey a estas horas? Ha mandado buscar con toda urgencia en los archivos del Parlamento las antiguas fórmulas de protesta contra los Estados generales, sin duda para redactar una en secreto contra la Asamblea. ¡Ah!, he aquí la desgracia, apreciable Gilberto, se hacen demasiado cosas ocultas, y no bastantes que sean francas y públicas. He aquí por qué

quiero que se sepa que soy del Rey y de la Reina, puesto que es verdad. Me decíais que esa infamia dirigida contra mí me turbaba; nada de eso, doctor; por el contrario, me sirve, pues yo necesito lo que las tempestades para estallar: nubes sombrías y vientos contrarios. ¡Venid, doctor, y presenciareís una hermosa escena, yo os lo aseguro!

Mirabeau no se engañaba, y apenas entró en la Asamblea debió dar pruebas de valor. Todos le gritaban: «¡Traición!», y uno le mostraba una cuerda y el otro una pistola.

Mirabeau se encogió de hombros y pasó como Juan Bart, separando con los

codos a los que se hallaban a su paso.

Las vociferaciones le siguieron hasta la sala, pareciendo promover otras nuevas. Apenas se presentó, cien voces gritaron: «¡Ah!, ¡hele ahí el traidor, el orador renegado, el hombre vendido!».

Barnave estaba en la tribuna hablando contra Mirabeau, y este le miró fijamente.

—Pues bien, sí —dijo Barnave—, a ti es a quien llaman traidor, y contra ti estoy hablando.

—Pues si hablas contra mí —contestó Mirabeau—, puedo ir a dar una vuelta por las Tullerías, pues tendré tiempo de volver antes de que hayas

acabado.

Y, efectivamente, con la cabeza alta y los ojos amenazadores salió en medio de los silbidos, de las imprecaciones y de las amenazas, y se dirigió a las Tullerías.

En la gran avenida, una mujer joven, que tenía en la mano una rama de verbena, cuyo perfume aspiraba, reunía un círculo en torno suyo.

A su izquierda quedaba un sitio libre; Mirabeau cogió una silla y fue a sentarse a su lado.

La mitad de los que la rodeaban levantáronse y se marcharon.

Mirabeau los miró sonriéndose.

La joven le alargó la mano.

—¡Ah, baronesa! —dijo Mirabeau

—, ¿no teméis contagiarnos?

—Querido Conde —contestó la joven—, se dice que os inclináis hacia nosotros, y yo os atraigo.

Mirabeau sonrió, y habló tres cuartos de hora con la joven dama, que no era otra sino Ana Luisa Germaine Necker, baronesa de Stael.

Al cabo de este tiempo, y después de consultar su reloj, dijo al fin:

—Dispensadme, señora baronesa, pues debo retirarme. Barnave hablaba contra mí hacía ya una hora cuando salí de la Asamblea; he tenido el gusto de

hablar con vos durante tres cuartos, y así es que pronto habrán pasado dos horas desde que mi acusador habla; el discurso debe tocar a su fin, y es preciso que yo conteste.

—¡Id —contestó la baronesa—, responded y buen ánimo!

—Dadme esa ramita de verbena, baronesa —dijo Mirabeau—, me servirá de talismán.

—¡Tened cuidado; la verbena, querido conde, es el árbol de las libaciones fúnebres!

—Dádmela de todos modos; bueno es ir coronado como un mártir cuando se baja al circo.

—El hecho es —dijo *madame* Stael —, que es difícil ser más animal que la Asamblea nacional de ayer.

—¡Oh, baronesa, no vayáis un solo día!

Y tomando de sus manos la rama de verbena que la dama le ofrecía, Mirabeau saludó cortésmente, franqueó las escaleras que conducen al terrado de los Feuillants, y dirigióse a la Asamblea.

Barnave bajaba de la tribuna en medio de las aclamaciones de toda la sala; acababa de pronunciar uno de esos discursos estudiados que están bien en todas partes.

Apenas se vio a Mirabeau en la tribuna, una tempestad de gritos e imprecaciones estalló contra él.

Pero el gran orador, levantando su mano poderosa esperó, y aprovechándose de uno de esos intervalos de silencio, como los que hay en las tempestades y en los motines, dijo:

—¡Bien sabía yo que no estaba lejos el Capitolio de la roca Tarpeya!

Tal es la majestad del genio, que esta sola frase impuso silencio a los más alborotadores.

Desde el momento en que Mirabeau conseguía el silencio, era una victoria

medio ganada. Pidió que la iniciativa de la guerra se concediese al rey; pero esto era demasiado, y se rehusó. Entonces comenzó la lucha sobre las enmiendas; la petición principal había sido rechazada, y era preciso reconquistar el terreno con otras parciales; de modo que Mirabeau subió cinco veces a la tribuna.

Barnave había hablado dos horas; Mirabeau habló tres en varias veces, y al fin obtuvo esto:

Que el rey tenía derecho *para hacer los preparativos y dirigir* las fuerzas como quisiera; que *él proponía* la guerra a la Asamblea, y que esta no resolvería nada que no fuese *sancionado* por el

Rey.

—¿Qué no hubiera obtenido, a no ser por aquel folleto distribuido gratis por aquel vendedor que nadie conocía, y después por Beausire, folleto titulado: *Gran Traición del señor Mirabeau*?

Al salir de la sesión, Mirabeau estuvo a punto de ser destrozado.

En cambio, el pueblo se llevó triunfalmente a Barnave.

¡Pobre Barnave!, ¡no está lejos el día en que también oirás gritar a tu vez: «Gran Traición del señor de Barnave!».

Capítulo LXII

EL ELIXIR DE VIDA

Mirabeau salió de la Asamblea con la mirada altiva y alta la cabeza. Mientras que estuvo junto al peligro, el rudo atleta no pensaba más que en aquel y no en sus fuerzas.

Le sucedía lo que al mariscal de Sajonia en la batalla de Fontenoy: extenuado y enfermo, todo el día permaneció a caballo tan firme como el más intrépido de su ejército; pero

cuando los ingleses retrocedieron, cuando el humo del último cañonazo saludó la fuga del enemigo, se deslizó moribundo en el campo de batalla que acababa de conquistar.

Lo mismo sucedió con Mirabeau.

Al entrar en su casa se echó en el suelo sobre unos almohadones en medio de las flores.

Mirabeau tenía dos pasiones: las flores y las mujeres.

Desde el principio de las sesiones su salud se alteraba visiblemente, y aunque de un temperamento vigoroso, había sufrido tanto, así en lo moral como en lo físico, a causa de las

persecuciones y de las prisiones, que jamás se hallaba con una salud completa.

Mientras que el hombre es joven, todos los órganos sometidos a su voluntad, dispuestos a obedecer a la primera orden que el cerebro les comunica, obran en cierto modo simultáneamente y sin oposición alguna al deseo que les mueve; pero a medida que el hombre avanza en edad, cada órgano, como un criado que obedece aún, pero que por un largo servicio se ha maleado, cada órgano hace sus observaciones, si podemos decirlo así, y ya no obedece sin fatiga y sin lucha.

Mirabeau se hallaba en esa edad de la vida; para que sus órganos continuaran sirviéndole con la prontitud a que estaba acostumbrado, érale preciso enfadarse, y solamente la cólera hacía entrar en razón a sus servidores cansados y doloridos.

Esta vez sentía en sí alguna cosa más grave que de costumbre, y tan sólo resistía débilmente a su criado, que hablaba de ir a buscar un médico, cuando el doctor Gilberto llamó a la puerta y fue introducido a su presencia.

Mirabeau ofreció la mano al doctor y atrájole hacia los almohadones, donde estaba echado en medio de follaje y de

flores.

—No he querido volver a mi casa —le dijo el doctor—, sin felicitaros; me habíais prometido una victoria, y habéis alcanzado más, porque ha sido un triunfo.

—¡Sí, pero ya veis que es un triunfo, una victoria por el estilo de la de Pirro; otra como esa, doctor, y estoy perdido!

Gilberto miró a Mirabeau.

—En efecto —le dijo—, bien se ve que estáis enfermo.

Mirabeau se encogió de hombros.

—Es decir —repuso—, que en mi ocupación, otro cualquiera habría muerto ya cien veces; tengo dos

secretarios y ambos están inútiles, sobre todo Pellinc, encargado de copiar los garabatos de mi horrible escritura, y del cual no puedo prescindir, porque tan sólo él puede leerme y comprenderme; pero Pellinc guarda cama tres días hace. Doctor, indicadme, pues, no diré alguna cosa que me haga vivir, sino algo que me fortalezca mientras viva.

—¡Cómo ha de ser! —contestó el doctor—; no tengo consejos para una organización como la vuestra. ¿Cómo he de prescribir el reposo a un hombre que halla su fuerza principalmente en el movimiento, ni la temperancia a un genio que se engrandece en medio de los

excesos? Si os digo que retiréis de vuestra habitación esas flores y plantas, de las cuales se desprende oxígeno durante el día y carbono por la noche, tan necesarias son ya para vos las flores, que sufriríais más por su falta que por su presencia; y si os aconsejo que tratéis a las mujeres como a las flores, alejándolas de vos, sobre todo por la noche, me contestaréis que preferís morir... Vivid, pues, con las condiciones de vuestra vida, querido conde; pero tened en torno vuestro flores sin perfumes, y si es posible, mujeres sin pasión.

—¡Oh!, por este último concepto,

querido doctor —contestó Mirabeau—, podéis estar tranquilo. Mis amores apasionados tuvieron siempre tan mal éxito, que no me dejaré llevar más de ellos. Tres años de prisión, una condena a muerte, y el suicidio de la mujer que amaba, la cual se mató por otro y no por mí, me han curado de esa especie de amores. Ya os he dicho que durante un momento había soñado algo grandioso, como, por ejemplo, la alianza de Isabel con Essex, de Ana de Austria con Mazarino, de Catalina II con Potemkin; pero esto no pasó de ser un sueño. ¡Cómo ha de ser! No he vuelto a ver más a la mujer por quien luché, y

probablemente no la veré nunca... Mirad, Gilberto, no hay peor suplicio que concebir proyectos inmensos: la prosperidad de un reino, el triunfo de los amigos, el aniquilamiento de los adversarios, y ver que por un capricho del azar, por una fatalidad, todo esto se os escapa. ¡Oh!, ¡cómo me hacen expiar las locuras de mi juventud, y cómo las expiarán ellos mismos! Pero, en fin, ¿por qué desconfían de mí? Fuera de dos o tres ocasiones en que me exasperaron, y en que fue preciso violentarme para que conocieran la medida de mis golpes, ¿no he sido completamente de ellos desde el principio hasta el fin? ¿No me

declaré en favor del veto absoluto cuando Necker se contentaba con el suspensivo? ¿No censuré la noche del 4 de agosto, en la cual no tomé parte, y que despojó a la nobleza de sus privilegios? ¿No protesté contra la Declaración de los Derechos del Hombre, no porque pensase suprimir nada, sino porque pensaba que no era llegada aún la hora de su proclamación? ¿No les he servido hoy, en fin, más de lo que podían esperar? ¿No obtuve, a expensas de mi honor, de mi popularidad, más que otro hombre, aunque hubiera sido ministro o príncipe, hubiera podido obtener para ellos? Y

cuando pienso, reflexionad bien sobre lo que voy a deciros, gran filósofo, pues la caída de la monarquía se explica tal vez por este hecho... cuando pienso que yo, que debo considerar como un inmenso favor, tan grande que no se me concedió más que una vez, ver a la Reina; cuando pienso que si mi padre no hubiese muerto la víspera de la toma de la Bastilla, lo cual me impidió presentarme al día siguiente, el mismo en que Lafayette fue nombrado jefe de la guardia nacional y Bailly alcalde de París, yo habría obtenido la plaza de este último... ¡ah!, yo me desespero. Entonces las cosas cambiaban: el Rey se

veía inmediatamente en la precisión de entrar en relaciones conmigo; yo le inspiraba diferentes ideas de las que él tiene sobre la dirección que se ha de dar a una revolución que contiene la revolución en su seno; conquistaba su confianza; le conducía, antes de que el mal fuese tan profundamente inveterado, a tomar medidas conservadoras decisivas; mientras que ahora, simple diputado, hombre sospechoso, envidiado, temido y odiado, me separan del Rey, calumniándome cerca de la Reina. ¿Creeréis, doctor, que al verme en Saint-Cloud ha palidecido? Y es muy sencillo. ¿No la han hecho creer que yo

soy quién promovió las jornadas del 5 y 6 de octubre? Pues bien, durante este año habré hecho todo cuanto me impedían hacer; mientras que hoy... ¡Ah! Hoy temo mucho, por la salud de la monarquía y la mía propia, que sea ya demasiado tarde.

Y Mirabeau, con una profunda impresión de dolor que se revelaba en toda su fisonomía, cogió sus carnes por debajo del estómago.

—¿Sufrís, conde? —preguntó el doctor.

—¡Cómo un condenado! Hay días en que, cuanto hacen para mi moral con la calumnia, creo que lo hacen con el

arsénico para mi físico... ¿Creéis en el veneno de los Borgia, en el *agua tofana* de Perouse y en la pólvora de la Voisin, doctor? —preguntó Mirabeau sonriendo.

—No; pero creo en esa hoja que abrasa la vaina en esa lámpara cuya llama dilatada hace estallar el vidrio.

Y Gilberto sacó de su bolsillo un frasquito de cristal que contenía un licor verdoso en la cantidad que cabría en dos dedales de coser.

—Veamos, conde —dijo—, haremos un ensayo.

—¿Cuál? —preguntó Mirabeau, mirando el frasco con curiosidad.

—Un amigo mío, que yo quisiera

que fuese también vuestro, muy entendido en las ciencias naturales, y hasta, según pretende, en las ocultas, me ha dado la receta de este brebaje, el cual considera como un antídoto, como una panacea universal, casi un elixir de vida. Con frecuencia, cuando me sentí dominado por esos sombríos pensamientos que conducen a nuestros vecinos de Inglaterra a la melancolía, al *esplín*^[20] y hasta la muerte, bebí algunas gotas de este licor, y debo confesar que el efecto fue siempre saludable y rápido. ¿Queréis probarlo a vuestra vez?

—De vuestra mano, querido doctor, lo recibiré todo, aunque sea la cicuta, y

con mucha más razón el elixir de vida. ¿Se ha de hacer algún preparado, o se bebe puro?

—No, porque este licor es en realidad muy fuerte. Decid a vuestro criado que os traiga algunas gotas de aguardiente o de espíritu de vino en una cuchara.

—¡Diablo! ¡Espíritu de vino o aguardiente para dulcificar vuestra bebida! Eso debe ser fuego líquido; yo no sabía que un hombre le hubiese bebido desde que Prometeo le sirvió al abuelo del género humano; mas os advierto que dudo que mi criado encuentre en toda la casa seis gotas de

aguardiente; yo no soy como Pitt, y no voy a buscar en eso mi elocuencia.

El criado, no obstante, volvió a los pocos segundos con una cuchara que contenía las cinco o seis gotas de aguardiente.

El doctor las mezcló con una cantidad igual del licor que el frasco contenía, y en el mismo instante los dos líquidos combinados tomaron el color del ajeno; Mirabeau tomó la cuchara y bebió lo que había en ella.

—¡Diablo, doctor —exclamó—, bien habéis hecho en advertirme que el licor era fuerte; me parece materialmente haber absorbido un

relámpago!

Gilberto sonrió, manifestando confianza.

Mirabeau permaneció un instante como consumido por aquellas gotas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y apoyando la mano en su estómago; pero de repente se irguió.

—¡Ah, doctor! —dijo—, verdaderamente es elixir de vida lo que me habéis hecho beber.

Después se levantó, con la respiración ruidosa, alta la frente y los brazos extendidos.

—¡Húndase ahora la monarquía, pues me siento con fuerzas para

sostenerla!

Gilberto sonrió.

—¿Os sentís mejor? —preguntó.

—Doctor, decidme dónde se vende ese brebaje, y aunque hubiese de pagar por cada gota un brillante de su volumen, o renunciar a todo lujo para conservar la fuerza vital, os aseguro que yo también tendré esa llama líquida, y que entonces me consideraré como invencible.

—Conde —repuso Gilberto—, prometedme que no tomaréis de este brebaje más que dos veces a la semana, y que no os dirigiréis más que a mí para renovar el licor, y os dejaré este frasco.

—Dádmelo —contestó Mirabeau—, y os prometo cuanto gustéis.

—Helo ahí —replicó Gilberto—; pero esto no es todo. ¿No me habéis dicho que deseáis coche y caballos?

—Sí.

—Pues bien, vivid en el campo; esas flores que vician el aire de vuestra habitación depuran el del jardín, y la carrera que haréis todos los días para venir a París y volver al campo, será saludable para vos. Elegid, si es posible, una residencia situada en la altura, en un bosque o cerca del río, en Bellevue, Saint-Germain o Argenteuil.

—¡Argenteuil! —replicó Mirabeau

—; precisamente envié a mi criado allí para buscar una casa de campo. ¿No me habéis dicho, Teisch, que encontrasteis en aquel punto alguna casa que me convenía?

—Sí, señor conde —contestó el criado—, sí; es una casa encantadora, de la cual me había hablado un tal Fritz, compatriota mío, pues ha vivido en ella con su amo, que es un banquero extranjero. Ahora está desalquilada, y el señor conde puede tomarla cuando quiera.

—¿Dónde está situada esa casa?

—Fuera de Argenteuil; la llaman castillo del Marais.

—¡Oh! La conozco —exclamó Mirabeau—, y recuerdo que cuando mi padre me expulsaba de su casa, con su maldición y algunos bastonazos... ¿Sabéis, doctor que mi padre habitaba en Argenteuil?

—Sí.

—Pues bien, digo que cuando me arrojaba de su casa, con frecuencia fue a pasearme fuera de aquella mansión, diciéndome, como Horacio, dispensad si la cita es falsa: *O rus, quando te aspiciam*^[21]?

—Entonces, querido conde, ha llegado el momento de realizar vuestro sueño. Marchad a ver ese castillo, y

trasladad allí vuestra residencia... cuanto antes mejor.

Mirabeau reflexionó un momento, y volviéndose hacia el doctor, le dijo:

—Veamos, vuestro deber es velar sobre el enfermo a quien acabáis de resucitar; no son más que las cinco de la tarde, estamos en los días más largos del año y hace buen tiempo; tomemos el coche y veamos a Argenteuil.

—Sea —contestó Gilberto—. Cuando se trata de la curación de una salud tan preciosa como la vuestra, querido conde, es preciso estudiarlo todo... ¡Vamos a ver vuestra futura casa de campo!

Capítulo LXIII

NO HAY PARIENTES INFERIORES A LOS DEL CUARTO GRADO

Mirabeau no había montado aún la casa, y por consiguiente, no tenía coche propio; de modo que el criado hubo de ir a buscar uno de plaza.

En aquella época era casi un viaje ir a Argenteuil, adonde se va hoy en once

minutos, y adonde se irá tal vez, dentro de diez años, en once segundos.

¿Por qué Mirabeau había elegido Argenteuil? Era porque los recuerdos de su vida, como acababa de manifestarle al doctor, se relacionaban con aquella pequeña ciudad, y porque el hombre experimenta tal necesidad de duplicar el corto período de la existencia que se le ha concedido, que se aferra cuanto puede al pasado para ser conducido menos rápidamente hacia el futuro.

En Argenteuil era donde había muerto su padre, el marqués de Mirabeau, el 11 de julio de 1789, como debía morir un verdadero noble que no

quería presenciar la toma de la Bastilla.

Así es que en la extremidad del puente de Argenteuil, Mirabeau mandó detener el coche:

—¿Hemos llegado ya? —preguntó el doctor.

—Sí y no; aún no estamos en el castillo del Marais, situado a un cuarto de legua más allá de Argenteuil; pero se me ha olvidado decirles que lo que hacemos hoy, querido doctor, no es una simple visita, sino una peregrinación, y en tres estaciones.

—¡Una peregrinación! —exclamó Gilberto sonriendo—. Y ¿a qué santo?

—A San Riquetti, querido doctor; es

un santo que vos no conocéis, pero que los hombres han canonizado. A decir verdad, dudo que Dios, suponiendo que se ocupe de todas las miserias de este pobre mundo, haya ratificado la canonización; pero no es menos cierto que aquí fue donde murió Riquetti, marqués de Mirabeau, *amigo de los hombres*, sacrificado como un mártir por las locuras y las calaveradas de su indigno hijo Honorato Gabriel Víctor Riquetti, conde de Mirabeau.

—¡Ah! Es cierto —dijo el doctor—, en Argenteuil fue donde murió vuestro padre; dispensadme si lo he olvidado. Mi excusa está en esto: yo llegaba de

América cuando fui detenido en el camino del Havre a París, en los primeros días de julio, y me hallaba en la Bastilla cuando murió el marqués. Salí de la prisión el 14 de julio con los otros siete compañeros que allí quedaban, y por grande que fuera aquel acontecimiento privado, el recuerdo se perdió entre los grandes sucesos ocurridos entonces... Y ¿dónde vivía vuestro padre?

En el momento mismo en que Gilberto hacía esta pregunta, Mirabeau se detenía delante de la verja de una casa situada en el muelle frente al río, del que estaba separada por un pequeño

prado de unos trescientos pasos y por una línea de árboles.

Al ver a un hombre detenerse delante de aquella verja, un enorme mastín de la raza de los Pirineos saltó gruñendo, pasó la cabeza a través de los hierros de la verja y trató de morder a Mirabeau, o de llevarse por lo menos algún pedazo de su ropa.

—¡Pardiez!, doctor —exclamó, retrocediendo para evitar los dientes blancos y amenazadores del perro—, nada ha cambiado aquí, y se me recibe como cuando vivía mi padre.

Sin embargo, muy pronto se presentó en el pórtico un joven, hizo callar al

mastín, y llamándole hacia sí se adelantó al encuentro de los dos extranjeros.

—Dispensad, señores —dijo—, los amos no tienen nada que ver con el recibimiento que os hace el perro; muchos paseantes se detienen delante de esta casa, que estuvo habitada por el señor marqués de Mirabeau, y como el pobre *Cartouche* no comprende el interés histórico de la morada de sus humildes amos, siempre gruñe. ¡A tu perrera, *Cartouche*! —dijo.

El joven hizo un ademán de amenaza, y el mastín, gruñendo aún, fue a ocultarse en la perrera, por cuya abertura pasó sus dos patas anteriores,

en las que apoyó su hocico, mostrando sus agudos dientes, su roja lengua y sus ojos de fuego.

Entretanto, Mirabeau y Gilberto cruzaban una mirada.

—Señores —continuó el joven—, ahora no hay detrás de esta verja más que un hombre dispuesto a abrirla y a recibiros, si la curiosidad no se limita en vosotros a mirar el exterior.

Gilberto tocó a Mirabeau con el codo, indicando así que de buena gana visitaría el interior de la casa.

Mirabeau le comprendió, y, por otra parte, su deseo convenía con el del doctor.

—Caballero —dijo—, habéis leído en el fondo de nuestro pensamiento. Ya sabemos que esta casa estuvo habitada por el *amigo de los pobres*, y teníamos curiosidad por visitarla.

—Y vuestra curiosidad redoblará, señores —dijo el joven— cuando sepáis que dos o tres veces, durante la permanencia del padre, fue honrada con la visita de su ilustre hijo, que si hemos de creer la tradición, no fue recibido siempre como merecía serlo, y como nosotros le recibiríamos si experimentase el mismo deseo de vosotros, que me apresuro a satisfacer.

Así diciendo el joven se inclinó,

abrió la puerta, empujó la verja y les invitó a pasar.

Pero *Cartouche* no parecía dispuesto a dejarles disfrutar así de la hospitalidad que se les ofrecía, y se precipitó de nuevo desde su perrera ladrando ruidosamente.

El joven se lanzó entre el perro y aquel de sus visitantes contra el que parecía más encarnizado el mastín. Pero Mirabeau desvió al joven con la mano.

—Caballero —dijo—, los perros y los hombres han ladrado mucho contra mí; los hombres me han mordido algunas veces y jamás los perros. Además, se pretende que la mirada humana tiene una

influencia poderosa sobre los animales, y os ruego que me permitáis hacer ahora la prueba.

—Caballero, ese mastín es maligno, os lo advierto.

—Dejadme, dejadme, caballero —contestó Mirabeau—, todos los días debo habérmelas con animales más malignos que ese, y aun hoy he dado cuenta de toda una jauría.

—Sí —repuso Gilberto—, pero podéis hablarle, y nadie niega el poder de vuestra palabra.

—Doctor, yo creía que erais un adepto del magnetismo.

—Sin duda. ¿Por qué lo decís?

—Porque en tal caso debéis conocer la fuerza de la mirada. Dejadme magnetizar a *Cartouche*.

Mirabeau hablaba esa lengua tan bien comprendida por las organizaciones superiores.

—Haced como gustéis —dijo Gilberto.

—¡Oh, caballero! —repitió el joven —, no os esponzáis.

—¡Por favor! —dijo Mirabeau.

El joven se inclinó en señal de asentimiento y desvióse por la izquierda, mientras que Gilberto lo hacía por la derecha, como proceden los testigos de un duelo cuando uno de los

adversarios tiene que tirar contra el otro.

Por lo demás, el joven, después de subir dos o tres escalones del pórtico, se disponía a sujetar al mastín si la palabra o la mirada del desconocido era insuficiente.

El perro volvió la cabeza a derecha e izquierda, como para ver si el hombre a quien parecía mirar con un odio implacable estaba aislado de todo auxilio; después, viéndole solo y sin armas se arrastró lentamente al salir de la perrera más bien como reptil que como cuadrúpedo, y de un salto franqueó la tercera parte de la distancia

que le separaba de su antagonista.

Entonces Mirabeau se cruzó de brazos, y con esa mirada poderosa que le convertía en el Júpiter tonante de la tribuna, fijó los ojos en el animal.

Al mismo tiempo, cuanto podía contener de electricidad su vigoroso cuerpo pareció subir a su frente; sus cabellos se erizaron como la crin de un león, y si en vez de ser la hora del día en que el sol comienza a declinar, aunque se vea aún, hubiese sido el principio de la noche, sin duda se hubiesen visto surgir chispas de sus ojos.

El perro se detuvo de pronto y miróle.

Mirabeau se agachó para coger un puñado de arena y se lo arrojó a la cara.

El mastín rugió, dando otro salto que le puso a tres o cuatro pasos de su adversario; pero este fue entonces quien avanzó hacia el animal.

El mastín quedó un instante inmóvil como el perro de granito del cazador Céfalo; después, inquieto por la marcha progresiva de Mirabeau, pareció vacilar entre la cólera y el temor y amenazó con los dientes y los ojos, pero doblando las patas posteriores. Al fin, Mirabeau levantó el brazo con ese ademán dominante que tan a menudo le dio buen resultado en la tribuna cuando lanzaba a

sus enemigos el sarcasmo, la injuria o la ironía; y el perro, vencido y tembloroso retrocedió, mirando hacia atrás como para ver si tenía retirada; dio dos vueltas y entró precipitadamente en su perrera.

Mirabeau levantó la cabeza orgulloso y contento como un vencedor en los juegos ístmicos.

—¡Ah, doctor! —dijo—, el señor Mirabeau, padre, tenía razón al decir que los perros son candidatos a la humanidad. Habéis visto a ese mastín insolente y cobarde, y ahora le veréis servil como un hombre.

Al decir esto extendió el brazo y

gritó:

—¡Aquí, *Cartouche*, aquí!

El perro vaciló; pero al ver una señal de impaciencia salió de su covacha por segunda vez, franqueó el espacio que le separaba de Mirabeau con los ojos fijos en los de este, levantó la cabeza lenta y tímidamente cuando estuvo a sus pies, y con la punta de la lengua le lamió los dedos.

—¡Está bien —dijo Mirabeau—; ahora a tu perrera!

Hizo un ademán, y el mastín fue a echarse.

Después, volviéndose hacia Gilberto, mientras que el joven

permanecía en el pórtico, estremeciéndose aún y mudo de asombro, le dijo:

—¿Sabéis, querido doctor, en qué pensaba al hacer la locura que acabáis de presenciar?

—No, pero decídmelo, pues supongo que no la habréis hecho por una simple bravata.

—Pensaba en la famosa noche del 5 al 6 de octubre. Doctor, daría la mitad de los días que me quedan de vida porque el rey Luis XVI hubiese visto a este mastín precipitarse contra mí, volver a su perrera y venir a lamerme la mano.

Y dirigiéndose al joven, continuó:

—Espero que me dispenséis, caballero, por haber humillado a *Cartouche*. Y ahora vamos a ver la casa del *amigo de los hombres*, puesto que tenéis a bien mostrárnosla.

El joven se apartó para que pasase Mirabeau, el cual no necesitaba guía al parecer, y conocía la casa tan bien como su primitivo dueño.

Sin detenerse en el piso bajo subió vivamente la escalera, que tenía una barandilla de hierro artísticamente trabajada, diciendo:

—Por aquí, doctor, por aquí.

En efecto, con aquel impulso que le

era propio, con aquella costumbre dominadora, natural en su temperamento, en vez de espectador, Mirabeau se convertía en actor, y más parecía dueño de la casa que no visitante.

Gilberto le siguió.

Entretanto el joven llamaba a su padre, hombre de unos cincuenta y cinco años, y a sus dos hermanas, jóvenes de quince a dieciocho, para decirles qué extraño visitante acababa de recibir.

Mientras que les refería el incidente de la sumisión del mastín, Mirabeau mostraba a Gilberto el despacho, la alcoba y el salón del difunto marqués; y como cada aposento visitado despertaba

un recuerdo, Mirabeau refería anécdotas con ese encanto y esa viveza que le eran peculiares.

El propietario y su familia escuchaban atentos al narrador que les hacía la historia de su propia casa, y para verle y escucharle abrían mucho los ojos y prestaban atento oído.

Visitada la habitación de arriba, y como dieran las siete en la iglesia de Argenteuil, Mirabeau, temiendo sin duda no tener tiempo para todo lo que le faltaba hacer, invitó a Gilberto a bajar, dándole ejemplo al punto.

—Caballero —dijo entonces el propietario de la casa—, vos que sabéis

tantas historias sobre el marqués de Mirabeau y su ilustre hijo, me parece que podríais, si lo tuvierais a bien, referirnos una historia que no sería la menos curiosa de las que conocéis.

Mirabeau se detuvo sonriendo.

—En efecto —dijo—, pero yo me proponía guardar silencio sobre ella.

—Y ¿por qué, conde? —preguntó el doctor.

—Vais a juzgar vos mismo. Al salir del calabozo de Vincennes, donde había estado dieciocho meses, Mirabeau, que doblaba la edad al hijo pródigo, y que no sospechaba ni remotamente que se preparaba una fiesta para celebrar su

regreso, tuvo la ocurrencia de ir a reclamar su legítima. Había dos motivos para que Mirabeau fuese mal recibido en la casa paterna: en primer lugar, acababa de salir del calabozo de Vincennes muy a pesar del marqués; y además, entraba en la casa para pedir dinero. De aquí resultó que el padre, ocupado en dar la última mano a una obra filantrópica, se levantó al ver a su hijo, cogió el bastón y precipitóse contra él apenas hubo oído la palabra *dinero*. El conde conocía a su padre, y sin embargo, esperaba que sus treinta y siete años le librarían del correctivo que le amenazaba; mas el conde reconoció su

error al sentir los bastonazos sobre sus hombros.

—¡Cómo los bastonazos! —exclamó Gilberto.

—Sí, verdaderos bastonazos, no como los que se dan y se reciben en la Comedia Francesa en las obras de Moliere sino verdaderos y suficientes para romper la cabeza o los brazos.

—Y ¿qué hizo el conde Mirabeau? —preguntó Gilberto.

—¡Pardiez! Hizo lo que Horacio en su primer combate, emprendió la fuga. Por desgracia no tenía escudo, como Horacio, pues en vez de arrojarle, como lo hizo el cantor de Lidia, le habría

utilizado para parar los golpes; pero careciendo de él saltó por los cuatro primeros peldaños de esta escalera, poco más o menos como acabo de hacerlo, o más deprisa aún, y entonces se volvió, levantando el bastón a su vez. «¡Alto ahí, caballero! —dijo a su padre —, ¡no hay ya parientes inferiores a los del cuarto grado!». Este era un equívoco bastante malo, pero que detuvo al padre más pronto que la mejor razón. «¡Ah!, ¡qué desgracia es que haya muerto el juez, porque le contaría esto!», exclamó. El conde, continuó el narrador, era demasiado buen estratégico para no aprovecharse de la oportunidad que se

le ofrecía para emprender la retirada; bajó el resto de la escalera casi tan rápidamente como los primeros cuatro peldaños, y con gran pesar suyo jamás volvió a la casa. ¿No es verdad, doctor, que ese conde Mirabeau era un pillo?

—¡Oh, caballero! —dijo el joven acercándose a Mirabeau con las manos unidas, y como si pidiese perdón a su visitante por tener una opinión contraria a la suya—, decid más bien que era un gran hombre.

Mirabeau fijó en el joven una mirada penetrante.

—¡Ah, ah! —dijo—, ¿hay personas que creen eso de Mirabeau?

—Sí, caballero —contestó el joven —, y a riesgo de incurrir en vuestro desagrado, yo soy el primero.

—¡Oh! —replicó Mirabeau, riéndose—, no debéis decir eso en voz alta en esta casa, joven, porque las paredes podrían hundirse sobre vuestra cabeza.

Después, saludando respetuosamente al padre y a las dos jóvenes atravesó el jardín, haciendo una señal cariñosa a *Cartouche*, que correspondió con un gruñido sordo, resto de su pasada rebelión.

Gilberto siguió a Mirabeau, que mandó al cochero entrar en la ciudad y

detenerse delante de la iglesia.

Pero en la esquina de la primera calle mandó hacer alto de nuevo, y sacando una tarjeta del bolsillo, dijo a su criado:

—Toisch, entregad de mi parte esta tarjeta al joven que no era de mi opinión respecto al señor de Mirabeau. Y añadió, exhalando un suspiro:

—¡Ah, doctor! He ahí un joven que no ha leído aún «*¡La Gran Traición del señor Mirabeau!*».

Toisch volvía en aquel instante.

Iba seguido del joven.

—¡Oh, oh!, señor conde —dijo este con un acento de admiración franca y

sincera—, concededme lo que concedisteis a *Cartouche*, el honor de besaros la mano.

Mirabeau entreabrió sus brazos y estrechó al joven contra su pecho.

—Señor conde —dijo el joven—, yo me llamo Mornais, y si alguna vez necesitáis uno que muera por vos, acordaos de mí.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Mirabeau.

—¡Doctor —dijo—, he aquí los hombres que nos suceden; y a fe mía valen más que nosotros!

Capítulo LXIV

UNA MUJER QUE SE PARECE A LA REINA

El cochero se detuvo en la puerta de la iglesia de Argenteuil.

—Os he dicho —continuó Mirabeau—, que no había vuelto jamás a esta ciudad desde el día en que mi padre me arrojó de su casa a bastonazos; pero me engañaba, pues vine el día en que acompañé sus restos mortales a esta

iglesia.

Y Mirabeau, apeándose del coche, con el sombrero en la mano y la cabeza descubierta, entró en el templo con paso lento y solemne.

En aquel hombre extraño había tantos sentimientos opuestos, que algunas veces tenía veleidades de religión en la época en que todos eran filósofos, llegando algunos hasta el ateísmo.

Gilberto, siguiéndole de cerca, vio a Mirabeau cruzar toda la iglesia, y llegado cerca del altar de la Virgen, apoyarse en una columna maciza cuyo capitel romano parecía tener escrita la

fecha del siglo XII.

Inclinó la cabeza y su mirada se fijó en una losa negra que formaba el centro de una capilla.

El doctor trató de explicarse lo que absorbía así el pensamiento de Mirabeau; sus ojos siguieron la misma dirección que los de este, y fijáronse en la inscripción siguiente:

*Aquí reposa
Francisca de Castellane, MARQUESA DE
MIRABEAU,
modelo de piedad y de virtudes; esposa
feliz, madre dichosa.
Nació en el Delfinado en 1685, y murió*

en París en el 1769.

*Fue depositada en San Sulpicio
y transportada aquí para reposar en la
misma tumba*

con su digno hijo

*Víctor de Riquetti, MARQUÉS DE
MIRABEAU,*

apellidado el «Amigo de los hombres».

*Nació en Pertuis, en Provenza, el 4 de
octubre de 1715;*

*y murió en Argenteuil el 11 de julio de
1789.*

«Rogad a Dios por sus almas».

La religión de la muerte es tan poderosa, que el doctor Gilberto inclinó

un momento la cabeza, buscando en su memoria si le quedaba alguna oración cualquiera para obedecer a la invitación que a todo cristiano dirigía la piedra sepulcral que tenía ante los ojos.

Pero si alguna vez Gilberto hubiera sabido en su infancia, lo cual no es probable, hablar la lengua de la humildad y de la fe, la duda, esa gangrena del último siglo, había borrado la más pequeña línea de ese libro santo, y la filosofía había inscrito en su lugar sus sofismas y sus paradojas.

Viéndose con el corazón seco y la boca muda, levantó los ojos y vio dos lágrimas rodar sobre las mejillas de

Mirabeau, cuyo rostro revelaba las más ardientes pasiones.

Aquellas dos lágrimas de Mirabeau conmovieron singularmente a Gilberto, y acercándose a él le estrechó la mano.

Mirabeau comprendió.

Lágrimas derramadas en recuerdo de aquel padre que había aprisionado y martirizado, habrían sido lágrimas incomprensibles o triviales.

Y por eso se apresuró a manifestar a Gilberto la verdadera causa de aquella sensibilidad.

—Francisca de Castellane —dijo—, mi abuela, era una digna mujer. Cuando yo parecía a todos horrible, ella me

consideraba tan sólo feo, y mientras que todo el mundo me odiaba, ella casi me amaba; pero ante todo quería a su hijo. Por eso me veis ahora reunirlos en su tumba, querido doctor. ¿Con quién me reunirán a mí? ¿Quiénes serán los que han de dormir a mi lado?... ¡Ni siquiera tengo un perro que me ame!

Y sonrió con expresión dolorosa.

—¡Caballero —dijo una voz con ese tono seco propio de los devotos—, no se ríe en la iglesia!

Mirabeau volvió su rostro, bañado en lágrimas, hacia el lado de donde venía la voz, y vio un sacerdote.

—Señor —contestó con dulzura—,

¿sois el sacerdote de esta capilla?

—Sí... ¿qué queréis?

—¿Tenéis muchos pobres en vuestra parroquia?

—Más que personas dispuestas a darles limosna...

—Sin embargo, conoceréis algunas almas caritativas y filantrópicas.

El sacerdote se echó a reír.

—Yo creo —observó Mirabeau—, que habéis tenido a bien decirme que no se reía en la iglesia...

—¡Caballero! —contestó el sacerdote resentido—, ¿pretendéis acaso darme una lección?...

—No, señor, tan sólo quiero

probaros que las personas que creen que es un deber acudir en auxilio de sus hermanos, no son tan raras como os parecen. Así, por ejemplo, probablemente habitaré el castillo del Marais, y por lo tanto, todo obrero que carezca de trabajo encontrará allí que hacer y un buen salario; todo anciano que tenga hambre recibirá allí el pan; todo enfermo, sean cuales fueren sus opiniones políticas y sus principios religiosos, obtendrá auxilios; y a partir de hoy, señor cura, os ofrezco con este objeto un crédito de mil francos mensuales.

Así diciendo, Mirabeau rasgó una

hoja de su libro de memorias y escribió en ella lo siguiente:

Bono por la suma de doce mil francos, de los que el señor cura de Argenteuil podrá disponer de mi cuenta, a razón de mil francos mensuales, que deben emplearse en buenas obras, a partir del día de su instalación en el castillo del Marais.

Hecho en la iglesia de Argenteuil y firmado en el altar de la Virgen.

MIRABEAU EL MAYOR.

En efecto, Mirabeau había escrito esta letra de cambio, firmándola en el altar de la Virgen.

Escrita y firmada esta letra fue entregada al cura, estupefacto antes de ver la firma y más aún después de leerla.

Mirabeau salió de la iglesia haciendo seña a Gilberto para que le siguiese.

Por poco tiempo que hubiese permanecido en Argenteuil, dejaba tras sí dos recuerdos que debían engrandecerle cada vez más en la posteridad.

Es propio de ciertas organizaciones

dejar un recuerdo en todos los puntos que han visitado.

Es como Cadmus sembrando soldados en el suelo de Tebas.

Es como Hércules diseminando sus doce trabajos en el mundo.

Aún hoy, aunque Mirabeau ha muerto sesenta años hace, aún hoy, haced en Argenteuil, en el mismo lugar donde estuvo el gran orador, las dos estaciones que acabamos de indicar, y a menos que la casa esté deshabitada o la iglesia desierta, encontraréis alguno que os referirá con todos sus detalles, como si el hecho hubiese ocurrido ayer, lo que acabamos de contar.

El coche siguió la calle Mayor hasta su extremidad, y saliendo después de Argenteuil avanzó por el camino de Besons. Apenas hubo recorrido cien pasos, Mirabeau pudo ver a su derecha los frondosos árboles de un parque separado del castillo y sus dependencias por los tejados de pizarra.

Era el Marais.

A la derecha del camino que el coche seguía, elevábase una pobre cabaña.

En su puerta veíase una mujer sentada en un escabel de madera, con una criatura en brazos, pálida y devorada al parecer por la fiebre.

La madre, meciendo aquel semicadáver, elevaba los ojos al cielo y lloraba:

Sé dirigía al que es costumbre dirigirse cuando no se espera nada de los hombres.

Mirabeau fijaba desde lejos la vista en aquel triste espectáculo.

—Doctor —dijo a Gilberto—, soy supersticioso como un antiguo: si ese niño se muere, no tomaré el castillo del Marais. Vedlo, esto os concierne.

Y detuvo el coche delante de la cabaña.

—Doctor —continuó—, como tan sólo me quedan veinte minutos del día

para visitar el castillo, os dejo aquí; vendréis a reuniros conmigo para decirme si esperáis salvar al niño.

Y dirigiéndose a la madre, añadió:

—Buena mujer, este caballero que me acompaña es un gran médico; dad gracias a la Providencia que os le envía, pues tratará de curar a vuestro hijo.

La mujer no sabía si aquello era un sueño; levantóse con su niño entre los brazos y dio las gracias.

Gilberto se apeó.

El coche continuó su camino, y cinco minutos después Teisch llamaba a la verja del castillo.

Pasó algún tiempo sin que se

presentara nadie; pero al fin, un hombre que por su traje parecía ser el jardinero, llegó para abrir.

Mirabeau se informó primeramente del estado en que se hallaba el castillo.

El jardinero dijo que era muy habitable, y así lo parecía a primera vista.

Formaba parte del dominio de la abadía de San Dionisio, como distrito principal del priorato de Argenteuil, y estaba en venta a consecuencia de los decretos expedidos sobre los bienes del clero.

Mirabeau, como hemos dicho, le conocía ya; pero jamás había tenido

ocasión de examinarle tan atentamente como en aquella circunstancia.

Abierta la verja, penetró en un primer patio casi cuadrado; a la derecha había un pabellón habitado por el jardinero, y a la izquierda otra que, por la gracia con que estaba adornado hasta exteriormente, se podía dudar un instante que fuese hermano del primero.

Y sin embargo, lo era; pero humilde y pobre en un principio, habíase convertido en una morada casi aristocrática: gigantescos rosales llenos de flores le revestían de un magnífico ropaje de colores, mientras que una línea de cepas le rodeaba con una faja

verde, viéndose en cada ventana, cerradas en aquel momento, una cortina de claveles y heliotropos, cuyas espesas ramas y flores cerradas impedían a la vez al sol y a la vista penetrar en la habitación; en tanto que un jardinillo lleno de azucenas y de narcisos, verdadera alfombra que desde lejos hubiera parecido bordada por la mano de Pénélope, y que estaba contiguo a la casa, prolongábase en toda la longitud de aquel primer patio, formando contraste con un gigantesco sauce llorón y magníficos olmos plantados en el lado opuesto.

Ya hemos dicho que Mirabeau era

apasionado por las flores; al ver aquel pabellón como sepultado entre las rosas, aquel encantador jardín, que parecía formar parte de la casita de Flora, dejó escapar un grito de alegría.

—¡Oh! —exclamó, dirigiéndose al jardinero—, ¿se alquila este pabellón o se vende, amigo mío?

—Seguramente, caballero —contestó el hombre—, puesto que pertenece al castillo, y este se vende o se alquila. En este momento está habitado; pero como no hay escritura de alquiler, si el caballero se queda con el castillo, se podría despedir a la persona que habita ahí.

—¡Ah! —exclamó Mirabeau—. Y ¿quién es esa persona?

—Una dama.

—¿Joven?...

—De treinta a treinta y cinco años.

—¿Hermosa?

—Muy linda.

—Bien —dijo Mirabeau algo indeciso—, ya veremos; una hermosa vecina no será estorbo... Veamos el castillo, amigo mío.

El jardinero se puso en marcha, precediendo a Mirabeau, atravesó un puente que separaba el primer patio del segundo, bajo el cual se deslizaba una especie de arroyuelo, y se detuvo de

pronto.

—Si el caballero —dijo—, no quisiera molestar a la dama del pabellón, esto sería tanto más fácil cuanto que ese riachuelo aisla completamente la porción del parque contigua al pabellón del resto del jardín; de modo que la dama estaría en su casa y el caballero en la suya...

—Bien, bien —interrumpió Mirabeau—. Veamos el castillo.

Y franqueó los cinco escalones del pórtico.

El jardinero abrió la puerta principal. Esta puerta daba a un vestíbulo con paredes de estuco, nichos

ocupados por estatuas y columnas con vasos, según la moda de la época.

Otra puerta en el fondo, frente a la de entrada, conducía al jardín.

A la derecha del vestíbulo estaban la sala de billar y el comedor.

A la izquierda había dos salones, uno grande y otro pequeño.

Esta primera disposición agradaba bastante a Mirabeau, que parecía estar distraído e impaciente. Se subió al primer piso.

Este se componía de un gran salón maravillosamente dispuesto para transformarlo en despacho, y de tres o cuatro alcobas muy buenas.

Todas las ventanas estaban cerradas. Mirabeau se dirigió a una de ellas y abríola. El jardinero guiso hacer lo mismo con las demás. Pero Mirabeau le hizo una señal con la mano y el hombre se detuvo.

Precisamente debajo de la ventana que Mirabeau acababa de abrir, y al pie de un inmenso sauce llorón, una mujer leía medio recostada, mientras que un niño de cinco años jugaba a pocos pasos de ella, en el pequeño prado y entre las flores.

Mirabeau comprendió que era la dama del pabellón. Era imposible haberse vestido con más elegancia y

gracia que aquella mujer, con su pequeño peinador de muselina guarnecido de blondas, que cubría una chaquetilla de seda adornada de cintas de color de rosa y blancas; con su falda de muselina de rizados volantes; su bien ajustado corsé, también de seda de color de rosa, y su capucha adornada de finas blondas que caían como un velo, a través de las cuales, como a través de una niebla, se podía distinguir el rostro.

Unas manos finas, largas y con uñas aristocráticas, y pies de niño que holgaban en dos pequeñas chinelas de seda blanca con nudos de color de rosa, completaban este armonioso y seductor

conjunto.

El niño, vestido de seda blanca, llevaba —mezcla singular, bastante común en aquella época— un sombrerito a lo Enrique IV, con uno de esos cinturones tricolores que se llamaban de la Nación.

Tal era también el traje que el joven delfín llevaba la última vez que se presentó con su madre en el balcón de las Tullerías.

La señal que Mirabeau había hecho al jardinero era para que no molestase a la bella lectora.

Aquella era la mujer del pabellón de las flores, la reina del jardín de las

azucenas y narcisos, y la vecina de Mirabeau, el hombre cuyos sentidos ansiaban siempre las voluptuosidades, y que hubiera elegido una dama como aquella si la casualidad no se la hubiese deparado.

Durante algún tiempo devoró con la vista a la encantadora mujer, inmóvil como una estatua, ignorante de que una mirada ardiente se fijaba en ella; pero bien fuese casualidad o ya corriente magnética, sus ojos se desviaron del libro y volviéronse hacia la ventana.

Al ver a Mirabeau, la dama profirió un ligero grito de sorpresa, levantóse, llamó a su hijo y se alejó con él

llevándole cogido de la mano, no sin volver la cabeza dos o tres veces, y desapareció entre los árboles, por cuyos huecos Mirabeau siguió las diversas reapariciones de su brillante traje, cuya blancura contrastaba con las primeras sombras de la noche.

Al grito de sorpresa proferido por la desconocida, Mirabeau contestó con otro de asombro.

Aquella mujer tenía, no tan sólo el paso majestuoso, sino también las facciones de María Antonieta, en cuanto se podía juzgar a través del velo de blonda que cubría en parte su rostro.

El niño contribuía a la semejanza:

tenía precisamente la edad del segundo hijo de la Reina, cuyo modo de andar, cuyo rostro y menores movimientos habían quedado tan presentes, no tan sólo en el recuerdo, sino hasta en el corazón de Mirabeau desde la entrevista de Saint-Cloud, que hubiera reconocido a María Antonieta allí donde la hubiese encontrado, aunque la rodease esa nube divina con que Virgilio rodea a Venus cuando se aparece a su hijo en la ribera de Cartago.

¿Qué extraña maravilla conducía al parque de la casa que Mirabeau se proponía habitar, a una mujer misteriosa que, si no era la Reina, era por lo menos

su vivo retrato?

En aquel momento, Mirabeau sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro.

Capítulo LXV

DONDE SE COMIENZA A RECONOCER LA INFLUENCIA DE LA DAMA DESCONOCIDA

Mirabeau volvió la cabeza, estremeciéndose.

El que así le ponía la mano en el hombro era el doctor Gilberto.

—¡Ah! —exclamó Mirabeau—, sois

vos, querido doctor. ¿Qué hay?

—Pues que he visto al niño —
contestó Gilberto.

—Y ¿esperáis salvarle?

—Jamás debe un médico perder la
esperanza, ni aun en presencia de la
misma muerte.

—¡Diablo! —exclamó Mirabeau—,
esto quiere decir que la enfermedad es
grave.

—Más que grave, querido conde, es
mortal.

—Y ¿qué enfermedad es esa?

—No deseo más que entrar en
algunos detalles sobre el asunto,
atendido que no carecerán de interés

para un hombre que ha tomado, sin saber a qué se expone, la resolución de habitar en este castillo.

—¡Cómo! —dijo Mirabeau—. ¿Vais a decirme que me arriesgo a ser víctima de la peste?

—No; pero voy a deciros cómo el pobre niño se vio atacado de la fiebre, de la cual morirá probablemente dentro de ocho días. Su madre cortaba el heno del castillo con el jardinero, y para estar más libre dejó a la criatura a pocos pasos de esos fosos de agua estancada que circuyen el parque; y la buena mujer, que no tiene ninguna idea del doble movimiento de la tierra, había echado al

niño a la sombra, sin pensar que, al cabo de una hora, la sombra habría dejado su lugar al sol. Cuando llegó en busca de su hijo, atraída por sus gritos, le encontró doblemente atacado, primeramente por la insolación, demasiado continua, que había resentido el joven cerebro, y después por la absorción de los efluvios pantanosos que habían determinado ese género de envenenamiento llamado *palúdico*.

—Dispensad, doctor —dijo Mirabeau—, pero no os comprendo bien.

—Veamos, ¿no habéis oído hablar de las fiebres que produce la

inmediación de los pantanos? ¿No conocéis, cuando menos de oídas, los miasmas deletéreos que se exhalan de las marismas toscanas? ¿No habéis leído en el poeta Florentino la muerte de *Pia dei Tolomei*^[22]?

—Sí tal, doctor, sé todo eso, pero como hombre de mundo y poeta, no como químico o médico. Cabanis me dijo algo por el estilo la última vez que nos vimos, al hablarnos de la sala del Picadero, donde estamos muy mal; y hasta me aseguraba que si no salía, al menos tres veces en cada sesión, a respirar el aire de las Tullerías, moriría al fin envenenado.

—Y Cabanis tenía razón.

—¿Queréis explicarme eso, doctor?

Me complacería mucho.

—¿De veras?

—Sí; conozco bastante bien el griego y el latín, y durante los cuatro o cinco años de prisión que sufrí en diferentes épocas, gracias a las susceptibilidades sociales de mi padre, estudié bastante bien la antigüedad. Hasta escribí a ratos perdidos un libro sobre aquella, algo obsceno, pero que no deja de tener cierta ciencia; mas ignoro completamente cómo puede uno envenenarse en la sala de la Asamblea nacional, a menos que le muerda el

abate Maury o que lea la hoja de Marat.

—Entonces voy a decíroslo; tal vez la explicación será algo oscura para un hombre que tiene la modestia de confesarse poco entendido en física e ignorante en química; pero trataré de ser lo más claro posible.

—Hablad, doctor, y jamás habréis encontrado un oyente más deseoso de aprender.

—El arquitecto que presidió la construcción de la sala del Picadero —y por desgracia, querido conde, los arquitectos son así como vos, malos químicos—, no tuvo la idea de poner chimeneas para dar salida al aire

viciado, ni tubos inferiores para renovarle; y así es que las mil cien bocas que encerradas en esta sala aspiran el oxígeno, devuelven, en cambio, vapores carbónicos, a lo cual se debe que al cabo de una hora de sesión, sobre todo en invierno, cuando las ventanas están cerradas y los caloríferos ardientes, el aire no es ya respirable.

—He aquí, pues, el trabajo que yo quisiera explicarme, para dar cuenta de ello a Bailly.

—Nada más sencillo: el aire puro, tal como debe ser absorbido por nuestros pulmones, tal como se respira en una habitación casi orientada hacia

levante, con una corriente de agua próxima, es decir, en las mejores condiciones en que el aire se puede respirar, se compone de 77 partes de oxígeno, 21 de ázoe, y 2 de lo que llamamos vapor de agua.

—Muy bien, comprendo hasta aquí y anoto vuestras cifras.

—Perfectamente, y ahora escuchad esto: la sangre venosa llega a los pulmones negra y cargada de carbono, y allí debe revivificarse por el contacto del aire exterior, es decir, del oxígeno que el acto inspiratorio toma del aire libre. Aquí se produce un doble fenómeno, que designamos con el

nombre de hematosis: el oxígeno, puesto en contacto con la sangre, se combina con esta; de negra que era la convierte en roja, comunicándola así el elemento de vida que debe haber en toda economía; al mismo tiempo, el carbono que se combinaba con una parte del oxígeno pasa al estado de ácido carbónico o de óxido de carbono, y entonces exhala fuera mezclado con cierta cantidad de vapor de agua en el acto de la espiración. Pues bien, este aire puro absorbido por la inspiración, y ese aire viciado devuelto por la espiración, forman en una sala cerrada una atmósfera que, no solamente deja de

estar en condiciones respirables, sino que puede llegar a producir un verdadero envenenamiento.

—¿De modo que, en vuestra opinión, doctor, yo estoy ya medio envenenado?

—Precisamente; vuestros dolores de entrañas no reconocen otra causa; pero entended que agrego a los envenenamientos de la sala del Picadero los de la del Arzobispado y torreón de Vincennes, los del fuerte de Joux y los del castillo de If. ¿No recordáis que la señora de Bellegarde dijo que había en el castillo de Vincennes una habitación que valía tanto como su peso en arsénico?

—¿De modo, querido doctor, que el pobre niño está completamente envenenado, como yo lo estoy a medias?

—Sí, querido conde; y el envenenamiento ha producido en él una fiebre perniciosa cuyo asiento se halla en el cerebro y en las meninges. Esta fiebre ha determinado una enfermedad que se llama simplemente fiebre cerebral, y que yo bautizaré con un nuevo nombre, llamándola hidrocefalia aguda. De aquí las convulsiones, el rostro hinchado, los labios violáceos, el marcado *trismus*^[23] de la mandíbula, la respiración palpitante, el estremecimiento del pulso en vez de los

latidos, y, por último, el sudor viscoso que cubre todo el cuerpo.

—¡Diablo! ¿Sabéis que esa enumeración hace temblar? A decir verdad, cuando oigo a un médico hablar en términos técnicos, es como cuando leo un papel sellado con sutilezas de curia: siempre me parece que lo mejor que me espera es la muerte. Y ¿qué habéis recetado al pobre niño?

—El tratamiento más enérgico, y me apresuro a deciros que dos luisas envueltos en la receta habrán permitido a la madre seguirle; se le administrarán los refrigerantes en la cabeza, los excitantes en las extremidades, el

emético para vomitivo, la quinina y las decociones.

—¿De veras? Y ¿todo eso no hará nada?...

—Todo eso sin el auxilio de la naturaleza, no servirá de gran cosa. Para tranquilizar mi conciencia he prescrito ese tratamiento^[24], y su ángel bueno, si la criatura lo tiene, hará lo demás.

—¡Hum! —murmuró Mirabeau.

—¿Comprendéis, verdad?

—¿Qué, vuestra teoría del envenenamiento por el óxido de carbono? Casi, casi.

—No quiero decir eso; pregunto si comprendéis que el aire del castillo del

Marais no os conviene.

—¿Lo creéis así, doctor?

—Seguro estoy de ello.

—Muy enojoso sería, pues el castillo me conviene mucho.

—¡En esto os reconozco bien como eterno enemigo de vos mismo! Os aconsejo una altura, y tomáis un terreno llano; os recomiendo una corriente de agua, y elegís un foso que la tiene estancada.

—¡Pero qué parque! ¡Mirad esos árboles, doctor!

—Dormid una sola noche con la ventana abierta, conde, o pasearos después de las once de la noche bajo

esos hermosos árboles, y ya me diréis algo al día siguiente.

—Es decir, que en vez de estar envenenado a medias, como ahora, mañana lo estaré del todo.

—¿Me habéis pedido la verdad?

—Sí, y supongo que vos me la diréis toda, ¿no es cierto?

—¡Oh!, completamente. Os conozco bien, querido conde; venís aquí huyendo del mundo, pero este vendrá a buscaros; todos arrastran su cadena consigo, bien sea de hierro, o de oro o de flores; la vuestra es del placer de noche y estudio de día. Mientras que habéis sido joven, la voluptuosidad os ha descansado del

trabajo; pero este último os ha gastado, mientras que aquella os fatigaba. Vos mismo me lo decíais en vuestro lenguaje siempre tan expresivo y animado, y comprendéis que pasáis desde el verano al otoño. Pues bien, querido conde, si después de un exceso de placer por la noche y otro de trabajo durante el día, me veo en la precisión de cuidaros, pensad que en este momento en que perdéis vuestras fuerzas, estaréis más dispuesto que nunca a absorber el aire viciado de noche por los grandes árboles del parque, y de día por los miasmas palúdicos de ese agua estancada. Y ¿qué hacer? Seréis dos

contra mí, ambos más fuertes que yo: vos y la naturaleza, y, por lo tanto, será preciso que yo sucumba.

—¿Conque creéis, querido doctor, que moriré por las entrañas?... ¡Diablo! Me causáis pesar al decirme esto, porque semejante enfermedad es larga y dolorosa; mejor fuera alguna buena apoplejía fulminante o un aneurisma. ¿No podríais arreglarme esto?

—¡Oh, querido conde! —contestó el doctor—, no me pidáis nada por este concepto, pues lo que deseáis está hecho ya o se hará al fin. A mi modo de ver, vuestras entrañas no son más que secundarias, y en vos el corazón es y

será siempre el órgano más principal. Por desgracia, las enfermedades del corazón en los hombres de vuestra edad son numerosas y variadas, y no todas llevan consigo la muerte instantánea. Regla general, querido conde, y escuchad bien esto, que si no está escrito en ninguna parte, yo soy quien os lo dice, yo, observador filósofo mucho más que médico: las enfermedades agudas del hombre siguen un orden casi absoluto; en los niños, el cerebro es el que antes padece; en el adolescente, es el pecho; en el adulto, las vísceras inferiores; y en el anciano, en fin, es el cerebro o el corazón, es decir, lo que ha

pensado y sufrido mucho. Así, pues, cuando la ciencia haya dicho su última palabra; cuando la creación entera, interrogada por el hombre, haya revelado su último secreto; cuando toda enfermedad conozca su remedio; cuando el hombre, salvo algunas excepciones, como los animales que le rodean, no muera ya más que de vejez, los dos únicos órganos atacables en él serán el cerebro y el corazón, y aun la muerte por el primero deberá su principio a la enfermedad del segundo.

—¡Pardiez!, querido doctor —dijo Mirabeau—, no podéis imaginar cuánto me interesáis; mirad, diríase que mi

corazón sabe que habláis de él; ved cómo late.

Y Mirabeau, cogiendo la mano de Gilberto, la aplicó a su corazón.

—Pues bien —contestó el doctor—, he aquí lo que viene en apoyo de lo que os explicaba. ¿Cómo queréis que un órgano que participa de todas vuestras emociones, que precipita sus latidos o los detiene para seguir una simple conversación patológica, cómo queréis que en vos, sobre todo, no se afecte ese órgano? Habéis vivido por el corazón, y por él moriréis; entended bien esto: no hay una afección moral viva ni tampoco una física aguda que deje de comunicar

al hombre una especie de fiebre, ni hay tampoco fiebre que no produzca una aceleración más o menos considerable de los latidos del corazón. Pues bien, en este trabajo, que es penoso y que fatiga, pues se verifica fuera del orden normal, aquel órgano se gasta, se altera, de lo cual resulta para los viejos la hipertrofia del corazón, es decir, su excesivo desarrollo, o el aneurisma, es decir, su adelgazamiento; este último conduce a las laceraciones del corazón, única cosa que produce la muerte instantánea; la hipertrofia en las apoplejías cerebrales ocasiona una muerte más lenta algunas veces, pero en este caso se pierde la

inteligencia, y, de consiguiente, el verdadero dolor no existe, puesto que sólo se produce con el sentimiento que juzga y mide su extensión. Pues bien, ¿os figuráis que habréis amado y sido feliz, que habréis sufrido, teniendo unas veces momentos de alegría y horas de desesperación como ningún otro; que habréis alcanzado triunfos desconocidos, experimentando también grandes decepciones que vuestro corazón habrá enviado durante cuarenta años en cataratas abrasadoras desde el centro a las extremidades; que habréis pensado, trabajado y hablado durante días enteros; que habréis bebido, reído y

amado noches enteras; y que después de todo esto vuestro corazón, del que tanto habéis abusado, no os faltaría al fin del todo? ¡Vamos, querido amigo, el corazón es como una bolsa, que por más que esté repleta, a fuerza de sacar, al fin queda vacía! Mas al mostraros la peor parte de la situación, dejadme daros a conocer la buena. El corazón necesita tiempo para gastarse; no obréis sobre el vuestro como lo hacéis, no le pidáis más trabajo del que puede hacer, no le busquéis más emociones de las que puede sufrir, y poneos en condiciones que no conduzcan a desórdenes graves en las tres funciones principales de la vida: la

respiración, que tiene su asiento en los pulmones; la circulación, que depende del corazón, y la digestión, que está en los intestinos; de este modo podréis, vivir aún veinte, treinta años, y no morir sino de vejez; mientras que si, por el contrario, queréis buscar el suicidio, ¡oh!, nada os será más fácil que retardar o apresurar la muerte a vuestro antojo. Figuraos que conducís dos caballos fogosos que os arrastran; obligadles a ir al paso, y efectuarán en mucho tiempo un largo viaje; pero dejadles ir al galope, y así como los del sol, recorrerán en un día y una noche todo el orbe del cielo.

—Sí —dijo Mirabeau—; pero

durante ese día prestan calor e iluminan, lo cual vale alguna cosa. Venid, doctor, ya se hace tarde, y reflexionaré sobre todo eso.

—Pensad en todo cuanto os he dicho —replicó el doctor, siguiendo a Mirabeau—; mas para obedecer por lo pronto a las órdenes de la Facultad, prometedme que no alquilaréis este castillo, pues alrededor de París se hallarán diez, veinte o cincuenta con las mismas ventajas que este.

Tal vez Mirabeau, cediendo a la voz de la razón, iba a prometer; pero de pronto, en medio de las primeras sombras de la noche parecióle ver,

detrás de una espesura de flores, la cabeza de la mujer de la falda de seda blanca con volantes de color de rosa; y la dama, Mirabeau lo creyó por lo menos, le sonreía; pero no tuvo tiempo de asegurarse de ello, pues en el mismo instante en que Gilberto, adivinando que se producía alguna cosa nueva en su enfermo, buscaba con los ojos para explicarse la causa del estremecimiento nervioso del brazo en que se apoyaba, la cabeza se retiró precipitadamente, y no se vio ya en la ventana del pabellón más que las ramas ligeramente agitadas de los rosales, de los heliotropos y de los claveles.

—¿No me contestáis? —preguntó Gilberto.

—Querido doctor —replicó Mirabeau—, ¿recordáis lo que dije a la Reina cuando al separarme de ella me dio su mano a besar? «¡Señora —exclamé—, por este beso se ha salvado la monarquía!».

—Sí.

—Pues bien, yo he contraído un compromiso muy difícil de llenar, sobre todo si me abandonan como lo hacen; pero debo cumplir. No despreciamos el suicidio de que habláis, querido doctor, pues tal vez sea el único medio de salir honrosamente del apuro.

Al otro día, Mirabeau había comprado, mediante escritura, el castillo del Marais.

Capítulo LXVI

EL CAMPO DE MARTE

Hemos procurado hacer comprender a nuestros lectores por qué lazo indisoluble de federación Francia entera acababa de aliarse, y qué efecto había producido en Europa esta federación individual, precediendo a la federación general.

Era que Europa adivinaba que algún día —ignoraba cuándo, pues la época

estaba oculta en las nubes del inmenso porvenir—, que algún día, decimos, no formaría más que una inmensa federación de ciudadanos, una colosal sociedad fraternal.

Mirabeau había impulsado esta gran federación; a los temores que de parte del Rey se le manifestaron, había contestado que si quedaba alguna salvación para la monarquía en Francia, no era en París, sino en provincias, donde se debía buscarla.

Por lo demás, resultaría una gran ventaja de esa reunión de hombres llegados de todos los puntos del reino, y era que el Rey vería a su pueblo y este a

su soberano. Cuando la población entera de Francia, representada por trescientos mil federados, ciudadanos, magistrados y militares, llegasen a gritar: «¡Viva la nación!», en el Campo de Marte, estrechando sus manos sobre las ruinas de la Bastilla, algunos cortesanos ciegos o interesados en que el Rey lo fuese, no le dirían ya que París, conducido por un puñado de facciosos, pedía una libertad que estaba lejos de reclamar el resto de Francia. No; Mirabeau contaba con el espíritu juicioso del Rey, con el de la monarquía, tan vivo aún en aquella época en el fondo del corazón de los franceses, y auguraba que de este

contacto inusitado y desconocido de un monarca con su pueblo, resultaría una alianza sagrada que ninguna intriga podría ya romper.

Los hombres de genio incurren algunas veces en esas bobadas que inducen a los más míseros políticos del porvenir a reírse de ellos y de su recuerdo.

Se había efectuado ya espontáneamente una federación preparatoria, por decirlo así, en las llanuras de Lyon. Francia, que marchaba instintivamente a la unidad, había creído encontrar el nombre definitivo de esta en las campañas del Ródano; pero aquí

advirtió que Lyon podría fácilmente unir Francia con el genio de la libertad, aunque se necesitaba que París los enlazase.

Cuando se propuso en la Asamblea, por el alcalde y la Municipalidad de París, que no podían resistir las peticiones de las demás ciudades, que se formara una federación general, prodújose gran movimiento entre los oyentes. Esta reunión innumerable de hombres conducidos, ese centro eterno de agitación, se desaprobaba a la vez por los dos partidos que dividían a la Cámara: por los realistas y los jacobinos.

Los primeros decían que esto era arriesgarse a tener un gigantesco 14 de julio, no ya contra la Bastilla, sino contra la monarquía.

¿Qué sería del Rey en medio de aquella espantosa confusión de pasiones diversas, de aquel terrible conflicto de opiniones diferentes?

Por otra parte, los jacobinos, que no ignoraban la influencia que el Rey conservaba sobre las masas, no temían menos que sus enemigos semejante reunión.

A sus ojos esto era amortiguar el espíritu público, adormecer las desconfianzas, despertar las antiguas

idolatrías, y, en fin, consolidar la monarquía en Francia.

Pero no había medio de oponerse a este movimiento, que no había tenido comparación con ningún otro desde que la Europa entera se levantó en el siglo XI para libertar el sepulcro de Cristo.

Y esto no debe causar asombro; los dos movimientos no son tan extraños como se pudiera creer uno para otro: el primer árbol de la libertad se plantó en el Calvario.

Pero la Asamblea hizo cuanto pudo para que la reunión fuese menos considerable de lo que presagiaba. Se

hizo languidecer la discusión, de modo que a los que vinieran de la extremidad del reino les debía suceder lo que a la federación de Lyon le ocurrió respecto a los diputados por Córcega, que por más que se apresurasen, llegaron un día demasiado tarde.

Además, los gastos debían ser a cargo de las localidades, y había provincias tan pobres, como era sabido, que se supuso que, aun haciendo los mayores esfuerzos, no les sería posible pagar a sus diputados los gastos de la mitad del camino que debían recorrer, puesto que no se trataba solamente de ir a París, sino de volver después.

Pero no se había contado con el entusiasmo público ni la cotización, en la cual los ricos dieron dos veces, una para sí y otra para los pobres; ni se había contado tampoco con la hospitalidad, gritando a lo largo de los caminos: «¡Franceses, abrid vuestras puertas, porque llegan hermanos que vienen de la extremidad de Francia!».

Y a este grito no fue sordo nadie, ni se dejó de abrir ninguna puerta.

Ya no había extraños ni desconocidos; todos eran franceses, parientes y hermanos. ¡A nosotros los peregrinos de la gran fiesta! ¡Venid, guardias nacionales, soldados y

marinos; entrad en nuestra casa donde encontraréis padres y madres, y esposas cuyos hijos y maridos encuentran en otra parte la hospitalidad que os ofrecemos!

Para aquel que hubiera podido, como Jesucristo, ser trasladado, no a la más alta montaña de la tierra, sino sólo a la más elevada de Francia, hubiera sido un magnífico espectáculo ver aquellos trescientos mil ciudadanos marchando hacia París, a todos aquellos rayos de la estrella refluyendo hacia el centro.

—Y ¿por quién eran conducidos todos aquellos peregrinos de la libertad? Por ancianos, por pobres

soldados de la guerra de los siete años, por subalternos de Fontenoy, por oficiales de fortuna que habían necesitado toda una vida de trabajo, de valor y de fidelidad para obtener la charretera de teniente o las de capitán; pobres mineros que se habían visto obligados a desgastar con sus frentes la bóveda de granito del antiguo régimen militar; marineros que habían conquistado la India con Bussy y Dupleix, y ruinas vivientes quebrantadas por los cañones de los campos de batalla, gastadas ya por el flujo y reflujo del mar.

Durante los últimos días, hombres

de ochenta años recorrieron etapas de diez o doce leguas para llegar a tiempo, y lo consiguieron.

En el momento de echarse para siempre, entregándose al sueño eterno de la muerte, habían hallado las fuerzas de la juventud.

Y era que la patria les había hecho una seña llamándoles de una y de otra parte, mostrándoles el porvenir de sus hijos.

La esperanza iba delante de ellos.

No entonaban más que una sola y única canción, bien viniesen los peregrinos del norte o del mediodía, de oriente o de occidente, de Alsacia o de

Bretaña, de la Provenza o de la Normandía. ¿Quién les había enseñado aquel canto rimado pesadamente, como aquellos antiguos cánticos que guiaban a los cruzados a través de los mares del Archipiélago y de las llanuras del Asia Menor? Nadie lo sabe; el ángel de la renovación, que al pasar sacudía sus alas sobre Francia.

Aquel canto era el famoso *Qa ira*, no el del año 93, año que invirtió y cambió todo, la risa en lágrimas y el sudor en sangre, no; aquella Francia entera, esforzándose para llevar a París el juramento universal, no cantaba ya con palabras terribles de amenaza; su

canto no era de muerte, sino de vida; no era el himno de la desesperación, sino el de la esperanza.

Se necesitaba un circo gigantesco para recibir de provincias y París a quinientas mil almas; se necesitaba un anfiteatro colosal para escalonar a un millón de espectadores.

Para el primero se eligió el Campo de Marte.

Para el segundo las alturas de Passy y de Chaillot. Pero el Campo de Marte presentaba una superficie plana; era preciso formar una vasta cuenta, socavar y amontonar las tierras alrededor para formar elevaciones.

Quince mil obreros, de esos hombres que se quejan continuamente de carecer de trabajo, y que en su interior ruegan a Dios que nadie se le ofrezca, fueron lanzados con sus palas y azadones por la ciudad de París para transformar aquella extensa llanura en un vallecito flanqueado de un inmenso anfiteatro; pero a estos quince mil obreros no les quedaban más que tres semanas para llevar a cabo aquella obra de Titanes, y al cabo de dos días de trabajo se echó de ver que necesitarían tres meses.

Tal vez se les pagaba más antes por no hacer nada, que ahora por trabajar.

Entonces se produjo una especie de milagro, por él cual se pudo juzgar del entusiasmo parisiense. El trabajo inmenso que no podían o no querían ejecutar algunos miles de obreros holgazanes, fue emprendido por toda la población.

El día en que circuló el rumor de que el Campo de Marte no estaría corriente para el 14 de julio, cien mil hombres se levantaron para decir, con esa seguridad que acompaña a la voluntad de un pueblo o a la de Dios: «Lo estará».

Varios diputados fueron a verse con el alcalde de París en nombre de los

cien mil trabajadores, y se convino en que para no interrumpir sus propios trabajos durante el día, podrían emplear las horas de la noche.

En la de aquel mismo día, a las siete, se disparó un cañonazo para anunciar que habiendo terminado las ocupaciones del día, se iba a comenzar la obra nocturna.

Al resonar el estampido del cañón por sus cuatro lados, por el de Gruelle, por el río, por la parte de Gros-Caillou y la de París, el campo de Marte fue invadido.

Cada cual llevaba su instrumento: azada, pala, gancho o carretón.

Otros hacían rodar toneles llenos de vino, acompañados de violines, de guitarras tambores y pífanos.

Todas las edades, todos los sexos, todos los estados iban confundidos: ciudadanos, soldados, abates; monjes, hermosas damas, vendedoras del mercado, hermanas de la caridad y actrices; toda esa gente trabajaba en una cosa o en otra; los muchachos iban delante alumbrando con hachas; las orquestas seguían tocando toda clase de instrumentos, y cerniéndose sobre aquel ruido, aquel estrépito, elevábase el *Qa ira*, coro inmenso cantado por cien mil bocas, al que contestaban trescientas mil

voces llegando de todos los puntos de Francia.

Entre los trabajadores más afanosos distinguíanse dos que habían llegado los primeros y que vestían uniforme: el uno era un hombre de cuarenta años, de miembros robustos y fornidos, pero de rostro sombrío; no cantaba ni apenas hablaba. El otro era un joven de veinte años, de rostro risueño, con grandes ojos azules, dientes muy blancos, cabellos rubios, pies grandes y rodillas muy gruesas. Levantaba pesos enormes; hacía rodar su carretón sin detenerse nunca, cantando siempre, y miraba de reojo a su compañero, dirigiéndole

alguna buena palabra que no obtenía contestación; llevábale un vaso de vino que el otro rechazaba; volvía a su ocupación encogiéndose de hombros, y trabajaba como diez hombres, cantando como veinte.

Aquellos hombres eran diputados del nuevo departamento del Aisne, que hallándose tan sólo a diez leguas de París, y como oyesen decir que faltaban brazos, habían acudido apresuradamente para ofrecer, el uno su trabajo silencioso y el otro su ruidosa y alegre cooperación.

Aquellos dos hombres eran Billot y Pitou.

Digamos ahora lo que sucedía en Villers-Cotterêts durante la noche de su llegada a París, es decir, en la del 5 al 6 de julio, precisamente en el momento en que acabamos de reconocerlos afanándose entre los trabajadores.

Capítulo LXVII

DONDE SE VE LO
QUE HABÍA SIDO
DE CATALINA
PERO SE IGNORA
LO QUE LLEGARÁ
A SER

Durante la noche del 5 al 6 de julio, a eso de las once, el doctor Raynal, que acababa de acostarse con la esperanza—tan a menudo defraudada en los cirujanos y los médicos— de dormir

bien, fue despertado por tres fuertes golpes en su puerta.

Ya sabemos que era costumbre del buen doctor, cuando llamaban durante la noche, abrir él mismo, a fin de ver antes a las personas que pudieran necesitarle.

Esta vez, como las otras, saltó de su lecho, se puso la bata y las zapatillas, y bajó tan rápidamente como era posible su estrecha escalera.

Por diligente que fuera, sin duda le pareció al visitante nocturno que tardaba demasiado, pues comenzó a llamar, pero esta vez sin medida, cuando de pronto se abrió la puerta.

El doctor Raynal reconoció al

mismo lacayo que le había ido a buscar cierta noche para conducirle al alojamiento del vizconde de Charny.

—¡Oh! —exclamó el doctor al verle —, ¿vos aquí otra vez? Entended bien que no me quejo; pero si vuestro amo estuviese herido de nuevo, sería preciso que ande con más cuidado, pues no conviene ir así a los lugares donde llueven balas.

—No, caballero —contestó el criado—, no se trata de mi amo, ni tampoco de una herida, sino de algo que no es menos urgente. Acabad de vestiros, y abajo encontraréis un caballo, porque os esperan.

El doctor no pedía más que cinco minutos para vestirse, y esta vez, juzgando por el tono del criado, y sobre todo por su manera de llamar, que su presencia era urgente, no necesitó más que cuatro.

—Heme aquí —dijo, presentándose un momento después de haber desaparecido.

El criado, sin apearse, sujetó de la brida al caballo destinado al doctor Raynal, que montó al punto; pero en vez de tomar la izquierda, como lo había hecho la primera vez, se dirigió por la derecha, siguiendo al criado, que le indicaba el camino.

Se le conducía por el lado opuesto a Boursonnes.

Atravesó el parque, penetró en el bosque, dejando Haramont a su izquierda, y muy pronto se halló en una parte de aquel, tan accidentada que era difícil ir más lejos a caballo.

De repente se dejó ver un hombre, oculto detrás de un árbol, haciendo un movimiento.

—¿Sois vos, doctor? —preguntó.

El médico, que había detenido su caballo ignorando las intenciones de aquel hombre, reconoció entonces al vizconde Isidoro de Charny.

—Sí —contestó—, soy yo. ¿Adónde

diablos me hacéis conducir, señor vizconde?

—Vais a verlo —contestó Isidoro—: Pero apeaos y seguidme.

El doctor obedeció, comenzando a comprender.

—¡Ah, ah! —exclamó—. Apostaría a que se trata de un parto.

Isidoro te cogió la mano.

—Sí, doctor, y, por consiguiente, espero que me prometeréis guardar silencio.

El doctor se encogió de hombros, como diciendo:

—¡Oh! Estad tranquilos, que otros muchos casos he conocido.

—Pues entonces, venid por aquí —dijo Isidoro—, contestando a su pensamiento.

Y en medio de los acebos, sobre la hojarasca que crujía, perdidos en la oscuridad de las hayas gigantescas, a través de cuyo follaje divisábase de vez en cuando una brillante estrella, los dos bajaron a las profundidades en que los caballos no podían penetrar.

A los pocos instantes el doctor distinguió la parte superior de la piedra Clouisa.

—¡Oh, oh! —exclamó el doctor—, ¿vamos acaso a la cabaña del buen viejo Clouis?

—No, precisamente —contestó Isidoro—, pero muy cerca.

Y dando la vuelta a la inmensa roca condujo al doctor ante la puerta de una pequeña construcción de ladrillo apoyada en la cabaña del antiguo guarda, tanto que se hubiera podido creer, y se creía efectivamente en los alrededores, que el buen hombre, para mayor comodidad, había agregado una dependencia a su alojamiento.

Pero la verdad es que, prescindiendo de Catalina, que yacía en un lecho, cualquiera se hubiera desengañado al dirigir una mirada al interior de aquella reducida habitación.

Las paredes revestidas de un bonito papel; las cortinillas de ambas ventanas, entre las cuales se veía un elegante espejo; una mesita tocador con todos sus efectos de porcelana, dos sillas, dos sillones, un canapé y una pequeña biblioteca constituían el interior, casi cómodo, como se diría hoy, que se presentaba a la vista al entrar en aquella reducida habitación.

Pero la mirada del doctor no se fijó en nada de esto; había visto a la mujer tendida en el lecho, y se dirigió ante todo hacia la paciente.

Al ver al doctor, Catalina había ocultado su rostro entre las manos, que

no podían contener sus sollozos ni ocultar sus lágrimas.

Isidoro se acercó a ella, pronunciando su nombre, y la joven se dejó caer en sus brazos.

—Doctor —dijo el vizconde—, os confío la vida y el honor de la que es hoy mi querida, pero que algún día, así lo espero, será mi esposa.

—¡Oh!, ¡qué bueno eres, querido Isidoro, por decirme tan buenas cosas! Bien sabes que es imposible que una pobre aldeana como yo llegue a ser nunca vizcondesa de Charny; pero no te las agradezco menos. Comprendes que necesitaré fuerzas y quieres dármelas;

pero puedes estar tranquilo, pues tendré valor. La mayor prueba que de este puedo dar —añadió—, es presentarme a vos con el rostro descubierto, apreciable doctor, y ofreceros la mano.

Un dolor más violento que ninguno de los que había experimentado hasta entonces, hizo estremecer a Catalina en aquel instante.

El doctor dirigió una mirada al vizconde, quien comprendió que era llegado el momento.

El joven se arrodilló delante del lecho de la paciente.

—Catalina, hija mía —dijo—, sin duda debería permanecer junto a ti para

sostenerte y animarte, pero temo que me falten las fuerzas. Sin embargo, si lo deseas...

Catalina pasó su brazo alrededor del cuello de Isidoro.

—Vete —dijo—; te agradezco que me ames tanto que no puedas verme sufrir.

Isidoro apoyó sus labios sobre los de la pobre niña, estrechó otra vez la mano del doctor Raynal y salió fuera de la habitación.

Durante dos horas vagó como esas sombras de que nos habla Dante, que no pueden detenerse para reposar un momento, y que si lo hacen, el tridente

de hierro de un demonio las pone otra vez en movimiento.

A cada instante, después de recorrer un espacio más o menos extenso, volvía a la puerta de la casita, detrás de la cual se efectuaba el doloroso misterio del parto; pero casi al punto, un grito de Catalina llegando hasta él heríale como el tridente de hierro al condenado, y le obligaba a continuar su carrera errante, alejándose de continuo del objeto a que volvía sin cesar.

Al fin oyó que le llamaban, en medio del silencio de la noche, la voz del doctor y otra más dulce y débil. En dos saltos llegó a la puerta abierta esta vez,

en cuyo umbral el doctor le esperaba levantando un niño en sus brazos.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! —exclamó Catalina—, ahora doblemente tuya... como querida y como madre.

Ocho días después, a la misma hora, en la noche del 13 al 14 de julio, la puerta se abrió de nuevo; dos hombres llevaban en una camilla una mujer y un niño que un joven escoltaba a caballo, recomendando a los portadores las mayores precauciones. Llegados al camino real de Haramont a Villers-Cotterêts, encontraron una buena berlina tirada por tres caballos, en la cual colocaron a la madre y al niño.

El vizconde dio entonces algunas órdenes a su criado, y después de apearse dejó en sus manos la brida de su caballo para subir a su vez al coche, que sin detenerse en Villers-Cotterêts ni atravesarle, costeó solamente el parque desde la Faisanderie hasta la extremidad de la calle de Largny, desde donde tomó al trote el camino de París.

Antes de marchar, el vizconde había dejado una bolsa llena de oro para el padre Clouis, y la joven una carta para Pitou.

El doctor Raynal había asegurado que, atendida la rápida convalecencia de la enferma y la buena constitución del

niño, que era varón, el viaje desde Villers-Cotterêts a París se podía hacer sin accidente en un buen coche.

Con esta seguridad, Isidoro resolvió emprender el viaje, que era necesario a causa del próximo regreso de Billot y de Pitou.

Dios, que hasta cierto instante vela algunas veces sobre aquellos a quienes más tarde parece abandonar, había permitido que el parto se efectuase en ausencia de Billot, que, por otra parte, ignoraba el retiro de su hija y de Pitou, el cual, en su inocencia, ni siquiera había sospechado la preñez de Catalina.

A eso de las cinco de la mañana el

coche llegaba a la puerta de San Dionisio; pero no podía atravesar los bulevares a causa de estar obstruido el paso por la fiesta del día. Catalina se aventuró a asomar la cabeza por la portezuela; pero retiróla al punto profiriendo una exclamación y ocultándose junto a Isidoro.

Las dos primeras personas que acababa de reconocer entre los federados eran Billot y Pitou.

Capítulo LXVIII

EL 14 DE JULIO DE
1790

El inmenso trabajo que debía convertir una extensa llanura en un gran valle entre dos colinas, se terminó en la noche del 13 de julio, gracias a la cooperación de todo París.

Muchos operarios, a fin de asegurarse su puesto al día siguiente, se habían echado como vencedores en el campo de batalla.

Billot y Pitou habían ido a reunirse con los federados, ocupando su puesto en medio de ellos en el bulevar; y la casualidad quiso, como acabamos de ver, que el punto señalado a los representantes del departamento del Aisne fuera precisamente aquel a que llegó el coche que conducía a París a Catalina y su hijo.

Y, en efecto, aquella línea, compuesta de federados tan sólo, se extendía desde la Bastilla al bulevar Bonne-Nouvelle.

Cada cual había hecho cuanto podía para recibir a sus huéspedes amados. Cuando se supo que los bretones, esos

primogénitos de la libertad, llegaban ya, los vencedores de la Bastilla salieron a su encuentro hasta Saint-Cyr y los conservaron consigo.

Entonces hubo extraños impulsos de patriotismo y desinterés.

En cuanto a este último, los posaderos se reunieron, y de común acuerdo, en vez de aumentar los precios, los disminuyeron.

Los periodistas, esos rudos luchadores de todos los días, que se hacen una guerra incesante por esas pasiones que enconan generalmente los odios en vez de olvidar, los periodistas —por lo menos dos, Loustalot y Camilo

Desmoulins— propusieron un pacto federativo entre los escritores. Renunciaban a toda competencia, a toda envidia, prometiendo no manifestar en adelante más emulación que la del bien público. Este era el patriotismo.

Por desgracia, la proposición de aquel pacto no tuvo eco en la prensa, y así para el presente como para el porvenir se redujo a una sublime utopía.

La Asamblea había experimentado también una parte de la sacudida eléctrica que agitaba a Francia como un terremoto. Algunos días antes, a propuesta de los señores Montmorency y de La Fayette, había abolido la nobleza

hereditaria, defendida por el abate Maury, hijo de un zapatero de pueblo.

Desde el mes de febrero, la Asamblea había comenzado por suprimir la herencia del mal, acordando, con motivo de la muerte de los hermanos Agasse en la horca, que el cadalso no infamase a los hijos ni a los parientes del culpable.

Además, el mismo día en que la Asamblea suprimió la transmisión del privilegio, como abolió la del mal, un alemán de las orillas del Rhin, que había cambiado sus nombres de Juan Bautista por el de Anacarsis Clootz, varón prusiano, nacido en Cleves, se había

presentado como diputado del género humano; le acompañaban unos veinte hombres de todos los países, con sus trajes nacionales, todos desterrados, y venían a pedir en nombre de los pueblos, únicos soberanos legítimos, su lugar en la federación.

Se destinó uno para el *Orador del género humano*. Por otra parte, la influencia de Mirabeau se hacía sentir diariamente, y gracias a este poderoso campeón la corte conquistaba partidarios, no tan sólo en las filas de la derecha, sino también en las de la izquierda. La Asamblea había votado, casi diremos con entusiasmo,

veinticuatro millones de lista civil para el Rey, y una viudedad de cuatro para la Reina.

Esto era devolver a los dos con creces los doscientos ocho mil francos de deudas que habían pagado por el elocuente tribuno, y los seis mil de renta mensual que le señalaron.

Por lo demás, Mirabeau no parecía haberse engañado tampoco respecto al espíritu de las provincias; los federados que fueron recibidos por Luis XVI llevaban a París el entusiasmo por la Asamblea nacional, pero al mismo tiempo la religión por la monarquía. Se quitaban el sombrero delante del señor

de Bailly, gritando: «¡Viva la nación!», pero se arrodillaban delante de Luis XVI y depositaban las espadas a sus pies al grito de «¡Viva el Rey!».

Por desgracia, el Rey, poco poético y caballeresco, contestaba mal a todos estos impulsos del corazón.

Y desgraciadamente también, la Reina, demasiado altiva, no apreciaba como era debido aquellos testimonios nacidos del corazón.

Además, la pobre mujer tenía algo sombrío en el fondo del pensamiento, algo semejante a uno de esos puntos oscuros que manchan la faz del sol.

Esta cosa sombría, esta úlcera que

corroía su corazón, era la ausencia de Charny.

De Charny, que seguramente hubiera podido volver, y que permanecía junto al señor de Bouillé.

Por un momento, cuando vio a Mirabeau, tuvo la idea de ser coqueta con aquel hombre por pura distracción. Aquel poderoso genio había lisonjeado su amor propio real y femenino al arrodillarse a sus pies; pero, al fin y al cabo, ¿qué es el genio para el corazón? ¿Qué importan a las pasiones esos triunfos del amor propio, esas victorias del orgullo? Ante todo, la Reina había visto en Mirabeau, con sus ojos de

mujer, al hombre material, al hombre aquejado de una obesidad enfermiza, con las mejillas surcadas, laceradas por la viruela, con sus ojos rojizos y su abultado cuello, y al punto le comparó con el vizconde Charny, el joven elegante, apuesto caballero, que estaba en la madurez de la belleza. Charny con su brillante uniforme, que le comunicaba el aspecto de un príncipe de las batallas; mientras que Mirabeau, con su traje vulgar, y cuando el genio no animaba su expresivo rostro, parecía un canónigo disfrazado. Al pensar esto se había encogido de hombros exhalando un profundo suspiro, y había tratado de

penetrar la distancia, y con voz dolorosa, llena de sollozos, había murmurado: «¡Charny!, ¡oh, Charny!».

¿Qué importaban a la Reina en tales momentos las poblaciones reunidas a sus pies? ¿Qué le importaban aquellas oleadas de hombres impelidos como una marea por los cuatro vientos del cielo, y que hollaban las gradas del trono gritando: «¡Viva el Rey, viva la Reina!»? Si una voz bien conocida hubiese murmurado a su oído: «¡María, nada ha cambiado en mí; os amo como siempre!», esta voz hubiera hecho creer que nada tampoco había cambiado en torno suyo, y esto hubiera hecho más

para satisfacer su corazón y serenar su frente que todos aquellos gritos, aquellas promesas y juramentos.

Al fin llegó el 14 de julio, impasible y a su hora, trayendo consigo esos pequeños y grandes acontecimientos que constituyen a la vez la historia de los humildes y de los poderosos, del pueblo y de la monarquía.

Como si el 14 de julio no hubiera sabido que llegaba para iluminar un espectáculo inusitado, desconocido y magnífico, vino con la frente cargada de nubes, con fuerte viento y lluvia.

Pero una de las cualidades del pueblo francés consiste en reírse de

todo, hasta de la lluvia en los días de fiesta.

Los guardias nacionales parisienses y los federados de provincias, reunidos en los bulevares desde las cinco de la mañana, empapados de agua y muriéndose de hambre, reían y cantaban.

Verdad es que la población parisiense, que no podía preservarles de la lluvia, tuvo al menos la idea de darles el alimento necesario.

De todas las ventanas se comenzó a bajar con cuerdas panes, jamones y botellas de vino.

Lo mismo sucedió en todas las calles por donde pasaron; durante su

marcha, ciento cincuenta mil personas ocupaban sus puestos en las eminencias del Campo de Marte, y otras tantas permanecían de pie detrás de ellas.

En cuanto a los anfiteatros de Chaillot y de Passy, estaban cargados de espectadores, cuyo número no era posible contar.

¡Magnífico circo, gigantesco anfiteatro, grandiosa arena, dónde se efectuó la federación de Francia, y dónde se celebrará algún día la federación del mundo!

¿Qué importa que veamos o no esa fiesta, puesto que nuestros hijos y el mundo entero la verán al fin?

Uno de los grandes errores del hombre es creer que el mundo entero se ha hecho para su corta vida, siendo así que esos encadenamientos de existencias infinitamente breves, efímeras y casi invisibles, excepto a los ojos de Dios, son las que forman *el tiempo*, es decir, el período más o menos largo durante el cual la Providencia, esa Isis de cuádruples mamás que vela sobre las naciones, trabaja en su obra misteriosa, prosiguiendo su incesante génesis.

Seguramente que todos cuantos se hallaban allí, creían tener bien cogida por sus dos alas a la fugitiva diosa llamada Libertad, que no escapa y

desaparece sino para volver cada vez más altiva y brillante.

Se engañaban, sin embargo, como se engañaron sus hijos al creer que la habían perdido.

¡Qué alegría y qué confianza en aquella multitud!, así en la que esperaba sentada como en la que permanecía de pie; lo mismo que en la que atravesaba el río por el puente de madera construido delante de Chaillot, invadía el Campo de Marte por el arco de Triunfo.

A medida que entraban los batallones federados, oíanse ruidosos gritos de entusiasmo —y tal vez también

de asombro ante el espectáculo—
proferidos por todas las bocas.

Y, en efecto, jamás semejante cuadro
se había ofrecido a los ojos del hombre.

¡El Campo de Marte transformado
como por encanto; una llanura
convertida en menos de un mes en un
valle de una legua de contorno!

Sobre los declives cuadrangulares
de aquel valle, trescientas mil personas
estaban sentadas o de pie. En el centro
veíase el altar de la patria, al que se
subía por cuatro escaleras
correspondientes a los cuatro lados del
obelisco que le sostenía.

En cada ángulo del monumento

humeaba en inmensas cazoletas ese incienso que la Asamblea nacional ha decidido que no se queme sino para Dios.

En cada uno de los cuatro lados había inscripciones anunciando al mundo que el pueblo francés era libre, e invitando a las naciones a proclamar la libertad.

¡Oh, gran alegría de nuestros padres! ¡Fue tan viva, tan profunda y verdadera, que sus estremecimientos han llegado hasta nosotros!

Y sin embargo, el cielo hablaba como un augur antiguo.

A cada instante, pesados

chaparrones, ráfagas de viento y nubes sombrías: 1793, 1814 y 1815.

Después, de vez en cuando y en medio de todo aquello, un sol brillante: 1830 y 1848.

¡Oh, profeta que hubieses venido a vaticinar a aquel millón de hombres! ¿Cómo te hubieran recibido?

¡Cómo los griegos recibieron a Calchas, como los troyanos recibían a Casandra!

Pero aquel día no se oyeron más que dos voces: la voz de la fe, a la cual contestaba la de la esperanza.

Delante de los edificios de la Escuela Militar se habían levantado

galerías revestidas de colgaduras y sobrepuestas de banderas tricolores; estas galerías estaban reservadas para la Reina, para la corte y la Asamblea nacional.

Dos tronos semejantes, elevándose a tres pies de distancia uno de otro, estaban destinados al Rey y al presidente de la Asamblea.

¡Luis XVI, titulado, *por aquel día solamente*, jefe supremo y absoluto de los guardias nacionales de Francia, había transmitido su mando al señor de Lafayette!

¡Por lo tanto, este último era aquel día generalísimo de seis millones de

hombres armados!

Su fortuna, más grande que él, tenía prisa por llegar a las cúspides, y no podía pasar mucho tiempo sin que declinase y se extinguiese.

Aquel día alcanzó su apogeo; pero así como esas apariciones nocturnas y fantásticas que pasan poco a poco de todas proporciones humanas, no se habían engrandecido desmesuradamente sino para disolverse en vapor, desvanecerse y desaparecer.

Pero durante la federación, todo era realidad y todo tenía el aspecto de esta.

Pueblo que debía presentar su dimisión; Rey cuya cabeza debía caer;

generalísimo a quien los cuatro pies de su caballo blanco conducirían al destierro.

Y sin embargo, bajo aquella lluvia invernal, bajo aquellas ráfagas impetuosas, a la luz de aquellos rayos, no del sol sino del día, y filtrándose a través de la bóveda sombría de las nubes, los federados entraban en el inmenso circo por las tres aberturas del Arco del Triunfo; después, detrás de su vanguardia, por decirlo así, compuesta de unos veinticinco mil hombres que se desarrollaban en dos líneas circulares para abarcar el contorno del circo, venían los electores de París, seguidos

de los representantes del distrito y de la Asamblea nacional.

Todos aquellos cuerpos, que tenían señalados sus puestos en las galerías que se apoyaban en la Escuela militar, seguían una línea recta, que se abría tan sólo, como la ola delante de una roca, para costear el altar de la Patria, reuniéndose más allá como lo habían hecho más acá, y tocando ya con la cabeza las galerías, mientras que la cola, inmensa serpiente, extendía su último repliegue hasta el Arco del Triunfo.

Detrás de los electores, de los representantes y de la Asamblea

nacional, venía el resto del cortejo, federados, diputaciones militares y guardas nacionales.

Cada departamento llevaba su bandera distintiva, pero recogida, nacionalizada por aquel gran círculo de banderas tricolores que decían a los ojos y a los corazones estas dos palabras, las únicas con que los pueblos, esos obreros de Dios, hacen las grandes cosas: *Patria, unidad*.

Al mismo tiempo que el presidente de la Asamblea nacional se dirigía hacia su sillón, el Rey ocupaba el suyo y la Reina tomaba asiento en la tribuna.

¡Ay, pobre Reina! Su corte era

mezquina; sus mejores amigas, teniendo miedo, se habían separado de ella; tal vez si se hubiese sabido que, gracias a Mirabeau, el Rey había obtenido veinticinco millones de viudedad, tal vez algunas habrían vuelto; pero se ignoraba.

En cuanto al que buscaba inútilmente con los ojos, María Antonieta sabía que a este no le atraerían a su lado ni el oro ni el poder.

A falta de él, sus ojos quisieron fijarse en alguna persona amiga y fiel. Preguntó dónde estaba el señor Isidoro de Charny, y por qué la monarquía, contando con tan pocos partidarios en

medio de tan considerable multitud, no tenía sus defensores en su puesto.

Nadie sabía dónde estaba el vizconde de Charny, y aquel que la hubiese contestado que en aquella hora conducía a una joven aldeana, su amante, a una modesta casa situada en la vertiente de la montaña de Bellevue, la hubiera hecho sin duda encogerse de hombros, llena de compasión, si no la hubiese oprimido el corazón de celos.

¿Quién sabe, en efecto, si la heredera de los Césares no hubiera dado trono y corona, consintiendo en ser una humilde campesina hija de un oscuro labrador, para que la amase aún

Oliverio como Catalina era amada de Isidoro?

Sin duda todos estos pensamientos la preocupaban cuando Mirabeau, sorprendiendo una de sus miradas dudosas que tanto tenían de rayo del cielo como de relámpago tempestuoso, no pudo menos de preguntarse en voz alta:

—Pero ¿en qué piensa la Reina?

Si Cagliostro hubiera estado bastante cerca para oír estas palabras, tal vez hubiera podido contestar: «Piensa en la máquina fatal que yo le hice ver en el castillo de Taverney en una botella de agua, y que reconoció

cierta noche en las Tullerías bajo la pluma del doctor Gilberto». Pero se hubiera engañado el gran profeta que tan raras veces se engañaba.

Piensa en Charny ausente y en el amor extinguido. Y esto en medio del estrépito de quinientos tambores y de dos mil instrumentos de música que apenas se oían entre los gritos de «¡Viva el Rey!». «¡Viva la ley!». «¡Viva la nación!».

De pronto siguió un profundo silencio. El Rey estaba sentado, así como el presidente de la Asamblea nacional.

Doscientos sacerdotes, vistiendo sus

albas blancas, se dirigían hacia el altar precedidos del obispo de Autun, señor de Talleyrand, el patrón de todos los que prestaban juramentos pasados, presentes y futuros.

Subió cojeando los escalones del altar: era el Mefistófeles esperando al Fausto, que debía aparecer el 13 vendimiario.

¡Una misa dicha por el obispo de Autun! Habíamos olvidado esto al hablar de los malos presagios.

En aquel momento redobló el temporal; hubiérase dicho que el cielo protestaba contra aquel falso sacerdote que iba a profanar el santo sacrificio de

la misa, dando por tabernáculo al Señor un pecho que debían manchar tantos perjurios futuros.

Las banderas de los departamentos y las tricolores, acercadas al altar, formaban como un cinturón flotante que el viento agitaba, haciéndole ondular de continuo con violencia.

Terminada la misa, el obispo bajó algunos escalones y bendijo la bandera nacional, así como las de ochenta y tres departamentos.

Después comenzó la ceremonia del santo juramento.

Lafayette juraba el primero, en nombre de los guardias nacionales del

reino.

El presidente de la Asamblea nacional juraba el segundo, en nombre de Francia.

El Rey juraba el tercero en su propio nombre.

Lafayette se apeó del caballo, atravesó el espacio que le separaba del altar, franqueo los escalones, desenvainó su espada, y apoyando la punta en el libro de los Evangelios, dijo, con voz firme y segura:

—Juramos ser siempre fieles a la nación, a la ley y al Rey; mantener con todas nuestras fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea nacional y

aceptada por el Rey; proteger, según las leyes, la seguridad de las personas y las propiedades, la circulación de los trigos y demás subsistencias en el interior del reino; cuidar de que ingresen las contribuciones públicas, sea cual fuere la forma en que existan, y mantener unidos a todos los franceses por los lazos indisolubles de la fraternidad.

Durante la ceremonia de aquel juramento reinó un silencio profundo.

Apenas hubo terminado, cien cañones, inflamándose a la vez, dieron la señal a los departamentos vecinos.

Entonces, de toda ciudad fortificada partió un inmenso relámpago seguido de

ese trueno amenazador inventado por los hombres, y que, si la superioridad se mide por los desastres, ha vencido largo tiempo hace a la de Dios.

Como los círculos producidos por una piedra arrojada en medio de un lago, y que van ensanchándose hasta que llegan a la orilla, cada círculo de llama, cada estampido se extiende igualmente desde el centro a la circunferencia, desde París a la frontera, desde el corazón de Francia al extranjero.

Después el presidente de la Asamblea nacional se levantó a su vez, y hallándose de pie todos los diputados en torno suyo, dijo:

—Juro ser fiel a la nación, a la ley y al Rey, manteniendo con todas mis fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea nacional y aceptada por el Rey.

Apenas concluyó la llama volvió a brillar, resonando el mismo trueno, que fue rodando de eco en eco hacia todas las extremidades de Francia.

Después le tocaba al Rey, que se levantó.

¡Silencio! Escuchad todos con qué voz prestará el juramento nacional, que en el fondo de su corazón vendía al hacerle.

¡Cuidado, señor, porque la nube se

rasga, el cielo se abre y el sol aparece!

¡El sol es el ojo de Dios! ¡El Señor os mira!

—Yo, Rey de los franceses —dijo Luis XVI—, juro servirme de todo mi poder, que me ha sido delegado por la ley constitucional del Estado, para mantener la Constitución decretada por la Asamblea nacional, que yo acepté, y hacer ejecutar las leyes.

¡Oh, señor, señor! ¿Por qué no habéis querido esta vez tampoco jurar en el altar?

El 21 de junio contestará al 14 de julio; Varennes descifrá el enigma del Campo de Marte.

Pero falso o verdadero, el juramento no tuvo menos su llama y su estruendo.

Los cien cañones resonaron como para Lafayette y el presidente de la Asamblea, y la artillería de los departamentos fue a llevar por tercera vez este aviso amenazador a los reyes de Europa: «¡Tened cuidado; Francia está en pie, quiere ser libre, y así como aquel embajador romano que llevaba en un pliegue de su manto la paz y la guerra, está dispuesta a sacudir el suyo sobre el mundo!».

Capítulo LXIX

AQUÍ SE BAILA

Hubo una hora de inmensa alegría en aquella multitud.

Mirabeau olvidó un instante a la Reina, y por un momento Billot no se acordó de Catalina.

El Rey se retiró en medio de aclamaciones universales.

La Asamblea volvió a su sala de sesiones acompañada del mismo cortejo con que había llegado.

En cuanto a la bandera que la ciudad de París dio a los veteranos —dice la *Historia de la Revolución*, por *Dos amigos de la libertad*—, se decretó que permaneciera suspendida de las bóvedas de la Asamblea, como un monumento para las legislaturas futuras de la época feliz que se acababa de celebrar, y *como emblema propio para recordar a las tropas que están a los dos poderes, y que no pueden desplegarla sin su intervención.*

¿Preveía Chapelier, a cuya proposición se expidió este decreto, el 27 de julio, el 24 de febrero y el 2 de diciembre?

Llegó la noche. La fiesta de la mañana se había dado en el Campo de Marte; la fiesta nocturna fue en la Bastilla.

Ochenta y tres arboles, tantos como departamentos había, representaron, cubiertos con sus hojas, las ocho torres de la fortaleza, sobre cuyos cimientos se habían plantado varios cordones de luces se corrían de árbol en árbol, y en medio se elevaba un mástil gigantesco, con una bandera en la cual se leía la palabra LIBERTAD. Cerca de los fosos, en una tumba abierta expresamente, hallábanse enterrados los hierros, las cadenas, las verjas de la Bastilla, y

aquel famoso bajo relieve del reloj que representaba esclavos encadenados. Además, se habían dejado abiertos, iluminándolos de una manera lúgubre, aquellos calabozos que habían absorbido tantas lágrimas, ahogado tantas quejas; y en fin, cuando atraído por la música que resonaba en medio del follaje se penetraba hasta el sitio donde en otro tiempo estaba el patio interior, encontrábase una sala muy bien iluminada, sobre cuya puerta se leían estas palabras, que no eran más que la realización de la profecía de Cagliostro:

Aquí se baila

En una de las mil mesas colocadas alrededor de la Bastilla, y bajo aquella sombra improvisada que representaba la antigua fortaleza casi tan exactamente como las piececillas cortadas del señor arquitecto Palloy, dos hombres reparaban sus fuerzas agotadas por todo un día de marchas, de contramarchas y maniobras.

Ante sí tenían un enorme salchichón, un pan de cuatro libras y dos botellas de vino.

—A fe mía —dijo, vaciando su vaso de un solo trago el más joven de ellos, que vestía el uniforme de capitán de la guardia nacional; mientras que el otro,

que por lo menos redoblaba la edad, llevaba el de federado—, a fe mía que es buena cosa comer cuando se tiene hambre y beber cuando se tiene sed.

Y después de una pausa, añadió:

—Pero vos no hacéis ni lo uno ni lo otro, padre Billot...

—Ya he comido y bebido, y sólo necesito una cosa —contestó el labrador.

—¿Cuál?

—Te lo diré, amigo Pitou, cuando haya llegado la hora de sentarme a la mesa.

Pitou no vio malicia en la contestación de Billot; este último había

bebido y comido poco, a pesar de la fatiga del día; pero desde su salida de Villers-Cotterêts para París, y durante los cinco días, o más bien, las cinco noches de trabajo en el Campo de Marte, Billot había comido y bebido también muy poco.

Pitou no ignoraba que ciertas indisposiciones, sin ser de ningún modo peligrosas, privan momentáneamente del apetito a los hombres más robustos, y cada vez que notó lo poco que Billot comía, habíale preguntado, como acababa de hacerlo, por qué no comía más, pregunta a la cual contestó Billot que no tenía gana, dándose Pitou por

satisfecho con esto.

Pero había una cosa que contrariaba al joven: no era la sobriedad de estómago de Billot, pues cada cual es libre de comer o no comer, sino la sobriedad de palabras del labrador.

Cuando Pitou comía acompañado agradábale hablar, habiendo notado que la palabra, sin perjudicar la deglución, ayudaba la digestión; y tan persuadido estaba de esto, que siempre que se sentaba a la mesa solo, cantaba, a menos de estar triste.

Pero el joven no tenía ningún motivo, sino todo lo contrario.

Su vida de Haramont, desde hacía

algún tiempo, había vuelto a ser muy agradable para él, porque, según se ha visto, Pitou amaba, o más bien, adoraba a Catalina, e invito al lector a tomar al pie de la letra esta frase. Ahora bien, ¿qué necesitan el italiano o el español que adoran a la Virgen? Ver su imagen, arrodillarse ante ella y rezarla... ¿Qué hacía Pitou?

Apenas llegada la noche corría hacia la Piedra Clouisa, para ver a Catalina, arrodillarse delante de ella y suplicarla.

Y la joven, agradecida al inmenso servicio que Pitou le había prestado, dejábale hacer. Tenía los ojos en otra parte, más lejos y a mayor altura...

Pero de vez en cuando, el buen muchacho experimentaba un ligero sentimiento de celos, siempre que le era preciso presentar a Catalina una carta de Isidoro, o cuando llevaba a correos la contestación de la joven.

Pero de todas maneras, esta situación era incomparablemente mejor que la que tenía en la granja a su regreso de París, cuando Catalina, reconociendo en Pitou un demagogo, un enemigo de los nobles y de los aristócratas, le había puesto a la puerta diciéndole que no había trabajo en la granja para él.

Pitou, que ignoraba la preñez de Catalina, no dudaba que aquella

situación debía ser siempre la misma.

Por eso había abandonado a Haramont, aunque con mucho sentimiento, pero obligado por su grado superior a dar ejemplo de celo; y se despidió de Catalina, recomendándola al padre Clouis y prometiendo volver lo más pronto que le fuera posible.

Pitou, por lo tanto, no había dejado tras sí nada que pudiera entristecerle.

En París tampoco había tropezado con ninguna dificultad que pudiera causarle pesar.

Encontró al doctor Gilberto, a quien dio cuenta del empleo de sus veinticinco luises, trasladándole las gracias y

buenos deseos de los treinta y tres guardias nacionales que con ayuda de aquel dinero habían obtenido sus uniformes. El doctor Gilberto le dio otros veinticinco luses para aplicarlos, no ya a las necesidades exclusivas de la guardia nacional, sino también a las suyas propias.

Pitou había aceptado sencilla e ingenuamente los veinticinco luses.

Puesto que el doctor era un Dios para él, no había inconveniente en aceptar sus dádivas.

Cuando Dios daba la lluvia o el sol, jamás se le había ocurrido a Pitou la idea de tomar paraguas o una sombrilla

para rechazar los dones de Dios.

No; había aceptado una cosa y otra, y así como las flores, como las plantas y los árboles, siempre había estado bien.

Además, después de reflexionar un momento, Gilberto levantó su cabeza pensativa y le dijo:

—Creo, amigo Pitou, que Billot tiene muchas cosas que referirme, y mientras que hablamos, ¿no te parece bien hacer una visita a Sebastián?

—¡Oh, sí, señor Gilberto! — exclamó palmoteando como un niño—, grandes deseos tenía de hacerlo así, pero no osaba pedirlo permiso.

Gilberto reflexionó un instante.

Después, cogiendo una pluma, escribió algunas palabras en un papel y le dobló en forma de carta para su hijo.

—Toma —dijo a Pitou—, busca un coche y ve a ver a Sebastián; según lo que le escribo, probablemente deberá hacer una visita, y tú le conducirás adonde ha de ir. ¿No es verdad, querido Pitou? Le esperarás a la puerta. Tal vez hayas de estar una hora de plantón, o acaso más; pero conozco tu complacencia, y comprendiendo que me prestas un servicio, no te servirá de molestia.

—¡Oh!, no tengáis cuidado —contestó Pitou—, pues nada me molesta,

señor Gilberto, y además, compraré un buen pedazo de pan cuando pase por delante de una tahona, y si me aburro en el coche, comeré.

—¡Buen recurso! —exclamó Gilberto—, mas te advierto, Pitou, como consejo de higiene —añadió el doctor, sonriendo—, que no conviene comer pan seco, y que es bueno acompañarle de la bebida.

—Pues entonces —repuso Pitou—, compraré, además del pedazo de pan, otro de queso y una botella de vino.

—¡Bravo! —exclamó Gilberto.

Y con este estímulo Pitou salió, fue en busca de un coche, dando orden de

conducirle al Colegio de San Luis, y allí preguntó por Sebastián, que se paseaba en el jardín reservado. Levantóle entre sus brazos como Hércules a Telefo, le abrazó a su gusto, y dejándole después en tierra le entregó la carta de su padre.

Sebastián comenzó por besarla con ese tierno amor que profesaba a su padre, reflexionó un instante y preguntó:

—¿No te ha dicho mi padre, Pitou, que debes acompañarme a una casa?

—Si te conviene ir...

—Sí, sí —contestó vivamente el niño—, esto me conviene. Y dirás a mi padre que he aceptado con gusto.

—Bien —repuso Pitou—, parece

que es algún sitio donde te diviertes.

—Es una casa donde no he estado más que una vez, Pitou, pero adonde me alegro mucho volver.

—En tal caso —dijo Pitou—, no tienes que hacer más que dar aviso de tu salida al abate Berardier; abajo tengo coche y te conduciré allá.

—Pues bien, querido Pitou, para no perder tiempo, lleva tú mismo al abate esta esquila de mi padre, mientras que yo me arreglo un poco, y me reuniré contigo en el patio.

Pitou llevó él escrito al director, obtuvo el permiso y bajó.

La entrevista con el abate Berardier

satisfizo en cierto modo el amor propio de Pitou; se había dado a conocer como aquel pobre campesino que, cubierta la cabeza de un casco, armado de un sable y sin calzón casi, había alborotado el colegio, por las armas que llevaba y por la falta de ropa, un año antes, el día mismo de la toma de la Bastilla. Hoy se presentaba con el sombrero de tres picos, levita azul con vueltas blancas, calzón corto, y las charreteras de capitán en los hombros; hoy se presentaba con esa confianza en sí mismo que comunica la consideración de vuestros conciudadanos; y hoy, en fin, era diputado de la federación, y, por lo

tanto, tenía derecho a todas las atenciones.

Por eso se las dispensó el abate.

Casi al mismo tiempo que Pitou bajaba la escalera del director del colegio, Sebastián salía también de su cuarto.

Ya no era un niño Sebastián, sino un bello joven de dieciséis a diecisiete años, con hermosos cabellos castaños y ojos azules y brillantes, animados del primer ardimiento juvenil.

—Ya estoy aquí —dijo a Pitou muy contento.

Pitou le miró con tanta alegría mezclada de asombro, que Sebastián

debió repetir por vez segunda su invitación:

Entonces Pitou siguió al joven.

—Ya sabrás —dijo a su compañero—, que ignoro dónde vamos; de modo que tú debes darme las señas.

—No tengas cuidado —contestó Sebastián.

Y dirigiéndose al cochero, añadió:

—Calle de Coq-Héron, número 9, primera puerta cochera, entrando por la calle de Coquilliere.

Estas señas no decían absolutamente nada a Pitou, y subió al coche detrás de Sebastián sin hacer ninguna observación.

—Pero, querido Pitou —dijo el joven—, si la persona a quien deseo ver está en su casa, probablemente permaneceré allí una hora o más.

—No te inquietes por esto, Sebastián —contestó Pitou, abriendo su enorme boca para reír alegremente—, el caso está previsto. ¡Alto, cochero! —gritó después.

En efecto, en aquel momento pasaban por delante de una tahona: el coche se detuvo, Pitou bajó, compró un pan de dos libras y volvió al coche.

Un poco más lejos, Pitou detuvo al cochero por segunda vez.

Enfrente se veía una taberna.

Pitou bajó para comprar una botella de vino, volviendo a ocupar su puesto junto a Sebastián.

En fin, Pitou volvió a pronunciar la palabra ¡alto!, delante de una tocinería.

Y bajó de nuevo para comprar un cuarterón de queso de cerdo.

—Y ahora —dijo al cochero—, sigue adelante sin detenerte hasta la calle de Coq-Héron, pues ya tengo cuanto necesito.

—¡Bueno, ya comprendo tu objeto —dijo Sebastián—, y estoy tranquilo!

El coche rodó hasta la calle de Coq-Héron, y se detuvo en el número 9.

A medida que se acercaba a la casa,

Sebastián parecía sobrecogido de una agitación febril que iba en aumento; de pie en el coche, pasaba la cabeza por la portezuela y gritaba al cochero, sin que este, dicho sea en honor suyo, avivase en lo más mínimo el paso de sus dos rocines:

—¡Vamos, cochero, más deprisa, más deprisa!

Sin embargo, como es preciso que cada cosa llegue a su término, así el arroyo como el río y como el Océano, el coche llegó a la calle de Coq-Héron y se detuvo delante del número 9.

En aquel instante, sin esperar la ayuda del cochero, Sebastián abrió la

portezuela, abrazó por última vez a Pitou, saltó a tierra, llamó con viveza a la puerta, que se abrió al punto, preguntó al conserje si estaba la señora condesa de Charny, y antes de que se le hubiese contestado se lanzó hacia el pabellón.

El conserje, al ver un muchacho tan guapo y bien vestido le dejó libre el paso, y como la condesa estaba en casa, se contentó con cerrar la puerta, después de haberse asegurado de que nadie seguía al niño ni deseaba entrar con él.

Al cabo de cinco minutos, mientras que Pitou cortaba con su cuchillo el queso de cerdo, con su botella de vino entre las piernas, ya destapada, y en

disposición de comenzar a comer, el conserje abrió la portezuela del coche, con su gorro en la mano, y dijo a Pitou estas palabras, que debió repetir dos veces:

—La señora condesa de Charny ruega al capitán Pitou que le haga el honor de entrar en su casa, en vez de esperar al señor Sebastián en el coche.

Ya hemos dicho que Pitou se hizo repetir estas palabras dos veces; pero como a la segunda no era ya posible engañarse, forzoso le fue, ahogando un suspiro, tragarse el bocado, envolver en su papel el queso de cerdo, y colocar la botella en un ángulo del coche para que

no se derramase el vino.

Después, muy asombrado de la aventura, siguió al conserje, pero su aturdimiento redobló al ver que le esperaba en la antecámara una hermosa dama, la cual, estrechando a Sebastián contra su pecho, ofrecía la mano a Pitou, diciéndole:

—Señor capitán, me habéis proporcionado una alegría tan grande e imprevista trayéndome a Sebastián, que he querido daros las gracias yo misma.

Pitou miraba y balbuceaba, pero sin tocar la mano de la hermosa dama.

—Coge esa mano, Pitou —dijo Sebastián—, mi madre lo permite.

—¿Tu madre? —exclamó Pitou.

Sebastián hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Sí, su madre —dijo Andrea, con la mirada radiante de alegría—; su madre, a cuya presencia le habéis traído después de estar ausente nueve meses; su madre, que tan sólo le había visto una sola vez, y que con la esperanza de que le conduzcáis de nuevo, no quiere tener secretos para vos, aunque este debiera ser su pérdida si se descubriese.

Siempre que se hablaba a la lealtad o al corazón de Pitou, era seguro que el buen muchacho dejaría de estar turbado y de vacilar.

—¡Oh, señora! —exclamó, cogiendo la mano que la señora condesa de Charny le ofrecía y besándola—, vuestro secreto quedará aquí.

Y levantando la mano, aplicóla con cierta dignidad a su corazón.

—Ahora, señor Pitou —prosiguió la condesa—, mi hijo me ha dicho que no habíais almorzado; entrad en el comedor, y mientras que yo hablo con Sebastián os servirán y recobraréis el tiempo perdido; complacedme en esto y quedará muy satisfecha.

Y saludando a Pitou con una de esas miradas que jamás había tenido para ninguno de los más ricos señores de la

corte de Luis XV o la de Luis XVI, se llevó a Sebastián a través del salón hasta su alcoba, dejando a Pitou, bastante aturdido aún, esperando en el comedor el efecto de la promesa que se le acababa de hacer.

A los pocos instantes quedó cumplida: se pusieron sobre la mesa dos chuletas, un pollo fiambre, un bote de confitura, una botella de vino de Burdeos, y junto a este un vaso de cristal de Venecia, fino como la muselina, así como buen número de platos de porcelana.

A pesar de la elegancia del servicio, no nos atreveríamos a decir que Pitou no

echó de menos su pan de dos libras, su queso de cerdo y su botella de vino.

Cuando comenzaba a trinchar el pollo, después de haberse comido las dos chuletas, la puerta del comedor se abrió, dando paso a un joven caballero que se disponía a cruzar el comedor para ir al salón.

Pitou levantó la cabeza, el caballero bajó los ojos, los dos se reconocieron al mismo tiempo, y a la vez profirieron esta doble exclamación:

—¡El señor vizconde de Charny!

—¡Ángel Pitou!

Este último se levantó; su corazón latía con violencia, y la vista del joven

le recordó las emociones más dolorosas que jamás había experimentado.

En cuanto a Isidoro, la presencia de Pitou no le recordaba nada, como no fuesen los favores que, según le había dicho Catalina, esta debía al joven.

Ignoraba, y ni siquiera podía suponer el amor profundo que Pitou profesaba a Catalina, amor en el cual Pitou tuvo la fuerza suficiente para convertirle en abnegación. Por lo tanto, se dirigió al punto a Pitou, en el que tan sólo veía, a pesar de su uniforme, al coleccionador de la Bruyere-aux-Loups, al mozo de la granja de Billot.

—¡Ah, sois vos, señor Pitou! —

exclamó—; me alegro mucho de veros para daros las más expresivas gracias por los servicios que nos habéis prestado.

—Señor vizconde —contestó Pitou con voz firme, aunque todo su cuerpo se estremecía—, esos servicios los he prestado por atención a la señorita Catalina, y a ella sola.

—Sí, hasta el momento en que supisteis que la amaba; pero desde este momento debo agradecer esos servicios por lo que a mí concierne, como, por ejemplo, la construcción de esa casita de la Piedra Clouisa; debéis haber gastado algún dinero...

Al decir esto Isidoro se llevó la mano al bolsillo, como para interrogar por una demostración la conciencia de Pitou.

Pero este último le detuvo.

—Caballero —dijo con esa dignidad que a veces se admiraba en él—, presto servicios cuando puedo, pero no los hago pagar nunca, sin contar, os lo repito, que yo los presto solamente a la señorita Catalina, a quien profeso amistad. Si ella creyese deberme alguna cosa, arreglaría su cuenta conmigo; pero vos, caballero, a nada me estáis obligado, pues todo lo hice en obsequio a ella; de modo que nada me debéis.

El tono con que Pitou pronunciara estas palabras llamó la atención a Isidoro, quien sólo entonces notó que su interlocutor llevaba charreteras de capitán.

—Sí tal, señor Pitou —insistió Isidoro—, os debo alguna cosa y tengo algo que ofreceros; os debo las gracias y os ofrezco mi mano; espero que me complaceréis aceptando las unas y tocando la otra.

Había tal grandeza en los modales, en la contestación de Isidoro y en el ademán que los acompañaba, que Pitou, vencido, alargó la mano y con las puntas de los dedos tocó los del vizconde.

En aquel momento se abrió la puerta del salón, y la condesa de Charny apareció en el umbral.

—Señor Vizconde —dijo—, tened la bondad de pasar por aquí.

Isidoro saludó a Pitou y obedeció a la invitación de Andrea.

Pero cuando iba a traspasar la puerta, sin duda para estar solo con la condesa, esta última la dejó entornada, quizá porque lo deseaba así.

De este modo Pitou pudo oír lo que se decía en el salón.

Entonces observó que la puerta de este, paralela a la suya, se hallaba abierta también; de manera que, aunque

invisible, Sebastián podría oír lo que hablaran el Vizconde y la Condesa.

—Habéis preguntado por mí, caballero —dijo la Condesa a su cuñado—. ¿Puedo saber a qué debo vuestra feliz visita?

—Señora —contestó Isidoro—, ayer recibí noticia de Oliverio, y así en sus demás cartas, me encarga poner sus recuerdos a vuestros pies; no sabe aún cuando volverá, y le complacería, según me dice, recibir noticias de vos, bien por una carta vuestra, o ya encargándome yo de trasladarle vuestros cumplidos.

—Caballero —dijo la Condesa—,

no he podido contestar hasta hoy a la carta que el señor de Charny me escribió al partir, puesto que ignoraba dónde está; pero me aprovecharé con gusto de vuestra mediación, y mañana, si tenéis a bien encargarnos de una carta para el señor de Charny, la tendré ya escrita.

—Escribidla, señora —contestó Isidoro—; pero en vez de venir a recogerla mañana, lo haré dentro de cinco o seis días; debo emprender un viaje a todo punto necesario, e ignoro cuánto tiempo durará, mas apenas regrese me presentaré a vos para encargarme de cuanto gustéis.

Al decir esto Isidoro saludó a la Condesa, que al corresponderle indicóle otra puerta para la salida, por lo cual no debió atravesar el comedor, donde Pitou, después de dar cuenta del pollo, como antes de las chuletas, comenzaba con el bote de confitura.

Este último quedó muy pronto tan limpio como el vaso en que Pitou acababa de beber las últimas gotas de su botella de vino de Burdeos, y todo esto antes de que la condesa volviese con Sebastián.

Difícil hubiera sido reconocer a la severa señorita de Taverney o a la grave condesa de Charny en la joven madre de

ojos brillantes de alegría y de afable sonrisa, que se presentaba apoyada en su hijo; sus mejillas pálidas, habían tomado bajo sus lágrimas, derramadas por la primera vez, un color sonrosado que la misma Andrea admiraba, y que el amor materno, es decir, la mitad de la existencia de la mujer, había devuelto a su rostro en aquellas dos horas pasadas con su hijo.

Aún sellaba con sus besos la mejilla de Sebastián; después se volvió a Pitou, estrechando la ruda mano de este entre las suyas tan finas y blancas que parecían de mármol reblandecido.

Sebastián, por su parte, abrazaba a

Andrea con ese ardimiento que demostraba en todo cuanto hacía, y el único que pudo enfriar un momento el amor a su madre, por la imprudente exclamación que Andrea no pudo reprimir al hablarle de Gilberto.

Pero durante su soledad en el colegio de San Luis, durante sus paseos en el jardín reservado, el dulce fantasma maternal había reaparecido, volviendo el amor poco a poco al corazón del muchacho; de modo que cuando llegó a manos de este la carta de Gilberto, que le permitía ir, acompañado de Pitou, a pasar una hora o dos con su madre, aquella carta colmó los más secretos y

tiernos deseos del niño.

Esto fue una delicadeza de Gilberto, el cual comprendía que, conduciendo él mismo a Sebastián a casa de Andrea, privaba a esta por su presencia de la mitad de la dicha de ver a su hijo; mientras que enviándole acompañado por otra persona que no fuera Pitou, comprometía un secreto que no era suyo.

Pitou se despidió de la condesa de Charny sin hacer ninguna pregunta, sin dirigir una sola mirada curiosa a cuanto le rodeaba, y conduciendo a Sebastián, que, deteniéndose a cada paso, besaba de nuevo a su madre, hasta que llegaron al coche, donde Pitou encontró su pan,

su queso de cerdo y su botella de vino.

Ni en esto, así como tampoco en su viaje de Villers-Cotterêts, aún no había nada que pudiese contristar a Pitou.

Por la noche Pitou había ido a trabajar al Campo de Marte, al que volvió los días siguientes. Había recibido muchos elogios del señor Maillard, que le reconoció, y del señor de Bailly, a quien se dio a conocer; encontró a los señores Elie y Hullín, vencedores de la Bastilla como él, y vio sin envidia la medalla que llevaban en el ojal, a la que él mismo y Billot tenían tanto derecho como el que más. Por fin, llegado el famoso día, fue a ocupar, a

primera hora de la mañana, el puesto que tenía señalado con Billot en la puerta de San Dionisio. De la extremidad de tres cuerdas diferentes había descolgado un jamón, un pan y una botella de vino. Llegó a la altura del altar de la Patria, donde había bailado una farándula, teniendo cogida de la mano a una actriz de la Ópera, y de la otra a una religiosa Bernardina. Al llegar el Rey, fue a ocupar su puesto, y tuvo la satisfacción de verse representado por Lafayette, lo cual era un gran honor para él; después de los juramentos prestados, de los cañonazos que se dispararon y de las músicas en

los aires, cuando el general pasó con su caballo blanco entre las filas de sus queridos compañeros, tuvo la alegría de ser reconocido por él y de obtener su parte en uno de los treinta o cuarenta mil apretones de manos que Lafayette había distribuido durante el día. Después de esto había salido del Campo de Marte con Billot, deteniéndose luego a mirar las iluminaciones y los fuegos artificiales de los Campos Elíseos. Hecho esto, siguió los bulevares, y para no perder nada de las diversiones de aquel gran día, en vez de ir a descansar, como lo habría hecho cualquier otro por no poder sostenerle las piernas después

de tanta fatiga, él, que no sabía lo que era el cansancio, fue a la Bastilla, donde encontró en la torre del ángulo una mesa desocupada, a la cual hizo llevar, como ya hemos dicho, dos libras de pan, dos botellas de vino y un salchichón.

Para el hombre que ignoraba que al anunciar a la condesa de Charny una ausencia de siete u ocho días, en Villers-Cotterêts era donde Isidoro se proponía pasar este tiempo; para el hombre que ignoraba que seis días antes Catalina había dado a luz un niño; que después abandonó la casita de la piedra Clouisa durante la noche, y que, por fin, llegó con Isidoro a París, donde la vista de

Billot y Pitou la hizo proferir un grito y recostarse en el coche, no había en rigor nada muy triste. Muy por el contrario, el trabajo del Campo de Marte, aquel encuentro con los señores Maillard y Bailly, Elie y Hullín, la farándula bailada con una actriz de la Ópera y una religiosa Bernardina, el reconocimiento de Lafayette, el apretón de manos con que este le favoreció, y, en fin, las iluminaciones, los fuegos artificiales, aquella Bastilla ficticia y aquella mesa con pan, un salchichón y dos botellas de vino, eran cosas que debían complacer a Pitou.

Lo único que podía apesadumbrar a

Pitou en todo eso era la tristeza de Billot.

Capítulo LXX

LA CITA

He aquí por qué, según se ha visto en el principio del capítulo anterior, Pitou resolvió, tanto para mantenerse alegre él mismo, como para desvanecer la tristeza de Billot, dirigirle al fin la palabra.

—Decid, padre Billot —preguntó Pitou después de un instante de silencio, durante el cual parecía haber hecho provisión de palabras, como un tirador

antes de romperse el fuego se abastece de cartuchos—, ¿quién diablos hubiera podido adivinar hace un año y dos días exactamente, cuando la señorita Catalina me daba un luis, después de cortar las cuerdas que me ligaban las manos... quién habría dicho, repito, que en el transcurso de este tiempo, veríamos tales acontecimientos?

—Nadie —contestó Billot, sin que Pitou observase la mirada terrible de disgusto que el labrador le dirigió al oír pronunciar el nombre de Catalina.

Pitou esperó para ver si Billot agregaba algunas palabras a la única que había pronunciado en respuesta a las

muchas que él acababa de dirigirle.

Mas viendo que Billot guardaba silencio. Pitou volvió a interpelar por segunda vez.

—Decid, padre Billot —continuó—, ¿quién nos hubiera dicho, cuando corríais detrás de mí en la llanura de Ermenonville; cuando estuvisteis a punto de reventar a *Cadet* y a mí también; cuando me alcanzasteis al fin, haciéndome montar a la grupa; cuando cambiasteis de caballo en Dammartín a fin de estar antes en París; cuando llegamos para ver quemar las barreras; cuando encontramos una procesión que gritaba: «¡Viva Necker!», y «¡Viva el

duque de Orleáns!»; cuando tuvisteis el honor de ayudar a conducir las angarillas en que se llevaban los bustos de aquellos dos grandes hombres, mientras que yo trataba de salvar la vida a *Margot*; cuando el Real Alemán hizo fuego contra nosotros en la plaza de Vendôme; cuando el busto de Necker os cayó sobre la cabeza, y cuando huimos por la calle de San Honorato gritando: «¡A las armas! ¡Se asesina a nuestros hermanos!»... quién nos hubiera dicho que tomaríamos la Bastilla?

—¡Nadie! —contestó el labrador tan lacónicamente como la primera vez.

—¡Diablo —se dijo Pitou después

de haber esperado un instante—, parece que está resuelto a no contestar más... veamos, haré la tercera tentativa!

—Veamos, padre Billot —continuó —, ¿quién hubiera creído, después de habernos apoderado de la Bastilla, que un año después, día por día, yo sería capitán, vos federado, y que cenaríamos los dos, sobre todo yo, en una Bastilla de follaje, plantada precisamente en el sitio dónde se elevaba la otra?... ¿quién hubiera creído esto?

—¡Nadie! —contestó Billot con una expresión más sombría aún que las dos primeras veces.

Pitou reconoció que no había medio

de hacer hablar al labrador; pero se consoló al pensar que siempre le quedaba el derecho de hablar solo.

Y por lo tanto, continuó, dejando al labrador libre de contestar si lo tenía a bien.

—Cuando pienso que hace justamente un año que entramos en la Casa Ayuntamiento; que cogisteis al señor de Flesselles por el cuello — ¡pobre señor de Flesselles!—, obligándole a que os diera la pólvora, mientras que yo estaba de centinela en la puerta, y además una carta para el señor Delaunay; que después de distribuirse la pólvora nos separamos del señor Marat,

que iba a los Inválidos, para reunirse después con nosotros en la Bastilla, y que en esta última encontramos al señor Gonchon, el Mirabeau del pueblo como le llamaban... ¿Sabéis qué ha sido de Gonchon, padre Billot?

El labrador no contestó esta vez más que con una señal negativa.

—¿No lo sabéis? —continuó Pitou—, pues yo tampoco. Probablemente habrá sido de él lo que de la Bastilla, lo que del señor de Flesselles, lo que será de todos nosotros —añadió filosóficamente Pitou—: *pulvis es et in pulverem reverteris*^[25]. ¡Cuando pienso que por aquella puerta que estaba allí y

que ya no existe, entrasteis después de haber hecho escribir al señor Maillard la famosa nota que yo debía leer al pueblo si no volvíais; cuando pienso que allí dónde están estas cadenas, en ese gran agujero, semejante a una fosa, encontrasteis al señor Delaunay!... ¡Pobre hombre! Me parece verle aún con su uniforme gris, su sombrero de tres picos, su cinta roja y su bastón de estoque; pero también él fue a reunirse con el señor de Flesselles. Cuando pienso que el señor Delaunay os hizo ver la Bastilla de cabo a rabo, para que la estudiaseis y midieseis... mostrándoos aquellos muros de treinta

pies de grueso y de quince en la parte superior; cuando pienso que al bajar os enseñó aquel cañón que diez minutos más tarde me hubiera enviado adonde se halla ese pobre señor de Flesselles y también el mismo Delaunay, si yo no hubiera encontrado un ángulo donde refugiarme; y cuando pienso, en fin, que después de ver todo esto dijisteis, como si se tratase de escalar un granero, subir a un palomar o a un molino de viento: «¡Amigos míos, tomemos la Bastilla!», y que nos apoderamos al fin de la famosa fortaleza, tanto que hoy estamos sentados en el mismo sitio donde se elevaba, comiendo salchichón y

bebiendo vino de Borgoña, en el mismo lugar ocupado por la torre que llamaban *tercera Bertheudiére*, en la cual encerraron al doctor Gilberto. ¡Qué cosa tan singular! ¡Y cuando pienso en todo aquel ruido, aquellos gritos y rumores! ... ¡Ah! —exclamó Pitou de pronto—, algo sucede, padre Billot, pues veo que todo el mundo corre y se levanta... mirad, mirad... venid conmigo, padre Billot, y veamos qué ocurre.

Pitou levantó casi a Billot pasándole la mano por debajo del brazo, y ambos, el uno con curiosidad y el otro con indiferencia, dirigiéronse hacia el sitio donde se oía el rumor.

Este último era producido por un hombre que tenía el raro privilegio de hacer ruido por dondequiera que pasaba.

En medio de los rumores oíanse los gritos de «¡Viva Mirabeau!», proferidos por esos pechos vigorosos que son los últimos en cambiar la opinión respecto a los hombres que una vez han adoptado.

En efecto, era Mirabeau, que dando el brazo a una mujer había ido a visitar la nueva Bastilla, y que al ser reconocido produjo todo aquel rumor.

La mujer iba velada.

Cualquiera otro que no hubiera sido Mirabeau se habría atemorizado ante aquel tumulto que le seguía, y sobre todo

al oír entre aquellas voces que glorificaban algunos gritos de sorda amenaza, como aquellos que resonaban detrás del carro del triunfador romano, diciéndole: «¡César, no olvides que eres mortal!».

Pero Mirabeau, el hombre de las borrascas, que semejante al ave de la tempestad parecía no estar bien sino en medio del trueno y de los relámpagos, atravesaba entre aquel tumulto con el rostro risueño la mirada serena y el ademán dominador, llevando del brazo aquella mujer desconocida que se estremecía al soplo de tan terrible popularidad.

Así como Semelé, el imprudente había querido ver a Júpiter, y he aquí que el rayo estaba a punto de abrasarle.

—¡Ah! —exclamó Pitou—, es el señor de Mirabeau, el Mirabeau de los nobles. ¿No recordáis, padre Billot, que aquí fue, poco más o menos, dónde vimos al señor Gonchon, el Mirabeau del pueblo, y que yo os dije: «No sé cómo es el Mirabeau de los nobles; pero el del pueblo me parece bastante feo»...? Pues bien, ¿sabéis que hoy, después de haber visto los dos, creo que el uno lo es tanto como el otro? Esto no impide que admiremos al gran hombre.

Y Pitou subió a su silla, desde ella

pasó a la mesa, y poniendo su tricornio en la punta de su espada, gritó:

—¡Viva Mirabeau!

Billot no hizo ningún ademán de simpatía o de antipatía; limitóse a cruzar los brazos sobre su robusto pecho, y murmuró con voz sombría:

—Se asegura que vende al pueblo.

—¡Bah! —contestó Pitou, lo mismo se ha dicho de todos los grandes hombres de la antigüedad, desde Arístides a Cicerón.

Y con voz más robusta y sonora que la primera vez, gritó:

—¡Viva Mirabeau!

En aquel momento el ilustre orador

desaparecía llevando tras sí un torbellino de hombres, de rumores y de gritos.

—Es igual —dijo Pitou, saltando desde la mesa al suelo—, me alegro mucho de haber visto al señor de Mirabeau... vamos a dar fin de nuestra segunda botella y del salchichón, padre Billot.

Y conducía al labrador hacia la mesa, donde se hallaban los restos de la comida de Pitou; pero vieron, junto a su mesa, una tercera silla ocupada por un hombre que parecía esperarles.

Pitou miró a Billot, y este al desconocido.

Cierto que el día era de fraternidad y permitía, de consiguiente, que los conciudadanos se familiarizasen un poco; pero a los ojos de Pitou, que no había bebido su segunda botella ni dado fin de su salchichón, consideró que semejante franqueza era casi tan grande como la del jugador desconocido con el señor de Grammont.

Y aun aquel a quien Hamilton llama *la pequeña calabaza*, rogaba al caballero de Grammont que le dispensase «la familiaridad» mientras que el desconocido no decía nada ni a Billot ni a Pitou, y los miraba con cierto aire burlón que parecía serle natural.

Sin duda Billot no estaba de humor para tolerar aquella mirada sin explicación, pues se adelantó rápidamente hacia el desconocido; pero antes que el labrador hubiese abierto la boca o arriesgado un ademán, el desconocido, le hizo una señal masónica, a la que Billot había contestado.

Aquellos dos hombres no se conocían ciertamente, pero eran hermanos.

Por lo demás, el desconocido vestía, como Billot, traje de federado, aunque por cierto cambio que en él se notaba, el labrador reconoció que el desconocido

debía haber formado parte aquel mismo día del pequeño grupo de extranjeros que seguían a Anacarsis Clootz, y que había representado en la fiesta la diputación del género humano.

La señal del desconocido fue contestada por Billot, y este y Pitou volvieron a ocupar sus asientos.

Billot llegó hasta inclinar la cabeza a manera de saludo, mientras que Pitou sonreía graciosamente.

Sin embargo, como los dos parecían interrogar al desconocido con la mirada, este fue quien primero tomó la palabra.

—No me conocéis, hermanos —dijo—, y sin embargo, yo os conozco a los

dos.

Billot miró fijamente al extranjero, y Pitou, más expansivo, exclamó:

—¡Bah! ¿Verdaderamente nos conocéis?

—Te conozco, capitán Pitou —dijo el extranjero—, y a ti también, labrador Billot.

—Es verdad —replicó Pitou.

—¿Por qué tienes ese aire sombrío, Billot? —preguntó el extranjero—. ¿Es porque, vencedor de la Bastilla, donde entraste el primero, se olvidaron de ponerte en el ojal la medalla del 14 de julio, tributándote hoy los honores que se dispensaron a Maillard, Elie y

Hullín?

Billot sonrió con aire desdeñoso.

—Si me conocieras, hermano —dijo—, sabrías que semejante miseria no puede contristar a un corazón como el mío.

—¿Será entonces porque, con la generosidad de tu alma, intentaste inútilmente oponerte a los asesinatos de Delaunay, de Foullon y de Bertier?

—Hice cuanto pude, en la medida de mis fuerzas, para que no se cometiesen esos crímenes —contestó Billot—; he visto más de una vez en mis sueños a los que fueron víctimas de aquellos asesinatos, y ninguno de los dos pensó

en acusarme.

—¿Será entonces porque después de las jomadas del 5 y 6 de octubre, al volver a tu granja encontraste los graneros vacíos y las tierras convertidas en eriales?

—Soy rico —dijo Billot—, y poco me importa una cosecha perdida.

—Entonces —continuó el desconocido, mirando a Billot de frente —, será porque tu hija Catalina...

—¡Silencio! —exclamó el labrador, cogiendo del brazo al desconocido—. No hablemos de esto.

—¿Por qué no —replicó el extranjero—, si te hablo para ayudarte

en tu venganza?

—Pues entonces —dijo Billot, palideciendo y sonriéndose a la vez—, entonces ya es otra cosa; hablemos.

Pitou no pensaba en beber ni en comer, y miraba al desconocido como si fuera un mágico.

—Y ¿cómo entiendes tú vengarte? —preguntó el extranjero con una sonrisa—. Dímelo. ¿Piensas hacerlo de una manera mezquina, tratando de matar a un individuo, como ya lo has intentado?

Billot palideció hasta la lividez, mientras que Pitou se estremecía de pies a cabeza.

—¿Piensas vengarte persiguiendo

toda una casta? —continuó el extranjero.

—Precisamente —contestó Billot—, pues el crimen de uno es el de todos; y el doctor Gilberto, a quien me quejé, me dijo «¡Pobre Billot, lo que te sucede a ti les ha pasado ya a cien mil padres! ¿Qué harían los jóvenes nobles si no robasen las hijas del pueblo, y los viejos si no comieran el dinero del Rey?».

—¡Ah! ¿Eso te ha dicho el doctor Gilberto?

—¿Le conocéis?

—Yo conozco a todos los hombres —contestó el extranjero—, como te conozco a ti, Billot, el labrador de Pisseleu, como conozco a Pitou, el

capitán de la guardia nacional de Haramont, como conozco al vizconde Isidoro de Charny, señor de Boursognes, y como conozco a Catalina.

—Ya te he dicho que no pronuncies ese nombre.

—¿Por qué?

—Porque ya no existe Catalina.

—¿Qué ha sido de ella?

—¡Ha muerto!

—Nada de eso, padre Billot — exclamó Pitou—, no ha muerto, puesto que...

Sin duda iba a decir: «Puesto que yo sé dónde está, y que la veo todos los días»; pero Billot repitió con un tono

que no admitía réplica:

—¡Ha muerto!

Pitou se inclinó; había comprendido.

Catalina, viva para los demás tal vez, había muerto para su padre.

—¡Ah, ah! —exclamó el desconocido—, si yo fuera Diógenes^[26] apagaría mi linterna, pues creo que he encontrado un hombre.

Y levantándose al punto, ofreció el brazo a Billot, diciéndole:

—¡Hermano, ven a dar una vuelta conmigo, mientras que ese buen muchacho concluye con su botella de vino y su salchichón!

—Con mucho gusto —contestó

Billot—, porque comienzo a comprender lo que vienes a ofrecerme.

Y cogiendo el brazo del desconocido, dijo a Pitou:

—Espérame aquí; pronto vuelvo.

—Oíd, padre Billot —dijo Pitou—, si tardáis mucho me aburriré, pues no me queda más que medio vaso de vino, un pedacito de salchichón y una corteza de pan.

—Está bien, mi buen Pitou —dijo el extranjero—, conocemos la medida de tu apetito, y se te enviará con qué tomar paciencia mientras que nos esperas.

En efecto, apenas el desconocido y Billot hubieron doblado el ángulo de una

de las paredes de verdura, cuando otro salchichón, un segundo pan y una tercera botella de vino adornaban la mesa de Pitou.

Este último no comprendía nada de lo que acababa de pasar, y estaba a la vez asombrado e inquieto.

Pero estas emociones, como todas las demás, socavaban el estómago del joven.

Y tanta era su admiración y sobre todo su inquietud, que sintió una irresistible necesidad de hacer honor a las provisiones que acababan de servirle, y la satisfacía con el ardimiento que ya conocemos, aunque

con una expresión semejante a la de la alegría, y fue a sentarse de nuevo a la mesa frente a Pitou.

—Y bien —preguntó al labrador—, ¿qué hay de nuevo, padre Billot?

—Lo que hay es que mañana volverás a marcharte solo, Pitou.

—¿Y vos? —preguntó el capitán de la guardia nacional.

—Yo me quedo —contestó Billot.

Capítulo LXXI

LA LOGIA DE LA CALLE DE PLÂTRIÈRE

Ocho días habían transcurrido desde los acontecimientos que acabamos de referir, y si nuestros lectores quieren encontrar a varios de los principales personajes de nuestra historia, personajes que no tan sólo tuvieron su importancia en el pasado, sino que deben tenerla igualmente en el porvenir,

es preciso que se coloquen con nosotros junto a esa fuente de la calle de Plâtrière, donde hemos visto a Gilberto, niño aún, mojar su pan duro algunas veces.

Una vez aquí, seguiremos a un hombre que no tardará en pasar, y a quien se reconocerá, no por su traje de federado —traje que después de la marcha de los cien mil representantes enviados por Francia, no podría menos de llamar la atención más de lo que nuestro personaje quisiera—, sino vestido sencillamente como un rico arrendatario de los alrededores de París.

No necesito decir ahora, lector, que aquel personaje no era otro sino Billot, el cual sigue la calle de San Honorato, costea las verjas del Palacio Real —al que el regreso del duque de Orleáns, desterrado más de ocho meses en Londres, ha devuelto todo su esplendor nocturno—, toma por la izquierda la calle de Grenelle y penetra sin vacilar en la de Plâtrière.

Sin embargo, llegado ante la fuente donde le esperamos, se detiene y vacila, no porque le falte corazón, pues los que le conocen saben muy bien que si el intrépido Billot hubiera resuelto ir al infierno, iría sin palidecer, sino porque

sin duda le faltan las señas de la casa que busca.

Y, en efecto, no es difícil ver, sobre todo para nosotros, que tenemos interés en espiar sus pasos, no es difícil ver que examina cada puerta como hombre que no quiere incurrir en error.

Sin embargo, a pesar de este examen, ha llegado casi a la mitad de la calle sin haber encontrado lo que busca; pero allí el paso está obstruido por los ciudadanos que se detienen alrededor de un grupo de músicos, de cuyo centro se eleva una voz de hombre que entona canciones de circunstancias sobre los acontecimientos, y que sin duda no

bastaría para excitar tanta curiosidad si una o dos coplas de cada canción no contuvieran epigramas sobre los individuos.

Entre otras hay una titulada *el Picadero*, que hace proferir gritos de alegría a la multitud. Como la Asamblea nacional celebra sus sesiones en aquel local, no solamente los diferentes colores de aquella han tomado los matices de la raza caballar —negros y blancos, alazanes y bayos—, sino que también los individuos tienen los nombres de los caballos; así, por ejemplo, Mirabeau se llama *el Petulante*; el conde Clermont-Tonnerre,

el Sombrío; el abate Maury, el Cabreado; Thouret, el Fulminante, y Bailly, el Feliz.

Billot se detiene un momento para escuchar aquellos ataques, más verdes que ingeniosos, y después se desliza por la derecha, arrimado a la pared, desapareciendo en los grupos.

Sin duda en medio de aquella multitud ha encontrado lo que buscaba, porque después de haber desaparecido por un lado, no se le vuelve a ver por el otro.

Veamos ahora, penetrando detrás de Billot, lo que oculta aquel grupo.

Una puerta baja, en la que se ven

tres letras, tres iniciales trazadas con creta roja, y que siendo sin duda símbolos de reunión para aquella noche, se borrarán a la mañana siguiente.

Estas tres letras son: L. D. P.

La puerta baja parece conducir a un sótano; se bajan algunos escalones y después se sigue un corredor sombrío. Sin duda esta seña confirmaba la primera, puesto que después de haber mirado con atención las tres letras, señal de reconocimiento insuficiente para Billot, que como ya se recordará, no sabía leer, el labrador había bajado los escalones contándolos a medida que los franqueaba, y llegado al octavo penetró

atrevidamente en el corredor.

En la extremidad de este había una luz pálida y vacilante, y delante un hombre sentado que leía o aparentaba leer un diario.

Al oír el rumor de los pasos de Billot el hombre se levantó, y apoyando un dedo sobre su pecho esperó.

Billot, sirviéndose del mismo dedo, pero doblado, apoyóle en su boca.

Probablemente era la señal de pase esperada por el misterioso conserje, porque este último empujó a su derecha una puerta del todo invisible cuando estaba cerrada, y señaló a Billot una escalera empinada y angosta que parecía

hundirse en la tierra.

Billot entró, cerrándose la puerta detrás de él rápida y silenciosamente.

El labrador contó esta vez diecisiete escalones, y llegando al último, a pesar del mutismo que al parecer se había impuesto, se dijo a media voz:

—¡Bueno, ya estoy!

Un tapiz flotaba a pocos pasos de él delante de una puerta; Billot se dirigió a ella sin vacilar, abrió y encontróse en una gran sala circular y subterránea, donde se habían reunido ya unas cincuenta personas.

Nuestros lectores conocen ya esta sala, puesto que bajaron a ella hace

quince o dieciséis años, siguiendo los pasos de Rousseau.

Como en el tiempo del filósofo, las paredes estaban cubiertas de tapices rojos y blancos, entre los cuales se veían el compás, la escuadra y el nivel.

Solamente una lámpara pendía de la bóveda y despedía una luz pálida que iba a concentrarse en medio del círculo, pero insuficiente para iluminar a los que, deseando no ser reconocidos, se mantenían en la circunferencia.

Un estrado con cuatro escalones esperaba a los oradores o a los neófitos; sobre él, en la parte más próxima a la pared, veíase una mesa solitaria y un

sillón vacío para el presidente.

A los pocos minutos, la sala se llenó hasta el punto de no poderse ya circular en ella: eran hombres de todos los estados y de todas condiciones, desde el campesino hasta el príncipe, que llegaban uno a uno, como había sucedido a Billot, y que sin conocerse o conociéndose, tomaban asiento a la casualidad, según sus simpatías.

Cada uno de aquellos hombres llevaba bajo su traje o su hopalanda, ya el delantal masónico, si era simplemente masón, o bien la faja de los iluminados, si era tal, es decir, afiliado al gran misterio.

Tres hombres solamente iban sin este último distintivo y no llevaban más que el delantal masónico.

El uno era Billot, el otro un joven de veinte años escasos, y el tercero, en fin, un hombre de cuarenta años poco más o menos, que por sus modales parecía pertenecer a las clases más altas de la sociedad.

A los pocos segundos de haber entrado este último, sin que su presencia hubiera hecho más ruido que la llegada del más insignificante individuo de la asociación, una puerta oculta se abrió y viose al presidente adelantarse, llevando a la vez insignias Del Gran

Oriente y las del Gran Copto.

Billot ahogó un grito de asombro: aquel presidente, ante el cual se inclinaban las cabezas, no era otro sino su federado de la Bastilla.

Subió lentamente al estrado, y volviéndose a la Asamblea, dijo:

—Hermanos, dos cosas tenemos que hacer hoy; debo recibir a tres nuevos adeptos, y después daros cuenta de mi obra desde el día que la emprendí hasta hoy, pues siendo de hora en hora más difícil, es preciso que sepáis si soy siempre digno de vuestra confianza, y que yo sepa si continúo mereciéndola. Recibiendo de vosotros la luz y

devolviéndoosla, puedo marchar por la vía lúgubre y terrible en que me he aventurado. Así, pues, no deben quedar en esta sala más que los jefes de la orden, para que admitamos o rechacemos a tres nuevos adeptos que se presentan a nosotros. Cuando estén admitidos o se rehúse su entrada, todo el mundo entrará otra vez, desde el primero hasta el último, porque en presencia de todos y no solamente ante el círculo supremo, quiero dar a conocer mi conducta para que se me censure o se me apruebe.

Al pronunciar estas palabras se abrió una puerta opuesta a la que antes

se había descubierto, y viéronse vastas profundidades abovedadas semejantes a las criptas de una antigua basílica. La multitud se deslizó silenciosamente, como una procesión de espectros, bajo las arcadas, sin más luz que la de una lámpara de trecho en trecho, apenas suficiente, como dice el poeta, para que las tinieblas fuesen visibles.

Solamente quedaron allí tres hombres que eran los adeptos.

La casualidad quiso que estuvieran junto a la pared, a distancias casi iguales uno de otro.

Los tres se miraron con asombro, pues solamente entonces supieron que

eran los tres héroes de la sesión.

En aquel instante la puerta por donde había entrado el presidente se abrió de nuevo, y seis hombres enmascarados se presentaron a su vez; tres de ellos fueron a colocarse de pie a la derecha del sillón, y otros tres a la izquierda.

—Que los números 2 y 3 desaparezcan un instante —dijo el presidente—, pues los jefes supremos son los únicos que deben conocer los secretos de la admisión de un hermano masón en el orden de los iluminados, si se le acepta.

El joven y el hombre de aspecto aristocrático se retiraron, volviendo al

corredor por donde antes habían entrado.

Billot quedó solo.

—Acércate —le dijo el presidente, después de una pausa que tenía por objeto dar a los otros dos candidatos tiempo para alejarse.

Billot se acercó.

—¿Cuál es tu nombre entre los profanos? —le preguntó el presidente.

—Francisco Billot.

—¿Y entre los elegidos?

—Fuerza.

—¿Dónde has visto la luz?

—En la logia de los Amigos de la Verdad, en Soissons.

—¿Qué edad tienes?

—Siete años.

Y Billot hizo una señal, indicando que tenía el grado de maestro en el orden masónico.

—¿Por qué deseas ascender un grado y ser recibido entre nosotros?

—Porque me han dicho que este grado era un paso más hacia la luz universal.

—¿Tienes padrinos?

—No tengo sino aquel que vino a buscarme por su propio impulso para ofrecerme mi admisión.

Y Billot miró con fijeza al presidente.

—¿Con qué sentimiento avanzarás por la vía que quieres que te abran?

—Con el odio a los poderosos, con el amor a la igualdad.

—¿Quién nos responderá de ese amor a la igualdad y de ese odio a los poderosos?

—La palabra de un hombre que jamás faltó a ella.

—¿Quién te ha inspirado ese amor a la igualdad?

—La condición inferior en que he nacido.

—¿Quién te ha inspirado ese odio a los poderosos?

—Es mi secreto, y ya le conoces.

¿Por qué quieres hacerme repetir en alta voz lo que yo vacilo en decirme muy bajo?

—¿Avanzarás tú y te comprometerás, en la medida de tu fuerza y de tu poder, a impulsar todo cuanto te rodea en esa vía de igualdad?

—Sí.

—¿Derribarás, en la medida de tu fuerza y de tu poder, todo obstáculo que se oponga a la libertad de Francia y a la emancipación del mundo?

—Sí.

—¿Estás libre de todo compromiso anterior, o en el caso de contraer este, te hallas dispuesto a romperle si fuese

contrario a las promesas que acabas de hacer?

—Sí.

El presidente se volvió hacia los seis jefes enmascarados.

—Hermanos —dijo—, este hombre dice la verdad, y yo soy quien le invitó a ser de los nuestros. Un gran pesar le liga con nuestra causa por la fraternidad del odio; ha hecho ya mucho por la Revolución y puede hacer bastante más aún. Me declaro su padrino, y respondo de él por el pasado, por el presente y por el futuro.

—Que sea admitido —dijeron unánimemente las seis voces.

—¿Lo oyes? —preguntó el presidente—. ¿Estás dispuesto a jurar?

—Sí —contestó Billot—, dicta y repetiré.

El presidente levantó la mano, y con voz lenta y solemne, dijo:

—En el nombre del Hijo crucificado, ¿juras romper los vínculos carnales que te unen aún con padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, querida, reyes, bienhechores, y toda persona cualquiera a quien hayas prometido fe, obediencia, agradecimiento o servicio?

Billot repitió con voz más firme tal vez la del presidente las mismas

palabras que este le había dictado.

—Bien —continuó el presidente—, a partir de esta hora estás libre del supuesto juramento a la patria y a las leyes. Jura, pues, revelar al nuevo jefe a quien reconoces lo que hayas visto o hecho, oído, averiguado o adivinado, y también buscar y espiar lo que tus ojos no vean.

—¡Lo juro! —repitió Billot.

—Jura —continuó el presidente—, honrar y respetar el veneno, el hierro y el fuego, como medios rápidos, seguros y necesarios para purgar el globo por la muerte de aquellos que tratan de envilecer la verdad o de arrancarla de

nuestras manos.

—¡Juro! —repitió Billot.

—Jura huir de Nápoles, de Roma, de España y de toda tierra maldita; jura huir de la tentación de revelar nada de cuanto puedas ver y oír en nuestras asambleas, porque el rayo no será tan rápido para herirte, dondequiera que te halles oculto, como nuestro invisible e inevitable cuchillo.

—¡Lo juro! —repitió Billot.

—Y ahora —dijo el presidente—, vive en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Un hermano oculto en la sombra abrió la puerta de la cripta donde se

paseaban los hermanos inferiores de la orden esperando a que terminase la triple recepción. El presidente hizo una señal a Billot, y este se inclinó y fue a reunirse con los hombres con quienes le asociaba el terrible juramento que acababa de pronunciar.

—¡El número 2! —dijo el presidente en alta voz, cuando se hubo cerrado la puerta detrás del nuevo adepto.

El tapiz que ocultaba la puerta del corredor se levantó lentamente, y viose aparecer el joven.

Dejó caer el tapiz tras sí y detúvose en el umbral, esperando a que le dirigiesen la palabra.

—Acércate —dijo el presidente.

El joven se aproximó.

Ya hemos dicho que podría tener de veinte a veintidós años escasos; gracias a su cutis blanco y fino, hubiera podido pasar por una mujer; la enorme corbata oprimida que llevaba él sólo en aquella época, podía hacer creer que el brillo y la transparencia de su piel no reconocía por causa principal la pureza de la sangre, sino todo lo contrario, es decir, alguna enfermedad secreta y oculta; a pesar de su elevada estatura y de aquella alta corbata, el cuello parecía relativamente corto; la frente era estrecha y la parte superior de la cabeza

parecía deprimida. De aquí resultaba que los cabellos, sin ser más largos de los que se acostumbraba a llevar sobre la frente, tocaban casi en los ojos, mientras que por detrás de la cabeza descendían hasta los hombros. En toda su persona se notaba además una rigidez automática, que parecía comunicar al joven, aunque apenas se hallaba en el umbral de la vida, el aspecto de un enviado del otro mundo, de un diputado de la tumba.

El presidente le miró un instante con cierta atención antes de comenzar el interrogatorio.

Pero aquella mirada, que expresaba

el asombro y la curiosidad, no pudo hacer bajar los ojos fijos del joven que esperaba.

—¿Cuál es tu nombre entre los profanos? —preguntó el presidente.

—Antonio Saint Just.

—¿Cómo te llamas entre los elegidos?

—Humildad.

—¿Dónde has visto la luz?

—En la logia de los Humanitarios de Laon.

—¿Qué edad tienes?

—Cinco años.

Y el joven hizo una señal, indicando que era compañero en la

francmasonería.

—¿Por qué deseas ascender un grado y ser admitido entre nosotros?

—Porque es de la esencia del hombre aspirar a las alturas, atendido que en estas el aire es más puro y la luz más brillante.

—¿Tienes modelo?

—El filósofo de Ginebra, el hombre de la naturaleza, el inmortal Rousseau.

—¿Tienes padrinos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos.

—¿Quiénes son?

—Robespierre mayor y Robespierre

joven.

—¿Con qué sentimiento avanzarás tú por la vía que ahora quieres seguir?

—Con la fe.

—¿Adónde llegarán Francia y el mundo por esa vía?

—Francia a la libertad, y el mundo a la emancipación.

—¿Qué darías para que Francia y el mundo consiguieran su objeto?

—Mi vida, única cosa que poseo, por haber dado mis bienes.

—¿Conque comprometes, en la medida de tu fuerza y de tu decoro, a impulsar todo cuanto te rodea en esa vía de libertad y de emancipación?

—Marcharé y haré marchar todo cuanto me rodea en esta vía.

—¿De modo que en la medida de tu fuerza y de tu poder, derribarás todo obstáculo que encuentres en tu camino?

—Así lo haré.

—¿Estás libre de todo compromiso, y si contrajeses alguno lo romperías si fuese contrario a las promesas que acabas de hacer?

—Soy libre.

El presidente se volvió hacia los seis enmascarados.

—Hermanos —les-dijo—, ¿habéis oído?

—Sí —contestaron a la vez los seis

individuos del círculo supremo.

—¿Ha dicho la verdad?

—Sí.

—¿Opináis que se le debe admitir?

—Sí —contestaron por tercera vez.

—¿Estás dispuesto a jurar? —
preguntó el presidente al adepto.

—Sí —contestó Saint Just.

Entonces, palabra por palabra, el presidente repitió, en su triple período, el mismo juramento que había dictado a Billot, y a cada pausa del presidente, Saint Just contestó con su voz firme y dura:

—¡Juro!

Prestado el juramento, la misma

puerta se abrió por una mano invisible, y con el mismo paso rígido y automático que había entrado, Saint Just se retiró sin dejar evidentemente tras sí ni duda ni sentimiento.

El presidente esperó a que la puerta de la cripta se hubiese cerrado, y dijo en voz alta:

—¡El número 3!

El tapiz se levantó por segunda vez y presentóse el tercer adepto.

Según hemos dicho ya, era hombre de unos cuarenta años, que manifestaba en toda su persona, a pesar de ciertos caracteres vulgares, cierto aire aristocrático, con el que se mezclaban

un no sé qué de anglomanía visible a la primera mirada.

Su traje, aunque elegante, revelaba un poco de esa severidad que se comenzaba a mostrar en Francia, y cuyo verdadero origen estaba en las relaciones que acabábamos de tener con América.

Su andar, sin ser vacilante, no era tan firme como el de Billot ni tan rígido como el de Saint Just.

Pero lo mismo en su paso que en todos sus modales, reconocíase cierta vacilación que al parecer le era natural.

—Acércate —dijo el presidente.

El candidato obedeció.

—¿Cuál era tu nombre entre los profanos?

—Luis Felipe José, duque de Orleáns.

—¿Y cuál es tu nombre entre los elegidos?

—Igualdad.

—¿Dónde has visto la luz?

—En la logia de los Hombres Libres de París.

—¿Qué edad tienes?

—No tengo edad.

Y el duque hizo una señal masónica, indicando que estaba revestido de la dignidad de rosacruz.

—¿Por qué deseas ser recibido entre

nosotros?

—Porque habiendo vivido siempre entre los grandes, deseo vivir al fin entre los hombres; porque habiendo vivido siempre entre enemigos, deseo vivir al fin entre hermanos...

—¿Tienes padrinos?

—Dos.

—¿Cómo los llamas?

—Al uno, disgusto, y al otro, odio.

—¿Con qué deseo avanzarás por la vía que quieres seguir?

—Con el deseo de vengarme.

—¿De quién?

—Del que me ha desconocido, del que me ha humillado.

—¿Qué darías para conseguir tu objeto?

—¡Mi fortuna, mi vida, y más que esta, mi honor!

—¿Estás libre de todo compromiso, o si has contraído alguno que fuese contrario a las promesas que acabas de hacer, estás dispuesto a romperle?

—Desde ayer han quedado rotos todos mis compromisos.

—¿Habéis oído, hermanos? — preguntó el presidente volviéndose hacia los enmascarados.

—Sí.

—¿Conocéis al que se presenta para trabajar en la obra con nosotros?

—Sí.

—Y conociéndole, ¿sois de parecer que se le admita?

—Sí; pero que jure.

—¿Conoces el juramento que debes pronunciar? —preguntó el presidente al príncipe.

—No; pero decídmelo, y sea cual fuere, le repetiré.

—Es terrible, sobre todo para ti.

—No lo será más que los ultrajes recibidos.

—Lo es tanto —añadió el presidente —, que te dejaremos en libertad de retirarle si dudas en cumplirla con toda su rigidez.

—Dictadle.

El presidente fijó en el adepto una mirada penetrante, y después, como si hubiese querido prepararle poco a poco a la sangrienta promesa, invirtió el orden de los párrafos, comenzando por el segundo en vez de hacerlo por el primero.

—Jura —dijo—, honrar el hierro, el veneno y el fuego, como medios seguros, rápidos y necesarios para purgar el mundo, por la muerte, de aquellos que tratan de envilecer la verdad o de arrancarla de nuestras manos.

—¡Juro! —contestó el príncipe con voz firme.

—Jura —continuó el presidente—, romper los lazos carnales que te unen todavía con padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, parientes, amigos, querida, reyes, bienhechores y toda persona cualquiera a quien hayas prometido fe, obediencia, agradecimiento o servicio.

El duque permaneció un instante mudo, y se pudo ver cómo goteaba el sudor de su frente.

—Ya te lo había dicho —dijo el presidente.

Pero en vez de contestar simplemente «Juro», como lo hizo en el otro párrafo, el duque, cual si hubiera

querido privarse de todo medio de retroceder, repitió con voz sombría:

—Juro romper los lazos carnales que me unen aún con padre, madre, hermanos, esposa, parientes, amigos, querida, reyes, bienhechores, y cualquiera otra persona a quien hubiera prometido fe, obediencia, agradecimiento o servicio.

El presidente se volvió hacia los hombres enmascarados, que se miraban entre sí, y viéronse brillar sus ojos como relámpagos a través de las aberturas de sus caretas. El presidente se volvió hacia el príncipe.

—Luis Felipe José, duque de

Orleáns, a partir de este instante quedas relevado del juramento hecho a la patria y a las leyes; pero no olvides una cosa, y es que si nos vendes, el rayo no te herirá tan pronto, donde quiera que te halles, como el cuchillo invisible e inevitable. Y ahora, vive en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y con la mano, el presidente mostró al príncipe la puerta de la cripta, que se abrió delante de él.

El duque, como hombre que acaba de librarse de un peso que le agobiaba, se pasó la mano por la frente, respiró con fuerza y precipitóse en la cripta, exclamando:

—¡Ah! ¡Por fin me vengaré!...

Capítulo LXXII

INFORME

Una vez solos, el presidente y los seis enmascarados cruzaron algunas palabras en voz baja, y después Cagliostro gritó:

—¡Qué se introduzca a todo el mundo; estoy dispuesto a rendir cuentas!

En el mismo instante la puerta se abrió, y los individuos de la asociación, que se paseaban de dos en dos en la cripta o hablaban en grupos, fueron

introducidos, quedando así de nuevo llena la sala de sesiones.

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás del último afiliado, Cagliostro, extendiendo la mano como hombre que conoce el valor del tiempo y no quiere perder un segundo, dijo en voz alta:

—Hermanos, algunos de vosotros se hallaban tal vez en una reunión que se celebró, veinte años hace, a cinco millas de las orillas del Rhin y a dos del pueblo de Danenfels, en una de las grutas del monte Trueno; si algunos de vosotros asistíais, que levanten la mano esos venerables auxiliares de la gran causa que hemos abrazado, y que digan:

«Yo estaba».

Cinco a seis manos se elevaron entre la multitud, agitándose sobre las cabezas.

Al mismo tiempo cinco o seis voces repitieron, como lo había solicitado el presidente:

—¡Yo estaba!

—Bien, esto es todo cuanto se necesita —dijo el orador— los demás han muerto o se hallan dispersos en la superficie del globo y trabajan en la obra común, obra santa, puesto que es la de la humanidad entera. Veinte años hace que esta obra, que vamos a continuar en sus diversos períodos,

apenas se había comenzado; entonces el día que nos ilumina se hallaba poco más que en su oriente, y las más seguras miradas no veían el porvenir sino a través de la nube que solamente los ojos de los elegidos pueden penetrar. En aquella reunión expliqué por qué milagro la muerte, que no es otra cosa para el hombre sino el olvido de los tiempos y de los acontecimientos pasados, no existía para mí, o más bien, hacía veinte siglos que me había echado treinta y dos veces en la tumba, sin que los diferentes cuerpos herederos efimeros de mi alma inmortal hubieran sufrido este olvido que, como ya os he

dicho, es la única muerte verdadera. Por lo tanto, he podido seguir, a través de los siglos, el desarrollo de la palabra de Jesucristo, ver los pueblos pasar, poco a poco, pero con seguridad, desde la esclavitud a la servidumbre, y desde esta a ese estado de aspiración que precede a la libertad. Así como las estrellas de la noche, que se apresuran, y que antes de ponerse el sol brillan ya en el cielo, hemos visto sucesivamente varios reducidos pueblos de nuestra Europa ensayar la libertad: Roma, Venecia, Florencia, Suiza, Génova, Pisa, Luca y Arezza, estas ciudades del Mediodía, donde las flores se abren más

pronto y donde los frutos maduran antes, hicieron unas después de otros ensayos de repúblicas, dos o tres de las cuales sobrevivieron en su tiempo y arrastran aún hoy la alianza de los reyes; pero todas esas repúblicas estaban y están todavía manchadas por el pecado original; las unas son aristocráticas, las otras oligárquicas, y las demás despóticas. Génova, por ejemplo, una de las que sobreviven, es marquesa, y los simples ciudadanos son todos nobles allí hasta más allá de sus murallas. Solamente Suiza tiene algunas instituciones democráticas; pero sus imperceptibles cantones, perdidos en

medio de sus montañas, no son ningún ejemplo ni prestan socorro alguno al género humano. ¡No era eso, de consiguiente, lo que nos hacía falta; necesitábamos un gran país que no recibiese el impulso, pero que le diera; un sistema de ruedas inmenso en el que engranase la Europa, un planeta que al inflamarse pudiera iluminar el mundo!...

Un murmullo de aprobación circuló por la Asamblea, y Cagliostro continuó con aire inspirado:

—Interrogué a Dios, creador de toda cosa y de todo movimiento, para conocer el origen del progreso, y vi que me señalaba la Francia. En efecto,

Francia católica desde el siglo II, nacional desde el siglo XI, y unitaria desde el siglo XVI, Francia, que el Señor mismo tituló su hija primogénita —sin duda para tener el derecho, en las horas de los grandes acontecimientos, para ponerla en la cruz de la humanidad, como hizo con Jesús—, Francia, después de haber usado todas las formas de gobierno monárquico, feudalismo, señorío y aristocracia, Francia nos pareció la más apta para sufrir nuestra influencia, y nos decidimos, guiados por el rayo celeste, como los israelitas por la columna de fuego, nos decidimos a que Francia fuera la primera nación

libre. Ved lo que era este país veinte años hace y observaréis que había en él mucha audacia, o, más bien, una fe sublime para emprender semejante obra. La Francia de hace veinte años estaba aún entre las manos débiles de Luis XV, mientras que en la de Luis XIV, ese gran reino aristocrático, todos los derechos eran de los nobles y todos los privilegios de los ricos. A la cabeza de ese Estado hallábase un hombre que representaba a la vez lo que hay de más alto y de más bajo, de más grande y de más pequeño: Dios y el pueblo; con una sola palabra podía haceros rico o pobre, feliz o desgraciado, libre o cautivo y

dejaros vivir o daros muerte; aquel hombre tenía tres nietos, tres jóvenes príncipes, y estos debían sucederle. La casualidad quiso que aquel que estaba designado por la naturaleza para sucederle fuese también el que deseaba la opinión pública; decíase que era bueno, justo, íntegro, desinteresado e instruido, casi filósofo. A fin de concluir para siempre con las desastrosas guerras encendidas en Europa por la fatal sucesión de Carlos II, se acababa de elegir para él, como esposa, a la hija de María Teresa; de este modo, las dos grandes naciones que son el verdadero contrapeso de Europa, Francia a orillas

del océano Atlántico, y Austria a orillas del mar Negro, iban a quedar indisolublemente unidas, y esto se había calculado por María Teresa, la primera cabeza política de Europa. Aquel momento cuando Francia, con el apoyo de Austria, de Italia y de España, iba a entrar en un reinado nuevo y apetecido, fue el que nosotros elegimos, no para hacer de Francia el primero de los reinos, sino de los franceses el primero de los pueblos; pero se preguntó quién se atrevería a penetrar en aquel antro del león, qué Teseo cristiano, guiado por la luz de la fe, recorrería en inmenso laberinto, arrostrando el minotauro.

Entonces contesté: «¡Yo!». Y como algunos hombres ardientes, algunos caracteres inquietos preguntaran cuánto tiempo necesitaría para realizar la primera parte de mi obra, que yo acababa de dividir en tres períodos, pedí veinte años. Algunos protestaron; pero comprendedlo bien: los hombres eran esclavos o siervos desde hacía veinte siglos, y pareció mucho que yo pidiera veinte años para que los hombres fueran libres.

Cagliostro paseó un instante su mirada por la Asamblea, en la que sus últimas palabras acababan de excitar sonrisas irónicas.

Después continuó:

—Por fin obtuve esos veinte años; di a nuestros hermanos la famosa divisa *Lilia pedibus destrue*^[27], y puse manos a la obra, invitando a todos a seguir mi ejemplo. Entré en Francia a la sombra de los arcos triunfales; los laureles y las rosas llenaban el camino de flores y de follajes desde Estrasburgo a París, y todos gritaban: «¡Viva la delfina, viva la futura Reina!». Toda la esperanza del reino se cifraba en la fecundidad del himeneo salvador. Ahora bien, yo no quiero atribuirme la gloria de las iniciativas ni el mérito de los acontecimientos; pero Dios estaba

conmigo y permitió que yo viese la mano divina que tenía las riendas de su carro de fuego. ¡Dios sea loado! Aparté las piedras del camino, eché un puente sobre los ríos, colmé los precipicios y el carro pudo rodar; he aquí todo. Ved, hermanos, ahora, lo que se ha hecho en veinte años:

«Los parlamentos suprimidos.

»Luis XV, el Bien Amado, muerto en medio del desprecio general.

»La Reina estéril siete años, al cabo de los cuales dio a luz niños de legitimidad dudosa, por lo cual se la censuró como madre al nacer el delfín, quedando después deshonorada en el

asunto del collar.

»El Rey, consagrado bajo el título de Luis el Deseado, impotente en política como en amor, impelido de utopías en utopías hasta la ruina, y de ministro en ministro hasta el señor de Calonne.

»La Asamblea de los notables reunida y decretando los estados generales.

»Estos últimos, elegidos por sufragio universal, declarándose Asamblea.

»La nobleza y el clero vencidos por el tercer estado.

»La Bastilla tomada.

»Las tropas extranjeras expulsadas

de París y de Versalles.

»La noche del 4 de agosto mostrando a la aristocracia el vacío de la nobleza.

»El 5 y el 6 de octubre señalando al Rey y a la Reina el vacío de la monarquía.

»El 14 de julio de 1790 mostrando al mundo la unidad de Francia.

»Los príncipes sin popularidad por su emigración.

»El hermano mayor del Rey desacreditado por el proceso de Favras.

»Y, en fin, la Constitución jurada sobre el altar de la Patria; el presidente de la Asamblea nacional sentado en un trono semejante al del Rey; la ley y la

nación sobre ellos; y la Europa atenta, inclinándose hacia nosotros, callada y esperando».

—Hermanos, ¿no es ahora Francia lo que dije que sería, es decir, la rueda en la cual se engranará Europa, el sol que iluminará el mundo?

—¡Sí, sí, sí! —gritaron todas las voces.

—Pues ahora, hermanos —siguió Cagliostro—, ¿creéis bastante adelantada la obra para que se pueda abandonar a sí propia? ¿Creéis que la Constitución jurada se puede fiar del juramento real?

—¡No, no, no!

—Pues entonces —dijo Cagliostro —, lo que se ha de comenzar es el segundo período revolucionario de la gran obra democrática. Vuestros ojos, como los míos, ven con alegría que la federación de 1790 no es un objeto, sino un acto, sea; después, de este y de haber descansado, la corte ha proseguido su obra de contrarrevolución, y nosotros debemos continuar nuestra marcha. Sin duda que para los corazones tímidos habrá muchas horas de inquietud y desfallecimiento; con frecuencia el rayo de luz que nos ilumina parecerá extinguirse, y se creará que la mano que nos guía nos abandona. Más de una vez,

durante este largo período que nos falta recorrer, se pensará que la partida se ha comprometido, o que se pierde por algún accidente imprevisto, y parecerá que todo está contra nosotros. Las circunstancias desfavorables, el triunfo de nuestros enemigos, la ingratitud de nuestros conciudadanos, son cosas que inducirán a muchos de los más concienzudos tal vez a preguntarse si han tomado mal camino después de tantas fatigas y de tanta impotencia aparente. ¡No, hermanos, no! Os lo digo ahora, y que mis palabras resuenen a vuestro oído eternamente; en la victoria, como en la derrota, los pueblos

conductores tienen su misión santa, la cual deben llevar a cabo providencial o fatalmente; el Señor que los guía tiene sus miras misteriosas, las que no revelan a nuestros ojos sino en el esplendor de su realización; con frecuencia una nube le oculta a nuestras miradas, y se cree que no existe; y a menudo una idea retrocede pareciendo que emprende la retirada cuando, por el contrario, así como esos antiguos caballeros de los torneos de la Edad Media, toma campo para enristrar de nuevo su lanza y precipitarse otra vez contra sus adversarios más ardientes que nunca. ¡Hermanos, hermanos! El objeto que nos

proponemos y a que nos dirigimos es el faro encendido en la alta montaña; durante el camino, veinte veces los accidentes del terreno nos le harán perder de vista y se creará que está apagado; entonces los débiles murmuran, se quejan y detiénense, diciendo: «No tenemos ya nada que nos guíe; andamos a oscuras, y más vale permanecer donde estamos que no perdernos». Pero los fuertes continúan risueños y confiados su camino, y muy pronto el faro reaparece para desaparecer de nuevo y dejarse ver otra vez, pero siempre más visible y más brillante, porque está más próximo. Así

es como, luchando, perseverando, y sobre todo creyendo, los elegidos llegarán al pie del faro salvador, cuya luz debe iluminar algún día, no solamente a Francia, sino también a todos los pueblos. Juremos, pues, hermanos, juremos por nosotros y por nuestros descendientes, pues a veces la idea o el principio eterno necesitan para su servicio varias generaciones; juremos por nosotros y nuestros descendientes; no nos detengamos hasta que hayamos establecido en toda la tierra esa divisa de Jesucristo, de la que ya hemos conquistado casi la primera parte: ¡Libertad, igualdad, fraternidad!

Estas palabras de Cagliostro fueron seguidas de una ruidosa aprobación; pero en medio de los gritos y de los *bravos* que caían sobre el entusiasmo general como esas gotas de agua heladas que desde la bóveda de una roca húmeda caen sobre una frente bañada en sudor, oyéronse otras pronunciadas con tono acre y mordaz:

—Sí, juremos; pero antes explícanos cómo comprendes esas tres palabras, a fin de que nosotros, tus simples apóstoles, podamos explicarlas después.

Una penetrante mirada de Cagliostro examinó la multitud, y como el rayo de un espejo fue a iluminar el pálido rostro

del diputado por Arras.

—¡Sea! —contestó—. ¡Escucha, Maximiliano!

Y alzando a la vez la mano y la voz para dirigirse a la multitud, dijo:

—¡Escuchad todos vosotros!

Capítulo LXXIII

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

En la Asamblea siguió uno de esos silencios solemnes que dan la medida de la importancia que tiene lo que se ha de oír.

—Sí, razón se tiene al preguntarme qué son la libertad, la igualdad y la fraternidad, y yo voy a decíroslo. Comencemos, pero ante todo, hermanos,

no confundáis esta con la independencia; no son dos hermanas que se asemejan, sino dos enemigas que se odian. Casi todos los pueblos que habitan en países montañosos son independientes; pero yo no sé si se puede decir que sólo uno, excepto Suiza, es verdaderamente libre. Nadie negará que Calabria, Córcega y Escocia no son independientes, y nadie se atreverá a decir que son libres. Si el calabrés se ve contrariado en su capricho, si el corso ve atacado su honor y el escocés sus intereses, el primero, que no puede apelar a la justicia porque no la hay en un pueblo oprimido, apela a su cuchillo, el

segundo a su puñal y el tercero a su *dirk* (daga); hiere, su enemigo cae, y queda vengado; allí tiene la montaña que le ofrece un asilo, y a falta de la libertad, invocada inútilmente por el hombre de las ciudades, encuentra la independencia de las cavernas profundas, de los grandes bosques, de las altas cimas, es decir, la independencia de la zorra, de la gamuza y del águila. Pero estos animales impasibles, invariables, espectadores indiferentes del gran drama humano que se desarrolla a sus ojos, se ven reducidos al instinto y condenados a la soledad; las civilizaciones primitivas, antiguas, maternas, por decirlo así, las

civilizaciones de la India, del Egipto, de Eturia y del Asia Menor, de Grecia y del Lacio, reuniendo sus ciencias, sus religiones, sus artes y sus poesías como en un haz de luces que han sacudido sobre el mundo para iluminar en su cuna y en sus desarrollos la civilización moderna, han dejado a las zorras en sus guaridas, a las gamuzas en sus cumbres y a las águilas en sus altas regiones. Para ellos, en efecto, el tiempo pasa, pero sin medida; para ellos las ciencias florecen, pero sin progreso; para ellos las naciones nacen, se engrandecen y caen, pero no hay enseñanza. Es que la Providencia ha limitado el círculo de

sus facultades al instinto de conservación del individuo, mientras que Dios ha dado al hombre la inteligencia del bien y del mal, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, el horror al aislamiento y el amor a la sociedad. He aquí por qué el hombre nacido solitario como la zorra, salvaje como la gamuza y aislado como el águila, se ha reunido en familias, aglomerado en tribus y constituido en pueblos. Es que, como os decía, hermanos, el individuo que se aísla no tiene derecho más que a la independencia, mientras que, por el contrario, los hombres que se reúnen

tienen derecho a la libertad.

LIBERTAD

«No es una sustancia primitiva y única como el oro; es una flor, un fruto, un arte, un producto, en fin; es preciso cultivarla para que florezca y madure. La libertad es el derecho de hacer, en beneficio de su interés propio, de su satisfacción, de su bienestar, de su recreo y de su gloria, todo lo que no perjudica al interés de los demás; es el abandono de una parte de la independencia

individual para hacer un fondo de libertad general, de la que cada uno puede tomar a su vez y con medida igual. La libertad, en fin, es más que todo eso, es la obligación contraída a la faz del mundo de no estrechar la suma de luces, de progreso y de privilegios que se han conquistado en el círculo egoísta de un pueblo, de una nación o de una raza, sino, por el contrario, difundirlos a manos llenas, bien sea como individuo o como sociedad, cada vez que un hombre pobre o

una sociedad indigente os pidan que compartáis vuestro tesoro con ella. Y no temáis agotar ese tesoro, porque la libertad tiene el privilegio divino de multiplicarse por la prodigalidad misma, semejante a esa urna de los grandes ríos que bañan la tierra, y que está tanto más llena en su fuente cuanto más abundantes son en su desembocadura. He aquí lo que es la libertad: un maná celeste a que todos tienen derecho, y que el pueblo elegido para que caiga debe compartir

con cualquiera otro que reclame su parte. Tal es la libertad como yo la entiendo —continuó Cagliostro, sin dignarse contestar siquiera directamente al que le había interpelado—. Pasemos a la igualdad».

Un inmenso murmullo de aprobación se elevaba hasta las bóvedas, haciendo al orador esa caricia, la más dulce de todas, si no para el corazón, al menos para el orgullo del hombre, que se llama popularidad.

Pero él, como acostumbrado a estas ovaciones humanas, extendió la mano

para reclamar silencio.

—Hermanos —dijo—, las horas pasan, el tiempo es precioso, y cada minuto aprovechado por los enemigos de nuestra santa causa, abre un abismo bajo nuestros pies u opone un obstáculo en nuestro camino. Dejadme, pues, deciros lo que es la igualdad, como os he dicho lo que es la libertad.

Todos se hicieron seña de callar y siguió un silencio profundo, en medio del cual la voz de Cagliostro se elevó clara y sonora.

—Hermanos —dijo—, no os hago la injuria de creer que ninguno de vosotros, al oír la seductora palabra «igualdad»

haya comprendido ni por un instante la de la materia ni la de la inteligencia, no; bien sabéis que una y otra igualdad repugnan a la verdadera filosofía, y que la misma Naturaleza ha resuelto esta gran cuestión colocando el hisopo junto a la encina, la colina junto a la montaña, el arroyo cerca del río, el lago próximo al océano y la estupidez junto al genio. Todos los decretos del mundo no harán bajar ni un palmo el Chimborazo, el Himalaya o el Mont Blanc, y todos los decretos de una asamblea de hombres no podrán apagar la llama que corona la frente de Homero, del Dante y de Shakespeare. Nadie ha podido tener la

idea de que la igualdad sancionada por la ley sería la igualdad material y física; que desde el día en que se inscribiera en las tablas de la constitución, las generaciones tendrían la estatura de Goliath, el valor del Cid o el genio de Voltaire, no; individuos y multitudes hemos comprendido perfectamente y debemos comprender muy bien que se trata pura y simplemente de la igualdad social. Ahora bien, hermanos, ¿qué es la igualdad social?

LA IGUALDAD

«Es la abolición de todos los privilegios transmisibles; el

libre acceso a todos los empleos, a todos los grados y a todas las categorías; la recompensa concedida al mérito, al genio, a la virtud, y no ya el patrimonio de una casta, de una familia o de una raza; por eso el trono, suponiendo que se conserve, no es, o mejor dicho, no será sino un puesto más elevado, al que podrá llegar el más digno; mientras que en los grados inferiores y según sus méritos, se detendrán aquellos que sean dignos de los puestos

secundarios, sin que nadie se inquiete un instante, al verles llegar, por los reyes, ministros, consejeros, generales o jueces, sea cual fuere la procedencia de los favorecidos. De este modo, monarquía o magistratura, trono de monarca o sillón de presidente, no serán ya patrimonio de la herencia en la raza, habrá Elección. Lo mismo para el consejo que para la guerra y la justicia, no hay privilegios en una raza, Aptitud; y así en las artes como en las ciencias y las letras, no

hay favor, Concurso.

»¡He aquí la igualdad social! Después, a medida que con la educación, no solamente gratuita y puesta al alcance de todos, sino forzosa para todos, las ideas se desarrollen, es preciso que la igualdad suba con ellos, pues en vez de permanecer con los pies en el fango, debe elevarse a las más altas cimas; una gran nación como Francia no debe reconocer más igualdad que la que eleva, no la que rebaja, porque esta no es la de Titán,

*sino la del bandido; no es ya la
capa caucásica de Prometeo^[28],
sino el lecho de Procusto^[29].
¡He aquí la igualdad!».*

Era imposible que semejante definición no obtuviese los sufragios en una sociedad de hombres de espíritu elevado y de corazón ambicioso, en la que cada cual, salvo algunas raras excepciones de modestia, debía haber naturalmente en su vecino uno de los grados de su elevación futura. Por eso estallaron los aplausos, demostrando que los mismos —y contábanse algunos en la Asamblea que debían, en el

momento de la práctica, hacer la igualdad de otra manera que Cagliostro — aceptábanla, sin embargo, en aquella hora tal como la explicaba el poderoso genio del jefe extraño que habían elegido.

Pero Cagliostro, más ardiente, más iluminado a medida que la cuestión se desarrollaba, reclamó silencio y continuó con una voz en que era imposible reconocer la menor fatiga o notar la más ligera vacilación.

—Hermanos —dijo—, ya hemos llegado a la tercera palabra de la divisa, la que los hombres tardarán más en comprender, y que sin duda por esta

razón el gran civilizador colocó en último lugar. Hermanos, ahora llegamos a la fraternidad.

LA FRATERNIDAD

«¡Oh!, ¡gran palabra si se comprende bien! ¡Palabra sublime si se explica como es debido! Dios me libre de decir que tendrá mal corazón aquel que, habiendo medido mal la altura de esta palabra, la tome en su estrecha acepción para aplicarla a los habitantes de un pueblo o de una ciudad, a los hombres de un reino... No,

hermanos, el que tal hiciera sería tan sólo un pobre de espíritu. Compadezcamos a los que se hallan en este caso, y procuremos sacudir las sandalias de plomo de la medianía, desplegando nuestras alas para elevarnos sobre las ideas vulgares. Cuando Satanás quiso tentar a Jesús, le trasladó a la más alta montaña del mundo, desde cuya cima podía mostrarle todos los reinos de la tierra, y no a la torre de Nazaret, desde la cual no era posible enseñarle más que

algunos pobres pueblos de la Judea. Hermanos, no es a una ciudad, ni a un reino, a lo que se ha de aplicar la fraternidad, sino al mundo entero. Hermanos, día vendrá en que esta palabra que nos parece sagrada, la patria, en que la palabra que nos parece santa, la nacionalidad, desaparecerán como esos telones de teatro que tan sólo se corren provisionalmente para que los pintores y los maquinistas tengan tiempo de preparar las perspectivas infinitas de los

horizontes inconmensurables. Hermanos, día vendrá en que los hombres que han conquistado ya la tierra y el agua conquistarán también el fuego y el aire, y entonces engancharán corceles de llama, no sólo al pensamiento, sino también a la materia; en que los vientos, que no son hoy otra cosa sino los correos indisciplinados de la tempestad, serán mensajeros inteligentes y dóciles de la civilización. Hermanos, día vendrá, en fin, en que los pueblos, gracias a

esas comunicaciones terrestres y aéreas contra las cuales los reyes serán impotentes, comprenderán que están unidos unos con otros por la solidaridad de los dolores pasados; que esos reyes que les pusieron las armas en la mano para aniquilarse entre sí, les han conducido, no a la gloria, como ellos les decían, sino al fraticidio, y que en adelante deberán dar cuenta a la posteridad de cada gota de sangre salida del cuerpo, del miembro más ínfimo de la gran

familia humana. Entonces, hermanos, presenciareis un espectáculo magnífico desarrollándose a la faz del Señor; toda frontera ideal desaparecerá, todo límite ficticio quedará borrado; los ríos no serán ya un obstáculo, ni las montañas un impedimento; desde un lado a otro de los ríos los pueblos se darán la mano, y en toda cumbre alta se erigirá un altar, el de la fraternidad. ¡Hermanos, hermanos! Yo os digo que esta es la verdadera fraternidad del

apóstol. Jesucristo no ha muerto para redimir tan sólo a los nazarenos, sino a todos los pueblos de la tierra. De las tres palabras, libertad, igualdad y fraternidad, no hagáis tan sólo la divisa de Francia; inscribirlas en el lábaro^[30] de la humanidad como divisa del mundo... Y ahora, marchad, hermanos, porque vuestra tarea es grande; tanto, que si pasáis por algún valle de lágrimas o de sangre, vuestros descendientes os envidiarán la misión santa que habréis

cumplido, y así como esos cruzados que se sucedían siempre más numerosos en los caminos que conducían a los santos lugares, no se detendrán, aunque muy a menudo no encuentren en su camino más que las osamentas blanqueadas de sus padres... ¡Valor, pues, apóstoles; valor, peregrinos; valor, soldados!... ¡Apóstoles, convertid; peregrinos, marchad; soldados, luchad!».

Cagliostro se detuvo, pero si no lo hubiese hecho, los aplausos, los bravos

y los gritos de entusiasmo le habrían interrumpido.

Tres veces se extinguieron y otras tantas resonaron de nuevo retumbando bajo las bóvedas de la cripta como una tempestad subterránea.

Entonces los seis hombres enmascarados, inclinándose uno tras otro ante él, besáronle la mano, y se retiraron.

Después, todos los hermanos, inclinándose también ante aquel estrado, donde, cual otro Pedro el Ermitaño, el nuevo apóstol acababa de predicar la cruzada de la libertad, pasaron repitiendo la divisa fatal: *Lilia pedibus*

destrue.

Al salir el último, la lámpara se apagó.

Y Cagliostro quedó solo, sepultado en las entrañas de la tierra, perdido en el silencio y la oscuridad, semejante a esos dioses de la India en cuyos misterios pretendía haber sido iniciado dos mil años antes.

Capítulo LXXIV

LAS MUJERES Y LAS FLORES

Algunos meses después de los acontecimientos que acachamos de referir, hacia fines de marzo de 1791, un coche, corriendo rápidamente por el camino de Argenteuil a Besons, hacía un rodeo a medio cuarto de legua de la ciudad y avanzaba hacia el castillo del Marais, cuya verja estaba abierta, deteniéndose luego cerca del primer

escalón del pórtico.

El reloj colocado en el frontis del edificio señalaba las ocho de la mañana.

Un criado viejo, que parecía esperar con impaciencia la llegada del coche, se precipitó hacia la portezuela para abrirla, y un hombre con un traje completamente negro se lanzó a la escalinata.

—¡Ah!, señor Gilberto —exclamó el criado—, al fin llegáis.

—Pues ¿qué ocurre, mi buen Teisch?

—¡Ah! Ahora lo veréis, caballero —contestó el criado.

Y precediendo al doctor le hizo atravesar la sala de billar, cuyas

lámparas, encendidas sin duda a una hora muy avanzada de la noche, ardían aún, mientras que en el comedor, la mesa cubierta de flores, de botellas destapadas, de frutas y de pasteles, indicaba una cena que se había prolongado más allá de las horas acostumbradas.

Gilberto dirigió una mirada dolorosa sobre toda aquella escena de desorden, que probaba hasta qué punto se habían descuidado sus prescripciones; después, encogiéndose de hombros con un suspiro, subió la escalera que conducía a la habitación de Mirabeau, situada en el primer piso.

—Señor conde —dijo el criado penetrando el primero en aquella habitación—, aquí está el doctor Gilberto.

—¿Cómo el doctor? —preguntó Mirabeau—. ¿Se le ha enviado a buscar para semejante bagatela?

—¡Bagatelas! —murmuró el pobre Teisch—; juzgad vos mismo, señor doctor.

—¡Oh, amigo mío! —dijo Mirabeau incorporándose en el lecho—, creed que siento mucho que os hayan molestado sin consultarme.

—Por lo tanto, querido conde, no es nunca una molestia proporcionarme la

ocasión de veros; ya sabéis que yo no ejerzo sino para algunos amigos, y a estos les pertenezco del todo. Veamos qué ha ocurrido, y sobre todo, que no haya secreto para la facultad. Teisch, descorred los cortinajes y abrid las ventanas.

Ejecutada esta orden, la luz invadió la habitación de Mirabeau hasta en la penumbra, y el doctor pudo ver el cambio que se había producido en la persona del célebre orador en el espacio de un mes en que no le había visto.

—¡Ah, ah! —exclamó a pesar suyo.

—Sí —dijo Mirabeau—, ya sé que estoy muy cambiado; pero voy a deciros

de qué proviene esto.

Gilberto sonrió con expresión de tristeza; pero como un médico inteligente sabe sacar siempre partido de lo que le dice su enfermo, aunque sea mentira, le dejó hablar.

—Sabéis ya —continuó Mirabeau—, ¿qué cuestión se trataba ayer en la Asamblea?

—Sí; la de las minas.

—Pues bien, es asunto mal conocido aún o poco profundizado, ignorándose hasta ahora los intereses de los propietarios y del gobierno. Por lo demás, el conde Marck, mi amigo íntimo, estaba muy interesado en la

cuestión, pues de esta dependía la mitad de su fortuna; su bolsa, querido doctor, siempre estuvo a mi disposición, y es preciso ser agradecido. Hablé, o mejor dicho, cargué cinco veces, y en la última derroté al enemigo, pero quedando casi extenuado. Sin embargo, al volver a casa quise celebrar la victoria; recibí algunos amigos a cenar, se rio y habló hasta las tres de la madrugada, me acosté después, y a eso de las cinco me sobrecogieron dolores de entrañas que me hicieron gritar como un imbécil. Teisch, que es un cobarde, tuvo miedo y os envió a buscar. Ahora sabéis tanto como yo; ved el pulso y mi lengua; sufro

como un condenado y os ruego que me aliviéis si es posible, pues yo no puedo hacer nada.

Gilberto era demasiado hábil médico para no ver, sin el auxilio de la lengua o del pulso, la gravedad de la situación de Mirabeau. El enfermo estaba a punto de sofocarse, respiraba con dificultad, tenía el rostro hinchado por la detención de la sangre en los pulmones, se quejaba de frío en las extremidades, y de vez en cuando la violencia del dolor le arrancaba un suspiro o un grito.

Sin embargo, el doctor quiso confirmar su opinión casi fija ya, por el

examen del pulso.

Era convulsivo e intermitente.

—Vamos —dijo Gilberto—, por esta vez no será nada, querido conde, mas ya era tiempo.

Y sacó el estuche de su bolsillo con esa rapidez y esa calma que son los caracteres distintivos del verdadero médico.

—¡Ah, ah! —exclamó Mirabeau—. ¿Vais a sangrarme?

—Ahora mismo.

—¿En el brazo derecho o en el izquierdo?

—Ni en uno ni en otro; tenéis ya los pulmones demasiado repletos, y voy a

sangraros en el pie, mientras que Teisch marcha a Argenteuil para traer mostaza y cantáridas, a fin de aplicaros sinapismos. Tomad mi coche, Teisch.

—¡Diablo! —exclamó Mirabeau—, parece, en efecto, que ya era hora de recibir auxilio.

Gilberto, sin contestarle, procedió inmediatamente a la operación, y muy pronto una sangre negra y espesa, después de vacilar un instante, brotó del pie del enfermo. El alivio fue instantáneo.

—¡Ah, pardiez! —dijo Mirabeau, respirando con más desahogo—, decididamente sois un gran hombre,

doctor.

—Y vos un gran loco, conde, para arriesgar así una vida tan preciosa para vuestros amigos y para Francia, tan sólo por algunas horas de placer.

Mirabeau sonrió con melancolía, casi irónicamente.

—¡Bah!, querido doctor —replicó—, exageráis el caso que mis amigos y Francia hacen de mí.

—A fe mía —contestó Gilberto, sonriéndose—, los grandes hombres se quejan siempre de la ingratitud de los demás, y ellos son realmente los ingratos. Estad enfermo de veras, y mañana tendréis a todo París bajo

vuestras ventanas; morid pasado mañana, y toda la Francia asistirá a vuestro entierro.

—¿Sabéis que es muy consolador lo que me decís? —contestó Mirabeau, sonriéndose.

Precisamente porque podéis ver lo uno sin arriesgar lo otro, os digo esto, y a la verdad que necesitáis una gran demostración que levante vuestra moral. Dejadme conduciros a París dentro de dos horas, conde; dejadme decir al primer mozo de cordel que encuentre que estáis enfermo, y ya veréis.

—¿Os parece que puedo ser trasladado a París?

—Hoy mismo, sí... ¿Qué experimentáis?

—Respiro más libremente, mi cabeza se alivia, y la niebla que me parecía tener delante de los ojos desaparece... pero sufro dolores en las entrañas.

—¡Oh! Esto se remediará con los sinapismos, querido conde; la sangría ha producido su efecto, y aquellos han de hacer el suyo... Mirad, precisamente ahí viene Teisch.

En efecto, el criado entró en el mismo instante con los ingredientes pedidos, y un cuarto de hora después el enfermo experimentaba el alivio

anunciado por el doctor.

—Ahora —dijo Gilberto—, os dejo una hora de reposo, y después marcharemos.

—Doctor —dijo Mirabeau, sonriendo—, ¿queréis permitirme no marchar hasta la noche, y daros cita en mi casa de la Chaussée-d'Antin a las once?

El doctor fijó una mirada en Mirabeau, y el enfermo pudo comprender que su médico había adivinado la causa de la dilatación.

—¡Qué queréis! —dijo Mirabeau—; debo recibir una visita.

—Querido conde —repuso Gilberto

—, he visto muchas flores en la mesa del comedor, y sin duda no es tan sólo una cena de amigos lo que habéis dado ayer.

—Ya sabéis que yo no puedo prescindir de las flores, es mi locura.

—Sí; pero las flores van acompañadas, conde.

—¡Diantre! Si la flores me son necesarias, preciso es que sufra *las consecuencias* de esta necesidad.

—¡Conde, conde, acabaréis por mataros! —dijo Gilberto.

—Confesad, doctor, que por lo menos será un suicidio encantador.

—Conde, no me separo de vos en

todo el día.

—Doctor, he dado mi palabra, y supongo que no querréis hacerme faltar a ella.

—¿Estaréis esta noche en París?

—Os he dicho que os esperaré a las once en mi casa de la calle de la Chaussée-d'Antin... ¿La habéis visto ya?

—Aún no.

—Es una adquisición que hice de Julia, la mujer de Taima... En verdad, que me siento del todo bien, doctor.

—Es decir, que me despedís...

—¡Oh, doctor!...

—Por lo demás, hacéis bien, porque

estoy de guardia en las Tullerías.

—¡Ah, ah! —exclamó Mirabeau entristeciéndose—, veréis a la Reina.

—Probablemente. ¿Tenéis algún mensaje para ella?

Mirabeau sonrió con amargura.

—No me tomaré semejante libertad, doctor, y ni siquiera la digáis que me habéis visto. —¿Por qué?

—Porque os preguntará si he salvado la monarquía, como prometí hacerlo, y deberíais contestar negativamente. Por lo demás —añadió—, tanto es culpa mía como suya.

—¿No queréis que la diga que vuestro exceso de trabajo y vuestra

lucha en la tribuna os matan?

Mirabeau reflexionó un instante.

—Sí —contestó—, decid eso, y hasta añadid que me hallo más enfermo de lo que estoy realmente.

—¿Por qué?

—Por nada... por curiosidad, para explicarme alguna cosa...

—Sea.

—¿Me prometéis esto, doctor?

—Os lo prometo.

—¿Y me repetiréis lo que ella haya dicho?

—Sus propias palabras.

—Bien... adiós, doctor, gracias mil veces.

Y alargó la mano a Gilberto.

El doctor miró fijamente a Mirabeau, a quien esta mirada parecía inquietar.

—A propósito —dijo el enfermo—, antes de marcharos, decidme qué prescribís.

—¡Oh! —contestó Gilberto—, bebidas calientes, como chicoria, dieta absoluta, y sobre todo...

—¿Qué?

—Ninguna enfermera que tenga menos de cincuenta años. ¿Comprendéis, conde?

—Doctor —dijo Mirabeau, sonriendo—, antes que faltar a vuestra

prescripción, tomaré dos de veinticinco.

En la puerta, Gilberto encontró a Teisch.

—¡Oh, caballero! —dijo—, ¿por qué os vais?

—Porque me despiden, amigo Teisch —contestó Gilberto riéndose.

—¡Y todo esto por esa mujer! —murmuró el anciano—, y todo porque esa mujer se parece a la Reina... ¡Un hombre de tanto genio, según dicen! ¡Dios mío, habrá mayor estupidez!

Y con esta conclusión abrió la portezuela a Gilberto, que subió al coche muy preocupado, preguntándose en voz baja:

—¿Qué quiere decir al hablar de una mujer que se parece a la Reina?

Durante un momento cogió del brazo a Teisch como para interrogarle; pero díjose en voz baja:

—¿Qué iba yo a hacer? Este es el secreto del señor de Mirabeau y no el mío. ¡Cochero, a París!

Capítulo LXXV

LO QUE HABÍA DICH O EL REY LO QUE HABÍA DICH O LA REINA

Gilberto cumplió escrupulosamente la doble promesa hecha a Mirabeau.

Al entrar en París encontró a Camilo Desmoulins, la gaceta viviente, el diario encamado de la época.

Le anunció la enfermedad de Mirabeau, suponiéndola más grave de lo

que podía llegar a ser si Mirabeau cometía alguna nueva imprudencia; pero que no lo era en aquel momento.

Después fue a las Tullerías y habló de esta enfermedad al Rey.

Luis XVI se contentó con decir:

—¡Ah, ah! ¡Pobre conde! ¿Ha perdido el apetito?

—Sí, señor —contestó Gilberto.

—Pues entonces debe ser cosa grave —dijo el Rey.

Y habló de otra cosa.

Gilberto al salir de la habitación del soberano entró en la de la Reina, a quien repitió la misma cosa que había dicho al Rey.

La frente altiva de la hija de María Teresa se frunció.

—¿Por qué no le hubo de sobrevenir esa enfermedad en la mañana del día en que pronunció su gran discurso sobre la bandera tricolor? —exclamó.

Y como se arrepintiese de haber dejado escapar delante de Gilberto la expresión de su odio a ese emblema de la nacionalidad francesa, añadió:

—No obstante, sería una desgracia para Francia y para nosotros que esa indisposición progresase.

—Creía haber tenido el honor de decir a la Reina —repitió Gilberto—, que era más que una indisposición, que

era una enfermedad.

—Que conseguiréis dominar, doctor
—replicó la Reina.

—Haré todo lo posible, señora; pero
no respondo.

—Doctor —repuso la Reina—,
espero de vos que me daréis noticias del
señor de Mirabeau.

Y habló de otra cosa.

Por la noche, a la hora señalada,
Gilberto subía la escalera de la
habitación de Mirabeau.

Este último le esperaba recostado en
una otomana; pero como le habían hecho
esperar algunos instantes en el salón,
bajo pretexto de avisar al conde su

presencia, el doctor paseó una mirada en torno suyo al entrar, y sus ojos se fijaron en un chal de cachemira olvidado en un sillón.

Pero bien fuese para distraer la atención de Gilberto, o porque daba gran importancia a la cuestión que debía seguirse, Mirabeau comenzó por decir:

—¡Ah, sois vos! He sabido que habíais cumplido una parte de vuestra promesa; París sabe ya que estoy enfermo, y el pobre Teisch no ha dejado de dar noticias sobre mi salud a mis amigos de diez en diez minutos desde hace dos horas. Los que me quieren vienen a ver si estoy mejor, y tal vez mis

enemigos desean averiguar si estoy peor. He aquí lo que hay para la primera parte. ¿Habéis sido tan fiel respecto a la segunda?

—¿Qué querés decir? —preguntó Gilberto sonriendo.

—Bien lo sabéis.

El doctor se encogió de hombros en señal de negativa.

—¿Habéis estado en las Tullerías?

—Sí.

—¿Habéis visto al Rey?

—Sí.

—¿Habéis visto a la Reina?

—Sí.

—Y ¿les habéis anunciado que bien

pronto se verían libres de mí?

—Les he dicho que estabais enfermo.

—Y ¿qué han contestado?

—El Rey preguntó si habíais perdido el apetito.

—¿Y al contestar vos afirmativamente?...

—Os ha compadecido con toda sinceridad.

—¡Buen Rey! El día de su muerte dirá a sus amigos como Leónidas: «Esta noche ceno en casa de Plutón». Pero ¿y la Reina?

—Se ha compadecido de vos también, informándose con interés de

vuestra salud.

—Pero ¿en qué términos, doctor? — preguntó Mirabeau, que evidentemente daba mucho valor a la contestación que esperaba de Gilberto.

—Pues en muy buenos términos — dijo el doctor.

—Me habéis dado palabra de repetirme textualmente lo que os dijera.

—¡Oh!, no podría recordarlo palabra por palabra.

—Doctor, no habéis olvidado ni una sílaba.

—Os juro...

—Doctor, me habéis dado vuestra palabra. ¿Queréis que os trate de

hombre sin fe?

—Sois exigente, conde.

—No puedo remediarlo.

—¿Queréis a toda costa que os repita las palabras de la Reina?

—Una por una.

—Pues bien, he dicho que esa enfermedad debía haber sobrevenido la mañana del día en que defendisteis en la tribuna la bandera tricolor.

Gilberto quería juzgar de la influencia de la Reina sobre Mirabeau.

Este último saltó en su asiento como si le hubieran puesto en contacto con una pila de Volta.

—¡Ingratitud de los reyes! —

murmuró—. ¡Ese discurso ha bastado para hacerle olvidar la lista civil de veinticuatro millones para el Rey, y su viudedad de cuatro para ella! Pero ¿no sabe esa mujer, ignora esa Reina que se trataba de reconquistar de un solo golpe mi popularidad perdida por su causa? ¿No recuerda ya que propuse el aplazamiento de la reunión de Avignon con Francia para sostener los escrúpulos religiosos del Rey? Una falta. ¿Ha olvidado que durante mi presidencia en los Jacobinos, presidencia de tres meses que me quitó diez años de vida, defendí la ley de la guardia nacional limitada a los ciudadanos activos? Otra falta. ¿No

recuerda que en la discusión de la Asamblea del proyecto de la ley sobre juramento de los sacerdotes, pedí que se restringiese aquí a los confesores? ¡Oh! Estas faltas las he pagado muy caras — continuó Mirabeau—, y sin embargo, no son ellas las que me han hecho caer, porque hay épocas extrañas, singulares, anormales, en las que no se cae por las faltas que se cometen. Cierta día, por ellos también, defendí una cuestión de justicia, de humanidad: se censuraba la fuga de las tías del Rey, y se propuso una ley contra la emigración. «¡Si hacéis una ley contra los emigrantes, juro no obedecer jamás!». Y el proyecto se

desechó; por unanimidad. Pues bien, lo que no habían podido hacer mis descalabros, lo consiguió mi triunfo. Me llamaron dictador, me lanzaron a la tribuna por la vía de la cólera, la peor que puede seguir un orador, y triunfé por segunda vez, pero atacando a los Jacobinos. ¡Entonces estos juraron mi muerte, los muy necios! Duport, Lameth y Barnave no ven que si me matan darán la dictadura de su garito a Robespierre. ¡Yo, a quien hubieran debido conservar como a las niñas de sus ojos, he sido anonadado por ellos bajo su estúpida mayoría; han hecho correr por mi frente el sudor de sangre; me han hecho apurar

hasta las heces el cáliz de la amargura, y me han coronado de espinas, en fin, poniéndome la caña entre las manos, para crucificarme por último! Feliz me considero por haber sufrido esta Pasión, como Jesucristo por amor a la humanidad... ¡La bandera tricolor! ¿No ven que es su único refugio; que si quisieran venir leal y públicamente a sentarse a su sombra, esta última les salvaría aún tal vez? Pero la Reina no quiere ser salvada; quiere vengarse y no tiene ninguna idea juiciosa. El medio que yo propongo como el único eficaz, ese es el que ella rechaza sobre todo: ser moderada, justa, y en cuanto sea

posible, tener siempre razón. He querido salvar dos cosas a la vez, la monarquía y la libertad, lucha ingrata en la que combato solo y abandonado. ¿Contra quién? Si fuera contra hombres, no sería nada, ni tampoco contra tigres o leones; pero es contra un elemento, contra el mar, contra las olas que suben, contra la marea que va en aumento. Ayer me cubría los tobillos, hoy me llega a la rodilla, mañana me alcanzará a la cintura, y al otro día pasará sobre mi cabeza... Por eso, doctor, es preciso que os hable con franqueza. Primero me sobrecogió el pesar y después el disgusto; yo había soñado en ser arbitro

entre la Revolución y la monarquía; creía alcanzar ascendiente sobre la Reina como hombre, y como tal correr en su auxilio, y el día en que se aventurase imprudentemente en un río perdiendo pie, lanzarme al agua y salvarla. Pero no; jamás se ha querido utilizar seriamente mis servicios, doctor, y sí tan sólo comprometerme, haciéndome perder mi popularidad, perderme, aniquilarme, y hacerme impotente así para el bien como para el mal. Por eso ahora, lo mejor que puedo hacer, amigo mío, es morirme a tiempo, echarme artísticamente, como el atleta antiguo, alargar el cuello con gracia, y

exhalar el postrer aliento convenientemente.

Y Mirabeau se dejó caer sobre su otomana, mordiendo el almohadón con fuerza.

Gilberto sabía ya lo que deseaba saber, es decir, dónde estaban la vida y la muerte de Mirabeau.

—Conde —preguntó—, ¿qué diríais si el Rey enviase mañana a pedir noticias sobre vuestra salud?

El enfermo se encogió de hombros, como diciendo que le era igual.

—El Rey... o la Reina —añadió Gilberto.

—¿Cómo? —exclamó Mirabeau

irguiéndose.

—Digo el Rey o la Reina —repitió Gilberto.

Mirabeau se incorporó, apoyándose sobre los puños, como un león agachado, y trató de leer hasta el fondo del corazón de Gilberto.

—No lo hará —dijo.

—Pero, en fin, ¿y si lo hiciere?

—¿Creéis —replicó Mirabeau—, que descendería hasta ese punto?

—Yo no creo nada, supongo, presumo...

—Sea —dijo Mirabeau—, esperaré hasta mañana.

—¿Qué queréis decir?

—Tomad las palabras en el sentido que tienen, doctor, y no veáis en ellas sino lo que quieren decir. Esperaré hasta la noche de mañana.

—¿Y entonces?

—Pues bien, mañana por la noche, si ha enviado un mensajero, si, por ejemplo, el señor Weber viniese, tendréis razón y yo me habré engañado; pero, si, por el contrario, no se presentase nadie, entonces seréis vos quien ha incurrido en error, y yo tendré razón.

—Pues bien, sea mañana por la noche. Hasta entonces, querido Demóstenes, calma, reposo y

tranquilidad.

—No me levantaré de mi asiento.

—¿Y ese chal?

Y Gilberto mostró con el dedo el objeto que había llamado su atención al entrar en la estancia.

El conde sonrió.

—¡Palabra de honor! —dijo.

—Bueno —replicó el doctor—, tratad de pasar la noche tranquilo, y respondo de vos.

En la puerta le esperaba Teisch.

—Vamos, mi buen Teisch, tu amo está mejor —le dijo.

El viejo criado movió tristemente la cabeza.

—¿Cómo —replicó Gilberto—, dudas de mi palabra?

—Dudo de todo, señor doctor, por lo menos mientras tenga a su lado su mal genio.

Y exhaló un suspiro, dejando al doctor en la estrecha escalera.

Al bajar Gilberto vio como una sombra velada que parecía esperarle.

Mas apenas le divisó esta última, dejó escapar un ligero grito y desapareció detrás de una puerta entornada, como para dejar el paso libre.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Gilberto.

—Es ella —contestó Teisch.

—Pero ¿quién?

—La mujer que se parece a la Reina.

Por segunda vez le sorprendió a Gilberto la misma idea que había concebido ya antes al oír la tal frase, y dio un paso como para perseguir al fantasma; pero se detuvo murmurando:

—¡Imposible!

Y continuó su camino, dejando al pobre Teisch desesperado al ver que un hombre tan sabio como el doctor no quería ahuyentar al demonio, o por lo menos al que, según su más profunda convicción, era un enviado del infierno.

Mirabeau pasó una noche bastante

tranquila; a la mañana siguiente llamó a Teisch y ordenóle que abriese las ventanas para respirar el aire matinal.

La única cosa que inquietaba al viejo servidor era la impaciencia febril de que el enfermo era presa.

Cuando, interrogado por su amo, le contestó que apenas eran las ocho, Mirabeau no había querido creerlo y pidió su reloj para consultarle.

El Conde había puesto el reloj sobre la mesa junto a su lecho.

—Teisch —dijo al viejo criado—, ocuparás abajo el puesto de Juan, que prestará hoy su servicio junto a mí.

—¡Oh! Dios mío —dijo Teisch—,

¿habré tenido la desgracia de incurrir en el desagrado del señor conde?

—Al contrario, mi buen Teisch —contestó Mirabeau enternecido—, porque sólo me fío de ti te pongo en la puerta para que digas a todos cuantos vengan a preguntar por mí que estoy mejor, aunque no recibo aún; pero si vienen de parte de la... —Mirabeau se detuvo un momento, y después añadió —: Pero si envían recado de palacio, de las Tullerías, harás subir al mensajero, ¿lo entiendes bien? Bajo cualquier pretexto, sea cual fuese, no le dejarás marcharse sin que yo le hable. Ya ves, mi buen Teisch, que al alejarte de mí te

elevo al cargo de confidente.

Teisch, cogiendo la mano de su amo, la besó.

—¡Oh, señor Conde! —dijo—, ¡si solamente quisierais vivir!

Y salió.

—¡Pardiez! —exclamó el Conde, mirando como se alejaba—, he aquí precisamente lo difícil.

A las diez, Mirabeau quiso vestirse, y lo hizo con una especie de coquetería; Juan le afeitó y peinó, y después acercó su sillón a la ventana, desde la cual podía ver la calle.

A cada golpe de aldabón, a cada sonido de la campanilla, se hubiera

podido ver desde la casa de enfrente su rostro ansioso aparecer detrás de la cortinilla levantada, y su mirada penetrante mirar la calle; después, la cortinilla se corría de nuevo, hasta que sonaba otra vez la campanilla o el golpe del aldabón.

A las dos, Teisch subió seguido de un lacayo, y el corazón de Mirabeau latió con violencia, aunque aquel no llevaba librea.

Lo primero que se le ocurrió al conde fue que aquel mensajero venía de parte de la Reina, así vestido para no comprometer a la que le enviaba.

Mirabeau se engañaba.

—De parte del doctor Gilberto —
dijo Teisch.

—¡Ah! —exclamó— Mirabeau,
palideciendo como si hubiera tenido
veinticinco años, y esperando un
mensajero de la señora de Monnier
hubiera visto llegar a un dependiente de
su tío el magistrado.

—Señor —dijo Teisch—, como ese
joven viene de parte del señor Gilberto,
siendo portador de una carta para vos,
he creído que debía hacer en favor suyo
una excepción de la consigna.

—Está muy bien —dijo el Conde—.
¿Y la carta? —añadió, volviéndose
hacia el criado...

Este último la tenía en la mano y se la entregó al Conde.

Mirabeau, abriéndola al punto, no vio más que estas pocas palabras:

«Decidme cómo seguís. Estaré en vuestra casa a las once de la noche, y espero que vuestras palabras serán para decirme que os habíais engañado».

—Dile a tu amo —continuó Mirabeau al lacayo—, que me has encontrado en pie, y que le espero esta noche.

Y volviéndose a Teisch, añadió:

—Que se vaya este joven contento.

El criado, haciendo seña de que comprendía, se llevó al mensajero.

Sucedieronse las horas; la campanilla resonaba de continuo y también el aldabón: todo París se inscribía en casa de Mirabeau, y había en la calle grupos de hombres del pueblo, que habiendo sabido la noticia, aunque no como la publicaban los diarios, y no fiándose de los partes tranquilizadores de Teisch, obligaban a los coches a tomar la izquierda y la derecha de la calle, para que el rumor de las ruedas no fatigase al ilustre enfermo.

A eso de las cinco, Teisch juzgó oportuno presentarse por segunda vez en la habitación de Mirabeau, a fin de

anunciarle esta noticia.

—¡Ah! —exclamó el Conde—, al verte, mi querido Teisch, creí que venías a decirme algo mejor.

—¡Algo mejor! —replicó el criado con asombro—; no creía que pudiese comunicar al señor Conde nada tan halagüeño como semejante prueba de amor.

—Tienes razón, Teisch —contestó—, soy un ingrato.

Y cuando Teisch hubo cerrado la puerta, Mirabeau abrió la ventana.

Se asomó e hizo un ademán de gracias a los buenos hombres que tanto miraban por su reposo.

Estos le reconocieron, y al punto resonaron los gritos de «¡Viva Mirabeau!», desde un extremo a otro de la calle de la Chaussée-d'Antin.

¿En qué pensaba Mirabeau mientras que se le tributaba esta prueba de aprecio inesperada, que en cualquier otra circunstancia hubiera colmado su corazón de alegría?

Pensaba en aquella mujer altiva que no se inquietaba por él, y sus ojos buscaban, más allá de los grupos oprimidos alrededor de su casa, algún lacayo con librea azul que viniese de los bulevares.

Volvió a su aposento con el corazón

contristado; llegaban ya las primeras sombras de la tarde y no había visto lo que esperaba.

La tarde transcurrió como el día; la impaciencia de Mirabeau se había convertido en una sombría amargura, y su corazón sin esperanza no se agitaba ya al oír la campanilla o el golpe de aldabón. No; esperaba, con el rostro contristado, la prueba de interés que se le había prometido y que no llegaba.

A las once, la puerta se abrió y Teisch anunció al doctor Gilberto.

Este último entró sonriendo y se asustó al ver la expresión del semblante de Mirabeau, espejo fiel de los

trastornos de su alma.

Gilberto lo comprendió todo.

—¿No han venido? —preguntó.

—¿De dónde? —repuso Mirabeau.

—Ya sabéis lo que quiero decir.

—¡Yo no, a fe mía!

—Del palacio... de su parte... en nombre de la Reina.

—No he visto a nadie, querido doctor; no ha venido persona alguna.

—¡Imposible! —exclamó Gilberto.

Mirabeau se encogió de hombros.

—¡Cándido hombre de bien! —exclamó.

Y cogiendo la mano del doctor con un movimiento convulsivo, preguntóle:

—¿Queréis que os diga lo que habéis hecho hoy, doctor?

—¿Yo? —contestó Gilberto—; pues poco más o menos, lo de todo los días.

—No, pues no vais diariamente a palacio, y hoy habéis estado allí; no veis a la Reina todos los días, y hoy la habéis visitado; no os permitís darla consejos, y hoy la disteis uno.

—¡Vamos! —exclamó Gilberto.

—Mirad, doctor, ya veo lo que ha pasado, y oigo lo que se ha dicho como si hubiese estado presente.

—Pues bien, sepámoslo, señor de la doble vista. ¿Qué ha pasado y qué se ha dicho?

—Habéis ido a las Tullerías hoy a la una, y solicitado hablar a la Reina; una vez en su presencia, le digisteis que yo empeoraba, y que convendría que ella, como Reina o como mujer enviase a pedir informes de mi salud, si no por atención, al menos por cálculo. Ha discutido con vos, mostrándose al parecer convencida de que teníais razón, y os ha despedido diciéndoos que enviaría un recado a mi casa. Entonces os habéis marchado muy contento, confiando en la palabra real; mientras que ella, siempre orgullosa, se reía de vuestra credulidad, en la persuasión de que la palabra real no compromete a

nada... Veamos, decidme como hombre honrado —añadió Mirabeau, mirando al doctor fijamente—, si no ha pasado la cosa así...

—Si hubierais estado allí —contestó Gilberto, no hubierais visto ni oído mejor.

—¡Qué torpes! —repuso Mirabeau con amargura—. Cuando decía que no saben hacer nada oportunamente... Si se hubiese visto hoy la librea del Rey en medio de esa multitud que gritaba «¡Viva Mirabeau!», delante de mi puerta y bajo mis ventanas, esto les habría dado por lo menos un año de popularidad.

Y Mirabeau, moviendo la cabeza, se llevó vivamente la mano a los ojos.

—¿Qué tenéis, conde? —le preguntó Gilberto.

—Nada —contestó Mirabeau—. ¿Tenéis noticias de la Asamblea nacional, de los Franciscanos o de los Jacobinos? ¿Ha pronunciado Robespierre algún nuevo discurso? ¿Ha dado a luz Marat algún nuevo folleto?

—¿Hace mucho tiempo que no habéis comido? —preguntó el doctor.

—Desde las dos de la tarde.

—En tal caso, vais a tomar un baño, conde.

—¡Pardiez!, excelente idea, doctor;

Juan, el baño.

—¿Aquí, señor conde?

—No, no, junto al gabinete tocador.

Diez minutos después Mirabeau estaba en el baño y como de costumbre, Teisch acompañaba al doctor, que acababa de despedirse.

Mirabeau se incorporó en su bañera para seguir con los ojos a Gilberto; después, cuando le hubo perdido de vista, aplicó el oído para escuchar el rumor de sus pasos; y luego permaneció inmóvil hasta que oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

Entonces tiró de la campanilla con fuerza.

—Juan —dijo—, mandad poner la mesa en mi habitación e id a preguntar de mi parte a Oliva si quiere hacerme el favor de cenar conmigo.

Después, cuando el criado salía para cumplir la orden, gritó:

—¡Flores, sobre todo flores, porque las adoro!

A las cuatro de la madrugada, el doctor Gilberto fue despertado por un fuerte campanillazo.

—¡Ah! —exclamó saltando del lecho, seguro de que el señor Mirabeau había empeorado.

El doctor no se engañaba; Mirabeau después de mandar que le sirviesen la

cena, después de hacer cubrir la mesa de flores, ordenó a Juan que se retirase y a Teisch que se acostara.

Después cerró todas las puertas, excepto la que comunicaba con el pabellón de la bella desconocida, que el viejo criado llamaba su mal genio.

Pero los dos servidores no se habían acostado; solamente Juan, aunque más joven, se había dormido en un sillón de la antecámara.

Teisch había velado.

A las cuatro menos cuarto, resonó un fuerte campanillazo, y los dos se precipitaron hacia la alcoba de Mirabeau.

Las puertas estaban cerradas.

Entonces se les ocurrió dar la vuelta por la habitación de la mujer desconocida, y así pudieron penetrar en la alcoba de su amo.

Mirabeau, recostado en su sillón, casi desvanecido, sujetaba entre sus brazos a aquella mujer, sin duda para que no pudiera pedir socorro, y ella, espantada, llamaba con la campanilla de la mesa, no habiendo podido llegar hasta la chimenea para tirar del cordón.

Al ver a los dos servidores, había llamado tanto en su auxilio como en el de Mirabeau, porque este la sofocaba en sus convulsiones.

Hubiérase dicho que era la Muerte disfrazada, tratando de arrastrarlo a la tumba.

Gracias a los esfuerzos reunidos de los dos criados, los brazos del moribundo se entreabrieron; Mirabeau volvió a caer en su sillón, y ella, aturdida, volvió a sus aposentos.

Juan había corrido entonces en busca del doctor, mientras que Teisch trataba de prestar los primeros auxilios a su amo.

Gilberto no esperó a que enganchasen el coche, ni quiso tampoco enviar en busca de uno; desde la calle de San Honorato hasta la

Chaussée-d'Antin la distancia no era muy larga, por lo cual siguió a Juan, y diez minutos después llegaba a la casa de Mirabeau.

—Y bien, amigo mío —preguntó el doctor—, ¿qué ocurre ahora?

—¡Ah, caballero! —contestó el criado—, ¡esa mujer, siempre esa mujer, y además, esas malditas flores; ahora veréis!

En aquel momento se oyó algo como un sollozo, y Gilberto subió precipitadamente; cuando llegó a los últimos escalones, una puerta contigua a la de Mirabeau se abrió de pronto, y una mujer que llevaba un peinador blanco,

apareciendo de improviso, se arrodilló a los pies del doctor.

—¡Oh, Gilberto, Gilberto! — exclamó, poniéndose sus dos manos en el pecho—, ¡en nombre de Dios, salvadle!

—¡Nicolasa —exclamó Gilberto—, Nicolasa! ¡Oh, desgraciada! ¡Conque sois vos!...

—¡Salvadle, salvadle!

Gilberto permaneció un instante como abismado en una idea terrible.

—¡Oh! —murmuró—, ¡Beausire vendiendo folletos contra él, y Nicolasa su querida! ¡Verdaderamente está perdido, porque en esto anda Cagliostro!

Y se precipitó en la habitación de Mirabeau, comprendiendo que no se debía perder un instante.

Capítulo LXXVI

⚙ VIVA MIRABEAU!

Mirabeau estaba en su lecho y había recobrado el conocimiento, viéndose allí también los platos y las flores, testigos tan acusadores como lo son en el fondo de un vaso los restos del veneno junto a la cama del suicida.

Gilberto se adelantó vivamente hacia él y respiró al verle.

—¡Ah! —exclamó—, aún no se halla tan malo como yo temía.

Mirabeau sonrió.

—¿Lo creéis así, doctor? —repuso.

Y movió la cabeza como hombre que piensa conocer su estado tan bien como el médico, que a veces quiere engañarse a sí propio para engañar mejor a los demás.

Esta vez Gilberto no se detuvo en el diagnóstico exterior; tomó el pulso, acelerado en aquel momento, miró la lengua, pastosa y amarga, y preguntó por el estado de la cabeza. Mirabeau sentía en ella pesadez y dolor.

También se manifestaba un principio de frío en las extremidades inferiores.

De repente se reprodujeron los

espasmos que el enfermo había sufrido dos días antes, atacando sucesivamente el omoplato, las clavículas y el diafragma. El pulso, que, como hemos dicho, era acelerado, llegó a ser intermitente y convulsivo.

Gilberto prescribió los mismos revulsivos que habían producido la primera mejoría.

Por desgracia, bien porque el enfermo no tuviera fuerza para resistir el doloroso remedio, o porque no quisiera que le curasen, al cabo de un cuarto de hora se quejaba de tan agudos dolores en las regiones en que se aplicaron los sinapismos, que fue forzoso retirarlos.

Desde aquel momento, la mejoría que se había manifestado durante esta aplicación desapareció.

No es nuestra intención seguir en todas sus variaciones las fases de la terrible enfermedad; pero desde la mañana de aquel día circuló el rumor en la ciudad, y esta vez más seriamente que la primera: había habido recaída, y esta con síntomas de muerte.

Entonces fue cuando se pudo juzgar de la inmensa importancia que puede alcanzar un hombre en medio de una nación. Todo París se conmovió como en los días en que una calamidad general amenaza a la vez a los individuos y a la

población. Todo el día, como había sucedido ya la víspera, la calle quedó obstruida y guardada por hombres del pueblo, a fin de que el ruido de los coches no llegase hasta el paciente; de hora en hora, los grupos reunidos bajo las ventanas pedían noticias, entregábanse los partes y al momento circulaban desde la calle de la Chaussée-d'Antin hasta las extremidades de París. La puerta estaba sitiada por una multitud de ciudadanos de todas las clases y de todas las opiniones, como si cada partido, por opuesto que fuese a los otros, tuviese algo que perder por la muerte de

Mirabeau. Entretanto, los parientes, los amigos y conocidos particulares del gran orador llenaban los patios, los vestíbulos y la habitación de abajo, sin que el mismo, paciente tuviera la menor idea de ello.

Por lo demás, pocas palabras se habían cruzado entre Mirabeau y el doctor Gilberto.

—¿Decididamente queréis morir? — había preguntado el segundo.

—¿De qué me sirve la vida? — replicó el conde.

Y Gilberto, recordando los compromisos contraídos por Mirabeau respecto a la Reina y las ingratitudes de

esta, no había querido insistir de otro modo, prometiéndose, sin embargo, cumplir con su deber de médico hasta el fin; pero conociendo muy bien que no era un Dios para luchar contra lo imposible.

En la noche de aquel primer día de la recaída, la sociedad de los Jacobinos envió, para informarse sobre la salud de su expresidente, una diputación, al frente de la cual iba Barnave. Se había querido que acompañasen a este los dos Lameth; pero rehusaron.

Cuando Mirabeau tuvo conocimiento de esta circunstancia, exclamó:

—¡Ah!, ¡ya sabía yo que eran

cobardes; pero ignoraba que fuesen imbéciles!

Durante veinticuatro horas, el doctor Gilberto no se apartó un instante del lecho del paciente.

Pero en la noche del miércoles, a eso de las once, estaba bastante bien para que Gilberto consintiese pasar a la habitación contigua a fin de reposar algunas horas.

Antes de acostarse, el doctor mandó que al menor síntoma de accidente se le avisase.

Al romper el día se despertó; nadie había turbado su sueño durante la noche, y sin embargo, se levantó inquieto, pues

parecíale imposible que se hubiese mantenido la mejoría sin accidente alguno.

En efecto, al bajar, Teisch le anunció, con los ojos llenos de lágrimas, que su amo estaba muy mal, pero que había prohibido, por malo que se hallara, despertar al doctor.

Y sin embargo, el enfermo debía haber sufrido cruelmente; el pulso presentaba de nuevo su carácter más alarmante; los dolores habían aumentado y eran más agudos que nunca, y, en fin, la sofocación y los espasmos se reproducían.

Varias veces —y Teisch lo atribuyó

a un principio de delirio— el enfermo había pronunciado el nombre de la Reina.

—¡Ingratos —había dicho—, ni siquiera han enviado a preguntar por mí!

Y después, como hablando consigo mismo, añadió:

—¡Me pregunto qué se dirá ella cuando sepa, mañana o pasado, que he muerto!

Gilberto pensó que todo iba a depender de la crisis que se preparaba, y por lo tanto, disponiéndose a luchar vigorosamente contra la muerte, recetó una aplicación de sanguijuelas al pecho; pero como si estas fueran cómplices del

moribundo, mordieron mal, y se volvieron a colocar por una segunda sangría en el pie y por píldoras de almizcle.

El acceso duró ocho horas, durante las cuales, como un hábil duelista, Gilberto luchó contra la muerte, parando todos sus golpes y anticipándose a varios de ellos, pero tocado algunas veces por ella. Por fin, al cabo de ocho horas, la fiebre disminuyó, la muerte se retiraba; pero como un tigre que se esfuerza para repetir el ataque, imprimió su terrible garra en el rostro del enfermo.

Gilberto permaneció de pie, con los

brazos cruzados, delante de aquel lecho donde había sostenido tan terrible lucha; y conocía demasiado bien los secretos del arte, no tan sólo para conservar alguna esperanza, sino para dudar también.

Mirabeau estaba perdido; y en aquel cadáver que tenía a la vista, a pesar de un resto de existencia érale imposible ver a Mirabeau vivo.

A partir de aquel momento, ¡cosa extraña!, el enfermo y el doctor, de común acuerdo, y como poseídos de la misma idea, hablaron de Mirabeau como de un hombre que había sido, pero que había dejado de ser.

También desde aquel momento el semblante de Mirabeau tomó ese carácter solemne, propio esencialmente de la agonía de los grandes hombres; su voz fue lenta, grave, casi profética; hubo en su palabra algo más severo y profundo, y en sus sentimientos algo de más afectuoso, de indiferente y de sublime.

Le anunciaron que un joven que no le había visto sino una vez, y que no quería decir quién era insistía para entrar, y volviéndose hacia Gilberto, pidióle con la mirada permiso para recibir al joven.

—Dejadle entrar, Teisch —dijo el doctor.

El criado abrió la puerta; un joven de diecinueve a veinte años se presentó en el umbral, adelantóse lentamente, se arrodilló delante del lecho del enfermo, cogió su mano y la besó, prorrumpiendo en sollozos.

Mirabeau parecía buscar en su memoria un vago, recuerdo.

—¡Ah! —exclamó de pronto—, ya os reconozco, sois el joven de Argenteuil.

—¡Dios mío, bendito seáis! —contestó el joven—; esto es cuanto yo pedía.

Y levantándose, cubrióse los ojos con las manos y salió.

Algunos segundos después, Teisch entró llevando en la mano un billete que el joven había escrito.

Contenía sencillamente estas palabras:

Al besar la mano del señor de Mirabeau en Argenteuil, le dije que estaba dispuesto a morir por él.

Vengo a cumplir mi palabra.

He leído ayer en un diario inglés que la transfusión de la sangre se había efectuado con buen éxito en Londres, en un caso semejante en que se

encuentra el ilustre enfermo.

Si para salvar al señor de Mirabeau se juzga útil este procedimiento, ofrezco la mía, que es joven y pura.

MARNAIS.

Al leer estas breves líneas, Mirabeau no pudo reprimir sus lágrimas.

Ordenó al punto que se introdujera al joven; pero este, queriendo sin duda evitar aquella manifestación de agradecimiento tan bien merecida había marchado, dejando sus señas en Argenteuil y en París.

Algunos momentos después,

Mirabeau consintió en recibir a todo el mundo: los señores de la Marck y Frochot, sus amigos; la señora de Saillant, su hermana, y la señora de Aragón, su sobrina.

Pero no quiso ver a ningún otro médico más que al doctor Gilberto, y como este insistiera, le contestó:

—No, doctor; habéis sufrido todas las molestias de mi enfermedad, y si me curáis, para vos debe ser todo el mérito de mi restablecimiento.

De vez en cuando quería saber quién había preguntado cómo seguía, y aunque no preguntase si la Reina se había informado, Gilberto adivinaba, por un

suspiro del moribundo al llegar al fin de la lista, que el único nombre que hubiera deseado encontrar era precisamente aquel que faltaba.

Después, sin hablar del Rey ni de la Reina, lanzábase, con una elocuencia admirable, en la política general, y particularmente en la que hubiera observado respecto a Inglaterra si hubiese sido ministro.

Le habría agradado sobre todo luchar contra Pitt cuerpo a cuerpo.

—¡Oh!, ese Pitt —exclamó una vez—, es el ministro de los preparativos; gobierna más bien con lo que amenaza que con lo que hace; y *si yo hubiese*

vencido, le habría ocasionado disgusto.

De vez en cuando llegaba un clamor hasta las ventanas: era el triste grito de «¡Viva Mirabeau!», proferido por el pueblo, grito que parecía una súplica, o más bien una queja que una esperanza.

Entonces Mirabeau escuchaba y hacía abrir la ventana para que aquel ruido remunerador de tantos sufrimientos llegase hasta él. Durante algunos segundos permanecía con las manos extendidas y el oído atento, como para concentrar en sí todo aquel rumor.

Después murmuraba:

—¡Oh! ¡Buen pueblo, calumniado e injuriado como yo; justo es que *ellos*

sean los que me olvidan y tú quién me recompensas!

Llegó la noche. Gilberto no quiso separarse del enfermo; mandó acercar la otomana al lecho y allí se echó.

Mirabeau le dejó hacer; desde que estaba seguro de morir, no temía al parecer a su médico.

Apenas amaneció, mandó abrir las ventanas.

—Querido doctor —dijo a Gilberto —, hoy es cuando moriré, y llegado el caso en que me encuentro, no debo pensar más que en perfumarme y coronarme de flores, a fin de entrar lo más agradablemente que sea posible en

el sueño de que no se despierta... ¿Se me da permiso para hacer lo que quiera?

El doctor hizo una señal afirmativa.

El enfermo llamó a los dos criados.

—Juan —dijo a uno—, traedme las más hermosas flores que se puedan encontrar, mientras que Teisch se encarga de arreglarme, dejándome lo más guapo que sea posible.

Juan miró a Gilberto como pidiéndole permiso, y este le hizo una señal afirmativa.

En cuanto a Teisch, que había estado muy indispuerto la víspera, comenzó por afeitar a su amo, rizándole después los cabellos.

—A propósito —le dijo Mirabeau —, ayer estabas enfermo, mi pobre Teisch, ¿cómo sigues hoy?

—¡Oh! Muy bien, querido amo — contestó el honrado servidor—, y quisiera que estuvieseis en mi lugar.

—Pues bien; yo —contestó el enfermo sonriéndose—, por poco apego que tengas a la vida, no te deseo que estés en el mío.

En aquel momento resonó un cañonazo. ¿De dónde procedía? Jamás se supo nada.

El enfermo se estremeció.

—¡Oh! —exclamó incorporándose —, ¿son ya los funerales de Aquiles?

Apenas Juan, hacia el que todos se habían precipitado para pedirle noticias del ilustre enfermo, hubo dicho que iba a buscar flores, varios hombres comenzaron a correr por las calles gritando: «¡Flores para el señor Mirabeau!», y todas las puertas se abrieron, ofreciendo cada cual las que tenía, ya en las habitaciones o ya en los invernaderos; de modo que en menos de un cuarto de hora, la casa del enfermo estuvo llena de las flores más raras.

A las nueve de la mañana, la habitación de Mirabeau estaba convertida en un verdadero parterre.

En aquel momento, Teisch acababa

de arreglar a su amo.

—Querido doctor —dijo Mirabeau —, os pediré un cuarto de hora para despedirme de una persona que debe salir de la casa antes que yo. Por si tratasen de insultarla, os la recomiendo.

El doctor comprendió.

—Bien —dijo—, voy a dejaros.

—Sí, pero esperaréis en la habitación contigua; porque una vez fuera esa persona, ya no me abandonaréis hasta que muera.

Gilberto hizo una señal afirmativa.

—Dadme vuestra palabra.

El doctor se la dio balbuciendo. Este hombre estoico se admiraba al sentir

lágrimas en sus ojos, él que pensaba haber llegado a la insensibilidad a fuerza de ser filósofo.

Después se adelantó hacia la puerta. Mirabeau le detuvo.

—Antes de salir —dijo—, abrid mi pupitre y dadme un cajoncito que encontraréis.

Gilberto hizo lo que Mirabeau deseaba.

Aquel cajoncito era pesado, y el doctor pensó que estaría lleno de oro.

Mirabeau le hizo una seña de ponerlo sobre la mesa de noche.

—Tendréis la bondad de enviarme a Juan —dijo—, a Juan, entendedlo bien,

y no a Teisch, pues me fatiga mucho llamar.

Gilberto salió. Juan esperaba en la habitación contigua y entró cuando Gilberto salía.

Detrás del criado, el doctor oyó que cerraban la puerta con llave.

La media hora que siguió fue empleada por Gilberto para dar noticias de Mirabeau a cuantos llenaban la casa.

Las noticias eran desesperadas, y no ocultó a toda aquella multitud que el enfermo no llegaría tal vez a la noche.

Un coche se detenía en aquel momento delante de la puerta de la casa.

Por un instante Gilberto pensó que

tal vez sería enviado por la corte, y se le había dejado pasar por consideración, a pesar de haberse prohibido.

Entonces corrió a la ventana; sería un dulce consuelo para el moribundo saber que la Reina se ocupaba de él.

Pero era un simple coche de plaza que Juan había ido a buscar.

El doctor adivinó para quién era.

En efecto, pocos minutos después, Juan salió conduciendo a una mujer muy tapada de negro, que subió al coche.

Sin saber quién era, la multitud se apartó respetuosamente para dejar paso.

Juan entró.

Un momento después abrióse de

nuevo la puerta de la habitación de Mirabeau, y oyóse la voz debilitada del enfermo que llamaba al doctor.

Gilberto acudió al punto.

—Tomad —le dijo Mirabeau—, volved a poner esta caja en su sitio, querido doctor.

Y como este pareciese admirado de ver que pesara tanto como antes, Mirabeau le dijo:

—Sí, esto es curioso, ¿no os parece así? ¿Dónde diablos se oculta el desinterés?

Al volver hacia el lecho, Gilberto vio en el suelo un pañuelo bordado, guarnecido de encaje.

Estaba húmedo de lágrimas.

—¡Ah! —dijo Mirabeau—, no se ha llevado nada, pero ha dejado alguna cosa.

Mirabeau tomó el pañuelo, y al notar que estaba húmedo le aplicó a su frente.

—¡Oh! ¡Solamente *ella* no tiene corazón!...

Y volvió a caer en su lecho con los ojos cerrados, de modo que se hubiera podido creer que estaba desmayado o muerto, a no ser por el estertor que indicaba la aproximación de la muerte.

Capítulo LXXVII

⚙️HUIR, HUIR, HUIR!

En efecto; a partir de aquel instante, las pocas horas que Mirabeau vivió no fueron más que una agonía.

Gilberto no cumplió menos la promesa dada, y permaneció junto al lecho hasta el último minuto.

Por lo demás, aunque muy doloroso, siempre es una gran enseñanza para el médico y el filósofo el espectáculo de esa última lucha entre la materia y el

alma.

Cuanto más grande es el genio, más curioso es observar cómo este sostiene el combate contra la muerte, que debe vencerle al fin.

Por otra parte, el doctor encontraba ante el espectáculo de aquel gran hombre expirante otro motivo para hacer sombrías reflexiones.

¿Por qué moría Mirabeau, el hombre de temperamento atlético y de constitución hercúlea?

¿No era por haber extendido la mano para sostener aquella monarquía que se derrumbaba? ¿No era porque se había apoyado un instante en su brazo aquella

mujer de desgracia que se llamaba María Antonieta?

¿No le había predicho Cagliostro algo semejante a la muerte de Mirabeau, y no eran aquellos dos seres extraños que había encontrado, el uno matando la reputación y el otro la salud del gran orador de Francia, convertido en sostén de la monarquía, una prueba evidente de que todo debía hundirse, como la Bastilla, ante aquel hombre, o más bien, ante la idea que representaba?

Mientras que Gilberto estaba sumido en lo más profundo de sus meditaciones, Mirabeau hizo un movimiento y abrió los ojos.

Volvía a la vida por la puerta del dolor.

Trató de hablar, aunque inútilmente; pero lejos de mostrarse afectado por este nuevo percance, apenas comprendió que su lengua estaba muda, sonrió y esforzóse para que sus ojos expresasen el agradecimiento que sentía por Gilberto y por aquellos cuya solicitud y cuidados le acompañaban en aquella suprema y última etapa cuyo fin era la muerte.

Sin embargo, una idea única parecía preocuparle; tan sólo Gilberto podía adivinarla, y la adivinó:

El enfermo no podía apreciar la

duración del desvanecimiento de que acababa de salir. ¿Había sido de una hora o de un día, y en este tiempo habría enviado la Reina a preguntar por su salud?

Se mandó subir el registro que estaba abajo, y donde cada cual, bien llegase como mensajero o por su propia cuenta, escribía su nombre.

No se encontró ninguno que fuese de la intimidad real, ni siquiera que revelase una solicitud encubierta.

Se llamó a Teisch y a Juan para interrogarles, y contestaron que nadie, ni ayuda de cámara ni ujier, se había presentado.

Entonces se vio a Mirabeau hacer un esfuerzo supremo para pronunciar algunas palabras, uno de esos esfuerzos como el que debió hacer el hijo de Creso cuando, al ver a su padre amenazado de muerte, consiguió romper las ligaduras que encadenaban su lengua y gritar: «¡Soldado, no mates a Creso!».

Y Mirabeau pudo decir:

—¡Oh! No saben, pues, que una vez muerto yo, están perdidos. Conmigo llevo el duelo de la monarquía, y sobre mi tumba los facciosos se compartirán sus restos...

Gilberto se precipitó hacia el enfermo. Para un médico hábil hay

esperanza mientras que hay vida; y además, aunque tan sólo fuera para conseguir que aquella boca elocuente pronunciase aún algunas palabras, debía servirse de todos los medios de la ciencia.

Cogió una cucharita y echó en ella algunas gotas de ese licor verdoso del que había dado ya un frasquito a Mirabeau, y sin mezclarle esta vez con aguardiente, le acercó a los labios del enfermo.

—¡Oh, querido doctor! —dijo Mirabeau, sonriendo—, si queréis que el licor de vida produzca efecto en mí, dadme la cuchara llena o el frasco

entero.

—¿Cómo? —exclamó Gilberto mirando a Mirabeau.

—¿Creéis —replicó el enfermo—, que yo, el que siempre abusó de todo, he tenido este tesoro de vida entre las manos sin abusar también? No; mandé descomponer vuestro licor, querido Esculapio; supe que se sacaba de la raíz del cáñamo indio, y entonces bebí, no tan sólo por gotas, sino por cucharadas, no solamente para vivir, sino para soñar.

—¡Desgraciado, desgraciado! —murmuró Gilberto—, bien sospeché que os daba veneno.

—Dulce veneno, doctor, gracias al

cual he duplicado, cuadruplicado y hasta centuplicado las últimas horas de mi existencia; gracias al cual, muriendo a los cuarenta y dos años, habré vivido tanto como un centenario; gracias al cual, en fin, he poseído en sueños todo cuanto se me escapaba en realidad, fuerza, riqueza y amor... ¡Oh!, doctor, doctor, no os arrepintáis, sino, por el contrario, felicitadme. Dios no me había dado más que la vida real, triste, pobre, sin calor, desgraciada, poco apetecible, y que el hombre debería estar siempre dispuesto a devolverle como un préstamo; doctor, yo no sé si debo dar gracias a Dios por la vida; pero sí que

debo dáros las por vuestro veneno. Llenad, pues, la cuchara y dádmela, doctor.

Gilberto hizo lo que Mirabeau deseaba, y este saboreó el licor con delicia.

Al cabo de algunos segundos de silencio, exclamó, como si a la aproximación de la eternidad la muerte le permitiera levantar el velo del porvenir:

—¡Felices los que mueran en este año de 1791, pues no habrán visto de la Revolución más que el lado resplandeciente y tranquilo! Por fortuna, hasta hoy nunca revolución más grande

ha costado menos sangre, y es que hoy se hace tan sólo en los ánimos; pero llegará el momento en que se verifique en los hechos y en las cosas. Tal vez creáis que me echarán de menos en las Tullerías; nada de esto, mi muerte les libra de un compromiso contraído; conmigo necesitaban gobernar de cierto modo; lejos de serles yo un apoyo, no tenían en mí más que un obstáculo, y *ella* se excusaba de mí con su hermano, escribiéndole: «Mirabeau cree que me aconseja, y no echa de ver que yo le divierto». ¡Oh! He aquí por qué hubiera querido que esa mujer fuese mi querida y no mi Reina. ¡Qué gran papel

desempeñaría en la historia, doctor, el hombre que, sosteniendo con una mano a la joven libertad y con la otra a la antigua monarquía, las obligase a marchar con el mismo paso hacia un objeto único, la felicidad del pueblo y el respeto a la corona! Tal vez fuera esto posible, o acaso no pasaría de un sueño; pero tengo la convicción de que solamente yo hubiera podido realizarlo. Lo que me contrista, doctor, no es morir, sino morir incompleto, haber emprendido una obra y comprender que no puedo llevarla a cabo. ¿Quién glorificará mi idea, abortada y truncada ahora? Lo que se sabrá de mí, doctor,

será precisamente lo que no se debería saber, es decir, mi vida desarreglada, loca y vagabunda; lo que se leerá de mí son las *Cartas a Sofía*, *La Erótica Biblión*, *La monarquía prusiana*, varios folletos y libros obscenos; lo que me censurarán es el haber pactado con la corte, porque de este pacto no habrá resultado nada de cuanto debería resultar; mi obra no será más que un feto informe, un monstruo sin cabeza; y sin embargo, me juzgarán a mí, muerto a los cuarenta y dos años, como si hubiese vivido tanto como otro cualquier hombre; a mí, que desaparezco en medio de una tempestad, como si en vez de

verme obligado a caminar siempre sobre las olas, es decir, sobre un abismo, hubiese andado por una idea firme y segura al amparo de las leyes y de los reglamentos. Doctor, ¿a quién legaré yo, no mi fortuna dilapidada —poco importa esto, porque no tengo hijos—, pero a quien legaré ya mi memoria calumniada, que podría ser algún día una honrosa herencia para Francia, para Europa y para el mundo?...

—Y ¿por qué os habéis apresurado tanto a morir? —preguntó Gilberto con tristeza.

—Sí —dijo Mirabeau—, hay momentos en que yo me pregunto esto

mismo, como vos lo hacéis ahora; pero escuchadme bien: yo no podía nada sin *ella*, y ella no ha querido. Me comprometí como un necio; había jurado como un imbécil, siempre sometido a las alas invisibles de mi cerebro, que se llevan el corazón, mientras que *ella* no había jurado nada ni se había comprometido a cosa alguna... Así, pues, todo es mejor, amigo mío, y si queréis prometerme una cosa, ningún sentimiento doloroso perturbará ya las pocas horas que me quedan de vida.

—Y ¿qué puedo prometeros, Dios mío?

—Pues bien; prometedme, si mi

paso de esta vida a la otra fuera demasiado difícil y doloroso, prometedme, doctor —y no es solamente al médico, sino al hombre y al filosofo a quien solicito—, prometedme que me ayudaréis.

—Y ¿por qué pedís semejante cosa?

—¡Ah!, voy a decíroslo; es porque siento que aunque la muerte está aquí, conozco también que en mí queda mucha vida. No muero difunto, querido doctor, sino vivo, y el último paso será duro de franquear.

El doctor inclinó su rostro sobre el de Mirabeau.

—Os he prometido no abandonaros,

amigo mío —dijo—; si Dios ha condenado vuestra vida, en el momento supremo sabré lo que debo hacer en mi profunda ternura por vos. Si la muerte está ahí, yo estaré también.

Hubiérase dicho que el enfermo no esperaba más que esta promesa.

—Gracias —murmuró, y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Esta vez, a pesar de la esperanza que era de su deber comunicar al enfermo, Gilberto no dudó más. La dosis abundante del licor de vida que Mirabeau acababa de tomar, bastó, como las sacudidas de una pila voltaica, para devolver al enfermo la palabra, con

el fuego de los músculos, esa vida del pensamiento, si podemos decirlo así, que le acompaña; pero cuando dejó de hablar los músculos quedaron inertes, aquella vida de pensamiento se desvaneció, y la muerte, impresa ya en su rostro desde la última crisis, reapareció más profundamente grabada que nunca.

Durante tres horas, su mano helada permaneció entre las del doctor, y en este tiempo, es decir, de cuatro a siete, la agonía fue tranquila, tanto que se pudo hacer entrar a todo el mundo, y se hubiera creído que Mirabeau dormía.

Pero a eso de las ocho, Gilberto

sintió estremecerse entre sus manos la del moribundo, que estaba helada, y con tal fuerza que no pudo engañarse.

—Vamos —dijo—, he aquí la hora de la lucha; la verdadera agonía comienza ahora.

Y, en efecto, la frente del moribundo estaba bañada en sudor, y sus ojos acababan de abrirse, lanzando un relámpago.

Entonces hizo un movimiento indicando que deseaba beber.

Se apresuraron a ofrecerle agua, vino y naranjada; pero movía la cabeza, como si no fuese aquello lo que deseaba.

Hizo una seña para que le diesen una pluma y papel.

Cogió la primera y con mano firme trazó estas dos palabras:

«Dormir, morir».

Eran las dos palabras de Hamlet.

Gilberto aparentó no comprender.

Mirabeau soltó la pluma, cogióse el pecho con las manos cual si quisiera romperle, profirió algunos gritos inarticulados, tomó de nuevo la pluma, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominar el sufrimiento un instante, escribió: «Los dolores son agudos, insoportables. ¿Se dejará a un amigo en la rueda durante horas o días tal vez,

cuando se le puede librar del tormento con algunas gotas de opio?».

Pero el doctor vacilaba. Como había dicho a Mirabeau, en el momento supremo estaría allí frente a la muerte; mas para combatirla, no para secundarla.

Los dolores eran cada vez más violentos; el moribundo se revolvía, retorciéndose las manos, y mordía la almohada.

Al fin rompieron las ligaduras de la parálisis.

—¡Oh! ¡Los médicos, los médicos! —exclamó de pronto—. ¿No sois vos mi médico y mi amigo, Gilberto? ¿No me

habéis prometido librarme de los dolores de semejante muerte? ¿Queréis que lleve conmigo el sentimiento de haber depositado en vos mi confianza? ¡Gilberto, apelo a vuestra amistad, apelo a vuestro honor!

Y, con un suspiro, una queja, y un grito de dolor, dejó caer su cabeza sobre la almohada.

Gilberto suspiró a su vez, y alargando la mano a Mirabeau, le dijo:

—Está bien, amigo mío, vamos a daros lo que pedís.

Y tomó la pluma para escribir una receta, que no era otra cosa sino una fuerte dosis de jarabe de adormidera en

agua destilada.

Mas apenas había escrito la última palabra, cuando Mirabeau se incorporó en su lecho, alargando la mano y pidiendo la pluma.

Gilberto se apresuró a dársela.

Entonces la mano del agonizante, crispada por la muerte, agarró el papel, y con una escritura apenas legible, escribió: «¡Huir, huir, huir!».

Quiso firmar, pero no pudo escribir más que las cuatro primeras letras de su nombre, y extendiendo el brazo convulsivo hacia Gilberto, murmuro:

—¡Para ella!

Y volvió a caer sobre su almohadón,

sin movimiento, sin mirada, sin respiración.

Había muerto.

El doctor se acercó al lecho, miró el cadáver, le tomó el pulso, le puso la mano sobre el corazón, y después, volviéndose hacia los espectadores de aquella escena suprema, dijo:

—Señores, Mirabeau no sufre ya.

Y apoyando por última vez sus labios sobre la frente del difunto, cogió religiosamente el papel cuyo destino él sólo conocía, y salió pensando que no tenía derecho de perder un instante más que el tiempo justo para ir desde la Chaussée-d'Antin a las Tullerías,

cumpliendo la recomendación del ilustre difunto.

Algunos segundos después de la salida del doctor de la cámara mortuoria resonó en la calle un gran rumor.

Era que se comenzaba a propagar la noticia de la muerte de Mirabeau.

Muy pronto llegó un escultor enviado por Gilberto, para conservar a la posteridad la imagen del gran orador en el momento mismo en que acababa de sucumbir en su lucha contra la muerte.

Algunos minutos de eternidad habían devuelto ya la expresión serena que un alma poderosa refleja al abandonar el cuerpo en la fisonomía que antes animó.

Capítulo LXXVIII

LOS FUNERALES

El dolor fue inmenso, universal, y en un instante la calle de la Chaussée-d'Antin a las barreras de París; eran las ocho y media de la mañana.

El pueblo lanzó un clamor terrible, y después encargóse de dirigir el duelo.

Corrió a los teatros, cuyos carteles rasgó, haciendo cerrar las puertas.

En la noche de aquel día se debía

dar un baile en un palacio de la calle de la Chaussée-d'Antin; el pueblo invadió el edificio, dispersó a cuantos se hallaban allí y rompió los instrumentos de los músicos.

La pérdida que se acababa de sufrir fue anunciada a la Asamblea nacional por su presidente.

Barreré subió a la tribuna y pidió a la Asamblea que se consignase en el acta de aquel día fúnebre el testimonio de los sentimientos que inspiraba la pérdida de aquel grande hombre, e insistió para que se invitase en nombre de la patria a todos los individuos de la Asamblea a tomar parte en los funerales.

Al día siguiente, 3 de abril, el departamento de París se presentó a la Asamblea nacional y pidió y obtuvo que la iglesia de Santa Genoveva fuese erigida en panteón consagrado a la sepultura de los grandes hombres, y que fuera Mirabeau el primero que se inhumara allí.

Reproduzcamos aquí ese magnífico decreto de la Asamblea, porque es bueno encontrar en estos libros, que los políticos tienen por frívolos, porque enseñan la historia de una manera menos pesada que la de los historiadores, porque es bueno, decimos, encontrar lo más a menudo posible, sea donde fuere,

con tal que esté a la vista de los ojos, esos decretos notables, tanto más cuanto que nacen espontáneamente de la admiración o del agradecimiento de un pueblo.

He aquí el decreto en toda su pureza:

*La Asamblea nacional
decreta:*

ARTÍCULO PRIMERO

*El nuevo edificio de Santa
Genoveva se destinará a recibir
las cenizas de los grandes
hombres, a contar desde la
época de la libertad francesa.*

ARTÍCULO SEGUNDO

*El cuerpo legislativo
resolverá a qué hombres se
conferirá este honor.*

ARTÍCULO TERCERO

*Se considera digno de él a
Honorato Riquetti de Mirabeau.*

ARTÍCULO CUARTO

*La legislatura no podrá en
el futuro conceder este honor a
uno de sus individuos que
llegue a morir; tan sólo puede
dispensarlo la legislatura
siguiente.*

ARTÍCULO QUINTO

*Las excepciones que pueda
haber para algunos grandes*

*hombres antes de la Revolución,
no se podrán hacer sino por el
cuerpo legislativo.*

ARTÍCULO SEXTO

*El directorio del
departamento de París se
encargará de poner muy pronto
el edificio de Santa Genoveva
en estado de satisfacer su nuevo
destino, haciendo grabar en el
frontis.*

*A LOS GRANDES HOMBRES, LA
PATRIA AGRADECIDA*

ARTÍCULO SÉPTIMO

*Hasta tanto que esté
concluida la nueva iglesia de*

Santa Genoveva, el cuerpo de Riquetti Mirabeau será depositado junto a las cenizas de Descartes, en el panteón de dicha iglesia.

TITULO II

ARTÍCULO SÉPTIMO

La iglesia de Santa Genoveva se terminará y entregará al culto, según la intención de su fundador, bajo la advocación de Santa Genoveva, patrona de París.

ARTÍCULO OCTAVO

Conservará el destino que le dio la Asamblea constituyente, y

se consagrará a la sepultura de los grandes dignatarios del imperio y de la corona, de los senadores y de los oficiales superiores de la Legión de Honor; y en virtud de nuestros decretos especiales de los ciudadanos que, en la carrera de las armas, de la administración y de las letras, hayan prestado servicios eminentes a la patria; sus cuerpos embalsamados se inhumarán en la iglesia.

Decreto del 20 de febrero de 1806.

(El título 1.º de este decreto consagra la iglesia de San Dionisio a la sepultura de los emperadores).

ARTÍCULO NOVENO

Las tumbas depositadas en monumentos franceses, serán trasladadas a esa iglesia para colocarlas por orden de siglos.

ARTÍCULO DÉCIMO

El capítulo metropolitano de Nuestra Señora, aumentado con seis individuos, se encargará del servicio de la iglesia de Santa Genoveva, cuya custodia se confiará especialmente a un

arcipreste elegido entre los canónigos.

ARTÍCULO DECIMOPRIMERO

Se oficiará solemnemente el 3 de enero, fiesta de Santa Genoveva; el 15 de agosto, fiesta de San Napoleón y aniversario de la conclusión del concordato; el día de Difuntos, y el primer domingo de diciembre, aniversario de la coronación y de la batalla de Austerlitz, y cuantas veces se verifiquen inhumaciones en cumplimiento del presente decreto. No se podrá dar

ninguna otra función religiosa en dicha iglesia sino en virtud de nuestra aprobación.

Firmado: Napoleón.

Refrendado: CHAMPAGNY.

Real orden de 14 de diciembre de 1821.

Luis, por la gracia de Dios, Rey de Francia y de Navarra.

A todos cuantos las presentes vieren, salud.

La iglesia que nuestro abuelo Luis XV había mandado edificar, bajo la advocación de

Santa Genoveva, se ha terminado felizmente; y si no ha recibido aún todos los ornamentos que deben coronar su magnificencia, se halla en un estado que permite celebrar el servicio divino. Por esta razón, a fin de no retardar más el cumplimiento de las intenciones de su fundador, y de restablecer conforme a sus miras y las nuestras el culto de la patrona que nuestra buena ciudad de París acostumbraba a implorar en sus necesidades.

Oído el informe de nuestro

ministro del Interior y de nuestro consejo, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

ARTÍCULO PRIMERO

La nueva iglesia fundada por el Rey Luis XV en honor de Santa Genoveva, patrona de París, se consagrará incesantemente a practicar el culto divino bajo la advocación de esta santa, a cuyo efecto se pone a disposición del arzobispo de París, quien dispondrá que provisionalmente se cuiden de su servicio los

eclesiásticos designados por él.

ARTÍCULO SEGUNDO

Se dispondrá ulteriormente sobre el servicio regular y perpetuo que se haya de prestar y sobre la manera de hacerlo.

Firmado: LUIS.

Refrendado: SIMEÓN.

Real Orden de 26 de agosto de 1830.

Considerando que es justicia nacional y propio del honor de Francia que los grandes hombres que han

*merecido bien de la patria,
contribuyendo a su gloria,
reciban después de su muerte
ostensible testimonio del
aprecio y el agradecimiento
públicos.*

*Considerando que para
alcanzar siempre objeto, las
leyes que destinaban el Panteón
con el susodicho propósito
deben ponerse en vigor.*

*Hemos ordenado y
ordenamos lo siguiente:*

ARTÍCULO PRIMERO

*El Panteón se devolverá a
su destino primitivo legal,*

restableciéndose en el frontis la inscripción:

A los grandes hombres, la patria agradecida.

Allí se depositarán los restos de los grandes hombres que hayan merecido bien de la patria.

ARTÍCULO SEGUNDO

Se adoptarán medidas para determinar bajo qué condiciones y en qué forma se tributará este testimonio del agradecimiento nacional en nombre de la patria. Una

*comisión se encargará
inmediatamente de preparar un
proyecto de ley al efecto.*

ARTÍCULO TERCERO

*Se reproducen el decreto de
20 de febrero de 1806 y la orden
de 12 de diciembre de 1821.*

Firmado: Luis Felipe.

Refrendado: GUIZOT.

*Decreto de 6 de diciembre
de 1851.*

*El presidente de la
República: Vista la ley de 4 de
abril de 1791; Visto el decreto*

de 20 de febrero de 1806; Vista la orden de 12 de diciembre de 1821; Vista la orden de 26 de agosto de 1830.

Decreto:

ARTÍCULO PRIMERO

La antigua iglesia de Santa Genoveva se devuelve al culto, conforme la intención de su fundador, bajo la advocación de Santa Genoveva, patrona de París. Ulteriormente se adoptarán medidas para regular el ejercicio permanente del culto católico en dicha iglesia.

ARTÍCULO SEGUNDO

Se reproduce la orden de 26 de agosto de 1830.

ARTÍCULO TERCERO

El ministro de Instrucción Pública y de los Cultos y el ministro de Obras Públicas, quedan encargados cada cual de cuanto les concierna en la ejecución del presente decreto, que se insertará en el Boletín de las leyes.

Firmado: Luis Napoleón.

Refrendado: FORTOUL.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, toda la Asamblea nacional salió de la sala del Picadero para dirigirse a la casa de Mirabeau, donde le esperaba el director del departamento con todos los ministros y más de cien mil almas.

Pero entre estas últimas, ni una sola había ido especialmente en nombre de la Reina.

El cortejo se puso en marcha.

Lafayette iba a la cabeza como comandante general de los guardias nacionales del reino.

Seguía el presidente de la Asamblea nacional, Tronchet, rodeado de doce ujieres.

Después los ministros.

Detrás la Asamblea, sin distinción de partidos; Sieyès dando el brazo a Carlos de Lameth.

A continuación de la Asamblea el club de los Jacobinos, como segunda Asamblea nacional; se había señalado por su dolor, probablemente más fastuoso que verdadero; había decretado ocho días de duelo, y Robespierre, demasiado pobre para comprar traje, había alquilado uno, como lo había hecho ya por la muerte de Franklin.

Detrás iba la población de París entera, contenida por dos filas de guardias nacionales cuyo número

excedía de treinta mil hombres.

Una música fúnebre cerraba la marcha, oyéndose en ella por primera vez dos instrumentos desconocidos hasta entonces, el trombón y el tantán^[31], que marcaban al paso de la inmensa multitud.

Hasta las ocho no se llegó a San Eustaquio, y aquí se pronunció el elogio fúnebre por Cerotti; al decir la última palabra, diez mil guardias nacionales que estaban en la iglesia descargaron sus fusiles a la vez, y la Asamblea, que no esperaba esta descarga, profirió un ruidoso grito. La conmoción había sido tan violenta, que ni un solo vidrio quedó

intacto; hubiera podido creerse un momento que la bóveda del templo se iba a derrumbar, y que la iglesia serviría de tumba al ataúd.

Se emprendió de nuevo la marcha a la luz de las hachas; la sombra se extendía, y no solamente acababa de invadir las calles por donde se debía pasar, sino también la mayor parte de los corazones de aquellos que pasaban.

La muerte de Mirabeau, en efecto, era una oscuridad política. ¿En qué vía se iba a entrar ahora? El hábil domador no estaba ya allí para dirigir esos fogosos corceles que se llaman la ambición y el odio. Comprendíase que

se había llevado consigo alguna cosa que en adelante faltaría a la Asamblea; el espíritu de paz velando hasta en medio de la guerra, y la bondad del corazón oculta bajo las violencias del espíritu. Todo el mundo había perdido con aquella muerte; los realistas no tenían ya aguijón, ni los revolucionarios freno; en adelante, el carro iba a rodar con más rapidez y la bajada era larga aún. ¿Quién podía decir si se rodaba hacia el triunfo o hacia el abismo?

Se llegó al panteón a medianoche.

Solamente un hombre había faltado en el cortejo: era Pétion.

¿Por qué se había abstenido Pétion?

Lo dijo él mismo al día siguiente a los amigos que censuraban su ausencia.

Había leído, dijo, un plan de conspiración contrarrevolucionaria escrito de mano de Mirabeau.

Tres años después, en un sombrío día de otoño, no ya en la sala del Picadero, sino en la de las Tullerías, cuando la Convención, después de haber matado al Rey y a la Reina, después de matar girondinos y franciscanos, después de matar a los jacobinos y a los montañeses, después de matarse a sí propio, y no teniendo ya nada que matar, comenzó a sacrificar a los muertos. Entonces fue cuando con salvaje alegría

declaró que se había engañado en el juicio que formara sobre Mirabeau, y que a sus ojos el genio no podía hacer perdonar la corrupción.

Y se expidió un nuevo decreto que excluía a Mirabeau del Panteón.

Un ujier se presentó en la puerta del templo y dio lectura del decreto que declara a Mirabeau indigno de compartir la sepultura de Voltaire, de Rousseau y de Descartes, y que intimaba al guardián de la iglesia a entregar el cadáver.

Así, una voz más terrible que la que debió oírse en el valle de Josafat, gritaba antes de la hora: «¡Panteón,

devuelve tus muertos!»).

El panteón obedeció, y el cadáver de Mirabeau fue entregado al ujier, que mandó como él mismo dice, *conducir y depositar dicho ataúd* en el lugar ordinario de *las sepulturas*.

Ahora bien, el lugar ordinario de las sepulturas era Clamart, el cementerio de los ajusticiados.

Y sin duda para que fuese más terrible el castigo que iba a sufrir hasta en la muerte, de noche y sin cortejo alguno fue inhumado el ataúd, sin dejar la menor señal en el sitio, sin cruz, sin losa, sin la menor inscripción.

Pero más tarde, un viejo sepulterero,

interrogado por uno de esos curiosos que ansían saber lo que otros ignoran, condujo cierta noche a un hombre a través del cementerio desolado, y deteniéndose en medio del recinto, golpeó la tierra con el pie y dijo:

—¡Aquí es!

Y como el curioso insistiera para asegurarse, el otro replicó:

—Aquí es, respondo de ello, pues yo mismo ayudé a bajarle a su fosa y estuve a punto de rodar en ella; tan pesado era aquel maldito ataúd de plomo.

Aquel hombre era Nodier.

Cierto día me condujo también a

Clamart, golpeó la tierra en el mismo sitio, y me dijo a su vez:

—¡Aquí es!

Ahora bien, hace más de cincuenta años que las generaciones que se han sucedido pasan sobre esa tumba desconocida de Mirabeau. ¿No es una expiación bastante larga por un crimen contestable, que fue más bien el de los enemigos de Mirabeau que el de ese mismo? Y ¿no será tiempo de que a la primera ocasión de remover esa tierra impura en la cual reposa, se busquen hasta encontrarlo ese ataúd de plomo que pesaba tanto en los brazos del sepulturero, y en el cual se reconocerá

al proscrito del panteón?

Tal vez Mirabeau no merezca el panteón; pero, seguramente, en tierra cristiana reposan y reposarán muchos que merezcan más que él las gemonías^[32].

¡Francia!, ¡entre las gemonías y el panteón una tumba a Mirabeau, con su nombre por todo epitafio, con su busto por todo adorno, con el porvenir por todo juez!

Capítulo LXXIX

EL MENSAJERO

En la mañana del 2 de abril, tal vez una hora antes de que Mirabeau exhalase el poster aliento, un oficial superior de la marina, revestido de su gran uniforme de capitán de navío, y viniendo de la calle de San Honorato, se encaminaba hacia las Tullerías por la de San Luis y la de la Escala.

A la altura de las Cocheras dejó un patio a la derecha, franqueó las cadenas

que le separaban del interior, devolvió su saludo al centinela que le presentaba las armas y se encontró en el patio de los Suizos.

Llegado aquí, tomó como hombre para quien el camino es familiar, una escalerilla de servicio, que por largo corredor circular comunicaba con el despacho del Rey.

Al verle el ayuda de cámara profirió un grito de sorpresa, casi de alegría; pero aplicando un dedo a sus labios, el visitante le dijo:

—Señor Hué, ¿puede el Rey recibirme en este mismo instante?

—El Rey está con el señor general

Lafayette, a quien da sus órdenes para el día —contestó el ayuda de cámara—; mas apenas haya salido el general...

—¿Me anunciaréis? —preguntó el oficial.

—¡Oh!, sin duda es inútil, atendido que su Majestad os espera, pues desde anoche me dio orden de introducirlos apenas llegaseis.

En aquel momento resonó la campanilla en el despacho del Rey.

—Ya lo veis —dijo el ayuda de cámara—, sin duda el Rey llama para informarse sobre vos.

—Pues entrad, señor Hue, y no perdamos tiempo si, en efecto, el rey

puede recibirme.

El ayuda de cámara abrió la puerta, y casi al punto, prueba de que el Rey estaba solo, anunció:

—El señor conde de Charny.

—¡Oh!, ¡que entre, que entre! — exclamó el Rey—, desde ayer le espero.

El Conde se adelantó vivamente, y con una respetuosa rapidez se acercó al Rey.

—Señor —dijo—, me he retardado algunas horas, según parece; mas espero que cuando haya dicho a Vuestra Majestad las causas de esta tardanza, me dispensará.

—Venid, venid caballero de Charny,

os esperaba con impaciencia, es verdad; pero de antemano soy de vuestro parecer; solamente una causa importante ha podido contribuir a que vuestro viaje fuera menos rápido de lo que debía ser. Y ahora, sed bienvenido.

Y le ofreció al conde su mano, que este besó con respeto.

—Señor —continuó Charny, que veía la impaciencia del Rey—, he recibido vuestra orden en la noche de anteayer, y ayer salí de Montmédy a las tres de la madrugada.

—¿Cómo habéis venido?

—En coche de posta.

—Esto me explica las pocas horas

de retraso —dijo el Rey, sonriendo.

—Señor —contestó Charny—, hubiera podido venir a caballo a todo correr, es cierto, y de este modo hubiera estado aquí entre diez y once de anoche, o tal vez antes, tomando la vía directa; pero he querido dar cuenta a Vuestra Majestad de las probabilidades buenas o malas del camino que eligió; he querido conocer las postas bien montadas y las que están mal servidas, y sobre todo, averiguar precisamente cuánto tiempo, por minuto y segundo, se empleaba para ir desde Montmédy a París, y de consiguiente, desde París a Montmédy. Lo he anotado todo, y ahora

estoy en disposición de contestar a todo.

—¡Bravo, señor de Charny! —dijo el Rey—, sois un admirable servidor; pero permitidme comenzar a deciros cómo estamos aquí, y después me diréis cómo están allá.

—¡Oh, señor! —contestó Charny—, a juzgar por mis noticias, las cosas van muy mal por aquí.

—Tanto es así que estoy prisionero en las Tullerías, querido conde, y hace poco se lo decía a ese querido señor de Lafayette, mi carcelero. Mejor hubiera querido ser Rey de Metz que de Francia; pero felizmente ya estáis aquí.

—Su Majestad me hacía el honor de

manifestarme que iba a ponerme al corriente de la situación.

—Sí, es verdad, y lo haré en dos palabras... ¿Habéis sabido la fuga de mis tías?

—Como todo el mundo, señor; pero ningún detalle.

—¡Ah! Dios mío, es cosa muy sencilla; ya sabéis que la Asamblea no nos permite más que los sacerdotes juramentados, y las pobres mujeres se asustaron al acercarse las Pascuas; creyeron que había riesgo para sus almas en confesarse con un sacerdote constitucional, y por mi consejo, debo decirle, marcharon a Roma. Ninguna ley

oponía obstáculo a este viaje, y no se debía temer que las pobres viejas reforzaran mucho el partido de los emigrados. Narbona fue quien se encargó de la marcha, y no sé cómo procedió; pero es el caso que se descubrió la cosa, y recibieron una visita por el estilo de la que tuvimos nosotros en Versalles el 5 y 6 de octubre; esto sucedió en Bellevue, la misma noche de su marcha. Por fortuna ellas salían por una puerta, mientras que aquella canalla llegaba por la otra. ¿Comprendéis? Ni un sólo carruaje preparado, siendo así que debía haber tres dispuestos en las cocheras.

Debieron ir hasta Meudon a pie, y aquí encontraron al fin los coches y les fue posible marchar. Tres horas después, rumor inmenso en todo París; los que habían llegado para suspender la fuga, encontraron el nido aún caliente, pero vacío; al otro día toda la prensa produjo un clamoreo. Marat gritó que se llevaban millones, y Desmoulins que llevaban en su compañía al delfín. Nada de esto era verdad; las pobres mujeres tenían tres o cuatrocientos francos en su bolsa, y estaban bastante bien apuradas por sí solas para que pudieran pensar en llevarse un niño que seguramente las descubriría; la prueba es que aun sin él

se las reconoció, primeramente en Moret, que las dejó pasar, y después en Arnayle-Due, donde se las detuvo. Me ha sido necesario escribir a la Asamblea para que continuaran su camino, y a pesar de mi carta, se discutió sobre el particular todo el día. Al fin fueron autorizadas para que continuaran su viaje, pero a condición de que el Comité presentara una ley sobre los emigrantes.

—Sí —replicó Charny—, pero me parece que después de oído un magnífico discurso del señor de Mirabeau, fue desechado el proyecto.

—Sin duda que lo fue; pero junto a este pequeño triunfo, me esperaba una

gran humillación. Al oír las murmuraciones que producía la marcha de mis pobres tías, algunos amigos leales —aún me quedaban algunos con que yo no contaba, querido conde—, un centenar de caballeros, se precipitaron en las Tullerías para ofrecerme sus vidas, y al punto circuló el rumor de una conspiración para sacarme de aquí. Lafayette, a quien se había hecho correr al arrabal de San Antonio bajo el pretexto de que la Bastilla se elevaba de nuevo, furioso al ver que se le había engañado, vuelve hacia las Tullerías, entra espada en mano, detiene a nuestros pobres amigos y los desarma. Se les

encuentra a los unos pistoletas y a los otros cuchillos, pues cada cual había tomado lo primero que encontró a su alcance. Bueno; este día se suscribirá en la historia con otro nombre, se titulará «El día de los caballeros del puñal».

—¡Oh, señor, señor! ¡A qué tiempos tan terribles hemos llegado! —exclamó Charny moviendo la cabeza.

—Esperad. Todos los años vamos a Saint-Cloud, cosa convenida y resuelta. Anteayer dimos orden de que engancharan los coches, y comenzamos a bajar. Alrededor de ellos habría unas mil quinientas personas, y subimos sin vacilar; pero fue imposible dar un paso;

el pueblo salta a la brida de los caballos y declara que yo quiero huir, pero que no huiré. Después de una hora de inútiles tentativas no hubo más remedio que apearse y entrar de nuevo; la Reina lloraba de cólera.

—Pero ¿no estaba allí el general Lafayette para que se respetara a Vuestra Majestad?

—¿Sabéis lo que hacía Lafayette? Mandaba echar a vuelo la campana de San Roque, y corría a la Casa Municipal en busca de la bandera roja para declarar la patria en peligro. ¡La patria en peligro porque los reyes iban a Saint-Cloud! ¿Sabéis quién rehusó la bandera

y hasta se la arrancó de las manos, porque ya la tenía cogida? Pues fue Danton; y por esto pretende el general que Danton está comprado y que ha recibido de mí cien mil francos. He aquí cómo estamos, querido conde, sin contar que Mirabeau habrá muerto tal vez a estas horas.

—Pues entonces, razón demás para apresurar la marcha, señor.

—Esto es lo que haremos. Veamos, ¿qué habéis resuelto allá abajo con Buillé? Ahora debe sentirse fuerte, pues por el asunto de Paney he tenido ocasión para extender su mando, poniendo nuevas tropas a sus órdenes.

—Sí, señor; mas por desgracia, las disposiciones del ministro de la Guerra anulan las nuestras. Acaba de retirarle el regimiento de húsares de Sajonia, y le rehúsa los de Suiza; de modo que con mucha dificultad ha conservado en la fortaleza de Montmédy el regimiento de infantería de Bouillon.

—Entonces quizá dude ahora...

—No, señor; son algunas probabilidades menos, pero ¿qué importa? En semejantes empresas se debe dejar una parte a la casualidad, y siempre tendremos, si la empresa se conduce bien, noventa probabilidades sobre ciento.

—Pues bien; si es así, volvamos a nosotros.

—Señor, ¿estáis siempre bien resuelto a seguir el camino de Sainte-Menehould de Clermont y de Stenay, aunque tenga veinte leguas más que los otros y no haya postas en Varennes?

—Ya he dicho al señor de Bouillé qué motivos me hacían preferir este camino.

—Sí, señor, y nos ha transmitido sobre este punto las órdenes de Vuestra Majestad. Precisamente según ellas he estudiado todo el camino, matorral por matorral, piedra por piedra; el trabajo debe estar en manos de Vuestra

Majestad.

—Y es un modelo de claridad, querido conde; de modo que ahora conozco el camino como si lo hubiera hecho yo mismo.

—Pues bien, señor, he aquí los detalles que mi último viaje ha agregado a los otros.

—Hablad, señor de Charny, y para mayor claridad, he aquí el diseño hecho por vos mismo.

Al pronunciar estas palabras, el Rey sacó de una carpeta una especie de carta topográfica, no trazada, sino dibujada a mano, y como lo había dicho Charny, no faltaba ni un árbol ni una piedra; era la

obra de ocho meses de trabajo.

Charny y el Rey se inclinaron sobre aquella carta.

—Señor —dijo el conde—, el verdadero peligro comenzará para Vuestra Majestad en Sainte-Menehould y cesará en Stenay. En estas dieciocho leguas se deben distribuir nuestros destacamentos.

—¿No se podría acercarlos más a París, señor de Charny, hacerlos venir, por ejemplo, hasta Châlons?

—Señor —contestó Charny—, me parece difícil. Châlons es una ciudad demasiado fuerte para que cuarenta, cincuenta, y hasta cien hombres hagan

algo eficaz para salvar a Vuestra Majestad si se viese amenazada, y, por otra parte, el señor de Bouillé no responde de nada sino a partir desde Sainte-Menehould. Todo cuanto puede hacer —y aun esto no sin discutirlo antes con Vuestra Majestad—, es situar su primer destacamento en Pont-de-Sommevelle. Ya veis, señor, cómo está aquí marcada la primera posta después de Châlons.

Y Charny mostraba con el dedo en la carta el punto de que se hablaba.

—Bien, sea —dijo el Rey—, en diez o doce horas se puede estar en Châlons. ¿Cuántas habéis empleado para recorrer

vuestras noventa leguas?

—Treinta y seis.

—Pero en un coche ligero en que ibais sólo con un criado.

—Señor, he perdido tres horas de camino para examinar en qué punto de Varennes se debía cambiar de tiro, si más acá de la ciudad, por el lado de Sainte-Menehould, o más allá por la parte de Dun. Esto viene a ser poco más o menos lo mismo; las tres horas perdidas compensarán el peso del coche; y mi parecer es, por lo tanto, que el Rey puede ir de París a Montmédy en treinta y cinco o treinta y seis horas.

—Y ¿qué habéis resuelto respecto al

servicio de posta de Varennes? Este es el punto importante, y es preciso asegurarse de que no carecemos allí de caballos.

—Sí, señor, y mi parecer es que el cambio de tiro se debe efectuar más allá de la ciudad, por el lado de Dun.

—¿En qué fundáis vuestra opinión?

—En la posición misma de la ciudad, señor.

—Explicadme esa posición, conde.

—Señor, la cosa es fácil. He pasado cinco o seis veces por Varennes desde mi salida de París, y ayer permanecí en este punto desde mediodía hasta las tres. Varennes es una pequeña ciudad de mil

seiscientos habitantes, poco más o menos, formada por dos barrios muy distintos, que se llaman la ciudad alta y la ciudad bajo; están separadas por el río Aire y se comunican entre sí por un puente. Si Su Majestad quiere seguirme en la carta... aquí, señor, cerca del bosque de Argonne, ahí mismo... eso es... en el lindero, verá...

—¡Oh! Ya estoy —dijo el Rey—; el camino hace un recodo enorme en el bosque para conducir a Clermont.

—Eso es, señor.

—Pero todo esto no me dice por qué se ha de cambiar de tiro más allá de la ciudad y no más acá.

—Esperad, señor, el puente que conduce de un barrio a otro está dominado por una alta torre muy antigua, que domina una bóveda sombría, oscura y estrecha. Aquí el menor obstáculo puede impedir el paso; por lo tanto, más vale que, en vez de correr un peligro en este punto, exponerse a él con caballos y postillones a escape, llegando de Clermont, que no cambiar de tiro a quinientos pasos más acá del puente, donde si se reconociera al Rey, tres o cuatro hombres bastarían para impedir el paso.

—Muy bien —dijo el Rey—, y por lo demás, en caso de vacilación, estaréis

allí, conde.

—Será a la vez un deber y un honor para mí, si es que el Rey me juzga digno de él.

Luis XVI ofreció de nuevo la mano a Charny.

—¿Conque así —dijo el Rey—, el señor de Bouillé ha señalado ya las etapas y elegido los hombres que escalonarán en mi camino?

—Salvo la completa aprobación de Vuestra Majestad, sí, señor.

—¿Os ha entregado alguna nota sobre este punto?

Charny sacó de su bolsillo un papel doblado y le presentó al Rey

inclinándose.

El Rey le desdobló y leyó:

El parecer del marqués de Bouillé es que los destacamentos no han de ir más allá de Sainte-Menehould; pero si el Rey exigiera que fueran hasta Pont-de-Sommevelle, he aquí cómo propongo a Su Majestad repartir las fuerzas que deben servirle de escolta:

1.º En Pont-de-Sommevelle, cuarenta húsares del regimiento de Lauzun, mandados por el señor de Chaiseul, que tendrá a

sus órdenes a su teniente Boudet.

2.º En Sainte-Menehould, treinta dragones del regimiento Real, mandados por el capitán Dandoins.

3.º En Clermont, cien dragones del regimiento del príncipe y cuarenta del regimiento Real, mandados por el conde Carlos de Damas.

4.º En Varennes, sesenta húsares del regimiento de Lauzun, mandados por los señores Rohrig, Bouillé hijo y Raigecourt.

5.º En Dun, cien húsares del regimiento de Lauzun, mandados por el capitán Deslon.

6.º En Mouzay, cincuenta jinetes del Real alemán, mandados por el capitán Guntzer.

7.º Y por último, en Stenay, el regimiento Real alemán, mandado por su teniente coronel el señor barón de Mandell.

—Me parece muy bien así —dijo el Rey después de haber leído—; pero si

esos destacamentos se ven obligados a permanecer dos o tres días en dichas ciudades, ¿qué pretexto darán?

—Ya está encontrado, señor; dirán que esperan un convoy de dinero enviado por el ministro al ejército del Norte.

—Vamos —dijo el Rey con visible satisfacción—, todo está previsto.

Charny se inclinó.

—Y a propósito del convoy de dinero —dijo el Rey—, ¿sabéis si el señor de Bouillé ha recibido el millón que le remití?

—Sí, señor, pero Vuestra Majestad sabe que este millón era en asignados,

que pierden el veinte por ciento.

—¿Ha podido descontarlos, por lo menos a este tipo?

—Señor, por lo pronto, un súbdito fiel de Vuestra Majestad ha tenido la suerte de tomar él sólo por valor de cien mil escudos, sin descuento, por supuesto.

—¿Y el resto, conde? —preguntó el Rey mirando fijamente a Charny.

—El resto —contestó el conde—, fue descontado por Bouillé hijo en casa del banquero de su padre, el señor Perregaux, que le pagó el total en letras de cambio contra los señores Belhmann, de Francfort, que las han aceptado; de

modo que cuando llegue la hora no faltará el dinero.

—Gracias, señor conde —dijo Luis XVI—; pero ahora debéis decirme el nombre de ese fiel servidor, que tal vez haya comprometido su fortuna para dar los cien mil escudos al señor de Bouillé.

—Señor, ese fiel servidor de Vuestra Majestad es muy rico, y de consiguiente no ha tenido ningún mérito en hacer lo que ha hecho.

—No importa, caballero, el Rey desea conocer su nombre.

—Señor —contestó Charny inclinándose—, la única condición que impuso, en el supuesto de que prestaba a

Vuestra Majestad dicho servicio, fue la de conservar el anónimo.

—Sin embargo —dijo el Rey—, vos le conocéis seguramente.

—Sí, señor.

—Señor de Charny —repuso entonces el Rey con esa dignidad de alma que le caracterizaba a veces—, he aquí una sortija muy preciosa para mí... —y sacó de su dedo un simple anillo de oro—; la tomé de un dedo de mi padre al besar su mano helada por la muerte, y por lo tanto no tiene más valor del que yo le doy; mas para un corazón que sepa comprenderme, esta sortija será más preciosa que el más rico brillante.

Repetid a ese fiel servidor lo que acabo de manifestaros, señor de Charny, y dadle la sortija de mi parte. Dos lágrimas se escaparon de los ojos de Charny; su pecho se dilató, y dobló una rodilla en tierra para recibir la sortija de manos del Rey.

En aquel momento la puerta se abrió. El Rey se volvió vivamente, pues aquella puerta, abriéndose así, era tal infracción a las reglas de la etiqueta, que constituía una gran injuria si no se excusaba por una gran necesidad. Era la Reina, pálida y con un papel en la mano. Pero a la vista del conde arrodillado besando la sortija del Rey y pasándola a

su dedo, dejó escapar el papel, profiriendo una exclamación de asombro.

Charny, levantándose al punto, saludó respetuosamente a la Reina, que balbucía entre dientes:

—¡El señor de Charny... el conde de Charny... aquí... en la habitación del Rey... en las Tullerías!... Y en voz baja añadió: —¡Y sin saberlo yo!

Había tal intensidad de dolor en los ojos de la pobre mujer, que Charny, que no había oído el fin de la frase, pero que le adivinó, dio dos pasos hacia ella.

—Ahora mismo he llegado —dijo —, e iba a pedir permiso a Su Majestad

para presentaros mis respetos.

El color reapareció en las mejillas de la Reina. Hacía largo tiempo que no había oído la voz de Charny, y en esta voz la dulce entonación que acababa de dar a sus palabras.

Alargó sus dos manos como para ir hacia él; pero casi en el mismo instante aplicó una sobre su corazón, que sin duda latía con demasiada violencia.

Charny lo vio y lo adivinó todo, aunque estas sensaciones, que necesitaríamos diez líneas para transcribir y explicar, se hubiesen producido durante el tiempo que el Rey había necesitado para ir a recoger el

papel caído de manos de la Reina, y que la corriente de aire establecida entre la puerta y las ventanas había hecho volar hasta el fondo del despacho.

El Rey leyó lo que estaba escrito en el papel, pero sin comprender nada.

—¿Qué quieren decir estas tres palabras: «¡Huir, huir, huir!...» y esta media firma? —preguntó el Rey.

—Señor —contestó la Reina—, quieren decir que el señor de Mirabeau ha muerto diez minutos hace, y que este es el consejo que me da al exhalar el postrer aliento.

—Señora —replicó el Rey—, el consejo será atendido porque es bueno,

y porque ha llegado la hora de ponerle en ejecución.

Y volviéndose hacia Charny, añadió:

—Conde, podéis seguir a la Reina a su habitación y decírselo todo.

La Reina se levantó, miró sucesivamente al Rey y a Charny, y dirigiéndose después a este último le dijo:

—Venid, señor conde.

Y salió precipitadamente, porque si hubiera permanecido un minuto más allí, no le habría sido posible reprimir todos los sentimientos opuestos que su corazón encerraba.

Charny se inclinó por última vez

ante el Rey, y siguió a María Antonieta.

Capítulo LXXX

LA PROMESA

La Reina entró en su habitación y se dejó caer en un canapé, haciendo seña a Charny para que cerrase la puerta.

Por fortuna el gabinete estaba solitario, pues Gilberto había solicitado hablar a la Reina sin testigos para referirle lo que acababa de pasar y entregarle la última recomendación de Mirabeau.

Apenas sentada, su corazón

demasiado lleno se desbordó y prorrumpió en sollozos.

Estos sollozos eran tan violentos y sinceros, que conmovieron en el fondo del corazón de Charny los restos de su amor.

Decimos los restos de su amor, porque cuando una pasión semejante a la que hemos visto nacer y desarrollarse ha abrasado el corazón de un hombre, a menos de uno de esos choques terribles que sustituyen el amor con el odio, aquel no se extingue jamás completamente.

Charny se hallaba en aquella posición extraña que solamente pueden apreciar los que la han conocido: en él

había a la vez un antiguo y un nuevo amor.

Amaba ya a Andrea con todo el fuego de su corazón.

Y amaba a la Reina con toda la piedad de su alma.

A cada desengaño de este pobre amor, debido al egoísmo, había sentido, por decirlo así, el sufrimiento en el corazón de la mujer, y cada vez comprendiendo aquel egoísmo, como todos aquellos para quienes un amor pasado se convierte en una carga, pero sin tener fuerza para rechazarle.

Y sin embargo, siempre que este dolor tan verdadero se manifestaba

delante de él sin recriminaciones ni quejas, medía la profundidad de aquella pasión, recordando cuantas preocupaciones humanas, cuantos deberes sociales había despreciado aquella mujer por él; e inclinado sobre este abismo no podía menos de dejar caer en él a su vez una lágrima de sentimiento y una palabra de consuelo.

Pero a través de los sollozos se revelaban las quejas, a través de las lágrimas reconocíanse las recriminaciones; y en el mismo instante el conde recordaba las exigencias de aquel amor, aquella voluntad absoluta, aquel despotismo real que sin cesar se

mezclaba con las frases de ternura, con las pruebas de pasión. El conde se hacía fuerte contra las exigencias, se armaba contra el despotismo, y entraba en lucha contra aquella voluntad; entonces comparaba la mujer que antes amó con la inalterable figura de Andrea, y prefería esta última por más que la creyese una estatua de hielo, a la imagen de la pasión siempre dispuesta a lanzar por sus ojos los relámpagos de su amor, de sus celos o de su orgullo.

Esta vez la Reina lloraba sin decirle nada.

Hacía más de ocho meses que no había visto a Charny; fiel a la promesa

que hizo al Rey, el conde no se había revelado a nadie durante este tiempo; así es que la Reina no supo nada de aquella existencia tan íntimamente ligada con la suya que durante dos o tres años había creído que no era posible separar una de otra sin separar las dos.

Y sin embargo, ya hemos visto que Charny se había separado de ella sin decir adonde iba.

Pero a la Reina le quedaba el consuelo de saber que estaba ocupado en el servicio del Rey, y por lo tanto, se decía: «Trabajando para mi esposo, también trabaja para mí; de modo que aunque quisiera olvidarme, se verá

obligado a pensar en mí».

Pero era un débil consuelo este pensamiento que se repetía en ella; y así es qué al ver de nuevo, de improviso al señor de Charny en el momento en que menos lo esperaba, y al encontrarle en la habitación del Rey, casi en el mismo sitio donde le vio el día de su marcha, todos los dolores que antes angustiaron su alma, todos los pensamientos que habían atormentado su corazón, todas las lágrimas que abasaron sus ojos durante aquella larga ausencia del conde, volvían a la vez juntos tumultuosamente a inundar sus mejillas o a llenar su pecho de todos los dolores que ella

creía desvanecidos.

Lloraba sin decir palabra. ¿Era de alegría o de dolor?... Por la una o por el otro, toda emoción poderosa se resume en lágrimas.

Por eso sin decir nada, pero con más amor que respeto, Charny se acercó a la Reina, separó una de las manos con que se cubría el rostro, y apoyando en ella sus labios, dijo:

—Señora, me complace y enorgullece afirmaros que desde el día que me despedí de vos no habéis dejado de ocupar una hora mi pensamiento.

—¡Oh, Charny, Charny! —exclamó la Reina—, hubo un tiempo en que tal

vez os hubierais ocupado menos de mí, pero habríais pensado más.

—Señora —contestó Charny—, el Rey me había confiado una grave responsabilidad, que me imponía el más absoluto silencio hasta que hubiera cumplido mi delicada misión. Hasta hoy no ha terminado, y por eso puedo veros y hablaros otra vez; mientras que antes ni siquiera me era lícito escribiros.

—Es un hermoso ejemplo de lealtad el que habéis dado, Oliverio —dijo la Reina, melancólicamente—; tan sólo siento una cosa, y es que no hayáis podido darla sino a expensas de otro sentimiento.

—Señora —exclamó Charny—, permitid, puesto que el Rey ha consentido en ello, que os instruya sobre lo que se ha hecho para vuestra salvación.

—¡Oh, Charny, Charny! —replicó, la Reina—, ¿no tenéis nada más interesante que decirme?

Y oprimió tiernamente la mano del conde, fijando en él una de esas miradas por la cual este hubiera ofrecido en otro tiempo su vida, y que siempre estaba dispuesto, si no a ofrecer, por lo menos a sacrificar.

Y mirándole así vio, no un viajero cubierto de polvo que se apea de una

silla de posta, sino un cortesano lleno de elegancia, que ha sometido su fidelidad a todas las reglas de la etiqueta.

Su traje era tan perfecto que la Reina más exigente hubiera podido darse por contenta; pero precisamente esto mismo inquietó visiblemente a la mujer.

—¿Cuándo habéis llegado? — preguntó.

—Acabo de llegar, señora.

—Y venís de...

—De Montmédy.

—¿De modo que habéis atravesado la mitad de Francia?

—He recorrido noventa leguas desde la mañana de ayer.

—¿A caballo o en coche?

—En silla de posta.

—Y ¿cómo es que después de este fatigoso viaje venís vestido con tanto esmero y tan pulcro como un ayudante de campo del general Lafayette que saliera de un salón? ¿Tienen tan poca importancia las noticias que traéis?

—Son muy importantes por el contrario, señora; pero he pensado que si me apeaba en las Tullerías de una silla de posta cubierta de barro o de polvo, despertaría la curiosidad. Hace un momento el Rey me decía cuan estrechamente os vigilan, y al oírle me felicité de mi precaución de haber

venido a pie y de uniforme, como un simple oficial que vuelve para hacer su corte al cabo de una semana a dos de ausencia.

La Reina oprimió convulsivamente la mano de Charny; veíase que aún deseaba hacer la última pregunta, y que le era tanto más difícil de formular cuanto que le parecía de mayor importancia.

Por eso apeló a otra forma de interrogatorio.

—¡Ah, sí! —dijo con voz ahogada—, ahora recuerdo que tenéis casa en París.

Charny se estremeció, y solamente

entonces pudo ver el objeto de todas aquellas preguntas.

—¿Yo casa en París? —exclamó—. Y ¿dónde, señora?

La Reina hizo un esfuerzo.

—En la calle de Coq-Héron. ¿No es allí dónde vive la condesa?

Charny estuvo a punto de arrebatarse como un caballo a quien se excita con la espuela en la herida viva aún; pero en la voz de la Reina había tal vacilación, tal expresión de dolor, que se compadeció de lo que debía sufrir, ella, tan altiva, y que de tal modo sabía dominarse para ocultar lo que sentía.

—Señora —contestó con un acento

de profunda tristeza que tal vez no era del todo debido al padecimiento de la Reina—, creía haber tenido el honor de manifestaros antes de mi marcha que la casa de la señora de Charny no era la mía. Me he apeado en casa de mi hermano, el vizconde Isidoro de Charny, y allí es donde cambié de traje.

La Reina profirió un grito de alegría y deslizóse sobre sus rodillas, llevando a sus labios la mano de Charny.

Pero tan rápido como ella, el conde la cogió en sus brazos y levantólo, exclamando:

—Señora, ¿qué hacéis?

—Os doy las gracias, Oliverio —

dijo la Reina con voz tan dulce que este sintió las lágrimas agolparse a sus ojos.

—¡Qué me dais gracias! —exclamó tristemente el conde—. Y ¿de qué?

—¿Vos me lo preguntáis? —exclamó la Reina—. Pues sencillamente por haberme proporcionado el único instante de alegría completa de que he disfrutado desde vuestra marcha. ¡Dios mío! Ya sé que la pasión de los celos es una locura, una cosa insensata, pero también muy digna de compasión. Vos también fuisteis celoso en otro tiempo, Charny; pero hoy lo olvidáis. ¡Oh! ¡Los hombres! Cuando están celosos son muy felices, porque pueden batirse con sus rivales,

matar o ser muertos; pero las mujeres deben limitarse a llorar, aunque vean que sus lágrimas son inútiles y peligrosas, pues ya sabemos que las nuestras, en vez de acercar a nosotras al que nos la hace derramar, le alejan más. Este es el vértigo del amor; se ve el abismo, y en vez de huir de este nos precipitarnos en él. De nuevo os doy las gracias, Oliverio; ya me veis contenta y no lloro más.

En efecto; la Reina trató de sonreír, pero como si a fuerza de dolores hubiese olvidado lo que era la alegría, su risa tuvo un aire de tristeza tan doloroso que el conde se estremeció.

—¡Dios mío! —murmuró—, ¿es posible que hayáis sufrido tanto?

—¡Bendito seáis, Señor! —exclamó la Reina juntando las manos—, pues el día que comprenda mi dolor, no tendrá ya fuerza para no amarme.

Charny se sentía llevar sobre una pendiente, en la que, en un momento dado, no le sería posible contenerse, e hizo un esfuerzo como esos patinadores que para detenerse se echan hacia atrás, a riesgo de romper el hilo sobre el cual se deslizan.

—Señora —dijo—, ¿no me permitiréis recoger el fruto de mi larga ausencia, explicándoos lo que he tenido

la suerte de hacer por vos?

—¡Ah!, Charny —contestó la Reina —, hubiera preferido hablar del asunto que me ocupaba antes; pero, tenéis razón, es preciso no olvidar demasiado a la mujer que es Reina. Hablad, señor embajador, la mujer ha obtenido ya cuanto tenía derecho a esperar, y la Reina os escucha.

Entonces Charny refirió todo: cómo había sido enviado al señor de Bouillé; cómo el conde Luis llegó a París; cómo él, Charny, había estudiado el camino por donde la Reina debía huir, y cómo, en fin, había venido para anunciar al Rey que en cierto modo no faltaba más

que la parte material del proyecto para ponerlo en ejecución.

La Reina escuchó a Charny muy atenta y con profundo agradecimiento a la vez, pareciéndole imposible que la simple abnegación llegase hasta este punto. Solamente el amor, ardiente e inquieto, podía prever esos obstáculos e inventarlos medios que debían combatirlos y vencerlos.

Le dejó, pues, decir desde el principio hasta el fin, y cuando hubo concluido, mirándole con una suprema expresión de ternura, le dijo:

—Y os tendréis por muy feliz al haberme salvado.

—¡Oh! —exclamó el conde—, ¿a mí me preguntáis eso, señora? ¡Es el sueño de mi ambición, y si lo consigo será la gloria de mi vida!

—Preferiría que fuera simplemente la recompensa de vuestro amor —dijo la Reina con melancolía—; pero no importa... Bien veo que deseáis ardientemente que esta gran obra de la salvación del Rey, de la Reina y del delfín de Francia sea llevada a cabo por vos.

—No espero más que vuestro asentimiento para consagrar a ella mi existencia.

—Sí, y lo comprendo, amigo mío —

dijo la Reina—; esta abnegación debe estar pura de todo sentimiento extraño, de toda afectación material. Es imposible que mi esposo y mis hijos sean salvados por una mano que no osara extenderse hacia ellos para sostenerlos; si resbalaran en ese camino que vamos a recorrer juntos, os confío su vida y la mía, y espero que me compadeceréis.

—¿Compadeceros yo, señora?... — exclamó Charny.

—Sí. ¿No querréis en tales momentos, en los que yo necesitaré toda mi fuerza, todo mi valor y mi presencia de ánimo, no querréis, digo, que por una

idea, loca tal vez, se pierda todo, acaso por falta de una promesa, de una palabra dada? ¿No es así?

Charny interrumpió a la Reina.

—Señora —dijo—, quiera la salvación de Vuestra Majestad, quiero la felicidad de Francia, quiero la gloria de terminar la obra que he comenzado, y os confieso que me desespera no poder servirlos más que con este ligero sacrificio: os juro no visitar a la condesa de Charny sino con el permiso de Vuestra Majestad.

Y saludando respetuosa y fríamente a la Reina se retiró, sin que esta, helada por el acento con que había pronunciado

estas palabras, tratara de retenerle.

Mas apenas Charny hubo cerrado la puerta tras sí, retorcióse los brazos, exclamando dolorosamente:

—¡Oh! ¡Mejor quisiera que hubiera hecho el juramento de no verme jamás, y que me hubiera amado como la ama!...

Capítulo LXXXI

LA DOBLE VISTA

El 19 de junio siguiente, a eso de las ocho de la mañana, Gilberto se paseaba a grandes pasos por su habitación de la calle de San Honorato, dirigiéndose a veces hacia la ventana y asomándose como hombre que espera con impaciencia alguna persona que debe llegar.

Tenía en la mano un papel en cuatro dobleces con varias cartas e impresos, y

sin duda el papel era de gran importancia pues dos o tres veces, durante aquellos ansiosos momentos de espera, Gilberto le desdobló y relejó para repetir luego la misma operación.

Por fin, el rumor de un coche deteniéndose en la puerta le hizo correr a la ventana; pero llegó demasiado tarde, pues el que acababa de llegar hacía entrado ya.

Sin embargo, Gilberto no dudaba al parecer de la identidad del personaje, pues empujando la puerta de la antecámara, gritó:

—¡Bastían! Abrid al señor conde de Charny, a quien espero.

Y por última vez desdobló el papel que se disponía a leer de nuevo, cuando Bastián, en vez de anunciar al conde de Charny, gritó:

—¡El señor conde de Cagliostro!

Tan lejos estaba este nombre del pensamiento de Gilberto, que se estremeció como si un relámpago anunciándole el rayo acabara de pasar por delante de sus ojos.

Dobló vivamente el papel y ocultóle en el bolsillo de su traje.

—¿El señor conde de Cagliostro? — repitió asombrado aún del anuncio.

—¡Pues sí, Dios mío, yo mismo, querido Gilberto! —contestó el conde

—; ya sé que no me esperabais a mí, sino al señor de Charny; pero este se haya ocupado —ahora os diré en qué—, de modo que no podrá estar aquí hasta dentro de media hora. Sabiendo esto y hallándome en el barrio, me dije que bien podría subir un instante casa del doctor Gilberto, y confío en que no seré menos bien recibido aunque no me esperaseis.

—Querido maestro —repuso el doctor—, bien sabéis que a toda hora del día y de la noche se os abrirán aquí dos puertas, la de la casa y la de mi corazón.

—Gracias, Gilberto; algún día tal

vez me sea dado a mí también probaros hasta qué punto os tengo aprecio, y llegado este día, la prueba no se hará esperar. Ahora, hablemos.

—Y ¿de qué? —preguntó Gilberto, sonriendo—, pues la presencia de Cagliostro le anunciaba siempre alguna noticia que le asombraba.

—¿De qué? —repitió Cagliostro—. Pues bien: de la conversación de moda, de la próxima marcha del Rey.

Gilberto se estremeció de pies a cabeza, pero la sonrisa no desapareció un instante de sus labios; y gracias a su fuerza de voluntad, si no pudo impedir que el sudor humedeciese la raíz de sus

cabellos, impidió al menos que la palidez apareciera en sus mejillas.

—Y como tendremos para algún tiempo, porque la materia se presta —continuó Cagliostro—, me siento.

Y así lo hizo.

Por lo demás, pasado el primer movimiento de terror, Gilberto reflexionó que si era una casualidad lo que había traído a Cagliostro a su casa, por lo menos sería providencial, pues no teniendo el conde secretas para él, sin duda iba a referirle todo cuanto sabía de la marcha del Rey y de la Reina.

—Y bien —añadió Cagliostro, viendo que Gilberto esperaba—,

¿conque es cosa resuelta para mañana?

—Querido maestro —contestó el doctor—, bien sabéis que mi costumbre es dejaros hablar hasta el fin, pues aunque os engañéis en algo, siempre hay para mí alguna cosa que aprender, no sólo en un discurso vuestro, sino hasta en una palabra.

—Y ¿en qué me he engañado hasta ahora, Gilberto? —preguntó Cagliostro—. ¿Fue acaso cuando os anuncié la muerte de Favras, que en el momento decisivo hice todo lo posible para impedir? ¿Fue cuando os previne de que el mismo Rey intrigaba contra Mirabeau, y que este último no sería ministro? ¿Fue

cuando os dije que Robespierre reproduciría el cadalso de Carlos I, y Bonaparte el trono de Carlomagno? En cuanto a esto, no podéis acusarme de error, pues los tiempos no han pasado aún, y de estas cosas las unas pertenecen a fines de este siglo y las otras a principios del siguiente. Ahora bien; hoy, querido Gilberto, bien sabéis mejor que nadie que digo la verdad al manifestaros que el Rey debe huir durante la noche de mañana, puesto que sois uno de los agentes de esa fuga.

—¿En tal caso —contestó el doctor —, no esperáis sin duda que yo os lo confiese?

—Y ¿qué necesidad tengo de ello? Ya sabéis, no sólo que *soy quien soy*, sino que *soy quien sabe*.

—Pero si sois quien sabe —dijo Gilberto—, bien sabéis que la Reina dijo ayer al señor de Montmorin, con motivo de la negativa de *madame* Isabel a tomar parte en la fiesta del Corpus: «No quieren venir con nosotros a Saint-Germain-l'Auxerrois, y esto me aflige, pues podría muy bien hacer el Rey el sacrificio de sus opiniones». Ahora bien, si la Reina va el domingo con el Rey a Saint-Germain-l'Auxerrois, no marchan esta noche, ni pueden emprender un largo viaje.

—Sí; pero también sé —contestó Cagliostro—, que un gran filósofo dijo: «La palabra fue concedida al hombre para disimular su pensamiento». Ahora bien, Dios no es tan exclusivo que haya hecho al hombre sólo un don tan precioso.

—Querido maestro —dijo el doctor, tratando siempre de permanecer en el terreno de la broma—, ¿conocéis la historia del apóstol incrédulo?

—Sí; que comenzó a creer cuando Cristo le hubo mostrado sus pies, sus manos y su costado. Pues bien, querido Gilberto, la Reina, que está habituada a todas sus comodidades, y que no quiere

verse privada de ellas durante el viaje, aunque no deba durar, si el cálculo del señor de Charny es exacto, más que treinta y cinco o treinta y seis horas, la Reina ha mandado construir en casa de Desbrosses, calle de Notre-Dame-des-Victoires, un rico estuche de plata sobredorada, que se supone destinado a su hermana la archiduquesa Cristina, gobernadora de los Países Bajos. El estuche no se terminó hasta la mañana de ayer, y se llevó a las pocas horas a las Tullerías; he aquí por lo que se refiere a las manos. Se emprende el viaje en una gran berlina, espaciosa y cómoda, en la cual cogen fácilmente seis personas. Se

ha mandado construir a Luis, el primer maestro de coches de los Campos Elíseos, por el señor de Charny, que en este momento se halla en su casa y le cuenta ciento veinticinco luises, o sea la mitad de la suma convenida; ayer la probaron, haciéndola correr la posta cuatro caballos, y resistió perfectamente, por lo cual ha sido muy bueno el informe del señor Isidoro de Charny; he aquí respecto a los pies. Por último, el señor de Montmorin firmó esta mañana, sin saber lo que era, un pasaporte para la señora baronesa de Korff, sus dos hijos, sus doncellas, su intendente y tres criados. La señora

Korff, es *madame* de Tourzel, aya de los hijos de Francia; sus dos hijos son *madame* Real y el señor delfín; las dos doncellas, la Reina y *madame* Isabel; el intendente es el mismo Rey; y los tres criados, que deben vestir de correos, preceder y acompañar el coche, son los señores Isidoro de Charny, Malden y Valory; en cuanto al pasaporte, es el papel que teníais en la mano cuando yo llegué, que doblasteis para ocultarle en vuestro bolsillo, y que está concebido en estos términos:

De orden del Rey.

Mandamos que se deje

pasar a la señora baronesa de Korff con sus dos hijos, una mujer, una doncella y tres criados.

El ministro de Negocios Extranjeros,

MONTMORIN.

—He aquí el plan. ¿Estoy bien informado?

—Salvo una ligera contradicción entre vuestras palabras y la redacción del pasaporte.

—¿Cuál?

—Decís que la Reina y *madame* Isabel representan las dos doncellas de

madame Tourzel, y en el pasaporte no veo una sola doncella.

—¡Ah! Es que al llegar a Bondy se suplicará a la señora de Tourzel, que cree hacer el viaje hasta Montmédy, que tenga la bondad de apearse, y el señor de Charny, hombre fiel, con el cual se puede contar, ocupará su sitio para asomar la nariz por la portezuela en caso necesario, y hacer uso de dos pistoletas de bolsillo si se creyera oportuno. Entonces la Reina será la señora de Korff, y como hecho esto no quedará más que una mujer en el coche, *madame* Isabel, era inútil poner en el pasaporte dos doncellas. ¿Queréis ahora

más detalles? Pues os los daré, porque no faltan. La marcha debía efectuarse el 1 de junio, y el señor de Bouillé tenía mucho empeño en que así fuese; tanto que hasta escribió al Rey una curiosa carta invitándole a darse prisa, atendido que, dijo, las tropas se *pervertían* diariamente, y no respondía de nada si se dejaba prestar juramento a los soldados. Ahora bien —añadió Cagliostro, con su aire socarrón—, por la palabra *pervertirse* se ha de comprender que el ejército comienza a darse cuenta de que, debiendo elegir entre una monarquía que desde hace tres siglos ha sacrificado el pueblo a la

nobleza y el soldado al oficial, y una constitución que proclama la igualdad ante la ley, haciendo de los grados la recompensa del mérito y del valor, este ejército ingrato comienza a preferir la Constitución. Pero volvamos a los detalles: ni la berlina ni lo necesario estaba corriente aún, y fue imposible marchar el día 1, verdadera desgracia, porque desde entonces el ejército ha podido pervertirse cada vez más, prestando los soldados juramento a la Constitución. La marcha se aplazó, por lo tanto, para el 8; pero el señor de Bouillé recibió demasiado tarde la indicación, y a su vez debió contestar

que no estaría dispuesto para esta fecha. Entonces, de común acuerdo, señalóse el día 12; se hubiera preferido el 11, pero una mujer muy demócrata, querida del señor de Gouvion, ayudante de campo del general Lafayette —la señora de Rochereul, si queréis saber su nombre—, estaba de servicio junto al delfín y temíase que observase alguna cosa y denunciara. El día 12 el Rey echó de ver que no debía esperar más que seis días para percibir seis millones, o sea la cuarta parte de la lista civil. ¡Diablo! Convendréis conmigo, querido Gilberto, en que bien valía la pena esperar seis días; y además, Leopoldo,

el gran temporizador, el sabio de los reyes, acababa de prometer al fin que quince mil austríacos ocuparían el 15 las desembocaduras de Arlon. ¡Cáspita! Comprended que no es la voluntad lo que les falta a esos buenos reyes; pero deben ventilar sus asuntillos. Austria había devorado ya Lieja y el Brabante, y estaba en disposición de digerir la ciudad y la provincia; pero Austria es como las boas, que cuando digiere duerme. Por otra parte, Catalina se preparaba a batir a ese reyezuelo de Gustavo III, a quien concedió al fin una tregua para que tuviese tiempo de ir a recibir en Saboya, en Aix, a la Reina de

Francia al apearse de su coche; pero, entretanto, roería lo que pudiera de Turquía, chupando los huesos de Polonia, pues a esa digna emperatriz le agrada mucho la médula del león. Prusia filósofa e Inglaterra filantrópica, están a punto de cambiar de piel, a fin de que la una pueda extenderse razonablemente por las orillas del Rhin y la otra por el mar del Norte; pero estad tranquilo, pues así como los caballos de Diómedes^[33], los reyes han probado carne humana y no querrán comer otra cosa, si es que no les interrumpimos en ese delicioso festín. En una palabra, la marcha se aplazó hasta el 19 a media

noche; pero en la mañana del 18 se expidió otro despacho señalando el lunes 20 a la misma hora, es decir, mañana por la noche, lo cual podrá tener sus inconvenientes, atendido qué el señor de Bouillé había enviado ya sus órdenes a todos los destacamentos, y que habrá sido necesario dar contraórdenes. Cuidado, amigo Gilberto, tened cuidado, porque esto fatiga a las tropas y da que pensar a las poblaciones.

—Conde —contestó Gilberto—, no negaré que todo cuanto habéis dicho es verdad, y tanto menos cuanto que no era mi opinión que el Rey marcharse ni

saliera siquiera de Francia. Ahora bien, confesadlo francamente; bajo el punto de vista del peligro personal y del riesgo de la Reina y de sus hijos, si el Rey debe permanecer como tal, ¿no creéis, querido maestro, que están autorizados para huir el hombre, el esposo y el padre?

—Pues bien; ¿queréis que os diga una cosa, querido Gilberto? Es que Luis XVI no huye como padre, como esposo o como hombre; no sale de Francia a consecuencia de las jomadas del 5 y 6 de octubre; por su padre es Borbón, y los Borbones saben lo que es mirar el peligro de frente, no; abandona

la Francia a causa de esa Constitución que acaba de imponerle, a ejemplo de los Estados Unidos, la Asamblea nacional, sin reflexionar que el modelo que tomó está cortado para una república, y que aplicándolo a una monarquía, no deja al Rey suficiente cantidad de aire respirable. No se va de Francia a causa de ese famoso asunto de los Caballeros del Puñal, en el que vuestro amigo Lafayette procedió muy irrespetuosamente con la monarquía y sus fieles, no; deja la Francia a causa de ese asunto de Saint-Cloud, en el que quiso demostrar su libertad, y en que el pueblo le probó que estaba prisionero.

Ahora bien; vos que sois leal y honradamente realista constitucional, vos que creéis en esa dulce y consoladora utopía de una monarquía templada por la libertad, preciso es que sepáis una cosa, y es que los reyes, a imitación de Dios, de los cuales pretenden ser los representantes en la tierra, tienen una religión, la de la monarquía; no solamente su persona, oleada en Reims, es sacrosanta, sino que su palacio es santo y sus servidores sagrados; su palacio es un templo donde no se ha de entrar sino orando; sus servidores son sacerdotes a quienes no se debe hablar sino de rodillas, y no se

puede tocar a los reyes sino bajo pena de muerte, ni a sus fieles sin exponerse a la excomunión. Ahora bien, el día en que se impidió al Rey hacer su viaje a Saint-Cloud le tocaron; y el día en que se expulsó de las Tullerías a los Caballeros del Puñal se tocó a sus servidores. Esto es lo que el Rey no ha podido soportar; he aquí el verdadero desconsuelo; he aquí por qué se ha hecho volver de Montmédy al señor de Charny; he aquí por qué el Rey, que había rehusado dejarse llevar por el señor de Favras y huir con sus tías, consiente ahora en huir mañana con un pasaporte firmado por el señor

Montmorin, bajo el nombre de Durand y con el disfraz de criado, aunque no sin recomendar —los reyes son siempre reyes por una punta— que no se olvidara guardar en sus cofres la casaca roja bordada de oro que llevaba en Cherburgo.

Mientras que Cagliostro hablaba, Gilberto le había mirado fijamente, queriendo adivinar lo que había en el fondo del pensamiento de aquel hombre.

Pero era cosa inútil, ninguna mirada humana tenía suficiente fuerza para traspasar aquella máscara burlona con que el discípulo de Althotas^[34] acostumbraba a cubrir su rostro.

Gilberto, pues, tomó el partido de abordar la cuestión francamente.

—Conde —dijo—, todo cuanto acabáis de manifestarme es verdad, lo repito; pero quisiera saber con qué objeto venís a decírmelo. ¿Bajo qué título os presentáis a mí? ¿Venís como enemigo leal para avisar a quien vais a combatir, o como amigo que trata de ofrecer su auxilio?

—Vengo, primeramente, querido Gilberto —contestó el conde con tono afectuoso—, como el maestro que visita al discípulo para decirle: «Amigo mío, sigues mal camino al declararte en favor de esa ruina que cae, de ese edificio que

se derrumba, de ese principio que muere y que se llama la monarquía. Los hombres como tú no son los del pasado, ni aun los del presente, son los del porvenir. Abandona la cosa en que no crees por aquella en que creemos; no te alejes de la realidad para seguir la sombra, y si no te haces soldado activo de la Revolución, mírala pasar y no la detengas en su camino. Mirabeau era un gigante, y Mirabeau acaba de sucumbir en la obra».

—Conde —contestó Gilberto—, contestaré a eso el día en que el Rey, que se ha fiado de mí, esté en seguridad. Luis XVI me ha tomado por confidente,

por auxiliar, por cómplice, si lo queréis así, en la obra que emprende; y yo he aceptado esta misión, que cumpliré hasta el fin, con los ojos abiertos y el corazón cerrado. Soy médico, querido conde, y ante todo miro por la salvación material de mi enfermo. Ahora contestadme a vuestra vez. En vuestros misteriosos proyectos, en vuestras sombrías combinaciones, ¿necesitáis que esa fuga tenga buen resultado o que aborte? Si deseáis esto último, es inútil luchar. Decid: «¡No marchéis!», y permaneceremos donde estamos, con la cabeza inclinada, esperando el golpe.

—¡Hermano! —dijo Cagliostro—, si

impelido por el Dios que me ha trazado mi camino debiese herir a los que tu corazón ama o que tu genio protege, permanecería en la sombra, sin pedir más que una cosa al poder sobrehumano a que obedezco, y es que te dejase ignorar de quién ha partido el golpe. No; si no vengo como amigo —pues no puedo serlo de los reyes, de quienes he sido víctima—, tampoco vengo como enemigo, no; vengo con una balanza en las manos, para decirte: «He pesado los destinos de ese último Borbón, y no creo que su muerte importe a la salvación de la causa. Ahora bien; Dios me libre a mí, que, como Pitágoras, apenas

reconozco el derecho de disponer de la vida del último insecto criado, de tocar imprudentemente a la del hombre, ese Rey de la creación. Aún hay más, no solamente vengo a decirte: “Permanece neutral”, sino que añadiré: ¡Si necesitas mi auxilio, te lo ofrezco!».

Gilberto trató por segunda vez de leer hasta en el fondo del corazón de Cagliostro.

—¡Bueno! —dijo este tomando de nuevo su tono burlón—; hete aquí que ahora dudas. Veamos, hombre ilustrado, ¿no conoces la historia de la lanza de Aquiles, que hería y curaba? Esa lanza la poseo yo. La mujer que pasó por la

reina en los bosquecillos de Versalles, no puede también pasar por ella en las habitaciones de las Tullerías, o en algún camino opuesto al que siguiera a la verdadera fugitiva. Veamos, no es cosa despreciable la que os ofrezco, querido doctor.

—Pues entonces sed franco hasta el fin, conde, y decidme el objeto que os guía en vuestro ofrecimiento.

—Es muy sencillo, amigo mío, con el fin de que el Rey se vaya abandonando el país, con el fin de que nos deje proclamar la república.

—¡La república! —exclamó Gilberto con asombro.

—¿Por qué no? —preguntó Cagliostro.

—Pero querido conde, miro la Francia en torno mío, desde el Mediodía al Norte, desde Oriente a Occidente, y no veo un solo republicano.

—Por lo pronto os engañáis, yo veo tres: Pétion, Camilo Desmoulins y vuestro servidor; después veo otros que vos no veis aún, y que no se presentarán hasta que sea tiempo. Entonces confiad en mí para un golpe de teatro que os admirará; pero comprended que deseo que en el cambio a la vista no ocurran accidente demasiado graves, porque estos últimos recaen siempre sobre el

maquinista.

Gilberto reflexionó un instante. Después, ofreciendo la mano a Cagliostro, le dijo:

—Conde, si no se tratara más que de mí, si no se tratara más que de mi vida, de mi honor, de mi reputación y de mi memoria, aceptaría al instante; pero se trata de un reino, de un soberano, de una reina, de una raza, de una monarquía, y no puedo tratar por ellos bajo mi responsabilidad. Permaneced neutral, querido conde, y esto es todo cuanto os pido.

Cagliostro sonrió.

—¡Sí, comprendo —dijo—, el

hombre del collar!... Pues bien, querido Gilberto, el hombre del collar os dará un consejo.

—¡Silencio! —exclamó el doctor—, llaman.

—¡Qué importa! Bien sabéis que el que llama es el señor conde de Charny, y advertid que el consejo que voy a daros también puede oírle él. Entrad, señor conde, entrad.

Charny, en efecto, acababa de presentarse en la puerta, y al ver a un extraño donde no esperaba encontrar más que al doctor, se detuvo inquieto y vacilante.

—Ese consejo —continuó

Cagliostro—, hele aquí: desconfiad de los objetos demasiado ricos, de los coches que pesen con exceso y de los retratos que se asemejen más de lo conveniente. ¡Adiós, Gilberto, adiós, señor conde, y para emplear la fórmula de aquellos a quienes como a vos deseo un feliz viaje, Dios os tenga en su santa y digna guarda!

Y el profeta, saludando amistosamente al doctor y con mucha cortesía a Charny, se retiró, seguido de la mirada inquieta del uno y de la mirada interrogadora del otro.

—¿Quién es ese hombre, doctor? — preguntó Charny cuando el ruido de los

pasos se hubo extinguido en la escalera.

—Un amigo mío —dijo Gilberto—, un hombre que lo sabe todo; pero que acaba de darme palabra de no vendernos.

—¿Y le llamáis?

Gilberto vaciló un instante.

—El barón Zannone —dijo.

—Es singular —replicó Charny—, no conozco el nombre, y sin embargo, me parece conocer esa cara. ¿Tenéis el pasaporte, doctor?

—Hele aquí, Conde.

Charny tomó el pasaporte, le dobló con viveza, y completamente absorto por la atención que fijaba en este documento

importante, olvidó al parecer, al menos por el pronto, al barón Zannone.

Capítulo LXXXII

LA NOCHE DEL 20 DE JUNIO

Ahora vamos a ver lo que ocurría el 20 de junio, entre las nueve y las doce y media de la noche, en diversos puntos de la capital.

No sin razón se había desconfiado de *madame* de Rochereul, pues aunque su servicio terminara el 11, habiendo concebido algunas dudas, encontró medio de volver al palacio y notó que,

si bien los estuches de la Reina se hallaban siempre en su sitio, los diamantes faltaban. En efecto; María Antonieta los había confiado a su peluquero Leonardo, el cual debía marchar en la noche del 20, algunas horas antes que su augusta señora, con el señor de Choiseul, jefe del primer destacamento apostado en Pont-de-Sommevelle, y encargado además del cambio de tiro en Varennes, cuyos seis caballos esperaban en su casa, calle de Artois, las últimas órdenes del Rey y de la Reina. Tal vez era algo indiscreto entorpecer al señor de Choiseul con la persona del peluquero, y algo

imprudente llevarle consigo; pero ¿qué artista hubiera podido hacer en el extranjero aquellos admirables peinados que Leonardo ejecutaba chanceándose? ¡Qué queréis, cuando se tiene un peluquero hombre de genio, no se renuncia a él fácilmente!

De aquí resultó que la doncella del señor delfín, sospechando que la marcha se había fijado para el lunes 20 a las once de la noche, dio aviso, no solamente a su amante el señor de Gouvion, sino también al señor de Bailly.

El señor de Lafayette había ido a buscar al Rey para explicarse

francamente con él sobre aquella denuncia; mas el soberano se encogió de hombros.

El señor de Bailly hizo más: mientras que Lafayette quedaba ciego como un astrónomo, Bailly se hacía cortés como un caballero y había enviado a la Reina la misma carta de la señora de Rochereul.

El señor de Gouvion, en quien se había influido directamente, era el único que conservaba las más persistentes sospechas; avisado por su querida atrajo a su casa, bajo pretexto de una reunión militar, a una docena de oficiales de la guardia nacional; apostó cinco o seis

centinelas en varias puertas, y él mismo con otros cinco se encargó de vigilar las puertas de la habitación del señor de Villequier, más particularmente señaladas a su atención.

Hacia la misma hora, en la calle de Coq-Héron, número 9, en un salón que ya conocemos, y sentada en un canapé donde ya la hemos visto, una mujer joven, hermosa, tranquila al parecer, pero muy conmovida en el fondo de su corazón, hablaba con un joven de veintitrés o veinticuatro años, de pie delante de ella, que vestía chaqueta de correo de color de gamuza, pantalón de piel ceñido y botas acampanadas: sus

armas consistían en un cuchillo de caza.

En la mano tenía un sombrero redondo y galoneado.

La mujer parecía insistir, y el joven se excusaba.

—Pero una vez más, Vizconde —decía la dama—, ¿por qué no ha venido él mismo, haciendo dos meses y medio que está de regreso en París?

—Mi hermano, señora, me encargó varias veces desde su vuelta que viniera a daros noticias suyas.

—Ya lo sé, y se lo agradezco mucho, así como a vos, Vizconde; pero me parece que en el momento de marchar hubiera podido venir él mismo a

despedirse de mí.

—Sin duda, señora; pero le habría sido imposible, puesto que me ha dado a mí el encargo.

—Y, ¿será largo el viaje que emprendéis?

—Lo ignoro, señora.

—Digo *emprendéis*, vizconde, porque, a juzgar por vuestro traje, debo pensar que también estáis de marcha.

—Según todas las probabilidades, señora, habré salido de París hoy a medianoche.

—¿Acompañáis a vuestro hermano, o seguís dirección opuesta a la suya?

—Creo, señora, que vamos por el

mismo camino.

—¿Le diréis que me habéis visto?

—Si, señora, pues a juzgar por su solicitud para enviarme a veros, y por las reiteradas recomendaciones qué me ha hecho para que no me reúna con él sin haberos visitado, seguramente no me perdonaría semejante olvido.

La joven pasó la mano por sus ojos, exhaló un suspiro y dijo, después de un instante:

—Vizconde, sois caballero y vais a comprender todo el alcance de lo que pienso pedir; contestadme como lo haríais si fuese verdaderamente vuestra hermana, contestadme como lo haríais

para Dios. ¿Corre algún peligro grave el Conde en el viaje que emprende?

—¿Quién podría decirlo, señora? —replicó Isidoro, tratando de eludir la pregunta—. ¿En qué lugar no hay peligro en la época en que vivimos?... El 5 de octubre por la mañana, si se hubiese preguntado a nuestro pobre hermano Jorge si creía correr peligro, seguramente habría contestado que no; pero al día siguiente estaba echado, pálido y sin vida, a través de la puerta de la Reina. El peligro, señora, en la época en que estamos sale de la tierra, y a veces uno se encuentra con la muerte sin saber de dónde viene ni quién la ha

llamado.

Andrea palideció.

—De modo —dijo—, que hay peligro de muerte, ¿no es verdad, Vizconde?

—No he dicho eso, señora.

—No, pero lo pensáis.

—Pienso, señora, que si tenéis algo importante que decir a mi hermano, puesto que la empresa en que se aventura, así como yo, es bastante grave, os lo advierto para que, de viva voz o por escrito, me encarguéis de transmitirle vuestro deseo o recomendación.

—Está bien, Vizconde —dijo

Andrea levantándose—, os pido cinco minutos.

Y con aquel paso lento y frío que le era habitual, la Condesa entró en su habitación, cerrando la puerta tras sí.

Entonces el joven consultó el reloj con inquietud.

—Las nueve y cuarto —murmuró—; el Rey nos espera a las nueve y media...; por fortuna no hay más que un paso de aquí a las Tullerías.

Pero la Condesa no empleó siquiera la suma de tiempo que había pedido.

A los pocos segundos entró, llevando en la mano una carta sellada.

—Vizconde —dijo con acento

solemne—, a vuestro honor confío esto.

Isidoro alargó la mano para coger la carta.

—Esperad —dijo Andrea— y comprended bien lo que voy a deciros: si vuestro hermano, si el señor conde de Charny lleva a cabo sin accidente la empresa en que se aventura, nada hay que decirle más de lo que os he dicho, simpatía por su lealtad y admiración por su carácter... Si es herido... —la voz de Andrea se alteró ligeramente—, si recibe una herida grave, le rogaréis que me conceda la gracia de reunirme con él, y si me la otorga, me enviaréis un mensajero que me diga con seguridad

dónde encontrarle, porque yo marcharía al punto; si está herido de muerte... —la emoción estuvo a punto de cortar la palabra de Andrea—, le entregaréis esta carta; si no puede leerla, leedla vos, pues antes de que muera quiero que sepa lo que le digo. Dadme vuestra palabra de caballero de que procederéis como deseo, Vizconde.

Isidoro, tan conmovido como la Condesa, ofreció su mano.

—Por mi honor, señora —dijo.

—Pues entonces, tomad esta carta y adiós, Vizconde.

El joven tomó la carta, besó la mano de la Condesa y salió.

—¡Oh! —exclamó Andrea, dejándose caer en su canapé—, si muere, quiero que por lo menos sepa que le amo.

Precisamente en el momento en que Isidoro se despedía de la Condesa, poniendo la carta en su pecho junto a otras cuyas señas acababa de leer a la luz de un reverbero de la calle de Coquilliere, dos hombres, que vestían exactamente el mismo traje que él, dirigíanse hacia un lugar de reunión común, hacia aquel gabinete de la Reina adonde ya hemos conducido a nuestros lectores por dos pasajes diferentes; el uno se prolongaba por la galería del

Louvre que costea el muelle, esa galería donde hoy está el Museo de Pinturas, y el otro por la escalerilla que hemos visto a Charny tomar a su llegada de Montmédy. En lo alto de esta escalera esperaba a uno de los hombres Francisco Hue, el ayuda de cámara del Rey, así como en la extremidad de la galería del Louvre esperaba el otro Weber, el ayuda de cámara de la Reina.

Se les introdujo a los dos, y casi al mismo tiempo, por dos puertas diferentes; el primero era el señor de Valory.

Pocos segundos después, como ya hemos dicho, se abrió una segunda

puerta, y con cierto asombro el señor de Valory vio aparecer otro personaje en un todo semejante a él.

Los dos oficiales no se conocían; mas presumiendo que trabajaban por la misma causa, reuniéronse y se saludaron.

En aquel momento se abrió una tercera puerta y el vizconde de Charny se presentó.

Era el tercer correo, tan desconocido de los otros como estos de él.

Solamente Isidoro sabía con qué objeto estaban reunidos y qué obra común debían llevar a cabo.

Sin duda se disponía a contestar a las preguntas que le dirigían sus dos futuros compañeros, cuando la puerta se abrió de nuevo y el Rey se presentó.

—Señores —dijo Luis XVI dirigiéndose a Malden y Valory—, dispensadme por haber dispuesto de vosotros sin vuestro permiso; pero os consideraba como fieles servidores de la monarquía, puesto que habéis pertenecido a mis guardias. Os invité a pasar por casa de un sastre, dándoos las señas, para que os hicieran a cada cual un traje de correo y pudierais estar esta noche en las Tullerías a las nueve y media. Vuestra presencia me prueba que

aceptáis la misión que deseo encargaros, sea cual fuere.

Los dos antiguos guardias de corps se inclinaron.

—Vuestra Majestad sabe —contestó el señor de Valory—, que no necesita consultar a sus servidores para disponer de su abnegación, de su valor y de su vida.

—Señor —dijo a su vez Malden—, mi colega ha contestado por mí, y presumo que también por nuestro tercer compañero.

—Vuestro tercer compañero, señores, con el cual os invito a trabar conocimiento, es el señor vizconde

Isidoro de Charny, cuyo hermano fue muerto defendiendo en Versalles la puerta de la Reina. Estamos acostumbrados a las fidelidades de su familia, y esas abnegaciones son ahora para nosotros cosa tan familiar que ni siquiera damos gracias por ellas.

—Según lo que dice el Rey —replicó el señor de Valory—, el vizconde de Charny sabe sin duda el motivo que nos reúne, mientras que nosotros lo ignoramos, señor, y nos urge saberlo.

—Señores —contestó el Rey—, no ignoráis que estoy prisionero, prisionero del comandante de la guardia nacional,

prisionero del presidente de la Asamblea, prisionero del alcalde de París, prisionero del pueblo, prisionero, en fin, de todo el mundo. Pues bien, señores, he contado con vosotros para ayudarme a salir de esta humillación y a recobrar mi libertad. Mi suerte, la de la Reina y la de mis hijos está entre vuestras manos; todo se halla dispuesto para que podamos huir esta noche; encargaos solamente de hacernos salir de aquí.

—Señor —dijeron los tres jóvenes—, disponed.

—Cómo ya comprendéis, no podemos salir juntos; nuestro punto de

reunión está en la esquina de la calle de San Nazario, donde el conde de Charny nos esperará con un coche; vos, Vizconde, os encargaréis de la Reina y contestaréis al nombre de Melchor; vos, señor de Malden, os cuidaréis de *madame* Isabel y *madame* Royale, y os llamaréis Juan, y vos, señor de Valory, os encargaréis de *madame* Tourzel y del Delfín, tomando el nombre de Francisco. No olvidéis vuestros nombres, señores, y esperad aquí nuevas instrucciones.

El Rey presentó sucesivamente su mano a los tres jóvenes, y salió dejando en aquella habitación tres hombres dispuestos a morir por él.

Sin embargo, el señor de Choiseul, que había declarado al Rey la víspera, de parte del señor de Bouillé, que era imposible esperar hasta más del 20 a medianoche, anunciando que el 21 partiría a las cuatro de la madrugada; en el caso de no recibir noticias, llevándose consigo todos los destacamentos a Dun, a Stenay y a Montmédy, el señor de Choiseul, como ya hemos dicho, estaba en su casa, calle de Artois, en la cual debía recibir las últimas órdenes del Rey, y como eran las nueve de la noche comenzaba a desesperar, cuando el único de sus criados que conservaba a su lado y que

le creía a punto de marchar a Metz, entró para decirle que un hombre deseaba hablarle de parte de la Reina.

El señor de Choiseul mandó que subiera.

Y, en efecto, un hombre entró, con un ancho sombrero hundido hasta los ojos, y el cuerpo oculto por una enorme hopalanda.

—Sois vos, Leonardo —dijo—, os esperaba con impaciencia.

—Si os he hecho esperar, Duque, no es culpa mía, sino de la Reina, quien me ha dicho que tan sólo me retrasaba diez minutos.

—¿No os ha dicho nada más?

—Sí tal, señor Duque; me ha encargado que recoja todos sus diamantes y que os traiga esta carta.

—¡Dádmela! —dijo el Duque con una ligera impaciencia que no le impidió admirar la inmensa confianza de que gozaba el importante personaje de quien recibía la carta real.

Esta última, que era larga y llena de recomendaciones, anunciaba que se marcharía a medianoche; invitaba al duque de Choiseul a partir al punto, y le rogaba de nuevo que llevase consigo a Leonardo, el cual había recibido orden de obedecerle como a ella misma.

Y subrayaba las cinco palabras

siguientes:

«Le repito aquí esta orden».

El Duque miró a Leonardo, que esperaba con visible inquietud; el peluquero estaba ridículo con su enorme sombrero y su inmensa hopalanda.

—Veamos —dijo el Duque—, evocad bien todos vuestros recuerdos. ¿Qué os ha dicho la Reina?

—Voy a repetir sus palabras una por una, señor Duque.

—Bien, ya os escucho.

—Me mandó llamar hace tres cuartos de hora, poco más o menos, señor Duque.

—Bueno.

—Y me dijo en voz baja...

—¿No estaba Su Majestad sola?

—No, señor Duque; el Rey decía algo junto a la ventana a *madame* Isabel; el Delfín y *madame* Royale jugaban; y en cuanto a la Reina, apoyábase contra la chimenea.

—Continuad, Leonardo, continuad.

—La Reina me dijo en voz baja: «Leonardo, espero que puedo contar con vos». —¡Ah!, señora, contesté, disponed de mí; Vuestra Majestad sabe que le soy fiel en cuerpo y alma. «Pues tomad estos diamantes y guardadlos en vuestro bolsillo, y llevad esta carta a la calle de Artois, al duque de Choiseul, cuidando

de entregarla en propia mano; si no ha vuelto aún, le encontraréis en casa de la señora de Grammont». Cuando me alejaba ya para obedecer las órdenes de la Reina, Su Majestad me llamó de nuevo: «Poneos un sombrero de anchas alas y un gran levitón, a fin de que no os reconozcan, querido Leonardo, añadió, y sobre todo, obedeced al señor de Choiseul como a mí misma». Entonces subí a mi habitación, tomé el sombrero y la hopalanda de mi hermano, y heme aquí.

—¿Con que —preguntó el señor de Choiseul—, la Reina os ha recomendado que me obedezcáis como a ella misma?

—Son las augustas palabras de Su Majestad.

—Me alegro mucho que recordéis tan bien esa recomendación verbal; la veo escrita igualmente aquí, y como debo quemar la carta, leedla.

Y el señor de Choiseul dejó ver a Leonardo el pie de la carta, donde este leyó en alta voz:

«He dado a mi peluquero Leonardo orden de obedeceros como a mí misma, *y se la repito aquí de nuevo*».

—¿Comprendéis? —preguntó el señor de Choiseul.

—¡Oh!, caballero, creed que bastaba con la orden verbal de Su Majestad.

—No importa —dijo el señor de Choiseul.

Y quemó la carta.

En aquel momento entró el criado y anunció que el coche estaba dispuesto.

—Vamos, venid, amigo Leonardo —dijo el Duque.

—¿Cómo, he de ir yo? ¿Y los diamantes?

—Los lleváis con vos.

—¿Adónde?

—Adonde yo os conduzca.

—Pero ¿adónde me lleváis?

—A pocas leguas de aquí, a un sitio en que debéis cumplir una misión particular.

—Señor Duque, esto es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿No os ha dicho la Reina que me obedezcáis como a ella misma?

—Es verdad; pero ¿cómo hacerlo? He dejado la llave en la puerta de nuestra habitación; cuando mi hermano vuelva no encontrará su hopalanda ni su sombrero, y no viéndome no sabrá dónde estoy. Por otra parte, he prometido peinar a la señora Aage, que me espera; y la prueba es, señor Duque, que mi cabriolé y mi criado están en el patio de las Tullerías.

—¡Pues bien, querido Leonardo — replicó el señor de Choiseul riéndose—,

cómo ha de ser! Vuestro hermano comprará otro sombrero y otra hopalanda; peinaréis a la señora de Aage otro día; y vuestro criado, viendo que no volvéis, desenganchará el caballo para conducirlo a la cuadra. El nuestro nos espera, marchemos.

Y sin hacer más caso de las quejas y lamentos de Leonardo, el duque de Choiseul le hizo subir al cabriolé, a pesar de su desesperación, y lanzó su caballo al trote largo hacia la barrera de la Petite-Villette.

El duque de Choiseul no había traspasado aún las últimas casas de la Petite-Villette, cuando un grupo de cinco

personas que volvían del club de los Jacobinos desembocó en la calle de San Honorato, dirigiéndose hacia el Palais-Royal y admirando la profunda tranquilidad de aquella noche.

Estas cinco personas eran: Camilo Desmoulins, que refiere el hecho él mismo, Danton, Fréron, Chénier y Legendre.

Llegados a la altura de la calle de la Escala, y dirigiendo una mirada a las Tullerías, Camilo Desmoulins exclamó:

—A fe mía, diríase que París está más tranquilo esta noche, como si lo hubieran abandonado. En todo el trayecto que acabamos de recorrer no

hemos encontrado una sola patrulla.

—Es que se han adoptado medidas para dejar libre el paso al Rey.

—¿Cómo para dejar paso libre al Rey? —preguntó Danton.

—Seguramente —dijo Fréron—, esta noche es cuando marcha.

—¡Vamos! —replicó Legendre—, ¡vaya una broma!

—Tal vez lo sea —repuso Fréron—, pero a mí me lo avisan en una carta.

—¿Tú has recibido una carta que te anuncia la fuga del Rey? —preguntó Desmoulins—. ¿Y está firmada?

—No, es anónima; aquí la llevo...

Los cinco patriotas se acercaron a un

coche que aún estacionaba a la altura de la calle de San Nicasio, y a la luz del farol leyeron las líneas siguientes:

«Se avisa al ciudadano Fréron, que esta noche es cuando el señor Capeto, la Austriaca y sus dos lobeznos salen de París para reunirse con el señor de Bouillé, el matador de Nancy, que los espera en la frontera».

—¡Toma!, ¡el señor *Capeto*! —dijo Desmoulins—, el nombre es bueno, y así llamaré en lo sucesivo a Luis XVI.

—Y sólo tendrán que corregirte una cosa —dijo Chénier—, y es que Luis XVI no es *Capeto*, sino *Borbón*.

—¡Bah!, ¿quién sabe esto? —

preguntó Camilo Desmoulins—. Dos o tres pedantes como tú. ¿No es verdad, Legendre, que Capeto es un buen nombre?

—¡Entretanto! —observó Danton—, si la carta dijese verdad, si fuera verdaderamente esta noche cuando esa gente debe escapar...

—Puesto que estamos en las Tullerías —dijo Camilo—, veamos.

Y los cinco patriotas se entretuvieron en dar la vuelta al palacio, volviendo hacia la calle de San Nicasio, donde vieron que Lafayette y todo su Estado Mayor entraban en las Tullerías.

—A fe mía —dijo Danton—, he aquí

al Blondinet que viene a visitar a la familia real a la hora de acostarse; nuestro servicio ha terminado y el suyo comienza. ¡Buenas noches, señores! ¿Quién viene conmigo hacia la calle del Paon?

—Yo —contestó Legendre.

Y el grupo se disolvió en dos partes.

Danton y Legendre atravesaron el *carrousel*, mientras que Chénier, Fréron y Camilo Desmoulins desaparecieron en la esquina de la calle de Rohan y la de San Honorato.

Capítulo LXXXIII

LA MARCHA

A las once de la noche, en efecto, en el momento en que las señoras, después de haber desnudado y acostado a *madame* Royale y al Delfín, los despertaban y vestían, poniéndoles su ropa de viaje, con gran vergüenza del Delfín, que pedía su traje de muchacho, rehusando con tenacidad el vestido de niña, el Rey, la Reina y *madame* Isabel recibían al general Lafayette y a los

señores Gouvion y Romeuf, sus ayudantes de campo.

Esta visita era una de las más alarmantes, sobre todo después de las sospechas que se tenían respecto a *madame* de Rochereul.

La Reina y *madame* Isabel habían ido por la tarde a dar un paseo en el bosque de Bolonia, y volvieron a las ocho.

El señor de Lafayette preguntó a la Reina si el paseo había sido bueno; pero añadió que hacía mal en volver tarde, pues era de temer que la niebla de la noche la perjudicara.

—¡La niebla de la noche en el mes

de junio! —exclamó la Reina riéndose—. A menos de que no mande hacer una para ocultar nuestra huida, no sé dónde la encontraría... Digo ocultar nuestra huida, porque presumo que seguirá circulando el rumor de que nos vamos.

—El hecho es, señora —contestó Lafayette—, que se habla más que nunca de esta marcha, y que hasta he recibido aviso de que se efectuaba esta noche.

—¡Ah! —exclamó la Reina—, apuesto a que habéis recibido esta buena noticia del señor Gouvion.

—Y ¿por qué de mí, señora? —preguntó el oficial ruborizándose.

—Porque creo que tenéis

inteligencias en el palacio. Ved ahí al señor Romeuf, que no las tiene; segura estoy de que respondería de nosotros.

—Y no sería en mí gran mérito, señora —contestó el joven ayudante de campo—, puesto que el Rey ha dado a la Asamblea su palabra de no salir de París.

Esta vez fue la Reina quien se ruborizó.

Después se habló de otra cosa.

A las once y media el señor de Lafayette y sus dos ayudantes de campo se despidieron del Rey y de la Reina.

Sin embargo, el señor de Gouvion, mal seguro aún, volvió a su habitación

del palacio, donde sus amigos estaban de centinela, y en vez de relevarlos, les recomendó que redoblasen la vigilancia.

En cuanto al señor de Lafayette, iba a la Casa Consistorial para tranquilizar a Bailly sobre las intenciones del Rey, suponiendo que aquel pudiera temer algo.

Una vez fuera el señor de Lafayette, el Rey, la Reina y *madame* Isabel llamaron a la servidumbre para que prestasen los servicios de tocador que eran de costumbre, y después de esto, a la hora habitual, despidieron a todo el mundo.

La Reina y *madame* Isabel se

vistieron mutuamente: sus trajes eran sumamente sencillos, y sus sombreros de anchos bordes que ocultaban del todo sus facciones.

Cuando estuvieron vestidos el Rey entró: llevaba traje gris, una de esas pelucas llamadas a lo Rousseau, calzón corto, medias de color gris y zapatos con hebilla.

Hacía ocho días que el ayuda de cámara Hue, vistiendo un traje igual, salía por la puerta del señor de Villequier, que había emigrado hacía seis meses, y dirigíase a la plaza del Carrousel y a la calle de San Nicasio, precaución que se había tomado para

que se acostumbrasen a ver un hombre vestido así pasar todas las noches, y no se fijara la atención en el Rey cuando él lo hiciese.

Se fue a llamar a los tres correos encerrados en el gabinete de la Reina, donde habían esperado a que llegase la hora, y se les hizo pasar por el salón al aposento de *madame* Royale, en el que esta se hallaba con el Delfín.

Aquel aposento, en la previsión de la fuga, se había tomado de la habitación del señor Villequier el día 11.

El Rey pidió las llaves del mismo el día 13.

Una vez en el cuarto del señor

Villequier, no era ya muy difícil salir del castillo; sabíase que la habitación estaba desierta, se ignoraba que el Rey tuviese las llaves, y en las circunstancias ordinarias no se vigilaba.

Además, los centinelas de los patios estaban acostumbrados a ver salir mucha gente a la vez apenas daban las once.

Eran las personas del servicio que no durmiendo en el palacio volvían a sus casas.

Se concertaron todas las disposiciones del viaje.

El señor Isidoro de Charny, que había recorrido el camino con su hermano y que conocía todos los parajes

difíciles y peligrosos correría delante, a fin de avisar a los postillones para que el cambio de tiros no sufriese ningún retraso.

Los señores de Malden y Valory, sentados en el pescante, pagarían a los postillones a razón de treinta sueldos de agujetas; de ordinario se daban veinticinco; pero aumentábanse cinco por la pesadez del coche.

Cuando los postillones hubieran recorrido una larga distancia, recibirían gratificaciones más considerables, pero sin pagarse nunca más de cuarenta sueldos; solamente el Rey abonaba un escudo.

El señor conde de Charny permanecía en el coche dispuesto a prevenir todos los accidentes; estaría muy bien armado, así como los otros tres correos; cada uno de ellos encontraría un par de pistolas en el coche.

Pagándose treinta sueldos de agujetas, y si se caminaba a un paso muy regular, debían llegar a Châlons dentro de trece horas.

Todas estas instrucciones se habían concertado entre el conde de Charny y el duque de Choiseul.

Se repitieron varias veces a los tres jóvenes, a fin de que se compenetraran

bien de lo que debían hacer.

El vizconde de Charny corría adelante para preparar los caballos.

Los señores de Malden y de Valory, sentados en el pescante del coche, pagarían.

El conde de Charny, colocado en el interior, asomaría su cabeza por la portezuela para hablar si era necesario.

Todos prometieron atenerse al programa, apagáronse las luces y se avanzó a tientas por la habitación del señor de Villequier.

Las doce de la noche daban cuando se pasaba desde el aposento de *madame* Royale a dicha habitación. El conde de

Charny debía estar en su puesto hacía más de una hora.

El Rey encontró la puerta a tientas.

Y ya iba a introducir la llave en la cerradura, cuando la Reina le detuvo.

—¡Silencio! —dijo en voz muy baja.
Se escuchó con atención.

Oíanse pasos y cuchicheos en el corredor.

Sin duda ocurría algo extraordinario.

La señora de Tourzel, que habitaba en el palacio, y cuya presencia en el corredor, a cualquier hora que fuese, no podía producir ninguna extrañeza, se encargó de practicar un reconocimiento y ver de dónde procedía aquel rumor de

pasos y de palabras.

Se esperó en una inmovilidad completa, reteniendo todos la respiración.

Cuanto más profundo era el silencio, más fácil era reconocer que el corredor estaba ocupado por varias personas.

La señora de Tourzel volvió; había reconocido a Gouvion y visto varios uniformes.

Imposible era salir por la habitación del señor de Villequier, a menos que esta tuviese otra puerta.

Pero no había luz.

En la habitación de *madame* Royale ardía una lamparilla, y *madame* Isabel

fue allí a encender la bujía que acababa de apagar.

Después, con ayuda de esta luz, los fugitivos comenzaron a buscar una salida.

Durante largo tiempo se creyó que era inútil, y en esta pesquisa se perdió más de un cuarto de hora.

Por fin se encontró una escalerilla que conducía a una habitación aislada en el entresuelo; era la del criado del señor de Villequier, y tenía salida a un corredor y una escalera de servicio. Pero la puerta estaba cerrada.

El Rey probó en la cerradura todas las llaves que tenía en su mano, pero

ninguna sirvió.

El vizconde de Charny trató de empujar el pasador con la hoja de su cuchillo de caza; pero se resistió.

Se tenía una salida, y sin embargo, los fugitivos estaban prisioneros como antes.

El Rey tomó la bujía de manos de *madame* Isabel, y dejando a todos a oscuras volvió a su alcoba; por la escalera secreta pudo llegar a la fragua, donde tomó varios ganchos de formas diferentes, algunos muy extraños.

Antes de reunirse con el grupo que le esperaba ansioso, había hecho ya su elección.

El gancho elegido por el Rey penetró en el agujero de la cerradura, rechinó al girar, mordió el pestillo y le dejó escapar dos veces; pero a la tercera se agarró tan bien que a los dos o tres segundos hubo de ceder.

La puerta se abrió, y con esto respiraron todos al fin.

Luis XVI se volvió hacia la Reina con aire triunfante.

—¿Qué os parece, señora? —preguntó.

—Sí, señor —contestó la Reina sonriendo—, no digo que sea malo ser cerrajero, pero sí que a veces conviene también ser Rey.

Ahora se trataba de regular la salida.

Madame Isabel salió la primera, conduciendo a la princesa Royale.

A veinte pasos debía seguirle la señora de Tourzel, conduciendo al Delfín.

Entre las dos iría el señor de Malden.

Estas primeras cuentas desprendidas del rosario real, los pobres niños cuyo amor miraba hacia atrás buscando aquel otro que le seguía con los ojos, bajaron temblando, penetraron en el círculo de luz formado por el reverbero que iluminaba la puerta del palacio, y pasaron por delante del centinela, sin

que este se ocupara de ellos.

—¡Bueno! —dijo *madame* Isabel—, ya hemos salido de un mal paso.

Al llegar al postigo que daba al Carrousel se encontró al centinela, que se cruzaba en el paso de los fugitivos.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—Tía mía —dijo la princesa Royale, estrechando la mano de Madama Isabel—, estamos perdidas, ese hombre nos reconoce.

—No importa, hija mía, de otro modo lo estaremos más si retrocedemos.

Cuando no estuvieron más que a cuatro pasos del centinela, este volvió la espalda y pudieron pasar.

¿Las había reconocido aquel hombre? ¿Sabía que dejaba pasar a las ilustres fugitivas? Las princesas estaban convencidas de ello, y al huir enviaron mil bendiciones a este salvador desconocido.

Al otro lado del postigo vieron el rostro inquieto de Charny.

El Conde estaba embozado en su gran taima azul, y tenía la cabeza cubierta con un ancho sombrero.

—¡Ah! —murmuró—, ¡estáis aquí!
¿Y el Rey y la Reina?

—Nos siguen —contestó *madame* Isabel.

—Venid —dijo Charny.

Y condujo rápidamente a las fugitivas al carruaje que esperaba en calle de San Nicasio.

Otro coche de plaza se había colocado junto a él como para espiarle.

—Y bien, compañero —dijo el auriga, al ver que el coche de Charny se llenaba—, ya veo que has cargado.

—Sí, compañero —contestó Charny.

Y dijo en voz baja el guardia de corps:

—Caballero, tomad ese coche de plaza e id a la puerta de San Martín, donde os costará poco reconocer el carruaje que nos espera.

El señor de Malden saltó al coche.

—¡Y tú también has cargado! —
exclamó—. ¡A la ópera pronto!

Este teatro se hallaba entonces en la
puerta de San Martín.

El cochero creyó que aquel sería un
dependiente que iba a reunirse con su
amo en el teatro, y partió sin más
observación que algunas palabras sobre
el precio de la carrera.

—Ya sabéis que es medianoche —
dijo.

—Está bien; no tengas cuidado.

Como en aquella época los
dependientes eran a veces más
generosos que los amos, el cochero
partió al trote largo sin más

observación.

Apenas había doblado la esquina de la calle Rohan, cuando por el mismo postigo que había dado paso a *madame* Royale, a su tía Isabel, a la señora de Tourzel y al Delfín, se vio avanzar con paso regular y como hombre que sale de su oficina después de un día laborioso, a un individuo vestido con traje gris, con un pico del sombrero ocultando la frente y las roanos en los bolsillos.

Era el Rey.

Iba seguido del señor de Valory.

Durante el trayecto, una de las hebillas de los zapatos del primero se desprendió; el Rey continuó sin hacer

caso, pero su acompañante la recogió.

Charny se adelantó algunos pasos, habiendo reconocido al Rey, no por su persona, sino por el señor de Valory, que le seguía.

Era de aquellos que siempre quieren ver un Rey en quien lo es.

Y dejó escapar un suspiro de dolor.

—Venid, señor, venid —murmuró.

Y preguntó en voz baja al señor de Valory:

—¿Y la Reina?

—Nos sigue con vuestro hermano.

—Bien; tomad el camino más corto e id a esperarnos en la puerta de San Martín; yo tomaré el más largo; la cita

es alrededor del coche.

El señor de Valory se precipitó por la calle de San Nicasio, ganó la de San Honorato, después la de Richelieu, luego la plaza de las Victorias, y por último la de Bourbon-Villeneuve.

Entonces se esperó a la Reina.

Transcurrió más de media hora.

No trataremos de pintar la ansiedad de los fugitivos: Charny, sobre el cual pesaba toda la responsabilidad, estaba como un loco.

Quería volver al castillo, preguntar e informarse; pero el Rey le detuvo.

El pequeño Delfín lloraba, llamando a su mamá.

La princesa Royale, *madame* Isabel y la señora Tourzel, no podían consolarle.

El terror redobló cuando se vio volver a la luz de varias hachas el coche del general Lafayette, que volvía al Carrousel.

He aquí lo que había ocurrido:

En la puerta del patio, el vizconde de Charny, que daba el brazo a la Reina, quiso tomar por la izquierda; pero la Reina le detuvo.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—A la esquina de la calle de San Nicasio, donde nos espera mi hermano —contestó Isidoro.

—¿Está la calle de San Nicasio a orillas del agua? —preguntó la Reina.

—No, señora.

—Pues bien, vuestro hermano espera en el postigo próximo al agua.

Isidoro quiso insistir; pero parecía tan segura de lo que decía, que durante un momento dudó.

—¡Dios mío, señora —exclamó—, tengamos mucho cuidado, porque todo error nos sería mortal!

—A orillas del agua —repitió la Reina—, yo lo he oído muy bien.

—Pues vamos allá, señora; pero si no encontramos el coche, volveremos al punto a la calle de San Nicasio. ¿No es

verdad?

—Sí, pero vamos.

Y la Reina condujo a su caballero a través de los tres patios, separados en aquella época por un grueso muro, y que se comunicaban entre sí por medio de una estrecha abertura contigua al palacio y cerrada por una cadena junto a la cual había un centinela.

La Reina e Isidoro franquearon una tras otra las tres aberturas y sus cadenas.

A ningún centinela se les ocurrió detenerlos.

¿Quién hubiera creído, en efecto, que aquella mujer vestida de criada de buena casa, dando el brazo a un apuesto

joven con librea del príncipe de Condé y saltando ligeramente por las cadenas, era la misma Reina de Francia?

Se llegó a la orilla del agua.

El muelle estaba desierto.

—Entonces será en el otro lado —dijo la Reina.

Isidoro quiso volver.

Pero la Reina presa de un vértigo, le dijo:

—No, no es por aquí.

Y condujo a Isidoro hacia el puente Real. Atravesado este último, se encontró el muelle de la orilla izquierda, tan desierto como el de la derecha.

—Veamos en esa calle —dijo la

Reina.

Y obligó a Isidoro a llegar a la calle de Bac.

A los cien pasos, no obstante, reconociendo que debía haberse equivocado, se detuvo jadeante. Casi le faltaban las fuerzas.

—Y bien, señora, ¿insistís aún? —preguntó Isidoro.

—No —dijo la Reina—, conducidme adonde queráis.

—¡Señora, en nombre del cielo, valor!

—¡Oh! —exclamó la Reina—, no es el valor lo que me falta, sino fuerzas.

Y echándose hacia atrás añadió:

—Me parece que jamás podré encontrar el aliento que necesito. ¡Dios mío, Dios mío!

Isidoro sabía que en aquel momento la Reina necesitaba el aliento tanto como la corza perseguida por los perros.

Y se detuvo.

—Respirad, señora —dijo—, aún nos queda tiempo; os respondo de mi hermano, que esperará si es preciso hasta el amanecer.

—¿Creéis pues, que me ama? —exclamó María Antonieta con tanta viveza como imprudencia, estrechando el brazo del joven contra su pecho.

—Creo que su vida os pertenece, así como la mía, y que el sentimiento que en mí es amor y respeto, en él es adoración.

—¡Gracias —dijo la Reina—, esto me consuela mucho y ya respiro! Vamos...

Y con movimiento febril emprendió la marcha, volviendo a pasar otra vez por el mismo camino que acababa de recorrer.

Pero en vez de entrar en las Tullerías, Isidoro se dirigió al postigo del Carrousel.

Se atravesó la inmensa plaza, que hasta la medianoche suele estar llena de puestos ambulantes y de coches de

alquiler.

Ahora estaba casi desierta y sombría.

Sin embargo, oíase como un gran ruido de ruedas de coches y pasos de caballos.

Se había llegado al postigo de la calle de la Escala, y era evidente que los caballos y el coche cuyo ruido se oía iban a pasar por allí.

Ya se veía un resplandor, sin duda el de las hachas que acompañaban al coche.

Isidoro quiso retroceder, pero la Reina le empujó hacia adelante.

El joven se precipitó bajo el postigo

para protegerla en el momento mismo en que las cabezas de los que llevaban las hachas y de los caballos aparecían por la entrada opuesta.

Y empujó a la Reina en el arco de una puerta, colocándose delante; pero aquella quedó iluminada muy pronto por la luz de las hachas. En medio de aquellos hombres, recostado en su coche, y con su elegante uniforme de general de la guardia nacional, veíase a Lafayette.

En el momento de pasar el coche, Isidoro sintió que un brazo fuerte por su voluntad, ya que no por otra cosa, le separaba vivamente.

Era el brazo izquierdo de la Reina.

En la mano derecha llevaba una varilla de bambú con puño de oro, como las que usaban las mujeres en aquella época:

Y golpeando con ella las ruedas del coche, exclamó:

—¡Anda, carcelero, ya estoy fuera de tu prisión!

—Pero ¿qué hacéis, señora, exponiéndoo así?

—Vengarme —contestó la Reina—, y bien se puede arriesgar alguna cosa.

Y se lanzó detrás del último portador de hacha, radiante como una diosa, como una niña.

Capítulo LXXXIV

UNA CUESTIÓN DE ETIQUETA

Apenas había dado la Reina diez pasos fuera del postigo, cuando un hombre que vestía taima azul y llevaba el rostro oculto bajo el ala del sombrero, cogió convulsivamente su brazo y atrájola hacia un coche parado en la esquina de la calle de San Nicasio.

Aquel hombre era el conde de Charny.

El coche era el mismo que hacía más de media hora esperaba a la familia real.

Creíase ver llegar a la Reina consternada, abatida, moribunda; pero estaba risueña y alegre; los peligros que había corrido, la fatiga, el error en que incurrió perdiendo el tiempo, las consecuencias que aquel retraso podía tener, todo lo había olvidado después del golpe que aplicó con su varita en el coche de Lafayette, pareciéndole que se lo había dado a él mismo.

A diez pasos del coche, un criado tenía un caballo de la brida.

Charny no hizo más que indicarle

con el dedo a Isidoro, que montando de un salto partió al galope.

Marchaba a Bondy para pedir los caballos.

La Reina, al verle partir, le dirigió algunas palabras de agradecimiento que él no oyó.

—Vamos, señora, vamos —dijo Charny con esa voluntad mezclada de respeto que los hombres verdaderamente enérgicos saben tomar en las grandes ocasiones—, no hay un segundo que perder.

La Reina entró en el carruaje, donde se hallaban ya *madame* Isabel con la princesa Royale, el Delfín y la señora

de Tourzel, es decir, cinco personas; sentóse en el fondo, colocando al Delfín sobre sus rodillas; el Rey se puso a su lado, y las otras damas tomaron asiento en la delantera.

Charny cerró la portezuela, subió al pescante, y para desorientar a los espías, si hubiese alguno, hizo dar vuelta a los caballos, remontó la calle de San Honorato, tomó los bulevares hacia la Magdalena y los siguió hasta la puerta de San Martín.

Allí estaba el coche esperando en un camino exterior completamente desierto.

El conde de Charny saltó de su pescante y abrió la portezuela del coche.

La del gran carruaje que debía servir para viajar estaba abierta ya; el señor de Malden y el de Valory se hallaban a los dos lados del estribo.

En un instante las seis personas que ocupaban el coche de alquiler estuvieron instaladas.

Entonces el conde de Charny condujo este coche a orillas del camino y le hizo caer en un foso.

Después se dirigió hacia el otro.

El Rey subió el primero, después la Reina, *madame* Isabel, los dos niños y la señora de Tourzel.

El señor de Malden subió a la trasera; el señor de Valory se colocó

junto a Charny en el pescante.

El coche iba tirado por cuatro caballos, que a una señal partieron al trote.

Un cuarto de hora después, daba la una en la iglesia de San Lorenzo. Se empleó una hora para llegar a Bondy.

Los caballos, con los arneses ya a punto de ser enganchados, esperaban fuera de la cuadra, e Isidoro permanecía junto a ellos.

En el otro lado del camino se veía también un cabriolé de alquiler con caballos de posta.

En aquel cabriolé hallábanse dos doncellas pertenecientes al servicio del

Delfín y la princesa Royale.

Habían esperado encontrar un coche de alquiler en Bondy, y no habiéndolo hallado se arreglaron con el dueño del cabriolé, que les vendió su vehículo por mil francos.

Este hombre, satisfecho de su venta y queriendo ver sin duda qué hacían las personas que habían cometido la necedad de darle mil francos por semejante bicoca, esperaba en la misma casa de postas bebiendo un trago.

A poco vio llegar el coche del Rey conducido por Charny; este último bajó del pescante y acercóse a la portezuela. Debajo del capote de cochero llevaba su

uniforme, y en el cajón del pescante su sombrero.

Estaba convenido entre el Rey, la Reina y Charny, que este último, al llegar a Bondy, ocuparía en el interior el lugar de la señora de Tourzel, la cual volvería sola a París.

Mas para este cambio se había olvidado consultar con la interesada.

El Rey sometió la cuestión a su juicio.

La señora de Tourzel, además de su profunda fidelidad a la familia real, mostrábase tan severa como la anciana señora de Noailles en lo relativo a la etiqueta.

—Señor —contestó—, tengo la misión de velar sobre los hijos de Francia sin separarme de ellos un instante, a menos de una orden expresa de Vuestra Majestad, orden que no tendría precedente; de modo que no los dejaré.

La Reina se estremeció de impaciencia, pues una doble razón le hacía desear que Charny estuviera en el coche: como Reina veía en ello su seguridad, y como mujer su alegría.

—Querida señora de Tourzel —dijo la Reina—, os estamos muy agradecidos; pero sufrís y habéis venido por una exageración de vuestra

fidelidad; permaneced en Bondy, y donde quiera que estemos podréis volver a reuniros con nosotros.

—Señora —contestó *madame* Tourzel—, que ordene el Rey, y me aparearé, si es necesario, en medio del camino; pero solamente esta orden puede hacerme faltar a mi deber y hasta renunciar a mi derecho.

—¡Señor —exclamó la Reina—, señor!

Pero Luis XVI no osaba resolver en esta grave cuestión y buscaba una salida, una escapatoria.

—Señor de Charny —dijo—, ¿no podéis permanecer en el pescante?

—Puedo lo que el Rey quiera —contestó el señor de Charny—; pero debo conservar mi uniforme de oficial o mi taima y mi sombrero de cochero; cuatro meses hace que me ven de uniforme en el camino y todos me reconocerán; el segundo traje es demasiado modesto para un carruaje tan elegante.

—Entrad en el coche, señor de Charny, entrad —dijo la Reina—; yo sentaré al Delfín sobre mis rodillas, *madame* Isabel colocará a María Teresa sobre las suyas, y así nos acomodaremos, aunque algo oprimidos.

Charny esperaba la decisión del

Rey.

—Imposible, amiga mía —contestó este—; pensad que hemos de recorrer aún noventa leguas.

La señora de Tourzel permanecía en pie dispuesta a obedecer a la orden del Rey, si este disponía que bajase, pero el Rey no se atrevía a ello; tan poderosas son a veces las más pequeñas preocupaciones en la gente de la corte.

—Señor de Charny —dijo el Rey al Conde—, ¿no podéis ocupar el puesto de vuestro hermano, y correr delante de nosotros para pedir caballos?

—Ya he dicho al Rey que estaba dispuesto a todo; pero observaré que de

ordinario los caballos van dirigidos por un correo y no por un capitán de navío; este cambio llamaría la atención de los maestros de posta, pudiendo producir graves inconvenientes.

—Es muy justo —dijo el Rey.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró la Reina en el colmo de la impaciencia.

Y volviéndose hacia Charny, añadió:

—Arreglaos como gustéis, señor Conde; mas no quiero que os separéis de nosotros.

—Tal es mi deseo —dijo Charny—; pero no veo más que un medio.

—¿Cuál? Decidlo pronto —replicó la Reina.

—Se reduce a que en vez de entrar en el coche, de subir al pescante o de adelantarme corriendo, os siga con mi simple traje de hombre que corre la posta; marchar, señora, y antes de que hayáis recorrido diez leguas estaré a quinientos pasos de vuestro carruaje.

—¿Con que volvéis a París?

—Sin duda, señora, pero hasta Châlons Vuestra Majestad no tiene nada que temer, y antes de que llegue estaré yo de vuelta.

—Pero ¿cómo vais a volver a París?

—Con el caballo en que ha venido mi hermano, señora; corre mucho, ha tenido tiempo de reposar, y en menos de

media hora estaré en París.

—¿Y después?

—Después, señora, me pondré un traje conveniente, tomaré un caballo en la posta y correré a escape hasta haberos alcanzado.

—¿No hay ningún otro medio? —preguntó María Antonieta.

—¡Diantre! —contestó el Rey—, yo no veo ninguno.

—Pues entonces —dijo Charny—, no perdamos el tiempo. ¡Vamos, Juan Francisco, a vuestro puesto; adelante, Melchor; postillones, a vuestros caballos!

La señora de Tourzel, triunfante,

volvió a sentarse, y el coche partió al galope seguido del cabriolé.

La importancia de la discusión fue causa de que se olvidase distribuir al vizconde de Charny, al señor de Valory y al de Malden las pistolas cargadas que estaban en la caja del coche.

¿Qué ocurría en París, hacia dónde Charny corría a escape?

Un peluquero llamado Buseby, habitante en la calle de Borbón, había ido a visitar por la noche en las Tullerías a uno de sus amigos, que estaba de guardia; este último había oído hablar mucho a sus oficiales de la fuga que se preparaba para aquella

misma noche, y habló del asunto al peluquero, quien ya no pudo desechár de su pensamiento la idea de que tal proyecto era verdadero, y de que la huida de la familia real debía efectuarse durante la noche. De vuelta a su casa refirió a su mujer lo que acababa de oír en las Tullerías, pero esta trató la cosa de sueño; la duda de la peluquera influyó en el marido y este acabó por desnudarse, acostándose sin fijarse más en sus sospechas.

Pero una vez en cama le acosó la primera preocupación, y entonces con tanta fuerza, que no pudo resistir. Saltó del lecho, vistióse de nuevo y corrió a

casa de uno de sus amigos llamado Hucher, que era a la vez tahonero y zapador del batallón de los Teatinos.

Allí contó cuanto le habían dicho en las Tullerías, comunicando sus temores tan vivamente al tahonero respecto a la fuga de la familia real, que el hombre, no solamente participó de ellos, sino que, más ardiente que su compañero, saltó de la cama, detúvose apenas el tiempo necesario para ponerse el pantalón, salió a la calle y llamó a las puertas, despertando a unos treinta vecinos.

Serían entonces las doce y cuarto de la noche, y esto sucedía pocos minutos

después de haber encontrado la Reina al general Lafayette en el postigo de las Tullerías.

Los ciudadanos despiertos por el peluquero Buseby y el tahonero Hucher, resolvieron ir con el uniforme de la guardia nacional a casa del general Lafayette, para prevenirle de lo que pasaba.

Así se hizo al punto. El señor de Lafayette vivía en la calle de San Honorato, en el palacio de Noailles. Los patriotas emprendieron la marcha y llegaron allí a eso de las doce y media de la noche.

El general, después de visitar al Rey

antes de retirarse, y de anunciar a su amigo Bailly que el Rey estaba acostado, fue a ver al señor Emmery, individuo de la Asamblea nacional; acababa de entrar en su casa y se disponía a desnudarse.

En aquel momento llamaron a la puerta del palacio; el señor de Lafayette envió a su ayuda de cámara a preguntar quién era.

Muy pronto volvió este diciendo que veinticinco o treinta ciudadanos deseaban hablar al punto al general sobre una cosa de la mayor importancia.

En aquella época el general Lafayette acostumbraba a recibir a

cualquier hora.

Por lo demás, como un asunto por el cual se molestaban veinticinco o treinta ciudadanos podía y hasta debía ser muy importante, ordenó que fuesen introducidos estos.

Al general le bastó ponerse la casaca para recibir a los visitantes.

Entonces los ciudadanos Buseby y Hucher, en su nombre y en el de sus compañeros, expusieron sus temores; el primero los apoyaba en lo que había oído decir en las Tullerías, y los otros en lo que oían decir diariamente en todas partes.

El general no hizo más que reírse, y

como era hombre de buenos principios y amante de la conversación, refirió a los ciudadanos de dónde procedían todos aquellos rumores, esparcidos por la señora Rochereul y el señor de Gouvion; añadió que él, para asegurarse de su falsedad, había visto al Rey acostarse, lo mismo que sus visitantes podrían verle a él hacerlo también si se esperaban unos minutos; y, en fin, como todo esto no pareciera tranquilizarlos del todo, el señor de Lafayette les dijo que respondía del Rey y de la familia real con su cabeza.

Después de esto era imposible manifestar la menor duda, por lo cual se

contentaron con pedir al señor de Lafayette el santo y seña para que no se les molestase en su vuelta. El general no tenía dificultad en esto y los complació.

Sin embargo, provistos del santo y seña, resolvieron visitar la sala del Picadero, para ver si ocurría algo nuevo por allí, así como también los patios del palacio, a fin de ver si pasaba algo extraordinario.

Ya regresaban por la calle de San Honorato e iban a penetrar en la de la Escala, cuando un jinete que venía de galope vino a dar en medio de ellos; y como en semejante noche todo era acontecimiento, cruzaron sus fusiles,

gritando al desconocido que se detuviera.

El jinete se detuvo.

—¿Qué deseáis? —preguntó.

—Queremos saber adonde vais —
dijeron los guardias nacionales.

—Voy a las Tullerías.

—¿Para qué?

—Para dar cuenta al Rey de una
misión de que me ha encargado.

—¿A esta hora?

—Sí, a esta hora.

Uno de los más maliciosos hizo seña
a los otros para que le dejaran hablar.

—Pero a esta hora —observó—, el
Rey está acostado.

—Sí —contestó el jinete—; pero le despertarán.

—Para hablar con el Rey —replicó el mismo hombre—, debéis llevar el santo y seña.

—Esto no sería una razón —contestó el jinete—, puesto que podría llegar de la frontera en vez de venir de un punto distante tres leguas de aquí, y haber marchado un mes há en lugar de partir dos horas hace.

—Es verdad —dijeron los guardias nacionales.

—Pues entonces, ¿habéis visto al Rey, dos horas hace? —continuó el que interrogaba.

—Sí.

—¿Le habéis hablado?

—Sí.

—¿En qué se ocupaba hace dos horas?

—Esperaba la salida del general Lafayette para acostarse.

—¿De modo que tenéis el santo y seña?

—Es claro; el general, sabiendo que debía volver a las Tullerías a eso de la una o las dos de la madrugada, me lo dio, a fin de que no sufriese ningún retraso.

—¿Y ese santo y seña es?...

—París y Poitiers.

—Vamos —dijeron los guardias nacionales—, bien está. Buena suerte, compañero, y decid al Rey que nos habéis encontrado vigilando en la puerta del palacio, por temor de que se escape.

Y apartáronse para dejar pasar al jinete.

—No dejaré de hacerlo —contestó este.

Y picando espuelas a su caballo, lanzóse hacia el postigo de las Tullerías, donde desapareció.

—Podríamos esperar a que saliese para saber si ha visto al Rey —dijo uno de los guardias nacionales.

—Pero si habita en las Tullerías —

replicó otro—, esperaríamos hasta mañana.

—Es verdad —repuso el primero—, y puesto que el Rey está acostado, así como también el señor Lafayette, vamos a dormir, y viva la nación.

Los veinticinco o treinta patriotas repitieron este grito y volvieron a sus casas, muy satisfechos y orgullosos de haber sabido de la misma boca del general Lafayette que no debía temerse que el Rey saliera de París.

Capítulo LXXXV

EL CAMINO

Hemos visto marchar el coche que conducía al Rey y a su familia al trote largo de cuatro vigorosos caballos de posta, y vamos a seguirle por el camino en todos los detalles del viaje, como lo hicimos en todos los de su fuga. El acontecimiento es tan grande y ha ejercido una influencia tan fatal en su destino, que el menor accidente de este viaje nos parece de curiosidad o de

interés.

Amaneció a eso de las tres de la madrugada; se debía de cambiar de tiro en Meaux; el Rey tenía apetito y se apeló a las provisiones. Estas últimas consistían en un pedazo de ternera fiambre que, con pan y cuatro botellas de champaña, el conde de Charny había mandado poner en las bolsas del coche.

Como no había cuchillo ni tenedores, el Rey llamó a Juan, nombre que, según se recordará, se había dado al señor de Malden.

Este se acercó.

—Juan, prestadme vuestro cuchillo de caza para cortar la ternera.

Juan alargó al Rey el cuchillo.

Durante este intervalo la Reina sacaba la cabeza del coche y miraba hacia atrás, sin duda para ver si venía Charny.

—¿Queréis tomar algo, señor de Malden? —dijo el Rey a media voz.

—No, señor, no necesito nada —contestó Malden también a media voz.

—Sed todos francos —dijo el Rey.

Dirigiéndose después a la Reina, que seguía mirando por la portezuela, añadió:

—¿En qué estáis pensando?

—¿Yo? —dijo la Reina procurando sonreírse—, pienso en el señor de

Lafayette... probablemente no estará muy contento a estas horas.

Después continuó, dirigiéndose al señor de Valory, que se acercó a la portezuela:

—Francisco, creo que todo va bien, y estaríamos ya arrestados si debiésemos serlo...; tal vez no se sabe aún nuestra partida.

—Es más que probable, señora —contestó el señor de Valory—, porque no veo por ningún lado movimiento ni sospechas... ¡Vamos, ánimo, todo va bien! ¡Partamos! —gritó al postillón.

Malden y Valory subieron otra vez al pescante y el coche continuó su camino.

A eso de las ocho llegaron al pie de una larga cuesta, a cuya derecha e izquierda había un bonito bosque en donde cantaban los pájaros al reflejo de los primeros rayos del sol de uno de los más hermosos días del mes de junio.

El postillón puso los caballos al paso, y los dos guardias saltaron a tierra.

—Juan —dijo el Rey—, haced detener el coche y abrid la portezuela...; quisiera andar un poco, y me parece que la Reina y los niños no sentirán subir la cuesta a pie.

El caballero Malden hizo una seña y el postillón se detuvo; la portezuela se

abrió, y el Rey y la Reina, *madame* Isabel y los niños, bajaron. Sólo *madame* de Tourzel se quedó en el coche por hallarse indispuesta.

En un momento toda la pequeña colonia se esparció por el camino: el delfín echó a correr detrás de una mariposa, y *madame* Royale comenzó a coger flores.

Madame Isabel tomó el brazo del Rey, y la Reina continuó sola.

Al ver esta familia esparcida de tal modo en el camino; a esos niños jugando y corriendo; a esa hermana apoyada en el brazo de su hermano y sonriendo con él; a aquella hermosa mujer pensativa y

mirando atrás, y todo esto al reflejo de un temprano y hermoso sol de junio, rechazado por la sombra transparente del bosque hasta el centro del camino; todo esto, decimos, parecía una alegre familia que volvía a su casa de campo para gozar de los placeres de una vida tranquila y regular, y no un Rey y una Reina de Francia huyendo de un trono, al cual no debían volver sino para ser conducidos al cadalso.

Es verdad que un incidente debía turbar muy pronto los diferentes sentimientos que yacían en el fondo del corazón de los varios personajes que figuran en esta historia.

Repentinamente la Reina se detuvo como si sus pies hubieran echado raíces en la tierra, mirando hacia un hombre que aparecía a caballo, a la distancia de un cuarto de hora, rodeado de una nube de polvo.

María Antonieta no se atrevió a decir que era el conde de Charny.

Pero exhaló un suspiro.

—¡Ah! —dijo—, noticias de París.

Todos se volvieron, excepto el delfín, que acababa de coger la mariposa que perseguía; poco le importaban a él las noticias de París.

El Rey, que era algo miope, sacó del bolsillo un pequeño antejo.

—¡Oh! Creo que es el conde de Charny —dijo.

—Sí —respondió la Reina—, él es.

—Sigamos, sigamos —dijo el Rey—, pronto nos alcanzará, no hay tiempo que perder.

La Reina no se atrevió a decir que las noticias que traía de París merecían que se le esperase.

En resumidas cuentas, sólo sería un retardo de pocos segundos, porque el jinete llegaba con toda la celeridad del caballo.

El mismo jinete miraba con gran atención, a medida que se iba aproximando, y parecía no comprender

por qué el gigantesco coche había dejado en el camino a los viajeros.

Al fin los alcanzó en el momento en que el coche llegaba a la cima de la cuesta, y se paró.

Era el señor de Charny, según había adivinado el corazón de la Reina y los ojos del Rey. Llevaba levita verde de cuello flotante; sombrero con presilla y hebilla de acero; pantalón de piel ajustado y botas de montar. Su color, ordinariamente blanco mate, estaba animado por la carrera, y en sus ojos brillaba la llama que enardecía su rostro. Parecía en cierto modo un vencedor en su poderosa respiración y

en su nariz dilatada.

La Reina, que nunca le había visto tan hermoso, dio un profundo suspiro.

Charny se apeó y se inclinó ante el Rey, y volviéndose en seguida a la Reina, la saludó.

Todos le rodearon, excepto los dos guardias a quienes la discreción había alejado.

—Acerquéense, señores —dijo el Rey—, las noticias que trae el conde de Charny interesan a todo el mundo.

—Primeramente —dijo Charny—, todo va bien; a las dos y media nadie sospechaba la fuga.

Cada uno empezó a respirar, y en

seguida se multiplicaron las preguntas.

Charny contó cómo había llegado a París y encontrado, en la calle de la Echelle, la patrulla de los patriotas que le interrogaron, y a los que él dejó convencidos de que el Rey estaba acostado y durmiendo.

Después dijo cómo había subido a su cuarto, luego que llegó a Palacio; que estaba todo tranquilo como en tiempo ordinario; que cambió de traje, que volvió a bajar por los corredores del Rey, y que se había cerciorado de que nadie sospechaba la fuga, ni aun el señor de Gouvion, quien viendo que los centinelas que él había colocado en las

inmediaciones del cuartel del Rey no servían de nada, los retiró y envió a los oficiales y jefes de batallón a descansar a sus casas respectivas.

Que entonces volvió a tomar su caballo, que al cuidado de un criado había dejado en el patio, y que pensando que sería muy difícil obtener en la casa de postas de París un relevo, volvió a Bondy en el mismo caballo; y que este desdichado llegó casi cojo, pero al fin llegó, que era lo que se necesitaba.

Que en Bondy tomó otro caballo y continuó en él su camino, sin que en este hubiese la menor indicación sospechosa.

La Reina halló el medio de alargar

la mano a Charny, pues tan buenas noticias merecían muy bien semejante favor.

El conde besó respetuosamente la mano, y todos subieron al coche, que continuó la ruta.

Charny galopaba al lado de la portezuela.

En la posta inmediata hallaron preparados todos los caballos, excepto el del señor de Charny, porque Isidoro, ignorando que su hermano pudiese necesitarlo, no lo había encargado. Esto causó un nuevo retardo, pero el coche partió, y cinco minutos después Charny estaba ya montado: además, se había

convenido que este seguiría, pero no escoltaría el coche.

Siguióle, pues, de modo que la Reina pudiese verle cuando sacaba la cabeza por la portezuela, y para poder llegar a todas las casas de postas con tiempo suficiente para hablar alguna cosa con los ilustres viajeros.

Charny acababa de cambiar de caballo en Montmirail y creía que el coche le aventajaba tan solo en un cuarto de hora, cuando al doblar la esquina de una calle, su caballo dio de hocicos contra el coche detenido y los dos guardias que trataban de arreglar una correa.

El conde se apea al punto, pasa la cabeza por la portezuela, para recomendar al Rey que se oculte y a la Reina que no se inquiete, y después abre una especie de cofre donde están todos los útiles y objetos necesarios para un accidente cualquiera; se encuentran dos tiros nuevos y se toma uno para sustituir al que se ha roto.

Los dos guardias se aprovechan de este tiempo de espera para pedir sus armas; pero el Rey se opone formalmente a que se las devuelvan, y al hacerse presente el caso en que el coche puede ser detenido, contesta que en ningún caso quiere que la sangre corra

por causa suya.

Al fin queda arreglado el tiro; se cierra el cofre, los dos guardias vuelven al pescante, Charny monta de nuevo y el coche se pone en marcha.

Pero se ha empleado más de media hora, y esto cuando cada minuto perdido es irreparable.

A las dos se llega a Châlons.

—¡Si llegamos a Châlons sin que nos detengan —había dicho el Rey—, todo irá bien!

Se llegó a esta ciudad sin detención, y ya se cambiaba el tiro.

El Rey se dejó ver un instante; en medio de los grupos que rodeaban el

coche, dos hombres le habían mirado con marcada atención.

De repente uno de ellos se aleja y desaparece.

El otro se aproxima.

—Señor —dice a media voz—, no os dejéis ver así, pues de lo contrario sois perdido.

Y dirigiéndose a los postillones, añadió:

—¡Vamos, perezosos! ¿Es así como se sirve a unos viajeros que pagan treinta sueldos de gratificación?

Y ayudó él mismo a los postillones. Era el maestro de postas.

Por fin quedan enganchados los

caballos; los postillones están en la silla, y el primero quiere hacerlos arrancar. Pero los dos se caen.

Levantados a fuerza de latigazos, se quiere lanzar el coche; mas los caballos del segundo postillón caen a tierra a su vez, cogiendo al hombre debajo.

Charny, que espera silencioso, atrae al postillón hacia sí, levantándole al fin, pero no sin que deje debajo del animal sus gruesas botas.

—¡Oh! —exclama Charny, dirigiéndose al maestro de postas, cuya fidelidad no conoce—, ¿qué caballos nos habéis dado?

—Los mejores de la cuadra —

contesta el hombre.

Pero los animales se han enredado de tal modo con las correas, que cuanto más se esfuerzan para levantarse, más se entorpecen.

Charny se precipita sobre el tiro.

—¡Vamos! —dice—,

desenganchemos de una vez y se acabará antes.

El maestro de postas comienza a trabajar, llorando de rabia.

Entretanto, el hombre que se ha alejado corre a casa del alcalde, le anuncia que en aquel momento el Rey y toda la familia real cambian de tiro en la posta, y le pide una orden para

detenerlos.

Por fortuna, el alcalde es poco republicano y no desea tomar sobre sí semejante responsabilidad. En vez de asegurarse del hecho, pide a su vez toda especie de explicaciones, niega que la cosa pueda ser cierta, y aburrido al fin, llega a la casa de postas en el momento en que el coche desaparece al doblar una esquina.

Se han perdido más de veinte minutos.

En el coche real hay mucha alarma: aquellos caballos cayéndose unos tras otros sin motivo alguno, recuerdan a la Reina las bujías que se apagaban por sí

solas.

Sin embargo, al salir de las puertas de la ciudad, el Rey, la Reina y *madame* Isabel, dijeron a un tiempo:

—¡Nos hemos salvado!

Pero a cien pasos más allá un hombre se precipita, pasa la cabeza por la portezuela, y grita a los ilustres viajeros:

—¡Habéis tomado mal vuestras medidas, y seréis detenidos!

La Reina profirió un grito; el hombre se aparta a un lado y desaparece en una arboleda.

Por fortuna Pont-de-Sommevelle no dista más que cuatro leguas, y se

encontrará al señor de Choiseul con sus cuarenta húsares.

¡Pero ya son las tres de la tarde, y se han perdido cerca de cuatro horas!...

Capítulo LXXXVI

FATALIDAD

Se recordará que dejamos al duque de Choiseul corriendo la posta con Leonardo, el cual se desesperaba cada vez más por haber dejado abierta la puerta de su habitación, llevándose el sombrero y la levita de su hermano, y haber faltado a la promesa que hizo a *madame* de Aage de ir a peinarla.

Pero lo que le consolaba era que el duque le había dicho terminantemente

que tan sólo se alejaría dos o tres leguas, y que, cuando quedase libre, le daría una comisión especial en nombre de la Reina.

Así es que al llegar a Bondy, y viendo que el coche paraba, respiró con más libertad y tomó las medidas necesarias para apearse; pero el duque le contuvo, diciendo:

—Todavía no hemos llegado.

Los caballos estaban ya dispuestos, y pocos segundos después el carruaje partió como un rayo.

—Pero, señor duque —exclamó Leonardo—, ¿adónde vamos?

—Con tal que mañana por la mañana

estéis de vuelta, ¿qué os importa?

—El hecho es —contestó Leonardo—, que con tal que yo me halle a las diez en las Tullerías para peinar a la Reina...

—Basta eso, ¿no es verdad?

—Sin duda... pero, cuanto antes será mejor; porque podré tranquilizar a mi hermano y explicar a la señora de Aage que la falta no está de mi parte.

—Si no es más que eso, tranquilizaos, buen Leonardo; las cosas saldrán bien —replicó el duque de Choiseul.

Como Leonardo no tenía ningún motivo para creer que el duque le

llevaba contra su voluntad, se tranquilizó, a lo menos momentáneamente. Pero al ver que en Claye cambiaban otra vez de caballos y que no se trataba de detenerse en aquel sitio, el desgraciado exclamó:

—¿Vamos acaso a lo último del mundo?

—Escuchad, Leonardo —le dijo entonces el duque con gravedad—, no os llevo a una casa inmediata a París, sino a la frontera.

Leonardo profirió una exclamación, apoyó sus manos en las rodillas y miró al duque medio aterrado.

—¿A la... a la... frontera? —

balbuceó.

—Sí, Leonardo; allí está mi regimiento; debo recibir una carta del mayor interés para la Reina, y no pudiendo entregársela yo mismo, he de valerme de alguien para ello. Pedí a Su Majestad que me indicase una persona y la Reina os eligió, como hombre de quien se puede fiar por su celo.

—¡Oh, señor duque! —exclamó Leonardo—, ¿creéis que soy digno de la confianza de la Reina? Y ¿cómo volveré vestido de este modo, con escarpines, calzón y medias blancas de seda? ¡No tengo dinero ni ropa que ponerme!

El buen Leonardo olvidaba que

llevaba en su bolsillo dos millones en brillantes pertenecientes a la Reina.

—No os inquietéis, querido amigo —le dijo el duque—, tengo en el coche ropa, botas, dinero y todo lo que podáis necesitar; nada os faltará.

—Sin duda, señor duque, seguro estoy de que en vuestra compañía nada podrá faltarme...; pero mi pobre hermano, cuyo sombrero y hopalanda he tomado... y *madame* de Aage, que nunca está bien peinada sino por mi mano... ¡Dios mío, Dios mío! ¡En qué vendrá a parar todo esto!

—Es lo mejor, querido Leonardo; a lo menos así lo espero —contestó el

duque.

Corrían como el viento, y el duque de Choiseul había encargado a su hermano que hiciese preparar cena y dos camas en Montmirail, donde pasarían el resto de la noche. Al llegar a este punto, los viajeros hallaron pronto todo lo que necesitaban.

Excepto lo de la levita y el sombrero, y el pesar de haber dejado burlada a *madame* de Aage, Leonardo estaba casi consolado. De vez en cuando dejaba escapar alguna expresión de gozo, siendo fácil ver que creía su orgullo bastante lisonjeado porque la Reina le hubiese elegido para una

misión tan importante como la que le parecía tener a su cargo.

Ambos viajeros se acostaron después de cenar, y el duque encargó que el coche estuviese pronto a las cuatro de la mañana.

A las cuatro menos cuarto llamaron a su puerta, con el objeto de despertarle por si acaso se hubiese dormido.

Pero a las tres el duque no había podido cerrar aún los ojos, y entonces oyó desde su cama el ruido de un carruaje y el de los látigos con que los postillones anuncian su llegada.

En un momento saltó del lecho, se asomó a la ventana y vio parado en la

puerta un cabriolé, del cual bajaron dos hombres vestidos de guardias nacionales, que pedían caballos con la mayor insistencia.

¿Quiénes eran estos guardias nacionales? ¿Qué venían a buscar en aquella hora? Y ¿por qué tanto interés en pedir caballos?

El duque llamó a su criado, ordenóle que enganchasen, y al punto despertó a Leonardo.

Los dos viajeros se habían echado vestidos en la cama para no perder tiempo. Al bajar hallaron los dos coches preparados.

El duque de Choiseul recomendó al

postillón que dejase salir primero el carruaje de los guardias nacionales, y que le siguiese sin perderle de vista ni un solo momento. En seguida examinó las pistolas que tenían en el coche y las cargó de nuevo, lo cual inspiró a Leonardo cierta inquietud.

Siguieron así durante una legua o legua y media, y entre Etoge y Chaintry el cabriolé tomó por un camino lateral que conducía hacia Jalons y Epernay.

Los guardias nacionales que habían alarmado al duque de Choiseul eran dos buenos ciudadanos que volvían de Ferté y se dirigían a sus casas.

Tranquilo sobre este punto, el duque

continuó su marcha.

A las diez atraviesa por Châlons; a las once llega a Pont-de-Sommevelle.

Aquí se informa: los húsares no han llegado aún.

Deteniéndose en la casa de postas se apea, pide una habitación y se pone su uniforme.

Leonardo contemplaba estos preparativos con viva inquietud, suspirando de un modo que enternecía al duque de Choiseul.

—Leonardo —dijo este—, ya es tiempo de que sepáis la verdad.

—¿Cómo la verdad? —exclamó Leonardo cada vez más sorprendido—,

pues qué, ¿no sé la verdad?

—Sabéis una parte y voy a deciros el resto.

Leonardo juntó las manos.

—Creo, Leonardo, que sois fiel a vuestros amos, ¿no es verdad?

—Con toda mi alma y corazón, señor duque.

—Pues bien, dentro de dos horas estarán aquí.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es posible? — exclamó Leonardo.

—Sí —continuó el duque—, aquí... con los niños... con *madame* Isabel... ¿Sabéis cuántos riesgos han corrido?

Leonardo hizo con la cabeza una

señal afirmativa.

—Y ¿qué peligro corren aún?

Leonardo levantó los ojos al cielo.

—Pues bien, dentro de dos horas estarán salvados.

Leonardo no podía hablar; las lágrimas le ahogaban; pero consiguió decir:

—Aquí, dentro de dos horas... ¿Estáis bien seguro de ello?

—Sí; en dos horas... Ayer, a las once u once y media de la noche, han debido salir de las Tullerías, y al mediodía habrán llegado a Châlons... Pongamos cuatro horas y media para recorrer las cuatro leguas que nosotros

acabamos de franquear...; deben estar aquí a las dos, lo más tarde. Ahora comeremos, porque estoy esperando un destacamento de húsares que debe venir con el caballero de Goguelat; trataremos de hacer durar la comida todo el tiempo posible.

—¡Oh, señor duque! No tengo ganas.

—No importa, haced un esfuerzo y comeréis.

—Está bien, señor duque.

—Haremos porque se prolongue la comida todo el tiempo posible, para tener un pretexto de permanecer aquí... ¡Mirad, mirad! ¡Ya llegan los húsares!

Y, efectivamente, se oyó la trompeta

y el paso de los caballos.

Un momento después el señor de Goguelat entró en el cuarto y entregó al duque de Choiseul un despacho de parte del señor de Bouillé.

Este pliego contenía seis firmas en blanco, y el duplicado de la orden formal dada por el Rey a todos los oficiales del ejército, cualquiera que fuese su grado o antigüedad, de obedecer al duque de Choiseul. Este mandó llevar los caballos a la cuadra, distribuyó pan y vino a los soldados y se puso a comer.

Las noticias que traía el señor Goguelat no eran buenas; por todas

partes en el camino, se notaba gran efervescencia, pues hacía más de un año que circulaban rumores sobre la fuga del Rey, no sólo en París, sino en provincias; los destacamentos de los cuerpos de diferentes armas que estacionaban desde Sainte-Menehould a Varennes habían infundido más vivas sospechas, y en una aldea inmediata al camino se había tocado a rebato.

Todas estas cosas podían privar del apetito al señor de Choiseul; por eso, después de haber estado una hora en la mesa y al dar la una y media, el duque dejó su asiento, y confiriendo el mando del destacamento al señor Boudet fue a

situarse en una eminencia a la entrada de Pont-de-Sommevelle, desde donde podía abarcar con la vista media legua de circuito.

A pesar de su atención no descubrió correo ni carruaje alguno; pero esto nada tenía de extraño aún. No tan sólo el duque tenía en cuenta cualquier accidente fortuito, sino que, como hemos dicho, no esperaba al correo antes de una hora u hora y media, ni al Rey antes de la una y media o las dos.

Pero el tiempo pasaba y nada se veía en el camino, a lo menos nada que se pareciese a lo que se estaba esperando.

El duque consultaba la hora cada

cinco minutos, y siempre que sacaba el reloj, Leonardo decía:

—¡Ah! ¡Veréis cómo no vienen! ¡Pobres amos! ¡Alguna desgracia debe haberles ocurrido!

El pobre hombre aumentaba con su desesperación la inquietud del duque de Choiseul.

Dieron las dos y media, las tres, las tres y media; ni correo ni coche aparecían. No se habrá olvidado que el Rey salió de Châlons a las tres en punto.

Mientras que el duque esperaba en medio del camino, la *fatalidad* preparaba en Pont-de-Sommevelle un suceso que debía ejercer la más grave

influencia en el drama que referimos.

La fatalidad, repitámoslo, había querido que, precisamente pocos días antes, los vecinos de una propiedad perteneciente a *madame* d'Elbceuf, propiedad situada cerca de Pont-de-Sommevelle, rehusaran el pago de ciertos derechos y fueran amenazados con ejecuciones militares; pero la federación había producido sus frutos, y los campesinos de los pueblos inmediatos prometieron socorrer a los de la propiedad de *madame* d'Elbceuf, si la amenaza se realizaba.

Al ver llegar y estacionarse a los húsares, los campesinos supusieron que

estos venían con fines hostiles. Expidieron propios a Pont-de-Sommevelle y a los pueblos vecinos, y tres horas después se armaba el somatén en todo el país.

Al oír el ruido el duque de Choiseul volvió a Pont-de-Sommevelle y halló muy inquieto al señor de Boudet.

Se amenazaba a los húsares, que en aquella época era uno de los cuerpos más aborrecidos del ejército; los paisanos se burlaban de ellos y venían a cantar en su presencia la siguiente letrilla improvisada:

Los húsares son guitones,

riamos de esos bribones.

Además, personas mejor informadas o más perspicaces empezaban a decir en voz baja que los húsares habían venido, no para lo que se decía respecto a los vecinos de la propiedad de *madame* d'Elbceuf, sino para esperar al Rey y la Reina.

En esto dieron las cuatro, sin que correo ni carruaje hubiesen aparecido.

Sin embargo, el duque de Choiseul se decidió a permanecer aún en el pueblo; pero hizo enganchar los caballos de posta, se encargó de los diamantes que llevaba Leonardo y despachó a este

a Varennes, recomendándole dar cuenta de paso al caballero Dandoins en Sainte-Menehould, al de Damas en Clermont y al de Bouillé en Varennes, de la situación en que se hallaba.

En seguida, para calmar la agitación que notaba en todas partes, declaro que tanto él como sus húsares no estaban allí, según se creía, para proceder contra los paisanos de Bout, sino para esperar un tesoro que el ministro de la Guerra enviaba al ejército.

Pero la palabra *tesoro*, que puede tomarse en dos sentidos, al calmar la irritación por un lado, confirmó por otro las sospechas. El Rey y la Reina eran

también un *tesoro*, y este era precisamente el que esperaba el señor de Choiseul.

Un cuarto de hora después el duque y los húsares se vieron tan estrechados y comprometidos, que el primero creyó no poder permanecer más tiempo en semejante situación, y que si, por desgracia, el Rey y la Reina llegaban en aquel momento, ni él ni sus húsares podrían protegerlos.

Tenía la orden de *obrar de modo que el coche del Rey pudiese continuar su marcha sin obstáculo*; pero su presencia, en vez de servir de protección, era ya un estorbo.

Creyó que lo mejor de todo, aun en el caso en que el Rey llegase, sería partir al momento, pues su marcha dejaría expedito el camino.

Pero se necesitaba un pretexto en qué fundar esta determinación.

El maestro de postas estaba allí en medio de quinientos o seiscientos curiosos, que una sola palabra bastaría para convertir en otros tantos enemigos. Miraba con los brazos cruzados del mismo modo que los demás, y se hallaba enfrente del duque de Choiseul, que le preguntó:

—¿Sabéis algo de una conducción de dinero que ha sido expedida estos

días para Metz?

—Esta misma mañana —contestó el maestro de postas—, la diligencia ha llevado trescientos mil escudos escoltados por dos gendarmes.

—¿De veras? —repuso el duque, maravillado de la parcialidad con que le servía la fortuna.

—Es tan cierto —dijo un gendarme—, que Robin y yo hemos ido escoltándolo.

—En ese caso —repuso el duque con calma, volviéndose al señor de Goguelat—, el ministro habrá preferido ese medio; y como nuestra presencia en este sitio no tiene ya objeto, creo que

debemos retirarnos. ¡Húsares, preparad los caballos!

Los soldados, que ya estaban bastante alarmados, nada deseaban tanto como obedecer una orden semejante; en un momento todos estuvieron a caballo y formaron en batalla.

El duque pasó delante de la línea, miró del lado de Châlons y, exhalando un suspiro, dijo:

—¡Húsares, cuatro de frente! ¡Al paso!

Y salió de Pont-de-Sommevelle, con el trompeta a la cabeza, en el momento en que daban las cinco y media. A doscientos pasos del pueblo el duque

hizo un rodeo para evitar Sainte-Menehould, donde, según decían, los ánimos estaban bastante agitados.

Precisamente en el mismo instante, Isidoro de Charny, picando espuelas y dando latigazos al caballo en que había corrido cuatro leguas en dos horas, llegaba a la casa de postas y pedía otro, preguntando al mismo tiempo si habían visto un destacamento de húsares; se le respondió que sí, y que estos acababan de partir, hacía un cuarto de hora, por el camino de Sainte-Menehould. Mandó, pues, preparar los demás caballos, y esperando alcanzar y detener al duque salió a escape. Acabamos de ver que el

señor de Choiseul se separó del camino de Sainte-Menehould y tomó otro de travesía, precisamente cuando Charny llegaba a la casa de postas; de manera que no pudo alcanzar al duque ni a los húsares.

Capítulo LXXXVII

FATALIDAD

Diez minutos después de la salida de Isidoro de Charny, llegó el coche del Rey. La multitud se había retirado, precisamente como lo había previsto el duque de Choiseul.

El conde de Charny, sabiendo que en Pont-de-Sommeville debía encontrar el primer destacamento, no creyó urgente

quedarse atrás y galopaba al lado del coche, apurando a los postillones, que parecían tener encargo de caminar despacio.

El Rey, que al llegar al pueblo no vio a los húsares ni al duque de Choiseul, asomó con alguna inquietud la cabeza por la portezuela.

—¡Señor, por Dios —dijo Charny—, no os dejéis ver! Voy a informarme de lo que pasa.

Y en seguida entró en la casa de postas.

El Rey comprendió que el duque se había retirado para dejar el paso libre.

Lo que importaba era salir al camino

y llegar a Sainte-Menehould, donde, sin duda alguna, el señor de Choiseul se había replegado; de modo que allí se hallarían reunidos los dragones y los húsares. En el instante de partir, Charny se acercó a la portezuela y dijo:

—¿Qué dispone Vuestra Majestad, señora? ¿Debo adelantarme o quedarme atrás?

—No os separéis de mí —contestó la Reina.

Charny se inclinó y siguió galopando cerca de la portezuela.

Entretanto, Isidoro corría delante, sin comprender la soledad del camino, el cual era tan recto que, en ciertos

puntos, la vista alcanzaba una legua o legua y media. Inquieto hostigaba a su caballo y adelantábase más de lo ordinario, temiendo que los vecinos de Sainte-Menehould se amotinassen al ver los dragones del señor Dandoins, así como los habitantes de Pont-de-Sommevelle se habían alarmado al ver los húsares del de Choiseul.

No se engañaba, pues lo primero que vio en Sainte-Menehould fue un gran número de guardias nacionales diseminados por las calles, los primeros que encontraban desde la salida de París. La ciudad entera estaba revuelta, y en el barrio opuesto se oía ya el

tambor.

El vizconde penetró en las calles sin manifestar alteración, atravesó la plaza mayor y se detuvo en la casa de postas.

Al atravesar la plaza vio una docena de dragones sentados en un banco, que tenían puesta la gorra de cuartel. A pocos pasos más lejos, el marqués de Dandoins estaba asomado a la ventana de un cuarto bajo, con su gorra en la cabeza y un látigo en la mano.

Isidoro pasó sin detenerse, aparentando no haber reparado en nada. Presumió que Dandoins, sabiendo cómo debían estar vestidos los correos, los reconocería, y por consiguiente, no

necesitaba más indicios.

Un joven de veintiocho años, con los cabellos cortados a lo Tito, como los patriotas de la época, y las patillas formando cerco alrededor de la cara, estaba en la puerta de la casa de postas vestido con una bata. Como Isidoro buscaba una persona a quien dirigirse, el joven de las patillas le preguntó.

—¿A quién buscáis?

—Deseo hablar al maestro de postas
—dijo Isidoro.

—El maestro de postas está ausente por el pronto, pero yo soy su hijo, Juan Bautista Drouet... si puedo servir de algo, decid...

El joven recalcó las palabras Juan Bautista Drouet, como si adivinase que ellas, o mejor dicho, que estos nombres obtendrían en la historia una triste celebridad.

—Deseo seis caballos de posta para dos coches que me siguen.

Drouet hizo una seña manifestando que todo quedaría dispuesto; dirigióse al patio y gritó:

—¡Postillón! Seis caballos para dos coches, y uno para el correo.

En este momento entró precipitadamente el marqués de Dandoins.

—Caballero —dijo dirigiéndose a

Isidoro—, precedéis al coche del Rey, ¿no es verdad?

—Sí, señor, y extraño mucho veros, a vos y a vuestros soldados con gorras de cuartel.

—Nada se nos ha prevenido; además, estamos viendo por todas partes muchas demostraciones alarmantes... y se está tratando de corromper a mis soldados. ¿Qué se hace?

—El Rey pasará pronto; vigilad el coche, tomad consejo de las circunstancias, y partid media hora después de la familia real, formando la retaguardia.

Pero, interrumpiéndose de pronto,

añadió:

—¡Silencio! ¡Nos están espiando! ¡Tal vez nos hayan oído!... Reuníos con vuestro escuadrón, y haced lo posible por mantener en el deber a vuestros soldados.

Efectivamente, Drouet estaba en la puerta de la cocina, donde se decía esto.

Dandoins se marchó y en el mismo instante se oyeron los látigos de los postillones; el coche de postas. Al ruido se agolpó la muchedumbre con curiosidad.

Dandoins, que deseaba explicar al Rey por qué él y sus hombres estaban descansando en vez de hallarse sobre

las armas, se acercó a la portezuela, con la gorra en la mano, y con todas las muestras posibles de respeto se excusó con el Rey y con la familia real. El Rey, al contestarle, asomó varias veces la cabeza por la ventanilla del coche.

Isidoro, con el pie en el estribo, se colocó delante de Drouet, que estaba mirando el coche con la mayor atención. Este joven había asistido el año anterior a la fiesta de la Federación, donde pudo ver al Rey, y ahora creyó reconocerle. Además, aquella mañana había recibido una cantidad de dinero en asignados con el retrato del Rey, y los había examinado unos tras otros para ver si había alguno

falso; la efigie quedó impresa en su memoria, y todo parecía decirle ahora: «El hombre que está delante de ti es el Rey».

Sacando de su bolsillo uno de los asignados, compara el retrato con la fisonomía del Rey, y murmura:

—Decididamente es el mismo.

Isidoro pasa al otro lado del coche; su hermano oculta con su cuerpo la portezuela en que la Reina se apoya.

—El Rey acaba de ser reconocido —le dijo—; apresura la marcha de los postillones, y mira a ese joven moreno... es el hijo del maestro de postas, y ha reconocido al Rey. Se llama

Juan Bautista Drouet.

—¡Bien —contestó Oliverio—; vigilaré; marchad!

Isidoro sale a galope para ir a encargar los caballos en Clermont.

Apenas llegó a la extremidad del pueblo, cuando los postillones, estimulados por las instancias del caballero Malden y del de Valory, y la promesa de un escudo de propina, hacen arrancar el coche, que parte al trote largo.

El conde no pierde de vista a Drouet, el cual no se mueve, pero habla en voz baja con uno de los mozos de la cuadra.

Charny se acerca a él.

—¿Se ha mandado preparar un caballo para mí? —le dice.

—Sí, señor —contesta Drouet—, pero no hay más caballos.

—¿Cómo que no hay más caballos? ¿Y ese que ensillan en el patio?

—Es el mío.

—¿Podéis cedérmelo? Pagaré lo que se pida.

—Imposible, caballero; es tarde y tengo que evacuar una diligencia precisa.

Insistir más era infundir sospechas; tomar el caballo a la fuerza, sería comprometerlo todo. Charny, sin

embargo, halló un medio que podía conciliarlo todo.

Se dirige al señor Dandoins, que ha seguido con la mirada el coche del Rey hasta perderle de vista, y le apoya una mano en el hombro. El marqués se vuelve.

—¡Chist! Soy yo... el conde Charny... —murmuró Oliverio—; en la casa de postas no hay caballo para mí; dadme uno de los de vuestros dragones, porque es preciso que yo siga al Rey y a la Reina, pues tan sólo yo sé dónde está el relevo del señor de Choiseul, y si no me hallo allí, el Rey se verá obligado a quedarse en Varennes.

—Conde —contesta el señor Dandoins—, os daré uno de los míos.

—Acepto... la salvación del Rey y de la familia real depende del menor incidente... cuanto mejor sea el caballo, tantas más probabilidades tendremos.

Y ambos se alejan, dirigiéndose al alojamiento del señor Dandoins; pero antes de marchar, Charny encarga a un sargento que vigile todos los movimientos de Drouet.

Desgraciadamente, la casa de Dandoins está situada a quinientos pasos de la plaza, y cuando los caballos se hallen ensillados, se habrá perdido un cuarto de hora por lo menos. Decimos

los caballos, porque Dandoins debe también montar de orden del Rey, para replegarse detrás del coche y formar la retaguardia.

Repentinamente, Charny cree oír muchos gritos mezclados con las palabra: «¡El Rey! ¡La Reina!».

Entonces sale precipitadamente de la casa, recomendando a Dandoins que le envíe su caballo a la plaza.

Efectivamente; todo el pueblo estaba alborotado, y apenas Dandoins y Charny salieron de la plaza, cuando Drouet, como si únicamente hubiera esperado este momento, exclamó:

—¡El coche que acaba de pasar es el

coche del Rey... el Rey, la Reina y los hijos de Francia van en carruaje!

Y diciendo esto, montó a caballo. Muchos de sus amigos trataron de detenerle.

—¿Adónde va? ¿Qué quiere hacer? ¿Qué proyectos tiene?

Drouet contestó en voz baja:

—¡El coronel y el destacamento de Dragones estaban aquí, y no había medio de arrestar al Rey sin una colisión desfavorable para nosotros! Yo haré en Clermont lo que no me ha sido posible hacer aquí... ¡Detened a los dragones; esto es lo único que os pido!

Y con esto parte a galope, siguiendo

las huellas del Rey.

Entonces fue cuando cundió la voz de que el Rey y la Reina iban dentro del coche que acababa de pasar, y cuando se oyeron los gritos que llegaron a oídos de Charny.

El alcalde y la municipalidad acudieron al oír los gritos; el primero ordenó a los dragones que entrasen en el cuartel, atendido que ya eran las ocho.

Charny lo ha oído todo; el Rey ha sido descubierto; Drouet ha marchado, y el conde salta de impaciencia.

En este momento llega Dandoins.

—¿Y los caballos? ¿Y los caballos?
—le pregunta Charny apenas le divisa.

—Al instante vienen.

—¿Habéis hecho poner las pistolas en las pistoleras del mío?

—Sí.

—¿Están corrientes?

—Yo mismo las he cargado.

—¡Bueno! Todo depende ahora de la velocidad de vuestro caballo, porque es indispensable que yo alcance y mate a un hombre que me lleva un cuarto de hora de ventaja.

—¡Cómo matarle!

—Sí, de lo contrario todo está perdido.

—¡Vamos, pues, al encuentro de los caballos!

—No os ocupéis de mí; cuidad de los dragones, a quienes se trata de sublevar...; ved cómo el alcalde les está arengando... ¡No perdáis un solo instante, marchad... marchad!...

En este momento el criado llega con los dos caballos. Charny monta en el más próximo, arrancando las bridas de manos del criado, recoge las riendas, clava espuelas y sale a escape siguiendo a Drouet, sin oír bien las últimas palabras que le dirigió el marqués Dandoins. Estas palabras, que se llevó el viento, tienen, sin embargo, su importancia.

—¡Habéis tomado mi caballo en

lugar del vuestro —ha gritado el
marqués—; las pistolas no están
cargadas!

Capítulo LXXXVIII

FATALIDAD

El carruaje del Rey, precedido de Isidoro, volaba, sin embargo, por el camino de Sainte-Menehould a Clermont.

El día declinaba, como hemos dicho; las ocho acababan de dar y el coche entraba en la selva de Argonne, por medio de la cual atravesaba el camino.

Charny no había podido prevenir a la Reina del contratiempo que le retenía, puesto que el carruaje había partido antes que Drouet le contestara que no había más caballos.

La Reina se apercibió, al salir de la ciudad, de que el conde no iba junto al estribo; pero no había medio ni de acortar el paso, ni de preguntar a los postillones.

Tal vez se inclinó más de diez veces fuera del carruaje para mirar hacia atrás, sin que pudiese descubrir nada; y aunque una de ellas creyó divisar un jinete que galopaba a gran distancia, este jinete comenzaba a perderse entre las sombras

nacientes de la noche.

Entretanto —pues para la inteligencia de los acontecimientos, y a fin de ilustrar cada una de las circunstancias de este terrible viaje, debemos ocuparnos alternativamente de cada uno de los actores—, entretanto, decimos, esto es, mientras que Isidoro, como correo, precede en un cuarto de legua al carruaje; mientras que este sigue el camino de Saint-Menehould a Clermont, y acaba de entrar en la selva de Argonne; mientras que Drouet corre tras el carruaje y Charny en pos de Drouet, el marqués Dandoins reúne su tropa y hace tocar botasillas.

Pero cuando los soldados intentan ponerse en marcha, las calles se encuentran de tal modo obstruidas de gente, que los caballos no pueden adelantar un paso. Entre aquella multitud hay trescientos guardias nacionales uniformados y con el fusil en la mano.

Arriesgar un combate que, según todas las apariencias, había de ser encarnizado, era perder al Rey.

Mejor era, por consiguiente, quedarse, y de este modo contener al pueblo. El marqués parlamenta con él, preguntando a los jefes del motín lo que quieren, y el porqué de aquellas amenazas y demostraciones hostiles. El

Rey, en tanto, llegará a Clermont, donde se halla el señor de Damas con sus ciento cuarenta dragones.

Si el marqués Dandoins hubiera tenido, como el señor de Damas, una fuerza respetable, habría intentado alguna cosa; pero ¿qué podía hacer con sólo treinta hombres contra tres o cuatro mil? Parlamentar, y así lo hizo.

El carruaje del Rey, que Isidoro precedía en algunos centenares de pasos solamente, a causa de la prisa que los postillones se habían dado, llegó a Clermont a las nueve y media, habiendo empleado hora y cuarto en las cuatro leguas que separan esta ciudad de la de

Sainte-Menehould.

Esto, hasta cierto punto, explicaba a la Reina la ausencia de Charny.

Los alcanzará cuando se cambie de tiro.

El señor de Damas espera el coche del Rey antes de llegar a la ciudad, prevenido por Leonardo; reconoce la librea del correo y detiene a Isidoro.

—Perdonad, caballero —le dice—, ¿precedéis, en efecto a Su Majestad?

—Y vos, caballero —pregunta Isidoro—, ¿sois el señor conde Carlos de Damas?

—El mismo.

—Pues bien, caballero, precedo, en

efecto, a Su Majestad. Reunid vuestros dragones y escoltad su carruaje.

—Caballero —contesta el conde—, corre un viento de insurrección que me espanta, y me veo precisado a confesaros que no respondo de mis dragones si reconocen al Rey. Todo lo que puedo prometeros es replegarme detrás del carruaje, luego que haya pasado, e interceptar el camino.

—Haced lo que os sea posible —dijo Isidoro—; he aquí al Rey.

Y señaló en medio de la oscuridad el carruaje que llegaba, y cuya carrera se podía seguir por las chispas que saltaban bajo los pies de los caballos.

En cuanto a Isidoro, su deber es adelantarse para pedir los relevos.

Cinco minutos después se detiene en la casa de postas.

Casi al mismo tiempo llegan el señor de Damas y cinco o seis dragones.

Después el carruaje del Rey.

Seguía tan cerca a Isidoro, que este no tuvo tiempo de volver a montar a caballo. El carruaje, aunque no magnífico, era tan notable, que gran número de personas empezaron a agruparse delante de la casa del maestro de postas.

El señor de Damas estaba frente a la portezuela, sin aparentar que conociese

a los ilustres viajeros.

Pero ni el Rey ni la Reina pudieron resistir al deseo de informarse.

El Rey hizo señas por un lado al señor de Damas, y la Reina por el otro a Isidoro.

—¿Sois el señor de Damas? — preguntó el Rey.

—Yo mismo, señor.

—¿Por qué no están sobre las armas vuestros dragones?

—Señor, Vuestra Majestad ha llegado cinco horas más tarde; mi escuadrón estaba montado desde las cuatro; yo procuré entretener el tiempo cuanto me fue posible; pero la ciudad

comenzó a agitarse, y hasta mis dragones hacían conjeturas que me inspiraban alguna inquietud. Si la fermentación estallaba antes de pasar Vuestra Majestad, habrían tocado a rebato e interceptado el camino; por eso conservé tan sólo una docena de hombres, e hice entrar a los demás en sus alojamientos, encerrando en mi casa los trompetas, a fin de hacer tocar botasillas cuando sea necesario. Por lo demás, Vuestra Majestad ve que todo se presenta bien, pues el camino se halla desembarazado.

—Muy bien, caballero —dijo el Rey —, habéis obrado con prudencia...

Cuando yo marche, dad la orden de montar y seguid el carruaje a un cuarto de legua de distancia poco más o menos...

—Señor —dijo la Reina—, ¿queréis escuchar lo que dice el señor Isidoro de Charny?

—Y ¿qué dice? —preguntó el Rey con alguna impaciencia.

—Dice, señor, que el hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould os ha reconocido; que está seguro de ello por haberlo visto con un asignado en la mano, asegurándose de la semejanza de vuestro retrato por la confrontación con vos mismo; que su

hermano, a quien previno, se quedó atrás, y que sin duda ocurre algo grave en este momento, pues no vuelve el señor de Charny.

—Pues si nos han reconocido, razón de más para darnos prisa. Señor Isidoro, dad prisa a los postillones, y marchad delante...

El caballo de Isidoro estaba dispuesto; el joven saltó sobre la silla y gritó a los postillones:

—¡Camino de Varennes!

Los dos guardias de corps sentados en el pescante, repitieron: «¡Camino de Varennes!».

El señor de Damas retrocedió

saludando respetuosamente al Rey, y los postillones arrearon sus caballos.

El tiro se había cambiado en un abrir y cerrar de ojos, y el carruaje se alejó con la rapidez del relámpago.

Al salir de la ciudad, se cruzó con un sargento de húsares que entraba en ella.

El señor de Damas pensó un momento en seguir al carruaje del Rey con los pocos hombres que tenía disponibles; pero el Rey acababa de darle órdenes totalmente contrarias; creyó, pues, deber atenerse a ellas, y con mayor razón al notar que cierta agitación empezaba a declararse en la

ciudad. Las ventanas se abrían; veíanse en ellas cabezas y luces, y el señor de Damas, preocupado con el toque de rebato, corrió a la puerta de la iglesia para guardarla.

Por otra parte, el marqués Dandoins debía llegar de un instante a otro con sus treinta hombres, y este era un refuerzo.

Todo pareció calmarse, sin embargo. Al cabo de un cuarto de hora el señor de Damas volvió a la plaza, halló en ella a su jefe de escuadrón, señor de Noirville, y le dio sus instrucciones para el camino, así como orden de poner la fuerza sobre las armas.

En este momento le dieron aviso de

que un sargento segundo de dragones, enviado por el marqués Dandoins, lo esperaba en su alojamiento.

El mensajero venía para anunciarle que no debía esperar ni al señor de Dandoins ni a sus dragones, pues el primero se hallaba detenido en la Municipalidad por los habitantes de Sainte-Menehould; y que además —esto lo sabía ya el señor de Damas—, Drouet había salido a rienda suelta detrás del coche, al que probablemente no había dado alcance, pues no se le había visto en Clermont.

Aquí llegaban los informes dados por el sargento segundo del regimiento

Real, cuando anunciaron al señor de Damas una ordenanza de los húsares de Lauzun.

Esta ordenanza era enviada por el señor de Rohrig, que, con los señores de Bouillé hijo y de Raigecourt, mandaba el puesto de Varennes. Inquietos al ver pasar las horas sin que nadie llegase, aquellos nobles caballeros deseaban saber si el señor de Damas tenía algunas noticias del Rey.

—¿En qué estado habéis dejado el puesto de Varennes? —preguntó primeramente el señor de Damas.

—Perfectamente tranquilo —contestó el ordenanza.

—¿Dónde están los húsares?

—En el cuartel, con los caballos ensillados.

—¿No habéis encontrado en el camino ningún carruaje?

—Sí, señor; uno con cuatro caballos y otro con dos.

—Esos son los carruajes de que venís a pedir noticias. Todo va bien — dijo el señor de Damas.

Y entrando en su casa, dio orden a los trompetas de tocar botasilla.

Se preparaba a seguir al Rey y a prestarle auxilio en Varennes, si necesario era.

Cinco minutos después, los clarines

resonaban.

Todo iba, pues, cual podía desearse, excepto el incidente que retenía en Sainte-Menehould a los treinta hombres del señor Dandoins.

Pero con sus ciento cuarenta dragones, el señor de Damas podía pasarse sin aquel aumento de fuerza.

Volvamos, pues, al carruaje del Rey, que en vez de seguir, saliendo de Clermont, la línea recta que conducía a Verdún, torció a la izquierda y tomó el camino de Varennes.

Ya hemos dicho la situación topográfica de esta ciudad, dividida en alta y baja; hemos dicho también que se

había decidido cambiar los tiros al extremo de la ciudad, por la parte de Dun, y qué, para llegar a este punto, necesario era dejar el camino que sube la pendiente de la colina, tomar el que conduce al puente, atravesar este pasando bajo la bóveda de la torre, y llegar al relevo del señor Choiseul, alrededor del cual debían velar los señores de Bouillé y de Raigecourt. En cuanto a de Rohrig, joven oficial de dieciocho años, no se hallaba en la confianza, y creía haber venido allí para escoltar el tesoro del ejército.

Por lo demás, llegados a este punto difícil, no se habrá olvidado que Charny

debía guiar los caballos del carruaje del Rey en el dédalo de calles; Charny había estado quince días en Varennes y había visitado y estudiado todo; ni un guardacantón le era desconocido, ni una callejuela dejaba de serle familiar.

Desgraciadamente, Charny no estaba allí.

Por esto la Reina estaba doblemente inquieta. Para que Charny no hubiese alcanzado el carruaje en una circunstancia tan crítica, necesario era que le hubiese ocurrido algún accidente grave.

El Rey mismo empezó a inquietarse cerca ya de Varennes; confiado en

Charny, ni aun había traído el plano de la ciudad.

La noche, alumbrada sólo por estrellas, era de las más oscuras; una de esas noches en que es fácil extraviarse en una localidad conocida, y con mayor razón en las revueltas de una ciudad extraña.

Isidoro tenía la consigna, dada por el mismo Charny, de detenerse antes de llegar a la ciudad. Su hermano lo relevaría allí como hemos dicho y conduciría la caravana.

Estaba, pues, inquieto como la Reina, y quizá tanto como ella, por la ausencia de su hermano. La única

esperanza que le quedaba era que los señores de Bouillé o Raigecourt, en su impaciencia, se hubiesen adelantado al encuentro del Rey, y esperasen a la parte de acá de Varennes.

Hacía tres o cuatro días que estaban en la ciudad, debían conocerla, y podrían fácilmente servir de guías.

Así que, llegado al pie de la colina, y al ver dos o tres luces, las solas que brillaban en la ciudad, Isidoro se detuvo indeciso, miró en derredor suyo y trató de penetrar con su mirada en aquella oscuridad. Pero nada vio.

Entonces llamó en voz baja primero, más fuerte después, en alta voz por

último, a los señores de Bouillé y de Raigecourt.

Nadie respondió.

El ruido del carruaje que llegaba, a un cuarto de legua aún, se dejó distinguir como el de una tormenta que se acerca poco a poco.

Isidoro pensó entonces que aquellos señores estarían ocultos en el límite del bosque que se extendía a la izquierda del camino.

Corrió a él, exploró todo el límite.

¡Nadie!

Sólo quedaba una cosa que hacer: esperar. Isidoro esperó.

Cinco minutos después el carruaje

del Rey había llegado.

El Rey y la Reina asomaron al mismo tiempo la cabeza cada uno por un lado, y ambos preguntaron al mismo tiempo también:

—¿No habéis visto al conde de Charny?

—No lo he visto señor —dijo Isidoro—, y cuando no está aquí, necesario es que persiguiendo a ese malhadado Drouet le haya sucedido algún accidente grave.

La Reina lanzó un gemido.

—¿Qué hacer? —dijo el Rey.

Y dirigiéndose a los dos guardias de corps que se habían apeado, preguntó:

—¿Conocéis la ciudad, caballero?

Ninguno la conocía, y la respuesta fue negativa.

—Señor —dijo Isidoro—, el silencio es completo y, por consiguiente, todo parece tranquilo... Si Vuestra Majestad se digna esperar aquí diez minutos, voy a entrar en la ciudad y a procurar adquirir noticias de los señores de Bouillé y de Raigecourt, o al menos del relevo del señor de Choiseul... ¿No recordaría Vuestra Majestad el nombre de la posada en que deben esperarle los caballos?

—¡Oh!, no —dijo el Rey—, lo sabía y lo he olvidado. No importa, id;

entretanto vamos a procurar informarnos aquí.

Isidoro se lanzó en dirección a la parte baja de la ciudad, y desapareció bien pronto detrás de las primeras casas.

Capítulo LXXXIX

JUAN BAUTISTA
DROUET

Las palabras del Rey «Vamos a informarnos aquí», se explicaban por la proximidad de dos o tres casas, centinelas avanzadas de la parte alta de la ciudad, que se extendían sobre el lado derecho del camino.

Una de ellas, la más inmediata, se abrió al ruido de los carruajes, y un rayo de luz se dejaba ver por la abertura de

sus dos hojas.

La Reina se apeó, tomó el brazo del caballero de Malden, y se dirigió a aquella casa, cuya puerta se cerró al acercarse a ella.

No lo fue, sin embargo, con tanta rapidez que el caballero de Malden, apercibiéndose de las inhospitalarias intenciones del dueño de ella, no hubiese tenido tiempo de adelantarse y de detener la puerta antes de que echase el pestillo.

No obstante la resistencia opuesta por la parte interior, la puerta se abrió al impulso dado por el caballero de Malden.

El que había hecho esfuerzos para cerrarla era un hombre de unos cincuenta años, cubierto con una bata, sin medias y en pantuflas.

Fácilmente se comprenderá que no sin admiración se vio rechazado dentro de su misma casa, cuya puerta se abría bajo la presión de un desconocido, tras el cual había una mujer.

El de la bata dirigió una mirada a la Reina, sobre cuya fisonomía daba de lleno la luz que tenía en la mano, y se estremeció.

—¿Qué se os ofrece, caballero? — preguntó al de Malden.

—Caballero —contestó el guardia

de corps—, no conocemos Varennes, y os rogamos que tengáis la bondad de indicarnos el camino de Stenay.

—Y si lo hago —dijo el desconocido—, se sabe que yo os he dado, las señas y soy perdido.

—¡Ah! —replicó el guardia de corps—, aun cuando debierais correr algún riesgo en hacernos ese servicio, sois demasiado cortés para dejar de favorecer a una dama que se halla en una situación peligrosa.

—La persona que está detrás de vos —añadió el hombre de la bata—, no es una dama, —y acercándose al oído del caballero Malden, añadió—: ¡Es la

Reina, caballero, la he reconocido!

La Reina, que había oído o adivinado lo que acababa de decir, tocó en la espalda al caballero de Malden.

—Antes de ir más lejos —le dijo—, prevenid al Rey que me han reconocido.

El señor de Malden desempeñó la comisión en menos de un segundo.

—¡Bien! —contestó el Rey—, decid a ese hombre que venga a hablarme.

El caballero de Malden volvió, y creyendo que era inútil disimular, le dijo:

—Su Majestad desea hablaros, caballero.

El hombre exhaló un suspiro, dejó

sus babuchas, y descalzo, para hacer menos ruido, se adelantó hacia la portezuela.

—¿Cómo os llamáis, caballero? —preguntó el Rey.

—De Prefontaine, señor —dijo titubeando.

—¿Qué sois?

—Mayor de caballería, y caballero de la real y militar orden de San Luis.

—En vuestra doble calidad de mayor y de caballero de San Luis, me habéis prestado dos veces juramento de fidelidad, y es vuestro deber ayudarme en el embarazo en que me hallo.

—Ciertamente, señor —contestó

balbuceando el mayor—, pero yo ruego a Vuestra Majestad que se dé prisa... ¡si me viesen!

—¡Eh!, caballero —dijo el de Malden—, y aun cuando os viesen... ¡tanto mejor! Jamás tendréis más bella ocasión de cumplir con vuestro deber.

El mayor, que parecía no ser de esa opinión, exhaló una especie de gemido.

La Reina se encogió de hombros en señal de lástima y de impaciencia.

El Rey hizo una seña, y dirigiéndose al mayor, preguntó:

—¿Habéis oído decir por casualidad, caballero, que algunos caballos esperen un carruaje que debe

pasar, y húsares que llegaron a la ciudad ayer?

—Señor, los caballos y los húsares están del otro lado de la ciudad: los caballos en la posada del Gran Monarca; los húsares en el cuartel probablemente.

—Gracias, caballero; ahora retiraos a vuestra casa... Nadie os ha visto; por consiguiente, nada os sucederá.

—Señor...

Sin escuchar más el Rey dio la mano a la Reina para que subiese al carruaje, y dirigiéndose a los guardias de corps, que esperaban sus órdenes, dijo:

—A vuestros asientos, señores, y al

Gran Monarca.

Los dos oficiales ocuparon nuevamente sus puestos, y gritaron a los postillones: ¡Al Gran Monarca!

Pero en el mismo instante, una especie de sombra a caballa, un jinete fantástico, salió a escape del bosque, y cortando diagonalmente el camino, gritó:

—¡Postillones, ni un paso más!

—¿Por qué? —preguntaron estos admirados.

—Porque conducís al Rey, que huye... ¡En nombre de la nación os mando que no os mováis!

Los postillones, que habían hecho ya un movimiento para lanzar los caballos,

se detuvieron murmurando:

—¡El Rey!

Luis XVI vio que el momento era decisivo.

—Y ¿quién sois vos —dijo—, para dar aquí órdenes?

—Un simple ciudadano... pero represento la ley y hablo en nombre de la nación. Postillones, no os mováis, os lo mando por segunda vez... Bien me conocéis, soy Juan Bautista Drouet, hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould.

—¡Oh, malvado! —exclamaron los dos guardias de corps, arrojándose de sus asientos y desenvainando el cuchillo

de monte. ¡Es él!

Pero antes que tocasen al suelo con los pies, Drouet había clavado ya la espuela en los ijares de su caballo y lanzándose hacia las calles de la parte baja de la ciudad.

—¡Ah, Charny, Charny!... — exclamó la Reina—; ¡qué habrá sido de él!

Y se dejó caer sobre el respaldo del coche, casi indiferente a cuanto iba a tener lugar.

¿Qué había ocurrido a Charny, y cómo había dejado pasar a Drouet?

¡Siempre la fatalidad!

El caballo del señor Dandoins era

corredor; pero Drouet le llevaba casi veinte minutos de delantera, que necesitaba ganar.

Charny hundió la espuela, su caballo saltó, arrojó humo por su nariz y partió a escape.

Drouet, por su parte, sin saber que lo seguían, iba también a rienda suelta.

De esto resultó que al cabo de una legua, el conde había ganado ya la tercera parte del camino que lo separaba de Drouet.

Este entonces, viendo que era perseguido, redobló sus esfuerzos para escapar al que amenazaba alcanzarle.

Al concluir la segunda legua, Charny

había ganado terreno en la misma proporción, y Drouet se volvía a mirar con más frecuencia y con creciente inquietud.

Drouet había partido con tal precipitación, que había olvidado tomar algún arma.

El joven patriota probó después suficientemente que no tenía miedo a la muerte, pero temía ser detenido; temía dejar escapar al Rey y perder esta fatal ocasión que se le presentaba de hacer su nombre para siempre memorable.

Faltábanle aún dos leguas para llegar a Clermont, y era evidente que sería alcanzado a la primera, o sea a la

tercera, contando desde su salida de Sainte-Menehould.

Y sin embargo, para estimular su ardor presentía que el carruaje del Rey marchaba delante de él. Y decimos *presentía*, porque eran como las nueve y media, y aunque esto ocurría en los días más largos del año, la noche empezaba ya a cerrar.

Drouet redobló sus espolazos y castigó más y más con la fusta a su caballo.

Se hallaba ya sólo a tres cuartos de legua de Clermont; pero Charny estaba sólo a doscientos pasos de él.

Drouet sabía perfectamente que en

Varennés no había caballos de postas, y el Rey indudablemente continuaría su viaje por Verdún. Empezaba, pues, a desesperar; antes de alcanzar al Rey, iba a ser alcanzado él.

A una media legua de Clermont, oía ya el galope y los relinchos del caballo de Charny, que estrechaba su carrera y contestaba a los relinchos del suyo.

Necesario era renunciar a su empeño o hacer frente a su adversario; y Drouet, como hemos dicho, no tenía armas.

De repente, y cuando Charny se hallaba sólo a cincuenta pasos de él, unos postillones que volvían con caballos de relevo cruzan a su lado;

Drouet los reconoce por los que conducían los carruajes del Rey.

—¡Eh! —les dijo—, ¿sois vosotros?
... Camino de Verdún, ¿no es verdad?

—¡Cómo camino de Verdún! —
contestaron.

—Digo —repitió Drouet—, que los carruajes que habéis conducido han tomado el camino de Verdún.

Y siguió adelante, apretando su caballo hasta el último extremo.

—¡No —gritaron los postillones—, el de Varennes!

Drouet dio un rugido de gozo.

¡Él se había salvado y el Rey estaba perdido!

Si este hubiese tomado el camino de Verdún, él se hubiera visto forzado a seguir en línea recta, porque tal es la dirección del camino desde Sainte-Menehould a Verdún; pero el Rey se dirigía a Varennes, y el camino a esta última ciudad se inclinaba a Clermont hacia la izquierda y formaba casi un ángulo agudo.

Drouet se lanza, pues, en dirección a la selva de Argonne, cuyos senderos conoce, y cortándola diagonalmente ganará un cuarto de hora y la oscuridad del bosque lo protegerá.

Charny, que conoce la topografía del país casi tan bien como Drouet,

comprende que este se le escapa, lanza a su vez un grito de cólera y dirige, casi al mismo tiempo que él, su caballo hacia el bosque, que una estrecha llanura separa del camino, gritando:

—¡Detente, detente!

Pero Drouet se guarda bien de responder; inclínase, por el contrario, más y más sobre el cuello de su caballo, que estimula con la espuela, con la fusta y con la voz. Ganarla es cuanto necesita para salvarse.

La ganará; pero habrá de pasar a diez pasos de Charny. Charny toma una de sus pistolas y le apunta.

—¡Detente —le grita—, o eres

muerto! Drouet se inclina más sobre el cuello de su caballo y hunde la espuela entera en el ijar.

Charny afloja el disparador; pero las chispas que produce la piedra al caer sobre el rastrillo brillan sólo en la oscuridad.

Furioso arroja la pistola a Drouet, toma la otra, se interna en el bosque en pos del fugitivo, lo apercibe por entre los árboles, dispara sobre él, pero, como la vez primera, la pistola no hizo fuego.

Sólo entonces se acordó de que al alejarse a galope, el caballero Dandoins le había dicho algo que no pudo

comprender.

—¡Ah! —exclamó—. He tomado otro caballo, y me decía sin duda que las pistolas de este no estaban cargadas. ¡No importa —continuó—, alcanzaré a ese miserable y le ahogaré si es preciso entre mis manos!

Y continuó persiguiendo la sombra, que distinguía aún en la oscuridad.

Pero apenas había andado cien pasos en aquella selva que no conocía, cuando su caballo cayó en una zanja; Charny, desprevenido, cae por la cabeza del animal; levántase, salta de nuevo a la silla... ¡Drouet había desaparecido!

De este modo pudo escapar a

Charny; de este modo pudo atravesar el camino y mandar a los postillones que conducían al Rey no diesen un paso más.

Los postillones se han detenido, porque Drouet los ha conjurado en nombre de la nación, que comienza a ser más poderoso que el del Rey.

Apenas Drouet se interna en la parte baja de la ciudad y empieza a perderse el galope de su caballo, óyese el de otro que se acerca.

Es el de Isidoro, que aparece por la misma calle que Drouet había tomado.

Las noticias que trae son las mismas que había dado el señor De Prefontaine.

Los caballos del señor de Choiseul y

los caballeros de Bouillé y de Raigecourt están al otro extremo de la ciudad, en la posada del Gran Monarca.

El tercer oficial, señor de Rohrig, está en el cuartel con los húsares.

Así se lo había dicho, como cierto, un mozo de café que cerraba su establecimiento.

Pero en vez de la alegría que pensaba ocasionar a los ilustres viajeros, los halló sumidos en el más profundo estupor.

El señor De Prefontaine se lamenta; los dos guardias de corps amenazan algo invisible y desconocido. Isidoro se detiene a mitad de su relato.

—¿Qué ha ocurrido, caballero? — preguntó.

—¿No habéis visto en esa calle — dijo el rey—, un hombre que pasaba al galope?

—Lo he visto, señor.

—Pues ese hombre es Drouet.

—¡Drouet! —prorrumpió Isidoro con un grito desgarrador—, ¡entonces... mi hermano ha muerto!

La Reina lanzó un gemido y ocultó la cabeza entre sus manos.

Capítulo XC

LA TORRE DE PORTAZGO DE VARENNES

Hubo un instante de abatimiento inexplicable para todos aquellos desgraciados detenidos en medio de un camino y amenazados de un peligro desconocido, pero terrible.

Isidoro salió de él el primero.

—Señor —dijo—, muerto o vivo, no pensemos más en mi hermano; pensemos

en Vuestra Majestad, pues no hay un momento que perder. Los postillones conocen la posada... ¡al galope, a la posada del Gran Monarca!

Los postillones no se movieron.

—¿No habéis oído? —preguntó Isidoro.

—Sí, por cierto.

—¿Por qué no marcháis entonces?

—Porque el señor Drouet lo ha prohibido.

—¡Cómo que el señor Drouet lo ha prohibido! Y cuando el rey manda y el señor Drouet prohíbe, ¿obedecéis al señor Drouet?

—Obedecemos a la nación.

—Señores —dijo Isidoro, dirigiéndose a sus dos compañeros—, hay momentos en que la vida de un hombre nada vale... Encargaos cada cual de uno de esos, que yo me encargo de este; nosotros mismos conduciremos los carruajes.

Y cogiendo al postillón por el cuello, acercó a su pecho la punta de su cuchillo de monte.

La Reina vio brillar las tres hojas y lanzó un grito.

—¡Por piedad, señores —exclamó —, por piedad!...

Y dirigiéndose a los postillones, dijo:

—¡Amigos míos, cincuenta luises, que dividiréis inmediatamente entre los tres, y una pensión de quinientos francos para cada uno, si salváis al rey!

Intimidados por la demostración de los tres jóvenes, seducidos por este ofrecimiento, los postillones lanzaron los caballos y continuaron el camino.

El señor De Prefontaine entró en su casa y se atrincheró en ella.

Isidoro galopa delante del carruaje; se trata de atravesar la bóveda y de pasar el puente; salvados uno y otro, cinco minutos bastan para llegar a la posada del Gran Monarca.

El carruaje toma, al escape, la

pendiente que conduce a la parte baja de la ciudad.

Pero al llegar a la bóveda que comunica con el puente y que pasa por debajo de la torre, se aperciben de que una de las hojas de la puerta está cerrada.

La abren, pero tres carretas obstruyen el puente.

—¡A mí, señores! —dice Isidoro saltando del caballo y dirigiéndose hacia las carretas.

En aquel momento se oyen los primeros redobles de un tambor y comienza el toque de rebato.

El viaje de Drouet empezaba a

producir efecto.

—¡Ah, miserable! —exclamó Isidoro, rechinando los dientes—. ¡Si vuelvo a encontrarle!

Y con un esfuerzo inaudito echó a un lado una de las carretas, mientras que Malden y Valory empujaban la otra.

Quedaba aún la tercera.

—¡A la última, señores! —continuó Isidoro.

Y al mismo tiempo el carruaje entró en la bóveda.

De repente, y por entre los adrales de la última carreta, se vieron pasar los cañones de cuatro o cinco fusiles.

—¡Un paso más o sois muertos! —

gritó una voz.

—Señores, señores —dijo el Rey, asomándose a la portezuela—, no tratéis de forzar el paso, os lo mando.

Los dos oficiales e Isidoro dieron un paso atrás.

—¿Qué se quiere de nosotros? —preguntó el Rey.

Al mismo tiempo se oyó dentro del carruaje un grito de espanto.

Además de los hombres que interceptaban el paso del puente, otros dos o tres se deslizaban al mismo tiempo por detrás del carruaje y asomaban a las portezuelas los cañones de sus fusiles.

Uno de ellos estaba dirigido al pecho de la Reina. Isidoro lo ve, se lanza a él, coge el cañón y lo separa.

—¡Fuego, fuego! —gritan varias voces.

Uno de aquellos hombres obedece; felizmente el tiro marró.

Isidoro, armado con su cuchillo de monte, alza el brazo para asesinarlo; la Reina lo detiene.

—¡Ah, señora! —exclamó furioso Isidoro—. ¡En nombre del cielo, dejadme cargar a esta canalla!

—No, caballero —dijo la Reina—, envainad vuestro cuchillo. ¿Lo oís?

Isidoro obedeció a medias,

dejándolo caer.

—¡Ah! ¡Si encuentro otra vez a Drouet! —murmuró el vizconde.

—En cuanto a ese —dijo la Reina a media voz, y apretándole la mano de una manera extraña—, en cuanto a ese, os lo dejo.

—Pero, en fin, señores —volvió a decir el Rey—, ¿qué se quiere de nosotros?

—Queremos ver los pasaportes —contestaron dos o tres voces.

—¿Los pasaportes? —replicó el Rey—, bien; id a buscar las autoridades de la ciudad y se los enseñaremos.

—¡A fe mía esos son muchos

melindres! —exclamó apuntando hacia el rey, el hombre cuyo fusil había marrado antes.

Los dos guardias de corps se arrojaron sobre él y le echaron al suelo.

En la lucha el tiro salió, pero la bala no hirió a nadie.

—¡Hola! ¿Quién ha tirado? —gritó una voz.

El hombre que los guardias de corps tenían entre sus pies, dio un rugido, gritando:

—¡A mí!

Los otros cinco o seis hombres armados acudieron a su socorro, mientras que los guardias de corps,

tirando de sus cuchillos de monte, se aprestaban a combatir.

El Rey y la Reina hacían inútiles esfuerzos para contener a los unos y a los otros. La lucha iba a comenzar terrible, encarnizada, mortal.

Dos hombres, ceñido el uno con la faja tricolor, vestido de uniforme el otro, se precipitaron en aquel momento en medio de la refriega.

El primero era Sausse, síndico del ayuntamiento; el segundo era Hannonet, comandante de la guardia nacional.

Tras ellos, y al resplandor de dos o tres antorchas, se veía brillar una veintena de fusiles.

El Rey comprendió que en aquellos dos hombres había, si no un socorro, garantía al menos.

—Señores —dijo—, estoy pronto a confiarme a vos y a los que os acompañan; pero defendednos de las brutalidades de estas gentes.

Y mostró a los hombres armados de fusiles.

—¡Bajad las armas! —gritó Hannonet.

Los hombres obedecieron murmurando.

—Excusadnos, caballero —dijo el síndico del ayuntamiento dirigiéndose al Rey—, pero corren rumores de que Su

Majestad Luis XVI trata de huir, y es nuestro deber asegurarnos de si es cierto.

—¡Aseguraros de si es cierto! — exclamó Isidoro—. Si, en efecto, fuese el rey el que va en ese carruaje, deberíais ponerlos a sus pies; si, por el contrario es un simple particular, ¿con qué derecho lo detenéis?

—Caballero —dijo Sausse, dirigiéndose al Rey— a vos es a quien yo hablo, ¿queréis tener la bondad de contestarme?

—Conviene ganar tiempo, señor — dijo Isidoro en voz baja—; el caballero de Damas y sus dragones nos siguen sin

duda y no deben tardar.

—Sí, tenéis razón —contestó el Rey.

Y respondiendo a Sausse, dijo:

—Y si nuestros pasaportes están en regla, ¿nos dejaréis continuar nuestro camino?

—Sin duda —contestó Sausse.

—¡Bien! Entonces, señora baronesa —añadió el Rey dirigiéndose a *madame* Tourzel—, tened la bondad de buscar nuestro pasaporte y mostrarlo a estos señores.

Madame de Tourzel comprendió lo que el rey quería decirle, y se puso a buscar, en efecto, el pasaporte, pero en los bolsillos en que no estaba.

—Bien lo veis —exclamó una voz impaciente y amenazadora—, bien lo veis que no tienen pasaportes.

—Sí, señores, sí; tenemos uno —contestó la Reina—, pero ignorábamos que se nos perdería, y la baronesa de Korff no sabe lo que ha hecho de él.

—Hay una cosa bastante más sencilla de hacer —dijo Sausse—. ¡Postillones, conducid el carruaje a mi almacén; estas señoras y estos caballeros entrarán en mi casa, y todo se aclarará allí! ¡Postillones, en marcha! ¡Señores guardias nacionales, escoltad el carruaje!

Esta invitación se parecía

demasiado a una orden, para tratar de oponerse a ella. Por otra parte, si se hubiera intentado hacerlo, nada se habría conseguido.

El toque de rebato continuaba, el toque de generala no había cesado, y la multitud que rodeaba el coche crecía por momentos.

El carruaje se puso en movimiento.

—¡Oh, señor de Damas, señor de Damas! —murmuró el Rey—, ¡con tal que llegue antes de que estemos en esa casa maldita!

La Reina nada decía; ahogaba sus suspiros y contenía sus lágrimas.

El carruaje llegó a la puerta del

almacén de Sausse, sin que se oyese hablar del señor de Damas.

¿Qué había, pues, ocurrido al noble caballero en cuya lealtad podía confiarse plenamente, para impedirle cumplir las órdenes que había recibido y la promesa que había hecho?

Vamos a decirlo en dos palabras, a fin de poner el claro para siempre todos los puntos de esta lúgubre historia^[35].

Hemos dejado al señor de Damas dando a los trompetas la orden de tocar botasillas, pues para mayor seguridad los había conservado consigo.

En el momento de oír el primer sonido, tomaba su dinero del cajón de su

papelera, recogiendo a la vez algunos papeles que no quería dejar tras sí ni llevarse consigo.

En esto se ocupaba cuando la puerta de la habitación se abrió, presentándose en el umbral varios individuos del ayuntamiento.

Uno de ellos se acercó al conde.

—¿Qué deseáis? —preguntó este último, asombrado de aquella visita imprevista, e irguiéndose para ocultar dos pistolas que había dejado sobre la chimenea.

—Señor conde —contestó uno de los visitantes cortésmente, pero con firmeza—, deseamos saber por qué

marcháis a esta hora.

El señor de Damas miró sorprendido al que se permitía hacer semejante pregunta a un oficial superior del ejército del rey.

—Es muy sencillo, caballero —replicó—, marchó a semejante hora porque tengo orden de hacerlo así.

—Pero ¿con qué objeto marcháis, señor coronel? —insistió el concejal.

El señor de Damas le miró con mayor asombro aún.

—¿Con qué objeto marchó? En primer lugar yo mismo lo ignoro, y además, aunque lo supiera no os lo diría.

Los concejales se miraron entre sí estimulándose unos a otros con el ademán, de modo que aquel que había comenzado a tomar la palabra, continuó:

—Caballero, el deseo de la municipalidad de Clermont es que no os vayáis hasta mañana a primera hora.

El señor de Damas sonrió con esa expresión maligna del soldado a quien se pide, por ignorancia o con la esperanza de intimidarle, una cosa incompatible con las leyes de la disciplina.

—¡Ah! —exclamó—, ¿conque la municipalidad de Clermont desea que yo permanezca aquí hasta mañana por la

mañana?

—Sí, caballero.

—Pues bien, decid a la municipalidad que tengo el profundo sentimiento de negarme a su petición, atendido que ninguna ley —conocida de mí al menos— autoriza al ayuntamiento de Clermont a entorpecer la marcha de las tropas. En cuanto a mí no debo recibir órdenes más que de mi jefe militar, y he aquí la que dispone mi marcha.

Así diciendo, el señor de Damas presentó su orden a los concejales.

El que estaba más próximo al conde la recibió de sus manos y comunicóla a

sus compañeros, mientras que el señor de Damas cogía tras sí las pistolas que estaban sobre la chimenea, ocultas por su cuerpo.

—Caballero —dijo el concejal que llevaba la palabra, después de haber examinado con sus colegas el papel que acababa de recibir—, cuanto más precisa es la orden, más debemos oponernos, pues sin duda dispone una cosa que en interés de Francia no se debe hacer. Os anuncio, pues en nombre de la nación, que os detenemos.

—Y yo, señores —replicó el conde, descubriendo las pistolas y apuntándolas a los dos concejales que tenía más

próximos—, os anuncio que me marchó.

Los concejales no esperaban aquella amenaza armada; y el primer sentimiento de temor o tal vez de asombro, les hizo retroceder ante el señor de Damas, que franqueando el umbral del salón se precipitó en la antecámara, cerrando la puerta con dos vueltas de llave; después corrió a la escalera, encontró su caballo que le esperaba, montó de un salto y dirigióse a escape a la plaza, donde el regimiento se reunía. Uno de sus oficiales, el señor de Floirac, estaba allí a caballo, y dirigiéndose a él le dijo:

—Es necesario salir de aquí como podamos; lo esencial es salvar al rey.

Para el señor de Damas, que ignoraba la salida de Drouet de Sainte-Menehould, y no conocía tampoco la insurrección de Clermont, el rey estaba salvado, puesto que había pasado de este punto e iba a llegar a Varennes, donde estaban el señor de Choiseul y los húsares de Lauzun mandados por los señores Julio de Bouillé y de Raigecourt.

Mas para mayor precaución, dirigiéndose al cuartel maestro del regimiento, que había sido uno de los primeros en llegar a la plaza con los forrajes y los dragones alojados, le dijo en voz baja:

—Señor Remy, marchad por el camino de Varennes a escape, y alcanzad los coches que acaban de pasar; me respondéis con vuestra cabeza.

El cuartel maestro picó espuelas y partió con cuatro dragones y los furrieles; pero al salir de Clermont, llegado a un sitio donde el camino se bifurcaba, tomó el que no debía y se extravió.

¡Todo fue fatal en aquella noche funesta!

En la plaza, la tropa se formaba lentamente; los municipales encerrados por el señor Damas habían salido fácilmente de su prisión forzando la

puerta, y excitaban al pueblo y a la guardia nacional, que se reunía con muy diferente entusiasmo que el de los dragones y con más imponente actitud. Al menor movimiento que el señor de Damas hacía, observaba que le apuntaban tres o cuatro fusiles, de los cuales era siempre el blanco, lo cual no dejaba de inquietarle. Veía a sus soldados pensativos y recorría sus filas para reanimar su celo en favor del Rey, pero aquellos movían la cabeza. Aunque no se hallasen todos reunidos, juzgó que ya era hora de marchar y dio la orden, pero nadie se movió. Entretanto los concejales gritaban:

—¡Dragones, vuestros oficiales son traidores y os llevan a la matanza!...
¡Viva los dragones!

En cuanto a los guardias nacionales y al pueblo, gritaban:

—¡Viva la nación!

Por lo pronto, el señor de Damas, que había dado a media voz la orden de marchar, creyó que no le habían oído; mas al volverse vio a los dragones de la segunda fila apearse y fraternizar con el pueblo.

Desde este momento comprendió que no debía esperarse ya nada de aquellos hombres, y reuniendo en torno suyo a los oficiales con una mirada, les

dijo:

—Señores, los soldados hacen traición al rey... y apelo a los caballeros. ¡Quienquiera, que me siga! ¡A Varennes!

Y clavando las espuelas en los ijares de su caballo, se lanzó el primero a través de la multitud, seguido del señor de Floirac y de tres oficiales.

Estos tres oficiales, más bien subalternos, eran el ayudante Foucq y los dos cuartel maestros Saint-Charles y La Potterie.

Cinco o seis dragones fieles, separándose de las filas, siguieron también al señor de Damas.

Se dispararon algunos tiros contra estos heroicos fugitivos; mas fueron balas perdidas.

He aquí cómo el señor de Damas y sus dragones no se encontraron para defender al rey cuando este fue detenido bajo la bóveda de la torre del portazgo en Varennes, y donde hubo de apearse de su coche para ser conducido a la casa del procurador del distrito, señor de Sausse.

Capítulo XCI

LA CASA DEL SEÑOR DE SAUSSE

La casa del señor de Sausse, por lo menos la que los ilustres fugitivos y sus compañeros de infortunio vieron, se componía de una tienda de comestibles, en cuyo fondo, a través de una puerta vidriera, divisábase un comedor; desde este último se podían ver, sentado a la mesa, las personas que entraran, sin contar que una campanilla, puesta en

movimiento por la abertura de una puertecita baja, como las que cierran durante el día los almacenes de provincia, anunciaba la entrada de cualquiera.

En un ángulo de la tienda había una tosca escalerilla que conducía al primer piso.

Este último se componía de dos habitaciones; la primera, sucursal del almacén, estaba llena de fardos amontonados en el suelo; del techo pendían manojos de velas, y sobre la chimenea veíanse pilones de azúcar cubiertos con sus gruesos papeles azules; la segunda habitación era la

alcoba del dueño del establecimiento despierto por Drouet, y en la cual notábanse aún las señales del desorden producido por la imprevista llamada.

La señora de Sausse, a medio vestir, salía de esta habitación, atravesaba la segunda, y presentábase en lo alto de la escalera en el momento en que la Reina, primero, después el rey, luego los hijos de Francia, y en fin, las señoras Isabel y de Turzel, franqueaban el umbral de la tienda.

Precediendo en algunos pasos a los viajeros, el procurador del distrito había entrado el primero.

Más de cien personas que

acompañaban el coche permanecieron delante de la casa del señor de Sausse, situada en una plaza pequeña.

—¿Y bien? —dijo el Rey al entrar.

—Caballero —contestó Sausse—, se ha hablado de pasaporte; si la señora que se titula dueña del coche quiere mostrar el suyo, le llevaré a la Municipalidad, donde se halla reunido el consejo, para ver si es válido.

Como en todo caso, el pasaporte dado por *madame* de Korff al conde de Charny, y por este a la Reina, estaba en toda regla, el Rey hizo seña a *madame* Tourzel de que lo diese.

Esta sacó de su bolsillo aquel

precioso papel y lo entregó a Sausse, el cual, encargando a su mujer que hiciese los honores de la casa a sus misteriosos huéspedes, partió al Ayuntamiento.

Todos los espíritus estaban allí exaltados, pues Drouet asistía a la sesión. Sausse entró con el pasaporte; todos sabían que los viajeros estaban en su casa, y la curiosidad hizo que a su llegada todos guardasen silencio.

El procurador entregó al alcalde el pasaporte, cuyo tenor hemos dado ya en otra parte.

Así, después de haber leído, el alcalde dijo:

—Señores, el pasaporte está en

regla.

—¿En regla? —preguntaron ocho o diez voces con el acento de la admiración, al mismo tiempo que otras tantas manos se alargaban para cogerlo.

—¡En regla, indudablemente —dijo el alcalde—, pues lleva la firma del Rey!

Y presentó el pasaporte a todas aquellas manos extendidas, que se apoderaron inmediatamente de él.

Drouet lo arrancó casi de las que lo tenían.

—¡Firmado del Rey, bien! —dijo—. Pero ¿lo está por la Asamblea... por la Asamblea nacional?

—Sí —contestó uno de los que se hallaban más próximos, y que leía el pasaporte al mismo tiempo que él y a la luz de la misma vela de sebo—, aquí están las firmas de los individuos de una de las Juntas.

—Conformes —replicó Drouet—, pero ¿y la del Presidente?... Además —concluyó el joven patriota—, la cuestión no es esa. Los viajeros no son *madame* de Korff, señora rusa, con sus hijos, su mayordomo, dos señoras de su servidumbre y tres criados; son el rey, la reina y el delfín, *madame* Royale, *madame* Isabel, y alguna otra dama de palacio, tres correos... ¡La familia real,

en fin! ¿Queréis o no que la familia real salga de Francia?

La cuestión se planteaba ahora bajo su verdadero punto de vista; mas no por eso era más fácil de resolver para pobres concejales de una ciudad de tercer orden como Varennes.

Se procedió, pues, a deliberar; y como todo demostraba que la deliberación se prolongaría mucho, el señor de Sausse resolvió dejar en ella a sus colegas y volver a su casa.

Los viajeros estaban aún de pie en el almacén. La señora de Sausse les había instado para que subiesen a su cuarto; después para que se sentasen en la

tienda; y, por último, para que tomaran alguna cosa; pero se habían negado a todo.

Parecíales que permaneciendo en aquella casa, sentándose o aceptando en ella alguna cosa, hacían una concesión a los que los habían detenido, renunciando a su próxima partida, objeto de todas sus ansias.

Sus facultades todas se hallaban, por decirlo así, en suspenso hasta que volviese el dueño de la casa, que debía darles cuenta de lo que había decidido la Municipalidad sobre el importantísimo punto del pasaporte.

De repente se le vio hacer esfuerzos

para atravesar la multitud, que obstruía la puerta, y entrar en su casa.

El Rey dio tres pasos para salirle al encuentro.

—¡Y bien! —le preguntó con una ansiedad que en vano se esforzaba en ocultar—. ¿Y el pasaporte?

—El pasaporte —contestó Sausse—, es asunto en este instante de una grave discusión en el Ayuntamiento.

—Y ¿cuál? —preguntó Luis XVI—. ¿Se dudará acaso de su validez?

—No, pero se duda que pertenezca efectivamente a *madame* de Korff, y corren voces de que son en realidad el rey y su familia los que nos hacen el

honor de hallarse en nuestra ciudad.

Luis XVI dudó un momento en contestar; pero tomando de repente un partido, dijo:

—Pues bien; sí, yo soy el Rey... He aquí la Reina, he aquí mis hijos... y os ruego que tengáis por nosotros las consideraciones que los franceses tuvieron siempre con sus reyes.

Las palabras del rey fueron oídas, no sólo dentro, sino fuera de la puerta, abierta como hemos dicho, y obstruida por los curiosos que estacionaban la calle.

Por desgracia, si estas palabras habían sido pronunciadas con cierta

dignidad, la chaqueta de bombasí^[36], el calzón y medias azules, y la peluca a lo Rousseau que llevaba el que las profirió, se avenían mal con esta dignidad.

¿Cómo reconocer, en efecto, a un rey de Francia bajo tan innoble disfraz?

La Reina se apercibió de la impresión que habían producido en la multitud, y se ruborizó.

—Aceptamos las ofertas de la señora de Sausse —se apresuró a decir—, y subiremos al piso principal.

Sausse tomó una luz y subió el primero la escalera, para mostrar el camino a sus ilustres huéspedes.

Durante este tiempo la noticia de que el rey estaba en Varennes, y que él mismo lo había confesado, corría de boca en boca y se propagaba con rapidez por las calles de la ciudad.

Un hombre entró despavorido en el Ayuntamiento.

—Señores —dijo—, los viajeros detenidos en casa del señor de Sausse son, efectivamente, el rey y la familia real... Acabo de oírsele confesar al mismo rey.

—¿No os lo decía yo, señores? —exclamó Drouet.

En aquel momento se oía gran ruido en toda la ciudad, juntamente con el

toque de rebato y de generala, que no había cesado.

¿Cómo, pues, tantos rumores diferentes no atrajeron al centro de la ciudad, y al lado de los fugitivos, al señor de Bouillé^[37], al de Raigecourt y a los húsares que estacionaban en Varennes, para esperar al rey?

Vamos a decirlo.

A eso de las nueve de la noche, y apenas acababan los dos oficiales de entrar en la fonda del Gran Monarca, oyeron el ruido de un carruaje y corrieron a la ventana de la sala del piso bajo en que se hallaban.

Aunque aquel carruaje era un simple

cabriolé, los dos caballeros se dispusieron a pedir los relevos si necesario era.

Pero el viajero que en él vieron no era el Rey, sino un grotesco personaje con un sombrero de alas anchas y extendidas y embozado en una enorme hopalanda.

Ambos daban un paso para retirarse de la ventana, cuando el viajero les gritó:

—¡Eh!, señores. ¿No es uno de vosotros el caballero Julio de Bouillé?

El joven se detuvo.

—Sí, yo soy —dijo.

—En ese caso —replicó el hombre

de la hopalanda, tengo muchas cosas que deciros.

—Estoy pronto a escucharlas, aunque no tenga el honor de conoceros —contestó el caballero de Bouillé—; pero si os tomáis la molestia de bajar de vuestro cabriolé y de entrar, haremos conocimiento.

—Con mucho gusto, caballero, con mucho gusto —exclamó el de la hopalanda.

Y saltando del carruaje sin tocar en el estribo, entró en la posada.

—¡Ah!, señor mío —exclamó el desconocido—, vais a darme los caballos que hay aquí, ¿no es verdad?

—¿Cómo los caballos que hay aquí?
—replicó el caballero de Bouillé, en el colmo del asombro.

—Sí, sí, vais a dármelos. No tenéis que ocultarme nada... estoy en el asunto... lo sé todo.

—Permitidme que os diga que la sorpresa me impide contestaros, — continuó el caballero de Bouillé—, y que no comprendo ni una palabra de lo que queréis decir.

—Os repito que lo sé todo. El Rey salió ayer noche de París, pero no hay señales de que pueda proseguir su camino, y ya he prevenido al señor de Damas, que ha hecho retirar sus

fuerzas... El regimiento de dragones se ha amotinado; ha habido una asonada en Clermont... Yo mismo, yo que os hablo, he hallado dificultades para pasar.

—Pero, en fin —dijo con impaciencia el caballero de Bouillé—, ¿quién sois vos que así me habláis?

—¿Cómo? ¿No me conocéis?... Soy Leonardo, el peluquero de la Reina... Figuraos, el señor de Choiseul me ha traído consigo contra mi voluntad; yo llevaba los diamantes de la Reina y de *madame* Isabel... ¡Y cuando pienso, caballero, que mi hermano, cuyo sombrero y hopalanda llevo encima, no sabe lo que ha sido de mí; y que la

pobre *madame* de Aage me esperaba ayer para que la peinase, y me está esperando aún a la hora que es! ¡Oh! ¡Dios mío, qué historia esta!

Y Leonardo comenzó a pasearse con precipitación por la sala, levantando los brazos con desesperación.

El caballero de Bouillé empezaba a comprender.

—¡Ah! ¿Sois vos el señor Leonardo? —dijo.

—Ciertamente que yo soy ese, Leonardo —contestó el viajero, suprimiendo, como los grandes hombres, el título que le había dado el caballero de Bouillé—, y ahora que me conocéis,

vais a darme vuestros caballos, ¿no es verdad?

—Señor Leonardo —contestó el caballero, obstinándose en hacer entrar al ilustre peluquero en la clase ordinaria de los mortales—, los caballos que hay aquí son del rey, y nadie más se servirá de ellos.

—Pero si os digo que es probable que el rey no pase...

—Es posible, señor Leonardo; pero el rey puede pasar, y si entonces no encontrara sus caballos y yo le contestase que os los había entregado, quizá me dijera que le daba muy mala razón.

—¿Cómo una mala razón? —dijo Leonardo—. ¿Creéis que en un caso extremo como el en que nos encontramos, Su Majestad llevaría a mal que yo tomase sus caballos?

El caballero no pudo menos de sonreírse.

—Yo no pretendo —repuso—, que el rey llevase a mal que hubieseis tomado sus caballos; pero indudablemente diría que yo no he tenido razón al dároslos.

—¡Ah, ah! —exclamó Leonardo—. ¡Diablo!... Yo no había considerado la cuestión bajo este punto de vista... Conque, ¿me negáis los caballos, señor

mío?

—Positivamente.

Leonardo suspiró.

—Pero al menos —dijo, insistiendo otra vez—, ¿os cuidaréis de que den otros?

—En cuanto a eso, mi querido señor Leonardo, con mucho gusto.

Leonardo, en efecto, era un huésped sobrado molesto; no sólo hablaba alto, sino que acompañaba sus palabras de una pantomima de las más expresivas, la cual, gracias a las enormes alas de su sombrero y a la desmesurada anchura de su hopalanda, tomaba una forma grotesca, cuyo ridículo recaía, aunque

fuese poco, sobre sus interlocutores.

El señor de Bouillé tenía, pues, extremada prisa en desembarazarse de Leonardo. Llamó, por consiguiente, al posadero del Gran Monarca, le rogó buscase caballos que condujeran al viajero hasta Dun, y hecha esta recomendación abandonó a Leonardo a su suerte, diciéndole —y era verdad— que iba a buscar noticias.

Los dos oficiales, los señores de Bouillé y de Raigecourt, se internaron efectivamente en la ciudad, cruzáronla del uno al otro extremo, se adelantaron un cuarto de legua por el camino de París, y no observando ni oyendo nada,

comenzaron a creer que, en efecto, el rey, cuya llegada se habría retrasado ocho o diez horas, no pasaría ya.

Por lo tanto, se retiraron a la fonda.

Eran las once y Leonardo acababa de partir.

Muy inquietos ya por la tardanza, aun antes de haber oído al peluquero de la Reina, habían enviado, a eso de las nueve, una ordenanza. Fue el que vimos cruzarse con los coches a la salida de Clermont y llegar a casa del caballero de Damas.

Los dos oficiales esperaron hasta la medianoche, hora en que, vestidos, se echaron sobre la cama.

A las doce y media despertaron al ruido del toque de generala y los gritos. Se asomaron a la ventana y vieron la agitación de la ciudad, cuyos habitantes corrían, o más bien, se precipitaban en dirección al Ayuntamiento, armados la mayor parte, unos con fusiles de munición, otros con escopetas de dos cañones, estos con sables, aquellos con espadas, y hasta con simples pistolas.

Los dos caballeros comenzaron por dirigirse a las cuadras para sacar los caballos del rey, que a todo evento y a fin de conservarlos condujeron fuera de la ciudad. Atravesada esta, el rey los hallaría allí.

Luego volvieron a buscar sus propios caballos, a fin de reunirlos con los del rey, guardados por postillones.

Pero estas idas y venidas habían excitado sospechas, y para salir de la posada con sus propios caballos, tuvieron que sostener una especie de combate, en el cual les dispararon dos o tres tiros.

En medio de los gritos y amenazas que entonces pudieron oír, supieron que el rey acababa de ser detenido y llevado a casa del procurador del Ayuntamiento.

En su consecuencia, deliberaron acerca de lo que convendría hacer. ¿Debían reunir los húsares e intentar un

esfuerzo para salvar al rey, o montar a caballo y prevenir al marqués de Bouillé, a quien, según toda probabilidad, hallarían en Dun, e indudablemente en Stenay?

Dun no distaba de Varennes sino cinco leguas, y Stenay tan sólo ocho; en hora y media podían estar en el primer punto, en dos horas en Stenay, y marchar inmediatamente sobre Varennes con el pequeño cuerpo de ejército que mandaba el señor de Bouillé.

Se decidieron por este último partido, y a las doce y media, momento en que el rey subía al cuarto del procurador del Ayuntamiento,

abandonaron el punto que les estaba confiado y partieron a galope tendido hacia Dun.

¡Era otro de los socorros inmediatos con que el rey contaba, y que se le escapaba también!

Capítulo XCII

EL CONSEJO DE LA DESESPERACIÓN

No se habrá olvidado la situación en que se halló el señor de Choiseul, comandante del primer puesto situado en Pont-de-Sommevelle. Al ver que la insurrección iba en aumento, y queriendo evitar el venir a las manos, había dicho que probablemente el tesoro había pasado ya, y se replegó sobre

Varennés sin esperar más al rey.

Pero a fin de no pasar por Sainte-Menehould, donde la agitación comenzaba a manifestarse, había tomado el camino de travesía, teniendo la precaución de ir al paso hasta el momento de dejar el camino real, a fin de dar al correo ocasión de reunírsele.

El correo, sin embargo, no le alcanzó, y en Orvebal tomó el camino de travesía.

Isidoro pasó tras él.

El señor de Choiseul creía muy de veras que algún accidente imprevisto había detenido al rey; por otra parte, si él se equivocaba, si el rey continuaba su

camino, ¿no hallaría al caballero Dandoins en Sainte-Menehould, y al conde de Damas en Clermont?

Ya hemos visto lo que había sucedido al caballero Dandoins, retenido en la municipalidad con toda su fuerza, y al conde de Damas, obligado a huir casi solo.

Pero lo que conocemos nosotros, que miramos esta terrible jornada desde la altura de sesenta años, y que tenemos ante nuestros ojos la descripción que de ella hace cada uno de los actores de este gran drama, se ocultaba al señor de Choiseul bajo la nube del presente. El duque, que había tomado en Orvebal el

camino de travesía, llegó a media noche al bosque de Varennes en el momento mismo en que Charny se internaba en él por otra parte de la selva persiguiendo a Drouet. En el último pueblo colocado sobre el límite del bosque, esto es, en Neuville-au-Pont, tuvo que perder una media hora esperando un guía. En todas las aldeas de los alrededores se oía tocar a generala, y la retaguardia, compuesta de cuatro húsares, era cogida prisionera por los campesinos. El señor de Choiseul, prevenido inmediatamente, sólo logró alcanzarlos y libertar a los húsares dando una carga a los paisanos; pero desde aquel instante al toque de

rebato se dejó oír con mayor fuerza y no cesó.

Caminar por medio del bosque era en extremo incómodo, y aun a veces peligroso. El guía, fuese de propósito o sin querer, perdió la pequeña tropa; los húsares se veían forzados a echar pie a tierra a cada instante para subir o bajar una montaña, y el camino era en ocasiones tan estrecho que tenían que marchar uno a uno. Un húsar cayó en un precipicio; sus gritos hicieron conocer que no había muerto y sus camaradas se negaron a abandonarlo, y se perdieron para sacarlo de aquel barranco tres cuartos de hora; los mismos

precisamente durante los cuales el Rey era detenido y conducido a casa del señor Sausse.

A las doce y media, hora en que los señores de Bouillé y de Raigecourt corrían por el camino de Dun, el duque de Choiseul, desembocando por el camino de travesía, se presentaba al otro extremo de la ciudad.

A la altura del puente fue acogido por un vigoroso *¿quién vive?*, dado por un guardia nacional que estaba de centinela.

—¡Francia! ¡Húsares de Lauzun! —contestó el señor de Choiseul.

—¡No se pasa! —contestó el

guardia.

Y gritó: «¡A las armas!».

En el mismo instante, un movimiento inmenso se produjo en la población; las masas de hombres armados viéronse aumentarse en la oscuridad, y los fusiles brillaron al resplandor de las luces que aparecían en las ventanas.

El duque ignoraba con quién tenía que habérselas y lo que había ocurrido, y quiso orientarse ante todo. Pidió que se le pusiera en comunicación con el puesto del destacamento que se hallaba en Varennes; esta petición ocasionó una larga conferencia, mas al fin se accedió a los deseos del duque.

Mientras se tomaba esta decisión, el señor de Choiseul pudo ver que los guardias nacionales hacían sus preparativos de defensa, cortaban árboles para parapetarse, y apuntaban hacia él y sus cuarenta húsares dos pequeñas piezas de artillería. En el momento de acabar su tarea el artillero, llegó la guardia del destacamento de húsares; pero venía, desmontada; los que la componían sabían sólo de oídas que el rey había sido detenido y conducido al Ayuntamiento. En cuanto a ellos, habían sido sorprendidos y desmontados por el pueblo, e ignoraban lo que había sido de sus compañeros.

Cuando acababan de dar esta explicación, el duque de Choiseul creyó ver adelantarse, en medio de la oscuridad, una pequeña tropa a caballo, al mismo tiempo que oyó gritar:

—¿Quién vive?

—¡Francia! —contestó una voz.

—¿Qué regimiento?

—Dragones del príncipe.

A estas palabras sonó un tiro disparado por la guardia nacional.

—¡Bien! —dijo el duque en voz baja al sargento que estaba a su lado—, ahí está el señor de Damas con sus dragones.

Sin esperar a más y deshaciéndose

de los dos hombres que sujetaban la brida de su caballo, y que le gritaban que debía obedecer a la municipalidad, mandó salir al trote, cogió desprevenidos a los que iban a detenerle, forzó el paso y penetró en las calles iluminadas y llenas de gente.

Al acercarse a la casa del señor Sausse vio el carruaje del rey y desenganchado en una pequeña plaza frente a una casa de poca apariencia, delante de la cual había una guardia numerosa.

Con objeto de no poner su tropa en contacto con el pueblo, se dirigió al cuartel de los húsares, cuya situación

conocía.

El cuartel estaba vacío; el duque encerró en él a los cuarenta húsares.

Cuando el señor Choiseul salía, dos hombres que venían de la casa comunal detuviéronle y le intimaron a entregarse al Ayuntamiento.

Pero el señor de Choiseul que estaba aún cerca de su gente, despidió a los dos hombres diciéndoles que se presentaría a la municipalidad cuando tuviese tiempo, y ordenó en voz baja al centinela que no dejara pasar a nadie.

Sólo habían quedado dos o tres hombres del servicio de cuadra, que interrogados por el duque le

respondieron: que los húsares, no sabiendo lo que había sido de sus jefes, habían seguido a los paisanos que vinieron a buscarlos, y que, esparcidos por la ciudad, bebían con ellos.

Al oír esta noticia, el duque entró en el cuartel; no contaba más que con los cuarenta hombres, cuyos caballos habían recorrido más de veinte leguas; de modo que jinetes y animales estaban rendidos.

No había, pues, medio de paliar con la situación; el duque empezó por ver si sus pistolas estaban cargadas; después declaró en alemán a sus húsares, que no entendían una palabra de francés, y que por tanto no podían darse cuenta de lo

que pasaba en derredor de ellos, que estaban en Varennes, que el rey, la reina y la familia real acababan de ser detenidos, y que se trataba de librarlos de manos de los que los tenían prisioneros, o de morir.

La arenga, corta, pero apasionada, pareció producir una viva impresión en los húsares, que repetían con asombro: *Der Koenig!, die Koenigin!*

Sin darles tiempo a que se enfriasen, el señor de Choiseul les mandó tirar del sable, formar en columna por cuatro, y se dirigió a trote hacia la casa en que había visto una guardia, sospechando que en ella era donde el rey estaba

prisionero.

Llegado a ella, y sin hacer caso de las invectivas de los guardias nacionales, colocó dos vigilantes en la puerta y echó pie a tierra para entrar.

En el momento de franquear el umbral sintió que le tocaban en el hombro.

Volvióse y vio al conde Carlos de Damas, cuya voz había reconocido cuando contestó al *quién vive* de los nacionales.

Acaso al tomar su decisión, el duque había contado con el auxilio del conde.

—¡Ah! ¿Sois vos? —le dijo—. ¿Contáis con fuerzas?

—Estoy solo o poco menos —
contestó Damas.

—¿Cómo, pues?

—Mi regimiento se ha negado a seguirme, y tengo cinco o seis hombres conmigo.

—Es una desgracia... Pero ¡no importa! Me quedan mis cuarenta húsares; veamos lo que se puede hacer con ellos.

El rey recibía una diputación del Ayuntamiento presidida por Sausse, que venía a decirle:

«Que no siendo ya dudoso para los habitantes de Varennes que tenían el honor de que el rey estuviese en la

ciudad, venían a recibir sus órdenes».

—¿Mis órdenes? —contestó Luis XVI—, pues haced entonces que enganchen mis carruajes para que pueda marcharme.

Ignórase lo que iba a responder a esta demanda perentoria la diputación municipal, cuando se oyó el galope de los caballos del señor de Choiseul, y se vio, a través de los cristales, a los húsares que, sable en mano, se formaban en la plaza.

La Reina se estremeció, y un rayo de alegría brilló en sus ojos.

—¡Nos hemos salvado! —murmuró la Reina al oído de *madame* Isabel.

—¡Dios lo quiera! —contestó la regia santa, que siempre ponía en manos del Señor el bien o el mal, la esperanza o la desesperación.

El rey se irguió y esperó.

Los individuos de la Comisión se miraron con inquietud.

En este momento se oyó un gran rumor en la antecámara, que guardaban campesinos armados de guadañas. Hubo palabras, luego una lucha, y el señor de Choiseul, sin sombrero y espada en mano, apareció en la puerta.

Por encima de su hombre veíase la fisonomía pálida, pero decidida del señor de Damas.

Había en la mirada de estos dos oficiales tal expresión de amenaza, que los diputados del Ayuntamiento se separaron, dejaron libre el espacio que mediaba entre los recién llegados y la familia real.

He aquí el cuadro que presentaba la habitación en el momento en que aquellos se presentaron.

En el centro había una mesa, y sobre ella una botella de vino empezada, pan y algunos vasos.

El Rey y la Reina oían de pie a los diputados de la municipalidad; cerca de la ventana estaban *madame* Isabel y *madame* Royale; sobre la cama, medio

desecha, dormía el delfín, muerto de cansancio, y a su lado, sentada y con la cabeza apoyada en sus dos manos, estaba *madame* de Tourzel; detrás de esta, y de pie, las señoras Brunier y de Neuville; en el fondo, en fin, perdidos en la penumbra y medio recostados en sillas, los dos guardias de corps e Isidoro de Charny, agobiados a la vez de dolor y de fatiga.

Al divisar al señor de Choiseul, la Reina se adelantó hacia él, atravesó la alcoba, y tomándole la mano, dijo:

—¡Ah, sois vos, señor de Choiseul!
¡Bienvenido seáis!

—Por desgracia, señora —dijo el

duque—, llego demasiado tarde, según parece.

—No importa, si venís bien acompañado.

—Al contrario, señora, vengo casi solo: el caballero Dandoins ha sido detenido con sus dragones en el Ayuntamiento de Sainte-Menehould; el conde de Damas ha sido abandonado por los suyos...

La Reina movió tristemente la cabeza.

—Pero ¿dónde está —continuó el duque—, el caballero de Bouillé? ¿Dónde está el señor de Raigecourt?

Y en tanto los buscaba mirando en

derredor suyo.

El Rey se acercó.

—Ni he visto siquiera a esos caballeros —dijo.

—Señor —contestó el duque—, os doy mi palabra que los creía muertos bajo las ruedas de vuestro carruaje.

—Y ¿qué hacer? —preguntó el Rey.

—¡Salvaros, señor! —contestó el conde de Damas—. Dadnos vuestras órdenes.

—Señor —repuso el duque de Choiseul—, tengo conmigo cuarenta húsares; han andado veinte leguas en el día, pero podrán ir aún hasta Dun.

—Pero nosotros... —añadió el Rey.

—He aquí, señor —prosiguió el duque—, lo único que puede hacerse. De los cuarenta húsares de que dispongo, haré desmontar siete. Vos, señor, montaréis en uno, llevando al delfín en vuestros brazos; Su Majestad la Reina ocupará otro; *madame* Isabel, *madame* Royale, las señoras de Tourzel, de Neuville y Brunier, harán lo mismo... Os rodearemos con los treinta y tres húsares restantes, nos abriremos paso a sablazos, y tendremos una probabilidad de salvarnos. Pero, reflexionando bien, señor; es medida que debe ser adoptada inmediatamente si se adopta. En una hora, en medía, antes de un cuarto de

hora quizá, pueden ser ganados mis húsares.

El duque guardó silencio esperando la respuesta del Rey, a quien la Reina, que parecía aprobar el proyecto, interrogaba con su mirada.

Pero Luis XVI, por el contrario parecía huir la mirada de la Reina, y esquivar la influencia que en su determinación pudiera ejercer.

Mirando, al fin, al duque de Choiseul, dijo:

—Sí, ya sé que es un medio, y acaso el sólo. Pero ¿podéis responderme de que en esta horrible sarracina de treinta y tres hombres contra setecientos o más

no habrá un tiro que mate a mi hijo o a mi hija, a mi mujer o a mi hermana?

—Si tal desventura ocurriese, señor —contestó el duque—, y ocurriese porque Vuestra Majestad hubiera seguido mi consejo, no tendría más que matarme a vuestra vista.

—Pues bien; en vez de dejarnos llevar de esos proyectos extraños, razonemos con frialdad.

La Reina suspiró y dio tres o cuatro pasos hacia atrás.

En este momento, en que no disimulaba en manera alguna su sentimiento, encontró a Isidoro que, atraído por el ruido de la calle, y

esperando siempre que el ruido fuese ocasionado por la llegada de su hermano, se había acercado a la ventana.

María Antonieta e Isidoro cambiaron dos o tres palabras, y este salió precipitadamente de la alcoba.

El Rey continuó, sin apercibirse al parecer de lo que acababa de pasar entre la Reina e Isidoro.

—El Ayuntamiento —dijo—, no se niega a dejarme pasar; me pide solamente que espere aquí hasta el amanecer. No hablo del conde Charny, cuya adhesión por nosotros es completa, y de quien nada sabemos; pero los señores de Bouillé y de Raigecourt

marcharon, según me han asegurado, diez minutos después de mi llegada, para prevenir al marqués de Bouillé y hacer marchar las tropas, que indudablemente estarán prevenidas. Si yo estuviese solo, seguiría vuestro consejo, y pasaría; pero la Reina, mis dos hijos, mi hermana, esas señoras, es imposible se arriesguen tanto con la poca gente que tenéis, y de la cual es menester aún desmontar una parte; porque no partiré de modo alguno dejando aquí mis tres guardias de corps.

Y miró su reloj.

—Van a dar las tres... el joven Bouillé partió a las doce y media... su

padre ha escalonado sin duda tropas de distancia en distancia; las primeras serán advertidas por el caballero y llegarán sucesivamente. De aquí a Stenay hay ocho leguas; un hombre puede andarlas fácilmente a caballo en dos horas o dos y media: en la noche, pues, pueden llegar destacamentos, y el marqués mismo puede estar aquí a las cinco o las seis: entonces, sin peligro ninguno para mi familia, sin violencia alguna, saldremos de Varennes y continuaremos nuestro viaje.

El duque reconocía la lógica de este razonamiento, y, sin embargo, su instinto le decía que hay momentos en que no

debe escucharse a la lógica. Volvióse hacia la Reina y con una mirada pareció suplicarla otras órdenes, o al menos que obtuviese del rey la revocación de la que acababa de dar.

María Antonieta movió la cabeza.

—Nada quiero tomar sobre mí —dijo—, al rey le toca mandar, mi deber es obedecer. Por otra parte, soy del parecer de Su Majestad; el señor de Bouillé no debe tardar.

El duque de Choiseul se inclinó y dio algunos pasos hacia atrás; llevóse consigo al señor de Damas, con el cual necesitaba concertarse, e hizo señas a los dos guardias de corps para que

fuesen a tomar parte en el consejo que iban a celebrar.

Capítulo XCIII

⚙ POBRE CATALINA!

La alcoba había cambiado de aspecto.

Madame Royale no había podido resistir el cansancio, y *madame* Isabel y *madame* Tourzel la habían acostado junto a su hermano.

La pobre niña se había quedado dormida.

Madame Isabel, de pie junto a la

cama, apoyaba su cabeza en uno de los ángulos de aquella.

La Reina, dominada por la cólera, estaba en pie junto a la chimenea mirando alternativamente al rey, que se había sentado sobre uno de los fardos de géneros que había en el suelo, y a los cuatro oficiales que deliberaban cerca de la puerta.

Una mujer octogenaria estaba de rodillas, como ante un altar, al pie de la cama en que estaban acostados los dos niños; era la abuela del síndico del Ayuntamiento, que admirada de la belleza de aquellos y del aire imponente de la Reina, se había arrodillado, se

deshacía en lágrimas y rezaba.

¿Rogaba a Dios que perdonase a aquellos dos ángeles, o que estos perdonasen a los hombres?

El señor Sausse y los otros diputados se habían retirado, prometiendo al rey que iban a engancharse los caballos en los carruajes.

La Reina, sin embargo, mostraba perfectamente en su mirada el poco crédito que daba a esta promesa. Así el señor de Choiseul decía al de Damas, al de Floirac y al señor Foucq, que lo habían seguido, así como también a los dos guardias de corps:

—No nos detengamos, señores, en la aparente tranquilidad del rey y de la reina; la cuestión no es desesperada; pero considerémosla tal como es.

Los oficiales hicieron seña de que escuchaban, y de que podía continuar.

—Es probable que a esta hora esté ya advertido el señor de Bouillé, y que llegue aquí entre cinco y seis de la mañana, puesto que debe tener, entre Dun y Stenay, un destacamento del Real alemán; es también posible que su vanguardia se encuentre aquí media hora antes que él, porque, en circunstancias como las en que nos hallamos, debe hacerse todo lo que posible sea. Pero es

menester no olvidar que estamos rodeados por cuatro o cinco mil hombres, y que en el momento en que se aperciban las tropas del señor Bouillé, será de un riesgo inminente y de una efervescencia espantosa... Se tratará de sacar al rey de Varennes, de hacerle montar a caballo y de llevarlo a Clermont; su vida peligrará; se atenderá acaso a ella... Este peligro, sin embargo, durará solo un instante, señores; y una vez franqueada la barrera y los húsares dentro de la ciudad, la derrota será completa. ¡Necesitamos, pues, sostenernos diez minutos; somos diez; con la disposición particular en

que este local se encuentra, podemos esperar que no muera más de un hombre por minuto; en su consecuencia, tiempo tenemos!

Los oyentes se contentaron con hacer una señal afirmativa de cabeza; la adhesión que significaba hasta la muerte, propuesta simplemente, era aceptada con igual sencillez.

—Pues bien, señores —continuó el duque—, he aquí lo que hay que hacer: a los primeros tiros que oigamos, los primeros gritos que resonarán alrededor nuestro, nos, precipitaremos en la antecámara; mataremos a cuantos hallemos en ella y nos apoderaremos de

las ventanas. Hay tres, y tres de nosotros las defenderán; los otros siete se colocarán por grados en la escalera, cuya forma de caracol la hace fácil defensa, puesto que un sólo hombre puede hacer frente en ella a seis sitiadores; y hasta los mismos cadáveres de los que mueran servirán de muralla a los demás. Hay, pues, cien probabilidades contra una de que las tropas serán dueñas de la ciudad antes que seamos degollados hasta el último; y si debiésemos serlo, el lugar que ocuparemos en la historia será sobrada bella recompensa de nuestra lealtad.

Los jóvenes se estrecharon

mutuamente la mano, como debieron hacer los espartanos en el momento del combate; luego se señaló a cada uno su puesto en la batalla: los dos guardias e Isidoro de Charny, cuyo lugar se reservaba, aunque ausente, en las tres ventanas que daban a la calle; el señor de Choiseul, al pie de la escalera; detrás el conde de Damas; luego el señor de Floirac, el señor de Foucq, y los otros dos sargentos segundos del regimiento de dragones que habían permanecido fieles al señor de Damas.

Apenas acababan de concertarse estas disposiciones, un rumor, procedente de la calle, llegó a oídos de

los caballeros.

Eran una segunda diputación, compuesta de Sausse, elemento primario al parecer de todas las diputaciones; de Hannonet, capitán de la guardia nacional, y de tres o cuatro miembros del Ayuntamiento.

Hiciéronse anunciar, y el rey, que creyó venía a decirle que los caballos estaban enganchados, dio orden de que entrasen.

Fueron introducidos. Los jóvenes oficiales que interpretaban el menor gesto, la menor señal, el más pequeño movimiento, creyeron notar en la fisonomía de Sausse cierta vacilación, y

en la frente de Hannonet una decisión firme, que no les parecieron de buen agüero.

Isidoro de Charny subió al mismo tiempo, dijo algunas palabras a la Reina, y volvió a bajar precipitadamente.

La Reina dio un paso atrás, y cubierta de una mortal palidez se apoyó en la cama donde dormían sus hijos.

En cuanto al rey, interrogaba con la mirada a los enviados del Ayuntamiento, y esperaba que le dirigiese la palabra.

Pero estos, sin hablar, se inclinaron ante el rey. Este fingió equivocarse en la intención que los guiaba.

—Señores —dijo—, los franceses

sólo están extraviados y su amor por el rey es verdadero; cansados de los continuos ultrajes de que soy objeto en mi capital, he decidido retirarme al fondo de mis provincias, donde arde aún la llama sagrada de la lealtad... Allí estoy seguro de hallar el antiguo amor de mi pueblo por sus soberanos.

Los enviados se inclinaron de nuevo.

—Y la prueba de que confío en mi pueblo estoy pronto a darle —continuó el Rey—. Tomaré una escolta, mitad de guardias nacionales y mitad de tropas de línea, y esa me acompañará hasta Montmédy, donde estoy decidido a retirarme. En su consecuencia

comandante, os ruego escojáis vos mismo los hombres de vuestra guardia nacional que me han de acompañar, y que hagáis que enganchen los caballos en mi coche.

A estas palabras siguió un momento de silencio durante el cual Sausse esperaba sin duda que Hannonet hablase, y este que Sausse tomara la palabra.

Hannonet fue, al fin, el que, inclinándose, contestó:

—Señor, sería para mí la mayor felicidad obedecer a las órdenes de Vuestra Majestad, pero hay un artículo en la Constitución que prohíbe al rey

salir del reino, y a los buenos franceses ayudarle en su fuga.

El Rey se estremeció.

—En su consecuencia —continuó Hannonet, haciendo al Rey una señal con la mano para que le dejase concluir—, en su consecuencia, la municipalidad de Varennes ha decidido que, antes de permitir al rey pasar adelante, enviará un correo a París y esperará respuesta de la Asamblea nacional.

El Rey sintió que el sudor brotaba de su frente; la Reina mordió de impaciencia sus pálidos labios, mientras *madame* Isabel alzaba sus manos y sus ojos hacia el cielo.

—¡Hola, señores! —exclamó el Rey con la dignidad de que no carecía en los momentos, extremos—. ¿No soy dueño ya de ir adónde me convenga? ¡En ese caso soy más esclavo que el último de mis súbditos!

—Señor —contestó el comandante de la guardia nacional—, Vuestra Majestad es siempre dueño... Solamente que todos, rey o simple ciudadano, se han obligado por un juramento... Lo habéis prestado, señor; obedeced el primero a la ley; esto es, no sólo dar un gran ejemplo, sino cumplir un noble deber.

El duque de Choiseul, entretanto,

consultaba con una mirada a la Reina, y obtenida una respuesta afirmativa a la pregunta muda que le hacía, bajó a su vez.

Luis XVI comprendió que, si se plegaba sin resistir a esa rebelión, y a sus ojos lo era, de una municipalidad de aldea, estaba perdido.

Conocía por otra parte ese mismo espíritu revolucionario que Mirabeau había querido combatir en provincias, y que había visto ya alzarse ante él en París, el 14 de julio, el 5 y 6 de octubre y el 18 de abril, día en que, para ensayar su libertad, había querido ir a Saint-Cloud y el pueblo se lo había impedido.

—Señores —dijo—, esta es una violencia; pero no estoy tan aislado como parezco estar; delante de la puerta tengo cuarenta hombres fieles, y diez mil soldados alrededor de Varennes. Os mando, pues, señor comandante, que hagáis enganchar inmediatamente mis caballos al carruaje... ¿Lo oís? ¡Os lo mando!... ¡Lo quiero!

La Reina se acercó al Rey, y en voz baja le dijo:

—¡Bien, bien!, señor, arriesguemos aquí nuestra vida; pero no abandonemos nuestro honor.

—Y sí rehusamos obedecer a Vuestra Majestad —dijo el comandante

de la guardia nacional—, ¿qué resultará?

—Resultará, señor comandante, que apelaré a la fuerza, y que seréis responsable de la sangre que yo evito hacer correr, y que en este caso será vertida en realidad por vos.

—Pues bien, señor, sea —dijo el comandante—, tratad de apelar a vuestros húsares; yo por mi parte apelaré a mis guardias nacionales.

Y bajó a su vez.

El Rey y la Reina se miraron casi aterrorizados; ni uno ni otro habrían tal vez arriesgado el último esfuerzo, si la mujer del síndico Sausse separando a su

abuela, que continuaba orando al pie de la cama, no se hubiese acercado a la Reina a decirle con la tosquedad y ruda franqueza de la mujer de un pueblo:

—¡Eh, señora! ¿Sois en verdad la Reina?

María Antonieta se volvió, sintiéndose mordida en su dignidad por aquella interjección más que familiar.

—Así lo creía al menos hace una hora.

—Pues bueno —continuó *madame* Sausse, sin turbarse—, os dan veinticuatro millones, por estar en vuestro puesto... que no es malo, digo, me parece, y está bien pagado; ¿por qué

queréis entonces dejarlo?

La Reina lanzó un grito de dolor, y volviéndose hacia el Rey, exclamó:

—¡Oh! ¡Todo, todo, caballero, antes que semejantes vilipendios!

Luego, tomando al delfín, dormido en su cama, corrió a la ventana, y abriéndole, dijo:

—Mostrémonos, caballero, mostrémonos a ese pueblo, y veamos si está completamente gangrenado... En ese caso apelemos a los soldados y alentémoslos con el gesto y con la voz. ¡Algo más merecen los que van a morir por nosotros!

El Rey la siguió maquinalmente y

apareció con ella en la ventana.

Toda la plaza, que tenían ante sus ojos Luis XVI y María Antonieta, presentaba el espectáculo de una viva agitación.

La mitad de los húsares del señor Choiseul estaban a pie y la otra a caballo. Los que estaban a pie, seducidos, perdidos, ahogados en medio de los grupos de paisanos, dejaban a estos llevar sus caballos en todas direcciones, estaban ganados a la nación; los otros que estaban a caballo parecían aún sometidos al señor de Choiseul, que los arengaba en alemán; pero mostraban a su coronel la mitad de

sus compañeros que faltaban a su deber.

Isidoro de Charny, con su cuchillo de caza en la mano, extraño a todo aquel tumulto, parecía esperar a un hombre, como el cazador que acecha una pieza.

—¡El rey, el rey! —gritaron a la vez quinientas bocas.

Eran, en efecto, el rey y la Reina, que aparecían en la ventana; la Reina como hemos dicho con el delfín en sus brazos.

Si Luis XVI hubiese estado vestido de rey o de militar; si hubiese tenido en la mano el cetro o la espada, y hablado con esa voz firme e imponente que en aquella época parecía aún al pueblo la

voz de Dios o de su enviado descendido del cielo, quizá habría ejercido sobre la multitud la influencia que esperaba.

Pero el Rey, al amanecer, al fulgor de un incierto crepúsculo que afea a la beldad misma; el Rey vestido de lacayo, con esa casaca cenicienta, sin empolvar; con la innoble peluca de que hemos hablado; el Rey, pálido, grueso, sin afeitar, con sus abultados labios, su mirada triste, que no expresaba idea alguna, ni la de la tiranía ni la de la paternidad; el Rey, tartamudeando alternativamente estas palabras: «Señores, hijos míos...». ¡Ah! No era eso, no, lo que esperaban en el balcón

los amigos de la dignidad real, ni tampoco sus enemigos.

Y sin embargo, tal era aún el prestigio de esta dignidad, que, no obstante aquel aspecto que tan mal correspondía a la idea formada del jefe de un gran reino, cuando el señor de Choiseul grito ¡Viva el Rey!, algunas voces repitieron entre la multitud: «¡Viva el Rey!».

Pero un grito lanzado por el jefe de la guardia nacional, fue repetido con mayor entusiasmo y produjo mayor efecto: era el grito de «¡Viva la nación!».

Este grito, en aquel momento, era

una rebelión, y el Rey y la Reina pudieron ver que había sido dado por una parte de los húsares.

María Antonieta lanzó a su vez uno de rabia, y estrechando contra su pecho al delfín, pobre niño que ignoraba la gravedad de los acontecimientos que tenían lugar, se inclinó hacia fuera de la ventana, murmurando entre dientes y lanzando a las turbas esta palabra:

—¡Miserables!

Algunos la oyeron y respondieron con amenazas.

La plaza no era ya sino un gran tumulto.

El señor de Choiseul, desesperado y

queriendo hacerse matar, intentó un último esfuerzo.

—¡Húsares —gritó—, en nombre del honor, salvad al rey!

Pero en este momento un nuevo actor salió a la escena de en medio de una veintena de hombres armados.

Era Drouet que salía del Ayuntamiento, donde había hecho que se tomase la decisión de impedir al rey continuar su marcha.

—¡Ah! —exclamó marchando hacia el señor de Choiseul—. ¿Queréis llevaros al rey? ¡Pues bien! Yo soy quien os lo dice: sólo lo tendréis cadáver.

El duque dio un paso en dirección a Drouet con el sable levantado.

Pero el comandante de la guardia nacional estaba allí.

—¡Si dais un paso más —dijo al señor de Choiseul, sois muerto!

Un hombre se lanzó a estas palabras, sin que las amenazas ni los grupos pudieran detenerle.

Era Isidoro de Charny; el hombre a quien acechaba era Drouet.

—¡Atrás, atrás! —gritó, hendiendo la multitud con el pecho de su caballo, ¡ese hombre me pertenece!

Y con el cuchillo de monte levantado, se arrojó sobre Drouet.

En el momento de alcanzarlo, dos tiros partieron a la vez.

La bala de la pistola botó sobre la clavícula de Isidoro.

La del fusil le atravesó el pecho.

Ambos disparos habían sido hechos tan de cerca, que el desgraciado joven se halló literalmente envuelto en una oleada de fuego y en una nube de humo.

Viósele abrir los brazos y oyósele murmurar: ¡Pobre Catalina!...

Luego, dejando escapar su cuchillo de caza, cayó de espaldas sobre la grupa del caballo, y desde ella rodó a tierra.

La Reina lanzó un grito terrible; estuvo a punto de dejar escapar al delfín

de entre sus brazos y se hizo atrás. Por esto no puedo ver un nuevo jinete que llegaba a todo escape de la parte de Dun, y que entraba, por decirlo así, en la estela que acababa de trazar en la multitud el paso del pobre Isidoro.

El Rey se retiró en pos de la Reina y cerró la ventana.

No eran ya algunas voces las que gritaban: «¡Viva la nación!». No eran ya los húsares de a pie; era la multitud entera, y con ella los veinte húsares que habían quedado fieles, única esperanza de la angustiada dignidad real.

La Reina fue a arrojarse en un sillón, con la cabeza entre sus manos, pensando

en que había visto morir por ella y a sus pies a Isidoro de Charny, como había visto morir a Jorge. De repente, un rumor producido en la puerta la hizo alzar los ojos.

No intentaremos describir lo que pasó en un segundo en aquel corazón de mujer y de Reina.

Oliverio de Charny, pálido y ensangrentado por el último abrazo de su hermano, estaba en el dintel.

En cuanto al rey, parecía anonadado.

Capítulo XCIV

CHARNY

La alcoba estaba llena de guardias nacionales y de personas extrañas que la curiosidad había atraído.

María Antonieta se vio, pues, retenida en su primer movimiento, que hubiera sido salir al encuentro de Charny, hacer desaparecer con su pañuelo la sangre de que estaba cubierto, y decirle algunas de esas palabras consoladoras que llegan al

corazón porque del corazón han nacido.

Pero sólo pudo levantarse de su asiento, extender hacia él su brazo y murmurar:

—¡Oliverio!...

Charny, melancólico y sosegado, hizo una seña a los extraños, y con voz mesurada, pero firme, dijo:

—Perdón, señores, necesito hablar a Sus Majestades.

Los guardias nacionales intentaron contestar que estaban, por el contrario, allí para impedir que el rey comunicase con personas del exterior; Charny cerró sus labios frunció el entrecejo, desabrochó su levita, que al abrirse dejó

ver un par de pistolas, y repitió con voz quizá más mesurada, pero por lo mismo más amenazadora:

—Señores, he tenido el honor de deciros que tenía que hablar particularmente a Sus Majestades.

Y al mismo tiempo hacía con la mano a los extraños seña de que saliesen.

A esta voz y a esta fuerza que Charny, ejerciéndola sobre sí mismo, ejercía sobre los demás, el señor de Damas y los dos guardias de corps recobraron toda su energía un momento alterada, y llevando ante sí a los guardias nacionales y a los curiosos,

hicieron despejar la alcoba.

La Reina comprendió entonces de qué utilidad hubiera sido semejante hombre en el carruaje del rey, si la etiqueta no hubiese exigido que *madame* de Tourzel subiese en lugar suyo.

Charny miró en su derredor para asegurarse de que, por el momento, sólo quedaban servidores fieles cerca de la Reina, y acercándose a ella, dijo:

—Señora, heme aquí... En la puerta de la ciudad tengo sesenta húsares, con los, cuales creo poder contar. ¿Qué me ordenáis, señora?

—¡Oh! Ante todo —dijo la Reina en alemán—, ¿qué os ha ocurrido, Charny?

Este hizo a la Reina una seña, indicándola que el caballero de Malden estaba allí y que hablaba en alemán.

—No viéndoos volver —prosiguió la Reina en francés—, os hemos creído muerto.

—¡Desgraciadamente, señora —contestó Charny con profunda melancolía—, no soy yo aún el que ha muerto... sino mi pobre hermano Isidoro!

Y no pudo contener una lágrima.

—¡Pero mi vez llegará! —añadió en voz baja.

—¡Charny, Charny! ¿Qué os ha ocurrido, y por qué habéis desaparecido

de este modo?

—Creía, señora, que mi hermano hubiese informado a Vuestra Majestad de la causa que momentáneamente me había hecho alejarme.

—Sí, ya sé...; perseguíais a ese malvado Drouet, y un momento hubo en que temíamos que en esa persecución os hubiese ocurrido alguna desgracia.

—Una me ha ocurrido, en efecto, y bien grande... No obstante mis esfuerzos, no pude darle alcance a tiempo; por un postillón que regresaba, supo que los carruajes de Vuestra Majestad, que él creía iban por el camino de Verdún, habían tomado el de

Varennnes. Entonces se internó en el bosque de Argonne; disparé dos veces sobre él, pero las pistolas no estaban cargadas; en Sainte-Menehould había tomado el caballo del señor de Dadoins en vez del mío... ¡Qué queréis, señora! ¡Una fatalidad!... No por eso dejé de perseguirlo en la selva; pero yo ignoraba el camino y él conocía hasta los senderos; la oscuridad se hacía además más intensa a cada momento... En tanto que pude verlo, lo seguí como se sigue a una sombra; en tanto que pude oírlo, lo perseguí por el ruido; pero el ruido se extinguió, se desvaneció la sombra, y me hallé solo, perdido en la

selva, extraviado en las tinieblas... ¡Oh! Bien me conocéis, señora; ¡en este momento no lloro!... ¡En medio de la selva, en medio de la oscuridad, he derramado lágrimas de rabia, he lanzado gritos de desesperación!

La Reina le tendió la mano.

Charny se inclinó y tocó con sus labios aquella mano trémula.

—Pero nadie me contestaba — siguió diciendo Charny—; errante toda la noche, me hallé al amanecer cerca de la aldea de Geves, camino de Varennes a Dun. ¿Habían Vuestras Majestades tenido la suerte de escapar de Drouet, como él me había escapado? Posible

era, y en ese caso, habiendo pasado de Varennes, inútil era mi presencia en este punto. ¿Habíais sido detenidos en Varennes? Estaba solo y mi lealtad era de poco resultado. Entonces resolví continuar mi camino hacia Dun. Poco antes de llegar a él encontré al caballero Deslon y cien húsares. Estaba inquieto, pero carecía de noticias. Había visto pasar, corriendo a toda brida con dirección a Stenay, a los señores de Bouillé y de Raigecourt. ¿Por qué no le habían dicho nada? Sin duda desconfiaban de él. Adiviné entonces que Vuestra Majestad se hallaba detenida en Varennes, y que los señores

Bouillé y Raigecourt habían escapado para prevenir al general. Conociendo yo al señor Deslon por un bueno y leal caballero, le confié todo, le rogué que me siguiese con sus húsares, lo que hizo en el mismo instante, dejando treinta que guardasen el puente sobre el Meuse, y una hora después estábamos en Varennes, habiendo corrido cuatro leguas. Yo quería comenzar inmediatamente el ataque y destrozar cuanto me impidiese llegar hasta Vuestras Majestades, pero encontramos barricada tras barricada; intentar franquearlas hubiera sido una locura; intenté, pues, parlamentar. Un

destacamento de guardia nacional se presentó y me rehusó el permiso que yo pedí de reunir mis húsares con los que había en la ciudad; pedí entonces que se me permitiese venir a tomar órdenes del rey, y viendo que se preparaban a negármelo también, piqué a mi caballo, salté la primera barricada... la segunda... Guiado por el rumor y con mi caballo al galope, llegué a la plaza en el instante en que Vuestra Majestad, haciéndose atrás, dejaba el balcón... Ahora, señora, aguardo las órdenes de Vuestra Majestad.

La Reina estrechó nuevamente entre las suyas las manos de Charny. Luego,

volviéndose hacia el rey, sumido siempre en el mismo entorpecimiento, le dijo:

—Señor, ¿ha oído Vuestra Majestad lo que dice su fiel servidor el conde de Charny?

Pero el Rey no respondió.

La Reina, entonces, acercándose a él, añadió:

—Señor, no hay tiempo que perder, y desgraciadamente hemos perdido ya demasiado... Aquí está el señor de Charny, que dispone de setenta hombres, seguros, según dice, y que espera vuestras órdenes.

El Rey movió la cabeza.

—¡Señor, en nombre del cielo —
exclamó la Reina—, dad vuestras
órdenes!

Y Charny imploraba con su mirada,
mientras la Reina lo hacía de palabra.

—Mis órdenes —repitió el Rey—.
No tengo ninguna que dar, estoy preso.
Haced cuanto creáis que puede hacerse.

—Bien —dijo la Reina—, es cuanto
necesitamos.

Y llevando aparte a Charny,
prosiguió:

—Tenéis carta blanca: Haced como
ha dicho el rey, cuanto creáis que puede
hacerse.

Luego, en voz baja, añadió:

—¡Pero haced pronto y obrad con energía, o somos perdidos!

—Está bien, señora, permitidme conferenciar con esos señores, y lo que decidamos será ejecutado inmediatamente.

En este momento, el señor de Choiseul entró.

Traía en su mano algunos papeles envueltos en un pañuelo ensangrentado, que presentó a Charny sin decir una palabra.

El conde comprendió que eran papeles hallados sobre su hermano.

Tendió la mano para recibir la sangrienta herencia, acercó a sus labios

el pañuelo y lo besó.

La Reina no pudo contener un sollozo.

Pero Charny, sin volverse y guardando en su pecho los papeles, dijo:

—Caballero, ¿podéis ayudarme en el último esfuerzo que voy a intentar?

—Estamos prontos a sacrificar nuestras vidas —respondieron los jóvenes.

—¿Creéis poder responder de una docena de hombres que permanezcan fieles aún?

—Somos ya ocho o nueve.

—Pues bien, yo me vuelvo al lado de mis setenta húsares. Mientras yo

ataco las barricadas de frente, haréis una división por retaguardia, y merced a ella yo puedo forzar las primeras; reunidas luego nuestras fuerzas, penetraremos hasta aquí y nos llevamos al rey.

Los jóvenes por toda respuesta dieron la mano al conde de Charny.

Este entonces, volviéndose a la Reina, le dijo:

—Señora, dentro de una hora estará Vuestra Majestad libre, o yo muerto.

—¡Conde! ¡No pronunciéis esa palabra, que me hace mucho mal!

Oliverio se contentó con inclinarse en confirmación de su promesa, y sin inquietarse nada por un nuevo rumor,

por una nueva algazara que se había dejado oír y que parecía haberse perdido dentro de la casa, se dirigió a la puerta.

En el momento de poner la mano en la llave, la puerta se abrió para dar paso a un nuevo personaje que iba a mezclarse en la intriga harto complicada ya.

Era un hombre de cuarenta a cuarenta y dos años y de fisonomía severa y melancólica; el cuello de su camisa caído sobre los hombros, su casaca abierta, sus ojos enrojecidos por el cansancio, sus vestidos cubiertos de polvo, indicaban claramente que él

también impulsado por alguna pasión violenta, acababa de hacer un viaje largo y precipitado. Un sable y dos pistolas pendían de su cintura. Sin aliento, casi sin voz en el momento de abrir la puerta, sólo pareció tranquilizarse al reconocer al rey y a la Reina. Una sonrisa de venganza satisfecha animó su cara, y sin inquietarse de los personajes secundarios que ocupaban el fondo de la habitación ni las inmediaciones de la puerta, que cerraba casi completamente con su grande corpulencia, alzó la mano, diciendo:

—¡En nombre de la Asamblea

nacional, todos sois mis prisioneros!

Rápido como el pensamiento, el señor de Choiseul se adelantó un paso, con una pistola en la mano, y tendió el brazo hacia la cabeza del recién venido, que parecía exceder en insolencia y resolución a cuantos hasta entonces habían aparecido.

Pero por un movimiento más rápido aún, la Reina detuvo aquella mano, y dijo en voz baja al duque:

—No anticipéis nuestra pérdida, caballero... ¡Prudencia! Todo esto nos hace ganar tiempo, y el señor de Bouillé no debe estar lejos.

—Tenéis razón, señora —contestó el

duque de Choiseul.

Y volvió a ocultar la pistola en su pecho.

La Reina dirigió una mirada a Charny, admirada al ver que en aquel nuevo peligro no había sido el primero en presentarse: pero ¡cosa extraña! El conde parecía desear no ser visto por el recién llegado, y para esquivar sin duda sus miradas, acababa de retirarse al ángulo más oscuro de la habitación.

Pero conociendo al de Charny, la Reina no dudaba que en el momento en que fuese necesario, saldría a la vez de aquella oscuridad y aquel misterio.

Capítulo XCV

UN ENEMIGO MÁS

Toda esta escena del señor de Choiseul amenazando al que hablaba en nombre de la Asamblea nacional, había tenido lugar sin que este se apercibiese del peligro de muerte en que había estado.

Parecía, por lo demás, ocupado por otro sentimiento mucho más influyente sobre su corazón que el sentimiento del temor. No era posible engañarse en la

expresión de su fisonomía: era la del cazador que ve al fin reunidos dentro de una misma trampa, de donde no pueden escapársele, el león, la leona y los cachorros que han devorado su hijo único.

A la voz de prisionero, que hizo saltar al señor de Choiseul, el rey se había levantado.

—¡Prisioneros! ¡Prisioneros en nombre de la Asamblea nacional! ¿Qué queréis decir? No os comprendo.

—Y sin embargo —contestó el hombre—, es muy sencillo y fácil de comprender. No obstante el juramento que habéis hecho de no dejar la Francia,

habéis huido de noche haciendo traición a vuestra palabra, a la nación, al pueblo; por eso la nación ha gritado: «¡A las armas!». Por eso el pueblo se ha sublevado, y el pueblo y la nación os dicen por la voz de uno de vuestros últimos súbditos, voz que no por venir de abajo es menos poderosa: ¡Señor! ¡En nombre del pueblo, en nombre de la nación, en nombre de la Asamblea nacional, sois mi prisionero!

Un rumor de aprobación acompañado, o más bien, seguido de frenéticos bravos, dejóse oír en la pieza inmediata.

—¡Señora, señora! —murmuró el

duque de Choiseul al oído de la Reina —, no olvidéis que sois vos quien me ha detenido, y que a no ser por la piedad que habéis tenido de ese hombre, no sufriríais semejante ofensa...

—¡Todo es nada si nos vengamos!
—contestó la Reina.

—Es cierto —replicó el duque de Choiseul—, pero ¿y si no nos vengamos?

La Reina lanzó un gemido sordo y doloroso.

El conde de Charny avanzó lentamente su mano por encima del hombro del duque, y tocó el brazo de la Reina.

María Antonieta se volvió con precipitación.

—No os inquietéis de lo que ese hombre diga o haga —dijo el conde—, yo me encargo de él.

El Rey, aunque aturdido con el nuevo golpe que acababa de recibir, miraba con extrañeza al sombrío personaje que, en nombre de la Asamblea de la nación y del pueblo, acababa de dirigirle palabras tan enérgicas, y a su extrañeza se mezclaba cierta curiosidad, nacida de que al rey parecía no ser la primera vez que veía a aquel hombre, aunque no recordaba dónde y cuándo.

—Pero, en fin —dijo—, ¿qué queréis? Hablad.

—Señor, quiero que vos y vuestra familia no deis un paso más hacia el extranjero.

—Y ¿venís, sin duda, con millares de hombres armados para oponeros a mi marcha? —añadió el Rey avanzando en la discusión.

—No, señor, soy yo solo... o más bien, somos dos: el ayudante del general Lafayette, y yo, un simple aldeano. ¡Pero la Asamblea ha dado un decreto; cuenta con nosotros para que sea puesto en ejecución, y lo será!

—Dadme ese secreto —dijo el Rey

—, que yo lo vea, al menos.

—No soy yo quien lo tiene, sino mi compañero. Mi compañero es enviado por el señor de Lafayette y por la Asamblea, para hacer ejecutar las órdenes de la nación. Yo vengo por el señor de Bailly, y sobre todo por mí mismo, para vigilar a mi compañero y saltarle la tapa de los sesos si se descuida.

La Reina, el señor de Choiseul, el de Damas y los otros circunstantes se miraron con asombro. Sólo habían visto al pueblo oprimido y furioso, impetrando gracia o asesinando; lo veían por la primera vez tranquilo,

resistiendo, con los brazos cruzados, conociendo su fuerza y hablando en nombre de sus derechos.

Luis XVI comprendió bien pronto que nada podía esperarse de un hombre de aquel temple, y deseando acabar con él, preguntó:

—Pues bien; ¿dónde está vuestro compañero?

—Ahí, detrás de mí.

Y dando un paso adelante, al decir estas palabras, dejó descubierta la puerta, por cuya abertura pudo verse a un joven que, apoyado en la ventana, vestía el uniforme de ayudante de campo.

También él se hallaba en el mayor desorden; pero era el del abatimiento, no él de la fuerza.

Aparecía con las lágrimas por sus mejillas y tenía un papel en la mano.

Era el señor de Romeuf, el ayudante del general Lafayette, a quien conocimos a la llegada del caballero Luis de Bouillé a París.

Como se patentizó en la conversación que tuvo con el joven realista, Romeuf era patriota, patriota sincero; pero encargado particularmente, durante la dictadura de Lafayette, en las Tullerías de vigilar a la Reina y de acompañarla cuando salía, supo

conducirse, en el ejercicio de su cargo, con tan respetuosa delicadeza, que la Reina le había manifestado más de una vez su reconocimiento.

Así, al apercibirlo, exclamó con penosa sorpresa:

—¡Ah! ¡Sois vos!

Y con ese gemido de dolor natural en la mujer que ve decaer un poderío que juzgaba invencible, añadió:

—¡Nunca lo hubiera creído!

—¡Bien! —murmuró sonriendo el segundo mensajero—, ¡parece que he hecho bien en venir!

Romeuf se adelantó con los ojos bajos, el paso lento y el papel en la

mano.

El Rey, impaciente, no dio al joven tiempo para presentarle aquel decreto; dio hacia él un paso y se lo arrancó de las manos.

Después de haberlo leído, dijo:

—¡Ya no hay rey en Francia!

El hombre que acompañaba al señor de Romeuf sonrió, como si hubiese querido decir: «Ya lo sé yo».

Al oír las palabras del Rey, la Reina hizo un movimiento para interrogarle.

—Escuchad, señora —dijo—, he aquí el decreto que la Asamblea ha osado escribir.

Y con voz conmovida por la

indignación, leyó:

«La Asamblea manda que el ministro Interior despache inmediatamente correos a los departamentos, con orden a todos los funcionarios públicos, guardias nacionales y tropas de línea, para que detengan o hagan detener a cualquiera persona que salga del reino, e impidan toda salida de efectos, armas, municiones, numerario de oro o plata, caballos y carruajes; y en el caso en que los correos alcancen al rey, algún individuo de la familia real o a los que hubieran podido concurrir a su fuga, los antedichos funcionarios públicos, guardias nacionales y tropas de línea

están obligados a tomar todas las medidas posibles para impedir dicha fuga y evitar continúen su viaje, dando cuenta en seguida al Cuerpo legislativo».

La Reina había escuchado con una especie de entorpecimiento; pero luego que el Rey hubo concluido, moviendo la cabeza como para llamar a sí sus ideas, y tendiendo la mano para recibir el fatal decreto, dijo:

—Dádmelo. ¡Eso es imposible!

El compañero del señor de Romeuf tranquilizó con una sonrisa a los guardias nacionales y patriotas de Varennes, a quienes la palabra

imposible, pronunciada por la Reina, había inquietado, no obstante que todos habían oído el tenor del decreto.

—¡Oh! Leed, señora, leed, si dudáis aún —exclamó el Rey con amargura—, está escrito y firmado por el presidente de la Asamblea nacional.

—Y ¿qué hombre ha osado firmar ese decreto?

—¡Un noble, señora! —respondió el Rey—. ¡El señor de Beauharnais!

¿No es una cosa extraña, y que prueba el encadenamiento del pasado con el porvenir, que ese decreto, que detenía en su fuga a Luis XVI, la Reina y la familia real, contuviese un nombre

hasta entonces oscuro, y que iba a unirse de una manera brillante y ruidosa a la historia de los primeros años del siglo XIX?

La Reina cogió el decreto y lo leyó; sus cejas estaban contraídas y sus labios también.

El Rey tomó de sus manos para volverlo a leer; y después de concluir está segunda lectura, lo arrojó sobre la cama donde, insensibles a la discusión en que se decidía de su suerte, dormían el delfín y *madame* Royale.

Al ver esto la Reina, incapaz de contenerse por más tiempo, se lanzó rápida, rugiente, cogió el papel, que

arrugó entre sus manos, y arrojándolo lejos de sí, exclamó:

—¡Oh! ¡Tened cuidado, caballero! ¡No quiero que ese papel mancille a mis hijos!

Un clamor inmenso se alzó en la plaza contigua, y los guardias nacionales hicieron un movimiento para penetrar en la que ocupaban los ilustres fugitivos.

El ayudante de campo del general Lafayette dejó escapar un grito de terror.

Su compañero uno de rabia.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Un insulto a la Asamblea! ¡Un insulto a la nación! ¡Un insulto al pueblo!... ¡Está bien!

Y volviéndose hacia aquellos

hombres, ya excitados a la lucha y armados de fusiles, sables y guadañas, que llenaban la habitación contigua, gritó:

—¡A mí, ciudadanos!

Aquellos hombres hicieron un movimiento, que no era sino la continuación del primero, para penetrar en la alcoba, y Dios sabe lo que hubiera resultado del choque de aquellas dos cóleras, cuando Charny, que desde el principio de la escena sólo había pronunciado las pocas palabras que hemos citado, y que había permanecido como ajeno a ellas, se presentó, y cogiendo del brazo a aquel guardia

nacional desconocido en el momento en que llevaba la mano a la empuñadura de su sable, dijo:

—Una palabra, si os place, señor Billot, deseo hablaros.

Billot, pues era él, en efecto, dejó escapar a su vez un grito de asombro, al par que una palidez mortal cubría su rostro; permaneció indeciso un instante, y volviendo a meter en la vaina la espada que había sacado casi totalmente, dijo:

—¡Sea! Yo también tengo algo que deciros.

Y dirigiéndose inmediatamente hacia la puerta, añadió en voz baja:

—Paso, ciudadanos. Tengo que hablar un instante con este oficial... Pero estad tranquilos, ni lobos ni lobeznos se escaparán... Yo estoy ahí, respondo de ellos.

Y como si aquel hombre, que les era tan desconocido como al Rey y toda su comitiva, excepto de Charny, tuviese el derecho de darles órdenes, salieron marchando hacia atrás y desalojaron la primera pieza.

Tenía además cada uno de ellos necesidad de referir a sus camaradas lo que acababa de pasar adentro, y de recomendar a los patriotas estuviesen más que nunca vigilantes.

Charny, en tanto, decía a la Reina en voz baja:

—Señora, el caballero de Romeuf os toca a vos, os dejo con él; procurad sacar el mejor partido posible.

Esto era más fácil cuanto que Charny, salido que hubo a la primera pieza, cerró la puerta y púsose de espaldas a ella, impidiendo así que nadie, incluso Billot, pudiese penetrar.

Capítulo XCVI

EL ODIO DE UN HOMBRE DEL PUEBLO

Los dos hombres, encontrándose de frente se observaron un instante, sin que la mirada del noble pudiese hacer bajar los ojos al hombre del pueblo.

Más aún, Billot fue el primero que tomó la palabra.

—El señor conde —dijo—, me hizo el honor de anunciarme que me debía

comunicar alguna cosa. Espero que tenga la bondad de hablar.

—Billot —preguntó Charny— ¿por qué os encuentro aquí encargado de una misión de venganza? Os creía amigo de nosotros los nobles, y además súbdito fiel del rey.

—He sido súbdito bueno y fiel al rey, señor conde; he sido, no vuestro amigo, pues semejante honor no estaba reservado para un pobre labrador como yo, pero sí vuestro humilde servidor.

—Y ¿bien?

—Y bien, ya veis que ahora no soy nada de esto.

—No os comprendo, Billot.

—Y ¿para qué habéis de comprenderme, señor conde? ¿Os pregunto yo, por ventura, las causas de vuestra fidelidad al rey, las de vuestra adhesión a la reina? No; presumo que tenéis vuestras razones para obrar así, y que siendo, como sois, un hombre honrado y prudente, vuestras razones son buenas, o cuando menos, conformes con vuestra conciencia. Yo no tengo vuestra elevada posición, señor conde, ni tampoco vuestro saber; me conocéis o me habéis conocido hombre honrado también y prudente... Suponed, pues, que, como vos, yo tengo mis razones, si no buenas, conformes con mi conciencia

al menos.

—Billot —replicó Charny, que ignoraba completamente los motivos de odio que el labrador podía tener contra la nobleza o la monarquía—, os he conocido, y no hace aún mucho tiempo, bien diferente de lo que sois hoy.

—¡Oh!, sí, no lo niego —dijo Billot con amarga sonrisa—, sí, me habéis conocido bien diferente de lo que soy. Voy a deciros como era, señor conde; yo fui verdadero patriota, fiel a dos hombres y a una cosa; aquellos eran el rey y el señor Gilberto, y la cosa mi país. Un día los agentes del rey vinieron a mi casa, y mitad por fuerza, mitad por

sorpresa, me arrebataron una cajita, depósito precioso que me había confiado el señor Gilberto. Apenas me vi libre marché a París, adonde llegué en la noche del 13 de julio. Era cuando el motín de los bustos del señor duque de Orleáns y del señor Necker, que el pueblo paseaba por las calles gritando: «¡Viva el duque de Orleáns! ¡Viva Necker!». Esto no hacía gran daño al rey, y sin embargo, sus soldados nos atacaron. Yo vi pobres diablos que no habían cometido otro crimen sino el de dar vivas a dos hombres a quienes probablemente no conocían, caer a mi lado, los unos con la cabeza hendida a

sablazos, los otros con el pecho agujereado por los proyectiles; vi al señor de Lámbese, amigo del rey, perseguir en las Tullerías a mujeres y niños que no habían dado ningún *viva*, y hollar con los pies de su caballo a un anciano de setenta años. Esto continuó desaviniéndome con el rey. Al día siguiente me presenté en el colegio de Sebastián, y supe por el pobre niño que su padre estaba en la Bastilla, en virtud de una orden del rey, que una dama de la corte había solicitado; entonces continuó diciéndome que el rey, a quien se suponía tan bueno, tenía en medio de esa bondad, momentos de error, de

ignorancia o de olvido; y para enmendar, en cuanto de mi dependiera, una de las faltas cometidas por el rey en uno de esos momentos de olvido, de ignorancia o de error, contribuí cuanto pude a la toma de la Bastilla. Lo conseguimos, no sin trabajo; los soldados del rey, haciendo fuego contra nosotros, nos mataron próximamente doscientos hombres... y esto me dio nuevos motivos para no opinar como todo el mundo respecto a la gran bondad del rey... Pero, en fin, se tomó la Bastilla, en uno de cuyos calabozos hallé al señor Gilberto, por quien acababa de exponerme veinte veces a morir, y la

alegría de volver a encontrarle me hizo olvidar muchas cosas. Por otra parte, el señor Gilberto fue el primero en decirme que el rey era bueno, que ignoraba la mayor parte de las indignidades que se cometían en su nombre, y que no debía querérsele mal a él, sino a los ministros. Como todo lo que me decía el señor Gilberto en aquella época era para mi letra del Evangelio, le creí; y tomada la Bastilla, el señor Gilberto en libertad, Pitou y yo sanos y salvos, olvidé los fusilamientos de la calle de San Honorato, las cargas de las Tullerías, los ciento cincuenta o doscientos hombres muertos por la *gaita*

del señor príncipe de Sajonia, y la prisión del señor Gilberto a petición de una dama de la corte... Pero dispensad, señor conde —dijo Billot interrumpiéndose—, nada de esto os importa, y no habéis querido hablarme a solas para escuchar las quejas de un pobre campesino sin educación, vos que sois a la vez un gran señor y un sabio.

Y Billot hizo un movimiento para llevar la mano a la cerradura y entrar en la habitación del rey.

Pero Charny le detuvo, y esto por dos razones:

La primera, porque sabía las causas de la enemistad de Billot, lo cual en

semejante circunstancia, no dejaba de ser importante, y la segunda, porque ganaba tiempo.

—No —le dijo—, contádmelo todo, mi querido Billot; sabéis la amistad que os profesamos, mis pobres hermanos y yo, y lo que me decís me interesa en el más alto grado.

Al oír las palabras *mis hermanos*, Billot sonrió con amargura.

—Pues bien —replicó—, voy a referiros todo, señor de Charny, y siento que *vuestros pobres hermanos... uno sobre todo... el señor Isidoro...* no esté aquí para oírme.

Billot había pronunciado las

palabras *uno sobre todo...* el señor *Isidoro...* con una expresión tal, que Charny reprimió el sentimiento de dolor que el nombre de su hermano querido despertaba en su alma, y sin contestar nada a Billot, el cual ignoraba evidentemente la desgracia ocurrida a este hermano, cuya presencia deseaba, le hizo seña para que continuase.

Billot prosiguió:

—Así, cuando el rey se puso en camino para París, no vi más que un padre volviendo a reunirse con sus hijos; yo iba con el señor Gilberto cerca del carruaje real, formando con mi cuerpo como un escudo a los que en él

se hallaban, y gritando con todas mis fuerzas: ¡Viva el rey! Esto era en el primer viaje, en el cual, alrededor del soberano, delante y detrás en el camino, bajo los pies de los caballos y bajo las ruedas del coche, había flores y bendiciones. Al llegar a la plaza de la Casa Ayuntamiento se vio que el rey no llevaba ya la escarapela blanca, pero tampoco la tricolor. Entonces gritaron: ¡La escarapela, la escarapela! Yo cogí la que llevaba en el sombrero y se la entregué; la tomó y me dio las gracias, y la puso en el suyo en medio de las aclamaciones de la multitud. Loco de alegría al ver mi escarapela en el

sombrero de ese buen rey, grité yo solo, y más fuerte que todos: ¡Viva el rey! Y mi entusiasmo por él era tal, que permanecí en París. Mi cosecha estaba aún por recoger y exigía mi presencia; pero ¡bah!, ¿qué me importaba? Yo era bastante rico para perder una, y si mi presencia podía ser de alguna utilidad a ese buen rey, al padre del pueblo, al Restaurador de la libertad francesa, como nosotros, necios, le llamábamos en aquella época, más valía quedarme en París que no regresar a Pisseleu... En cuanto a mi cosecha, que yo había confiado a la solicitud de Catalina, se perdió casi completamente... Mi hija,

según parece, tenía que ocuparse en otra cosa... Pero dejemos esto. Sin embargo, se decía que el rey no aceptaba francamente la revolución; que obraba impulsado por la fuerza, y que no era la escarapela tricolor la que hubiera querido llevar en su sombrero, sino la blanca... Los que decían esto eran calumniadores, y quedó plenamente probado en el banquete de los señores guardias de corps, en el cual la reina no se puso la escarapela tricolor, ni la blanca, ni la nacional, ni la francesa, sino simple y llanamente la de su hermano José II. ¡La escarapela austríaca, la negra! Confieso que esta

vez mis dudas comenzaron; pero como el señor Gilberto me decía: «Billot, no es el rey, sino la reina, quien ha hecho eso; y como la reina es mujer, es preciso mostrarse indulgente con las mujeres...», yo lo creí de tal modo, que cuando llegaron de París para asaltar el palacio, aunque comprendiera en el fondo de mi corazón que los que venían para atracar no iban del todo descaminados, me puse de parte de los defensores; de modo que yo fui quien corrió a despertar al señor de Lafayette, el cual dormía, ¡pobre hombre!, como un bendito, y quien lo condujo a palacio justamente a tiempo para salvar al rey.

¡Ah!, aquel día vi a *madame* Isabel estrechar en sus brazos al señor de Lafayette; vi a la reina darle a besar su mano; vi al rey llamarle amigo, y me dije: ¡A fe mía, creo que quién tiene razón es el señor Gilberto! Ciertamente un rey, una reina y una princesa real no hacen por miedo semejantes demostraciones; y si no participasen de las opiniones de aquel hombre, cualquiera que fuese la utilidad que pudiera reportarles en tal momento, tres personajes como esos no se rebajarían mintiendo. Esta vez también acabé por compadecerme de esa pobre reina, que tan sólo era imprudente, y de ese pobre

rey, hombre débil; pero los dejé volver a París sin mí... Yo estaba ocupado en Versalles... ya sabéis en qué, señor de Charny.

El conde suspiró.

—Dicen —continuó Billot—, que este segundo viaje no fue tan alegre como el primero; que en vez de bendiciones hubo maldiciones, *mueras* en lugar de *vivas*, y que los ramilletes de flores arrojados bajo los pies de los caballos y las ruedas del coche, se sustituyeron con cabezas cortadas y puestas en las puntas de las picas... Yo no lo sé porque no estaba allí, pues me había quedado en Versalles. Yo dejaba

siempre la granja sin dueño... ¡Bah!, ¡era bastante rico, después de perder la cosecha de 1789, para perder también la de 1790! Pero una mañana, Pitou llegó para anunciarme que yo estaba a punto de sufrir una pérdida que un padre no es jamás bastante rico para soportar... ¡Era mi hija!

Charny se estremeció.

Billot, mirándole fijamente prosiguió:

—Necesito decirlos, señor conde, que hay a una legua de mi casa, en Boursonne, una familia noble, una familia de grandes señores, una familia inmensamente rica. Esa familia se

componía de tres hermanos; cuando eran niños e iban de Boursonne a Villers-Cotterêts, los más jóvenes casi siempre me hacían el honor de detenerse en mi granja; decían que nunca habían bebido leche mejor que la de mis vacas, ni comido pan tan bueno como el de la madre Billot; y de vez en cuando añadían —yo creía, pobre necio, que era pagarme mi hospitalidad— que jamás habían visto una niña tan bonita como la hija Catalina. ¡Yo les agradecía que bebiesen la leche de mi granja, comiesen mi pan y juzgasen linda a mi Catalina! ¡Qué queréis! ¡Creyendo en el rey, que según dicen es medio alemán

por su madre, bien podía creerlos a ellos! Así, pues, cuando el menor, que hacía mucho tiempo se hallaba ausente del país, y que se llamaba Jorge, fue muerto en Versalles, en la puerta de la habitación de la reina, en la noche del 5 al 6 de octubre, cumpliendo valerosamente con su deber de caballero, Dios sabe hasta qué punto sentí el golpe que le mataba. ¡Ah!, señor conde, su hermano me vio —su hermano mayor, aquel que no iba a mi casa, aunque no porque fuera muy orgulloso, sino porque había salido del país mucho más pequeño que su hermano Jorge—, me vio, repito, delante del cadáver,

derramando tantas lágrimas como él
derramó sangre... Aún creo hallarme...
allí... en el fondo de un pequeño patio
verde y húmedo, adonde yo le llevé en
mis brazos para que no fuese mutilado,
¡pobre joven!, como lo habían sido sus
compañeros, los señores de Varicourt y
Des Huttes, tanto que yo tenía en mis
ropas no menos sangre que vos en las
vuestras, señor conde. ¡Oh!, era un joven
muy apreciable, que me parece estar
viendo siempre cuando iba al colegio de
Villers-Cotterêts con su caballito gris,
con su cesta en la mano..., y tan cierto
es, que pensando en eso, y si sólo me
acordase de él, creo que lloraría aún

como vos, señor conde...; pero pienso en el otro, y no lloro.

—¡En el otro!, ¿qué queréis decir?
—exclamó Charny.

—Esterad —contestó Billot—, ya llegaremos... ¡Pitou vino a París y me dijo dos palabras, que me probaron que no era mi cosecha, sino mi hija, lo que corría peligro; que no era mi fortuna, sino mi felicidad lo que iba a perder! Dejé al rey en París —pues como era hombre de buena fe, según me decía Gilberto, las cosas no podían menos de marchar bien, ya estuviese o no allí— y regresé a la granja. Primeramente creí que Catalina estaba enferma de peligro:

tenía delirio, fiebre cerebral, ¡qué sé yo!
... El estado en que la hallé me inquietó
mucho, y con mayor razón cuando el
médico me dijo que me prohibía entrar
en la habitación hasta que estuviese
buena; pero si no podía entrar, pobre
padre desesperado, creí que me sería
permitido escuchar en la puerta, y
escuché. ¡Entonces supe que había
estado a punto de morir, que tenía fiebre
cerebral, y que estaba, en fin, casi loca,
porque su amante se había marchado! Yo
también había partido un año antes, y en
vez de volverse loca porque su padre se
separaba de ella, había sonreído al ver
que me iba... ¡Mi ausencia la dejaba en

libertad para ver a su amante!... Catalina recobró la salud, pero no la alegría; un mes, dos meses, tres, seis, pasaron sin que un sólo rayo de alegría iluminase aquel rostro, del cual no se apartaban mis ojos. Una mañana la vi sonreír y temblé; sin duda su amante regresaba, pues ella había sonreído... Al día siguiente, un pastor que le vio pasar me anunció que había llegado aquella misma mañana, y yo no dudé un momento que por la noche vendría a mi casa, es decir, a la habitación de Catalina. Así es que, llegada la noche, cargué mi escopeta de dos tiros y me puse al acecho...

—¿Habéis hecho eso, Billot? —
exclamó Charny.

—Y ¿por qué no? Espero al acecho para matar al jabalí que viene a revolver mis patatas, al lobo que viene a devorar mis ovejas, a la zorra que roba mis gallinas. Y ¿no me pondría al acecho también para matar al hombre que viene a robarme mi felicidad, al amante que viene a deshonar a mi hija...?

—Pero cuando llegó el momento os faltó corazón, ¿no es cierto? —dijo con viveza Charny.

—No, corazón no; ojo y mano sí. Un rastro de sangre me probó, sin embargo, que no había errado del todo; pero ya

comprenderéis que mi hija no puede titubear entre un padre y un amante. Cuando entré en su habitación. Catalina había desaparecido.

—¿Y no la habéis vuelto a ver? —preguntó Charny.

—No —contestó Billot—. Y ¿para qué he de verla?... ¡Harto sabe ella que si la encontrase la mataría!

Charny se estremeció, mirando con un sentimiento de admiración y de terror al hombre enérgico que tenía ante sí.

—Volví a ocuparme en los trabajos de la granja —continuó Billot—. ¡Qué importaba mi desgracia, con tal que Francia fuese feliz! ¿No entraba el rey

francamente en la vía de la revolución? ¿No debía presidir la fiesta de la federación? ¿No iba yo a ver allí otra vez a ese buen rey a quien yo había dado una escarapela tricolor el dieciséis de julio, y casi salvado la vida el seis de octubre? ¡Qué alegría debía ser para él ver a la Francia entera reunida en el campo de Marte, jurando como un sólo hombre la unidad de la patria! Por eso, al verlo allí olvidé todo por un instante; todo, hasta Catalina... ¡No, miento: un padre no olvida jamás a su hija! El rey juró, pero me pareció que juraba mal, con los labios solamente, desde su asiento y no sobre el altar de la patria.

Mas ¡qué importaba!, había jurado, y esto era lo esencial. Un juramento es siempre un juramento; el lugar en que se pronuncia no lo hace más ni menos sagrado, y un hombre de bien cumple siempre lo que jura. El rey, pues, lo cumpliría también. A mi vuelta; a Villers-Cotterêts, como me faltaba mi hija, no tenía otra cosa de qué ocuparme sino de política, y así oí decir que el rey había querido fugarse con el señor de Favras, pero que el plan había fracasado; que trató de huir con sus tías, sin poder conseguirlo tampoco; y que habiendo intentado ir a Saint-Cloud, para escapar desde allí a Rouen, el

pueblo se había opuesto. Verdad es que aunque yo oía decir todo esto, no lo creía. ¿No había yo visto al rey en el campo de Marte, alzar el brazo para jurar? ¿No había oído pronunciar ese mismo juramento a la Nación? ¿Cómo creer que un rey tendría por menos sagrado que el de los otros hombres un juramento hecho ante trescientos mil ciudadanos? ¡No era probable! Así, pues, anteayer, día en que fui al mascado de Meaux, me extraño mucho ver (debo advertiros qué dormí en casa del maestro de postas, amigo mío, a quien hice una venta considerable de cereales), me extrañó mucho, repito, ver

y reconocer al rey, a la reina y al delfín, en un carruaje que cambiaba de tiro. No era posible engañarse; y además, yo estaba acostumbrado a verlos en coche, pues los había acompañado el dieciséis de julio desde Versalles a París. Entonces oí a uno de esos señores vestidos de amarillo, decir: «Camino de Châlons». La voz llamó mi atención, volvíme y reconocí, ¿a quién?, al que me había robado mi Catalina. ¡Todo un noble corriendo como un lacayo delante del carruaje del rey!...

Al decir estas palabras, Billot miró fijamente al conde, para ver si este comprendía que se trataba de su

hermano Isidoro; pero Charny guardó silencio y se limitó a enjugar con su pañuelo el sudor que corría por su frente. Billot prosiguió:

—Quise perseguirle, pero ya estaba lejos. Tenía él un buen caballo, estaba armado y yo no. Un instante hubo en que mis dientes rechinaban de cólera al ver aquel rey que escapaba de Francia, y aquel raptor que se me escapaba a mí; pero de repente me ocurrió una idea: «Yo también he prestado un juramento a la nación, me dije, y aunque el rey quebrante el suyo, yo cumpliré el mío... ¡A fe mía que sí! No estoy más que a diez leguas de París; son las tres de la

mañana, y con un buen caballo es asunto de horas. Hablaré de esto con el señor Bailly, que es hombre de bien y que parece pertenecer al partido de los que cumplen sus juramentos». Decidido esto, y para no perder tiempo, rogué a mi amigo el maestro de postas de Meaux (aunque sin decirle, por supuesto, lo que trataba de hacer) que me prestase su uniforme de guardia nacional, su sable y sus pistolas; tomé el mejor caballo de su cuadra, y en vez de marchar al trote a Villers-Cotterêts, salí al galope para París. ¡A fe mía que llegué a tiempo! Se sabía ya la fuga del rey, pero no la dirección en que huía. El señor de

Romeuf había sido enviado por el general Lafayette hacia Valenciennes, pero ¡ved lo que es la casualidad! Detenido en la Barrera, pudo obtener que lo condujesen a la Asamblea nacional, en la cual entraba en el momento mismo en que el señor de Bailly, informado por mí, daba detalles circunstanciados sobre el itinerario de Su Majestad. No había, pues, otra cosa que hacer sino expedir una orden bien terminante. El señor de Romeuf fue enviado en dirección a Châlons, y yo recibí el encargo de acompañarlo, que cumplí como veis... Ahora —añadió Billot con aire sombrío—, he alcanzado

al rey, que me ha engañado como francés, y estoy tranquilo, pues no se me escapará. Ahora me falta alcanzar al que me ha engañado como padre, y os juro, señor conde, que no se escapará tampoco.

—¡Oh!, apreciable Billot —dijo Charny suspirando—, os engañáis.

—¿Cómo es eso?

—¡Digo que el desgraciado de quién habláis, se os ha escapado!

—¿Ha huido?... —exclamó Billot con una indescriptible expresión de rabia.

—¡No —dijo Charny—, ha muerto!

—¿Muerto?... —exclamó Billot,

estremeciéndose a su pesar y enjugando el sudor que empezaba a inundar su frente.

—¡Muerto! —repitió Charny—. ¡Y esta sangre, que hace un momento teníais razón en comparar con la que os cubría en el patio de Versalles, esta sangre era la suya!... Y si lo dudáis, señor Billot, bajad y hallaréis su cuerpo tendido en un patio pequeño muy semejante al de Versalles, y muerto por igual causa que aquella de que fue víctima su hermano.

Billot miró con ojos extraviados y fisonomía azorada a Charny, que le hablaba con voz serena, mientras que dos gruesas lágrimas se deslizaban por

sus mejillas.

De repente profirió un grito.

—¡Ah! —exclamó—, ¿conque hay una justicia en el cielo?

Y precipitándose afuera de la habitación, el honrado Billot dijo:

—Os creo, señor conde, pero no importa, voy a cerciorarme por mis ojos de que se ha hecho justicia.

Charny le vio alejarse, ahogó un suspiro y enjugó sus lágrimas.

Después, comprendiendo que no podía perderse ni un minuto, entró precipitadamente en la habitación donde se hallaba la reina, y dirigiéndose a ella, preguntóle en voz baja:

—¿El señor de Romeuf?

—Es nuestro —contestó, la reina.

—Me alegro —dijo Charny—,

porque del otro nada puede esperarse.

—¿Qué hacer entonces? —preguntó la reina.

—Ganar tiempo, señora, hasta que llegue el señor de Bouillé.

—Pero ¿llegará?

—Sí, pues yo mismo voy a buscarle.

—¡Oh!, no... —exclamó la reina—, las calles están obstruidas, os conocen ya y no os dejarán pasar, no pasaréis, no, porque primero os asesinarán... ¡Oliverio! ¡Oliverio!

Pero Charny, sonriendo, abrió sin

contestar la ventana que daba al jardín, dirigió una última promesa al rey, un último saludo a la reina, y franqueó los quince pies que lo separaban del suelo.

La reina profirió un grito de terror y ocultó la cabeza entre sus manos; pero los jóvenes corrieron a la ventana y contestaron con otro de alegría al grito de terror de la reina.

Charny acababa de saltar el muro del jardín y desaparecía al otro lado del mismo.

Ya era tiempo. En aquel instante Billot reapareció en el umbral de la habitación.

Capítulo XCVII

EL SEÑOR DE BOUILLÉ

Veamos lo que hacía durante estas horas de angustia el señor marqués de Bouillé, con tanta impaciencia esperado en Varennes, y en el cual se cifraban las últimas esperanzas de la real familia.

A las nueve de la noche, es decir, poco después del momento en que los fugitivos llegaron a Clermont, el marqués de Bouillé y su hijo el señor

Luis de Bouillé, salían de Stenay y se adelantaban hacia Dun, para aproximarse al rey.

Temiendo que su presencia en esta última ciudad fuese notada, el marqués y los que le acompañaban se detuvieron a un cuarto de legua de ella; Bouillé se situó en una zanja que limitaba el camino, hizo colocar los caballos detrás y esperó.

Era la hora en que, según toda probabilidad, debía aparecer el correo del rey.

En circunstancias semejantes, los minutos parecen horas, y las horas siglos.

Se oyeron dar lentamente, y con esa impasibilidad que los que esperan quisieran regular por los latidos de su corazón, las diez... las once... las doce... la una... las dos... y las tres de la madrugada.

El día empezaba a despuntar entre las dos y las tres. Durante aquellas seis mortales horas de espera, el más leve rumor que llegaba a sus oídos, bien aproximándose, bien alejándose, llevábales la esperanza o la desesperación; al salir el sol, la reducida tropa desesperaba ya.

El marqués pensó que había ocurrido algún accidente; pero

ignorando cuál fuese, dio orden de volver a Stenay, a fin de poderle prevenir en lo posible, hallándose en medio de sus fuerzas.

Montaron, pues, otra vez a caballo, y encamináronse al paso hacia Stenay.

Hallábanse ya casi a un cuarto de legua de la ciudad, cuando el señor Luis de Bouillé, al volverse, divisó a lo lejos, en el camino, el polvo que levantaba el galope de varios caballos.

Hicieron alto y esperaron.

A medida que los nuevos jinetes se acercaban, creíase reconocerlos, y la duda desapareció bien pronto: eran los señores Julio de Bouillé y de

Raigecourt. La reducida tropa salió a su encuentro. En el momento de reunirse, todas las voces de los que esperaban hicieron la misma pregunta, y todas las de los recién llegados daban la misma respuesta:

—¿Qué ha ocurrido?

—El rey ha sido detenido en Varennes.

Serían aproximadamente las cuatro de la madrugada. Terrible era la noticia, y lo era tanto más cuanto que los dos jóvenes, situados en el extremo de la ciudad, en la posada del Gran Monarca, donde se vieron sorprendidos de repente por la insurrección, se habían visto

precisados a abrirse paso a través de la multitud, y esto sin llevar consigo ninguna noticia detallada.

Por terrible que fuese la que daban, no hacía perder, sin embargo, toda esperanza.

El señor de Bouillé, como todos los jefes que se atienen a la observancia rigurosa de la disciplina, creía, sin tener en cuenta los obstáculos, que sus órdenes habían sido ejecutadas.

Así, pues, si se había detenido al rey en Varennes, las diferentes fuerzas que habían recibido orden de replegarse después de haber pasado el rey, habían llegado ya a Varennes.

Estas fuerzas debían componerse:

De los cuarenta húsares del regimiento de Lauzun, mandados por el duque de Choiseul.

De los treinta dragones de Saint-Menehould, mandados por el señor Dandoins.

De los ciento cuarenta dragones de Clermont, a las órdenes del señor de Damas.

Y, en fin, de los sesenta húsares de Varennes, a las órdenes de los señores de Bouillé y de Raigecourt, con los cuales, a decir verdad, los jóvenes no habían podido comunicarse al marchar, pero que en su ausencia quedaron bajo

las órdenes del señor de Rohrig.

Cierto que nada se había querido confiar a este joven oficial de veinte años, pero los señores de Choiseul, Dandoins o de Damas le darían instrucciones, y reuniría sus fuerzas a las que acudían en auxilio del rey.

Su Majestad, pues, debía tener a su alrededor en aquel momento lo menos cien húsares y ciento sesenta o ciento ochenta dragones, y esto era cuanto se necesitaba para hacer frente a la insurrección de una pobre aldea de mil ochocientas almas.

Ya hemos visto como los acontecimientos vinieron a frustrar los

cálculos estratégicos del señor de Bouillé.

Por lo demás, el primer desengaño respecto a esta seguridad del marqués no se hizo esperar.

Mientras que los señores de Bouillé y de Raigecourt daban sus noticias al general, se vio a lo lejos un nuevo jinete que se acercaba a galope tendido.

Todas las miradas se fijaron en él y se reconoció al señor Rohrig.

El marqués, que se hallaba en una de esas disposiciones de ánimo en que no le desagradaba desahogar, aunque fuera sobre un inocente, el peso de su cólera, se adelantó hacia él.

—¿Qué significa esto, caballero? —
exclamó—. ¿Por qué habéis abandonado
vuestro puesto?

—Perdonad, mi general —contestó
el señor de Rohrig—, vengo de orden
del señor de Damas.

—¿Qué decís? ¿No está el señor de
Damas en Varennes con sus
escuadrones?

—El señor de Damas está en
Varennes con un oficial, un ayudante y
dos o tres hombres.

—¿Y los demás?

—Los demás no han querido
marchar.

—¿Y el señor Dandoins y sus

dragones?

—Se dice que están detenidos en el ayuntamiento de Saint-Menehould.

—Pero, al menos, ¿está el señor de Choiseul en Varennes con sus húsares y los vuestros?

—Los húsares del señor de Choiseul se han pasado al pueblo, y gritan: ¡Viva la nación! Los míos están en su cuartel vigilados por la guardia nacional de Varennes.

—Y ¿no os habéis puesto a la cabeza de ellos, caballero?...

—Mi general olvida que yo no tenía orden alguna; que los señores de Bouillé y de Raigecourt eran mis jefes, y que yo

ignoraba completamente que Su Majestad debiera pasar por Varennes.

—Es cierto, dijeron a la vez los señores de Bouillé y de Raigecourt, acatando la verdad.

—Al primer ruido que oí —continuó el subteniente—, bajé a la calle para informarme y supe que un carruaje, en el que, según se aseguraba, iban el rey y la familia real, acababa de ser detenido hacía un cuarto de hora poco más o menos. Las personas que iban en el coche habían sido conducidas a casa del procurador del distrito; me encaminé hacia ella y vi una considerable multitud de hombres armados; el tambor

resonaba, y oíanse los tañidos de la campana de alarma. En medio de todo aquel tumulto sentí que me tocaban en el hombro, y al volver la cabeza reconocí al señor de Damas con una levita sobre su uniforme. «¿Sois el subteniente que manda los húsares de Varennes?», me preguntó. «Sí, mi coronel». «¿Me conocéis?». «Sois el conde de Damas». «Pues bien, montad a caballo sin perder un momento, y partid hacia Dun y Stenay; corred hasta que hayáis alcanzado al señor marqués de Bouillé; decidle que Dandoins y sus dragones se hallan prisioneros en Saint-Menehould; que los míos han rehusado obedecerme,

que los de Choiseul amenazan pasarse al pueblo, y que el rey y la familia real, detenidos en esta casa, no tienen más esperanza que él». Con semejante orden, mi general, he creído que no debía hacer ninguna observación, sino, por el contrario, obedecer ciegamente. Monté a caballo, marché a escape y heme aquí.

—Y ¿no os ha dicho otra cosa el señor de Damas?

—Sí tal, me ha dicho también que se valdría de todos los medios para ganar tiempo, a fin de proporcionaros a vos lo que necesitéis para llegar a Varennes.

—Vamos —dijo el señor de Bouillé suspirando—, veo que cada cual ha

hecho cuanto le era posible, y a nosotros nos toca ahora hacer lo que se pueda.

Y volviéndose hacia el conde Luis, añadió:

—Luis, yo me quedo aquí. Estos señores van a llevar las diversas órdenes que doy. En primer lugar, los destacamentos de Mouza y de Dun marcharán al punto sobre Varennes, guardando el paso de la Meuse, y comenzarán el ataque. Señor de Rohrig, llevadles esta orden de mi parte, y decidles que serán apoyados de cerca.

El joven a quien se daba esta orden saludó y marchó en dirección a Dun para ejecutarla.

El señor de Bouillé continuó:

—Señor de Raigecourt, id al encuentro del regimiento suizo de Castella, que está en marcha para ir a Stenay, y adonde quiera que lo encontréis, decidle cuánta es la urgencia de la situación, comunicándole mi orden de doblar las marchas. No perdáis tiempo.

Después de haber visto salir al joven oficial en dirección opuesta a la que seguía el señor de Rohrig con toda la celeridad de su caballo ya cansado, se volvió hacia su segundo hijo y díjole:

—Julio, cambiarás de caballo en Stenay para ir a Montmédy. Que el señor

de Klinglin haga marchar sobre Dun el regimiento de infantería de Nassau, que está en Montmédy, y que se dirija personalmente a Stenay. ¡Anda!

El joven saludó y salió a su vez.

Por último, el señor de Bouillé, volviéndose hacia su hijo mayor, le dijo:

—Luis, el Real alemán está en Stenay.

—Sí, padre mío.

—Recibió orden de estar preparado al amanecer.

—Yo mismo se la di a su coronel de parte vuestra.

—Ve a buscarlo y que te acompañe; yo esperaré aquí, y tal vez en el camino

recibiré otras noticias. El Real alemán es seguro, ¿no es verdad?

—Sí, padre mío.

—Pues entonces bastará, y con él marcharemos sobre Varennes. ¡Anda!

Y el conde Luis marchó a su vez.

Diez minutos después presentóse de nuevo.

—El Real alemán me sigue, dijo al general.

—¿Le has encontrado, pues, a punto de marcha?

—No, y con gran asombro mío. Preciso es que el comandante comprendiese mal la orden vuestra que le transmití ayer, pues lo he encontrado

en la cama; pero se está levantando ya, y me ha prometido que iría él mismo a los cuarteles para apresurar la marcha. Temeroso de que os inquietárais, he venido a deciros la causa de la tardanza.

—Bien —contestó el general—, esto quiere decir que ya viene, ¿no es así?

—El comandante me ha dicho que me seguía.

Esperaron diez minutos, después un cuarto de hora y luego veinte minutos, pero nadie llegaba.

El general, impaciente, miró a su hijo.

—Vuelvo allá, padre mío —dijo el joven.

Y poniendo el caballo al galope, entró en la ciudad. Por largo que el tiempo pareciese, dada la impaciencia de los señores de Bouillé, había sido mal aprovechado por el jefe del Real alemán; apenas se contaban algunos hombres en estado de marchar; el joven oficial, quejándose amargamente, repitió la orden del general y volvió al lado de su padre con la promesa formal del comandante de que en cinco minutos él y sus soldados estarían fuera de la ciudad.

Al regresar advirtió que la puerta, por donde había pasado ya cuatro veces, estaba ocupada por la guardia nacional.

Se esperó aún cinco minutos más,

diez, quince; pero nadie apareció.

Y el señor de Bouillé comprendía que cada minuto perdido era como un año menos de vida para los regios prisioneros.

Por el camino, y viniendo del lado de Dun, se vio llegar un carruaje.

Era el cabriolé de Leonardo, que continuaba su viaje cada vez más confuso.

El señor de Bouillé le detuvo; pero a medida que el pobre hombre se alejaba de París, el recuerdo de su hermano, cuyo sombrero y hopalanda había tomado, el de la señora de Aage, que nadie sino él peinaba bien y que lo

esperaba sin duda, cruzaban su mente produciendo tanta confusión, tal caos, que el señor de Bouillé no pudo sacar de él nada que tuviera sentido común.

En efecto, Leonardo había salido de Varennes antes de la detención del rey, y nada nuevo podía comunicar al marqués de Bouillé.

Este ligero incidente sirvió para que durante algunos minutos tuviera más paciencia el general; pero al fin, después de transcurrida hora y media desde que se dio la orden al jefe del Real alemán, el señor de Bouillé invitó a su hijo a ir por tercera vez a Stenay, previniéndole que no volviese sin el

regimiento.

El conde Luis partió furioso.

Su cólera aumentó cuando, al llegar a la plaza, vio que apenas había cincuenta hombres a caballo.

Empezó a reunir aquellos cincuenta hombres y ocupar con ellos la puerta de la ciudad, a fin de tener libre la entrada y salida; volvió luego al lado del general y le aseguró que, en efecto, aquella vez lo seguían el jefe y los soldados.

Lo creía así; pero sólo después de transcurridos diez minutos, y cuando se disponía a entrar por cuarta vez en la ciudad, fue cuando se dejó ver la cabeza

del Real alemán.

En cualquiera otra circunstancia el señor de Bouillé habría hecho arrestar al jefe por sus mismos soldados; pero en aquel momento temió discontentar a oficiales y subalternos, y se limitó a reconvenir al comandante por su lentitud. Arengó a los soldados, dándoles a conocer la honrosa misión que se les había reservado; díjoles que de ellos dependía, no sólo la libertad, sino la vida del rey y la familia real; por último, prometió honores a los oficiales, recompensas a los soldados, y para comenzar mandó distribuir a estos cuatrocientos escudos.

El discurso, terminado con esta peroración, produjo el efecto apetecido; resonó un grito inmenso de «¡Viva el rey!», y el regimiento partió al trote largo en dirección a Varennes.

Al llegar a Dun encontraron, guardando el puente del Meuse, el destacamento de treinta hombres que el señor Deslon, al salir de aquella ciudad con Charny, había dejado allí.

Se reunieron y continuó la marcha.

Se debían recorrer ocho leguas largas por un terreno de cuevas y pendientes; de modo que no se iba al paso deseado; era preciso llegar, pero con soldados que pudieran sostener un

choque o dar una carga.

Sin embargo, comprendíase que se avanzaba por país enemigo, pues en los pueblos, a derecha e izquierda se oía el toque de rebato, mientras que delante resonaba algo parecido al fuego de fusilería.

Pero se avanzaba siempre.

En la Grang-au-Bois, un jinete sin sombrero, que parecía devorar la distancia, apareció de pronto haciendo señales de llamada. Se apresuró el paso, y el regimiento y el hombre se acercaron.

Aquel jinete era el señor de Charny.

—¡Al rey, señores, al rey! —gritó

desde la distancia que podía vérselo y alzando la mano.

—¡Al rey!, ¡viva el rey! —gritaron a la vez oficiales y soldados.

Charny ocupa su puesto en las filas, y en cuatro palabras expone la situación: el rey estaba todavía en Varennes cuando el conde salió, y por lo tanto, no se ha perdido todo.

Los caballos están muy cansados, pero no importa; se sostendrá el paso, han recibido un abundante pienso de avena, y los hombres están entusiasmados con los discursos y los luses del señor de Bouillé; el regimiento avanza como un huracán a los

entusiastas gritos de «¡Viva el rey!».

En Crépy encuentran un sacerdote; es constitucional, y al ver toda aquella tropa que se precipita hacia Varennes, exclama:

—¡Corred, corred, que por fortuna llegaréis demasiado tarde!

El conde de Bouillé le oye y precipítase sobre él con el sable levantado.

—¡Desgraciado! —le grita su padre —, ¿qué haces?

En efecto, el joven conde comprende que amenaza matar a un hombre indefenso, y que es un eclesiástico — doble crimen—; retira el pie del estribo

y con la bota descarga un golpe en el pecho del sacerdote.

—¡Llegaréis demasiado tarde! — repite el eclesiástico rodando por tierra.

Se continúa la marcha maldiciendo al profeta de desgracias.

Pero poco a poco se acercan al fuego de fusilería.

Es el señor Deslon con sus setenta húsares, que sostiene una escaramuza con un número casi igual de guardias nacionales.

Se da una carga a la guardia nacional, la dispersan y se pasa.

Pero entonces se sabe por el señor Deslon, que el rey ha salido de Varennes

a las ocho de la mañana.

El señor de Bouillé consulta su reloj: son las nueve menos cinco minutos.

¡Sea!, no hay que perder la esperanza; no debe pensarse en atravesar la ciudad, a causa de las barricadas; pero se dará la vuelta a Varennes.

Hacerlo por la derecha es imposible, a causa de la disposición del terreno.

Por la izquierda se deberá atravesar el río; pero Charny asegura que es vadeable.

Se deja Varennes a la derecha y se

corre por las praderas.

Atacarán en el camino de Clermont a la escolta, por numerosa que sea, libertarán al rey o se dejarán matar.

A los dos tercios de la altura de la ciudad hallan el río; Charny se lanza el primero en la corriente con su caballo; le siguen los señores de Bouillé, después los oficiales y tras estos los soldados. Las aguas desaparecen bajo los caballos y los uniformes, y a los diez minutos se franquea el vado. Aquel paso a través del río ha refrescado a los caballos y también a sus jinetes, y se vuelve a emprender el galope hacia el camino de Clermont.

De repente Charny, que precede a la tropa a la distancia de veinte pasos, se detiene y profiere un grito: se halla a orillas de un canal profundamente encajonado.

No recordaba de este canal, aunque estaba anotado por él en sus trabajos topográficos. Este canal se prolonga a varias leguas de distancia, y en todas partes presenta la misma dificultad que en el punto donde primero se ha visto.

Si no se franquea en el acto, no se cruzará nunca. Charny da el ejemplo arrojándose el primero al agua; el canal no es vadeable, pero el caballo del conde nada vigorosamente hacia la otra

orilla. Sin embargo, esta última tiene una pendiente rápida y resbaladiza, en la cual no pueden hacer hincapié las herraduras de los caballos. Tres o cuatro veces Charny trató de remontar; mas a pesar de toda la ciencia del hábil jinete, siempre su caballo, después de hacer esfuerzos desesperados e inteligentes, casi humanos, para llegar hasta la orilla, resbalaba hacia atrás por falta de un punto de apoyo sólido bajo sus pies delanteros, y vuelve a caer en el agua dando fuertes resoplidos, con su jinete casi desmontado.

Charny comprende que lo que su caballo no puede hacer, animal de raza

conducido por un jinete consumado, cuatrocientos caballos de escuadrón no podrán hacerlo tampoco.

Por lo tanto, es una tentativa abortada; la fatalidad es la más fuerte; el rey y la reina están perdidos, y puesto que no le es dado salvarlos, tan sólo le resta un deber que cumplir: se reduce a perderse con ellos.

Intenta el último esfuerzo, inútil como los demás, para franquear el ribazo; mas en medio de este esfuerzo ha clavado su sable en la arcilla hasta la mitad de la hoja.

El sable sirve como de punto de apoyo, es inútil para el caballo; pero el

jinete le aprovechará.

En efecto, Charny suelta brida y estribos; deja a su caballo bregar sin jinete en aquella agua fatal, nada hacia el sable, le coge, y después de algunos vanos esfuerzos consigue sentar el pie en tierra firme.

Entonces se vuelve y en el otro lado del canal ve al señor de Bouillé y a su hijo llorando de cólera; todos los soldados están sombríos e inmóviles, y comprenden por la lucha que Charny acaba de sostener a su vista, que inútil sería esforzarse para cruzar aquel canal infranqueable.

El señor de Bouillé, sobre todo, se

retuerce los brazos con desesperación; él, cuyas empresas habían tenido todas buen resultado; él, cuyos actos se vieron coronados siempre de feliz éxito, lo cual dio en el ejército origen al proverbio *Feliz como Bouillé*.

—¡Oh!, señores —exclamó con voz dolorida—, decid ahora que soy feliz.

—No, general —contestó Charny desde la otra orilla—, pero estad tranquilo, pues yo diré que habéis hecho todo cuanto un hombre podía hacer; y aunque sea yo quien lo diga, me creerán. ¡Adiós, general!

Y a pie a través de las tierras, lleno de barro, empapado en agua, sin su

sable, que había dejado en el canal, y con las pistolas inútiles, porque la pólvora se había mojado, Charny emprende la carrera y desaparece en medio de los grupos de los árboles, que como centinelas avanzados del bosque se elevan al otro lado del camino.

Por este último es por donde conducen al rey y a la familia real prisioneros, y basta seguirles para alcanzarlos.

Pero antes de hacerlo así se vuelve por última vez, y ve en la opuesta orilla el canal maldito al señor de Bouillé y su tropa, que a pesar de la imposibilidad bien reconocida de seguir adelante, no

pueden decidirse a pronunciarse en retirada.

El conde les hace una última señal; después avanza por el camino, dobla un ángulo, y todo desaparece.

Mas para guiarse le queda el inmenso rumor que le precede, producido por los gritos, los clamores, las amenazas, las carcajadas y las maldiciones de diez mil hombres.

Capítulo XCVIII

LA MARCHA

Sabemos como el rey había partido.

Pero nos falta decir algunas palabras sobre esta marcha y el viaje, durante los cuales veremos cumplirse los diversos destinos de los fieles servidores y de los últimos amigos que la fatalidad, el acaso o la abnegación, habían agrupado en torno de la monarquía moribunda.

Volvamos, pues, a la casa del señor de Sausse.

Ya hemos dicho que apenas Charny había tocado el suelo cuando la puerta se abrió, apareciendo Billot en el umbral.

Tenía el rostro sombrío; sus ojos, cuyas cejas se fruncían por el pensamiento, tenían una expresión investigadora y profunda; examinó los diversos personajes del drama, y en todo el círculo que su mirada recorría no hizo al parecer más que dos observaciones: La fuga de Charny, que era patente; el conde no estaba allí ya, y el señor de Damas cerraba la ventana tras él, inclinándose hacia adelante, Billot pudo ver al conde franquear la

tapia del jardín.

También notó la especie de pacto concluido entre la reina y el señor de Romeuf, pacto en el que todo cuanto este había podido prometer era mantenerse neutral.

Detrás de Billot, la primera habitación se había llenado de esos mismos hombres del pueblo armados de fusiles, de hoces o de sables, que a una señal del labrador se retiraron.

Aquella gente, por lo demás, parecía impulsada por una influencia magnética a obedecer a aquel jefe plebeyo como ellos, en el que adivinaban un patriotismo análogo al suyo, o mejor

dicho, un odio del todo semejante.

Billot miró por última vez hacia atrás, y su mirada, cruzándose con la de los hombres armados, le demostró que podía contar con ellos, aun en el caso de que fuera preciso apelar a la violencia.

—Al fin —preguntó al señor de Romeuf—, ¿están decididos a marchar?

La reina dirigió a Billot una de esas miradas oblicuas que hubieran pulverizado a los imprudentes en quienes las fijaba, si hubiese podido comunicarles la fuerza del rayo.

Después, sin contestar, sentóse, cogiendo el brazo de su sillón y oprimiéndole con fuerza.

—El rey necesita aún algunos momentos —contestó el señor de Romeuf—, nadie ha dormido anoche, y Sus Majestades están rendidos de cansancio.

—Señor de Romeuf —replicó Billot —, bien sabéis que Sus Majestades no piden algunos momentos porque estén cansados, sino porque esperan que muy pronto llegará el señor de Bouillé; pero —añadió Billot con afectación—, que anden con cuidado. Sus Majestades, porque si rehúsan venir de buen grado, se les arrastrará hasta su coche.

—¡Miserable! —gritó el señor de Damas, precipitándose hacia Billot,

sable en mano.

Pero Billot se volvió, cruzándose de brazos.

En efecto; no necesitaba defenderse a sí propio, pues ocho o diez hombres se lanzaron desde la primera habitación a la segunda, y el señor de Damas se vio amenazado a la vez por diez armas diferentes.

El rey vio que bastaba una palabra o un ademán para que los dos guardias de corps, señores Choiseul y de Damas, y los dos o tres oficiales subalternos que estaban junto a él, fueran asesinados.

—Está bien —dijo—, que enganchen los caballos al coche y

marcharemos.

La señora Brunier, una de las dos damas de la reina, profirió un grito y se desvaneció.

Este grito despertó a los dos niños.

El delfín comenzó a llorar.

—¡Ah! —dijo la reina dirigiéndose a Billot— no tenéis ningún hijo, puesto que tan cruel sois para una madre.

Billot se estremeció, pero replicó al punto con amarga sonrisa:

—No, señora, ya no tengo más.

Y añadió volviéndose hacia el rey:

—No es necesario enganchar los caballos al coche, porque ya está hecho.

—Pues bien, que se adelante.

—Está en la puerta.

El rey se acercó a la ventana y vio, en efecto, el coche enganchado; en medio del inmenso rumor que había en la calle no le había oído llegar.

El pueblo vio al rey a través de los vidrios.

Y entonces, un ruidoso grito, o más bien una formidable amenaza, partió de la multitud. El rey palideció.

El señor de Choiseul se acercó a la reina.

—¿Qué ordena Su Majestad? —preguntó—. Yo y mis compañeros preferimos morir a ver lo que pasa.

—¿Creéis que el señor de Charny se

haya salvado? —preguntó la reina vivamente y en voz baja.

—¡Oh!, en cuanto a eso, sí —contestó el señor de Choiseul—, respondería de ello.

—Pues bien, marchemos; pero en nombre del cielo, más bien por vos que por nosotros, no nos abandonéis, ni vos ni vuestros amigos.

El rey comprendió qué temor tenía la reina.

—En efecto —dijo—, los señores de Choiseul y de Damas nos acompañan, y no veo sus caballos.

—Es verdad —contestó el señor de Romeuf dirigiéndose a Billot—, no

podemos impedir que esos señores sigan al rey y a la reina.

—Esos señores —contestó Billot—, seguirán si quieren; nuestras órdenes se reducen a llevar al rey y la reina, y en nada se refieren a esos señores.

—Pero yo —dijo el rey con más firmeza de la que se hubiera podido esperar de él—, declaro que no marcharé sin que esos señores tengan sus caballos.

—¿Qué decís a eso? —preguntó Billot volviéndose hacia los hombres que llenaban la habitación—. ¡El rey no marchará si esos señores no tienen sus caballos!

Los hombres soltaron la carcajada.

—Voy a mandar que se acerque —
dijo el señor de Romeuf.

Pero Choiseul, dando un paso hacia adelante, impidió al señor de Romeuf pasar, diciéndole:

—No os separéis de Sus Majestades; vuestra misión os da cierta autoridad sobre el pueblo, e importa a vuestro honor que no se toque ni un cabello de Sus Majestades.

El señor de Romeuf se detuvo. Billot se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—, ya voy yo. Y salió al punto.

Pero volviéndose en el umbral de la

puerta, dijo, frunciendo el ceño:

—¿Me siguen, no es verdad?

—¡Oh!, estad tranquilo —

contestaron los hombres, riéndose de una manera que indicaba que en caso de resistencia no se debía esperar de ellos compasión.

En efecto; llegados a tal punto de irritabilidad, aquellos hombres hubieran apelado seguramente a la violencia contra la familia real, o hecho fuego sobre cualquiera que hubiese intentado huir.

Por eso Billot no se hubo de tomar la molestia de volver a subir.

Uno de los hombres permanecía

junto a la ventana, observando lo que pasaba en la calle.

—¡He ahí los caballos —dijo Billot —, en marcha!

—¡En marcha! —repitieron sus compañeros con un acento que no admitía réplica.

El rey salió primero.

Después el señor de Choiseul, dando el brazo a la reina; el señor de Damas conduciendo a *madame* Isabel; luego la señora de Tourzel con los dos niños, y alrededor de ellos, formando un grupo, el resto de los servidores fieles.

El señor de Romeuf, como enviado de la Asamblea nacional, y revestido

por lo tanto de un carácter sagrado, tenía la misión de velar sobre el cortejo real.

Mas, forzoso es decirlo, el señor de Romeuf tenía él mismo gran necesidad de que velaran sobre su persona, pues había circulado el rumor de que no solamente manifestó tibieza para cumplir las órdenes de la Asamblea, sino que había favorecido, si no activamente, cuando menos por su descuido, la fuga de uno de los más fieles servidores del rey, el cual, según se aseguraba, no se había separado de Sus Majestades sino para transmitir al señor de Bouillé la orden de acudir en su auxilio.

De aquí resultó que, llegado al umbral de la puerta, mientras que la conducta de Billot era ensalzada por todo aquel pueblo que parecía dispuesto a reconocerle como único jefe, el señor de Romeuf oyó pronunciar en torno suyo, acompañadas de amenazas, las palabras *aristócrata* y *traidor*.

Se subió a los coches en el mismo orden con que se había bajado la escalera.

Los dos guardias de corps volvieron a ocupar sus asientos en el pescante.

En el momento de bajar, el señor de Valory se había acercado al rey.

—Señor —le dijo—, mi compañero

y yo pedimos un favor a Vuestra Majestad.

—¿Cuál señores? —preguntó él rey, asombrado de que aún pudiera él otorgar algún favor.

—Señor, se reduce a pedir que, no teniendo ya la dicha de servirnos como militares, nos permitáis ocupar junto a vos el puesto de vuestros criados.

—¿De mis criados, señores? —exclamó el rey—. ¡Imposible!

Pero el señor de Valory se inclinó.

—Señor —dijo—, en la situación en que Vuestra Majestad se halla, nuestro parecer es que ese lugar honraría a los mismos príncipes, y con más razón a

unos pobres caballeros como nosotros.

—Pues bien, señores —contestó el rey con lágrimas en los ojos—, permaneced aquí y no nos separemos ya.

Así fue como los dos jóvenes, haciendo una realidad de su librea y de sus funciones ficticias de correos, volvieron a ocupar sus asientos en el pescante.

El señor de Choiseul volvió a cerrar la portezuela.

—Señores —dijo el rey—, doy positivamente la orden de que me conduzcan a Montmédy. ¡Postillones, a Montmédy!

Pero una sola voz, voz inmensa, no

de una sola población, sino de diez reunidas, gritó:

—¡A París, a París!

Después, en un momento de silencio, Billot, mostrando con la punta de su sable el camino que era preciso seguir, dijo:

—¡Postillones, camino de Clermont!

El coche se puso en movimiento para obedecer la orden.

—Os tomo a todos por testigos de que se me hace violencia —dijo Luis XVI.

Después, el desgraciado rey, fatigado por este esfuerzo de voluntad que excedía a todos cuantos había hecho

hasta entonces, volvió a quedar sentado en el fondo del coche entre la reina y *madame* Isabel. El carruaje continuó su marcha.

Al cabo de cinco minutos, y antes de que hubiese recorrido doscientos pasos, se oyeron fuertes gritos detrás.

Por la disposición de las personas, y acaso también por la de los temperamentos, la reina fue la primera en asomar la cabeza por la portezuela.

Pero en el mismo instante se echó hacia atrás, cubriéndose los ojos con ambas manos.

«¡Oh, desgraciados de nosotros — exclamó—, están asesinando al señor de

Choiseul!».

El rey quiso hacer un movimiento; pero la reina y *madame* Isabel le empujaron hacia atrás, obligándole a quedar sentado. Por lo demás, el coche acababa de doblar la esquina de una calle, y era imposible ver lo que pasaba a veinte pasos de distancia.

He aquí lo que había ocurrido:

En la puerta de la casa del señor de Sausse, los señores de Choiseul y de Damas montaron; pero el caballo del señor de Romeuf había desaparecido.

El delegado de la Asamblea, el señor de Floirac y el ayudante Foucq, seguían, pues, a pie esperando encontrar

caballos de dragones o de húsares, bien ofrecidos por estos, o ya utilizándose de los que se encontraran abandonados de sus jinetes, los más de los cuales fraternizaban con el pueblo y bebían a la salud de la nación.

Pero no se habían recorrido aún quince pasos, cuando desde la portezuela del coche que escoltaba el señor de Choiseul, este ve que Romeuf, Floirac y Foucq corren peligro de ser envueltos, dispersados y ahogados por la multitud.

Entonces se detiene, deja pasar el carruaje y grita a su criado Jaime Brisack, mezclado también con la turba:

—¡Mi otro caballo al señor de Romeuf! Apenas había pronunciado estas palabras, el pueblo se irrita, vocifera y rodéale, gritando:

—¡Es el duque de Choiseul...! ¡Es uno de los que trataban de llevarse al rey...! ¡Muera el aristócrata! ¡Muera el traidor!

Sabida es la rapidez con que en las conmociones populares la ejecución sigue a la amenaza.

Arrancado de la silla y derribado hacia atrás, el duque desapareció en aquel remolino terrible que se llama la multitud, y del cual, en aquella época de mortales pasiones, tan sólo se salía

hecho pedazos.

Pero al mismo tiempo que caía, precipitábanse en su auxilio cinco personas, el señor de Damas, el de Floirac, el de Romeuf, el ayudante Foucq y su criado Jaime Brisack, de cuyas manos se acababa de arrancar el caballo que conducía.

Hubo entonces un instante de refriega terrible, semejante a los combates que los pueblos de la antigüedad y los árabes de nuestros días sostienen alrededor de los ensangrentados cuerpos de sus heridos o de sus muertos. Afortunadamente, y contra toda probabilidad, el señor de

Choiseul no estaba ni muerto ni herido; y si lo estaba, sus heridas eran leves, no obstante las peligrosas armas que las habían causado.

Un gendarme paró con el cañón de su mosquete un golpe asestado con una hoz, y Jaime Brisack rechazó otro con un garrote que arrancó de las manos a uno de los agresores, y que fue cortado en dos como una caña; pero el golpe había perdido su dirección y sólo hirió al caballo.

Foucq tuvo la idea de gritar:

—¡A mí, dragones!

Algunos soldados, avergonzados de permitir que se degollara al que había

sido su jefe, acudieron a este grito y se abrieron paso hasta el duque.

El señor de Romeuf, alzando entonces la voz, dijo:

—En nombre de la Asamblea nacional, de quien soy mandatario, y del general Lafayette, por quien he sido enviado, conducid a estos señores a la Municipalidad.

Los nombres de la Asamblea nacional y del general Lafayette, gozaban entonces de todo su prestigio y produjeron efecto.

—¡A la Municipalidad, a la Municipalidad! —gritaron muchas voces.

Los hombres honrados hicieron un esfuerzo, y el señor de Choiseul y sus compañeros se vieron impulsados hacia la casa Ayuntamiento, a la que tardaron en llegar más de media hora.

Cada minuto de esa media hora era una amenaza o una tentativa de muerte. La más pequeña abertura que en derredor de los presos dejaban sus defensores, daba paso a la hoja de un sable, al tridente de una horquilla o a la punta de una hoz.

Llegaron al fin a la casa Ayuntamiento. Tan sólo un individuo de esta corporación estaba allí, y asustado en extremo al pensar en la

responsabilidad que sobre él pesaba, dispuso que los señores Choiseul, de De Damas y de Floirac fueran encerrados en un calabozo y custodiados por la guardia nacional, librándose así de todo compromiso.

El señor de Romeuf declaró entonces que no quería separarse del duque de Choiseul, pues por él se había expuesto a cuanto ocurría; y el concejal mandó en su consecuencia que Romeuf fuese encerrado con los otros.

A una seña del Señor de Choiseul, su criado, que era poca cosa para que se pensase en él, desapareció, y su primer cuidado —no debemos olvidar que era

mozo de caballeriza— fue ocuparse de los caballos.

Entonces supo que, sanos y salvos o poco menos, estaban en una posada, custodiados por varios centinelas.

Tranquilo sobre este punto, entró en un café, pidió te, tinta y pluma, y escribió a la señora de Choiseul y a la señora de Grammont, a fin de calmar su inquietud acerca de la suerte de su hijo y de su sobrino, el cual estaba salvo, según toda la probabilidad, desde el momento en que se hallaba preso.

El pobre Jaime Brisack se adelantaba mucho al dar estas buenas noticias. El señor de Choiseul estaba

prisionero, sí, y en un calabozo, custodiado por la guardia nacional, es cierto; pero no se habían puesto centinelas junto a los tragaluces de aquel, y por ellos se disparaban muchos tiros a los presos, que se vieron obligados a retirarse a los ángulos.

Situación tan peligrosa duró veinticuatro horas, durante las cuales el señor de Romeuf, con admirable decisión, se negó a separarse de sus compañeros.

El 23 de junio llegó al fin la guardia nacional de Verdún; el señor de Romeuf obtuvo que los prisioneros le fueran entregados, y no se separó de ellos hasta

que los oficiales le dieron su palabra de honor de velar por ellos, mientras tanto se les condujera a las prisiones del alto tribunal.

En cuanto al pobre Isidoro, su cuerpo había sido arrastrado hasta la casa de un tejedor, donde manos piadosas, aunque extrañas, le dieron sepultura, menos feliz en esto que su hermano Jorge, el cual recibió los últimos honores de las manos fraternales del conde y de los amigos de Gilberto y de Billot.

Porque Billot era entonces un amigo fiel y respetuoso; y ya hemos visto cómo esa amistad, esa fidelidad y ese respeto

se habían cambiado en odio; pero odio tan implacable como sinceros habían sido sus anteriores sentimientos.

Capítulo XCIX

LA VIA DOLOROSA

Sin embargo, la familia real continuaba su camino hacia París, siguiendo lo que podemos llamar la *vía dolorosa*.

¡Ah! Luis XVI y María Antonieta tuvieron también su calvario. ¿Redimieron ellos, por aquella pasión terrible, las culpas de la monarquía, como Jesucristo redimió con la suya las

de los hombres? Acaso el porvenir resolverá este problema, cuya incógnita no ha despejado aún el pasado.

Caminaban despacio, porque los caballos debían marchar al paso de la escolta, que, compuesta en su mayor parte, como hemos dicho, de hombres armados de horquillas, fusiles, hoces, sables y picas, se completaba con una considerable multitud de mujeres y chiquillos; las mujeres levantaban en alto a sus hijos para que viesan aquel rey a quien se conducía por fuerza a la capital, y que sin esta circunstancia, probablemente no habrían visto jamás.

En medio de aquella multitud que

avanzaba por el camino desbordándose a uno y otro lado en la llanura, el gran carruaje del rey, seguido del cabriolé en que iban las señoras Brunier y la de Neuville, parecía un buque perdido con su chalupa en medio de las furiosas olas a punto de absorberle.

A intervalos —permítasenos seguir la comparación— una circunstancia imprevista daba nueva forma a aquella tempestad; los gritos, las imprecaciones y las amenazas redoblaban; las olas humanas agitándose, elevábanse y descendían, subiendo cual la marea, y algunas veces ocultaban completamente en sus abismos el barco que

trabajosamente las hendía con su proa, los náufragos y la frágil chalupa que llevaba a remolque.

Llegaron a Clermont, sin que en casi cuatro leguas que habían recorrido se hubiese visto disminuir aquella terrible escolta. Si de entre los que la componían algunos se retiraban, llamados por sus ocupaciones, eran substituidos por otros que de los alrededores acudían, y que deseaban disfrutar a su vez del espectáculo de que los primeros, estaban ya satisfechos.

De todos los cautivos que conducía aquella prisión ambulante, dos se hallaban más particularmente expuestos

a la cólera de la turba y eran blanco de sus amenazas: los dos desgraciados guardias sentados en el espacioso pescante del coche. A cada instante —y este era un medio de hacer sufrir a la familia real, inviolable gracias a una orden de la Asamblea—, a cada instante las bayonetas se dirigían hacia sus pechos; una hoz, que era en realidad la guadaña de la muerte, se alzaba amenazadora sobre sus cabezas, o una pica, deslizándose pérfida cual la serpiente, iba a morderles con su agudo dardo, y volvía con rápido movimiento a presentar su punta húmeda y enrojecida ante los ojos de su amo, satisfecho de no

haber errado el golpe.

De repente, un hombre sin sombrero, sin armas y cubierto de lodo, penetra por en medio de la multitud, y después de saludar respetuosamente al rey y a la reina, se lanza a la delantera del coche y toma asiento en el pescante entre los dos guardias de corps.

La reina profirió un grito, a la vez que de temor, de alegría y de pesar.

Había reconocido a Charny.

Grito de temor, porque lo que hacía a la vista de todos era tan arriesgado, que parecía milagroso que hubiese llegado hasta el sitio en que se colocó sin ser herido.

De alegría, porque la regocijaba ver que el conde había escapado de los peligros a que debió exponerse en su fuga, tanto mayores cuanto que la realidad, sin particularizar ninguna, dejaba el pensamiento libre para suponerlos todos.

De dolor, en fin, porque comprendía que, viendo a Charny volver solo y en aquel estado, debía renunciar a toda especie de socorro de parte de los señores de Bouillé.

Por lo demás, la multitud pareció respetar a aquel hombre, a causa de su mismo atrevimiento.

Al rumor que su llegada produjo en

torno del carruaje, Billot, que marchaba a la cabeza de la escolta, se volvió y reconoció a Charny.

—¡Ah! —murmuró—, me alegro que no le haya sucedido nada; pero desgraciado del insensato que intente ahora hacerle daño, porque se arrepentirá de ello.

Las dos de la tarde eran cuando llegaron a Saint-Menehould.

La falta de sueño durante la noche en que salieron de París, y el cansancio y las emociones de las que acababan de pasar, se hacían sentir para todos, y especialmente para el delfín. Al llegar a Saint-Menehould, el pobre niño fue

acometido de una fiebre violenta.

El rey mandó hacer alto.

Desgraciadamente, de todas las poblaciones escalonadas en el camino, Saint-Menehould era quizá la que se había sublevado más encarnizadamente contra aquella infortunada familia que llevaban prisionera.

Ningún caso hicieron de la orden del rey; se obedeció en cambio a la que en contrario dio Billot para que enganchasen nuevos caballos.

El delfín lloraba, y en medio de sus sollozos decía: «Estoy malo... ¿por qué no me desnudan y me acuestan en mi cama?».

La reina no pudo resistir a estas quejas, y su orgullo se abatió un instante.

Tomó en sus brazos al joven príncipe, lloroso y presa de la fiebre, y mostrándole al pueblo exclamó:

—¡Señores, por piedad para este niño, deteneos!

Los caballos estaban en el carruaje.

—¡En marcha! —gritó Billot.

—¡En marcha! —repitió el pueblo.

Y como el labrador pasase por delante de la portezuela para ir a ocupar su puesto a la cabeza del cortejo, la reina, dirigiéndose a él, exclamó:

—¡Forzoso es, os repito, que no tengáis hijos!

—Y yo os repetiré, señora —contestó Billot con voz y mirada siniestra—, que los he tenido y ya no los tengo.

—Haced como gustéis —dijo la reina—, pues sois los más fuertes...; pero tened en cuenta que ninguna voz grita tan alto ¡desgracia!, como la voz débil de los niños.

La comitiva prosiguió su marcha.

Cuando se atravesó la ciudad, la escena fue cruel; el entusiasmo que excitaba la presencia de Drouet, a quien se debía la detención de los prisioneros, hubiera sido una lección terrible para estos, si lecciones hubiese para los

reyes; pero en aquellos gritos, Luis XVI y María Antonieta no veían sino un ciego furor; en aquellos hombres, patriotas convencidos de que salvaban la Francia, el rey y la reina tan sólo veían rebeldes.

El rey estaba aterrado; la reina tenía la frente bañada por el sudor de la vergüenza y de la cólera; *madame* Isabel, ángel del cielo extraviado en la tierra, rezaba en voz baja, no por ella, sino por su hermano, por su cuñada, por sus sobrinos y por todo el pueblo. La regia santa no sabía separar a los que consideraba víctimas de los que miraba como a verdugos, y en una misma

invocación ponía unos y otros a los pies del Señor.

Al entrar en Saint-Menehould, la oleada que, semejante a una inundación, cubría toda la llanura, no pudo penetrar por la estrecha calle.

Se deshizo como la espuma por ambos lados de la ciudad y volvió a reunirse en furioso remolino al otro extremo de ella, para acometer con más violencia al carruaje, que sólo se había detenido el tiempo necesario para cambiar los tiros.

El rey había creído —y acaso fue esta creencia la que le hizo seguir mal camino— el rey había creído, decimos,

que sólo en París se había extraviado el espíritu público, y he aquí que su buena provincia, no sólo le faltaba, sino que se revolvía despiadada contra él. Esta provincia era la que había inquietado al señor de Choiseul en Pont-de-Sommevelle; la que había reducido a prisión al señor Dandoins en Saint-Menehould; la que había hecho fuego al señor de Damas en Clermont, y la que acababa de asesinar a Isidoro ante el mismo rey; todo se sublevaba contra aquella fuga, hasta el sacerdote que el señor de Bouillé había derribado fuera del camino con el tacón de su bota.

Pero mayor hubiera sido su

desengaño si el rey hubiese podido ver lo que pasaba en los lugares, en las aldeas adonde llegaba la noticia de la detención de la familia real. Apenas recibida, toda la población se ponía en movimiento: las mujeres tomaban en sus brazos a los niños en mantillas; las madres cogían de la mano a sus hijos si podían andar; los hombres cargaban con cuantas armas tenían, llevándolas al hombro o pendientes de la cintura, y llegaban decididos, no a escoltar, sino a matar al rey, a ese rey que en el momento de la recolección —triste recolección la de la pobre Champaña, tanto que el pueblo, con su expresivo

lenguaje, la llama la ¡*Champaña piojosa*!— iba a buscar, para que la hollasen con los pies de sus caballos, al *pandour*^[38] merodeador y al húsar ladrón. Pero tres ángeles guardaban el coche del rey: el pobre delfín, calenturiento y tembloroso sobre las rodillas de su madre; *madame* Royale, que con su esplendente belleza estaba de pie junto a la portezuela, mirando con asombro cuanto pasaba, pero sin manifestar temor, y por último, *madame* Isabel, que a pesar de tener ya veintisiete años, gracias a su castidad de alma y de cuerpo, parecía estar coronada de la brillante aureola de la

más pura juventud. Aquellos hombres veían todo esto, y además aquella reina inclinada sobre su hijo y aquel rey abatido; entonces su cólera se desvanecía y buscaban otro objeto para desahogarse.

Entonces gritaban contra los guardias, los injuriaban, y llamábanlos —a ellos, que eran tan nobles y fieles— cobardes y traidores. Por otra parte, sobre todas aquellas cabezas exaltadas, descubiertas las más, caldeadas casi todas por el mal vino de los ventorrillos y tabernas, caía a plomo el sol de junio, formando un arco iris de fuego en el polvo cretoso que aquel inmenso

acompañamiento levantaba en el camino.

¿Qué habría dicho aquel rey, que quizá se ilusionaba aún, si hubiese visto salir de Mazieres a un hombre con un fusil al hombro, andar sesenta leguas en tres días para matar al rey, alcanzarlo en París, y al verle tan pobre, tan infeliz y tan humillado, mover la cabeza y renunciar a su proyecto?

¿Qué habría dicho, si hubiese visto salir del fondo de la Borgoña a un joven carpintero que, creyendo que el rey fuese juzgado y condenado inmediatamente después de su detención, se daba prisa para llegar, a fin de

presenciar el juicio y oír la condena? Pero en el camino, un maestro carpintero le hace comprender que el asunto será más largo de lo que él cree, le detiene para fraternizar con él, le lleva a su casa, y una vez allí el joven carpintero se casa con la hija del viejo maestro^[39].

Lo que Luis XVI veía era tal vez más expresivo, aunque menos terrible, porque, como hemos dicho, un triple broquel de inocencia le preservaba contra la cólera, que recaía en sus servidores.

A legua y media de la ciudad, después de salir de Saint-Menehould, se vio llegar a campo traviesa y al galope

de su caballo, un viejo hidalgo, caballero de San Luis, que ostentaba en el ojal de su casaca la cruz de la orden. El pueblo creyó, por un instante, que aquel hombre venía atraído por la curiosidad, y le dejó paso; el noble anciano se acercó a la portezuela con el sombrero en la mano, saludó al rey y a la reina, y les dio el debido tratamiento de *majestades*. El pueblo, que acababa de comprender dónde estaba la fuerza y la majestad física, se indignó al oír que se daba a los que llevaban prisioneros un título que se le debía a él, y empezó a murmurar y amenazar.

El rey había aprendido a conocer

aquellos murmullos; los había oído en derredor de la casa en que estuvo en Varennes, y adivinaba su significación.

—Caballero —dijo al de San Luis —, la reina y yo estamos vivamente agradecidos por la muestra de adhesión que acabáis de darnos de una manera tan pública; pero, en nombre de Dios retiraos, porque vuestra vida está en peligro.

—Mi vida es de Vuestra Majestad —dijo el viejo caballero—, y el último día de ella será el más hermoso si muero por mi rey.

Algunos oyeron estas palabras y murmuraron más alto.

—¡Retiraos, caballero, retiraos! —
exclamó el rey.

Y sacando la cabeza por la
portezuela, dijo:

—Amigos míos, haced el favor de
dejar paso al caballero de Dampierre.

Los que se hallaban inmediatos al
carruaje y oyeron las palabras del rey
abrieron paso, pero un poco más lejos,
caballo y jinete se vieron oprimidos; el
caballero hostigó al caballo con la brida
y con la espuela; más la multitud era tan
compacta, que no era dueña de sus
movimientos. Algunas mujeres,
estrujadas en las apreturas, gritaron; un
niño, asustado, rompió a llorar; los

hombres levantaron los puños; el viejo, obstinado, alzó la frente, y entonces las amenazas se convirtieron en alaridos. Aquella inmensa cólera popular y leonina estalló al fin; pero el señor de Dampierre estaba ya en el lindero de aquel bosque de hombres, picó espuelas a su caballo y este franqueó valerosamente el foso, partiendo después a galope a través de las tierras. En aquel momento el anciano caballero se volvió, y con el sombrero en la mano, gritó: «¡Viva el rey!». Último homenaje a su soberano, pero supremo insulto al pueblo.

En aquel instante resonó un tiro.

El caballero sacó una pistola del arzón y devolvió golpe por golpe.

Entonces, todos cuantos tenían cargado su fusil hicieron fuego a la vez sobre aquel insensato.

El caballo, acribillado a balazos, cayó.

¿Fue el hombre herido o muerto por aquella espantosa descarga? No se supo nada. La multitud se precipitó como una avalancha hacia el sitio donde el jinete y el caballo habían caído, a cincuenta pasos del coche del rey; después se produjo uno de esos tumultos como los que se observan alrededor de los cadáveres: movimientos desordenados,

un caos informe, un estrépito de gritos y clamores, y de pronto, en la punta de una pica, vióse surgir una cabeza de cabellos blancos.

Era la del desgraciado caballero de Dampierre.

La reina profirió un grito, ocultándose en el fondo del carruaje.

—¡Monstruos, asesinos! —gritó Charny.

—¡Callaos, callaos, señor conde! —dijo Billot—, pues de lo contrario no responderé ya de vos.

—¡Sea! —exclamó Charny—. Ya estoy harto de la vida. ¡No será mi suerte peor que la de mi hermano!

—Vuestro hermano —contestó Billot —, era culpable, y vos no lo sois.

Charny hizo un movimiento para saltar del pescante; pero los dos guardias le detuvieron, y pudo ver veinte bayonetas dirigidas contra él.

—Amigos —dijo Billot señalando a Charny, y con su voz enérgica e imponente—, haga ese o diga lo que quiera, prohíbo que caiga un sólo cabello de su cabeza... Respondo de él a su esposa.

—¡A su esposa!... —murmuró la reina estremeciéndose, como si una de las bayonetas que amenazaban a Charny la hubiese pinchado en el corazón—, ¡a

su esposa! Y ¿por qué?...

¿Por qué? Billot no hubiera podido decirlo él mismo. Había invocado el nombre y la imagen de la mujer de Charny, sabiendo hasta qué punto influyen esos nombres en las multitudes, compuestas generalmente de padres y de maridos.

Capítulo C

LA VIA DOLOROSA

Se llegó tarde a Châlons, donde el coche penetró en el patio de la intendencia, habiéndose enviado correo de antemano para preparar los alojamientos.

Aquel patio estaba obstruido por la guardia nacional y por los curiosos.

Se hizo preciso desviar a los espectadores para que el rey pudiera

aparearse del coche.

Fue el primero en bajar; seguíale la reina con el delfín en brazos; después *madame* Isabel con la princesa, y después la señora de Tourzel.

En el momento en que Luis XVI sentaba el pie en la escalera resonó un tiro, y la bala silbó en los oídos del rey.

¿Era un conato de regicidio, o un simple accidente?

—¡Bueno! —exclamó el rey, volviéndose con mucha calma—, ¡he ahí un torpe a quien se le ha disparado el fusil!

Y añadió en voz más alta:

—¡Es preciso tener cuidado,

señores, porque una desgracia sucede muy pronto!

Charny y los dos guardias de corps pudieron seguir a la familia real sin que nadie lo impidiera, y subieron detrás de ella.

Mas exceptuando el enojoso tiro que acababa de resonar, habíale parecido a la reina que penetraba en una atmósfera más suave. En la puerta, donde quedó detenido el cortejo tumultuoso que escoltaba el coche, los gritos habían cesado también, y hasta se oyó cierto murmullo de compasión en el momento en que la familia real se apeó del coche. Al llegar al primer piso encontróse una

mesa tan suntuosa como era posible, servida con tal elegancia, que los prisioneros se miraron con asombro.

Varios criados esperaban allí; pero Charny reclamó para sí y los dos guardias de corps el privilegio del servicio. Bajo aquella humildad, que hoy podría parecer extraña, el conde ocultaba el deseo de no separarse del rey, de permanecer a su alcance y de estar dispuesto a todo acontecimiento.

La reina lo comprendió así, pero sin volverse siquiera hacia él, no le dio gracias con la mano, la mirada o la palabra. Aquella frase de Billot: «¡Respondo de él a su esposa!»,

resonaba como una tempestad en el fondo del corazón de María Antonieta.

¡Charny, a quien esperaba arrancar de Francia; Charny, a quien creía expatriar consigo; Charny volvía con ella a París e iba a ver de nuevo a Andrea!

El conde, por su parte, no sabía lo que pasaba en el corazón de la reina, ni le era posible adivinar que esta las hubiese oído, sin contar que comenzaba a concebir algunas esperanzas.

Como ya hemos dicho, Charny había sido enviado de antemano para explorar el camino; como cumplió su misión concienzudamente, sabía cuál era el

espíritu del más insignificante pueblo. En Châlons, donde abundaban los caballeros, los rentistas y la clase media, la opinión era realista.

De aquí resultó que apenas los augustos convidados estuvieron en la mesa, su patrón, el intendente del departamento, se adelantó e inclinóse ante la reina, que no esperando nada bueno, le miraba con inquietud.

—Señora —dijo—, las jóvenes de Châlons solicitan la gracia de ofrecer flores a Vuestra Majestad.

La reina se volvió con asombro hacia *madame* Isabel, y después miró al rey.

—¿Flores? —preguntó.

—Señora —replicó el intendente—, si se ha elegido mal el momento o la petición es demasiado atrevida, voy a dar orden para que esas jóvenes no suban.

—¡Oh!, no, no, caballero, todo lo contrario —exclamó la reina—. ¡Jóvenes y flores! ¡Dejad que suban!

El intendente se retiró, y un momento después, doce jóvenes de catorce a dieciséis años, las más lindas que se habían podido encontrar en la ciudad, presentáronse en la antecámara y se detuvieron en el umbral de la puerta.

—¡Oh!, entrad, entrad, hijas mías —

exclamó la reina, alargando los brazos.

Una de las jóvenes, intérprete, no solamente de sus compañeras, sino de sus padres y hasta de la ciudad, había aprendido un gracioso discurso que se disponía a repetir; pero al oír el grito de la reina, al ver sus brazos abiertos y la emoción de la familia real, la pobre niña no pudo encontrar más que lágrimas, y estas palabras, que salidas de lo más profundo de su pecho, resumían la opinión general:

—¡Oh, Vuestra Majestad, qué desgracia!

La reina tomó el ramo y abrazó a la joven.

Charny, entretanto, se inclinaba al oído del rey y decíale:

—Señor, tal vez se pueda sacar buen partido de la ciudad, y acaso no se haya perdido todo. Si Vuestra Majestad me da permiso por una hora bajaré, y después daré cuenta de lo que haya visto y oído, o quizá hecho.

—Id, caballero —dijo el rey—, pero sed prudente, pues si os ocurriera una desgracia, no me consolaría nunca. ¡Ay!, demasiado es ya que tengamos dos muertos en la misma familia.

—¡Señor —contestó Charny—, mi vida es del rey, como lo era la de mis hermanos!

Y salió.

Pero al salir enjugó una lágrima.

Era necesaria la presencia de toda la familia real para convertir aquel hombre de corazón firme, pero delicado, en un estoico, y al examinarse a sí mismo, hallábase de nuevo ante su dolor.

—¡Pobre Isidoro! —murmuró.

Y con la mano oprimió su pecho para asegurarse de que estaba aún en su bolsillo los papeles que el señor de Choiseul le había entregado, recogidos en el cadáver de su hermano, y que se prometía leer en el primer momento de calma, con el mismo respeto que hubiera tenido para leer un testamento.

Detrás de las jóvenes, que *madame* Royale abrazó como a hermanas, presentáronse los padres: casi todos eran, como ya hemos dicho, o dignos ciudadanos o ancianos caballeros, que iban tímidamente y humildemente a solicitar la gracia de saludar a sus desgraciados soberanos. El rey se levantó cuando pasaron, y la reina les dijo con su más dulce voz:

—¡Entrad!

¿Se estaba en Châlons o en Versalles? ¿Era posible que pocas horas antes los prisioneros hubiesen visto asesinar ante sus ojos al desgraciado señor de Dampierre?

Al cabo de media hora, Charny entró.

La reina le había visto marcharse y volver; pero hubiera sido imposible para el más atento observador leer en su rostro el efecto que habían producido en su alma aquella salida y aquella entrada.

—Bien —exclamó el rey dirigiéndose hacia Charny—, ¿qué hay?

—Señor —contestó el conde—, todo va bien. La guardia nacional se ofrece a conducir mañana a Vuestra Majestad a Montmédy.

—¿Y habéis acordado alguna cosa? —preguntó el rey.

—Sí, señor, con los principales

jefes. Mañana, antes de marchar, el rey solicitará oír misa, cosa que no se puede negar a Vuestra Majestad, por ser la fiesta del Corpus; el coche esperará al rey en la puerta de la iglesia, y al salir, este subirá al carruaje; resonarán los *vivas*, y en medio de estos el rey dará orden de marchar hacia Montmédy.

—Está bien —dijo el rey—, gracias, señor de Charny; si de aquí a mañana no ha cambiado nada, haremos como decís... Pero id a descansar un poco, vos y vuestros compañeros, porque debéis necesitarlo más aún que nosotros.

Como ya se comprenderá, aquella recepción de jóvenes, de buenos

ciudadanos y de nobles caballeros, no se prolongó hasta muy entrada la noche; el rey y la familia real se retiraron a las nueve.

Al entrar en su habitación, el centinela que estaba en la puerta recordó al rey y a la reina que seguían prisioneros, mas a pesar de esto presentó las armas.

Por la precisión del movimiento con que se honró a la Majestad real, aun cautiva, el rey reconoció a un antiguo soldado.

—¿Dónde habéis servido, amigo mío? —preguntó el centinela.

—Señor, en las guardias franceses

—contestó el hombre.

—Pues entonces —replicó el rey con sequedad—, no me sorprende veros aquí.

Luis XVI no podía olvidar que el 13 de julio de 1789 los guardias se habían pasado al pueblo.

El rey y la reina entraron en sus habitaciones; el centinela estaba en la misma puerta de la alcoba.

Una hora después, terminado su servicio, solicitó hablar con el jefe de la escolta, que era Billot.

Este último se hallaba en la calle cenando con los hombres que habían acudido de los diferentes pueblos

inmediatos al camino, y procuraba hacerlos esperar allí hasta el día siguiente.

Pero los más, habiendo visto ya lo que deseaban, es decir, al rey, querían celebrar en su pueblo el día del Corpus.

Billot se esforzó para retenerlos, porque las disposiciones de la ciudad aristocrática le inquietaban.

Aquellos hombres, que eran unos honrados campesinos, le contestaron:

—Si no volvemos a nuestro pueblo, ¿quién celebrará la fiesta del Corpus y pondrá colgaduras en nuestras casas?

En medio de su ocupación, Billot fue interrumpido por el centinela.

Los dos hablaron en voz baja y animadamente.

En seguida Billot envió a buscar a Drouet.

Y se renovó la misma conversación a media voz, muy animada y con repetidos ademanes.

Después, Billot y Drouet fueron a casa del maestro de postas, que era amigo de este último.

El maestro de postas les dio dos caballos ensillados, y diez minutos después. Billot galopaba en dirección a Reims, y Drouet hacia Vitry-le-Français.

Al amanecer, apenas quedaban seiscientos hombres de la escolta, es

decir, los entusiastas o los que estaban más rendidos; todos habían pasado la noche en la calle, echados sobre la paja que llevaron. Al despertar, muy temprano, pudieron ver una docena de personas con uniforme, que entraron en la intendencia y salieron corriendo un instante después.

En Châlons habían estado acuartelados los guardias de la compañía de Villeroy, y aún permanecían en la ciudad una docena de ellos.

Se presentaron a recibir órdenes de Charny.

El conde les recomendó que

vistiesen el uniforme y se hallasen a caballo en la puerta de la iglesia en el momento de la salida del rey.

Los guardias se disponían a ejecutar esta orden. Según hemos dicho, algunos paisanos que la víspera habían formado parte de la escolta del rey, no se retiraron la noche anterior por estar cansados; pero al día siguiente, calculada la distancia, vieron que unos estaban a diez y otros a quince leguas de sus casas, y ciento o doscientos se marcharon, a pesar de las instancias de sus compañeros. Así es que los fieles se hallaron reducidos a cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta hombres todo lo

más.

Se podía contar con igual número por lo menos de guardias nacionales identificados con el rey, prescindiendo de los guardias reales y de los oficiales que debían reclutarse; todos juntos componían una especie de batallón sagrado, dispuesto a dar ejemplo exponiéndose a todos los peligros.

Sabido es que, además de esto, la ciudad era aristocrática.

A las seis de la mañana del día siguiente, los habitantes más celosos por la causa del rey estaban ya en pie y esperando en el patio de la intendencia. Charny y los dos guardias estaban en

medio de ellos.

El rey se levantó a las siete y dijo que tenía intención de asistir a la misa.

Buscóse a Drouet y a Billot para informarles de los deseos del Rey; pero fue en vano, pues no se encontró ni a uno ni a otro.

Nada se oponía, pues, a que se cumpliese este deseo de Su Majestad.

Charny subió a la habitación del rey y le anunció la ausencia de los dos jefes de la escolta.

Luis XVI se regocijó, pero Charny movió la cabeza; si no conocía a Drouet, en cambio sabía quién era Billot.

Sin embargo, los augurios parecían

favorables; las calles estaban llenas de gente, y era fácil conocer que toda la población simpatizaba con la causa realista. Mientras que las ventanas de la habitación del rey y de la reina permanecieron cerradas, toda la multitud, temerosa de turbar el reposo de los reyes, había circulado sin hacer ruido y levantando las manos y los ojos al cielo; la concurrencia era tan numerosa que casi no se veían diseminados en ella los cuatrocientos o quinientos campesinos que no habían querido volver a sus pueblos.

Pero desde el momento en que se abrieron las ventanas de los augustos

esposos, los gritos de «¡Viva el rey!», y «¡Viva la reina!», resonaron con tal energía, que sin haberse consultado salieron cada uno y a la vez a un balcón.

Entonces los gritos fueron unánimes, y las dos víctimas del destino pudieron tal vez hacerse ilusiones.

—¡Vamos —dijo Luis XVI a María Antonieta—, todo va bien!

Esta última levantó los ojos al cielo y no contestó.

En aquel momento las campanas anunciaron que la iglesia estaba abierta.

Al mismo tiempo Charny llamó a la puerta.

—Muy bien, estoy pronto —dijo el

rey.

Charny dirigió una rápida mirada al rey, que estaba tranquilo y firme; había sufrido tanto, que se podía decir que a fuerza de padecer perdía su irresolución.

El coche estaba en la puerta.

El rey y la reina entraron en él rodeados de una inmensa multitud no menos considerable que la de la víspera, y que en vez de insultar a los prisioneros sólo deseaba una palabra o una mirada, creyéndose todos felices si podían tocar los faldones de la casaca del rey, y orgullosos si conseguían besar el borde del vestido de la reina.

Los tres oficiales volvieron a ocupar su sitio en el pescante.

El cochero recibió orden de dirigirse a la iglesia, y obedeció sin hacer la menor observación.

Además, ¿quién podía dar la contraorden? Los dos jefes estaban aún ausentes.

Charny miraba a todas partes buscando inútilmente a Billot y a Drouet.

Al fin llegaron a la iglesia.

La escolta del pueblo se había formado alrededor del coche; pero por momentos el número de guardias nacionales aumentaba, y por cada

bocacalle veíaseles salir por compañías.

Al llegar a la iglesia, Charny juzgó que podía disponer de seiscientos hombres.

Se había reservado un puesto para la familia real bajo una especie de dosel, y a pesar de que sólo eran las ocho de la mañana, los eclesiásticos comenzaron la misa mayor.

Charny lo notó: nada temía tanto como una dilación, que podía ser mortal para las esperanzas que había vuelto a concebir; y así es que mandó a decir al oficiante cuán esencial era que la misa durase tan sólo un cuarto de hora.

—Comprendo —dijo el sacerdote —, voy a pedir a Dios que conceda a Sus Majestades un feliz viaje.

La misa duró justamente el tiempo indicado, y sin embargo, Charny consultó el reloj más de veinte veces, sin poder ocultar su impaciencia. La reina, de rodillas entre sus dos hijos, tenía la cabeza apoyada en el reclinatorio; *madame* Isabel estaba tranquila y serena como una virgen de alabastro: ya fuese porque ignoraba el proyecto, o porque hubiese encomendado su vida y la de su hermano al Señor, no manifestaba la menor impaciencia.

En fin, el sacerdote se volvió y pronunció las palabras sacramentales: *ite missa est*.

Y al bajar del altar con el Santo Copón en las manos, bendijo al paso al rey y a la familia real. Estos se inclinaron, contestando al deseo que formulaba el corazón del sacerdote con la palabra *Amén*.

En seguida se dirigieron a la puerta.

Todos cuantos habían oído misa con la familia real se arrodillaron al pasar el rey y la reina, y sus labios movíanse sin emitir el menor ruido; mas era fácil adivinar lo que pedían.

En la puerta de la iglesia se hallaban

diez o doce guardias a caballo.

La escolta realista comenzaba a tomar proporciones colosales.

Sin embargo, era evidente que los campesinos, con su enérgica voluntad, con sus armas, tal vez menos mortales que las de los hombres de las ciudades, aunque más terribles a la vista —la tercera parte de ellos estaban armados de fusiles, y los restantes de hoces y de lanzas—, era evidente, decimos, que en un momento decisivo, los paisanos podían tener en la balanza un peso mortal.

No sin cierto temor, Charny se inclinó hacia el rey, a quien se pedían

órdenes, y le dijo para animarle:

—¡Vamos, señor!

El rey estaba decidido.

Asomó la cabeza por la ventanilla del coche, y dirigiéndose a los que estaban próximos, les dijo:

—Señores, en Varennes se me ha violentado; yo di la orden de ir a Montmédy y se me ha obligado por la fuerza a dirigirme a una ciudad insurrecta; pero ayer me hallaba en medio de rebeldes y hoy estoy entre leales súbditos. Lo repito, señores: ¡a Montmédy!

—¡A Montmédy! —gritó Charny.

—¡A Montmédy! —repitieron los

guardias de la compañía de Villeroy.

—¡A Montmédy! —dijo la guardia nacional de Châlons.

A estas palabras siguió un grito general de «¡Viva el rey!».

El coche dobló la esquina y tomó el camino que había recorrido la víspera.

Charny observaba toda aquella multitud de los pueblos que, en ausencia de Billot y de Drouet, parecía estar mandada por el guardia francés que había estado de centinela a la puerta del rey; y siguió e hizo seguir silenciosamente el movimiento a sus hombres, cuyas miradas sombrías indicaban bastante que no era de su

gusto la maniobra que se ejecutaba.

Pero dejaron pasar toda la guardia nacional, agrupándose en la retaguardia.

En las primeras filas iban los hombres armados de picas y de hoces.

Seguían ciento cincuenta hombres, poco más o menos, armados de fusiles.

Esta maniobra, tan bien ejecutada como si la hubiesen hecho personas prácticas en el ejercicio, inquietó a Charny; pero no tenía medio alguno de oponerse, y desde el sitio en que se hallaba no le era posible tampoco pedir la explicación. Sin embargo, muy pronto la obtuvo.

A medida que se avanzaba hacia la

puerta de la ciudad pareció que, a pesar del ruido del coche y de los rumores y gritos de los que le acompañaban, se oía algo como un redoble de tambor que iba en aumento.

De repente Charny palideció, y apoyando su mano sobre la rodilla del guardia de corps que tenía junto a sí, díjole:

—¡Todo se ha perdido!

—¿Por qué? —preguntó el guardia de corps.

—¿No comprendéis qué ruido es ese?

—Parece redoble de un tambor...

—¡Pues bien, ya veréis! —contestó

Charny.

En aquel momento doblaron la esquina de una plaza.

Dos calles desembocaban en ella; la de Reims y la de Vitry-le-Français.

Por cada una de ellas, con los tambores a la cabeza y las banderas desplegadas, avanzaban dos fuerzas considerables de guardias nacionales.

Una de ellas se componía de mil ochocientos hombres poco más o menos, y la otra de mil quinientos a tres mil.

Cada una de estas dos tropas parecía mandada por un jinete.

Uno de ellos era Drouet y el otro Billot.

Charny no necesitó más que ver la dirección seguida por cada tropa para comprenderlo todo.

La ausencia de Drouet y de Billot, incomprensible hasta entonces, se explicaba ahora demasiado claramente.

Sin duda se les había prevenido del golpe que se intentaba en Châlons, y habían marchado, el uno para apresurar la llegada de la guardia nacional de Reims, y el Otro para ir a buscar la de Vitry-le-Français.

Habían tomado sus medidas de concierto, y los dos llegaban oportunamente.

Mandaron hacer alto a sus hombres

en la plaza, y obstruyeron esta completamente.

Después, sin más demostración, dióse orden de cargar las armas.

El cortejo se detuvo.

El rey asomó la cabeza a la portezuela y vio a Charny de pie, pálido y con los dientes apretados.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Hay, señor, que nuestros enemigos han ido a buscar refuerzos, y que, como ya veis, se cargan las armas, mientras que detrás de la guardia nacional de Châlons los campesinos están con las suyas preparadas.

—¿Qué pensáis de todo esto, señor

de Charny?

—Pienso, señor, que estamos cogidos entre dos fuegos, lo que no impide que si queréis pasar, sigáis adelante; pero no sé hasta dónde llegará Vuestra Majestad.

—Está bien —contestó el rey—, volvamos.

—¿Estáis bien resuelto, señor?

—Conde —contestó el rey—, se ha derramado ya bastante sangre por mi causa, sangre que lloro con lágrimas muy amargas, y no quiero que se vierta ni una gota más... Volvamos.

Al oír estas palabras, los dos jóvenes del pescante se lanzaron a la

portezuela, y los guardias de la compañía de Villeroy acudieron. Aquellos valerosos y entusiastas militares no deseaban más que empeñar la lucha con los paisanos; pero el rey repitió la orden más terminantemente que la primera vez.

—Señores —dijo Charny en voz alta e imperiosa—, volvamos, pues el rey lo quiere así.

Y cogiendo él mismo la brida del caballo, hizo dar la vuelta al pesado carruaje.

En la puerta de París, la guardia nacional de Châlons, inútil ya, cedió su lugar a los campesinos, a la guardia

nacional de Vitry y a la de Reims.

—¿Os parece que he obrado bien, señora? —preguntó Luis XVI a María Antonieta.

—Sí, señor —contestó la reina—, mas creo que el señor de Charny os ha obedecido muy fácilmente...

Y quedó sumida en profundas reflexiones que no se debían todas a la situación en que se hallaba, por terrible que fuese.

Capítulo CI

LA VIA DOLOROSA

El coche real seguía tristemente el camino de París, vigilado por aquellos dos hombres sombríos que acababan de hacerle retroceder, cuando entre Epernay y Dormans, Charny pudo, gracias a su elevada estatura, y desde el pescante en que se hallaba, ver otro coche que venía de París al galope de cuatro caballos de posta.

Charny adivinó al punto que aquel coche traía alguna noticia grave, o un personaje de importancia.

En efecto; cuando hubo alcanzado a la vanguardia de la escolta, y después de cruzarse dos o tres palabras, vióse que las filas de aquella se entreabrían y que sus individuos presentaban respetuosamente las armas.

El carruaje del rey se detuvo y se pudieron oír ruidosos gritos.

Todas las voces repetían al mismo tiempo: «¡Viva la Asamblea nacional!».

El coche que llegaba de París continuó su marcha hasta que estuvo cerca del carruaje del rey.

Después se aparearon de él tres hombres, dos de los cuales eran completamente desconocidos de los augustos prisioneros.

Cuando el tercero asomó la cabeza por la portezuela, la reina murmuró al oído de Luis XVI:

—¡El señor de Latour-Maubourg, el alma condenada de Lafayette!

Después, moviendo la cabeza, añadió:

—Esto no nos presagia nada bueno.

De aquellos tres hombres el de más edad se adelantó, y abriendo brutalmente la portezuela del coche del rey, dijo:

—Yo soy Pétion, y he aquí a los

señores Barnave y Latour-Maubourg, enviados como yo y conmigo por la Asamblea nacional para servir de escolta y velar, a fin de que la cólera del pueblo no os haga justicia por sí misma. Estrechaos un poco para dejarnos sitio.

La reina fijó en el diputado de Chartres y en sus dos compañeros una de esas miradas desdeñosas como las que dirigía de vez en cuando desde lo alto de su orgullo la hija de María Teresa.

El señor de Latour-Maubourg, caballero cortesano de la escuela de Lafayette, no pudo soportar aquella mirada.

—Sus Majestades —dijo—, van muy oprimidas en ese coche; yo ocuparé el que sigue.

—Haced lo que gustéis —dijo Pétion—, en cuanto a mí debo estar en el coche del rey y de la reina, y por lo tanto, subo.

Así diciendo, penetró en el interior.

En el fondo estaban sentados el rey, la reina y *madame* Isabel.

Pétion los miró sucesivamente.

Y dirigiéndose a *madame* Isabel, la dijo:

—Dispensad, señora; pero como representante de la Asamblea, el puesto de honor me pertenece. Tened la bondad

de levantaros y de tomar asiento en la delantera.

—¡Oh! —murmuró la reina.

—¡Caballero! —dijo el rey.

—Ha de ser así... Vamos, levantaos, señora, y dejadme sentar.

Madame Isabel se levantó y cedió su puesto, haciendo a su hermano y a su cuñada una señal de resignación.

Entretanto el señor de Latour-Maubourg se había esquivado para ir a pedir un sitio a las dos damas del cabriolé, con más cortesía seguramente de la que había tenido Pétion respecto al rey y a la reina.

Barnave había quedado fuera,

vacilante en penetrar en aquel coche, donde se hallaban ya siete personas oprimidas.

—Y bien, Barnave —dijo Pétion—, ¿no venís?

—Pero ¿dónde me pondré? —preguntó Barnave algo confuso.

—¿Queréis mi asiento, caballero? —preguntó la reina con acritud.

—Gracias, señora —contestó Barnave ofendido; un sitio en la delantera me bastará.

Por un mismo movimiento, *madame* Isabel atrajo a sí a la princesa, mientras que la reina sentaba al delfín sobre sus rodillas.

De este modo se hizo lugar, y Barnave se halló frente a la reina, tocándose las rodillas de ambos.

—¡Vamos —dijo Pétion, sin pedir su consentimiento al rey—, en marcha!

Y el carruaje se puso en movimiento a los gritos de «¡Viva la Asamblea nacional!».

El pueblo acababa de ocupar a su vez las carrozas del rey con Barnave y Pétion.

En cuanto a sus pruebas, las había hecho ya el 14 de julio y el 5 y 6 de octubre.

Hubo un momento de silencio durante el cual, exceptuando a Pétion,

que encerrado en su rudeza parecía indiferente a todo, cada uno se examinó de por sí.

Permítasenos, pues, decir algunas palabras sobre los personajes que acabamos de introducir en escena.

Gerónimo Pétion, llamado de Villeneuve, era hombre de treinta y dos años poco más o menos, de facciones vigorosamente marcadas, y cuyo único mérito consistía en la exaltación, la claridad y la conciencia de sus principios políticos. Nacido en Chartres, fue admitido como abogado, y habiéndosele enviado a París, formó parte de la Asamblea nacional en 1789.

Debía ser alcalde de París y gozar de una popularidad que dejaría muy atrás la de Bailly y la de los Lafayette, para morir después en tierra de Burdeos devorado por los lobos. Sus amigos le llamaban el virtuoso Pétion. Y este último, con Camilo Desmoulins, eran ya republicanos en Francia cuando nadie pensaba en serlo.

Pedro José María Barnave, nacido en Grenoble, contaba apenas treinta años; y enviado a la Asamblea nacional, alcanzó a la vez gran reputación, y popularidad luchando contra Mirabeau, en el momento en que el diputado de Aix comenzaba a perder la suya. Todos

cuantos eran enemigos del gran orador —y Mirabeau gozaba el privilegio de los hombres de genio, que consiste en tener por adversarios a cuanto son medianías—, todos los enemigos de Mirabeau se habían hecho amigos de Barnave, elevándole y engrandeciéndole en las luchas tempestuosas que acompañaron el fin de la vida del ilustre tribuno. Barnave, como hemos dicho, tenía treinta años escasos y no representaba más que veinticinco, con sus hermosos ojos azules, la boca grande, la nariz remangada y la voz dura. Por lo demás, era elegante en sus modales y persona; y como era un

duelista agresivo, parecía un capitán joven vestido de paisano: su aspecto era frío, seco y maligno, y valía más de lo que indicaba su exterior.

Pertenecía al partido realista constitucional.

En el mismo instante de tomar asiento en el coche, frente a la reina, Luis XVI dijo:

—Señores, comienzo por declarar que mi intención no ha sido nunca salir del reino.

Barnave, que aún no estaba sentado enteramente, se detuvo y miró al rey.

—¿Es eso cierto, señor? En tal caso, esa palabra salvará la Francia.

Y tomó asiento.

En aquel momento pasó un cierto no sé qué de extraño entre aquel hombre perteneciente a la clase media de una pequeña ciudad de provincia, y aquella mujer que casi había perdido ya uno de los tronos más grandes del mundo.

Ambos trataron de leer lo que pasaba en sus respectivos corazones; no como dos enemigos políticos que quieren escrudriñar los secretos del Estado, sino como un hombre y una mujer que buscan misterios amorosos.

¿De dónde provenía, en el corazón de Barnave, el sentimiento que María Antonieta sorprendió a los pocos

minutos de estudio con su mirada penetrante?

Vamos a decirlo, y a poner en evidencia uno de esos misterios del corazón de donde toman origen las leyendas secretas de la historia, y que en el día de las grandes decisiones del destino pesan en la balanza mucho más que el gran libro de los acontecimientos oficiales.

Barnave tenía la pretensión de ser en todas las cosas el sucesor y el heredero de Mirabeau, y en su interior creía serlo efectivamente.

Pero quedaba todavía un punto.

Nosotros sabemos que a los ojos de

todo el mundo, Mirabeau había pasado por hombre a quien el rey honró con su confianza y la reina con su benevolencia. La sola y única entrevista que obtuvo el negociador del palacio de Saint-Cloud, hizo creer que se habrían seguido muchas audiencias secretas, en las que la presunción de Mirabeau llegó hasta la audacia, y la condescendencia de la reina hasta la debilidad. En aquella época estaba de moda, no sólo calumniar a la pobre María Antonieta, sino dar crédito a las calumnias.

Lo que ambicionaba Barnave era la herencia entera de Mirabeau; y de aquí su afán en ser uno de los tres comisarios

que debían ser enviados cerca del rey.

Efectivamente, conseguido esto marchó con la seguridad del hombre que sabe que en caso de no tener el talento de hacerse querer, a lo menos tendría el medio de hacerse odiar.

Esto es lo que la reina, con su rápido golpe de vista, había presentido, casi adivinado.

Y también adivinaba la preocupación actual de Barnave.

Durante el primer cuarto de hora que Barnave estuvo sentado frente a la reina, el joven diputado se volvió cinco o seis veces para examinar con escrupulosa atención a los tres hombres que iban

sentados en el pescante, y después volvió otras tantas su vista hacia la reina con más dureza y más hostilidad.

Barnave sabía que uno de aquellos tres hombres era el conde de Charny. ¿Cuál era? Lo ignoraba; pero a juzgar por el rumor público, debía pensar que Charny era el amante de la reina.

Barnave estaba celoso. Explique quien pueda este sentimiento en el corazón del joven; pero el hecho era positivo.

Esto fue precisamente lo que la reina adivinó.

Desde ese momento se creyó fuerte; conocía el defecto de la coraza de su

adversario, y sólo se trataba de herir con precisión.

—¿Habéis oído —dijo la reina dirigiéndose al rey—, lo que decía ese hombre que manda la escolta?

—¿Sobre qué? —preguntó el rey.

—Relativo al conde de Charny.

Barnave se estremeció.

No pasó esto desapercibido para la reina, cuya rodilla tocaba la del joven.

—¿No ha dicho que tomaba sobre él la responsabilidad de la vida del conde? —repuso el rey.

—Precisamente; y añadió que él respondía a la condesa de su existencia.

Barnave cerró los ojos a medias y

puso mayor atención para no perder una sílaba de lo que la reina iba a decir.

—Y bien, ¿qué? —preguntó el rey.

—La condesa de Charny es una antigua amiga mía, la señorita Andrea de Taverney... ¿Creéis que al llegar a París convendría dar licencia al conde para que vaya a tranquilizar a su esposa? Se ha expuesto a muchos peligros; su hermano perdió la vida por nosotros, y creo que sería cosa cruel para los dos esposos exigir que continuase en el servicio.

Barnave respiró y abrió los ojos.

—Me parece bien —repuso el rey —, pero dudo que el señor de Charny

accepte.

—Bueno, en tal caso, cada cual habrá hecho lo que debía hacer; nosotros ofreciendo el permiso para retirarse al señor de Charny, y este rehusándolo.

La reina, por una especie de intuición magnética, comprendió que disminuía la irritabilidad de Barnave, el cual, dotado además de un corazón generoso, reconoció la injusticia que había hecho a María Antonieta y avergonzóse de ello.

Hasta aquel momento su aire había sido insolente y arrogante, como el de un juez en presencia del culpable a quien debe juzgar y condenar; pero de pronto

este culpable, contestando a una acusación que ella no podía adivinar, manifestaba su inocencia o su arrepentimiento.

Pero ¿por qué vio su inocencia?

—Estaremos tanto más satisfechos —continuó la reina—, cuanto que no habremos hecho venir al conde con nosotros. Cuando yo le suponía en París, muy tranquilo, le hemos visto llegar de pronto y acercarse a la portezuela del coche.

—Es verdad —contestó el rey—, eso prueba que no tiene necesidad de estímulo cuando cree cumplir su deber.

¡No había duda; la reina era

inocente!

¿Cómo Barnave se haría perdonar por la reina el mal pensamiento que concibió contra la mujer?

El diputado, pues, no se atrevía a dirigir la palabra a María Antonieta. ¿Esperaría a que esta rompiese el silencio? La reina, satisfecha del efecto que habían producido las pocas palabras que acababa de pronunciar, no habló más.

Barnave volvía a ser bondadoso y casi humilde, imploraba una mirada de la reina; pero esta no parecía fijar su atención en él.

El joven se hallaba en uno de esos

estados de exaltación nerviosa en que, para llamar la atención de una mujer indiferente, se emprenderían los doce trabajos de Hércules, a riesgo de sucumbir en el primero.

Imploraba al Ser Supremo —en 1791 no se imploraba a Dios— para que le enviase una ocasión, con pretexto que atrajese las miradas de la regia indiferente, cuando de improviso, y como si el Ser Supremo hubiese escuchado la súplica del joven diputado, un pobre sacerdote que estaba a la orilla del camino esperando el paso del rey, acercóse para contemplar mejor al augusto prisionero, y levantando al cielo

sus manos y sus ojos llenos de lágrimas, exclamó:

—¡Señor, Dios guarde a Vuestra Majestad!

Mucho tiempo hacía que el pueblo no tenía motivo o pretexto de manifestar su cólera; y nada había ocurrido desde que hizo pedazos al viejo caballero de San Luis, cuya cabeza llevaban en la punta de una pica.

Se le ofreció con esto una ocasión, y la aprovechó.

A la expresión y a la súplica del anciano, el pueblo contestó con un clamoreo y se arrojó sobre el sacerdote, él cual, en un momento, antes de que

Barnave pudiese despertar de su letargo cayó en tierra, e iba a ser despedazado, cuando la reina dijo a Barnave:

—¿No veis lo que pasa?

El diputado levantó la cabeza, paseó una rápida mirada sobre la multitud, en la que acababa de desaparecer el pobre anciano, y que se agitaba en tumultuosas oleadas amenazadoras en torno del coche, y al observar lo que se trataba de hacer, exclamó:

—¡Oh, miserables!

Y precipitóse con tal violencia, que la portezuela se abrió, de modo que hubiera caído, si por uno de esos primeros impulsos del corazón tan

rápidos en *madame* Isabel, esta última no le hubiera retenido por el faldón de su levita.

—¡Oh, tigres! —añadió—, no debéis ser franceses, a menos que Francia, el país de los hombres valerosos, se haya convertido en un pueblo de asesinos.

El apostrofe, podrá parecernos acaso algo pretencioso, pero era del gusto de la época; además, Barnave representaba la Asamblea nacional y el poder supremo hablaba por su voz; el pueblo retrocedió y el anciano quedó salvo.

Se levantó y dijo:

—Joven, habéis hecho una buena

acción... un anciano rogará por vos.

Y haciendo la señal de la cruz, se marchó.

El pueblo, a quien impuso el ademán y la mirada del joven diputado, le dejó pasar.

Cuando el anciano estuvo lejos, Barnave se volvió a sentar naturalmente, aparentando ignorar que acababa de salvar la vida a un hombre.

—Caballero, mil gracias —dijo la reina.

Barnave se estremeció al oír estas solas palabras.

Sin duda alguna, la razón es que en el largo período que acabamos de

recorrer, jamás la reina estuvo más hermosa ni pareció más digna de interés.

En efecto; en vez de proceder como reina, se condujo como madre; tenía a su izquierda al delfín, hermoso niño de cabellos dorados, el cual, con la inocencia y la sencillez de sus años, había pasado de las rodillas de la madre a las piernas del virtuoso Pétion, quien se humanizó hasta el punto de ponerse a jugar con los rizos del niño. A su derecha la reina tenía a su hija, *madame* Royale, que parecía un retrato de la madre en la flor de la belleza y de la juventud; pero ahora, María Antonieta llevaba en vez de la corona de oro, la de

espinas de la desgracia, y sobre sus negros ojos y su frente pálida ostentaban sus magníficos cabellos rubios, entre los cuales brillaban algunas tempranas hebras de plata precoces, que hablaban al corazón del joven diputado con más elocuencia de la que hubieran podido expresar las quejas más dolorosas.

Barnave contemplaba aquella gracia real y parecía estar dispuesto a caer de rodillas ante la moribunda majestad, cuando el delfín dio un grito de dolor.

El niño había hecho al virtuoso Pétion no sé que travesura, que aquel juzgó oportuno castigar tirándole vigorosamente de la oreja.

El rey se sonrojó de cólera y la reina palideció de vergüenza; alargó los brazos a la criatura y la retiró de las piernas de Pétion; y como Barnave hizo el mismo movimiento, el delfín, transportado en los cuatro brazos e impelido hacia el joven, se halló sobre las rodillas de este.

María Antonieta quiso cogerle, pero el niño dijo:

—No; estoy bien aquí.

Y como Barnave, habiendo visto el movimiento, separaba los brazos para que el delfín hiciera lo que quisiese, la reina —¿era coquetería de madre, o seducción de mujer?— dejó al príncipe

donde estaba.

El corazón de Barnave sintió ciertos impulsos difíciles de explicar: estaba orgulloso y se creía feliz.

La criatura comenzó a jugar con la chorrera de Barnave, después con su cinturón y con los botones de su uniforme de diputado.

Los botones, que tenían una divisa grabada, llamaron particularmente su atención.

El delfín pronunció las letras una después de otra, y concluyó deletreando y leyendo estas cuatro palabras: «Vivir libre o morir».

—¿Qué quiere decir esto, caballero?

—preguntó.

Barnave vaciló en contestar.

—Eso quiere decir, niño —contestó Pétion—, que los franceses han jurado no tener más amo. ¿Comprendes tú esto?

—¡Pétion! —exclamó Barnave.

—¡Bah! —contestó Pétion lo más naturalmente del mundo—, explica la divisa de otro modo si le encuentras otro sentido.

Barnave guardó silencio, y parecióle que la divisa que tan sublime creía el día anterior, era cruel en aquella situación.

Tomó la mano del delfín y la besó respetuosamente.

La reina enjugó una lágrima que asomó a sus ojos.

El coche, teatro de este singular drama, continuaba su marcha, rodando en medio de los gritos de la multitud, que conducía a la muerte a seis de las ocho personas que iban en él.

En esto llegaron a Dormans.

Capítulo CII

LA VIA DOLOROSA

Ningún preparativo se había hecho en aquel punto para recibir a la familia real, que debió apearse en una posada.

Bien fuese por haberlo dispuesto así Pétion, resentido del silencio que el rey y la reina guardaron con él durante el camino, o ya porque la posada estuviera llena de gente, sólo se encontraron tres buhardillas, en las cuales se instalaron

los augustos prisioneros.

Charny, al bajar del coche, quiso según acostumbraba, acercarse a los reyes para tomar sus órdenes; pero la reina le hizo seña con los ojos para que se mantuviese lejos.

El conde, sin saber el motivo de esta recomendación, obedeció al momento.

Pétion entró en la posada y se encargó de todo: no quiso tomarse el trabajo de volver a bajar, y comisionó a un mozo para que anunciase a la familia real que los cuartos estaban pronti.

Barnave estaba sumamente apurado; tenía vehementes deseos de ofrecer el brazo a la reina; pero temió que la

persona que algún tiempo hacía se había burlado tanto de la etiqueta en la persona de *madame* de Noailles, pudiese invocarla cuando Barnave faltase a ella.

Esperó, pues.

El rey bajó el primero, apoyándose en los brazos de los dos guardias de corps, señores Malden y Valory. Ya sabemos que Charny se había retirado a consecuencia de la seña que le hizo la reina.

María Antonieta bajó en seguida y alargó los brazos para tomar al delfín; pero como si el pobre príncipe conociese la necesidad que tenía su

madre de una lisonja, dijo:

—No, quiero quedarme con mi amigo Barnave.

María Antonieta mostró su asentimiento con la cabeza y con una dulce sonrisa. Barnave dejó pasar a *madame* Isabel y a *madame* Royale, y bajó después con el delfín en los brazos.

Quedaba *madame* de Tourzel, que sólo aspiraba a sacar al regio niño de las manos indignas en que estaba; pero una seña de la reina calmó el aristocrático ardor del aya de los hijos de Francia.

La reina subió la tortuosa y sucia escalera de la posada, dando el brazo a

su marido.

Al llegar al primer piso se detuvo, creyendo que era bastante haber subido veinte escalones, pero el mozo gritó:

—¡Más arriba, más arriba!

A estas voces, la reina continuó subiendo.

El sudor y la vergüenza corrían por la frente de Barnave.

—¿Cómo más arriba? —preguntó.

—Sí —contestó el mozo—, este es el comedor y al lado están las habitaciones de los señores de la Asamblea nacional.

Una nube pasó por los ojos de Barnave. Pétion había tomado los

cuartos del piso principal para sí y sus colegas, y relegó la familia real en el segundo.

Sin embargo, el joven diputado nada decía, y temiendo sin duda el primer movimiento de la reina al ver los cuartos que Pétion había destinado para ella y su familia, Barnave soltó al delfín y le dejó en la meseta de la escalera, al llegar al piso segundo.

—¡Señora, señora! —dijo el joven príncipe dirigiéndose a su madre—, mi amigo Barnave se va.

—Hace bien —dijo riendo la reina—, que acababa de dirigir una mirada a las habitaciones.

Aquellos aposentos eran tres piezas, que se comunicaban las unas con las otras.

La reina con su hija, ocupó la primera; *madame* Isabel, el delfín y *madame* de Tourzel, ocuparon la segunda; el rey, en fin, se instaló en la tercera, que era un gabinetillo con puerta de escape a la escalera.

Luis XVI estaba cansado y quiso, en tanto que preparaban la cena, reposarse algunos instantes; pero la cama era tan corta, que al cabo de algunos minutos se vio precisado a levantarse, y abriendo la puerta pidió una silla.

Los señores de Malden y de Valory

se hallaban ya en sus puestos, sentados en la escalera. El de Malden, que se hallaba más a mano, bajó al comedor y tomó una silla y la dio al rey.

Luis XVI, en cuya habitación había ya una silla de madera, colocó esta otra de manera que alargara su cama cuanto exigía su estatura.

—¡Oh! —dijo el caballero de Malden, juntando sus manos y moviendo la cabeza con muestras de dolor, y ¿piensa Vuestra Majestad pasar así la noche?

—Y ¿por qué no? —dijo el rey.

Y en seguida añadió:

—Si lo que me dicen de la miseria

de mi pueblo es cierto, ¡cuántos de mis súbditos se juzgarían felices de tener este gabinetillo, esta cama y estas dos sillas!

Y se acostó sobre aquel improvisado lecho, preludiando así sus largos dolores del Temple.

Un instante después vinieron a anunciar a Sus Majestades que la cena estaba servida.

El rey bajó, y al ver seis cubiertos en la mesa, preguntó:

—¿Por qué hay seis cubiertos?

—Porque hay seis personas —contestó el mozo—, el rey, la reina, *madame* Isabel, *madame* Royale, el

delfín y el señor Pétion.

—Y ¿por qué no los hay también para los señores Barnave y de Latour-Maubourg? —preguntó nuevamente el rey.

—Los había, señor —contestó el criado—, pero el señor Barnave los ha hecho quitar.

—Y ¿ha dejado el del señor Pétion?

—El señor Pétion lo exigió así.

En aquel momento apareció en la puerta la fisonomía grave, o más bien austera, del diputado por Chartres.

El rey, como si ignorase que estaba allí, contestó:

—Yo me siento a la mesa con mi

familia; comemos solos o con las personas a quienes invitamos, o de otro modo no comemos.

—Ya sabía yo —dijo Pétion—, que Vuestra Majestad había olvidado el primer artículo de la *Declaración de los derechos del hombre*; pero creía que a lo menos aparentase acordarse de él.

El rey aparentó no haber oído a Pétion, y salió furioso.

—Señor de Malden —dijo el rey—, cerrad la puerta para que, en cuanto sea posible, estemos solos.

El guardia de corps obedeció y Pétion pudo oír el ruido que hizo la puerta al cerrarla.

Así logró el rey comer en familia.

Los dos guardias de corps sirvieron según costumbre.

Charny no se presentó: si no era el criado, era siempre el esclavo de la reina.

Pero había momentos en que esta obediencia pasiva a la reina, hería a la mujer; así es que durante la comida, María Antonieta, impaciente, buscó con la vista a Charny; hubiera deseado que después de haberla obedecido un instante, concluyese por desobedecerla.

En el momento en que el rey, después de haber cenado, movió la silla para levantarse, se abrió la puerta de la

sala y el mozo, al entrar, rogó a Sus Majestades, en nombre del señor Barnave, que tomasen los cuartos del piso principal en vez de los suyos.

Luis XVI y María Antonieta se miraron. ¿Debían mostrar dignidad o rehusar la atención del uno para castigar la grosería del otro? Acaso el rey lo pensó así, pero el delfín corrió al salón, gritando:

—¿Dónde está mi amigo Barnave?

La reina siguió al delfín y el rey a la reina.

Pero Barnave no estaba en el salón.

María Antonieta pasó a las habitaciones, que eran tres, lo mismo

que el piso superior.

No eran elegantes, pero estaban limpias; sobre las mesas lucían algunas bujías en candeleros de cobre, que ardían profusamente.

Durante el camino la reina había hecho algunas exclamaciones viendo al paso magníficos jardines llenos de flores; su habitación estaba llena de las más hermosas que producía el verano; las ventanas que estaban abiertas daban salida a la acritud de los perfumes; cortinas de muselina cerraban estas ventanas, impidiendo de este modo que las miradas indiscretas persiguiesen en su habitación a la augusta prisionera.

Todo esto era debido a Barnave.

La reina suspiró; ¡pobre reina! Seis años antes, Charny estaba encargado de todos esos miramientos.

Por lo demás, Barnave tuvo la delicadeza de no presentarse para reclamar las gracias.

¡Lo mismo hubiera hecho Charny!

¿Cómo es que un simple abogado de provincia tenía la misma delicadeza e iguales atenciones que el hombre más elegante y distinguido de la corte?

Cosa era esta que debía hacer reflexionar a una mujer, aunque fuese reina. Así es que pasó una parte de la noche soñando en este extraño misterio.

Durante este tiempo, ¿qué hacía Charny?

Ya le hemos visto alejarse a una señal de la reina, y desde aquel momento no se le volvió a ver.

Charny a quien su deber encadenaba a los pasos de Luis XVI y de María Antonieta, se creía feliz pensando que una orden de la reina le permitiese algunos momentos de soledad y reflexión.

Había vivido tan de prisa desde tres días antes; había vivido, por decirlo así, tan fuera de sí mismo; había vivido tanto para los demás, que no le pesaba poder abandonar el dolor de los otros para

entregarse al suyo propio.

Charny era un caballero de los tiempos antiguos; un hombre entregado sobre todo a la familia; adoraba a sus hermanos, de quienes era un padre más bien que hermano mayor.

A la muerte de Jorge su dolor fue excesivo, pero a lo menos pudo mezclar ese dolor con las lágrimas que derramó arrodillado en el pequeño y sombrío patio de Versalles, al lado de su cadáver; le quedaba aún el segundo hermano, Isidoro, en quien concentró toda su afección; en Isidoro, a quien si era posible, amaba todavía más, principalmente, desde los tres o cuatro

meses que habían precedido a su marcha, y desde que le sirvió de intermediario con Andrea. Ya hemos procurado, si no hacer comprender, a lo menos explicar el singular misterio de ciertas almas a quienes la separación anima más y más, almas que, en la ausencia, hallan nuevo alimento con los recuerdos.

Cuanto menos Charny veía a Andrea, tanto más pensaba en ella; y para él, pensar más y más en Andrea, era amarla cada vez más.

En efecto, cuando veía a Andrea, cuando estaba junto a ella, le parecía pura y simplemente hallarse cerca de

una estatua de hielo, que el menor rayo de amor hacía derretir; estatua que, retirada en un rincón y entregada a sí misma, temía tanto más al amor como una verdadera estatua de hielo pudiera temer al sol: estaba en contacto con el aire frío, lento, con aquella conversación grave y contenida, con sus miradas mudas y encubiertas: y más allá de aquel ademán, de aquella conversación y de aquellas miradas, nada veía, o mejor dicho, nada creía entrever. Todo esto blanco y pálido como el alabastro, frío y triste como él.

Así es como Andrea le había parecido, excepto en algunos y raros

intervalos de animación producidos por situaciones violentas, durante las últimas entrevistas, y principalmente durante la que tuvo con esa desgraciada joven, en la calle de Coq-Héron, la misma noche que esta volvió a hallar y a perder a su hijo.

Pero desde el instante en que se alejaba de ella, la distancia producía su efecto ordinario, amortiguando los más vivos matices, desvaneciendo los contornos más vigorosos. Entonces el aire lento y frío de Andrea se animaba; sus palabras graves y contenidas eran sonoras; las miradas mudas le hacían dilatar sus párpados y arrojar una llama

húmeda y devoradora; parecía entonces a Charny que un fuego interior ardía en el corazón de la estatua, y que al través del alabastro de sus carnes, veía circular la sangre y latir el corazón.

¡En aquellos momentos de ausencia y soledad, Andrea era la verdadera rival de la reina! Ya hemos dicho que Isidoro era para Charny más querido de lo que Jorge lo había sido nunca; y hemos visto que el conde no había tenido el placer de llorar sobre su cadáver, como lo había hecho con su hermano Jorge.

Ambos habían caído, uno después del otro, por aquella mujer fatal, por aquella causa llena de abismos. Por la

misma mujer y en un abismo igual, Charny debía igualmente caer a su tiempo.

Hacía ya dos días, desde la muerte de su hermano, desde el último abrazo que dejó su ropa teñida en sangre y sus labios tibios con el último suspiro de la víctima; desde la hora misma en que el señor de Choiseul le entregó los papeles que se hallaron en el bolsillo de Isidoro, apenas había podido consagrar un instante a tamaño dolor.

La seña de la reina indicándole que se alejase, era para él un favor, y lo aceptó como un beneficio.

Desde aquel momento había estado

buscando un rincón, un sitio, un retiro en donde, al mismo tiempo que pudiese acudir al socorro de la familia real, le fuese dado, sin embargo, hallarse encerrado con su dolor y aislado con sus lágrimas.

Halló una buhardilla en lo más alto de la escalera, donde velaban los señores de Malden y de Valory.

Solo, encerrado allí, sentado a una mesa, alumbrado por un velón de cobre con tres mecheros, como se ven aún en el día en algunas antiguas casas de ciertas aldeas, sacó de su bolsillo los papeles teñidos en sangre, únicas reliquias que le habían quedado de su

hermano.

Con la cabeza en ambas manos, con los ojos fijos en las cartas en donde aún vivían las ideas del que ya no existía, dejó por algún tiempo correr por sus mejillas abundantes y silenciosas lágrimas.

Al fin dio un suspiro, levantó la cabeza, y tomó y desdobló una carta.

Esta carta era de la pobre Catalina.

Hacía muchos meses que Charny sospechaba las relaciones de Isidoro con la hija del labrador, cuando en Varennes Billot tomó a su cargo el contárselo con todos sus detalles; sólo después de esta narración fue cuando

Charny dio al asunto la importancia que merecía.

Esta importancia aumentó con la lectura de la carta, que le hizo considerar el título de querida como un título sagrado, porque era ya madre, y en las frases tan sencillas en que Catalina exponía su amor, vio la vida entera de una mujer sacrificada en expiación de la falta de una joven.

Abrió otra carta, y en seguida una tercera, en las que se leían iguales esperanzas de una dicha y de un porvenir venturoso, igual alegría maternal, iguales temores, los mismos sentimientos, dolores y arrepentimiento.

Pero en medio de estas cartas vio otra cuya letra llamó su atención.

Esta letra era de Andrea.

Iba dirigida a él.

Un papel doblado en cuatro dobleces estaba unido a la carta por un sello de lacre con las armas de Isidoro.

La carta con letra de Andrea, dirigida a él, y que Charny halló entre los papeles de su hermano, le pareció cosa tan extraña que abrió primero el billete incluido en la carta antes de abrir esta última.

El billete estaba escrito con lápiz por mano de Isidoro, sin duda alguna sobre la mesa de una posada, mientras

ensillaban un caballo, y contenía estas pocas líneas:

Esta carta ha sido dirigida, no a mí, sino a mi hermano el conde Oliverio de Charny, por su mujer la condesa de Charny. Si me sucede alguna desgracia, se ruega a la persona que encuentre este papel, que la dirija al conde Oliverio de Charny, o que la devuelva a la condesa.

Esta misma me ha hecho los encargos siguientes:

Si saliese bien de la

empresa en que se ha comprometido, la carta debe ser devuelta a la condesa.

Si está herido de peligro, pero sin riesgo de que muera, rogarle que conceda a su mujer el favor de ir a reunírsele.

En fin, si es herido mortalmente, esta carta debe serle entregada, y si no puede leerla, debe leérsela para que antes de espirar sepa el secreto contenido en ella.

Si se envía la carta a mi hermano el conde de Charny, como sin duda este billete le

será entregado al mismo tiempo, obrará, con respecto a estos encargos, según le aconseja su delicadeza.

Dejo y recomiendo a su cuidado a la pobre Catalina Billot, que vive en Ville-d'Avray con mi hijo.

ISIDORO DE CHARNY.

Al principio, el conde pareció enteramente absorto con la lectura de este billete de su hermano; sus lágrimas, contenidas un momento, volvieron a correr con igual abundancia que antes; y

después, sus ojos, oscurecidos aún por el llanto, se dirigieron sobre la carta de la señora de Charny. Consideróla largo tiempo, la tomó, la llevó a sus labios, la estrechó contra su corazón como si pudiese comunicarle el secreto que contenía, y volvió a leer por segunda y tercera vez los encargos de su hermano.

Después, moviendo la cabeza, dijo a media voz:

—No tengo ningún derecho para abrir esta carta, pero será tanto lo que yo la suplique, que espero me permitirá leerla.

Y como si quisiera confirmar esta resolución, imposible para un corazón

menos leal que el suyo, repitió:

—¡No, no la leeré!

Y, en efecto, no la leyó; pero el día le sorprendió sentado junto a aquella mesa y devorando con la vista el sobre de la carta, ya húmeda con su aliento, por haberla tantas veces llevado y estrechado en sus labios.

Repentinamente, en medio del ruido que había en la posada, y que anunciaba los preparativos de la marcha, se oyó la voz del caballero de Malden que llamaba al conde de Charny.

—Aquí estoy —contestó este.

Y metiendo en el bolsillo los papeles del pobre Isidoro, besó otra vez

la carta que había dejado intacta, la puso sobre su corazón y bajó precipitadamente.

En la escalera encontró a Barnave, que preguntaba por la reina, y al mismo tiempo encargaba al señor de Valory que tomase las órdenes para continuar el viaje.

Era fácil conocer que Barnave tampoco se había acostado ni dormido.

Ambos se saludaron, y Charny hubiera podido observar un cierto aire celoso que despedían los ojos de Barnave, al oírle preguntar por la salud de la reina, si hubiese podido pensar en cosas diferentes de la carta que su brazo

apretaba contra el corazón.

Capítulo CIII

LA VIA DOLOROSA

Al subir al coche, el rey y la reina notaron con sorpresa que en la calle no había más gente que la del pueblo para verlos salir, ni otra escolta para acompañarlos que soldados de caballería.

Esto era igualmente debido a Barnave, quien sabía lo que la reina, caminando al paso, había sufrido con el

calor el polvo, los insectos, la turba y las amenazas dirigidas a sus guardias y a sus fieles servidores que venían a darla el último adiós; fingió que había recibido la noticia de una invasión, que el señor de Bouillé había entrado en Francia con cincuenta mil austríacos, y que, por consiguiente, contra estos debía marchar toda persona capaz de manejar un fusil, una hoz, una pica o un arma cualquiera; todo el pueblo había acudido a este llamamiento, y volvieron atrás.

Puede decirse que entonces existía en Francia un verdadero odio contra los extranjeros, y tan poderoso, que sobrepujaba al que se había declarado

al rey y la reina; principalmente a esta, a quien le imputaban el gran crimen de ser extranjera.

María Antonieta adivinó quién era el autor de este nuevo *beneficio*, y la palabra no es exagerada. Con una mirada dio las gracias a Barnave.

En el momento en que iba a colocarse en el coche buscó con los ojos a Charny, el cual estaba ya en el pescante; con la diferencia de que en vez de haberse sentado en medio, como la víspera, quiso ceder obstinadamente al señor de Malden su sitio, menos peligroso que el que hasta entonces había ocupado el fiel guardia de corps.

Charny deseaba que una herida le hubiese permitido abrir la carta de la condesa que le abrasaba el corazón.

Así, no pudo encontrar los ojos de la reina, que le buscaban.

Esta dio un profundo suspiro.

Barnave lo entendió.

Inquieto por saber adonde era dirigido, se detuvo en el estribo del coche y dijo:

—Señora, he notado ayer que estabais muy apretada en esta berlina; una persona de menos podrá proporcionar alguna comodidad... si lo permitís, yo subiré en el otro coche con el señor de Latour-Maubourg, o bien, iré

a caballo.

Barnave, al hacer este ofrecimiento hubiera dado la mitad de sus días, y no le quedaban ya muchos que vivir, con tal que la reina hubiera rehusado.

Y, efectivamente rehusó, diciendo:

—No, venid con nosotros.

Y al mismo tiempo, el delfín, alargando sus manecitas hacia el diputado, decía:

—¡Mi amigo Barnave, mi amigo Barnave, no quiero que te vayas!

Barnave, lleno de gozo, volvió a ocupar el asiento del día anterior, y apenas se sentó, el delfín pasó de las rodillas de la reina a las suyas.

La reina besó a su hijo en ambas mejillas al soltarle.

Las huellas húmedas de sus labios quedaron trazadas sobre el nacarado cutis del niño, y Barnave consideró esas huellas como Tántalo debió mirar las frutas que pendían sobre su cabeza.

—Señora —dijo a la reina—, ¿me permite Vuestra Majestad el favor de besar al augusto príncipe que, guiado por el instinto infalible de su edad, se digna llamarme su amigo?

La reina hizo una seña con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo.

Barnave aplicó sus labios sobre el sitio en que la reina besó al delfín, y lo

hizo con tal ardor, que el príncipe asustado dio un grito.

María Antonieta no perdía nada de este juego de Barnave; acaso durmió tan poco como el diputado y como Charny; tal vez esa especie de animación que daba vida a sus ojos, era causada por una fiebre interior que la consumía; pero sus labios cubiertos de un matiz purpúreo, sus mejillas débil e imperceptiblemente sonrosadas, la convertían en una de aquellas sirenas que con uno de sus cabellos podían conducir a sus adoradores al abismo.

Gracias a Barnave, el coche hacía entonces dos leguas por hora.

En Chateau Thierry se detuvieron a comer.

La casa en donde se apearon estaba cerca del río en una posición deliciosa, y pertenecía a una rica comerciante de madera, la cual no esperó a que designasen su casa como punto de parada de la familia real, sino que, habiendo sabido la víspera que la comitiva debía pasar por la ciudad, envió a uno de sus dependientes, a caballo, para ofrecer a los delegados de la Asamblea nacional, del mismo modo que al rey y a la reina, hospitalidad en su casa.

La oferta fue aceptada.

Inmediatamente después de haber pasado el coche, un concurso numeroso de personas diligentes indicó a los augustos prisioneros un recibo diferente del que habían tenido la víspera en la posada de Dormans. La reina, el rey, *madame* Isabel, *madame* Tourzel, el príncipe y la princesa, fueron alojados en piezas separadas, en donde todo estaba dispuesto para que cada uno pudiese satisfacer las necesidades que su estado requiriese.

La reina, desde su salida de París, no había visto ni hallado una previsión semejante: los hábitos más delicados de una mujer habían sido consultados por

esa aristocrática atención. María Antonieta, que empezaba a apreciar esos cuidados, mandó llamar al ama de la casa para demostrarle su gratitud.

Pocos momentos después se presentó una mujer como de unos cuarenta años, fresca aún y vestida con una sencillez extremada, y que hasta aquel instante había tenido la modestia de ocultarse a todo el mundo.

—¿Sois vos el ama de la casa? —preguntó la reina.

—¡Oh, señora! —exclamó desecha en lágrimas la excelente mujer—, en cualquier parte en que Vuestra Majestad se digne detenerse, cualquiera que sea la

casa que la reina honre con su presencia, la reina es la única dueña.

María Antonieta miró alrededor de la sala para cerciorarse de que estaban solas.

Y vio que no había nadie que pudiera ver ni oír.

—Si os interesáis en nuestro sosiego —dijo tomando la mano del ama de la casa, atrayéndola hacia ella y besándola como si fuera una amiga, y si queréis conservar nuestro propio reposo, calmad y moderad esas muestras de dolor, porque si se llega a saber la causa de él, podría seros funesto... ¡Debéis comprender que si os sucediese alguna

desgracia, eso aumentaría nuestras penas!... Tal vez nos volveremos a ver, contentaos, y conservadme una amiga, cuyo encuentro es hoy una cosa tan rara como preciosa^[40].

Después de comer se pusieron en camino: el calor era terrible. El rey había notado varias veces que *madame* Isabel, estropeada del cansancio, inclinaba naturalmente la cabeza, y exigió que la princesa se colocase en la testera hasta llegar a Maux, donde debían pasar la noche; así lo hizo *madame* Isabel por orden expresa del monarca.

Pétion, que presencié esta escena, no

abrió sus labios ni ofreció su puesto.

Barnave, sumamente avergonzado, ocultaba la cabeza entre sus manos, y al través de los dedos pudo notar la melancólica sonrisa de la reina.

Al cabo de una hora de marcha, la princesa Isabel llegó a estar tan fatigada que se durmió del todo, y la conciencia de lo que hacía se perdió de tal modo, que su hermosa cabeza de ángel, después de tambalearse un momento a derecha e izquierda, acabó por reposar en el hombro de Pétion.

Esto es lo que hizo decir al diputado de Chartres, en el relato inédito de su viaje, que *madame* Isabel, la santa

mujer, se había enamorado de él, y al apoyar un momento la cabeza sobre su hombro, *cedía* a su inclinación.

A eso de las cuatro de la tarde se llegó a Maux, y los viajeros se detuvieron delante del palacio episcopal, donde había habitado Bossuet, y en el que, ochenta y siete años antes había muerto el autor del *Discurso sobre la historia universal*.

Ahora vivía allí un obispo constitucional y juramentado, lo cual se reconoció más tarde por su manera de recibir a la familia real.

Mas por lo pronto, tan sólo llamó la atención de la reina el aspecto lúgubre

del edificio en que iba a entrar. En ninguna parte se hubiera podido ver palacio de príncipe o de religioso que pareciera más digno, por su melancolía, para albergar al supremo infortunio que iba a pedirle asilo por una noche. No era como Versalles, donde se ve una grandeza magnífica; aquí era sencilla; una ancha pendiente de ladrillo conducía a las habitaciones, con vistas a un jardín, dominado por la torre de la iglesia, que estaba cubierta completamente de hiedra, y una avenida flanqueada de acebos, conducía al gabinete desde donde el elocuente obispo de Maux lanzaba de vez en

cuando uno de esos gritos siniestros que presagian la caída de las monarquías.

La reina paseó su mirada sobre aquella lúgubre construcción, y pareciéndole conforme con el estado de su espíritu, buscó a su alrededor un brazo en que apoyarse para visitar el palacio.

Solamente Barnave estaba allí.

La reina sonrió.

—Dadme el brazo, caballero —dijo —, y tened la bondad de servirme de guía en este antiguo palacio, pues no me atrevo a ir sola. Temería oír resonar esa poderosa voz que cierto día hizo estremecerse a la cristiandad al gritar:

«¡La señora se muere! ¡La señora ha muerto!».

Barnave se acercó rápidamente y ofreció su brazo a la reina con un apresuramiento mezclado de respeto.

Pero la reina paseó la mirada en torno suyo; la ausencia obstinada de Charny la inquietaba.

Barnave, que lo veía todo, observó esta mirada.

—¿Desea la reina alguna cosa? — preguntó.

—Deseo saber dónde está el rey — contestó María Antonieta.

—Ha hecho al señor Pétion el honor de recibirle y habla con él —contestó

Barnave.

La reina pareció satisfecha.

Después, como si deseara rechazar su propio pensamiento, dijo a Barnave.

—Venid.

Y atrajo al diputado para recorrer las habitaciones.

Hubiérase dicho que huía, siguiendo la sombra indecisa bosquejada en su espíritu, sin mirar hacia adelante ni hacia atrás.

En la alcoba del gran predicador se detuvo al fin casi sin aliento.

La casualidad quiso que se encontrara frente a un retrato de mujer.

Levantó maquinalmente los ojos, y al

leer en el cuadro las palabras *Madame Enriqueta*, se estremeció.

Barnave pudo notarlo, pero sin comprender.

—¿Sufre Vuestra Majestad? —preguntó.

—No —dijo la reina—; pero ese retrato... *Madame Enriqueta*...

Barnave comprendió lo que pasaba en el corazón de la pobre mujer.

—Sí —dijo—, *Madame Enriqueta*, pero la de Inglaterra; no la viuda del desgraciado Carlos I, sino la esposa del indiferente Felipe de Orleáns; no la que pensó morir de frío en el Louvre, sino la que sucumbió envenenada en Saint-

Cloud, y al morir envió su sortija a Bossuet...

Después de un momento de vacilación, añadió:

—Preferiría que fuese el retrato de la otra.

—Y ¿por qué? —preguntó María Antonieta.

—Porque hay bocas que son las únicas que osan dar ciertos consejos, y estas son principalmente las que la muerte ha cerrado.

—Y ¿podríais decirme, caballero, lo que me aconsejaría la boca de la viuda del rey Carlos? —preguntó la reina.

—Si Su Majestad lo ordena,

procuraré complacerla.

—Pues procuradlo.

—«¡Oh!, hermana mía, diría esa boca, ¿no echáis de ver la semejanza que hay entre nuestros destinos? Yo vine de Francia, como vos de Austria; yo era para los ingleses una extranjera, como vos lo sois para Francia; hubiera podido dar a mi esposo, extraviado, buenos consejos; guardé silencio o se los di malos; y en vez de ponerle en buena inteligencia con su pueblo y atraer a este a su favor le excité a la guerra, aconsejándole que marchara sobre Londres con los protestantes irlandeses. No solamente mantuve correspondencia

con el enemigo de Inglaterra, sino que pasé dos veces a Francia, a fin de traer soldados extranjeros. En fin...».

Barnave se detuvo.

—Continuad —dijo la reina, con el ceño fruncido y oprimiendo los labios.

—¿Para qué he de continuar, señora? —contestó el joven orador, moviendo tristemente la cabeza—. Conocéis tan bien como yo el fin de esa sangrienta historia...

—Sí, y por eso voy a continuar, y a deciros lo que el retrato de *madame* Enriqueta me expondría, a fin de que me corriáis si me engaño. «¡En fin, los escoceses venden y entregan a su rey, y

este fue detenido en el momento en que pensaba marcharse a Francia. Un sastre fue a cogerle; un carnicero le condujo a la prisión; un vendedor de cerveza el tribunal de justicia, y para que nada faltase en aquel odioso juicio y la revisión del inicuo proceso que se formó, siendo el soberano único juez que debe recibirlos todos, un verdugo enmascarado cortó la cabeza de la víctima!». He aquí lo que el retrato de *madame* Isabel me hubiera dicho. ¿No es verdad? ¡Oh! Dios mío, sé todo eso tan bien como cualquiera, y lo sé tanto mejor cuanto que nada falta para la semejanza. Tenemos nuestros traficante

en cerveza de los arrabales; pero en vez de llamarse Cromwell se llama Santerre; tenemos nuestro carnicero, más en vez de llamarse Harrison se llama... creo que Legendre; y tenemos nuestro carretero, más en vez de llamarse Pridge se llama... ¡oh!, en cuanto a este no sé nada; el hombre es tan poca cosa, que lo ignoro completamente, y vos también, segura estoy de ello; pero preguntádselo y os lo dirá: es el que conduce nuestra escolta, un campesino, un villano... ¿qué se yo? Pues bien, he aquí lo que *madame* Enriqueta me diría.

—Y ¿qué contestaríais vos?

—Yo contestaría. «¡Pobre princesa

querida, no me dais consejos, sino un curso de historia; ya está hecho este, y ahora espero aquellos!».

—¡Oh!, esos consejos, señora —replicó Barnave—, si no rehusáis seguirlos, no solamente os los darían los muertos sino los vivos también.

—Muertos o vivos, que hablen los que deben hablar. ¿Quién dice que no se escucharán los consejos si son buenos?

—¡Dios mío, señora!, muertos y vivos no os darían más que uno.

—¿Cuál?

—Haceros amar del pueblo.

—¡Vaya una cosa fácil, hacerse amar de vuestro pueblo!

—¡Oh, señora!, ese pueblo es más vuestro que mío, y la prueba es que a vuestra llegada a Francia os adoraba.

—¡Oh, caballero!, ¿de qué cosa tan frágil habláis, de la popularidad!

—¡Señora! —dijo Barnave—, sí yo, saliendo de una esfera oscura, conquisté esta popularidad, ¡cuánto más fácil hubiera sido para vos conservarla y hasta reconquistarla! Pero no —continuó Barnave animándose—, ¿a quién habéis confiado vuestra causa, que es la de la monarquía, la causa más santa y hermosa de todas? ¿Qué voces y qué brazos la defendieron? Jamás se vio semejante ignorancia de los tiempos, semejante

olvido de lo que es el genio de Francia. ¡Oh!, yo que solicité la misión de salir a vuestro encuentro con este fin, yo que os veo y que os hablo... ¡cuantas veces, Dios mío, estuve a punto de ir a ofrecerme a vos, de sacrificarme!...

—¡Silencio! —exclamó la reina—, alguien viene; ya hablaremos otra vez de todo esto, señor de Barnave, estoy dispuesta a oíros y a seguir vuestros consejos.

—¡Oh!, ¡señora, señora! —exclamó Barnave trasportado.

—¡Silencio! —repitió la reina.

—Vuestra Majestad está servida —dijo el criado presentándose en el

umbral de la puerta.

Entraron en el comedor; el rey llegaba por otro lado, y acababa de hablar con Pétion mientras duró la entrevista de la reina con Barnave; parecía estar muy animado.

Los dos guardias estaban en pie, reclamando como siempre el privilegio de servir a Sus Majestades.

Charny, el más lejano de todos, estaba junto a una ventana.

El rey miró en torno suyo, y aprovechando el momento de estar solo con su familia, los dos guardias y el conde, les dijo:

—Señores, después de cenar es

preciso que os hable, y por lo tanto, tendréis la bondad de seguirme a mi habitación.

Los dos oficiales se inclinaron.

El servicio comenzó como de costumbre.

Pero aunque la mesa fuese la de uno de los primeros obispos del reino, estaba tan mal servida como lo estuvo bien la de Chateau Thierry por la mañana.

El rey, como siempre, tenía mucho apetito, y comió bastante a pesar de la mala calidad. La reina no tomó más que dos huevos pasados agua.

Desde la víspera, el delfín, que

estaba un poco enfermo, pedía fresas; pero el pobre niño no estaba ya en el tiempo en que se satisfacían sus menores caprichos. Desde la víspera, todos aquellos a quienes las pidió contestaron que «no había», o que «no se encontraban».

Y sin embargo, en el camino había visto muchachos de las aldeas comiendo fresas que habían ido a buscar al bosque.

El pobre niño envidió entonces mucho a los muchachos que veía, con sus cabellos rubios y sus mejillas sonrosadas, y que no tenían necesidad de pedir fresas, bastándoles ir a

cogerlas por sí propios.

El deseo que no había podido satisfacer contristó mucho a la reina, de modo que el niño, rehusando todo cuanto le ofrecían, pidió de nuevo fresas; las lágrimas asomaron a los ojos de la impotente madre.

Buscó a su alrededor a quien dirigirse, y vio a Charny mudo, en pie e inmóvil.

Hízole seña una vez y después otra; pero Charny, absorto en su pensamiento, no lo notó.

Al fin, con voz ronca por la emoción, la reina dijo:

—Señor conde de Charny...

El conde se estremeció, como si le hubiesen interrumpido en una meditación, e hizo un movimiento para precipitarse hacia la reina.

En aquel momento abrióse la puerta y Barnave se presentó con un plato de fresas en la mano.

—La reina me dispensará —dijo—, si entro, así, y espero que el rey me perdone; pero varias veces he oído al señor delfín pedir fresas durante el día, y habiendo visto este plato en la mesa del obispo, le traigo.

Entretanto, Charny había dado la vuelta, acercándose a la reina; pero esta no le dio tiempo para aproximarse más.

—Gracias, señor conde —dijo—, el señor de Barnave ha adivinado lo que yo deseaba, y ya no necesito nada.

Charny se inclinó, y sin contestar palabra volvió a su sitio.

—Gracias, amigo Barnave —dijo el delfín.

—Caballero —añadió el rey—, nuestra comida no es buena; pero si queréis tomar vuestra parte, nos complaceréis a la reina y a mí.

—Señor —contestó el diputado—, una invitación del rey es una orden. ¿Dónde quiere Vuestra Majestad que me siente?

—Entre la reina y el delfín —

contestó el rey.

Barnave tomó asiento, ebrio de amor y de orgullo.

Charny contempló aquella escena, sin que el menor estremecimiento de celos corriese desde su corazón a sus venas; pero al ver aquella pobre mariposa que también iba a quemarse las alas en la luz real, se dijo:

—¡He ahí otro que se pierde, y es lástima, pues vale más que los otros!

Y volviendo a su incesante pensamiento, murmuró:

—¡Esa carta, esa carta! ¿Qué puede haber en esa carta?...

Capítulo CIV

EL CALVARIO

Después de la cena, los tres oficiales, como habían recibido órdenes, subieron a la habitación del rey.

La princesa, el delfín y la señora de Tourzel estaban en su aposento; el rey, la reina y *madame* Isabel, esperaban.

Al entrar los jóvenes, el rey dijo:

—Señor de Charny, tened la bondad de cerrar la puerta para que nadie nos interrumpa, pues debo comunicaros algo

de la más alta importancia. Ayer, señores, en Dormans, el señor de Pétion me propuso facilitar vuestra fuga bajo un disfraz; pero la reina y yo nos hemos opuesto por temor de que esta proposición fuese un lazo, y que se intentase alejaros de nosotros para daros muerte o entregaros a una comisión militar en cualquiera provincia, donde se os condenaría a ser fusilado sin dejaros ningún recurso. La reina y yo hemos rechazado, por consiguiente, la oferta bajo nuestra responsabilidad; pero hoy el señor Pétion ha vuelto a tratar del asunto, comprometiendo su honor de diputado, y creo deber daros

cuenta de lo que teme y de lo que propone.

—Señor —contestó Charny—, antes de que Vuestra Majestad vaya más lejos —y no solamente hablo en mi nombre, sino que creo ser intérprete de los sentimientos de estos señores—, antes de ir más lejos, ¿nos concederá el rey una gracia?

—Señores —dijo Luis XVI—, vuestra fidelidad a la reina y a mí ha expuesto vuestra vida hace tres días, y desde entonces, a cada instante estáis amenazados de la muerte más cruel, a la vez que participáis de la vergüenza y de los insultos con que nos agobian.

Señores, tenéis derecho, no a solicitar una gracia, sino a exponer vuestro deseo, y para no satisfacer este al punto, sería preciso que no estuviera en nuestra mano complacerlos.

—Pues bien, señor —contestó Charny—, pedimos humildemente, pero con instancia, a Vuestra Majestad, cualesquiera que sean las proposiciones hechas por los señores diputados respecto a nosotros, que nos deje la facultad de aceptar estas proposiciones o de rehusarlas.

—Señores —replicó el rey—, os doy mi palabra de no ejercer ninguna presión sobre vuestra voluntad; hágase

lo que juzguéis conveniente.

—Pues entonces, señor, tan sólo nos resta daros las gracias.

La reina miraba con asombro a Charny, sin comprender la creciente indiferencia que en él observaba, con la tenaz voluntad de no apartarse ni un momento de lo que consideraba sin duda como un deber.

Por eso no contestó, dejando al rey continuar la conversación.

—Ahora bien; reservado para vos ese libre arbitrio —dijo el rey—, he aquí las propias palabras del señor Pétion: «Señor, en el momento de vuestra entrada en París, no habrá

seguridad para los tres oficiales que os acompañan. Ni yo ni el señor Barnave, ni el señor de Latour-Maubourg podríamos responder de salvarlos, ni aun con peligro de nuestra vida, y su sangre está destinada de antemano al pueblo».

Charny miró a sus dos compañeros, y una sonrisa desdeñosa entreabrió sus labios.

—Y ¿qué más, señor? —preguntó Charny.

—Después —dijo el rey—, he aquí lo que el señor de Pétion propone: os proporcionará tres uniformes de guardias nacionales, haciendo que esta

noche os abran las puertas del obispado, para que podáis lucir con toda libertad.

Charny consultó de nuevo a sus dos compañeros; pero la misma sonrisa de antes le contestó.

—Señor —dijo, dirigiéndose de nuevo al rey—, nuestros días han sido consagrados a Vuestras Majestades, que se han dignado aceptar, y nos será más fácil morir por ellas que separarnos. Concedednos, pues, el favor de tratarnos mañana como lo hicisteis ayer, ni más ni menos. De toda vuestra corte, de todo vuestro ejército, de todos vuestros guardias, tan sólo os quedan tres corazones fieles; no les privéis de la

única gloria que ambicionan, la de ser leales hasta el fin.

—Está bien, señores —dijo la reina —, aceptamos; pero ya comprenderéis que a partir de este momento, todo debe sernos común; ya no sois para nosotros servidores, sino amigos, hermanos; no os diré que me deis vuestros nombres, porque los conozco, mas quiero —y sacó del bolsillo su librito de memorias — que me digáis los de vuestros padres, madres y hermanos, pues puede suceder que tengamos la desgracia de perderos sin sucumbir nosotros. Entonces me correspondería a mí notificar a esas personas queridas su desgracia,

poniendo a su disposición para aliviarlas cuanto nos sea posible... Vamos, señor de Malden, vamos, señor de Valory, decidme francamente quiénes son los parientes y los amigos que nos recomendáis en caso de muerte; pues todos estamos tan cerca de ella que no se debe vacilar.

El señor de Malden recomendó a su madre, anciana señora achacosa, que vivía en una reducida posesión en los alrededores de Blois; el señor de Valory recomendó a su hermana, joven huérfana que recibía su educación en un convento de Soissons.

Seguramente eran corazones fuertes

y valerosos los de aquellos dos hombres, y sin embargo, mientras que la reina escribía los nombres y las señas de la señora de Malden y de la señorita de Valory, ambos hacían inútiles esfuerzos para reprimir sus lágrimas.

La reina debió interrumpirse también mientras que escribía para sacar un pañuelo del bolsillo y enjugarse los ojos.

Después, cuando hubo terminado, volvióse hacia Charny y le dijo:

—¡Ay!, señor conde, ya sé que no tenéis a quien recomendarme, porque vuestros padres han muerto, y vuestros dos hermanos...

La voz faltó a la reina.

—Mis dos hermanos —añadió Charny—, han tenido la dicha de morir por Vuestra Majestad; pero el último que sucumbió ha dejado un pobre niño, el cual me recomienda por una especie de testamento hallado entre sus papeles. La joven madre fue sustraída a su familia, de la cual no debe esperar ya perdón; pero mientras que yo viva, ni ella ni su hijo carecerán de nada. Sin embargo, Vuestra Majestad lo ha dicho ahora con su admirable valor; todos estamos amenazados de muerte, y si esta me sorprendiese, la pobre joven y su hijo quedarían sin recursos. Dignaos,

señora, apuntar el nombre de una campesina, y si tuviera, como mis dos hermanos, la dicha de morir por mis augustos señores, dispensad vuestra generosidad a Catalina Billot y a su hijo, a los cuales encontrará en el pueblecillo de Ville-d'Avray.

Sin duda aquella imagen de Charny expirando a su vez como sus dos hermanos, era un espectáculo demasiado terrible para la imaginación de María Antonieta, pues profiriendo un ligero grito dejó escapar su librito de memorias y fue a caer vacilante sobre un sillón.

Los dos guardias se precipitaron

hacia ella, mientras que Charny, recogiendo el librito, apuntaba el nombre y las señas de Catalina Billot y le dejaba sobre la chimenea.

La reina hizo un esfuerzo y volvió en sí.

Entonces los jóvenes, comprendiendo que después de semejante emoción desearía estar, sola, retrocedieron un paso para despedirse.

Pero la reina extendió la mano hacia ellos.

—Señores —dijo—, espero que no os marcharéis sin besarme la mano.

Los dos guardias se adelantaron en el mismo orden con que se habían

escrito sus nombres y señas, el señor de Malden primero y después el señor de Valory.

Charny se acercó el último. La mano de la reina estaba temblorosa esperando aquel beso, para obtener el cual había ofrecido seguramente los otros dos.

Mas apenas los labios del conde tocaron aquella hermosa mano; tanto le parecía un sacrilegio besarla llevando sobre sí la carta de Andrea.

María Antonieta dejó escapar un suspiro que parecía una queja de dolor, pues jamás había medido mejor que por aquel beso el abismo que cada día, cada hora, y hasta diremos cada minuto, se

abría más y más entre ella y su amante.

Al día siguiente, en el momento de la marcha, los señores de Latour-Maubourg y Barnave, ignorando sin duda lo que había pasado la víspera entre el rey y sus oficiales, renovaron sus instancias para que estos últimos se disfrazaran; pero ellos rehusaron diciendo que su lugar era el pescante del rey, y que no podían dejar el traje que su soberano les había mandado llevar.

Entonces Barnave quiso que se pusiera a derecha e izquierda del coche una tabla bien sujeta al pescante, donde pudieran ir dos granaderos, para preservar en lo posible a los obstinados

servidores del rey.

A las diez de la mañana salieron de Meaux; se iba a entrar en París, de donde había estado ausente la familia real cinco días.

¡Cinco días! ¡Qué insondable abismo se había abierto durante este breve plazo!

Apenas se estuvo a una legua de Meaux, el cortejo tomó el aspecto más terrible que hasta entonces tuvo.

Todas las poblaciones de los alrededores de París afluían; Barnave quiso obligar a los postillones a ir al trote; pero la guardia nacional de Claye cerró el paso, presentando las puntas de

sus bayonetas.

Hubiera sido una imprudencia tratar de romper aquel dique; la misma reina, comprendiendo el peligro, suplicó a los diputados que no hicieran nada para aumentar la cólera del pueblo, formidable tempestad que se oía mugir y llegar por momentos.

Muy pronto la multitud fue tal, que apenas podían los caballos ir al paso.

Jamás había hecho tanto calor; ya no se respiraba aire, sino fuego.

La insolente curiosidad de aquel pueblo persiguió al rey y a la reina hasta los dos ángulos del coche, donde se habían refugiado.

Algunos hombres subían a los estribos, introduciendo la cabeza en el interior; otros trepaban por el coche, y no pocos se cogían a los caballos.

Fue un milagro que Charny y sus dos compañeros no murieran entonces.

Los dos granaderos no eran suficientes para parar todos los golpes: rogaban, suplicaban y hasta ordenaban en nombre de la Asamblea nacional; pero sus voces se perdían en medio del tumulto y de los gritos.

Una vanguardia de más de dos mil hombres precedía al coche, y la retaguardia pasaba de cuatro mil.

En los lados agitábase una multitud

que aumentaba sin cesar.

A medida que se acercaban a París, parecía que faltaba el aire, absorbido por la ciudad gigante.

El coche se movía bajo un sol de treinta y cinco grados a través de una nube de polvo que ahogaba.

En Bourget, el rey palideció de tal modo que se creyó que iba a sufrir una indisposición, y pidió un vaso de vino, porque su corazón desfallecía.

Poco faltó para que le presentasen, como a Jesucristo, una esponja empapada en hiel y vinagre; se hizo la proposición, más por fortuna se rehusó.

Se llegó a la Villette.

La multitud necesitó una hora para estrecharse lo bastante a fin de penetrar entre las dos líneas de casas cuyas blancas piedras rechazaban los rayos del sol, aumentando el calor.

En todas partes había hombres, mujeres y niños; jamás se había contemplado semejante multitud, y apiñábase de tal modo que nadie podía moverse.

Las puertas y las ventanas de las casas estaban cargadas de espectadores.

Los árboles se doblegaban bajo el peso de aquellos frutos vivientes.

Todo el mundo tenía el sombrero puesto.

Y era porque desde la víspera se había fijado este anuncio en todas las esquinas de París:

*Aquel que salude al rey será apaleado.
Aquel que le insulte será ahorcado.*

Todo esto era tan espantoso, que los comisarios no se atrevieron a penetrar en la calle del Arrabal Saint-Martin, calle que estaba llena de obstrucciones, y por lo tanto, de amenazas; calle funesta, calle sangrienta, calle célebre en los fastos del asesinato, desde la terrible historia de Bertier.

Se resolvió, pues, entrar por los

Campos Elíseos, y el cortejo, dando la vuelta a París, tomó los bulevares exteriores.

Eran tres horas más de suplicio, y tan insoportable, que la reina pedía que la condujesen por el camino más corto, aunque fuese el más peligroso.

Dos veces trató de bajar las cortinillas y otras tantas fue preciso levantarlas entre los gritos de la multitud.

En la barrera, sin embargo, una considerable fuerza de granaderos rodeó el coche.

Varios de ellos se colocaron junto a las portezuelas, y con sus gorras de pelo

cubrieron casi las aberturas del carruaje.

Al fin, a eso de las seis, la vanguardia apareció sobre el jardín de Monceau; llevaba consigo tres cañones que resonaban sobre el suelo desigual, saltando continuamente.

Aquella vanguardia se componía de caballería e infantería, mezclada con oleadas del pueblo, en medio de las cuales apenas les era posible conservar sus filas.

Los que los divisaron refluyeron hacia la altura de los Campos Elíseos: era la tercera vez que Luis XVI debía entrar por aquella fatal barrera.

La primera entró después de la toma de la Bastilla.

La segunda después de las jornadas del 5 y 6 de octubre.

La tercera después de la fuga a Varennes.

Todo París, al saber que el cortejo llegaría por el camino de Neuilly, se había dirigido a los Campos Elíseos.

Por eso al llegar a la barrera, el rey y la reina vieron desarrollarse, en toda la extensión que la vista abarcaba, un mar de hombres silenciosos, sombríos y amenazadores, todos con la cabeza cubierta.

Pero lo que tal vez pareció, si no

más espantoso, por lo menos más lúgubre, fue una doble fila de guardias nacionales con sus fusiles a la funerala en señal de duelo, y extendiéndose desde la barrera hasta las Tullerías.

¡Día de duelo era, efectivamente; duelo inmenso, duelo de una monarquía de siete siglos!

Aquel coche que avanzaba lentamente en medio del numeroso pueblo, era el carro fúnebre conduciendo a la monarquía al ataúd.

Al divisar aquella larga fila de guardias nacionales, los soldados que acompañaban al coche agitaron sus armas al grito de «¡Viva la nación!».

Este grito resonó al punto en toda la línea desde la barrera a las Tullerías.

Después, la oleada inmensa perdida bajo los árboles, extendiéndose en un lado hasta las calles del arrabal de Roule y en el otro hasta el río, onduló gritando: «¡Viva la nación!».

Era el grito fraternal proferido por toda Francia.

Solamente una familia, la que había querido huir, quedaba excluida de esta fraternidad.

Se empleó una hora para ir desde la barrera a la plaza de Luis XV; los caballos se doblegaban bajo el peso, pues en cada uno montaba un granadero.

Detrás del coche en que iba el rey, la reina, la familia real, Barnave y Pétion, avanzaba el cabriolé que conducía a las dos damas de la reina y al señor de Latour-Maubourg, y por último, detrás del cabriolé, un calesín descubierto, adornado con ramaje, conducía a Drouet, Guilleume y Maugin, es decir, aquel que había detenido al rey, y los que le prestaron su concurso para conseguirlo. La fatiga les había obligado a servirse de este género de locomoción.

Solamente Billot, infatigable, como si el ardimiento de la venganza le comunicase la dureza del bronce, continuaba a caballo y parecía conducir

todo el largo cortejo.

Al desembocar en la plaza de Luis XV, el rey echó de ver que se habían vendado los ojos a la estatua de su abuelo.

—¿Qué quieren significar con eso?
—preguntó el rey a Barnave.

—Lo ignoro, señor —contestó el diputado.

—Yo lo sé —dijo Pétion—, han querido significar la ceguera de la monarquía.

Durante el camino, a pesar de la escolta, a pesar de los comisarios y a pesar de los anuncios que prohibían insultar al rey, bajo pena de ser

ahorcado, el pueblo rompió dos o tres veces la línea de granaderos, débil e impotente dique contra aquel elemento, al que Dios se olvidó decir como al mar: «¡No irás más lejos!». Cuando sucedía esto, la reina veía aparecer de pronto junto a las portezuelas aquellos hombres de aspecto hediondo, de palabras implacables, que no suben sino en ciertos días a la superficie de la sociedad, como ciertos monstruos en los días tempestuosos ascienden a la superficie del Océano.

Una vez se espantó de tal modo ante la aparición, que bajó uno de los vidrios del coche.

—¿Por qué bajar los vidrios? —
gritaron diez voces furiosas.

—¡Ved, señores —dijo la reina—,
ved en qué estado se hallan mis pobres
hijos!

Y enjugando el sudor que corría por
sus mejillas, añadió:

—¡Nos ahogamos!

—¡Bah! —contestó una voz—, ¡eso
no es nada; ya te ahogaremos de otro
modo!

Y de un puñetazo, el que hablaba
hizo saltar el vidrio en pedazos.

Sin embargo, en medio de aquel
espectáculo terrible, algunos episodios
hubieran consolado al rey y a la reina si

la expresión del bien hubiera llegado hasta ellos tan fácilmente como la del mal.

A pesar del aviso que prohibía saludar al rey, el señor de Guilhermy, individuo de la Asamblea, se descubrió al pasar aquel, y como se quisiera obligarle a ponerse, arrojóle lejos de sí, diciendo:

—¡Qué se atrevan a traérmelo!

A la entrada del puente giratorio se encontraron veinte diputados que la Asamblea enviaba para proteger al rey y a la familia real.

Después apareció Lafayette con su Estado Mayor.

El general se acercó al coche.

—¡Oh!, señor de Lafayette —
exclamó la reina apenas le vio—,
¡salvad a los guardias de corps!

La recomendación no era inútil, pues se aproximaba el peligro y este era muy grave.

Durante algún tiempo se presenció en las puertas del palacio una escena que no dejaba de tener cierta poesía. Cinco o seis damas de la reina, que después de la fuga de su señora salieron de las Tullerías creyendo que su ama no volvería ya, quisieron entrar para recibirla.

—¡Atrás! —gritaban los centinelas,

presentando las puntas de sus bayonetas.

—¡Esclavas de la austríaca! —
vociferaban las vendedoras de pescado,
mostrando sus puños.

Entonces, a través de las bayonetas,
arrostrando las amenazas de las
vendedoras de la plaza, la hermana de la
señora Campan dio algunos pasos hacia
delante.

—¡Escuchad! —exclamó—, he
servido a la reina desde la edad de
quince años; me dotó, proponiéndome
esposo; estuve a su lado cuando era
poderosa; ¿ahora que es desgraciada la
he de abandonar?

—¡Tiene razón! —gritó el pueblo—.

¡Soldados, dejadla pasar!

A esta, orden, dada por el amo a quien ninguno se resistía, los centinelas dejaron el paso libre.

Un instante después la reina pudo verlas agitando sus pañuelos en la ventana del primer piso.

Sin embargo, el coche rodaba siempre, impeliendo ante sí una oleada de pueblo y una nube de polvo, como un barco a la deriva empuja ante sí las olas del Océano y una nube de espuma: la comparación es tanto más exacta cuanto que jamás náufragos se vieron amenazados por un mar tan proceloso como el que se disponía a sepultar a la

desgraciada familia en el momento en que intentase penetrar en las Tullerías, que eran para los prisioneros la orilla.

—¡Oh!, señores —dijo otra vez la reina, pero dirigiéndose ahora a Pétion ya Barnave—, ¡los guardias de corps, los guardias de corps!

—¿No tenéis ninguna persona a quien recomendarme más particularmente que a esos caballeros? —preguntó Barnave.

La reina le miró fijamente y contestóle:

—¡A nadie!

Y exigió que el rey y sus hijos saliesen primero.

Los diez minutos que entonces transcurrieron fueron seguramente para ella los más crueles de su vida, sin exceptuar los que la condujeron al cadalso.

Estaba convencida, no de que iba a ser asesinada —la muerte significaba poco—, sino de que la iban a entregar al pueblo como un juguete, o a encerrarla en alguna prisión de donde no saldría sino por la puerta de un proceso infame.

Por eso, cuando puso el pie en el estribo del coche, protegida por la bóveda de hierro que sobre su cabeza formaban, de orden de Barnave, los fusiles y las bayonetas de los guardias

nacionales, sobrecogióla un desvanecimiento que la hizo temer su caída en tierra.

Pero como sus ojos estuviesen a punto de cerrarse, en aquella última mirada de angustia en que todo se percibe, parecióle ver ante ella aquel hombre terrible que en el castillo de Taverney había levantado, para satisfacer su deseo, de una manera tan amistosa el Velo del porvenir; aquel hombre que vio de nuevo una sola vez al regresar de Versalles el 6 de octubre; aquel hombre, en fin, que no se presentaba sino para pronosticar las grandes catástrofes o la hora en que se

realizarían.

¡Oh!, entonces fue cuando sus ojos, que vacilaban aún después de asegurarse de que no la engañaban, se cerraron al fin; profirió un grito, dejándose caer inerte e impotente ante aquella siniestra visión.

Parecióle que la tierra le faltaba bajo los pies; que aquella multitud, aquellos árboles, aquel cielo ardiente, aquel palacio inmóvil, todo, en fin, giraba a su alrededor. Unos brazos vigorosos la cogieron, y sintióse llevar en medio de los gritos incesantes, de las vociferaciones y de los clamores. En aquel momento creyó oír las voces de

los guardias, que procuraban atraer sobre sí la cólera del pueblo para desviarla de su verdadera pendiente. Abrió un instante los ojos y vio a los guardias de corps arrancados del pescante; Charny, pálido y hermoso, luchando solo contra diez hombres, con el brillo del mártir en los ojos, con la sonrisa desdeñosa en los labios. Desde Charny su mirada se fijó en el hombre que la llevaba en medio de aquel inmenso torbellino y reconoció con terror al misterioso personaje del castillo de Taverney y de Sevres.

—¡Vos, vos! —exclamó, tratando de rechazar sus manos rígidas.

—¡Sí, yo —murmuró aquel hombre a su oído—; te necesito aún para impulsar a la monarquía a su último abismo; pero te salvo!...

Esto era ya más de lo que la reina podía soportar; profirió un grito y se desvaneció realmente.

Entretanto la multitud trataba de hacer pedazos a los señores de Charny, de Malden y de Valory, y de llevar en triunfo a Drouet y a Billot.

Capítulo CV

EL CÁLIZ

Cuando la reina volvió en sí se encontró en su alcoba de las Tullerías.

A su lado estaban las señoras de Misery y de Campan, sus dos damas predilectas.

Su primer grito fue para preguntar por el delfín.

Este último estaba acostado en su lecho, teniendo a su lado a la señora de Tourzel, su aya, y a la de Brunier, su

camarera.

Aquella seguridad no bastó a la reina; levantóse al punto y con su traje en desorden, tal como estaba, corrió a la habitación de su hijo.

El niño había tenido mucho miedo y llorado desesperadamente; pero sus angustias se calmaron después, y ahora dormía, aunque ligeros estremecimientos agitaban su sueño.

La reina permaneció largo tiempo con los ojos fijos en él, mirándole a través de sus lágrimas.

Las terribles palabras que aquel hombre le había dicho en voz baja resonaban continuamente en sus oído

«Te necesito para impeler a la monarquía hasta su último abismo, y he aquí por qué te salvo».

¿Conque era verdad? ¿Debía ser ella la que impulsase la monarquía hacia el abismo?

Preciso era que fuese así, puesto que sus enemigos velaban por su vida, confiando en ella para llevar a cabo la obra destructora que realizaba mejor que ellos mismos.

¿Se cerraría el abismo después de ser precipitados en él el rey y el trono? ¿No se debería arrojar en él también a sus dos hijos? ¿No era la inocencia, en las religiones antiguas, lo que

desarmaba a los dioses?

Cierto que el señor no había aceptado el sacrificio de Abraham; pero sí permitió que se consumase el de Jefté. Sombríos pensamientos eran estos para una reina, y mucho más para una madre.

Al fin, moviendo la cabeza, volvió a su habitación con pasos lentos.

Allí pensó en el desorden en que se hallaba. Sus ropas estaban arrugadas y rasgadas en varios sitios; sus zapatos, agujereados por los guijarros puntiagudos que pisó, y, en fin, toda ella estaba cubierta de polvo. Pidió otros zapatos y un baño. Barnave había ido a preguntar dos veces por ella. Al

anunciarle aquella visita, la señora de Campan miraba con asombro a la reina.

—Le daréis gracias afectuosamente, señora —dijo María Antonieta.

La señora de Campan miró con más asombro aún.

—Debemos grandes favores a ese joven, señora —añadió la reina, consintiendo, aunque no fuera esta su costumbre, en darle explicación de su pensamiento.

—Pero me parecía, señora —se aventuró a decir la camarera—, que el señor de Barnave era demócrata, un hombre del pueblo a quien todos los medios habían parecido buenos para

llegar a donde se halla.

—Todos los medios que ofrece el talento sí, señora, es verdad —contestó la reina—; pero recordad bien lo que voy a deciros: yo dispenso a Barnave, porque un sentimiento de orgullo que no puedo censurar le ha hecho aplaudir todo cuanto allanaba el camino de los honores y de la gloria para la clase en que nació. Nada de perdón para los nobles que se hicieron revolucionarios; pero si volvemos a estar en el poder, Barnave tiene concedida su gracia de antemano... Retiraos ahora, y tratad de obtener noticias sobre los señores de Malden y de Valory.

El corazón de la reina agregaba a estos dos nombres el del conde; pero sus labios se resistieron a pronunciarlo.

A poco se le dio aviso de que su baño estaba preparado.

Durante el intervalo que acababa de transcurrir desde la visita de la reina al delfín, se habían puesto centinelas en todas partes, hasta en la puerta de su gabinete tocador y en la de la sala del baño. La reina obtuvo, no sin mucho trabajo, que se cerrase esta última puerta mientras que se bañaba.

Lo cual hizo decir a Prudhomme en su diario de las *Revoluciones de París*:

«Algunos buenos patriotas, en

quienes el sentimiento de la monarquía no ha extinguido el de la compasión, se han mostrado inquietos acerca del estado moral y físico de Luis XVI y de su familia, después de un viaje tan desventurado como el de Saint-Menehould.

»¡Qué se tranquilicen! En la noche del sábado, nuestro *exrey*, al entrar en sus habitaciones, no se encontró peor que al regresar de una cacería fatigosa y casi nula: devoró su pollo como de costumbre, y al día siguiente, al terminar su comida, jugó con su hijo.

»En cuanto a *la madre*, tomó un baño al llegar; sus primeras órdenes

fueron para pedir calzado, mostrando cuidadosamente que sus zapatos de viaje estaban agujereados; procedió muy ligeramente con los oficiales elegidos para su guardia particular, y le pareció ridículo e indecente verse obligada a dejar abiertas la puerta de su baño y de su alcoba».

¡Ved como ese *monstruo* comete la infamia de comerse un pollo al llegar, y se entretiene jugando con su hijo al día siguiente!

¡Ved esa *sibarita* que pide calzado después de cinco días de coche y tres noches de posada!

¡Ved esa *pródiga* que pide calzado

porque los zapatos de viaje están *agujereados*!

¡Ved, en fin, esa *mesalina* que, pareciéndole indecente y ridículo verse obligada a *dejar abiertas la puerta de su baño y la de su alcoba*, pide a los centinelas permiso para cerrarlas!

¡Ah!, señor periodista, mucho me parece que no coméis pollo más que en las cuatro grandes fiestas del año, que no tenéis hijos, que no os bañáis, y que vais a la Asamblea nacional con los zapatos agujereados.

A riesgo del escándalo que se pudiera producir, la reina, se bañó y obtuvo que la puerta permaneciese

cerrada.

Por eso el centinela no dejó de llamar a la señora Campan *aristócrata*, en el momento en que esta, volviendo de tomar informes, entró en la sala de baño.

Las noticias no eran tan desastrosas como se hubiera podido creer.

Desde la llegada a la barrera, Charny y sus dos compañeros habían combinado un plan, que tenía por objeto disminuir una parte de los peligros que amenazaban al rey y a la reina, atrayéndolos sobre sí propios. En su consecuencia se convino que apenas se detuviera el coche, uno se precipitaría por la derecha, el otro por la izquierda,

y el que estuviera en el centro hacia delante; de este modo se dividiría la cuadrilla de asesinos, obligándoles a seguir tres direcciones opuestas, y tal vez quedara así un camino por el cual el rey y la reina ganarían libremente el palacio.

Ya hemos dicho que el coche se detuvo más allá del primer estanque, cerca del gran terrado de palacio.

La prisa de los asesinos era tal, que al precipitarse hacia la delantera del carruaje se hirieron gravemente. Por un momento, sin embargo, se consiguió proteger a los tres oficiales; pero muy pronto, habiendo sido arrojados al

suelo, los dejaron sin defensa.

Este fue el instante que eligieron, y todos tres se lanzaron, pero tan rápidamente que derribaron a cinco o seis hombres que se subían a las ruedas y a los estribos para arrancarlos de sus asientos.

Apenas en tierra, el señor de Malden se encontró bajo las hachas de dos zapadores; ambas armas le amenazaban, y se buscaba el medio de herirle a él solo; pero hizo un movimiento tan poderoso y rápido, que apartó de sí a los hombres que le tenían cogido del cuello; de modo que durante un segundo quedó aislado.

Entonces, cruzándose de brazos, exclamó:

—¡Herid ahora!

Una de las hachas quedó levantada; el valor de la víctima paralizaba al asesino.

La otra cayó, pero como tropezara con un mosquete que hizo desviar el golpe, solamente la punta alcanzó al señor de Malden en el cuello, infiriéndole una ligera herida.

Entonces, agachándose, dio de cabeza contra la multitud, que se entreabrió; mas a los pocos pasos fue recibido por un grupo de oficiales que, deseando salvarle, le empujaron hacia la

fila de los guardias nacionales, la cual formaba para el rey y la familia real un camino cubierto desde el coche al palacio.

En aquel momento el general Lafayette le divisó, e impeliendo su caballo hacia él, cogióle del cuello y le atrajo hacia sí, protegiéndole en cierto modo con su popularidad; mas al reconocerle el señor de Malden, gritó:

—Dejadme, caballero; no os cuidéis más que de la familia real, y abandonadme a la canalla.

El señor de Lafayette le dejó, en efecto, y al ver a un hombre que se llevaba a la reina, precipitóse hacia él.

El señor de Malden fue derribado entonces, se levantó, y atacado por los unos y defendido por los otros rodó así, lleno de contusiones, de heridas y de sangre hasta la puerta del palacio, donde, visto por un oficial de servicio, le cogió por el cuello y atrájole hacia sí, exclamando:

—¡Sería lástima que semejante miserable sufriese una muerte tan dulce; se ha de inventar un suplicio para un bandido de esa especie! ¡Dejádmele, yo me encargo de él!

Y continuó insultando al señor de Malden, diciéndole: «¡Ven, bribón, y te las habrás conmigo!».

Y le atrajo a un lugar más oscuro, donde le dijo:

—Salvaos, caballero, y dispensadme la estratagema de que me he valido para arrancaros de las manos de esos miserables.

Entonces el señor de Malden, deslizándose hasta la puerta del palacio, desapareció.

Algo semejante sucedió con el señor de Valory; había recibido dos heridas graves en la cabeza; pero en el momento en que veinte bayonetas y otros tantos sables y puñales se levantaban sobre él para rematarle, Pétion se precipitó, y rechazando a los asesinos con todo el

vigor de que estaba dotado, gritóles:

—¡En nombre de la Asamblea nacional os declaro indignos de ser franceses sino os apartáis ahora mismo, entregándome ese hombre! Yo soy Pétion.

Y Pétion, que bajo un aspecto algo rudo tenía mucha honradez, y un corazón valeroso y leal, pareció tan majestuoso a los ojos de los asesinos al pronunciar estas palabras que se apartaron, dejando en su poder al señor de Valory.

Entonces le condujo sosteniéndole, porque estaba aturdido a causa de los golpes que recibiera, y apenas podía tenerse en pie, hasta la fila de los

guardias nacionales, dejándole en manos del ayudante de campo Dumas, que respondió de él con su cabeza y le protegió hasta llegar a Palacio.

En aquel momento Pétion oyó la voz de Barnave, quien le llamaba en su auxilio porque era insuficiente para defender a Charny.

El conde, levantado por veinte brazos, derribado y arrastrado por el polvo pudo levantarse, arrancó una bayoneta de un fusil, y agujereaba a fuerza de golpes a la multitud que tenía a su alrededor.

Pero no hubiera tardado en sucumbir en aquella lucha desigual, si Barnave y

después Pétion no acuden en su auxilio.

La reina escuchaba este relato en su baño; pero la señora Campan, que le hacía, no pudo dar noticias ciertas más que de los señores Malden y Valory, a quienes se había visto en el palacio magullados y ensangrentados, pero sin heridas peligrosas.

En cuanto a Charny nada se sabía de positivo acerca de él; decíase que los señores Barnave y Pétion le habían salvado, pero nadie le vio entrar en palacio.

Al oír estas últimas palabras de la señora Campan, la reina palideció de tal modo, que la camarera, creyendo que

esto se debía al temor de que hubiera ocurrido una desgracia al conde, exclamó:

—Vuestra Majestad no debe desesperar de la salvación del señor conde por el hecho de no haber entrado en palacio, pues la reina sabe que la señora de Charny habita en París, y tal vez su esposo se haya refugiado en su casa.

Esto era precisamente lo qué María Antonieta había pensado y lo que la hizo palidecer tanto.

Y se lanzó fuera del baño, exclamando:

—¡Vestidme, señora Campan,

vestidme pronto, porque es necesario que yo sepa lo que ha sido del conde!

—¿Qué conde? —preguntó la señora de Misery entrando.

—¡El conde de Charny! —contestó la reina.

—El conde está en la antecámara de Vuestra Majestad —contestó la señora de Misery—, y solicita el honor de un momento de audiencia.

—¡Ah! —murmuró la reina—, ¡ha cumplido su palabra!

Las dos damas se miraron sin saber qué quería decir la reina, que ansiosa e incapaz de pronunciar una palabra más, les hizo una seña para que se

apresurasen.

Jamás tocador alguno fue más rápido, si bien es verdad que María Antonieta se contentó con retorcer sus cabellos, los cuales había hecho lavar con agua perfumada, a fin de quitar el polvo, y ponerse un peinador de muselina blanca.

Apenas entró en su habitación, estaba tan pálida al ser introducido el conde de Charny, que parecía tan blanca como su peinador.

Capítulo CVI

LA LANZADA

Pocos segundos después, el ayuda de cámara anunció al conde de Charny, y este apareció en el umbral de la puerta, iluminado por el reflejo de oro de un rayo del sol poniente.

También el conde, así como la reina, acababa de emplear el tiempo transcurrido desde su entrada en el palacio en hacer desaparecer todos los vestigios de aquel largo viaje y de la

lucha terrible que había debido de sostener a su llegada.

Se había puesto su antiguo uniforme, es decir, el de capitán de fragata, con las vueltas rojas y la chorrera de blanca.

Era el mismo uniforme que llevaba el día en que encontró a la reina y a Andrea de Taverney en la plaza del Palais-Royal, y en que habiéndolas acompañado hasta un coche de plaza, las condujo después a Versalles.

Jamás había estado tan elegante, tan sereno, tan guapo, y a la reina le costó trabajo creer, al verle, que fuera el mismo hombre que una hora antes estuvo a punto de ser despedazado por el

pueblo.

—¡Oh!, caballero, ya han debido deciros qué inquieta estaba respecto a vos, y que he enviado por todas partes a pedir noticias de vuestra persona.

—Sí, señora —contestó Charny inclinándose—, pero creed que no he entrado en mi habitación hasta asegurarme, por vuestras damas, que estabais a salvo.

—Se pretende que debéis la vida a los señores Pétion y Barnave. ¿Es verdad esto? ¿Deberé también al segundo este nuevo favor?

—Es verdad, señora, y estoy doblemente agradecido al señor

Barnave, pues no habiendo querido separarse de mí hasta que estuviera en mi habitación, ha tenido la bondad de manifestarme que habíais hablado de mí durante el camino.

—¡De vos, señor conde! ¿Y de qué manera?

—Manifestando al rey la inquietud que vuestra antigua amiga debía experimentar también respecto a mi ausencia... Disto mucho de creer, como vos, señora, en la viveza de esas inquietudes; pero...

El conde se interrumpió, porque le parecía que la reina, pálida ya, comenzaba a estarlo mucho más.

—Pero... —repitió la reina.

—Pero sin aceptar en toda su extensión, continuó Charny, la licencia que Vuestra Majestad tenía intención de ofrecerme, me parece que, en efecto, tranquilizado como estoy ahora respecto a la vida del rey, a la vuestra, señora, y a la de vuestros hijos, sería conveniente que diese noticias mías a la condesa de Charny por mí mismo.

La reina apoyó su mano izquierda sobre su corazón, como si hubiera querido asegurarse que no había muerto, del golpe que acababa de recibir, y con voz casi ahogada por la sequedad de su garganta, replicó:

—Es muy justo, en efecto, señor conde; pero yo me pregunto cómo habéis esperado tanto tiempo para cumplir con este deber.

—La reina olvida que yo había prometido bajo mi palabra no ver más a la condesa sin su permiso.

—Y ¿ahora venís a pedírmelo?

—Sí, señora —contestó Charny—, y suplico a Vuestra Majestad que me la conceda.

—Y en vuestro afán de ver a la señora condesa, sin duda prescindiríais de ese permiso... ¿No es verdad?

—Creo que la reina es injusta conmigo —dijo Charny—. En el

momento de abandonar a París, creí dejarle por largo tiempo, si no para siempre. Y durante mi viaje hice humanamente cuanto es posible para que tuviera buen éxito. No es culpa mía, recuérdelo bien Vuestra Majestad, que no haya dejado como mi hermano, mi vida en Varennes, o que me hayan hecho pedazos, como al señor de Dampierre, en el camino o en el jardín de las Tullerías... Si yo hubiera tenido la dicha de conducir a Vuestra Majestad hasta más allá de la frontera, o el honor de morir en su servicio, habría muerto sin ver otra vez a la condesa...; pero, lo repito a Vuestra Majestad, de vuelta a

París no puedo dar a la mujer que lleva mi nombre —y únicamente vos sabéis cómo le lleva, señora— la más cruel prueba de indiferencia, como sería la de no visitarla, puesto que mi hermano Isidoro no puede ya reemplazarme. Por lo demás, el señor de Barnave se ha engañado, o esta era aún anteayer la opinión de Vuestra Majestad.

La reina dejó deslizar su brazo sobre el sillón, e inclinó el cuerpo hacia delante, de modo que le acercaba a Charny.

—¿Tanto amáis a esa mujer, caballero —dijo—, que no vaciláis en ocasionarme fríamente tan amargo

pesar?

—Señora —dijo Charny—, muy pronto hará seis años que vos misma, cuando yo no pensaba ya, porque no existía en la tierra para mí más que una mujer colocada por Dios a demasiada altura que yo pudiese aspirar a ella, seis años hace, repito, que me disteis por esposa a la señorita Andrea de Taverney, imponiéndomela como tal. Desde entonces mi mano no ha tocado la suya dos veces, ni la he dirigido la palabra sin necesidad sino en raras ocasiones, y sin que se encontrasen nuestras miradas. Mi vida entera estaba ocupada y llena de otro amor, con esas

mil solicitudes, con esos afanes y luchas que agitan la existencia del hombre. He vivido en la corte, he recorrido los grandes caminos, he anudado por mi parte, con el hilo que el rey quiso confiarme, la intriga gigantesca que la fatalidad ha hecho fracasar. Ahora bien, yo no he contado los días, ni los meses, ni los años, y el tiempo ha transcurrido tanto más rápido cuanto más ocupado estaba en todos esos afectos, en todas esas solicitudes, en todas esas intrigas de que acabo de hablar; pero no ha sucedido así con la condesa de Charny, señora. Desde que tuvo el sentimiento de separarse de vos, después de sufrir la

desgracia de ocasionar vuestro desagrado, vive sola, aislada, perdida en esa casita de la calle de Coq-Héron; ha aceptado esa soledad, ese aislamiento y ese abandono sin quejarse, pues como su corazón está exento de amor, no necesita los mismos afectos que las demás mujeres; pero lo que no aceptaría sin quejarse sería el olvido de mis deberes respecto a ella, de los deberes más simples, de las más vulgares conveniencias.

—¡Oh, Dios mío!, mucho os preocupa lo que la condesa de Charny pensará o no de vos, según que os vea o deje de veros. Antes de apuraros por

eso, bueno será saber si ella ha pensado en vos en el momento de vuestra marcha, o si piensa ahora en vuestro regreso.

—Ignoro si la condesa se ocupa ahora de mi vuelta, señora; pero estoy seguro de que ha pensado en el momento de mi marcha.

—¿Conque la habéis visto en el instante de partir?

—He tenido el honor de manifestar a Vuestra Majestad que no había visto a la señora de Charny desde que di a la reina mi palabra de no verla.

—¿Entonces os ha escrito?

El conde guardó silencio.

—¡Vamos —exclamó María

Antonieta—, confesad que os ha escrito!

—Entregó a mi hermano Isidoro una carta para mí.

—Y ¿habéis leído esa carta?... ¿Qué os decía? ¿Qué podía escribiros?... ¡Ah!, ella me había jurado, sin embargo... Veamos, contestad pronto... Y ¿en esa carta os decía?... ¡Hablad, pues ya veis que me consumo!

—No puedo repetir a Vuestra Majestad lo que la condesa me decía en esa carta, pues no la he leído.

—¿La habéis rasgado? —exclamó la reina con expresión de alegría—. ¿La arrojasteis al fuego sin leerla? ¡Charny, Charny, si habéis hecho eso, sois el más

leal de los hombres; hacía mal en quejarme y nada he perdido!

Y la reina alargó sus dos brazos a Charny como para atraerle a sí.

Pero el conde permaneció en su sitio.

—No la he rasgado, ni tampoco la arrojé al fuego —dijo.

—Pues entonces —repuso la reina, apoyándose en el respaldo de la silla—, ¿cómo es que no la habéis leído?

—La carta no debía serme entregada por mi hermano sino en el caso en que yo estuviera herido de muerte. ¡Ay de mí!, no era yo quien debía morir, sino él..., y cuando sucumbió me llevaron

sus papeles, entre los cuales se hallaba la carta de la condesa... con esta nota que veis... Tomad, señora.

Y Charny presentó a la reina el billete escrito de mano de Isidoro, y que acompañaba a la carta.

María Antonieta, tomándole con mano temblorosa, llamó.

Durante la escena que acabamos de referir había oscurecido.

—¡Luz al instante! —dijo.

El criado salió, y siguió una pausa de un minuto, durante la cual no se oyó más que la respiración ansiosa de la reina y los latidos precipitados de su corazón.

El criado entró con dos candelabros, que dejó sobre la chimenea.

La reina no le dio ni siquiera tiempo para retirarse, y mientras que se alejaba, cerrando la puerta, se acercó a la chimenea con el billete en la mano.

Pero dos veces fijó los ojos en el papel, sin ver nada.

—¡Oh! —murmuró—, esto no es papel, es fuego.

Y pasándose la mano por los ojos como para devolverles la facultad de ver, que parecían haber perdido, exclamó, golpeando impaciente el suelo con el pie:

—¡Dios mío, Dios mío!

Por último, a fuerza de voluntad, su mano dejó de temblar y sus ojos comenzaron a ver.

Entonces leyó con voz ronca, que en nada se parecía a la que tenía de costumbre:

«Esta carta no es para mí, sino para mi hermano el conde Oliverio de Charny, y está escrita por su esposa la condesa de Charny».

La reina se detuvo algunos segundos, y después continuó:

«Si me ocurriese alguna desgracia, se ruega al que encuentre este papel, que lo envíe al conde Oliverio de Charny, o bien a la condesa».

La reina se detuvo por segunda vez, y continuó: «La he recibido de esta última, con la recomendación siguiente:».

—¡Veamos la recomendación! — murmuró la reina.

Y se pasó de nuevo la mano por los ojos.

«Si el conde tuviese buen éxito y no sufriera ningún percance en la empresa que acomete, devuélvase la carta a la condesa».

La voz de la reina era cada vez más ansiosa a medida que leía.

Y prosiguió:

«Si estuviese herido gravemente,

pero sin peligro de muerte, rogarle que conceda a su esposa la gracia de reunirse con él».

—¡Oh es claro! —balbuceó la reina.

Y con voz casi ininteligible, prosiguió:

«En fin, si estuviese herido de muerte darle esta carta, y si no pudiera leerla él mismo que se la lean, a fin de que antes de expirar conozca el secreto que contiene».

—Vamos, ¿lo negaréis ahora? —exclamó María Antonieta, fijando en el conde una mirada de fuego.

—¿El qué?

—¡Dios mío... que os ama!...

—¿Que la condesa me ama?... ¿Qué me decís, señora? —exclamó a su vez Charny.

—¡Oh!, ¡qué desgraciada soy, digo la verdad!

—¡La condesa me ama! ¡Imposible!

—Y ¿por qué? ¡Bien os amo yo!

—Pero si la condesa me amase, me lo hubiera dicho hace seis años, o al menos, me lo habría dado a conocer.

Para la pobre María Antonieta había llegado el momento en que sufría tanto, que experimentaba la necesidad de sepultar su padecimiento en lo más profundo del corazón como si fuera un puñal.

—No —exclamó—, nada os ha dejado ver, ni os ha dicho una palabra; pero si ha procedido así es porque sabe muy bien que no puede ser vuestra esposa.

—¿La condesa de Charny no puede ser mi esposa? —repitió Oliverio.

—Es que ella sabe muy bien —continuó la reina, embriagándose en su propio dolor—, que hay entre vosotros dos un secreto que mataría vuestro amor.

—¿Un secreto que mataría nuestro amor?

—¡Es porque sabe muy bien que desde el momento en que hablara, la despreciaríais!

—¿Yo despreciar a la condesa?...

—A menos que no se desprecie a la mujer joven sin esposo y a la madre sin marido...

Charny fue ahora quien se puso pálido como la muerte y buscó un apoyo en el sillón más próximo a su mano.

—¡Oh!, señora, señora —exclamó—, habéis dicho demasiado o no lo bastante, y tengo derecho para pedir os una explicación.

—¡Una explicación, caballero! ¿A mí, a la reina, pedir una explicación?

—Sí señora —contestó Charny—, y os la pido.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¿Qué quieren? —preguntó la reina impaciente.

—Vuestra Majestad —contestó el ayuda de cámara—, dijo que siempre estaría para el doctor Gilberto.

—Bien... ¿qué?

—El doctor solicita audiencia para ofrecer sus respetos a Vuestra Majestad.

—¡El doctor Gilberto! —exclamó la reina—. ¿Estáis bien seguro de que es el doctor?

—Sí, señora.

—¡Oh!, pues que entre entonces —dijo la reina.

Y volviéndose hacia Charny, añadió, elevando la voz:

—Deseáis una explicación respecto a la señora Andrea; pues bien, pedídsela al doctor Gilberto, que os la puede dar mejor que nadie.

Entretanto el doctor había entrado, oyendo las palabras que María Antonieta acababa de pronunciar, y había permanecido de pie e inmóvil en el umbral de la puerta.

En cuanto a la reina, devolviendo a Charny el billete de su hermano, dio algunos pasos en dirección a su gabinete tocador; pero más rápido que ella, el conde la cerró el paso, y cogiéndola del brazo, dijo:

—Dispensad, señora, pero esa

explicación debe darse delante de vos.

—¡Caballero —exclamó la reina, con los ojos brillantes y los dientes apretados—, me parece que olvidáis quién soy!

—¡Sois una amiga ingrata que calumnia a su amiga; sois una mujer celosa que insulta a otra mujer, a la esposa de un hombre que desde hace tres días arriesgó veinte veces la vida por vos, la esposa del conde de Charny! Por lo tanto, delante de vos, que la habéis calumniado e injuriado, se hará justicia... Sentaos, pues, y esperad.

—Pues bien, sea —dijo la reina—. Señor Gilberto —continuó, tratando de

sonreír sin conseguirlo—, ya oís lo que el señor desea.

—Señor Gilberto —replicó Charny, con un tono de cortesía y de dignidad—, ya oís lo que la reina ordena.

—¡Oh, señora, señora!... —murmuró.

Y volviéndose hacia Charny le dijo:

—Señor conde, lo que debo revelaros es la vergüenza de un hombre y la gloria de una mujer. Un desgraciado, un campesino, un mísero gusano, amaba a la señorita de Taverney. Cierta día la encontró desmayada, y sin respeto a su juventud, a su hermosura y a su inocencia, el miserable la violó, y he

aquí como la joven fue mujer sin esposo y madre sin marido... ¡La señorita de Taverney es un ángel! ¡La señora de Charny es una mártir!

—Gracias, doctor —dijo el conde.

Y dirigiéndose a la reina, añadió:

—Señora, no sabía que la señorita de Taverney hubiese sido tan desgraciada, ni tampoco que la señora de Charny fuese tan respetable. A no ser por esto, os ruego que creáis que no habría dejado pasar seis años sin arrodillarme a sus pies y adorarla como merece ser adorada.

Así diciendo se inclinó ante la reina estupefacta y salió, sin que la infeliz

María Antonieta osara hacer un movimiento para detenerle.

Pero oyó el grito de dolor que había proferido al ver la puerta cerrarse entre ella y él.

Era porque comprendía que en aquella puerta, como en la del infierno, la mano del demonio de los celos acababa de escribir esta terrible sentencia:

Lasciate ogni speranza!

Capítulo CVII

LA LANZADA

Digamos algo sobre lo que ocurría a la condesa de Charny durante la escena que se produjo entre el conde y la reina, escena que acabamos de referir, y la cual terminaba tan tristemente una larga serie de dolores.

Por lo pronto, para nosotros que conocemos el estado de su corazón, fácil nos será imaginar que la condesa sufría mucho desde la marcha de Isidoro.

Temblaba al pensar en el éxito o el fracaso de aquel gran proyecto, adivinando que se trataba de una fuga.

En efecto; si se obtenía buen éxito, conocía demasiado bien la fidelidad del conde a sus señores, para estar segura de que cuando estos se hallaran en el destierro no se separaría de su lado; y si el plan fracasaba, conocía lo bastante el valor de Oliverio para no dudar que lucharía hasta la última hora, mientras quedase alguna esperanza, y hasta cuando se hubiesen perdido todas.

Desde el momento en que Isidoro se despidió de ella, la condesa no dejó de estar continuamente atenta con la vista y

el oído, para ver u oír todo cuanto pudiera proporcionarle algún indicio.

Al día siguiente supo, como toda la población parisiense, que el rey y la familia real habían salido de París por la noche.

Ningún accidente había señalado la partida.

Puesto que la familia real se marchaba, no podía dudar que Charny iba con ella.

Exhaló un profundo suspiro y se arrodilló, pidiendo a Dios que el viaje fuera feliz.

Después, durante dos días, París permaneció mudo y sin eco.

Por fin, en la mañana del tercer día se oyó un gran rumor en la ciudad: el rey estaba detenido en Varennes.

No se conocía ningún detalle; fuera de este relámpago, todo quedaba oscuro.

El rey estaba detenido en Varennes, y nada más.

Andrea ignoraba lo que era Varennes. Esta pequeña ciudad, tan fatalmente célebre desde entonces, este burgo, que debía ser más tarde una amenaza para toda monarquía, participaba en aquella época de la oscuridad en que se hallaban y se hallan sumidos aún diez mil distritos de Francia tan poco importantes y tan

desconocidos como el de que hablamos.

Andrea abrió un diccionario geográfico y leyó:

«Varennés, en Argonne, cabeza de cantón, 1607 habitantes».

Después buscó en un mapa y vio que Varennés era como un centro de triángulo entre Stenay, Verdún y Châlons, en el lindero de su bosque, a orillas de su pequeño río.

En este oscuro punto de Francia fue donde se concentró en adelante toda su atención, y allí vivió con sus pensamientos, con sus esperanzas y temores.

Poco a poco, después de la gran

noticia, llegaron las que eran secundarias, así como al salir el sol, después del gran conjunto que saca del caos, se reciben poco a poco los pequeños detalles.

Estos últimos eran de gran importancia para la condesa.

Decíase que el señor de Bouillé había perseguido al rey y atacado a los que le escoltaban, y que después de un reñido combate debió retirarse, dejando a la familia real en poder de los patriotas vencedores.

Sin duda Charny había tomado parte en aquel combate, y seguramente se retiraría el último si no había quedado

en el campo de batalla.

Después, muy pronto se anunció que uno de los tres guardias de corps que acompañaban al rey había sido muerto.

Luego comenzó a circular el nombre, pero no se sabía cual, si era el vizconde o el conde, si Isidoro u Oliverio de Charny.

Era un Charny, y no se podía decir más.

Durante los dos días en que esta cuestión se mantuvo indecisa, el corazón de Andrea sufrió indecibles angustias.

Al fin se anunció el regreso del rey y de la familia real para el sábado 26.

Los augustos prisioneros habían

pernoctado en la población de Meaux.

Calculando el tiempo y el espacio según la marcha acostumbrada, el rey debía estar en París antes de medio día; suponiendo que volviera a las Tullerías por el camino más directo, entraría en París por el arrabal San Martín.

A las once, la señora de Charny, vestida con la mayor sencillez y el rostro cubierto por un velo, hallábase en la barrera.

Esperó hasta las tres. A estas horas las primeras oleadas de la multitud, que lo arrollaba todo a su paso, anunciaron que el rey, dando la vuelta a la ciudad, entraría por la barrera de los Campos

Elíseos.

Era necesario atravesar todo París y a pie, pues nadie se hubiera atrevido a circular en coche en medio de la compacta multitud que llenaba las calles.

Desde la toma de la Bastilla, jamás se había visto semejante muchedumbre en el bulevar.

Andrea no vaciló, y tomando el camino de los Campos Elíseos llegó de las primeras.

Allí esperó otras tres horas, tres horas mortales.

Al fin apareció el cortejo. Ya hemos dicho en qué orden y en qué condiciones

marchaba.

Andrea vio pasar el carruaje y profirió un ruidoso grito de alegría, pues acababa de reconocer a Charny en el pescante.

Un grito que se hubiera tomado por el eco del suyo, si no hubiese sido de dolor, la contestó.

Andrea se volvió hacia el lado de donde procedía: una joven forcejeaba entre los brazos de tres o cuatro personas caritativas que se apresuraban a prestarla auxilio.

Parecía presa de la más violenta desesperación.

Tal vez Andrea hubiera fijado más

su atención en aquella joven, si no hubiese oído murmurar en su derredor toda clase de imprecaciones contra los tres hombres que venían sentados en el pescante del coche del rey.

Sobre ellos recaería la cólera del pueblo; ellos serían los emisarios de aquella gran traición real, e indudablemente los harían pedazos apenas se detuviera el coche.

¡Y Charny era uno de aquellos tres hombres!

Andrea resolvió hacer todo cuanto pudiera a fin de penetrar en el jardín de las Tullerías.

Mas para esto era preciso costear la

multitud, volver por la orilla del agua, es decir, por el muelle de la Conferencia, y entrar en el jardín, si la cosa era posible, por el muelle de las Tullerías.

Andrea se dirigió hacia la calle de Chaillot y llegó al muelle.

A fuerza de tentativas, y a riesgo de ser aplastada veinte veces, consiguió franquear la verja; mas tal era la multitud que se apiñaba en el sitio donde el coche debía detenerse, que no se podía pensar en acercarse a las primeras filas.

Andrea reflexionó que desde el terraplén de la orilla del agua dominaría

toda aquella multitud, aunque la distancia sería demasiado considerable para que pudiese distinguir nada en detalle, ni menos oír.

Pero, no importaba, aunque viese y oyera mal, esto valía más que no ver ni oír nada absolutamente.

Y subió al terraplén de la orilla del agua.

Desde allí, en efecto, veía el pescante del coche, a Charny y a los dos guardias; a Charny, que no sospechaba que a cien pasos del sitio donde se hallaba, un corazón latía por él con violencia; Charny, que en aquel instante no tenía probablemente un recuerdo para

Andrea; Charny, que pensando tan sólo en la reina, olvidando su propia seguridad para atender a la de aquella.

¡Oh!, ¡si ella hubiera sabido que en aquel momento Charny oprimía su carta contra el corazón, ofreciéndole en pensamiento el último suspiro que se creía a punto de exhalar!

Al fin se detuvo el coche en medio de los gritos, las vociferaciones y los clamores.

Casi en el mismo instante se produjo en torno de aquel coche un ruido espantoso, un gran movimiento, un tumulto inmenso.

Las bayonetas, las picas y los sables

se elevaron: hubiérase dicho que aquello era una cosecha de hierro brotando bajo la tempestad.

Los tres hombres, precipitados del pescante, desaparecieron como si hubieran caído en un abismo, y después prodújose tal remolino en aquella muchedumbre, que las últimas filas, refluyendo hacia atrás, fueron a romperse contra el muro de contención del terraplén.

Andrea estaba poseída de angustia; palpitante y con los brazos extendidos, produjo sonidos inarticulados en medio de aquel concierto terrible en que tan sólo se oían maldiciones, blasfemias y

gritos de muerte.

Después no supo ya darse cuenta de lo que pasaba; parecióle que la tierra daba vueltas, que el cielo tomaba un color rojo, y en sus oídos resonó como un rumor semejante al rugido del mar.

Era la sangre que subía del corazón a la cabeza, invadiendo el cerebro.

Y cayó medio desmayada, comprendiendo tan sólo por su padecimiento que aún estaba viva.

Una impresión de frescura la hizo volver en sí: una mujer aplicaba en su frente un pañuelo mojado en agua del Sena, mientras que otra la hacía respirar un frasco de esencias.

Entonces se acordó de aquella mujer que había visto moribunda como ella en la barrera, sin saber qué instintiva analogía relacionaba por un lazo desconocido el dolor de aquella mujer con el suyo propio.

Al volver en sí, sus primeras palabras fueron:

—¿Han muerto?

La compasión es inteligente; los que rodeaban a Andrea, comprendiendo que se trataba de aquellos tres hombres cuya vida había sido amenazada tan cruelmente, contestaron:

—No, se han salvado.

—¿Los tres? —preguntó Andrea.

—Sí, los tres.

—¡Oh!, ¡loado sea Dios!... ¿Dónde están?

—Se cree que se hallan en el palacio.

—¿En el palacio? ¡Gracias!

Y levantándose, moviendo la cabeza y tratando de orientarse, Andrea salió por la verja de la orilla del agua, a fin de entrar por el postigo del Louvre.

Pensaba con razón que la multitud sería menos compacta por aquel sitio.

La calle de las Ortigas estaba casi desierta.

Atravesó un ángulo de la plaza del Carrousel, penetró en el patio de los

Príncipes y precipitóse en la portería.

El conserje conocía a la condesa, por haberla visto entrar en el palacio y salir durante los dos o tres primeros días del regreso de Versalles.

Después la vio salir de nuevo para no entrar más, el día en que, perseguida por Sebastián, Andrea se llevó al niño en su coche.

El conserje consintió en ir a tomar informes, y por los corredores llegó muy pronto al centro del palacio.

Los tres oficiales se habían salvado; el señor de Charny se hallaba en su habitación sin novedad.

Hacía un cuarto de hora que había

salido de ella, vistiendo el uniforme de oficial de marina, y ahora debía hallarse en la habitación de la reina.

Andrea respiró, alargó su bolsa al que le daba estos detalles, y aturdida y ansiosa pidió un vaso de agua.

¡Ah! Charny, pues, se había salvado.

Dio gracias al buen hombre, y tomó de nuevo el camino de la calle de Cocq-Héron.

Llegada a su casa, fue a caer, no en una silla ni en el sofá, sino en su reclinatorio.

No era para rezar verbalmente, pues hay instantes en que el agradecimiento al Señor es tan grande, que las palabras

faltan; entonces, son los brazos, los ojos, todo el corazón y el alma, los que dan gracias a Dios.

Andrea estaba sumida en aquel feliz éxtasis cuando oyó abrir la puerta, y se volvió lentamente sin comprender nada de aquel ruido de la tierra que la sorprendía en lo más profundo de su meditación.

Su doncella estaba en pie buscándola con los ojos, pues hallábase como perdida en la oscuridad.

Detrás de la doncella veíase una sombra, una forma indecisa, pero a la cual su instinto dio al punto contornos y un nombre.

—El señor conde de Charny, dijo la doncella.

Andrea quiso levantarse, pero las fuerzas le faltaron; volvió a caer de rodillas sobre el almohadón, y volviéndose a medias, apoyó su brazo en el declive del reclinatorio.

—¡El conde —murmuró—, el conde!

Y aunque estuviese allí ante sus ojos, no podía creer en su presencia.

Andrea hizo una señal con la cabeza, sin que la fuera posible hablar; la doncella se apartó para dejar paso a Charny, y volvió a cerrar la puerta.

Charny y la condesa quedaron solos.

—Me han dicho que acabáis de entrar, señora —dijo Charny—. ¿No será una indiscreción haberos seguido tan de cerca?

—No —contestó Andrea con voz temblorosa—, no; bienvenido seáis, caballero. Estaba tan inquieta que salí para saber qué pasaba.

—¿Habéis salido... largo tiempo hace?...

—Esta mañana, caballero; primeramente fui a la barrera de San Martín y después a la de los Campos Elíseos; aquí... he visto... al rey y a la familia real... y también a vos, lo cual me tranquilizó, por el pronto, al menos,

pues se temía por vos al bajar del coche. Entonces volví al jardín de las Tullerías, donde pensé que me moría...

—Sí —replicó Charny—, la multitud era considerable; estabais oprimida, casi ahogada, lo comprendo...

—No, no —replicó Andrea moviendo la cabeza—, no es eso. En fin, me informé; supe que estabais a salvo, volví a casa, y ya lo veis... estaba de rodillas, dando gracias a Dios.

Puesto que estáis de rodillas, señora, puesto que habláis al señor, no os levantéis sin decirle algunas palabras por mi pobre hermano.

—¿El señor Isidoro? ¡Ah!, ¡conque

era él!... ¡Desgraciado joven!

Y Andrea dejó caer su cabeza entre las manos.

Charny dio algunos pasos hacia delante, y miró con profunda expresión de ternura y de melancolía aquella casta mujer que oraba.

Revelábase además en sus ojos un profundo sentimiento de conmiseración, de mansedumbre y de misericordia.

Después algo como un deseo reprimido.

¿No le había dicho la reina, o más bien, no había dejado escapar la revelación de que Andrea le amaba?

Terminada su oración, la condesa se

volvió.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Sí, señora, como el pobre Jorge, por la misma causa y cumpliendo el mismo deber.

—Y ¿en medio del dolor profundo que debisteis experimentar por la muerte de un hermano, habéis tenido tiempo para pensar en mí, caballero? —dijo Andrea con voz tan débil que sus palabras no eran apenas comprensibles.

Por fortuna Charny la escuchaba con el corazón y con los oídos a la vez.

—Señora —dijo—, ¿no habíais confiado a mi hermano una misión para mí?

—¡Caballero!... —balbuceó

Andrea, apoyándose sobre una rodilla y mirando al conde con ansiedad.

—¿No le habíais entregado una carta para mí?

—¡Caballero!... —repitió Andrea con voz temblorosa.

—Después de la muerte del pobre Isidoro me entregaron sus papeles, señora, y entre ellos se hallaba vuestra carta.

—¿La habéis leído? —exclamó Andrea, ocultando su cabeza entre las manos—. ¡Ah!...

—Señora, yo no debía conocer el contenido de esa carta sino en el caso de

estar herido mortalmente, y bien veis que me hallo sano y salvo.

—¿De modo que la carta?...

—Hela aquí, señora, tal como se la entregasteis a Isidoro.

—¡Oh! —murmuró Andrea tomando la carta—, es muy hermoso... o muy cruel lo que hacéis.

Charny extendió el brazo, y cogiendo la mano de Andrea la estrechó entre las suyas.

La condesa hizo un movimiento para retirarla.

Y como Charny insistiese murmurando «¡Por favor, señora!», exhaló un suspiro casi de espanto; pero

sin fuerza contra sí misma, dejó su mano temblorosa y húmeda entre las del conde.

Entonces, confusa, no sabiendo donde fijar la vista, ni cómo evitar la mirada de Charny, pues adivinaba que estaba fija en ella, dijo:

—Sí, comprendo, caballero, habéis venido para devolverme la carta...

—Para esto en primer lugar, señora, y también para otra cosa... Debo pedirlos muchos perdones, condesa.

Andrea se estremeció hasta el fondo del corazón; era la primera vez que Charny le daba este título sin anteponer la palabra *señora*.

Además, su voz había pronunciado la frase con un acento de infinita dulzura.

—¿Perdones a mí, señor conde? Y ¿con qué motivo?

—Por la manera de conducirme con vos durante seis años...

Andrea miró al conde con profundo asombro.

—¿Me he quejado alguna vez, caballero? —preguntó.

—¡No, señora, porque sois un ángel!
A pesar suyo, los ojos de Andrea se velaron, y sintió que las lágrimas se deslizaban bajo sus párpados.

—¿Lloráis, Andrea? —dijo Charny.

—¡Oh! —exclamó Andrea,
derramando abundantes lágrimas—,
dispensadme, caballero, pero no estoy
acostumbrada a que me habléis así...
¡Dios mío, Dios mío!

Y se dejó caer en un canapé,
ocultando la cabeza entre sus manos.

Después, al cabo de un instante;
separólas de su rostro y exclamó:

—¡Verdaderamente estoy loca!

De pronto se detuvo, mientras que
ocultaba los ojos entre sus manos;
Charny se había arrodillado ante ella.

—¡Oh! —exclamó—, ¡vos de
rodillas y a mis pies!

—¿No os he dicho, Andrea, que

venía a pedirlos perdón?

—¡A mis pies! —repitió, como si no pudiera creer en lo que veía.

—Andrea, me habéis retirado vuestra mano —exclamó Charny.

Y ofreció de nuevo la suya a la condesa.

Pero esta última, retrocediendo con un sentimiento que se asemejaba al terror, murmuró:

—Pero ¿qué quiere decir esto?

—¡Andrea —contestó Charny con su más dulce voz—, esto quiere decir que os amo!

Andrea apoyó la mano sobre su corazón y profirió un grito.

Después, poniéndose en pie, como impulsada por un resorte, oprimió sus sienes entre las manos, diciendo:

—¡Me ama, me ama! ¡Es imposible!

—Decid que es imposible que vos me améis, pero no que yo os ame.

Andrea fijó su mirada en Charny como para asegurarse de que decía la verdad; los grandes ojos negros del conde expresaban mucho más que sus palabras.

Andrea hubiera podido dudar de estas últimas, pero no dudó de la mirada.

—¡Oh! —murmuró—. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿habrá en el mundo una mujer

más desgraciada que yo?

—Andrea —continuó Charny—, decidme que me amáis, o por lo menos que no me aborrecéis.

—¡Yo aborreceros! —exclamó Andrea.

Y a su vez, en sus ojos tan límpidos y serenos brilló un doble relámpago.

—¡Oh!, caballero, seríais muy injusto si tomarais por odio el sentimiento que me inspiráis.

—Pero, en fin, si no es odio ni amor, ¿qué es, Andrea?

—No es amor, porque no me está permitido amaros. ¿No me habéis oído exclamar hace un momento que era la

mujer más desgraciada de la tierra?

—Y ¿por qué no se os permite amarme, cuando yo os amo con todas las fuerzas de mi corazón?

—¡Oh!, he aquí lo que no quiero, he aquí lo que no puedo, he aquí lo que no me atrevo a deciros —contestó Andrea, retorciéndose los brazos.

—Pero ¿y si otra persona —replicó Charny, dulcificando más aún su voz— me hubiese dicho lo que no queréis, ni podéis, ni osáis decirme?

Andrea apoyó sus dos manos en los hombros de Charny.

—¿Cómo? —exclamó con espanto.

—¿Y si yo lo supiera? —continuó

Charny.

—¡Dios mío!

—¿Y si considerándoos más digna y más respetable por esa desgracia misma; y si al saber ese terrible secreto hubiera decidido venir a deciros que os amaba?

—Si hubierais hecho eso, caballero, seríais el más noble y más generoso de los hombres.

—¡Os amo, Andrea —repitió Charny —, os amo con toda mi alma!

—¡Ah! —exclamó Andrea, levantando los brazos al cielo—, ¡no sabía, Dios mío, que pudiera haber semejante alegría en este mundo!

—Pero a vuestra vez, Andrea,

decidme que me amáis —exclamó Charny.

—¡Oh!, no me atrevería; pero leed esa carta que debían entregaros en vuestro lecho de muerte.

Y presentó al conde la carta que había traído. Mientras que Andrea se cubría el rostro con ambas manos, Charny rasgó el sobre de la carta, leyó las primeras líneas, dejó escapar un grito, y cogiendo las manos de la condesa las aplicó a su corazón.

—Desde el día en que me has visto, desde hace seis años —exclamó—, ¿cómo te amaré yo lo bastante para hacerte olvidar lo que has sufrido?

—¡Dios mío! —murmuró Andrea, doblegándose como una carga bajo el peso de tanta felicidad— si esto es un sueño, no me despierte jamás, o que muera al despertar...

Y ahora olvidemos a los que son felices, para volver a los que sufren, que luchan o que odian, y tal vez su mal destino les olvidará como nosotros.

Capítulo CVIII

UN POCO DE SOMBRA DESPUÉS DEL SOL

El 16 de julio de 1791, es decir, algunos días después de los acontecimientos que acabamos de referir, dos nuevos personajes, que no hemos querido dar a conocer antes a nuestros lectores, a fin de presentarlos bajo su verdadera luz, escribían ambos en la misma mesa en el saloncito de un

tercer piso del palacio Británico, situado en la calle de Guénegaud.

Una de las puertas de este saloncito se comunicaba con un modesto comedor, donde se reconocía en todo el acostumbrado ajuar de los pisos que se alquilan con muebles, y otra conducía a una alcoba donde se veían dos lechos iguales.

Los dos escritores eran de sexo diferente, y debe hacerse de ellos particular mención.

El hombre parecía tener unos sesenta años, tal vez algo menos; era alto y enjuto, y tenía a la vez un aire austero y apasionado las líneas rectas de su rostro

indicaban un pensador tranquilo y formal, en el que las cualidades rígidas y la rectitud se anteponían a los caprichos del pensamiento.

La mujer no representaba más que de treinta a treinta y dos años, aunque en realidad tuviese más de treinta y seis. Por sus colores subidos y el vigor de las formas, fácil era de ver que pertenecía a la clase del pueblo; tenía ojos magníficos, de ese color indeciso que participa a la vez del gris y del azul, y de expresión resuelta; la boca grande, aunque con labios frescos, y la dentadura muy blanca, la barbilla y la nariz remangadas, la mano hermosa,

aunque algo gruesa el talle bien formado, el cuello de correctos perfiles, y caderas semejantes a las de la Venus de Siracusa.

El hombre era Juan María Roland de La Platière, nacido en 1732 en Villefranche, cerca de Lyon.

La mujer era Marion-Juana Phlipon, nacida en París en 1754.

Se habían casado once años antes, es decir, en 1780.

Ya hemos indicado que la mujer era de raza plebeya, como los nombres lo prueban: así el nombre de pila como el apellido, denuncian el origen. Hija de un grabador, trabajaba ella misma en este

oficio, hasta que a la edad de veinticinco años se casó con Roland, que tenía veintidós más que ella; entonces, dejando el oficio de grabador, se hizo copista, traductora y copiladora. Obras como el *Arte del fabricante de lana rasa y seca* y el *Diccionario de las fábricas*, habían absorbido en un pesado e ingrato trabajo los más hermosos años de aquella mujer de vigorosa naturaleza, que se conservó virgen de toda falta, si no de toda pasión, no por esterilidad de sentimientos, sino por pureza de alma.

En el cariño que había consagrado a su esposo, el respeto de la hija se anteponía al amor de la mujer, que era

una especie de culto casto, fuera de todas las relaciones físicas; llegaba hasta el punto de hacerla dejar su trabajo del día, que desempeñaba por la noche, para preparar las comidas de su esposo, cuyo estómago debilitado no podía soportar más que cierto género de alimento.

En 1789, la señora Roland observaba esta vida oscura y laboriosa en provincia. Su marido habitaba entonces en lo que llamaban cercado de La Platière, del que tomó el nombre; estaba situado en Villefranche, cerca de Lyon, y allí fue donde los dos se estremecieron al oír el cañón de la

Bastilla.

Al estampido de aquel cañón se despertó todo cuanto había de grande, de patriótico y de santamente francés en el corazón de aquella noble mujer. ¡Francia no era ya un reino, sino una nación, no era simplemente un país que se habita, sino una patria! La federación de 1790 llegó; la de Lyon, según se recordará, precedió a la de París. Juana Phlipon, que en la casa paterna del muelle del Reloj veía diariamente, mirando desde su ventana el azulado cielo, la salida del sol, que podía seguir hasta la extremidad de los Campos Elíseos, donde parecía tocar las verdes copas de los árboles,

había observado, desde las tres de la madrugada, cómo aparecía en lo alto de Fourvieres aquel otro sol más devorador y de otro modo luminoso que se llama libertad. Desde allí su mirada había contemplado aquella gran fiesta ciudadana; desde allí, su corazón se sumergió en aquel océano de fraternidad, y había salido, como Aquiles, invulnerable en todas partes, excepto en una sola. Precisamente en esta fue donde la hirió el amor; pero no sucumbió a consecuencia de esto.

En la noche de aquel gran día, entusiasta por todo cuanto había visto, inspirada por la poesía y su afición a la

historia, había escrito el relato de la fiesta, el cual envió a su amigo Champagneux, redactor en jefe del *Journal de Lyon*. El joven, asombrado y maravillado por aquel ardiente relato, publicóle en su diario, y al día siguiente, aunque su tirada ordinaria no excedía de mil doscientos a mil quinientos ejemplares, esta vez ascendió a sesenta mil.

Expliquemos en dos palabras cómo aquella imaginación de poetisa y aquel corazón de mujer tomaron tanto ardimiento en la política: era porque Juana Phlipon, tratada por su padre como un obrero grabador y por su

marido como un secretario, sin tocar en la casa, paterna o en la de su esposo más que las cosas austeras de la vida, la señora Roland, por cuyas manos no había pasado nunca un libro frívolo, consideraba como una gran distracción, como un supremo pasatiempo, el *Proceso verbal de los electores* del 89, o el *Relato de la toma de la Bastilla*.

En cuanto a Roland, era un ejemplo de los cambios que la Providencia, la casualidad o la fatalidad pueden producir por un hecho sin ninguna importancia en la vida de un hombre o en la existencia de un imperio.

Era el último de cinco hermanos.

Querían que se consagrara al sacerdocio; pero prefirió ser seglar. A los diecinueve años abandona la casa paterna, y solo, a pie y sin dinero atraviesa la Francia, se dirige a Nantes, se coloca en casa de un armero, y obtiene que se le envíe a las Indias. En el momento de marchar, en la hora misma en que se aparea el buque, le sobreviene un considerable vómito de sangre y el médico le prohíbe el mar.

¡Si Cromwell se hubiera embarcado para América en vez de permanecer en Inglaterra, por la orden de Carlos I, tal vez no se habría elevado el cadalso de White-Hall! ¡Si Roland hubiese

marchado a las Indias, tal vez no se hubiera tenido un 10 de Agosto!

No pudiendo Roland satisfacer los deseos del armador en cuya casa había entrado, salió de Nantes y dirigióse a Rouen, donde uno de sus parientes, a quien se dirige, reconoce el valor del joven y obtiene para él la plaza de inspector de fábricas.

Desde entonces, la vida de Roland se convierte en una vida de estudio y de trabajo; la economía es su musa; el comercio, el dios que le inspira; viaja, recopila, escribe memorias sobre la cría de ganado y teorías sobre las artes mecánicas: las *Cartas de Sicilia*, de

Italia, de Malta; el Hacendista francés, y las otras obras citadas ya, que manda copiar a su mujer, con la cual se casó, como ya hemos dicho, en 1780. Cuatro años después hace un viaje con ella a Inglaterra; a su regreso la envía a París para solicitar cartas de nobleza, y pedir la inspección de Lyon en vez de la de Rouen. En esto último obtiene buen resultado; pero en cuanto a las cartas de nobleza no consigue su objeto. He aquí a Roland en Lyon, perteneciendo, a pesar suyo, al partido popular, hacia el cual, por otra parte, le impelían sus instintos y sus convicciones. Ejerce el cargo de inspector de comercio y de fábricas en

Lyon cuando la revolución estalla, y en aquella nueva aurora regenerativa, él y su mujer sienten germinar en el corazón esa hermosa planta de hojas de oro y flor de diamante que se llama entusiasmo. Ya hemos visto cómo *madame* Roland escribe el relato de la fiesta del 30 de mayo, cómo el diario que la publicó hizo una tirada de sesenta mil ejemplares, y cómo cada guardia nacional que vuelve a su pueblo, a su aldea o a su ciudad, lleva consigo una parte del alma de *madame* Roland.

Y como el diario no va firmado ni el artículo tampoco, se puede pensar que la Libertad misma es la que ha dictado en

algún prospecto desconocido el relato de la fiesta, así como un ángel dictaba el Evangelio a San Juan.

Los dos esposos estaban allí llenos de creencia, de fe y de esperanza, viviendo en medio de un reducido círculo de amigos, Champagneux, Bosc, Lanthenas, y otros dos o tres tal vez, cuando un nuevo amigo ingresó en el círculo.

Lanthenas, que trataba familiarmente con los Roland, pasando en su casa días enteros, semanas y meses, presentó cierta noche a uno de sus electores que tanto había admirado *madame* Roland.

Se llamaba Bancal des Issarts.

Era hombre de treinta y nueve años, guapo, sencillo afable y religioso; no había en él nada que fuese en realidad brillante; pero tenía buen corazón y alma caritativa.

Había sido notario, y dejó su cargo para lanzarse de lleno en la política y en la filosofía.

Al cabo de una semana de estar en la casa el nuevo huésped, Lauthenas, Roland y él se convenían tan bien, y aquel grupo formaba tan armoniosa trinidad por su fidelidad a la patria, por su amor a la libertad y por respeto a todas las cosas santas, que los tres hombres resolvieron no separarse ya y

vivir juntos, contribuyendo a los gastos por partes iguales.

Cuando Bancal los abandonó momentáneamente, fue cuando se hizo sentir la necesidad de aquella reunión.

«Venid, amigo mío —le escribía Roland—. ¿Por qué tardáis? Ya habéis visto nuestro modo franco de vivir y de obrar; y a mi edad no se cambia cuando no se ha variado nunca. Nosotros predicamos el patriotismo y elevamos el alma. Lanthenas desempeña sus deberes de doctor; mi mujer es la enfermera, y vos y yo dirigiremos los asuntos de sociedad».

La reunión de aquellas tres medianías doradas formaba, en efecto, algo semejante a una pequeña fortuna: Lanthenas poseía veinte mil libras poco más o menos; Roland setenta mil y Bancal cien mil.

Entretanto, Roland ejercía su misión de apóstol; catequizaba en excursiones de inspector a los campesinos del país, y excelente andarín, con su palo en la mano, aquel peregrino de la humanidad iba de norte a mediodía, de este a oeste, sembrando a su paso a derecha e izquierda, delante y detrás, la palabra nueva, la simiente fecunda de la libertad. Bancal, sencillo, elocuente,

apasionado, a pesar de su exterior frío, era para Roland un auxiliar, un discípulo, un sustituto, y ni siquiera le ocurrió al futuro colega de Clavières y de Dumoiriez que Bancal pudiese amar a su esposa y que esta le correspondiera. Desde hacía cinco o seis años, Lanthenas, muy joven aún, estaba cerca de la mujer casta, laboriosa, sobria y pura, como un hermano junto a su hermana. ¿No era *madame* Roland, su Juana, la estatua de la Fuerza y de la virtud?

Por eso Roland quedó muy contento cuando a la carta que acabamos de transcribir, Bancal contestó con otra muy

afectuosa y que expresa sincero cariño. Roland la recibió en Lyon, y enviola inmediatamente a La Platière, donde se hallaba su esposa.

—¡Oh!, no me leáis a mí, sino a Michelet, si por un simple análisis queréis conocer a esa mujer admirable que llama *madame* Roland.

Recibió la carta en uno de esos días calurosos en que la electricidad corre por el aire, en que los corazones más fríos se animan, y en que el mismo mármol medita y se estremece. Había llegado ya el otoño, y sin embargo, el cielo anunciaba una furiosa tempestad.

Desde el día que vio a Bancal,

alguna cosa desconocida se despertó en el corazón de la casta mujer; este corazón se había abierto, y como del cáliz de una flor salió un perfume, mientras que un canto, dulce como el de las avecillas en el fondo del bosque, susurraba a su oído. Hubiérase dicho que la primavera comenzaba para su imaginación, y que en el campo desconocido que entreveía detrás de la bruma que le interceptaba aún, la mano del poderoso maquinista a quien llaman Dios preparaba una decoración nueva llena de bosquecillos odoríferos, de frescas cascadas, de prados llenos de sombra y de espacios iluminados por el

sol.

No conocía el amor, pero sí, como todas las mujeres, le adivinaba; comprendió el peligro, y con lágrimas en los ojos, pero risueña, sentóse junto a una mesa, y sin vacilar, sin rodeos, escribió a Bancal, mostrándole, pobre Clorinda herida, el defecto de su armadura, confesando su debilidad, y a la vez matando del mismo golpe la esperanza que podía inspirar.

Bancal lo comprendió todo, no habló más de reunión, pasó a Inglaterra y allí permaneció dos años.

¡Aquellos eran corazones antiguos!
Por eso he pensado que sería agradable

para mis lectores, después de todos los tumultos y de las pasiones que acaba de atravesar, reposase un momento a la sombra fresca y pura de la belleza, de la fuerza y de la virtud.

Que no se diga que hacemos de *madame* Roland una mujer diferente de lo que era, casta en el taller de su padre, casta junto al lecho de su viejo esposo, casta junto a la cuna de su hija. A esa hora en que no se miente, escribía frente a la guillotina: «He dominado siempre todos mis sentidos, y nadie conoció menos que yo la voluptuosidad».

Y que no se haga de la frialdad de la mujer mérito de su honradez, no; el

tiempo a que hemos llegado es un tiempo de odio, pero también una época de amor. Francia daba el ejemplo; pobre, cautiva, aprisionada largos años, ahora se desataban sus cadenas para devolverle la libertad. Así como María Estuardo, al salir de su prisión, hubiera querido depositar un beso en los labios de la creación entera, reunir la naturaleza en sus brazos y fecundarla con su aliento, para que naciese la libertad del país y la independencia del mundo.

No; todas esas mujeres amaban santamente; todos aquellos hombres con ardimiento: Lucila y Camilo

Desmoulins, Danton y su Luisa, la señorita de Keralio y Roberto, Sofía y Condorcet, Vergniaud y la señorita Candeille. Hasta el frío y mordaz Robespierre, cortante como la cuchilla de la guillotina, sintió su corazón derretirse en ese gran foco de amor, pues adoró a la hija de su patrón, el carpintero Duplay, con el que le veremos trabar conocimiento.

Y ¿no era también amor, menos puro, ya lo sé, el de *madame* Tallen, el de *madame* Beauharnais, el de *madame* de Genlis, y todos esos amores cuyo soplo consolador rozó hasta en el cadalso el rostro pálido de los moribundos?

Sí, todo el mundo amaba en aquella bienaventurada época; y tómese aquí la palabra *amor* en todos los sentidos: los unos amaban la idea; los otros la materia; estos la patria, aquellos el género humano. Desde Rousseau, la necesidad de amar habría ido en aumento, y hubiérase dicho que se debía coger todo amor al paso; que al acercarse a la tumba, al abismo, todo corazón palpitaba bajo un soplo desconocido, apasionado y devorador; y, en fin, que cada pecho comunicaba su aliento al foco universal, y que este último se componía de todos los amores reunidos en uno solo.

Ya estamos muy lejos de ese viejo y de esa mujer joven que escribían en el piso tercero del palacio Británico; pero volvamos allí.

Capítulo CIX

LOS PRIMEROS REPUBLICANOS

El 20 de febrero de 1791, Roland había sido enviado de Lyon a París como diputado extraordinario; su misión era abogar por la causa de veinte mil obreros sin pan.

Hallábase en París hacía cinco meses cuando ocurrió el terrible acontecimiento de Varennes, que ejerció tanta influencia en el destino de nuestros

héroes y en la suerte de Francia, que hemos creído deber consagrarle cerca de un volumen.

Ahora bien, desde el regreso del rey, el 25 de junio, hasta el día a que hemos llegado, 16 de julio, habían ocurrido muchas cosas.

Todo el mundo había gritado: «¡El rey huye!». Todo el mundo corrió en pos de él, todo el mundo le trajo a París, y una vez de vuelta, una vez en la capital y en las Tullerías, nadie sabía qué hacer con Luis XVI.

Cada cual emitía su parecer; las opiniones llegaban de todos lados, y hubiérase dicho que eran vientos durante

la tempestad. ¡Desgraciado del barco que se hallase en el mar con semejante tormenta!

El 21 de junio, día de la fuga del rey, los Franciscanos habían hecho su programa, firmado por Legendre, aquel carnicero francés que la reina comparaba con el carnicero inglés Harrison.

En el programa se habían puesto por epígrafe los siguientes versos:

*Si en Francia se encontrase algún
traidor
que llorando a los reyes pidiera otro
señor,*

*muera el p rfido en medio del
tormento,
y que sus restos se los lleve el viento.*

Los versos, originales de Voltaire, eran malos y rimaban mal; pero tenían el mérito de expresar claramente el pensamiento de los patriotas que le publicaban.

En aquel programa declar base que todos los Franciscanos habían jurado dar de puñaladas a los tiranos que osasen atacar el territorio, la libertad y la constitución.

En cuanto a Marat, que va siempre solo, dando por pretexto de su

aislamiento que el águila vive solitaria y que los pavos forman bandadas, Marat propone un dictador.

«¡Elegid —dice en su diario—, elegid un buen francés, un buen patriota; elegid el ciudadano que desde el principio de la revolución manifieste más luces, más celo, más fidelidad y desinterés; elegidle sin tardanza, o la causa de la revolución está perdida!».

Lo cual quería decir: «¡Elegid a Marat!».

En cuanto a Prudhomme, no propone hombre alguno ni gobierno nuevo; pero aborrece el antiguo en la persona del rey y de sus descendientes. Escuchémosle:

«Al día siguiente, que era lunes, se llevó al delfín a tomar el aire en el terrado de las Tullerías que da al río; y cuando se divisaba un grupo bastante considerable de ciudadanos, un granadero a sueldo cogía al niño en sus brazos y le sentaba en el reborde de piedra del terrado. El pequeño príncipe, fiel a la lección de la mañana, enviaba besos al pueblo, lo cual equivalía a pedir merced para su papá y su mamá. Algunos espectadores tuvieron la cobardía de gritar: “¡Viva el delfín!”. ¡Ciudadanos, estad alerta contra las zalamerías de una corte corrompida, que se humilla ante el pueblo cuando no es

más fuerte!»). A estas líneas seguían estas otras: «El 27 de enero de 1649 fue cuando el parlamento de Inglaterra condenó a Carlos I a ser decapitado, por haber querido extender las prerrogativas reales, manteniéndose en las usurpaciones de Jacobo I, su padre; y el 30 del mismo mes expió sus maldades, casi legitimadas por el uso y consagradas por un partido numeroso. Pero la voz del pueblo se había dejado oír; el parlamento declaró al rey *fugitivo, traidor y enemigo público*, y se cortó la cabeza a Carlos Estuardo delante de la sala de los festines del palacio White-Hall»).

¡Bravo!, ciudadano Prudhomme, al menos no os habéis retrasado, y el 21 de enero de 1793, cuando se decapite a Luis XVI, tendréis derecho para reclamar la iniciativa, habiendo propuesto el ejemplo del 27 de junio de 1791.

Cierto es que Prudhomme —no confundirle con el de nuestro chispeante amigo Monnier, pues aquel es un necio, pero un hombre honrado—, cierto que el señor Prudhomme se convertirá más tarde en realista y reaccionario y publicará la *Historia de los crímenes cometidos durante la revolución*.

¡Bella cosa es la conciencia!

La Boca de hierro es más franca: nada de hipocresía, nada de palabras de doble sentido, nada, de intención páfida; Bonneville, el leal y atrevido, el joven Bonneville, un loco admirable que divaga en las circunstancias ordinarias, pero que no se engaña nunca en las grandes, él es quien redacta ese diario. *La Boca de hierro* está abierta en la calle de la Antigua Comedia, cerca del Odeón, a dos pasos del club de los Franciscanos.

«Se ha borrado del juramento —dice — la infame palabra *rey*, ya no hay monarcas, ni quien se coma los hombres. Hasta aquí se cambiaba de nombre a

menudo, guardándose siempre la cosa; pero ahora nada de regente, nada de dictador, ni de protector, ni de Orleáns ni de Lafayette. A mí no me agrada ese hijo de Felipe de Orleáns que elige precisamente este día para montar la guardia en las Tullerías, ni su padre, a quien no se ve jamás en la Asamblea, y que está siempre en el terrado. ¿Necesita una nación estar siempre en el terrado? ¿Necesita una nación estar siempre en tutela? Que se confederen nuestros departamentos y declaren que no quieren tiranos ni monarcas, ni protector ni regente, ni siquiera esas sombras de rey, tan funestas para la cosa

pública como la de ese árbol maldito llamado *bohun upas*^[41], cuya sombra es mortal.

»Pero no basta decir “¡República!”. Venecia fue también república. Se necesita una comunidad nacional, un gobierno nacional. Reunid el pueblo a la faz del sol; proclamad que solamente la ley debe ser soberana, y jurad que reinará sola; no hay ningún amigo de la libertad en la tierra que no repita el juramento».

En cuanto a Camilo Desmoulins, había subido a una silla en el Palais-Royal, es decir, en el teatro ordinario de sus triunfos oratorios, y había dicho:

«—Señores, sería una desgracia que nos trayesen otra vez ese hombre pérfido. ¿Qué haríamos con él? Vendría, como Tersites, a derramarnos esas gruesas lágrimas de que habla Homero. Si nos lo traen, propongo que se le exponga tres días a la irrisión pública, con el pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca después por etapas a la frontera».

Confesemos que de todas las proposiciones, la del muchacho terrible que llaman Camilo Desmoulins no era la más desacertada.

Una palabra más, que expresará bien claro el sentimiento general: Dumont es

quien la dice, un genovés pensionado por Inglaterra, y de quien, por lo tanto, no se puede sospechar parcialidad respecto a Francia.

«El pueblo parecía inspirado de una sabiduría suprema. He aquí un gran estorbo fuera —decía alegremente—, pero si el rey nos ha abandonado, la nación queda, y esta puede subsistir sin monarca; pero no un rey sin nación». Se ve que en medio de todo esto no se ha pronunciado aún la palabra *república* más que por Bonneville: ni Brissot, ni Danton, ni Robespierre, ni siquiera Pétion, se atrevían a recoger la palabra que espanta a los Franciscanos e indigna

a los Jacobinos.

El 13 de julio, Robespierre había exclamado en la tribuna: «Yo no soy republicano ni monárquico».

Como vemos, si se hubiera puesto a Robespierre entre la espada y la pared, se habría visto muy apurado para decir qué era.

Pues bien, todo el mundo estaba poco más o menos así, excepto Bonneville y aquella mujer que delante de su esposo vuelve a copiar una protesta en el tercer piso de la casa de la calle de Guénegaud.

El 22 de junio, al día siguiente de la marcha del rey, escribía:

«El sentimiento de la república, la indignación contra Luis XVI y el odio a los reyes, se exhalan por todas partes».

Ya veis que el sentimiento de la república está en los corazones; pero el nombre no se pronuncia apenas por algunas bocas.

La Asamblea se muestra particularmente hostil a esta palabra.

La desgracia de los que la componen es detenerse siempre en el momento de ser elegidos, no tener en cuenta los acontecimientos, y no marchar con el espíritu del país, no seguir al pueblo adonde va, y pretender que sigan representando al pueblo.

La Asamblea decía:

«LAS COSTUMBRES DE FRANCIA NO SON REPUBLICANAS».

La Asamblea luchaba con el señor de Palisse, y a nuestro modo de ver, llevaba la ventaja sobre el ilustre decidor de verdades. ¿Quién hubiera hecho tomar a Francia las costumbres de la república?

¿La monarquía? De ningún modo, pues no era tan estúpida, y además necesita obediencia, servilismo y corrupción y forma las costumbres para esto, así como la república hace adoptar las que le son propias. Tened primero la república, y después vendrán las

costumbres que le convienen.

Sin embargo, había habido un momento en que hubiera sido fácil proclamar la república: fue aquel en que se supo que el rey había marchado llevándose al delfín. En vez de correr en su seguimiento y traerlos, se les debían proporcionar los mejores caballos de las cuadras postales, con vigorosos postillones armados de buenos látigos; se debía empujar a los cortesanos tras ellos, obligando a los sacerdotes a seguirles, y después a cerrar la puerta a toda esa gente.

Lafayette, que concebía a veces pensamientos fugitivos como

relámpagos, y muy rara vez ideas, tuvo de pronto uno de aquellos.

A las seis de la mañana fueron a decirle que el rey, la reina y la familia real habían marchado; costó mucho trabajo despertarle, pues dormía con ese sueño histórico que ya le habían censurado en Versalles.

—¿Marchado? —exclamó—. ¡Imposible! He dejado a Gouvion dormido, apoyado en la puerta de su alcoba.

Sin embargo, se levanta, se viste y baja. En la puerta encuentra a Bailly, alcalde de París, y al amigo Beauharnais, presidente de la Asamblea;

el primero con la nariz más larga y el rostro más amarillento que nunca, y el segundo consternado.

—¿No es cosa curiosa que el marido de Josefina, que al morir en el cadalso deja a su viuda en el camino del trono, se consterne por la fuga de Luis XVI?

—¡Que desgracia —exclamó Bailly —, que la Asamblea no esté reunida aún!

—¡Oh!, sí —contesta Beauharnais —, es una desgracia.

—¿Conque han marchado? —preguntó Lafayette.

—¡Ay!, sí —responden a la vez los dos hombres de Estado.

—Y ¿por qué *ay*? —dijo Lafayette.

—¿Cómo, no comprendéis? —exclama Bailly—. Porque volverá con los prusianos, los austríacos y los emigrados, y porque nos traerá la guerra civil, la guerra extranjera.

—Entonces —contesta Lafayette mal convencido—, *¿pensáis que la salvación pública exige la vuelta del rey?*

—Sí —contestan a la vez Bailly y Beauharnais.

—En tal caso —replica Lafayette—, corramos en su seguimiento.

Y escribe este parte:

«Los enemigos de la patria *se han*

llevado al rey, y se ordena a los guardias nacionales detenerle».

En efecto, y notadlo bien, toda la política del año de 1791 y todo el fin de la Asamblea nacional, dependerá de esto.

Puesto que el rey es necesario para Francia, y puesto que deben traerle, es preciso que le *hayan secuestrado* y no que haya huido.

Todo esto no había convencido a Lafayette, y por eso al enviar a Romeuf le recomendó que no se apresurase demasiado. El joven ayudante de campo tomó el camino opuesto al que llevaba Luis XVI, a fin de estar seguro de no

alcanzarle.

Por desgracia, Billot iba por el buen camino.

Cuando la Asamblea supo la noticia, se produjo terror; y a decir verdad, al marchar el rey había dejado una carta muy amenazadora, dando a entender muy claro que volvería para hacer entrar en razón a los franceses.

Los realistas por su parte levantaban la cabeza, alzando la voz. Uno de ellos, Suleau, según creo, escribía:

«Todos aquellos que quieran ser comprendidos en la amnistía que ofrecemos a nuestros enemigos en nombre del príncipe de Condé, podrán

inscribirse en nuestras oficinas desde ahora hasta el mes de agosto. Tenemos mil quinientos registros para la comodidad del público».

Uno de los que tuvieron más miedo fue Robespierre: habiéndose suspendido la sesión desde las tres y media a las cinco, corrió a casa de Pétion. El débil buscaba al fuerte.

Según él Lafayette era cómplice de la corte, y no se trataba menos de hacer una San Bartolomé contra los diputados.

—¡Yo seré una de las primeras víctimas —exclamó lamentándose—, apenas me quedan veinticuatro horas de vida!

Pétion, muy por el contrario, de carácter tranquilo y temperamento linfático, veía las cosas de otro modo.

—Muy bien —dijo—, ahora conocemos al rey, y se procederá en consecuencia.

Llegó Brissot, que era uno de los hombres más avanzados de la época y que escribía en *El Patriota*.

—Se funda un nuevo diario, del cual seré redactor —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Pétion.

—*El Republicano*.

Robespierre se esforzó para sonreír.

—¿*El Republicano*? —preguntó—.

Quisiera que me explicaseis que es la

república.

En este punto estaban cuando llegaron a casa de Pétion los dos Roland, el marido austero y resuelto como siempre, y la esposa tranquila, más bien risueña que atemorizada, con sus hermosos ojos límpidos y expresivos. Venían de su casa de la calle Guénegaud; habían visto el anuncio de los Franciscanos y no creían que el rey fuese necesario para la nación.

El valor del marido y de la mujer infunde ánimos a Robespierre, que vuelve a la sesión como observador, dispuesto a utilizarse de todo desde el rincón que ocupa, como la zorra

emboscada junto a la madriguera. A eso de las nueve de la noche ve que la Asamblea se inclina al sentimentalismo, que se predica la fraternidad, y que para unir el ejemplo a la teoría se trata de ir todos juntos a ver a los Jacobinos, con los cuales se está en muy mala inteligencia, y a los cuales se llama cuadrilla de asesinos.

Entonces Robespierre se desliza de su banco, dirígese hacia la puerta casi arrastrándose, corre a los Jacobinos, sube a la tribuna y denuncia al rey, al ministerio, a Bailly, a Lafayette, a la Asamblea entera, repite la fábula de la mañana, desarrolla una San Bartolomé

imaginaria y acaba por ofrecer su existencia en el altar de la Patria.

Cuando Robespierre hablaba de sí mismo llegaba a tener cierta elocuencia; y ante la idea de que el virtuoso, el austero Robespierre corre tan grave peligro, se solloza. «¡Si tú mueres, todos moriremos contigo!», grita una voz. «¡Sí, sí, todos!», repiten en coro los presentes; y los unos extienden la mano para jurar, mientras que los otros desenvainan la espada, cayendo algunos de rodillas con los brazos levantados al cielo. En aquel tiempo se hacía mucho este ademán, que era propio de la época. Véase el *Juramento del juego de*

pelota, de David.

Madame Roland estaba allí y no comprendía muy bien qué peligro podía correr Robespierre; pero en fin, era mujer, y de consiguiente accesible a la emoción, tan profunda que ella se conmovió también, según lo confiesa por sí misma.

En aquel momento entra Danton, popularidad naciente, y a él correspondía atacar la de Lafayette, que estaba vacilante.

¿Por qué mostraba todo el mundo aquel odio contra el general?

Tal vez porque era hombre honrado, a quien siempre engañaban los partidos,

con tal que estos apelasen a su generosidad.

Por eso cuando se anuncia la llegada de la Asamblea, y en el instante en que para dar ejemplo de fraternidad, Lameth y Lafayette, estos dos enemigos mortales, entran cogidos del brazo, por todas partes resuena este grito:

—¡Danton a la tribuna, a la tribuna Danton!...

Robespierre no deseaba más que ceder su plaza, pues era un zorro y no un dogo. Perseguía al enemigo ausente, saltaba sobre él por detrás, se agarraba a sus hombros y le corroía el cráneo; pero muy rara vez le atacaba de frente.

La tribuna estaba vacía, esperando a Danton.

Pero difícil era que Danton se presentase.

Si era el único hombre que *debiese* atacar a Lafayette, este último era tal vez también el único que Danton consintiese en atacar.

¿Por qué?

¡Ah!, vamos a decíroslo. Había mucho de Mirabeau en Danton, así como mucho de este en Mirabeau: el mismo temperamento, la misma necesidad de placeres, las mismas necesidades de dinero, y, de consiguiente, la misma facilidad de corrupción.

Asegurábase que, así como Mirabeau, Danton había recibido dinero de la Corte. No se sabía donde, ni por qué conducto, ni cuánto; pero lo había recibido, y se estaba seguro de ello, o por lo menos decíase así.

He aquí lo que había de verdad en todo esto:

Danton acababa de *vender* al ministerio su cargo de abogado en el consejo del rey, y decíase que había recibido de aquel cuatro veces el valor de su empleo.

Era verdad; pero el secreto estaba entre tres personas: el vendedor, Danton; el comprador, señor de Montmorin, y el

intermediario, general Lafayette.

Si Danton acusaba a Lafayette, este podía echarle en cara la historia del cargo vendido por cuatro veces su valor.

Cualquiera otro hubiera retrocedido.

Danton, por el contrario, marchó hacia adelante; conocía a Lafayette, y también aquella generosidad de corazón que degeneró algunas veces en necesidad. Acordémonos de 1830.

Danton se dijo que el señor de Montmorin, amigo de Lafayette, y el mismo que armó los pasaportes del rey, estaba demasiado comprometido en aquel momento para que el general le atase al cuello aquella nueva piedra.

Y subió a la tribuna.

Su discurso no fue largo.

—Señor presidente —dijo—, acuso a Lafayette; el traidor llegará pronto; que se levanten dos cadalsos, y consiento en subir al uno si el general no ha merecido ocupar el otro.

El *traidor* no iba a venir, sino que venía, y pudo oír la acusación terrible pronunciada por boca de Danton, pero, como este lo había previsto, tuvo la generosidad de no contestar a ella.

Lameth se encargó de él y extendió sobre la lava de Danton el agua tibia de una de sus pastorales ordinarias, predicando la fraternidad.

Después habló Sieyès y la predicó también.

Luego Barnave, que hizo lo mismo.

Estas tres popularidades acabaron por obtener el triunfo sobre Danton. Se agradeció a Danton haber atacado a Lafayette; pero también se agradeció a Lameth, a Sieyès y a Barnave que le hubieran defendido, y cuando el general y Danton salieron de los Jacobinos, al primero fue a quien se acompañó con hachas y aclamaciones.

El partido de la corte acababa de alcanzar una gran victoria en aquella ovación de Lafayette.

Las dos grandes potencias del día

quedaban derrotadas en la persona de su jefe:

Los Jacobinos en Robespierre.

Los Franciscanos en Danton.

Bien veo que es necesario dejar para otro capítulo el decir cuál era aquella protesta que *madame* Roland copiaba delante de su esposo en un saloncito del tercer piso del palacio Británico.

Capítulo CX

EL ENTRESUELO DE LAS TULLERÍAS

Vamos a saber lo que contenía la protesta que *madame* Roland copiaba; mas para que el lector se halle bien al corriente de la situación y vea claro en uno de los más sombríos misterios de la Revolución, es preciso desde luego que pase con nosotros por las Tullerías para estar allí en la noche del 15 de julio.

Detrás de la puerta de la habitación que daba a un corredor oscuro y desierto, situado en el entresuelo del palacio, una mujer permanecía en pie con el oído atento y la mano sobre la llave, estremeciéndose a cada paso que despertaba un eco en los alrededores.

Aquella mujer, si ignoramos quién es, nos será difícil reconocerla, pues además de la oscuridad que hasta en medio del día reina en aquel corredor, la noche ha llegado ya, y bien sea casualidad o premeditación, la mecha del único quinqué que allí hay se había bajado y parecía a punto de apagarse.

Además, la segunda estancia de la

habitación es la única alumbrada, y contra la puerta de la primera espera la mujer, estremeciéndose y escuchando.

¿Quién es? María Antonieta.

¿A quién espera? A Barnave.

¡Oh, soberbia hija de María Teresa!, ¿quién os hubiera dicho, el día que os consagran reina de los franceses, que iba a llegar un momento en que, oculta detrás de la puerta de la habitación de vuestra camarera, esperaríais estremeciéndoos de temor y de esperanza a un abogadillo de Grenoble, vos, que habéis hecho esperar tanto a Mirabeau sin dignaros recibirle más que una vez?

Pero no hay que engañarse; la reina espera a Barnave con un interés tan sólo político; en su respiración ansiosa, en sus movimientos nerviosos, en aquella mano que tiembla al rozar la llave, el corazón no entra para nada, y sí tan sólo el orgullo interesado.

Decimos el orgullo, porque a pesar de las mil persecuciones de que el rey y la reina son blancos desde su vuelta, es evidente que la vida queda libre, y que toda la cuestión se resume en estas pocas palabras: «¿Perderán los fugitivos de Varennes el resto de su poder, o reconquistarán el que han perdido?».

Desde aquella noche fatal en que

Charny salió de las Tullerías para no volver más, el corazón de la reina ha dejado de latir. Durante algunos días se ha mantenido indiferente a todo, hasta a los ultrajes; pero poco a poco ha echado de ver que había dos puntos de su poderosa organización por los cuales vivía aún, el orgullo y el odio, y ha vuelto en sí para odiar y para vengarse.

No vengarse de Charny ni tampoco odiar a Andrea, cuando piensa en ellos; se aborrece a sí propia, y de ella es de quien quería vengarse, porque es demasiado leal para no decirse que de su parte están todas las faltas y todas las abnegaciones.

¡Oh!, si pudiese aborrecerlos, sería demasiado feliz.

Pero lo que ella odia, y desde lo más profundo de su corazón, es aquel pueblo que ha puesto la mano sobre ella como sobre una fugitiva ordinaria, que la ha colmado de disgustos, persiguiéndola con injurias y desvergüenzas. Sí, aborrece mucho a aquel pueblo que la ha llamado *señora Déficit*, *señora Veto*, que la llama *Austriaca* y que la llamará *la viuda Capeto*.

Y si puede vengarse, ¡oh!, ¡cómo se vengará!

Ahora bien; lo que la traía Barnave el 30 de julio de 1791, a las nueve de la

noche, mientras que *madame* Roland copia enfrente de su esposo aquella protesta cuyo contenido ignoramos aún, es tal vez la impotencia y la desesperación, pero quizá sea también ese manjar divino que se llama la venganza.

En efecto, la situación es suprema.

Sin duda que, gracias a Lafayette y a la Asamblea nacional, se había parado el primer golpe con el escudo constitucional, diciéndose que el rey no había huido, sino que se le habían llevado.

Pero se recordará el anuncio de los franciscanos, la proposición de Marat,

la diatriba del ciudadano Prudhomme, la moción de Camilo Desmoulins, el axioma del genovés Dumont, y también que se trata de fundar un nuevo diario en el cual trabajará Brissot, y cuyo título ha de ser *El Republicano*.

¿Se quiere conocer el prospecto de ese diario? Es breve, pero explícito; el americano Thomas Payne es quien lo redactó; después lo tradujo un joven oficial que hizo la guerra de la independencia, y fue publicado con la firma de *Duchâtelet*.

¡Qué extraña cosa es esa fatalidad que desde los cuatro ángulos del mundo llama nuevos enemigos contra aquel

trono que se derrumba! ¡Tomás Payne! ¿Qué viene a hacer aquí Tomás Payne? ¡Ese hombre que es de todos los países, inglés, americano y francés, que ha trabajado en todos los oficios, que ha sido fabricante, maestro de escuela, aduanero, marinero y periodista! Pues viene a mezclar su aliento con ese aire de tempestad que tan despiadadamente sopla sobre la antorcha que se apaga.

He aquí el prospecto de *El Republicano* de 1791, de ese diario que se publicaba, o que iba a publicarse cuando Robespierre preguntaba qué era una república:

«Acabamos de ver que la ausencia de un rey es mejor para nosotros que su presencia. Ha desertado, y de consiguiente, abdicó. La nación no devolverá jamás su confianza al perjuro, al fugitivo. ¡Poco importa que huyera por su propia inclinación o por la de otro! Pillo o idiota, siempre es indigno. Estamos libres de él y él de nosotros, es un simple individuo llamado Luis de Borbón. En cuanto a su seguridad, es cierto; Francia no

se deshonrará nunca con la monarquía, y esta ha concluido. ¿Qué es un oficio abandonado a la casualidad del nacimiento, que puede desempeñarse por un idiota? ¿No es la nada? ¿No es el vacío?».

Ya se comprenderá, el efecto producido por semejante anuncio, publicado en las paredes de París. El constitucional Malouet, espantado, entró corriendo y fuera de sí en la Asamblea nacional para denunciar el prospecto y pedir que se detuviese a los autores.

—Sea —contestó Pétion— pero

leamos por lo pronto el prospecto.

Ciertamente le conocía ya Pétion, uno de los raros republicanos que había entonces en Francia; pero Malouet que le había denunciado, retrocedió ante la lectura. ¡Si las tribunas aplaudieran! Y estaba seguro de que aplaudirían.

Dos individuos de la Asamblea, Chabroud y Chapelier, enmendaron la torpeza de su colega.

—La prensa es libre —dijeron—, y cada cual, loco o sabio, tiene derecho para emitir su opinión. Despreciamos la obra de un insensato y pasemos a la orden del día.

—Sea, no hablemos más.

Y la Asamblea pasó a la orden del día. Pero la hidra es la que amenaza a los reyes. Mientras que la cabeza cortada crece de nuevo, otra muere.

No se ha olvidado al hermano del rey ni tampoco la conspiración Favras; separado Luis XVI, el príncipe debe ser nombrado regente; pero hoy no se trata ya de eso, porque el príncipe ha huido al mismo tiempo que el rey, y más feliz que este ha ganado la frontera.

Pero el señor duque de Orleáns se ha quedado.

Y en compañía de su alma condenada, del hombre que le impulsa hacia delante, de Lacios, del autor de las

Relaciones peligrosas.

Existe un decreto sobre la regencia, un decreto que se enmohece entre las carpetas. ¿Por qué no se utilizaría? El 28 de junio un diario ofrece la regencia al duque de Orleáns —según se ve, Luis XVI no existe ya, aunque haya Asamblea nacional—, y puesto que se ofrece la regencia al duque, es porque no hay rey. Por supuesto que el duque aparenta asombrarse y rehúsa.

Mas el 1 de julio, Lacios, por su propia autoridad, proclama el destronamiento y quiere un regente; el 3, Real sienta el principio de que el duque de Orleáns es verdaderamente guardián

del joven príncipe, y el 4 pide en la tribuna de los Jacobinos que se reimprima y se proclame el decreto sobre la regencia. Por desgracia, los Jacobinos, que no saben aún lo que son, conocen por lo menos lo que no son. No pertenecen al partido orleanista, aunque el duque de Orleáns y el duque de Chartres forman parte de la sociedad; la regencia del primero es rechazada por los Jacobinos; pero una noche basta a Lacios para recobrar aliento; si no es amo en los Jacobinos, lo es en su diario, y en él proclama la regencia del duque de Orleáns; pero como la palabra *protector* fue profanada por Cromwell,

el regente se titulará *moderador*.

Y todo esto, según se ve, es una campaña contra la monarquía, en la que esta última, impotente de por sí, no tiene más aliada que la Asamblea nacional; pero existen los Jacobinos, que constituyen una asamblea muy influyente por otro estilo, y sobre todo mucho más temible que la primera.

El 8 de julio —véase como nos acercamos—, Pétion presenta la cuestión sobre la inviolabilidad real; pero separa la inviolabilidad política de la persona.

Se le objeta que van a indisponerse con los reyes si se depone a Luis XVI.

«Si los reyes quieren combatirnos —contesta Pétion—, al deponer a Luis XVI les privamos de su más poderoso aliado, mientras que dejándole en el trono se les proporciona toda la fuerza que le habremos devuelto».

Brissot, a su vez, sube a la tribuna y va más lejos, examinando esta cuestión: «¿Se puede juzgar al rey?».

—Más tarde —dice— discutiremos, en caso de *destitución*, cuál será el gobierno que debe reemplazar a la monarquía.

Parece que Brissot estuvo magnífico. *Madame* Rolan asistía a la sesión; escuchad lo que dijo:

«No fueron aplausos, sino gritos frenéticos; tres veces la Asamblea se levantó en masa, con los brazos extendidos y los sombreros al aire, poseída de un entusiasmo indescriptible. ¡Perezca para siempre el que haya sentido o participado de esos grandes movimientos y que aún consintiera esclavizarse de nuevo!».

He aquí, pues, que no solamente se puede juzgar al rey, sino que se aplaude con entusiasmo al que resuelve la cuestión.

¡Juzgad qué terrible eco debían tener los aplausos en las Tullerías!

Por eso era necesario que la Asamblea nacional resolviese a su vez esta formidable cuestión.

Los constitucionales, en vez de retroceder ante el debate le provocaron, porque estaban seguros de la mayoría.

Pero la mayoría de la Asamblea estaba muy lejos de representar a la de la nación. No importa; las asambleas en general se inquietan poco por estas anomalías; si ellas hacen, el pueblo deshace.

Y cuando el pueblo anula lo que una asamblea decreta, esto se llama

simplemente una revolución.

El 13 de julio las tribunas están llenas de personas seguras, introducidas de antemano con billetes particulares; es lo que hoy día llamaríamos la *claque*, es decir, aquellos a quienes se paga para que aplaudan.

Además, los realistas guardan los corredores, y para aquella circunstancia se han encontrado de nuevo los caballeros del puñal.

En fin, a propuesta de un individuo se cierran las Tullerías.

¡Oh!, sin duda en la noche de aquel día la reina había esperado a Barnave con tanta impaciencia como le esperaba

la noche del 15.

Y en aquel día, sin embargo, no se debía resolver nada; solamente se iba a leer el informe hecho en nombre de los cinco comités.

Este informe decía:

«La fuga del rey no es un caso previsto en la constitución; pero la inviolabilidad real está escrita».

Los comités, considerando, por lo tanto, inviolable al rey, no entregaban a la justicia más que a los señores de

Bouillé y de Charny, a *madame* de Tourzel, a los correos, a los criados y a los lacayos. Jamás la ingeniosa fábula de los grandes y de los pequeños había recibido más completa aplicación.

Por lo demás, en los Jacobinos, más bien que en la Asamblea, era donde se discutía la cuestión.

Como no estaba juzgada, Robespierre permanecía en la incertidumbre; no era republicano ni monárquico, pero lo mismo se podía ser libre bajo un rey que bajo un senado.

Robespierre era hombre que rara vez se comprometía, y ya hemos visto al fin del capítulo anterior qué terrores le

sobrecogían aunque no estuviese comprometido.

Pero había allí hombres que no tenían esta preciosa prudencia; estos hombres eran el exabogado Danton y el carnicero Legendre, es decir, un dogo y un oso.

—La Asamblea puede absolver al rey —dijo Danton—; pero Francia reformará el juicio, porque Francia le condena.

—Los comités están locos —dijo Legendre—; si conocieran el espíritu de las masas, recobrarían la razón; y si hablo así es por su bien.

Semejantes discursos indignaban a

los constitucionales; pero desgraciadamente para ellos no estaban en mayoría ni en los Jacobinos ni en la Asamblea.

Y se contentaron con salir.

Hicieron mal, como lo hacen siempre los que dejan su puesto, y sobre este punto hay un antiguo proverbio que dice: «Quien abandona su sitio, le pierde».

No solamente los constitucionales perdieron el sitio, sino que este fue ocupado por diputados populares que llevaban informes contra los comités.

Esto es lo que sucedía en los Jacobinos, y por eso se recibió a los

diputados con aclamaciones.

Al mismo tiempo un mensaje que debía adquirir cierta importancia en los acontecimientos que van a seguirse, se redactaba en la otra extremidad de París, en el fondo del Marais, en un club, o más bien, en una sociedad fraternal de hombres y de mujeres, llamada sociedad de los Mínimos, por causa del lugar en que se reunía.

Esta sociedad era una sucursal de los Franciscanos, animada por el alma de Danton. Un joven de veintitrés a veinticuatro años escasos, a quien el tribuno había inspirado, redactaba aquel informe.

Este joven era Juan Lambert Tallien.

El mensaje llevaba por firma un nombre formidable: EL PUEBLO.

El 14 comenzó la discusión en la Asamblea.

Esta vez había sido imposible prohibir la entrada del público en las tribunas; imposible también rellenar, como las primeras veces, los corredores y las avenidas de realistas y caballeros del puñal, e imposible, en fin, cerrar el jardín de las Tullerías.

El prólogo se había representado ante los que recibían dinero para aplaudir; mas la comedia debía ser representada ante el verdadero público.

Y preciso es decir que este último estaba mal dispuesto.

Tanto que Duport, popular aún hacía tres meses, fue escuchado con lúgubre silencio cuando propuso que recayera en los amigos del rey el crimen de este.

Sin embargo, llegó hasta el fin, asombrado de hablar por primera vez sin que nadie dijera una palabra ni hiciese la menor señal de aprobación.

Era uno de los astros de aquel grupo formado por Duport, Lameth y Barnave, cuya luz se desvanecía poco a poco en el cielo político.

Después de él, Robespierre subió a la tribuna; Robespierre, el hombre

prudente que tan bien sabía escabullirse. ¿Qué iba a decir? El orador que ocho días antes había declarado que no era ni monárquico ni republicano, ¿por quién iba a pronunciarse?

No se pronunció.

Con un tono agrídulce constituyóse en abogado de la humanidad; dijo que en su concepto sería a la vez injusto y cruel no castigar más que a los débiles, y que él no atacaba al rey, puesto que la Asamblea parecía considerarle como inviolable; pero que defendía a Bouillé, a Charny, a *madame* de Tourzel, a los correos, a los lacayos y a los criados, todos aquellos, en fin, que por su

posición dependiente debieron obedecer.

La Asamblea murmuró mucho durante este discurso; las tribunas escuchaban con suma atención, y no sabiendo si debían aplaudir o no, acabaron por ver en las palabras del orador lo que en realidad había, un verdadero ataque contra el rey y una falsa defensa de los que le sirvieron.

Entonces las tribunas aplaudieron a Robespierre.

El presidente trató de imponer silencio a las tribunas.

Prieur (de la Marne) quiso llevar la discusión a un terreno completamente

despejado de subterfugios y paradojas.

—¿Qué haríais, ciudadanos — exclamó—, si estando el rey fuera de cuestión, vinieran a pedirnos que se le restableciera en todo su poder?

La pregunta parecía tanto más espinosa cuanto que era directa; pero hay momentos de imprudencia en que nada entorpece a los partidos reaccionarios.

Desmeuniers recogió el apostrofe y pareció sostener, en detrimento del rey, la causa de la Asamblea.

—La Asamblea —dijo el orador—, es un cuerpo del todo poderoso, y como tal bien tiene el derecho de suspender el

poder real, manteniendo esa suspensión *hasta el momento en que la Constitución esté terminada.*

De este modo el rey, que no había huido, puesto que se le llevaron, tan sólo sería suspendido momentáneamente, y porque la Constitución no estaba concluida; tan pronto como se terminase, entraría con pleno derecho en el ejercicio de sus funciones reales.

—En fin —exclamó el orador—, puesto que lo piden —nadie le pedía nada—, puesto que me lo piden, redactaré mi explicación en decreto, y he aquí el proyecto que propongo:

1.º La suspensión durará hasta que el rey acepte la Constitución.

2.º Si no la aceptase, la Asamblea le declararla destronado.

—¡Oh! ¡Estad tranquilo —exclamó Gregorio desde su sitio—, no solamente aceptará, sino que también jurará todo cuanto queráis!

Y tenía razón, pero hubiera debido decir: «*Jurará y aceptará* todo cuanto queráis».

Los reyes juran más fácilmente que aceptan.

La Asamblea iba tal vez a coger al vuelo el proyecto de decreto de Desmeuniers; pero Robespierre lanzó desde su sitio estas palabras:

—¡Tened cuidado; con semejante decreto, decid desde luego que el rey no será juzgado!

Esto era sorprender en flagrante delito, y no se osó votar; un ruido que se oyó de pronto en la puerta de la Asamblea sacó a esta de su apuro.

Era una diputación de la sociedad fraternal de los Mínimos, que llevaba la proclama inspirada por Danton, redactada por Tallien y firmada por *El Pueblo*.

La Asamblea se vengó en los peticionarios, rehusando oír la lectura del mensaje.

Barnave se levantó entonces.

—Que no se lea hoy —dijo—, pero sí mañana; escuchadla, y no os dejéis llevar de una opinión ficticia... La ley no tiene que hacer más que poner su señal, y se verá a todos los buenos ciudadanos alrededor de ella.

Lector, recuerda bien estas pocas palabras, vuelve a leerlas, medita sobre la frase: *¡La ley no tiene que hacer más que poner su señal!* La frase fue pronunciada el 14, y la matanza del 17 está contenida en ella.

Así, pues, no se contentaban con escamotear al pueblo la omnipotencia de que creía haber vuelto a ser dueño por la fuga de su rey, o mejor dicho, por la traición de su mandatario; se revolvía públicamente su omnipotencia a Luis XVI, y si el *pueblo* reclamaba, si el *pueblo hacía* peticiones, ya no era más que una opinión ficticia, de la que la Asamblea, esta otra mandataria del pueblo, daría cuenta *poniendo su señal*.

¿Qué significaban las palabras *poner la señal de la ley*?

Proclamar la ley marcial y enarbolar la bandera roja.

Y, en efecto, al día siguiente, 15, día

decisivo, la Asamblea presenta un aspecto formidable; nadie la amenaza, pero quiere aparentar que está amenazada. Llama a Lafayette en su auxilio, y el general, que siempre ha pasado junto al verdadero pueblo sin verle, envía a la Asamblea cinco mil hombres de la guardia nacional, con los que, para estimular al pueblo, se apresura a mezclar mil picas del Arrabal de San Antonio.

Los fusiles eran la aristocracia de la guardia nacional; los de las picas, los proletarios.

Convencida, como Barnave, de que le bastaba enarbolar la señal de la ley

para reunir a su lado, no al pueblo, sino a Lafayette, el comandante de la guardia nacional y a Bailly, el alcalde de París, la Asamblea estaba resuelta a obrar.

Ahora bien; aunque nacida hacía dos años apenas, la Asamblea era tantaimada como una de 1829 o de 1846; sabía que no se trataba más que de cansar a los diputados y a los oyentes en discusiones secundarias, y relegar hasta el fin de la discusión la cuestión principal para que no se hiciese nada sobre esta última. Perdió una mitad de la sesión escuchando la lectura de un informe militar sobre asuntos del departamento; después se mostró

complaciente, dejando que se explicasen tres o cuatro individuos que tenían costumbre de hablar en medio de las conversaciones particulares; y por último, llegada al fin a los límites del debate, calló para escuchar los discursos, uno de Salles y otro de Barnave.

Dos discursos de abogados, los cuales convencieron tan bien a la Asamblea, que como Lafayette pidiera que terminase la sesión, se votó así tranquilamente.

En efecto, aquel día la Asamblea no tenía nada que temer; las tribunas estaban ocupadas a su gusto; se habían

cerrado las Tullerías; la policía se hallaba a las órdenes del presidente; Lafayette tenía su asiento en medio de la cámara para pedir que terminase, y Bailly permanecía en la plaza a la cabeza del consejo municipal, dispuesto a hacer sus intimaciones. Por todas partes la autoridad en armas presentaba la batalla al pueblo.

Por eso este último, que no estaba preparado para combatir, se deslizó entre las bayonetas y las picas, para volver a su monte Aventino, es decir, al Campo de Marte.

Y nótese bien esto; no iba al Campo de Marte para alborotar *declarándose*

en huelga como el pueblo romano, sino porque estaba seguro de encontrar allí el altar de la Patria, que desde el 14 no había tenido aún tiempo de desmontar, por activos que sean de ordinario los gobiernos para demoler los altares de la Patria.

La multitud quería redactar allí una protesta y enviarla a la Asamblea.

Mientras que la redactaba, la Asamblea se ocupó en votar:

1.º Como medida preventiva:

«Si el rey se retracta de su juramento, si ataca a su pueblo o no le defiende y abdica, queda reducido a simple ciudadano y se le puede acusar

de los delitos posteriores a su abdicación».

2.º Como medida represiva:

«Serán perseguidos Bouillé, culpable principal, y como secundarios todas las personas que tomaron parte en el rapto del rey».

En el momento en que la Asamblea acababa de votar, la multitud había redactado y firmado su protesta y volvía para presentarla a la Asamblea, a la cual encontró mejor guardada que nunca. Todos los poderes eran militares aquel día: el presidente de la Asamblea era Carlos Lameth, joven coronel; el comandante de la guardia nacional,

Lafayette, joven general, y hasta nuestro digno astrónomo Bailly, que había enganchado sobre su traje de sabio el cinturón militar, cubriéndose la cabeza con el tricornio municipal tenía, en medio de sus bayonetas y de sus picas, cierto aire guerrero; tanto que al verle la señora Bailly hubiera podido tomarle por Lafayette, como lo hacía algunas veces, según se aseguraba.

La multitud parlamentó; se mostraba tan poco hostil que no había medio de negarse, y el resultado de este *parlamento* fue que se permitiría a los diputados hablar a los señores Pétion y Robespierre. Los diputados, en número

de seis, marcharon a la Asamblea bien acompañados. Robespierre y Pétion, ya prevenidos, corrieron a recibirlos al paso de los Fuldenses.

¡Era demasiado tarde; ya se había dado la votación!

Los dos individuos de la Asamblea que no eran favorables a esta votación, no dieron probablemente cuenta a los diputados del pueblo de modo que lo tomaran con moderación, y así es que estos diputados volvieron furiosos hacia los que les habían enviado.

El pueblo había perdido la partida con el mejor juego que la fortuna hubiera puesto jamás en manos de

ningún otro.

Por lo mismo estaba poseído de cólera, y diseminándose por la ciudad comenzó por hacer cerrar los teatros. Cerrar estos, según decía uno de nuestros amigos en 1830, era como poner la bandera negra en París.

Pero la Ópera tenía guarnición y se resistió.

Lafayette, con sus cuatro mil fusiles y sus mil picas, no deseaba más que reprimir aquel motín naciente; pero la autoridad municipal rehusó dar órdenes.

Hasta entonces María Antonieta había estado al corriente de los acontecimientos; pero los informes

cesaron aquí y su continuación se perdió en la noche, menos oscura que ellos.

Barnave, a quien esperaba con tanta impaciencia, debía decirle lo que había pasado en la jornada del 15.

Todo el mundo, por lo demás, presentía la aproximación de algún acontecimiento supremo.

El rey, que también esperaba a Barnave en la segunda habitación de *madame* Campan, fue prevenido de la llegada del doctor Gilberto, y para fijar más atención en el relato de los hechos subió a su aposento con el doctor, dejando a Barnave para la reina.

Por fin, a eso de las nueve y media

resonaron pasos en la escalera, oyóse una voz que cruzaba algunas palabras con el centinela, y después un joven se presentó en la extremidad del corredor vistiendo el uniforme de teniente de la guardia nacional.

Era Barnave.

La reina, con el corazón palpitante, como si aquel hombre hubiera sido el amante más adorado, entreabrió la puerta, y Barnave, después de mirar adelante y atrás, se deslizó en la habitación.

Cerrada la puerta al punto, y antes de cruzarse palabra alguna, se oyó rechinar el cerrojo en su abrazadera.

Capítulo CXI

LA JORNADA DEL 15 DE JULIO

Los corazones de ambos latían con igual violencia, pero bajo el impulso de dos sentimientos muy contrarios: el de la reina latía con la esperanza de vengarse; el de Barnave por el deseo de ser amado.

La reina entró vivamente en la segunda habitación buscando la luz, por decirlo así. Nada temía ciertamente de

Barnave ni de su amor, pues sabía hasta qué punto era este respetuoso y leal; mas por el instinto de mujer huía de la oscuridad.

Llegada a la segunda habitación, se dejó caer en una silla.

Barnave se detuvo en el umbral de la puerta y paseó una mirada por toda la circunferencia de la habitación, iluminada tan sólo por dos bujías.

Esperaba encontrar al rey, que había asistido a las dos precedentes entrevistas con María Antonieta.

La habitación estaba solitaria.

Por primera vez, desde su paseo en la galería, del obispo de Meaux, iba a

encontrarse solo con la reina.

Y aplicó la mano maquinalmente sobre su corazón para comprimir los latidos.

—¡Oh!, señor Barnave —dijo la reina después de una pausa—, os espero dos horas hace.

El primer impulso de Barnave al oír aquella queja, proferida con voz tan dulce que dejaba de ser acusadora para convertirse en plañidera, hubiera sido arrojarle a los pies de la reina; pero el respeto le contuvo.

El corazón indica que algunas veces caer a los pies de una mujer es faltarle al respeto.

—¡Ay!, señora —dijo—, es cierto; mas espero que Vuestra Majestad comprenderá que esto no ha sido por mi gusto y sí ajeno a mi voluntad.

—¡Ya, ya! —repuso la reina con un movimiento afirmativo de cabeza— ya sé que sois fiel a la monarquía.

—Soy fiel a la reina sobre todo —dijo Barnave—, y esto es lo que deseo que Vuestra Majestad reconozca bien.

—No lo dudo, caballero... ¿Conque no habéis podido venir antes?

—Lo intenté a las siete, señora, y encontré al señor Marat en el terraplén. ¡No sé como semejante hombre osa acercarse al palacio!

—¿El señor Marat? —dijo la reina, como si buscase en sus recuerdos—. ¿No es un periodista que escribe contra nosotros?

—Que escribe contra todo el mundo, sí... Sus ojos de víbora me han seguido hasta que desaparecí por la verja de los Fuldenses... y he pasado bajo vuestras ventanas sin atreverme siquiera a mirarlas. Por fortuna, en el puente Real encontré a Saint-Prix.

—¡Saint-Prix! ¿Quién es ese? —preguntó la reina con un desdén que casi igualaba al que había manifestado respecto a Marat—. ¿Es algún cómico?

—Sí, señora, un comediante —

replicó Barnave—, pero ¡cómo ha de ser! He aquí uno de los caracteres de nuestra época: comediantes y periodistas, gente cuya existencia no conocían los reyes en otro tiempo sino para darles órdenes, que todos se daban por contentos con obedecer; pero esos comediantes y periodistas son ahora ciudadanos con su parte de influencia; se mueven según su voluntad, obran conforme a su inspiración y pueden hacer el bien o el mal... Saint-Prix ha enmendado lo que Marat había dificultado. —¿Cómo así?

—Saint-Prix vestía de uniforme, y yo que le conozco mucho, señora, me

acerqué a él para preguntarle dónde estaba de guardia. Por fortuna era en palacio; sabía que podía fiarme de su discreción, y le dije que me habíais hecho el honor de concederme una audiencia...

—¡Oh, Barnave!

—¿Era mejor renunciar...?

El diputado iba a decir a la *dicha*, pero replicó:

—¿Era mejor renunciar al honor de veros y dejaros ignorar las importantísimas noticias que os traigo?

—No —contestó la reina—, habéis hecho bien... Y ¿creéis que se puede tener confianza en el señor de Saint-

Prix?

—Señora —dijo gravemente Barnave—, creed que el momento es supremo; los hombres que os quedan son amigos verdaderamente fieles, y si mañana —esto se resolverá en pocas horas— los Jacobinos triunfan sobre los constitucionales, vuestros amigos serán cómplices... Y ya habéis visto que la ley no aparta de vos el castigo sino para herir a vuestros amigos, a quienes llama cómplices.

—Es verdad —replicó la reina—. Y decís que el señor de Saint-Prix...

—Sí, señora, me anunció que estaba de guardia en las Tullerías de nueve a

once, que procuraría que le confiaran el entresuelo, y que entonces, durante dos horas, Vuestra Majestad estaría en libertad de comunicarme sus órdenes...; pero me ha aconsejado que me ponga el uniforme de oficial de la guardia nacional, y he seguido su consejo.

—Y ¿habéis encontrado al señor de Saint-Prix en su puesto?

—Sí, señora... le ha costado dos billetes del teatro obtener de un sargento el puesto deseado... Ya veis que la corrupción es fácil —añadió Barnave sonriendo.

—¡El señor Marat... el señor Saint-Prix... dos billetes de teatro...! —

repitió la reina, dirigiendo una mirada de espanto al abismo de donde salen los hechos secundarios que en los días de revolución teje el destino de los reyes.

—¡Oh!, sí, Dios mío —dijo Barnave—, es extraño. ¿No es verdad, señora? Es lo que los antiguos llaman fatalidad, los filósofos casualidad y los creyentes Providencia.

La reina cogió un bucle de cabellos de su hermoso cuello y le miró con tristeza.

—En fin —murmuró— esto es lo que me ha encanecido antes de tiempo.

Y volviendo a Barnave y a la parte política de la situación, abandonada un

momento por la parte vaga y pintoresca, le dijo:

—Pero yo creía haber oído decir que habíamos obtenido una victoria en la Asamblea.

—Sí, señora, la hemos alcanzado allí, pero acabamos de sufrir una derrota en los Jacobinos.

—¡Pues no comprendo nada, Dios mío! —exclamó la reina—. ¡Yo creí que los Jacobinos eran de los vuestros, del señor Lameth y del señor Duport, que los teníais en la mano y que los manejabais a vuestro gusto!

Barnave movió tristemente la cabeza.

—Así era en otro tiempo —dijo—; pero un nuevo espíritu ha soplado sobre la Asamblea.

—De Orleáns, ¿no es verdad? —preguntó la reina.

—Sí, por lo pronto de allí viene el peligro.

—¡Otra vez el peligro! ¿Pues no hemos escapado de él por la votación de hoy?

—Comprended bien esto, señora, pues para hacer frente a una situación es preciso conocerla; he aquí lo que se ha votado hoy: «Si un rey se retracta de su juramento, si ataca o no defiende a su pueblo y abdica, queda reducido a

simple ciudadano y se le puede acusar de los delitos posteriores a su abdicación».

—Pues bien —dijo la reina— el rey no se retractará de su juramento ni atacará a su pueblo, y si atacan a este le defenderá.

—Sí, mas por esta votación, señora, queda una puerta abierta para los revolucionarios y los orleanistas. La Asamblea no ha resuelto sobre el rey, ha votado medidas preventivas contra una segunda deserción, pasando por alto la primera; y ¿sabéis lo que esta noche ha propuesto en los Jacobinos el señor Lacios, el hombre del duque de

Orleáns?

—¡Oh!, sin duda alguna cosa terrible. ¿Qué puede proponer de saludable el autor de las *Relaciones peligrosas*?

—Ha solicitado que se haga en París y en toda Francia una petición para reclamar el destronamiento, y ha prometido diez millones de firmas.

—¡Diez millones de firmas — exclamó la reina—, Dios mío! ¿Tan odiados somos que diez millones de franceses nos rechazan?

—¡Oh!, señora, las mayorías son fáciles de hacer.

—Y ¿ha sido aprobada la

proposición?

—Ha suscitado un debate... Danton apoyó.

—¡Danton! Yo creía que ese señor Danton era de nosotros... El señor de Montmorin me había hablado de un cargo de abogado en los consejos del rey que se vendió o compró, no me acuerdo bien, y que nos proporcionaba ese hombre.

—El señor de Montmorin se engañó, señora; si Danton fuera de alguno sería del duque de Orleáns.

—Y ¿ha dicho algo el señor de Robespierre?... Aseguran que comienza a tener mucha influencia.

—Sí, Robespierre habló, pero no estaba por la petición; aconsejaba tan sólo un mensaje a las sociedades Jacobinas de provincia.

—Pero se necesitaría tener de nuestra parte a Robespierre, si tiene semejante importancia.

—No tenemos a Robespierre, señora; este hombre es de él mismo; tiene una idea, una utopía, un fantasma, una ambición tal vez.

—Pero, en fin, su ambición, cualquiera que fuere, podemos satisfacerla... Suponed que quiera ser rico.

—No quiere serlo.

—Pues ser ministro...

—Tal vez quiera ser más que esto.

La reina miró a Barnave con cierto asombro.

—Me parecía, no obstante — contestó—, que ser ministra era lo más elevado a que uno de nuestros súbditos podía aspirar.

—Si Robespierre mira al rey como destronado, no se considera como súbdito suyo.

—Pero ¿qué ambiciona entonces? — preguntó la reina espantada.

—Hay momentos, señora, en que ciertos hombres sueñan con nuevos títulos políticos, en vez de los antiguos

ya caducados.

—¡Sí, comprendo que el señor duque de Orleáns sueñe con ser regente, pues su nacimiento le llama a este cargo; pero Robespierre, un abogadillo de provincia!...

La reina olvidaba que Barnave era también un abogadillo de provincia.

Pero Barnave se mantuvo impasible, bien porque el golpe se deslizara sin tocarle, ya porque tuviera valor para ocultar su pena.

—¡Marius y Cromwell —dijo— salieron de las filas del pueblo!

—¡Marius... Cromwell!... ¡Ay de mí! —exclamó María Antonieta—.

¡Cuando oía pronunciar esos nombres en mi infancia, nunca sospeché que algún día debían resonar en mi oído de una manera fatal!... Sin embargo, veamos — pues nos apartamos de los hechos sin cesar para descender a las apreciaciones—: Me habéis dicho que Robespierre se oponía a la petición presentada por el señor Lacios y apoyada por Danton.

—Sí; pero en aquel momento entró una multitud compuesta de los alborotadores ordinarios del Palais-Royal, y una legión de mujeres, como para apoyar a Lacios, y no solamente la proposición de este se aprobó, sino que

se acordó que mañana a las once los Jacobinos reunidos oyeran la lectura de la petición; se enviaría al Campo de Marte, para firmarla en el altar de la Patria, y desde allí se remitiría a las sociedades de provincia, que firmarían a su vez.

—Y ¿quién redacta esa petición?

—Danton, Lacios y Brissot.

—¿Tres enemigos?

—Sí, señora.

—Pero ¡Dios mío! ¿Qué hacen nuestros amigos los constitucionales?

—¡Ah!, aquí está la cosa... Sabed, señora, que están resueltos a jugar mañana el todo por el todo.

—Pero ¿ya no pueden permanecer en los Jacobinos?

—Vuestra admirable inteligencia respecto a los hombres y las cosas, señora, os hace ver la situación tal como es... Sí, conducidos por Duport y Lameth, vuestros amigos acaban de separarse de vuestros enemigos y oponen los Fuldenses a los Jacobinos.

—¿Qué es eso de los Fuldenses? Dispensad, no sé nada, pues entran tantos nombres y tantas palabras nuevas en nuestra lengua política, que cada una de mis frases es una pregunta.

—Señora, los Fuldenses es el nombre de ese gran edificio situado

junto al Picadero, que se apoya en la Asamblea, y que da su nombre al terraplén de las Tullerías.

—Y ¿quién pertenece a ese club?

—Lafayette, es decir, la guardia nacional, y Bailly, o sea la municipal.

—Lafayette... Lafayette... ¿creéis poder contar con él?

—Le creo sinceramente adicto al rey.

—¡Fiel al rey, como el leñador con la encina que corta en su raíz! Bailly, pase; no tengo motivo de queja contra él, y hasta diré que me dio la denuncia de aquella mujer que había adivinado nuestra marcha; pero Lafayette...

—Vuestra Majestad le juzgará a su tiempo.

—Sí, es verdad —dijo la reina, pensando dolorosamente en lo pasado —, sí... Versailles... Pero volvamos a ese club. ¿Qué se trata de hacer y qué se quiere proponer? ¿Cuál será su fuerza?

—Enorme, puesto que dispondrá a la vez de la guardia nacional, de la municipalidad y de la mayoría de la Asamblea, que vota con nosotros. ¿Qué les quedará a los Jacobinos? Cinco o seis diputados tal vez: Robespierre, Pétion, Lacios y el duque de Orleáns, todos ellos elementos heterogéneos que no podrán ya hacer más que remover la

turba de los nuevos individuos, de los intrusos y de los trastornadores, que harán ruido, pero que no tendrán la menor influencia.

—¡Dios lo quiera, caballero! Y entre tanto, ¿qué piensa hacer la Asamblea?

—Desde mañana se propone amonestar vivamente al señor alcalde de París, sobre su vacilación y su debilidad de hoy, de lo cual resultará que el bueno de Bailly, que es de la familia de los péndulos y que para andar necesita solamente que le pongan en hora, marchará ya bien de aquí en adelante.

En aquel momento dieron las once menos cuarto y se oyó al centinela toser.

—Sí, sí —murmuró Barnave—, ya lo sé; es hora de que me retire, y sin embargo, me parece que tenía mil cosas que decir aún a Vuestra Majestad.

—Y yo —contestó la reina— no tengo más que una que contestaros, señor Barnave, y es que os estoy agradecida, a vos y a vuestros amigos, por los peligros a que os exponéis por causa mía.

—Señora —contestó Barnave—, el peligro es un juego en el que puedo ganarlo todo, bien sea vencido o vencedor, pues la reina me paga con una sonrisa.

—¡Ay de mí!, caballero, yo no sé

apenas lo que es sonreírse; pero hacéis tanto por nosotros, que trataré de recordar la época en que era feliz, y os prometo que mi primera, sonrisa será para vos.

Barnave se inclinó, con la mano sobre su corazón, y salió de espaldas.

—A propósito —dijo la reina—. ¿Cuándo volveré a veros?

—Mañana, la petición y la segunda votación de la Asamblea... Pasado mañana, la explosión y la represión provisional... En la noche del domingo, señora, trataré de venir a daros cuenta de lo que haya pasado en el Campo de Marte.

Y salió.

La reina volvió a subir muy pensativa, a la habitación de su esposo, a quien halló tan pensativo como ella. El doctor Gilberto acababa de salir, y le había dicho poco más o menos las mismas cosas que Barnave dijo a la reina.

Ni uno ni otro tuvieron necesidad de cruzar una mirada para ver que por ambas partes las noticias eran tristes.

El rey acababa de escribir una carta, que la presentó a la reina sin desplegar los labios.

Eran poderes conferidos al conde de Provenza, para que solicitara, en nombre

de Luis XVI, la intervención del emperador de Austria y del rey de Prusia.

—Vuestro hermano me ha hecho mucho daño —dijo la reina—; me aborrece y me hará aún todo el mal que pueda; mas puesto que merece la confianza del rey, también tiene la mía.

Y cogiendo la pluma estampó heroicamente su firma junto a la del rey.

Capítulo CXII

DONDE LLEGAMOS POR FIN A LA PROTESTA QUE MADAME ROLAND RECOPILABA

La conversación de la reina con Barnave habrá dado a nuestros lectores una idea exacta, así lo esperamos, de la situación que se hallaban todos los partidos el 15 de julio de 1791.

Los nuevos Jacobinos ocupando el lugar de los antiguos.

Estos últimos, formando el club de los Fuldenses.

Los Franciscanos, en la persona de Danton, de Camilo Desmoulins y de Legendre, reuniéndose con los nuevos Jacobinos.

La Asamblea, ahora realista constitucional, resuelta a mantener el rey a toda costa.

El pueblo empeñado en destronarle por todos los medios posibles, pero decidido a servirse por lo pronto de la protesta y la petición.

Ahora bien; ¿qué había ocurrido

entre la noche en que medió aquella entrevista de Barnave con la reina, protegida por el actor Saint-Prix, y el momento en que vamos a entrar en casa de *madame* Roland?

Lo diremos en pocas palabras.

Durante aquella conversación, por lo pronto y en el instante mismo en que terminaba, tres hombres estaban sentados alrededor de una mesa, teniendo ante sí papel, plumas y tinta, porque los Jacobinos les habían encargado redactar la petición.

Aquellos tres hombres eran Danton, Lacios y Brissot.

Danton no era el hombre propio para

aquella especie de reuniones; y además, en su vida de placeres y de movimiento siempre esperaba con impaciencia el fin de cada uno de los comités de que formaba parte.

Al cabo de un instante, pues, se levantó, dejando a Brissot y a Lacios redactar la petición como la entendieran.

Lacios le vio salir; siguióle con los ojos hasta que hubo desaparecido, y con el oído hasta que se cerró la puerta.

Esta doble función de sus sentidos le despertó al parecer un instante de aquella soñolencia ficticia bajo la cual ocultaba su infatigable actividad; después se hundió en su sillón, y

dejando caer la pluma, dijo:

—A fe mía, amigo Brissot, podéis redactar eso como os parezca, pues en cuanto a mí, renuncio... ¡Ah!, si fuera un mal libro, como se dice en la corte, una continuación de las *Relaciones peligrosas*, este sería mi negocio; pero una petición, una petición... —añadió bostezando— esto me aburre horriblemente.

Brissot, por el contrario, era el hombre propio para aquella especie de redacciones. Convencido, pues, de que redactaría la petición mejor que nadie, aceptó el encargo que le daban por ausencia de Danton y por la renuncia de

Lacios. Este último cerró los ojos, se acomodó lo mejor que pudo en su sillón como si quisiera dormir, y entretanto su compañero se dispuso a pesar cada frase, a fin de intercalar una observación respecto a la regencia de su príncipe.

A medida que Brissot escribía una frase leíala, y Lacios aprobaba con un ligero movimiento de cabeza.

Brissot puso en evidencia la situación.

1.º El silencio hipócrita o tímido de la Asamblea, que no había querido o no había osado resolver sobre el rey.

2.º La abdicación de hecho de Luis XVI, puesto que había huido, y que

la Asamblea le suspendió, ordenando su persecución y detención; no se persigue ni se detiene ni se suspende al rey, y si se hace todo esto es porque ya no es soberano.

3.º La necesidad de proceder a su *reemplazo*.

—¡Bien, bien! —dijo Lacios al oír esta última palabra.

Y como Brissot se dispusiera a continuar...

—¡Esperad... esperad! —exclamó el secretario del duque de Orleáns—, me parece que después de las palabras «a su reemplazo» se debe añadir alguna cosa... algo que nos atraiga a las

personas tímidas. No todo el mundo ha jugado, como nosotros, el todo por el todo.

—Es posible —dijo Brissot—. ¿Qué añadiríais?

—¡Oh!, más bien os corresponde a vos que a mí hablar de eso, amigo Brissot... Yo añadiría... veamos...

Lacios aparentó buscar una frase, que formulada ya en su mente no esperaba más que el momento de salir.

—Pues bien —dijo al fin— después de las palabras «proveer a su reemplazo», yo añadiría: «Por todos los medios constitucionales».

¡Estudiad y admirad, hombres

políticos, redactores pasados, presentes y futuros, de peticiones, de protestas y de proyectos de ley!

¿No es verdad que eran bien poca cosa esas palabras inofensivas?

Pues bien; vais a ver, es decir, aquellos de mis lectores que tengan la suerte de no ser hombres políticos, verán adonde nos conducían las palabras: «Por todos los medios constitucionales».

Todos los medios constitucionales de proceder al reemplazo del rey, se reducían a uno solo. Este medio era la *regencia*.

Ahora bien, en ausencia del conde

de Provenza y del conde de Artois, hermanos de Luis XVI, pero que habían perdido su popularidad por la emigración, ¿a quién correspondía la regencia?

Esta inocente frase, deslizada en una petición redactada en nombre del pueblo, hacía regente al duque de Orleáns por la voluntad de aquel.

¿No es verdad que es una buena cosa la política? Pero aún deberá pasar mucho tiempo para que el pueblo vea claro cuando trate con los hombres de la fuerza del señor Lacios.

Bien fuese porque Brissot no adivinara el sentido encerrado en estas

pocas palabras, o porque no viera la serpiente que se había deslizado bajo aquel apéndice, y que levantaría la cabeza silbando cuando llegara el momento, o ya, en fin, porque, sabiendo lo que arriesgaba como redactor de la petición, quisiera tener una puerta de salida, no opuso ninguna objeción, y agregó la frase, diciendo:

—En efecto, esto nos atraerá algunos constitucionales... ¡La idea es buena, señor de Lacios!

El resto de la petición estaba conforme con el sentimiento que la hizo decretar.

Al día siguiente, Pétion, Brissot,

Danton, Camilo, Desmoulins y Lacios, se dirigían a los Jacobinos con la petición.

La sala estaba desierta o poco menos.

Todo el mundo se hallaba en los Fuldenses.

Barnave no se había engañado; la deserción era completa.

Pétion corre a los Fuldenses.

¿A quién encuentra?, a Barnave, Duport y Lameth, redactando un mensaje a las sociedades jacobinas de provincias, mensaje por el cual les anuncian que el club de los Jacobinos no existe ya y acaba de ser trasladado a los

Fuldenses bajo el título de *Sociedad de los Amigos de la Constitución*.

Por eso esta asociación, que tanto trabajo costó fundar, y que, semejante a una red, se extiende por toda Francia, dejará de obrar, paralizada por la vacilación.

¿A quién creará y a quién obedecerá? ¿A los antiguos Jacobinos o a los nuevos?

Entretanto se dará el golpe de Estado contrarrevolucionario, y el pueblo, que no tendrá punto de apoyo, durmiéndose sobre la buena fe de aquellos que velan por él, se despertará vencido y agarrotado.

Se trata de hacer frente a la tempestad.

Cada cual redactará su protesta, para enviarla a la provincia donde crea tener algún crédito.

Roland es el diputado especial de Lyon: ejerce gran influencia sobre la población de esta segunda capital del reino; y Danton, antes de dirigirse al Campo de Marte —donde a falta de los Jacobinos, que no se han encontrado, se debe hacer firmar la petición al pueblo —, se presenta en casa de Roland, le explica la situación e invítale a enviar sin tardanza una protesta a los lyoneses, confiando en él para la redacción de

este documento importante.

El pueblo de Lyon dará la mano al de París y protestará al mismo tiempo que él.

Esta protesta, redactada por su esposo, es la que *madame* Roland está copiando.

En cuanto a Danton, ha ido a reunirse con sus amigos al Campo de Marte.

En el momento de su llegada se debate una gran cuestión: en medio de la inmensa arena está el altar de la Patria, erigido para la fiesta del 14, y que ha quedado allí como el esqueleto del pasado.

Como ya hemos dicho al hablar de la federación de 1790, era una plataforma a la cual se subía por cuatro escaleras, correspondiendo a los cuatro puntos cardinales.

En el altar de la Patria Veíase un cuadro que representaba el triunfo de Voltaire, el día 12, y sobre el cuadro el anuncio de los Franciscanos con el juramento de Brutus.

La discusión se refería a las cinco palabras agregadas a la petición por Lacios.

Iban a pasar desapercibidas, cuando un hombre que parecía pertenecer a la clase popular por su traje y sus modales

casi violentos, interrumpe al lector bruscamente:

—¡Alto! —exclama—. ¡Se engaña al pueblo!

—¿Cómo así? —preguntó el lector.

—Con las palabras: «Por todos los medios constitucionales...» esto es rehacer una monarquía, y no queremos más rey.

—¡No, nada de monarquía, nada de rey! —gritó la mayoría de los oyentes.

¡Cosa extraña! Los Jacobinos fueron entonces los que tomaron el partido de la monarquía.

—¡Señores, señores —dijeron—, cuidado! Si no hay monarquía ni rey,

esto será el advenimiento de la república, y no estamos preparados para ella.

—¿No estamos preparados? —replicó el hombre del pueblo—. Bien..., pero uno o dos soles como el de Varennes nos prepararán.

—¡A votar la petición!

—¡A votar! —repitieron los que habían gritado— ya «¡Nada de monarquía, nada de rey!».

Fue preciso votar.

—Que levanten la mano los que no quieran reconocer más a Luis XVI ni a ningún otro rey —dijo el desconocido.

Tan poderosa mayoría levantó la

mano, que ni siquiera fue menester apelar a la segunda prueba.

—Está bien —dijo el provocador—; mañana domingo, 17 de julio, todo París se hallará aquí para firmar la petición. Yo, Billot, soy quien se encarga de avisar.

Al oír el nombre de Billot, todos habían reconocido al terrible labrador que, acompañado del ayudante de campo de Lafayette, había detenido al rey en Varennes, conduciéndole a París.

De este modo, al primer golpe se había dejado atrás a los más osados Franciscanos y Jacobinos. Y ¿por quién? Por un hombre del pueblo, es decir, por

instinto de las multitudes, tanto que Camilo Desmoulins, Danton, Brissot y Pétion declararon que en su concepto, como semejante acto de parte del pueblo parisiense no podía efectuarse sin que se promoviera algún trastorno, convendría obtener del Ayuntamiento permiso para reunirse al día siguiente.

—Sea —dijo el hombre del pueblo —, obtenedle, y si no os lo dan, yo lo exigiré.

Camilo Desmoulins y Brissot fueron elegidos para evacuar la diligencia.

Bailly estaba ausente y no se encontró más que al primer síndico, que no quiso responder de nada; no rehusó,

pero no autorizó tampoco, contentándose con aprobar verbalmente la petición. Brissot y Camilo Desmoulins salieron de la casa Ayuntamiento considerándose como autorizados.

Detrás de ellos, el primer síndico envió recado a la Asamblea para prevenirla del paso que se acababa de dar.

La Asamblea había sido sorprendida en falta.

No había resuelto cosa alguna respecto a la situación de Luis XVI fugitivo, suspenso de su título de rey, alcanzado en Varennes, conducido a las Tullerías y encerrado aquí como

prisionero desde el 26 de junio.

No se debía perder tiempo.

Desmeuniers, con todas las apariencias de un enemigo de la familia real, presentó un proyecto de decreto concebido en estos términos:

«La suspensión del poder ejecutivo durará hasta que el acta constitucional se haya *presentado al rey y sea aceptada por él*».

El proyecto, propuesto a las siete de la noche, quedaba adoptado a las ocho por una inmensa mayoría.

De este modo la petición del pueblo resultaba inútil, pues el rey, suspendido tan sólo hasta el día en que aceptara la

Constitución, volvía a ser, por esta simple aceptación, rey como antes; todo aquel que pida el destronamiento de un rey mantenido constitucionalmente por la Asamblea, mientras que aquel se muestre dispuesto a cumplir con dicha condición, será, por lo tanto, un rebelde.

Ahora bien; como la situación es grave, se perseguirá a los rebeldes por todos los medios que la ley pone a disposición de los agentes.

Se acuerda la reunión del alcalde con el consejo municipal aquella misma noche en la casa Ayuntamiento.

La sesión comenzó a las nueve y media.

A las diez se había acordado que al día siguiente, domingo 17 de julio, desde las ocho de la mañana, el decreto de la Asamblea, impreso y aplicado en todas las esquinas de París, sería proclamado además en todas las encrucijadas a son de trompa por los notables y los ujieres debidamente escoltados de tropas.

Una hora después, esta decisión era conocida en los Jacobinos.

Estos últimos se consideraban muy débiles; la deserción de los más de ellos a los Fuldenses les dejaba aislados y sin fuerza.

Y se doblegaron.

Santerre, el hombre del arrabal de San Antonio, el cervecero popular de la Bastilla, aquel que debía suceder a Lafayette, se encargó, en nombre de la sociedad, de ir al Campo de Marte para retirar la petición.

Los Franciscanos se mostraron más prudentes aún.

Danton declaró que iba a pasar el día siguiente en Fontenay-sous-Bois, donde su suegro, el botillero, tenía una pequeña casa de campo.

Legendre le prometió casi ir a reunirse con él en compañía de Desmoulins y Fréron.

Los Roland recibieron una esquila

en la cual se les prevenía que era inútil enviar su protesta a Lyon.

Todo se había impedido y aplazado.

Era cerca de media noche y *madame* Roland acababa de copiar la protesta cuando llegó aquella esquelita de Danton.

Precisamente en aquel momento, dos hombres sentados a una mesa en la sala interior de una taberna de Gros-Caillou, apurando su tercera botella de vino a quince sueldos, daban la última mano a un singular proyecto.

Eran un peluquero y un inválido.

—¡Ah!, qué extrañas ideas tenéis, señor Lajariette —decía el inválido con

una risa estúpida y obscena.

—¡Eso es, padre Remy! —replicó el peluquero—. Antes de amanecer vamos al Campo de Marte, levantamos una tabla del altar de la Patria, nos deslizamos debajo después de volver a colocarla, y luego, con una barrena gruesa perforamos el suelo... Mañana irán muchas ciudadanas jóvenes y lindas para firmar la petición en el altar de la Patria, y a través de los agujeros...

La risa obscena y estúpida del inválido redobló; era evidente que ya pensaba estar mirando por las aberturas del altar de la Patria.

El peluquero no reía de tan buena

gana: la honrosa y aristocrática corporación a que pertenecía estaba arruinada por la desgracia de los tiempos, y la emigración había arrebatado a los artistas en cabello sus mejores parroquianos. Además, Taima acababa de representar el papel de Tito en *Berénice*, y su manera de peinarse dio origen a una nueva moda que consistía en llevar los cabellos cortos y sin polvo.

Los peluqueros en general eran, por lo tanto, realistas, como lo era Prudhomme, y veréis que el día en que el rey fue ejecutado, un peluquero se cortó el cuello en su desesperación.

Ahora bien, era una buena jugarreta contra aquellas pícaras patriotas, como las llamaban las pocas grandes damas que habían permanecido en Francia, ir a mirar bajo sus faldas; y Lajariette contaba con sus recuerdos eróticos para encontrar asunto en sus conversaciones de la mañana durante un mes. La idea de esta broma le ocurrió trincando con un inválido amigo suyo que había dejado una pierna en Fontenoy, la cual reemplazó el Estado con otra de madera.

En su consecuencia, los dos bebedores pidieron una cuarta botella de vino, que el dueño se apresuró a llevarles.

Ya iban a comenzarla, cuando al inválido se le ocurre a su vez una idea.

Se reducía a coger un barrilito, vaciar en él la botella en vez de servirse de los vasos, agregar otras dos y llevarse el barril consigo.

El inválido apoyaba su proposición sobre el axioma de que acalora mucho mirar al aire.

El peluquero se dignó sonreír, y como el dueño les observase que era inútil permanecer allí si no bebían, los dos hombres ajustaron el precio de la barrena y del barril, colocando en este las tres botellas, y a la hora de media noche se dirigieron al Campo de Marte a

través de la oscuridad, levantaron la tabla, y con el barril entre los dos se echaron sobre la blanda arena, donde quedaron dormidos.

Capítulo CXIII

LA PETICIÓN

Hay ciertos momentos en que el pueblo, después de excitaciones sucesivas, sube como una marea y necesita algún gran cataclismo para volver, como al Océano, al lecho que la naturaleza le destinó.

Así era el pueblo parisiense durante aquella primera quincena de julio, en la que tantos acontecimientos le habían puesto en ebullición.

El domingo, 10, se quiso ir a la fiesta de Voltaire, pero el mal tiempo impidió que se celebrara y el cortejo se detuvo delante de la barrera de Charenton, donde la multitud había estado todo el día.

El lunes, 11, el tiempo se aclaró; la procesión emprendió la marcha y atravesó por París en medio de una inmensa multitud, deteniéndose ante la casa donde había muerto el autor del *Diccionario filosófico* y de *La Doncella*, a fin de dar tiempo a la señora Villette, su hija adoptiva, y a la familia de Calas, para coronar el ataúd mientras cantaban los coros de la Ópera.

El miércoles, 13, espectáculo en Nuestra Señora, donde se representa la *Toma de la Bastilla* a gran orquesta.

El jueves, 14, aniversario de la federación, peregrinación al altar de la Patria; las tres cuartas partes de París se hallan en el Campo de Marte, y las cabezas se elevan cada vez más a los gritos de «¡Viva la nación!», y al ver las iluminaciones universales en medio de las que el palacio de las Tullerías, sombrío y mudo, parece una tumba.

El 15, votación en la cámara protegida por las cuatro mil bayonetas y las mil picas de Lafayette; petición de la multitud cierre de teatros, ruido y

rumores durante toda la tarde y una parte de la noche.

Por último, el sábado, 16, deserción de los Jacobinos que pasan a los Fuldenses; escenas violentas en el Puente Nuevo, donde varios individuos de la policía maltratan a Fréron y detienen a un inglés, amo del italiano llamado Rotondo; excitación en el Campo de Marte, donde Billot descubre en la petición la frase de Lacios; votación popular sobre el destronamiento de Luis XVI, y cita para el día siguiente a fin de firmar la petición.

Noche sombría, agitada, llena de

tumulto, en la cual, mientras que los grandes agitadores de los Jacobinos y de los Franciscanos se ocultan porque conocen el juego de sus enemigos, los hombres concienzudos y francos del partido se prometen reunirse y dar alguna cosa que pueda servir para la empresa comenzada.

Otros velan con sentimiento menos honrados, y sobre todo menos filantrópicos; son esos hombres odiosos que se encuentran en cada gran conmoción de las sociedades, que buscan la perturbación, el tumulto y la sangre, así como los buitres y los tigres quieren los ejércitos que se batan y les

proporcionan cadáveres.

Marat, en su subterráneo, donde le tiene sujeto su monomanía, Marat cree siempre estar perseguido, amenazado, o aparenta creerlo así; vive en la sombra como los animales carniceros y las aves de rapiña; y de esa sombra, como del antro de Trofonio o de Delfos, salen todas las mañanas siniestros oráculos esparcidos en las hojas de ese diario titulado *El Amigo del Pueblo*. Desde hace algunos días el diario de Marat olfatea la sangre; desde la vuelta del rey propone, como único medio de poner a salvo los derechos y los intereses del pueblo, un dictador único y una matanza

general. Al decir de Marat es preciso, ante todo, dar muerte a la Asamblea y ahorcar a las autoridades, después de lo cual, a manera de variante, porque esto no le basta, propone aserrar manos, cortar pulgares y enterrar a las personas vivas. Es preciso que el médico de Marat le visite según su costumbre y le diga: «¡Escribís con tinta roja, Marat, y es preciso que yo sangre!».

Verriere, aquel horrible jorobado, aquel formidable enano de largos brazos y de largas piernas, a quien hemos visto aparecer para tomar parte en las jornadas del 5 y 6 de octubre, y que después de estas ha vuelto a la

oscuridad, ha reaparecido en la noche del 16, y cual *visión del Apocalipsis*, dice Michelet, se le ha visto montado en el caballo blanco de la muerte, sobre cuyos costados se balanceaba sus largas piernas, de gruesas rodillas y descomunales pies; se ha detenido en las esquinas de las calles y en las encrucijadas, y, heraldo de la desgracia, ha convocado al pueblo para el día siguiente en el Campo de Marte.

Fournier, que se presentará por primera vez, y a quien llamarán Fournier el *Americano*, no porque haya nacido en América, puesto que es de Auvernia, sino porque ha sido capataz de negros en

Santo Domingo, Fournier es un perdido, hombre arruinado por un proceso que no ganó, y que está resentido del silencio de la Asamblea nacional, a la cual dirigió veinte peticiones sucesivas inútilmente. Atribuye la culpa a los Lameth, a Duport y a Barnave, y por eso se ha prometido vengarse de ellos a la primera ocasión. Aquel hombre, que tiene en su pensamiento los sobresaltos de la fiera y en su rostro la expresión de la hiena, cumplirá su palabra.

He aquí, pues, la posición de todos en la noche del 16 al 17.

El rey y la reina esperan ansiosos en las Tullerías: Barnave les ha prometido

un triunfo sobre el pueblo; pero no les ha dicho cuál sería ni de qué modo se alcanzaría, aunque los medios les importan poco. El rey desea ese triunfo para que mejore la posición de la monarquía; la reina porque sería un principio de venganza, pues el pueblo la ha hecho sufrir tanto, que a su modo de ver la es permitido vengarse.

La Asamblea, apoyada en una de esas mayorías ficticias que tranquilizan a todos, espera con cierta serenidad; ha tomado sus medidas; suceda lo que quiera, tendrá la ley en su favor; y si el caso lo exige, invocará la frase suprema: *¡Salvación pública!*

Lafayette espera también sin temor: tiene su guardia nacional que le es fiel aún, y entre ella un cuerpo de nueve mil hombres compuesto de antiguos militares, guardias franceses voluntarios. Este cuerpo pertenece más al ejército que a la ciudad, es asalariado, y por eso se llaman la *guardia asalariada*.

Si al día siguiente se ha de efectuar alguna ejecución terrible, este cuerpo se encargará de ella.

Bailly y la municipalidad esperan por su lado. Bailly, después de toda una vida de estudio y de despacho, se ha elevado súbitamente en la política; y

amonestado por la Asamblea sobre la debilidad que demostró en la noche del 15, reposa apoyado en la ley marcial, la cual aplicará al día siguiente con todo su rigor en caso necesario.

Los Jacobinos esperan, pero en el desorden más completo: Robespierre está oculto; Lacios, que ha visto borrar su frase, pone mala cara; Pétion, Buzot y Brissot se hallan dispuestos, suponiendo bien que la jornada del día siguiente será ruda; Santerre, que a las once de la mañana debe ir al Campo de Marte para retirar la petición, les dará noticias.

Los Franciscanos han abdicado: Danton, como hemos dicho, está en

Fontenay, en casa de su suegro, donde se reunirán con él Legendre, Fréron y Camilo Desmoulins. Los demás no harán nada, porque falta la cabeza.

El pueblo, que ignora todo esto, irá al Campo de Marte para firmar la petición; gritará: «¡Viva la nación!», y bailará alrededor del altar de la Patria, cantando el famoso *Ca ira* de 1790.

Entre 1790 y 1791 la reacción ha abierto un abismo, y se necesitarán los muertos del 17 de julio para colmarle.

Como quiera que sea el día amaneció magnífico, y desde las cuatro de la mañana, todos esos pequeños industriales que viven de las multitudes,

que venden coco, tortas y bollos, comenzaban a encaminarse hacia el altar de la Patria, que se elevaba solitario en medio del Campo de Marte, semejante a un catafalco.

Un pintor colocado a unos veinte pasos del lado que daba al río, hacía cuidadosamente un dibujo.

A las cuatro y media se cuentan ya unas ciento cincuenta personas en el Campo de Marte.

Los que se levantan tan temprano son generalmente los que han dormido mal, y los más de estos —hablo de los hombres y las mujeres del pueblo— son los que han cenado mal o no han cenado.

Y si no se ha cenado ni dormido, se suele estar de mal humor a las cuatro de la madrugada.

Entre aquellas ciento cincuenta personas que rodeaban el altar de la Patria había, pues, bastante de mal humor, y sobre todo de mal aspecto.

De pronto, una mujer, una vendedora de bebidas, que había subido a los escalones del altar, profiere un grito.

La punta de una barrena acababa de perforar su zapato.

Llama y acuden: la tabla está perforada de agujeros cuya existencia no se explica; pero aquella barrena que ha perforado el zapato de la mujer indica la

presencia de uno o varios hombres bajo la plataforma del altar de la Patria.

¿Qué pueden hacer allí?

Se les interpela, se les intima a contestar o declarar sus intenciones, a salir y a presentarse.

No se obtiene contestación.

El pintor deja su escabel, deja su dibujo y corre al Gros-Caillou para llamar a la guardia.

Esta última, que no ve motivo suficiente en el hecho de haber sido tocada una mujer en el pie con una barrena, rehúsa el servicio y despide al pintor.

Al volver este, la exasperación ha

llegado a su colmo; trescientas personas rodean el altar de la Patria; se levanta una tabla, se penetra en la cavidad y se encuentra a nuestro peluquero con su compañero el inválido, los dos muy cabizbajos.

El peluquero, que ve en la barrena una prueba de convicción, arrójala lejos de sí; pero no ha pensado en apartar el barril.

Le cogen por el cuello, oblíganle a subir a la plataforma, le interrogan sobre sus intenciones, y se llevan a los dos a casa del comisario.

Interrogados allí confiesen con qué fin se escondieron; el comisario no ve

en ello más que una travesura sin consecuencia y los pone en libertad; pero en la puerta encuentran a las lavanderas de Gros-Caillou, con sus paletas en la mano. Estas mujeres, según parece son muy quisquillosas en cuanto a su honor, y cual otras Dianas irritadas, cierran a golpes contra los *acteones*^[42] modernos.

En aquel momento llega un hombre corriendo: se ha encontrado bajo el altar de la Patria un barril de pólvora, y de esto se deduce que los dos culpables se hallaban allí, no para practicar agujeros, como ellos dicen, a fin de mirar, sino para volar a los patriotas.

Bastaba destapar el barril para asegurarse de que contenía vino en vez de pólvora; bastaba reflexionar que al pegarle fuego los dos conspiradores perecerían los primeros más seguramente aún, y así se habría demostrado la inocencia de los supuestos culpables; pero hay momentos en que no se reflexiona en nada, ni se comprueba cosa alguna, ni se quiere hacer nada de esto.

En el instante mismo la borrasca se convierte en tempestad. Un grupo de hombres llega, sin que nadie sepa de qué punto sale. ¿De dónde serían aquellos hombres que mataron a Foullon, a

Bertier y a Flesselles? ¿De dónde los que hicieron las jornadas del 5 y 6 de octubre? De las tinieblas, a las cuales vuelven cuando su obra de muerte ha concluido. Aquellos hombres se apoderan del pobre inválido y del infeliz peluquero; el inválido, acribillado a cuchilladas, no se levanta; el otro es arrastrado a un reverbero; le pasan una cuerda al cuello, elévanle a la altura de diez pies, el peso de su cuerpo rompe la cuerda, vuelve a caer vivo, lucha un instante y ve la cabeza de su compañero en la punta de una pica. ¿Cómo había allí precisamente una pica? El infeliz profiere un grito y

pierde el conocimiento; entonces le cortan la cabeza y se encuentra a punto otra pica para recibir el sangriento trofeo.

En el mismo instante se experimenta la necesidad de pasear por París aquellas dos cabezas, y los portadores, seguidos de un centenar de bandidos semejantes a ellos y de numeroso populacho, se dirigen cantando por la calle de Grenelle.

A las nueve, los oficiales de la municipalidad y los notables, con ujieres y trompetas, proclamaban en la plaza del Palais-Royal el decreto de la Asamblea, dando a conocer las medidas

represivas que se aplicarán a toda infracción a este decreto, cuando por la calle de Santo Tomás del Louvre desembocan los asesinos.

Así quedaba la municipalidad en la mejor posición; por duras que fuesen sus medidas, jamás llegarían a la altura del crimen que se acababa de cometer.

La Asamblea comenzaba a reunirse; desde la plaza del Palais-Royal hasta el Picadero hay poca distancia, y la noticia llegó allí al punto.

Pero no se hablaba de un peluquero y un inválido castigados con exceso por una travesura de colegial, sino de dos buenos ciudadanos, amantes del orden, a

quienes se asesinó por haber recomendado a los revolucionarios el respeto a las leyes.

Entonces Renault de Saint-Jean-d'Angely se lanza a la tribuna y grita:

—¡Ciudadanos, pido la ley marcial; pido a la Asamblea que declare criminales de lesa nación a los que por escritos *individuales o colectivos* induzcan al pueblo a resistir!

La Asamblea se levanta casi en masa y aprueba la proposición de Renault de Saint-Jean-d'Angely.

Y he aquí a los peticionarios convertidos en criminales de lesa

nación. Esto era lo que se quería.

Robespierre estaba oculto en un rincón de la Asamblea; oyó proclamar la votación y corrió a los Jacobinos para darles aviso de la medida que se acababa de adoptar.

La sala del club estaba desierta; apenas veinticinco o treinta individuos vagaban por el antiguo convento. Santerre estaba esperando la orden de los jefes, y se le envía al Campo de Marte a fin de que prevenga a los peticionarios del peligro que corren.

Los encuentra en número de doscientos o trescientos, firmando en el altar de la Patria la petición de los

Jacobinos.

Billot es el punto céntrico de aquel movimiento; no sabe firmar, pero ha dicho su nombre, le guían la mano y es el primero en escribirle.

Santerre sube al altar de la Patria, anuncia que la Asamblea acaba de proclamar rebelde a quien ose pedir el destronamiento del rey, y declara que los Jacobinos le envían para retirar la petición redactada por Brissot.

Billot baja tres escalones y hállase frente al célebre cervecero; los dos hombres del pueblo se miran y examinan, símbolo uno y otro de las dos fuerzas materiales que funcionan en

aquel momento: la provincia y París.

Los dos se reconocen por hermanos, pues han combatido juntos en la Bastilla.

—¡Está bien! —dice Billot— se devolverá a los Jacobinos su petición; pero se hará otra.

—Y esa petición —dice Santerre— bastará llevarla a mi casa del arrabal de San Antonio; yo la firmaré y mis obreros también.

Y ofrece su ancha mano a Billot, que le da la suya.

A la vista de aquella poderosa fraternidad que reúne la provincia con la capital, se aplaude.

Billot devuelve a Santerre su

petición, y se aleja haciendo al pueblo una de esas señales de promesa que no le engañan nunca; y además ha comenzado a conocer a Santerre.

—Ahora —dice Billot— los Jacobinos tienen miedo y por esto retiran su petición, teniendo derecho para ello; pero nosotros, que nada tememos, estamos igualmente en el derecho de hacer otra.

—¡Sí, sí! —gritan varias voces—. ¡Otra petición, aquí mañana!

—Y ¿por qué no hoy? —pregunta Billot—. ¡Quién sabe lo que sucederá de aquí a mañana!

—¡Sí, sí, hoy, ahora mismo!

En derredor de Billot se ha formado un grupo de personas distinguidas: la fuerza tiene la virtud del imán y atrae.

Aquel grupo se compone de diputados de los Franciscanos o de aspirantes a Jacobinos que, mal informados o más atrevidos que los jefes, han ido al Campo de Marte, a pesar de la contraorden.

Los más de aquellos hombres eran desconocidos entonces, pero no debían tardar en hacerse célebres.

Eran: Robert, la señorita de Keralio, Roland, Bruñe, obrero tipógrafo, que será más tarde mariscal de Francia; Hebert, escritor público, futuro redactor

del terrible *Padre Duchene*; Chaumette, periodista y alumno de medicina; Sergent, grabador, que pondrá en escena las fiestas patrióticas; Fabre d'Eglantine, autor de la *Intigra epistolar*; Henriot, el gendarme de la guillotina; Maillard, el terrible ujier del Châtelet, a quien hemos perdido de vista desde el 6 de octubre; Isabey, padre e hijo, tal vez el único de los actores de esta escena que pueda referirla, joven y vivo a los ochenta y ocho años.

—¡Ahora mismo! —grita el pueblo.

Un inmenso aplauso resuena en el lado del Campo de Marte.

—¿Quién lleva la pluma? —

pregunta una voz.

—Yo, vosotros, nosotros, todo el mundo —contesta Billot—; así será de veras la petición del pueblo.

Un patriota corre a buscar papel, tinta y plumas.

Entretanto se cogen todos por las manos y comiéntase a bailar cantando el famoso *Ca ira*.

El patriota vuelve a los diez minutos provisto de papel, plumas y tinta.

Entonces Robert toma la pluma, y la señorita de Keralio, *madame* Roland y su esposo dictan sucesivamente la petición que sigue:

*PETICIÓN A LA ASAMBLEA
NACIONAL, REDACTADA EN EL
ALTAR DE LA PATRIA EL 17 DE
JULIO DE 1791*

*Representantes de la
nación:*

*Tocáis al término de
vuestros trabajos, y muy pronto
sucesores nombrados por el
pueblo van a seguir vuestras
huellas sin encontrar los
obstáculos que os presentaron
los diputados de los dos órdenes
privilegiados, enemigos
necesarios de todos los
principios de la santa igualdad.*

Se comete un gran crimen: Luis XVI huye, abandonando indignamente su puesto, y la nación está a dos dedos de la anarquía: varios ciudadanos le detienen en Varennes y es conducido a París. El pueblo de esta capital os pide con insistencia que no resolváis sobre la suerte del culpable sin haber oído la expresión del voto de todos los departamentos.

Diferís; infinidad de mensajes llegan a la Asamblea; en todos se pide simultáneamente que Luis sea

juzgado, pero vosotros opináis que era inocente e inviolable, declarando, por vuestra votación del 16, que se le presentará la carta constitucional. Legisladores, no era este el voto del pueblo, y hemos pensado que vuestra mayor gloria, vuestro deber mismo, consistía en ser los órganos de la voluntad pública. Sin duda os ha conducido a este acuerdo la multitud de diputados refractarios que protestaron de antemano contra la Constitución; pero recordad,

vosotros los que representáis a un pueblo generoso, que esos doscientos noventa protestantes no tenían voto en la Asamblea nacional, y que, por lo tanto, el decreto es nulo en la forma y el fondo; en este último como contrario al voto del soberano, y en la forma porque le presentan doscientos cincuenta individuos de calidad.

Estas consideraciones, y el deseo imperioso de evitar la anarquía, a la cual nos ha de exponer la falta de buena inteligencia *entre*

representantes y representados, todo, en fin, nos obliga a pedir, en nombre de Francia, que se retire ese decreto, tomando en consideración que el delito de Luis XVI está probado; que este rey abdicó; que se debe recibir su abdicación y convocar un nuevo cuerpo constitucional para proceder como es justo al juicio del culpable, y sobre todo, establecer un nuevo poder ejecutivo.

Redactada la petición se reclamó silencio; todo rumor cesa al punto, las

cabezas se descubren, y Robert lee en alta voz las líneas que acabamos de transcribir.

Responden al deseo de todos; no se ha de hacer ninguna observación, y a la última frase resuenan los aplausos unánimes.

Se trataba de firmar; ya no había allí doscientas o trescientas personas, sino diez mil tal vez, y como llegaban de continuo por todas las entradas del Campo de Marte, más de cincuenta mil rodearían el altar de la Patria.

Los redactores firman los primeros; después pasan la pluma a sus vecinos, y como en un segundo las firmas llegan al

pie de la página, se distribuyen hojas del mismo tamaño de la petición, que se numerarán y unirán después.

Se firma desde luego en los cuatro ángulos del altar de la Patria, y después sobre los escalones, sobre las rodillas o los sombreros, sobre todo cuanto ofrece un punto de apoyo.

Sin embargo, según las órdenes de la Asamblea transmitidas a Lafayette, y que se relacionan, no con la petición que se firma en aquel momento, sino con el asesinato de la mañana, las primeras tropas llegan al Campo de Marte; pero tanto preocupa la petición, que apenas se fija la atención en ellas.

Pero lo que ha de suceder tendrá alguna importancia.

Capítulo CXIV

LA BANDERA ROJA

Aquellas tropas van conducidas por un ayudante de campo de Lafayette. ¿Cuál? No se le nombra; pues Lafayette ha tenido siempre tantos, que la historia se confunde.

Como quiera que sea, en el glaci^[43] resuena un tiro y la bala toca al ayudante de campo; pero la herida es poco peligrosa, y como la detonación es

aislada no se dignan contestar a ella.

En Gros-Caillou se produce una escena semejante. Por este punto se presenta Lafayette con una fuerza de tres mil hombres y artillería.

Pero allí estaba Fournier a la cabeza de una cuadrilla de bribones, probablemente los mismos que han asesinado al peluquero y al inválido; en aquel momento levantan una barricada.

Lafayette avanza contra ella y la destruye.

A través de las ruedas de una carreta y a boca de jarro, Fournier dispara un tiro contra Lafayette, mas por fortuna falla; se toma la barricada y se coge a

Fournier, a quien conducen ante Lafayette.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta el general.

—Es el que os ha disparado un tiro, que felizmente ha fallado.

—Pues dejadle en libertad, y que vaya a otra parte para que le ahorquen.

Fournier no fue a otra parte a dejarse coger; desapareció momentáneamente y se le vio otra vez en las matanzas de septiembre.

Lafayette llega al Campo de Marte, se firma la petición y reina la tranquilidad más perfecta, verdadera tranquilidad, puesto que la señora de

Condorcet pasaba allí a su niño, que sólo contaba un año.

Lafayette avanza hasta el altar de la Patria y pregunta qué se hace; le muestran la petición y los firmantes se comprometen a volver a sus casas cuando aquella esté firmada; y como el general no ve en esto nada reprehensible, se retira con su tropa.

Pero si aquel tiro que hirió al ayudante de campo del general, y aquel otro que falló no se han oído en el Campo de Marte, han producido una confusión terrible en la Asamblea.

No olvidemos que esta última quiere un golpe de Estado realista, y que todo

la sirve.

¡Lafayette está herido; su ayudante ha sido muerto; se están degollando en el Campo de Marte!...

Tal es la noticia que circula por París, y que la Asamblea trasmite oficialmente al ayuntamiento.

Pero en la casa de la ciudad se inquietan ya de lo que se hace en el Campo de Marte, y se han enviado allí a tres municipales, los señores Jacques, Renaud y Hardy.

Desde lo alto del altar de la Patria, los firmantes de la petición ven adelantarse hacia ellos un numeroso grupo que llega por la orilla del río.

Y se envía una diputación a su encuentro.

Los tres oficiales del Municipio — son los que acaban de entrar en el Campo de Marte— se adelantan directamente hacia el altar de la Patria; pero en vez de ver una multitud de facciosos, que esperan hallar en tumulto y llenos de amenazas, encuentran ciudadanos que se pasean por grupos, mientras que otros firman la petición o bailan la farándula cantando el *Ca ira*.

La multitud está tranquila; pero tal vez la petición sea revolucionaria, y los municipales piden que se lea.

Así se hace desde la primera hasta

la última línea, y como ha sucedido ya una vez, la lectura va seguida de aplausos universales y de unánimes aclamaciones.

—Señores —dicen entonces los oficiales del Municipio— ¡nos alegramos de conocer vuestras disposiciones, pues nos dijeron que aquí había tumulto y vemos que nos han engañado! No dejaremos de dar cuenta de lo que hemos visto, diciendo qué tranquilidad reina en el Campo de Marte. Lejos de impediros que hagáis vuestra petición, os ayudaremos con la fuerza pública, en el caso de que se trate de perturbaros. Si no estuviésemos

ejerciendo funciones firmaríamos nosotros mismos, y si dudáis de nuestra buena intención, permaneceremos aquí como rehenes hasta que todos los firmantes se hayan inscrito.

El espíritu de la petición es realmente el de todos, puesto que los mismos individuos de la municipalidad firmarían la petición si su condición no se lo impidiese.

Esta adhesión de tres hombres que se adelantaban hacia ellos con desconfianza, suponiéndoles intenciones hostiles, estimula a los peticionarios. En la contienda sin gravedad que acaba de ocurrir entre el pueblo y la guardia

nacional se ha detenido a dos hombres, y como sucede casi siempre en semejante circunstancia, ambos son del todo inocentes, por lo cual los más notables peticionarios piden que se les ponga en libertad.

—No estamos autorizados para esto —contestan los delegados del Municipio—; pero nombrad comisarios que nos acompañen al ayuntamiento, y se hará justicia.

Entonces se eligen doce comisarios; Billot, nombrado por unanimidad, forma parte de la comisión, y esta se dirige con los tres delegados a la casa Ayuntamiento.

Al llegar a la plaza de la Greve, los comisarios se asombran al ver que está llena de tropa, y penosamente se abren paso a través de aquel bosque de bayonetas.

Billot los guía; ya se recordará que conoce la casa Ayuntamiento, pues le hemos visto entrar en ella con Pitou más de una vez.

En la puerta de la sala del consejo, los tres oficiales invitan a los comisarios a esperar un momento; mandan que se les abra la puerta, entran y no vuelven a salir.

Los comisarios esperan una hora.
No se recibe noticia alguna.

Billot se impacienta y golpea el suelo con el pie. De pronto se abre la puerta y se presenta todo el cuerpo municipal con Bailly a la cabeza.

El alcalde está muy pálido; ante todo es matemático y tiene sentimiento exacto de lo justo y de lo injusto; comprende que se le impulsa a cometer una mala acción; pero la orden de la Asamblea está allí y Bailly la cumplirá rigurosamente.

Billot se adelanta hacia él.

—Señor alcalde —dice, con ese tono firme que ya le conocemos—, os esperamos hace más de una hora.

—¿Quién sois vos y qué tenéis que

decirme? —pregunta Bailly.

—¿Quién soy? —pregunta Bailly—.

Me extraña que me lo preguntéis, señor de Bailly, aunque es verdad que los que van por mal camino no pueden conocer a los que siguen el bueno... Yo soy Billot.

Bailly hizo un movimiento: tan sólo aquel nombre le recordaba el individuo que había entrado uno de los primeros en la Bastilla; el hombre que había custodiado la casa Ayuntamiento en los días terribles de las matanzas de Foullon y de Bertier; el hombre que iba junto a la portezuela del coche del rey al volver de Versalles, que puso la escarapela tricolor en el sombrero de Luis XVI, que

despertó a Lafayette en la noche del 5 al 6 de octubre, y que, en fin, acababa de traer al rey de Varennes.

—En cuanto a lo que tengo que deciros —continuó Billot—, debo advertir que somos los enviados del pueblo reunido en el Campo de Marte.

—Y ¿qué pide el pueblo?

—Pide que se cumpla la promesa hecha por vuestros tres enviados, es decir, que ponga en libertad a los dos ciudadanos injustamente acusados, y de cuya inocencia respondemos.

—¡Bueno! —replicó Bailly, tratando de parar—, ¿respondemos nosotros de semejantes promesas?

—Y ¿por qué no responderíais?

—¡Porque son de facciosos!

Los comisarios se miraron con asombro. Billot frunció el ceño.

—¿De facciosos? —exclamó—. ¡Ah!, he aquí ahora que somos facciosos.

—Sí —replicó Bailly—, facciosos, y voy ahora al Campo de Marte para restablecer la paz.

Billot se encogió de hombros y comenzó a reírse de esa manera ruidosa que en ciertos hombres tiene una expresión amenazadora.

—¿Restablecer la paz en el Campo de Marte? —exclamó—. Vuestro amigo

Lafayette acaba de salir de allí, así como también vuestros delegados, los cuales podrán deciros que el Campo de Marte está tan tranquilo como la casa Ayuntamiento.

En aquel momento el capitán de una compañía del batallón Bonne-Nouvelle acude apresuradamente.

—¿Dónde está el señor alcalde? — pregunta.

Billot se aparta para que se vea a Bailly.

—¡Heme aquí! —dice este último.

—¡A las armas, señor alcalde, a las armas! —grita el capitán—; se están matando en el Campo de Marte, donde

cincuenta mil bribones reunidos se disponen a marchar contra la Asamblea.

Apenas el capitán ha pronunciado estas palabras, cuando la pesada mano de Billot se apoya sobre su hombro.

—Y ¿quién ha dicho eso? — pregunta el labrador.

—La Asamblea.

—¡Pues la Asamblea ha mentido! — replica Billot.

—¡Caballero! —dice el capitán, desenvainando su sable.

—¡La Asamblea ha mentido! — repite Billot, cogiendo el sable en parte por la empuñadura y por la roja, y arrancándolo de manos del capitán.

—¡Basta, basta, señores! —dice Bailly—, pues vamos a ver eso nosotros mismos... Señor Billot —añadió— devolved ese sable, yo os lo ruego, y si tenéis influencia sobre los que os envían, volved cerca de ellos e invítadles a dispersarse.

Billot arrojó el sable a los pies del capitán.

—¿A dispersarse? —repitió—. ¡Vamos!, se nos ha reconocido el derecho de petición por un decreto, y hasta que este se anule no será permitido a nadie, ni al señor alcalde ni al comandante de la guardia nacional, impedir a los ciudadanos que expresen

su deseo... ¿Vais al Campo de Marte?
Os precederemos, señor alcalde.

Los que rodeaban a los actores de esta escena no esperaban más que una orden, una palabra o un ademán de Bailly para detener a Billot; pero el alcalde comprendía que aquella voz que acababa de hablarle tan alto y con tal firmeza era la del pueblo.

Por lo cual hizo una seña para que se dejara pasar a Billot y los comisarios.

Se bajó a la plaza: una gran bandera roja flotaba en una de las ventanas de la Casa de la ciudad, y sus pliegues de color de sangre ondulaban a impulsos de las primeras ráfagas de una tempestad

próxima.

Por desgracia no duró más que algunos minutos; hubo truenos sin lluvia; el calor del día aumentó, produciendo más electricidad en el aire, y a esto se redujo todo.

Cuando Billot y los otros comisarios volvieron al Campo de Marte, la multitud había aumentado mucho.

En cuanto se podía calcular, el número de las personas que allí se hallaban debía ascender a unas sesenta mil.

Estos sesenta mil ciudadanos y ciudadanas se hallan repartidos en el declive que rodea el altar de la Patria en

la plataforma, y hasta en las gradas del altar mismo.

Billot y sus once colegas llegan; prodúcese un gran movimiento; de todos los puntos se acude corriendo y la gente se oprime. ¿Han sido puestos en libertad los dos ciudadanos? ¿Qué ha contestado el señor alcalde?

Los dos ciudadanos no han sido puestos en libertad, y el alcalde no ha contestado; pero sí ha dicho que los peticionarios eran facciosos.

Estos últimos se echan a reír del título que se les da, y cada cual continúa su paseo o vuelve a sus quehaceres.

Entretanto se sigue firmando la

petición.

Cuéntase ya cuatro o cinco mil firmas; antes de la noche habrá cincuenta mil, y la Asamblea deberá doblegarse ante esa temible unanimidad.

De pronto llega un ciudadano corriendo: no solamente ha visto la bandera roja en las ventanas de la casa Ayuntamiento, como los comisarios, sino que, al anunciarse que se iba a marchar al Campo de Marte, ha oído a los guardias nacionales proferir gritos de alegría mientras que cargaban sus fusiles. Después un oficial de la Municipalidad ha recorrido las filas para hablar en voz baja a los jefes.

Entonces todas las fuerzas de la guardia nacional, con Bailly y el ayuntamiento a la cabeza, se han puesto en marcha hacia el Campo de Marte.

El que da estos detalles ha tomado la delantera para anunciar a los patriotas estas alarmantes noticias.

Pero reina tal tranquilidad, tal conjunto y tan fraternal sentimiento en aquel inmenso terreno consagrado por la federación del año anterior, que los ciudadanos, ejerciendo un derecho reconocido por la Constitución, no pueden creer que están amenazados.

Prefieren pensar que el mensajero se engaña.

Se continúa firmando; las danzas y los cantos van en aumento.

Sin embargo, se comienza a oír el toque del tambor, que se aproxima por momentos.

Entonces se miran unos a otros con inquietud; prodúcese un gran rumor, y algunos se muestran las bayonetas que brillan semejantes a espigas de hierro.

Los individuos de las diversas sociedades patrióticas se reúnen, se agrupan y proponen retirarse.

Pero desde la plataforma del altar de la Patria, Billot grita:

—Hermanos, ¿qué hacemos? ¿Por qué ese temor? O la ley marcial es

contra nosotros o no lo es, y en este último caso, ¿por qué huir? Si lo es se publicará, estaremos advertidos por las intimaciones. Y entonces podremos retirarnos.

—¡Sí, sí —gritan por todas partes —, estamos dentro de la ley... esperamos las intimaciones... se necesitan tres!... ¡Quedémonos, quedémonos!

Nadie se va.

En el mismo instante el tambor resuena más próximo y la guardia nacional aparece por tres entradas del Campo de Marte.

Una tercera parte de aquella fuerza

armada se presenta por la bocacalle contigua a la Escuela militar.

El segundo tercio por la que hay más abajo.

Y la tercera, en fin, por la que da frente a las alturas de Chaillot. Por este lado, la tropa atraviesa el puente de madera y avanza con la bandera roja a su cabeza; Bailly va entre sus filas.

Pero la bandera roja es casi invisible y no atrae la atención de la multitud sobre aquella fuerza más que sobre las otras dos.

Esto es lo que ven los peticionarios del Campo de Marte. Y ¿qué ven los recién llegados?

La vasta llanura llena de paseantes inofensivos, y en medio de ella al altar de la Patria, gigantesca construcción, a cuya plataforma se sube, como ya hemos dicho, por cuatro escaleras enormes, que cuatro batallones pueden franquear a la vez.

En aquella plataforma se elevan aún piramidalmente gradas que conducen a un terraplén coronado por el altar de la Patria, al que presta sombra una elegante palmera.

Cada grada, desde lo más alto hasta lo más bajo, sirve para sentarse, según la capacidad, a un número más o menos considerable de espectadores.

La pirámide humana se eleva así ruidosa y animada.

La guardia nacional del Marais y del arrabal de San Antonio, unos cuatro mil hombres con su artillería, llegaba por la bocacalle que confina con el ángulo meridional de la Escuela militar y se había extendido delante del edificio.

Lafayette se fiaba poco de aquellos hombres del Marais y de los arrabales que formaban el partido democrático de su ejército, y por esto les había reunido con un batallón de la guardia a sueldo.

Esta guardia representaba los modernos pretorianos. Se componía, como ya hemos dicho, de antiguos

militares, de guardias franceses licenciados y de *fayetistas* furiosos, los cuales, sabiendo que se había disparado un tiro a su dios, venían a vengar este crimen, el cual era a sus ojos mucho peor que el de lesa nación, cometido por el rey.

Aquella guardia, que llegaba de Gros-Caillou ruidosa, formidable y amenazadora, penetró por el centro del Campo de Marte y encontróse desde luego enfrente del altar de la Patria.

Por último, el tercer cuerpo, que desembocaba por el puente de madera precedido de aquella mezquina bandera roja citada ya, se componía de la

reserva de la guardia nacional, con la que se mezclaban un centenar de dragones armados hasta los dientes.

Por las mismas aberturas por donde pasaba la guardia nacional de infantería, penetraban al mismo tiempo algunos escuadrones de caballería, los cuales, levantando el polvo mal desvanecido por la breve tempestad, que se podía considerar como un presagio, ocultaron a los espectadores la vista del drama que se iba a representar, permitiéndoselo ver tan sólo a través de un velo o por pequeños claros.

Vamos a referir ahora lo que se pudo divisar a través de aquel velo.

Bailly acababa de ser recibido por
tos gritos y silbidos de los pilletes que
ocupaban el declive por la parte de
Grenelle; en medio de este rumor oyóse
una detonación, y una bala, pasando por
detrás del alcalde de París, hirió
ligeramente a un dragón.

Entonces Bailly manda hacer fuego,
pero da orden de disparar al aire,
solamente para intimidar.

Pero como un eco de esta fusilería,
óyese otra.

Era la guardia nacional a sueldo, que
hacía fuego a su vez.

Pero ¿contra quién, por qué?

¡Contra aquella multitud inofensiva

que rodeaba el altar de la Patria!

Un grito espantoso contestó a esta descarga; luego se vio lo que se había visto tan poco aún y lo que se debía ver con tanta frecuencia después.

La multitud huyendo y dejando tras sí cadáveres inmóviles, heridos arrastrándose en la sangre.

Y en medio del humo y del polvo, la caballería encarnizada en la persecución de los fugitivos.

El Campo de Marte presentaba un aspecto deplorable; las mujeres y los niños eran los que más habían sufrido.

Entonces sucedió lo que sucede en semejantes circunstancias: la locura de

la sangre y el afán de carnicería se acrecentó cada vez más.

Los artilleros colocaron sus cañones en batería, disponiéndose a romper el fuego.

Apenas tuvo Lafayette el tiempo necesario para ponerse él mismo con su caballo a la boca de los cañones.

Después de haberse agitado un instante, la multitud, fuera de sí, fue a refugiarse por instinto entre las filas de la guardia nacional del Marais y del arrabal de San Antonio.

La guardia nacional entreabrió sus filas para recoger a los fugitivos; el viento había impelido el humo hacia

ella; así es que, no habiendo visto nada, creía que aquella multitud, dominada por el miedo, iba a refugiarse entre la fuerza.

Cuando el humo se desvaneció vio con terror la tierra manchada de sangre y cubierta de muertos.

En aquel instante un ayudante de campo llegaba al galope, portador de una orden a la guardia nacional del arrabal de San Antonio y del Marais, para que siguieran adelante barriendo la plaza, a fin de unirse con los otros dos cuerpos de tropa.

Pero, muy por el contrario, apuntó al ayudante de campo y a los jinetes que

perseguían la multitud.

El ayudante de campo y los jinetes retrocedieron ante las bayonetas patrióticas.

Todos cuantos habían huido por aquella parte encontraron una protección firme.

En un momento quedó evacuado el Campo de Marte, quedando allí solamente los cuerpos de los hombres, de las mujeres y de los niños heridos por aquella terrible descarga de la guardia nacional a sueldo, y los de los desgraciados fugitivos acuchillados por los dragones o aplastados por los caballos.

Y sin embargo, en medio de aquella carnicería, sin espantarse al ver caer los muertos, al oír los gritos de los heridos y las descargas de fusilería, ni temer tampoco las bocas de los cañones, los patriotas recogieron los cuadernos de la petición, que así como los hombres encontraron refugio en las filas de la guardia nacional de Marais y del arrabal de San Antonio, obtuvieron sin duda también un asilo en la casa de Santerre.

¿Quién había dado la orden de hacer fuego? Nadie lo supo; es uno de esos misterios históricos que no se han explicado, a pesar de las más concienzudas investigaciones. Ni al

caballeresco Lafayette ni al honrado Bailly les agradaba la sangre; pero esta les persiguió hasta su muerte.

Su popularidad se perdió el mismo día.

¿Cuántas víctimas quedaron en el campo de la matanza? Se ignora, pues los unos disminuyeron el número para atenuar la responsabilidad del alcalde y del comandante general, y los otros le aumentaron para enaltecer la cólera del pueblo.

Llegada la noche se arrojaron los cadáveres al Sena, que, cómplice ciego, los arrastró al Océano, donde todos se perdieron.

Pero en vano Bailly y Lafayette fueron, no solamente absueltos, sino felicitados por la Asamblea y en vano los diarios constitucionales dieron a este acto el nombre de triunfo de la ley, pues semejante triunfo fue vilipendiado como merecen serlo todos esos desastrosos días en que el poder mata sin combatir. El pueblo, qué siempre da a las cosas su verdadero nombre, llamó a este supuesto triunfo *matanza del Campo de Marte*.

Capítulo CXV

DESPUÉS DE LA MATANZA

Volvamos a París para ver un poco lo que allí pasa.

París había oído el estruendo de la fusilería y se estremeció; no sabía bien aún de parte de quién estaba la razón o el error; pero comprendía que acababa de recibir una herida y que por ella corría la sangre.

Robespierre estaba permanente en

los Jacobinos, como un gobernador en su fortaleza, y allí era verdaderamente poderoso; mas por el pronto la ciudadela popular había quedado muy mal parada, y todo el mundo podía introducirse en ella por la brecha que había dejado al retirarse Barnave, Duport y Lameth.

Los Jacobinos enviaron a uno de los suyos a tomar informes.

En cuanto a sus vecinos los Fuldenses, no habían necesitado enviar a nadie, pues recibían noticias de hora en hora, de minuto en minuto: se jugaba su partida y acababan de ganarla...

El enviado de los Jacobinos volvió

a los diez minutos; había encontrado a los fugitivos y estos le habían dado una terrible noticia:

—¡Lafayette y Bailly están matando al pueblo!

No todo el mundo había podido oír los gritos desesperados de Bailly, ni tampoco ver a Lafayette arrojándose a la boca de los cañones.

El enviado volvió, pues, lanzando un grito de terror en la Asamblea, poco numerosa entonces, pues apenas se habían reunido treinta o cuarenta Jacobinos en el antiguo convento.

Entonces comprendieron que los Fuldenses harían recaer sobre ellos la

responsabilidad de la provocación. ¿No había salido la primera petición de su club? Verdad es que ellos la habían retirado pero la segunda era evidentemente hija de la primera.

Y tuvieron miedo.

Aquella pálida figura, aquel fantasma de la virtud, aquella sombra de la filosofía de Rousseau que estaba pálida, se volvió lívida. El prudente diputado por Arras trató de esquivarse, mas como no pudo hacerlo, forzoso le fue quedarse y tomar un partido. El espanto se le inspiró.

La sociedad declaró que desconocía los impresos falsos o falsificados que se

le habían atribuido, y que juraba de nuevo fidelidad a la Constitución y obediencia a los decretos de la Asamblea.

Apenas acababa de hacer esta declaración, cuando a través de los antiguos corredores de los Jacobinos se oyó un gran rumor que llegaba de la calle.

Resonaban silbidos, carcajadas, clamores, amenazas y cantos; y los Jacobinos, escuchando atentos, confiaban en que aquel ruido se alejase en dirección al Palais-Royal.

Pero el ruido se detuvo y persistió delante de la puerta baja y sombría que

daba a la calle de San Honorato, mientras que, como para aumentar el terror que ya reinaba, algunos de los asistentes exclamaron:

—¡Es la guardia nacional a sueldo que vuelve del Campo de Marte!... ¡Quieren demolerlo todo a cañonazos!

Por fortuna y como precaución, se habían puesto en las puertas como centinelas a varios soldados, y se dio orden de cerrar todas las salidas para impedir que aquella tropa, furiosa y ebria de la sangre que acababa de derramar, hiciera correr más. Después, los Jacobinos y espectadores salieron poco a poco, y la evacuación no duró

mucho, pues así como en la sala apenas había treinta o cuarenta individuos, en las tribunas no se hallaba mayor número de oyentes.

Madame Roland, que estuvo en todas partes aquel día, se contaba entre los últimos, y refiere que un Jacobino, al oír la noticia de que las tropas a sueldo iban a invadir la sala, perdió la cabeza hasta el punto de saltar a la tribuna de las señoras.

Y como *madame* Roland le avergonzase criticando su terror, se marchó por donde había venido.

Sin embargo, como ya hemos dicho, actores y espectadores se deslizaban

unos tras otros por la puerta entornada.

Robespierre salió a su vez.

Durante un momento vaciló. ¿Seguiría por la derecha o por la izquierda? Por esta última debía dirigirse para volver a su casa, pues vivía en el fondo del Marais, como ya sabemos mas para esto debía atravesar entre las filas de la fuerza que llegaba.

Prefirió ganar el arrabal de San Honorato para pedir asilo a Pétion, que vivía allí.

Y tomó la derecha.

Robespierre deseaba mucho mantenerse desapercibido; pero ¿cómo hacerlo con aquella levita de color de

aceituna, seca de pureza cívica —hasta más tarde no usó la levita listada—, con sus gafas que manifestaban que aquel virtuoso patriota se había cansado la vista antes de tiempo en sus vigiliass, y con aquel paso oblicuo de la comadreja, que le caracterizaba particularmente?

Apenas Robespierre hubo dado veinte pasos por la calle, cuando dos o tres personas se habían dicho ya unas a otras:

—¡Robespierre!... ¿Ves a Robespierre?... ¿Es Robespierre?

Las mujeres se detenían juntando las manos todas amaban mucho a Robespierre, pues en todos sus

discursos tenía mucho cuidado de anteponer la sensibilidad de su corazón.

—¿Conque es ese nuestro querido Robespierre?

—Pero ¿dónde está?

—Allí, allí... ¿No ves aquel hombrecillo delgado, con los polvos muy bien puestos, que se desliza a lo largo de la pared y que parece ocultarse por modestia?

Robespierre no se ocultaba por modestia sino porque tenía miedo; pero ¿quién hubiera osado decir que el virtuoso, el incorruptible Robespierre, el tribuno del pueblo, se ocultaba por temor?

Un hombre fue a mirarle cara a cara para asegurarse de que era él.

Robespierre se caló más el sombrero, ignorando con qué fin le miraban.

El hombre le reconoció.

—¡Viva Robespierre! —gritó al punto.

Robespierre hubiera preferido habérselas con un adversario, más bien que con aquel hombre.

—¡Robespierre! —gritó más fanático aún—. ¡Viva Robespierre! Si se necesita absolutamente un rey, ¿por qué no se ha de elegir a él?

¡Oh, gran Shakespeare! «¡César ha

muerto que sea César su asesino!»).

Seguramente que si un hombre maldijo alguna vez su popularidad, fue Robespierre en aquel momento.

Un inmenso círculo se formaba a su alrededor: tratábase de llevarle en triunfo.

Por encima de sus anteojos dirigió una mirada inquieta a derecha e izquierda, buscando alguna puerta o una calle oscura por donde huir u ocultarse.

En aquel momento sintió que le cogían del brazo y le atraían vivamente, mientras que con acento amistoso, alguien le decía en voz baja:

—¡Venid!

Robespierre cedió al impulso; dejóse llevar, vio después una puerta cerrarse tras él y se halló en la tienda de un carpintero.

Este carpintero era hombre de cuarenta y dos a cuarenta y cinco años; junto a él estaba su mujer, y en una habitación del fondo dos hermosas jóvenes, una de quince años y la otra de dieciocho, preparaban la cena de la familia.

Robespierre estaba muy pálido y parecía que iba a perder el conocimiento.

—¡Leonor! —gritó el carpintero—
un vaso de agua.

Leonor, la hija mayor del carpintero, se acercó temblorosa, con un vaso de agua en la mano.

Tal vez los labios del austero tribuno tocaron los dedos de la señorita Duplay.

Porque Robespierre estaba en casa del carpintero Duplay. *Madame* Roland, sabiendo qué peligro corre y exagerándosele más, se dirige inútilmente al Marais para ofrecerle un asilo en su casa. Pero dejemos a Robespierre, que está a salvo en medio de aquella excelente familia, de la cual formará parte después, y entremos en las Tullerías en pos del doctor Gilberto.

Esta vez la reina esperaba también;

pero como no es a Barnave, no se halla en el entresuelo de *madame* Campan, sino en su habitación, y no en pie, con la mano en el pestillo de la puerta, sino sentada en un canapé, con la cabeza apoyada en la mano.

Espera a Weber, a quien ha enviado al Campo de Marte, y que todo lo ha visto desde las alturas de Chaillot.

Para ser justos con la reina, y a fin de que se comprenda bien ese odio que profesaba a los franceses, según decían, y que tanto se ha censurado, después de referir lo que sufrió durante su viaje de Varennes, digamos lo que ha sufrido desde su regreso.

Un historiador podría ser parcial; nosotros no somos más que novelistas y no nos está permitida la parcialidad.

Detenidos el rey y la reina, el pueblo no tuvo más que una idea, y era que habiendo huido la primera vez, podrían hacerlo otra, y más afortunados ganar la frontera.

La reina, sobre todo, era considerada como una hechicera capaz de volar por una ventana hasta un carro tirado por dos dragones, a ejemplo de Medea.

Estas ideas no circulaban tan sólo en el pueblo, sino que también los oficiales encargados de custodiar a la reina

participaban de ellas.

El señor de Gouvion, que la había dejado deslizarse entre sus manos cuando la fuga a Varennes, y cuya querida, encargada del guardarropa, había denunciado la marcha a Bailly, había declarado que rehusaba toda responsabilidad si otra mujer que no fuese la señora de Rochereul —ya se recordará que este era el nombre de la dama— obtenía permiso para entrar en la habitación de la reina.

En su consecuencia, había mandado poner al pie de la escalera que conducía a la habitación real el retrato de la señora de Rochereul, a fin de que el

centinela, reconociendo la identidad de cada persona que se presentase, no permitiera la entrada a ninguna otra mujer.

Se dio conocimiento de esta consigna a la reina, y esta fue inmediatamente a ver al rey para quejarse; Luis XVI no podía creer en ello; envió a tomar informes y supo que era verdad.

Entonces mandó llamar al señor de Lafayette y reclamó que se retirara el retrato.

Así se hizo, y las mujeres ordinarias de la reina continuaron sirviéndola.

Pero en lugar de aquella humillante

consigna se acababa de adoptar una precaución no menos ofensiva: los jefes de batallón, que solían permanecer en la sala contigua a la alcoba de la reina llamada el gran gabinete, recibieron orden de tener la puerta siempre abierta, a fin de ver de continuo a la familia real.

Cierto día el rey se aventuró a cerrar aquella puerta.

El oficial la abrió de nuevo al punto.

Un instante después, el rey volvió a cerrarla.

Pero acto continuo el oficial abrió otra vez, y dijo:

—Señor, es inútil que cerréis esa puerta, pues cuantas veces lo hagáis,

otras abriré, porque es la consigna.

La puerta permaneció abierta.

Todo cuanto se pudo obtener de los oficiales fue que, sin cerrarla completamente, se entornara cuando la reina se vistiese o se desnudase.

Pero una vez vestida o acostada, la puerta se abría de nuevo.

Esto era una tiranía intolerable. A la reina se le ocurrió acercar a su lecho el de su doncella, de manera que esta se hallase entre su señora y la puerta. El lecho, con grandes cortinas, formaba como un biombo, detrás del cual la reina podía vestirse o desnudarse.

Cierta noche el oficial, viendo que

la doncella dormía y que la reina estaba despierta, se aprovechó del sueño de la primera para entrar y acercarse al lecho de María Antonieta.

La reina le miró con ese aire que sabía tomar la hija de María Teresa cuando se le faltaba al respeto; pero el buen hombre, que no tenía la menor intención de hacer tal cosa, no se cuidó de su aire, y mirándola a su vez con expresión compasiva, de la cual no se podía dudar, dijo:

—¡A fe mía, señora, puesto que os encuentro sola, preciso es que os dé algunos consejos!

Y acto continuo, sin cuidarse de si la

reina quería o no escucharlos, le explicó lo que haría *si estuviera en su lugar*.

La reina, que le había visto acercarse con cólera, tranquilizada por su tono bonachón, le dejó decir, acabando por escucharle con profunda melancolía.

Pero de pronto la doncella se despertó, y al ver un hombre junto al lecho de la reina profirió un grito y quiso pedir socorro.

Pero la reina la contuvo.

—No, señora Campan —dijo—, dejadme escuchar a este caballero... es un buen francés, engañado como otros muchos respecto a nuestras intenciones,

y sus palabras indican un verdadero afecto a la monarquía.

Y el oficial dijo a la reina todo cuanto quería manifestarla.

Antes de marchar a Varennes, María Antonieta no tenía un solo cabello gris.

Durante la noche que siguió a la escena que hemos referido entre Charny y ella, sus cabellos blanquearon casi completamente.

Al notar aquella triste metamorfosis sonrió con amargura, y cortándose un bucle le envió a la princesa de Lamballe, entonces en Londres, con estas palabras:

«¡Blanqueados por la desgracia!».

Ya la hemos visto esperando a Barnave, y conocemos las esperanzas de este pero era muy difícil inducir a la reina a participar de ellas.

María Antonieta temía las escenas violentas, pues hasta entonces todas habían sido contra ella, como lo probaban el 14 de julio, los días 5 y 6 de octubre y la detención en Varennes.

Había oído desde las Tullerías el rumor de la fatal descarga en el Campo de Marte, y su corazón se inquietó profundamente. De todas maneras aquel viaje a Varennes había sido una gran enseñanza para ella. Hasta aquel momento la revolución no había

traspasado a sus ojos de la altura de un sistema de Pitt o de una intriga del duque de Orleáns; creía que París estaba conducido por algunos intrigantes, y aún decía con el rey: «¡Nuestra buena provincia!».

Pero había podido ver que la provincia era más revolucionaria aún que el mismo París.

La Asamblea era muy vieja y estaba muy achacosa y decrepita para mantener valerosamente los compromisos que Barnave había contraído en su nombre. Por lo demás, hallábase muy próxima a morir, y el abrazo de un moribundo no era nada sano.

Como hemos dicho, la reina esperaba a Weber con mucha ansiedad.

La puerta se abrió, y al volver vivamente la cabeza, en vez de la buena y mofletuda cara austriaca de su hermano de leche, vio aparecer el rostro severo y frío del doctor Gilberto.

La reina no amaba a este realista de teorías constitucionales tan bien sentadas, que le consideraba más bien como republicano y no obstante, profesábale cierto respeto. No habría enviado a buscarle ni en una crisis física, ni en una moral; pero una vez allí, sentíase sometida a su influencia.

Al verle se estremeció.

No había hablado con él desde la noche del regreso de Varennes.

—¡Ah!, ¿sois vos, doctor! —murmuró.

Gilberto hizo una reverencia.

—Sí, señora —dijo—, soy yo. Ya sé que esperabais a Weber; pero las noticias que os trae, yo también puedo dáros las, y más precisas aún. Vuestro mensajero estaba en el lado del Sena donde no había matanza, y yo en el opuesto, en aquel donde se asesinaba...

—¿Dónde se asesinaba! ¿Pues qué ha sucedido, caballero? —preguntó la reina.

—Una gran desgracia, señora, y es

que el partido de la corte ha triunfado.

—¿El partido de la corte ha triunfado? ¿Y llamáis a eso una gran desgracia, doctor?

—Sí, porque ha triunfado por uno de esos medios terribles que enervan al triunfador, y que a veces le hacen caer junto al vencido.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Lafayette y Bailly han mandado hacer fuego sobre el pueblo; de modo que ninguno de los dos podrán prestaros ya servicio alguno en adelante.

—¿Por qué?

—Porque han perdido su popularidad.

—Y ¿qué hacía ese pueblo contra el cual se ha tirado?

—Firmaba una petición pidiendo la proscripción.

—¿De quién?

—Del rey.

—Y ¿os parece qué se ha hecho mal tirando contra el pueblo? —preguntó la reina, cuyos ojos brillaron.

—Creo que hubiera sido mejor convencerle que no fusilarle.

—Pero ¿de qué se le ha de convencer?

—De la sinceridad del rey.

—¡Pero si el rey es sincero!

—Dispensad, señora... Tres días

hace que me separé del rey, y yo había pasado toda la tarde tratando de hacerle comprender que sus verdaderos enemigos son sus hermanos, el señor de Condé y los emigrados y de rodillas le supliqué que rompiera toda relación con ellos, adoptando francamente la Constitución, salvo revisar los artículos cuya práctica haría reconocer que la aplicación era imposible, El rey convencido —yo lo creía al menos—, tuvo la bondad de prometerme que todo concluiría entre él y la emigración; pero detrás de mí, señora, el rey firmó y os hizo firmar una carta para su hermano mayor, en la cual le confiere sus poderes

cerca del emperador de Austria y del rey de Prusia...

La reina se sonrojó como una niña cogida en falta; sólo que la niña dobla la cabeza, y ella la levantó.

—¿Tienen nuestros enemigos espías hasta en el gabinete del rey?

—Sí, señora —contestó tranquilamente el doctor—, y por lo mismo es peligroso para el rey todo paso en falso.

—Pero, caballero, la carta ha sido escrita toda ella de mano del rey, firmada por mí, doblada y sellada por nosotros, y entregada después al correo que debía llevarla.

—Es verdad, señora.

—¿Han detenido al correo?

—Se ha leído la carta.

—¡Pues debemos estar rodeados de traidores!

—¡Todos los hombres no son condes de Charny!

—¿Qué queréis decir?

—¡Ay de mí!, quiero decir, señora, que uno de los augurios fatales que presagian la pérdida de los reyes se anuncia cuando alejan de sí hombres que deberían sujetar a su lado ligaduras de hierro.

—Yo no he alejado al señor de Charny —contestó la reina con amargura

—; el señor de Charny es quien se alejó por su voluntad. Cuando los reyes son desgraciados, no hay lazos bastante fuertes para conservar a sí a sus amigos.

Gilberto miró a la reina, moviendo la cabeza.

—No calumniéis al señor de Charny, señora —contestó—, porque tal vez la sangre de los dos hermanos gritará desde el fondo de la tumba que la reina de Francia es ingrata.

—¡Caballero! —exclamó María Antonieta.

—¡Oh!, bien sabéis que digo la verdad, señora —replicó el doctor—; bien sabéis que el día en que un

verdadero peligro os amenace, el señor de Charny estará en su puesto, que será el de más peligro.

La reina inclinó la cabeza.

—En fin —repuso impaciente—, ya supongo que no habéis venido para hablarme tan sólo del señor de Charny.

—No, señora, pero las ideas son a veces como los acontecimientos: se encadenan por hilos invisibles, y se tira de estos de pronto el día en que deberían permanecer ocultos en la oscuridad del corazón... No, venía para hablar a la reina; dispensad si, involuntariamente, he hablado a la mujer; pero heme aquí dispuesto a

reparar mi error.

—Y ¿qué deseabais decir a la reina, caballero?

—Quería ponerle a la vista su situación, la de Francia y la de Europa; quería decirle: señora, jugáis la felicidad o la desgracia del mundo en partida cerrada; habéis perdido el primer punto el 6 de octubre; acabáis de ganar el segundo, por lo menos a los ojos de vuestros cortesanos; a partir de mañana aventuráis lo que se llama *el bueno*, y si perdéis es cuestión del trono, de la libertad, y tal vez de la vida.

—Y ¿pensáis, caballero —replicó la reina irguiéndose vivamente— que

retrocederemos ante ese temor?

—Sé que el rey es valeroso, como nieto de Enrique IV; sé que la reina es heroica, como hija de María Teresa, y por lo tanto no trataré nunca respecto a ellos más que de convencerlos; mas, por desgracia, dudo que me sea posible nunca persuadirles de lo que yo estoy convencido.

—¿Pues por qué os tomáis semejante molestia, caballero, si la juzgáis inútil?

—Para cumplir un deber, señora. Creedme, cuando se vive en tiempos tempestuosos como los nuestros, es muy grato decirse, cuando se hace algún esfuerzo, aunque haya de ser inútil: «¡He

cumplido con un deber!».

La reina miró al doctor de frente.

—Ante todo, caballero —dijo—, ¿pensáis que sea posible aún salvar al rey?

—Lo creo.

—¿Y a la monarquía?

—Lo espero.

—Pues bien, señor doctor —repuso la reina con un suspiro de tristeza—, sois más feliz que yo, pues creo que uno y otra están perdidos, y lo digo así porque me lo dicta mi conciencia.

—Sí, señora, lo comprendo así, porque vos deseáis la monarquía déspota y el rey absoluto, como un avaro

que no sabe, ni aun ante el peligro de la orilla, que le puede dar más lo que pierde en su naufragio sacrificando una parte de su fortuna, y se empeña en conservar sus tesoros; os arrastraréis con los vuestros, arrastrada por su peso... Conceded algo a la tempestad, arrojad al abismo todo el pasado, y si es preciso, nadad hacia el porvenir.

—Arrojar el pasado al abismo es romper con todos los reyes de Europa.

—Sí; pero también es hacer alianza con el pueblo francés.

—¡Ese pueblo es enemigo nuestro!
—replicó María Antonieta.

—Porque le habéis enseñado a

dudar de vos.

—El pueblo francés no puede luchar contra una coalición europea.

—Suponed que a su cabeza está un rey que quiera francamente la Constitución, y el pueblo francés conquistará la Europa.

—Se necesita un ejército de un millón de hombres para eso.

—No se conquista la Europa con un millón de hombres, señora, pero sí con una idea. Plantad en el Rhin y en los Alpes dos banderas tricolores con estas palabras: «¡Guerra a los tiranos! ¡Libertad a los pueblos!», y la Europa quedará conquistada.

—A decir verdad, caballero, hay instantes en que me inclino a creer que los hombres más sabios se vuelven locos.

—¡Ah!, señora, ¿no sabéis lo que es en este momento Francia a los ojos de las naciones? ¡Francia, con algunos crímenes individuales, con varios excesos en la localidad, pero que no manchan su blanco traje ni tampoco sus manos puras, es la virgen de la libertad; el mundo entero está enamorado de ella, y desde los Países Bajos, desde el Rhin y desde Italia, millones de voces la invocan! Le basta poner un pie fuera de la frontera, para que los pueblos la

esperen de rodillas. ¡Francia, llegando con las manos llenas de libertad, no es ya una nación, es la justicia inmutable, es la razón eterna! ¡Oh!, señora, señora, aprovechad el momento en que aún no ha hecho uso de la violencia; porque si esperáis demasiado tiempo, las manos que extiende sobre el mundo las volverá contra sí propia... Bélgica, Alemania, Italia, siguen sus movimientos con miradas de amor y de alegría. Bélgica le dice: «¡Ven!». Alemania, «¡Te espero!», e Italia, «¡Sálvame!». En el fondo del Norte, una mano desconocida ha escrito sobre el pupitre de Gustavo: «¡Nada de guerra con Francia!». Por lo demás,

ninguno de esos reyes a quienes llamáis en vuestro auxilio está dispuesto a declararnos la guerra, señora. Dos imperios nos aborrecen profundamente, y al decir dos imperios debiera decir una emperatriz y un ministro: Catalina II y Pitt; pero son impotentes contra nosotros, por lo menos ahora. Catalina II tiene la Turquía bajo una garra y Polonia bajo la otra; pero necesitará dos o tres años por lo menos para someter a la una y devorar a la otra; impulsa a los alemanes hacia nosotros, les ofrece la Francia, censura la inacción de vuestro hermano Leopoldo, mostrándole al rey de Prusia invadiendo la Holanda por un

simple enojo contra su hermana, y le dice: «¡Marchad adelante!», mas no obedece. Pitt absorbe la India en este momento; pero así como a la serpiente boa, su laboriosa digestión le entorpece; si esperamos a que concluya de hacerla nos atacará a su vez, mas no por la guerra extranjera, sino por la guerra civil. Sé que ese Pitt os infunde un miedo mortal, y que no habláis de él sin temblar; pero yo puedo proponeros un medio para que le hiráis en el corazón. Consiste en hacer de Francia una buena república con un rey; pero en vez de esto, ¿qué hacéis, señora, y qué hace vuestra amiga la princesa de Lamballe?

Dice a Inglaterra, donde os representa, que toda la ambición de Francia es llegar a obtener la gran Constitución, y que la revolución francesa, reprimida por el rey, retrocederá. Y ¿qué contesta Pitt a esto? Que no tolerará que Francia llegue a ser república y que salvará a la monarquía; mas todas las caricias, todas las instancias, todas las súplicas de la princesa de Lamballe no han bastado para hacerle prometer que salvaría al monarca, porque le odia. ¿No es Luis XVI, rey constitucional, rey filósofo, quién le disputó la India, arrancándole la América? Pitt no desea más que una cosa, y es que haga sufrir a

Luis XVI la suerte de Carlos I.

—¡Caballero, caballero! —exclamó la reina espantada—, ¿quién os ha revelado todas esas cosas?

—Los mismos hombres que me dicen lo que contienen las cartas escritas por Vuestra Majestad.

—Es decir, que no tenemos ni un pensamiento que nos pertenezca...

—Os he manifestado, señora, que los reyes de Europa estaban rodeados de una red invisible, en la que los que quieran resistirse se agitarán inútilmente. ¡No tratéis de resistir, señora; poneos a la cabeza de las ideas que intentáis hacer retroceder; de este

modo la red será para vos una armadura; los que os odian serán vuestros defensores, y los puñales invisibles que os amenazan se convertirán en espadas dispuestas a herir a vuestros enemigos!

—Pero olvidáis, caballero, que aquellos a quienes llamáis enemigos son los reyes nuestros hermanos.

—¡Y bien, señora, llamad una vez a los franceses vuestros hijos, y veréis lo que son para vos esos hermanos según la política y la diplomacia! Por lo demás, ¿no os parece que todos esos reyes y príncipes están marcados con el sello fatal de la locura? Comencemos por vuestro hermano Leopoldo, caducó a los

cuarenta y cuatro años, con su harén toscano trasladado a Viena, reanimando sus facultades amortiguadas con excitantes mortíferos que él mismo se fabrica... Ved a Federico, ved a Gustavo; el uno ha muerto y el otro morirá sin hijos, pues a los ojos de todos se sabe que el heredero real de Suecia es hijo de Monk y no de Gustavo... Ved al rey de Portugal con sus trescientas religiosas... Ved al rey de Sajonia con sus trescientos cincuenta y cuatro bastardos... Ved a Catalina, esa Pasifae del Norte, a quien no podría satisfacer ni un toro, y que tiene tres ejércitos por amantes ¡oh!, señora,

señora, ¿no echáis de ver que todos esos reyes y esas reinas marchan al abismo, al suicidio, y que si quisierais, en vez de perderos como ellos, avanzaríais hacia el imperio del mundo y la monarquía universal?

—¿Por qué no decís todo eso al rey, señor Gilberto? —preguntó la reina casi convencida.

—¡Oh!, ya se lo he dicho; pero tiene, como vos, sus malos genios que deshacen cuanto yo hago.

Y añadió con profunda melancolía:

—¡Habéis hecho uso de Mirabeau, de Barnave, y después os serviréis de mí, y al fin concluirá todo!

—Señor Gilberto —dijo la reina—
esperadme aquí... voy a ver al rey un
momento y en seguida vuelvo.

El doctor se inclinó; la reina pasó
delante de él y salió por la puerta que
conducía a las habitaciones del rey.

El doctor esperó diez minutos, un
cuarto de hora, media hora, y al fin se
abrió la puerta, pero no la misma por
donde la reina había salido, sino otra
situada en el lado opuesto.

Era un ujier, que después de mirar a
todas partes con inquietud se adelantó
hacia Gilberto, hízole una señal
masónica, le entregó una carta y salió.

Gilberto abrió la carta y leyó:

Pierdes el tiempo, Gilberto; en este instante la reina y el rey escuchan al señor de Breteuil, que llega de Viena y que les trae el siguiente plan político:

Hacer con Barnave lo que con Mirabeau: ganar tiempo, jurar la Constitución y proceder con ella al pie de la letra para demostrar que es impracticable. Francia se enfriará y se cansará; los franceses tienen la cabeza ligera; vendrá alguna nueva moda y la libertad pasará.

Si no pasa se habrá ganado

un año, y al cabo de este tiempo estaremos preparados para la guerra.

Deja, pues, a esos dos condenados, a quienes se llama aún por irrisión el rey y la reina, y dirígete sin perder momento al hospital de Gros-Caillou, donde hallarás un moribundo menos enfermo que ellos, porque tal vez puedas salvarle; mientras que el rey y la reina, sin que te sea dado hacer nada en su favor, te arrastrarán en su caída.

La carta no tenía firma, pero el doctor reconoció la letra de Cagliostro.

En aquel momento entró la señora de Campan, esta vez por la puerta de la reina, y entregó a Gilberto una esquila que decía lo siguiente:

El rey ruega al señor Gilberto que le dé a conocer por escrito todo el plan político que acaba de exponer a la reina.

Ocupada María Antonieta en un asunto importante, tiene el sentimiento de no poder volver a reunirse con el señor

*doctor, por lo cual sería inútil
que esperase más tiempo.*

Gilberto quedó un momento pensativo y murmuró, moviendo la cabeza:

—¡Insensatos!

—¿No tenéis ningún recado que enviar a Sus Majestades, caballero? — preguntó la señora Campan.

El doctor dio a la dama la carta sin firma que acababa de recibir.

—He aquí mi contestación —dijo.
Y salió.

Capítulo CXVI

⚙ NI AMO NI AMA!

Antes de seguir al doctor a ese hospital de Gros-Caillou, donde debe prestar el auxilio necesario a ese enfermo desconocido, recomendado por Cagliostro, dirijamos la última mirada a la Asamblea, que está a punto de disolverse después de aceptada la Constitución de que dependía la conservación del rey, y veamos qué resultado tendrá la corte de esa fatal

victoria del 17 de julio, que dos años más tarde costará la cabeza a Bailly. Después volveremos a tratar de los héroes de esta historia, que hemos perdido de vista un poco, porque les lleva lejos la tormenta política, lo cual nos obliga a poner a la vista de nuestros lectores esos grandes trastornos de la calle, donde los individuos desaparecen para dejar su puesto a las turbas.

Hemos visto el peligro que Robespierre corrió, y sabemos como, merced a la intervención del carpintero Duplay, escapó del triunfo tal vez mortal que se iba a dispensar a su popularidad.

Mientras que cena en familia en un

pequeño comedor que da al patio, acompañado del marido, la mujer y las dos hijas, sus amigos, sabedores del peligro a que ha estado expuesto, se inquietaban por él.

Madame Roland sobre todo, mujer fiel, olvida que ha sido vista y reconocida en el altar de la Patria, y que se halla expuesta al mismo riesgo que los demás. Comienza por admitir en su casa a Roberto y a la señorita de Keralio; y después como la dicen que la Asamblea debe formular aquella misma noche una acusación contra Robespierre, corre al Marais para prevenirle, no le encuentra, y vuelve por el muelle de los

Teatinos para ir a casa de Buzot.

Este último es uno de los admiradores de *madame* Roland, y como esta sabe cuánta influencia ejerce sobre su amigo, se dirige a él.

Buzot escribe inmediatamente dos letras a Gregorio: si se ataca a Robespierre en los Fuldenses, Gregorio le defenderá; si se ataca a Robespierre en la Asamblea, Buzot hablará en su favor.

Esto era tanto más meritorio por su parte cuanto que no quería a Robespierre.

Gregorio fue a los Fuldenses y Buzot a la Asamblea; pero ni en una parte ni en

otra fue cuestión de acusar a Robespierre. Diputados y Fuldenses estaban poseídos de espanto por su propia victoria, y consternados por el sangriento paso que acababan de dar en provecho de los realistas.

A falta de acusación contra los hombres se lanzó una contra los clubs; y un individuo de la Asamblea pidió que se cerraran inmediatamente; hubo momento en que se creyó que había unanimidad respecto a esta medida; pero Duport y Lafayette protestaron, diciendo que cerrar los clubs equivalía a cerrar los Fuldenses. Lafayette y Duport no se habían desengañado aún sobre la fuerza

que esta arma ponía en sus manos; creían que los Fuldenses iban a substituir a los Jacobinos, y que con la inmensa máquina dirigirían los ánimos en Francia.

Al día siguiente, la Asamblea recibió el doble informe del alcalde de París y del comandante de la guardia nacional. Todo el mundo tenía interés en engañarse, y la comedia fue de fácil desempeño.

El comandante y el alcalde hablaron del inmenso desorden que habían debido reprimir; de la ejecución de la mañana y de las descargas de la tarde, dos cosas que no tenían ninguna correlación; del

peligro que había amenazado al rey, a la Asamblea y a toda la sociedad; pero ellos sabían mejor que nadie que semejante peligro no había existido jamás.

La Asamblea les dio gracias por una energía que jamás habían tenido intención de desplegar; les felicitó por una victoria que cada cual de ellos deploraba en el fondo del corazón, y dio gracias al cielo por haber permitido que se aniquilase de un solo golpe la insurrección y con ella los revoltosos.

Al oír tales felicitaciones hubiérase dicho que la Revolución había terminado.

¡Pero la Revolución comenzaba!

Entretanto, los antiguos Jacobinos, juzgando el día siguiente por la víspera, creyéndose atacados y perseguidos, se preparaban para hacerse perdonar su verdadera importancia a fuerza de humildad. Robespierre, tembloroso aún desde que oyó que se le proponía por rey en lugar de Luis XVI, redactó un mensaje en nombre de los presentes y de los ausentes.

En este mensaje daba las gracias a la Asamblea por *sus generosos esfuerzos, su sabiduría, su firmeza, su vigilancia y su justicia imparcial e incorruptible.*

¿Cómo no se habían de reanimar los

Fuldenses, creyéndose del todo poderosos, al ver semejante humildad en sus enemigos?

Por un momento, no solamente se consideraron dueños de París, sino también de Francia. ¡Ay!, los Fuldenses no habían comprendido la situación, y al separarse de los Jacobinos formaron simplemente una segunda Asamblea, imitando de la primera. La semejanza entre las dos era tal, que así en los Fuldenses como en la Cámara, no se entraba sino a condición de ser contribuyente, ciudadano activo y elector de los electores.

El pueblo tenía así dos Cámaras de

la clase media en vez de una.

Pero no era esto lo que deseaba.

Quería una Cámara popular que fuese, no aliada, sino enemiga de la Asamblea nacional; que no ayudase a esta a reconstituir la monarquía, sino que contribuyera a su desaparición.

Como los Fuldenses no respondían en modo alguno al espíritu público, quedaron abandonados en el corto trayecto que acababan de recorrer.

Su popularidad se perdió al atravesar la calle. En el mes de julio, la provincia contaba con cuatrocientas sociedades; de estas, trescientas se correspondían igualmente con los

Fuldenses y los Jacobinos, y ciento tan sólo con estos.

Desde julio a septiembre se crearon otras seiscientas sociedades, de las que ni una sola se correspondió con los Fuldenses.

Y a medida que estos últimos se debilitaban, los Jacobinos se iban reconstituyendo bajo la mano de Robespierre, que comenzaba a ser el hombre más popular de Francia.

La predicción de Cagliostro a Gilberto se realizaba respecto al abogadillo de Aras.

Tal vez la veamos cumplirse con igual fidelidad respecto al pequeño

curso de Ajaccio.

Entretanto sonaba ya la hora en que se debía ver el fin de la Asamblea nacional; pero sonaba lentamente, como para esos viejos en los que la vida se extingue y se consume poco a poco.

Después de votar tres mil leyes, la Asamblea acababa por fin de revisar la Constitución.

Esta Constitución era una jaula de hierro en que casi, a pesar suyo y sin echarlo de ver, había encerrado al rey. Había dorado los hierros de la jaula; pero al fin y al cabo, por dorados que estuviesen no disimulaban la prisión.

En efecto, la voluntad real había

llegado a ser impotente; era una rueda que recibía el movimiento en vez de imprimirle. Toda la resistencia de Luis XVI estaba en su *veto*, que suspendía por tres años la ejecución de los decretos expedidos, si estos decretos no convenían al rey, entonces la rueda dejaba de girar, y por su inmovilidad detenía toda la máquina.

Fuera de esta fuerza inerte, la monarquía de Luis XIV y la de Enrique IV, toda ella de iniciativa bajo estos dos grandes reyes, no era más que una majestuosa inutilidad.

Sin embargo, acercábase el día en que el rey debía jurar la Constitución.

Inglaterra y los emigrados escribían al rey:

«¡Pereced, si es necesario, pero no os envilezcáis jurando!».

Leopoldo y Barnave, decían:

«¡Jurad siempre, y sosténgase quién pueda!».

El rey decidió al fin la cuestión con esta frase:

«Declaro que no veo en la Constitución medios de acción y de unidad suficientes; mas puesto que las opiniones son diversas en este punto, consiento en que la experiencia sea el único juez».

Faltaba saber en qué lugar se

presentaría la Constitución para que la aceptase, si en las Tullerías o en la Asamblea.

El rey zanjó la dificultad anunciando que la juraría allí donde se había votado.

Luis XVI señaló para esto el día 13 de septiembre.

La Asamblea recibió esta comunicación con unánimes aplausos.

¡El rey iba a ella!

En un impulso de entusiasmo, Lafayette se levantó para pedir amnistía general en favor de aquellos a quienes se acusaba de haber favorecido la fuga del rey.

La Asamblea votó la amnistía por aclamación.

Aquella nube que por un instante había oscurecido el cielo de Charny y Andrea, se desvaneció apenas formada.

Se nombró una diputación de sesenta individuos para dar gracias al rey por su carta.

El guardasellos se levantó presuroso para anunciar al rey esta diputación.

Aquella misma mañana, un decreto había abolido la orden del Espíritu Santo, autorizando sólo al rey a usar de cordón, emblema de la alta aristocracia.

La diputación encontró al rey condecorado únicamente con la cruz de

San Luis, y como el soberano observase el efecto que en los diputados producía la falta del cordón azul, les dijo:

—Señores, esta mañana habéis abolido la orden del Espíritu Santo, conservándola tan sólo para mí; pero como una orden, cualquiera que sea, no tiene a mis ojos más precio que el de poder conferirla, desde hoy la considero como abolida, tanto para mí como para los demás.

La reina, el delfín y *madame* Royale estaban en pie junto a la puerta; la primera pálida, con los dientes oprimidos y estremeciéndose de cólera; *madame* Royale, apasionada ya,

violenta, altiva y resentida por las humillaciones pasadas, presentes y futuras; y el delfín indiferente como un niño; mas por su sonrisa y su movimiento parecía un personaje viviente en un grupo de mármol.

En cuanto al rey, había dicho algunos días antes al señor de Montmorin:

—Bien sé que estoy perdido... Todo cuanto se intente en adelante en favor de la monarquía, que se haga para mi hijo.

Luis XVI contestó con aparente sinceridad al discurso de la diputación.

Después, cuando hubo terminado, volviéndose hacia la reina y la familia real y añadió:

—He ahí mi esposa y mis hijos, que participan todos de mis sentimientos.

Sí, mujer e hijos participaban de ellos, pues cuando la diputación se hubo retirado, y después que el rey la hubo seguido con mirada inquieta y la reina con expresión de odio, los dos esposos se acercaron, y María Antonieta, apoyando su mano blanca y fría como el mármol en el brazo del rey, dijo, moviendo la cabeza:

—¡Esa gente no quiere ya soberanos; está demoliendo la monarquía piedra por piedra, y con esas piedras formarán nuestra tumba!

¡La pobre mujer se engañaba!

¡Colocada en el ataúd de los pobres, ni siquiera debía tener una tumba!

Pero en lo que no se equivocaba era en aquellos ataques diarios contra la prerrogativa real.

El señor de Malouet, entonces presidente de la Asamblea, era un realista de pura sangre; pero se creyó obligado a someter a la deliberación si sus individuos estarían de pie o sentados mientras que el rey pronunciara su juramento.

—¡Sentados, sentados! —gritaron por todas partes.

—¿Y el rey? —preguntó el presidente.

—¡En pie y con la cabeza descubierta!

Toda la Asamblea se estremeció.

Aquella voz era aislada, pero clara, fuerte, vibrante; parecía la voz del pueblo, que no se deja oír solitaria sino para que la oigan mejor.

El presidente palideció.

¿Quién había pronunciado aquellas palabras? ¿Procedía de la sala o de las tribunas?

¡Poco importa! Tenían tal fuerza, que el presidente debió contestar:

—Señores, no hay caso de que la nación reunida en presencia del rey no le reconozca por su jefe. Si el rey presta

juramento en pie, pido que la Asamblea le escuche en la misma actitud.

Entonces se oyó de nuevo la misma VOZ:

—Voy a proponer una enmienda —dijo— que pondrá a todo el mundo de acuerdo. Decretemos que se permitirá al señor presidente y a quien prefiera esa postura, escuchar al rey de rodillas; pero mantengamos la proposición.

Esta última fue desechada.

Al día siguiente de esta discusión debía prestar juramento; la sala estaba llena y las tribunas rebosaban de espectadores.

A medio día se anuncio al rey.

Luis XVI habló en pie; la Asamblea le escuchó en la misma actitud; pronunciado el discurso, se firmó el acta constitucional y todo el mundo tomó asiento.

Entonces el presidente —era Thouret— se levantó para pronunciar su discurso; pero después de las dos o tres primeras frases, viendo que el rey no se levantaba, sentóse también.

Este acto mereció los aplausos de las tribunas.

Pero como se repitieran varias veces, el rey no pudo menos de palidecer.

Sacó el pañuelo del bolsillo y

enjugó el sudor que corría por su frente.

La reina asistía a la sesión en una tribuna particular; no pudiendo resistir más salió, cerrando con violencia la puerta, y mandó que la condujeran a las Tullerías.

Entró en el palacio sin decir una sola palabra, ni aun a sus más íntimos amigos. Desde que Charny no estaba ya a su lado, su corazón absorbía la hiel, pero no la devolvía.

El rey entró media hora después.

—¿Dónde está la reina? —preguntó al punto.

Le indicaron donde se hallaba.

Un ujier quiso precederle; pero hizo

una señal para que se apartase, abrió las puertas él mismo y apareció de pronto en el umbral de la cámara donde se hallaba la reina.

Estaba tan pálido y descompuesto y era tanto el sudor de su frente, que la reina se levantó al verlo, profiriendo un grito.

—¡Oh!, señor —exclamó—. ¿Qué ha pasado?

El rey, sin contestar, se dejó caer en un sillón y prorrumpió en sollozos.

—¡Oh!, señora, señora —exclamó—. ¿Por qué habéis asistido a la cámara? ¿Era necesario que fuerais testigo de mi humillación? ¿Os hice yo

venir a Francia para semejante cosa bajo el pretexto de ser reina?

Esta explosión de parte de Luis XVI era tanto más desgarradora cuanto que era rara. La reina no pudo resistir, y corriendo hacia su esposo se dejó caer de rodillas ante él.

En aquel momento el ruido de una puerta que se abría la hizo volver la cabeza. Era la señora de Campan que entraba.

La reina extendió el brazo hacia ella.

—¡Oh!, dejadnos, amiga mía, dejadnos.

La señora de Campan no se engañó acerca del sentimiento que impulsaba a

la reina al decirle que se retirase. Así lo hizo respetuosamente; pero en pie detrás de la puerta, oyó largo tiempo a los dos esposos cruzar frases entrecortadas por sollozos.

Al fin se calmaron; media hora después la puerta se abrió de nuevo y la misma reina llamó a la dama.

—Señora Campan —dijo—, encargaos de entregar esta carta al señor de Malden: es para mi hermano Leopoldo. Que el señor de Malden la lleve al punto a Viena, porque es preciso que la carta llegue antes que la noticia de lo que ha pasado hoy... Si se necesitan dos o trescientos luises,

dádselos, que yo os los devolveré.

La señora de Campan tomó la carta y salió. Dos horas después el señor de Malden marchaba a Viena.

En todo esto, lo peor era que se debía sonreír, acariciar y aparecer alegre.

Durante todo el resto del día las Tullerías estuvieron ocupadas por una multitud prodigiosa; por la noche, en toda la ciudad brillaron las iluminaciones, y se invitó al rey y a la reina a pasearse en los Campos Elíseos, en coche, escoltados por los ayudantes de campo y los jefes del ejército parisiense.

Apenas se presentaron oyéronse los gritos de «¡Viva el rey!», y «¡Viva la reina!», pero en un intervalo en que estos gritos cesaron y en que el coche se había detenido, un hombre del pueblo, de aspecto feroz, que estaba con los brazos cruzados junto al estribo, gritó:

—¡No los creáis! ¡Viva la nación!

El coche continuó su marcha; pero el hombre del pueblo apoyó su mano en la portezuela, avanzando al mismo paso del carruaje, y cada vez que aquel gritaba: «¡Viva el rey!». «¡Viva la reina!», repetía con la misma voz estridente:

—¡No los creáis! ¡Viva la nación!

La reina volvió a palacio con el corazón dolorido por la continua repetición de aquella frase pronunciada con la tenacidad del odio.

Se organizaron representaciones en los diferentes teatros; primeramente en la Ópera, en la Comedia Francesa, y después en los Italianos.

En la Ópera y en la Comedia se habían señalado localidades para el rey y la reina, que fueron recibidos con unánimes aclamaciones; pero en los Italianos no sucedió lo mismo, porque habiéndose acudido tarde se encontraron todas las localidades vendidas.

Se comprendió que en este último

teatro no estaría el público animado de tan buenas disposiciones como en los otros dos, y que sin duda habría ruido.

Y el temor se convirtió en certidumbre al ver la clase de sociedad que ocupaba la platea.

Danton, Desmoulins, Legendre y Santerre se hallaban en el lugar preferente. En el momento en que la reina entraba en su palco, el público de las galerías trató de aplaudir; pero el de la platea impuso silencio.

La reina fijó con terror su mirada en aquella especie de cráter abierto ante ella, y vio a través de una atmósfera de llamas ojos llenos de cólera y de odio.

A varios de aquellos hombres no los conocía apenas más que de vista, y de los demás ignoraba hasta el nombre.

—¿Qué les he hecho yo, Dios mío? —se preguntó, tratando de disimular su turbación bajo una sonrisa—. ¿Por qué me aborrecen así?

De improviso sus ojos se fijaron con espanto en un hombre apoyado contra una columna.

Este hombre la miraba con extraña fijeza.

¡Era el mismo personaje del castillo de Taverney, el que vio en el jardín de las Tullerías, el hombre de palabras amenazadoras y de actos misteriosos y

terribles!

Una vez fija la mirada de la reina en aquel hombre, ya no pudo separarla de él; porque ejercía en ella la fascinación de la serpiente sobre el pájaro.

El espectáculo comenzó; la reina hizo un esfuerzo, rompió el encanto y pudo volver la cabeza para mirar la escena.

Se representaban los
Acontecimientos imprevistos.

Mas por mucho que se esforzase María Antonieta para distraer su pensamiento del hombre misterioso, a pesar suyo, y como por efecto de una fuerza magnética más poderosa que su

voluntad, volvía y dirigía una mirada de espanto hacia el temible personaje.

Y el hombre continuaba en el mismo sitio inmóvil, sardónico, burlón. Aquello era una obsesión dolorosa, íntima y fatal, una cosa semejante a la pesadilla durante la noche.

Por lo demás, en el teatro flotaba una especie de electricidad. Aquellas dos cóleras suspendidas no podían menos de chocar, como sucede en los días tempestuosos de agosto, cuando dos nubes, llegando de dos extremidades del horizonte, se encuentran y producen el relámpago, si no el rayo.

No tardó en presentarse una

oportunidad.

Madame Dugazon, mujer encantadora, debía cantar un dúo con el tenor, y decir estos versos:

¡Oh!, ¡cómo amo a mi ama!

La valerosa mujer se adelantó hasta el borde del escenario, y levantando los ojos y los brazos hacia la reina, hizo la fatal provocación.

María Antonieta comprendió que allí estaba la tempestad.

Volvióse espantada y fijó involuntariamente los ojos en el hombre de la columna.

Entonces creyó verle hacer una señal de mando, a la que toda la platea obedeció.

En efecto, con una sola voz, voz terrible, todos los espectadores que la ocupaban gritaron a la vez.

—¡Ya no hay amo ni ama! ¡Libertad!

...

Pero a este grito, palcos y galerías contestaron:

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina!
¡Vivan para siempre nuestro amo y nuestra ama!

—¡Ni uno ni otra! ¡Libertad, libertad, libertad! —vociferó por segunda vez la platea.

Después de esta doble declaración de guerra, así lanzada y aceptada, la lucha comenzó.

La reina profirió un grito de terror y cerró los ojos, sin fuerza ya para mirar a aquel demonio que parecía el rey del desorden y el espíritu de la destrucción.

En el mismo instante los oficiales de la guardia nacional la rodearon, formando una barrera con sus cuerpos, y la condujeron hasta fuera del teatro.

Pero en los corredores siguió persiguiéndola este grito:

—¡Nada de amo ni ama! ¡Nada de rey ni de reina!

Se llevó a la reina desmayada a su

coche.

Y aquella fue la última vez que asistió al teatro.

El 30 de septiembre, la Asamblea, por boca de su presidente Thouret, declaraba que había cumplido su misión y terminado sus sesiones.

He aquí, en pocas líneas, el resultado de sus trabajos que habían durado dos años y cuatro meses.

La desorganización completa de la monarquía.

La organización del poder popular.

La anulación de todos los privilegios nobiliarios y eclesiásticos.

Mil doscientos millones de

asignados decretados.

La hipoteca sobre los bienes nacionales.

La libertad de cultos reconocida.

Abolición de los votos monásticos.

Supresión de las órdenes de prisión.

Legalidad de los cargos públicos.

Supresión de las aduanas interiores.

Institución de la guardia nacional.

Y, en fin, la constitución votada y sometida a la aceptación del rey.

Hubiera sido necesario tener muy tristes presentimientos para creer —rey o reina de Francia— que debía temerse más de la Asamblea que iba a reunirse que de aquella que acababa de

disolverse.

Capítulo CXVII

LA DESPEDIDA DE BARNAVE

El 2 de octubre, es decir, a los dos días de la disolución de la Constituyente, a la hora en que acostumbraba ver a la reina, Barnave era introducido, no ya en el entresuelo de la señora de Campan, sino en la habitación que se llama el gabinete grande.

En la noche del mismo día en que el

rey había jurado la Constitución, centinelas y ayudantes de campo de Lafayette habían desaparecido del interior del palacio, y si el rey no había vuelto a ser poderoso, por lo menos estaba libre.

Era una pequeña compensación por la humillación de que le hemos visto quejarse tan amargamente con la reina.

Sin ser recibido en público y con el aparato de una audiencia solemne, Barnave no iba a ser sometido esta vez a las precauciones que hasta entonces había exigido su presencia en las Tullerías.

Estaba pálido y parecía muy triste, y

estas dos circunstancias llamaron poderosamente la atención de la reina.

Le recibió en pie, aunque conocía que el joven abogado la trataba con mucho respeto, estando además persuadida de que no haría, en el caso en que ella tomara asiento, lo que había hecho el presidente Thouret al ver que el rey no se levantaba.

—Vamos, señor Barnave —dijo María Antonieta—, ya podéis estar contento, puesto que el rey ha seguido vuestro consejo, jurando la Constitución.

—La reina es muy amable —replicó Barnave inclinándose—, al decir que el rey ha seguido mi consejo... Si el

vuestro no hubiera sido al mismo tiempo el del emperador Leopoldo y el del príncipe de Kaunitz, tal vez Su Majestad hubiera vacilado más para realizar este acto, el único, no obstante, que quizá salvaría al rey, si...

Barnave se interrumpió.

—Si pudiera salvarse... ¿no es verdad, caballero? ¿No es esto lo que ibais a decir? —añadió la reina abordando la cuestión de frente, con ese valor, y hasta podríamos decir con esa audacia, que le era peculiar.

—Dios me libre, señora, de hacerme profeta de semejante desgracia; y sin embargo, próximo a salir de París y

alejarme para siempre de la reina, no quisiera desesperar demasiado a Vuestra Majestad, ni tampoco dejarla demasiadas ilusiones.

—¿Dejáis París, señor Barnave?
¿Os alejáis de mí?

—Los trabajos de la Asamblea, de la cual era individuo, señora, han terminado ya, y como ningún constituyente, según lo acordado, puede formar parte de la Legislativa, no tengo ya motivo alguno para permanecer en París.

—¿Ni siquiera el de sernos útil, señor Barnave?

Este último sonrió con tristeza.

—Ni aun el de seros útil, señora, pues a partir de hoy, o más bien de anteayer, ya no está en mi mano.

—¡Oh!, caballero —dijo la reina—, desconfiáis mucho de vos mismo.

—¡Ay!, no, señora; me juzgo y me veo débil..., me peso y me persuado de que soy ligero... Lo que constituye mi fuerza, que yo ofrecí a la monarquía para que se sirviese de ella como de una palanca, era mi influencia en la Asamblea y mi dominio en los Jacobinos, mi popularidad, en fin, tan penosamente adquirida; pero la Asamblea se ha disuelto, los Jacobinos se han convertido en los Fuldenses, y

temo mucho que estos últimos hayan hecho muy mal juego al separarse de los Jacobinos... En fin, señora, mi popularidad...

Barnave sonrió aún más tristemente que la primera vez.

—¡En fin —dijo—, he perdido mi popularidad!

La reina miró a Barnave de una manera extraña, y hubiérase dicho que una expresión de triunfo animaba sus ojos.

—Pues bien; ya veis, caballero, que la popularidad se pierde.

Barnave suspiró.

Esto hizo comprender a la reina que

había cometido una de esas ligeras crueldades que le eran acostumbradas.

En efecto; si Barnave había perdido su popularidad, si un mes había sido suficiente para esto, si se había visto en la precisión de doblar la cabeza bajo la mirada de Robespierre, ¿de quién era la culpa? ¿No era la causa aquella monarquía fatal que arrastraba hacia el abismo todo cuanto se ponía en contacto con ella; a ese terrible destino que, así en María Antonieta como en María Estuardo, era una especie de ángel de la muerte que condenaba a la tumba a todos cuantos se apareciera?

Se arrepintió, pues, de sus palabras

y agradeció a Barnave que hubiera contestado simplemente con un suspiro, cuando habría podido contestarla con estas duras palabras: «¿Por quién, sino por vos, señora, he perdido mi popularidad?».

—No, señor Barnave —dijo la reina —, no marcharéis.

—Ciertamente que si la reina me ordena quedarme me quedaré —contestó Barnave—, así como permanece bajo su bandera el soldado a quien se ha dado la licencia, y a quien se conserva para la batalla; pero si me quedo, ¿sabéis lo que sucederá, señora? En vez de ser débil, me convertiré en traidor.

—¿Cómo es eso, caballero? —
preguntó la reina ligeramente resentida
—. Explicaos, porque no comprendo.

—¿Me permite la reina hacerla ver
claramente la situación, no sólo en la
que se encuentra, sino en la que se
encontrará?

—Hacedlo, caballero; estoy
acostumbrada a sondear los abismos, y
si me dejara llevar del vértigo, hace ya
largo tiempo que habría caído.

—¿La reina mira a la Asamblea que
se ha retirado como enemiga suya?

—Distingamos, señor Barnave; en
esa Asamblea he tenido amigos pero no
negaréis que la mayoría de ella me ha

sido hostil.

—Señora —contestó Barnave—, la Asamblea no ha cometido más que un acto hostil contra el rey y vos, y fue el día en que decretó que ninguno de sus individuos podría formar parte de la legislatura.

—No os comprendo bien, caballero; explicadme eso —dijo la reina con la sonrisa de la duda.

—Es muy sencillo: arrancó el escudo del brazo de vuestros amigos.

—Y me parece que un poco también la espada de manos de mis enemigos.

—¡Ay de mi!, señora, os engañáis. El golpe viene de Robespierre, y es

terrible como todo lo que procede de ese hombre. Respecto a la nueva Asamblea, os arroja en lo desconocido. Con la Constituyente sabíais contra quién era preciso combatir; con la Legislativa se debe hacer un nuevo estudio. Después, y fijaos en esto, señora, al proponer que ninguno de nosotros pudiera ser reelegido, Robespierre ha querido poner a Francia en la alternativa de elegir entre lo que nos es superior o lo que es inferior. Sobre nosotros no existe nada, la emigración lo ha desorganizado todo; aun suponiendo que la nobleza hubiera permanecido en Francia, seguramente

que el pueblo no hubiera ido a buscar sus representantes entre los nobles, sino que elegiría sus diputados entre los que son inferiores entre nosotros. La Asamblea entera será demócrata, por más que en ella surjan algunas diferencias respecto a las opiniones.

Observábase en el rostro de la reina, que seguía con el mayor interés la demostración de Barnave, que empezaba a comprender y que su inquietud iba en aumento.

—Escuchad —continuó Barnave—, yo he visto ya a esos diputados que desde hace tres o cuatro días afluyen a París, y me he fijado particularmente en

los que proceden de Burdeos. Casi todos son hombres sin nombre, pero a quienes urge adquirir alguno, tanto más cuanto que son jóvenes. Si se exceptúan Condorcet, Brissot y algunos otros, los que más edad tienen no pasan de treinta años. Es la invasión de la juventud que desaloja a la edad madura y quiere dar fin con la traición. ¡No habrá más caballos blancos; una nueva Francia elegirá los negros!

—Y ¿creéis, caballero, que debemos temer más de los que llegan que de los que se van?

—Sí, señora, porque los que llegan vienen armados de poderes para hacer

la guerra a los nobles y a los sacerdotes. En cuanto al rey, aún no se resuelve nada acerca de él; ya se verá... Si quiere contentarse con ser poder ejecutivo, tal vez le perdonarán lo pasado.

—¡Cómo! —exclamó la reina—. ¿Qué quiere decir que le perdonarán el pasado? ¡Yo creo que al rey es a quien correspondería perdonar!

—Pues bien, he aquí precisamente el punto en que no se entenderán nunca; los que llegan, señora, y de ello tendréis desgraciadamente la prueba, no tendrán ni siquiera las hipócritas consideraciones de los que se van...

Para ellos, según me ha dicho uno de los diputados de la Gironda, cofrade mío llamado Vergniaud, para ellos el rey es el enemigo.

—¿Enemigo? —exclamó la reina con asombro.

—¡Sí, señora —repitió Barnave—, el enemigo!, es decir, el centro voluntario o involuntario de todos los enemigos interiores y exteriores. ¡Ay!, sí, preciso es confesar que no incurren del todo en error esos recién llegados, los cuales creen haber descubierto una verdad, y que no tienen más mérito que el de manifestar en voz alta lo que vuestros más ardientes adversarios no

osaban decir por lo bajo...

—¡Enemigo —repitió la reina—, el rey enemigo de su pueblo! ¡Oh!, señor Barnave, he aquí una cosa en la que, no solamente no me haríais convenir nunca, sino que tampoco me sería dado comprender.

—Sin embargo, es la verdad, señora; enemigo por naturaleza y por temperamento. Tres días hace que aceptó la Constitución, ¿no es verdad?

—Sí. ¿Qué más?

—Pues bien; al volver aquí el rey se sintió casi enfermo por efecto de la cólera, y por la noche escribió al emperador.

—Pero ¿cómo queréis que suframos semejantes humillaciones?

—¡Ah!, ¡bien lo veis, señora; enemigo, fatalmente enemigo!... ¡Enemigo voluntario, pues educado por el señor de la Vauguyon, general del partido jesuítico, el rey tiene su corazón en manos de los sacerdotes, que son los enemigos de la nación! Enemigo involuntario, porque es el jefe obligado de la contrarrevolución, y aun suponiendo que no salga de París, está en Coblenza con los emigrados, en la Vendée con los sacerdotes y en Viena y Prusia con sus aliados Leopoldo y Federico. ¡El rey no hace nada...,

admito que sea así, señora —añadió tristemente Barnave—, pero a falta de su persona se explota su nombre; en la cabaña, en el púlpito y en el castillo es el pobre rey, el buen rey, el santo rey; de modo que al reinado de la Revolución se opone una sublevación terrible, la de la piedad!

—Pero señor Barnave, ¿sois vos quién me dice tales cosas? ¿No fuisteis el primero en compadecernos?

—¡Oh!, señora, sí, os he compadecido y os compadezco aún y muy sinceramente; pero entre yo y aquellos de quienes os hablo, hay la diferencia de que ellos se compadecen

para perderos, mientras que yo me compadezco para salvaros.

—Pero, en fin, caballero, ¿hay alguna cosa convenida de antemano o algún plan resuelto entre los que llegan, y que, a juzgar por lo que decís, vienen para hacernos una guerra de exterminio?

—No, señora, y aún no he sorprendido más que vagas apreciaciones: la supresión del título de *Majestad* en la primera sesión de apertura; y en vez del trono, un simple sillón a la izquierda del presidente.

—¿Veis en eso algo más ofensivo que en lo del señor Thouret, sentándose porque el rey estaba sentado?

—Por lo menos es un paso adelante en vez de retroceder... Y además hay otra cosa temible, señora, y es que los señores de Lafayette y Bailly van a ser substituidos.

—¡Oh!; en cuanto a esos —contestó la reina con viveza—, no lo siento.

—Y hacéis mal, señora, porque los señores de Bailly y de Lafayette son amigos vuestros.

La reina sonrió con amargura.

—¡Sí, vuestros amigos, señora, vuestros últimos amigos tal vez! Por lo tanto, tened consideración con ellos, y si han salvado alguna popularidad, aprovechaos de ella, pero apresuraos,

porque no tardará en desvanecerse, como ha sucedido con la mía.

—Al cabo de todo eso, caballero, me mostráis el abismo, me conducís hasta su cráter, me hacéis medir la profundidad, pero no me decís qué medio hay para evitarle.

Barnave permaneció silencioso un instante, exhaló un suspiro y repuso:

—¡Ah, señora!, ¡por qué os detuvieron en el camino de Montmédy!

—¡Bueno —exclamó la reina—, he aquí que el señor Barnave aprueba la fuga de Varennes!

—Yo no la apruebo, señora, porque la situación en que os halláis hoy es

consecuencia natural de aquella fuga; mas ya que esta debía tener tal resultado, deploro que no tuviera mejor éxito.

—¿De modo que hoy el señor Barnave, individuo de la Asamblea nacional y delegado por esta, con los señores Pétion y Latour-Maubourg, para traer al rey y la reina a París, deplora que estos no se hallen en el extranjero?

—¡Oh!, entendámonos bien, señora; el que deplora esto no es el individuo de la Asamblea, no es el colega de los señores de Latour-Maubourg y Pétion, sino el pobre Barnave, que ya no es nada más que vuestro humilde servidor,

dispuesto a dar por vos su vida, es decir, todo cuanto posee.

—Gracias, caballero —dijo la reina —, el acento con que me hacéis vuestro ofrecimiento me prueba que seríais hombre para cumplirla, mas espero que no tendré que exigir de vos semejante abnegación.

—¡Tanto peor para mí! —contestó Barnave.

—¿Cómo tanto peor?

—Sí... caer por caer, hubiera preferido cuando menos caer combatiendo, mientras que ahora, he aquí lo que sucederá: en el fondo de mi Delfinado, donde voy a ser inútil, haré

votos mucho más por la mujer joven y hermosa, por la madre tierna y fiel, que no por la reina; las mismas faltas cometidas en el pasado preparan el porvenir; contaréis con un auxilio extranjero que no llegará o que llegará demasiado tarde; los Jacobinos alcanzarán el poder en la Asamblea, y fuera de ella vuestros amigos saldrán de Francia huyendo de la persecución; los que se queden serán aprisionados, y yo me hallaré entre ellos porque no quiero huir. Entonces me juzgarán y condenarán; y tal vez mi muerte os sea inútil y hasta desconocida, o si la noticia de ella llega hasta vos, os habrá

servido de tan poco, que olvidaréis las pocas horas durante las cuales alimenté la esperanza de seros útil.

—Señor Barnave —replicó la reina con mucha dignidad—, ignoro completamente qué suerte nos reserva el porvenir, tanto al rey como a mí; pero lo que sé es que los nombres de las personas que nos han prestado servicio están escrupulosamente escritos en nuestra memoria, y que nada de lo que suceda, feliz o desgraciado, será indiferente para nosotros... Entretanto, señor Barnave, ¿podemos hacer algo por vos?

—Mucho... y vos personalmente,

señora... podéis probarme que yo no era un hombre del todo sin valor a vuestros ojos.

—Y ¿qué se ha de hacer para eso?

Barnave dobló una rodilla en tierra.

—Dadme vuestra mano a besar.

Una lágrima humedeció los párpados secos de María Antonieta, que tendió hacia el joven aquella mano blanca y fría, aquella mano que a un año de distancia habían tocado los labios más elocuentes de la Asamblea, los de Mirabeau.

Barnave no hizo más que rozarla; veíase que el pobre insensato temía no poder separar sus labios de aquella

hermosa mano de mármol si los apoyaba demasiado.

Y levantándose dijo:

—Señora, yo no tendré el orgullo de deciros: «¡La monarquía está salvada!», pero sí os digo: ¡Si la monarquía está perdida, aquel que no olvidará jamás el favor que una reina acaba de concederle, se ha perdido con ella!

Y saludando a la reina, salió.

María Antonieta le miró alejarse suspirando, y cuando la puerta se hubo cerrado, murmuró:

—¡Pobre corazón vacío, no han necesitado mucho tiempo para no dejar de ti más que la corteza!...

Capítulo CXVIII

EL CAMPO DE BATALLA

Hemos tratado de referir los terribles acontecimientos ocurridos en el Campo de Marte en la tarde del 17 de julio de 1791; procuremos dar una idea del espectáculo que presentaba aquel sitio, después de poner ante los ojos de nuestros lectores el cuadro del drama que acababa de representarse, y en el que Bailly y Lafayette habían sido los

dos principales actores.

Aquel espectáculo fue el que llamó la atención de un joven que vestía el uniforme de oficial de la guardia nacional, y que desembocando por la calle de San Honorato, había cruzado el puente de Luis XV y llegaba al Campo de Marte por la Calle de Grenelle.

¡Aquel espectáculo, iluminado por una luna que estaba a los dos tercios de su período creciente, rodando entre grandes nubarrones negros, entre los cuales se perdía de vez en cuando, era lúgubre de ver!

El Campo de Marte presentaba el aspecto de un campo de batalla lleno de

mueritos y heridos, en medio de los cuales vagaban como sombras hombres encargados de arrojar los muertos al Sena y de llevar los heridos al hospital militar de Gros-Caillou.

El joven oficial a quien seguimos desde la calle de San Honorato se detuvo un momento a la entrada del Campo de Marte, y uniendo las manos con un ademán de ingenuo terror, murmuró:

—¡Jesús, Dios mío!, la cosa ha sido, pues, peor de lo que me habían dicho.

Y cuando hubo mirado durante algunos minutos la extraña operación que se efectuaba, acercóse a dos

hombres, a quienes veía llevarse un cadáver hacia el Sena, y les preguntó:

—Ciudadanos, ¿tendréis a bien decirme qué tratáis de hacer con ese individuo?

—Síguenos y lo verás —contestaron los dos hombres.

El oficial les siguió.

Llegados al puente de madera, los dos conductores balancearon el cadáver, contando: ¡Una, dos, tres!, y a la última arrojaron el cuerpo al Sena.

El joven profirió un grito de terror.

—Pero ¿qué hacéis, ciudadanos? —preguntó.

—Ya lo veis, oficial —contestaron

los dos hombres—, despejamos el terreno.

—Y ¿tenéis órdenes para proceder así?

—Aparentemente.

—¿De quién?

—De la municipalidad.

—¡Oh! —exclamó el joven estupefacto.

Y después de una pausa, habiendo vuelto los tres al Campo de Marte, el oficial preguntó a los dos hombres:

—¿Habéis arrojado ya muchos cadáveres al Sena?

—Cinco o seis —contestaron los dos hombres.

—Dispensad, ciudadanos —replicó el joven—, pero tengo mucho interés en la pregunta que os haré. ¿Habéis notado entre esos cinco o seis cadáveres un hombre de cuarenta y seis a cuarenta y ocho años, de cinco pies, cinco pulgadas poco más o menos, fornido, vigoroso, mitad campesino y mitad burgués?

—¡Pardiez! —contestó uno de los hombres—, nosotros no hemos de hacer más que una observación, para averiguar si las personas que conducimos están muertas o vivas; en el primer caso los arrojamos al río, y en el segundo los conducimos al hospital de Gros-Caillou.

—¡Ah!, es que uno de mis mejores

amigos no ha vuelto a su casa, y como me han dicho que estaba aquí y que se le vio durante una parte del día, temo mucho que se halle entre los heridos o los muertos.

—¡Diablos! —dijo uno de los portadores sacudiendo un cadáver, mientras que el otro le alumbraba con una linterna, si estaba aquí es probable que aún esté; y si no ha vuelto a su casa, sin duda no volverá más.

Después, redoblando la sacudida que imprimía al cuerpo que yacía a sus pies, el empleado de la municipalidad gritó:

—¡Eh!, ¿estás muerto o vivo? ¡Si no

estás muerto, procura contestar!

—¡Oh! —dijo el otro—, en cuanto a ese no hay duda de que está bien muerto, pues ha recibido un balazo en medio del pecho.

—Pues entonces, ¡al río! —replicó el compañero.

Y los dos hombres levantaron el cadáver y tomaron el camino del puente de madera.

—Ciudadanos —dijo el oficial—, no necesitáis vuestra linterna para arrojar ese hombre al agua; tened la bondad de prestármela un momento, y mientras que hacéis el viaje yo buscaré a mi amigo.

Los dos hombres consintieron en la demanda y la linterna pasó a manos del joven oficial, el cual comenzó su pesquisa con un cuidado y una expresión en el rostro, que indicaban que había dado al muerto o al herido cuyo cuerpo buscaba un título, no solamente pronunciado por sus labios, sino que salía de su corazón.

Diez o doce hombres, provistos de linternas como él, se ocupaban igualmente en la fúnebre pesquisa.

De vez en cuando, en medio del silencio —pues la terrible solemnidad del espectáculo parecía apagar la voz de los vivos ante la muerte—, de vez en

cuando, decimos, un nombre pronunciado en alta voz resonaba en el espacio.

A veces era una queja o un gemido, y un grito respondía; pero con más frecuencia, la única contestación era un lúgubre silencio.

El joven oficial, después de haber vacilado, como sí su voz estuviese embargada por el terror, siguió el ejemplo que se le daba y gritó tres veces:

—¡Señor Billot..., señor Billot..., señor Billot...!

—¡Oh!, seguramente que ha muerto —murmuró, enjugando con su manga las

lágrimas que corrían de sus ojos—, ¡pobre señor Billot!...

En aquel momento dos hombres pasaron junto a él, llevando un cadáver hacia el Sena.

—¡Oye —dijo el que sostenía el busto, y que de consiguiente estaba más próximo a la cabeza—, me parece que nuestro cadáver ha exhalado un suspiro!

—¡Bueno! —dijo el otro riéndose—, si hubiésemos de escuchar a todos, no habría ningún muerto.

—¡Ciudadano —dijo el joven oficial—, por favor, dejadme ver al hombre que lleváis!

—¡Oh!, con mucho gusto, señor

oficial —contestaron los dos hombres.

Y sentaron el cadáver para que el joven pudiera examinar mejor su rostro.

El oficial acercó la linterna y profirió un grito.

A pesar de la terrible herida que le disfiguraba, creía haber reconocido al individuo que con tanto afán había buscado.

Pero ¿estaba muerto o vivo?

Aquel que se hallaba ya a la mitad del camino hacia su húmeda tumba, tenía la cabeza partida de un sablazo, y la herida, como ya hemos dicho, era terrible; había desprendido todo el cuero cabelludo del parietal izquierdo,

que pendía sobre la mejilla, dejando descubierto el hueso del cráneo; y como la arteria temporal había sido cortada, todo el cuerpo del herido o del muerto estaba inundado de sangre.

Por el lado de la herida el rostro estaba desconocido, y el joven acercó la linterna con mano temblorosa al otro lado.

—¡Oh!, ¡ciudadanos —exclamó—, es él... es el que yo busco, es el señor Billot!

—¡Ah, diablo! —dijo uno de los dos hombres—, pues no deja de estar un poco averiado vuestro señor Billot.

—¿No habéis dicho que ha exhalado

un suspiro?

—Por lo menos me ha parecido oírle
—contestó uno de los hombres.

—Pues entonces, hacedme un
favor...

Y el oficial sacó un escudo de su
bolsillo.

—¿Cuál? —preguntó el hombre,
lleno de buena voluntad al ver la
moneda.

—Corred al río y traed agua en
vuestro sombrero.

—¡Con mucho gusto!

El hombre echó a correr hacia el
Sena, y el joven oficial, ocupando su
puesto, sostuvo al herido.

A los cinco minutos, el hombre volvió.

—Echadle agua en el rostro —dijo el joven.

El empleado del municipio obedeció, e introduciendo su mano en el sombrero hizo lo que le indicaban.

—¡Se ha estremecido —exclamó el joven, que tenía al moribundo entre sus brazos—, no está muerto!... ¡Oh, querido señor Billot, qué fortuna es que yo haya llegado!

—¡A fe mía que sí es una dicha! —dijeron los dos hombres—, pues con veinte pasos más, vuestro amigo hubiera vuelto en las redes de Saint-Cloud.

—Rociadle el rostro con agua otra vez.

Se repitió la operación, y el herido se estremeció, suspirando de nuevo.

—Vamos, vamos —dijo el segundo portador—, decididamente no está muerto.

—Y bien, ¿qué hacemos? —preguntó el primero.

—Ayudadme a conducirlo a la salle de San Honorato, a casa del doctor Gilberto, y se os dará una buena recompensa —dijo el oficial.

—No podemos hacer eso.

—¿Por qué?

—Tenemos orden de arrojar los

mueritos al Sena y de llevar los heridos al hospital de Gros-Caillou... Puesto que pretende no estar muerto, y que de consiguiente no podemos arrojarle al río, es preciso conducirlo al hospital.

—Pues llevémosle al hospital —dijo el joven—, y lo más pronto posible.

Y mirando en torno suyo, preguntó:

—¿Dónde está el hospital?

—A trescientos pasos poco más o menos de la Escuela militar.

—¿Entonces será por allí?

—Precisamente.

—Y ¿debemos atravesar todo el Campo de Marte?

En su longitud.

—¡Dios mío! Y ¿no tenéis unas angarillas?

—¡Pardiez!, fácilmente se encontrará y bastará un pequeño escudo...

—Justo es —replicó el joven oficial —... Aquí tenéis dos, y buscadme las angarillas.

Diez minutos después se obtuvo el objeto que el oficial pedía.

El herido fue colocado cuidadosamente, y los dos conductores, después de ajustarse las correas al hombro emprendieron la marcha, encaminándose el lúgubre cortejo hacia el hospital de Gros-Caillou, escoltado

del joven oficial, que con su linterna en la mano iba con la cabeza baja.

Triste cosa era aquella marcha nocturna por un terreno inundado de sangre, en medio de los cadáveres inmóviles o rígidos con que se tropezaba a cada paso, o bien de los heridos, que se incorporaban para caer de nuevo pidiendo socorro.

Al cabo de un cuarto de hora se franqueaba la puerta del hospital de Gros-Caillou.

Capítulo CXIX

EL HOSPITAL DE GROS-CAILLOU

En aquella época los hospitales, y sobre todo los militares, distaban mucho de hallarse organizados como lo están hoy.

No se extrañará, pues, que reinase perturbación en el de Gros-Caillou, y un gran desorden que se oponía al cumplimiento de los deseos de los cirujanos.

La primera cosa que faltó fueron las camas, y fue necesario ir a buscar colchones en las casas de los vecinos de las calles inmediatas.

Los colchones se habían colocado en el suelo, hasta en el patio, y en cada uno de ellos se puso un herido; pero faltaban cirujanos, como antes colchones, y estos eran más difíciles de encontrar.

El oficial —en quien los lectores habrán reconocido seguramente a nuestro antiguo amigo Pitou— obtuvo, mediante otros dos escudos, que le dejaran el colchón de las angarillas, de modo que Billot fue depositado con bastante suavidad en el patio del

hospital.

Pitou, queriendo aprovechar de la situación lo poco que tenía de bueno, consiguió que colocasen al herido lo más cerca posible de la puerta, a fin de coger al paso al primer cirujano que entrara o saliera.

Grandes deseos tuvo de correr a las salas para volver con uno a toda costa, pero temía abandonar al herido, pensando que, bajo la suposición de que estaba muerto, cualquiera, sin mala fe, cogiera el colchón y arrojara al patio al supuesto cadáver.

Pitou estaba allí hacía una hora, llamando a gritos a los dos o tres

cirujanos que había visto pasar, sin que ninguno le contestara, cuando divisó un hombre vestido de negro, acompañado de dos enfermeros, que visitaba, uno después de otro, a todos los pacientes.

Cuando más avanzaba hacia Pitou el hombre vestido de negro, más creía reconocerle; muy pronto cesaron sus dudas, y osando al separarse algunos pasos del herido para acercarse más al cirujano, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh!, ¡por aquí, señor Gilberto, por aquí!

El cirujano, que, efectivamente, era Gilberto, acudió a su voz.

—¡Ah!, ¿eres tú, Pitou? —exclamó.

—¡Dios mío!, sí, señor Gilberto.

—¿Has visto a Billot?

—¡Ah!, caballero, hele aquí — contestó Pitou, mostrando al herido siempre inmóvil.

—¿Ha muerto? —preguntó el doctor.

—¡Ay!, señor Gilberto, espero que no pero me parece que le falta poco para ello.

Gilberto se acercó al colchón, y los dos enfermeros que le seguían iluminaron el rostro del herido.

—¡Es en la cabeza, señor Gilberto —decía Pitou—, es en la cabeza!... ¡Pobre señor Billot, le han partido la

cabeza hasta la mandíbula!

Gilberto miró la herida con atención.

—Ciertamente que la herida es muy grave —murmuró.

Y volviéndose hacia los dos enfermeros, les dijo:

—Necesito una habitación particular para este hombre, que es amigo mío.

Los dos enfermeros se consultaron.

—No hay ninguna habitación particular —contestaron—, pero tenemos la ropería.

—¡Perfectamente! Llevémosle allí.

Se levantó al herido con todo el cuidado posible, mas a pesar de la precaución dejó escapar una queja.

—¡Ah! —exclamó Gilberto—, ¡jamás una exclamación de alegría me ha satisfecho tanto como este suspiro de dolor! Está vivo, y esto es lo principal.

Billot fue conducido a la ropería; se le depositó en la cama de uno de los empleados, y después Gilberto procedió a la primera cura.

La arteria temporal había sido cortada, resultando de ello una inmensa pérdida de sangre que había producido el síncope, y este último, debilitando los movimientos del corazón, había detenido la hemorragia.

La naturaleza se había aprovechado inmediatamente de esto para formar un

grumo que cerró la arteria.

Gilberto, con una destreza admirable, ató desde luego la arteria por medio de una hebra de seda muy fina; después lavó las carnes para aplicarlas de nuevo sobre el cráneo, y entonces la frescura del agua, o acaso también algunos dolores más vivos ocasionados por la cura, hicieron abrir los ojos a Billot, que pronunció algunas palabras incoherentes.

—Ha habido trastornos en el cerebro —murmuró Gilberto.

—Pero, en fin —dijo Pitou—, desde el momento en que vive, vos le salvaréis, ¿no es verdad, señor

Gilberto?

El doctor sonrió con tristeza.

—Trataré de conseguirlo, pero acabas de ver una vez más, amigo Pitou, que la naturaleza es un cirujano mucho más hábil que ninguno de nosotros.

Entonces Gilberto terminó la cura: cortados los cabellos en cuanto fue posible, el doctor acercó los dos bordes de la herida, sujetándolos con tiritas de diaquilón^[44], y ordenó se tuviese cuidado de mantener al enfermo sentado, con las espaldas, y no la cabeza, apoyadas contra las almohadas.

Solamente entonces fue cuando, hecha así la primera cura, el doctor

preguntó a Pitou cómo había venido a París, y cómo hallándose en la ciudad se encontró tan a punto en el sitio donde podía socorrer a Billot.

La cosa era muy sencilla: desde la desaparición de Catalina y la marcha de su esposo, la madre Billot, a quien no hemos presentado nunca como mujer de carácter enérgico, había caído en una especie de idiotismo que iba siempre en aumento. Vivía, pero de una manera del todo mecánica, y diariamente algún nuevo resorte de la pobre máquina humana se desdentaba o se rompía; poco a poco sus palabras comenzaron a escasear; después acabó por no hablar

ya nada, y el doctor Raynal declaró que tan sólo una cosa en el mundo podría sacar a la madre Billot de aquel entorpecimiento mortal: era la presencia de su hija.

Pitou se ofreció al punto para ir a París, o más bien, marchó sin ofrecerse.

Gracias a las largas piernas del capitán de la guardia nacional de Haramont, las dieciocho leguas que separan la patria de Demoustier de la capital no fueron para él más que un paseo.

En efecto, Pitou, que había salido a las cuatro de la madrugada, llegó a París entre siete y media y ocho de la noche.

Pitou parecía predestinado a ir a París cuando ocurrían grandes acontecimientos.

La primera vez fue para asistir a la toma de la Bastilla y tomar parte en ella; la segunda para presenciar la federación de 1790, y la tercera llegaba el día de la matanza del Campo de Marte.

Por eso encontró a París agitado, es decir, en la misma situación en que le dejó.

Por los primeros grupos que encontró al paso supo lo que había sucedido en el Campo de Marte.

Bailly y Lafayette habían mandado hacer fuego contra el pueblo, y este

maldecía a plenos pulmones a Lafayette y Bailly.

Pitou los había dejado cuando se les adoraba como dioses, y encontrábalos caídos de sus altares y malditos, sin comprender absolutamente nada de esto.

Lo único que sabía era que en el Campo de Marte había habido lucha y matanza con motivo de una petición patriótica, y que Gilberto y Billot debían estar allí.

Aunque Pitou había recorrido sus dieciocho leguas, redobló el paso y llegó a la calle de San Honorato, donde vivía Gilberto.

El doctor había vuelto, pero nada se

sabía de Billot. El Campo de Marte, según le dijo el criado a quien Pitou interrogaba, estaba cubierto de muertos y heridos, y sin duda Billot estaría entre los unos o los otros.

¡El Campo de Marte cubierto de muertos y heridos! Esta noticia no extrañaba a Pitou menos que la referente a Bailly y Lafayette, los dos ídolos del pueblo que mandaban hacer fuego contra este.

¡El Campo de Marte cubierto de muertos y heridos! Pitou no podía figurarse esto. ¡Aquel Campo de Marte que él había ayudado a nivelar, y que recordaba haber visto lleno de

iluminaciones y de graciosos farolillos, cubierto ahora de muertos y heridos, porque se había querido, como el año anterior, celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla y el de la federación! ¡Era imposible!

¿Cómo lo que había sido motivo de alegría y de triunfo podía convertirse al cabo de un año en causa de rebelión y de matanza?

¿Qué vértigo había pasado, pues, durante aquel tiempo por la cabeza de los parisienses?

Ya lo hemos dicho: durante aquel año la corte, gracias a la influencia de Mirabeau, gracias a la creación del club

de los Fuldenses, gracias al apoyo de Bailly y de Lafayette, gracias, en fin, a la reacción que se había efectuado después del regreso de Varennes, había recobrado su poder perdido, y este poder se manifestaba por el duelo y la matanza. El 17 de julio vengaba las jornadas del 5 y 6 de octubre. Según lo había dicho Gilberto, la monarquía y el pueblo habían ganado cada cual una partida; faltaba saber quién la ganaría buena.

Ya hemos visto como, preocupado por todas estas ideas —ninguna de las cuales había sido suficiente para que acortase el paso—, nuestro amigo Ángel

Pitou, luciendo siempre su uniforme de capitán de la guardia nacional de Haramont, había llegado al Campo de Marte por el puente de Luis XV y la calle de Grenelle, precisamente a tiempo para impedir que Billot fuese arrojado al río como muerto. Por otra parte, se recordará cómo Gilberto, hallándose en la habitación del rey, había recibido un billete sin firma, en el que reconoció, sin embargo, la escritura de Cagliostro, y que contenía este párrafo:

«¡Deja ahí a esos dos condenados a quienes aún se llama por irrisión rey y reina, y corre sin perder tiempo al

hospital de Gros-Caillou, donde encontrarás un moribundo menos enfermo que ellos, porque tú puedes salvarle, mientras que los otros, sin que puedas hacer nada en su favor, te arrastrarán en su caída!».

Como ya hemos dicho, al saber por la señora de Campan que la reina, que acababa de separarse de él invitándole a esperar su vuelta, estaba ocupada y le daba permiso para retirarse, había salido de las Tullerías, y siguiendo poco más o menos el mismo camino que Pitou, costó el Campo de Marte para ir al hospital de Gros-Caillou, donde al visitar varios heridos acompañado de

dos enfermeros, fue llamado por una voz junto al lecho del moribundo.

Ya sabemos que la voz era la de Pitou y el moribundo era Billot.

Ya hemos dicho en qué estado encontró Gilberto al labrador y qué condiciones presentaba su estado, condiciones buenas y malas, pero en el que estas últimas hubieran dominado a las otras si Billot hubiese caído en manos de un hombre menos hábil que el doctor Gilberto.

Capítulo CXX

CATALINA

De las dos personas a quienes el doctor Raynal había creído de su deber dar cuenta acerca de la situación desesperada de la madre Billot, la una, como se ve, estaba en cama en un estado próximo a la muerte, era el marido; solamente la otra persona podía asistir a la agonizante en sus últimos momentos, y era su hija.

Se necesitaba, pues, poner en

conocimiento de Catalina la situación en que se hallaban su madre y su padre; pero ¿dónde estaba Catalina?

No se tenía más que un medio para saberlo, que era dirigirse al conde de Charny.

Pitou había sido recibido tan benévolamente por la condesa el día en que de parte de Gilberto la llevó su hijo, que no vaciló en ofrecerse para ir a informarse de las señas de Catalina a la casa de la calle Coq-Héron, por avanzada que fuese la hora de la noche.

En efecto, las once y media daban en el reloj de la Escuela militar cuando la cura terminó, y sólo entonces pudieron

Gilberto y Pitou separarse del lecho de Billot.

Gilberto recomendó el herido a los enfermeros, y ya no quedaba más que hacer sino dejar a la naturaleza ejercer su influencia.

Por lo demás, debía volver al día siguiente. Pitou y Gilberto subieron al coche del doctor, que esperaba en la puerta del hospital, y se ordenó al cochero dirigirse a la calle de Coq-Héron.

Todo estaba cerrado en el barrio y no se veía una sola luz.

Después de haber llamado un cuarto de hora, Pitou, que iba a dejar la

campanilla para servirse del aldabón, oyó rechinar, no la puerta de la calle, sino la del conserje, y una voz ronca y de mal humor preguntó con acento que no admitía dudas:

—¿Quién va?

—¡Yo! —contestó Pitou.

—Y ¿quién sois vos?

—¡Ah!, es cierto... ¡Ángel Pitou, capitán de la guardia nacional!

—¿Ángel Pitou?... no sé quién es.

—¡Capitán de la guardia nacional!

—Capitán... —repitió el conserje —, capitán...

—¡Capitán! —repitió Pitou, recalcando sobre este título, cuya

influencia conocía.

En efecto, el conserje pudo creer que en aquel momento en que la guardia nacional equilibraba por lo menos la antigua preponderancia del ejército, se las había con algún ayudante de campo de Lafayette.

En su consecuencia, con tono más suavizado, pero sin abrir la puerta, se contentó con acercarse.

—Y bien, señor capitán, ¿por quién preguntáis?

—Deseo hablar al señor conde de Charny.

—No está.

—Pues a la señora condesa.

—Tampoco está.

—¿Dónde se hallan?

—Han marchado esta mañana.

—¿A qué país?

—A su tierra de Boursonnes.

—¡Ah, diablo! —exclamó Pitou

como hablando consigo mismo—, serían los que cruzaron conmigo en Dammartín; sin duda iban en aquella silla de posta... ¡Si yo lo hubiera sabido!

Pero Pitou no lo sabía; de modo que dejó pasar al conde y la condesa.

—Amigo mío —dijo la voz del doctor, interviniendo en aquel punto de la conversación—, ¿podríais, en ausencia de vuestros amos, darme un

informe?

—¡Ah!, dispensad, caballero — contestó el conserje que, gracias a sus costumbres aristocráticas, reconocía una voz de amo en la que acababa de hablarle con tanta cortesía y dulzura.

Y abriendo la puerta, el buen hombre, en calzoncillos y con su gorro de algodón en la mano, se acercó a la portezuela del coche del doctor para *tomar órdenes*, como se dice en estilo doméstico.

—¿Qué informe deseáis, caballero? —preguntó el conserje.

—¿Conoceréis, amigo mío, una joven, a la que el señor y la señora

condesa deben dispensar algún auxilio?

—¿La señorita Catalina? —preguntó el conserje.

—Precisamente.

—Sí, caballero... el señor conde y la condesa han ido a verla dos veces, y me enviaron con frecuencia a preguntarle si necesitaba alguna cosa; pero la pobre joven, aunque no la creo rica, ni ella ni su pobre niño, contesta siempre que no le hace falta nada.

Al oír las palabras «pobre niño», Pitou no pudo menos que exhalar un profundo suspiro.

—Pues bien, amigo mío —dijo Gilberto—, al padre de la pobre

Catalina le han herido hoy en el Campo de Marte, y su madre, la señora Biliot, se muere en Villers-Cotterêts; necesitamos comunicar esta triste noticia a su hija, y quisiéramos que nos dieseis sus señas.

—¡Oh, pobre joven, Dios le ayude, pues harto desgraciada es ya! Vive en Ville-d'Avray, caballero, en la calle grande..., no podría deciros con seguridad el número; pero enfrente de una fuente.

—Esto basta —dijo Pitou—, ya la encontraré.

—Gracias, amigo mío —dijo Gilberto, deslizand o un escudo de seis

libras en la mano del conserje.

—No se necesita dar nada por eso, caballero —replicó el buen hombre—, pues entre cristianos todos debemos ayudarnos.

Y haciendo una reverencia al doctor, el conserje entró en la casa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gilberto.

—Yo marchó a Ville-d'Avray.

Pitou estaba siempre dispuesto a marchar.

—¿Sabes el camino? —preguntó el doctor.

—No, pero ya me lo indicaréis.

—¡Tienes un corazón de oro y unas

piernas de acero! —dijo Gilberto riéndose—, pero ven a descansar y marcharás mañana a primera hora.

—Sin embargo, si urge...

—Ni por una parte ni por otra hay urgencia —dijo el doctor—, el estado de Billot es grave, pero a menos de accidentes imprevistos no es mortal, y en cuanto a la madre Billot, aún podrá vivir diez o doce días.

—¡Oh!, señor doctor, cuando la acostaron ayer ya no hablaba, ni siquiera se movía; solamente sus ojos parecían vivos aún.

—No importa, ya sé yo lo que digo, Pitou, y repetiré que respondo de ella

diez o doce días.

—¡Diantre!, señor Gilberto, sabéis más que yo.

—Por lo tanto, bien podemos dejar a la pobre Catalina otra noche de reposo; una noche de sueño más para los desgraciados, no importa poco, amigo Pitou.

El joven se dio por vencido.

—Pues entonces, ¿adónde vamos? —preguntó.

—¡Pardiez!, a mi casa; allí encontrarás tu antigua habitación.

—¡Oh! —exclamó Pitou sonriendo—, me agrada volver a verla.

—Y mañana al amanecer —continuó

el doctor—, los caballos estarán enganchados al coche.

—¿Para qué los caballos? — preguntó Pitou, para quien estos cuadrúpedos no eran más que un artículo de lujo.

—Pues para conducirte a Ville-d'Avray.

—¡Bueno! —exclamó Pitou—. ¡Cómo si hubiese cincuenta leguas de aquí a Ville-d'Avray!

—No, solamente hay dos o tres — repuso Gilberto, recordando, como un relámpago de su juventud, los paseos que había dado con su maestro Rousseau en los bosques de Louveciennes de

Meudon y de Ville-d'Avray.

—Pues bien —dijo Pitou—, entonces las tres leguas serán cuestión de una hora.

—Y ¿crees tú —preguntó Gilberto—, que Catalina podrá recorrer, con la facilidad que tú, las tres leguas de Ville-d'Avray a París y las dieciocho que hay desde París a Villers-Cotterêts?

—¡Ah!, es cierto —contestó Pitou—, dispensad, señor Gilberto, soy un imbécil... A propósito: ¿cómo sigue Sebastián?

—Muy bien; mañana le verás.

—¿Siempre en casa del abate Berardier?

—Siempre.

—¡Ah!, tanto mejor; me alegraré mucho de verle.

—También él se alegrará, Pitou, pues así como yo, te ama de todo corazón.

Y con esta seguridad, el doctor y Ángel Pitou se detuvieron delante de la puerta de la casa del primero.

Pitou dormía como andaba, como comía o como se batía, es decir, de todo corazón; pero gracias a la costumbre contraída en el campo de levantarse al amanecer, ya estaba en pie a las cinco.

A las seis, el coche estuvo preparado.

A las siete, llamaba a la puerta de Catalina.

Había convenido con el doctor Gilberto en estar a las ocho a la cabecera del lecho de Billot.

Catalina abrió la puerta y al ver a Pitou profirió un grito.

—¡Ah! —exclamó—, ¡mi madre ha muerto!

Y palideció, apoyándose en la pared.

—No —dijo Pitou—, pero si queréis verla antes de que muera, será preciso daros prisa, señorita Catalina.

Aquellas pocas palabras que expresaron todas las cosas suprimían

preliminares, poniendo desde luego a Catalina frente a su desventura.

—Y además —continuó Pitou—, hay otra desgracia.

—¿Cuál? —preguntó Catalina con ese tono breve y casi indiferente de la persona que habiendo agotado ya la medida de los dolores humanos no teme que estos aumenten.

—Es que el señor Billot fue herido peligrosamente ayer en el Campo de Marte.

—¡Ah! —exclamó Catalina.

Evidentemente la joven era mucho menos sensible a esta noticia que a la primera.

—Entonces —continuó Pitou—, yo pensé, y este fue también el parecer del doctor Gilberto, que la señorita Catalina haría de paso una visita al señor Billot, a quien se ha trasladado al hospital de Gros-Caillou, y que desde allí tomaría la diligencia para Villers-Cotterêts.

—¿Y vos, señor Pitou? —preguntó Catalina.

—Yo —contestó el joven—, pensando que ibais allá abajo para ver morir a la señora Billot; mi deber sería permanecer aquí para ayudar al señor Billot a revivir... Me quedo, pues, a su lado, puesto que no tiene a nadie sino a mí, como ya sabéis, señorita Catalina.

Pitou pronunció estas palabras con su angelical candidez, sin pensar que de este modo hacía en pocas palabras la historia entera de su fidelidad.

Catalina le ofreció la mano.

—¡Tenéis un buen corazón, Pitou! Venid a dar un beso a mi pequeño Isidoro.

Y marchó delante, pues la breve escena que acabamos de referir había pasado en la puerta de la casa. La pobre Catalina, vestida de luto riguroso, estaba más hermosa que nunca, lo cual hizo exhalar un segundo suspiro a Pitou.

La joven precedió a su amigo y le condujo a una reducida habitación con

vistas a un jardín; una cocina pequeña y un gabinete tocador constituían todo el alojamiento de Catalina, y Pitou vio allí un lecho y una cuna.

El lecho de la madre y la cuna del niño.

Este último dormía.

Catalina descorrió una cortina de gasa y se apartó a un lado para que su compañero pudiese mirar.

—¡Oh, qué hermoso angelito! — exclamó Pitou, uniendo las manos.

Y como si hubiera estado, efectivamente, ante un ángel, se arrodilló y besó la mano del niño.

Muy pronto quedó recompensado de

lo que acababa de hacer, pues sintió flotar sobre su rostro los cabellos de Catalina y dos labios aplicarse sobre su frente.

La madre devolvía el beso que se acababa de dar a su hijo.

—¡Gracias, buen Pitou! —dijo—. Nadie más que yo ha besado a la pobre criatura desde que recibió la última caricia de su padre.

—¡Oh, señorita Catalina! —exclamó Pitou deslumbrado y tembloroso, como si le acabasen de aplicar una chispa eléctrica.

Y sin embargo, aquel beso era simplemente la expresión de todo cuanto

hay de santo y de todo el agradecimiento
que puede haber en el corazón de una
madre.

Capítulo CXXI

LA HIJA Y EL PADRE

Diez minutos después Catalina, Pitou y el pequeño Isidoro iban en el coche del doctor Gilberto, que corría por el camino de París.

El vehículo se detuvo delante del hospital de Gros Coillon.

Catalina se apeó, y cogiendo al niño en brazos siguió a Pitou.

Llegada a la puerta de la ropería se

detuvo.

—Me habéis asegurado —dijo a Pitou—, que encontraríamos al doctor junto al lecho de mi padre.

—Sí —contestó.

Y entreabrió la puerta.

—Y allí está, efectivamente —dijo.

—Ved si puedo entrar sin temor de ocasionar una emoción demasiado fuerte.

Pitou entró en el aposento, interrogó al doctor y volvió casi al punto a decir a Catalina:

—El trastorno producido por el golpe que recibió es tal, que aún no reconoce a nadie, según dice el señor

Gilberto.

Catalina iba a entrar con el pequeño Isidoro en brazos.

—Dadme vuestro niño, señorita —dijo Pitou.

Catalina vaciló un momento.

—¡Oh!, dármelo a mí —dijo el joven—, es como si no le dejaseis.

—Tenéis razón —dijo Catalina.

Y como hubiera hecho con un hermano, o con más confianza tal vez, entregó el niño a Ángel Pitou y adelantóse con paso firme en la sala, encaminándose directamente al lecho de su padre.

Como ya hemos dicho, el doctor

estaba a la cabecera de la cama del herido.

Poco cambio se había efectuado en el enfermo; así como la víspera, estaba con el busto apoyado en las almohadas, y el doctor humedecía con una esponja empapada en agua, que oprimía en su mano, las tiritas que sujetaban el apósito de la herida. A pesar de un principio de fiebre inflamatoria bien caracterizada, el rostro, atendía la cantidad de sangre que Billot había perdido, estaba mortalmente pulido, y la hinchazón llegaba al ojo, invadiendo una parte de la mejilla izquierda.

A la primera impresión de frescura

había balbuceado algunas palabras sin
ilación y abierto los ojos; pero esa
fuerte tendencia al sueño que los
médicos llaman *coma*, había extinguido
de nuevo la palabra y cerrado los ojos.
Llegada Catalina ante el lecho se dejó
caer de rodillas, y elevando las manos
al cielo, exclamó:

—¡Oh, Dios mío!, ¡testigo sois de
que os pido con toda el alma la vida de
mi padre!

Era todo cuanto podía hacer aquella
hija por el padre que había querido
matar a su amante.

Por lo demás, al oír la voz un
estremecimiento agitó el cuerpo del

enfermo; su respiración se hizo más fatigosa; abrió los ojos, y su mirada, después de vagar un instante en torno suyo, como para reconocer de dónde venía la voz, se fijó en Catalina.

Su mano hizo un movimiento como para rechazar aquella aparición, que el herido tomó sin duda por una visión de su fiebre.

La mirada de la joven encontró la de su padre, y Gilberto vio con una especie de terror cruzarse como dos llamas que parecían más bien dos relámpagos de odio que dos rayos de amor.

Después de esto, la joven se levantó y con el mismo paso fue a buscar a

Pitou.

Este último, en cucullas, jugaba con el niño.

Catalina tomó a su hijo con una violencia más propia del amor de la leona que el de la madre, y le oprimió contra su pecho, exclamando:

—¡Hijo mío, oh, hijo mío!

En aquel grito se encerraban todas las angustias de la madre, todas las quejas de la viuda, todos los dolores de la mujer.

Pitou quiso acompañar a Catalina hasta la oficina de las diligencias, de las cuales salía una a las diez de la mañana.

—No —contestó la joven—, bien

habéis dicho que debéis permanecer junto al que está solo; quedaos, Pitou.

Y con la mano rechazó al joven hacia la habitación.

Pitou no sabía más que obedecer cuando Catalina mandaba.

Mientras que se acercaba al lecho de Billot, y que este abría los ojos de nuevo al oír los pasos algo pesados del capitán, revelándose en ellos benevolencia después de la expresión de odio que les había animado por la presencia de Catalina, la joven bajó la escalera con su hijo en brazos y llegó pronto a la calle de San Dionisio, de donde partía la diligencia de Villers-

Cotterêts.

Los caballos estaban enganchados, el postillón en el pescante, y habiendo un sitio desocupado en el interior, Catalina le tomó.

Ocho horas después el coche se detenía en la calle de Soissons.

Eran las seis de la tarde, es decir, que se estaba en pleno día.

Si hubiera ido a ver a su madre buena y sana en vida de Isidoro, Catalina hubiera mandado parar el coche en la extremidad de la calle de Largny, y habría dado vuelta a la ciudad para llegar a Pisseleu sin ser vista, porque hubiera tenido vergüenza.

Viuda y madre, no pensó ni siquiera en las burlas del pueblo; se apeó del coche sin imprudencia, pero sin temor, y su luto y su niño le parecieron un ángel sombrío y un ángel risueño que debían alejar de ella la injuria y el desdén.

Al pronto no se reconoció a Catalina: estaba tan pálida y tan cambiada que no parecía la misma mujer; y lo que la disimulaba más aún era el aire de distinción que había tomado por el frecuente trato de un noble.

Por eso no le reconoció más que una persona, y aun de lejos.

Fue la tía Angélica.

Esta última se hallaba en la puerta de la casa ayuntamiento, hablando con dos o tres comadres sobre el juramento exigido a los sacerdotes, y manifestaba que había oído decir al abate Fortier que jamás juraría ante los Jacobinos y la Revolución, y que más bien sufriría el martirio que no doblar la cabeza bajo el yugo revolucionario.

—¡Oh! —exclamó de repente, interrumpiéndose en medio de su discurso—, ¡Jesús, Dios mío, ahí está la joven Billot con su hijo, que se apean del coche!

—¿Catalina, Catalina?

—¡Vaya! ¡Miradla cómo huye por la

callejuela!

La tía Angélica se engañaba; la joven no huía, sino que andaba rápidamente para ver antes a su madre, y tomaba la callejuela porque era el camino más corto.

Varios niños, al oír las palabras de la tía Angélica y la exclamación de sus vecinas, comenzaron a correr detrás de la joven, y dijeron:

—¡Ah!, es muy cierto, es la señorita...

—Sí, hijos míos, soy yo —dijo Catalina con dulzura.

Y después, como era muy querida de todos ellos, porque siempre les daba

alguna cosa, y a falta de ello una caricia, todos exclamaron a la vez:

—¡Buenos días señorita Catalina!

—¡Buenos días, amiguitos míos! — contestó la joven—. Supongo que mi madre no habrá muerto...

—¡Oh!, no, señorita, todavía no.

—El señor Raynal —añadió otro—, dice que aún hay para ocho o diez días.

—¡Gracias, hijos míos! —dijo Catalina.

Y continuó su marcha después de dar a los muchachos algunas monedas.

—¿Qué hay? —les preguntaron las comadres cuando volvieron.

—Que es ella —dijeron los niños—,

y la prueba es que nos ha preguntado por su madre, dándonos estas monedas.

—Parece que lo que ha vendido se paga caro en París —dijo la tía Angélica—, pues de lo contrario no podría dar monedas blancas a los niños que corren tras ella.

La tía Angélica no amaba a la joven.

Cierto que Catalina Billot era joven y hermosa y la tía Angélica vieja y fea; Catalina era alta y bien formada y la tía Angélica pequeña y medio coja.

Y por otra parte, en casa de Billot fue donde Ángel Pitou encontró asilo después de ser expulsado por su tía.

Además, Billot había sido quien el

día de la declaración de los derechos del hombre fue a buscar al abate Fortier para obligarle a decir misa en el altar de la Patria.

Todas estas razones eran suficientes, agregadas a la acritud natural de su carácter, para que la tía Angélica odiase a los Billot en general y a Catalina en particular.

Y cuando la tía Angélica odiaba, era de veras, como devota.

Por eso corrió a casa de la señorita Adelaida, sobrina del abate Fortier, para anunciarle la noticia.

El abate comía para su cena una carpa pescada en los estanques de

Wallue, junto a la cual se veía un plato de huevos con espinacas.

Era día de Vigilia.

El abate había tomado el aspecto rígido y ascético de un hombre que espera a cada momento el martirio.

—¿Qué ocurre? —preguntó al oír que las dos mujeres charlaban en el corredor—. ¿Vienen a buscarme para confesar el nombre de Dios?

—¡No!, aún no, querido tío —contestó la señorita Adelaida—, no es más que la tía Angélica, que viene a anunciarme un nuevo escándalo.

—Estamos en un tiempo en que el escándalo corre por todas las calles —

contestó el abate Fortier—. ¿Cuál es el que ahora anunciáis, tía Angélica?

La señorita Adelaida introdujo a la alquiladora de sillas ante su tío.

—Servidor, señor abate —dijo la solterona.

—*Servidora* deberíais decir, tía Angélica —dijo Fortier, sin poder renunciar a sus costumbres pedagógicas.

—Siempre oí decir *servidor* —replicó la devota—, y repito lo que oigo; dispensad si os he ofendido, señor abate.

—No es a mí a quien ofendéis, tía Angélica, sino a la sintaxis.

—Le diré que me dispense cuando la

vea —contestó humildemente la tía Angélica.

—¡Bien, bien! ¿Queréis beber un vaso de vino?

—¡Gracias, señor abate; no bebo vino nunca!

—Pues hacéis mal, porque los cánones de la Iglesia no lo prohíben.

—¡Oh!, no es que me esté prohibido el vino; yo no bebo porque me cuesta nueve sueldos la botella.

—¿Conque seguís siendo avara, tía Angélica? —preguntó el abate recostándose en su sillón.

—¡Ay de mí!, señor abate, preciso es que lo sea el pobre.

—¡Vamos, no tan pobre! ¿Y el alquiler de las sillas que os cedo por nada, tía Angélica, cuando me daría por él cien escudos el primer llegado?

—¡Ah!, no adelantaría mucho esa persona. ¡Creedme, no hay más que agua para beber!

—Por eso os ofrezco un vaso de vino, tía Angélica.

—Aceptad —dijo la señorita Adelaida—, pues de lo contrario mi tío se incomodará.

—¿Creéis que esto le enoje? —preguntó la solterona, que ardía en deseos de aceptar.

—Seguramente.

—Vamos, pues dos deditos de vino, señor abate, para no desairaros —dijo la tía Angélica.

—¡Pues ahí va! —contestó el abate Fortier, llenando un vaso de un rico Borgoña de color rubí—, bebed eso, buena mujer, y cuando contéis vuestros escudos, creeréis tener doble número.

La tía Angélica iba a llevarse el vaso a los labios.

—¿Mis escudos? —repitió—. ¡Ah!, señor abate, ¡no digáis tales cosas, vos que sois un santo varón, porque os creerían!

—¡Bebed, tía Angélica, bebed!

La solterona, como para complacer

al abate, humedeció los labios en el vaso, y cerrando los ojos apuró con beatitud la tercera parte del contenido.

—¡Oh!, que fuerte es —exclamó—, ¡yo no sé cómo se puede beber vino tan puro!

—¡Y yo —repuso el abate—, no sé cómo se puede echar agua en el vino; pero no importa, esto, no impide que yo apueste a que la tía Angélica ha hecho bonitos ahorros!

—¡Oh!, señor abate, no digáis eso, pues apenas puedo pagar mis contribuciones, que se reducen a tres libras diez sueldos al año.

Y la tía Angélica absorbió la última

tercera parte de vino contenido en el vaso.

—Sí, ya sé que decís eso; pero no aseguraré que el día en que entreguéis vuestra alma a Dios no encontrará vuestro Sobrino Ángel Pitou, si busca bien, alguna media de lana donde habrá con qué comprar toda la calle de Pleu.

—¡Señor abate, señor abate! —exclamó la tía Angélica—, si decís tales cosas, tal vez me asesinen los bandoleros que incendian las granjas y cortan la mies, pues por la palabra de un santo hombre como vos creerían que soy rica... ¡Dios mío. Dios mío, qué desgracia!

Y con los ojos humedecidos por una lágrima de bienestar, la mujer apuró algunas gotas que aún quedaban en el vaso.

—¡Vamos —dijo el abate, siempre con tono socarrón—, bien veis que os acostumbraríais a ese vinillo, tía Angélica!

—¡No importa —replicó la vieja—, es muy fuerte!

El abate había concluido de cenar poco a poco.

—Y bien —preguntó—, ¿qué nuevo escándalo es ese que ha venido a perturbar a Israel?

—Señor abate, la Billot acaba de

llegar en la diligencia con su hijo.

—¡Ah, ah! —exclamó el abate—, yo creí que le había puesto en la casa de Niños Expósitos.

—Y hubiera hecho bien —contestó la tía Angélica—, pues al menos el niño no tendría que ruborizarse por su madre.

—La verdad es que ahora se debe considerar la institución bajo otro punto de vista. Y ¿a qué viene aquí?

—Parece que a ver a su madre, pues ha preguntado a los niños si vivía aún.

—Ya sabéis, tía Angélica —dijo el abate con maligna sonrisa—, que la madre Billot ha olvidado confesarse.

—¡Oh!, señor abate —replicó la tía

Angélica—, no es culpa suya, pues la pobre mujer ha perdido la cabeza desde hace tres o cuatro meses. Cuando su hija no le causaba tanto pesar era una mujer muy devota que temía a Dios, y que cuando iba a la iglesia tomaba siempre dos sillas, una para sentarse y otra para poner los pies.

—¿Y su esposo? —preguntó el abate con los ojos brillantes de cólera—. ¿Cuántas sillas tomaba el ciudadano Billot, el vencedor de la Bastilla?

—¡Ah!, no lo sé —contestó ingenuamente la tía Angélica—, nunca iba a la iglesia; pero en cuanto a la madre Billot...

—Está bien, está bien —dijo el abate, es una cuenta que ya arreglaremos el día de su entierro.

Y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—Dad las gracias conmigo, hermanas.

Las solteronas repitieron la señal de la cruz y dieron devotamente gracias con el abate.

Capítulo CXXII

HIJA Y MADRE

Entretanto Catalina proseguía su camino; al salir de la callejuela había tomado la izquierda, para seguir la calle de Lormet, y al fin de ella dirigióse por un sendero trazado a través de los campos, que le permitió llegar al camino de Pisseleu.

Todo era un recuerdo doloroso para Catalina a lo largo de aquel camino.

Por lo pronto fue el pequeño puente

donde Isidoro se despidió de ella, y donde quedó sin conocimiento hasta que Pitou la encontró fría y helada.

Después, al acercarse a la granja, el sauce hueco donde Isidoro ocultaba sus cartas.

Luego, al aproximarse más aún, aquella ventanita por la cual Isidoro entraba en su cuarto, y bajo la cual hubiera caído tal vez si la escopeta del labrador no hubiera fallado el tiro.

Más allá, frente a la puerta de la granja, aquel camino de Boursonnes que Catalina había recorrido tan a menudo, pues por él venía Isidoro...

¡Cuántas veces, apoyada en aquella

ventana, con la mirada fija en el camino, ansiosa y palpitante, había esperado al joven para salir a su encuentro!

Hoy había muerto ya; pero al menos le quedaba su hijo.

¿Qué decía, pues, toda aquella gente de su deshonra y de su vergüenza?

Por eso entró rápidamente y sin temor en la granja.

Un perro grande ladró a su paso; pero de pronto, al recordar a su joven ama, ladró de alegría.

Al oír ladrar al perro, un hombre acudió para ver cuál era la causa.

—¡Señorita Catalina! —exclamó.

—¡Padre Clouis! —dijo Catalina a

su vez.

—¡Ah!, sed bien venida, querida señorita —continuó el viejo guarda—, bien necesita la casa vuestra presencia.

—¿Y mi pobre madre? —preguntó Catalina.

—¡Ay!, ni mejor ni peor, o más bien, peor que nunca; la pobre mujer se va.

—Y ¿dónde se halla?

—En su habitación.

—¿Sola?

—¡No, no!... Yo no hubiera permitido eso, y dispensaréis que haya procedido aquí un poco cual si fuese el amo. ¡Os amaba tanto a vos y a ese pobre señor Isidoro!

—¿Habéis sabido?... —preguntó Catalina enjugando dos lágrimas.

—Sí, sí, muerto por la reina como el señor Jorge. En fin, es preciso llorar al padre y sonreír al hijo.

—Gracias, padre Clouis —contestó Catalina, ofreciendo su mano al viejo guarda—, pero ¿y mi madre?...

—En su habitación, como os he dicho, con la señora Clement, la misma enfermera que os cuidó.

—Y... ¿conserva aún el conocimiento mi pobre madre? —preguntó Catalina vacilando.

—Hay veces en que se creería así, cuando se pronuncia vuestro nombre...

¡Ah!, este fue el gran medio hasta anteayer; pero después no ha dado señales de conocimiento aunque se la hablara de vos.

—¡Entremos, entremos! —dijo Catalina.

—Entrad, señorita —dijo el guarda, abriendo la puerta de la habitación de la señora Billot.

Catalina paseó su mirada por la habitación: su madre estaba en su lecho, con cortinas de sarga verde, iluminada por uno de esos velones de tres picos, como aún se ven hoy en los pueblos, y a su lado se hallaba la señora Clement sentada en un gran sillón, en este estado

de soñolencia peculiar de las enfermeras.

La pobre madre Billot no parecía haber cambiado; pero tenía el rostro pálido como el marfil.

—¡Madre mía, madre mía! — exclamó Catalina precipitándose hacia el lecho.

La enferma abrió los ojos, hizo un movimiento con la cabeza hacia Catalina y un relámpago de inteligencia brilló en su mirada, mientras que sus labios balbuceaban sonidos ininteligibles que no llegaban a ser palabras; su mano se levantó, como para completar con el tacto el sentido casi nulo del oído y de

la vista; pero el esfuerzo fue inútil; los ojos se cerraron y el brazo cayó como un cuerpo inerte sobre la cabeza de Catalina arrodillada junto al lecho de su madre. Después la enferma volvió a su inmovilidad, de que había salido momentáneamente por la sacudida galvánica que le produjo la voz de su hija.

El padre Billot había rechazado a Catalina cuando esta le vio en el hospital.

La madre Billot salió de su letargo para atraer a su hija.

La llegada de la joven había producido una revolución en la granja.

No se la esperaba a ella, sino a Billot.

Catalina refirió el accidente ocurrido a su padre, y dijo que en París el marido estaba tan próximo a la muerte como la mujer en Pisseleu.

Mas era evidente que cada uno de los dos moribundos seguía distinto camino: Billot iba de la muerte a la vida; su mujer de la vida a la muerte.

Catalina entró en su habitación de joven: muchas lágrimas había allí para ella en los recuerdos que evocaba aquel pequeño aposento, donde había pasado por los dulces sueños de la infancia, por las ardientes pasiones de la juventud, y

adonde volvía ahora con el corazón lacerado de la viuda.

En aquel momento, por lo demás, Catalina recobró en la casa, toda en desorden, la autoridad que su padre le concedió un día en detrimento de la madre.

El padre Clouis, debidamente recompensado, tomó el camino de su *guarida*, como llamaba a su choza.

Al día siguiente se presentó en la granja el doctor Raynal.

Iba cada dos días, por un sentimiento de conciencia más bien que de esperanza, pues sabía muy bien que nada era posible hacer, ni se podía intentar

ningún esfuerzo para salvar aquella vida.

Se alegró mucho de ver a la joven, y abordó la gran cuestión que no hubiera osado tratar con Billot: la de los sacramentos.

No era porque el doctor Raynal fuese un devoto ejemplar; pero sabía que Billot era un volteriano furioso.

Por otra parte, si la época estaba todavía en la duda, la ciencia había llegado a la negación.

Sin embargo, el doctor Raynal, en circunstancias análogas a la en que se encontraba, consideraba como un deber advertir a los parientes.

Los que eran piadosos se aprovechaban de la advertencia, enviando a buscar al sacerdote.

Los impíos ordenaban que si se presentaba se le cerrase la puerta.

Catalina era piadosa.

Ignoraba las diferencias que habían mediado entre Billot y el abate Fortier, o más bien, no les daba mucha importancia.

Por eso encargó a la señora Clement que fuese a buscar al abate Fortier para que administrara los últimos sacramentos a su madre. Siendo Pisseleu un caserío demasiado pequeño para tener iglesia y cura, dependía de Villers-

Cotterêts, en cuyo cementerio se enterraban también los muertos de Pisseleu.

Una hora después, la campanilla del viático resonaba en la puerta de la granja.

El santo sacramento fue recibido de rodillas por Catalina.

Mas apenas el abate Fortier hubo entrado en la habitación de la enferma, apenas vio que estaba sin palabra, sin mirada y sin voz declaró que no daba la absolución sino a las personas que podían confesarse; y por más que se le instó se llevó el viático.

El abate Fortier era un sacerdote de

la escuela sombría y terrible: hubiera sido Santo Domingo en España y Valverde en Méjico.

No era posible dirigirse a otro, pues Pisseleu dependía de su parroquia, y ningún sacerdote de los alrededores hubiera osado usurpar sus derechos.

Catalina era una joven piadosa y dulce, pero al mismo tiempo de muy buen sentido, y no tomó de la negativa del abate sino lo que debía tomar, esperando que Dios sería más indulgente que su ministro en favor de la pobre moribunda.

Después continuó desempeñando sus deberes de hija sin descuidar a su niño,

y atendiendo así al ser que entraba en la vida y al que iba a dejarla.

Durante ocho días con sus noches no se apartó del lecho de su madre más que para ir a la cuna de su hijo.

En la noche del octavo al noveno día, mientras que la joven velaba a la cabecera del lecho de la moribunda, la puerta de la habitación se abrió y Pitou apareció en el umbral.

Llegaba de París, de donde había salido por la mañana, según su costumbre.

Al verle, Catalina se estremeció.

Por un momento pensó que su padre hubiera muerto.

Pero la expresión de Pitou, sin ser alegre, no era la de un hombre que trae una noticia fúnebre.

En efecto, Billot seguía mejor; desde hacía cuatro o cinco días el doctor respondía de él, y por lo tanto fue trasladado desde el hospital a la casa del señor Gilberto.

No estando ya Billot en peligro, Pitou manifestó su resolución de volver a Pisseleu.

Ya no temía por Billot, sino por Catalina.

Pitou había previsto el momento en que se comunicaría a Billot lo que no se había querido anunciarle aún, es decir,

el estado en que se hallaba su mujer.

Estaba convencido de que en aquel momento, por débil que estuviera, Billot marcharía a Villers-Cotterêts. Y ¿qué sucedería si encontraba a Catalina en la granja?...

El doctor Gilberto no había ocultado a Pitou el efecto que produjo en el herido la entrada de Catalina y su permanencia de un instante junto al enfermo.

Era evidente que aquella visión había quedado en el fondo de su pensamiento.

A medida que su razón se aclaraba, Billot dirigía en torno suyo miradas que

poco a poco habían pasado de la inquietud al odio; sin duda esperaba de un momento a otro que la visión fatal reapareciera.

Por lo demás, no había pronunciado la menor palabra ni una sola vez, ni preguntado por Catalina; pero el doctor era demasiado buen observador para no haberlo adivinado todo.

En su consecuencia, apenas Billot estuvo convaleciente, envió a Pitou a la granja.

Estaba encargado de alejar a Catalina, para lo cual podía contar con dos o tres días, antes de cuyo tiempo no quería el doctor arriesgarse a comunicar

la mala noticia al convaleciente.

Pitou manifestó sus temores a Catalina con toda la angustia que el carácter de Billot le inspiraba a él mismo; pero la joven declaró que aunque su padre debiera matarla a la cabecera del lecho de la moribunda, no se alejaría sin haber cerrado los ojos de su madre.

A Pitou le contristó profundamente aquella resolución, pero no encontró una sola palabra para combatirla.

En su consecuencia, se preparó para intervenir, si fuese necesario, entre el padre y la hija.

Dos días y dos noches transcurrieron

aún, y durante ellos la vida de la madre Billot parecía extinguirse por momentos.

Hacía diez días ya que la enferma no probaba alimento; para que se sostuviera le introducían en la boca a intervalos una cucharada de jarabe.

Hubiérase creído imposible que un cuerpo pudiera vivir así.

Durante la noche del décimo al undécimo día, en el momento en que toda respiración parecía extinguirse en ella, la enferma se reanimó aparentemente, los brazos hicieron algunos movimientos, los labios se agitaron y abriéronse los ojos grandes y fijos.

Hubiérase creído que Catalina atraía hacia sí el alma de su madre; cuando entró con el pequeño Isidoro entre los brazos, la moribunda había hecho un movimiento para volverse hacia la puerta.

Sus ojos quedaron fijos en ella; al volver a la joven lanzaron un relámpago; la boca dejó escapar un grito y sus brazos se extendieron.

Catalina cayó de rodillas con su niño delante del lecho de su madre.

Entonces se produjo un fenómeno extraño: la madre Billot se incorporó sobre su almohada, extendió lentamente ambos brazos sobre la cabeza de

Catalina y su hijo, y después, por un esfuerzo semejante al del hijo de Crespo, exclamó:

—¡Hijos míos, yo os bendigo!

Y volviendo a caer sobre la almohada, sus brazos quedaron inmóviles y su voz se extinguió.

Había muerto.

Solamente sus ojos habían quedado abiertos, como si la pobre mujer, no habiendo visto bastante a su hija en vida, hubiera querido mirarla aún desde el otro lado de la tumba.

Capítulo CXXIII

DONDE FORTIER
REALIZA,
RESPECTO A LA
MADRE BILLOT,
LA AMENAZA
QUE HABÍA
HECHO LA TÍA
ANGÉLICA

Catalina cerró piadosamente los ojos de su madre, con la mano primero y después con los labios.

Hacía largo tiempo que la señora Clement había previsto aquella hora suprema, tanto que compró de antemano dos cirios.

Mientras que Catalina, bañada en lágrimas, traía a la habitación a su hijo que lloraba, dándole el pecho para que durmiese, la señora Clement colocaba los dos cirios a los lados del lecho, cruzaba las dos manos de la difunta sobre su seno, poniendo un crucifijo entre ellas, y colocaba sobre una silla una pila de agua bendita con una pequeña rama de boj.

Cuando Catalina entró no tuvo que hacer más que arrodillarse junto al lecho

de su madre, con su libro de oraciones en la mano.

Entretanto Pitou se encargaba de los otros detalles fúnebres, es decir, que no atreviéndose a ir a casa del abate Fortier, con quien no estaba bien, fue a buscar al sacristán, para encargarle la misa de difuntos, y después buscó a los portadores, para avisarles la hora en que debía recoger el ataúd. No olvidó al sepulturero, para encargarle que abriese la fosa.

Después marchó a Haramont para avisar a su teniente, al subteniente y a sus treinta y un hombres de la guardia nacional, que el entierro de la señora

Billot se efectuaría al otro día a las once de la mañana.

La comunicación de Pitou a sus hombres fue oficiosa y no oficial, y se redujo a una invitación para asistir al entierro, y no a una orden.

Pero se sabía demasiado lo que Billot había hecho por aquella revolución que inflamaba todos los corazones, y no se ignoraba el peligro en que aún se hallaba Billot en el lecho del dolor por haber defendido la santa causa. Suficiente era esto para que se considerase la invitación de Pitou como una orden, y toda la guardia nacional de Haramont prometió a su jefe estar al día

siguiente, a las once en punto, en la casa mortuoria.

Por la noche Pitou había vuelto a la granja, y en la puerta encontró al carpintero que llevaba el ataúd al hombro.

Pitou tenía instintivamente todas las delicadezas del corazón, que tan rara vez se hallan en los campesinos y hasta en la gente de mundo; hizo ocultar al carpintero y al ataúd en la cuadra, y para evitar a Catalina el aspecto fúnebre de la caja y después el ruido terrible del martillo, fue solo a la habitación.

Catalina oraba al pie del lecho de su madre; por los buenos servicios de dos

mujeres se había lavado el cadáver y estaba ya en el sudario.

Pitou dio cuenta a la joven de cuanto había hecho, e invitóla a salir para tomar un poco el aire.

Pero Catalina quería cumplir sus deberes hasta el fin, y rehusó.

—Esto será malo para el pequeño Isidoro —murmuró Pitou.

—Pues lleváosle si queréis.

Pitou salió como para obedecer, pero volvió a los cinco minutos.

—¡No quiere salir conmigo —dijo —, llora!

Y, en efecto, por las rejas entornadas oyó los gritos del niño.

Entonces besó la frente del cadáver, cuyas formas se reconocían a través del lienzo, y luchando entre sus dos sentimientos de hija y de madre, salió al fin.

El pequeño Isidoro lloraba, en efecto; Catalina le cogió en sus brazos, y siguiendo a Pitou salió de la granja.

Detrás de ellos entraba el carpintero con el ataúd.

Pitou quería alejar a Catalina durante media hora poco más o menos.

Como por casualidad la condujo al camino de Boursonnes.

Este camino tenía tantos recuerdos para la pobre joven, que recorrió media

legua sin decir nada a Pitou, escuchando las voces de su corazón y contestándolas silenciosamente.

Cuando Pitou creyó que la fúnebre operación había terminado, dijo a Catalina:

—Si volviésemos a la granja...

La joven salió de sus pensamientos como de un sueño.

—¡Oh, oh! —exclamó—, sois muy bueno, amigo Pitou.

Y volvió a tomar el camino de Pisseleu.

Al volver, la señora Clement hizo una seña a Pitou, indicándole que la operación había terminado.

Catalina entró en su habitación para acostar al pequeño Isidoro.

Cumplido este deber maternal, quiso ir a sentarse junto a la difunta.

Pero en el umbral de la puerta encontró a Pitou.

—Es inútil, señorita Catalina —le dijo—; todo ha terminado.

—¿Cómo?

—Sí... en nuestra ausencia...

Pitou vaciló.

—En nuestra ausencia, el carpintero...

—¡Ah!, he aquí por qué habéis insistido para que saliese...
¡Comprendo, buen Pitou!

Y este recibió por recompensa una mirada de agradecimiento.

—La última oración —dijo la joven—, y vuelvo.

Catalina entró en el aposento de su madre.

Pitou la siguió de puntillas, pero detúvose en el umbral.

El ataúd estaba colocado sobre dos sillas en medio de la habitación.

Al verle Catalina se detuvo estremeciéndose y nuevas lágrimas corrieron de sus ojos.

Después se arrodilló delante del ataúd, apoyando en la madera su frente pálida por la fatiga y el pesar.

En la vía dolorosa que conduce al muerto desde su lecho de agonía hasta la tumba, su morada eterna, los vivos que le siguen tropiezan a cada paso con algún nuevo detalle que parece destinado a arrancar de los corazones doloridos hasta la última lágrima.

La oración fue larga; Catalina no podía separarse del ataúd; la pobre joven había comprendido bien que desde la muerte de Isidoro no tenía más que dos amigos en la tierra: su madre y Pitou.

Su madre acababa de bendecirla; hoy estaba en el ataúd y mañana estaría en la tumba.

No es posible separarse sin dolor del penúltimo amigo, cuando este es una madre.

Pitou comprendió que era preciso ir en ayuda de Catalina; mas viendo que sus palabras eran inútiles, trató de levantarla por debajo del brazo.

—¡Una oración más, Pitou, una sola!

—Enfermaréis, señorita Catalina —dijo Pitou—, y mientras oráis voy a buscar una nodriza para el pequeño Isidoro.

—Tienes razón, Pitou —dijo la joven—. Dios mío, ¡qué bueno eres, Pitou, y cuánto te amo!

El joven vaciló y estuvo a punto de

caer.

Se apoyó en la pared junto a la puerta, y silenciosas lágrimas de alegría corrieron por sus mejillas.

¿No le había dicho Catalina que le amaba?

No podía engañarse Pitou sobre la manera de amarle Catalina; pero fuera como fuese, ya era mucho que le amase.

Terminada la oración la joven se levantó, como lo había prometido a Pitou, y con paso lento acercóse a él para apoyarse en su hombro.

Pitou pasó su brazo alrededor del talle de Catalina para llevársela.

Esta no le opuso resistencia; pero

antes de franquear el umbral, volviendo la cabeza sobre el hombro de Pitou y fijando la última mirada en el ataúd, tristemente iluminado por los dos cirios, exclamó:

—¡Adiós, madre mía, por última vez, adiós!...

Y salió.

En la puerta de la habitación de Catalina y en el momento en que esta iba a entrar, Pitou la detuvo.

La joven comenzaba a conocer tan bien a Pitou, que comprendió que este quería decirle alguna cosa.

—¿Qué hay? —preguntó.

—¿No os parece, señorita Catalina

—balbuceó—, que ha llegado el momento de abandonar la granja?

—Yo no me marcharé hasta que mi madre esté fuera —contestó la joven.

Y pronunció estas palabras con tal firmeza, que Pitou comprendió que era una resolución irrevocable.

—Y cuando salgáis de la granja, ¿sabéis que hay una legua desde aquí a los sitios dónde estéis segura de ser bien recibida? Me refiero a la choza del padre Clouis y a la casita de Pitou.

El joven llamaba *casa* a su cuarto y su gabinete.

—¡Gracias, Pitou! —contestó Catalina, indicando con un movimiento

de cabeza que aceptaría uno u otro de estos dos asilos.

Catalina entró en su habitación sin cuidarse de Pitou, que estaba seguro de encontrar siempre un asilo para la joven.

A la mañana siguiente, desde las diez, los amigos convocados para la ceremonia afluyeron a la granja.

Todos los labradores de las cercanías, los de Boursonnes, de Noue, Ivors de Coyolles, de Largny, de Haramont y de Vivieres habían asistido.

El alcalde de Villers-Cotterêts, el buen señor Longpré, fue uno de los primeros.

A las diez y media, la guardia

nacional de Haramont, a tambor batiente y con bandera desplegada, llegó al punto de reunión sin que faltase un hombre.

Catalina, vestida de negro y con su niño en los brazos, de luto riguroso también, recibía a todos, sin que ninguno manifestase más sentimiento que el del respeto para aquella madre y su hijo.

A las once se habían reunido más de trescientas personas en la granja.

Solamente faltaban el sacerdote, los hombres de iglesia y los conductores.

Se esperó un cuarto de hora.

Nadie se presentó.

Pitou subió al granero más alto de la granja.

Desde la ventana se veía una extensión de dos kilómetros de llanura extendiéndose desde Villers-Cotterêts al pueblo de Pisseleu.

Por buenos ojos que tuviera Pitou, no vio nada.

Y bajó para dar cuenta al señor de Longpré de su observación, así como también de sus reflexiones.

Su *observación* era que seguramente no venía nadie, y sus *reflexiones* que sin duda no vendría ninguno tampoco.

Se le había hablado de la visita del abate Fortier, y de la negativa de este sobre administrar los sacramentos a la señora Billot.

Pitou conocía bien al sacerdote y lo adivinó todo: el abate Fortier no quería prestar el concurso de su santo ministerio para el entierro de la señora Billot, y el pretexto, y no la causa, era la falta de confesión.

Estas reflexiones, comunicadas por Pitou al señor de Longpré, y por este a los asistentes, produjeron una dolorosa impresión.

Todos se miraron en silencio, y una voz dijo.

—Y bien, ¿qué? Si el abate Fortier no quiere decir la misa, prescindiremos de ella.

Quien decía esto era Desiré

Maniquet, conocido por sus opiniones antirreligiosas.

Hubo un instante de silencio.

Era evidente que a todos les parecía muy atrevido prescindir de la misma.

Y sin embargo, se estaba en plena escuela de Voltaire y de Rousseau.

—Señores —dijo el alcalde—, vamos a Villers-Cotterêts y allí se explicará todo.

—¡A Villers-Cotterêts! —gritaron todas las voces.

Pitou hizo una seña a cuatro de sus hombres, se deslizaron los cañones de dos fusiles por debajo del ataúd y se levantó a la difunta.

En la puerta debió pasar por delante de Catalina, arrodillada, y que tenía a su Isidoro arrodillado también.

Después de pasar el ataúd, Catalina besó el umbral de aquella puerta, que no pensaba pisar ya jamás y al levantarse dijo a Pitou:

—Me encontraréis en la choza del padre Clouis.

Y por el patio de la granja y los jardines, que daban a una calle, se alejó rápidamente.

Capítulo CXXIV

DONDE EL ABATE
FORTIER VE QUE
NO ES SIEMPRE
TAN FÁCIL COMO
SE CREE CUMPLIR
LA PALABRA
DADA

El cortejo avanzaba silencioso, formando una larga línea en el camino, cuando de pronto, los que cerraban la marcha oyeron tras sí un grito de

llamada.

Todos se volvieron.

Un jinete corría a galope tendido, viniendo de la parte de Ivors, es decir, por el camino de París.

Una parte de su rostro estaba cubierta por dos vendas negras, llevaba el sombrero en la mano y hacía señas para que le esperasen.

Pitou se volvió como los otros.

—¡Toma —exclamó—, es el señor Billot!... ¡Bueno, yo no quisiera estar en la piel del abate Fortier!

Al oír el nombre de Billot todos se detuvieron.

El jinete avanzaba rápidamente, y a

medida que se acercaba, todos, así como antes Pitou, reconocían al labrador.

Llegado a la cabeza del cortejo, Billot saltó de su caballo, echándole la brida sobre el cuello, y después de haber dicho con voz bien acentuada, para que todos oyesen: «Buenos días y gracias, ciudadanos», ocupó detrás del ataúd el lugar de Pitou, que en su ausencia presidía el duelo.

Un mozo de cuadra se encargó del caballo y le condujo a la granja.

Todos fijaron una curiosa mirada en Billot.

Estaba más flaco y había palidecido mucho.

Una parte de su frente y los contornos de su ojo izquierdo habían conservado los colores violáceos de la sangre extravasada.

Sus dientes oprimidos y sus cejas fruncidas indicaban una sombría cólera, que no esperaba sino el momento de poder desahogarse.

—¿Sabéis lo que ha pasado? —le preguntó Pitou.

—Lo sé todo —contestó Billot.

Apenas Gilberto hubo dicho al labrador en qué estado se hallaba su mujer, Billot buscó un cabriolé que le condujo hasta Nanteuil.

Después, como el caballo no pudo

conducirle más lejos, Billot, aunque débil aún, alquiló un jaco de posta; en Levignan le cambió y llegó a la granja cuando el cortejo acababa de salir.

Entonces, en dos palabras, la señora Clement le había referido todo; Billot volvió a montar a caballo; al dar la vuelta al muro divisó el cortejo, que se prolongaba a lo largo del camino, y le detuvo con sus gritos.

Ahora, como ya hemos dicho, él era quien, con las cejas fruncidas, la boca amenazadora y los brazos cruzados sobre el pecho, presidía el duelo.

El cortejo, que ya era silencioso y sombrío, lo fue más aún.

A la entrada de Villers-Cotterêts se encontró un grupo de personas que esperaban, y que se agregó al cortejo.

A medida que este último avanzaba a través de las calles, los hombres, las mujeres y los niños salían de las casas, saludaban a Billot, que les contestaba con una señal de cabeza, y aumentaban el acompañamiento.

Cuando el cortejo llegó a la plaza contaba con más de quinientas personas.

Desde la plaza se comenzaba a ver la iglesia. Y según lo había previsto Pitou, estaba cerrada.

Se llegó a la puerta y el cortejo se detuvo.

Billot estaba lívido; la expresión de su rostro era cada vez más amenazadora.

La iglesia y la alcaldía se tocaban; el guardián de la primera, que era al mismo tiempo conserje de la segunda, y que de consiguiente dependía a la vez del alcalde y del abate Fortier, fue llamado e interrogado por el señor Longpré.

El abate había prohibido a todo eclesiástico prestar su concurso al entierro.

El alcalde preguntó dónde estaban las llaves de la iglesia.

Hallábanse en casa del bedel.

—Ve a buscarlas —dijo Billot a

Pitou.

El joven puso en movimiento sus largas piernas, y volvió cinco minutos después, diciendo:

—El abate ha mandado llevar las llaves a su casa, para estar seguro de que no se abriría la iglesia.

—Es preciso ir a buscar las llaves a casa del abate —dijo Desiré Maniquet, promovedor de los medios extremos.

—¡Sí, sí —gritaron doscientas voces —, vamos a buscarlas a casa del abate!

—Sería demasiado largo —dijo Billot—, y cuando la muerte llama a una puerta no acostumbra a esperar.

Y paseó en torno suyo una mirada.

Delante de la iglesia se construía una casa.

Los carpinteros escuadraban una viga.

Billot se dirigió a ellos sin vacilar, e hizoles con la mano seña de que necesitaba la viga.

Los obreros se desviaron.

La viga estaba sobre unos maderos.

Billot pasó el brazo entre aquella y el suelo, poco más o menos por su mitad, y con un solo esfuerzo la levantó.

Pero no había contado con las fuerzas perdidas.

Bajo aquel peso enorme el coloso vaciló, y por un momento creyó que iba

a caer.

Mas esto fue como un relámpago; Billot recobró su equilibrio, sonriendo con una expresión terrible, y después avanzó con la viga lenta y resueltamente.

Hubiérase dicho que era uno de esos arietes antiguos con que los Alejandro, los Aníbal y los César derribaban las murallas.

Se colocó con las piernas separadas delante de la puerta, y la formidable máquina comenzó a funcionar.

La puerta era de encina; los cerrojos, las cerraduras y los goznes de hierro.

Estos últimos saltaron al tercer

golpe, y la puerta se entreabrió.

Billot dejó caer la viga.

Cuatro hombres la recogieron y lleváronla al sitio donde Billot la había tomado.

—Ahora, señor alcalde —dijo Billot—, mandad colocar el ataúd de mi pobre mujer, que jamás hizo daño a nadie, en medio del coro, y tú, Pitou, reúne al bedel con los chantres y los monaguillos; yo me encargo del sacerdote.

El alcalde, conduciendo el ataúd, entró en la iglesia, y entretanto Pitou comenzó a buscar los sochantres y los monaguillos, acompañado de su teniente

y de cuatro hombres, para el caso de que les encontraran recalcitrantes. Billot se dirigió a la casa del abate Fortier.

Algunos hombres quisieron seguirle.

—Dejadme solo —les dijo—; tal vez será grave lo que me propongo hacer, y a cada cual la responsabilidad de sus obras.

Y se alejó por la calle de la Iglesia para tomar la de Soissons.

Con el intervalo de un año, era la segunda vez que el labrador revolucionario iba a encontrarse con el sacerdote realista.

Se recordará lo que había pasado la primera vez; sin duda se iba a

presenciar una escena semejante.

Por eso al verle avanzar con paso rápido hacia la morada del abate, todos permanecieron inmóviles en el umbral de sus puertas, siguiéndole con los ojos y moviendo la cabeza, pero sin dar un paso.

—Ha prohibido que le sigan —se decían unos a otros.

La gran puerta del abate estaba cerrada como la de la iglesia.

Billot miró en torno suyo para ver si había por allí alguna casa en construcción donde pudiese tomar una nueva viga; no vio más que un poste de arenisca desencajado por la ociosidad

de los chicos, y que temblaba en su órbita como un diente en su alveolo.

El labrador avanzó hacia el poste, sacudiólo violentamente, ensanchó su hoyo y arrancó aquel de la cavidad donde estaba encajonado.

Después, levantando el poste sobre su cabeza, cual otro Ajax, retrocedió tres pasos y lanzó la mole de granito con la misma fuerza que si hubiera sido una catapulta. La puerta quedó destrozada.

Al mismo tiempo que Billot dejaba así expedito el paso, la ventana del primer piso se abría, apareciendo en ella el abate Fortier que, gritando con todas sus fuerzas, pedía socorro a sus

feligreses.

Pero la voz del pastor no fue escuchada por el rebaño, que estaba resuelto a dejar al lobo y al pastor arreglarse como quisieran.

Billot necesitó algún tiempo para romper las dos o tres puertas más que le separaban todavía del abate Fortier. Para esto le bastaron diez minutos. Al cabo de este tiempo se pudo comprender, por los gritos más o menos fuertes y los ademanes más o menos expresivos del abate, que su creciente agitación prevenía de la inminencia del peligro, cada vez más próximo.

En efecto; de pronto se vio aparecer

detrás del sacerdote el rostro pálido de Billot, y después una mano se levantó y cayó pesadamente sobre su hombro.

El sacerdote se cogió al travesaño de madera que servía de apoyo a la ventana; también él tenía mucho vigor y no era nada fácil hacerle soltar presa.

Billot pasó su brazo como una faja alrededor de la cintura del sacerdote, se arqueó sobre las piernas, y de una sacudida arrancó al abate del travesaño de madera, roto entre sus manos.

El labrador y el sacerdote desaparecieron en las profundidades de la habitación, y ya no se oyeron más que los gritos del abate, cada vez más lejos,

como el mugido del toro que un león del Atlas arrastra hacia su guarida.

Entre tanto Pitou había reunido a los chantres, los monaguillos y el bedel, todos temblorosos, pero que se habían apresurado a revestir la capa pluvial y la estola y encender los cirios, preparándolo todo para la misa de difuntos.

A este punto se llegaba cuando se vio reaparecer a Billot por la puerta que daba a la plaza del castillo, siendo así que se le esperaba por la calle de Saisons.

Llevaba tras sí al sacerdote, a pesar de su resistencia, con paso tan rápido

como si andará solo.

No era un hombre; era una de las fuerzas de la naturaleza, algo como un torrente o una avalancha; nada humano parecía capaz de resistirlo, y se habría necesitado un elemento para luchar contra él.

A cien pasos de la iglesia, el pobre abate dejó de forcejear.

Estaba completamente vencido.

Todo el mundo se apartó para dejar paso a los dos hombres.

El abate dirigió una mirada de espanto a la puerta, rota como un vidrio, y viendo en sus puestos a todos aquellos a quienes había prohibido poner el pie

en la iglesia, movió la cabeza como si reconociese que algo poderoso e irresistible pesaba, no sobre la religión, sino sobre sus ministros.

Entró en la sacristía y salió un momento después vestido de oficiante, con el sacramento en la mano.

Mas en el momento en que, después de haber franqueado los escalones del altar, dejando el cáliz sobre la santa mesa, se volvió para decir las primeras palabras del oficio, Billot extendió la mano:

—¡Basta!, mal servidor de Dios — exclamó—; ¡he tratado tan sólo de doblegar tu orgullo; mas quiero que

todos sepan que una santa mujer, como la mía lo era, puede prescindir de tus oraciones y de un sacerdote fanático y rencoroso como tú!

Después, como se produjese gran rumor bajo las bóvedas de la iglesia al oírse estas palabras, añadió:

—Si hay sacrilegio, que recaiga sobre mí.

Y volviéndose hacia el inmenso cortejo que llenaba, no solamente la iglesia, sino también la plaza del castillo, gritó:

—¡Ciudadanos, al cementerio!

—¡Al cementerio! —repitieron todas las voces. Los cuatro portadores

pasaron los cañones de sus fusiles bajo el ataúd, levantaron el cuerpo, y como habían venido sin sacerdote y sin ninguna pompa fúnebre, emprendieron la marcha desde luego. Billot presidía el duelo, formado por seiscientas personas, que se encaminaron al cementerio, situado en la extremidad de la callejuela de Pleux, a veinticinco pasos de la casa de la tía Angélica. La puerta del cementerio estaba cerrada, como la del abate Fortier y la de la iglesia.

¡Cosa extraña!, ante aquel débil obstáculo Billot se detuvo.

La muerte respetaba a los muertos. A una señal de Billot, Pitou corrió a la

casa del sepulturero, que tenía la llave.

Cinco minutos después, Pitou volvía con ella, y provisto además de dos palas.

El abate Fortier, no sólo había proscrito a la pobre difunta de la iglesia, sino también de la tierra sagrada, y el sepulturero había recibido orden de no abrir la fosa.

A esta última manifestación de odio del sacerdote contra el labrador, algo semejante a un estremecimiento de amenaza circuló entre los asistentes, y si hubiese habido en el corazón de Billot la cuarta parte de hiel que en el alma de los devotos, hubiera bastado que el

labrador pronunciase una palabra para que el abate hubiese tenido al fin aquel martirio que llamaba a gritos el día en que se negó a decir misa en el altar de la Patria.

Pero Billot tenía la cólera del pueblo y del león; desgarraba, trituraba y rompía; pero sin volver nunca atrás. Dio las gracias a Pitou con un ademán, tomó la llave de sus manos, abrió la puerta, hizo pasar el ataúd primero y le siguió con todo el cortejo fúnebre.

Solamente los realistas y los devotos se habían quedado en sus casas.

La tía Angélica, que se contaba entre estos últimos, había cerrado su puerta

con terror, gritando escándalo, y pedía que todos los rayos del cielo cayeran sobre la cabeza de su sobrino.

Llegados al sitio donde hubiera podido estar la tumba, marcada ya por el sepulturero, que no esperaba la orden de abrir la fosa, Billot alargó la mano a Pitou, que le dio una de las palas.

Entonces los dos hombres, con la cabeza descubierta, lo mismo que los ciudadanos que les rodeaban, y bajo el sol abrasador de los últimos días de julio, comenzaron a socavar la tumba de la pobre mujer, que piadosa y resignada entre todos, se hubiera extrañado mucho si la hubiesen dicho en vida qué

escándalo ocasionaría después de su muerte.

El trabajo duró una hora, y a ninguno de los dos hombres se le ocurrió descansar antes de que concluyera.

Ya estaban las cuerdas preparadas, y entre Billot y Pitou bajaron el ataúd a la fosa.

Aquellos dos hombres cumplían tan sencilla y naturalmente con aquel deber supremo, que nadie pensó en ofrecerles su auxilio, pues se hubiera considerado un sacrilegio no dejarles concluir su operación.

Pero a las primeras paletadas de tierra que resonaron sobre el ataúd de

encina, Billot se pasó la mano por los ojos y Pitou la manga.

Después comenzaron a echar tierra apresuradamente. Cuando todo estuvo concluido, Billot arrojó lejos de sí la pala y alargó los brazos a Pitou. El joven se precipitó en ellos.

—¡Dios me es testigo —dijo Billot—, de que abrazo en ti todo cuanto hay de virtudes sencillas y grandes sobre la tierra: caridad, fidelidad y abnegación, y que consagraré mi vida al triunfo de estas virtudes!

Después, extendiendo la mano sobre la tumba, añadió:

—¡Dios me es testigo de que juro

eterna guerra al rey que me hizo asesinar, a los nobles que deshonraron a mi hija y a los sacerdotes que han rehusado la sepultura a mi esposa!

Y volviéndose hacia los espectadores, llenos de simpatía por las palabras que acababa de pronunciar, les dijo:

—¡Hermanos, se trata de convocar una nueva Asamblea en vez de la de los traidores que están en los Fuldenses; elegidme por representante y veréis si sé cumplir mis juramentos!

Un grito de adhesión contestó a la protesta de Billot, y desde aquel instante, sobre la tumba de su mujer,

terrible altar, digno del juramento que acababa de recibir, la candidatura de Billot para la Asamblea legislativa quedó *resuelta*. Después de esto, el labrador dio gracias a sus compatriotas por la simpatía que acababan de manifestarle, y cada cual, ciudadano o campesino, se retiró a su casa llevando en el corazón ese espíritu de propaganda revolucionaria, al que proporcionaban, en su ceguedad, las armas más mortales los reyes, los nobles y los sacerdotes, los mismos que debían ser devorados.

Capítulo CXV

BILLOT DIPUTADO

Los acontecimientos que acabamos de referir habían producido profunda impresión, no tan sólo en los habitantes de Villers-Cotterêts, sino también en los labradores de los pueblos inmediatos.

Ahora bien; estos labradores son una gran potencia en materia de elecciones, pues ocupa cada cual a diez, veinte o treinta jornaleros; y aunque en aquella época el sufragio fuese a dos grados, la

elección dependía completamente de lo que se llamaba *la campaña*.

Cada hombre, al separarse de Billot y al estrechar su mano, le había dicho simplemente estas palabras:

—¡Estad tranquilo!

Y Billot había vuelto a la granja, en efecto, muy tranquilo, pues por primera vez entreveía un medio poderoso para devolver a la nobleza y a los reyes el mal que le habían hecho.

Billot sentía, no razonaba, y su deseo de venganza era ciego como los golpes que había recibido.

Entró en la granja sin decir una palabra acerca de Catalina; nadie pudo

saber si había conocido su presencia, momentánea allí, y hacía un año que en ninguna circunstancia había pronunciado su nombre, como si su hija no existiese.

No sucedía lo mismo con Pitou, que lamentaba en el fondo de su corazón de oro que Catalina no pudiese amarle; pero al recordar a Isidoro y al compararse con el elegante joven, comprendía perfectamente que Catalina le amara.

Había envidiado a Isidoro, pero sin guardar rencor a Catalina; muy por el contrario, siempre la amó con una fidelidad que él se guardaba.

Mentiríamos si dijéramos que aquel

cariño estaba exento de angustias; pero estas últimas, aunque oprimiesen el corazón de Pitou a cada nueva prueba de amor que Catalina daba a su amante, demostraban la inefable bondad de su corazón. Al morir Isidoro en Varennes, Pitou no sintió por Catalina más que una profunda compasión; y entonces fue cuando, haciendo justicia al joven, al contrario de Billot, recordó cuanto había de bueno, de noble y generoso en aquel que, sin sospecharlo, había sido su rival.

De aquí resultó lo que hemos visto, y es que Pitou, no solamente había amado tal vez más a la joven triste y vestida de luto que no cuando estaba alegre y era

coqueta; y lo más extraño aún, tanto que se hubiera creído imposible, era que hubiese llegado a querer casi tanto como a ella al pobre huérfano.

No se extrañará, pues, que después de haberse despedido de Billot como los demás, Pitou, en vez de dirigirse a la granja, se encaminara hacia Haramont.

Por lo demás, todos estaban tan acostumbrados a las desapariciones y a los inesperados regresos de Pitou, que a pesar de la alta posición que ocupaba en el pueblo como capitán, nadie se inquietaba ya de sus ausencias. Cuando se marchaba, todos se repetían en voz baja:

—Sin duda el general Lafayette le ha llamado.

Y todo estaba dicho.

Cuando Pitou volvía, pedíanle noticias de la capital, y como el joven las daba, gracias a Gilberto, de las más frescas y mejores, y atendido que a los pocos días veíanse realizadas las predicciones de Pitou, se tenía la más ciega confianza, a la vez como capitán y como profeta.

Por su parte, Gilberto conocía todo cuanto había de bueno y de fiel en Pitou; no se le ocultaba que en un momento dado era el hombre a quien podía confiar su vida y la de Sebastián, o bien

un tesoro o una misión, todo aquello, en fin, que exige lealtad y fuerza. Siempre que Pitou iba a París, Gilberto, sin que esto hiciese ruborizar a Pitou, preguntábale si necesitaba alguna cosa; mas el joven contestaba casi invariablemente: «No, señor Gilberto»; pero esto no impedía al doctor dar a Pitou algún luis, que él se guardaba.

Para Pitou, algunos luises, con sus recursos particulares y el diezmo que obtenía del bosque del duque de Orleáns, era una fortuna; por eso Pitou no había visto jamás el fin de aquellos pocos luises, puesto que cuando volvía a ver a Gilberto, este último al estrecharle

la mano, dejaba en ella una moneda de oro.

No se extrañará, pues, que, dada la disposición en que se hallaba Pitou respecto a Catalina y el pequeño Isidoro, dejara apresuradamente a Billot para saber qué había sido de la madre y el hijo.

Para ir a Haramont debía pasar por la piedra Clouisa, y a cien pasos de la choza encontró al viejo guarda, que volvía con una liebre en su morral.

Era el día en que le tocaba cazar una liebre.

En dos palabras, el padre Clouis anunció a Pitou que Catalina había ido a

pedirle su antiguo refugio, el cual se había apresurado a poner a su disposición; la joven lloró mucho al entrar en la antigua habitación donde llegó a ser madre, y donde Isidoro la dio tan vivas pruebas de amor.

Pero todas estas tristezas no dejaban de tener una especie de encanto: todo aquel que ha sufrido un gran dolor sabe que las horas crueles son aquellas en que las lágrimas se han agotado, y que las felices son aquellas en que se puede llorar.

Por eso cuando Pitou se presentó en el umbral de la choza, encontró a Catalina sentada sobre su lecho, con las

mejillas húmedas y su niño entre los brazos.

Al ver a Pitou, Catalina, colocando al pequeño Isidoro sobre sus rodillas, presentó las manos y el rostro a su amigo, que estrechó alegre aquellas y la besó en la frente.

Después, cayendo de rodillas delante de la joven y besando las manitas del niño, exclamó:

—¡Ah!, señorita Catalina, estad tranquila, porque soy rico y el pequeño Isidoro no carecerá de nada.

Pitou poseía quince lises, y con esto se consideraba rico.

Catalina, buena en sí por el alma y el

corazón, apreciaba cuanto era bueno.

—Gracias, señor Pitou —dijo—, os creo y me complazco en creerlos, porque sois mi único amigo, y si vos nos abandonaseis, quedaríamos solos en el mundo; mas espero que no nos abandonaréis.

—¡Oh!, señorita —contestó Pitou sollozando—, no me digáis esas cosas, porque me haríais llorar como un niño.

—He dicho mal —replicó Catalina—, dispensadme.

—No —contestó Pitou—, no habéis dicho mal; pero sí es una estupidez que yo llore así.

—Señor Pitou —repuso Catalina—,

necesito respirar el aire; dadme el brazo y nos pasearemos un poco entre los grandes árboles... Creo que esto me hará bien.

—Lo mismo digo, señorita —repuso Pitou—, pues aquí me parece que me ahogo.

El niño no necesitaba aire; se había alimentado mucho en el seno maternal, y deseaba dormir.

Catalina, después de acostar al niño, dio el brazo a Pitou.

Cinco minutos después se hallaban bajo los grandes árboles del bosque, magnífico templo elevado por la mano del Señor a la naturaleza, su divina y

eterna hija.

A pesar suyo, aquel paseo, durante el cual Catalina se apoyaba en su brazo, recordaba a Pitou el otro que dio dos años y medio antes, el día de la Pascua de Pentecostés, acompañando a Catalina a la sala de baile, donde con gran dolor suyo Isidoro había bailado con ella.

¡Cuántos acontecimientos acumulados durante aquellos dos años y medio, y hasta qué punto, sin ser filósofo como Voltaire y Rousseau, Pitou comprendía que él y Catalina no eran más que átomos arrastrados en el torbellino general!

Pero estos átomos, a pesar de su

pequeñez, no dejaban de producir, como los grandes señores, como los príncipes, como el rey y la reina, la alegría o el dolor; la rueda que al girar en manos de la Fatalidad reducía a polvo las coronas y los tronos, había pulverizado también la felicidad de Catalina, lo mismo que si hubiese sido una reina y llevara una corona en la cabeza.

En suma; al cabo de dos años y medio, he aquí la diferencia que la revolución, a la que contribuyó tan poderosamente, sin saber qué hacía, había producido para Pitou.

Dos años y medio antes, Pitou no era más que un pobre muchacho campesino,

expulsado de la casa de la tía Angélica recogido por Billot, protegido por Catalina y sacrificado a Isidoro.

Pero Pitou era hoy una potencia: llevaba sable al cinto y charreteras en los hombros y le llamaban capitán; Isidoro había sido muerto, y el joven protegía hoy a Catalina y su hijo.

Aquella respuesta de Danton a la persona que le preguntaba con qué objeto hacía la revolución, y a la que dijo: «Para poner debajo lo que está encima, y arriba lo que está debajo», era, respecto a Pitou, por demás exacta.

Pero ya hemos visto que aunque todas estas ideas cruzasen por su mente,

el bueno y modesto Pitou no se envanecía de ello, y ahora estaba de rodillas suplicando a Catalina que le permitiese protegerla a ella y a su hijo.

Catalina, por su parte, como todas las personas que sufren, sabía apreciar mejor en el pesar que en la alegría. Pitou, que en el tiempo de su felicidad no era para ella más que un buen muchacho sin la menor importancia, se había convertido para la joven en un santo, en lo que realmente era, es decir, en el hombre bondadoso, lleno de candor y de felicidad; y de aquí resultó que, desgraciada y necesitando un amigo, comprendió que Pitou era

precisamente el que le hacía falta. Recibido siempre por Catalina con la mano abierta y con una sonrisa encantadora en los labios, Pitou comenzó a observar un género de vida que no había podido imaginar, ni aun en sus más felices ensueños.

Entretanto Billot, siempre mudo respecto a su hija, persistía en su idea, sin descuidar los trabajos de la recolección en el campo, de que se le nombrase diputado en la Legislativa. Tan sólo un hombre hubiera podido vencerle si hubiese tenido la misma afición que él; pero entregado a su amor y su dicha, el conde de Charny,

encerrado con Andrea en su castillo de Boursonnes, saboreaba las delicias de una inesperada felicidad; el conde de Charny, olvidando el mundo y creyéndose olvidado de él, ni siquiera pensaba en su existencia.

Por eso no se oponía nada en el cantón de Villers-Cotterêts a la elección de Billot, y este fue elegido diputado por una inmensa mayoría.

Una vez conseguido esto, Billot se ocupó en realizar la mayor cantidad posible de dinero. El año había sido bueno; pagó a sus propietarios la parte correspondiente, reservándose la suya; guardó la simiente necesaria para la

siembra; separó la avena, la paja y el heno que los caballos requerían para su alimento, así como los fondos que debían emplearse en la manutención de sus trabajadores, y una mañana envió a buscar a Pitou.

Este último, como ya hemos dicho, iba de vez en cuando a visitar a Billot, el cual le recibía siempre con los brazos abiertos; le invitaba a comer o almorzar, según la hora en que llegaba, o a un vaso de vino o de sidra cuando menos.

Pero jamás Billot había enviado a buscar a Pitou, de modo que este no dejó de estar inquieto mientras se dirigía a la granja.

Billot estaba siempre grave; nadie podía decir que hubiese visto una sonrisa en sus labios desde el momento en que su hija abandonó la granja.

Esta vez, Billot estaba más grave que de costumbre.

Sin embargo, alargó la mano a Pitou, según acostumbraba, estrechando la del joven con más fuerza de la que solía, y la retuvo entre las suyas.

Pitou miraba al labrador con extrañeza.

—¡Pitou —le dijo Billot—, tú eres un hombre honrado!

—¡Diantre!, ya lo creo, señor Billot —contestó Pitou.

—¡Y yo estoy seguro de ello!

—Sois muy amable, señor Billot.

—He resuelto, pues, que, como yo me ausento, te pongas a la cabeza de la granja.

—¿Yo, señor Billot? ¡Imposible!

—¿Por qué?

—Pues porque hay muchos detalles que exigen los ojos de una mujer; es indispensable.

—Ya lo sé —contestó Billot—; elegirás tú mismo la mujer que ha de compartir la vigilancia contigo; no te preguntaré su nombre, ni necesito conocerla; pero cuando esté a punto de regresar te avisaré con ocho días de

anticipación, a fin de que, si no debo ver a esa persona o ella a mí, tenga tiempo suficiente para alejarse.

—Bien, señor Billot —contestó Pitou.

—Ahora —continuó Billot—, encontrarás en el granero la simiente necesaria para la siembra, el heno, la paja y la avena para el alimento de los caballos, y en ese cajón el dinero suficiente para el salario y la manutención de los hombres.

Y Billot abrió un cajón lleno de dinero.

—¡Un instante, señor Billot! —dijo Pitou—. ¿Cuánto hay en ese cajón?

—No lo sé —contestó el labrador.

Y cerrándole de nuevo con llave, entregó esta a Pitou, diciéndole:

—Cuando se concluya el dinero, me pedirás más.

El joven comprendió cuánta confianza había en esta contestación, y abrió los brazos para estrechar con ellos a Billot; pero de pronto, echando de ver que esto era en él una audacia, exclamó:

—¡Oh!, dispensad, señor Billot, mil perdones.

—¿De qué, amigo mío? —preguntó el labrador, enternecido por aquella humildad—. ¡Perdón porque un hombre honrado ofrece abrazar a otro que lo es

también! ¡Vamos, Pitou, ven y abrázame!

El joven obedeció.

—Y si por casualidad me necesitáis por allí... —dijo Pitou.

—Puedes estar tranquilo, no te olvidaré.

Y añadió:

—Son las dos de la tarde; marchó a París a las cinco; a las seis puedes estar aquí con la mujer que hayas elegido para ayudarte.

—Bien —contestó Pitou—, en tal caso no hay tiempo que perder. Hasta la vuelta, apreciable señor Billot.

—¡Hasta la vista, Pitou!

El joven se lanzó hacia la granja.

El labrador le siguió con los ojos mientras pudo verle, y después, cuando hubo desaparecido, dijo:

—¡Oh!, ¿por qué mi hija Catalina no se habrá enamorado de un honrado mozo como ese, en vez del noble que la dejó viuda sin ser casada y madre sin ser esposa?

Ahora inútil es decir que a las cinco, Billot tomaba la diligencia de Villers-Cotterêts para París, y que a las seis, Pitou, Catalina y el pequeño Isidoro entraban en la granja.

Capítulo CXXVI

ASPECTO DE LA NUEVA ASAMBLEA

El 1 de octubre de 1791 debía celebrarse la inauguración de la Asamblea legislativa.

Billot como los otros diputados, llegó a París a fines de septiembre.

La nueva Asamblea se componía de setecientos cuarenta y cinco individuos; entre ellos se contaban cuatrocientos

abogados y legistas; sesenta y dos literatos, periodistas y poetas; sesenta eclesiásticos constitucionales, es decir, que habían prestado juramento a la Constitución; y los otros doscientos tres eran propietarios y labradores como Billot u hombres que ejercían profesiones liberales y aun mecánicas.

Por lo demás, el carácter distintivo de los nuevos diputados era su juventud; los más de ellos no pasaban de veintiséis años, y habríase dicho que era una generación nueva y desconocida, enviada por Francia para romper con el pasado. Inquieta, turbulenta y revolucionaria, venía a combatir la

tradición; casi todos eran hombres instruidos, unos poetas, como hemos dicho, otros abogados, otros químicos, todos llenos de energía, elocuentes, muy adictos a sus ideas, ignorantes hasta el último grado en asuntos políticos, sin experiencia, habladores, frívolos y camorristas. Evidentemente llevaban en sí esa cosa grande y terrible que se llamaba lo *desconocido*.

Esto en política equivale a la inquietud. Excepto a Condorcet y Brissot, se podía preguntar a todos esos hombres: «¿Quiénes sois?».

En efecto, ¿en dónde estaban las antorchas y las lumbreras de la

Constitución? ¿Dónde los Mirabeau, los Sieyès, los Duport, los Bailly y los Robespierre, los Barnave y los Cazalès? Todos habían desaparecido.

Sólo se veían en ciertos asientos perdidos entre aquella ardiente juventud algunas cabezas blancas.

Los demás representaban la Francia joven y viril, la Francia de cabellos negros.

Hermosas cabezas que la revolución debía cortar, y que casi todas fueron, en efecto, cortadas.

Por lo demás, ya se empezaba a sentir la guerra civil y se veía venir la extranjera; todos esos jóvenes no habían

sido siempre diputados, sino combatientes; la Gironda, que en caso de guerra había ofrecido poner en la frontera a todos los que tuvieran de veinte a cincuenta años, enviaba una vanguardia.

En esta figuraban los Vergniaud, los Guadet, los Gensonné, los Fonfrede y los Ducos; era, en fin, lo qué debía llamarse la *Gironda*, y dar su nombre a un partido, el cual, a pesar de sus faltas, es aún simpático por sus desventuras.

Nacidos en la guerra, entraban de un solo salto como los atletas, respirando el combate en la arena sangrienta de la vida política.

Con sólo verlos ocupar tumultuosamente sus asientos en la Cámara, se adivinaba el huracán que debían producir las borrascas del 20 de junio, del 10 de agosto y del 21 de enero.

La derecha quedó suprimida, y con ella la aristocracia.

La Asamblea entera estaba armada contra dos enemigos: la nobleza y el clero.

Si estos resisten, el mandato que aquella ha recibido se reduce todo a exterminarlos.

En cuanto al rey, se ha dejado a la conciencia de los diputados juzgar de la

conducta que respecto a él debe observarse; se le compadece, y se espera que podrá sustraerse del triple poder de la reina, de la aristocracia y del clero; y si apoyase a estos, se le reduciría con ellos a la nada.

¡Pobre rey! Ya no se le daba este título ni era Luis XVI, ni Majestad: se le llamaba *el poder ejecutivo*.

Lo primero que hicieron los diputados al entrar en aquella sala, cuya distribución les era desconocida, fue mirar a su alrededor.

En ambos lados había una gran tribuna reservada.

—¿Para quién son esas tribunas? —

preguntaron algunos.

—Para los diputados que acaban de salir —contestó el arquitecto.

—¡Oh, oh! —murmuró Vergniaud, ¿qué significa eso? ¿Una junta de censura? ¿La Legislativa es una cámara de representantes de la nación, o una clase de escolares?

—Esperemos para ver cómo se conducen nuestros maestros —dijo Herault de Sechelles.

—Ujier —exclamó Thuriot—, decid a esos señores, según vayan entrando, que en la Asamblea hay un hombre que estuvo a punto de arrojar al gobernador de la Bastilla, desde lo más alto de sus

muros, y que este hombre se llama *Thuriot*.

Año y medio después, ese mismo hombre se llamó *Matarrey*.

El primer acto de la Asamblea fue enviar una diputación a las Tullerías.

El rey cometió la imprudencia de hacerse representar por un ministro.

—Señores —dijo—, el rey no puede recibiros en este momento; volved a las tres.

Los diputados se retiraron.

—¿Qué hay? —dijeron sus compañeros al verlos volver—. ¿Cómo tan pronto?

—Ciudadanos —dijo uno de los

enviados—, el rey no está dispuesto, y todavía tenemos para tres horas.

—¡Pues bien! —exclamó Couthon desde su sitio; utilicemos esas tres horas. Propongo que se suprima el título de *Majestad*.

Un aplauso general contestó a esta proposición, y el título de Majestad quedó suprimido por aclamación.

—¿Cómo se llamará en ese caso *el poder ejecutivo*? —preguntó otro.

—Se le llamará *rey de los franceses* —gritaron casi unánimemente.

—Es un buen título, que puede satisfacer al *señor Capeto*.

Todas las miradas se volvieron

hacia el hombre que acababa de llamar al rey de Francia *señor Capeto*.

Este hombre era Billot.

—¡Enhorabuena, rey de los franceses! —gritaron casi unánimemente.

—Esperad —dijo Couthon—, todavía faltan dos horas. Tengo que hacer una nueva proposición.

—¡Hablad! —gritaron todos.

Propongo que cuando el rey entre aquí, todo el mundo se levante, pero luego que se siente, todos le imiten y se cubran.

Durante un instante hubo un tumulto terrible; los gritos de aprobación eran

tan violentos que pudieron tomarse por gritos de oposición.

Cuando al fin se restableció el silencio, se vio que todo el mundo estaba de acuerdo.

La proposición quedó adoptada.

Couthon miró el reloj y dijo:

—Aún nos queda una hora, y tengo que hacer otra proposición.

—¡Hablad, hablad!

—Propongo —dijo Couthon con aquella voz suave, que según las circunstancias hacía vibrar de un modo tan terrible—, propongo que no haya en adelante trono para el rey, sino un simple sillón.

El orador fue interrumpido por los aplausos.

—Esperad, esperad, todavía no he concluido.

El silencio se restableció.

—Propongo que el sillón del rey se coloque a la izquierda del presidente.

—Eso es, no sólo suprimir el trono, sino subordinar al rey —dijo una voz—. ¡Cuidado!

—Propongo —repitió Couthon—, no solamente suprimir el trono, sino también subordinar al rey.

Siguieron a esto terribles aclamaciones; estos aplausos anunciaban el 20 de junio y el 10 de

agosto.

—Está bien, ciudadanos —dijo Couthon—, ya han pasado tres horas; doy gracias al rey de los franceses por habernos hecho esperar; no hemos perdido el tiempo en este intervalo.

La diputación volvió a las Tullerías.
Esta vez el rey la recibió.

—Señores —dijo—, no puedo ir a la Asamblea hasta dentro de tres días.

Los diputados se miraron unos a otros.

—¿En ese caso, señor, será el día 4?
—Sí, el 4 —contestó el rey.

Y les volvió la espalda.

El 4 de octubre, el rey envió a decir

que estaba indispuerto y que no podía ir hasta el 7.

Esto no impidió que el 4, en ausencia del rey, la Constitución de 1791, es decir, la obra más importante de la última Asamblea, hiciese su entrada en la nueva.

La Constitución llegó rodeada y guardada por los doce diputados más ancianos de la Constituyente.

—Aquí tenemos los doce ancianos del Apocalipsis.

El archivero Camus, que llevaba la Constitución, subió con ella a la tribuna y la mostró al pueblo.

—¡Pueblo —dijo como un segundo

Moisés—, he aquí las tablas de la ley!

Entonces empezó la ceremonia del juramento.

Toda la Asamblea desfiló triste y fría, porque muchos sabían que aquella Constitución impotente no viviría un año; se juró por jurar, porque era una ceremonia que había sido impuesta.

Las tres cuartas partes de los que juraron estaban decididos a no cumplir su juramento.

Sin embargo, pronto circuló por París la noticia de los tres decretos que se habían aprobado, a saber:

Abolición del título de Majestad.

Abolición del trono.

Un simple sillón a la izquierda del presidente.

Era casi lo mismo que decir: «No más rey».

El dinero fue el primero que, como siempre, tuvo miedo; los fondos bajaron terriblemente y los banqueros comenzaron a temer.

El 9 de octubre se efectuaba un gran cambio.

Según los términos de la nueva ley, quedó suprimido el empleo de comandante de la guardia nacional.

El 9 de octubre Lafayette debía presentar su dimisión, y cada uno de los seis jefes de división mandaría por

turno.

El 7, día fijado para la sesión real, llegó al fin.

El rey entró.

Muy al contrario de lo que debía esperarse, tanto era aún el prestigio del rey, no solamente todo el mundo se levantó y se descubrió, sino que estallaron unánimes aplausos.

La Asamblea gritó: «¡Viva el rey!».

Pero en el mismo instante, como si los realistas hubiesen querido desafiar a los nuevos diputados, las tribunas gritaron:

—¡Viva Su Majestad!

Un sordo murmullo circuló por los

bancos de los representantes de la nación; sus ojos se fijaron en las tribunas, y observóse que los gritos habían partido principalmente de las reservadas a los antiguos constituyentes.

—Está bien, señores —dijo Couthon —, mañana nos ocuparemos de vosotros.

El rey hizo una seña de que deseaba hablar.

Todos escucharon.

El discurso que pronunció, compuesto por Duport de Tertre, estaba hábilmente concebido e hizo profunda impresión en la Asamblea: versaba sobre la necesidad de mantener el orden

y de consagrarse al amor de la patria.

Pastoret presidía la Asamblea.

Este era realista.

El rey había dicho en su discurso que *tenía necesidad de ser amado*.

—Y nosotros también, señor, nosotros también tenemos necesidad de que nos améis —dijo el presidente.

Al oír estas palabras, toda la sala prorrumpió en aplausos.

El rey, en su discurso, suponía que la revolución estaba concluida.

Y por un instante la Asamblea lo creyó así también. ¡Para esto no había necesidad de ser rey, voluntario del clero e involuntario de los emigrados!

La impresión producida en la Asamblea se propagó al instante en París.

Aquella noche el rey y su familia fueron al teatro.

Y fue recibido con una salva de aplausos.

Muchos lloraron, y Luis XVI, poco accesible a este género de sensibilidad, derramó lágrimas.

Durante la noche escribió a todas las potencias anunciándoles la aceptación de la Constitución de 1791.

No se habrá olvidado, por lo demás, que cierto día, en un momento de entusiasmo, el rey había jurado esa

misma Constitución antes de que estuviese terminada.

Al día siguiente Couthon se acordó de lo que había prometido la víspera a los constituyentes.

Y les anunció que tenía que hacer una proposición. Las proposiciones de Couthon eran bien conocidas. Todo el mundo guardó silencio.

—Ciudadanos —dijo—, pido que se elimine de esta Asamblea todo vestigio de privilegios, y que, por consiguiente, todas las tribunas queden abiertas al público.

La proposición fue adoptada por unanimidad.

Al día siguiente, el pueblo invadió las tribunas de los antiguos diputados, y de este modo desapareció la sombra de la Asamblea constituyente.

Capítulo CXXVII

FRANCIA Y EL EXTRANJERO

Hemos dicho anteriormente que la nueva Asamblea había sido enviada en particular contra la nobleza y el clero.

Esto era una verdadera cruzada, con la diferencia de que el lema *Dios lo quiere*, que llevaban los estandartes, se substituía con el de *El pueblo lo quiere*.

El 9 de octubre, día en que Lafayette presentó su dimisión, Gallois y

Gensonné leyeron su informe sobre las turbulencias religiosas de la Vendée.

El informe era prudente y moderado, y por esto causó en la Asamblea una profunda impresión.

¿Quién lo había inspirado, si no lo escribió?

Un político muy hábil, que no tardaremos mucho en ver en la escena y en nuestro libro.

La Asamblea se mostró tolerante.

Fauchet, uno de sus individuos, pidió tan sólo que el Estado cesase de pagar a los clérigos que se mostrasen sordos a su voz, aunque señalándose pensiones a los refractarios que fuesen

ancianos o enfermos.

Ducos pidió más: invocó la tolerancia y propuso que se dejase libertad para prestar o no juramento.

El obispo constitucional Torne, fue más lejos aún: declaró que la negativa misma de los sacerdotes revelaba grandes virtudes.

Vamos a ver ahora cómo correspondieron a esta tolerancia los devotos de Aviñón.

Después del debate acerca de los sacerdotes constitucionales no terminado aún, se trató de los emigrados.

Esto era pasar de la guerra interior a

la exterior, es decir, tocar las dos heridas de Francia.

Fauchet había tratado la cuestión del clero, y Brissot trató la de la emigración.

Y lo hizo de una manera elevada y humana, tomándola desde donde un año antes Mirabeau la había dejado caer de sus manos moribundas.

Pidió que se estableciese una diferencia entre aquellos a quienes el miedo obligó a emigrar y los que emigraron por odio a la revolución; añadiendo que con los unos debía mostrarse indulgencia y con los otros severidad.

Según su parecer no se podía encarcelar a los ciudadanos en el reino, sino que, por el contrario, se debían dejar las puertas abiertas a todos.

Se opuso a la confiscación de los bienes de los que habían emigrado por odio.

Y pidió solamente que se dejase de pagar a los que se habían armado contra Francia.

¡En efecto, era maravilloso que Francia continuase pagando en los países extranjeros a los Condé, a los Lámbese y a los Carlos de Lorena!

Vamos a ver cómo correspondieron los emigrados a esta moderación.

Al acabar Fauchet su discurso se recibieron noticias de Aviñón.

Cuando Brissot terminó el suyo, llegaron las de Europa. Además, hacia occidente apareció como el resplandor de un incendio violento: eran noticias de América.

Empecemos por Aviñón, y tracemos en pocas palabras la historia de esta segunda Roma.

Benito XI murió, en 1304, de una manera escandalosamente súbita, y se dijo que fue envenenado con higos.

Felipe el Hermoso, que había abofeteado a Bonifacio VIII por medio de Colonna, tenía los ojos fijos en

Perusa, donde se celebraba el concilio.

Hacía mucho tiempo que estaba pensando en trasladar la corte papal de Roma a Francia, con el objeto de someterla a su autoridad, hacerla trabajar en provecho suyo, y como dice nuestro gran maestro Michelet, «para dictarle bulas lucrativas y explotar su infalibilidad».

Cierto día le llegó un mensajero rendido de cansancio, y que apenas podía hablar.

Venía a traer esta noticia: el partido francés y el antifrancés se equilibraban tan bien en el cónclave, que ningún papa resultaría de los escrutinios, por lo cual

se hablaba de reunir otro en una ciudad diferente.

Esta resolución no convenía a los de Perusa, los cuales consideraban como un honor que se eligiese un papa en su ciudad.

Por eso se valieron de un medio ingenioso.

Establecieron un cordón en torno del cónclave, para impedir que los cardenales recibiesen cosa alguna de comer y beber.

Los cardenales pusieron el grito en el cielo, y sus gritos fueron contestados con este otro por los habitantes de Perusa:

—Nombrad un papa, y se os dará de comer y beber.

Los cardenales se sostuvieron veinticuatro horas.

Pero al cabo de ellas, decidieron:

Que el partido antifrancés elegiría tres cardenales, entre los cuales el partido francés elegiría el papa.

Los tres elegidos fueron tres enemigos declarados de Felipe el Hermoso.

Pero contábase entre ellos Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, en el cual se sabía que predominaba el amor a su propio interés más aún que el odio a Felipe el Hermoso.

La noticia fue comunicada por un mensajero.

Este último fue quien recorrió el camino cuatro días y cuatro noches, y el que llegó casi muerto de cansancio.

No había tiempo que perder.

Felipe el Hermoso envió un expreso a Bertrand de Got, que ignoraba aún completamente el alto puesto a que se le había elevado, y le dio cita en el bosque de Andelys.

La noche era oscura, noche propia de evocación, y la entrevista tenía lugar en una encrucijada en que desembocaban tres caminos; en condiciones análogas, los que deseaban

obtener favores sobrehumanos evocaban al diablo, y jurándole ser vasallos suyos, besaban la hendida pezuña de Satanás.

Pero, sin duda para tranquilizar al arzobispo, se comenzó por oír la misa, y después, en el momento de la elevación, el rey y el prelado se juraron el secreto; luego se apagaron los cirios; y el que ayudaba a misa se alejó seguido de los monaguillos, llevándose la cruz y los vasos sagrados, como si hubiese temido que se cometiera una profanación.

El arzobispo y el rey quedaron solos.

¿Quién dio cuenta a Villani de lo que

vamos a decir, a Villani, que es quien nos lo comunica?

Satanás tal vez, que seguramente tomaría parte en el diálogo.

—Arzobispo —dijo el rey a Bertrand de Got—, puedo hacerte papa, y por eso he venido a verte.

—¿Dónde está la prueba? —preguntó Bertrand de Got.

—Aquí, mírala —dijo el rey.

Y le mostró una carta de los cardenales, en la cual no le decían que la elección estaba hecha, sino que le preguntaban a quien debían elegir.

—¿Qué debo hacer para ser papa? —preguntó el gascón, loco de alegría y

arrojándose a los pies de Felipe el Hermoso.

—Comprometerte —contestó el rey —, a concederme las seis gracias que te pida.

—Decidlas —contestó Bertrand de Got; soy vuestro súbdito y es mi deber obedeceros.

El rey lo levantó, le besó y le dijo:

—Las seis gracias especiales que te pido son:

Bertrand de Got escuchaba con la mayor atención, temiendo, no que el rey le pidiera cosas que comprometiesen su salvación, sino cosas imposibles.

—La primera —dijo Felipe—, es

que me reconcilies con la Iglesia, y me hagas perdonar el atentado cometido por mí haciendo prender, en Anagni, al papa Bonifacio VIII.

—¡Concedido! —se apresuró a decir Bertrand de Got.

—La segunda, que nos vuelvas a la comunión a mí y a los míos.

Felipe el Hermoso estaba excomulgado.

—¡Concedido! —dijo Bertrand—, asombrado de que le pidieran tan poco para hacerle tan grande.

Cierto que aún restaban cuatro peticiones.

—La tercera es que me cedas,

durante cinco años, los diezmos del clero en mi reino, a fin de contribuir a los gastos hechos en la guerra de Flandes.

—¡Concedido!

—La cuarta, que anules y destruyas la bula del papa Bonifacio: *Ausculda fili*.

—¡Concedido, concedido!

—La quinta, que reintegres en la dignidad cardenalicia a Marco Jacobo y a Pedro Colonna, y que con ellos nombres cardenales a varios amigos míos.

—¡Concedido, concedido, concedido!

Y viendo que Felipe guardaba silencio, el arzobispo preguntó con inquietud:

—¿Y la sexta, monseñor?

—Me reservo hablar de ella en tiempo y lugar oportunos —contestó Felipe el Hermoso—, porque es una cosa grande y secreta.

—¡Grande y secreta! —repitió Bertrand de Got.

—Sí, grande y secreta y deseo que me la jures anticipadamente sobre el crucifijo.

Y sacando uno de su pecho, se lo presentó al arzobispo.

Este último no vaciló un momento;

era la última zanja que debía franquear: hecho esto, sería papa.

Y extendiendo su mano sobre la imagen del Salvador, dijo:

—¡Lo juro!

—Está bien —replicó el rey—. ¿En qué ciudad de mi reino quieres ser coronado?

—En Lyon.

—Ven conmigo; ya eres papa bajo el nombre de Clemente V.

Y Clemente V siguió a Felipe el Hermoso, pero asaz inquieto por aquella sexta petición que su soberano se reservaba.

Mas cuando lo supo, vio que era

poca cosa y no opuso dificultad; reducíase a suprimir la Orden de los Templarios.

Nada de esto estaba sin duda conforme con los designios de Dios, y el Señor manifestó su descontento de una manera bien evidente.

En el momento de salir de la iglesia en que Clemente V había sido coronado, el cortejo pasó por delante de un muro cargado de espectadores; el muro se hundió, hirió al rey, mató al duque de Bretaña y derribó en tierra al papa.

La tiara cayó, y el símbolo del papado rodó por el suelo.

Ocho días después, en un banquete

dado por el nuevo papa, los servidores de su Santidad y los de los cardenales vinieron a las manos.

El hermano del papa quiso separarlos y fue muerto.

Todos estos eran malos presagios.

Y sin embargo, Clemente V cumplía todas sus promesas. Felipe había elegido un papa a su gusto.

Cada día, así como el mercader de Venecia, arrancaba a su deudor una libra de carne de la parte que más le convenía.

Bonifacio VIII fue declarado hereje y falso papa; el rey quedó relevado de su excomunión; los diezmos por cinco

años se concedieron; expidiéronse doce nombramientos de cardenales en favor a las hechuras del monarca; la bula de Bonifacio VIII, que cerraba a Felipe el Hermoso el tesoro eclesiástico, fue revocada; la orden del Temple abolida y reducidos a prisión los Templarios. El día 1 de mayo de 1308 murió el emperador Alberto de Austria.

Felipe el Hermoso tuvo entonces la idea de hacer elegir emperador a su hermano Carlos de Valois.

Clemente IV debía maniobrar también para conseguir este resultado.

La servidumbre del hombre vendido continuaba, y Bertrand de Got, del todo

ligado, debía ser precipitado en el abismo por el rey de Francia.

Tuvo al fin la veleidad de querer deshacerse de su opresor.

Clemente V escribió ostensiblemente en favor de Carlos de Valois, pero en secreto contra él.

A partir de aquel momento era necesario pensar en salir del reino, en el cual su vida se hallaba en tanta menor seguridad, cuanto que el nombramiento de los doce cardenales ponía en manos del rey de Francia las futuras elecciones pontificales.

Clemente V se acordó de los higos de Benedicto XI. Hallábase en Poitiers.

De noche consiguió escapar y refugiarse en Aviñón. Bastante difícil es explicar lo que era Aviñón. Aviñón era la Francia y no lo era.

Era una frontera, una tierra de asilo, un resto de imperio, un antiguo municipio, una república como San Marino.

Pero estaba gobernada por dos reyes. El de Nápoles, como conde de Provenza. El de Francia, como conde de Tolosa. Cada uno de ellos tenía el señorío de la mitad de Aviñón. Y ninguno podía prender a un fugitivo en el territorio del otro.

Clemente V se refugió, como era

natural, en la porción de la ciudad correspondiente al rey de Nápoles.

Así escapaba de las manos de Felipe el Hermoso, pero no de la maldición del gran maestro de los Templarios. Al subir a la pira para él destinada en el terraplén levantado en la isla de la Cité, Jacobo de Molay había emplazado a sus dos verdugos para que compareciesen ante Dios a fines del año.

Clemente V fue el primero que obedeció a la fúnebre citación. Una noche soñó que veía su palacio ardiendo; y desde entonces, dice su biógrafo, *no volvió a estar alegre y vivió poco.*

Siete meses después llegó el turno a Felipe. ¿Cómo murió?

Dos versiones hay respecto a su muerte. Ambas parecen ser la venganza permitida por Dios. La crónica traducida por Sauvage le hace morir en una cacería.

«Vio venir hacia él un ciervo, tiró de su espada, picó espuelas al caballo, y creyendo herir al ciervo, su montura le hizo tropezar contra un árbol, con fuerza tal, que el buen rey cayó a tierra gravemente herido en el corazón, y se le condujo a Corbeil».

Allí, según la crónica, la enfermedad se agravó hasta causarle la muerte.

Como se ve, el mal no podía ser más grave. Guillermo de Nangis, por el contrario, refiere su muerte de este modo:

«Felipe el Hermoso, rey de Francia, fue atacado de una enfermedad crónica, cuya causa era *desconocida de los médicos*, y fue, no sólo para estos, sino para otras muchas personas, motivo de extrañeza y admiración, porque ni el pulso ni la orina indicaban síntoma alguno de enfermedad, ni el menor peligro de muerte. En fin, se hizo conducir por los suyos a Fontainebleau, lugar de su nacimiento..., y allí, después de recibir el viático con un fervor y una

devoción admirables, en presencia y a la vista de muchas personas, entregó su alma al Creador, en la confesión de la fe verdadera y católica, el trigésimo año de su reinado, en día de viernes, víspera de la fiesta del apóstol San Andrés».

Hasta Dante encuentra otra muerte para el hombre a quien aborrecía.

Le hace morir de una dentellada que un jabalí le infirió en el Vientre.

«Murió de una dentellada —dice el ladrón a quien se vio falsificar moneda a orillas del Sena».

Los papas que residieron en Aviñón después de Clemente V, es decir, Juan XXII, Benito XII y Clemente VI,

aguardaban una oportunidad para comprarle. Esta ocasión se presentó para el último. Juana de Nápoles, menor de edad aún, la cedió en cambio de la absolución de un asesinato cometido por sus amantes.

Llegada a la mayoría protestó contra esta cesión; pero Clemente VI no atendió a su demanda.

Cuando Gregorio XI trasladó, en 1377, su silla a Roma. Aviñón quedó sometido a la Santa Sede y fue administrado por un legado.

Así continuaba aún en 1791, cuando tuvieron lugar los acontecimientos que han sido causa de esta larga digresión.

En Aviñón existían dos, poblaciones, como en los tiempos en que se hallaba dividido entre el rey de Nápoles, conde de Provenza, y el rey de Francia, conde de Tolosa, el Aviñón de los sacerdotes y el Aviñón de los comerciantes. El primero tenía cien iglesias, doscientos claustros y su palacio del papa.

El segundo su río, sus obreros de sedería, y su tránsito formando cruz de Lyon a Marsella y de Nimes a Turín.

Había hasta cierto punto en aquella desgraciada ciudad, franceses del rey y francesas del papa.

Los hijos de Francia eran franceses de veras; los de Italia eran casi

italianos.

Los primeros, es decir, los comerciantes, se afanaban trabajando para vivir y alimentar a sus mujeres e hijos, y lo conseguían difícilmente.

Los segundos, es decir, los sacerdotes, lo poseían todo, riqueza y poder; eran abates, obispos, arzobispos, cardenales; ociosos, elegantes, atrevidos, currutacos de las grandes damas y dueños entre las mujeres del pueblo, que se arrodillaban a su paso para besarles las blancas manos. ¿Queréis un tipo?

Tomad el bello abate Maury, franco-italiano del Condado, hijo de un

zapatero, aristócrata como Lauzun, orgulloso como un Clermont-Tonnerre, e insolente como un lacayo.

En todas partes, antes de ser hombres, y por lo tanto antes de tener pasiones, los niños se aman.

En Aviñón se nace aborreciendo.

El 14 de septiembre —en tiempo de la Constitución—, un decreto del rey había agregado a Francia Aviñón y el condado Venesino.

Hacía un año que Aviñón se hallaba tan pronto en manos del partido francés como en las del anti francés.

La tormenta había empezado en 1790.

Una noche los papistas se divirtieron en ahorcar un maniquí con los tres colores nacionales.

Al verlo, a la mañana siguiente, Aviñón se enfureció.

Arrancaron de su casa a cuatro papistas y dos nobles y los ahorcaron en el sitio que ocupaba el maniquí.

Los jefes del partido francés eran dos jóvenes, Duprat y Mainvielle, y un hombre ya de edad llamado Lescuyer.

Este último, francés en toda la extensión de la palabra, era natural de Pícard, de carácter ardiente y reflexivo a la vez, y se hallaba establecido en Aviñón en calidad de notario y

secretario del municipio.

Los tres jefes habían reunido algunos soldados, dos o tres mil quizá, y con ellos intentaron contra Carpentras una expedición que no tuvo resultado.

Una lluvia fría mezclada con granizo, una de esas lluvias que bajan del monte Ventoux, había dispersado el ejército de Mainvielle, de Duprat y de Lescuyer, como la tempestad dispersó la flota de Carlos V.

¿Quién hizo caer aquella lluvia milagrosa que había dispersado el ejército revolucionario? ¡La virgen!

Pero Duprat, Mainvielle y Lescuyer sospecharon que un catalán llamado el

caballero Patrix, a quien habían nombrado general, secundó tan eficazmente a la virgen en el milagro, que le atribuyeron todo el resultado.

Pronto se hace en Aviñón justicia de una traición.

Y Patrix fue muerto.

¿De qué se componía el ejército que representaba el partido francés?

De campesinos, mandaderos y desertores.

Se buscó un hombre del pueblo para ponerle a la cabeza de aquellos.

Y creyeron hallarlo en un tal Mateo Joux, que se hacía llamar Jourdan.

Era natural de Saint-Juste, cerca de

Puy-eu-Velay; había sido primeramente arriero, luego soldado, y después tabernero en París.

Se jactaba de haber cometido crímenes y asesinatos. Enseñaba un gran sable, con el cual, según él, había cortado la cabeza al gobernador de la Bastilla y a los dos guardias de corps del 6 de octubre.

En parte por mofa y algo por miedo, al sobrenombre de Jourdan, que él se había dado, el pueblo agregó el de *Cortacabezas*.

Duprat, Mainvielle, Lescuyer y su general Jourdan Cortacabezas, habían sido bastante tiempo dueños de la

ciudad, para que se empezara a temerles menos.

Y se organizó contra ellos una sorda y vasta conspiración, bien urdida y tenebrosa, como son las de los clérigos.

Se trataba de despertar las pasiones religiosas.

Una mujer dio a luz un niño sin brazos.

Pronto circuló, el rumor de que el padre, habiendo robado cierta noche, en una iglesia, un ángel de plata, le había roto un brazo.

El niño sin brazos sería un castigo del cielo, según se dijo.

El padre se vio obligado a ocultarse,

pues le hubieran hecho pedazos, sin averiguar siquiera en qué iglesia había robado el ángel.

Pero la virgen era sobre todo la que protegía a los realistas, bien fuesen chuanes^[45] en Bretaña o papistas en Aviñón.

En 1789 la virgen había derramado lágrimas en una iglesia de la calle del Bac.

En 1799 se había aparecido en un seto vendeano, detrás de una añosa encina.

El 1791 dispersó por medio del granizo el ejército de Duprat y de Mainvielle.

En fin, en la iglesia de los Franciscanos se ruborizó, avergonzada sin duda por la indiferencia del pueblo de Aviñón.

Este último milagro, confirmado sobre todo por las mujeres —pues los hombres no le daban gran crédito—, había levantado bastante los ánimos, cuando se difundió por todo Aviñón un rumor de naturaleza bien diferente.

Se había sacado de la ciudad un gran cofre lleno de plata labrada.

Al día siguiente no era solamente un cofre, sino seis.

Al inmediato eran ya dieciocho, muy llenos.

¿Qué plata labrada contenían aquellos cofres?

Los efectos del Monte de Piedad, que el partido francés, al evacuar la ciudad se llevaba consigo, según dijeron.

Al circular esta noticia pasó sobre Aviñón el viento que precede a la tempestad, el famoso y formidable *murmullo*, término medio entre el rugido del tigre y el silbido de la serpiente.

La miseria era tan grande en Aviñón, que todos habían empeñado alguna cosa.

Los más pobres se creyeron arruinados, por poco que fuese lo que habían dejado en prenda.

Un rico se arruina por un millón y un pobre por un harapo, todo es relativo.

Era el 16 de octubre, un domingo por la mañana. Los campesinos de los alrededores habían ido a la ciudad a oír misa.

Todos estaban armados, pues en aquella época nadie salía de su casa de otra manera.

El momento, pues, se había escogido con oportunidad y además el golpe estaba dado.

Allí no había partido francés ni antifrancés; no había más que ladrones que habían cometido un robo infame, pues despojaban a los pobres.

La multitud se agolpaba en la iglesia de los Franciscanos: campesinos, propietarios, artesanos, mandaderos, blancos, rojos, tricolores, todos gritaban que era necesario que en el instante mismo, sin tardanza alguna, el ayuntamiento les diese cuentas, por conducto de su secretario el señor Lescuyer.

¿Por qué la cólera popular caía sobre él? No se sabe. Pero cuando se debe arrancar violentamente la vida a un hombre, hay fatalidades de esas. De repente entran con Lescuyer en el templo. Trataba de refugiarse en la municipalidad cuando fue reconocido; y

no le detuvieron, sino que le empujaron a puñadas, a puntapiés y a palos hasta la iglesia.

Llegado a ella, el infeliz, pálido, aunque tranquilo, subió al púlpito para justificarse.

Era cosa bien fácil; tan sólo debía decir: «Abrid el Monte de Piedad al pueblo, y verá que se hallan allí los objetos que se nos acusa de haber sustraído». Pero comenzó:

—Hermanos míos, he creído que la Revolución era necesaria, y he contribuido a ella cuanto he podido...

Pero no le dejaron ir más adelante, temiendo que se justificara.

El terrible murmullo empezó a mugir, impetuoso como el mistral.

Un cargador subió al púlpito y arrojó al infeliz a la jauría.

Entonces resonó un grito de alegría.

Y Lescuyer fue arrastrado hasta el altar.

Allí debía degollarse al revolucionario, para que su sacrificio fuese agradable a la virgen.

En el coro logró desasirse de sus asesinos y se refugió en uno de los sitiales.

Una mano caritativa le dio con qué escribir.

Necesario era que escribiese lo que

no le habían dejado tiempo para decir.

Un socorro inesperado le concedía un momento de tregua.

Un caballero bretón, que se hallaba allí de paso para Marsella, entró casualmente en la iglesia, se compadeció de la víctima, y con el valor y la pertinacia de un buen bretón se empeñó en salvarle. Dos o tres veces había desviado ya los palos y los cuchillos dirigidos contra el pobre hombre, exclamando: «¡Señores, en nombre de la ley! ¡Señores, en nombre del honor! ¡Señores, en nombre de la humanidad!».

Pero entonces los palos y los

puñales se volvían contra él, sin que por eso dejase de escudar con su cuerpo a Lescuyer, exclamando: «¡Señores, en nombre de la humanidad!».

Por último, el pueblo se cansó de verse privado tanto tiempo de su presa, cogió al caballero y se lo llevó para ahorcarle.

Pero tres hombres lo libertaron, gritando:

—Acabemos antes con Lescuyer, que a este siempre lo encontraremos.

El pueblo comprendió la exactitud de este razonamiento y soltó al bretón.

Le obligaron a escapar.

Lescuyer no tuvo tiempo de escribir,

y aunque lo hubiese tenido no habrían leído su billete, pues el tumulto era demasiado ruidoso.

Pero a pesar de este tumulto, Lescuyer divisó tras el altar una puertecilla de escape, y si llegaba hasta ella, tal vez podría salvarse.

Lanzóse hacia allí en el momento en que se le creía anonadado de terror.

Los asesinos se hallaban desprevenidos; Lescuyer iba a conseguir su objeto, cuando al pie mismo del altar, un tafetanero^[46] le asestó en la cabeza un bastonazo tan terrible que el arma quedó rota.

Lescuyer cayó aturdido como un

buey al recibir la mazada.

Este rodó hasta el pie del altar.

Las mujeres entonces, para castigar al que había pronunciado la blasfemia revolucionaria de «¡Viva la libertad!», le cortaron los labios en festones; los hombres bailaron sobre su vientre y lo molieron a pedradas como a San Esteban.

Con sus labios ensangrentados, Lescuyer gritaba:

—¡Por piedad, hermanos míos! ¡En nombre de la humanidad, hermanas mías, matadme!

Pero era pedir demasiado, y se le condenó a sufrir su agonía.

Esta le duró hasta la noche. El desdichado saboreó la muerte.

He aquí las noticias que llegaron a la Asamblea legislativa, como contestación al filantrópico discurso de Fauchet.

Verdad es que dos días después llegó otra noticia. Duprat y Jourdan habían sido advertidos de lo que pasaba.

Pero ¿dónde hallarían su gente dispersa? A Duprat le ocurrió la idea de tocar, por vía de llamada, la famosa campana de plata, que sonaba sólo en dos ocasiones: en la consagración y muerte de los papas.

Su tañido, raro y misterioso, se

hacía oír raras veces. En esta ocasión produjo dos efectos contrarios.

Llenó de espanto el corazón de los papistas y reanimó el valor de los revolucionarios.

Al oír el toque de rebato, dado por aquella campana singular, las gentes del campo salieron de la ciudad y se dirigieron precipitadamente cada cual a su morada.

Jourdan reunió, por medio de la extraña generala, unos trescientos de sus soldados.

Ocupó las puertas de la ciudad, dejando en ellas ciento cincuenta hombres.

Con los otros restantes se encaminó a la iglesia de los Franciscanos.

Llevaba dos cañones; los apuntó a la multitud e hizo fuego.

Luego entró en la iglesia.

El templo estaba desierto; Lescuyer yacía al pie del altar de la virgen que hacía tantos milagros, y que esta vez no se dignó extender su mano divina para salvar al desdichado.

Habríase dicho que no podía morir; aquel sangriento despojo era una pura llaga, pero estaba fuertemente adherido a la vida.

Fue llevado así por las calles; todas las puertas, todas las ventanas se

cerraban con estrépito a su paso, y todos gritaban al cerrarlas:

—¡Yo no estaba en los Franciscanos!

El terror era tal, que Jourdan y sus ciento cincuenta hombres podían hacer cuanto quisiesen de Aviñón y sus treinta mil habitantes.

Y, en efecto, hicieron en pequeño lo que Marat y Pañis hicieron en París el 2 de septiembre.

Luego se verá por qué decimos Marat y Pañis, y no Danton.

Degollaron sesenta u ochenta desgraciados, a quienes precipitaron por las mazmorras pontificales en la torre de

la Nevera. La torre *Trouillas*, como la llaman en el país.

Esa fue la noticia que se recibió dos días después, y que hizo olvidar, por las terribles represalias, la muerte de Lescuyer.

En cuanto a los emigrados, que Brissot defendía, y a los cuales quería que se abriesen las puertas de Francia, he aquí lo que hacían en el extranjero:

Reconciliaban el Austria con la Prusia, y hacían amigas a dos enemigas naturales.

Hacían que la Rusia prohibiese a nuestro embajador presentarse en las calles de San Petersburgo, y enviase un

ministro a los refugiados de Coblenza.

Hacían que Berna castigase a una población suiza que había entonado el *Ca ira* revolucionario.

Que Ginebra, patria de Rousseau, que tanto había trabajado para que la revolución se efectuase, dirigiese contra nosotros la boca de sus cañones.

Que el obispo de Lieja se negase a recibir un enviado francés.

Verdad es que los reyes obraban del mismo modo.

Rusia y Suecia devolvían a Luis XVI , sin abrirlos, los despachos en que les anunciaba haberse adherido a la Constitución.

España rehusaba recibir esos mismos despachos, pero contestaba entregando a la Inquisición un francés, que evitaba el sanbenito quitándose la vida.

Venecia arrojaba sobre la plaza de San Marcos el cadáver de un hombre, estrangulado de noche por orden del consejo de los Diez, con este cartel:

«Ahorcado por francmasón...».

En fin, el emperador y el rey de Prusia, contestaban con una amenaza.

«Nosotros deseamos —decían—, que se provea a la necesidad de tomar serias medidas, para que no se reproduzcan los acontecimientos que

dan lugar a tan tristes presagios».

Así, la guerra civil en la Vendée, la guerra civil en el Mediodía, la amenaza extranjera por todas partes.

Luego, sobre la orilla opuesta del Atlántico, los gritos de toda la población de una isla que es pasada a cuchillo.

¿Qué ha ocurrido, pues, allá en el Occidente? ¿Quiénes son esos esclavos negros, que cansados de que los azoten se lanzan a la matanza?

Son los negros de Santo Domingo, que toman un sangriento desquite.

¿Cómo tuvieron lugar los sucesos?

En dos palabras —es decir, de una

manera menos prolija, para Aviñón nos hemos dejado llevar—, en dos palabras vamos a explicarnos:

La Constituyente había prometido la libertad a los negros.

Ogé, joven mulato de corazón generoso, ardiente, decidido, había atravesado nuevamente los mares, llevando consigo el libertador decreto en el momento de ser expedido.

En su premura intimó al gobernador que lo publicase, no obstante que ninguna comunicación oficial se le había hecho.

El gobernador dio orden de prender a Ogé, el cual se refugió en la parte de

la isla correspondiente a España.

Las autoridades españolas —cuyo gobierno, como hemos dicho, miraba con malos ojos la revolución— concedieron la extradición.

Ogé fue enrodado vivo.

El terror siguió a la ejecución: se le supusieron multitud de cómplices en la isla; los plantadores se constituyeron en jueces supremos y multiplicaron las ejecuciones. Una noche se sublevaron sesenta mil negros, y los blancos despertaron al fulgor del inmenso incendio que devoraba las plantaciones.

Ocho días después, el incendio se hallaba apagado con sangre.

¿Qué hacía la Francia, pobre salamandra encerrada en un círculo de fuego?

Vamos a verlo.

Capítulo CXXVIII

LA GUERRA

En su galano y enérgico discurso sobre los emigrados, Brissot manifestó claramente las intenciones de los reyes y el género de muerte que reservaban a la Revolución.

¿Sería degollada?

No, la ahogarían.

Después de haber presentado el cuadro de la liga europea; después de haber mostrado aquel círculo de

soberanos, los unos con la espada en la mano, arbolando francamente el estandarte del odio, los otros ocultando aún el rostro bajo la máscara de la neutralidad, hasta que pudiesen descubrirlo.

—¡Sea, pues! —exclamó—, aceptamos el reto de la Europa aristocrática; más aún, prevengámoslo; ¡no esperemos a que nos ataque, ataquémosla!

Un aplauso inmenso contestó a esta frase del orador.

Brissot, hombre de instinto más bien que de genio, acababa de formular el pensamiento que había presidido a las

elecciones de 1791: la guerra.

No la guerra egoísta que declara un déspota para vengar un insulto hecho a su trono, a su nombre o al de uno de sus aliados, o para agregar una provincia a su reino o a su imperio; sino esa guerra que lleva consigo el soplo de vida; la guerra, cuyos clarines dicen allí donde resuenan: «¡Levantaos los que queréis ser libres, os traemos la libertad!».

Y, en efecto, el mundo comenzaba a oír un gran murmullo, que aumentaba y subía como el ruido de la marea.

Ese murmullo era el rumor de treinta millones de voces, que Brissot había traducido por estas palabras: «No

esperemos a que nos ataque; ataquémosla».

Desde el momento en que un aplauso universal había contestado a estas palabras amenazadoras, la Francia era fuerte; no sólo debía atacar, sino que llevaba consigo la victoria.

Quedaban los detalles. Nuestros lectores han debido apercibirse de que es un libro de historia, y no una novela, lo que escribimos; nos toca, pues, exponer cuanto concierne a esta época, de que probablemente no volveremos a ocuparnos, y de la cual hemos ya tomado, *Blanca de Beaulieu*, *El Caballero de Casa-Roja*, y un libro

escrito ya, y que pronto se publicará.

Vamos, sin embargo, a tocar rápidamente esas cuestiones de detalle, a fin de llegar lo más pronto posible a los acontecimientos que nos quedan por referir, y en los que toman parte más particularmente los personajes de nuestra obra.

Los acontecimientos de la Vendée, la matanza de Aviñón, los insultos de Europa, produjeron en la Asamblea el efecto del rayo. El 20 de octubre, Brissot se había contentado con pedir un impuesto sobre los bienes de los emigrados; el 25, Condorcet condenó esos bienes al secuestro, y pidió se

exigiese a sus dueños el juramento cívico. ¡El juramento cívico a hombres que se armaban contra Francia!

Entonces aparecieron dos hombres, que llegaron a ser uno el Barnave y otro el Mirabeau de la nueva Asamblea: Vergniaud e Isnard.

Vergniaud, una de esas figuras dulces, poéticas y simpáticas, que arrastran consigo las revoluciones, era hijo de la fértil Limoges; amable, pausado, afectuoso más bien que apasionado, de familia buena y acomodada, protegido por Turgot, intendente del Limousin, y enviado por él a las aulas de Burdeos, su dicción era

menos ruda, menos violenta que la de Mirabeau, y aunque inspirada por los autores griegos y un poco recargada de mitología, era menos prolija, menos jurisperita que la de Barnave. Lo que constituyó la parte viva, influyente de su elocuencia, fue la nota humana que hizo vibrar siempre en la Asamblea; aun en medio de los ardientes y sublimes arranques de la tribuna, se oía salir de su pecho el acento de la naturaleza o de la piedad; jefe de un partido agresivo, violento, disputador, siempre dominó tranquilo y con dignidad la situación, aunque esta fuese mortal; sus enemigos le apellidaban indeciso, sin energía,

indolente; preguntábanse a veces dónde se hallaba su alma, ausente al parecer, y tenía razón: su alma no habitaba dentro de él sino cuando hacía un esfuerzo para encadenarla en su pecho; su alma entera se hallaba en una mujer: erraba en los labios, se reflejaba en los ojos, vibraba en el arpa de la buena, de la bella, de la encantadora Candeille.

Isnard, al contrario de Vergniaud, que era un hombre tranquilo, Isnard era el eco de la cólera de la Asamblea. Nacido en Grasse, país de los perfumes y del mistral, poseía los repentinos y violentos furores del gigantesco huracán que con igual facilidad arranca las rocas

y deshoja las rosas: su voz estalló en la Asamblea como uno de los truenos imprevistos de las primeras tempestades del estío. La Asamblea, al oír su acento, se estremeció; las personas más distraídas levantaron la cabeza, y todas se disponían a preguntar, como Caín al oír la voz de Dios: «¿Os dirigís a mí, Señor?».

En aquel momento, multitud de voces comenzaban a interrumpirle.

«Yo pregunto a la Asamblea — exclamó Isnard—, a la Francia, al mundo y a vos —designando al interruptor—, pregunto si hay alguno que de buena fe y en conciencia se atreva a

sostener que los príncipes emigrados no conspiran contra la patria, y que todo hombre que conspira no debe ser en el acto acusado, perseguido y castigado. Si hay alguno, que se levante. Se dice que la indulgencia es el deber de la fuerza, y que ciertas potencias están desarmándose; y yo digo que es preciso vigilar, que el despotismo y la aristocracia no han muerto ni están dormidos, y que si las naciones llegan a aletargarse un instante, se despiertan después encadenadas. De todos los crímenes, el menos perdonable es el que tiene por objeto conducir al hombre a la esclavitud; si el fuego del cielo

estuviese al arbitrio de los mortales, sería necesario hacerle caer sobre los que atentan a la libertad de los pueblos».

Esta era la primera vez que se oían palabras semejantes; esa elocuencia salvaje arrastró a todos como la avalancha que baja de los Alpes arrastra árboles, ganados, pastores y edificios.

En la misma sesión quedó decretado:

«Que si Luis Estanislao Javier, príncipe francés, no volvía en el término de dos meses, abdicaba su derecho a la regencia».

Después, el 8 de noviembre:

«Que si los emigrados no volvían para el 1 de enero, serían declarados culpables de conspiración, perseguidos y castigados con la muerte».

Después, el 29 de noviembre, se trató de los eclesiásticos, y quedó decidido:

«Que el juramento cívico sería exigido en el término de ocho días.

»Que los que rehusasen prestarle serían declarados como sospechosos de sedición, y sometidos como tales a la vigilancia de las autoridades.

»Si se hallasen en un pueblo donde ocurriesen desórdenes religiosos, el directorio del departamento podría

extrañarlos de su domicilio ordinario.

»Si desobedecían, serían puestos en prisión por un año lo más, y si provocaban la desobediencia, por dos.

»El pueblo donde la fuerza armada se viese precisada a intervenir, soportaría los gastos que se originasen.

»Las iglesias no debían servir en lo sucesivo más que para el culto sostenido por el Estado; las que no fuesen necesarias, podrían ser compradas para un culto diferente, pero no por los que rehusasen el juramento.

»Las municipalidades debían enviar a los departamentos, y estos a la Asamblea, la lista de los clérigos que

hubiesen jurado y la de los que hubiesen rehusado jurar, acompañada de observaciones sobre cualquier coalición, ya entre ellos o con los emigrados, al objeto de que la Asamblea proveyese a los medios de estirpar la rebelión. “Que la Asamblea consideraría como un beneficio la publicación de obras que pudiesen ilustrar a los habitantes de los campos sobre las pretendidas cuestiones religiosas, y que la Asamblea haría imprimir esas publicaciones y recompensaría a sus autores”».

Ya hemos dicho lo que sucedió a los constituyentes, llamados por otro

nombre constitucionales, y también cuál fue el objeto de la fundación del club de los Fuldenses.

El espíritu estaba perfectamente en armonía con el departamento de París.

Ese espíritu era el de Barnave, Lafayette, Lameth, Duport y Bailly, quien todavía era corregidor de París, aunque iba muy pronto a dejar de serlo.

En el decreto sobre los clérigos sólo vieron un decreto contra la conciencia pública, y en el de los emigrados otro contra los vínculos de la familia, y un medio de ensayar el poder del rey.

El club de los Fuldenses preparó, y el departamento de París firmó, una

protesta contra esos decretos, en la cual pedían a Luis XVI que ejerciese su prerrogativa del *veto*.

¿Qué significaba aquella protesta? El hombre que primeramente había atacado al clero, el Mefistófeles que con la punta de su pie había roto el hielo, Talleyrand, en fin, no veía siempre claro en la revolución.

El rumor sobre el *veto* se propagó de antemano.

Los Franciscanos se valieron de Camilo Desmoulins, ballestero de la revolución, a quien se ve siempre dispuesto a dar en el blanco con la flecha.

Este hizo también su petición.

Pero como era tartamudo, encargó a Fauchet que la leyese.

Fauchet la leyó.

Concluida la lectura, todo el mundo aplaudió.

Era imposible manejar la cuestión con más ironía, ni tratar de ella más a fondo.

Acordándonos de la máxima de un gran político, Maquiavelo, dijo el compañero de colegio de Robespierre y el amigo de Danton, el cual sentaba que «Si el príncipe debe renunciar a la soberanía, la nación sería demasiado injusta y cruel en extrañar que él se

oponga constantemente a la voluntad general, porque es difícil, y aun contra la naturaleza, bajar voluntariamente de un puesto tan alto».

Nosotros no nos quejamos, por la Constitución que concede el *veto*, ni del derecho que le usa. Penetrados de la verdad de la máxima de Maquiavelo, y tomando por ejemplo el mismo Dios, cuyos mandamientos no son imposibles, no exigiremos del exsoberano un amor imposible a la soberanía nacional, y no extrañamos que oponga el *veto*, aun a los mejores decretos.

Según hemos dicho, la Asamblea aplaudió y adoptó la petición, decretó su

inserción en el acta y la remisión de esta a los departamentos.

Aquella misma noche, los Fuldenses se alarmaron.

Muchos individuos del club, que lo eran también de la Asamblea, no habían asistido a la sesión.

Eran en número de doscientos setenta.

Se anuló el decreto en medio de los silbidos de las tribunas.

Esto equivalía a una guerra entre la Asamblea y el club, el cual en lo sucesivo se apoyó más en los Jacobinos, representados por Robespierre, y sobre los Franciscanos, que Danton

simbolizaba.

En efecto, Danton se presentó: su gran cabeza sobresalía de las demás; como el gigante Adamastor, se elevaba ante el trono, y decía: «¡Cuidado, el mar dónde navegas, se llama el piélago de las tempestades!».

A esto se reunía que la reina dio repentinamente su apoyo a los Jacobinos contra los Fuldenses.

El odio de María Antonieta ha sido para la Revolución lo que las borrascas y los torbellinos para el Atlántico.

La reina aborrecía a Lafayette, que la salvó el 6 de octubre, y por la cual perdió su popularidad.

Lafayette aspiraba a reemplazar a Bailly.

La reina, lejos de ayudarle, hizo votar a los realistas en favor de Pétion. ¡Extraña ceguedad! ¡En favor de Pétion, que había sido su brutal compañero en el viaje de Varennes!

El 19 de diciembre, el rey fue a la Asamblea a presentar el *veto* al decreto contra los clérigos.

La Víspera había habido una gran demostración en el club de los Jacobinos.

Virchaux, suizo, natural de Neufchatel, el mismo que en el Campo de Marte escribía la petición en favor de

la República, llevó a los Jacobinos una espada de Damasco, que se ofrecía al primer general que venciese a los enemigos de la libertad.

Isnard, que estaba allí, tomó la espada de manos del republicano, subió a la tribuna y la desenvainó, diciendo:

—¡He aquí la espada del ángel exterminador! Esta será victoriosa. La Francia lanzará un poderoso grito y los pueblos responderán; la tierra entonces se cubrirá de combatientes, y los enemigos de la libertad serán borrados de la lista del linaje humano.

No hubiera dicho mejor Ezequiel.

Esa espada no debía envainarse; la

guerra era intestina y extranjera.

La espada del republicano de Neufchatel debía herir primeramente al rey de Francia, y después de este a los reyes extranjeros.

Capítulo CXXIX

UN MINISTRO A GUSTO DE MADAME STAEL

Gilberto no había vuelto a ver a la reina desde el día en que esta, habiéndole rogado que la esperase un instante en su gabinete, le había dejado allí para oír el plan político que el señor Breteuil trajo de Viena, y que estaba concebido en estos términos:

«Hacer con Barnave lo que se hizo

con Mirabeau: ganar tiempo, jurar la Constitución, ejecutarla literalmente para demostrar que su aplicación es imposible; la Francia se enfriará y se cansará; los franceses tienen la cabeza ligera; vendrá una moda nueva y la libertad pasará.

»Si no pasa, se habrá ganado un año, y en ese intervalo nos dispondremos para la guerra».

Seis meses habían transcurrido desde esa época; la libertad no pasó, y era evidente que los soberanos extranjeros estaban a punto de cumplir sus promesas y se preparaban para la guerra.

Una mañana, Gilberto vio con extrañeza entrar en su casa a un ayuda de cámara del rey.

Su primera idea fue que este estaba enfermo y le enviaba a llamar.

Pero el ayuda de cámara le tranquilizó.

Sólo le pedía que fuese a palacio.

Gilberto insistió en preguntar quién le llamaba, pero el criado, que sin duda tenía órdenes reservadas, no salió de esta fórmula:

—Os esperan en palacio.

Gilberto era muy adicto al rey y compadecía a María Antonieta más como mujer que como reina; esta no le

inspiraba amor ni afecto, sino gran compasión.

Se apresuró a obedecer.

Gilberto llegó a palacio.

Fue introducido en el mismo entresuelo en que Barnave había sido recibido.

Una mujer que estaba esperando sentada en un sillón, se levantó en el momento en que entró el doctor.

Este reconoció a *madame* Isabel.

Gilberto le profesaba un profundo respeto, pues sabía la angélica bondad de que estaba dotado su corazón.

Inclinóse profundamente en su presencia, y comprendió en el acto la

situación.

Ni el rey ni la reina habían querido llamarlo en su nombre, y se valieron de *madame* Isabel.

Las primeras palabras de la princesa probaron al doctor que no se había engañado en sus conjeturas.

—Señor Gilberto —dijo *madame* Isabel—, yo no sé si los demás han olvidado las pruebas de interés que habéis dado a mi hermano al volver de Versalles, ni las que recibió mi hermana a nuestra llegada de Varennes; yo las tengo muy presentes.

Gilberto se inclinó.

—Señora —dijo—, Dios en su

sabiduría ha decidido que estuvieseis adornada de todas las virtudes, incluso la memoria; virtud rara en nuestros días, principalmente en las personas reales.

—No creo que hagáis alusión a mi hermano, ¿no es cierto? Este me habla frecuentemente de vos y aprecia mucho vuestra sabiduría.

—¿Cómo médico? —preguntó Gilberto sonriéndose.

—Sí, como médico, porque cree que esa sabiduría puede ser aplicada a la salud del rey o del reino.

—El rey es muy bondadoso, señora —dijo Gilberto—; ¿para cuál de las dos me necesita?

—No es el rey quien ha enviado a buscaros —repuso *madame* Isabel, sonrojándose un poco, porque aquel casto corazón no sabía mentir— he sido yo.

—¿Vos, señora? ¡Oh!, creo que vuestra salud no os inquieta —dijo Gilberto—; la palidez de vuestro rostro es debida al cansancio y a la inquietud, no a una indisposición.

—Tenéis razón, no es por mí, sino por mi hermano, que me inquieta bastante.

—Y a mí también, señora —contestó Gilberto.

—¡Oh!, nuestra inquietud no

proviene probablemente del mismo origen; es decir, con relación a la salud —dijo *madame* Isabel.

—¿Está enfermo Su Majestad? —preguntó Gilberto.

—Enfermo precisamente, no; pero se halla abatido, desanimado; hoy hace diez días justos que no ha hablado una sola palabra, excepto conmigo; en su partida de juego sólo ha pronunciado las más indispensables.

—Hoy hace once días que se presentó en la cámara para noticiarle su *veto*; ¡por qué no se quedó mudo ese día, en vez de perder la palabra el siguiente!

—¿Creéis —dijo *madame* Isabel—

que mi hermano debe sancionar ese decreto?

—Señora, soy de opinión que luchar contra la corriente, contra la marea que crece y contra la borrasca que amenaza, es querer que el rey y el clero sean destruidos de un solo golpe.

—¿Qué haríais vos si estuviéseis en lugar de mi hermano?

—Señora, en estos momentos hay un partido que se multiplica considerablemente como los gigantes de las *Mil y una noches*, los cuales, encerrados en una vasija, han crecido cien codos más.

—¿Hacéis alusión a los Jacobinos?

Gilberto hizo una señal negativa con la cabeza.

—No; hablo de la Gironda. Los Jacobinos no quieren la guerra, la Gironda, sí; la guerra es nacional.

—¡La guerra, la guerra! ¿A quién, Dios mío? ¿Al emperador nuestro hermano? ¿A nuestro sobrino el rey de España? Señor Gilberto, nuestros enemigos están en Francia y no fuera; la prueba es...

Madame Isabel titubeó.

—Hablad, señora —dijo Gilberto.

—Verdaderamente no sé si debo decirlo, aunque ese es el motivo porque os he enviado a llamar.

—Señora, podéis decirme cuanto queráis, como a un hombre fiel y dispuesto a dar su vida por el rey.

—¿Creéis que exista un contraveneno?

Gilberto se sonrió.

—Universal, no; pero cada sustancia venenosa tiene su antídoto, aunque en general, estos son siempre impotentes.

—¡Oh, Dios mío!

—Primeramente es necesario saber si es un veneno mineral o vegetal; en general los minerales obran en el estómago y en las entrañas, los vegetales en el sistema nervioso, que unos exasperan y otros adormecen. ¿De qué

género de veneno habláis?

—Escuchad, voy a deciros un gran secreto.

—Escucho, señora.

—Me temo que puedan envenenar al rey.

—¿Quién queréis que asuma la responsabilidad de un crimen semejante?

—He aquí lo que ha sucedido: el señor Laporte, intendente de la casa real, nos ha avisado que un dependiente de la cocina del rey, el cual ha abierto una pastelería en el palacio real, iba a entrar otra vez en el servicio, por muerte de uno de sus compañeros. Este hombre,

que es un jacobino exaltado, ha dicho que si envenenasen al rey de Francia, ganaría mucho.

—Señora, en general, los que se proponen cometer un crimen semejante, no hablan jamás de ello.

—¡Oh!, ¿sería tan fácil envenenar al rey! Afortunadamente, el hombre de quien hablamos pertenece a la repostería.

—En ese caso, ¿habéis tomado ya las precauciones debidas?

—Sí, se ha determinado que el rey debe comer solamente asados; que el pan y el vino serán suministrados por el señor Thierry, de Ville-d'Avray,

intendente de las dependencias de palacio. En cuanto a las pastas, como el rey gusta mucho de ellas, *madame* Campan ha recibido la orden de encargarnos como si fuesen para ella, ya en casa de un pastelero, ya en casa de otro. Se nos ha recomendado no usar azúcar molido.

—Sí, porque se puede mezclar arsénico sin que se perciba.

—Precisamente; la reina tiene costumbre de poner azúcar molido en el agua, y ya la hemos suprimido. El rey, la reina y yo, comemos juntos, y hemos prescindido absolutamente de servidores. Si alguno de nosotros

necesita algo, toca la campanilla. Desde que el rey se sienta a la mesa, *madame* Campan sirve las pastas, el pan y el vino por una entrada particular y los esconde debajo de la mesa; así parece que se hace uso de las cosas que han sido servidas antes. Este es nuestro modo de vivir; y a pesar de eso, estamos siempre temblando de oír decir al rey: «¡Yo sufro!».

—Permitidme, señora, que os asegure —repuso el doctor— que no doy crédito a estos envenenamientos; pero esto no impide que yo esté siempre a la disposición de Sus Majestades. ¿Qué es lo que el rey desea? ¿Quiere

que yo habite en palacio? Lo haré de modo que en todo tiempo y a toda hora pueda hallarme a su lado.

—¡Oh!, mi hermano nada teme —
repuso *madame* Isabel.

—Quiero decir, señora, que me quedaré hasta que todos esos temores se hayan desvanecido. Tengo alguna práctica en los venenos y en los contravenenos, y estaré siempre dispuesto a combatirlos, de cualquier naturaleza que sean; pero permitidme os diga que si el rey lo desea, nada tendrá que temer en lo sucesivo.

—¡Oh!, ¿qué debe hacerse para eso?
—dijo una voz que no era la de la

princesa, y cuyo timbre acentuado llamó la atención de Gilberto.

El doctor no se engañó; esa voz era la de la reina.

Gilberto se inclinó.

—Señora —dijo—, no creo tener necesidad de repetir a Vuestra Majestad las protestas que acabo de hacer a *madame* Isabel.

—No; todo lo he oído, y he deseado saber vuestras disposiciones hacia nosotros.

—¿Vuestra Majestad duda de lo acendrado de mis sentimientos?

—¡Oh!, son tantas las cabezas y los corazones que cambian al viento de las

tormentas del día, que no se sabe de quién fiarse.

—Y ¿por esa razón, la reina va a recibir, de mano de los Fuldenses, un ministro aleccionado por *madame Stael*?

La reina se sobresaltó.

—¿Lo sabéis? —dijo.

—Señora, yo sé que Vuestra Majestad está comprometida con el señor de Narbona.

—Y ¿sin duda no lo aprobáis?

—No, señora, ese es un ensayo como cualquier otro. Cuando el rey los haya agotado, tal vez concluirá por donde debiera haber comenzado.

—¿Habéis conocido a *madame* de Stael? —preguntó la reina.

—Señora, he tenido ese honor. Cuando salí de la Bastilla me presenté en su casa, donde supe por el señor de Necker que yo debí mi prisión a la recomendación de Vuestra Majestad.

La reina se sonrojó visiblemente; luego, sonriéndose, dijo:

—Hemos prometido no hablar más de esos errores.

—Señora, yo no vuelvo a hablar de ellos, sólo contesto a una pregunta que Vuestra Majestad se ha dignado dirigirme.

—¿Qué pensáis del señor Necker?

—Es un excelente alemán, compuesto de elementos que no están de acuerdo, y que de la extravagancia se eleva hasta el énfasis.

—¿No habéis sido uno de los que han aconsejado al rey que lo acepte?

—Con razón o sin ella, era el hombre más popular del reino, y yo dije a Su Majestad «que se apoyase en su popularidad».

—¿Y de *madame* Stael?

—Supongo que Vuestra Majestad me hace el honor de preguntarme mi opinión acerca de esa dama.

—Sí.

—En cuanto al físico, las facciones

y el cuerpo, son muy vulgares.

La reina se sonrió; como mujer, no le era desagradable oír decir que otra mujer, de quien todo el mundo hablaba, no era hermosa.

—Proseguir —dijo la reina.

—Su cutis es de calidad medianamente atractiva; sus movimientos son más bien enérgicos que graciosos, y su voz es tan ruda que hace dudar si es o no la de una mujer; en contraposición, tiene veinticuatro o veinticinco años, magnífico cuello, hermosísimos cabellos negros, bonita dentadura, ojos sumamente vivos, rostro, en fin, lleno de seducciones, y una

mirada que abrasa un mundo.

—Pero ¿en lo moral, como talento, como mérito?

—Señora, es buena y generosa; ni uno solo de sus enemigos seguirá siéndolo si la oye hablar un solo cuarto de hora.

—Hablo de su genio; la política no se trata solamente con el corazón.

—Señora, el corazón no daña, ni aun en política; en cuanto a la palabra *genio*, que Vuestra Majestad acaba de pronunciar, es menester ser un poco avaro de ella. *Madame* de Stael tiene grande, inmenso talento, que no se eleva hasta la categoría de genio; hay en sus

pies cierto peso y cierta solidez que la impide siempre elevarse del suelo; entre ella y su maestro Juan Jacobo, hay la misma diferencia que entre el hierro y el acero.

—Habláis de su talento como escritora; habladme de la mujer política.

—Señora, relativamente a eso, soy de parecer que se da a *madame* de Stael más importancia de la que realmente merece. Desde la emigración del hermano del rey y de Lally, su salón es la tribuna del partido aristocrático inglés, con sus dos cámaras. Como *madame* de Stael pertenece a la clase media y muy media, tiene la debilidad

de adorar a los grandes señores; admira a los ingleses, porque cree que el pueblo inglés es eminentemente aristocrático; no sabe la historia de Inglaterra, e ignora el mecanismo de su gobierno, de suerte que toma por caballeros del tiempo de las cruzadas a los nobles de ayer, tomados siempre de abajo; los demás pueblos hacen algunas veces cosas nuevas con lo viejo; pero Inglaterra hace constantemente cosas viejas con las nuevas.

—Y ¿creéis que son esas ideas las que la han hecho proponernos al señor de Narbona?

—¡Ah!, ahí hay combinadas dos

inclinaciones, señora, la de la aristocracia y la del aristócrata.

—¿Creéis que a *madame* de Stael le agrada el señor de Narbona por su aristocracia?

—A lo menos no es por su mérito, según creo.

—Pues ninguno es menos aristócrata que el señor de Narbona; ni siquiera se conoce a su padre.

—¡Ah!, porque no se osa mirar por la parte del sol...

—Veamos, señor Gilberto, yo soy mujer aficionada a estar al corriente de lo que se murmura, y por lo tanto, quisiera que me dijerais qué se dice del

señor de Narbona.

—Sé dice que es astuto, valeroso, y hombre de chispa.

—Hablo de su nacimiento.

—Se asegura que, cuando el partido jesuita hizo expulsar a Voltaire, Machault, Argenson, y, en fin, todos los que se llamaban filósofos, debió luchar contra *madame* de Pompadour. Ahora bien; las tradiciones del regente estaban en esto: sabíase lo que puede el amor paterno cuando se agrega otro; entonces se eligió —advertid, señora, que los jesuitas tienen la mano feliz para esta especie de lecciones— entonces se eligió una hija de rey, y obtúvose de ella

que se consagrare a la obra incestuosamente heroica. De esto provino el seductor caballero de quien se ignora el nombre de su padre, como dice Vuestra Majestad, no porque sea oscuro, sino porque se desvanece en la luz.

—¿Conque no creéis, como los Jacobinos y como el señor Robespierre, por ejemplo, que el señor de Narbona salga de la embajada de Suecia?

—Sí tal, señora; pero sale del tocador de la mujer, y no del despacho del esposo. Suponed que el señor de Stael entrase por algo en este asunto, y en este caso se debería suponer que es

el marido de su esposa... ¡Oh! Dios mío, no, aquí no hay traición de embajador, señora, sino una debilidad de amantes. No se necesita menos que el amor, ese poderoso, ese eterno seductor, para impulsar a una mujer a poner en manos del astuto y frívolo Cupido la gigantesca espada de la Revolución.

—¿Habláis de la que el señor Isnard dejó en el club de los Jacobinos?

—¡Ay de mí!, señora, hablo de la que está suspendida sobre vuestra cabeza.

—¿Es decir, que a vuestro modo de ver, señor Gilberto, debemos aceptarlo todo del señor de Narbona como

ministro de la guerra?

—Mejor sería, señora, que aceptarais desde luego a quien lo substituya.

—¿Quién es?

—Dumouriez.

—¿Dumouriez, un oficial de fortuna?

—¡Ah!, señora, ya se os ha escapado la palabra, y tratándose de la persona a quien se refiere, la creo injusta.

—¿No ha sido Dumouriez simple soldado?

—Sé muy bien que el señor Dumouriez no pertenece a la nobleza de corte, a la cual todo se sacrifica; Dumouriez, noble de provincia, no

teniendo ni pudiendo comprar un regimiento, se enganchó en un cuerpo de húsares; a los veinte años se hizo acuchillar por cinco o seis soldados de caballería, no queriéndose rendir, y a pesar de ese rasgo de valor y de una inteligencia reconocida, jamás ascendió en proporción.

—Sí, inteligencia que ha demostrado siendo espía de Luis XVI.

—¿Por qué llamáis espionaje a lo que en otros se llama diplomacia? No ignoro que Dumouriez sostenía una correspondencia con el rey sin que los ministros lo supiesen; ¿quién es el noble de corte que en su lugar no hubiese

hecho lo mismo?

—La persona que me recomendáis es un hombre esencialmente inmoral —dijo la reina—; no tiene principios ni sentimientos de honor. El señor de Choiseul me ha dicho que Dumouriez le había presentado dos proyectos relativos a los corsos, uno para sujetarlos y otro para emanciparlos.

—Es verdad, señora, pero ha olvidado añadir que el primero fue el que se prefirió, y que Dumouriez se batió valerosamente en su defensa.

—Si lo aceptamos cómo ministro, será lo mismo que declarar la guerra a Europa.

—Señora —dijo Gilberto—, esta declaración está ya hecha en el corazón de todos. ¿Sabe Vuestra Majestad a cuánto ascienden los aliados voluntariamente en los departamentos? A seiscientos mil. En el jura, las mujeres han declarado que todos los hombres pueden partir, y que si les dan picas, ellas se comprometen a defender el territorio.

—Acabáis de pronunciar una palabra que me hace temblar —dijo la reina.

—Perdonadme, señora, tened la bondad de decirme cuál es la palabra que me ha hecho incurrir en esa

desgracia.

—Acabáis de decir picas... ¡oh, las picas del 89! ¡Me parece que estoy viendo ahora las cabezas de mis dos pobres guardias de corps en dos picas!

—A pesar de eso, señora, una mujer, una madre, es la que ha propuesto hacer una suscripción para costear las picas.

—Y ¿es también una mujer y una madre la que ha hecho adoptar a vuestros Jacobinos el gorro colorado, color de sangre?

—He ahí, señora, otro error —contestó Gilberto—. Se ha querido consagrar la igualdad mediante un símbolo; no se podía decretar que todos

los franceses se vistiesen de un mismo modo, y para mayor facilidad se adoptó únicamente una parte del vestido, que es el gorro de los pobres paisanos, con la diferencia de que si se ha preferido el color rojo, no es por ser el color triste de la sangre, sino por ser más vivo, alegre y agradable a la multitud.

—Bien está, doctor; en tanto que seáis partidario de las invenciones nuevas, no desespero de veros venir un día a tomar el pulso al rey con la pica en la mano y el gorro colorado en la cabeza.

La reina, medio burlándose y medio incomodada, viendo que no podía sacar

partido de aquel hombre, se marchó.

Madame Isabel se disponía a seguirla, pero Gilberto, con tono casi de súplica, la dijo:

—Señora, no dudo que amáis a vuestro hermano, ¿no es cierto?

—¡Oh!, no sólo le amo, sino que le adoro —contestó la princesa.

—¿Queréis transmitirle un buen consejo, un consejo de amigo?

—¡Oh!, hablad; si el consejo es realmente bueno...

—A mi modo de ver, excelente.

—En ese caso, hablad.

—Señora, decidle que cuando caiga su ministro *feuillant*^[47], lo cual no

tardará mucho en suceder, tome un ministro que lleve en la cabeza el gorro colorado que tanto asusta a la reina.

Y saludando profundamente a *madame* Isabel, se retiró.

Capítulo CXXX

LOS ROLAND

Hemos hecho relación de la entrevista de la reina con Gilberto, únicamente con el objeto de interrumpir la monotonía histórica, y de exhibir, de un modo más agradable, en un cuadro cronológico, la sucesión de los acontecimientos y de la situación de los partidos.

El ministerio Narbona duró tres meses.

La causa de su caída fue un discurso de Vergniaud.

Así como Mirabeau había dicho: «Desde aquí veo la ventana...», Vergniaud, al recibir la noticia de que la emperatriz de Rusia había tratado con Turquía, y que el 7 de febrero, el Austria y la Prusia habían firmado en Berlín una alianza ofensiva y defensiva, subió a la tribuna y exclamó:

«Yo también puedo decir que desde este palacio veo la tribuna de la contrarrevolución, donde se preparan las intrigas para entregarnos al Austria. Ya llegó el día en que podéis poner un término a tanta audacia y confundir a los

conspiradores; el terror y el miedo han salido frecuentemente en los tiempos pasados de ese palacio en nombre del despotismo; que el miedo y el terror entren hoy en el en nombre de la ley».

Y con un gesto enérgico, el brillante orador pareció empujar a esas dos hijas descabelladas del Miedo y del Espanto.

En efecto; ellas entraron en las Tullerías, y Narbona, elevado por el amor, cayó a impulsos de la tormenta. Esta caída tuvo lugar hacia el principio de marzo de 1792. Así, casi tres meses después de la entrevista de la reina con Gilberto, un hombre de pequeña estatura, vivo, dispuesto, nervioso, de

talento, de mirada ardiente, de edad de cincuenta y seis años, aunque parecía tener diez menos, el rostro cubierto de las tintas cobrizas adquiridas en el vivac, fue presentado un día al rey Luis XVI.

Era la primera vez que estos dos hombres se hallaban frente a frente.

El rey echó una mirada de observación sobre el hombrecillo, el cual miró al rey lleno de confianza y con ojos escrutadores.

Nadie estaba en el cuarto para anunciar al extranjero, y esto prueba que ya se le esperaba.

—¿Sois el señor Dumouriez? —dijo

el rey.

Dumouriez se inclinó.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis en París?

—Señor, desde principios de febrero.

—¿Os ha hecho venir el señor de Narbona?

—Para anunciarme que se me había empleado en el ejército de Alsacia, a las órdenes del mariscal Luckner, y que se me ponía a la cabeza de la división de Besancon.

—Sin embargo, veo que no habéis marchado.

—Señor, he aceptado, pero he hecho

al señor de Narbona la observación de que la guerra era inminente (Luis XVI se sobresaltó visiblemente), y que amenazaba ser general —continuó Dumouriez sin manifestar haber observado la inmutación del rey—; por lo tanto, he creído que sería oportuno pensar en el Mediodía, en donde podemos ser atacados de improviso; que me parecería útil se formase un plan de defensa, para ese punto y se destinase a él un general en jefe y un ejército.

—Sí, y habéis entregado al señor de Narbona ese plan, después de haberlo comunicado al señor Gensonné y a varios individuos de la Gironda.

—¡El señor Gensonné es amigo mío, y le creo tan afecto a Vuestra Majestad como yo!

—Vamos —dijo el rey sonriéndose—, ¿eso quiere decir que estoy tratando con un girondino?

—Señor, con un patriota, fiel súbdito de Su Majestad.

Luis XVI se mordió los labios.

—Y ¿para servir con más eficacia al rey y a la patria habéis rehusado el puesto de ministro interino de Negocios extranjeros?

—Señor, al principio contesté que daba la preferencia al mando que se me había ofrecido: yo soy soldado y no

diplomático.

—Me han asegurado que erais uno y otro.

—Señor, han querido honrarme demasiado.

—Con esa seguridad he debido insistir.

—En efecto, señor, y yo he rehusado, no obstante mis deseos de serviros.

—Y ¿por qué rehusáis?

—Señor, porque la situación es grave, y acabo de derribar al señor de Narbona y de comprometer a de Lessart; todo hombre que cree valer algo, tiene derecho a no admitir empleo alguno, o a

pedir que se le emplee según su valor. Señor, o yo valgo alguna cosa, o no valgo nada; en este último caso, deseo que se me deje en mi oscuridad; si valgo alguna cosa, no me hagáis ministro por veinticuatro horas, ni me deis una autoridad momentánea; dadme algo en qué apoyarme, para que vos podáis apoyaros en mí. Nuestros negocios — perdonad, señor, Vuestra Majestad ve que yo hago míos sus asuntos— nuestros negocios no son suficientemente considerados en los países extranjeros, y las cortes no querrán tratar con un ministro interino; esa interinidad, perdonad aún mi franqueza —nadie era

menos franco que Dumouriez, pero en ciertas circunstancias le interesaba parecerlo—, esa interinidad sería una falta contra la cual clamaría la Asamblea, y al mismo tiempo me despopularizaría con ella; diré más, eso comprometería al rey, manifestando que echa de menos a su antiguo ministro y que busca la ocasión de reemplazarle.

—Si tal fuera mi intención, ¿creéis que eso me sería imposible?

—Señor, lo que creo es que ya ha llegado el tiempo de que Vuestra Majestad rompa con lo pasado.

—Sí, y me hago Jacobino, ¿no es verdad? Habéis dicho eso a Laporte.

—A fe mía que si Vuestra Majestad hiciera eso, confundiría mucho a todos los partidos, y a los Jacobinos tal vez más que a nadie.

—Y ¿por qué no me aconsejáis que me ponga el gorro colorado sin perder momento?

—Señor, si eso fuera un medio... —dijo Dumouriez.

—Si así lo queréis, esto equivale a no ser ministro interino.

—Señor, yo no quiero nada: estoy dispuesto a recibir las órdenes de Vuestra Majestad; pero preferiría que estas tuviesen por objeto enviarme a la frontera más bien que detenerme en

París.

—¿Y si yo os diese orden de quedaros en París, y de que tomaseis definitivamente la cartera de Negocios extranjeros, qué diríais?

Dumouriez se sonrió.

—Diría, señor, que Vuestra Majestad no tiene ya las prevenciones que otros le han inspirado contra mí.

—No las tengo. Señor Dumouriez, sois ya ministro.

—Señor, yo me consagro enteramente a vuestro servicio, pero...

—¿Tenemos restricciones?

—Sólo explicaciones, señor.

—Decid.

—Señor, el puesto de ministro no es hoy lo que era antes; sin cesar de ser fiel a Vuestra Majestad, entrando en el ministerio me constituyo hombre de la nación. Así, desde hoy, no exijáis de mí el lenguaje a que mis antecesores os han habituado, pues yo no podré hablar sino de acuerdo con la libertad y con la Constitución; limitado a mis funciones, no os haré la corte, pues no tendré tiempo para ello; prescindiré de la etiqueta regia para servir mejor al rey; sólo trabajaré con vos o en el Consejo, y os lo digo con franqueza, este trabajo será una lucha.

—¡Una lucha!, y ¿por qué?

—¡Oh!, señor, la cosa es muy sencilla: casi todo vuestro cuerpo diplomático es abiertamente contrarrevolucionario, y os aconsejaré que lo renovéis; quizá contraríe vuestros gustos en la nueva elección, porque propondré individuos que Su Majestad no conoce ni aun de nombre, y tal vez algunos que no le agraden.

—En ese caso... —interrumpió vivamente Luis XVI.

—En ese caso, señor, cuando la oposición de Vuestra Majestad sea demasiado fuerte y motivada, y como sois el dueño, obedeceré; pero si nuestra elección os ha sido sugerida por los que

os rodean, y visiblemente para comprometeros, suplicaré a Vuestra Majestad me nombre un sucesor. ¡Pensad en los terribles riesgos que asedian vuestro trono; es preciso sostener este con la confianza pública, y esta depende de vos!

—Permitid que os detenga.

—¡Señor!

—Hace ya tiempo que he pensado en esos riesgos. Y extendió enseguida la mano hacia el retrato de Carlos I.

Luis XVI, enjugándose el rostro con un pañuelo, continuó:

—Aun cuando quisiera olvidarlos, ese cuadro me los recordaría.

—¡Señor!...

—Esperad, no he concluido. La situación es la misma, los riesgos son iguales; acaso el cadalso de White-Hall se levantará en la plaza de Greve.

—Señor, eso es mirar demasiado lejos.

—Eso es mirar el horizonte. En tal caso, marcharé al cadalso como marchó Carlos I, tal vez no cual caballero, como él, pero a lo menos como cristiano. Ahora podéis continuar.

Dumouriez se contuvo, admirado de una firmeza que no creía encontrar.

—Señor —dijo—, permitidme llevar la conversación a otro terreno.

—Como queráis —contestó el rey —, pero deseo probar que no me espanta el porvenir que se me quiere hacer temer, y que si le temo, a lo menos estoy preparado.

—Señor —dijo Dumouriez—, a pesar de lo que he tenido el honor de exponer a Vuestra Majestad, ¿debo siempre considerarme como vuestro ministro de Negocios extranjeros?

—Sí, señor.

—En ese caso traeré para el primer consejo cuatro despachos; pero debo advertir a Vuestra Majestad que serán bien diferentes, por el estilo y los principios, a los de mis predecesores, y

que estarán de acuerdo con las circunstancias. Si este primer trabajo merece la aprobación del rey, continuaré; de otro modo, tendré siempre dispuesto mi equipaje para ir a servirlos en la frontera. Por más que hayan exagerado a Vuestra Majestad mis talentos diplomáticos —añadió Dumouriez—, la guerra es mi verdadero elemento y el objeto de mis estudios y trabajos durante treinta y seis años.

En seguida se inclinó para retirarse.

—Esperad —dijo el rey—, ya estamos de acuerdo sobre un punto, pero todavía nos quedan seis que tratar.

—¿Mis colegas?

—Sí; yo no quiero que vengáis a decirme que este o el otro os han detenido; así, elegid vuestro ministerio.

—Señor, me imponéis una inmensa responsabilidad.

—Creo que haciéndosla asumir, obro conforme a vuestros deseos.

—Señor, yo no conozco en París más que a una persona llamada Lacoste, y debo recomendarla a Vuestra Majestad para la marina.

—¿Lacoste? —dijo el rey—, ¿no es un simple comisario ordenador?

—Sí, señor; que ha dado su dimisión al señor de Boyne por no tomar parte en una injusticia.

—Esa es una buena recomendación... ¿y los otros?

—Consultaré, señor.

—¿Puedo saber a quiénes vais a consultar?

—A Brissot, Condorcet, Pétion, Roederer y Gensonné...

—La Gironda entera, en una palabra.

—Sí, señor.

—Vaya por la Gironda; veremos si esta produce mejor efecto que los constitucionales y los Fuldenses.

—Ahora queda otra cosa, señor.

—¿Cuál?

—Si las cuatro cartas que voy a escribir convendrán a Vuestra Majestad.

—Esta noche lo veremos.

—¿Esta noche, señor?

—Sí, las cosas urgen, celebraremos un consejo extraordinario, que se compondrá de vos, de Grave y de Cahier de Gerville.

—¿Y Duport du Tertre?

—Ha presentado su dimisión.

—Esta noche estaré a las órdenes de Vuestra Majestad.

Y Dumouriez se inclinó para despedirse.

—No —dijo el rey—, esperad un instante, quiero comprometeros.

Aún no había concluido, cuando la reina y *madame* Isabel se presentaron.

Llevaban sus devocionarios en la mano.

—He aquí el señor Dumouriez — dijo el monarca a la reina—, que promete servirnos bien, y con el cual vamos a componer esta noche un nuevo ministerio.

Dumouriez se inclinó, al mismo tiempo que la reina miraba con una curiosidad sin límite al hombre de breve estatura, que tanta influencia debía ejercer en los negocios de Francia.

—¿Conocéis al doctor Gilberto? — preguntó la reina a Dumouriez.

—No, señora.

—Pues bien, trabad relaciones con él.

—¿Puedo saber con qué motivo me lo recomienda Vuestra Majestad?

—Como un profeta excelente; pues ya hace tres meses que me predijo que seríais el sucesor del señor de Narbona.

En este momento abrieron las puertas del gabinete del rey, el cual iba a misa.

Dumouriez salió en seguida.

Todos los cortesanos se separaron de él como si fuese un apestado.

—¡Mirad como os decía bien!, ya estáis comprometido —dijo el rey—, riéndose al oído del general.

—Señor —contestó Dumouriez—, si es con respecto a la aristocracia, es un

nuevo favor que Vuestra Majestad se digna hacerme. Y siguió marchando.

Capítulo CXXXI

DETRÁS DE LA TAPICERÍA

Aquella misma noche, a la hora convenida, Dumouriez entró con sus cuatro despachos. Grave y Cahier de Gerville estaban ya reunidos esperando al rey.

Y como si hubiese aguardado solamente que Dumouriez se presentase, entró por una puerta al mismo tiempo que el general lo hacía por otra.

Los dos ministros se levantaron al instante. Dumouriez estaba aún en pie, y sólo tuvo que inclinarse ante el monarca, que le saludó con la cabeza.

Luis XVI tomó un sillón y se colocó en el centro de la mesa.

—Señores, tomad asiento —dijo.

Pareció entonces a Dumouriez que la puerta por donde el rey entró había quedado abierta, y que la cortina se movía.

¿Era el viento, o el contacto de alguna persona que estaba escuchando?

Los tres ministros se sentaron.

—¿Traéis los despachos? —preguntó el rey a Dumouriez.

—Sí, señor.

Y diciendo esto sacó los papeles del bolsillo.

—¿A qué potencias van dirigidos?
—preguntó el rey.

—A España, al Austria, a la Prusia y a Inglaterra.

—Leedlos.

Dumouriez volvió a mirar hacia la cortina, y por el movimiento de esta conoció que alguien escuchaba.

Sin embargo, empezó a leer los despachos con voz serena.

El ministro hablaba en nombre del rey, pero en el sentido de la Constitución; sin amenaza, pero sin

debilidad.

Discutía los verdaderos intereses de cada potencia relativos a la revolución francesa.

Como todos los gobiernos se quejaban de los folletos de los Jacobinos, achacaba esas despreciables injurias a la libertad de la prensa, cuyo brillo hace resaltar muchas impurezas, pero al mismo tiempo madurar ricas mies.

En fin, el ministro pedía la paz, pero sin debilidad y en nombre de una nación libre, cuyo representante hereditario era el rey.

Este escuchó el contenido de

aquellos escritos con la mayor atención.

—Ciertamente, general, hasta el día no he oído nada que se parezca a eso.

—¡Ah! —dijo Cahier de Gerville—, de ese modo deben los ministros hablar y escribir siempre en nombre de los reyes.

—Pues bien; dadme esos despachos —dijo el rey—, mañana se mandarán a su destino.

—Señor, los correos están preparados y esperan en el patio de las Tullerías —contestó Dumouriez.

—Me alegraría tener una copia para enseñarla a la reina —repuso el rey con cierto embarazo.

—Ya he previsto los deseos de Vuestra Majestad; aquí tengo cuatro copias certificadas por mí.

—En ese caso, expedid los despachos.

Al llegar Dumouriez a la puerta por donde entró, un edecán^[48], que esperaba, le entregó varias cartas.

Un momento después se oyó el galope de algunos caballos que salían juntos del patio de las Tullerías.

—Enhorabuena —dijo el rey al oír este ruido significativo—, vamos ahora a vuestro ministerio.

—Señor —dijo Dumouriez—, desearía que Vuestra Majestad rogase al

señor Cahier de Gerville que permanezca con nosotros.

—Ya le he manifestado mi deseo — contestó el rey.

—Y yo, señor, me veo obligado a persistir en mi renuncia, porque mi salud se debilita de día en día y necesito algún descanso.

—Ya lo oís —dijo el rey volviéndose a Dumouriez.

—Sí, señor.

—¡Y bien! —dijo el rey—, ¿vuestros ministros?...

—El señor de Grave consiente en continuar.

Este extendió la mano:

—Señor —dijo—, el lenguaje del señor Dumouriez os ha admirado por su franqueza, y el mío os admirará más por su humildad.

—Hablad.

—He aquí, señor —dijo Grave, sacando de su bolsillo un papel, he aquí una apreciación—, tal vez algo más severa, que una mujer de mérito hace de mí; tened la bondad la bondad de leerla.

El rey tomó el papel y leyó:

«De Grave es ministro de la guerra; bajo todos conceptos es un hombre muy corto: la naturaleza le ha hecho dulce y tímido; sus preocupaciones le imponen el orgullo, al mismo tiempo que su

corazón le inspira la amabilidad. De esto resulta que, entorpecido para conciliar las cosas ese hombre es absolutamente nulo. Me parece que lo estoy viendo seguir al rey como cortesano, con la cabeza erguida sobre su débil cuerpo, enseñando el blanco de sus ojos azules, que no puede tener abiertos después de comer sino con el auxilio de tres o cuatro tazas de café; habla poco, simulando reserva, pero en realidad carece de ideas y pierde tan fácilmente la cabeza en los negocios de su departamento, que un día u otro querrá retirarse».

En efecto, Luis XVI, que había

titubeado en leer hasta el fin, y que solamente continuó a instancias de Grave, veía aquí una verdadera apreciación de mujer.

—¿Será de *madame* Stael? —dijo.

—No, señor, todavía es más extraordinario, es de *madame* Roland.

—Y ¿decís que tal es vuestra opinión sobre vos mismo?

—En muchos puntos, señor. Me quedaré en el ministerio hasta el momento en que yo ponga a mi sucesor al corriente de los negocios; después rogaré a Vuestra Majestad que admita mi dimisión.

—Tenéis razón; vuestro lenguaje es

más extraño que el del señor Dumouriez. Me alegraría que tuvieseis un sucesor elegido por vos, si persistís en vuestro deseo.

—Señor, voy a suplicar a Vuestra Majestad que me permita presentarle al señor Servan, que es un hombre de bien en toda la acepción de la palabra; carácter ardiente, costumbres puras, austero como un filósofo y bondadoso como una mujer; además de esto, señor, es un patriota ilustrado, un valiente militar y un ministro vigilante.

—Vaya, ya tenemos tres ministros: el señor Dumouriez, de Estado; el señor Servan, de Guerra; el señor Lacoste, de

Marina. ¿A quién pondremos en Hacienda?

—Señor, si Su Majestad gusta, propondré al señor Clavières, que es un hombre de grandes conocimientos en el ramo, y que posee inmensa habilidad en el manejo del tesoro.

—Sí, en efecto —repuso el rey—, se dice que es un trabajador activo, pero hombre irascible, testarudo, quisquilloso y difícil en la discusión.

—Señor, esos son defectos comunes a todos los hombres de gabinete.

—Pasemos por alto los defectos del señor Clavières; ya tenemos ministro de Hacienda. ¿A quién daremos la Justicia?

—Señor, me han recomendado un abogado de Burdeos, el señor Duranthon.

—De la Gironda, ¿es verdad?

—Sí, señor; es un hombre bastante ilustrado, recto y buen ciudadano, aunque débil y lento; nosotros le avisaremos y salimos garantes por él.

—¿Y el Interior?

—Señor, la opinión unánime es que esa cartera conviene al señor Roland.

—¿A *madame* Roland, queréis decir?

—A uno y a otro.

—¿Los conocéis?

—No, señor; pero según se asegura,

el uno se parece a un hombre de Plutarco, y la otra a una mujer de Tito Livio.

—¿Sabéis cómo van a llamar a vuestro ministerio, señor Dumouriez?

—No, señor.

—El ministerio *descamisado*.

—Señor, acepto la denominación; se verá que a lo menos somos hombres.

—¿Están prontos todos vuestros colegas?

—Hemos avisado a dos o tres únicamente.

—¿Y los otros aceptarán?

—Creo estar seguro de ello.

—Pues bien, buenas noches; pasado

mañana, el primer consejo.

—Señor, hasta pasado mañana.

—Ya sabéis —dijo el rey—, que tenéis hasta pasado mañana para reflexionar.

—Señor, ya lo tenemos reflexionado y sólo vendremos para dar posesión a nuestros sucesores.

Los tres ministros se retiraron.

Pero antes de llegar a la escalera principal, un ayuda de cámara que corría detrás de ellos se acercó a Dumouriez y le dijo:

—Señor general, el rey os ruega que me sigáis; desea hablar con vos.

Dumouriez saludó a sus colegas, y

quedándose atrás dijo:

—¿El rey o la reina?

—La reina, que ha creído inútil os dijese delante de esos señores que os está esperando.

Dumouriez movió la cabeza.

—¡Ah!, eso es lo que yo me temía — dijo.

—¿Rehusáis? —preguntó el ayuda de cámara, que era Weber.

—No tal, os sigo.

—Venid.

El ayuda de cámara condujo a Dumouriez a la habitación de la reina por corredores casi oscuros.

En Seguida, sin pronunciar el

nombre del general, dijo:

—Aquí está la persona que Vuestra Majestad ha enviado a llamar.

Dumouriez entró.

Su corazón latía con mucha más fuerza que en los momentos de dar una carga o de subir a una brecha.

La razón era que comprendía que no había corrido jamás mayor riesgo.

El camino que acababan de mostrarle estaba lleno de cadáveres, de vivos o muertos, y podía tropezar con el cuerpo de Calonne, de Necker, de Mirabeau, de Barnave o de Lafayette.

La reina estaba muy encendida y se paseaba con mucha precipitación.

Dumouriez se detuvo en la puerta; esta se cerró.

La reina, aproximándose a él con aire irritado y majestuoso, le dijo:

—Caballero, en este momento sois poderoso; pero eso es debido al favor del pueblo, y el pueblo derriba fácilmente a sus ídolos. Se dice que tenéis mucho talento; empezad por comprender que ni yo ni el rey podemos sufrir más todas estas novedades. Vuestra constitución es una máquina neumática, en donde la monarquía se ahoga por falta de aire. Os he enviado a llamar para deciros, antes que vayáis más lejos, que toméis vuestro partido y

escojáis entre nosotros y los Jacobinos.

—Señora, siento en el alma que Vuestra Majestad me haga tan penosa confianza; pero habiendo conocido que Vuestra Majestad estaba detrás de la cortina, me esperaba lo que ahora me sucede.

—¿En ese caso habéis preparado vuestra respuesta? —dijo la reina.

—Señora, mi respuesta es que yo me encuentro entre el rey y la nación, pero ante todo pertenezco a la patria.

—¡Patria, patria! —repitió la reina—. ¿Luego el rey no es nadie para que todo el mundo pertenezca a la patria y no al soberano?

—Sí, señora, el rey es siempre rey; pero el rey ha jurado la Constitución, y desde el día en que pronunció el juramento, el rey debe ser uno de sus primeros esclavos.

—Juramento forzado, lleva consigo la nulidad.

Dumouriez guardó silencio un instante, y como cómico hábil miró a la reina con profunda compasión.

—Señora —dijo—, permitidme observar que vuestra salvación, la del rey y la de vuestros augustos hijos está unida a esa Constitución que tanto despreciáis, pero que os salvará si queréis que ella os salve. Señora, si yo

os hablase de otro modo, os serviría mal, del mismo modo que al rey.

La reina, interrumpiendo al general con un ademán impetuoso, dijo:

—Habéis equivocado el camino, os lo prevengo.

Y añadió, con un indefinible acento de amenaza:

—¡Cuidado!

—Señora —contestó Dumouriez con mucha calma—, tengo más de cincuenta años, he corrido mil riesgos, y al encargarme del ministerio he pensado que la responsabilidad ministerial no era el mayor de los peligros que corría.

—¡Ah! —exclamó la reina, dando

una palmada—, no os faltaba más que calumniarme.

—¡Calumniaros, señora!

—¿Sí, queréis que os explique el sentido de las palabras que acabáis de pronunciar?

—Decid, señora.

—Acabáis de decir que soy capaz de haceros asesinar, ¡oh, oh, caballero!

Y dos gruesas lágrimas se deslizaron de los ojos de la reina.

Dumouriez se había excedido bastante; pero sabía ya lo que quería, es decir, si quedaba alguna fibra sensible en el fondo del corazón de la reina.

—Dios me libre —dijo—, de hacer

semejante injuria a Vuestra Majestad. Vuestro carácter, señora, es demasiado grande y noble para inspirar tales sospechas al más cruel de vuestros enemigos; y habéis dado de ello pruebas heroicas que yo he admirado, y que han sido la causa de mi fiel adhesión.

—¿Decís la verdad? —preguntó María Antonieta con voz conmovida.

—¡Oh, señora!, ¡os lo juro por mi honor!

—En ese caso, excusadme y dadme vuestro brazo; estoy tan débil que hay momentos en que me parece que voy a desfallecer.

Y, en efecto, palideció y echó la

cabeza hacia atrás.

¿Era esto una realidad, o uno de aquellos juegos terribles en que era tan hábil la seductora Medea? Dumouriez, por muy diestro que fuese, se dejó engañar, o tal vez siendo más diestro que la reina, lo fingió así.

—Creedme, señora, yo no tengo el menor interés en engañaros. Detesto la anarquía y los crímenes tanto como vos; tengo experiencia y estoy en mejor disposición que Vuestra Majestad para juzgar los acontecimientos; lo que está pasando no es una intriga del duque de Orleáns, como han querido haceros creer, ni un efecto del encono del señor

Pitt, como habéis supuesto; no es tampoco un movimiento popular momentáneo; sino la insurrección casi unánime de una gran nación contra abusos inveterados; sé muy bien que en medio de todo eso hay personas que atizan el incendio; pero dejemos a un lado los malvados y los locos, y no consideremos más que al rey y a la nación en la revolución que se está haciendo; todo lo que tiende a separarlos, tiende a su mutua ruina. Yo, señora, sólo he venido a trabajar con todas mis fuerzas para reunirlos; ayudadme en vez de oponeros. ¿Desconfiáis de mí? ¿Soy un obstáculo a

vuestros proyectos
contrarrevolucionarios? Decídmelo,
señora, decídmelo, y en el acto daré mi
dimisión, para retirarme a llorar en un
rincón la suerte de la patria y la vuestra.

—No, no —dijo la reina—, quedaos
y perdonad.

—¿Yo perdonar? Señora, os suplico
que no os humilléis de ese modo.

—Y ¿por, qué no he de humillarme?
¿Soy yo todavía una reina? ¿Soy
siquiera una mujer?

María Antonieta se dirigió a una
ventana y la abrió, a pesar del frío que
hacía; la luna plateaba la cima de los
desnudos árboles de las Tullerías.

—Todo el mundo tiene derecho al aire y al sol, ¿no es verdad? —continuó la reina—, pues bien, sólo a mí se rehúsa ese aire y ese sol; no me atrevo a asomarme a la ventana, ni por el lado del patio ni por el del jardín. Anteayer me asomé al patio, y un artillero de la guardia me insultó, diciendo: «¡Qué gusto tendría en llevar su cabeza en la punta de mi bayoneta!». Ayer me asomé al jardín; a un lado vi a un hombre subido en una silla, que leía horrores contra nosotros, y al otro a un eclesiástico, que arrastraban hacia el estanque, llenándole de injurias, improperios y golpes; y al mismo

tiempo, como si estas escenas fuesen naturales, algunas personas, sin pensar en ello, jugaban a la pelota o se paseaban tranquilamente. ¡Qué tiempos! ¡Qué morada! ¡Qué pueblo! Y ¿queréis que yo me crea todavía reina y mujer?

Y la reina se dejó caer en un canapé, ocultando la cabeza entre sus manos.

Dumouriez hincó la rodilla, cogió respetuosamente el extremo del vestido de María Antonieta y le besó, diciendo:

—Señora, desde el momento en que me encargo de sostener la lucha, o volveréis a ser mujer feliz y reina poderosa, o yo perderé mi vida en la demanda.

Y levantándose, saludó respetuosamente a la reina, y salió.

María Antonieta le siguió con una mirada de desesperación.

—¡Reina poderosa —murmuró—, tal vez podrá ser, gracias a tu espada; pero mujer feliz, jamás, jamás!

Y dejó caer la cabeza sobre los almohadones del canapé, pronunciando un nombre que desde su ausencia le era cada día más querido y más doloroso: el de Charny.

Capítulo CXXXII

EL GORRO FRIGIO

Dumouriez se retiró cuanto antes, porque la desesperación de la reina le era muy penosa; poco afecto a las ideas, lo era mucho a las personas; no tenía el menor conocimiento de la conciencia política, pero era muy accesible a la compasión humana; además, Brissot le estaba esperando para presentarle a los Jacobinos. Dumouriez no quería tardar en hacer sumisión al terrible club.

En cuanto a la Asamblea, esta le importaba poco desde el momento en que era el hombre de Pétion, de Gensonné, de Brissot y de la Gironda.

Pero no era el hombre de Robespierre, de Collot-d'Herbois y de Couthon, y estos eran precisamente los que dirigían a los Jacobinos.

Su presencia no estaba prevista; era una cosa demasiado audaz que un ministro del rey viniese a los Jacobinos; así es que apenas se pronunció su nombre, cuando las miradas de todos se dirigieron hacia él.

¿Qué iba a hacer Robespierre al verle?

Robespierre volvió la cara como los demás; puso atención al oír el nombre que pasaba de boca en boca, y frunciendo las cejas volvió a quedar frío y silencioso.

En toda la sala reinó un silencio profundo.

Dumouriez comprendió que debía hacer el último esfuerzo.

Los Jacobinos acababan de adoptar el gorro frigio como signo de igualdad; sólo dos o tres creyeron que su patriotismo era bastante conocido para no necesitar de esa prueba.

Robespierre fue uno de ellos.

Dumouriez no titubeó; arrojó lejos

de sí su sombrero, tomó de la primera cabeza que vio más cerca un gorro colorado, se lo encajó hasta las orejas, y subió a la tribuna adornado con este signo de igualdad.

Los aplausos fueron unánimes.

Algo semejante al silbido de una víbora se deslizó en medio de aquellos aplausos y los extinguió de pronto.

Era el *chist* salido de los delgados labios de Robespierre.

Dumouriez confesó después más de una vez que el silbido de las balas al pasar sobre su cabeza, no le aterrorizó tanto como ese *chist* que se escapó de la boca del diputado de Arras.

Pero Dumouriez era un hombre intrépido, general y orador a un mismo tiempo, difícil de desmontar en el campo de batalla y en la tribuna.

Esperó con tranquila sonrisa que el silencio quedase definitivamente restablecido; después, con voz vibrante, dijo:

—Hermanos y amigos, todos los momentos de mi vida quedan consagrados desde hoy a cumplir la voluntad del pueblo y a justificar la confianza del rey constitucional. En mis negociaciones con los países extranjeros emplearé toda la fuerza de un pueblo libre, y estas negociaciones tendrán por

resultado dentro de poco una sólida paz o una guerra decisiva.

Los aplausos se reprodujeron, a pesar de Robespierre.

—Si tenemos la guerra —continuó el orador—, arrojaré mi pluma política y volveré al ejército para triunfar o morir libre con mis hermanos. Un gran peso gravita sobre mis hombros: ayudadme a llevarlo, hermanos; necesito consejos; dádmelos por medio de vuestros periódicos; decidme la verdad, por dura que sea; rechazad la calumnia, pero no a un ciudadano cuya intrepidez y sinceridad os son bien conocidas, ni a un hombre consagrado a la causa de la

revolución.

Había concluido; el general bajó de la tribuna cubierto de aplausos; estos irritaron a Collot-d'Herbois, cómico tantas veces silbado y raras veces aplaudido.

—¿A qué vienen esos aplausos? — exclamó desde su sitio—. Si Dumouriez viene aquí como ministro, nada hay que responderle; si como afiliado o como hermano, cumple con su deber y se pone al nivel de nuestras opiniones; sólo tenemos una contestación que dar: «Que obre como ha hablado».

Dumouriez hizo con la mano una seña, que quería decir: «Eso es lo que

pienso hacer».

En seguida Robespierre se levantó con risa severa; como todo el mundo comprendió que quería subir a la tribuna, le hicieron paso, y cuando manifestó que su ánimo era hablar, todos quedaron silenciosos; con la diferencia que este silencio, comparado con el que acogió a Dumouriez, era dulce y le alentaba.

Robespierre subió, pues, a la tribuna, y con la solemnidad que le era habitual, dijo:

—No soy de aquellos que creen absolutamente imposible que un ministro sea patriota, y aun acepto con placer las

ofertas que el general ha hecho. Cuando las realice, cuando haya deshecho a los enemigos armados contra nosotros por sus antecesores y por los conjurados que dirigen hoy el gobierno, a pesar de la expulsión de algunos ministros, *entonces*, sólo entonces estaré dispuesto a elogiarle; pero aun en ese caso, no creeré que todo buen ciudadano perteneciente a esta sociedad sea igual; sólo el pueblo es grande, sólo él es respetable a mis ojos; los atavíos del poder ministerial se desvanecen en su presencia. Por respeto a este pueblo, y aun por respeto al ministro, pido que no se señale su entrada en este lugar con

homenajes que puedan indicar la decadencia del espíritu público. Nos pide consejos: por mi parte prometo dárselos que sean útiles a la causa propia y a él mismo. En tanto que el señor Dumouriez, mediante pruebas irrecusables de patriotismo, y sobre todo, mediante servicios reales hechos a la patria, pruebe que es hermano de los buenos ciudadanos y el defensor del pueblo, no hallará aquí más que apoyo; no temo la presencia de ningún ministro, pero declaro que desde el momento en que un ministro tenga en este sitio más ascendiente que un ciudadano, pediré su ostracismo.

Y en medio de los aplausos, el orador bajó de la tribuna; pero le esperaba un lazo en el último escalón.

Dumouriez fingió estar entusiasmado, abrió los brazos y dijo:

—¡Virtuoso Robespierre, incorruptible ciudadano, permíteme que te abrace!

A pesar de los esfuerzos del delicado diputado de Arras, el general le estrechó contra su corazón.

Todo el mundo presenció este acto, pero nadie vio la repugnancia que Robespierre mostraba para dejar llevarlo a cabo.

Todos los asistentes prorrumpieron

en ruidosos aplausos.

—Ven —dijo Dumouriez en voz baja a Brissot—, ya se ha verificado la farsa; habiéndome puesto el gorro colorado y abrazado a Robespierre, estoy consagrado.

Y salió en medio de los aplausos de la sala y de las tribunas.

A la salida, un joven con las insignias de ujier le miró y apretó su mano al ministro con suma rapidez.

Este joven era el duque de Chartres.

Eran ya las once de la noche. Dumouriez, guiado por Brissot, se dirigió a casa de Roland.

Como sabemos, vivía en la calle

Guénegaud.

Roland había sido prevenido la víspera por Brissot, que Dumouriez, a instancias de Gensonné y suyas, debía presentarle al rey en calidad de ministro del Interior.

Brissot le preguntó si se sentía con fuerzas bastantes para cargar con ese peso; Roland respondió entonces, como siempre, que se creía capaz de ello.

Dumouriez iba a anunciarle que todo estaba hecho.

Roland y Dumouriez sólo se conocían de nombre, pero no se habían visto jamás; de aquí debe deducirse la gran curiosidad que animaba a los dos.

Después de los cumplimientos de costumbre, en los cuales Dumouriez testificó a Roland la particular satisfacción que experimentaba en ver a un hombre tan ilustrado y virtuoso formar parte del gobierno, la conversación recayó naturalmente sobre el monarca.

—De ahí vendrá el obstáculo —dijo Roland sonriéndose.

—Pues bien; vais a oír una sencillez que no me hace honor en verdad: yo creo al rey hombre de bien y patriota sincero —exclamó Dumouriez.

Viendo que *madame* Roland no contestaba, sino que se limitaba a

sonreírse, añadió:

—¿No sois de ese parecer?

—¿Habéis visto al rey? —preguntó *madame* Roland.

—Sí.

—¿Y a la reina?

Dumouriez no contestó y se contentó con reír.

Quedaron convenidos que al día siguiente se reunirían, a las once de la mañana, para prestar juramento.

Después, al salir de la Asamblea, que irían a Palacio.

Eran ya las once y media; Dumouriez hubiera querido permanecer aún en casa de los Roland, pero la hora era bastante

avanzada.

¿Con qué motivo quería quedarse Dumouriez?

Ahí está el caso.

Dumouriez, en la rápida ojeada que al entrar echó al marido y a la mujer, lo primero que observó fue la vejez de Roland, el cual tenía diez años más que el general, aunque este representaba veinte menos que él; advirtió igualmente la riqueza de formas de la mujer: esta era hija de un grabador, según hemos dicho; había trabajado desde su infancia en el taller de su padre, y después que se casó, en el de su esposo. El trabajo, rudo protector, protegió a la doncella

del mismo modo que debía proteger a la mujer.

Dumouriez pertenecía a la clase de hombres que no pueden mirar a un marido viejo sin reír, ni a una esposa joven sin apetecer.

Así es que desagradó a uno y a otra; por esa razón dieron a entender a Brissot y al general que era tarde.

Dumouriez y Brissot se retiraron.

—¿Qué piensas de nuestro colega futuro? —preguntó Roland a su mujer.

Esta se sonrió.

—Hay hombres a quienes no se necesita ver dos veces para formar una opinión sobre ellos. Seguramente tiene

talento, carácter acomodaticio y ojos falsos. A pesar de la satisfacción con que ha manifestado el encargo que debe anunciarte, no extrañaría que el día menos pensado te haga destituir.

—Precisamente ese es mi modo de ver —dijo Roland.

Uno y otro se acostaron en seguida, con su calma habitual, y sin pensar que la mano de hierro del destino acababa de escribir sus nombres en la lista fatal y sangrienta del verdugo.

Al día siguiente, el nuevo ministerio prestó juramento en la Asamblea nacional, y enseguida se dirigió a las Tullerías.

Roland, llevaba zapatos con lazos, porque probablemente no tenía hebillas, y un sombrero redondo, según tenía costumbre.

Con ese vestido fue a las Tullerías, y se colocó el último, detrás de sus colegas.

El maestro de ceremonias dejó pasar a los cinco primeros, pero detuvo a Roland.

El cual ignoraba el motivo por el cual se le rehusaba la entrada.

—Yo también soy ministro como los otros —dijo—, ministro del Interior.

Pero el maestro de ceremonias no pareció quedar convencido.

Dumouriez, que oyó ese debate, intervino.

—¿Por qué rehusáis el paso al señor Roland? —preguntó.

—¡Cómo!, ¿sin hebillas y con sombrero redondo?

—¡Ah! —respondió Dumouriez con la mayor sangre fría—: ¡Sombrero redondo y sin hebillas! ¡Todo está perdido!

Y empujó a Roland hacia el despacho del rey.

Capítulo CXXXIII

FUERA Y DENTRO

Aquel ministerio, al que tanto trabajo costaba penetrar en el despacho del rey, podía llamarse ministerio de la guerra.

El emperador Leopoldo había muerto el 1.º de marzo en medio de su harén italiano, víctima de las afrodisíacas que él mismo componía.

La reina, que leyó un día en un folleto jacobino que un pedazo de pastel

acabaría con el emperador de Austria; que había preguntado a Gilberto si existía un contraveneno universal, dijo que su hermano había sido envenenado.

Con Leopoldo acabó la política contemporizadora de Austria. Francisco II, que ascendía al trono —a quien hemos conocido, y que ha sido contemporáneo nuestro, después de haberlo sido de nuestros padres—. Tenía sangre alemana e italiana; era austríaco y nacido en Florencia; débil, violento, astuto, alma dura, ocultando su duplicidad bajo la apariencia de una plácida fisonomía, marchando como el comendador, por resortes, o como el

espectro del rey de Dinamarca, que dio su hija a su vencedor por no darle sus Estados, que le acometió en su retirada. Francisco II, en fin, el hombre de los plomos de Venecia, de los calabozos de Spitzberg, el verdugo, de Adriane y de Silvio Pellico.

He aquí al protector de los emigrados, al aliado de la Prusia y al enemigo de la Francia.

El señor de Noailles, nuestro embajador en Viena, estaba casi preso en su palacio.

Nuestro embajador en Berlín, el señor de Segur, fue precedido del rumor de que iba a aquella corte para

sorprender los secretos del rey de Prusia, constituyéndose en apasionado y despilfarrador amante de sus mancebas.

Por casualidad, ese rey las tenía.

El señor de Segur se presentó en la audiencia pública al mismo tiempo que el enviado de Coblenza.

El rey de Prusia volvió la espalda al embajador de Francia, y preguntó en alta voz al enviado cómo estaba el conde de Artois.

En aquella época la Prusia creía, como cree hoy, estar a la cabeza del progreso alemán; vivía de las extrañas tradiciones filosóficas del rey Federico, y animando la resistencia de los turcos y

las revoluciones de los polacos; al mismo tiempo que sofoca la libertad, de los holandeses, pesca siempre en el agua turbia de las revoluciones, ya en Neufchatel, ya una parte de la Pomerania o de la Polonia.

Francisco II y Federico Guillermo eran los enemigos visibles de Francia, al mismo tiempo que Inglaterra, Rusia y España eran los invisibles.

El jefe de esta coalición debía ser el belicoso rey de Suecia, gigante armado que se llamaba Gustavo III, a quien Catalina II tenía bajo su mano.

La presencia de Francisco II en el trono de Austria, se manifestó por la

siguiente nota diplomática:

1.º Compensar a los príncipes alemanes posesionados en el reino de otro modo; reconocer el vasallaje imperial en medio de nuestros departamentos, tolerar al Austria en Francia.

2.º Devolver Aviñón, para que, como antiguamente, quede desmembrada la Provenza.

3.º Restablecer la monarquía bajo el pie en que estaba el 23 de junio de 1789.

Era evidente que esta nota coincidía con los secretos deseos del rey y de la reina.

Dumouriez se encogió de hombros.

Parecía que Austria se había dormido el 23 de junio, y después de un sueño de tres años creía despertarse el 24.

El 16 de marzo de 1792, Gustavo fue asesinado en un baile de máscaras.

Al día siguiente del asesinato, es decir, cuando aún se ignoraba en Francia, Dumouriez recibió la nota.

Y la puso en manos de Luis XVI.

Tanto como María Antonieta, mujer de partidos extremos, deseaba la guerra,

creyéndola su salvación, tanto la temía el rey, hombre de partidos moderados, de calma y de tergiversaciones.

En efecto; si se declaraba la guerra y se obtenía una victoria, Luis XVI quedaba a merced del vencedor; y si sufría una derrota, el pueblo le haría responsable de ella, le calificaría de traidor y atacaría a las Tullerías.

En fin, si el enemigo llegaba hasta París, ¿a quién traería consigo?

Al hermano del rey, es decir, al regente del reino.

Luis XVI, destronado; María Antonieta, procesada como esposa adúltera; los hijos de Francia

declarados tal vez hijos adulterinos; tales eran los resultados que obtendría la emigración a su entrada en París.

El rey se fiaba de los austríacos, de los alemanes y de los prusianos, pero desconfiaba de los emigrados.

Al leer la nota comprendió que había llegado la hora de desenvainar la espada de Francia, y que no había medio de retroceder.

El 20 de abril el rey y Dumouriez entraron en la Asamblea nacional, llevando en la mano la declaración de guerra contra el Austria.

Esta declaración fue recibida con el mayor entusiasmo.

Prescindiendo absolutamente ahora de la novela y consagrándonos a trazar los acontecimientos históricos, diremos que en aquel momento solemne existían en Francia cuatro partidos bien marcados:

Los realistas absolutos; la reina lo era.

Los realistas constitucionales; el rey pretendía serlo.

Los republicanos.

Los anarquistas.

Los realistas absolutos, prescindiendo de la reina, no tenían jefes conocidos en Francia. Tan sólo estaban representados en el extranjero

por los condes de Provenza y de Artois, por el príncipe de Condé y por el duque Carlos de Lorena.

El señor de Breteuil en Viena, y el señor Merci d'Argenteau en Bruselas, eran los representantes de la reina cerca de ese partido.

Los jefes del partido constitucional, Lafayette, Bailly, Barnave, Lameth, y en fin, los Fuldenses.

El rey no deseaba más que renunciar a la monarquía absoluta y marchar con ellos; pero se inclinaba más bien a quedarse detrás que no a ir delante.

Los jefes del partido republicano, eran: Brissot, Vergniaud, Gúadet, Pétion,

Roland, Isnard, Ducos, Condorcet y Couthon.

Los jefes de los anarquistas, Marat, Danton, Santerre, Gouchon, Camilo Desmoulins, Hebert, Legendre, Fabre d'Eglantine y Collot-d'Herbois.

Dumouriez será lo que se quiera, con tal que encuentre interés y renombre.

Robespierre ha vuelto a la sombra, y espera.

¿A quién se iba a entregar ahora la bandera de la revolución, que trataba de agitar Dumouriez, ese vago patriota, en la tribuna de la Asamblea?

A Lafayette, el hombre del Campo de Marte.

¡A Luekner! Francia no le conocía sino por el mal que había hecho como partidario durante la guerra de los siete años.

A Rochambeau, que no quería más guerra que la defensiva, y a quien mortificaba ver a Dumouriez dirigir sus órdenes a sus oficiales sin someterlas a la censura de su antigua experiencia.

Estos eran los tres hombres que mandaban los tres cuerpos de ejército dispuestos a entrar en campaña.

Lafayette, encargado del centro, debía descender rápidamente por el Meuse, avanzando desde Givet a Namur.

Luekner guardaba el Franco

Condado.

Y Rochambeau, Flandes.

Lafayette, apoyado por las fuerzas que Rochambeau enviaría de Flandes, a las órdenes de Biron, se apoderaría de Namur, marchando después sobre Bruselas, donde le esperaba con los brazos abiertos la revolución del Brabante.

Lafayette tenía la mejor posición: estaba en la vanguardia, y para él reservaba Dumouriez la primera victoria.

Esta victoria le hacía general en jefe.

Lafayette con este mando, y

Dumouriez ministro de la Guerra, se podía arrojar el gorro frigio a las ortigas, pues con una mano se aplastaba a la Gironda y con la otra a los Jacobinos.

La contrarrevolución estaba hecha.

Pero ¿y Robespierre?

Ya hemos dicho que había vuelto a la sombra, y muchos aseguraban que existía un paso subterráneo desde la tienda del carpintero Duplay a la morada de Luis XVI.

¿No se debía a esto la pensión pagada más tarde por la señora duquesa de Angulema a la señorita de Robespierre?

Pero esta vez, como siempre, Lafayette faltó a Lafayette.

Además, se trataba de hacer la guerra con partidarios de la paz; los proveedores eran particularmente amigos de nuestros enemigos; de buena gana habrían dejado a nuestras tropas sin víveres ni municiones, y esto fue lo que hicieron para asegurar el pan y la pólvora a los prusianos y a los austriacos.

Además, notad bien que el hombre de los sordos manejos y de los actos tenebrosos, Dumouriez, no descuidaba sus relaciones con los Orleáns, y ellas fueron la causa de su pérdida.

Biron era un general orleanista.

De este modo, orleanistas y Fuldenses, Lafayette y Biron, debían dirigir los primeros golpes con sus espadas, y entonar después el himno de la primera victoria.

El 28 de abril, por la mañana, Biron se apoderó de Quievrain y marchó sobre Mons.

Al día siguiente, 29, Teobaldo Dillon se dirigió desde Lille sobre Tournay.

Biron y Dillon eran dos aristócratas, dos gallardos mozos de gran valor, astutos, chistosos, de la escuela de Richelieu el uno, franco en sus

opiniones patrióticas, y el otro sin haber tenido tiempo para conocer las suyas propias; este debía morir asesinado.

Ya hemos dicho en alguna parte que los dragones eran el alma aristocrática del ejército; dos regimientos de dragones marchaban a la cabeza de tres mil hombres de Biron.

De repente, sin ver siquiera al enemigo, los dragones comienzan a gritar: «¡Sálvese quién pueda! ¡Nos han vendido!».

Después vuelven grupas, pasan gritando siempre sobre la infantería, derribándola en parte; todos creen que se les persigue, y huyen a su vez.

El pánico es completo.

Lo mismo sucede con Dillon.

Este último encuentra un cuerpo de novecientos austríacos; los dragones de su vanguardia sienten miedo y huyen, arrastrando tras sí la infantería; abandonan furgones, artillería y equipo, y no se detienen hasta llegar a Lille.

Una vez aquí, los fugitivos atribuyen la cobardía a sus jefes; asesinan a Teobaldo Dillon y al teniente coronel Bertois, y después entregan sus cuerpos al populacho de Lille, que los ahorca y baila alrededor de sus cadáveres.

¿Por quién había sido organizada esta derrota, que tenía por objeto hacer

vacilar a los patriotas e inspirar confianza al enemigo?

La Gironda, que había querido la guerra, y que se desangraba por los dos lados de la doble herida que acababa de recibir; la Gironda —y forzoso es decirlo, todas las apariencias le daban razón— acusó a la corte, es decir, a la reina.

Su primera idea fue devolver a María Antonieta golpe por golpe.

Pero se había dejado a la monarquía tiempo para revestir una coraza mucho más sólida que aquel peto que la reina había preparado para el rey, reconociéndole una noche con Andrea,

para ver si era a prueba de bala.

María Antonieta había reorganizado poco a poco aquella famosa guardia constitucional autorizada por la Constituyente, y contaba ya con cerca de seis mil hombres.

Y ¡qué hombres! Quimeristas y maestros de armas que iban a insultar a los representantes patriotas hasta en los bancos de la Asamblea; caballeros bretones y vendeanos, provenzales de Nimes y de Arlés, robustos sacerdotes que, bajo el pretexto de rehusar el juramento, habían arrojado la sotana, tomando, en vez del hisopo, la espada, el puñal y la pistola; y además todo un

mundo de caballeros de San Luis, salidos no se sabía de dónde, y a quienes se condecoraba sin saber por qué.

El mismo Dumouriez se queja de esto en sus memorias, diciendo: «Sea cual fuere el gobierno que substituya al que existe, no podrá rehabilitar esa hermosa y desgraciada cruz que tanto se prodiga». Se habían dado seis mil en dos años.

Tanto fue así, que el ministro de Negocios extranjeros rehusó el gran cordón y propuso que se le diera al señor de Watteville, mayor del regimiento suizo de Ernesto.

Era preciso comenzar por romper la coraza, y después se podría herir al rey y a la reina.

De repente circula el rumor de que en la antigua Escuela militar había una bandera blanca, y que esta bandera, la cual se debía enarbolar de continuo, había sido dada por el rey. Esto recordaba la escarapela negra del 5 y 6 de octubre.

Se extrañaba tanto, dadas las opiniones contrarrevolucionarias conocidas en el rey y la reina, no ver flotar aquella bandera blanca en las Tullerías, que se sospechaba que el mejor día ondearía en algún otro

monumento.

Al tener conocimiento de la existencia de aquella bandera, el pueblo se dirigió al cuartel.

Los oficiales quisieron resistirse; pero los soldados les abandonaron.

Se encontró una banderita blanca, de la dimensión de una mano, que había sido clavada en un pastel regalado por el delfín; pero además de ese trapo sin la menor importancia, halláronse muchos himnos en honor del rey, no pocas canciones injuriosas para la Asamblea, y miles de hojas contrarrevolucionarias. Bazire da cuenta del hecho a la Asamblea; la guardia del

rey profiere gritos de alegría al saber la derrota de Tournay y de Quievrain; manifiesta la esperanza de que dentro de tres días se tomará Valenciennes, y que a los quince el extranjero estará en París.

Aún hay más: un caballero de aquella guardia, buen francés, llamado Joaquín Murat, que había querido entrar en una verdadera guardia constitucional, como lo indicaba su título, presenta su dimisión, porque se ha querido ganarle con dinero para que fuese a Coblenza.

Aquella guardia es un arma terrible en manos del rey. ¿No podría, por una orden del soberano, marchar contra la Asamblea, cercar el Picadero, hacer

prisionero a los representantes de la nación, o matarlos desde el primero hasta el último? Y menos que esto, ¿no le sería dado apoderarse del rey, salir con él de París, conducirlo a la frontera, e intentar una segunda fuga de Varennes, que esta vez tuviera buen resultado?

Por eso el 22 de mayo, es decir, tres semanas después del doble descalabro de Tournay y de Quievrain, Pétion, el nuevo alcalde de París, el hombre nombrado por la influencia de la reina, aquel que la trajo de Varennes, y a quien ella protege por odio al que la dejó huir, Pétion escribe al comandante de la guardia nacional, manifestando

claramente sus temores respecto a la marcha posible del rey, e invitándole *a observar, vigilar y multiplicar las patrullas en los alrededores...*

¿Vigilar y observar qué? Pétion no lo dice.

¿Multiplicar las patrullas de los alrededores de dónde? Tampoco se indica nada.

¿Mas para qué nombrar las Tullerías y el rey?

¿A quién se observará? ¡*Al enemigo!*

¿En torno de quién se multiplicarán las patrullas? ¡*Alrededor del campo enemigo!*

¿Cuál es el campo enemigo? Las

Tullerías.

¿Quién es el enemigo? El rey.

He aquí planteada la gran cuestión.

¡Pétion, el abogadillo de Chartres, hijo de un procurador, es quien la presenta al descendiente de San Luis, al nieto de Luis XIV, al rey de Francia!

Y este último se queja, porque comprende que esa voz habla más alto que la suya; y se queja en una carta que el directorio del departamento manda pegar en las esquinas de París.

Pero Pétion no se inquieta en modo alguno, no contesta, y mantiene su orden.

De modo que Pétion es el verdadero rey.

Si lo dudáis, ahora tendréis la prueba de ello.

En el informe de Bazire se pide la supresión de la guardia constitucional del rey, y que se decrete el arresto del señor de Brissac, su jefe.

El hierro estaba caliente, y los Girondinos le batieron como vigorosos herreros.

Para ello se trataba de ser o no ser.

El decreto fue expedido el mismo día, se licenció la guardia constitucional, ordenóse la detención del duque de Brissac, y confiése de nuevo a la guardia nacional la custodia de las Tullerías.

¡Oh, Charny, Charny! ¿Dónde estás, tú que en Varennes estuvistes a punto de salvar a la reina con tus trescientos jinetes? ¿Qué hubieras hecho en las Tullerías con seis mil hombres?

Charny vivía feliz, olvidándolo todo en los brazos de Andrea.

Capítulo CXXXIV

LA CALLE GUÉNEGAUD Y LAS TULLERÍAS

Ya se recordará la dimisión presentada por de Grave; el rey la rehusó casi, y Dumouriez la rechazó completamente.

Este último había tenido empeño en conservar a de Grave, que era su hombre, y le conservó, en efecto; pero al recibirse la noticia del doble descalabro

de que hemos hablado, debió sacrificar a su ministro de la guerra.

Y le abandonó, como pastel arrojado al Cerbero de los Jacobinos para que dejase de ladrar.

En su lugar puso al coronel Servan, exdirector de los pajes, después de proponerlo al rey.

Sin duda ignoraba qué hombre comenzaba a ser su colega, y qué golpe iba a dirigir a la monarquía.

Mientras que la reina vigilaba en las buhardillas del palacio, mirando el horizonte con la esperanza de ver aquellos austriacos tan esperados, otra mujer velaba en su saloncito de la calle

Guénegaud.

La una era la contrarrevolución; la otra la revolución.

Ya se comprenderá que de *madame* Roland es de quien hablamos.

Ella era la que había empujado a Servan hacia el ministerio, así como *madame* de Stael empujó a Narbona.

La mano de las mujeres está por todas partes en los tres terribles años del 91, 92 y 93.

Servan no salía del salón de *madame* Roland; así como todos los Girondinos, de los cuales eran el aliento, la luz, la Egeria^[49], inspirábase en aquella alma valerosa que ardía de

continuo sin consumirse nunca.

Decíase que era la querida de Servan; pero ella, tranquilizada por su conciencia, sonreía a la calumnia.

Diariamente veía a su esposo fatigado de la lucha; Roland se veía arrastrado hacia el abismo con su colega Clavières, y sin embargo, nada era visible, todo se podía negar.

La noche en que Dumouriez fue a ofrecerle la cartera del Interior, había impuesto sus condiciones.

—No tengo más fortuna que mi honor —había dicho—, y quiero que este salga intacto del ministerio. Un secretario asistirá a todas las

deliberaciones del consejo, para consignar los pareceres de cada uno, y así se verá si faltó alguna vez al patriotismo y a la libertad.

Dumouriez consintió, comprendiendo que era necesario cubrir su impopularidad bajo el manto girondino; era uno de esos hombres que prometen siempre, a riesgo de no cumplir sino lo que permiten las conveniencias.

Como Dumouriez no cumplió, Roland había pedido inútilmente su secretario.

Y no pudiendo obtener su archivo secreto, apeló a la publicidad.

Había fundado un diario, *El Termómetro*; pero no se le ocultaba a él mismo que la revelación inmediata de lo que se tratara en tal o cual sesión del consejo, hubiera sido una traición en favor del enemigo.

El nombramiento de Servan venía en su auxilio.

Mas no era suficiente; neutralizado por Dumouriez, el consejo no avanzaba nada.

La Asamblea acababa de dar un golpe al licenciar la guardia constitucional, reduciendo después a prisión al duque de Brissac.

Roland, al volver a reunirse con

Servan en la noche del 29 de mayo, llevó la noticia a su casa.

—¿Qué se ha hecho de los guardias licenciados? —preguntó *madame* Roland.

—Nada.

—¿Es decir que están libres?

—Sí; pero han debido dejar el uniforme azul.

—Mañana tomarán el encarnado y se pasearán como suizos.

Al día siguiente, en efecto, se veían uniformes suizos en las calles de París.

Los guardias licenciados habían vestido otro uniforme, y esto era todo.

Estaban allí, en la capital, alargando

la mano al extranjero, haciéndole señas para que viniese, y dispuestos a facilitarles la entrada por las barreras.

Roland y Servan no veían remedio alguno para esto.

Madame Roland cogió una hoja de papel, puso una pluma en manos de Servan, y le dijo:

—¡Escribid! «Proposición para establecer en París, con motivo de la fiesta del 14 de julio, un campamento de veinte mil voluntarios...».

Servan dejó caer la pluma antes de terminada la frase.

—¡Jamás consentirá el rey! — exclamó.

—Pero no es al rey a quien se debe proponer esta medida, sino a la Asamblea, y no se ha de reclamar como ministro, sino como ciudadano.

Al resplandor de un relámpago, Servan y Roland acababan de entrever un inmenso horizonte.

—¡Oh! —exclamó Servan—, tenéis razón; con eso y un decreto sobre los sacerdotes, el rey es nuestro.

—¿Comprendéis bien, no es verdad? Los sacerdotes son la contrarrevolución en la sociedad y en la familia, y han hecho agregar esta frase al *Credo*: «¡Los que pagan el impuesto se condenarán!». Cincuenta sacerdotes juramentados han

sido víctimas de los asesinos; sus casas fueron saqueadas y sus campos devastados desde hace seis meses. La Asamblea debe expedir un decreto urgente contra los sacerdotes rebeldes. Acabad de escribid, Servan, y Roland redactará el decreto.

Servan terminó su frase.

Roland escribía entretanto:

«La deportación del sacerdote rebelde fuera del reino se efectuará en el término de un mes, si la piden veinte ciudadanos activos, debiendo ser aprobada por el distrito y dictada por el gobierno; el deportado recibirá tres libras diarias para gastos de viaje hasta

la frontera».

Servan leyó su proposición sobre el campamentos de veinte mil voluntarios.

Roland leyó su proyecto de decreto sobre la deportación de los sacerdotes.

Toda la cuestión estaba en esto.

¿Procedía el rey francamente, o hacía traición?

Si era verdaderamente constitucional, sancionaría los dos decretos.

De lo contrario, opondría su *veto*.

—Yo firmaré la proposición sobre el campamento como ciudadano —dijo Servan.

—Y Vergniaud propondrá el decreto

sobre los sacerdotes —dijeron a la vez el marido y su esposa.

Al día siguiente, Servan hizo su demanda a la Asamblea.

Vergniaud guardó el decreto en su bolsillo, prometiendo presentarle cuando fuera oportuno.

La noche en que se envió la proposición a la Asamblea, Servan entró en el consejo como de costumbre.

Se sabía ya lo que acababa de hacer: Roland y Clavières le sostenían contra Dumouriez, Lacoste y Duranthon.

—¡Oh!, acercaos, caballero — exclamó Dumouriez—, y dad cuenta de vuestra conducta.

—¿A quién?, si os place —replicó Servan.

—¡Pues al rey, a la nación, a mí!
Servan sonrió.

—Caballero —añadió Dumouriez —, hoy habéis dado un paso importante.

—Sí —contestó Servan—, ya sé, caballero, que es de la más alta importancia.

—¿Habéis tomado las órdenes del rey para proceder así?

—No, caballero, lo confieso.

—¿Habéis pedido parecer a vuestros colegas?

—Tampoco; lo confieso igualmente.

—Pues entonces, ¿por qué habéis

procedido así?

—Porque, era mi derecho como particular y como ciudadano.

—Y ¿en calidad de tal habéis presentado esa proposición incendiaria?

—Sí.

—Y ¿por qué habéis unido a vuestra firma el título de *ministro de la guerra*?

—Porque deseaba probar a la Asamblea que estaba dispuesto a prestar mi apoyo como ministro a lo que pedía como ciudadano.

—Caballero —replicó Durmouriez, lo que habéis hecho es a la vez propio de un mal ciudadano y de un mal ministro.

—Permitidme —contestó Servan—, que yo sólo sea juez de las cosas que se relacionan con mi conciencia; si debiera buscar alguno en cuestión tan delicada, trataría de que no se llamara a Dumouriez.

Este último palideció y dio un paso hacia Servan.

El ministro acercó la mano a la empuñadura de su espada; Durmouriez hizo lo mismo.

En aquel momento entró el rey.

No conocía aún la proposición de Servan, y todos guardaron silencio.

Al día siguiente se discutió en la Asamblea el decreto en que se pedía la

reunión de veinte mil federados en París.

El rey quedó consternado al recibir esta noticia, y mandó llamar a Dumouriez.

—Sois un fiel servidor, caballero —le dijo—, y sé de qué modo habéis mirado por los intereses de la monarquía, respecto a ese miserable Servan.

—Gracias, señor —contestó Dumouriez.

Y añadió, después de una pausa:

—¿Sabe el rey que el decreto está aprobado?

—No; pero poco me importa, porque

en esta circunstancia usaré mi derecho de *veto*.

Dumouriez movió la cabeza.

—¿No es de vuestro parecer, caballero? —preguntó el rey.

—Señor —contestó Dumouriez—, sin ninguna fuerza de resistencia, en lucha como estáis contra las sospechas de la mayor parte de la nación, contra la ira de los Jacobinos y la profunda política del partido republicano, semejante resolución de vuestra parte sería una declaración de guerra.

—¡Pues bien, venga la guerra! Si la hago a mis amigos, bien puedo hacerla a mis enemigos.

—¡Señor en la una tenéis diez probabilidades de victoria, y en la otra diez de ser derrotado!

—Pero ¿no sabéis con qué objeto se piden esos veinte mil hombres?

—Si Vuestra Majestad me permite hablar libremente cinco minutos, espero probar, no solamente que sé lo que se desea, sino también que adivino lo que sucederá.

—Hablad, caballero —dijo el rey—, ya escucho.

En efecto, con el codo apoyado en el brazo de su sillón y la cabeza en la mano, Luis XVI escuchó.

—Señor —dijo Dumouriez—, los

que han solicitado ese decreto son tan enemigos de la patria como enemigos del rey.

—¡Bien lo veis —interrumpió Luis XVI—, vos mismo lo confesáis!

—Aún diré más, su realización puede producir grandes desgracias.

—¿Entonces?

—Permitid, señor...

—¡Sí, seguid, seguid!

—El ministro de la guerra es muy culpable por haber solicitado una reunión de veinte mil hombres cerca de París, mientras que nuestros ejércitos están débiles, nuestras fronteras sin guarniciones y nuestras cajas vacías.

—¡Oh! —exclamó el rey—, ya lo creo que es culpable.

—No tan sólo culpable, señor, sino también imprudente, por haber propuesto a la Asamblea la reunión de tropa sin disciplina, llamada bajo un hombre que exagerará su patriotismo, y del que el primer ambicioso podrá apoderarse.

—¡Oh!, es la Gironda que habla por la voz de Servan.

—Sí —contestó Dumouriez—, pero no es la Gironda la que se aprovechará, señor.

—¿Serán tal vez los Fuldenses los que se aprovechen?

—Ni la una ni los otros; serán los Jacobinos, cuyas filiaciones se extienden por todo el reino, y que entre veinte mil federados tendrá tal vez diecinueve mil adeptos. En su consecuencia, creedlo bien, señor, los promovedores del decreto serán derribados por este mismo.

—¡Ay!, ¡si lo creyese, me consolaría casi! —exclamó el rey.

—Por lo tanto, pienso que el decreto es peligroso para la nación, para el rey, para la Asamblea nacional, y sobre todo para sus autores, que tendrán en él su castigo. Sin embargo, mi parecer es que debéis sancionarle. Fue promovido por

una malicia tan profunda, que yo diría, señor, que en este asunto hay mano de mujer.

—¿*Madame* Roland, no es verdad? ¿Por qué las mujeres no se ocupan en hilar o hacer media, en vez de consagrarse a la política?

—¿Cómo ha de ser, señor? *Madame* de Maintenon, la marquesa de Pompadour y la condesa du Barry, les hicieron perder la costumbre... El decreto, como decía, fue promovido por una malicia profunda, discutido con encarnizamiento y adoptado con entusiasmo; todo el mundo está ciego respecto a ese condenado decreto, y

aunque opongáis vuestro *veto*, no dejará por eso de ejecutarse. En vez de los veinte mil hombres reunidos por una ley, y que por lo tanto se pondrán regularizar, de provincias llegarán en la época de la federación cuarenta mil hombre, que sin decreto podrán derribar a la vez la Asamblea, la Constitución y el trono... Si hubiéramos sido vencedores en vez de quedar derrotados —añadió Dumouriez bajando la voz—, si yo hubiese tenido un pretexto para nombrar a Lafayette general en jefe y poner bajo sus órdenes cien mil hombres, entonces, señor, yo os diría: «¡No aceptéis!». Pero estamos batidos

en el exterior y en el interior, y debo decir: «¡Aceptad!».

En aquel momento tocaron a la puerta del rey.

—¡Entrad! —dijo Luis XVI.

Era el ayuda de cámara Thierry.

—Señor —dijo—, el señor Duranthon, ministro de justicia, pide permiso para hablar a Vuestra Majestad.

—¿Qué quiere? Ved que es eso señor Dumouriez.

Este último salió.

En el mismo instante, la tapicería que ocultaba la puerta de comunicación con el aposento de la reina se levantó presentándose María Antonieta.

—¡Señor, señor —dijo—, resistios con firmeza, porque ese Dumouriez es un jacobino como los otros! ¿No se ha puesto el gorro frigio? En cuanto a Lafayette, bien sabéis que prefiero perderme sin él antes que ser salvada por su mano.

Y como se oyese los pasos de Dumouriez que se acercaba a la puerta, la tapicería volvió a caer, desapareciendo la visión.

Capítulo CXXXV

EL VETO

Cuando la tapicería acababa de bajar, abríase la puerta de nuevo.

—Señor —exclamó Dumouriez— a propuesta de Vergniaud, el decreto sobre los sacerdotes se acaba de aprobar.

—¡Oh! —exclamó el rey levantándose— es una conspiración. Y ¿cómo está concebido el decreto?

—Hele aquí, señor: Duranthon os le traía, y he pensado que Vuestra Majestad

me haría el honor de manifestar particularmente cuál es su parecer, antes de hablar en el consejo.

—Tenéis razón; dadme ese papel.

Y con voz temblorosa por la agitación, el rey leyó el decreto cuyo texto hemos dado.

Cuando hubo concluido, estrujó el papel entre sus manos y le arrojó lejos de sí.

—¡Yo no sancionaré jamás semejante decreto! —exclamó.

—Dispensad, señor —dijo Dumouriez—, que por segunda vez sea de opinión contraria a la de Vuestra Majestad.

—¡Caballero —repuso el rey—, yo puedo vacilar en materia de política, pero nunca en materia religiosa! En la primera, juzgo con mi pensamiento, y puedo engañarme; en la segunda juzgo con mi conciencia, y esta es infalible.

—Señor —contestó Dumouriez—, un año hace que habéis sancionado el decreto sobre el juramento de los sacerdotes.

—¡Oh!, caballero —exclamó el rey— entonces firmé por fuerza.

—Señor, entonces era cuando debíais oponer vuestro *veto*; el decreto de ahora no es más que una consecuencia de aquel; el primero

produjo todos los males de Francia; el segundo tiene por objeto remediarlos; es duro pero no cruel. El primero era una ley religiosa, y atacaba la libertad de pensamiento en materia de culto; el de ahora es una ley política que no concierne más que a la tranquilidad y seguridad del reino; es la seguridad de los sacerdotes no juramentados contra la persecución. Lejos de salvarlos por vuestro *veto*, les priváis del socorro de una ley, exponiéndolos a ser asesinados, a la vez que impulsáis a los franceses a convertirse en sus verdugos. Por eso, señor, y dispensad la franqueza de un soldado, mi parecer es que, habiendo

cometido la falta de sancionar el decreto sobre el juramento de los sacerdotes, vuestro *veto* aplicado al que se acaba de aprobar no podrá detener el diluvio de sangre que está a punto de correr; vuestro *veto*, señor, hará recaer sobre vuestra conciencia todos los crímenes que el pueblo cometa.

—Pero ¿a qué crímenes queréis que se entregue, caballero, a qué crímenes mayores que los que han perpetrado ya? —preguntó una voz que llegaba del fondo de la habitación.

Dumouriez se estremeció al oír aquella voz vibrante, pues había reconocido el timbre metálico y el

acento de la reina.

—¡Ah!, señora —dijo—, hubiera preferido terminarlo todo con el rey.

—Caballero —replicó la reina, con una sonrisa amarga para Dumouriez y una mirada casi desdeñosa para el rey —, tan sólo tengo que haceros una pregunta.

—¿Cuál, señora?

—¿Creéis que el rey debe soportar más tiempo las amenazas de Roland, las insolencias de Clavières y las pilladas de Servan?

—No, señora —contestó Dumouriez —; estoy indignado como vos; admiro la paciencia del rey; y si abordamos este

punto, me atreveré a suplicar a Vuestra Majestad que cambie completamente su ministerio.

—¿Completamente? —preguntó el rey.

—Sí; que Vuestra Majestad nos despida a todos seis, y que vea después si puede encontrar hombres que no sean de ningún partido.

—No, no —contestó el rey—; vos, el buen Lacoste, y también Duranthon; pero libradme de esos tres facciosos, insolentes, porque os juro, caballero, que ya se me apura la paciencia...

—Eso es peligroso, señor.

—Y ¿retrocedéis ante el peligro? —

preguntó la reina.

—No, señora —replicó Dumouriez —; pero pondré mis condiciones.

—¿Vuestras condiciones? — preguntó la reina con altivez.

Dumouriez se inclinó.

—Decid, caballero —añadió el rey.

—Señor, estoy en lucha contra los tres facciosos que dividen a París; los Girondinos, los Fuldenses y los Jacobinos, que tiran contra mí a cuál más; estoy completamente despopularizado, y como tan sólo por la opinión pública se pueden retener algunos hilos del gobierno, no puedo en realidad seros útil sino con una

condición.

—¿Cuál?

—Que se diga bien alto, señor, que yo no me he quedado con mis dos colegas sino para sancionar los dos decretos que acaban de aprobarse.

—Esto no puede ser —contestó el rey.

—¡Imposible, imposible! —añadió la reina.

—¿Rehusáis?

—Mi más cruel enemigo, caballero —dijo el rey—, no me impondría condiciones más duras que las vuestras.

—Señor —dijo Dumouriez— a fe de caballero, y por mi honor de soldado,

las creo necesarias para vuestra seguridad.

Y volviéndose hacia la reina, añadió:

—Señora, si no lo hacéis por vos misma; si la intrépida hija de María Teresa, no tan sólo desprecia el peligro, sino que, así como su madre, se presta a marchar a su encuentro, pensad por lo menos que no estáis sola, pensad en el rey y en vuestros hijos, y no les empujéis al abismo, sino ayudadme a retener a Su Majestad al borde del precipicio sobre el cual se inclina el trono. Si he creído necesaria la sanción de los dos decretos antes que Su

Majestad manifestara su deseo de verse libre de esos tres facciosos que os molestan, juzgad hasta qué punto la creo indispensable tratándose de despedir a esos tres ministros. Si despacháis a estos sin sancionar los decretos, el pueblo tendrá dos motivos para seros hostil: os considerará como enemigo de la Constitución, y los ministros salientes pasarán a sus ojos por mártires, en cuyo caso, ojalá que de aquí a pocos días no se produzcan los más graves acontecimientos, que quizá pongan a la vez en peligro vuestra corona y vuestra vida. En cuanto a mí, prevengo a Vuestra Majestad, que no puedo, ni aun para

serviros, proceder, no diré contra mis principios, pero sí contra mis convicciones. Duranthon y Lacoste piensan como yo; pero yo no estoy encargado de hablar por ellos. En cuanto a mí concierne, por lo tanto, os he dicho, señor, y os lo repito, que no permaneceré en el consejo si Vuestra Majestad no sanciona los dos decretos.

El rey hizo un movimiento de impaciencia.

Dumouriez se inclinó y dirigióse hacia la puerta.

El rey cruzó una mirada con la reina.

—¡Caballero! —dijo esta.

Dumouriez se detuvo.

—¡Pensad hasta qué punto es triste para el rey sancionar un decreto que traerá a París veinte mil pillos que pueden asesinarlos!

—Señora —dijo Dumouriez—, el peligro es grande, ya lo sé; mas por lo mismo es preciso mirarle de frente sin exagerarle. El decreto dice que el poder ejecutivo indicará el punto de concentración de esos veinte mil hombres, que no son todos pillos; y previene también que el ministro de la guerra se encargará de darles oficiales y cierta organización.

—¡Pero, caballero, el ministro de la guerra es Servan!

—No, señor, el ministro de la guerra, desde el momento en que Servan se retire, será yo.

—¡Ah!, sí, ¿seréis vos? —preguntó el rey.

—Y ¿os encargaréis del ministro de la guerra? —preguntó la reina.

—Sí, señora, y espero volver contra vuestros enemigos la espada suspendida sobre vuestra cabeza.

Él rey y la reina se miraron de nuevo como para consultarse.

—Suponed, —continuó Dumouriez — que indico Soissons como lugar del campamento, y que elijo allí como comandante un teniente general enérgico

y juicioso, con dos buenos mariscales de campo; después se formarán batallones, y cuando haya cuatro o cinco reunidos y armados, el ministro se aprovechará de las demandas de los generales para enviar esas fuerzas a la frontera. Entonces, bien podéis verlo, señor, ese decreto, propuesto con mala intención, lejos de ser perjudicial, resultará útil.

—Pero —dijo el rey—, ¿estáis seguro de obtener permiso para establecer el campamento en Soissons?

—Respondo de ello.

—En tal caso —dijo el rey— encargaos del ministerio de la guerra.

—Señor —contestó Dumouriez—,

en el ministerio de Negocios extranjeros no tengo más que una responsabilidad ligera e indirecta; pero es muy diferente en el de la guerra, porque vuestros generales son mis enemigos; acabáis de ver su debilidad, y yo respondería de sus faltas; pero se trata de la vida del rey, de la seguridad de la reina y de la de sus augustos hijos, del mantenimiento de la Constitución; y por lo tanto; acepto. ¿Conque estamos de acuerdo, señor, sobre la sanción del decreto de los veinte mil hombres?

—Si sois ministro de la guerra, caballero, me fío completamente de vos.

—Pues veamos el decreto de los

sacerdotes.

—En cuanto a este, caballero, ya os he dicho que no le sancionaré jamás.

—Señor, vos mismo os habéis puesto en la necesidad de sancionar el segundo al hacerlo con el primero.

—He cometido la primera falta, y me arrepiento; pero no es una razón para incurrir en la segunda.

—¡Señor, si no sancionáis ese decreto, la segunda falta será mucho más grave que la primera!

—¡Señor! —exclamó la reina.

El rey se volvió hacia María Antonieta.

—Y ¿vos también, señora? —

preguntó el rey.

—Señor, debo confesar que en este punto, y atendidas las explicaciones que acaban de darnos, soy del parecer del señor Dumouriez.

—Pues bien, entonces... —dijo el rey.

—¿Entonces, señor?... —repitió Dumouriez.

—Consiento; pero con la condición de que me libraréis cuanto antes de esos tres facciosos.

—Creed, señor —contestó Dumouriez—, que aprovecharé la primera oportunidad, y estoy seguro de que no se hará esperar.

Y saludando al rey y a la reina, Dumouriez se retiró. Los dos siguieron con los ojos al nuevo ministro de la guerra, hasta que la puerta se hubo cerrado.

—Me habéis hecho señal de aceptar —dijo el rey—. ¿Tenéis algo que decirme ahora?

—Aceptar por lo pronto el decreto de los veinte mil hombres —contestó la reina—; dejadle formar su campamento en Soissons y dispersar luego sus hombres... Después veremos lo que se ha de hacer en cuanto al decreto sobre los sacerdotes.

—¡Pero me recordará mi palabra,

señora!

—¡Bah!, estará comprometido y le tendréis en vuestro poder.

—Muy por el contrario, señora, él me tendrá a mí, puesto que le he dado mi palabra.

—¡Vamos! —replicó la reina— siempre hay remedio para esto cuando uno es discípulo del señor de la Vauguyon.

Y tomando el brazo del rey, le condujo a la habitación inmediata.

Capítulo CXXXVI

LA OPORTUNIDAD

Ya hemos dicho que la verdadera guerra del momento estaba entre la calle de Guénegaud y las Tullerías, entre la reina y *madame* Roland.

¡Cosa extraña! Las dos mujeres tenían sobre sus esposos una influencia que les conduciría a todos cuatro a la muerte.

Pero cada cual fue por camino opuesto.

Los sucesos que acabamos de referir habían ocurrido el 10 de junio, y en la noche del 11, Servan entró muy alegre en casa de *madame* Roland.

—¡Felicítadme, amiga mía —dijo—; tengo el honor de que me hayan despedido del consejo!

—¿Cómo así? —preguntó *madame* Roland.

—He aquí lo que ha pasado: esta mañana fui a ver al rey para hablarle de varios asuntos de mi dependencia, y cuando hube concluido abordé con calor la cuestión del campamento de los veinte mil hombres; pero...

—¿Qué más?

—A la primera palabra que dije, el rey me volvió la espalda de muy mal humor, y esta noche, en nombre de Su Majestad, el señor Dumouriez me ha exigido la devolución de mi cartera.

—¿Dumouriez?

—Sí.

—Triste papel hace; pero no me sorprende; preguntad a Roland lo que le dije acerca de ese hombre el día en que le vi por primera vez... Por lo demás, ya sabemos que conferencia a menudo con la reina.

—¡Es un traidor!

—No, un ambicioso. Id a buscar a Roland y a Clavières.

—¿Dónde está Roland?

—Da sus audiencias en el ministerio del Interior.

—Y ¿qué hacéis entretanto?

—Escribir una carta que os leeré cuando regreséis... Id.

—Sois realmente la célebre diosa Rayón, invocada por los filósofos desde hace tanto tiempo.

—Y que las personas de conciencia han encontrado... No volváis sin Clavières.

—Esta recomendación será probablemente causa de que tarde algo más.

—Yo necesito una hora.

—¡Pues a escribir, y que el Genio de Francia os inspire!

Servan salió.

Y cerrada la puerta, *madame* Roland escribió la siguiente carta:

Señor:

El estado actual de Francia no puede subsistir largo tiempo; es un estado de crisis cuya violencia alcanza el más alto grado, y es preciso que termine por un desenlace que debe interesar a Vuestra Majestad tanto como le importa todo el imperio.

Honrado con vuestra confianza, y ocupando un lugar en que debo deciros la verdad, me atreveré a manifestárosla, porque es un deber que vos mismo me imponéis. Los franceses se dieron una Constitución que ha hecho muchos descontentos y rebeldes; pero la mayoría del país quiere conservarla; ha jurado defenderla a costa de su sangre y ha visto con alegría la guerra civil, que le ofreció un gran medio para asegurarla. Sin embargo, la minoría,

apoyada por esperanzas, ha reunido todos sus esfuerzos para obtener la ventaja, y de aquí esa lucha intestina contra las leyes, esa anarquía de que se quejan los buenos ciudadanos, y de la que los malévolos se aprovechan para calumniar el nuevo régimen; esa división producía en todas partes, porque en ninguna hay indiferencia. Se quiere el triunfo o el cambio de la Constitución, y se trabaja para sostenerla o alterarla. Me abstendré de examinar lo que es

en sí misma, para considerar solamente lo que las circunstancias exigen; y haciéndome indiferente a la cosa cuanto me es posible, buscaré lo que se puede esperar y lo que conviene favorecer.

Vuestra Majestad gozaba de grandes prerrogativas que en su concepto correspondían a la corona; y educado bajo la idea de conservarlas, no ha podido ver sin sentimiento que se le despoje de ellas, siendo el deseo de recobrarlas tan natural como el pesar de verlas

aniquiladas. Estos sentimientos, propios de la naturaleza del corazón humano, debieron entrar en el cálculo de los enemigos de la Revolución, y han contado con un favor secreto hasta que las circunstancias permitiesen una protección declarada. Estas disposiciones no podían escapar a la nación misma, y han debido inspirarle desconfianza. Vuestra Majestad, pues, ha estado siempre en la alternativa de ceder a sus primeras costumbres, a sus

afectos particulares, o de hacer sacrificios dictados por la filosofía, exigidos por la necesidad, y de consiguiente, enardecer a los rebeldes inquietando a la nación, o de tranquilizar a esta uniéndolos con ella. Todo tiene su término, y por fin ha llegado el de la incertidumbre.

¿Puede hoy Vuestra Majestad aliarse abiertamente con aquellos que pretenden reformar la Constitución, o debe consagrarse generosamente, sin reserva, a su

triunfo? Tal es la verdadera cuestión, cuyo estado actual de cosas conduce a una solución inevitable.

En cuanto a la parte muy metafísica sobre saber si los franceses están maduros para la libertad, esta discusión no hace nada aquí, pues no se trata de juzgar lo que habremos llegado a ser de aquí a un siglo, sino de ver de qué es capaz la generación presente.

La declaración de los Derechos es ahora un evangelio político, y la constitución

francesa una religión por la cual el pueblo está dispuesto a perecer. Por eso se ha dado algunas veces el caso de que substituya a la ley, y cuando esta no era bastante represiva para contener a los perturbadores, los ciudadanos se han permitido castigarlos por sí propios. Así es como propiedades de emigrados o de personas reconocidas por ser de su partido, se vieron expuestas a los destrozos inspirados por la venganza; y he aquí por qué tantos departamentos debieron

proceder contra los sacerdotes que la opinión había proscrito, y que pudo convertir en víctimas.

En ese choque de los intereses, todos los sentimientos tomaron un carácter de pasión. La palabra patria no es una palabra que la imaginación se haya complacido en hermohear; es un ser al que se hacen sacrificios, y que se ha creado con grandes esfuerzos; que se eleva en medio de las inquietudes, y al que se ama por lo que cuesta tanto como por lo

que de él se espera. Todos los ataques que se le dirigen son medios para inflamar el entusiasmo que produce.

¿A qué punto llegará ese entusiasmo en el momento en que las fuerzas enemigas, reuniéndose fuera, se concierten con las intrigas interiores para descargar los golpes más funestos?

La fermentación es extremada en todas las partes del imperio, y estallará de una manera terrible, a menos que una confianza razonada en las

intenciones de Vuestra Majestad no pueda calmarla al fin; pero esta confianza no se inspirará con protestas, ni puede tener más base que los hechos.

Es evidente para la nación francesa que su constitución puede marchar, y que el gobierno tendrá toda la fuerza necesaria desde el momento en que Vuestra Majestad, queriendo realmente el triunfo de aquella, sostenga el cuerpo legislativo con toda la fuerza de la ejecución, suprimiendo de

este modo todo pretexto para las inquietudes del pueblo.

Así, por ejemplo, se han expedido dos decretos importantes, y ambos interesan esencialmente a la tranquilidad pública y a la salvación del Estado. La tardanza en sancionarlos inspira recelos; si se prolonga habrá descontentos, y debo decirlo: en la efervescencia actual de los ánimos, aquellos pueden conducir a todo.

Ya no se puede retroceder, ni hay medio para contemporizar.

La revolución está hecha en los ánimos y terminará con sangre, cimentándose por ella si la sabiduría no impide desgracias que aún es posible evitar.

Sé que se puede imaginar hacerlo todo, reprimiendo por medidas extremas; pero cuando se hubiera desplegado la fuerza para obligar a la Asamblea, sembrando el espanto en París, la división y el estupor en sus alrededores, toda la Francia se levantaría indignada y desgarrándose a sí propia en los horrores de una guerra civil,

desollaría ese sombrío vigor, madre de las virtudes y de los crímenes, siempre funesto para los que le provocaron.

La salvación del Estado y la felicidad de Vuestra Majestad se enlazan íntimamente; ninguna potencia es capaz de separarlas; pero crueles angustias y desgracias seguras rodearán vuestro trono, si no está apoyado por vos mismo bajo las bases de la Constitución, y consolidado en la paz que su mantenimiento debe proporcionarnos.

Así, pues, la disposición de los ánimos, el curso de las cosas, las razones de la política y el interés de Vuestra Majestad, hacen indispensable la obligación de unirse al cuerpo legislativo y responder al voto de la nación; pero la sensibilidad natural de este pueblo afectuoso está dispuesta a encontrar un medio para demostrar su agradecimiento. Se os ha engañado cruelmente, señor, al aconsejaros la separación o la desconfianza para este pueblo, tan fácil de

conmover; e inquietándoos de continuo os han inducido a observar una conducta propia para alarmarles; pero si ve que estáis resuelto a seguir adelante con esa constitución de que hace depender su felicidad, muy pronto llegaréis a ser objeto de sus acciones de gracias.

La conducta de los sacerdotes en muchos puntos, y los pretextos que el fanatismo proporcionaba a los descontentos, han inducido a decretar una sabia ley contra los perturbadores. Que Vuestra

Majestad la sancione, puesto que la tranquilidad pública la reclama y la salvación de los sacerdotes la solicita, pues si esa ley no se pone en vigor, los departamentos se verán obligados a sustituirla, como en todas partes, lo hacen, con medidas violentas, y el pueblo irritado se entregará a los excesos.

Las tentativas de nuestros enemigos; las agitaciones que se han manifestado en la capital; la extremada inquietud que había inspirado la conducta

de vuestra guardia, inquietud que persiste aún por las muestras de satisfacción que Vuestra Majestad ha dado en una proclama realmente importuna en estas circunstancias; la situación de París y su proximidad a las fronteras, han hecho comprender la necesidad de establecer un campamento en sus inmediaciones; y esta medida, que por lo acertada y urgente ha llamado la atención de todos los hombres juiciosos, no espera más que la sanción de

Vuestra Majestad. ¿Por qué se ha de retardar esta, como si se sintiera darla, cuando la celeridad ganaría todos los corazones? Las tentativas del estado mayor de la guardia nacional parisiense contra esa medida han inducido a pensar ya que se obraba por inspiración superior, y las declaraciones de algunos demagogos resentidos, despiertan los recelos respecto a la seguridad de la Constitución. ¡Una nueva dilación, y el pueblo

*contristado verá en su rey el
cómplice de los conspiradores!*

*¡Justo cielo! ¿Habréis
dejado ciegas a las potencias de
la tierra, y no tendrán jamás
sino consejos que las conduzcan
a su ruina?*

*Bien sé que el lenguaje
austero de la verdad rara vez es
acogido cerca del trono, y
también que por no ser oído se
hacen necesarias las
revoluciones. Sé sobre todo que
debo usarle con Vuestra
Majestad, no tan sólo como
ciudadano sumiso a las leyes,*

sino como ministro honrado con su confianza, y no conozco nada que me impida llenar un deber dictado por mi conciencia.

Con el mismo espíritu reiteraré mis representaciones a Vuestra Majestad sobre la obligación y la conveniencia de ejecutar la ley que prescribe tener un secretario en el consejo, ley que debería ponerse en vigor sin tardanza; pero importa emplear todos los medios para que se conserven en las deliberaciones la gravedad, el juicio y la madurez

necesarias, mientras que para los ministros responsables se hace preciso un medio de consignar sus opiniones; si este medio hubiera existido, no dirigiría la presente a Vuestra Majestad.

La vida no es nada para el hombre que respeta sus deberes ante todo; pero después de haberlos llenado, el único bien a que aún es sensible es el de probar que lo ha hecho fielmente, y esto mismo es una obligación para el hombre público.

10 junio 1792, año IV de la libertad.

Concluida la carta escrita de corrido, entraron Servan, Clavières y Roland.

En dos palabras, *madame* Roland expuso el plan a los tres amigos.

La carta, que se iba a leer ahora, se leería de nuevo, al día siguiente, a los otros tres ministros, Dumouriez, Lacoste y Duranthon.

O la aprobaban, agregando sus firmas a la de Roland, o la rechazarían, y entonces Servan, Clavières y Roland

presentarían colectivamente sus dimisiones, motivadas por la negativa de sus colegas a firmar una carta que a ellos les parecía la expresión de la verdadera opinión pública en Francia.

Después se dejaría la carta en la Asamblea nacional, y de este modo Francia no podría dudar ya sobre la causa de la salida de los tres ministros patriotas.

La carta fue leída a los tres amigos, que no encontraron ni una sola palabra que cambiar; *madame* Roland era un alma común, donde cada cual iba a tomar el elixir del patriotismo.

Pero no sucedió lo mismo al día

siguiente, después de la lectura por Roland a Dumouriez, Duranthon y Lacoste.

Los tres aprobaron la idea, pero difiriendo sobre la manera de expresarla; y por último, rehusaron, diciendo que era mejor ir a ver personalmente al rey.

Era una manera de eludir la cuestión.

Aquella misma noche, Roland envió al rey la carta firmada por él solo.

Casi seguidamente, Lacoste entregaba a Roland y a Clavières la orden de cesantía^[50]; según lo había dicho Dumouriez, no se hizo esperar la oportunidad, y el rey no dejó de

aprovecharla.

Al día siguiente, conforme a lo convenido, la carta de Roland se leía en la tribuna, anunciándose al propio tiempo su cesantía y la de sus colegas Clavières y Servan.

La Asamblea declaró por una inmensa mayoría que los tres ministros cesantes *habían merecido bien de la patria*.

De este modo quedaba declarada la guerra, así en el interior como en el exterior.

Para descargar sus primeros golpes, la Asamblea no esperó más que saber lo que el rey haría con los dos decretos.

Capítulo CXXXVII

EL DISCÍPULO DEL DUQUE DE LA VAUGUYON

En el momento que la Asamblea votaba, por aclamación, que se diesen gracias a los tres ministros salientes, decretando la impresión y el envío de la carta de Roland a los departamentos, Dumouriez se presentó en la puerta de la

Asamblea.

Sabíase que era intrépido; pero ignorábase que fuese audaz.

Había sabido lo que ocurría y se presentaba atrevidamente para coger el toro por las astas.

El pretexto de su llegada a la Asamblea era una memoria notable sobre el estado de nuestras fuerzas militares; ministro de la guerra desde la víspera, había hecho este trabajo durante la noche, con ayuda de sus auxiliares; era una acusación contra Servan, que en realidad recaía sobre Grave, y sobre todo sobre Narbona, su predecesor.

Servan no había sido ministro más

que diez o doce días.

Dumouriez llegaba muy fuerte; acababa de separarse del rey, conjurándole a ser fiel a la doble palabra dada respecto a la sanción de los dos decretos, y el rey le había contestado, no solamente renovando su promesa, sino afirmándole que los eclesiásticos a quienes había consultado para poner a cubierto su conciencia, habían sido todos del mismo parecer de Dumouriez.

Por eso el ministro de la guerra avanzó directamente hasta la tribuna y subió a ella en medio de gritos confusos y de vociferaciones feroces.

Llegado allí pidió fríamente la palabra, que se le concedió en medio de un espantoso tumulto.

Por fin se calmó, gracias a la curiosidad que se tenía por oír lo que Dumouriez diría.

—Señores —exclamó—, el general Gouvion acaba de ser muerto; Dios ha recompensado su valor, pues ha sucumbido combatiendo a los enemigos de Francia; ha sido muy feliz, porque así no presenciara nuestras espantosas discordias, y yo envidio su suerte.

Estas pocas palabras, dichas en voz muy alta y con profunda melancolía, produjeron impresión en la Asamblea;

además, aquella muerte distraía de los primeros sentimientos, y se deliberó sobre lo que la Asamblea debía hacer para significar su dolor a la familia del general, acordándose que el presidente escribiera una carta.

Entonces Dumouriez volvió a pedir la palabra y le fue concedida.

Sacó de su bolsillo una memoria; mas apenas hubo leído el título, *Memoria sobre el ministerio de la guerra*, cuando Girondinos y Jacobinos comenzaron a gritar para que no se permitiera la lectura.

Pero en medio del ruido, el ministro leyó el exordio con voz tan alta y clara,

que se oyó que aquel exordio iba dirigido contra las facciones, refiriéndose al respeto que se debía tener a un ministro.

Semejante aplomo era el más propio para exasperar a los oyentes de Dumouriez, aunque se hubieran hallado en una disposición de ánimo menos irritable.

—¿Le oís? —gritó Gaudet—. ¡Se cree ya tan seguro del poder, que osa darnos consejos!

—¿Por qué no? —contestó tranquilamente Dumouriez, volviéndose hacia el que preguntaba.

Ya hemos dicho, hace mucho tiempo,

que lo más prudente en Francia es el valor; el de Dumouriez impuso a sus adversarios, y todos callaron.

La memoria era sabia, luminosa, hábil, y por mucha prevención que hubiera contra el ministro, en dos párrafos se aplaudió.

Lacuse, que era individuo de la junta militar, subió a la tribuna para contestar a Dumouriez, y este último arrolló entonces su memoria y la guardó tranquilamente en su bolsillo.

Los Girondinos vieron el movimiento, y uno de ellos gritó:

—¿Veis qué traidor? Se guarda su memoria y quiere huir con ella...

¡Impidámoslo, porque ese documento servirá para confundirle!

Pero al oír estos gritos, Dumouriez, que no había dado un solo paso hacia la puerta, sacó la memoria del bolsillo y se la entregó al ujier.

Un secretario alargó al punto la mano, y habiendo recibido el documento buscó la firma.

—¡Señores —dijo el secretario—, la memoria no está firmada!

—¡Que la firme, que la firme! —gritaron por todas partes.

—Tal era mi intención —dijo Dumouriez—, y el trabajo es bastante concienzudo para que yo no vacile en

firmarle. Dadme tinta y pluma.

Se le dio esta última mojada ya en tinta.

Y poniendo un pie en los escalones de la tribuna, firmó la memoria sobre sus rodillas.

Entonces el ujier quiso tomarla; pero Dumouriez le desvió el brazo y fue a dejar el escrito sobre la mesa; después, lentamente, y deteniéndose a cada paso, atravesó la sala y salió por la puerta situada bajo los bancos de la izquierda.

Muy al contrario de la entrada, que se efectuó entre gritos y silbidos, la salida fue acompañada del más profundo silencio, y los espectadores de las

tribunas se precipitaron en los pasillos para ver al hombre que acababa de arrostrar las iras de toda una Asamblea. En la puerta de los Fuldenses le rodearon trescientas o cuatrocientas personas, que se oprimían en torno suyo con más curiosidad que odio, como si hubiesen podido prever que tres años más tarde salvaría la Francia en Valmy.

Algunos diputados realistas salieron de la cámara unos después de otros y precipitáronse hacia Dumouriez; para ellos no quedaba duda, el general era de los suyos. Dumouriez había previsto precisamente esto, y he aquí por qué había hecho prometer al rey la sanción

de los dos decretos.

—¡Hola, general —le dijo uno de ellos—, están haciendo diabluras por ahí dentro!

—Propio sería de ellos —contestó Dumouriez—; mas creo que solamente el diablo pueda hacerlas.

—No sabéis una cosa —dijo otro—; se trata en la Asamblea de enviaros a Orleáns para que os procesen allí.

—¡Bueno! —contestó Dumouriez— me conviene las vacaciones, porque así tomaré baños y descansaré.

—General —gritó un tercero—, acaban de decretar la impresión de vuestra memoria.

—¡Tanto mejor!, es una torpeza que me atraerá a los imparciales.

En medio de aquella reunión y de aquellos consejos, Dumouriez llegó al palacio: El nuevo consejo estaba reunido.

Al despachar a Servan, a Roland y Clavières, Dumouriez se vio precisado a substituirlos.

Como ministro del Interior había propuesto a Mourgues de Montpellier, protestante, individuo de varias academias y antiguo *feuillant* que se había retirado del club.

El rey le aceptó.

Para ministro de Negocios

extranjeros, Dumouriez propuso a Maulde, Semonville o Naillac.

El rey optó por Naillac.

Para ministro de Hacienda había propuesto a Vergennes, sobrino del antiguo ministro.

Vergennes había convenido en un todo al rey, que en el acto dio orden de llamarle; pero el favorecido, manifestando profundo afecto al rey, había rehusado.

Se convino entonces en que el ministro del Interior se encargara interinamente de la cartera de Hacienda, y que Dumouriez despachase Negocios extranjeros, también con carácter

interino, hasta que llegase Naillac, ausente de París.

Pero los cuatro ministros que no se ocultaban la gravedad de la situación, habían convenido en que si el rey, después de salir Servan, Clavières y Roland, no cumplía la promesa por la cual se decretó su cesantía, presentarían su dimisión.

El nuevo consejo, pues, estaba reunido ya.

El rey sabía lo ocurrido en la Asamblea; felicitó a Dumouriez por su actitud y sancionó inmediatamente el decreto sobre el campamento de los veinte mil hombres, pero aplazando

hasta el día siguiente la sanción del decreto acerca de los sacerdotes.

Objetaba un escrúpulo de conciencia que, según dijo, debía desvanecer su confesor.

Los ministros se miraron, y en ellos se despertó la primera duda.

Pero bien mirado, la conciencia timorata del rey podía necesitar aquella dilación para tranquilizarse.

Al día siguiente, los ministros volvieron a tratar la cuestión de la víspera.

Pero la noche había traído consejo; la voluntad, si no la conciencia del rey, se había confirmado, y declaró que

opondría su *veto* al decreto.

Los cuatro ministros, uno después de otro, y Dumouriez el primero, hablaron al rey con respeto, pero con energía.

El rey los escuchó cerrando los ojos, en la actitud de un hombre que ha tomado su resolución.

En efecto, cuando hubieron concluido, contestó:

—Señores, he escrito una carta al presidente de la Asamblea, y vosotros *la llevaréis juntos*.

Era una orden que estaba del todo acorde con el antiguo régimen; pero sonaba mal a los oídos de ministros constitucionales, y de consiguiente

responsables.

—Señor —dijo Dumouriez después de consultar con la mirada a sus colegas —, ¿no tenéis nada más que *ordenarnos*?

—No —contestó el rey.

Y se retiró.

Los ministros se quedaron, y acto continuo resolvieron pedir una audiencia para el día siguiente.

Habían convenido en presentar sus dimisiones sin dar una explicación.

Dumouriez volvió a su casa. El rey había conseguido casi burlarle, a él que era sagaz político, astuto diplomático y general que manejaba la intriga.

Encontró en su domicilio tres billetes de personas distintas que le anunciaban la formación de grupos en el arrabal de San Antonio, añadiendo que había conciliábulo en casa de Santerre.

Dumouriez escribió al rey al punto para prevenirle de lo que le anunciaban.

Una hora después recibía un billete, sin la firma del rey, pero escrito de su puño y letra; decía así:

«No creáis, caballero, que se consigue intimidarme con amenazas; mi resolución está tomada».

Dumouriez cogió una pluma y escribió al punto la contestación:

«Señor: mal me juzgáis si me habéis

creído capaz de emplear semejante medio. Mis colegas y yo hemos tenido el honor de escribir a Vuestra Majestad para que nos conceda la gracia de recibirnos mañana a las diez de la misma, y entretanto, suplico a Vuestra Majestad que tenga a bien elegirme un sucesor que pueda substituirme dentro de veinticuatro horas, atendida la urgencia de los departamentos de la guerra aceptando mi dimisión».

Dumouriez entregó esta carta a su secretario para que la entregase, a fin de asegurarse de la contestación.

El secretario esperó hasta las doce y media de la noche, y volvió con la

siguiente respuesta:

«Veré mañana a mis ministros a las diez, y hablaremos sobre lo que me escribís».

Era evidente que la contrarrevolución se tramaba en el castillo.

En efecto, se tenían fuerzas con las cuales se podía contar:

Una guardia constitucional de seis mil hombres, licenciada ya, pero dispuesta a reunirse al primer llamamiento.

Siete u ocho mil caballeros de San Luis, cuya cinta roja era la señal de reunión.

Tres batallones suizos de mil seiscientos hombres cada uno, tropa escogida e inquebrantable como las antiguas rocas helvéticas.

Y además, lo mejor de todo, una carta de Lafayette, en la cual se encontraba esta frase:

«¡Persistid, señor; fuerte con la autoridad que la Asamblea nacional os ha delegado, tendréis a todos los buenos franceses alineados alrededor del trono!».

He aquí lo que se podía hacer y lo que se proyectaba.

Al resonar un silbido se reunirían la guardia constitucional, los caballeros de

San Luis y los suizos.

El mismo día y a igual hora, apoderarse de la artillería de las secciones, cerrar el club de los Jacobinos y la Asamblea, reunir a todos los realistas de la guardia nacional, los cuales formaban un contingente de unos quince mil hombres, y esperar a Lafayette, que en tres días de marcha forzada podría llegar de las Ardenas.

Por desgracia, la reina no quería oír hablar de Lafayette.

Este último era la revolución moderada, y en concepto de la reina, semejante revolución podría persistir y mantenerse; mientras que la de los

Jacobinos, por el contrario, cansaría al pueblo muy pronto y no podría tener ninguna consistencia.

¡Oh, si Charny hubiera estado allí! Pero ignorábase dónde se hallaba, y aunque se hubiese sabido era demasiada humillación para la reina, o cuando menos para la mujer, apelar al conde.

La noche se pasó en el palacio muy tumultuosa y en deliberaciones; se tenían los medios defensivos y hasta el plan de ataque; pero no había una mano bastante fuerte para reunidos y dirigir.

A las diez de la mañana, los ministros estaban en palacio.

Era el 16 de junio.

El rey los recibió en su habitación, y Duranthon tomó la palabra.

En nombre de todos, y con el más profundo respeto, presentó las dimisiones de sus colegas y la suya.

—¡Sí —dijo el rey—, ya comprendo, la responsabilidad!

—¡Señor —replicó Lacoste—, la responsabilidad real, sí; en cuanto a nosotros, creedlo bien, estamos dispuestos a morir por Vuestra Majestad; pero al morir por el clero, no haríamos más que apresurar la caída del trono!

Luis XVI se volvió hacia Dumouriez.

—Caballero —le dijo—, ¿persistís en los sentimientos que expresaba vuestra carta de ayer?

—Sí, señor —contestó Dumouriez—, a menos que Vuestra Majestad se deje vencer por nuestra fidelidad y adhesión.

—Pues bien —dijo el rey con expresión sombría—, puesto que habéis tomado vuestra resolución, acepto vuestras dimisiones y proveeré.

Todos cuatro saludaron; Mourgues llevaba ya su dimisión escrita y se la entregó al rey.

Los otros tres la dieron verbalmente.

Los cortesanos esperaban en la

antecámara; vieron salir a los cuatro ministros y comprendieron por su aire que todo había concluido.

Los unos se regocijaron; los otros temieron.

La atmósfera se hacía más pesada, como en los días cálidos de verano, y adivinábase que se acercaba la tempestad.

En la puerta de las Tullerías, Dumouriez encontró al comandante de la guardia nacional, señor de Romainvilliers.

Acababa de llegar apresuradamente.
—Señor ministro —dijo— acudo a recibir vuestras órdenes.

—Ya no soy ministro —contestó Dumouriez.

—Pero hay grupos en los arrabales.

—Id a tomar las órdenes del rey.

—¡La cosa urge!

—¡Pues apresuraos! El rey acaba de aceptar mi dimisión.

El señor de Romainvilliers se precipitó por la escalera.

En la mañana del 17, Dumouriez vio entrar en su casa a los señores Chambonas y Lajard; ambos se presentaban de parte del rey; el primero para recibir la cartera de relaciones exteriores, y el segundo la de guerra.

El rey esperaba a Dumouriez a la

mañana siguiente, el 18, para terminar con él su último trabajo de contabilidad y gastos secretos.

Al verle de nuevo en palacio se creyó que recobraba su puesto, y agrupáronse en torno suyo para felicitarle.

—¡Señores —dijo Dumouriez— tened cuidado, pues no habláis con un hombre que vuelve a ocupar su cargo, sino con un ministro saliente; vengo a rendir cuentas!

Al oír esto se formó un vacío en torno suyo.

En aquel instante un ujier anunció que el rey esperaba al señor Dumouriez

en su habitación.

El rey había recobrado toda su serenidad.

¿Era aquello fuerza de alma, o seguridad engañosa?

Dumouriez rindió sus cuentas.

Y concluido el trabajo se levantó.

—¿Conque así —le dijo el rey recostándose en su canapé— vais a reuniros con el ejército de Luckner?

—Sí, señor; salgo con gusto de esta espantosa ciudad, y sólo tengo el sentimiento de separarme de vos en el peligro.

—En efecto —dijo el rey—, ya sé que me amenaza.

—Señor —añadió Dumouriez—, debéis comprender que ahora no os hablo por interés personal; una vez alejado del consejo, me separo de vos para siempre; de modo que, por fidelidad, en nombre del afecto más puro, por amor a la patria, por vuestra salvación, la de la reina y vuestros hijos, y en nombre de todo cuanto es caro y sagrado para el corazón del hombre, suplico a Vuestra Majestad que no persista en oponer su *veto*: esa obstinación no servirá de nada y vos perderíais, señor.

—No me habléis más —dijo el rey con impaciencia—, ya he tomado mi

resolución.

—¡Señor, señor!, me habéis dicho la misma cosa aquí, en esta habitación, delante de la reina, cuando me prometisteis sancionar los decretos.

—Hice mal en prometéroslo, caballero, y me arrepiento de ello.

—Señor, os lo repito; es la última vez que tengo el honor de veros, y por lo tanto, dispensadme mi franqueza, tengo cincuenta y tres años y bastante experiencia, y no incurristeis en error cuando me prometíais sancionar los decretos, sino hoy mismo, al rehusar cumplir con Vuestra promesa... ¡Os engañan, señor, os conducen a la guerra

civil; como estáis sin fuerzas, sucumbiréis, y la historia, compadeciéndoos, dirá que fuisteis la causa de las desgracias de Francia!

—Y ¿suponéis, caballero —dijo Luis XVI—, que a mí es a quien se atribuirán las desgracias de Francia?

—Sí, señor.

—¡Dios me es testigo, sin embargo, de que tanto deseo su felicidad!

—No lo dudo, señor; pero debéis cuenta a Dios, no tan sólo de la pureza de vuestras intenciones, sino de su ilustrada aplicación. Creéis salvar la fe religiosa y la destruís; vuestros sacerdotes serán asesinados y vuestra

corona, rota, rodará en vuestra sangre, en la de la reina y en la de vuestros hijos. ¡Oh, rey mío, oh, rey mío!

Y Dumouriez, sofocado, aplicó sus labios sobre la mano que le ofrecía Luis XVI.

Entonces el rey, completamente sereno, y con una majestad de que se le hubiera creído incapaz, repuso:

—Tenéis razón, caballero, espero la muerte y la perdono de antemano a mis asesinos; en cuanto a vos, me habéis servido bien, os aprecio y agradezco vuestra sensibilidad... ¡Adiós, caballero!

Y levantándose con viveza, se

acercó a una ventana. Dumouriez recogió lentamente sus papeles para tener tiempo de componer su rostro y dejar al rey el necesario para llamarle de nuevo; después se dirigió muy despacio hacia la puerta, dispuesto a volver a la primera palabra que Luis XVI le dirigiera; pero esta primera palabra fue al mismo tiempo la última.

—¡Adiós, caballero, sed feliz!

Pronunciadas estas palabras, no había medio de permanecer un instante más.

Y Dumouriez salió.

La monarquía acababa de romper con su último sostén; el rey acababa de

quitarse la máscara.

Ahora estaba con el rostro descubierta ante el pueblo. Veamos lo que por su parte hacía aquel pueblo.

Capítulo CXXXVIII

UN CONCILIÁBULO EN CHARENTÓN

Un hombre se había paseado todo el día en el arrabal de San Antonio, vistiendo el uniforme de general, montado en un gran caballo flamenco, estrechando manos a derecha e izquierda, abrazando a las jóvenes y convidando a beber a los mozos.

Era uno de los seis herederos del señor de Lafayette, era el jefe de batallón Santerre.

Cerca de él, como un ayudante de campo junto a su general, cabalgaba en un vigoroso caballo un hombre, que por su traje parecía ser un patriota campesino.

Una profunda cicatriz cruzaba su frente, y su aire taciturno y amenazador aspecto contrastaban con la franca sonrisa y alegre fisonomía del comandante.

—Estad preparados, mis buenos amigos, y velad por la nación; los traidores conspiran contra ella; pero

aquí estamos nosotros —decía Santerre.

—¿Qué hay que hacer, señor Santerre? —preguntaban los del arrabal —; ya sabéis que estamos a vuestras órdenes. ¿Dónde se hallan los traidores? Llevadnos allá.

—Esperad que llegue el momento —contestaba Santerre.

—Pero ¿llegará?

Santerre no lo sabía; pero a todo evento contestaba:

—Sí, sí, descuidad; ya os avisaremos. El hombre que seguía a Santerre se inclinada sobre el cuello de su caballo, hablaba con ciertos hombres a quienes reconocía por ciertas señales,

y decíales: —¡El 20 de junio, el 20 de junio!

Los hombres se marchaban, y en medio del grupo que se formaban en derredor de ellos, veinte pasos más allá, repetíase:

«¡El 20 de junio!».

¿Qué iba a suceder en ese día? Se ignoraba aún, pero sabíase que sucedería algo.

Entre los adeptos a quienes se acababa de comunicar esta fecha, se podían reconocer algunos hombres que no eran extraños a los acontecimientos que hemos referido ya Saint-Huruge, a quien hemos visto salir del palacio real

en la mañana del 5 de octubre, conduciendo a Versailles la primera turba; marido engañado por su mujer antes de 1789, fue encerrado en la Bastilla; obtuvo la libertad el 14 de julio, y se vengaba en la nobleza y en la monarquía de sus desgracias conyugales y de su encarcelamiento ilegal.

Verriere, a quien ya conocemos. Dos veces hemos visto a este jorobado de Apocalipsis, tan deforme y repugnante; una en la taberna del puente de Sevres, con Marat y el duque de Aiguillon disfrazado de mujer, y otra en el Campo de Marte, momentos antes de romperse el fuego.

Fournier el americano, que a través de las ruedas de un coche hizo fuego contra Lafayette, y cuyo fusil falló. En esta ocasión se propone herir a más alto personaje que al comandante de la guardia nacional, y para que el fusil no le falle, piensa servirse de la espada.

El señor de Beausire, que no ha sabido aprovechar el tiempo en que le dejamos a la sombra para enmendarse, y que ha vuelto a recoger a Oliva de manos de Mirabeau moribundo, como el caballero des Grieux tomaba de nuevo a Manon Lescaut de manos de aquel que, después de haberla sacado un instante del lodo, la dejaba caer otra vez en el

fango.

Mouchy, hombrecillo raquítico, cojo, oculto casi bajo una desmesurada faja tricolor, y que había sido concejal, juez de paz... ¡qué sé yo!

Gouchon, el Mirabeau del pueblo, que pareció a Pitou más feo aún que el Mirabeau de la nobleza; Gouchon, que desaparecía en el motín como el demonio desaparece en una comedia de magia para presentarse después y siempre más rencoroso, más terrible, más furibundo, aunque el autor no le necesita sino momentáneamente.

En medio de aquella multitud reunida en torno de las ruinas de la

Bastilla, como en otro monte Aventino, pasaba y repasaba un joven delgado, pálido, de cabellos lisos y ojos brillantes, solitario como el águila, que debía tomar más tarde por emblema, sin conocer a nadie y desconocido de todos.

Era el teniente de artillería Bonaparte, que se hallaba casualmente con licencia en París, y de quien Cagliostro había hecho a Gilberto tan extraña predicción el primer día que se presentó en los Jacobinos.

¿Quién movía, excitaba y dirigía aquella turba? Un hombre de cuello vigoroso, con melena de león, de voz bronca, y que Santerre debía encontrar

en su casa, al volver, esperándole en la trastienda: Danton.

Esta es la hora en que el terrible revolucionario —que sólo es conocido aún por el ruido que ha hecho en la platea del teatro Francés, en las representaciones de *Carlos IX*, de Chénier, y por su contundente elocuencia en la tribuna de los Franciscanos—, hace su verdadera aparición en la escena política, donde extenderá sus brazos de gigante.

¿De dónde proviene el poder de ese hombre que ha de ser fatal a la monarquía? ¿De la reina misma!

La rencorosa austríaca no ha querido

a Lafayette para la alcaldía de París y ha preferido a Pétion, el hombre del viaje de Varennes, el cual, apenas ocupó su destino, se puso en lucha con el rey, dando orden de vigilar las Tullerías.

Pétion tenía dos amigos, que llevaba a su lado cuando fue a tomar posesión de su nuevo cargo: Manuel iba a su derecha, Danton a su izquierda.

Al primero le nombró síndico del ayuntamiento, y al segundo sustituto suyo.

Vergniaud había dicho en la tribuna, señalando las Tullerías:

«El terror ha salido con frecuencia de ese palacio funesto en nombre de la

dignidad real; que entre en él en nombre de la ley».

Pues bien; llegado el momento de que un acto material tradujese la bella y terrible imagen del orador de la Gironda, era necesario buscar el terror en el arrabal de San Antonio, e impulsarlo despavorido con sus siniestros gritos y sus torcidos brazos hacia el palacio de Catalina Mediéis.

¿Quién podía evocarle mejor que aquel terrible mágico revolucionario que se llamaba Danton?

Danton, el hombre de anchos hombros, de poderosa mano y atlético pecho, donde latía un corazón fuerte;

Danton, el címbalo de las revoluciones, en quien el impulso más pequeño se convertía en fuerte vibración y se extendía por la multitud embriagándola; Danton, que tocaba con una mano el pueblo, por Hebert, y con la otra el trono, por el duque de Orleáns; Danton, colocado entre el vendedor de contraseñas de la esquina del teatro y el príncipe de regia estirpe, tenía ante sí un inmenso clavicordio, cada una de cuyas teclas correspondía a una fibra social.

Véase la siguiente gama: recorre dos octavos y está en armonía con la poderosa voz de Danton.

Hebert, Legendre, Gouchon,

Rossignol, Momoro, Bruñe, Huguenin, Rotondo, Santerre, Fabre d'Eglantine, Camilo Desmoulins, Dugazon, Lazouski, Sillery, Genlis y el duque de Orleáns.

Y después obsérvese bien que no ponemos aquí más que límites visibles. ¿Quién nos dirá ahora hasta dónde baja o se eleva esa fuerza más allá de los límites en que nuestra vida se pierde?

Ese era el poder, esa la fuerza que removía el arrabal de San Antonio.

El día 16, un hombre fiel a Danton, el polaco Lazouski, individuo del ayuntamiento, expone el plan.

Anuncia a la corporación municipal que el 20 de junio, los arrabales de San

Antonio y San Marcial presentarán peticiones a la Asamblea y al rey, con motivo del *veto* referente al campamento de los veinte mil hombres y a los eclesiásticos; y al mismo tiempo plantarán en el terrado de los Fuldenses un árbol de la libertad, en recuerdo del Juego de Pelota del 20 de junio de 1789.

La corporación municipal se niega a dar su aprobación.

—Se hará sin ella —dijo Danton en voz baja a Lazouski.

Y Lazouski repitió en voz alta:

—¡Se hará sin ella!

La fecha del 20 de junio tenía, pues, una significación visible y otra oculta.

La una era el pretexto: presentar una petición al rey y plantar un árbol de la libertad.

La otra era el objeto, conocido tan sólo de algunos adeptos. Salvar la Francia de Lafayette y de los Fuldenses, y advertir al incorregible rey, al rey del antiguo régimen, que hay tempestades políticas tales que un monarca puede perecer en ellas con su trono, su corona y su familia, como se hunde un buque con todo cuanto encierra en los insondables abismos del Océano.

Danton, como hemos dicho, esperaba a Santerre en la trastienda, y el día anterior le había dicho, por conducto

de Legendre, que para el siguiente era necesario un principio de motín en el arrabal de San Antonio.

Aquella mañana Billot se presentó en su casa, y después de haber hecho una señal, dándose a conocer, le anunció que el comité le agregaba a su persona por todo el día.

He aquí como Billot, bajo la apariencia de ayudante de campo de Santerre, sabía más que este en el negocio.

Danton venía a dar a Santerre cita para la noche del siguiente día en una casita de Charenton, situada en la orilla derecha del Mame, en la extremidad del

pueblo.

Aquí debían reunirse todos aquellos hombres de existencia extraña y desconocida que dirigen siempre el impulso de los motines.

Ninguno faltó a la cita. Las pasiones de todos aquellos hombres eran diferentes. Decir de dónde procedían sería escribir una historia lúgubre de las perversidades de la humanidad. Algunos obraban por amor a la libertad; muchos, como Billot, por venganza de insultos recibidos, y los más por odio, por miseria, por malos instintos.

En el primer piso de aquella casa había una sala, en que solamente los

jefes tenían derecho para entrar; de ella salían a tomar instrucciones precisas, terminantes y supremas, como de un tabernáculo en el cual un dios desconocido diera sus decretos.

Sobre una mesa veíase un gran plano de París.

El dedo de Danton señalaba en este plano el nacimiento, el curso, la afluencia e intersección de todos aquellos arroyos, ríos y torrentes de hombres que debían inundar París al siguiente día.

La plaza de la Bastilla, en la que se desemboca por las calles del arrabal de San Antonio, del barrio del Arsenal y

del arrabal de San Marcial, fue señalada para punto de reunión; la Asamblea como pretexto, las Tullerías como objeto.

El bulevar era el camino ancho, seguro, por el cual debía precipitarse con fragor la espantosa catarata.

Después de señalar a cada uno su puesto, y de haberse comprometido todos a ocuparle, la reunión se disolvió.

La contraseña general era: «Acabar con el palacio».

¿De qué modo se acabaría con él?

Esto no se sabía aún.

El área de lo que fue la Bastilla y los alrededores del Arsenal, en el

arrabal de San Antonio, estuvieron durante todo el día 19 ocupados por numerosos grupos.

De improviso apareció en medio de ellos una atrevida y terrible amazona, vestida de encarnado, armada de pistolas y de aquel sable que, después de inferir dieciocho heridas, debía buscar y encontrar el corazón de Suleau.

Era la bella Theroigne de Mericourt, natural de Lieja.

Ya la vimos el 5 de octubre en el camino de Versailles. ¿Qué ha sido de ella desde entonces?

Lieja se insurreccionó; la joven quiso acudir en socorro de su patria,

pero los agentes de Leopoldo la detuvieron en el camino, y estuvo encerrada dieciocho meses en las prisiones de Austria.

¿Huyó? ¿La dejaron escapar? ¿Pudo limar los hierros de su prisión, o sobornó al carcelero? Todo esto es misterioso como el principio de su vida, y terrible como su fin. Pero de todos modos, el resultado es que ha vuelto; de cortesana de la aristocracia, ha llegado a ser prostituta del pueblo; la nobleza la ha dado oro, y con él comprará los aceros bien templados, las pistolas embutidas de plata con que herirá a sus enemigos.

Por eso el pueblo la reconoce y la recibe con entusiasmo.

¡Con qué oportunidad llega vestida de encarnado para la fiesta del día siguiente!

La reina la vio galopar, en la noche de aquel mismo día, por delante del terrado de los Fuldenses, dirigirse desde la plaza de la Bastilla a los Campos Elíseos, y desde la reunión popular al banquete patriótico.

Asomada a la ventana de una buhardilla de las Tullerías, adonde la reina subió, atraída por los gritos que habían llegado a sus oídos, pudo ver las mesas del banquete. El vino circulaba,

los cantos patrióticos eran ruidosos, y a cada brindis a la Asamblea, a la Gironda y a la libertad, los convidados amenazaban con el puño a las Tullerías.

El cómico Dugazon canta coplas contra el rey y la reina, y estos pueden oír desde el palacio los aplausos que siguen a cada estrofa.

¿Quiénes son los convidados?

Los confederados de Marsella, a las órdenes de Barbaroux; habían llegado la víspera.

El día 18 de junio y el 10 de agosto habían hecho su entrada en París.

Capítulo CXXXIX

EL 20 DE JUNIO

En el mes de junio amanece muy temprano.

A las cinco de la mañana los batallones estaban ya formados.

Esta vez el motín se había regularizado y tenía el aspecto de una invasión.

La multitud obedecía a los jefes, sometíase a una disciplina y tenía señalados su puesto y su bandera.

Santerre estaba a caballo, rodeado de un estado mayor de hombres del arrabal.

Billot no le abandonaba un momento, y habríase dicho que estaba encargado por algún poder oculto de velar sobre su conducta.

Los amotinados se hallaban divididos en tres cuerpos de ejército.

Santerre mandaba el primero.

Saint-Huruge el segundo.

Theroigne de Mericourt el tercero.

A eso de las once de la mañana, y a consecuencia de una orden traída por un hombre desconocido, la multitud inmensa se puso en movimiento.

Veinte mil hombres, poco más o menos, la componían al salir de la Bastilla.

Aquella muchedumbre presentaba un aspecto salvaje, extraño, terrible.

El batallón capitaneado por Santerre era el más regular; tenía bastante número de uniformes y no pocos fusiles y bayonetas.

¡Pero los otros dos eran el ejército del pueblo: ejército harapiento, lívido, enflaquecido por cuatro años de escasez y carestía de pan, y de ellos tres de revoluciones!

Este era el abismo de donde salía aquel ejército.

Ni uniformes, ni fusiles; chaquetas hechas jirones, blusas rasgadas, armas ridículas tomadas en el primer movimiento de cólera o de defensa; picas, asadores lanzas despuntadas, sables sin empuñadura, cuchillos atados a la extremidad de largos palos, hachas de carpintero, martillos de albañil y tranchetes de zapatero.

Por estandartes, una horca con una muñeca, que se balanceaba pendiente de una cuerda, y que representaba a la reina; una cabeza de buey con sus cuernos, en los cuales había entrelazado una obscena divisa, y un corazón de ternera clavados en la punta de un

asador, con el lema: *¡Corazón de aristócrata!*

Además, banderas con las inscripciones siguientes:

¡La sanción o la muerte!

¡Reposición de los ministros patriotas!

¡Tiembra, tirano; tu hora ha llegado!

La turba se había dividido en el ángulo de la calle de San Antonio.

Santerre, que vestía su uniforme de comandante, había seguido el bulevar con su guardia nacional. Saint-Huruge, en traje de cargador del mercado, montaba un caballo con ricos arneses,

regalo de un desconocido, y la bella joven de Mericourt iba recostada en un cañón, arrastrado por varios hombres con los brazos desnudos. Seguían la calle de San Antonio.

Debían reunirse en los Fuldenses, pasando por la plaza de Vendôme.

Durante tres horas la muchedumbre desfiló, atrayendo tras sí a la población de los barrios que recorría.

Se asemejaba a esos torrentes que engrosando saltan hirvientes y espumosos.

Así, en cada encrucijada, en cada esquina, la multitud era más considerable.

Aquella masa de pueblo marchaba silenciosa; tan sólo a intervalos, de una manera inesperada, rompía el silencio, profiriendo inmensos clamores o cantando el famoso *Ca ira* de 1790, el cual, modificándose poco a poco, pasaba de canto de excitación a canto de amenaza. En fin, terminaba con gritos de ¡Viva la nación! ¡Vivan los descamisados! ¡Abajo el *señor* y la *señora Veto*!

Mucho, antes de divisar las cabezas de las columnas, oíase el rumor de los pasos de aquella muchedumbre, como se oye el rumor de la marea creciente. Luego, de vez en cuando, resonaba el

estrépito de sus cantos, de sus murmullos y de sus gritos, como resuena en los aires el fragor de la tempestad.

Llegado a la plaza de Vendôme el cuerpo de ejército de Santerre, portador del álamo que se debía plantar en el terrado de los Fuldenses, encontró un puesto de guardias nacionales que le cerró el paso. Nada era más fácil para aquella masa que arrollar el obstáculo; pero el pueblo se había propuesto hacer una fiesta y quería reír y divertirse, atemorizar al *señor* y a la *señora Veto*, no matar. Los que llevaban el árbol desistieron de su proyecto de plantarlo en el vecino patio de las Capuchinas.

Cerca de una hora hacía ya que la Asamblea oía todo aquel estruendo, cuando los comisionados de la multitud le pidieron, en nombre de aquellos a quienes representaban, permiso para desfilar ante ella.

Vergniaud pidió que se concediese el permiso, pero que al mismo tiempo se enviasen sesenta diputados para proteger el palacio.

También los girondinos querían atemorizar al rey y a la reina, pero no que se les hiciese daño.

Un *feuillant* se opuso a ello, diciendo que esta precaución sería injuriosa para el pueblo de París.

Bajo esta aparente seguridad, ¿no se ocultaba la esperanza de un crimen?

Se accedió a la admisión; el pueblo de los arrabales desfilará armado por la sala.

Las puertas se abren inmediatamente y dan paso a los treinta mil peticionarios. El desfile comienza a medio día y concluye a las tres de la tarde.

La turba ha obtenido la primera parte de lo que pedía; ha desfilado por delante de la Asamblea, ha leído su petición, y ahora necesita pedir la sanción al rey.

Habiendo recibido la Asamblea a la

diputación, ¿cómo dejaría de recibirla el rey? No era él más gran señor que el presidente, puesto que cuando iba a verle ocupaba un sillón como el de aquel, y lo que es más, estaba a la izquierda.

Por eso el rey había dicho que recibiría la petición presentada por veinte personas.

El pueblo no había creído nunca entrar en las Tullerías, y esperaba que sus diputados lo hiciesen mientras que él desfilaba por delante de las ventanas.

Haría ver al rey y a la reina, pues, aquellas banderas de amenazadoras divisas, aquellos funestos emblemas.

Todas las puertas que daban al palacio estaban cerradas. El patio y el jardín de las Tullerías hallábanse ocupados por tres regimientos de línea, dos escuadrones de gendarmería, varios batallones de la guardia nacional y cuatro cañones.

La familia real, que veía desde las ventanas esta aparente protección, parecía hallarse bastante serena.

La turba, siempre sin mala intención, pidió que se abriese la verja que daba al terrado de los Fuldenses.

Los oficiales que la custodiaban rehusaron hacerlo sin orden del rey, y entonces tres concejales solicitaron que

se les dejara pasar para ir a pedirla.

Se les permitió pasar.

Estos tres concejales, cuyos nombres ha conservado Montjoie, autor de la *Historia de María Antonieta*, eran:

Bouchet-René, Bouché-Saint-Sauveur y Mouchet; este último, el mísero juez de paz del Marais, raquítico, contrahecho y enano, luciendo su enorme faja tricolor.

Llegados a palacio, fueron introducidos a presencia del rey.

Mouchet tomó la palabra.

—Señor —dijo—, ciudadanos pacíficos se han reunido para hacer una petición a la Asamblea, y quieren

celebrar una fiesta cívica con motivo del juramento pronunciado en el Juego de Pelota en 1789. Marchan bajo la égida de la ley y no deben infundir temor. Esos ciudadanos desean pasar por la explanada de los Fuldenses, cuya verja está cerrada y cuyo paso está defendido por un cañón en batería. Venimos, señor, a pedirlos que se abra esa verja y se les permita pasar libremente.

—Veo, por vuestra faja —contestó el rey—, que sois concejal y os toca hacer cumplir la ley; si lo juzgáis necesario para que la Asamblea quede complacida, haced que abran esa verja de los Fuldenses; que los ciudadanos

desfilen por ella y salgan por la puerta de las caballerizas. Avistaos, al efecto, con el señor comandante general de la guardia, y sobre todo, cuidad de que no se altere la tranquilidad pública.

Los tres concejales saludaron y salieron acompañados de un oficial encargado de hacer constar que el rey había dado, en efecto, la orden de abrir la verja. Abierta que fue, todos quisieron entrar. La muchedumbre se agolpó, se estrechó, y la verja de los Fuldenses saltó en pedazos como un cañizo de mimbres.

La multitud respiró y diseminóse alegre por el jardín. Se había

descuidado abrir la puerta de las caballerizas. Al verla cerrada, la muchedumbre desfiló por delante de los guardias nacionales, alineados en la fachada del palacio.

Salió por la puerta del muelle, y como de todos modos le era necesario volver a su arrabal, quiso pasar por los postigos del Carrousel.

Pero estaban cerrados y con guardia. Entonces la multitud, oprimida y magullada, sin poder moverse, comenzó a irritarse.

Las puertas de los postigos se abren y la multitud se disemina por la plaza.

Allí se acuerda que el objeto

primordial de la jornada es la petición al rey para que retire su *veto*.

De esto resulta que en vez de continuar su camino, se detiene en el Carrousel.

Al cabo de una hora de esperar se impacienta.

De buena gana se hubiera ido; pero esto no convenía a los agitadores.

Había allí personas que iban de grupo en grupo diciendo:

—Pero ¿adónde vais? Esperad, el rey dará su sanción; si nos vamos a nuestras casas sin haberla obtenido, se deberá volver a empezar.

La muchedumbre consideraba muy

razonable lo que aquellos hombres decían; mas al mismo tiempo creía también que la famosa sanción se hacía esperar demasiado.

¡Tenían hambre! Tal era el grito general.

La carestía del pan había cesado; pero no había trabajo, ni dinero tampoco, y por barato que estuviera, al fin y al cabo no lo daban de balde.

Toda aquella población se había levantado a las cinco de la mañana, y los más se habían echado en un jergón, la víspera, sin haberse desayunado. Obreros con sus mujeres, madres con sus hijos, todos se habían puesto en

camino con la vaga esperanza de que el rey sancionaría el decreto y que todo marcharía bien.

Pero el rey no parecía hallarse muy dispuesto a sancionarlo.

Hacía calor y todos tenían sed.

El hambre, la sed y el calor, producen la hidrofobia en los perros.

El pueblo esperaba y tenía paciencia.

Pero al fin se comienza a sacudir las verjas del palacio.

Un concejal aparece en el patio de las Tullerías y arenga al pueblo.

—¡Ciudadanos —dice— este es el domicilio del rey, y sería violarle entrar

en él armados! ¡Consiente en recibir vuestra petición, pero presentada tan sólo por veinte diputados!

Así, los diputados que espera, y a quienes se cree hace una hora en presencia, del rey, no han sido aún introducidos.

De repente se oyen grandes gritos por la parte del muelle.

Eran Santerre y Saint-Huruge montados en sus caballos, y Théroigne sobre su cañón.

—¿Qué hacéis ahí delante de esa verja? —grita Saint-Huruge—. ¿Por qué no entráis?

—¡Verdad es! ¿Por qué no entramos?

—dijeron algunos hombres del pueblo.

—¡Pero si la puerta está cerrada! —
objetaron otros.

Théroigne, saltando de su cañón al
suelo, dijo:

—Cargado está; hacedla saltar con
la bala.

Y se colocó el cañón en batería ante
la puerta.

—¡Esperad, esperad! —gritan dos
municipales— la violencia es inútil, se
abrirá la puerta.

Ambos, en efecto, hacen girar la
báscula que cierra las dos hojas, y la
puerta se abre.

El torrente se precipita; arrastra

entre sus oleadas el cañón, atraviesa con este el patio y con él sube la escalera, en cuyo extremo hay dos concejales.

—¿Qué pensáis hacer con ese cañón? —preguntan—. ¿Creéis obtener algo con semejante atentado?

—Es verdad —responden aquellos hombres, admirados de que el cañón se halle en tal sitio.

Lo vuelven y quieren bajarlo al patio.

El eje se engancha en una puerta y la boca del cañón se vuelve hacia la turba.

—¡Bueno, bien! ¡Hasta en la habitación del rey hay artillería! —exclaman los que llegan después, y que

ignorando cómo aquella pieza se encuentra allí, no reconocen el cañón de Théroigne, y creen que ha sido llevado contra ellos.

Entretanto, y por orden de Mouchet, dos hombres provistos de hachas, cortan, tajan, destrozan las jambas de la puerta y abren paso para el cañón, que vuelven a bajar al vestíbulo. Esta operación hace creer que rompen las puertas a hachazos.

Doscientos nobles acuden al palacio, no con la esperanza de defenderlo, sino porque creen que se conspira contra la vida del rey.

Llegan además el anciano mariscal

de Mouchy; el señor de Hervilly, comandante de la guardia constitucional licenciada; Acloque, comandante del batallón de la guardia nacional del arrabal de San Marcelo; tres granaderos del batallón del arrabal de San Martín, que habían quedado solos en su cuerpo de guardia, los señores Lecrosnier, Bridaut y Gossé.

Un hombre vestido de negro, que había acudido otra vez a presentar su pecho a la bala de los asesinos, y cuyos consejos se han desatendido cuando en el día del peligro trató de conjurarlos, llega como último defensor para ponerse entre el peligro y el rey: es Gilberto.

El rey y la reina, muy inquietos al principio por el espantoso ruido de toda aquella multitud, se habían acostumbrado al fin a oírle.

Eran ya las tres de la tarde y esperaban que el día acabara como había comenzado.

La familia real se hallaba reunida en la habitación del rey.

De repente el ruido de las hachas resuena hasta en la cámara, dominado por esas ráfagas de clamores semejantes al lejano fragor de la tempestad.

En aquel momento, un hombre se precipita en la alcoba del rey, gritando:

—¡No os separéis de mí, señor! ¡Yo

respondo de todo!

Capítulo CXL

DONDE EL REY VE
QUE HAY
CIRCUNSTANCIAS
EN QUE ES
POSIBLE EL GORRO
FRIGIO SIN SER
JACOBINO

Aquel hombre era el doctor
Gilberto.

Sólo se le veía a intervalos casi
periódicos, y en todas las grandes

peripecias del inmenso drama que se iba desarrollando.

—¡Ah!, ¡bien venido, doctor! ¿Qué sucede? —exclamaron a un tiempo el rey y la reina.

—Sucede, señor —dijo Gilberto—, que el palacio está invadido por el pueblo, y que él es quien produce ese ruido, solicitando veros.

—¡Oh! —exclamaron a la vez la reina y *madame* Isabel—, ¡no nos separaremos de vos, señor!

—¿Quiere Vuestra Majestad —preguntó Gilberto— concederme por una hora el poder que un capitán de buque tiene en este durante la

tempestad?

—Os lo concedo —dijo el rey.

Acloque, comandante de la guardia nacional, se presentó en aquel momento en la puerta, pálido, pero decidido a defender al rey.

—¡Caballero —exclamó Gilberto—, he aquí a Su Majestad, que está pronto a seguiros!

Y añadió, volviéndose al rey:

—No os detengáis, señor.

—¡Pero yo —exclamó la reina—, yo quiero seguir a mi esposo!

—Y yo a mi hermano —dijo *madame* Isabel.

—Seguidle, señora —contestó

Gilberto a *madame* Isabel—; pero vos, quedaos —dijo a la reina.

—¡Caballero! —exclamó María Antonieta.

—¡Señor, señor! —gritó Gilberto—, rogad a Su Majestad la reina que confíe en mí, o de nada respondo.

—Señora —dijo el rey—, seguid los consejos del señor Gilberto, y si necesario es, ejecutad lo que ordene.

Y volviéndose a Gilberto, añadió:

—¡Vos me respondéis de la reina y del delfín, caballero!

—Se salvarán o moriré con ellos; es cuanto un piloto puede decir durante la tormenta.

La reina quiso hacer el último esfuerzo, pero Gilberto extendió los brazos para cerrarle el paso.

—Vos sois la única que peligras, señora, y no el rey; con razón o sin ella se os acusa de la resistencia de Su Majestad, y vuestra presencia le expondría, en vez de protegerle; conjurad la tormenta y haced que el rayo cambie de dirección.

—Entonces, caballero, que el rayo caiga sobre mí y perdone a mis hijos.

—De ellos y de vos he respondido a Su Majestad; seguidme, señora.

Y dirigiéndose a *madame* de Lamballe, llegada un mes hacía de

Inglaterra, y hacia las otras damas de la reina, añadió:

—Venid, señoras.

Las otras damas de la reina eran: la princesa de Tarento, la princesa de la Tremouille, y las señoras de Tourzel, de Mackau y de Laroche-Aymon.

Gilberto conocía el interior de palacio y trató de orientarse.

Buscaba un salón grande donde todo el mundo pudiese ver y oír; una barrera que pudiese servir de defensa, a fin de colocar detrás a la reina, a sus hijos y a sus damas, y situarse él delante.

Pensó en el salón del consejo, que por fortuna no habían invadido aún.

Hizo entrar a la reina, a los príncipes y a *madame* de Lamballe, y los colocó en el alféizar de una ventana. El tiempo era precioso, pues golpeaban ya las puertas y no se podía perder un momento.

Arrastró la pesada mesa del consejo, la colocó delante de la ventana, y de este modo quedó formado el parapeto.

Madame Royale se puso en pie sobre la mesa, al lado de su hermano.

La reina detrás de ellos; la inocencia defendía a la impopularidad.

Por el contrario, la reina quería colocarse delante de sus hijos.

—¡Así está bien todo —exclamó

Gilberto, con la inflexión de voz de un general que ordena una evolución decisiva—; no hay que moverse!

Y al ver que la puerta cedía, y que entre aquella multitud furiosa había una oleada de mujeres, exclamó, descorriendo el cerrojo:

—¡Entrad, ciudadanas; la reina y sus hijos os esperan!

La oleada penetró por la puerta como a través de un dique roto.

—¿Dónde está la austríaca? ¿Dónde está *madame* Veto? —gritaron quinientas voces a un mismo tiempo.

Aquel era el momento terrible, supremo, en que todo poder se escapa

de manos del hombre y se reconcentra en las de Dios sólo.

—¡Calma, señora —dijo Gilberto a la reina—; no necesito recomendaros la bondad!

Una mujer con los cabellos sueltos, blandiendo un sable, bella de furor, precedía a las demás.

—¿Dónde está la austríaca? ¡Morirá sólo por mi mano! —gritaba.

Gilberto, cogiéndola del brazo, la condujo delante de la reina.

—¡Ahí la tienes! —la dijo.

La reina, con una dulce modulación de voz, la preguntó:

—¿Os he hecho algún daño

personalmente, hija mía?

—Ninguno, señora —contestó la mujer, admirada de la dulzura y de la majestad de María Antonieta.

—Pues entonces, ¿por qué queríais matarme?

—¿Yo? —replicó la mujer, confusa y bajando hacia el suelo la punta de su sable—. ¡Me han dicho que erais vos quién perdía a la nación!...

—Os han engañado, hija mía. Esposa del rey de Francia y madre del delfín, de este niño que aquí veis, soy francesa; no volveré a ver nunca mi país, y sólo en Francia puedo ser feliz o desgraciada. ¡Ah!, ¡era tan dichosa

cuando me amabais todos!

La reina exhaló un suspiro.

La mujer dejó caer el sable y rompió a llorar.

—¡Ah!, señora —dijo sollozando—, no os conocía, perdonadme; ahora creo que sois buena.

—Si continuáis así, señora —la dijo en voz baja Gilberto—, no sólo os salváis, sino que antes de un cuarto de hora, todo ese pueblo caerá de rodillas ante Vuestra Majestad.

Y confiando la custodia de la reina a dos o tres guardias nacionales que habían acudido, y al ministro de la guerra Lajard, que acababa de entrar,

corrió hacia el sitio en que se hallaba el rey, con el cual había ocurrido una escena casi análoga.

Luis XVI había acudido al oír el estrépito. En el momento de entrar en la cámara, los tableros de la puerta caían hechos pedazos y daban paso a las puntas de las bayonetas, los hierros de las lanzas y los filos de las hachas.

—¡Abrid —gritó el rey—, abrid!

—¡Ciudadanos —dijo en voz alta el señor de Hervilly—, es inútil echar abajo la puerta, pues el rey quiere que se abra!

Y al mismo tiempo descorrió el cerrojo, dio vuelta a la llave, y la

puerta, casi desquiciada, giró sobre sus goznes.

El señor Acloque y el duque de Mouchy tuvieron tiempo de empujar al rey hacia el hueco de una ventana, en tanto que algunos granaderos que se hallaban allí se dieron prisa a amontonar ante él las banquetas y sitiales.

Al ver a la turba invadir el salón con gritos e imprecaciones, Luis XVI no pudo contenerse:

—¡A mi lado, caballeros! —gritó.

Cuatro granaderos tiraron inmediatamente de sus sables y se colocaron a la par del rey.

—Envainad esos sables —dijo este

—, sólo quiero que os pongáis junto a mí.

Y, en efecto, poco faltó para que no hubiese sido demasiado tarde. El brillo de los sables se había tomado por una provocación.

Un hombre andrajoso, con los brazos desnudos y la boca cubierta de espuma, se lanza hacia el rey.

—¡Ah!, ¿estás ahí, *Veto*? —exclama, tratando de herirle con la hoja de un cuchillo puesta en la punta de un palo.

Uno de los granaderos que, no obstante la orden del rey, tenía aún el sable en la mano, paró el golpe.

El rey entonces, repuesto

completamente, separa con la mano al granadero, diciendo:

—¡Dejadme! ¿Qué puedo temer hallándome en medio de mi pueblo?

Y dando un paso hacia delante, Luis XVI, con la majestad de que se revestía en los momentos supremos, y con un valor que hasta entonces no había mostrado, presentó su pecho a las armas de todas clases contra él dirigidas.

—¡Silencio! —dijo una voz robusta en medio de aquel espantoso tumulto—, ¡silencio, quiero hablar!

El estruendo del cañón hubiera tratado en vano de hacerse oír en medio de aquellos clamores y aquellos

alaridos; y sin embargo, al sonido de esta voz, alaridos y clamores cesaron.

Era la voz del carnicero Legendre.

Se había acercado al rey casi hasta tocarle.

En su derredor habían formado círculo.

En aquel momento un hombre apareció en la extremidad del círculo, y detrás de la terrible figura de Danton, el rey reconoció el rostro pálido de Gilberto.

Una mirada le preguntó: «¿Qué ha sido de la reina, caballero?».

Y una sonrisa le contestó: «Está en seguridad».

El rey dio gracias a Gilberto con una seña.

—¡*Señor!* —dijo Legendre, dirigiéndose al rey.

Al oír la palabra *señor*, que parecía indicar caducidad de sus derechos y de su personalidad, el rey se volvió como si le hubiera mordido una serpiente.

—Sí, *señor... señor Veto*, con vos hablo —dijo Legendre—. Escuchadnos, porque esa es vuestra obligación. Sois un pérfido; siempre nos habéis engañado y nos engañáis aún; pero tened cuidado, porque se colmó la medida, y el pueblo está harto ya de ser vuestro juguete y vuestra víctima.

—Está bien, os escucho —dijo el rey.

—¡Más vale así! Ya sabéis lo que hemos venido a hacer aquí. Queremos la sanción del decreto y la reposición de los ministros... Esta es nuestra petición.

Y sacando de su bolsillo un papel, lo desdobló y leyó la amenazadora petición leída antes en la Asamblea.

El rey escuchó con los ojos fijos en Legendre; cuando este hubo concluido la lectura, Luis XVI, sin la menor emoción, en la apariencia al menos, dijo:

—Haré lo que las leyes y la Constitución me mandan hacer.

—Sí, sí —dijo una voz—, ese es tu

gran caballo de batalla, ¡la *Constitución!*, la Constitución del 91, que te permite paralizar la máquina, atar la Francia a un poste y esperar a que los austriacos vengan a degollarnos.

El rey se volvió hacia a aquella nueva voz, comprendiendo que por este lado se le dirigía un ataque más grave.

Gilberto hizo también un movimiento y fue a poner su mano sobre el hombre del que acababa de gritar.

—Yo os he visto ya, amigo mío, ¿quién sois? —preguntó el rey.

Y le miraba con más curiosidad que terror, aunque la fisonomía de aquel hombre expresaba una energía terrible.

—Sí, ya me habéis visto tres veces, señor; una al volver de Versalles, el 16 de julio; otra en Varennes, y la tercera ahora. Acordaos de mi nombre, señor, porque es de funesto presagio: me llamo Billot.

Los gritos redoblaron en aquel momento. Un hombre armado de una pica trató de dar un golpe al rey.

Pero Billot, arrancando el arma de manos del asesino, la rompió sobre su rodilla.

—¡Nada de asesinato! —exclamó—. Tan sólo el hierro de la ley tiene derecho de tocar a ese hombre. Dicen que hubo un rey en Inglaterra cuya

cabeza fue cortada por sentencia del pueblo, a quien había hecho traición; tú debes saberlo, Luis, y no lo eches en olvido.

—¡Billot! —murmuró Gilberto.

—¡Oh!, por más que hagáis —dijo Billot moviendo la cabeza—, ese hombre será juzgado y condenado por traidor.

—¡Sí, traidor! —gritaron cien voces —, ¡traidor, traidor!

Gilberto se colocó entre el rey y el pueblo.

—Nada temáis, señor —dijo—, y sobre todo, tratad de dar satisfacción a estos furiosos con alguna demostración

material.

El rey tomó la mano del doctor y la puso sobre su corazón.

—Ya veis que estoy tranquilo —dijo —; esta mañana he recibido los sacramentos; que hagan de mí lo que quieran. En cuanto a la prueba material que me invitáis a dar, mirad. ¿Estáis contento?

Y tomando un gorro frigio de la cabeza de uno de aquellos descamisados, le puso en la suya.

La multitud prorrumpió en aplausos, gritando al mismo tiempo:

—¡Viva el rey! ¡Viva la nación!

Un hombre se abrió paso por en

medio de la turba, y acercándose al rey, con una botella, le dijo:

—Oye, *Veto*: si amas al pueblo tanto como dices, pruébalo bebiendo a su salud.

Y le presentó la botella.

—No bebáis, señor —murmuró *madame* Isabel—; ese vino estará quizá envenenado.

—Bebed, señor, yo respondo de todo —dijo Gilberto.

El rey tomó la botella.

—¡A la salud del pueblo! —dijo.

Y bebió.

Los gritos de «¡Viva al rey!», resonaron otra vez.

—Ya nada tenéis que temer, señor; permitidme ir a ver a la reina.

—Id —dijo el rey estrechando la mano a Gilberto.

En el momento en que este salía, entraron Isnard y Vergniaud.

Habían dejado la Asamblea y venían a defender al rey con su popularidad, y, si necesario era, a formar con sus cuerpos un escudo.

—¿Dónde está Su Majestad? —preguntaron.

Gilberto les hizo una seña con la mano, y los dos diputados se dirigieron al sitio en que estaba Luis XVI.

Para llegar hasta la estancia de la

reina, Gilberto tenía que atravesar varias habitaciones, y entre ellas la alcoba del rey.

El pueblo había entrado en todas partes.

—¡Miren el *Veto* gordo! —decían los hombres sentándose en el lecho del rey—; a fe mía que tiene una cama mejor que la nuestra.

Nada de esto debía ya causar temor; el primer momento de efervescencia había pasado.

Gilberto volvía, pues, bastante tranquilo al lado de la reina.

Una rápida mirada que al entrar en la sala dirigió hacia la ventana, le

tranquilizó completamente.

La reina estaba en el mismo sitio, y el delfín tenía puesto, como su padre, un gorro frigio.

Un gran rumor que se oía en la habitación inmediata, atrajo hacia la puerta las miradas de Gilberto.

Este rumor lo causaba Santerre al acercarse.

El coloso entró en la sala.

—¡Hola, hola! —dijo—, ¿es aquí dónde está la austríaca?

Gilberto se dirigió hacia él, atravesando la estancia diagonalmente.

—¡Señor Santerre! —dijo.

Santerre volvió la cabeza.

—¡Hola! —exclamó alegremente—
el doctor Gilberto.

—Que no ha olvidado aún —dijo
este— que sois uno de los que le
abrieron las puertas de la Bastilla.
Permitidme presentaros a la reina, señor
Santerre.

—¿A la reina? ¿Presentarme a la
reina? —murmuró el cervecero.

—Sí, a la reina; ¿no queréis?

—¿Por qué no? Iba a presentarme yo
mismo; pero puesto que estáis aquí,
mucho mejor.

—Conozco al señor Santerre —dijo
la reina—, y sé que en los momentos de
escasez ha alimentado él solo a la mitad

del arrabal de San Antonio.

Santerre se detuvo admirado; luego, fijando una mirada en el delfín, y al ver que el sudor inundaba las mejillas del pobre niño, dirigióse a la gente del pueblo y dijo:

—¡Oh!, quitad el gorro a ese niño; ¿no estáis viendo que sofocado está?

Entonces Santerre, inclinándose hacia María Antonieta y apoyándose en la mesa, la dijo a media voz:

—¡Tenéis amigos bien torpes, señora; yo conozco algunos que os servirían mejor!

Una hora después, aquella turba había desaparecido, y el rey,

acompañado de su hermana, entraba en su alcoba, donde le esperaban la reina y sus hijos.

Al divisarlo, la esposa se arrodilló a sus pies; los hijos estrecharon sus manos y todos se abrazaron como después de un naufragio.

Entonces fue cuando el rey se apercibió de que tenía aún puesto el gorro frigio.

—¡Ah! —exclamó—, lo había olvidado.

Y lo arrojó lejos de sí con hastío.

Un joven oficial de artillería, de veintidós años apenas, había presenciado toda esta escena apoyado

contra un árbol del terrado de la orilla del río; había visto por la ventana los peligros que el rey había corrido, las humillaciones porque había pasado; pero al llegar a lo del gorro frigio, no pudo contenerse:

—¡Oh! —exclamó—, ¡si tuviera yo solamente mil doscientos hombres y dos piezas de artillería, pronto habría librado al pobre rey de esa canalla!

Mas como no tenía los mil doscientos hombres ni las dos piezas, y no podía soportar más tiempo aquel indigno espectáculo, se retiró.

Aquel oficial era Napoleón Bonaparte.

Capítulo CXL

REACCIÓN

La evacuación de las Tullerías fue tan triste y silenciosa como ruidosa y terrible había sido la entrada.

La turba se decía, admirada del poco resultado del día: «Nada hemos conseguido; será necesario volver».

Era, efectivamente, demasiado para una amenaza, y muy poco para un atentado.

Los que habían creído

anticipadamente cosas que no habían sucedido aún, juzgaron a Luis XVI por lo que de él se decía. Recordando que había huido a Varennes disfrazado de lacayo, se dijeron:

—Al menor ruido que oiga se ocultará en un armario, bajo una mesa o tras de una cortina; daremos una estocada al caso y bastará para decir, como Hamlet, cuando creía matar al tirano de Dinamarca: «¡Un ratón!».

Pero sucedió todo lo contrario; jamás el rey estuvo tan tranquilo, y aún diremos más: tan grande.

El insulto había sido inmenso, pero no llegó a la altura de su resignación. Su

firmeza tímida, si podemos decirlo así, necesitaba ser excitada, y esta excitación tomó la rigidez del acero; templado por las circunstancias extremas en que se encontraba, vio durante cinco horas, sin palidecer, las hachas que giraban sobre su cabeza; las lanzas, las espadas y las bayonetas amenazando su pecho; y nunca general alguno se había hallado acaso en diez batallas, por encarnizadas que fueran, en peligro tan inminente como el que acababa de arrostrar en aquella pausada revista de la insurrección. Las Théroigne, los Saint-Huruge, los Lazouski, los Fournier, los Verriere,

todos esos familiares del asesinato se habían puesto en marcha decididos a matarle, y aquella majestad inesperada que se reveló en medio de la tempestad hizo caer el puñal en sus manos. Luis XVI acababa de sufrir su pasión; el regio *Ecce Homo* se había mostrado con la frente ceñida por el gorro frigio, como Jesús con su corona de espinas, y si no pudo decir, como la víctima del calvario: «Yo soy vuestro Cristo», no cesó un momento de repetir, en medio de las injurias y de los ultrajes: «Yo soy vuestro rey».

El espíritu revolucionario había creído, al forzar la puerta de las

Tullerías, hallar en ellas la sombra inerte y temblorosa de la monarquía, y encontró, con gran admiración, erguida y animada, la fe de la Edad Media; durante un momento se vieron frente a frente los dos principios, el uno en su ocaso y el otro en su oriente; algo terrible, como si se divisase a la vez en el cielo un sol que sale antes de que el otro se oculte; pero había igual grandeza y brillo en el uno como en el otro; tanta fe en la exigencia del pueblo como en la negativa del rey.

Los realistas estaban locos de contento; en suma, la victoria había quedado por ellos.

Apremiado fuertemente para que obedeciera a la Asamblea, el rey, en vez de sancionar uno de los decretos, como estaba dispuesto a hacerlo, y sabiendo que nada más arriesgaba por los dos que por uno solo, negó la sanción a entrambos.

Además, la dignidad real había descendido tanto en la fatal jornada del 20 de junio, que parecía haber tocado en el fondo de un abismo; en adelante no podía menos de ascender.

En efecto, así pareció suceder.

El 21, la Asamblea declaró que no volvería a ser admitida en la barra ninguna reunión de ciudadanos armados.

Esto era desaprobar, más aún, condenar el movimiento de la víspera.

Pétion se había presentado en las Tullerías cuando todo tocaba a su término.

—Señor —había dicho el rey—, acabo de saber en este instante la situación de Vuestra Majestad.

—Es extraño —le contestó el rey— porque hace bastante tiempo que esto dura.

Al día siguiente, los constitucionales, los realistas y los *feuillants*, pidieron a la Asamblea que proclamara la ley marcial.

Sabido es lo que la primera

proclamación de esta ley había ocasionado, el 17 de julio anterior, en el Campo de Marte.

Pétion corrió a la Asamblea.

Fundábase esta petición en el hecho de que se formaban nuevas reuniones, según se decía.

Pétion aseguró que no era cierto y que no habían existido jamás, y respondió de la tranquilidad de París. En su consecuencia fue desechada la petición sobre la ley marcial.

Al salir de la sesión, a eso de las ocho de la noche, Pétion se dirigió a las Tullerías para tranquilizar al rey sobre el estado de la capital. Le acompañaba

Sergent, grabador, cuñado de Marceau, individuo del consejo municipal y jefe de policía. Otros dos o tres concejales se habían reunido con ellos.

Al atravesar el patio del Carrousel fueron insultados por varios caballeros de San Luis, guardias constitucionales y guardias nacionales. Pétion fue atacado personalmente; a Sergent, a pesar de su faja, le dieron un puñetazo en el pecho e hiciéronle rodar por tierra.

Apenas introducido Pétion, comprendió que era un combate lo que había ido a buscar.

María Antonieta le dirigió una de esas miradas que solamente sus ojos

sabían asestar, miraba llena de soberbia, desdén y soberano desprecio. El rey sabía ya lo que había pasado en la Asamblea.

—Y bien, caballero —dijo a Pétion—, ¿sois vos quién pretende que la calma sea restablecida en la capital?

—Sí, señor —contestó Pétion—, el pueblo os ha hecho sus representaciones y está tranquilo y satisfecho.

—Confesad, caballero —replicó el rey, dando principio a la discusión—, que el día de ayer fue un gran escándalo, y que la municipalidad no ha hecho lo que debía ni lo que podía hacer.

—Señor —replicó Pétion—, la

municipalidad ha cumplido con su deber, y la opinión pública le juzgará.

—Decid la nación entera, caballero.

—La municipalidad no tiene el juicio de la nación.

—Y ¿cómo está París en este momento?

—Tranquilo, señor.

—No es verdad.

—Señor...

—¡Callad!

—El magistrado del pueblo no ha de callar, señor, cuando cumple con su deber y dice la verdad.

El rey se había mostrado tan violento y su rostro expresaba tan

profunda cólera, que la mujer arrebatada, la ardiente amazona, se espantó.

—¡Dios mío! —dijo a Roederer cuando Pétion hubo salido—, ¿no os parece que el rey ha procedido con demasiada ligereza, y que esta puede perjudicarle para con los parisienses?

—Señora —contestó Roederer—, a nadie le parecerá extraño que el rey imponga silencio a uno de sus súbditos cuando le falta al respeto.

Al día siguiente el rey escribió a la Asamblea para quejarse de aquella profanación del palacio, de la monarquía y del rey.

Después hizo una proclama a su pueblo.

De modo que había dos pueblos: el que hizo el 20 de junio y aquel que motivaba las quejas del rey.

El 24, Luis XVI y María Antonieta pasaron revista a la guardia nacional y fueron acogidos con entusiasmo.

El mismo día, el directorio de París suspendió en su cargo a Pétion.

¿Quién le comunicaba semejante audacia?

Tres días después se aclaró la cosa.

Lafayette, que había salido de su campamento con un solo oficial, llegó a París el 27 y se apeó en casa de su

amigo el señor de la Rochefoucauld.

Durante la noche se había avisado a los constitucionales, a los Fuldenses y a los realistas, y se ocuparon en *arreglar* las tribunas para el día siguiente.

Al otro día, el general se presentó en la Asamblea.

Tres salvas de aplausos le acogieron; pero todas ellas cesaron por el murmullo de los Girondinos.

Se comprendió que la sesión iba a ser terrible.

El general Lafayette era uno de los hombres más francamente intrépidos que existían; pero la bravura no es la audacia, y hasta es raro que un hombre

verdaderamente valeroso sea audaz al mismo tiempo.

Lafayette comprendió el peligro que corría; solo contra todos, iba a jugar el resto de su popularidad; si perdía, se perdería con ella; si ganaba, le era posible salvar al rey.

Esto era tanto más noble de su parte cuanto que no ignoraba que repugnaba al rey y que la reina le aborrecía. Recordaba su frase: «¡Prefiero perecer por Pétion, que ser salvada por Lafayette!».

Tal vez no se presentara también más que para sostener una bravata de subteniente o para contestar a un reto.

Trece días antes había escrito al rey y a la Asamblea: al primero para aconsejarle la resistencia; a la segunda para amenazarla si continuaba atacando.

—Es bien insolente en medio de su ejército; veremos si usará el mismo lenguaje cuando se halle solo en medio de nosotros.

Estas palabras fueron comunicadas a Lafayette en su campamento de Moubegue, y tal vez fueron la verdadera causa de su viaje a París.

Subió a la tribuna en medio de los aplausos de los unos, pero también entre las murmuraciones y las amenazas de los otros.

—Señores —dijo—, se me ha censurado por haber escrito una carta, el 16 de junio, en medio de mi campamento. Deber mío era protestar contra esta imputación de timidez, salir de la honrosa muralla que el afecto de las tropas formaba en torno mío y presentarme ante vosotros. Además de esto, otro motivo más poderoso aún me llamaba: las violencias del 20 de junio ha excitado la indignación, de todos los buenos ciudadanos, y sobre todo del ejército; los oficiales, los subalternos y los soldados piensan todos lo mismo; he recibido de todos los cuerpos adhesiones que revelan amor a la

Constitución y odio a los facciosos; pero he reprimido estas manifestaciones, encargándome de expresar yo solo los sentimientos de todos, y como ciudadano os hablo. Tiempo es ya de garantizar la Constitución, asegurar la libertad de la Asamblea nacional, la del rey y su dignidad. Por lo tanto, suplico a la Asamblea que reconozca que los excesos del 20 de junio deben ser perseguidos como crímenes de lesa Majestad; que adopte medidas eficaces para hacer respetar las autoridades constituidas, particularmente la vuestra y la del rey, y que vea el ejército la seguridad de que la Constitución no

sufrirá ningún ataque en el interior mientras que los valerosos franceses prodigan su sangre para defender la frontera.

Guadet se había levantado lentamente a medida que el general se acercaba al fin de su discurso; y en medio de los aplausos que le acogían, el acerbo orador de la Gironda extendió la mano en señal de que deseaba contestar. Cuando la Gironda quería lanzar la flecha de la ironía entregaba el arco a Guadet, y este no tenía que hacer más que coger una flecha al acaso en su carcaj.

Apenas el rumor del último aplauso

se hubo extinguido, le substituyó su palabra vibrante.

—En el momento de ver al señor Lafayette —exclamó—, me ha ocurrido una idea muy consoladora y me he dicho: «Ya no tenemos enemigos exteriores; los austríacos están vencidos y el señor de Lafayette viene para anunciarnos la noticia de su victoria y de la destrucción de nuestros adversarios». Poco tiempo ha durado la ilusión; nuestros enemigos son siempre los mismos; nuestros peligros exteriores no han cambiado; y no obstante, el señor Lafayette está en París, donde se constituye en defensor de las personas

honradas y del ejército. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo ha podido deliberar ese ejército? Pero ante todo, que nos muestre el señor Lafayette su licencia.

Al oír estas palabras, la Gironda comprende que la discusión tomará para ella un giro favorable; y en efecto, apenas pronunciadas, resuenan estrepitosos aplausos. Un diputado se levanta y dice desde su sitio:

—¡Señores, no olvidéis a quien habláis; no olvidéis, sobre todo, quién es Lafayette! ¡Tened presente que es el hijo primogénito de la libertad francesa, y que ha sacrificado a la Revolución su

fortuna, su nobleza y su vida!

—¡Hola! —grita una voz— diríase que hacéis su elogio fúnebre.

—Señores —dijo Ducos—, la libertad de discusión está oprimida por la presencia en este recinto de un general extraño a la Asamblea.

—Y no es eso todo —grita Vergniaud—; este general ha abandonado su puesto ante el enemigo; a él, y no al simple mariscal de campo que ha dejado en su lugar, se confió el cuerpo de ejército que manda; y es preciso saber si ha venido sin licencia, en cuyo caso se le debe arrestar para juzgarle como desertor.

—Es el objeto de mi pregunta —dice Guadet—, y apoyo la proposición de Vergniaud.

—¡Apoyada, apoyada! —grita toda la Gironda.

—¡A la votación nominal! —dice Gensonné.

Esta votación da una mayoría de diez sufragios a los amigos de Lafayette.

Así como el pueblo el 2 de junio, el general se ha excedido o ha hecho demasiado poco, y su victoria es una de aquellas de las cuales se quejaba Pirro, que había perdido la mitad de su ejército: «¡Otra victoria como esta —se decía—, y todo concluyó para mí!».

Así como Pétion, al salir de la Asamblea, Lafayette se dirigió a ver al rey.

Fue recibido con una expresión más benigna, pero con un corazón no menos ulcerado.

Lafayette acababa de sacrificar en favor del rey y de la reina más que su vida, había sacrificado su popularidad.

Era la tercera vez que hacía aquel donativo, más precioso que ninguno de los que los reyes puedan hacer; la primera fue en Versalles, el 6 de octubre; la segunda en el Campo de Marte, el 17 de julio, y la tercera aquel mismo día.

Lafayette tenía una última esperanza, la cual acababa de comunicar a sus soberanos: al día siguiente pasaría revista a la guardia nacional acompañado del rey, y no debía dudarse del entusiasmo que produciría su presencia y la del antiguo comandante general; Lafayette se aprovecharía de esta influencia, marcharía sobre la Asamblea, a fin de apoderarse de la Gironda, y durante el tumulto el rey podría marchar al campamento de Maubeuge.

Era un golpe atrevido; pero dada la situación de los ánimos, parecía casi seguro.

Por desgracia, a las tres de la madrugada, Danton entraba en casa de Pétion para darle aviso de la trama.

Al rayar el día, Pétion daba contraorden respecto a la revista.

¿Quién había descubierto al rey y a Lafayette?

¡La reina!

¿No había dicho que prefería morir por causa de otro, que no ser salvada por Lafayette?

¡Se cumpliría su deseo; iba a perecer por Danton!

A la hora en que debía efectuarse la revista, Lafayette salía de París para reunirse con su ejército.

Y sin embargo, aún no había perdido toda esperanza de salvar al rey.

Capítulo CXLII

VERGNIAUD HABLARÁ

El triunfo de Lafayette, triunfo dudoso, seguido de una retirada, había tenido un singular resultado.

Había abatido a los realistas, en tanto que la pretendida derrota de los Girondinos había dado a estos mayor fuerza, haciéndoles ver el abismo a cuyo borde habían estado.

Si hubiese habido menos odio en el

corazón de María Antonieta, acaso la Gironda no habría existido ya en aquella hora.

Era necesario no dejar a la corte el tiempo de reparar la falta que había cometido.

Pero sí era preciso devolver su fuerza y hacer recobrar su dirección al torrente revolucionario, que retrocedió un instante en su camino, rehaciéndose hacia su origen.

Todos buscaban, todos creían haber encontrado un medio de conseguirlo; pero cuando se proponía ese medio, se conocía su ineficacia y se renunciaba a él.

Madame Roland, el alma del partido, quería llegar al término del común deseo por una grande conmoción en la Asamblea. ¿Quién podía producir esa conmoción? ¿Quién podía dar ese golpe? Vergniaud.

¿Pero qué hacía ese Aquiles bajo su tienda, o más bien, ese Reinaldo perdido en los jardines de Armida? Estaba enamorado.

¡Es tan difícil aborrecer cuando se ama! Amaba a la bella *madame* Simón Caudeille, actriz, poetisa, grande música. Sus amigos lo buscaban a veces por espacio de dos o tres días, sin poder dar con él hasta que al fin lo hallaban

reclinado a los pies de aquella mujer encantadora, con una mano apoyada en sus rodillas y la otra sobre las cuerdas de su arpa, que hacía vibrar al acaso.

Por la noche iba a aplaudir en el teatro a la misma que adoraba por el día.

Dos diputados salían de la Asamblea, desesperados por esta inacción de Vergniaud, que les causaba miedo pensando en sus consecuencias para Francia: eran Grangeneuve y Chabot.

Grangeneuve, el abogado de Burdeos, amigo rival de Vergniaud, y como él diputado de la Gironda.

Chabot, el capuchino secularizado, autor o coautor del *Catecismo de los descamisados*, que arrojaba sobre la monarquía y la religión toda la hiel que su corazón perverso había amontonado en el claustro.

Grangeneuve, sombrío y meditabundo, marchaba al lado de Chabot.

Este le miraba, pareciéndole ver pasar sobre la frente de su colega la sombra de sus ideas.

—¿En qué piensas? —le dijo Chabot.

—En que todos estos retardos enervan la patria y matan la revolución

—contestó Grangeneuve.

—¡Ah! ¿Piensas en eso? —dijo Chabot, con la sonrisa amarga que le era habitual.

—Pienso —prosiguió Grangeneuve —, en que el pueblo está perdido si da tiempo al rey.

Chabot, prorrumpió en una carcajada estridente.

—Pienso —concluyó Grangeneuve —, que existe una hora para las revoluciones, que los que la dejan escapar no la hallan otra vez, y darán cuenta de ello más tarde a Dios y a la posteridad.

—¿Crees tú que Dios y la posteridad

nos pedirán cuenta de nuestra pereza y de nuestra inacción?

—Lo recelo.

Y después de un corto silencio, dijo:

—Mira, Chabot, tengo una convicción: el pueblo se halla hastiado a causa de su último descalabro y no se moverá ya sin una palanca poderosa, sin un sangriento estímulo; necesita un acceso de rabia o de terror con que redoblar su furia.

—Y ¿cómo darle ese acceso de rabia o de terror?

—En eso pienso —contestó Grangeneuve—, y creo haber hallado el medio.

Chabot se le acercó más, comprendiendo, por la entonación de su compañero, que este iba a proponerle alguna cosa terrible.

—Pero ¿hallaré igualmente — prosiguió Grangeneuve— un hombre que tenga la resolución suficiente para semejante acción?

—Habla —dijo Chabot, con un acento de firmeza que no debió dejar a su colega la menor duda—; soy capaz de todo, con tal de destruir lo que aborrezco, los reyes y los sacerdotes.

—Pues bien —continuó Grangeneuve mirando hacia el suelo—, he visto que ha habido sangre pura en la

cuna de todas las revoluciones, desde la de Lucrecia hasta la de Sidney. Para los hombres de estado, las revoluciones son una teoría; para los pueblos; una venganza; pero para impulsar la multitud a la venganza es necesario una víctima. La corte nos niega esa víctima; démosla nosotros mismos a nuestra causa.

—No comprendo —dijo Chabot.

—Más claro, es menester que uno de nosotros —pero uno de los más conocidos, de los más ardientes, de los puros— sucumba a los golpes de los aristócratas.

—Prosigue.

—Es necesario que el que sucumba

forme parte de la Asamblea nacional, a fin de que esta tome a su cargo la venganza. Es menester, en fin, que esa víctima sea yo.

—Pero los aristócratas se guardarán bien de tocarte, Grangeneuve.

—Lo sé, y por eso te decía que faltaba hallar un hombre de resolución.

—Y ¿para qué?

—Para matarme.

Chabot retrocedió un paso, pero Grangeneuve le cogió por un brazo.

—Hace un momento, Chabot, te juzgabas capaz de todo, con tal de destruir a los que aborrecías. ¿Eres capaz de asesinarme?

El exfraile guardó silencio.
Grangeneuve continuó:

—Mi palabra se extingue, mi vida es inútil a la libertad, mientras que, por el contrario, mi muerte la aprovechará y mi cadáver será el estandarte de la insurrección.

Y extendiendo con vehemencia su mano hacia las Tullerías, añadió:

—Es menester que ese palacio y cuanto encierra, desaparezcan en una tormenta.

Chabot miraba a Grangeneuve trémulo de admiración.

—¿Qué dices? —insistió Grangeneuve.

—Sublime Diógenes —dijo Chabot —; apaga tu linterna, que hallaste ya al hombre.

—Entonces arreglémoslo todo —dijo Grangeneuve—, y concluyamos por esta misma noche. Yo me pasearé solo, aquí o enfrente de los arcos del Louvre, en el paraje más solitario y más sombrío... Si temes que te falte la mano, avisa a otros dos patriotas; haré esta señal para que me reconozcan. —Y Grangeneuve alzó los brazos—. Me herirán y, te lo prometo —añadió—, caeré sin dar el menor gemido.

Chabot se enjugó la frente.

—Al amanecer —continuó

Grangeneuve—, se hallará mi cadáver; tú acusarás a la corte, y la venganza del pueblo hará lo restante.

—Bien está —dijo Chabot—; hasta la noche.

Y los extraños conjurados se separaron estrechándose la mano.

Grangeneuve entró en su casa e hizo su testamento, que fechó en Burdeos y con un año de atraso.

Chabot se fue a comer al palacio real.

Después de comer entró en casa de un cuchillero. Al salir de la tienda con el cuchillo que había comprado, leyó los carteles de los teatros.

Madame Caudeille tomaba parte en la representación, y el fraile apóstata sabía dónde encontraría a Vergniaud.

Fue, pues, a la Comedia Francesa, subió al palco de la bella actriz y halló en él su corte ordinaria: Vergniaud, Taima, Chénier y Dugazon.

Chabot permaneció allí hasta el fin de la función.

Cuando esta concluyó, la actriz cambió de traje y Vergniaud se dispuso para acompañarla a la calle Richelieu, en la cual vivía desde que la Comedia Francesa estaba en ella; Chabot subió al carruaje en pos de Vergniaud.

—¿Tenéis algo que decirme,

Chabot? —preguntó Vergniaud, comprendiendo que el capuchino le buscaba.

—Sí; pero tranquilizaos, seré breve.

—Entonces, decidlo pronto.

Chabot miró su reloj.

—No es hora aún.

—¿Cuándo, pues?

—A las doce.

La bella Caudeille, temblando al oír aquel misterioso diálogo, murmuró:

—¡Oh, señor!...

—Tranquilizaos —dijo Chabot—; Vergniaud no tiene que temer cosa alguna; pero la patria tiene necesidad de sus servicios.

El carruaje partió en dirección a casa de la actriz.

Los tres que iban en él guardaron silencio. Llegados a la puerta de la señorita Caudeille, Vergniaud preguntó:

—¿Subís?

—No; vais a veniros conmigo.

—¿Adónde lo lleváis? ¡Dios mío!

—exclamó la actriz.

—A doscientos pasos de aquí; os prometo que en un cuarto de hora estará desocupado.

Vergniaud estrechó la mano de su bella querida, la hizo una seña para tranquilizarla y se alejó con Chabot por la calle Traversiere. Pasaron la de San

Honorato y tomaron la de Echelle.

Al llegar a la esquina de esta última, el fraile apoyó una mano sobre el hombro de Vergniaud, y con la otra llamó su atención hacia un hombre que se paseaba junto a las solitarias paredes del Louvre.

—¿Ves? —preguntó a Vergniaud.

—¿El qué?

—Ese hombre.

—Sí —contesta el girondino.

—Es tu colega Grangeneuve.

—Y ¿qué hace ahí?

—Aguarda.

—¿Qué aguarda?

—Que lo maten.

—¡Que lo maten!

—Sí.

—Y ¿quién debe matarlo?

—Yo.

Vergniaud miró a Chabot como se mira a un loco.

—Acuérdate de Esparta —dijo el capuchino—; acuérdate de Roma, y oye.

Y lo informó de todo.

A medida que Chabot hablaba, Vergniaud inclinaba la cabeza.

Comprendía perfectamente que él, tribuno afeminado, león amante, era necesario a aquel republicano terrible que, como Decio, sólo pedía un abismo donde precipitarse, con tal de que su

muerte salvase la patria.

—Está bien —dijo—; necesito tres días para preparar mi discurso.

—¿Y pasados tres días?...

—Pasados tres días, me estrellaré contra el ídolo o lo derrocaré.

—¿Cuento con tu palabra, Vergniaud?

—Sí.

—¿Es la de un hombre?

—Es la de un republicano.

—Entonces no te necesito para nada; vete y tranquiliza a tu querida.

Vergniaud se dirigió a la calle de Richelieu.

Chabot se adelantó hacia

Grangeneuve.

Este, al ver que un hombre se le acercaba, se retiró al paraje más oscuro.

El fraile se fue tras él.

Grangeneuve se detuvo cuando hubo llegado a la pared.

Chabot se le acercó.

Grangeneuve hizo la señal convenida alzando los brazos.

Chabot no se movió.

—¿Qué te detiene? —exclamó Grangeneuve—, ¡hiere!

—Es inútil —dijo Chabot—; Vergniaud hablará.

—Bien —dijo Grangeneuve, lanzando un suspiro—; pero creo que el

otro medio era mejor.

¿Qué podía hacer la monarquía
contra hombres semejantes?

Capítulo CXLIII

VERGNIAUD HABLA

Ya era hora de que Vergniaud se decidiese.

El peligro aumentaba fuera y dentro.

Fuera, en Ratisbona, el consejo de embajadores había rehusado por unanimidad recibir al ministro de Francia.

Inglaterra, que se titulaba amiga nuestra, preparaba un armamento

inmenso.

Los príncipes del imperio, elogiando en voz alta su neutralidad, introducían cautelosamente al enemigo en sus plazas.

El duque de Baden había puesto austriacos en el Kehl, a una legua de Estrasburgo.

En Flandes era peor aún; Luckner, un soldadote imbécil, contrarrestaba todos los planes de Dumouriez, el único hombre, si no de genio, por lo menos de cabeza, que en aquella ocasión teníamos ante el enemigo.

Lafayette era todavía de la corte, y su último paso había demostrado bien

que la Asamblea, es decir, Francia, no debía ya contar con él.

Por último, Biron, intrépido y de buena fe, desalentado por nuestros primeros reveses, no comprendía más que una guerra defensiva.

Esto en cuanto al exterior.

En el interior, la Alsacia pedía armas a gritos; pero el ministro de la guerra, favorable a la corte, no se cuidaba de enviárselas.

En el Mediodía, un teniente general de los príncipes, gobernador del bajo Languedoc y de las Cevenas, hacía comprobar sus poderes por la nobleza.

En el Oeste, un simple campesino,

Alian Redeler, publica, al salir de misa, que se ha citado a una reunión armada a los amigos del rey, cerca de una capilla inmediata.

Quinientos campesinos se han reunido de una sola vez. Los chuanes se habían establecido en la Vendée y en Bretaña; no les faltaba más que avanzar.

En fin, de casi todos los directorios de los departamentos se recibían mensajes contrarrevolucionarios.

El peligro era grave, amenazador, terrible, tanto que no era tan sólo a los hombres a quien amenazaba, sino a la patria.

Por eso, sin que se hubieran

proclamado en alta voz, todos murmuraban estas palabras: «¡La patria está en peligro!».

Por lo demás, la Asamblea esperaba.

Chabot y Grangeneuve habían dicho: «Dentro de tres días, Vergniaud hablará».

Y se contaban las horas que transcurrían.

Vergniaud no se presentó en la Asamblea ni el primero ni el segundo día.

En el tercero, todos llegaron agitados.

No faltaba ni un solo representante

en su banco; las tribunas estaban llenas.

Vergniaud entró el último de todos.

Un murmullo de satisfacción circuló por la Asamblea, y las tribunas aplaudieron como se hace en la platea del teatro al presentarse un actor querido.

Vergniaud levantó la cabeza para buscar con los ojos a quien se aplaudía; pero como las palmadas fuesen más ruidosas, comprendió que él las motivaba.

El célebre diputado tenía entonces treinta y tres años escasamente; de carácter meditativo y perezoso, su genio indolente se complacía en frivolidades,

y solamente ardoroso para los placeres, hubiérase dicho que se apresuraba a recoger a manos llenas las flores de una juventud que debía tener tan corta primavera. Se acostaba tarde y no solía levantarse hasta mediodía; cuando debía hablar preparaba su discurso tres o cuatro días antes, pulimentábale y le afilaba, así como un soldado sus armas el día anterior al de la batalla. Como orador era lo que en una sala de esgrima se llama un buen tirador, y sus estocadas no le parecían buenas si no las dirigía con brillantez y merecían aplausos; era preciso reservar su palabra para los momentos de peligro, para los instantes

supremos.

No era el hombre de todas las horas, ha dicho un poeta, sino el de los grandes días.

En cuanto a su físico, Vergniaud era más bien pequeño que alto; pero tenía la robustez del atleta, distinguiéndose por sus cabellos largos y flotantes, de modo que en sus movimientos oratorios los sacudía como un león su crin; bajo su ancha frente, sombreada por espesas cejas, brillaban dos ojos llenos de dulzura o de fuego; la nariz era corta, un poco grande; los labios gruesos, y así como de la abertura de un manantial surge el agua abundante y sonora, así las

palabras salían de su boca como poderosas cascadas llevando la espuma y el ruido. Por efecto de las señales de la viruela, su cutis parecía jaspeado como el mármol sin pulimentar aún por el cincel del estatuario, pero desbastado por el martillo del trabajador. Su tez pálida se coloreaba de púrpura o quedaba lívida, según que la sangre le subiese al rostro o se retirara al corazón. En el reposo y entre la multitud era un hombre ordinario, en el que el ojo del historiador, por penetrante que fuera, no tenía razón alguna para fijarse; pero cuando la llama de la pasión hacía hervir su sangre, cuando los músculos

de su rostro palpitaban, cuando su brazo extendido imponía silencio, dominando la multitud, el hombre se convertía en un dios y el orador se transfiguraba. ¡La tribuna era su Thabor!

Tal era el hombre que llegaba, con la mano cerrada aún, pero cargada de rayos.

Por los aplausos que estallaron a su vista, adivinó lo que se esperaba de él.

No pidió la palabra; dirigióse a la tribuna, subió a ella, y en medio de un silencio profundo comenzó su discurso.

Sus primeras palabras fueron pronunciadas con el acento triste y concentrado de un hombre abatido;

parecía fatigado desde un principio como se suele estar al fin; y era que, hacía tres días, luchaba con el genio de la elocuencia; era que sabía, como Sansón, que en el esfuerzo supremo que iba a intentar derribaría infaliblemente el templo, y que habiendo subido a la tribuna en medio de sus columnas, derechas aún, y de su bóveda, intacta todavía, bajaría saltando sobre las ruinas del trono.

Como el genio de Vergniaud se revela del todo en nuestro discurso, le citaremos por completo, creyendo que al leerle se tendrá la misma curiosidad que se experimentaría al contemplar en un

arsenal una de esas máquinas de guerra históricas que habían derribado las murallas de Sagunto, de Roma o de Cartago.

«Ciudadanos —dijo Vergniaud con voz apenas ininteligible, pero que llegó a ser muy pronto grave y sonora—, ciudadanos, me acerco a vosotros y os pregunto: ¿Cuál es la extraña situación en que se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué fatalidad nos persigue y señala cada día por acontecimientos que perturban nuestros trabajos, lanzándonos de continuo en la agitación tumultuosa

de las inquietudes, de las esperanzas y de las pasiones? ¿Qué destino prepara a Francia esa terrible efervescencia, en cuyo seno se podría dudar si la Revolución retrocede o si progresa hacia su término?

»En el momento en que nuestros ejércitos del Norte parecen hacer progresos en Bélgica, los vemos de pronto replegarse ante el enemigo y se vuelve a traer la guerra a nuestro territorio. ¡De nosotros no quedará entre los desgraciados belgas más que el recuerdo de los incendios que iluminaron nuestra retirada! Por la parte del Rhin, los prusianos se acumulan de

continuo en nuestras fronteras descubiertas. ¿Cómo es que, precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la existencia de la nación, se suspende el movimiento de nuestros ejércitos, y que por una desorganización súbita del ministerio se rompen los lazos de confianza, entregándose a la casualidad y a manos inexpertas la salvación de Francia? ¿Será cierto que se temen nuestros triunfos? ¿Se desea la sangre del ejército de Coblenza o la del nuestro? Si el fanatismo de los sacerdotes amenaza entregarnos a la vez a los horrores de la guerra civil y a la invasión, ¿qué

proyectan, pues, los que hacen desear con invencible tenacidad la sanción de nuestros decretos? ¿Quieren reinar acaso en ciudades abandonadas o en campos devastados? ¿Cuál es la cantidad de lágrimas, de miserias, de sangre y de muertos, que pueda satisfacer su afán de venganza? En fin, ¿dónde estamos? Y vosotros, señores, cuyo valor piensan haber debilitado los enemigos de la Constitución; vosotros, en quienes se trata de alarmar diariamente la conciencia, calificando de espíritu de facción vuestro amor a la libertad, como si hubierais olvidado que una corte despótica y los cobardes

héroes de la aristocracia daban el nombre de facciosos a los representantes que fueron a prestar juramento en el Juego de Pelota, a los vencedores de la Bastilla, a todos aquellos que hicieron y sostuvieron la Revolución; vosotros, a quienes no se calumniaría sino porque sois extraños a la casta que la Constitución hizo caer en el polvo, y que los hombres degradados que echan de menos el infame honor de arrastrarse delante de ella, no esperan hallar en vosotros cómplices; vosotros, a quienes se quisiera enajenar del pueblo, porque se sabe que este es vuestro apoyo; vosotros, a quienes se ha

querido dividir, pero que aplazáis hasta después de la guerra vuestras diferencias, prefiriendo a todo la salvación de la patria; vosotros, a quienes se quiso espantar con peticiones armadas, como si no supierais que al principio de la revolución el santuario de la libertad fue rodeado por los satélites del despotismo, mientras que el ejército de la corte sitiaba a París, siendo aquellos días de peligro las jornadas de gloria de nuestra primera Asamblea, dejadme al fin llamar vuestra atención sobre el estado de crisis en que nos hallamos.

»Estas perturbaciones interiores

reconocen dos causas: las maniobras aristocráticas y las de los sacerdotes; todas tienden al mismo objeto, a la contrarrevolución.

»El rey ha rehusado sancionar vuestro decreto sobre los disturbios religiosos. Yo no sé si el sombrío genio de Mediéis y del cardenal de Lorena vaga todavía bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías, y si el corazón del rey está perturbado por las ideas fantásticas que le sugieren; pero no es permitido creer, sin ofenderle y acusarle de ser el enemigo más peligroso de la Revolución, que quiera estimular por la impunidad las tentativas criminales de la

ambición sacerdotal, devolviendo a los orgullosos secuaces de la tiara el poder con que oprimieron igualmente a los pueblos y a los reyes; no es permitido creer, sin ofenderle y declararle como el más cruel enemigo del imperio, que se complazca en perpetuar las sediciones, en eternizar los desórdenes que le precipitarán por la guerra civil hacia la ruina. De aquí deduzco que si se resiste a vuestros decretos, es porque se juzga bastante poderoso, sin los medios que vosotros le ofrecéis, para mantener la paz pública. En su consecuencia, si la paz no se mantiene, si la tea del fanatismo amenaza incendiar de nuevo el

reino, si las violencias religiosas desoían siempre los departamentos, esto quiere decir que los agentes de la autoridad real son en sí la causa de todos nuestros males. ¡Pues bien, que respondan con su cabeza de todas las perturbaciones en que se tome la religión por pretexto, y demostrar en esta responsabilidad terrible el término de vuestra paciencia y de las inquietudes de la nación!

»Vuestra solicitud por la seguridad exterior del imperio os ha inducido a decretar un campamento en París, y todos los federados de Francia deben presentarse el 14 de julio para repetir el

juramento de vivir libres o morir. El soplo envenenado de la calumnia ha combatido este proyecto, y el rey rehusó sancionarle. Yo respeto demasiado el ejercicio de un derecho constitucional, para proponeros que hagáis a los ministros responsables de esa negativa; pero si se da el caso de que antes de la reunión de los batallones se profane el suelo de la libertad, debéis tratarlos como traidores, arrojándolos en el abismo de su inercia y malevolencia habrá abierto bajo los pasos de la democracia. Rasguemos al fin la venda que la intriga y la adulación han puesto sobre los ojos del rey, y mostrémosle el

término a que los amigos pérfidos se esfuerzan para conducirle.

»En nombre del rey, los príncipes franceses levantan contra nosotros a las cortes de Europa; para vengar la dignidad del soberano, se ha concluido el tratado de Pilnitz; para defenderle acuden a Alemania, bajo la bandera de la rebelión, las antiguas compañías de guardias de corps; para venir en su auxilio los emigrados se alistan en los ejércitos austríacos, disponiéndose a desgarrar el suelo de la patria; para reunirse con estos heroicos caballeros de la prerrogativa real, otros abandonan su puesto en presencia del enemigo,

faltan a sus juramentos, roban las cajas, pervierten a los soldados y cifran así su honor en la cobardía, en el perjurio, en la insubordinación y en el robo y los asesinatos. ¡En fin el nombre del rey está en todos los desastres!

»Ahora bien; yo leo en la Constitución:

»Si el rey se pone a la cabeza de un ejército y dirige las fuerzas contra la nación, y no se opone, por un acto formal, a semejante empresa ejecutada en nombre suyo, se entenderá que abdica la corona.

»En vano contestaría el rey:

»Ciertó que los enemigos de la nación pretenden no obrar sino con el objeto de que yo recobre mi poder; pero he probado que no era su cómplice; he obedecido a la Constitución y puesto mis tropas en campaña; es verdad que estos eran demasiado débiles; pero la Constitución no señala qué fuerza debía darles; cierto que los reuní demasiado tarde; pero la Constitución no indica en qué tiempo debía hacerlo; cierto que los campamentos de reserva hubieran podido sostenerlos; pero la Constitución no me obliga a formarlos; cierto que cuando los generales avanzaban sin resistencia por territorio enemigo, les di

orden de retroceder; pero la Constitución no me ordena alcanzar la victoria; cierto que mis ministros engañaron a la Asamblea nacional, respecto al número y la disposición y la manera de provisionarlas; pero la Constitución me confiere el derecho de elegir mis ministros y de ahuyentar a los contrarrevolucionarios; cierto que la Asamblea nacional ha expedido decretos, indispensables a su juicio, para la defensa de la patria, y que yo rehusé sancionar; pero la Constitución me autoriza; cierto, en fin, que la contrarrevolución se efectúa, que el despotismo pondrá entre mis manos su

cetro de hierro, que os anonadaré y que os castigaré, por haber tenido la insolencia de querer ser libres; pero todo esto se hace constitucionalmente; de mí no emana ningún acto que la Constitución condene; y por lo tanto no es permitido dudar de mi fidelidad respecto a ella y de mi celo por su defensa.

»Si fuera posible, señores, que en las calamidades de una guerra funesta, y en los desórdenes de un trastorno contrarrevolucionario, el rey de Francia usara lenguaje tan irrisorio, y si fuese posible que hablase de su amor a la Constitución con una ironía tan

insultante, tendríamos derecho para contestar:

»¡Oh, rey!, que sin duda habéis creído, con el tirano Lisandro, que la verdad no valía más que la mentira, y que era preciso divertir a los hombres con juramentos, como se divierte a los niños con juguetes; que no habéis fingido amar las leyes sino para conservar el poder que os serviría para combatirlas; que no habéis respetado la Constitución sino para que no os precipitase del trono, donde necesitabais permanecer para destruirla, y la nación sino para asegurar el éxito de nuestras perfidias, inspirándole

confianza, ¿pensáis acaso engañarnos hoy con hipócritas protestas? ¿Pensáis, por ventura, extraviar la opinión pública, respecto a la causa de nuestras desgracias, por el artificio de vuestras excusas y la audacia de vuestros sofismas? ¿Era defendernos, u oponer a los soldados extranjeros fuerzas cuya inferioridad no dejaba la menor duda sobre su derrota? ¿Era defendernos desechar los proyectos que tendían a fortificar el interior del reino, o hacer preparativos de resistencia para la época en que seríamos ya presa de los tiranos? ¿Era defendernos consentir que un general violase la Constitución,

encadenando el valor de los que la servían? ¿Era defendernos paralizar de continuo la marcha del gobierno por la desorganización continua del ministerio? ¿Os permite la Constitución la elección de ministros para nuestra felicidad o para nuestra ruina? ¿Os hizo jefe del ejército para nuestra gloria o para nuestra vergüenza? ¿Os dio el derecho, en fin, de sancionar una lista civil y tan grandes prerrogativas para perder constitucionalmente la Constitución y el imperio? ¡No, no; hombre a quien la generosidad de los franceses no ha podido conmover, hombre a quien solamente el amor al despotismo hizo

sensible; vos no habéis satisfecho los deseos de la Constitución! ¡Podrá ser derribada; pero no recogeréis el fruto de vuestro perjurio; no os habéis opuesto por un acto formal a las victorias que se alcanzaban en vuestro nombre sobre la libertad; pero no recogeréis el fruto de esos triunfos indignos! ¡Ya no sois nada para esta Constitución que tan indignamente habéis violado, ni tampoco para este pueblo que con tanta cobardía habéis vendido!

»Como los hechos que acabo de recordar no dejan de tener relaciones muy notables con varios actos del rey; como es cierto que los falsos amigos

que lo rodean están vendidos a los conjurados de Coblenza, y que arden en deseos de perder al rey para trasladar su corona a la cabeza de alguno de los jefes de sus conspiraciones; como importa a su seguridad personal, tanto como a la del imperio, que no haya sospechas respecto a su conducta, yo propondría un mensaje que le recordara las verdades que acabo de exponer, y en el cual se demostrase que la neutralidad que guarda entre la patria y Coblenza sería una traición a Francia.

»Pido además que declaréis que la patria está en peligro. A este grito de alarma veréis a todos los ciudadanos

reunirse, veréis llenarse nuestro suelo de soldados y repetirse los prodigios que cubrieron de gloria a los pueblos de la antigüedad. ¿Han perdido su patriotismo los franceses regenerados del 89? ¿No ha llegado el día de reunir los que se hallan en Roma con los que están en el monte Aventino? ¿Esperáis a que, cansados de las fatigas de la revolución, o pervertidos por la costumbre de lucirse alrededor de un palacio, los hombres débiles se habitúen a hablar de libertad sin entusiasmo y de esclavitud sin horror? ¿Qué nos preparan? ¿Se trata acaso de establecer el gobierno militar? ¿Se sospechan

pérfidos proyectos de la corte, que hacen hablar de movimientos militares y de la ley marcial? ¿Se familiarizan la imaginación con la sangre del pueblo? El palacio del rey de los franceses se ha convertido de pronto en una fortaleza; pero ¿dónde están sus enemigos? ¿Contra quién se apuntan esos cañones y esas bayonetas? Los amigos de la Constitución han sido rechazados del ministerio, y las riendas del imperio flotan a la casualidad en el momento en que se necesitaba tanto vigor como patriotismo para sostenerlas. Por todas partes se fomenta la discordia, el fanatismo triunfa, la connivencia del

gobierno aumenta la audacia de las potencias extranjeras, que lanzan contra nosotros ejércitos y cadenas, a la vez que enfría el afecto de los pueblos que hacen secretos votos por el triunfo de la libertad. Las cortes enemigas se mueven; la intriga y la perfidia fraguan conspiraciones; el cuerpo legislativo se opone a estos decretos rigurosos, pero necesarios, y la mano del rey los rasga. ¡Llamad, porque ya es tiempo, llamad a todos los franceses para salvar la patria, y mostradles el abismo en toda su inmensidad! Solamente por un esfuerzo extraordinario podrán franquearle. A vosotros toca prepararlos para un

movimiento eléctrico que haga tomar impulso todo el imperio. Imitad vosotros mismos a los espartanos de las Termopilas, o a esos ancianos venerables del senado de Roma, que fueron a esperar, en el umbral de sus puertas, la muerte que los feroces vencedores llevaban a su patria. No; vosotros no necesitaréis hacer voto para que nazcan vengadores de vuestras cenizas; el día en que vuestra sangre enrojee el suelo, la tiranía, sus palacios y sus protectores, se desvanecerán para siempre ante la omnipotencia nacional y la cólera del pueblo».

En este discurso terrible se notaba una fuerza ascendente, un vigor que iba en aumento, un *crescendo* de tempestad que agitaba el aire con su ala inmensa, semejante a la del huracán.

Por eso produjo el efecto de una tromba; la Asamblea entera, *feuillants*, realistas, constitucionales, republicanos, público de las tribunas y de los bancos, todo se dejó llevar por el poderoso torbellino, todos profirieron gritos de entusiasmo.

Aquella misma noche, Barbaroux escribió a su amigo Rebecqui, que había quedado en Marsella: «Envíame

quinientos hombres que sepan morir».

Capítulo CXLIV

TERCER ANIVERSARIO DE LA TOMA DE LA BASTILLA

El 11 de junio, la Asamblea declaró que la patria estaba en peligro.

Más para promulgar esta declaración era necesario que el rey la autorizase.

El rey no lo hizo hasta la noche del 21.

Y, en efecto, proclamar que la patria estaba en peligro, era confesar que la autoridad reconocía su impotencia; era un llamamiento a la nación para que esta se salvase, puesto que el rey no podía o no quería hacer nada.

En el intervalo del 11 al 21 de junio, un profundo terror agitó a la gente de palacio.

La corte esperaba para el 14 de julio una conspiración contra la vida del rey.

Un mensaje de los Jacobinos, redactado por Robespierre, había confirmado esta creencia, y era fácil de reconocer su doble objeto.

Iba dirigido a los federados que

llegaban a París para la fiesta del 14 de julio, tan cruelmente sangrienta el año anterior.

¡Salud a los franceses de los ochenta y tres departamentos! —decía el Incorruptible—. ¡Salud a los marseleses, a la patria poderosa e invencible que reúne a sus hijos en torno suyo el día de sus peligros y de sus fiestas! ¡Abramos nuestras casas a nuestros hermanos!

¡Ciudadanos, no habéis acudido para una vana ceremonia de federación y para

*prestar juramentos superfluos!
¡No, no; acudís al grito de la
nación que os llama,
amenazada exteriormente y
vendida en el interior! Nuestros
jefes pérfidos conducen a sus
ejércitos a un lazo; nuestros
generales respetan el territorio
del tirano austríaco y queman
las ciudades de nuestros
hermanos belgas. ¡Lafayette, un
monstruo, ha venido a insultar
de frente a la Asamblea
nacional, envilecida,
amenazada y ultrajada! ¡Tales
atentados despiertan al fin a la*

*nación, y por eso habéis
acudido! ¡Los que adormecen al
pueblo tratarán de seduciros;
huid de sus caricias, huid de sus
mesas, dónde se bebe el
moderantismo y se olvida el
deber; guardad las sospechas
en vuestros corazones, porque
la hora fatal está a punto de
sonar!*

*¡He aquí el altar de la
patria! ¿Toleraréis que
cobardes ídolos vengan a
colocarse entre la libertad y
vosotros para usurpar el culto
que se la debe? ¡No prestemos*

*juramento más que a la patria,
entre las manos inmortales del
rey y de la naturaleza! ¡Todo
nos vuelve a llamar a ese
Campo de Marte, testigo del
perjurio de nuestros
adversarios, y no podemos pisar
un solo sitio que no esté
manchado con la sangre
inocente que hicieron derramar!
¡Purificad ese suelo, vengad esa
sangre, y no salgáis de aquel
recinto hasta después de haber
resuelto la salvación de la
patria!*

Difícil era explicarse más categóricamente; jamás se aconsejó el asesinato de una manera más terminante, y nunca se predicaron represalias sangrientas con voz más clara ni con tanta insistencia.

Y obsérvese bien que era Robespierre, el cauteloso tribuno, el prudente orador, quien decía con su dulce voz a los diputados de los ochenta y tres departamentos: «¡Amigos míos, si queréis creerme, es preciso matar al rey!».

Había mucho temor en las Tullerías, sobre todo por parte del rey, estando todos convencidos en que el 20 de junio

no tenía más objeto que asesinar a Luis XVI en medio de un tumulto, y que si el crimen no se había cometido, esto se debía simplemente al valor del rey, que impuso a sus asesinos.

Algo de esto era verdad.

Los pocos cortesanos que conservaban aún el rey y la reina, condenados a morir, opinaban que el crimen que fracasó el 20 de junio se consumaría el 14 de julio.

Era tal la persuasión en este punto, que se suplicó al rey que se pusiera una cota de malla, a fin de que la primera cuchillada o la primera bala se embotaran sobre su pecho y hubiera

tiempo de prestarle auxilio.

Pero ¡hay!, la reina no contaba ya con Andrea para ayudarla en su tarea nocturna, como la primera vez, y para ir a probar, con mano temblorosa, en un apartado rincón de las Tullerías, como se había hecho en Versalles, la solidez del peto de seda.

Por fortuna conservábase la cota que el rey se puso en su primer viaje a París, para complacer a la reina, y que después no quiso usar.

Pero el rey había vigilado tan de cerca, que no se encontró un momento para inducirle a ponérsela por segunda vez, a fin de corregir los defectos que

pudiera tener; la señora de Campan la llevó durante tres días bajó su vestido.

Por fin, una mañana que estaba en la habitación de la reina, hallándose esta última en cama aún, el rey entró, despojóse vivamente de su casaca, y la señora Campan, después de cerrar las puertas, probó el peto.

Terminada la operación, el rey atrajo hacia sí a la señora Campan, y la dijo en voz baja:

—Para complacer a la reina hago esto; no me asesinarán, estad tranquila; su plan ha cambiado, y debo esperar otro género de muerte. En todo caso, venid a mi habitación al salir de aquí,

pues debo comunicaros alguna cosa.

El rey se retiró.

La reina había observado aquel diálogo sin oírle; siguió al rey con mirada inquieta, y cuando la puerta se hubo cerrado, preguntó a la señora Campan:

—¿Qué os decía el rey?

La dama se arrodilló ante el lecho de la reina, que la dio ambas manos, y repitió en voz alta lo que el rey había dicho a media voz.

La reina movió la cabeza tristemente.

—Sí —dijo—, es la opinión del rey, y comienzo a opinar como él; pretende

que cuanto pasa en Francia es una imitación de lo que sucedió en Inglaterra durante el siglo último, y lee de continuo la historia del desgraciado Carlos, para conducirse mejor que lo hizo el rey de Inglaterra... Sí, sí, temo un proceso para el rey, querida Campan; pero, en cuanto a mí, como soy extranjera, me asesinarán. ¡Ay!, ¡qué será de mis hijos!

La reina no pudo decir más, pues no se lo permitió su ánimo, y comenzó a sollozar.

Entonces la señora Campan se levantó y apresuróse a preparar un vaso de agua con azúcar y éter; pero la reina hizo una señal con la mano.

—¡Las afecciones de los nervios, mi pobre Campan —dijo— son las enfermedades de las mujeres felices; pero todos los medicamentos del mundo nada pueden contra las enfermedades del alma! Desde que comenzaron mis desgracias ya no siento mi cuerpo, y sí sólo mi destino... No digáis nada de esto al rey, e id a verle.

La señora Campan vaciló en obedecer.

—¿Qué tenéis? —preguntó la reina.

—¡Oh!, señora —exclamó la dama—, debo, deciros que he hecho para Vuestra Majestad un peto semejante al del rey, y de rodillas suplico a mi reina

que se lo ponga.

—Gracias, querida Campan —
contestó la reina.

—¡Ah, Vuestra Majestad acepta! —
exclamó la dama con expresión de
alegría.

—Acepto como un recuerdo de
vuestra generosa intención —contestó la
reina—; pero me guardaré bien de
ponérmelo.

Y cogiendo la mano de la señora
Campan, añadió en voz baja:

—¡Sería demasiado feliz si me
asesinaran! ¡Dios mío!, harían más de lo
que vos habéis hecho dándome la vida,
pues me habría librado de una vez...

¡Retírate, Campan, retírate!

La dama salió.

Ya era tiempo, porque se ahogaba por efecto de la emoción:

En el corredor encontró al rey, que venía a su encuentro; al verla se detuvo y ofrecióle la mano; la señora Campan la cogió y quiso besarla, pero el rey la atrajo hacia sí y acarició sus mejillas.

Después, antes que se recobrara de su asombro, la dijo:

—Venid.

Y adelantándose a ella, el rey se detuvo en el corredor que conducía desde su aposento al del delfín, buscó un resorte con la mano y abrió un armario

perfectamente disimulado en la pared por medio de líneas y ranuras que formaban la parte más oscura de aquellas piedras pintadas.

Era el armario de hierro que había construido y cerrado con el auxilio de Gamain.

Ahí se veía una cartera llena de papeles, y en uno de los estantes algunos miles de luises.

—Tomad, señora —dijo el rey—, tomad esa cartera y lleváosla a vuestro aposento.

La señora Campan trató de levantarla; pero pesaba demasiado.

—Señor —dijo—, no puedo.

—Esperad —replicó el rey.

Y habiendo cerrado el armario, que entonces quedó completamente invisible, tomó la cartera y la llevó hasta el gabinete de la señora Campan.

—Ya la tenéis aquí —dijo después, enjugándose el sudor de la frente.

—Señor —preguntó la dama—, ¿qué debo hacer con esa cartera?

—La reina os lo dirá, y por ella sabréis lo que contiene.

El rey salió.

A fin de que no se viese la cartera, la señora Campan hizo un gran esfuerzo para deslizarla entre dos colchones de su cama, y después pasó a ver a la reina.

—Señora —dijo—, tengo en mi habitación una cartera que el rey acaba de entregarme, y me ha indicado que Vuestra Majestad me daría a conocer su contenido y lo que con ella debo hacer.

Entonces la reina, poniendo su mano sobre la de la señora Campan, que estaba delante de su lecho esperando la respuesta, la dijo:

—Campan, lo que hay en esa cartera son documentos que harían mucho daño al rey en el caso de que, no lo quiera Dios, se llegara a procesarle; pero al mismo tiempo, y sin duda esto es lo que él quiere que os dé a conocer, añadiré que en esa cartera se halla el acta de una

sesión del consejo, en la que el rey emitió parecer contra la guerra. La hizo firmar por todos los ministros, y en el caso de que se le juzgara, confía en que este documento le sería tan útil como perjudiciales los otros.

—Pero, señora —preguntó la dama casi espantada—, ¿qué debo hacer yo?

—Lo que gustéis. Campan, con tal que el objeto esté seguro, siendo vos la única responsable; pero no os alejaréis de mí aunque no estéis de servicio, pues las circunstancias son tales, que de un momento a otro puedo necesitaros. En este caso, Campan, como sois una de esas amigas con quienes se puede

contar, deseo teneros cerca...

La fiesta del 14 de julio llegó por fin.

Para la Revolución se trataba, no de asesinar a Luis XVI —es probable que ni siquiera se pensase en tal cosa—, sino proclamar el triunfo de Pétion sobre el rey.

Hemos dicho que a consecuencia del 20 de junio, Pétion fue suspendido en su empleo por el directorio de París.

Esto no hubiera sido nada si el rey no hubiese convenido en ello; pero la suspensión se confirmó por una proclama real enviada a la Asamblea.

El 13, es decir, la víspera de la

fiesta del aniversario de la toma de la Bastilla, la Asamblea, por su propia autoridad, levantó la suspensión.

El 14, a las once de la mañana, el rey bajó por la gran escalera con la reina y sus hijos; tres o cuatro mil hombres de tropas indecisas escoltaban a la familia real, y la reina buscó inútilmente en los rostros de los soldados y de los guardias nacionales alguna señal de simpatía; pero los más fieles volvían la cabeza para evitar su mirada.

En cuanto al pueblo, no era posible engañarse respecto a sus sentimientos, pues por todas partes resonaban los

gritos de «¡Viva Pétion!», y además, como para comunicar a esta ovación alguna cosa más duradera que el entusiasmo del momento, en todos los sombreros el rey y la reina pudieron leer estas dos palabras, que probaban a la vez su derrota y el triunfo de su enemigo: «¡Viva Pétion!».

La reina estaba pálida y temblorosa; convencida, a pesar de lo que había dicho la señora Campan, de que se trataba de atentar contra la vida del rey, estremecía a cada momento, creyendo ver una mano que se extendía amenazando con su cuchillo, o un brazo que se inclinaba armado de una pistola.

Llegados al Campo de Marte, el rey se apeó del coche, colocóse a la izquierda del presidente de la Asamblea y se adelantó con él hacia el altar de la Patria.

Aquí la reina debió separarse del rey para subir con sus hijos a la tribuna que se le había reservado.

Se detuvo, rehusando subir hasta que el rey llegase, y le siguió con los ojos.

Al pie del altar de la Patria se produjo uno de esos remolinos como los que forman las multitudes.

El rey desapareció como sumergido.

La reina profirió un grito y precipitóse hacia él.

Pero reapareció muy pronto, subiendo la escalera del altar de la Patria.

Entre los símbolos ordinarios que figuraban en las fiestas solemnes, tales como la Justicia, la Fuerza, la Libertad, había uno que se veía brillar, misterioso y terrible, bajo un velo de crespón, y que llevaba un hombre vestido de negro y coronado con ramaje de ciprés.

Este símbolo terrible atraía singularmente las miradas de la reina.

Estaba como clavada en su sitio, casi tranquila respecto al rey, que había llegado a la plataforma del altar de la Patria, y no podía separar sus ojos de

aquella sombría aparición.

Al fin, haciendo un esfuerzo para desatar su lengua preguntó, sin dirigirse a nadie:

—¿Quién es ese hombre vestido de negro y coronado de ciprés?

Una voz que le hizo estremecer, contestó:

—¡El verdugo!

—Y ¿qué tiene en la mano bajo ese crespón? —continuó la reina.

—El hacha de Carlos I.

La reina se volvió palideciendo, pues parecía haber oído ya el sonido de aquella voz.

Y no se engañaba: el que acababa de

hablar era el hombre del castillo de Taverney, del puente de Sevres y del viaje de Varennes, era Cagliostro.

Entonces profirió un grito y cayó desmayada en los brazos de *madame* Isabel.

Capítulo CXLV

LA PATRIA ESTA EN PELIGRO

Ocho días habían pasado después de la fiesta del Campo de Marte, cuando el 22 de julio, a las seis de la mañana, París entero se estremecía al estampido de una pieza de grueso calibre disparada sobre el puente Nuevo.

Un cañón del arsenal le respondía haciendo eco.

Aquel ruidoso estruendo debía

renovarse de hora en hora durante todo el día.

Las seis legiones de la guardia nacional, a las órdenes de sus respectivos comandantes, se hallaban reunidas desde el amanecer en el hotel de Ville.

Allí se organizaron dos comitivas, para que hiciesen la proclamación por las calles de París.

Danton fue el autor del pensamiento de este espantoso festejo, y Sergent quien formó el programa.

Sergent, artista mediano como grabador, pero inimitable para el aparato escénico; Sergent, cuyo odio

había redoblado con los ultrajes que había recibido en las Tullerías, desplegó en todo el programa de aquel día el aparato grandioso de que hizo alarde el día 10 de agosto.

Cada una de estas dos comitivas partió del Ayuntamiento a las seis de la mañana, una en dirección opuesta a la otra.

Abría la marcha un destacamento de caballería precedido por la música, la cual tocaba un aire que, compuesto expresamente para este objeto, parecía una marcha fúnebre.

Seguían seis piezas de artillería, que marchaban de frente donde el terreno lo

permitía, y de dos en dos en las calles estrechas.

Después cuatro ujieres a caballo, que llevaban cuatro estandartes, sobre cada uno de los cuales se leía una de estas palabras:

LIBERTAD, IGUALDAD, CONSTITUCIÓN,
PATRIA

Luego doce concejales, ceñidos con la faja distintiva de su cargo.

Y detrás, solo, aislado como la Francia, un guardia nacional a caballo, con una gran bandera tricolor, en la que se veían escritas estas palabras:

¡CIUDADANOS, LA PATRIA ESTÁ EN

PELIGRO!

Otras seis piezas en igual orden que las primeras.

Un destacamento de la guardia nacional.

Después un segundo destacamento de caballería cerraba la marcha.

En cada plaza, en cada puente y en cada encrucijada, la comitiva hacía alto.

Un redoble general de tambores imponía silencio.

Se agitaban las banderas, y cuando la respiración de diez mil espectadores quedaba comprimida en sus templados pechos, alzábase grave y sonora la voz

del concejal que leía el acta del cuerpo legislativo, y que añadía:

¡LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO!

Este último grito era terrible y resonaba en todos los corazones.

Era el grito de la nación, de la patria, de la Francia. Era el grito de la madre agonizante, que decía: «¡Venid a mí, hijos míos!».

Y de hora en hora retumbaba el cañón del puente Nuevo, seguido del eco del de el Arsenal.

En todas las plazas de París, y como centro la del pórtico de Nuestra Señora, se habían levantado anfiteatros para los

alistamientos voluntarios.

En cada anfiteatro había una tabla sostenida sobre dos tambores, de los cuales, al menor movimiento dado al anfiteatro, exhalaba un gemido semejante al soplo lejano del huracán.

En derredor de este se habían levantado tiendas adornadas de coronas y guirnaldas de encina, y sobre las cuales flotaban banderas tricolores.

Alrededor de una mesa se hallaban sentados varios concejales, que daban a los voluntarios un certificado que justificase su enganche.

A los lados del anfiteatro había dos cañones, y delante de él una música que

tocaba sin intervalo.

Delante de las tiendas, y siguiendo la curva que por sí mismas formaban, se extendía una línea de ciudadanos armados.

Era un espectáculo grande e imponente; era la embriaguez del patriotismo.

Todos se precipitaban para hacerse inscribir; los centinelas no podían contener a los que en tropel se presentaban, y a cada instante veíase rota la fila que rodeaba las tiendas.

Las dos escaleras del anfiteatro, destinada una para subir y otra para bajar, eran insuficientes; cada cual subía

como le era posible y ayudado por los que estaban ya arriba.

Inscrito su nombre en el certificado, saltaba a tierra dando gritos de bravura, agitando su pergamino, cantando el *Ca ira* y yendo a besar la boca de los cañones.

Era el desposorio del pueblo francés con esa guerra de veintidós años, que si no ha dado en el pasado la libertad del mundo, se la dará en el porvenir.

Los había demasiado viejos que, locos sublimes, ocultaban su edad; los había muy jóvenes que, embusteros dignos de admiración, se alzaban sobre las puntas de los pies y gritaban:

«¡Dieciséis años!», cuando sólo teman catorce.

Así salieron, de Bretaña el viejo Tour d'Auvergne, y del Mediodía el joven Viala.

Los que estaban ligados por lazos indisolubles lloraban por no poder marchar, ocultando avergonzados sus rostros entre las manos, y los elegidos gritaban:

—Pero cantad al menos; gritad siquiera «¡Viva la nación!».

Y gritos repentinos y terribles de «¡Viva la nación!», resonaban en los aires, mientras de hora en hora tronaba el cañón del puente Nuevo y su eco del

Arsenal.

La fermentación era tan grande, los espíritus estaban de tal modo excitados, que la Asamblea misma se asustó de su obra.

Nombró cuatro individuos de su seno, que recorriesen París en todas direcciones.

Llevaban la misión de decir:

«Hermanos, en nombre de la patria, evitad las asonadas: la corte desea una para obtener que el rey se aleje; no la deis el pretexto; el rey debe permanecer en medio de nosotros».

Y aquellos sembradores de palabras añadían en voz baja: «Es menester

castigarlo».

Y por donde aquellos hombres pasaban se aplaudía, y se oía correr por entre la multitud, como se oye correr por entre el ramaje de una selva, el soplo de una tempestad.

«Es menester castigarlo».

No se decía a quien, pero nadie lo ignoraba.

Así continuó hasta media noche.

Hasta media noche retumbó el cañón, y hasta media noche la multitud se agolpó en derredor de los anfiteatros.

Ni un solo cañonazo había dejado de resonar en el corazón de las Tullerías.

Ese corazón de las Tullerías era la

pieza en que se hallaban reunidos Luis XVI, María Antonieta, los regios niños y la princesa de Lamballe, los cuales no se separaron un momento en dieciséis horas.

Harto presentían que se trataba de su muerte en aquella grande y solemne jornada.

La familia real se retiró después de las doce de la noche, cuando se supo que el cañón no dejaría oír más su voz.

Desde la época de los primeros grupos en los arrabales, la reina no dormía ya en el piso bajo.

Sus amigos habían podido conseguir que se trasladase a una pieza del piso

principal, situada entre el cuarto del rey y el del delfín.

Despierta habitualmente desde el amanecer, exigía que no se cerraran puertas ni persianas, a fin de que sus insomnios fuesen menos penosos.

Madame Campan dormía en la misma habitación que la reina.

Diremos con qué motivo consintió la reina en que una de sus camareras se acostase cerca de ella.

Una noche, era la una aproximadamente, María Antonieta acababa de recogerse y hablaba con *madame* Campan, de pie al lado de su cama, cuando se oyeron pasos en el

corredor, y luego un ruido como de dos hombres que luchan.

Madame Campan quiso salir para ver lo que ocasionaba aquel rumor; pero la reina, asiendo fuertemente de un brazo a su camarera, o más bien a su amiga, dijo:

—No os separéis de mí, Campan.

Entretanto una voz gritó desde el corredor:

—Nada temáis, señora; es un malvado que quería asesinar a Vuestra Majestad; pero ya le tengo; aquella voz era la del ayuda de cámara.

—¡Dios mío —exclamó la reina levantando las manos al cielo—, qué

existencia! ¡Ultrajes de día y asesinos de noche!

Y volviéndose hacia el ayuda de cámara, añadió:

—Soltad a ese hombre y abridle la puerta —gritó la reina.

—¡Pero señora!... —dijo *madame* Campan.

—Si se le prendiese, mañana lo llevarían en triunfo los Jacobinos.

Se ocultó a aquel hombre, que era un criado del tocador del rey.

Desde ese día, Luis XVI había obtenido que alguien se acostase en el cuarto de la reina.

Y María Antonieta había escogido a

madame Campan. La noche que siguió a la proclamación del peligro de la patria, *madame* Campan se despertó como a las dos de la mañana; un rayo de luna, como antorcha nocturna, como luz amiga, penetraba por los cristales y caía de lleno sobre la cama de la reina, cuyas sábanas coloreaba de una tinta azulada.

Madame Campan oyó suspirar a la reina y comprendió que no dormía.

—¿Sufre Vuestra Majestad, señora?
—preguntó.

—Yo siempre sufro, Campan; mas espero que este sufrimiento acabará luego.

—¡Dios mío! —exclamó la

camarista—, ¿atormenta aún a Vuestra Majestad algún pensamiento funesto?

—No, Campan; al contrario.

Y extendiendo su mano, cuya palidez aumentaba al contacto de los rayos de la luna, dijo, con profunda melancolía:

—Dentro de un mes, ese rayo de luna nos verá libres de nuestras cadenas.

—¡Ah! —exclamó alborozada *madame* Campan— ¿ha aceptado Vuestra Majestad las ofertas del señor de Lafayette para la fuga?

—¡Del señor de Lafayette! ¡Oh!, no, a Dios gracias —exclamó la reina con un acento de repugnancia que no permitía engañarse—, no; pero dentro

de un mes, mi sobrino Francisco estará en París.

—¿Está bien segura de ello Su Majestad? —preguntó la señora de Campan con expresión de espanto.

—Sí —dijo la reina—, todo se ha resuelto; hay alianza entre Austria y Prusia; las dos potencias combinadas marcharán sobre París; tenemos el itinerario de los príncipes y de los ejércitos aliados, y podemos decir con seguridad: «¡Nuestros salvadores estarán tal día en Valenciennes... tal otro en Verdún... y en tal fecha en París!».

—Y ¿no teméis...?

La señora Campan se interrumpió.

—¿Ser asesinada? —dijo la reina, concluyendo la frase—. Algo hay de esto, ya lo sé; pero ¿qué hemos de hacer, Campan? Quien no se arriesga no consigue nada.

—Y ¿qué día esperan los soberanos aliados hallarse en París? —preguntó la señora Campan.

—Del 15 al 20 de agosto —contestó la reina.

—¡Dios lo quiera! —exclamó la dama.

Por fortuna Dios no lo quiso, y envió a Francia un auxilio con el cual no se contaba:

¡LA MARSELLÉSA!

Capítulo CXLVI

LA MARSELLA

Lo que tranquilizaba a la reina era precisamente lo que hubiera debido espantarla, el manifiesto del duque de Brunswick.

Este documento, redactado en las Tullerías, y que no debía volver a París hasta el 26 de julio, había sido enviado en los primeros días del mes.

Pero casi al mismo tiempo que la corte redactaba en París este documento

insensato, cuyo efecto vamos a ver ahora, digamos lo que sucedía en Estrasburgo.

Esta era una de nuestras ciudades más francesas, precisamente porque acababa de ser austríaca; Estrasburgo, uno de nuestros más sólidos baluartes, tenía el enemigo a sus puertas, como ya hemos dicho.

Por eso allí era donde se reunían, desde que se trataba de guerra, aquellos jóvenes batallones de voluntarios de carácter ardiente y patriótico.

Estrasburgo, con el chapitel de su campanario mirando al Rhin, única cosa que nos separaba del enemigo, era a la

vez un foco hirviente de guerra, de juventud, de alegría, de placeres, de bailes y de revistas, donde el rumor de las armas se mezclaba de continuo con el de los instrumentos de la fiesta.

De Estrasburgo, a donde llegaban por una puerta los voluntarios que debían formarse, salían por la otra los soldados a quienes se juzgaba aptos para batirse; allí se encontraban los amigos, abrazábanse y se despedían; las hermanas lloraban, las madres oraban y los padres decían: «¡Id a morir por Francia!».

Y todo esto entre el ruido de las campanas y el estrépito del cañón, esas

dos voces de bronce que hablan a Dios, la una para invocar su misericordia y la otra su justicia.

En una de esas despedidas, más solemne que las otras, por ser más considerable el número de los que se iban, el alcalde de Estrasburgo, Dietrich, digno y excelente patriota, invitó a los valerosos jóvenes a su casa, para fraternizar en un banquete con los oficiales de la guarnición.

Las dos jóvenes hijas del alcalde y diez o doce de sus compañeras, rubias y nobles doncellas del Alsacia, a quienes se hubiera tomado, por sus cabellos de oro, por ninfas de Ceres, debían, si no

presidir, por lo menos perfumar y embellecer el banquete como otros tantos ramos de flores.

Entre los convidados figuraba un noble joven del Franco Condado, conocido por el nombre de Rouget de l'Isle; era visita de la casa y amigo de la familia. —Le hemos conocido viejo, y él mismo, al escribir para nosotros toda su composición de su puño y letra, nos ha dado a conocer el nacimiento de aquella noble flor de guerra de que vamos a ocuparnos ahora—. Rouget de l'Isle tenía entonces veinte años, y como oficial de ingenieros estaba de guarnición en Estrasburgo.

Poeta y músico, su piano era uno de los instrumentos que se oían en el inmenso concierto, y su voz una de las que resonaban entre las más fuertes y patrióticas.

Nunca había iluminado tan ardiente sol de junio un banquete más francés y más nacional.

Nadie hablaba de sí, todos hablaban de Francia.

Cierto que la muerte estaba allí, como en los banquetes antiguos; pero la muerte hermosa, risueña; no con su hedionda guadaña y su fúnebre reloj de arena, sino con la espada en una mano y una palma en la otra.

Se buscaba algo que cantar; el antiguo *Ca ira* no era un himno de cólera y de guerra civil; se necesitaba un grito patriótico, fraternal y amenazador para el extranjero.

¿Quién sería el moderno Tirteo que arrojara, en medio del humo de los cañones y del silbido de las balas, el himno de Francia al enemigo?

Al oír esta pregunta, Rouget de l'Isle, entusiasta, enamorado y patriota, contestó:

—¡Yo seré!

Y se precipitó fuera de la sala.

A la media hora, mientras que apenas se pensaba en su ausencia, todo

quedó hecho, letra y música, y de un solo golpe se vació en el molde como la estatua de un dios.

Rouget de l'Isle entró con los cabellos echados hacia atrás, la frente bañada en sudor, palpitante aún de la lucha que acababa de sostener contra las dos hermanas sublimes, la música y la poesía.

—¡Escuchad —dijo—, escuchad!

El noble joven estaba seguro de su musa.

A su voz todo el mundo se volvió, los unos con el vaso en la mano, los otros concentrando su atención.

Rouget de l'Isle comenzó a cantar su

Marsellesa.

Concluida la primera estrofa, un estremecimiento eléctrico circuló por toda la asamblea.

Dos o tres gritos de entusiasmo resonaron al punto; pero las voces de personas ávidas de conocer lo demás, gritaron:

—¡Silencio, silencio, escuchad!

Rouget continuó, y con ademán de profunda indignación cantó la segunda estrofa.

Esta vez Rouget de l'Isle no tuvo necesidad de excitar a nadie, y un solo grito se exhaló de todos los pechos.

Después prosiguió en medio de un

entusiasmo creciente, producido por la tercera estrofa, y al llegar al coro sublime, que recitó con la violencia de una tromba:

*Aux armes, citoyens!,
formez vos bataillons!
Marchons, marchons;
¡Qu'un sang impur, abreuve nos
sillons!*^[51]

Tal fue el entusiasmo de todos, que el autor debió reclamar silencio para cantar la cuarta estrofa. El auditorio escuchaba con ansiedad.

Rouget comenzó a cantar con

expresión amenazadora la cuarta estrofa, cuya primera frase es: «¡Temblad, tiranos!», y al terminarla el entusiasmo rayó en delirio: los padres empujaban adelante a los niños que podían andar, y las madres levantaban a los que tenían entre los brazos.

—¡Oh! —murmuró uno de los convidados—, ¿no habrá perdón para los que se extravían así?

—¡Esperad, esperad! —gritó Rouget de l'Isle—, ya veréis que mi corazón es generoso.

Y con voz llena de emoción cantó aquella estrofa santa en que está el alma de la Francia entera, alma grande y

noble, que se cierne, con las alas de la misericordia, sobre su cólera misma:

*Français!, en guerriers magnanimes,
portez ou retenez vos coups:
Épargnez ces tristes victimes
S'armant a regret contre vous...* [52]

Los aplausos interrumpieron al cantor.

—¡Oh!, sí, sí —gritaron por todas partes—, misericordia y perdón para nuestros hermanos extraviados, para nuestros hermanos esclavos, a quienes se impele contra nosotros con el látigo y la bayoneta.

—¡Y ahora —dijo Rouget de l'Isle
— de rodillas todos!

Se obedeció al punto.

Rouget de l'Isle derecho, con un pie apoyado en la silla de uno de sus compañeros, como en el primer escalón del templo de la Libertad, y levantando ambos brazos al cielo, cantó su última estrofa, que era una invocación al genio de Francia.

—¡Vamos —dijo una voz—, Francia está salvada!

Y todas las bocas entonaron el coro sublime, que era el *De profundis* del despotismo y el grito de la libertad.

Después reinó una alegría loca,

embriagadora, insensata; se abrazaron unos a otros y las jóvenes, cogiendo sus flores a manos llenas, esparciéronlas a los pies del poeta.

Treinta y ocho años después, al referirme los detalles de aquel día, a mí que era un joven y que acababa de oír cantar por primera vez *La Marsellesa* en 1830, por las voces poderosas del pueblo, treinta y ocho años después, aún radiaba en la frente del poeta la brillante aureola de 1792.

¡Y era justicia!

¿Por qué al escribir estas últimas estrofas estoy tan conmovido? ¿Por qué mientras mi mano derecha escribe

temblorosa el coro de los niños y la invocación al genio de Francia, la izquierda enjuga una lágrima a punto de caer sobre el papel?

¡Es porque la santa *Marsellesa* no es tan sólo un grito de guerra, sino un impulso de fraternidad; porque es la real y poderosa mano de Francia tendida a todos los pueblos; porque será siempre el último suspiro de la libertad que muere y el primer grito de la libertad que renace!

Y ¿cómo es que el himno nacido en Estrasburgo bajo el nombre de *Canto del Rhin*, resonó de pronto en la corte de Francia por el título de *La Marsellesa*?

Esto es lo que vamos a decir a
nuestros lectores.

Capítulo CXLVII

LOS QUINIENTOS HOMBRES DE BARBAROUX

El 28 de julio, y como si viniese en apoyo de la proclamación de la patria está en peligro, llegó a París el manifiesto de Coblenza.

Era, como hemos dicho, una proclama enemiga, una amenaza, y por consiguiente, un insulto a Francia.

El duque de Brunswick, hombre de

talento, había calificado de absurdo el manifiesto; pero sobre su opinión prevaleció la de los reyes coaligados, los cuales lo adoptaron tal cual lo habían recibido de las manos del rey de Francia, y lo pasaron a las de su general.

Según aquel documento, todo francés era culpable; toda la ciudad, villa o aldea, debía ser demolida o incendiada; y en cuanto a París, moderna Jerusalén condenada a las zarzas y a las espinas, no debía quedar piedra sobre piedra.

He ahí el contenido del insensato manifiesto, fechado en Coblenza el 26 y llegado a París el 28.

¿Qué águila lo había traído entre sus

garras, para que hubiese podido recorrer doscientas leguas en treinta y seis horas?

Fácil es comprender la explosión que produjo semejante manifiesto.

Todos los corazones se estremecieron, todos se alarmaron, todos se prepararon al combate.

Pero escojamos un hombre entre todos esos hombres; un tipo entre todos esos tipos.

Ya hemos nombrado al hombre: Barbaroux.

También hemos tratado de describir el tipo.

Barbaroux, como hemos dicho, escribía a Rebecqui en los primeros

días de julio: «Envíame quinientos hombres que sepan morir matando».

¿Quién era ese hombre para escribir semejante frase, y qué influencia tenía sobre sus compatriotas?

Tenía la influencia de la juventud, de la belleza y del patriotismo.

Ese hombre era Carlos Barbaroux, figura dulce y encantadora, que turba a *madame* Roland aún en la alcoba conyugal, y hace soñar a Carlota Corday al pie mismo del patíbulo.

Madame Roland comenzó por recelar.

¿Por qué?

Porque era demasiado gallardo.

Tal fue el reproche que se hizo a dos hombres de la revolución, cuyas cabezas, por hermosas que fuesen, aparecieron, a catorce meses de distancia, la una entre las manos del verdugo de Burdeos, la otra entre las del verdugo de París; el primero era Barbaroux, el segundo Herault de Sechelles.

Oigamos lo que decía de ellos *madame* Roland:

«Barbaroux es ligero; las adoraciones que le prodigan las mujeres de costumbres desarregladas, perjudican a la bondad de sus sentimientos; al ver esos jóvenes satisfechos del efecto que

causan, como Barbaroux y Herault Sechelles, no puedo menos de pensar que se adoran demasiado a sí mismos para adorar lo suficiente a la patria».

Pero se engañaba la severa Palas.

Si no la única amante de Barbaroux, la patria fue la primera, la que más amó, pues a ella sacrificó su vida.

Barbaroux tenía apenas veinticinco años.

Había nacido en Marsella, de una de esas familias de atrevidos navegantes que hacen del comercio una poesía; y por la forma, por la gracia, por la idealidad, por el perfil, sobre todo, parecía descender en línea recta de

alguno de los osados navegantes que trasladaron sus penates desde el pie del Parnaso a las orillas del Ródano.

Se había ejercido en el arte de la elocuencia, de que los hombres del Mediodía hacen un arma y un adorno, y en la poesía, flor transportada por los focenses desde el golfo de Corinto al de Lyon. Ocupábase además de física, y había entrado en correspondencia con Saussure y Marat.

Viósele aparecer de repente en medio de las agitaciones que tuvieron lugar en Marsella, a consecuencia de la elección de Mirabeau.

Y luego fue nombrado secretario del

ayuntamiento de su ciudad natal. Más tarde hubo disturbios en Arlés.

En medio de ellos apareció la hermosa figura de Barbaroux, semejante a la de Antinoó armado.

París lo reclamaba; el grande horno tenía necesidad de aquel sarmiento embalsamado, de aquel crisol inmenso, de aquel metal puro.

Llegó a él enviado para dar cuenta de los tumultos de Aviñón; habríase dicho que no pertenecía a partido alguno; que su corazón, como el de la justicia, no abrigaba odio ni amistad; dijo la verdad, pero terrible, cual era en realidad, y al decirla apareció grande

como ella.

Hacía poco que los Girondinos habían venido. Lo que los distinguía de los demás partidos, lo que los perdió acaso, era el ser verdaderos artistas. Tendieron su mano tibia y franca a Barbaroux, y orgullosos con la bella adquisición, llevaron al marsellés a casa de *madame* Roland.

Ya sabemos su juicio sobre el nuevo contertulio.

Pero lo que más novedad causó a *madame* Roland fue que desde mucho tiempo hacía su marido estaba en correspondencia con Barbaroux, y ella acostumbrada a ver llegar las cartas de

este con regularidad, llenas de precisión y buen sentido.

No habiéndose ocupado, por otra parte, de preguntar la edad ni el aspecto del grave corresponsal, habíaselo figurado un hombre de cuarenta años, de cráneo despoblado por la meditación y frente arrugada por el estudio.

Necesario le fue modificar el ensueño al ver un hermoso joven de veinticinco años, alegre, decidido, amante de las mujeres; toda la rica generación del 92, que debía ser agostada en el 93, la amaba.

En aquella cabeza que parecía tan frívola, y que *madame* Roland

encontraba demasiado hermosa, fue donde se formuló quizá el primer pensamiento del 10 de agosto.

La atmósfera se cargaba de electricidad; las nubes giraban inciertas de uno a otro punto del cielo Barbaroux las dio dirección y las amontonó sobre los pizarrosos tejados de las Tullerías.

Cuando nadie aún había formado plan alguno, él escribía a Rebecqui: «Envíame quinientos hombres que sepan morir matando».

¡Ah!, el verdadero rey de Francia era ese rey de la revolución a quien fueron enviados quinientos hombres que supiesen morir con la misma sencillez

que habían sido pedidos.

Rebecqui mismo los escogió entre el partido francés de Aviñón.

Eran hombres que combatían desde hacía dos años y que aborrecían diez generaciones. Batiéronse en Tolosa, en Nimes, en Arlés; habíanse acostumbrado a la sangre y a la fatiga y se preocupaban poco de ambas cosas.

El día convenido emprendieron un viaje de doscientas veinte leguas, como un simple paseo.

Y ¿por qué no? Eran ásperos marineros, rudos campesinos de fisonomía tostada por el siroco del África o por el mistral del monte

Ventoux, de manos ennegrecidas por la brea o encallecidas por la azada y la mancera.

Por todas partes llamábanles *bandoleros*.

En uno de los altos que hicieron, más arriba de Orgon, recibieron la letra y música del himno de Rouget de l'Isle, que se llamaba *Canto del Rhin*.

Barbaroux los enviaba como viático, para hacerles el camino menos penoso.

Uno de ellos ahulló la música, pero pronunció las palabras, y todos repitieron en inmensa gritería el himno terrible. Terrible, sí; mucho más terrible de lo que lo había imaginado Rouget

mismo.

Al pasar por la boca de los marseleses, su canto cambió de carácter, como las palabras cambiaron de significado.

No era ya un canto de fraternidad, sino de exterminio y de muerte; era *La Marsellesa*, el himno terrible que nos hizo estremecer de espanto en el seno de nuestras madres. Aquellos hombres, atravesando ciudades y aldeas, asustaban a Francia por el ardiente entusiasmo con que entonaban aquel canto nuevo.

Luego que Barbaroux supo que habían llegado a Montereau, se avistó

con Santerre.

Este le prometió ir a recibirlos a Charenton con cuarenta mil hombres.

¿Qué pensaba hacer Barbaroux con los cuarenta mil hombres de Santerre y sus quinientos marseleses?

Poner a estos a la cabeza, apoderarse de la casa Ayuntamiento y de la Asamblea, hacer con las Tullerías lo que el 14 de julio de 1789 se había hecho con la Bastilla, y proclamar la República sobre las ruinas del palacio de Florentino.

Barbaroux y Rebecqui fueron a Charenton a esperar a Santerre con los cuarenta mil arrabaleros. Santerre se

presentó sólo con doscientos. Tal vez no queriendo dar a los marseleses, es decir, a los extranjeros, la gloria de semejante movimiento.

La pequeña banda, de mirada ardiente, de rostro atezado, de voz estridente, atravesó todo París, desde el jardín del Rey hasta los Campos Elíseos, cantando *La Marsellesa*. ¿Por qué habríamos de darla un nombre diferente de aquel por el cual es conocida?

Los marseleses debían acamparse en los Campos Elíseos, donde les esperaba un banquete al día siguiente.

Este se verificó entre el punto en que

debían detenerse y el puente Tournant; a dos pasos del festín estaban los batallones de granaderos de las Hijas de Santo Tomás.

Era una guardia realista que la corte había colocado allí como un baluarte entre el palacio y los recién llegados. Marselleses y granaderos se presintieron enemigos, empezaron por cambiar algunos denuestos y concluyeron a tiros. Al ver correr la primera sangre, los marselleses gritaron: «¡A las armas!», tomaron sus fusiles, puestos en pabellones, y cargaron a la bayoneta.

Los granaderos parisienses fueron

arrollados al primer impulso; pero felizmente tenían a sus espaldas las Tullerías y sus verjas; el puente Tournant protegió su huida y se alzó ante sus enemigos.

Los fugitivos encontraron asilo en las habitaciones mismas del rey, y la tradición añade que un herido fue curado por la mano misma de la reina.

El número de federados marseleses, bretones y del delfinado era de cinco mil, y eran una potencia, no por el número, sino por la fe.

Tenían en sí el espíritu de la revolución.

El 17 de julio enviaron un mensaje a

la Asamblea.

«Habéis declarado la patria en peligro —decían en una petición que dirigieron a la Asamblea el 1.º de julio —; ¿no sois vosotros los que la hacéis peligrar prolongando la impunidad de los traidores? Perseguid a Lafayette, *suspended el poder ejecutivo*, destituid los directorios de los departamentos y renovad el poder judicial».

Pétion hizo una petición semejante el 3 de agosto, al reclamar, con su voz helada, en nombre de la municipalidad, el llamamiento a las armas.

Verdad es que a sus espaldas había dos perros de presa, aficionados a

morder: Danton y Sergent.

—La municipalidad —dijo Pétion— os *denuncia, el poder ejecutivo*. Para curar los males de Francia es necesario atacarlos en su origen sin perder momento; habríamos deseado poder pedir solamente la suspensión momentánea de Luis XVI; pero se opone a ello la Constitución, que él invoca sin cesar; nosotros la invocamos también y *pedimos la deposición*.

He aquí el rey de París que denuncia al rey de Francia; el rey de la casa Ayuntamiento que declara la guerra al de las Tullerías.

La Asamblea retrocedió ante la

terrible medida que se la proponía.

Y aplazó la cuestión al 9 de agosto. El 8, declaró que no había lugar a la acusación contra Lafayette.

¿Qué iba a decidir al día siguiente, a propósito de la deposición? ¿Iba a oponerse a los deseos del pueblo?

¡Que tenga cuidado! ¿Ignora la imprudente lo que pasa?

El 3 de agosto, el mismo día en que Pétion pidió esa deposición, el arrabal de San Marcial se dejó morir de hambre en esa lucha que no es la paz ni la guerra; envía comisionados a la sección de los Quince-Veintes encargados de preguntar:

—Si marchamos sobre las Tullerías, ¿vendréis con nosotros?

—¡Iremos! —les contestaron sus hermanos del arrabal de San Antonio.

El 4 de agosto, la Asamblea reprueba la proclama insurreccional de la sección Mauconseil.

El 5, se niega el Ayuntamiento a publicar el decreto.

No era bastante que el rey de París declarase la guerra al de Francia; era necesario que el Ayuntamiento se pusiese en desacuerdo con la Asamblea.

Todos estos rumores de oposición llegaban hasta los marseleses, que tenían las armas en la mano, pero que

carecían de cartuchos.

Pedíanlos a grandes voces, sin conseguir que se los diesen.

En la noche del 4, una hora después de haber corrido la voz de que la Asamblea reprobaba el acto de la sección Mauconseil, dos jóvenes marseleses se dirigieron al ayuntamiento.

Sólo dos concejales había en él: Sergent, el hombre de Danton, y Pañis, que lo era de Robespierre.

—¿Qué queréis? —les preguntaron.

—Cartuchos —contestaron los dos jóvenes.

—Está expresamente prohibido que

se os concedan —dijo Pañis.

—¿Está expresamente prohibido el dar cartuchos? —exclamó uno de ellos —, pues la hora del combate se acerca ya y nada tenemos para sostenerlo.

—¿Se nos ha hecho venir a París para que nos degüellen? —prorrumpió el otro.

El que primero había hablado sacó una pistola de su bolsillo.

Sergent se sonrió.

—¿Nos amenazáis, joven? —dijo—. No conseguiréis con ellas intimidar a los individuos del Ayuntamiento.

—¿Quién habla de amenazas ni de intimaciones? —exclamó el joven—.

Esta pistola no es para vos, sino para mí.

Y apoyándola en su frente, añadió:

—Dadnos pólvora y cartuchos, o a fe de marsellés me levanto la tapa de los sesos.

Sergent, que tenía una imaginación de artista y un corazón de francés, comprendió que el sentimiento que acababa de expresar aquel joven era el de la Francia.

—¡Cuidado, Pañis —dijo—; si ese joven se matase, su sangre caería sobre nosotros!

—Pero si les damos los cartuchos, contraviniendo la orden, jugamos

nuestra cabeza.

—Convenido; pero yo creo que ha llegado ya la hora de jugarla —dijo Sergent—; en todo caso, cada uno para sí; yo juego la mía, guarda tú la tuya.

Y tomando un papel extendió y firmó la orden para que se diesen cartuchos a los marselleses.

—Dadme —dijo Pañis, luego que Sergent concluyó.

Y firmó a su vez.

Los marselleses tenían ya cartuchos; no había, pues, miedo de que se dejaran degollar sin defensa.

Armados ya, dirigen el día 6 una petición fulminante a la Asamblea, la

cual, no sólo la acoge, sino que concede a los peticionarios el derecho de ser admitidos a la sesión.

La Asamblea tiene miedo y delibera sobre su retirada a una provincia.

Vergniaud solo la detiene; ¿por qué? ¿Habrá quien diga que no era por quedarse al lado de la bella Caudeille? Poco importa el motivo.

—En París —dijo Vergniaud—, es donde se impone asegurar el triunfo de la libertad o perecer con ella; y si salimos de aquí, sólo puede ser, como Temistocles, llevando con nosotros a todos los ciudadanos, dejando sólo cenizas y huyendo un momento delante

del enemigo para cavar su sepultura.

Así todos dudan, todos titubean, todos sienten que la tierra se conmueve bajo sus pies, y temen que se abra a cada paso.

El 4 de agosto, día en que la Asamblea reprueba la insurrección de la sección Mauconseil, y en que los dos marseleses hacen que se distribuyan por Pañis y Sergent cartuchos a sus quinientos compatriotas, hubo reunión en el Cuadrante Azul, situado en el bulevar de la Bastilla; Camilo Desmoulins había asistido a ella por sí y por Danton; Carré tomó la pluma y trazó el plan de la insurrección.

Trazado ya, se dirigieron a casa del exconstituyente Antonio, que vivía en la calle de San Honorato, frente a la Asunción, en la casa misma del carpintero Duplay, donde vivía también Robespierre.

Este no estaba iniciado en aquel manejo; así es que *madame* Duplay, al ver instalarse en las habitaciones de Antonio aquella turba de perturbadores, subió a la pieza en que se hallaban, reunidos y exclamó, llena de terror:

—¿Qué es esto, señor Antonio, queréis hacer que degüellen al señor Robespierre?

—No se trata de Robespierre —dijo

el exconstituyente—, nadie se acuerda de él, a Dios gracias; si tiene miedo, que se esconda.

El plan que Carré había escrito fue enviado a media noche a Santerre y a Alexandre, los dos comandantes del arrabal.

Alexandre lo había puesto en ejecución; pero Santerre contestó que el arrabal no estaba preparado.

Santerre había comprometido su palabra a la reina el 20 de junio, y si marchó el 10 de agosto fue sólo cuando ya no pudo proceder de otro modo.

La insurrección estaba, pues, aplazada otra vez.

Antonio había dicho que no se pensaba en Robespierre, y se engañaba.

La turbación de los espíritus era tal, que se tuvo la idea de hacer de él centro del movimiento, cuando lo era de la inmovilidad.

¿A quién ocurrió esa idea? A Barbaroux.

Al atrevido marsellés, que había casi desesperado y estaba dispuesto a dejar París y volver a Marsella.

Oigamos a *madame* Roland:

«Poco esperábamos de la defensa del Norte; examinábamos, con Servan y Barbaroux, las probabilidades de salvar la libertad en el Mediodía y fundar en él

una república, y a este efecto trazábamos en los mapas las líneas de demarcación. Si nuestros marseleses no lo consiguen, decía Barbaroux, no tenemos otro recurso».

Y sin embargo, Barbaroux creyó haber hallado otro, el genio de Robespierre.

¿Era quizá este quién quería saber a qué altura se hallaba Barbaroux?

Los marseleses habían dejado su barrio, que estaba demasiado lejos, y trasladáronse a los Franciscanos, es decir, al alcance del puente Nuevo.

Estaban, pues, en casa de Danton.

De allí partirían en caso de

movimiento insurreccional, y si conseguían su intento, la gloria sería de Danton.

Barbaroux solicitó avistarse con Robespierre.

Este, aparentando acceder a su deseo, hizo que le dijese que le esperaba en su casa, igualmente que a Rebecqui.

Robespierre vivía como hemos dicho en casa del carpintero Duplay, pues la casualidad le condujo en la noche de la barrabasada del Campo de Marte.

Huía, según su costumbre, sintió que le tiraban del faldón de su casaca y

entró, andando de espaldas, por una puerta que se cerró inmediatamente.

El fugitivo vio en este hecho una disposición del cielo, no sólo porque por el momento le salvaba de un inminente peligro, sino también porque preparaba naturalmente la manera de plantear su porvenir.

Para un hombre que quería pasar por incorruptible, aquel y no otro era el alojamiento que convenía.

Sin embargo, no entró en él inmediatamente; hizo un viaje a Arras; trajo consigo a su hermana, la señorita Carlota de Robespierre, y vivía en la calle Saint-Florentin, con aquella mujer

flaca y seca, a quien tuvimos el honor de ser presentados treinta y ocho años después.

Más tarde cayó enfermo.

Madame Duplay, que era fanática por Robespierre, supo que había caído enfermo, reconvino agriamente a la señorita Carlota por no haberle avisado de la enfermedad de su hermano, y exigió que el doliente fuese trasladado a su casa.

Robespierre, que al salir de casa de los Duplay como huésped de un momento, había sentido la separación, deseaba entrar en ella un día como inquilino.

Accedió con todo su corazón a la exigencia de la señora Duplay, que tan perfectamente secundaba sus intenciones.

También ella había soñado ese honor de alojar en su casa al incorruptible, y al efecto había preparado una buhardilla, reducida, pero aseada, donde había hecho trasladar los mejores muebles de la casa, para que hiciesen compañía a una encantadora cama azul y blanca, tal cual convenía al hombre que a los dieciséis años se había hecho retratar con una rosa en la mano.

La señora Duplay había hecho también que los obreros de su marido

colocasen en las buhardillas unas tablas nuevas de abeto, a fin de colocar sobre ellas libros y papeles.

Los libros eran poco numerosos: las obras de Racine y de Juan Jacobo Rousseau formaban toda la biblioteca del austero jacobino; fuera de esas obras, Robespierre sólo se estudiaba a sí mismo.

Así, los demás anaqueles estaban ocupados por sus memorias como abogado y por sus discursos como tribuno.

En cuanto a las paredes, estaban cubiertas con todos los retratos del grande hombre que la señora Duplay

había podido procurarse. Robespierre, pues, sólo tenía que alargar la mano para leer a Robespierre, y a donde quiera que miraba veía a Robespierre.

En este santuario, en este tabernáculo, en este *sancta sanctorum*, fueron introducidos Barbaroux y su compañero Rebecqui.

Nadie, excepto los actores de aquella escena, podrá decir con qué tacto, con cuanta destreza entabló la conversación; se ocupó primero de los marseleses, de su patriotismo, del temor que tenía de ver exagerar aún sus mejores sentimientos; luego habló de sí, de los servicios que había hecho a la

revolución, de la prudente lentitud con que había regularizado su marcha.

Pero ¿no era tiempo ya de que esta revolución se detuviese? ¿No había llegado la hora en que todos los partidos debían reunirse, escoger el hombre más popular entre todos, poner en sus manos esta revolución y encargarle de dirigir su movimiento?

Pero Rebecqui no le dejó ir más lejos.

—¡Ah! —dijo—, te cogí, Robespierre.

El incorruptible se hizo atrás en su silla, como si hubiese visto alzarse ante él la cabeza de una serpiente.

Rebecqui entonces, levantándose, dijo:

—Ni dictador ni rey; vente, Barbaroux.

Y ambos salieron del zaquizamí^[53] del incorruptible.

Pañis, que los había conducido, los siguió hasta la calle.

—¡Ah! —dijo—, habéis comprendido mal el pensamiento de Robespierre; se trataba simplemente de la autoridad de un momento; y si esta idea prevaleciese, ciertamente ninguno mejor que Robespierre...

Barbaroux no le dejó acabar y se ausentó de él repitiendo las palabras de

su compañero:

—Ni dictador ni rey.

Capítulo CXLVIII

POR QUÉ LA REINA NO HABÍA QUERIDO HUIR

Precisamente lo que tranquilizaba a los habitantes de las Tullerías, era lo que asustaba a los revolucionarios.

El palacio, puesto en estado de defensa, se había convertido en una fortaleza con una guarnición respetable.

En la famosa jornada del 4 de agosto, en que tanto se había hecho, la

monarquía no permaneció inactiva.

Durante la noche del 4 al 5, se hicieron venir de Courbevoie los batallones suizos.

Pero de estos batallones sólo se habían separado algunas compañías destinadas a Gaillon, donde el rey se refugiaría tal vez.

Tres hombres seguros, tres jefes experimentados, se hallaban cerca de la reina: Maillardoz, con sus suizos; d'Hervilly, con sus caballeros de San Luis y su guardia constitucional; Mandat, comandante general de la guardia nacional, que respondía de veinte mil hombres afectos y decididos.

El 8 por la noche, penetró en el interior del palacio un hombre.

Todos le conocían y pudo llegar sin dificultad hasta la habitación de la reina.

La camarera anunció al doctor Gilberto.

—Que entre —dijo con voz febril. Gilberto entró.

—Venid, doctor, venid, me alegro de veros —dijo María Antonieta.

El doctor se estremeció cuando al fijar en ella sus ojos advirtió en toda su persona muestras inequívocas de gozo y satisfacción.

Habría preferido ver a la reina pálida y abatida, en vez de febril y

animada, como la encontró.

—Veo, señora —la dijo—, que llego demasiado tarde y en mala ocasión.

—Al contrario, doctor —repuso la reina sonriendo, expresión que su boca casi había olvidado ya—. Llegáis a propósito y sois siempre bien venido; vais a ver una cosa que hace ya mucho tiempo desearía haberos hecho ver, un rey verdaderamente soberano.

—Temo, señora —contestó Gilberto —, que Vuestra Majestad me haga ver, no un rey, sino un comandante de ciudadela.

—Señor Gilberto —replicó la reina —, posible es que no estemos acordes

sobre el carácter simbólico de la monarquía, como no lo estamos sobre otras muchas cosas. Para mí un rey no es solamente un hombre que dice: ¡*No quiero!*, es, sobre todo, el hombre que dice: ¡*Yo lo mando!*

La reina aludía al famoso *veto*, que había llevado la cuestión al punto en que se hallaba.

—En efecto, señora —contestó Gilberto—, y para Vuestra Majestad un rey sobre todo es un hombre que se venga.

—Que se defiende, señor Gilberto, pues ya sabéis que estamos amenazados y deben atacarnos a mano armada. Hay,

según nos han asegurado, quinientos marseleses capitaneados por un tal Barbaroux, que ha jurado sobre las ruinas de la Bastilla no volver a Marsella sin haber vivaqueado sobre las ruinas de las Tullerías.

—He oído, efectivamente decir eso, señora.

—Y ¿no os ha causado risa?

—No, señora; en vez de reír, me he asustado.

—¿De modo que venís a proponernos que abdicuemos y nos entreguemos a discreción en manos del señor Barbaroux y de sus secuaces?

—¡Ah!, ¡si el rey pudiese, señora,

garantizar, por el sacrificio de su corona, su vida, la de Vuestra Majestad y la de sus hijos!...

—Se lo aconsejaríais, ¿no es verdad, señor doctor?

—Se lo aconsejaría, señora, y me echaría a sus pies, suplicándole de todo corazón que siguiese mi consejo.

—Permitid, señor Gilberto, que os diga que sois variable en vuestras opiniones.

—¡Ah!, señora, mi opinión es siempre la misma; afecto soy siempre a mi rey y a mi reina. Hubiera deseado ver el acuerdo del rey y de la Constitución; y de este deseo y de las decepciones

sucesivas vienen los diferentes consejos que he tenido el honor de dar a Vuestra Majestad.

—Y ¿cuál es el que nos dais en este momento, señor Gilberto?

—Nunca os habéis hallado en mejor disposición para seguirlo, señora.

—Decid.

—Yo os aconsejo la huida.

—¿La huida?

—Nunca ha sido tan fácil como ahora.

—¿Por qué?

—Hay aproximadamente tres mil hombres en palacio.

—Cerca de cinco mil, caballero —

dijo la reina con una sonrisa llena de satisfacción, y otros tantos con sólo hacer una señal.

—No necesitáis hacer esa señal, que puede ser interceptada, señora; los cinco mil hombres son suficientes.

—¡Bien!, y ¿qué debemos hacer con esos cinco mil hombres?

—Colocaros en medio de ellos, señora, con el rey y vuestros augustos hijos, salir de las Tullerías en el momento que menos lo esperen, montar a caballo a dos leguas de aquí, y ganar Gaillon y la Normandía, donde se os aguardan.

—Es decir, volverme a poner en

manos de Lafayette.

—Ese al menos, señora, ha probado su adhesión por Vuestra Majestad.

—No, caballero, no; con mis cinco mil hombres y otros cinco mil que pueden acudir cuando se les llame, prefiero intentar otra cosa.

—Y ¿qué intentará Vuestra Majestad?

—Ahogar de una vez la revolución.

—¡Ah, señora, señora! Razón tenía en decirme que estaba pronunciada vuestra sentencia.

—¿Quién?

—Un hombre que no me atrevo a nombrar, pero que os ha hablado ya tres

veces.

—¡Silencio! —dijo la reina palideciendo—, ya trataremos de desmentir a ese mal profeta.

—Señora, temo mucho que Vuestra Majestad se equivoque.

—¿Creéis, pues, que se atreverán a atacarnos?

—El espíritu público es ese al menos.

—Y ¿creen entrar aquí como el veinte de junio?

—Las Tullerías no son una plaza fuerte, señora.

—Es verdad; pero si queréis venir conmigo, os haré ver que pueden resistir

algún tiempo.

—Mi deber es seguiros, señora —
dijo Gilberto inclinándose.

—Venid —dijo la reina.

Y condujo al señor Gilberto junto a la ventana del centro de la fachada que da al Carrousel, desde la cual se dominaba, no el inmenso patio que se extiende hoy delante del palacio, sino los tres patios pequeños cerrados por muros que entonces existían, conocidos con los nombres de patio de los Príncipes, el de la parte del pabellón de Flora; de las Tullerías, el del centro, y de los Suizos, el confinante con la actual calle de Rívoli.

—Mirad —le dijo.

Gilberto vio, en efecto, que los muros que limitaban aquellos patios podían ofrecer a la guarnición un primer punto de defensa, mediante las espilleras en ellos abiertas, a fin de hacer fuego con seguro éxito sobre los agresores.

Perdida esta primera línea, la guarnición se retiraría, no sólo a las Tullerías, cuyas tres puertas comunicaban una a cada patio, sino también a los edificios laterales; de modo que los patriotas que se arriesgasen a penetrar en los patios, serían cogidos entre tres fuegos.

—¿Qué os parece? —preguntó la reina—, ¿aconsejaríais siempre al señor Barbaroux y a sus quinientos marseleses que acometan la empresa?

—Si hombres tan fanatizados como ellos pudiesen escuchar mi consejo, les pediría, señora, que no atacasen, a la manera que os suplico no aguardéis ese ataque.

—Y probablemente no harían caso y seguirían su propósito.

—Como Vuestra Majestad continuará en el suyo. La desgracia de la humanidad consiste, señora, en pedir siempre consejos para no seguirlos nunca.

—Señor Gilberto —dijo la reina sonriendo—, olvidáis que el consejo que nos dais no ha sido solicitado...

—Es verdad, señora —dijo el doctor, dando un paso hacia atrás.

—Lo cual hace —añadió la reina presentándole la mano—, que lo agradezcamos más.

Una pálida sonrisa de duda asomó a los labios de Gilberto.

En aquel momento entraron públicamente en los patios de las Tullerías varias carretas cargadas de tablones de encina; allí los esperaban varios hombres que, aunque vestidos de obreros, se reconocía que eran militares.

Aquellos hombres mandaban aserrar los maderos en una longitud de seis pies y en un grueso de tres pulgadas.

—¿Sabéis qué clase de hombres son esos, doctor?

—Me parecen ingenieros.

—Lo son y se disponen, como veis, a *blindar* las ventanas, dejando sólo las *troneras* para poder hacer fuego.

Gilberto miró con tristeza a la reina.

—¿Qué tenéis? —preguntó María Antonieta.

—¡Ah!, señora, me causa pena ver que tenéis necesidad de forzar vuestra memoria a retener esos nombres y vuestra boca a pronunciarlos.

—¡Qué queréis, caballero!, hay circunstancias en que las mujeres necesitan hacerse hombres: cuando los hombres...

La reina se detuvo.

—Pero, en fin —continuó, concluyendo, no la frase, sino el pensamiento—, esta vez el rey está decidido.

—Señora —dijo Gilberto—, creo que desde el momento en que Vuestra Majestad se decidió al terrible extremo de que hace su puerto de salvación, se habrá defendido el palacio por todas partes. Por ejemplo, las galerías de Louvre...

—Me hacéis pensar en ello; venid conmigo, caballero, deseo asegurarme por mí misma de que se ejecuta la orden que he dado.

María Antonieta condujo a Gilberto, a través de los aposentos, hasta la puerta del pabellón de Flora, que comunica con la galería de pintura.

Abierta la puerta, Gilberto vio que una multitud de operarios se ocupaban en cortar la galería en una anchura de veinte pasos.

—Ya lo veis —dijo la reina.

Y dirigiéndose al oficial que presidía los trabajos, dijo:

—¿Señor d'Hervilly?

—Señora, si los rebeldes nos dejan aún veinticuatro horas, nos hallaremos dispuestos.

—¿Creéis —preguntó la reina al doctor—, que nos dejen veinticuatro horas?

—Si intentan algo, señora, no será hasta el diez de agosto.

—¿El diez, un viernes?, ¡mal día para motines, doctor! Yo habría creído que tuviesen el buen juicio de escoger un domingo.

Y salió de la galería, seguida de Gilberto. A pocos pasos encontraron a un hombre que vestía el uniforme de general.

—Y bien —dijo la reina—, ¿habéis tomado vuestras disposiciones, señor Mandat?

—Sí, señora —contestó el comandante general, mirando con inquietud a Gilberto.

—¡Oh!, podéis hablar sin recelo —exclamó la reina—, este caballero es un amigo.

Y volviéndose a Gilberto, añadió:

—¿Es verdad, doctor?

—Y de los más afectos, señora —contestó Gilberto.

—En ese caso es diferente —dijo Mandat—. Un cuerpo de la guardia nacional colocado en el hotel de Ville y

otro en el puente Nuevo, dejarán pasar a los facciosos; y en tanto que el señor d'Hervilly con sus caballeros y el señor Maillardoz con sus suizos los reciben de frente, aquellos les cortarán la retirada y los fusilarán por retaguardia.

—Ya lo veis, caballero, vuestro diez de agosto no será un veinte de junio.

—Lo temo así, señora.

—¡Para nosotros, para nosotros! — insistió la reina.

—Señora —replicó Gilberto—, Vuestra Majestad sabe lo que he tenido el honor de decirla; tanto como traté de disuadiros del viaje a Varennes...

—Sí, tanto aconsejáis el de Gaillon.

¿Tenéis tiempo para venir conmigo hasta las salas bajas, señor Gilberto?

—Seguramente, señora.

—Pues bien, vamos.

La reina tomó por una escalera pequeña de caracol que conducía al piso bajo del palacio.

Aquello era un verdadero campamento, fortificado y defendido por los suizos. Las ventanas estaban cubiertas todas de *blindajes*, como María Antonieta había dicho. Después, adelantándose al coronel, preguntó:

—¿Qué decís de vuestros soldados, señor Maillardo?

—Que están dispuestos como yo,

señora, a morir por Vuestra Majestad.

—¿Así, pues, nos defenderán hasta el último extremo?

—Una vez roto el fuego, señora, no se suspenderá a menos de una orden escrita del rey.

—Ya lo oís, caballero; fuera del recinto de palacio, todo puede sernos hostil; pero dentro de él, todo nos demuestra fidelidad.

—Ese es un consuelo, señora; pero no una seguridad.

—¿Sabéis que estáis lúgubre, doctor?

—Me permitirá Vuestra Majestad acompañarla hasta su cámara.

—Sí, doctor; pero dadme el brazo, porque estoy muy fatigada.

Gilberto se inclinó ante este alto favor, tan raramente concedido por la reina, aun a sus más íntimos, sobre todo desde el principio de sus desgracias.

La acompañó, pues, hasta su alcoba. Llegados a ella, María Antonieta se dejó caer en un sillón.

Gilberto, hincando una rodilla ante ella, la dijo:

—¡Señora, en nombre de vuestro augusto esposo, en el de vuestros queridos hijos y en el de vuestra propia seguridad, os suplico nuevamente aprovechéis las fuerzas que os rodean,

no para combatir, sino para huir!

—Caballero —contestó la reina—, desde el catorce de julio aspiro a ver al rey castigar tantos insultos; el momento se presenta, nosotros lo creemos así, y salvaremos la monarquía o nos enterraremos con ella bajo las ruinas de las Tullerías.

—¿Nada puede retraer a Vuestra Majestad de esa fatal resolución, señora?

—Nada.

Y la reina tendió su blanca mano a Gilberto, no sólo para que se levantara, sino también para dársela a besar.

Gilberto besó respetuosamente

aquella mano y, al tiempo de levantarse, dijo:

—Señora, ¿me permitirá Vuestra Majestad que escriba algunas líneas, cuya urgencia considero tal que deseo no perder un momento?

—Sí, escribid —dijo la reina, mostrándole su escritorio.

Gilberto se sentó y escribió:

«Venid, caballero; la reina se halla en peligro de muerte si un amigo no la salva, y creo que sois él único que pueda tener bastante influencia para lograrlo».

Firmó y puso el sobre.

—¿Seré muy curiosa, caballero,

preguntándoos a quién escribís?

—Al señor de Charny.

—¡Al señor de Charny! —exclamó la reina, palideciendo y estremeciéndose a la vez—, y ¿con qué fin le escribís?

—Para que obtenga de Vuestra Majestad lo que yo no puedo obtener.

—El señor de Charny es demasiado feliz para pensar en sus amigos desgraciados y no vendrá —dijo la reina.

La puerta se abrió y un ujier apareció en ella:

—El señor conde de Charny, que acaba de llegar en este momento —dijo—, pregunta si puede presentar sus

respetos a Vuestra Majestad.

La reina se puso lívida y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¡Que entre, que entre —dijo Gilberto—, el cielo es quien lo envía!

Charny se presentó en traje de oficial de marina.

—¡Oh, venid, caballero, venid, os escribía!

Y le entregó la carta.

—He sabido el peligro en que Su Majestad se halla y he venido —dijo Charny inclinándose.

—¡Señora, señora! —exclamó Gilberto—, en nombre del cielo, escuchad lo que va a deciros vuestro

leal amigo el señor de Charny; su voz será la de Francia.

Y saludando respetuosamente a la reina y al conde salió llevando consigo el último resto de su esperanza.

Capítulo CXLIX

LA NOCHE DEL 9 AL 10 DE AGOSTO

Permítannos nuestros lectores conducirles a una casa de la calle de la Antigua Comedia, cerca de la calle de la Delfina.

En el primer piso vivía Fréron.

Pasemos por delante de su puerta, porque llamaríamos inútilmente, puesto que se halla en el piso segundo, en casa de su amigo Camilo Desmoulins.

Mientras que franqueamos los diecisiete escalones que separan un piso de otro, digamos rápidamente quién era Fréron.

Luis Estanislao Fréron era hijo del famoso Elie-Catherine Fréron, tan injusta y cruelmente atacado por Voltaire; cuando se leen hoy de nuevo los artículos críticos dirigidos por el periodista contra el autor de *La Doncella de Orleáns* y del *Diccionario filosófico*, se extraña ver que el periodista decía justamente en 1754 lo que nosotros pensamos en 1854, es decir, cien años después.

Fréron hijo, que contaba entonces

treinta y cinco años, irritado por las injusticias con que se había agobiado a su padre —muerto de pesar en 1776, a consecuencia de haberse suprimido, por el guardasellos Miromesnil, su diario titulado *El año literario*—, Fréron, decimos, había abrazado con ardor los principios revolucionarios y publicaba, o iba a publicar en aquella época, *El Orador del Pueblo*.

En la noche del 9 de agosto hallábase, como hemos dicho, en casa de Camilo Desmoulins, donde cenaba con Bruñe, el futuro mariscal de Francia, que por el pronto era regente de una imprenta.

Barbaroux y Rebecqui eran los otros convidados.

Una sola mujer asistía a esta comida, la cual comida tenía alguna semejanza con la de los mártires antes de ir al circo, llamada *comida libre*.

Aquella mujer era Lucila.

¡Dulce nombre, encantadora joven que ha dejado un doloroso recuerdo en los anales de la Revolución!

No podremos acompañarte en este libro, por lo menos hasta el cadalso, a donde quisiste subir, cariñosa y poética mujer, porque era el camino más corto para reunirse con tu esposo; pero de paso vamos a bosquejar tu retrato en dos

plumadas.

¡Tan sólo uno queda de ti, pobre niña! Has muerto tan joven, que el pintor se vio en cierto modo obligado a cogerte al paso; es una miniatura que hemos visto en la admirable colección del coronel Morin, la cual fue dispersada, aunque era preciosa, al morir aquel excelente hombre que con tanta complacencia ponía sus tesoros a nuestra disposición.

En ese retrato Lucila parece pequeña, muy graciosa, traviesa sobre todo, y en su rostro encantador se nota alguna cosa esencialmente plebeya. En efecto: hija de un antiguo dependiente de

hacienda y de una hermosa mujer que, según se aseguraba, era querida del ministro Terray, Lucila, así como lo prueba su nombre, Lucila Duplessis-Laridon, era de estirpe vulgar, como *madame* Roland.

En 1791, un matrimonio de inclinación había unido a esta joven, relativamente rica para él, con aquel niño terrible, con aquel pillete de genio que se llamaba Camilo Desmoulins.

Camilo, pobre y bastante feo, hablaba difícilmente a causa de su tartamudez, lo cual le impidió ser orador, convirtiéndole en el gran escritor que ya conocéis.

Había seducido a Lucila por su claro talento y la bondad de su corazón.

Camilo, aunque del padecer de Mirabeau, que había dicho: «No haréis nada con la Revolución sino la *descristianizáis*», se había casado en la iglesia de San Sulpicio, según el rito católico; pero en 1792, como naciera un hijo, le llevó a la casa ayuntamiento y reclamó el bautismo republicano.

Allí, en una habitación del segundo piso de aquella casa de la calle de la Antigua Comedia, acababa de concertarse con gran espanto, y a la vez con no poco orgullo de Lucila, todo aquel plan de insurrección que

Barbaroux confesaba ingenuamente haber enviado tres días antes en un calzón a su lavandera.

Por eso Barbaroux, que no tenía mucha confianza en el éxito del golpe de mano que había preparado él mismo, y que temía caer en poder de la corte victoriosa, mostraba con la mayor sencillez un veneno preparado por Cabanis, como el de Condorcet.

Al comenzarse la cena, Camilo, que no tenía mucha más esperanza que Barbaroux, había dicho, levantando su vaso para que Lucila no se enterase:

—*Edamus et bibamus, eras enim moriemur!*^[54]

Pero Lucila había comprendido.

—¡Bah!, ¿a qué hablar una lengua que yo no comprendo? Adivino lo que dices, Camilo, y cree que no seré yo quien te impida cumplir con tu misión.

Y con esta seguridad, se habló libremente en voz alta.

Fréron era el más resuelto de todos: sabíase que amaba a una mujer sin esperanza, aunque se ignorase quién era; pero su desesperación al morir Lucila reveló aquel secreto fatal.

—¿Y tú, Fréron —le preguntó Camilo—, tienes algún veneno?

—¡Oh!, en cuanto a mí, si no triunfamos mañana, me dejaré matar;

estoy tan cansado de la vida, que tan sólo busco un pretexto para perderla.

Rebecqui era quien tenía más esperanza en el resultado de la lucha.

—Conozco a mis marseleses —decía—, yo soy quien los ha elegido desde el primero hasta el último, y ninguno retrocederá.

Después de la cena se propuso ir a casa de Danton. Barbaroux y Rebecqui rehusaron, diciendo que debían ir al cuartel de los marseleses, distante apenas veinte pasos de la casa de Camilo Desmoulins. Fréron tenía cita con Sergent y Manuel. Bruñe pasaba la noche en casa de Santerre. Cada cual se

unía con el acontecimiento por un hilo que le era propio.

La reunión se disolvió. Solamente Camilo y Lucila fueron a casa de Danton.

Los dos matrimonios se trataban mucho, no solamente los hombres, sino también las mujeres.

Ya conocemos a Danton; más de una vez, detrás de los pintores que le retrataron a grandes rasgos, hemos sido llamados para reproducir su imagen.

Su esposa es menos conocida, y diremos sobre ella algunas palabras.

En casa del coronel Morin se podía encontrar también un recuerdo de

aquella mujer notable, que fue, por parte de su marido, objeto de una profunda adoración; pero no era una miniatura lo que de ella quedaba, como de Lucila, sino un busto en yeso. Michelet cree que fue vaciado después de la muerte. La expresión era de bondad, de calma y de energía. Sin estar aquejada aún de la enfermedad que la mató en 1793, se la veía siempre triste e inquieta, como si, estando próxima a la muerte, adivinase el porvenir. La tradición añade que era piadosa y tímida. Pero cierto día, a pesar de su timidez, manifestó una opinión opuesta a la de sus padres, y entonces fue cuando declaró que estaba

resuelta a casarse con Danton.

Así como Lucila con Camilo Desmoulins, había reconocido en el hombre ignorado, sin reputación ni fortuna, al dios que, lo mismo que Júpiter en Semelé, debía devorarla al revelarse a ella.

Comprendíase que la pobre mujer unía su suerte con otra terrible, llena de tempestades; pero tal vez hubo en su decisión tanta piedad como amor para aquel ángel de tinieblas y de luz que debía tener el funesto honor de resumir aquel notable año de 1792, como Mirabeau el de 1791 y como Robespierre el de 1793.

Cuando Camilo y Lucila llegaron a casa de Danton —los dos matrimonios eran vecinos: Camilo vivía en la calle de la Antigua Comedia, y Danton en la de Paon-Saint-André—, la esposa de este lloraba y su esposo trataba de consolarla con expresión resuelta.

Las dos esposas se reunieron y abrazáronse; los hombres se estrecharon la mano.

—¿Crees tú que habrá algo? —preguntó Camilo.

—Así lo espero —contestó Danton—, pero Santerre se muestra algo tibio. Por fortuna, el asunto de mañana no es de interés personal: la irritación

producida por una larga miseria, la indignación pública, la aproximación del extranjero y la convicción de que se vende a Francia, son las cosas con que se debe contar. Cuarenta y siete secciones, de cuarenta y ocho, han votado la caída del rey, enviando a cada cual tres comisarios para que se reúnan en la municipalidad, a fin de salvar la patria.

—¡Salvar la patria! —dijo Camilo moviendo la cabeza.

—Sí; pero al mismo tiempo está bien comprendido.

—¿Y Marat y Robespierre?

—Naturalmente, no los han visto; el

uno está escondido en su granero y el otro en su cueva; cuando el asunto haya terminado, se verá reaparecer al uno como una comadreja y al otro como un mochuelo.

—¿Y Pétion?

—¡Ah!, ¡mucho ha de saber quien diga en favor de quién está! El cuatro declaró la guerra al palacio; el ocho advirtió al departamento que no respondía ya de la seguridad del rey; esta mañana propuso situar guardias nacionales en el Carrousel y esta noche ha pedido al departamento veinte mil francos para despedir a los marseleses.

—Quiere adormecer a la corte —

dijo Camilo Desmoulins.

—Así lo creo también —replicó Danton.

En aquel momento entró otro matrimonio: eran el señor y la señora Robert.

Se recordará que la señora Robert —señorita de Keralio— dictaba, el 17 de julio de 1791, en el altar de la patria, la famosa petición que su marido escribía.

Al contrario de los otros dos matrimonios, en que los hombres eran superiores a sus esposas, aquí la mujer era superior al marido.

Robert, hombre grueso, de treinta y

cinco a cuarenta años, individuo del club de los Franciscanos, con más patriotismo que talento, no tenía la menor facilidad para escribir y era enemigo declarado de Lafayette, y muy ambicioso, si se ha de dar crédito a las Memorias de *madame* Roland.

La señora Robert era pequeña, hábil, talentosa y altanera; tenía entonces treinta y cuatro años y había sido educada por su padre, Guinement de Keralio, caballero de San Luis, individuo de la Academia de inscripciones, que contaba entre sus alumnos un joven corso, cuya gigantesca fortuna estaba lejos de prever. Gracias a

su educación, la señorita de Keralio se hizo poco a poco sabia y literata; a los diecisiete años escribía, traducía y compilaba; y a los dieciocho compuso su novela *Adelaida*. Como el sueldo de su padre no bastaba a este para vivir, escribía en *El Mercurio* y el *Diario de los Sabios*, y más de una vez firmó artículos de su hija, que no desmerecían de los suyos. Así es como llegó a tener ese ingenio vivo, rápido y ardiente, que hizo de ella una de las más infatigables periodistas de la época.

Los esposos Robert llegaban del barrio de San Antonio, y dijeron que habían notado en él un aspecto extraño.

La noche era hermosa, tranquila en apariencia, y apenas había gente en las calles; pero todas las ventanas estaban iluminadas.

El efecto era lúgubre, pues aquella iluminación, sin ser la de una fiesta, no era tampoco la luz que alumbra el lecho de los moribundos, y hubiérase dicho que algo vivía en el arrabal en medio de aquel sueño febril.

En el momento en que la señora Robert terminaba su relato, el sonido de una campana estremeció a todos.

Era la primera señal que resonaba en los Franciscanos.

—¡Bueno —dijo Danton—,

reconozco a nuestros marseleses! ¡Bien esperaba que fuesen ellos los que dieran la primera señal!

Las mujeres se miraron con terror; la señora de Danton, sobre todo, tenía marcada en sus facciones la expresión del espanto.

—¡La señal! —exclamó la señora Robert—. ¿Conque se atacará el palacio durante la noche?

Nadie contestó; pero Camilo Desmoulins, que al primer sonido de la campana había entrado en su aposento, volvió muy pronto con un fusil en la mano.

Lucila profirió un grito; mas

comprendiendo que en aquella hora suprema no tenía derecho para detener al hombre a quien amaba, dejóse caer de rodillas y comenzó a llorar.

Camilo se acercó a ella.

—Descuida —la dijo—, no me separaré de Danton.

Los hombres salieron; la señora de Danton desfallecía, y la de Robert, colgada del cuello de su esposo, quería acompañarle a toda costa.

Las tres mujeres quedaron solas: la de Danton en una silla y como aniquilada; Lucila, llorando; y la de Robert recorriendo la habitación y diciendo, sin echar de ver el daño que

hacía a la mujer de Danton:

—¡Todo esto, todo esto es culpa de Danton! Si matan a mi esposo, yo moriré con él; pero antes daré de puñaladas al causante de la desgracia.

Así transcurrió una hora poco más o menos.

De pronto se abrió la puerta de la calle.

La señora Robert se precipitó hacia adelante; Lucila levantó la cabeza y la señora de Danton permaneció inmóvil.

Era Danton que volvía.

—¡Solo! —exclamó la señora Robert.

—Tranquilizaos —dijo Danton—,

no pasará nada antes de mañana.

—Pero ¿y Camilo? —preguntó Lucila.

—Pero ¿y Robert? —preguntó la señora de Keralio.

—Están en los Franciscanos, y vengo para avisaros y deciros que no habrá nada esta noche; la prueba es que voy a dormir.

Y se echó vestido en el lecho y cinco minutos después dormía, como si en aquel instante no mediara una cuestión de vida y muerte entre la monarquía y el pueblo.

A la una de la madrugada volvió Camilo.

—Os traigo noticias de Robert; ha ido a la municipalidad a llevar nuestras proclamas... No estéis inquietas, porque no habrá nada hasta mañana, y aún no sé...

Y Camilo movió la cabeza como nombre que duda. Después la apoyó en el hombro de Lucila y quedó, a su vez dormido.

Media hora después llamaban a la puerta.

La señora Robert abrió.

Era su esposo.

Venía a buscar a Danton, de parte de la municipalidad, y se le despertó al punto.

—¡Que vayan a... y que me dejen dormir —exclamó—, mañana será otro día!

Robert y su mujer salieron para volver a su habitación.

Muy pronto llamaron de nuevo.

La señora de Danton abrió, y un momento después introdujo a un joven alto, rubio, de unos veinte años, que vestía el uniforme de capitán de la guardia nacional y llevaba un fusil en la mano.

—¿El señor Danton? —preguntó.

—Amigo mío —dijo la mujer despertando a su esposo.

—¿Qué hay? —preguntó esté—.

¡Otra vez!

—Señor Danton —dijo el joven rubio—, os esperan allí abajo.

—¿Dónde?

—En la municipalidad.

—¿Quién me espera?

—Los comisarios de las secciones, y particularmente el señor Billot.

—¡El rabioso! —dijo Danton—. Está bien; decid a Billot que ya voy.

Después, mirando al joven, cuyo rostro le era desconocido, y que vestía ya, casi niño aún, el uniforme de un grado superior, le dijo:

—Dispensad, oficial, ¿quién sois?

—Soy Ángel Pitou, caballero,

capitán de la guardia nacional de Haramont...

—¡Ah, ah!

—Antiguo vencedor de la Bastilla.

—Muy bien.

—Recibí ayer una carta del señor Billot, diciéndome que probablemente habría aquí una ruda pelea, y que se necesitaban todos los buenos patriotas.

—Y ¿después?

—Emprendí la marcha con dos de mis hombres, que han tenido a bien seguirme; pero no siendo tan buenos andarines como yo, se han quedado en Dammartín. Mañana a primera hora estarán aquí.

—¿En Dammartín? —preguntó Danton—, eso está a ocho leguas de aquí.

—Sí, señor Danton.

—Y ¿cuánto dista Haramont de París?

—Diecinueve leguas. Salimos esta madrugada.

—¡Ah, ah! Y ¿habéis recorrido diecinueve leguas en vuestra jornada?

—Sí, señor Danton.

—Y ¿habéis llegado...?

—A las diez de la noche... He preguntado por el señor Billot y me han dicho que estaba sin duda en el arrabal de San Antonio, en casa del señor

Santerre; he ido a casa de este y me contestaron que no se le había visto, y que tal vez le encontraría en el club de los Jacobinos, en la calle de San Honorato; y aquí se me dijo que no le habían visto y que fuera a los Franciscanos, donde se me indicó que debía ir al ayuntamiento...

—Y ¿allí lo encontrasteis?

—Sí, señor Danton, y entonces me dio vuestras señas, diciéndome: «Supongo que no estarás cansado, Pitou...». «No, señor Billot». «Pues bien, ve a decir a Danton que es un perezoso, y que le esperamos».

—¡Pardiez! —exclamó Danton

saltando del lecho—, he aquí un muchacho que me avergüenza. ¡Vamos, amigo mío, vamos!

Y acercándose a su esposa abrazóla, y salió después con Pitou.

La pobre mujer dejó escapar un débil suspiro y reclinó la cabeza sobre el respaldo de su sillón.

Lucila creyó que lloraba y respetó su dolor.

Sin embargo, pasado un momento, y al ver que no se movía, despertó a Camilo, y después se acercó a la esposa de Danton: la pobre señora se había desmayado.

Los primeros albores de la aurora se

deslizaban a través de las ventanas; el día prometía ser magnífico; mas como si fuese un lúgubre pronóstico, el cielo tenía color de sangre.

Capítulo CL

LA NOCHE DEL 9 AL 10 DE AGOSTO

Hemos dicho lo que sucedía en casa de los tribunos; digamos ahora lo que pasaba a quinientos pasos de allí, en la morada de los reyes.

Allí también había mujeres que oraban y lloraban, y tal vez más que las otras; Chateaubriand lo ha dicho: «Los ojos de los príncipes pueden contener mayor cantidad de lágrimas...».

Sin embargo, hagamos justicia a cada cual: *madame* Isabel y la princesa de Lamballe lloraban y oraban; pero la reina rezaba sin derramar lágrimas.

Se había cenado a la hora de costumbre.

Al levantarse de la mesa, y mientras que *madame* Isabel y la princesa de Lamballe se dirigían a la habitación conocida por el nombre de gabinete del consejo, donde se había convenido que la familia real pasara la noche para oír los informes, la reina se acercó al rey y quiso llevarsele a otra parte.

—¿Adónde me conducís, señora? — preguntó.

—A mi aposento... ¿No consentiréis en poneros el peto que llevabais el catorce de julio último, señor?

—Señora —contestó el rey—, aquello era bueno para preservarme de la daga o del puñal de un asesino en un día de ceremonia o de conspiración; pero en un día de combate, en el que mis amigos se exponen por mí, yo sería cobarde si no me expusiera como ellos.

Y el rey se retiró para entrar en su habitación y encerrarse con su confesor.

La reina fue a reunirse, en el gabinete del consejo, con *madame* Isabel y la princesa de Lamballe.

—¿Qué hace el rey?

—Se confiesa —contestó la reina con un acento indefinible.

En aquel momento abrióse la puerta y el señor de Charny se presentó.

Estaba pálido, pero completamente sereno.

—¿Se puede hablar al rey, señora? —preguntó a la reina inclinándose.

—Por el pronto, caballero —contestó María Antonieta—, el rey soy yo.

Charny lo sabía mejor que nadie; pero insistió.

—Podéis subir a la habitación del rey, caballero —dijo la reina—, pero le molestaréis mucho, os lo aseguro.

—Comprendo, el rey está con el señor Pétion, que acaba de llegar.

—El rey está con su confesor, caballero.

—Pues entonces, señora —replicó Charny—, a vos debo dar mi informe como mayor general del castillo.

—Sí —contestó la reina—, si lo tenéis a bien.

—Tendré el honor de manifestar a Vuestra Majestad cuál es el efectivo de nuestras fuerzas. La gendarmería montada, al mando de los señores Rulhieres y Verdiere, en número de seiscientos hombres, está alineada en batalla en la gran plaza del Louvre; la

gendarmería de a pie se halla, *intra muros*, en las cocheras; se han tomado ciento cincuenta hombres para formar, en el palacio de Tolosa, una guardia que proteja, en caso de necesidad, la caja de descuentos y la tesorería; los gendarmes de *extramuros* de París, forman un cuerpo de treinta hombres solamente, apostado en la escalerilla del rey, en el patio de los príncipes; doscientos oficiales y soldados de la antigua guardia montada o de a pie; un centenar de jóvenes realistas; otros tantos caballeros, en número de trescientos o cuatrocientos combatientes, están reunidos en la gran cámara y en las salas

inmediatas; doscientos o trescientos guardias nacionales están diseminados en el patio y el jardín; y por último, mil quinientos suizos, que son la verdadera fuerza del palacio, acaban de ocupar sus diferentes puestos, y están situados en el gran vestíbulo y al pie de las escaleras que deben defender.

—Pues bien, caballero —contestó la reina—, ¿no os tranquilizan todas esas medidas?

—Nada me tranquiliza, señora, tratándose de la salvación de Vuestra Majestad —dijo Charny.

—¿Conque así, caballero, opináis siempre por la fuga?

—Mi parecer es que el rey y vos con sus augustos hijos, se pongan en medio de nosotros.

La reina hizo un movimiento.

—A Vuestra Majestad le repugna Lafayette, está bien eso; pero tiene confianza en el duque de Liancourt; este está en Rouen, señora, donde ha alquilado la casa de un caballero inglés llamado Canning, y el comandante de la provincia ha hecho jurar a sus tropas fidelidad al rey. El regimiento suizo de Salis-Samade, con el cual se puede contar, se halla escalonado en el camino. Todo está tranquilo aún; salgamos por el puente giratorio para ganar la barrera de

la Estrella, donde nos esperan trescientos hombres de caballería de la guardia constitucional y en Versalles se reunirán fácilmente mil quinientos caballeros, y con cuatro mil hombres respondo de conducirlos a donde queráis.

—Gracias, señor de Charny — contestó la reina—, aprecio vuestra fidelidad, por la cual os separáis de personas queridas para venir a ofrecer vuestros servicios a una extranjera...

—La reina es injusta para mí — interrumpió Charny—, pues la existencia de mi soberana será siempre a mis ojos la más preciosa de todas, así como el

deber me será siempre la más cara de todas las virtudes.

—El deber, sí, caballero —murmuró la reina—, pero yo también, puesto que cada cual cumple con el suyo, creo comprender bien el mío, que es mantener la monarquía noble y grande, cuidando de que esté en pie, si la hieren, para caer dignamente, como hacían los gladiadores antiguos.

—¿Es la última palabra de Vuestra Majestad?

—Y sobre todo, mi último deseo.

Charny saludó, y como encontrase cerca de la puerta a la señora de Campan, que volvía de ver a las

princesas, la dijo:

—Señora, invítad a Sus Altezas a guardar en sus bolsillos lo que tengan de más precioso, pues podría suceder que de un momento a otro nos viéramos obligados a salir del palacio.

Después, mientras que la señora de Campan iba a transmitir la invitación a la princesa de Lamballe y a *madame* Isabel, Charny, acercándose de nuevo a la reina, la dijo:

—Señora, es imposible que no tengáis alguna esperanza además del apoyo de nuestra fuerza material; si es así, confiad en mí y pensad que mañana a estas horas deberé dar cuenta a los

hombres o a Dios de cuanto haya pasado.

—Pues bien, caballero —dijo la reina— ya se habrán dado doscientos mil francos a Pétion y cincuenta mil a Danton; por esta suma se ha obtenido del segundo que permaneciera en su casa, y del primero que viniese a palacio.

—Pero, señora, ¿estáis segura de vuestros intermediarios?

—Pétion ha llegado ahora, según me habéis dicho.

—Sí, señora.

—Pues ya es alguna cosa, como veis.

—Pero no bastante... Me han dicho

que se le había enviado a buscar tres veces antes de que se presentase.

—Si está por nosotros —dijo la reina— al hablar el rey debe aplicar el índice sobre el párpado de su ojo derecho.

—Pero ¿y si no está por nosotros, señora?...

—Entonces será nuestro prisionero, y voy a dar las órdenes más terminantes para que no le dejen salir del palacio.

En aquel momento se oyó resonar una campana.

—¿Qué es eso? —preguntó la reina.

—La campana de alarma —contesté

Charny.

Las princesas se levantaron presas de un gran espanto.

—Pero ¿qué tenéis? —preguntó la reina—. Esa campana es la trompeta de los facciosos.

—Señora —dijo Charny, a quien parecía inquietar más que a la reina aquel ruido siniestro—, voy a preguntar si esa campana anuncia alguna cosa grave.

—¿Volveremos a veros? —preguntó vivamente la reina.

—He venido a ponerme a las órdenes de Vuestra Majestad, y solamente la abandonaré con la última sombra del peligro.

Charny saludó y salió.

La reina quedó pensativa un instante.

—Vamos a ver si el rey se ha confesado —murmuró.

Y salió a su vez.

Entretanto, *madame* Isabel se aligeraba de ropa para echarse más cómodamente en un canapé.

Desprendió de su manteleta un alfiler de cornalina y le mostró a la señora de Campan; era una piedra grabada, representando una mata de lirios con una inscripción.

—Leed —dijo *madame* Isabel.

La señora Campan se acercó a un candelabro y leyó: *Olvido de las*

ofensas; perdón de las injurias.

—Mucho temo —dijo la princesa— que esta máxima influya poco en nuestros enemigos; mas no por eso debe sernos menos querida.

Apenas había pronunciado estas palabras, resonó un tiro en el patio.

Las mujeres profirieron un grito.

—¡He ahí el primer tiro! —dijo *madame* Isabel—, y, ¡ay de mí!, ¡no será el último!

Se había anunciado a la reina la llegada de Pétion a las Tullerías, y he aquí en qué circunstancias hizo su entrada el alcalde de París.

Había llegado a las diez y media.

Esta vez no le hicieron esperar; por el contrario, se le dijo que el rey le aguardaba; mas para llegar hasta este le fue preciso cruzar entre las filas de suizos primero, las de la guardia nacional después, y al fin la de los caballeros que se habían titulado *del puñal*.

No obstante, como se sabía que el rey había enviado a buscar a Pétion, y que este hubiera podido permanecer en el ayuntamiento, su palacio, sin venir a lanzarse en la jaula de los leones, como llamaban a las Tullerías, salió del paso sin oír más que las palabras *traidor* y *Judas*, que le dirigieron al subir la

escalera.

Luis XVI esperaba a Pétion en el mismo aposento donde le había tratado con tanta dureza el 21 de junio. Pétion reconoció la puerta y sonrió. La fortuna le proporcionaba una terrible revancha. En la puerta, Mandat, comandante de la guardia nacional, detuvo a Pétion.

—¡Ah, sois vos, señor alcalde! —exclamó.

—Sí, caballero, yo soy —contestó Pétion con su flema ordinaria.

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Podría dispensarme de contestar a esta pregunta, señor Mandat, pues no os reconozco en modo alguno el derecho de

interrogarme; pero como vais deprisa, no quiero discutir con inferiores...

—¿Con inferiores?

—Me interrumpís, y os repito que voy deprisa, señor Mandat. Vengo aquí porque el rey me ha enviado a buscar tres veces... Por mi gusto no me habría presentado.

—Pues bien; puesto que tengo el honor de veros, señor Pétion, os preguntaré por qué los jefes de policía de la ciudad han distribuido en abundancia cartuchos a los marseleses, y por qué yo, Mandat, no he recibido más que tres para cada uno de mis hombres.

—En primer lugar —contestó Pétion sin perder nada de su serenidad— no se ha pedido más para las Tullerías, tres cartuchos para cada guardia nacional y cuarenta para cada suizo; esto es lo que el rey pide.

—Y ¿por qué esta diferencia en el número?

—Al rey es a quien toca decíroslo; sin duda desconfía de la guardia nacional.

—Pero yo —replicó Mandat— envié a pedirlos pólvora.

—Es verdad, pero desgraciadamente no estáis en condiciones para que os la den.

—¡Oh!, ¡vaya una contestación! — exclamó Mandat—, sin duda os corresponde gobernarme, puesto que la orden emana de vos.

La discusión se agriaba en un terreno en que le habría sido difícil a Pétion defenderse; mas por fortuna la puerta se abrió y Roederer, el síndico del Ayuntamiento, llegando en auxilio del alcalde de París, le dijo:

—Señor Pétion, el rey os espera.

Pétion entró.

El rey, en efecto, le esperaba impaciente.

—¡Ah, por fin estáis aquí! —le dijo—. ¿Cómo está la ciudad de París?

Pétion dio poco más o menos cuenta del estado de cosas.

—¿No tenéis nada más que decirme, caballero? —preguntó el rey.

—No, señor —contestó Pétion.

El rey le miraba fijamente.

—¿Absolutamente nada más? —preguntó de nuevo—. ¿Nada, nada?...

El alcalde abrió mucho los ojos, sin comprender aquella insistencia del rey.

Este último, por su parte, esperaba que Pétion acercase el índice a su ojo, señal convenida por la que el alcalde de París debía indicar que, mediante los doscientos mil francos, el rey podía contar con él.

Pétion se rascaba la oreja, pero sin pensar siquiera en acercar el dedo a su ojo.

El rey había sido engañado; un bribón se embolsó sin duda los doscientos mil francos.

La reina entró precisamente en el momento en que el rey no sabía ya que preguntar a Pétion, y cuando este esperaba una nueva pregunta.

—Y bien —preguntó la reina—, ¿es nuestro amigo?

—No —contestó el rey—, no ha hecho ninguna señal.

—Pues que sea nuestro prisionero —dijo la reina.

—¿Puedo retirarme? —preguntó el alcalde al rey.

—¡Por Dios, no le dejéis salir! —exclamó María Antonieta.

—No, caballero; dentro de un instante quedaréis libre, pues aún necesito hablaros —añadió el rey alzando la voz—. Entrad en ese gabinete.

Esto era como decir a los que estaban en aquel aposento: «Os confío a Pétion; vigiladle y no le dejéis salir».

Los que se hallaban en el gabinete comprendieron muy bien y cercaron a Pétion, que se consideró prisionero.

Por fortuna, Mandat no estaba allí:

se resistía a obedecer una orden para que fuese al Ayuntamiento.

Los fuegos se cruzaban: llamábase a Mandat en la municipalidad como se llamaba a Pétion en las Tullerías.

A Mandat le repugnaba mucho obedecer y no se decidió al pronto.

En cuanto a Pétion, hallábase en un pequeño gabinete donde había treinta personas, y que apenas podía contener cuatro con desahogo.

—Señores —dijo al cabo de un instante—, es imposible permanecer aquí más tiempo, porque nos ahogamos.

Así lo pensaban todos, y por eso nadie se opuso a la salida de Pétion;

pero todo el mundo le siguió sus pasos.

Por otra parte, nadie se atrevió tal vez a retenerle abiertamente.

Tomó la primera escalera que vio, que le condujo a una habitación del piso bajo que daba al jardín.

Por un momento temió que la puerta de aquel estuviese cerrada; pero hallábase abierta.

El alcalde se encontró en una prisión más grande y mejor ventilada; pero sin salida como la primera.

Sin embargo, esto era mejorar.

Le había seguido un hombre que, apenas llegado al jardín, le dio su brazo: era Roederer, el procurador síndico del

departamento.

Los dos comenzaron a pasearse por el terrado que costeaba el palacio; iluminábale en aquel momento una línea de lamparillas, y varios guardias nacionales apagaron las que estaban más próximas a Pétion y al síndico.

¿Qué se intentaba? El alcalde no creyó riada de bueno.

—Caballero —dijo a un oficial suizo que le seguía, y que se llamaba Salis-Lizers—, ¿se trama algo contra mí?

—Estad tranquilo, señor Pétion —contestó el oficial con un acento alemán muy pronunciado—: El rey me encargó

que velara sobre vos, y os aseguro que si alguno os matara, moriría un instante después a mis manos.

En una circunstancia análoga, Triboulet había contestado a Francisco I : «¿Os sería igual que fuese un momento antes, señor?».

Pétion no contestó nada y dirigióse al temido dé los Fuldenses, muy bien iluminado por la luna. No estaba, como hoy, cercado por una verja, sino por una pared de ocho pies de altura, con tres puertas, dos pequeñas y una grande.

No solamente estaban cerradas, sino atrancadas, y custodiaban las demás los granaderos de la Buttedes-Moulins y de

las Hijas de Santo Tomás, conocidos por su realismo.

Por lo tanto, nada se podía esperar de ellos. Pétion se inclinaba de vez en cuando, cogía una piedra y arrojábala al otro lado de la pared.

Mientras que Pétion se ocupaba en esto, fueron a decirle dos veces que el rey deseaba hablarle.

—Vamos —dijo Roederer—, ¿no obedecéis?

—No —contestó Pétion—, hace demasiado calor allí arriba; me acuerdo del gabinete, al que no tengo el menor deseo de volver, y además he dado cita a una persona en el terrado de los

Fuldenses.

Y siguió cogiendo piedras y arrojándolas al otro lado de la pared.

—¿A quién habéis dado cita? — preguntó Roederer.

En aquel momento la puerta de la Asamblea que daba al terrado se abrió.

—Creo —dijo Pétion— que eso es precisamente lo que espero.

—¡Orden de permitir el paso al señor Pétion! —dijo una voz—, la Asamblea le necesita para que dé cuenta del estado de París.

—¡Precisamente! —dijo Pétion en voz baja.

Y añadió en voz alta:

—Heme aquí dispuesto a contestar a las interpelaciones de mis enemigos.

Los guardias nacionales, creyendo que se trataba para Pétion de una mala partida, le dejaron pasar.

Eran cerca de las tres de la madrugada; el día comenzaba a despuntar; y, cosa extraña, el cielo tenía color de sangre.

Capítulo CLI

LA NOCHE DEL 9 AL 10 DE AGOSTO

Pétion, a quien el rey había enviado a llamar, pudo prever que no saldría de palacio con la misma facilidad que entró en él; acercóse a un hombre vulgar que tenía una cicatriz en la frente, y le dijo:

—Señor Billot, ¿qué me decíais hace poco de la Asamblea?

—Que pasaría toda la noche en sesión permanente.

—Muy bien. ¿Qué habéis visto en el puente Nuevo?

—Dos cañones y la guardia nacional, colocados allí de orden de Mandat.

—¿No me habéis dicho también que hay una fuerza considerable en el arco de San Juan, a la salida de la calle de San Antonio?

—Sí, señor, de orden del mismo.

—Escuchad, señor Billot.

—Decid.

—He aquí una orden para Manuel y Danton, a fin de que hagan volver a sus casas a la guardia nacional que está en el arco de San Juan, y para desarmar el

pueblo Nuevo. Es preciso ejecutar esta orden a toda costa, ¿entendéis?

—Yo mismo la entregaré a Danton.

—Está bien; veamos ahora, ¿vivís en la calle de San Honorato?

—Sí, señor.

—Luego que comunicéis la orden a Danton, volved a vuestra casa y descansad algunos momentos; levantaos a las dos e id a pasearos a la otra parte de la pared del terrado de los Fuldenses; si veis u oís caer algunas piedras lanzadas del jardín de las Tullerías, será un indicio de que estoy preso y de que se trata de forzar mi voluntad.

—Ya entiendo.

—Entonces presentaos en la barra de la Asamblea y decid a los diputados que reclamen mi persona. Ya comprendéis, señor Billot, que pongo mi vida en vuestras manos.

—Respondo de ella —dijo Billot, podéis estar tranquilo.

Pétion marchó confiado en el patriotismo bien conocido de Billot.

Este respondió de todo con tanta más gana cuanto que Pitou acababa de llegar.

Billot envió a Pitou a buscar a Danton, recomendándole que no volviese sin él.

A pesar de la pereza de Danton, Pitou cumplió su encargo y lo trajo

consigo.

Había visto los cañones del puente Nuevo y la guardia nacional en el arco de San Juan, y comprendió la importancia de no dejar a retaguardia del ejército popular una fuerza semejante.

A favor de la orden de Pétion, hicieron retirar del arco a la guardia nacional y los cañones del puente Nuevo.

Desde este momento quedaba desembarazado el camino de la insurrección.

Durante este tiempo, Billot y Pitou volvieron a la calle de San Honorato, en

donde estaba situado el alojamiento de Billot; Pitou le saludó con la cabeza.

Billot se sentó e hizo señas a Pitou para que hiciese lo mismo.

—Gracias, señor Billot —contestó, y su amigo tomó asiento.

—Pitou —dijo Billot—, te he enviado a decir que vinieras a verme.

—Ya lo veis, señor Billot, no os he hecho aguardar —dijo Pitou con una franca sonrisa que mostraba sus treinta y dos dientes, y que era peculiar suya.

—¿No has adivinado que se trata ya de cosas graves?

—Lo sospecho; pero decidme, señor Billot.

—¿Qué, Pitou?

—No veo al señor Bailly ni al señor de Lafayette.

—Bailly es un traidor que nos ha hecho asesinar en el Campo de Marte.

—Demasiado lo sé, pues yo fui quien os recogió cubierto de sangre.

—Lafayette es un traidor que ha querido llevarse al rey.

—¡Oh!, yo no sabía que el señor de Lafayette pudiese ser traidor. ¡Quién lo hubiera creído! ¿Y el rey?

—El rey es el más traidor de todos, Pitou.

—En cuanto a ese, no me extraña.

—El rey conspira con los

extranjeros y quiere entregar la Francia al enemigo. El palacio es un foco de conspiraciones y se ha decidido asaltarle. ¿Comprendes, Pitou?

—¡Caramba si comprendo!, decidme, señor Billot, como tomamos la Bastilla, ¿no es verdad?

—Sí.

—No será tan difícil.

—Te equivocas, Pitou.

—¡Cómo!, ¿será más difícil?

—Sí.

—Se me figura que las paredes no son tan altas.

—Es verdad, pero están mejor guardadas. La Bastilla sólo tenía una

guarnición de cien inválidos, y en palacio hay tres o cuatro mil hombres.

—¡Diablos, tres o cuatro mil hombres!

—Sin contar que la Bastilla fue sorprendida, mientras que desde primeros de mes se sospecha en las Tullerías que se quiere atacarlas, y todo el mundo se ha puesto a la defensiva.

—Y ¿se defenderán bien? —añadió Pitou.

—Sí —repuso Billot—, tanto más cuanto que se dice que han confiado su defensa al señor de Charny.

—En efecto —dijo Pitou—. Ayer salió en posta de Boursonnes con su

mujer. Y ¿el señor de Charny es también traidor?

—No; sólo es un aristócrata. Siempre ha sido del partido de la corte, y por consecuencia no ha hecho traición al pueblo, puesto que no le ha excitado a fiarse de él.

—¿Según eso, vamos a batirnos contra el señor de Charny?

—Es probable, Pitou.

—¡Cosa singular!, vecinos...

—Sí; eso es lo que se llama guerra civil; pero si no te conviene, no tienes obligación de batirte.

—Perdonadme, señor Billot; si os conviene a vos, también me conviene a

mí.

—Preferiría que no te batieses, Pitou.

—¿Entonces por qué me habéis llamado?

El rostro de Billot se nubló de tristeza.

—Te he mandado llamar para entregarte este papel.

—¿Este papel, señor Billot?

—Sí.

—Y ¿qué es ello?

—Mi testamento.

—¡Cómo!, ¿vuestro testamento?
¡Oh!, señor Billot, no tenéis traza de desear la muerte —añadió Pitou riendo.

—No —dijo Billot, mostrando el fusil y la cartuchera colgados de la pared—, pero tengo traza de un hombre a quien se puede matar.

—¡El caso es que todos somos mortales!

—Pitou —dijo Billot—, te he enviado a llamar para entregarte mi testamento.

—¿A mí, señor Billot?

—A ti, Pitou, porque te hago mi legatario universal.

—¿Yo... vuestro legatorio universal?, ¡muchas gracias, señor Billot! Pero... ¡qué bromas tenéis!

—No; te hablo seriamente, amigo

mío.

—No es posible, señor Billot.

—¿Cómo que no es posible?

—¡Oh, no!, cuando un hombre tiene herederos, no puede dar sus bienes a otros.

—Te engañas, Pitou; *puede*.

—Entonces, *no debe*, señor Billot.

Una expresión sombría nubló la frente de Billot.

—Te engañas, Pitou; yo no tengo herederos —dijo.

—¡Cómo!, ¿no tenéis herederos? Y ¿qué llamáis a la señorita Catalina?

—No conozco a nadie de ese nombre, Pitou.

—Señor Billot, no digáis esas cosas; mirad, eso me incomoda, y...

—Pitou —dijo Billot—, cuando una cosa me pertenece, soy dueño de darla a quien me parece; del mismo modo que si yo muero, la cosa te pertenecerá y podrás darla a quien quieras.

—¡Ah, ya, ya!... entonces, si os sucede alguna desgracia... —dijo Pitou, el cual empezó a comprender—..., pero ¡qué necio soy!, no os sucederá nada.

—Pitou, todos somos mortales, como acabas de decir.

—Es verdad; en resumidas cuentas, tenéis razón. Señor Billot, acepto el testamento; pero, suponiendo que yo

tenga la desgracia de ser vuestro heredero, ¿tendré derecho de hacer de vuestros bienes lo que se me antoje?

—No hay duda, puesto que han de ser tuyos; a ti, que eres un buen patriota, ¿me entiendes, Pitou?, nadie te molestará, como se pudiera hacer con gentes que hubiesen simpatizado con los aristócratas.

Pitou comprendió cada vez mejor.

—Pues bien, señor Billot, convenidos, acepto.

—Eso es todo lo que yo tenía que decirte: ahora gualda el papel en el bolsillo y descansa.

—¿Para qué, señor Billot?

—Sí, tengo quehacer en el terrado de los Fuldenses.

—¿No me necesitáis?

—No, porque me perjudicarías.

—En ese caso, señor Billot, voy a tomar un bocado.

—Es verdad —dijo Billot—, se me había olvidado preguntarte si tenías apetito.

—¡Oh!, eso es porque ya sabéis que siempre le tengo —dijo riendo.

—¿Sabes dónde está la despensa?

—Sí, no os inquietéis por mí.

¿Volveréis aquí?

—Volveré.

—Porque si no deberíais decirme

adonde podría ir a buscaros.

—Es inútil, dentro de una hora estaré aquí.

—Bueno; id con Dios.

Pitou se puso a buscar qué comer, con esa buena disposición que en él, como en el rey, no se alteraba por los más graves sucesos, mientras Billot se dirigía al terrado de los Fuldenses.

Ya sabemos lo que allí le conducía.

Apenas llegó vio caer a sus pies una piedra; después otras dos; esto le indicaba lo que Pétion temía que el corregidor estaba preso en las Tullerías.

Según las instrucciones de aquel, marchó a la Asamblea, la cual, como

hemos visto, reclamó su presencia.

Habiendo Pétion quedado libre, atravesó la Asamblea y volvió a la casa de la villa, dejando su coche en el patio de las Tullerías para que le representase.

Billot volvió a su casa y halló a Pitou acabando de cenar.

—¿Qué hay de nuevo, señor Billot?

—¡Nada; lo único que hay es que ahora amanece y que el cielo está de color de sangre!

Capítulo CLII

DE LAS TRES A LAS SEIS DE LA MAÑANA

Ya hemos visto cómo había salido el sol.

Sus primeros rayos iluminaron a dos jinetes que seguían al paso de sus monturas el muelle desierto de las Tullerías.

Estos dos jinetes eran el comandante general de la guardia nacional, Mandat,

y su ayudante de campo.

Mandat, llamado a eso de la una de la madrugada a la casa de la ciudad, había rehusado al principio someterse a la orden.

Esta última se renovó más imperiosa dos horas después, y el comandante quiso resistirse aún; pero el síndico Roederer, acercándose a él, le había dicho:

—Caballero, ved que, según los términos de la ley, el comandante de la guardia nacional está a las órdenes de la municipalidad.

Entonces Mandat se resolvió.

Por lo demás, el comandante general

ignoraba dos cosas:

Primeramente, que cuarenta y siete secciones, de cuarenta y ocho, habían nombrado cada una tres comisarios que debían reunirse en el ayuntamiento para *salvar la patria*; de modo que Mandat creía encontrar la antigua municipalidad compuesta como hasta entonces, y de ningún modo con ciento cuarenta y un agregado, personas nuevas para él.

Además, Mandat ignoraba la orden expedida para desarmar el puente Nuevo y hacer evacuar la arcada de San Juan, orden cuya ejecución, dada su importancia, había presidido Danton y Manuel personalmente.

Por eso al llegar al puente Nuevo, Mandat quedó estupefacto cuando le vio del todo desierto; detúvose y envió a su ayudante de campo a reconocer.

A los diez minutos volvió y dijo que no había visto cañón alguno ni guardia nacional; la plaza y la calle Delfina, así como el muelle de los Agustinos, estaban desiertos, lo mismo que el puente Nuevo.

Mandat prosiguió su marcha; tal vez hubiera debido volver al palacio; pero los hombres van a donde su destino les impele.

A medida que avanzaba a la casa ayuntamiento, parecíale ir hacia la vida,

así como en ciertos cataclismos orgánicos, la sangre, al retirarse al corazón, abandona las extremidades, las cuales se quedan pálidas y heladas; de igual manera, el movimiento, el calor, la revolución, en fin, hallábanse en el muelle Pelletier, en la plaza de Greve y en la casa ayuntamiento, verdadero centro de la vida popular, corazón de ese gran cuerpo que se llama París.

Mandat se detuvo en la esquina del muelle Pelletier y envió a su ayudante a la arcada de San Juan.

Por este sitio iba y venía libremente la oleada popular; la guardia nacional había desaparecido.

Mandat quiso retroceder; mas el pueblo se había reunido detrás y le impelía hacia la escalera de la casa de la ciudad.

—Quédate aquí —dijo al ayudante del campo— y si me sucede algo, ve a dar aviso a palacio.

Mandat se dejó llevar por la turba; el ayudante, cuyo uniforme indicaba una importancia secundaria, permaneció en la esquina del muelle Pelletier; todas las miradas se fijaban en el comandante general.

Al llegar a la gran sala de la casa ayuntamiento, Mandat se encuentra ante personas desconocidas, de rostro

severo.

Es la insurrección entera la que pide cuenta de su conducta al hombre que, no tan sólo ha querido combatirla en su desarrollo, sino ahogarla en su nacimiento. En las Tullerías interrogaba; ya se recordará su escena con Pétion.

Aquí será interrogado.

Uno de los individuos del nuevo municipio —de ese municipio terrible que ahogará a la Asamblea legislativa, luchando después con la Convención—, se adelanta y pregunta en nombre de todos:

—¿Por qué orden has doblado la guardia de palacio?

—Por la del alcalde de París —
contesta Mandat.

—¿Dónde está esa orden?

—En las Tullerías, donde la he
dejado para que se pueda cumplir en mi
ausencia.

—¿Por qué has puesto en marcha los
cañones?

—Porque el batallón debía marchar
también, y la artillería le ha de
acompañar siempre.

—¿Dónde está Pétion?

—Quedaba en palacio cuando yo
salí.

—¿Prisionero?

—No, libre y paseándose por el

jardín.

En aquel momento se interrumpe el interrogatorio.

Un individuo del nuevo ayuntamiento trae una carta abierta, y se pide su lectura.

Mandat no necesita más que una mirada para comprender que está perdido, pues acaba de reconocer su escritura.

Aquella carta es la orden remitida, a la una de la madrugada, al comandante del batallón apostado en la arcada de San Juan, ordenándole que ataque por retaguardia a la turba que se dirija al palacio, mientras que el batallón del

puente Nuevo atacará de flanco.

La orden ha caído en manos de la municipalidad después de retirarse el batallón.

El interrogatorio ha terminado. ¿Qué confesión se podría obtener del acusado más terrible que aquella carta?

El consejo decide que Mandat sea enviado a la Abadía.

Después se lee el juicio a Mandat.

Aquí comienza la interpretación.

Al leer, el presidente, según se asegura, hizo con la mano uno de esos ademanes que el pueblo, por desgracia, sabe interpretar demasiado bien, un ademán horizontal.

«El presidente, dice M. Peltier, autor de la *Revolución del 10 de agosto de 1792*, hizo un ademán *horizontal* muy expresivo, diciendo: ¡*Que se le lleven!*».

El ademán, en efecto, hubiera sido muy expresivo un año más tarde; pero expresando mucho en 1793, no significaba gran cosa en 1792, época en que la guillotina no funcionaba aún; hasta el 21 de agosto no cayó en la plaza del Carrousel la cabeza del primer realista. ¿Cómo es posible que once días antes, el ademán *horizontal* —a menos de ser una señal convenida de antemano — pudiera indicar: «¡Matad a ese

hombre!»?»?

Por desgracia, el hecho parece justificar la acusación.

Apenas Mandat ha franqueado tres o cuatro escalones del pórtico de la casa ayuntamiento, en el instante en que su hijo se precipita a su encuentro, la bala de una pistola penetra en la cabeza del prisionero.

Lo mismo había sucedido, tres años antes, a Flesselles.

Mandat, herido solamente, se levanta; pero al punto vuelve a caer atravesado por veinte picas.

El niño alarga los brazos gritando: «¡Padre mío!».

Pero nadie hace caso de sus gritos.

Muy pronto, de aquel círculo donde no se veían más que brazos agitándose en medio del brillo de los sables y de las picas, elévase una cabeza ensangrentada y desprendida del tronco.

Era la cabeza de Mandat.

El niño perdió el conocimiento, y el ayudante de campo partió al galope para anunciar en las Tullerías lo que había visto. Los asesinos se dividieron en dos grupos: los unos arrojaron el cuerpo en el río, los otros fueron a pasear por las calles de París la cabeza de Mandat en la punta de una pica.

Eran, poco más o menos, las cuatro

de la madrugada.

Precedamos en las Tullerías al ayudante de campo que lleva la noticia fatal, y veamos lo que pasa.

El rey se ha confesado, y desde el momento en que su conciencia está tranquila, no teme lo demás: el rey, que no sabía resistir a ninguna de las necesidades de la naturaleza, se había echado; pero a decir verdad, vestido.

—Como redoblase la campana de alarma, oyéndose después el toque de generala, se despertó al rey.

El que le llamaba —señor de la Chesnaye, a quien Mandat había dejado sus poderes—, lo hacía para que el rey

se presentara a los guardias nacionales, a fin de dirigirles algunas palabras propias del caso, para reanimar su entusiasmo.

El rey se levantó con pesadez, vacilando y mal despierto; tenía empolvada la peluca, y un lado de esta, aquel en que apoyó la cabeza, estaba aplanado.

Se buscó al peluquero; mas no estaba allí, y el rey salió de su cuarto sin arreglarse.

Prevenida la reina, que estaba en la sala del consejo, de que el rey consentía en dejarse ver de sus defensores, acudió a su encuentro.

Muy al contrario del pobre monarca, con sus ojos tristes que no miraban a nadie, con los músculos de su boca palpitantes por movimientos involuntarios, y con su levita morada, que parecía el luto de la monarquía, la reina estaba pálida, pero poseída de fiebre; tenía los párpados enrojecidos, pero secos.

Y miró aquella especie de fantasma de la monarquía, que en vez de aparecer a media noche se mostraba a la luz del sol, con los ojos hinchados y a medio cerrar.

Esperaba comunicarle lo que sobraba en ella de valor, de fuerza y de

vida.

Por lo demás, todo fue bien mientras que el rey estuvo en el interior de las habitaciones, aunque los guardias nacionales mezclados con los caballeros, viendo de cerca al soberano, aquel pobre hombre cachazudo y de formas pesadas, que tan mal éxito obtuvo ya en otro caso análogo, en el balcón de Sauce, en Varennes, se preguntaban si era realmente el héroe del 20 de junio, aquel rey cuya poética leyenda comenzaban a abordar ya, en una casa fúnebre, los sacerdotes y las mujeres.

Y forzoso es decirlo, no; aquel no

era el rey que la guardia nacional esperaba ver.

Precisamente en aquel momento, el anciano duque de Mailly, con la mejor intención desenvaina su acero, y arrodillándose a los pies del monarca jura, con voz temblorosa, morir él y la *nobleza* de Francia, a la cual representa, en defensa del nieto de Enrique IV.

Estas eran dos torpezas en vez de una: la guardia nacional no tenía muchas simpatías a la *nobleza de Francia*, representada por el señor de Mailly, y además, no era al nieto de *Enrique IV* a quien se quería defender, sino al *rey constitucional*.

He aquí por qué, en respuesta a varios gritos de «¡Viva el rey!», resonaron los de «¡Viva la nación!».

Era preciso tomar la revancha, y se indujo al rey a bajar al patio real; pero ¡ay!, aquel pobre monarca, que no había tomado sus comidas, ni dormido sino una hora en vez de siete, y cuya naturaleza era del todo material, no tenía ya voluntad propia; era un autómatas que recibía impulso de una voluntad extraña.

¿Quién le comunicaba este impulso?

La reina, carácter nervioso, que no había comido ni bebido.

Hay seres desgraciadamente organizados, que cuando las

circunstancias son difíciles para ellos, obtienen mal éxito en todo cuanto emprenden. En vez de atraer a sí a los disidentes, Luis XVI, al acercarse a ellos, parecía ir expresamente para mostrar el poco prestigio que deja la monarquía caída en la frente del hombre, cuando este no posee el genio ni la fuerza.

Allí, cómo en las habitaciones, los realistas dieron algunos gritos de «¡Viva el rey!»; pero les contestó otro más ruidoso de «¡Viva la nación!».

Después, los realistas, como incurrieran en la torpeza de insistir, los patriotas gritaron:

—¡No, no; no hay más rey que la nación!

Y el rey, casi suplicante, les contestaba:

—Sí, hijos míos, la nación y vuestro rey no son, no serán nunca, más que uno.

—Traed al delfín —dijo en voz baja María Antonieta a *madame* Isabel—, tal vez les conmoverá la vista de un niño.

Se fue a buscar al delfín.

Entretanto el rey continuaba su triste revista, y entonces tuvo la mala idea de acercarse a los artilleros, incurriendo con esto en una falta, porque aquellos eran casi todos republicanos.

Si el rey hubiera sabido hablar,

haciendo que le escuchasen hombres que por sus convicciones se alejaban de él, esto habría indicado valor por su parte y podía tener buen resultado; pero ni en la palabra ni en el ademán de Luis XVI había nada que arrebatase. Limitóse a balbucir; los realistas quisieron disimular su vacilación con aquel malhadado grito de «¡Viva el rey!», que tan mal efecto había producido ya, y esta vez faltó poco para que diera lugar a un choque.

Algunos artilleros, abandonando su puesto, precipitáronse hacia el rey, amenazándole con el puño.

—¿Crees acaso —exclamaron— que

haremos fuego sobre nuestros hermanos, para defender a un traidor como tú?

La reina hizo retroceder al rey.

—¡El delfín —gritaron varias voces —, viva el delfín!

Nadie repitió este grito; el pobre niño no llegaba oportunamente y dejó de producir su efecto.

El rey se dirigió de nuevo a su habitación, y esto fue una verdadera retirada, casi una fuga.

Una vez en su aposento, Luis XVI se dejó caer sofocado en un sillón.

La reina, que se había quedado en la puerta, miraba en torno suyo buscando con los ojos alguna persona amiga,

algún apoyo.

Entonces vio a Charny en pie, apoyado en el umbral de la puerta de su habitación.

—¡Ah, caballero —le dijo acercándose a él—, todo se ha perdido!

—Mucho lo temo, señora —contestó Charny.

—¿Podemos huir aún?

—Ahora es demasiado tarde.

—Y ¿qué nos queda que hacer?

—¡Morir! —contestó Charny inclinándose.

La reina dejó escapar un suspiro y entró en su habitación.

Capítulo CLIII

DESDE LAS SEIS A LAS NUEVE DE LA MAÑANA

Apenas Mandat fue asesinado, el Ayuntamiento nombró a Santerre comandante general de la guardia nacional. Santerre mandó inmediatamente tocar generala y dio orden para echar a vuelo las campanas de las iglesias; en seguida organizó algunas patrullas de patriotas, a quienes

encargó avanzar hacia las Tullerías y despejar principalmente los alrededores de la Asamblea.

A las once de la noche se arrestó en los Campos Elíseos a un grupo de once personas armadas: diez con puñales y pistolas y una con un trabuco.

Estas once personas se dejaron prender sin oponer la menor resistencia, y fueron conducidas al cuerpo de guardia de los Fuldenses.

Durante la noche se prendieron once más, que fueron encerradas en dos cuartos separados.

Al amanecer, las once primeras lograron escaparse, saltando por una

ventana a un jardín cuyas puertas forzaron.

Las otras fueron desde entonces más vigiladas.

A las siete de la mañana fue conducido al patio de los Fuldenses un joven de veintinueve a treinta años, vestido de guardia nacional. Lo nuevo de su uniforme, hicieron sospechar que pertenecía a la aristocracia y ocasionaron su arresto. Aquel joven mostraba la mayor tranquilidad.

Un hombre llamado Bonjour, que había sido un antiguo empleado de marina, presidía en esta ocasión la sección de los Fuldenses.

Este interrogó al guardia nacional.

—¿Dónde se os ha arrestado?

—En el terrado de los Fuldenses —

contestó.

—¿Qué hacíais allí?

—Iba a palacio.

—¿Con qué objeto?

—De orden de la municipalidad.

—¿Qué prescribía esa orden?

—Que me informase y diese parte del estado de cosas al procurador general síndico del departamento.

—¿Tenéis la orden en vuestro poder?

—Hela aquí.

El joven sacó un papel del bolsillo.

El presidente lo desdobló y leyó:

*El guardia nacional
portador de esta orden
marchará a palacio, se
informará del estado de cosas, y
dará parte al señor procurador
general síndico del
departamento.*

BOIRE, LE ROULX, concejales.

A pesar de que la orden era positiva, se temía que las firmas fuesen falsificadas, y se comisionó a un hombre para que fuese a palacio y se cerciorase

de ellas.

La prisión de este joven ocasionó la reunión de muchas personas en el patio de los Fuldenses; en medio de esta multitud se oyeron algunas voces (no faltan jamás en las emociones populares) pidiendo la cabeza de los presos.

Un comisario de la municipalidad que se hallaba allí, comprendiendo que no era prudente el dejar que esos clamores tomasen crecimiento, se subió encima de una silla y arengó al pueblo, aconsejándole que se retirase.

Pero en el momento en que la multitud iba tal vez a ceder a la

influencia de estas humanitarias palabras, se vio volver al hombre que fue comisionado para cerciorarse de la realidad de las firmas, diciendo que estas eran, efectivamente, legítimas, y que se podía poner en libertad a *Suleau*, que era el portador de la orden en cuestión.

Este Suleau era la misma persona que hemos visto una noche en casa de *madame* de Lamballe, en donde Gilberto hizo para el rey un dibujo de la guillotina, y en donde María Antonieta reconoció esa singular máquina desconocida que Cagliostro la hizo ver en una redoma en el palacio de

Taverney.

Al oír el nombre de Suleau, una mujer que estaba en medio de la muchedumbre, levantó la cabeza y exhaló un grito de rabia.

—¡Suleau —exclamó—, el redactor de las *Actas de los Apóstoles*, uno de los asesinos de la independencia de Lieja, muera Suleau, entregádmelo!

El pueblo dejó pasar a esta mujer, que era muy pequeña y enfermiza, que estaba vestida de amazona, con los colores de la guardia nacional, y armada de un sable pendiente de un tahalí, acercóse al comisario, le obligó a bajar de la silla y ocupó su lugar.

Apenas se mostró, cuando la multitud exclamó:

—¡Theroigne!

En efecto; Theroigne era la mujer popular por excelencia; el 5 y el 6 de octubre, su prisión en Bruselas, su permanencia en las cárceles austríacas y su agresión del 20 de junio, habían sido causa de su popularidad: esta era tan grande, que Suleau le dio por amante, en su satírico periódico, al ciudadano *Populus*; es decir, al pueblo entero.

Esto encerraba una noble alusión a la popularidad de Theroigne, y a la libertad excesiva de costumbres que se le atribuía.

Además, Suleau había publicado en Bruselas el *Rebato de los Reyes*, que ayudó a la contrarrevolución de Lieja, y a poner a un noble pueblo, que quería ser libre y francés, bajo la influencia del bastón austríaco.

Theroigne se ocupaba entonces en escribir la relación de su arresto, de la cual había ya leído a los Jacobinos algunos capítulos.

Así es que, no sólo pidió la muerte de Suleau, sino la de las once personas presas con él.

Suleau, al oír el sonido de esta voz que, en medio de los aplausos pedía su muerte y la de sus compañeros, llamó a

través de la puerta al jefe del puesto que le guardaba.

Este puesto se componía de doscientos hombres de la guardia nacional.

—Déjame salir —exclamó—, yo diré quién soy; mi muerte salvará la vida a once personas.

La guardia rehusó abrir, como pretendía Suleau.

Este trató de saltar por una ventana; pero sus compañeros se lo impidieron.

Pues no creían que ellos fuesen entregados fríamente a sus asesinos.

Pero se equivocaron.

El presidente Bonjour, intimidado

por los gritos del pueblo, accedió a los deseos de Theroigne, prohibiendo a la guardia nacional que resistiese a los deseos populares. La guardia obedeció, y retirándose dejó libre el paso. El pueblo se precipitó en la prisión y se apoderó al acaso de la primera persona que se ofreció a su vista.

Esta persona era el abate Bouyon, autor dramático, conocido también por los epigramas del *Primo Santiago*, y por el *fiasco* que las tres cuartas partes de sus comedias obtuvieron en el teatro de la Montausier. Era un joven de estatura colosal; arrancado de los brazos del comisario de la municipalidad, el cual

trató de salvarle, fue llevado al patio, en donde sostuvo una lucha desesperada contra sus asesinos; aunque no tenía más armas que sus manos, puso fuera de combate a dos o tres de los miserables agresores.

Un bayonetazo le clavó en la pared y espiró, sin que sus últimos golpes alcanzasen a sus enemigos.

Durante esta lucha, dos presos lograron escaparse. El individuo que siguió a Bouyon fue un exguardia del rey, llamado Solminiac, el cual se defendió con igual energía que su compañero, aunque su muerte fue más cruel; Suleau fue la cuarta.

—Mira, allí tienes a Suleau —dijo una mujer a Theroigne.

Esta no le conocía personalmente y creía que era eclesiástico; por esta razón le llamaba el abate Suleau; arrojóse a él como un tigre y le cogió del cuello.

Suleau era joven, vigoroso y valiente, y de un puñetazo arrojó a Theroigne a diez pasos, se desembarazó de tres o cuatro asesinos, y arrancando a otro su sable puso a dos más fuera de combate.

El joven siguió una lucha encarnizada, y ganando siempre terreno y aproximándose a la salida, se deshizo tres veces de manos de sus agresores;

pero como se vio precisado a volverse para abrir la puerta, se halló sin defensa y su cuerpo fue atravesado por más de veinte sables.

Cayó a los pies de Theroigne, la cual tuvo el terrible placer de hacerle la última herida.

El pobre Suleau acababa de casarse con Adela Hall, hija de un célebre pintor.

Durante la lucha de esta última víctima, otro de los presos pudo igualmente huir.

El quinto que apareció, arrastrado por los asesinos, hizo exhalar a la multitud un grito de admiración: era un

antiguo guardia de corps del rey, llamado Du Vigier, al cual se le conocía por el nombre del hermoso Vigier; como su valor igualaba a la belleza y su fuerza a su valor, luchó más de un cuarto de hora, cayó y se levantó tres veces, regó el patio con su sangre y lo hizo regar con la suya a los asesinos. Cediendo al fin al número, como Suleau, sucumbió de igual manera.

Los otros cuatro, cuyos nombres se ignoran, murieron degollados.

Los nueve cadáveres fueron arrastrados hasta la plaza de Vendôme, en donde se les decapitó, y sus cabezas fueron paseadas en picas por todo París.

Aquella noche, un criado de Suleau compró a peso de oro la cabeza de su amo, y a fuerza de pesquisas logró hallar el cadáver; la esposa de Suleau, embarazada de dos meses, mandó buscar esos restos preciosos para darles sepultura.

Así, aun antes de empezar la lucha, había ya corrido sangre en dos puntos diferentes; es decir, en las escaleras de la casa de la ciudad y en el patio de los Fuldenses.

Vamos a verla correr bien pronto en las Tullerías. Con la lluvia se forma el arroyo, con el arroyo el río.

En el momento en que se llevaban a

cabo estos asesinatos, es decir, entre ocho y nueve de la mañana, diez u once mil guardias nacionales reunidos por el toque de rebato de Barbaroux y por la generala de Santerre, bajaban por la calle de San Antonio, atravesaban la famosa arcada de San Juan, que tan bien defendida estuvo la noche anterior, y desembocaban en la plaza de Greve. Estos diez mil hombres venían a exigir la orden de marchar contra las Tullerías.

Pero se les hizo aguardar una hora.

Dos versiones corrían entre la multitud:

La una era que se esperaban concesiones de palacio.

La otra que el arrabal de San Marcial no había llegado, y que no se debía emprender la marcha sin él.

Casi mil hombres armados de picas, se impacientaron; los que están peor armados son siempre los más fogosos.

Estos mil hombres rompieron la fila de la guardia nacional, diciendo que no la necesitaban y que marcharían y tomarían solos el palacio.

Algunos federados marseleses y diez o doce guardias franceses del mismo cuerpo que tres años antes tomó la Bastilla, se pusieron a la cabeza y fueron aclamados jefes.

Esta fue la vanguardia de la

insurrección.

Sin embargo, el ayudante de campo que presencié el asesinato de Mandat, volvió a galope a las Tullerías y llegó en el mismo momento en que el rey, después de la malhadada revista en el patio, se retiraba a su cuarto y la reina al suyo.

María Antonieta experimentó lo que se experimenta cuando se nos anuncia la muerte de una persona de quien acabamos de separarnos: no lo creyó, e hizo que le repitieran la noticia con todos sus pormenores.

Durante este tiempo se empezó a oír ruido desde el interior del palacio.

Los gendarmes, los guardias nacionales y los artilleros patriotas, los mismos que antes habían gritado: «¡Viva la nación!», empezaron a provocar a los realistas, llamándoles *señores granaderos reales* y diciendo que sólo eran hombres vendidos a la corte. Como aún se ignoraba abajo la muerte del comandante general, la cual se sabía ya en el piso principal, un granadero exclamó en voz alta:

—Ese bribón de Mandat sólo ha enviado aristócratas al palacio.

El hijo mayor de Mandat estaba en las filas de la guardia nacional. Ya hemos visto lo que fue del hijo pequeño,

el cual trató en vano de defender a su padre en las escaleras de la casa de la ciudad.

Al oír aquel insulto hecho a su padre ausente, el mayor de los hijos salió de la fila con el sable levantado.

Tres o cuatro artilleros salieron a su encuentro.

Pero Weber, ayuda de cámara de la reina, que estaba entre los granaderos vestido de guardia nacional, salió a su defensa.

En aquel momento se oyó el ruido de las armas; el choque entre los partidos empezaba. María Antonieta, que oyó el alboroto, se asomó a la ventana y

reconoció a Weber. Inmediatamente llamó a Thierry, ayuda de cámara del rey, y le mandó que fuese a buscar a su hermano de leche.

Weber subió y dio a la reina parte detallado de todo.

María Antonieta le anunció la muerte de Mandat.

El ruido continuaba debajo de las ventanas.

—Weber, ve a ver lo que pasa —dijo la reina.

—Lo que pasa, señora, es que los artilleros, al abandonar sus piezas, están clavando e inutilizando los cañones.

—¿Qué opinas de todo eso, mi

pobre Weber?

—Opino —dijo el buen alemán— que Vuestra Majestad debería consultar al señor Roederer, a quien juzgo uno de los más fieles que están en palacio.

—Bien, pero ¿en dónde podré hablarle sin ser vista ni espiada?

—En mi cuarto, señora, si Vuestra Majestad lo desea —dijo el ayuda de Cámara Thierry.

—Bueno —contestó la reina.

Y volviéndose en seguida a su hermano de leche, dijo:

—Ve a buscar al señor Roederer, y llévale al cuarto de Thierry.

Y mientras que Weber salía por una

puerta, la reina salió por otra detrás de Thierry.

En aquel instante daban las nueve en el reloj de palacio.

Capítulo CLIV

DESDE LAS NUEVE A MEDIODÍA

Cuando se toca un punto de la historia tan importante como aquel a que hemos llegado, no se debe omitir ningún detalle, puesto que el uno se relaciona con el otro, y que la unión exacta de todos ellos forma la longitud y anchura de ese sabio tejido que se desarrolla a los ojos del porvenir entre las manos del

pasado.

En el momento en que Weber iba a decir al síndico de la municipalidad que la reina deseaba hablarle, el capitán suizo Durler subía a la habitación del rey para pedirle, a él o al mayor general, las últimas instrucciones.

Charny vio al buen capitán buscando algún ujier o ayuda de cámara que le introdujera hasta la habitación del rey.

—¿Qué deseáis, capitán? —le preguntó.

—¿No sois el mayor general?

—Sí, capitán.

—Vengo a pedir las últimas instrucciones, caballero, porque la

cabeza de columna de los insurrectos se comienza a ver ya en el Carrousel.

—Se os recomienda que no os dejéis dominar, caballero, pues el rey está resuelto a morir en medio de nosotros.

—No tengáis cuidado, señor mayor —contestó sencillamente el capitán Durler.

Y fue a llevar a sus compañeros esta orden, que era su sentencia de muerte.

—En efecto; como lo había dicho el capitán Durler, la vanguardia de los insurrectos comenzaba a dejarse ver.

Eran aquellos mil hombres armados de picas, a la cabeza de los cuales iban una veintena de marseleses y doce o

catorce guardias franceses, en cuyas filas brillaban las charreteras de oro de un capitán joven. Era Pitou, quien, recomendado por Billot, estaba encargado de una importante misión que ahora le veremos cumplir.

Detrás de aquella vanguardia venían, a la distancia de medio cuarto de legua, poco más o menos, un cuerpo considerable de guardias nacionales y federados, precedidos de una batería de doce cañones.

Cuando la orden del mayor general les fue comunicada, los suizos se alinearon silenciosa y resueltamente en sus puestos, guardando todos ese

sombrío silencio del valor.

Los guardias nacionales, menos severamente disciplinados, adoptaron sus disposiciones con más ruido y desorden, pero no con menos resolución.

Los caballeros, mal organizados, sin tener más que armas de corto alcance, espadas o pistolas, y sabiendo que esta vez se trataba de un combate a muerte, vieron acercarse con embriaguez febril el momento en que se iban a encontrar en contacto con el pueblo, aquel antiguo adversario, aquel eterno atleta y luchador siempre dominado, que sin embargo iba siendo más temible desde hacía ocho siglos.

Mientras que los sitiados, o los que iban a serlo, adoptaban estas disposiciones, llamaban a la puerta del patio real y se oyeron varias voces que gritaban: «¡Parlamentario!», en tanto que se hacía flotar sobre la pared un pañuelo blanco sujeto en la punta de una pica.

Se fue a buscar a Roederer, a quien se encontró a medio camino.

—Llaman a la puerta real, caballero
—le dijeron.

—He oído los golpes y ya voy.

—¿Qué se ha de hacer?

—Abrir.

La orden fue transmitida al conserje, que abrió la puerta, huyendo después a

todo correr.

Roederer se vio frente a la vanguardia de los hombres armados de picas.

—Amigos míos —dijo Roederer— habéis pedido que abra la puerta a un parlamentario, y no a un ejército. ¿Dónde está ese parlamentario?

—Heme aquí, caballero —contestó Pitou con su dulce voz y su benévola sonrisa.

—¿Quién sois?

—Soy el capitán Ángel Pitou, jefe de los federados de Haramont.

Roederer no sabía quiénes eran los federados de Haramont; pero como el

tiempo urgía, no juzgó oportuno preguntarlo.

—¿Qué deseáis? —replicó.

—El paso libre para mí y mis amigos.

Los amigos de Pitou, todos ellos andrajosos, blandiendo sus picas y abriendo mucho los ojos, parecían hombres muy peligrosos.

—Y ¿para qué deseáis el paso?

—Para ir a bloquear la Asamblea... Traemos doce cañones; pero ninguno hará fuego si se accede a lo que deseamos.

—Y ¿qué deseáis?

La destitución del rey.

—Amigo mío —repuso Roederer—, la cosa es grave.

—Sí, muy grave, caballero —contestó Pitou con su acostumbrada cortesía.

—Y vale la pena deliberar.

—Es muy justo —contestó Pitou.

Y mirando el reloj del palacio, añadió:

—Son las diez menos cuarto; os daremos un plazo hasta las diez, y si a esta hora no hemos recibido contestación, atacaremos.

—Entretanto permitiréis que se cierre la puerta, ¿no es verdad?

—Sin duda.

Y dirigiéndose a sus acólitos, Pitou les dijo:

—Amigos míos, permitid que se cierre la puerta.

Al pronunciar estas palabras hizo una seña a los hombres que más se habían adelantado para que retrocedieran.

Obedecieron y la puerta se cerró sin dificultad.

Pero gracias a la puerta abierta un instante, los sitiadores pudieron juzgar de los formidables preparativos que se habían hecho para recibirles.

Cerrada la puerta, algunos hombres de Pitou quisieron seguir parlamentando.

Varios de ellos, colocándose sobre los hombros de sus compañeros montaron en la pared, y así pudieron hablar con la guardia nacional, que no se negó a ello.

De este modo transcurrió el cuarto de hora.

Entonces un hombre llegó del palacio y dio orden de abrir la puerta.

Esta vez el conserje estaba acurrucado en su caseta, y los guardias nacionales levantaron las barras.

Los sitiadores, creyendo que se accedía a su demanda, entraron apenas se abrió la puerta, como hombres que han esperado largo tiempo y que

poderosas manos empujan por detrás; y poniendo sus sombreros en las puntas de las picas y de los sables, comenzaron a llamar a los suizos, gritando: «¡Viva la nación, viva la guardia nacional, vivan los suizos!».

Los guardias nacionales contestaron a los gritos de «¡Viva la nación!».

Los suizos guardaron un profundo silencio.

Los sitiadores avanzaron hasta que estuvieron junto a las bocas de los cañones, y entonces pasearon la mirada a su alrededor.

El gran vestíbulo estaba lleno de suizos, y en cada peldaño de la escalera

había además una fila: de modo que seis podían hacer fuego a la vez.

Algunos de los insurrectos comenzaron a reflexionar, y entre ellos Pitou; mas ya era demasiado tarde para esto.

Por lo demás, esto es lo que sucede siempre en semejante circunstancia a ese valeroso pueblo, cuyo carácter principal consiste en ser niño; es decir, tan pronto bueno como cruel.

Al ver el peligro no tuvo un instante la idea de huir, sino que trató de alejarle, chanceándose con los guardias nacionales y los suizos.

A los guardias no les desagradaba

esto; pero los suizos conservaron su seriedad, pues cinco minutos antes de la aparición de la vanguardia insurrecta, he aquí lo que había sucedido:

Como ya referimos antes en el capítulo anterior, los guardias nacionales patriotas se habían separado de los realistas a causa de la cuestión surgida con motivo de Mandat, y al separarse de sus conciudadanos se habían despedido también de los suizos, cuyo valor apreciaban y compadecían, añadiendo que recibirían en sus casas como hermanos a los que quisieran seguirles.

Entonces, dos individuos del cantón

de Vaud, contestando al llamamiento, hecho en su lengua, salieron de sus filas para abrazar a los franceses, es decir, a sus verdaderos compatriotas.

Pero en el mismo instante dos tiros de fusil partieron de las ventanas del palacio, y dos balas alcanzaron a los dos desertores en los mismos brazos de sus nuevos amigos.

Los oficiales suizos, excelentes tiradores, acostumbrados a cazar las gamuzas, habían hallado este medio de impedir la deserción.

Como se comprenderá, esto bastó también para que los otros suizos se mantuvieran firmes y mudos.

En cuanto a los hombres que acababan de ser introducidos en el patio, armados de pistolas y fusiles viejos y de picas nuevas, es decir, peor armados que si no llevasen nada, eran esos extraños precursores de la revolución, como los que hemos visto a la cabeza de los grandes motines y que acuden riéndose para abrir el abismo donde se hundirá un trono, y a veces hasta una monarquía.

Los artilleros se habían acercado a ellos; la guardia nacional parecía dispuesta a seguir el ejemplo, y se quiso inducir a los suizos a imitarles.

No echaban de ver que el tiempo

pasaba, que su jefe, Pitou, había dado de plazo al señor Roederer hasta las diez, y que ya eran las diez y cuarto.

Se divertían, y, de consiguiente, ¿por qué habían de contar minutos?

Uno de ellos llevaba, no una pica, no un fusil, ni un sable, sino una especie de pértiga para bajar las ramas de los árboles, es decir, una percha de gancho.

Y dijo a su vecino:

—¿Y si yo pescara un suizo?

—¡Péscale! —contestó un

compañero.

Nuestro hombre enganchó a un suizo por su colete, atrayéndole hacia sí.

El suizo no resistió más que lo

preciso para demostrar que se resistía.

—¡Ya pica! —dijo el pescador.

—Pues entonces, procede con dulzura —contestó el otro.

El hombre de la pértiga lo hizo así, y el suizo pasó desde el vestíbulo al patio como un pez pasa desde el río a la orilla.

Entonces resonaron aclamaciones y ruidosas carcajadas.

—¡Otro, otro! —gritaron por todas partes.

El pescador fijó la vista en un suizo, y le enganchó como al primero.

Después del segundo paso el tercero, el cuarto y luego el quinto.

Todo el regimiento hubiera pasado si no hubiese resonado una palabra:

—*¡Apunten!*...

Al ver inclinarse los fusiles con el ruido regular y la precisión mecánica que acompañan a este movimiento en las tropas regulares —siempre hay en semejante caso algún insensato que da la señal de la matanza—, uno de los sitiadores, decimos, disparó un pistoletazo contra una de las ventanas del palacio.

Durante el corto intervalo que en el mando separa la palabra *¡Apunten!*, de la palabra *¡Fuego!*, Pitou comprendió todo lo que iba a suceder.

—¡Todos boca abajo, o sois muertos! —gritó a sus hombres.

Y uniendo el ejemplo al precepto, se tiró al suelo. Mas antes de que hubiese habido tiempo de cumplir con su recomendación, la palabra ¡*Fuego!*, resonó en el vestíbulo, que se llenó de ruido y de humo bajo una granizada de balas.

La compacta masa, la mitad de la columna tal vez, onduló como las espigas de un campo doblegadas por el viento, y como cortada por la hoz, vaciló y cayó.

Apenas quedaban vivos una tercera parte de los que la componían.

Estos últimos huyeron, pasando bajo el fuego de las dos líneas, que disparaban a boca de jarro.

Los tiradores se hubieran matado unos a otros, a no tener entre ellos tan gruesa cortina de hombres.

Esta última se desgarró en pedazos; cuatrocientos individuos quedaron tendidos en tierra; trescientos de ellos muertos e inmóviles.

Los otros ciento, heridos más o menos mortalmente, quejándose, tratando de levantarse y volviendo a caer, comunicaban a ciertos sitios de aquel campo de cadáveres una movilidad semejante a la de la hora que

espira, movilidad espantosa de ver.

Después, poco a poco, todo se doblgó, y fuera de algunos que se obstinaban en vivir, no hubo más movimiento.

Los fugitivos se diseminaron por el Carrousel, desbordándose por un lado en los muelles y por el otro en la calle de San Honorato, a los gritos de: «¡Nos asesinan, nos asesinan!».

En el puente Nuevo encontraron el grueso del ejército al mando de dos hombres, seguidos de otro que iba a pie, y que, a pesar de esto, parecía tener parte en el mando.

—¡Ah! —gritaron los fugitivos

reconociendo en uno de aquellos dos jinetes al cervecero del arrabal de San Antonio, notable por su colosal estatura, y a quien servía de pedestal un enorme caballo blanco—, ¡ah, señor Santerre, a nosotros! ¡Se asesina a nuestros hermanos!

—¿Quién? —preguntó Santerre.

—¡Los suizos! *¡Han hecho fuego contra nosotros a boca de jarro!*

Santerre se volvió hacia el segundo jinete:

—¿Qué pensáis de eso, caballero? —preguntó.

—A fe mía —contestó con acento alemán muy pronunciado el segundo

jinete, que era un hombrecillo rubio con la cabeza rapada, pienso que un proverbio militar dice: «El soldado debe ir a donde se oye ruido de fusilería o de cañón». Vamos allí donde resuena.

—Pero —dijo el hombre que iba a pie a uno de los fugitivos—, vosotros ibais con un joven oficial, y no le veo...

—Ha caído el primero, ciudadano representante, y es una desgracia, porque era un intrépido joven.

—¡Sí, un intrépido joven —contestó aquel a quien se había dado el título de representante, palideciendo ligeramente—, sí que era un intrépido, y por lo mismo se le vengará valerosamente!

—¡Adelante, señor Santerre!

—Creo, amigo Billot —contestó aquel—, que en tan grave asunto es preciso llamar en nuestro auxilio, no solamente el valor, sino también la experiencia.

—¡Sea!

—Por lo tanto, propongo que se confíe el mando en jefe al ciudadano Westermann, que es un verdadero general y amigo del ciudadano Danton; yo le obedeceré como si fuese simple soldado.

—Todo cuanto queráis —contestó Billot—, con tal que marchemos sin perder un instante.

—¿Aceptáis el mando, ciudadano Westermann? —preguntó Santerre.

—Acepto —contestó lacónicamente el prusiano.

—En tal caso, dad vuestras órdenes.

—¡Adelante! —gritó Westermann.

Y la inmensa columna detenida un momento, continuó su marcha.

En el instante en que su vanguardia penetraba a la vez en el Carrousel por los postigos de la calle de la Escala y los de los muelles, daban las once en el reloj de las Tullerías.

Capítulo CLV

DESDE LAS NUEVE A MEDIODÍA

Al entrar en palacio, Roederer encontró al ayuda de cámara, que le buscaba de parte de la reina, cuando él preguntaba por ella también, sabiendo que en aquel instante era la verdadera fuerza del palacio.

Se alegró, por lo tanto, al saber que le esperaba en sitio retirado, donde

podría hablarle a solas sin que le interrumpiesen.

Y subió detrás de Weber.

La reina estaba sentada junto a la chimenea, vuelta de espaldas a la ventana.

Al oír el ruido de la puerta, volvióse con viveza:

—¿Qué decís, caballero? — preguntó la reina sin precisar su interrogación.

—¿Vuestra Majestad me ha hecho el honor de mandarme a llamar? — contestó Roederer.

—Sí; sois una de las primeras autoridades de la ciudad; vuestra

presencia en palacio es una salvaguardia, y deseo saber de vos lo que podemos esperar o temer.

—Esperar, poco, señora; temerlo, todo.

—¿Marcha el pueblo sobre palacio?

—La vanguardia está en el Carrousel y parlamenta con los suizos.

—¿Parlamenta?, pues yo había dado orden a los suizos de que rechazasen la fuerza con la fuerza. ¿Estarán, por ventura, dispuestos a desobedecer, caballero?

—No, señora; los suizos morirán en sus puestos.

—Y nosotros en el nuestro; así como

los suizos son soldados al servicio del rey, los reyes son soldados al servicio de la monarquía.

Roederer guardó silencio.

—¿Tendré la desgracia de que mi opinión no sea la vuestra? —preguntó la reina.

—Señora —dijo Roederer, yo no tendré opinión sino en el caso en que Vuestra Majestad se digne preguntármela.

—Os la pregunto, señor.

—Voy a decíroslo, señora, con la franqueza que da el convencimiento. Mi parecer es que el rey está perdido si permanece en las Tullerías.

—Y ¿adónde iremos si no permanecemos aquí? —exclamó la reina, levantándose asustada.

—A la hora que es, sólo hay un asilo que pueda proteger a la familia real.

—¿Cuál es?

—La Asamblea nacional.

—¿Cómo decís, caballero? —preguntó la reina, acompañando su interrogación con la expresión de ojos natural en la persona que no ha comprendido bien.

—La Asamblea nacional —repitió Roederer.

—Y ¿creéis, caballero, que deba pedir yo algo a esa gente?

Roederer no contestó.

—Enemigos por enemigos —
continuó la reina—, prefiero esos que
nos atacan de frente y a la luz del sol, a
los otros que quieren destruirlo todo por
la espalda y en la oscuridad.

—Entonces, señora, decida Vuestra
Majestad: o marchar de frente contra el
pueblo, o retirarse hacia la Asamblea.

—¡Retirarse!, ¿estamos tan faltos de
defensores, que sea necesario retirarnos
sin haber roto el fuego?

—¿Quiere Vuestra Majestad, antes
de tomar una resolución, oír el informe
de un hombre competente y conocer las
fuerzas de que puede disponer?

—Weber, ve a buscar uno de los oficiales de palacio: el señor Maillardoz, o el señor La Chesnaye, o...

Iba a decir «el conde de Charny», pero se detuvo.

Weber salió.

—Si Vuestra Majestad quisiera acercarse a la ventana, podría juzgar por sí misma.

La reina dio con visible repugnancia algunos pasos hacia la ventana, alzó la cortina y vio el Carrousel, y aun el patio de palacio, llenos de hombres con picas.

—¡Dios mío! ¿Qué hacen ahí esos hombres?

—Ya lo he dicho a Vuestra

Majestad, parlamentan.

—Pero han entrado hasta el patio.

—He creído deber ganar tiempo, a fin de poder dar a Vuestra Majestad espacio para tomar una determinación.

En este momento se abrió la puerta.

—¡Venid, venid! —exclamó la reina, sin saber a quién se dirigía.

Charny entró.

—Aquí estoy, señora.

—¡Ah!, ¿estáis aquí?, entonces nada tengo que preguntaros, pues hace un momento nos habéis dicho lo que nos quedaba que hacer.

—Y según el caballero —dijo Roederer, sólo queda...

—¡Morir! —concluyó la reina.

—Ya ve Vuestra Majestad que lo que le propongo es preferible.

—¡Oh!, por mi salvación que no lo sé —exclamó María Antonieta.

—¿Qué propone el señor Roederer? —dijo Charny.

—Conducir al rey a la Asamblea.

—Eso no es la muerte —dijo Charny —, pero es la vergüenza.

—¿Oís, caballero? —añadió la reina.

—¿No podría tomarse un partido medio? —exclamó Roederer.

Weber se adelantó.

—Bien sé que es mucha osadía en

mí tomar la palabra, siendo persona de ninguna importancia; pero acaso mi lealtad me inspira. Si se pidiese a la Asamblea que enviase una diputación para velar por la seguridad de Sus Majestades...

—Consiento en eso —dijo la reina—. Si aprobáis esta proposición, señor de Charny, hacedme el favor de transmitirla al rey.

Charny se inclinó y salió.

—Sigue al conde, Weber, e infórmame de lo que Su Majestad contesta.

La presencia de Charny, frío, grave, decidido, era un reproche tan terrible, si

no para la reina, para la mujer al menos, que María Antonieta no podía ver al conde sin estremecerse.

Además, acaso tenía algún presentimiento de lo que iba a suceder.

Weber entró.

—Su Majestad acepta, señora —dijo—, y los señores Champion y Dejoly van en este instante a la Asamblea para hacer la petición.

—Mirad, mirad —dijo la reina.

—¿Qué, señora? —preguntó Roederer.

—¿Qué hacen esos hombres?

Los sitiadores estaban ocupados en la pesca de los suizos.

Roederer miró; pero antes de que tuviera tiempo de formar una idea de lo que sucedía, sonó un pistoletazo, al cual siguió la terrible descarga.

El palacio tembló conmovido hasta en sus cimientos.

La reina lanzó un grito y retrocedió; pero arrastrada por la curiosidad, volvió a la ventana.

—¡Oh, mirad, mirad! —exclamó, lanzando por los ojos llamaradas de júbilo—, ¡huyen, están derrotados! ¿Decíais, señor Roederer, que no teníamos otro recurso que la Asamblea?

—¿Quiere Vuestra Majestad concederme la gracia de seguirme?

—¡Mirad, mirad! —continuó la reina, los suizos hacen unas salidas y los persiguen. ¡Oh!, ¡el Carrousel queda despejado! ¡Victoria, victoria!

—Por piedad, señora, ¿quiere Vuestra Majestad seguirme?

La reina volvió en sí y siguió al síndico.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Roederer al primer ayuda de cámara que encontró.

—Su Majestad está en la galería del Louvre —contestó este.

—Allí es donde yo quería conducir a Vuestra Majestad —añadió Roederer.

La reina lo siguió sin sospechar la

intención de su guía.

La galería estaba obstruida en la mitad de su largo y cortada en un tercio de su anchura; doscientos o trescientos hombres la defendían y podían entrar en el Louvre por una especie de puente volante que, empujado con el pie por el último que lo pasase, caía desde el piso principal al bajo.

El rey estaba asomado a una de las ventanas con el señor de La Chesnaye, el señor Maillardoz y cinco o seis gentilhombres.

Tenía en la mano un anteojo.

La reina se acercó al balcón y no hubo menester del aparato óptico para

ver lo que pasaba.

El ejército de los insurrectos se acercaba; era numeroso, compacto, cubría toda la extensión de los malecones y se perdía de vista en lontananza.

El puente Nuevo era el punto en que se tocaban el arrabal de San Antonio y el de San Marcial.

Todas las campanas de París tocaban incesantemente a rebato, y la grande de Nuestra Señora dominaba con su ronco tañido todas las vibraciones de metal.

Un sol ardiente reflejaba mil chispas sobre los fusiles y los hierros de las lanzas.

Y a lo lejos, semejante al lejano bramido de una tormenta, oíase el rodar de los cañones.

—¿Qué le parece a Vuestra Majestad, señora? —preguntó Roederer.

Un grupo de personas se había agrupado detrás del rey.

María Antonieta dirigió a todos aquellos leales una mirada penetrante, que parecía buscar en el fondo de sus corazones la adhesión y el amor que en ellos quedara.

Luego, ¡pobre mujer!, no sabiendo a quién dirigirse, no hallando una frase que formular, tomó a su hijo, y muda de estupor lo mostró a los oficiales suizos,

a los de la guardia nacional y a los caballeros que la rodeaban.

No era ya la reina que pedía un trono para su heredero; sino la madre que, en medio de un incendio, grita: «¡Mi hijo... mi hijo!... ¿Quién salvará a mi hijo?».

Entre tanto, el rey hablaba en voz baja con el síndico municipal, o más bien, Roederer le repetía lo que hacía dicho a la reina.

Dos grupos muy diferentes se habían formado en torno de los dos augustos personajes: el grupo del rey, frío, grave, compuesto de consejeros que parecían aprobar la opinión de Roederer, y el grupo de la reina, ardiente, entusiasta,

numeroso, compuesto de jóvenes militares, que agitando sus sombreros desenvainaban las espadas, extendían las manos sobre el delfín y besaban de rodillas el vestido de la reina, jurando morir por el uno y por la otra.

En aquel entusiasmo, la reina tuvo un poco de esperanza.

En aquel instante el grupo del rey se reunió con el de la reina, y Luis XVI, mostrando su impasibilidad ordinaria se encontró en el centro de los dos. Aquella impasibilidad era tal vez valor.

La reina cogió dos pistolas del cinto del señor de Maillardoz, comandante de los suizos.

—¡Vamos, caballero —dijo—, he aquí el momento de mostraros o de perecer en medio de nuestros amigos!

Aquel movimiento de la reina hizo llegar el entusiasmo a su colmo, y cada cual esperaba, ansioso y con la boca abierta, la contestación del rey.

Un soberano joven, apuesto, intrépido, que con los ojos brillantes y los labios temblorosos se hubiese precipitado en medio del combate con aquellas dos pistolas en las manos, habría atraído tal vez a sí la buena suerte, y por eso todos esperaban.

Pero el rey cogió las pistolas de manos de la reina y volvió a ponerlas en

manos de Maillardoz.

Después, volviéndose hacia el síndico del Ayuntamiento, le preguntó:

—¿Decís, caballero, que debo ir a la Asamblea?

—Señor —contestó Roederer inclinándose—, tal es mi parecer.

—Vamos, señores —dijo el rey—, nada más hay que hacer aquí.

La reina exhaló un suspiro, cogió al delfín en brazos, y dirigiéndose a la princesa de Lamballe y a la señora de Tourzel, les dijo:

—¡Venid, señoras, puesto que el rey lo quiere así!

Era decir a todos los demás: «¡Os

abandono!»).

La señora Campan esperaba a la reina en el corredor por donde debía pasar.

María Antonieta la vio.

—Esperadme en mi habitación —la dijo—; vendré a reunirme con vos, u os enviaré a buscar para ir... Dios sabe dónde.

Después, inclinándose hacia la señora Campan, añadió en voz baja:

—¡Oh!, daremos una vuelta por la orilla del mar.

Los caballeros abandonados se miraban unos a otros y parecían decirse: «¿Hemos venido aquí a buscar la muerte

por este rey?».».

El señor de la Chesnaye comprendió esta muda pregunta.

—No, señores —contestó—, es por la monarquía.

En cuanto a las desgraciadas mujeres, y había muchas, algunas que estaban ausentes del palacio habían hecho esfuerzos inauditos para entrar; pero todas estaban aterradas.

Parecían estatuas de mármol de pie en los ángulos de los corredores y a lo largo de las escaleras.

Por fin el rey se dignó pensar en aquellos a quienes se abandonaba.

Al pie de la escalera se detuvo.

—Pero ¿qué será de todas las personas que he dejado allí arriba?

—Señor —contestó Roederer—, nada les será tan fácil como seguiros, pues llevan el traje de calle y pasarán por el jardín.

—¡Es verdad —dijo el rey—, vamos!

—¡Ah!, señor de Charny —dijo la reina al ver al conde, que esperaba en la puerta del jardín con la espada desnuda —, ¿por qué no os escucharía anteayer, cuando me aconsejabais huir?

El conde no contestó, y acercándose al rey le dijo:

—Señor, ¿tendréis a bien ponerlos mi

sombrero y darme el vuestro, que podría ser reconocido?

—¡Ah!, tenéis razón —contestó el rey—, le conocerían a causa de la pluma blanca... Gracias, caballero.

Y tomó el sombrero de Charny, dándole el suyo.

—Caballero —dijo la reina—, ¿hay algún peligro para el rey en esa travesía?

—Bien veis, señora, que si ese peligro existe, hago cuanto puedo para alejarle de aquel a quien amenaza.

—Señor —preguntó el capitán suizo encargado de proteger el paso del rey a través del jardín—. ¿Vuestra Majestad

está dispuesto?

—Sí —contestó el rey—, encasquetándose el sombrero de Charny.

—¡Pues entonces, salgamos!

El rey avanzó en medio de dos filas de suizos que iban a su paso.

De pronto se oyeron ruidosos gritos a la derecha.

La puerta que daba a las Tullerías, junto al café de Flora, había sido forzada; una multitud de pueblo, sabiendo que el rey iba a la Asamblea, se precipitaba en el jardín.

Un hombre que parecía conducir toda aquella gente, llevaba por estandarte una cabeza en la punta de una

pica.

El capitán mandó hacer alto y preparar las armas.

—Señor de Charny —dijo la reina —, si me veis a punto de caer en manos de esos miserables, me mataréis, ¿no es verdad?

—No puedo prometeros eso, señora —contestó Charny.

—Y ¿por qué? —preguntó la reina.

—Porque antes que una sola mano os toque, yo habré muerto.

—¡Toma! —dijo el rey—, esa es la cabeza del pobre señor Mandat; la reconozco.

Aquella cuadrilla de asesinos no osó

acercarse; pero agobió de injurias al rey y a la reina.

Resonaron cinco o seis tiros; un suizo cayó muerto y otro herido.

El capitán mandó apuntar y sus hombres obedecieron.

—¡No tiréis, caballero! —exclamó Charny—, pues de lo contrario, ni uno sólo de nosotros llegará vivo a la Asamblea.

—Es verdad, caballero —contestó el capitán—. ¡Arma al brazo!

Los soldados obedecieron y se continuó la marcha, cortando diagonalmente el jardín.

Los primeros calores del año habían

comunicado un color amarillento a los castaños, y aunque se estuviese solamente en los primeros días de agosto, la hojarasca cubría el suelo.

El delfín se entretenía en empujarla bajo los pies de su hermana.

—Pronto caen las hojas este año —dijo el rey.

—¿No ha escrito uno de esos hombres —preguntó la reina—, «que la monarquía no durará hasta la caída de las hojas?».

—Sí, señora —contestó Charny.

—Y ¿cómo se llama ese hábil profeta?

—Manuel.

Sin embargo, un nuevo obstáculo se presentaba al paso de la familia real: era un grupo considerable de hombres y mujeres que esperaban, con ademanes amenazadores y agitando armas, en la escalera y el terrado que precisaba atravesar para dirigirse desde el jardín de las Tullerías al Picadero.

El peligro era tanto más verdadero cuanto que los suizos no podían conservar sus filas.

El capitán trató, no obstante, de hacerlos atravesar entre la multitud; pero era tal el coraje de esta, que Roederer exclamó:

—¡Cuidado, señor capitán, ved que

matarán al rey!

Se hizo alto, y un mensajero fue a dar aviso a la Asamblea de que el rey iba a pedir refugio.

La Asamblea envió una diputación; pero la presencia de esta redobló las iras de la multitud.

Y oyéronse gritos furiosos que decían:

—¡Abajo el *Veto*, abajo la austríaca!
¡La destitución o la muerte!

Los dos niños, comprendiendo que su madre era la que estaba principalmente amenazada, se oprimían contra ella.

El pequeño delfín preguntaba.

—Señor de Charny, ¿por qué toda esa gente quiere matar a mamá?

Un hombre de estatura colosal, armado de una pica, y que gritaba más alto que todos sus compañeros, se esforzaba para herir con su arma tan pronto a la reina como al rey.

La escolta suiza había sido separada poco a poco, de modo que la familia real no tenía en torno suyo más que los seis caballeros que habían salido con ella de las Tullerías, el señor de Charny y la comisión de la Asamblea que había venido a buscarla.

No faltaba que recorrer más que unos treinta pasos en medio de aquella

compacta multitud.

Era evidente que se atentaba contra la vida del rey y la de la reina.

Al pie de la escalera comenzó la lucha.

—Señor —dijo Roederer a Charny—, envainad vuestro acero, o no respondo de nada.

Charny obedeció sin pronunciar palabra.

El grupo real fue levantado por la multitud lo mismo que las olas levantan una barca en la tempestad, y así se les condujo hacia la Asamblea. El rey se vio obligado a rechazar a un hombre que le había puesto el puño delante del

rostro, y el pequeño delfín, casi sofocado, extendía los brazos como pidiendo auxilio.

Un hombre se precipitó, cogióle y le arrancó de las manos de su madre.

—¡Señor de Charny, mi hijo —gritó—, en nombre del cielo, salvad a mi hijo!

Charny dio algunos pasos hacia el hombre que se llevaba el niño; mas apenas se hubo separado de la reina, dos o tres brazos se alargaron hacia ella, y una mano cogió la manteleta que cubría su pecho.

María Antonieta profirió un grito.

Charny olvidó la recomendación de

Roederer, y su espada desapareció completamente en el cuerpo del hombre que había osado tocar a la reina.

La multitud gritó furiosa al ver caer uno de los suyos, y precipitóse con más violencia sobre el grupo.

Las mujeres gritaban:

—¡Pero matad a la austríaca; dádnosla para que acabemos con ella! ¡A muerte, a muerte!

Y veinte brazos se extendieron para cogerla.

Pero la reina, loca de dolor, sin cuidarse ya de su propio peligro, no dejaba de gritar:

—¡Mi hijo, mi hijo!

Se llegaba casi al umbral del edificio de la Asamblea, y la multitud hizo el último esfuerzo, comprendiendo que la presa se le escapaba.

Charny estaba tan oprimido, que ya no podía manejar su espada.

Entre todos aquellos puños amenazadores vio una mano armada de una pistola que buscaba a la reina.

Entonces soltó su espada, cogió con ambas manos el arma de fuego, arrancóse la al que la tenía, y la descargó en medio del pecho del enemigo más próximo.

El hombre cayó sin vida.

Charny se inclinó para recoger su

espada; pero ya estaba en manos de un hombre del pueblo, que se esforzaba para herir a la reina.

Charny se precipitó sobre el asesino.

En aquel momento la reina entraba detrás del rey en el vestíbulo de la Asamblea. ¡Se había salvado!

No obstante, detrás de ella se cerraba la puerta, y cerca del umbral, Charny caía herido a su vez por el golpe de una barra de hierro en su cabeza, y el de una pica en el pecho.

—¡Como mis hermanos! —murmuró al caer—. ¡Pobre Andrea!...

El destino de Charny se había cumplido como el de Isidoro y Jorge; el

de la reina se iba a cumplir.

Por lo demás, en el mismo instante, una espantosa descarga de artillería anunciaba que había comenzado la lucha entre los insurrectos y el palacio.

Capítulo CLVI

DESDE MEDIODÍA A LAS TRES

Durante un momento —cuando la reina presenciaba la fuga de la vanguardia—, los suizos creyeron, sin duda, que acababan de habérselas con el ejército mismo, y que este se había dispersado.

Habían matado cuatrocientos hombres en el patio Real, ciento cincuenta o doscientos en el Carrousel, y

habían cogido siete cañones.

En todo el espacio que la vista alcanzaba no aparecía un solo hombre que pudiera defenderse.

Tan sólo una batería aislada, dispuesta en el terrado de una casa, frente al cuerpo de guardia de los suizos, seguía haciendo fuego, sin que se pudiese apagar.

Sin embargo, como se creía haber dominado la insurrección, tratábase de adoptar medidas para dar fin de aquella batería, cuando de pronto se oyó resonar por el lado de los muelles el redoble de los tambores y el rumor producida por las ruedas de los cañones, mucho más

lúgubre aún.

Aquel ejército era el que el rey había visto venir mientras estaba en la galería del Louvre mirando con un antejo.

Al mismo tiempo comenzó a circular el rumor de que el rey había salido del castillo para ir a pedir protección a la Asamblea.

Difícil es decir el efecto que esta noticia produjo hasta en los realistas más fieles.

¡El rey, que había prometido morir en su trono, abandonaba su puesto pasándose al enemigo, o por lo menos se entregaba prisionero sin combatir!

Desde aquel momento los guardias nacionales se consideraron como relevados de su juramento, y retiráronse casi todos.

Algunos caballeros les siguieron, juzgando inútil dejarse matar por una causa que se confesaba perdida.

Solamente quedaban los suizos, sombríos y silenciosos, pero esclavos de la disciplina.

Desde lo alto del terrado del pabellón de Flora y por las ventanas de la galería del Louvre, se veía venir la gente de aquellos heroicos arrabales, a la que ningún ejército ha resistido jamás, y que en un día había derribado

la Bastilla, aquella fortaleza que tenía los pies arraigados hacía cuatro siglos.

Los sitiadores tenían su plan: pensaban que el rey se hallaba en palacio y proponíanse cercar este, a fin de apoderarse de Luis XVI.

La columna que seguía el muelle de la orilla izquierda recibió, por lo tanto, orden de forzar la verja de la orilla del agua, y la que iba por la calle de San Honorato debía hundir la puerta de los Fuldenses, mientras que la de la orilla derecha, al mando de Westermann, que tenía a sus órdenes a Santerre y a Billot, atacaría de frente.

Esta última desembocó de improviso

por todos los postigos del Carrousel cantando el *Ca ira*.

Los marseleses conducían la cabeza de la columna, llevando entre sus filas dos pequeños cañones de a cuatro cargados de metralla.

Doscientos suizos, poco más o menos, estaban formados en el Carrousel.

Los insurrectos avanzaron directamente hacia ellos, y en el instante en que los suizos inclinaban sus fusiles para hacer fuego, los revolucionarios descubrieron sus dos pequeños cañones y los dispararon.

Los soldados, después de hacer

fuego, replegarónse inmediatamente sobre el palacio, dejando a su vez unos treinta hombres, entre muertos y heridos, en el patio del Carrousel.

Acto continuo los insurrectos, con los federales marseleses y bretones a la cabeza, cayeron sobre las Tullerías y apoderáronse de dos patios, el Real, situado en el centro, donde había tantos cadáveres, y el de los Príncipes, inmediato al pabellón de Flora y del muelle.

Billot había querido combatir allí donde Pitou fue muerto, pues al parecer le quedaba la esperanza de que el pobre joven no estaría más que herido, en cuyo

caso correspondería, en el patio Real, al servicio que Pitou le prestó en el Campo de Marte.

Entró, pues, uno de los primeros en el patio del centro, donde era tal el olor de sangre, que se habría creído hallarse en un matadero; exhalaba de aquel montón de cadáveres, bien visible y en cierto modo, como una especie de vapor.

Aquel espectáculo, aquel olor, exasperaron a los sitiadores, los cuales se precipitaron hacia el palacio.

Por lo demás, aunque hubiesen querido retroceder, habría sido imposible, porque las masas que

penetraban sin cesar por los postigos del Carrousel, mucho más estrechos que hoy en aquella época, les impelían hacia adelante.

Pero apresurémonos a decir que, aunque la fachada parecía un castillo de fuegos artificiales, nadie tuvo la idea de retroceder un paso.

Y, no obstante, una vez en aquel patio del centro, los insurrectos, como aquellos cuya sangre pisaban en aquel instante, hallábanse cogidos entre dos fuegos, el del vestíbulo del reloj y el de la doble línea de barracas.

Era preciso apagar desde luego este último.

Los marselleses se precipitaron contra ellas como perros de presa; pero no pudiendo demolerlas con sus manos, pidieron palanquetas y azadas.

Billot quiso que le dieran cartuchos de cañón.

Westermann comprendió el plan de su teniente y mandó que se le diera lo que pedía.

A riesgo de ver la pólvora estallar en sus manos, los marselleses prendieran fuego a las mechas y arrojaron los cartuchos en las barracas.

Estas últimas se inflamaron; los que las defendían se vieron obligados a evacuarlas y a refugiarse en el vestíbulo.

Allí chocó el hierro contra el hierro y el fuego contra el fuego.

De improviso Billot sintió que le cogían por detrás; volvióse, creyendo que sería algún enemigo, pero al ver al que le sujetaba, profirió un grito de alegría.

¡Era Pitou, Pitou desconocido, cubierto de sangre, pero sano y salvo, sin una sola herida!

En el momento en que vio inclinarse los fusiles de los suizos, había gritado, como hemos dicho: «¡Todos boca abajo!», dando el ejemplo.

Pero sus compañeros no habían tenido tiempo para seguirle.

Y el fuego de fusilería, así como una inmensa hoz, había pasado a la altura de los hombres, segando las tres cuartas partes de esas espigas humanas que tardan veinticinco años en crecer, y que un segundo basta para doblegar y destruir.

Pitou se había sentido verdaderamente sepultado bajo los cadáveres, y humedecido por un líquido tibio que corría por todas partes.

A pesar de la impresión tan desagradable que sentía, sofocado por el peso de los muertos y bañado por su sangre, resolvió no dar señales de vida y esperar un momento favorable.

Le esperó más de una hora, cuyos minutos le parecieron muy largos.

Al fin juzgó la ocasión propicia al oír los gritos de victoria de sus compañeros, y entre ellos las voces de Billot que le llamaban.

Entonces, así como Encelado sepultado bajo el monte Etna, había sacudido la capa de cadáveres que le cubría, consiguiendo ponerse en pie, y al ver a Billot en primera fila, corrió para abrazarle, sin mirar por dónde le cogía.

Una descarga de los suizos, que derribó en tierra a una docena de hombres, recordó a Billot y a Pitou la gravedad de la situación.

Novecientas toesas del edificio ardían a derecha e izquierda del patio central.

La atmósfera era pesada, apenas circulaba el aire, y el fuego del incendio y de la fusilería pesaba sobre los combatientes como una cúpula de plomo, llenando el vestíbulo del palacio; todas las ventanas ardían, y no se podía distinguir de dónde venía la muerte ni a dónde se enviaba.

Pitou, Billot, los marseleses y la cabeza de la columna marcharon hacia adelante, penetrando en el vestíbulo en medio del humo.

Allí se encontraron ante una muralla

de bayonetas, las de los suizos.

Entonces fue cuando estos dieron principio a su retirada, verdaderamente heroica, en la cual, paso a paso, de escalón en escalón, dejando en cada uno de estos una fila de los suyos, el batallón se replegó lentamente.

Por la noche se contaron ochenta cadáveres en la escalera.

De improviso, por las cámaras y los corredores del palacio resonó este grito:

—¡El rey manda a los suizos que suspendan el fuego!

Eran las dos de la tarde.

He aquí lo que había pasado en la Asamblea, y lo que dio lugar a la orden

repetida en las Tullerías para que cesara la lucha, orden que tuvo la doble ventaja de disminuir la exasperación de los vencedores y de satisfacer el honor de los vencidos.

En el momento en que la puerta de los Fuldenses se hubo cerrado detrás de la reina, y que, mientras estuvo entornada, permitió ver las bayonetas y las picas amenazar a Charny, la reina profirió un grito, extendiendo los brazos; pero empujada hacia la sala por los que la acompañaban, y al mismo tiempo por ese instinto de madre que la hacía pensar en su hijo, entró en la sala de la Asamblea siguiendo al rey.

Allí experimentó indecible alegría cuando vio al delfín sentado en la mesa del presidente; el hombre que le había traído sacudía con aire de triunfo su gorro frigio sobre la cabeza del joven príncipe, gritando alegremente:

—¡He salvado al hijo de mis amos!
¡Viva monseñor el delfín!

Pero una vez seguro su hijo, la reina pensó en Charny.

—Señores —dijo—, uno de mis oficiales, el más valeroso, a la vez que el más fiel de mis servidores, ha quedado en la puerta en peligro de muerte, y os pido auxilio para él.

Cinco o seis diputados se lanzaron

al oír esta voz.

El rey, la reina, la familia real y los personajes que les acompañaban, se dirigieron hacia los asientos destinados a los ministros y los ocuparon.

La Asamblea los había recibido en pie, no por etiqueta debida a las testas coronadas, sino por respeto a la desgracia.

Antes de sentarse, el rey hizo seña de que deseaba hablar.

Todos callaron.

—He venido aquí —dijo—, para evitar un gran crimen, pensando que ya no podía estar seguro sino en medio de vosotros.

—Señor —contestó Vergniaud, que presidía—, podéis contar con la firmeza de la Asamblea nacional; sus individuos han jurado morir, defendiendo los derechos del pueblo y las autoridades constituidas.

El rey tomó asiento.

En aquel instante, un espantoso fuego de fusilería resonó hasta en las puertas del Picadero; la guardia nacional, mezclada con los insurrectos, hacía fuego desde el terrado de los Fuldenses sobre el capitán y los soldados suizos que habían servido de escolta a la familia real.

Un oficial de la guardia nacional,

trastornada sin duda la cabeza, entró espantado y no se detuvo hasta llegar a la mesa del presidente:

—¡Los suizos, los suizos —gritó—, estamos cercados!

La Asamblea creyó un momento que los suizos, vencedores, habían rechazado la insurrección y avanzaban sobre el Picadero para recoger al rey, pues en aquella hora, justo es decirlo, Luis XVI era más bien rey de los suizos que de los franceses.

Toda la Asamblea se puso en pie espontáneamente, y diputados, espectadores de las tribunas, secretarios y guardias nacionales, extendieron la

mano, gritando:

—¡Sea lo que fuere, juramos vivir y morir libres!

El rey y la familia real no tenían nada que ver con aquel juramento, y por lo tanto permanecieron sentados. Aquel grito, proferido por tres mil bocas, pasó como un huracán sobre sus cabezas.

El error no duró mucho; pero aquel minuto de entusiasmo fue sublime.

Un cuarto de hora después resonó otro grito:

—¡Los insurrectos han invadido el palacio y vienen a la Asamblea para asesinar al rey!

Entonces aquellos mismos hombres

que, odiando la monarquía, acababan de jurar que morirían libres, levantáronse con el mismo impulso e igual espontaneidad, jurando defender al monarca hasta la muerte.

En aquel momento se intimaba al capitán suizo Durler, en nombre de la Asamblea, a que depusiese las armas.

—Sirvo al rey y no a la Asamblea —contestó—. ¿Dónde está la orden del rey?

Los enviados de la Asamblea no llevaban ninguna por escrito.

—He recibido mi nombramiento del rey —continuó el capitán—, y solamente le entregaré a Su Majestad.

Se le condujo casi por fuerza a la Asamblea.

Estaba ennegrecido por la pólvora y manchado todo de sangre.

—Señor —dijo—, se quiere que deponga las armas. ¿Es la orden del rey?

—Sí —contestó Luis XVI—, devolved vuestras armas a la guardia nacional, pues no quiero que perezcan hombres tan intrépidos como vos.

Durler inclinó la cabeza, exhaló un suspiro y salió; pero en la puerta envió a decir que no obedecería sin una orden por escrito.

Entonces el rey cogió un papel y escribió:

«El rey ordena a los suizos que depongan las armas y se retiren a los cuarteles».

Esto es lo que se gritaba en las cámaras, en los corredores y en las escaleras de las Tullerías.

Expedida aquella orden, se restableció un poco la tranquilidad, y el presidente agitó su campanilla:

—Deliberemos —dijo.

Pero un representante se levantó e hizo observar que un artículo de la Constitución prohibía que se deliberase en presencia del rey.

—Es cierto —dijo Luis XVI—; pero ¿a qué sitio se nos llevará?

—Señor —contestó el presidente—, podemos ofreceros la tribuna del diario *El Logógrafo*, que está vacía, pues el diario ha cesado en su publicación.

—Está bien —dijo el rey—, iremos allí.

—Ujieres —gritó Vergniaud—, conducir al rey a la tribuna de *El Logógrafo*.

Los ujieres se apresuraron a obedecer.

Para salir de la sala, el rey, la reina y la familia real tomaron el mismo camino que para entrar, y encontráronse en el corredor.

—¿Qué hay en el suelo? —preguntó

la reina—. ¡Parece sangre!

Los ujieres no contestaron; si aquellas manchas eran verdaderamente de sangre, tal vez ignoraban cuál fuese su procedencia.

Las manchas ¡cosa extraña!, eran más grandes y frecuentes a medida que se acercaban a la tribuna.

Para librar de este espectáculo a la reina, Luis XVI aceleró el paso, y abriendo él mismo la tribuna, dijo a la reina:

—Entrad, señora.

María Antonieta obedeció; mas al poner el pie en el umbral de la puerta profirió un grito de horror, y con las

manos sobre los ojos retrocedió.

La presencia de las huellas de sangre se explicaba: en la tribuna se había depositado un cadáver.

Este cadáver era el que la reina había tocado casi con el pie en su precipitación, lo cual la hizo proferir un grito y retroceder.

—¡Ved —exclamó el rey, con el mismo tono con que había dicho: «Esa es la cabeza del pobre Mandat»—, ved ahí el cadáver de ese pobre Charny!

En efecto; era el cadáver del conde, que los diputados sacaron de manos de los asesinos, y que habían dado orden de colocar en la tribuna de *El Logógrafo*,

no pudiendo suponer que diez minutos después se instalaría allí la familia real, que entró en la tribuna cuando se hubo retirado el cadáver.

Se quiso lavar o, por lo menos, limpiar el suelo, porque estaba cubierto de sangre; pero la reina se opuso y fue la primera en sentarse.

Nadie observó que rompía los cordones de su calzado y ponía los pies temblorosos en contacto con aquella sangre, tibia aún.

—¡Oh, Charny, Charny! —murmuró—. ¿Por qué mi sangre no corre aquí hasta la última gota, para mezclarse con la tuya por toda la eternidad?...

Las tres de la tarde daban en aquel momento.

Capítulo CLVII

DESDE LAS TRES A LAS SEIS DE LA TARDE

Hemos abandonado el palacio en el momento en que se abría por fuerza el vestíbulo, y cuando los suizos, rechazados de escalón en escalón, llegaban hasta las habitaciones del rey, mientras que una voz resonaba en las cámaras y en los corredores gritando: «¡Orden a los suizos para que depongan

las armas!»).

Este libro es probablemente el último que hacemos sobre aquella terrible época, y a medida que nuestro relato avanza, dejamos el terreno que acabamos de recorrer para no pisarle de nuevo jamás. Esto es lo que nos autoriza a dar cuenta con todos sus detalles de aquella suprema jornada, y creemos tener tanto más derecho para ello cuanto que escribimos sin ninguna prevención, sin odio alguno, sin idea preconcebida.

El lector ha entrado con nosotros hasta el patio Real, ha seguido a Billot en medio de las llamas y del humo, y le ha visto subir con Pitou, espectro

ensangrentado que había salido de entre los muertos, a la escalera en cuya parte superior le hemos dejado.

A partir de aquel momento las Tullerías estaban tomadas.

¿Quién era el sombrío genio que había presidido la victoria?

¡La cólera del pueblo!, se contestará. Sin duda; pero ¿quién dirigió aquella cólera?

El hombre que apenas hemos citado, aquel oficial prusiano que montaba un caballito negro junto al gigantesco cuadrúpedo de Santerre, el alsaciano Westermann.

¿Quién era aquel hombre que,

semejante al relámpago, no se dejaba ver sino en medio de la tempestad?

¡Uno de esos hombres que Dios tiene ocultos en el arsenal de sus cóleras, y que no saca de la oscuridad sino cuando le necesita, en la hora en que quiere castigar!

Se llama Westermann, el hombre del poniente.

En, efecto, aparece cuando la monarquía cae para no levantarse más.

¿Quién le ha inventado? ¿Quién, por ventura, le ha adivinado? ¿Quién fue el intermediario entre él y Dios?

¿Quién ha comprendido que al cervecero, especie de gigante de carne y

hueso, se le debía dar un arma para esa lucha en que los Titanes debían destronar a Dios? ¿Quién ha completado a Geryon con Prometeo? ¿Quién completó a Santerre con Westermann? Danton.

¿Adónde fue el terrible tribuno a buscar aquel vencedor?

¿En una sentina, en un albañal, o en una prisión? En San Lázaro.

Westermann estaba acusado, no convicto —entendámonos bien— de haber hecho billetes falsos, y fue detenido preventivamente.

Danton necesitaba para el 10 de agosto un hombre que no pudiera

retroceder, porque si lo hacía le esperaba el cadalso.

Danton tenía fija la mirada en el misterioso prisionero, y el día en que le necesitó, rompió cadenas y cerrojos con su mano poderosa, y le dijo: «¡Ven!».

La revolución consiste, no sólo, como ya he dicho, en poner arriba lo que está debajo, sino también en dar la libertad a los cautivos, dejando en la prisión a las personas libres, no sólo a estas, sino a los poderosos de la tierra, a los grandes, a los príncipes y a los reyes.

Sin duda en la seguridad de lo que iba a suceder, Danton pareció estar tan

entorpecido durante los agitados días que precedieron a la sangrienta aurora del 10 de agosto.

En la víspera había sembrado el viento de la tormenta, y ya no debía inquietarse nada, porque estaba cierto de recoger la tempestad.

El viento fue Westermann, y la tempestad Santerre, aquella gigantesca personificación del pueblo.

Santerre no se dejó ver apenas aquel día; Westermann lo hizo todo y estuvo en todas partes.

Westermann fue quien dirigió el movimiento de unión del arrabal de San Marcial con el de San Antonio en el

puente Nuevo; Westermann quien, montado en su caballito negro, apareció a la cabeza del ejército bajo el postigo del Carrousel; Westermann quien, como si se tratara de hacer abrir la puerta de un cuartel a un regimiento, terminada su etapa, fue a golpear con el puño de su espada la puerta de las Tullerías.

Hemos visto cómo aquella puerta se entreabrió; cómo los suizos habían cumplido heroicamente con su deber; cómo se habían batido en retirada sin huir; cómo fueron aniquilados sin ser vencidos; los hemos seguido, paso a paso, en la escalera, que llenaron con sus muertos, y ahora les seguiremos,

paso a paso, en las Tullerías, que cubrirán de cadáveres.

En el momento de saberse que el rey acababa de salir del palacio, los dos o trescientos caballeros que habían ido a morir con su soberano, se reunieron en la sala de los guardias de la reina, para preguntarse si no hallándose allí ya el rey para morir con ellos, como lo había prometido, deberían sucumbir sin él.

Entonces acordaron ir también a la Asamblea para reunirse con el rey.

Reunieron a todos los suizos que fue posible encontrar, a una veintena de guardias nacionales, y en número, de quinientos hombres bajaron hacia el

jardín.

El paso estaba cerrado por una verja llamada de la Reina; se quiso hacerla saltar, pero resistió.

Los más fuertes comenzaron a sacudir una barra, y consiguieron, por fin, romperla.

La abertura daba paso a la tropa; pero solamente de uno en uno.

Se estaba a treinta pasos de los batallones apostados en la verja del puente Real.

Dos soldados suizos salieron los primeros por el estrecho pasadizo; pero ambos fueron muertos antes de haber dado cuatro pasos.

Los demás pasaron sobre sus cadáveres.

La tropa fue acribillada a balazos; pero como los suizos llevaban sus brillantes uniformes, ofrecían más fácil blanco, y contra ellos se dirigieron de preferencia los tiros; por cada dos caballeros muertos y uno herido, cayeron sesenta o setenta suizos.

Los dos caballeros muertos eran los señores de Carteja y de Clermont d'Amboise; el caballero herido era el señor de Viomesnil.

Durante la marcha hacia la Asamblea nacional se pasó por delante de un cuerpo de guardia que se apoyaba

en el terrado de la orilla del agua, debajo de los árboles.

La guardia salió e hizo fuego sobre los suizos, de los cuales cayeron ocho o diez hombres más.

El resto de la columna, que en la distancia de ochenta pasos, poco más o menos, había perdido otros tantos hombres, se dirigió hacia la escalera de los Fuldenses.

El señor de Choiseul los vio desde lejos, y, espada en mano, corriendo hacia ellos bajo el fuego de los cañones del puente Real y del puente giratorio, trató de reunirlos.

—¡A la Asamblea nacional! —gritó.

Y creyendo que le seguían los cuatrocientos hombres que aún quedaban, se precipitó en los corredores y a través de la escalera que conducía a la sala de sesiones.

En el último escalón encontraron a Merlín.

—¿Qué hacéis aquí con la espada en la mano, infeliz? —le preguntó el diputado.

El señor de Choiseul miró en torno suyo; estaba solo.

—Envainad vuestro acero, e id a reuniros con el rey —le dijo Merlín—; solamente yo os he visto.

¿Qué había sido de aquella tropa, de

la que el señor de Choiseul se creía seguido?

Los cañonazos y el fuego de fusiles la habían hecho girar sobre un torbellino de hojarasca, persiguiéndola hasta el terrado del Invernadero.

Desde aquí los fugitivos se lanzaron a la plaza de Luis XV, dirigiéndose hacia el Guardamueble para ganar los bulevares o los Campos Elíseos.

El señor de Viomesnil, ocho o diez caballeros y cinco suizos se refugiaron en el palacio de la embajada de Venecia, situada en la calle de San Florentino, y cuya puerta vieron entornada. Esto les salvó.

El resto de la columna trataba de alcanzar los Campos Elíseos.

Dos cañonazos con metralla partieron del pie de la estatua de Luis XV, dividiendo la columna en tres partes.

La una huyó por el bulevar y encontró la gendarmería que llegaba con el batallón de las Capuchinas.

Los fugitivos se creyeron salvados; el señor de Viliers, antiguo ayudante mayor de gendarmería, corrió hacia uno de los jinetes con los brazos abiertos, gritando:

—¡A nosotros, amigos míos!

Pero el jinete sacó una pistola del

arazón y la disparó a boca de jarro contra el que llegaba.

Al ver esto, treinta suizos y un caballero, en otro tiempo paje del rey, se precipitaron en el palacio de la Marina.

Allí se preguntaron qué se debería hacer.

Los treinta suizos acordaron rendirse, y al ver ocho descamisados, dejaron sus fusiles, gritando «¡Viva la nación!».

—¡Ah, traidores! —exclamaron los otros— os rendís porque os veis cogidos, y creéis que el grito de «¡Viva la nación!», os salvará; pero no hay

cuartel.

Y al mismo tiempo dos suizos caen, uno herido con una pica, y el otro de un tiro.

En el acto se les corta la cabeza para ponerlas en la punta de las picas.

Furiosos los suizos al ver la muerte de sus dos compañeros, vuelven a coger sus fusiles y hacen fuego.

De los ocho descamisados, siete de ellos caen muertos o heridos.

Los suizos se lanzan entonces hacia la puerta para salvarse; pero encuéntranse frente a la boca de un cañón.

Entonces retroceden, pero el cañón

avanza; todos se agrupan en un ángulo del patio; el cañón gira, vuelve su negra boca hacia donde se hallan, y hace fuego.

De veintiocho suizos, caen veintitrés.

Por fortuna, casi al mismo tiempo, y en el instante en que el humo ciega a los que acaban de disparar la pieza, una puerta se abre detrás de los cinco suizos y del expaje del rey que han quedado vivos.

Todos seis se precipitan por aquella puerta, que se cierra al punto; los patriotas no han visto aquella especie de trampa inglesa; creen haberlo matado

todo, y se alejan arrastrando su cañón con gritos de triunfo.

El segundo grupo se componía de una treintena de soldados y de Caballeros; iba mandado por el señor Forestier de Saint-Venant, y al verse este cercado por todas partes al entrar en los Campos Elíseos, quiso por lo menos hacer pagar cara su vida. A la cabeza de sus treinta hombres, espada en mano y con bayoneta calada aquellos, atacó tres veces a todo un batallón agrupado al pie de la estatua, y en estas tres cargas perdió quince hombres.

Con los otros quince trató de pasar a través de un claro para ganar los

Campos Elíseos; pero una descarga de fusilería le mató ocho hombres; los otros siete se dispersaron y fueron perseguidos por la gendarmería.

El señor de Saint-Venant estaba a punto de encontrar asilo en el café de los Embajadores, cuando un gendarme puso su caballo a galope, franqueó la zanja que separaba el paseo del camino, y de un pistoletazo dejó sin vida al infeliz comandante.

El tercer grupo, compuesto de sesenta hombres, había llegado a los Campos Elíseos y se dirigía a Courbevoie, por ese instinto que conduce a las palomas hacia el palomar

y a las ovejas hacia el redil; en Courbevoie estaban los cuarteles.

Cercados por la gendarmería montada y por el pueblo, fueron conducidos al Ayuntamiento, donde se esperaba salvarlos; pero dos o tres mil furiosos acumulados en la plaza de Greve, arrancáronlos a su escolta y los degollaron.

El joven caballero Carlos d'Autichamp huía por la calle de la Escala, con una pistola en cada mano; dos hombres intentan detenerle y los mata; el populacho se apodera de él y le conduce a la plaza de Greve, para ejecutarle solemnemente. Mas por

fortuna, se olvida registrarle; en vez de las pistolas inútiles que acaba de arrojar le queda un cuchillo, el cual abre sin que le vean, esperando el instante de servirse de él. En el momento de llegar a la casa de la Ciudad están asesinando a los sesenta suizos que acaban de llegar; este espectáculo distrae a los que le custodian; mata de dos puñaladas a los dos hombres que están a su lado, se desliza entre la multitud como una serpiente, y desaparece.

Los cien hombres que han conducido al rey a la Asamblea nacional, y que refugiados en los Fuldenses, fueron desarmados; los quinientos cuya historia

acabamos de referir, y varios fugitivos aislados, como Carlos d'Autichamp, a quien hemos visto escapar de la muerte con tanta felicidad, son los únicos que han salido del palacio.

Los demás se han dejado matar en el vestíbulo, en las escaleras, en las habitaciones o en la capilla.

¡Novecientos cadáveres de suizos o de caballeros han quedado en el interior de las Tullerías!

Capítulo CLVIII

DESDE LAS SEIS A LAS NUEVE DE LA NOCHE

El pueblo había entrado en el palacio como se entra en la guarida de una fiera, y revelaba sus sentimientos por sus gritos: «¡Muerte al lobo, muerte a la loba, muerte al lobezno!».

Si hubiese encontrado al rey, a la reina y al delfín, seguramente que sin vacilar, y creyendo hacer justicia, habría

cortado sus cabezas al punto.

¡Confesemos que hubiera sido una felicidad para ellos!

A falta de las personas a quienes perseguían con sus gritos, buscándolas hasta en los armarios, detrás de los tapices y debajo de las camas, los vencedores quisieron vengarse en todo, así en las cosas como en los hombres; no contentos con matar, destrozaron, con la misma impasibilidad, aquellas paredes entre las cuales se decretaron la San Bartolomé y la matanza del Campo de Marte, atrayendo terribles venganzas.

Bien se ve que no sinceramos al pueblo; muy lejos de ello, se le presenta

sanguinario, como lo era; pero apresurémonos a decir que si los vencedores salieron con las manos enrojecidas por la sangre, en cambio las llevaban vacías.

Peltier, a quien no se puede acusar de parcialidad en favor de los patriotas, refiere que un mercader de vino, llamado Mallet, llevó a la Asamblea ciento sesenta y tres luises de oro, encontrados en un sacerdote a quien se dio muerte en el palacio; que veinticinco descamisados presentaron una maleta llena de vajilla del rey; que un combatiente arrojó una cruz de San Luis en la mesa presidencial; otro el reloj de

un suizo; otro un rollo de asignados; otro un saco de escudos; otro varias alhajas y diamantes; y otro, en fin, un cofrecillo perteneciente a la reina, conteniendo mil quinientos luises.

«Y la Asamblea —añade irónicamente el historiador, sin sospechar que hace de todos aquellos hombres un magnífico elogio—, la Asamblea expresó su sentimiento por no conocer los nombres de los modestos ciudadanos que habían ido a entregar fielmente en su seno los tesoros robados al rey».

Nosotros no lisonjemos al pueblo; sabemos que es el más ingrato, el más

caprichoso y el más inconstante de todos los amos, y por lo tanto daremos a conocer sus crímenes lo mismo que sus virtudes.

Aquel día fue cruel; se enrojeció las manos con delicia; aquel día arrojó caballeros vivos por las ventanas; mutiló suizos muertos o moribundos en las escaleras; arrancó de los pechos corazones para estrujarlos en las manos como si fueran esponjas; cortó cabezas, elevándolas luego en la punta de las picas; y aquel día, en fin, el pueblo que se creía deshonrado por robar un reloj o una cruz de San Luis, se entregó a todos los sombríos placeres de la venganza y

la crueldad.

Y sin embargo, en medio de aquella matanza, de aquella profanación de los muertos, algunas veces, así como el león harto, hacía gracia.

Las señoras de Tarento, de la Roche-Aymon, de Ginestous y la señorita Paulina de Tourzel, habían quedado en las Tullerías abandonadas por la reina, y hallábanse en la habitación misma de María Antonieta. Tomado el palacio, oyeron los gritos de los moribundos, las amenazas de los vencedores y los pasos que se acercaban a ellas, precipitados y terribles.

La señora de Tarento abrió la puerta.

—Entrad; aquí no hay más que mujeres.

Los vencedores entraron con sus fusiles humeantes y sus sables ensangrentados en la mano.

Las mujeres cayeron de rodillas.

Los asesinos levantaban ya el cuchillo sobre ellas, llamándolas consejeras de la señora *Veto*, confidentes de la austríaca; pero un hombre de lengua barba, enviado por Pétion, gritó desde el umbral de la puerta:

—¡Gracia a las mujeres; no deshonréis a la nación!

Y se hizo gracia.

La señora Campan, a quien la reina había dicho: «Esperadme; pronto vuelvo, u os enviaré a buscar para que nos reunamos... Dios sabe dónde», esperaba en su habitación el regreso o la vuelta de la reina.

La misma dama refiere que había perdido completamente la cabeza en medio de aquel horrible tumulto, y que no viendo a su hermana, oculta detrás de algún cortinaje o de algún mueble, creyó que la encontraría en una habitación del entresuelo, y bajó rápidamente para buscarla; pero allí no vio más que dos camareras y una especie de gigante que era volante de la reina.

Al ver aquel hombre, la señora de Campan comprendió que el peligro era para él y no para ella.

—¡Huid —gritó—, huid, desgraciado! ¡Los criados están lejos ya... huid, que aún es tiempo!

Pero el hombre trataba de levantarse y volvía a caer, exclamando con voz plañidera:

—¡Ay de mí, no puedo, estoy muerto de terror!

Apenas pronunciadas estas palabras, un grupo de hombres ebrios, furiosos y ensangrentados, apareció en el umbral de la puerta, precipitóse contra el volante y le hizo pedazos.

La señora Campan y las dos mujeres huyeron por una escalerilla de servicio.

Algunos asesinos, viendo que las tres mujeres huían, precipitáronse en su persecución y muy pronto las alcanzaron.

Las dos camareras, que habían caído de rodillas, empuñaban suplicantes las hojas de los sables.

La señora de Campan, detenida en su carrera, sintió una mano furiosa caer sobre su hombro para cogerla por el vestido; veía como un relámpago mortal la hoja de un sable brillando sobre su cabeza, y medía, en fin, aquel corto instante que separa la vida de la muerte,

y que por corto que sea contiene, sin embargo, todo un mundo de recuerdos, cuando desde el pie de la escalera subió una voz de acento imperioso:

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó.

—¿Qué hay? —contestó el asesino.

—¡Es que no se mata a las mujeres, entendedlo bien! —replicó la voz desde abajo.

La señora Campan estaba de rodillas; el sable amenazaba su cabeza y ya presentía el dolor que iba a sufrir.

—¡Levántate, pícara —le dijo su verdugo—; la nación te perdona!

¿Qué hacía entretanto el rey en la tribuna de *El Logógrafo*?

El rey tenía apetito y pedía su comida. Le llevaron pan, vino, un pollo, fiambres y frutas.

Como todos los príncipes de la casa de Borbón, como Enrique IV y Luis XIV, el rey comía mucho; detrás de las emociones de su alma, rara vez reveladas por su rostro, de fibras blandas, velaban incesantemente las dos grandes exigencias del cuerpo, el sueño y el hambre; ya le hemos visto obligado a dormir en el palacio, y ahora le vemos obligado a comer en la Asamblea.

El rey partió su pan y trinchó el pollo como en un día de caza, sin cuidarse en lo más mínimo de los ojos

que le miraban.

Entre estos ojos había dos que se abrasaban porque no podían llorar: eran los de la reina.

Lo había rehusado todo; la desesperación era su alimento.

Parecíale que, con los pies en aquella sangre preciosa de Charny, hubiera podido permanecer allí eternamente y vivir como una flor de las tumbas, sin más alimento que el que recibía de la muerte.

¡Había sufrido mucho al volver de Varennes; había sufrido mucho durante su cautividad en las Tullerías, así como en la noche y el día que acababan de

transcurrir; pero tal vez no sufrió tanto como al mirar al rey cuando comía!

Y sin embargo, la situación era bastante grave para privar del apetito a cualquier otro hombre menos a Luis XVI .

La Asamblea, a la que el rey había ido a pedir protección, hubiera necesitado esta para sí propia, y no se le ocultaba su debilidad.

Por la mañana había querido evitar el asesinato de Suleau, y no le fue posible.

A las dos quiso impedir la matanza de los suizos, y tampoco lo consiguió.

Ahora se veía amenazada ella misma

por una multitud exasperada que gritaba: «¡La proscripción, la proscripción!».

Acto continuo se formó una comisión.

Vergniaud, que formaba parte de ella, dio la presidencia a Guadet, a fin de que el poder no saliese de manos de la Gironda.

El debate de los diputados fue corto; se deliberaba en cierto modo, oyendo el eco ruidoso del fuego de fusilería y del cañón.

Vergniaud fue quien, tomando la pluma, redactó el acta de suspensión provisional del rey.

Volvió a la Asamblea triste y

abatido, sin ocultar sus sentimientos, porque era la última prueba que daba al rey de su respeto a la monarquía, y al huésped de su respeto a la hospitalidad.

«Señores —dijo—, vengo en nombre de la comisión extraordinaria para presentaros una medida muy rigurosa; pero me atengo al dolor de que estáis penetrados para considerar hasta qué punto importa para la salvación de la patria que la adoptéis.

»La Asamblea nacional, considerando que los peligros de la patria han llegado a su colmo; que los

males que aquejan al imperio provienen principalmente de las desconfianzas que infunde la conducta del jefe del poder ejecutivo en una guerra emprendida en su nombre contra la Constitución y contra la independencia nacional; y que estas desconfianzas provocan en todos los puntos del imperio el deseo de que se revoque la autoridad confiada a Luis XVI; considerando, no obstante, que el cuerpo legislativo no quiere acrecentar por ninguna usurpación su propia autoridad, ni puede conciliar su juramento a la Constitución y su firme voluntad de salvar la libertad sino haciendo un llamamiento a la soberanía

del pueblo, decreta lo siguiente:

»Se invita al pueblo francés a formar una Convención nacional.

»El jefe del poder ejecutivo queda suspendido provisionalmente en sus funciones. Durante el día se propondrá un decreto para el nombramiento de un preceptor del príncipe real.

»Queda suspendido el pago de la lista civil.

»El rey y la familia real permanecerán en el recinto del cuerpo legislativo hasta que se restablezca la calma.

»El departamento hará preparar el Luxemburgo para su residencia bajo la

custodia de los ciudadanos».

El rey escuchó este decreto con su impasibilidad ordinaria.

Después, inclinándose fuera de la tribuna de *El Logógrafo*, y dirigiéndose a Vergniaud cuando este volvió a ocupar la presidencia, le dijo:

—¿Sabéis que no es muy constitucional lo que acabáis de hacer?

—¡Es verdad, señor —contestó Vergniaud—, pero era el único medio de salvar vuestra vida, pues si no hubiéramos concedido la destitución, tomarían vuestra cabeza!

El rey hizo con los labios y los hombros un movimiento que significaba: «¡Es posible!». Y volvió a su sitio.

En aquel momento, el péndulo que estaba sobre su cabeza tocó horas.

El rey contó cada vibración, y al sonar la última, dijo:

—Las nueve.

El decreto de la Asamblea disponía que el rey y la familia real permanecieran en el recinto del cuerpo legislativo hasta que la calma se restableciese en París.

A las nueve, los inspectores de la sala fueron a buscar al rey y a la reina, a fin de conducirlos al alojamiento

provisional preparado para ellos.

El rey hizo seña con la mano para que esperasen un instante.

En efecto; tratábase de un asunto que no dejaba de tener interés para él, se nombraba ministerio.

El ministro de la Guerra, el del Interior y el de Hacienda, estaban elegidos ya, y eran los mismos que el rey había dejado cesantes: Roland, Clavières y Servan.

Faltaba el de Justicia, el de Marina y el de Negocios extranjeros.

Danton fue nombrado para el primero; Monge para el segundo, y Lebrun para el tercero.

Pronunciado el nombre de este último, el rey se levantó y salió el primero diciendo:

—Vamos.

La reina le siguió; no había tomado nada desde su salida de las Tullerías, ni siquiera un vaso de agua.

Madame Isabel, el delfín, *madame* Royale, la princesa de Lamballe y la señora de Tourzel, formaban su cortejo.

La habitación que se había preparado para el rey, hallábase situada en el piso superior del antiguo monasterio de los Fuldenses; la habitaba el archivero Camus y se componía de cuatro aposentos.

En el primero, que en rigor no era más que una antecámara, los servidores del rey que se habían mantenido fieles a su mala fortuna, se detuvieron. Eran el príncipe de Poix, el barón d'Aubier, y los señores de Saint-Pardon, de Goguelat, de Chamillé y de Hue.

El rey guardó para sí la segunda cámara; la tercera se ofreció a la reina, siendo la única que estaba empapelada. Al entrar en ella, María Antonieta se arrojó en el lecho, mordiendo el almohadón y presa de un dolor, comparado con el cual debe ser muy poca cosa el que sufre el paciente en la rueda.

La cuarta habitación, por reducida que fuera, se destinó a *madame* Isabel, la princesa de Lamballe y la señora de Tourzel, que se acomodaron como pudieron.

La reina carecería de todo; no tenía dinero porque habían perdido su bolsa y su reloj en el tumulto que se produjo en la puerta de la Asamblea; y le faltaba ropa blanca, pues ya se comprenderá que no había traído nada de las Tullerías. Pidió veinticinco luises prestados a la hermana de la señora de Campan, y envió a pedir ropa blanca a la embajada de Inglaterra.

Por la noche, la Asamblea hizo

proclamar, a la luz de las hachas en las
calles de París, los decretos del día.

Capítulo CLIX

DESDE LAS NUEVE A MEDIA NOCHE

El resplandor de las hachas, cuando se pasó por delante del Carrousel, de la calle de San Honorato y de los malecones del Sena, iluminó un tristísimo espectáculo.

En efecto, la lucha material se había terminado; pero el combate continuaba aún en los corazones, porque en estos

sobrevivían el odio y la desesperación.

En los relatos contemporáneos, y sobre todo en la historia realista, se ha lamentado profundamente, como estamos dispuestos a hacerlo nosotros mismos, la suerte de las augustas personas de cuyas sienes arrancaba la corona aquella jornada terrible. Se han hecho elogios del valor, la disciplina y la fidelidad de los suizos y de los caballeros, y se han contado las gotas de sangre derramada; pero no los cadáveres del pueblo, las lágrimas de las madres, de los hermanos, de las viudas, de los hijos...

Digamos algo nosotros.

Para Dios, que permite en su

profunda sabiduría los acontecimientos, la sangre es sangre y las lágrimas son lágrimas, sean de quien fueren.

El número de muertos era mucho más considerable en la gente del pueblo que en los suizos y los caballeros.

Veamos si no lo que dice el autor de la *Historia de la revolución del 10 de agosto*, el mismo Peltier, realista como el que más:

«La jornada del 10 de agosto costó a la humanidad unos setecientos soldados y veintidós oficiales; veinte guardias nacionales realistas; quinientos federados; tres comandantes; cuarenta gendarmes; más de cien personas del

servicio de la casa real; *doscientos hombres muertos por robo*^[55]; los novecientos ciudadanos asesinados en los Fuldenses; el señor de Clermont-d'Amboise, y cerca de *tres mil individuos del pueblo* muertos en el Carrousel, en el jardín de las Tullerías y en la plaza de Luis XV; un total de cerca de cuatro mil seiscientos hombres».

Y se comprende muy bien; hemos visto las precauciones que se tomaron para fortificar las Tullerías; los suizos en general disparaban al abrigo de buenas paredes, y los que atacaban, por el contrario, no tenían sino sus pechos para recibir las balas.

Tenemos, pues, que, sin contar los doscientos *fusilados por ladrones*, habían perecido tres mil quinientos insurrectos, lo cual supone, por lo menos, otros tantos heridos; el historiador de la revolución del 10 de agosto no cuenta sino los muertos.

Muchos de estos tres mil quinientos hombres —supongamos la mitad— eran casados, pobres padres de familia a quienes había llevado al combate una miseria insoportable, con la primera arma que se les venía a la mano, y a veces sin ninguna; padres de familia que, para ir a buscar la muerte, habían dejado en sus desvanes hijos

hambrientos y mujeres desesperadas.

Y esta muerte la habían hallado, ya en el Carrousel, donde había comenzado el fuego, ya en los aposentos, donde continuaba el combate, o ya en el jardín, donde concluyó.

Desde las tres de la tarde a las nueve de la noche, se había levantado de prisa y conducido al cementerio de la Magdalena a todo soldado con uniforme.

Respecto a los cadáveres de gente del pueblo, era otra cosa: carros enormes los iban recogiendo y llevando a sus barrios; casi todos eran del arrabal de San Antonio o del de San Marcial.

Particularmente en la plaza de la

Bastilla, en la del Arsenal y en la de Mauber o la del Panteón, los colocaban unos junto a otros.

Cada vez que uno de esos carros, rodando pesadamente y dejando una huella de sangre en su transcurso, entraba en uno de esos barrios, la turba de madres, de mujeres, de hermanos, de hijos, le rodeaba con mortal angustia. Luego, a medida que se hacía el reconocimiento entre la vida y la muerte, resonaban espantosos gritos, sollozos y amenazas. Eran maldiciones inauditas y desconocidas que se elevaban como bandadas de aves nocturnas y de mal agüero, agitaban en la oscuridad sus

negras alas y volaban plañideras y horribles hacia las funestas Tullerías. Todo esto se cernía, como las bandadas de cuervos en los campos de batalla, sobre el rey, la reina, la corte, la camarilla austríaca que le rodeaba y los nobles que le aconsejaban; los unos se prometían la venganza del porvenir, y la tomaron el 2 de septiembre y el 21 de enero; los otros volvían a coger una pica, un sable, un fusil, y ebrios, por la sangre que sus ojos acababan de ver, volvían a entrar en París para matar. Pero ¿a quién? ¡A todos los suizos que aún encontrasen, a todos los nobles, a la corte toda, al rey y a la reina, si los

hubieran hallado!

Por más que se les decía: «Pero matando al rey y a la reina, dejáis niños huérfanos; matando a los nobles, dejáis viudas y desamparadas a hermanas inocentes»..., mujeres, hermanas y niños, contestaban: «¡Nosotras también somos viudas; nosotras también somos hermanas de luto; nosotros también somos huérfanos!». Y con el corazón lleno de sollozos iban a la Asamblea, iban a la Abadía, y golpeando las puertas con la cabeza, gritaban: «¡Venganza, venganza!».

Era un espectáculo terrible el de aquellas Tullerías ensangrentadas,

humeantes, abandonadas, sin más que los cadáveres y tres o cuatro cuerpos de guardia que cuidaban de que, bajo pretexto de reconocer los muertos, no viniesen visitantes nocturnos a saquear la mansión real, con las puertas hundidas y las ventanas rotas.

Había un retén en cada entrada y al pie de cada escalera.

El piquete del pabellón del Reloj, es decir, de la escalera mayor, estaba mandado por un joven capitán de la guardia nacional, a quien sin duda inspiraba mucha compasión tal desastre, a juzgar por la expresión de su fisonomía a cada carretón de muertos

que se llevaban, por decirlo así, bajo su mando e inspección; pero no parecían hacer más efecto en él que en el rey los acontecimientos terribles que a su vista se habían consumado, pues a eso de las once se ocupó en satisfacer su voraz apetito. Tenía un pan de cuatro libras debajo del brazo izquierdo, mientras que su mano derecha, provista de un cuchillo, cortaba de continuo sendas rebanadas que se llevaba a la boca, la cual se ensanchaba a medida del pedazo que estaba obligada a recibir.

Apoyado en una de las columnas de la entrada, miraba pasar, como sombras aquellas taciturnas procesiones de

madres, de esposas e hijas que, alumbradas con hachas colocadas de trecho en trecho, venían a pedir al volcán apagado los cadáveres de sus padres, de sus maridos y de sus hijos.

De repente, a la vista de una especie de sombra medio velada, el joven capitán se estremeció.

—¡La señora condesa de Charny!...
—murmuró.

La sombra pasó sin oír y sin detenerse.

El joven capitán hizo una seña a su teniente.

Este se aproximó.

—Desiré —le dijo—, he aquí una

pobre señora conocida del señor Gilberto, que sin duda alguna viene a buscar a su esposo entre los muertos; es menester que yo la siga, para el caso en que tenga necesidad de noticias o de socorro. Te dejo el mando del piquete; ten mucho cuidado, como si estuviéramos los dos.

—¡Vaya! —contestó el teniente, a quien había llamado el capitán con el nombre de Desiré, y al que añadiremos nosotros el apellido de Maniquet—, tu dama tiene aire de ser una gran señora.

—Y lo es en efecto —contestó el capitán—, es una condesa.

—Vete, pues, yo vigilaré por los

dos.

La condesa se había ocultado ya tras el primer ángulo de la escalera, cuando el capitán, separándose de su columna, comenzó a seguirla a la distancia respetuosa de unos quince pasos.

No se equivocaba; la pobre Andrea venía, en efecto, a buscar a su marido, pero no con las emociones ansiosas de la duda, sino con el sombrío convencimiento de la desesperación.

Cuando al despertar en medio de su alegría y felicidad, al oír el eco de los acontecimientos de Taris, Charny, pálido, pero resuelto, vino a decir a su esposa:

—Querida Andrea, el rey de Francia corre peligro de muerte, y necesita todos sus defensores. ¿Qué he de hacer?

Andrea le contestó:

—Ir a donde te llama tu deber, Oliverio mío, y si preciso fuese, morir por el rey.

—Pero ¿y tú? —replicó Charny.

—¡Oh!, yo —contestó Andrea—, no te cuides de mí. Como no he vivido sino por ti, Dios querrá que muera contigo.

Y entonces todo quedó convenido entre tan generosos como grandes corazones, no se volvió a hablar más de ello: se enviaron a buscar los caballos de posta, Charny marchó, y cinco horas

más tarde se apeaba en su casa de la calle de Coq-Héron.

Media hora después, como hemos visto, Charny, en el momento en que Gilberto, contando con su influencia, iba a escribirle que viniese a París, Charny, vestido con su uniforme de oficial de marina, se presentó ante la reina.

Ya sabemos que no la abandonó un solo instante desde entonces.

Andrea quedó sola con sus criadas, encerrada y orando; le había ocurrido un instante el pensamiento de imitar la abnegación de su esposo e ir a pedir su puesto cerca de la reina, como el conde lo hacía cerca del rey; pero no tuvo

bastante valor para determinarse.

Había transcurrido la jornada del día 9 con mil angustias para ella, pero sin que se le anunciara nada de cierto.

El 10, a eso de las nueve, pudo oír por las ventanas de sus jardines resonar los primeros estampidos de los cañones.

Es inútil decir que cada cañonazo hacía vibrar hasta la fibra más íntima de su corazón.

Hacia las dos de la tarde oyó cesar hasta el fuego de fusilería.

Pero ¿era el pueblo vencido o vencedor?

Se informó: el pueblo era el vencedor.

¿Qué había sido de Charny en lucha tan terrible? Conocíale muy bien y sabía que habría tomado buena parte en el combate.

Volvió a preguntar, y se le dijo que casi todos los suizos habían quedado muertos o asesinados; pero en salvo casi todos los caballeros.

Esperó, pues.

Charny podría volver bajo un disfraz cualquiera... Charny podía tener necesidad de huir sin tardanza; hizo, pues, poner los tiros del coche, y que los caballos tomasen pienso allí mismo.

Caballos y coche esperaban a su amo; pero Andrea, por más peligros que

corriese Charny, sabía muy bien que no se iría sin ella.

Hizo abrir las puertas para que nada pudiese retardar la fuga de su esposo, si este huía, y continuó esperando.

Las horas transcurrían.

—¡Pero si se hubiese escondido en alguna parte! —decíase Andrea—. Entonces esperará la noche para salir...; aguardemos hasta la noche.

La noche llegó, sin que Charny se presentase.

En agosto, la noche tarda en llegar.

Eran ya las seis, y Andrea perdió toda esperanza; cubrió con un velo su cabeza y salió.

A lo largo del camino encontró grupos de mujeres retorciéndose las manos, y turbas de hombres que pasaban gritando: «¡Venganza!».

Andrea pasó por en medio de unos y otros: el dolor de aquellos, la rabia de estos, la libraron de ser reconocida; en aquel día perseguíase a los hombres, no a las mujeres.

De una y otra parte, las mujeres no hacían más que llorar.

Andrea llegó a la plaza del Carrousel y oyó la proclamación de los decretos de la Asamblea nacional.

El rey y la reina estaban bajo la salvaguardia de la Asamblea; he aquí

todo lo que había podido comprender.

Vio alejarse dos o tres carros de muertos, y preguntó qué llevaban.

Se le contestó que eran cadáveres recogidos en la plaza del Carrousel y el patio Real. Aún se estaba en este punto de la conducción de cadáveres.

Andrea pensó muy bien que no debía haber combatido Charny ni en el Carrousel ni en el Patio Real, sino en la puerta de la habitación del rey o de la reina.

Franqueó, pues, el patio Real, pasó el gran vestíbulo y subió la escalera.

En este momento fue cuando Pitou, que en calidad de capitán mandaba la

guardia, la vio, la reconoció, y la siguió dispuesto a protegerla.

Capítulo CLX

LA VIUDA

Es imposible formarse idea de la devastación que presentaban las Tullerías.

La sangre corría por las habitaciones, deslizándose como una cascada a lo largo de las escaleras, y aún se veían algunos cadáveres.

Andrea hizo como los demás que buscaban: cogió un hacha y fue a mirar un cadáver tras otro.

Y mirándolos se dirigía hacia las habitaciones de la reina y del rey.

Pitou la seguía siempre.

Allí, como en los demás aposentos, buscó inútilmente, y entonces se mostró indecisa, no sabiendo ya hacia dónde dirigirse.

Pitou, notando su vacilación, se acercó a ella.

—¡Ay de mí —exclamó—, bien sospecho lo que la señora condesa busca!

Andrea se volvió.

—Si la señora me necesitase...

—¡El señor Pitou! —exclamó Andrea.

—Para serviros, señora.

—¡Oh!, sí, sí —contestó la condesa—, os necesito mucho.

Y acercándose a él, cogióle ambas manos y añadió:

—¿Sabéis qué ha sido del conde de Charny?

—No, señora —contestó Pitou—, pero puedo ayudaros a buscarle.

—Alguno hay —replicó Andrea— que nos diría muy pronto si está vivo o muerto.

—¿Quién es, señora condesa? —preguntó Pitou.

—La reina.

—¿Sabéis dónde se halla la reina?

—Creo que en la Asamblea, y aún tengo la esperanza de que el señor de Charny esté con ella.

—¡Oh!, sí, sí —dijo Pitou, confiando también que así fuera, por compasión a la viuda—. ¿Queréis venir a la Asamblea?

—Pero si no me dejan entrar...

—Yo me encargo de que os abran la puerta.

—¡Pues vamos allá!

Andrea arrojó lejos de sí el hacha, a riesgo de prender fuego a las Tullerías; pero ¿qué le importaba el palacio en su profunda desesperación?

Andrea conocía el interior del

edificio por haberle habitado; bajó por una escalerilla de servicio que conducía al entresuelo, y desde aquí al gran vestíbulo, y de este modo, sin volver a pasar por todas aquellas habitaciones ensangrentadas, Pitou se encontró en el puesto de guardia del Reloj.

Allí estaba Maniquet.

—Y ¿qué hay de tu condesa? — preguntó a Pitou.

—Espera encontrar a su esposo en la Asamblea, y allá vamos.

Y añadió en voz baja:

—Como podríamos encontrar al conde muerto, envíame a la puerta de los Fuldenses cuatro buenos mozos, con los

cuales pueda contar para defender un cadáver de aristócrata como si fuera el de un patriota.

—Está bien; vete con tu condesa, que ya te enviaré los hombres.

Andrea esperaba de pie en la puerta del jardín, donde se había puesto un centinela, y como este se hallaba allí de orden de Pitou, naturalmente la dejó pasar.

El jardín del palacio se había iluminado con hachas colocadas de trecho en trecho, y particularmente en los pedestales de las estatuas.

Atendido que hacía tanto calor como durante el día, y que apenas una brisa

nocturna agitaba las hojas de los árboles, la luz de las hachas subía casi inmóvil, semejante a las lanzas de fuego, e iluminaba a lo lejos, no tan sólo las partes del jardín descubiertas y cultivadas, sino también, bajo los árboles, los cadáveres diseminados acá y allá.

Pero Andrea estaba ahora tan convencida de que solamente en la Asamblea obtendría noticias de su esposo, que avanzaba en línea recta sin torcer a la derecha ni a la izquierda.

Pronto se llegó a los Fuldenses.

Hacía una hora que la familia real había salido de la Asamblea, y como ya

se ha visto, estaba en las habitaciones provisionales que se le habían preparado.

Para llegar hasta el rey y la reina había dos obstáculos: en primer lugar, el de los centinelas que vigilaban fuera, y en segundo, el de los caballeros que vigilaban dentro.

Pitou, capitán de la guardia nacional, comandante del puesto de las Tullerías, tenía el santo y seña, y de consiguiente, la posibilidad de conducir a Andrea hasta la antecámara de los caballeros.

Después, Andrea solicitaría que la permitiesen ver a la reina.

Ya sabemos cómo estaban dispuestas

las habitaciones ocupadas por la familia real; hemos dado a conocer la desesperación de la reina, y hemos dicho cómo al entrar en aquel reducido aposento, cuyas paredes estaban revestidas de papel verde, se arrojó en el lecho, mordiendo el almohadón entre sus sollozos y lágrimas.

¡Ciertamente, la que perdía un trono, la libertad, y la vida tal vez, sufría demasiada pérdida para que se extrañase su desesperación, y para que se fuese a buscar, detrás de esas grandes humillaciones, qué dolor más vivo aún arrancaba las lágrimas de sus ojos y los sollozos de su pecho!

Por el sentimiento de respeto que inspiraba aquel supremo dolor, se había dejado sola a la reina en los primeros momentos.

María Antonieta oyó abrir y cerrar la puerta de su habitación que comunicaba con la del rey, pero no se volvió; y aunque le pareciese después que alguien se acercaba a su lecho, permaneció con la cabeza oculta en su almohadón.

Pero de repente saltó como si una serpiente la hubiese mordido.

Una voz bien conocida había pronunciado esta única palabra: «¡Señora!».

—¡Andrea! —exclamó la reina irguiéndose apoyada sobre el codo—, ¿qué queréis?

—Lo mismo que Dios quería de Caín, cuando le preguntó: «¿Qué has hecho de tu hermano, Caín?».

—Con la diferencia —contestó la reina— de que Caín había matado a su hermano; mientras que yo... ¡oh!, yo hubiera dado no solamente mi vida, sino diez existencias, si las hubiera tenido, para salvar *la suya*.

Andrea vaciló; un sudor frío bañó sus sienes, y sus dientes castañetearon.

—¿Conque le han matado? —preguntó haciendo un esfuerzo supremo.

La reina miró a Andrea.

—¿Creéis, acaso, que es mi corona lo que lloro? —preguntó.

Y mostrando sus pies ensangrentados, añadió después:

—¿Creéis que si esa sangre fuese mía no me habría ya lavado los pies?

Una palidez lívida cubrió las mejillas de Andrea.

—Y ¿sabéis dónde está su cuerpo? —preguntó.

—Que me dejen salir, y os conduciré al sitio donde se halla —contestó la reina.

—Voy a esperaros en la escalera, señora —dijo la condesa.

Y salió.

Pitou esperaba en la puerta.

—Señor Pitou —dijo Andrea—, una de mis amigas me conducirá ahora al lugar donde se halla el cadáver de mi esposo; es una de las damas de la reina. ¿Podrá acompañarme?

—Ya sabéis que si sale —contestó Pitou— es con la condición de volver a traerla al sitio donde ahora está.

—La traeréis —dijo Andrea.

—Muy bien.

Y volviéndose hacia el centinela, le dijo:

—Compañero, una dama de la reina saldrá ahora para ir a buscar con

nosotros el cadáver de un valeroso oficial, de quien esta señora es viuda. Respondo de ella con mi cabeza.

—Basta, capitán —contestó el centinela.

Al mismo tiempo la puerta de la antecámara se abrió, y la reina se presentó cubierta con un velo.

Bajaron la escalera, la reina delante, y Andrea y Pitou detrás.

Después de una sesión de veintisiete horas, la Asamblea acababa de evacuar la sala, aquella sala inmensa donde tantos acontecimientos se habían acumulado en aquel espacio de tiempo, y que ahora estaba muda y sombría

como un sepulcro.

—¡Dadme una luz! —dijo la reina.

Pitou recogió una hacha apagada, la encendió y entregósele a la reina, que continuó su marcha.

Al pasar por delante de la puerta de entrada, María Antonieta la señaló con su hacha.

—¡He ahí la puerta dónde le mataron! —dijo.

Andrea no contestó; hubiérase dicho que era un espectro siguiendo a la que le invocaba.

Al llegar al corredor, la reina acercó su hacha al suelo.

—¡He ahí su sangre! —dijo.

Andrea permaneció muda.

La reina avanzó hasta una especie de gabinete situado frente a la tribuna de *El Logógrafo*, abrió la puerta de aquel, e iluminando el interior con su hacha, murmuró:

—¡He ahí su cadáver!

Muda siempre, Andrea entró en el gabinete, sentóse en el suelo, y haciendo un esfuerzo colocó la cabeza de Oliverio sobre sus rodillas.

—Gracias, señora —dijo—, esto es todo cuanto tenía que pedir.

—Pero yo —replicó la reina— he de pedir otra cosa.

—Decid.

—¿Me perdonáis?

Siguió una pausa como si Andrea vacilase.

—¡Sí —contestó al fin—, porque mañana reposaré junto a él!

La reina sacó de su seno unas tijeras de oro, que había ocultado como se oculta un puñal, a fin de servirse de ellas contra sí misma en un extremo peligro.

—Entonces... —dijo, casi suplicante, presentando las tijeras a Andrea.

Esta última las tomó, cortó un rizo de cabellos de la cabeza del cadáver, y después devolvió a la reina las tijeras y

el rizo.

María Antonieta cogió la mano de Andrea y la besó.

La condesa profirió un grito, retirando al punto su mano, como si los labios de la reina hubieran sido un hierro candente.

—¡Ah! —murmuró la reina, fijando en el cadáver la última mirada—, ¿quién podrá decir cuál de nosotras dos le amaba más?...

—¡Oh, mi querido Oliverio —murmuró Andrea—, espero que ahora sabrás que yo soy quién más te amaba!

La reina se dirigía ya hacia su habitación, dejando a la condesa en el

gabinete con el cadáver de su esposo, en el cual se fijaba un pálido rayo de la luna como una mirada amiga, penetrando por una pequeña ventana.

Pitou acompañó a María Antonieta sin saber quién era, y la vio entrar en su habitación; después, libre de su responsabilidad respecto al centinela, salió al terrado para ver si estaban allí los cuatro hombres pedidos a Desiré Meniquet.

Los cuatro habían llegado ya.

—¡Venid! —les dijo Pitou.

Cuando estuvieron dentro, el joven capitán, sirviéndose del hacha que había tomado de maños de la reina, los

condujo hasta el gabinete donde Andrea, siempre sentada, miraba a la luz de aquel rayo de luna el rostro pálido, pero siempre bello, de su esposo.

El resplandor de la antorcha hizo levantar los ojos a la condesa.

—¿Qué deseáis? —preguntó a Pitou y sus hombres, como si temiera que aquellos desconocidos trataran de llevarse el cadáver amado.

—Señora —contestó Pitou—, venimos a buscar el cuerpo del señor de Charny, para llevarle a la calle de Coq-Héron.

—¿Me juráis que es para eso? —preguntó Andrea.

Pitou extendió la mano sobre el cadáver con una dignidad de que se le hubiera creído incapaz.

—Os lo juro, señora —contestó.

—Entonces —replicó Andrea— os doy gracias, y pediré a Dios en mi última hora os libre a vos y a los vuestros de los dolores con que me agobia...

Los cuatro hombres recogieron el cadáver, le colocaron sobre sus fusiles, y Pitou, con sable desenvainado, se colocó a la cabeza del fúnebre cortejo.

Andrea iba al lado, llevando cogida la mano helada y ya rígida del conde.

Llegados a la calle de Coq-Héron,

se depositó el cadáver en el lecho de Andrea, la cual, volviéndose a los cuatro hombres, les dijo:

—Recibid las bendiciones de una mujer que mañana rogará a Dios por vosotros desde el cielo.

Y volviéndose a Pitou, añadió:

—Os debo más de lo que podría pagaros; pero quisiera contar con vos para el último servicio.

—Ordenad, señora —contestó Pitou.

—Haced de modo que mañana a las ocho esté aquí el doctor Gilberto.

Pitou saludó y salió.

Al volver la cabeza, vio que Andrea se arrodillaba delante del lecho como

ante un altar.

En el momento en que franqueaba la puerta de la calle, daban las tres en el reloj de la iglesia de San Eustaquio.

Capítulo CLXI

LO QUE ANDREA DESEABA DE GILBERTO

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, Gilberto llamaba a la puerta de la casa de la calle de Coq-Héron.

Conforme a la súplica que se le había dirigido por conducto de Pitou, en nombre de Andrea, Gilberto, espantado, se había hecho referir los acontecimientos de la víspera con todos

sus detalles.

Sobre ellos había reflexionado profundamente.

En fin, en el momento de salir por la mañana, había llamado a Pitou, para rogarle que fuese a buscar a Sebastián a la casa del abate Berardier, y lo llevase a la calle de Coq-Héron.

Llegado allí, esperaría en la puerta a que Gilberto saliese.

Sin duda alguna el viejo portero estaba ya prevenido de la visita del doctor, porque habiéndole reconocido, le introdujo inmediatamente en la salita que precedía a la alcoba de Andrea.

Esta esperaba vestida de luto.

Se conocía que no había dormido ni llorado desde la víspera, su rostro estaba pálido y secos los ojos.

Pero jamás sus facciones habían expresado una voluntad más decidida ni más tenaz; tan rígidas y contraídas estaban.

Difícil hubiera sido adivinar qué resolución había tomado aquel corazón de diamante; pero fácil era ver que había tomado alguna.

Gilberto, el hábil observador, el médico filósofo, comprendió esto a la primera ojeada.

La saludó y esperó en silencio.

—Señor Gilberto —dijo Andrea—,

os he rogado que vengáis...

—Y ya veis, señora —repuso Gilberto—, que he atendido exactamente a vuestra invitación.

—Os he enviado a llamar a vos y no a otro, porque deseaba que aquel a quien yo hiciese mi demanda no tuviera derecho para rehusar.

—Tenéis razón, señora; no tal vez en lo que vayáis a exigirme, sino en lo que decís; tenéis, en verdad, derecho a exigirlo todo de mí, hasta la misma vida.

Andrea sonrió con tristeza.

—Vuestra vida, caballero, es muy preciosa para la humanidad, y yo seré la primera en rogar a Dios que os la

conserve larga y dichosa, muy lejos de acortárosela... Pero convenid en que mientras la vuestra está bajo una feliz influencia, la mía es una de las que parecen sometidas a un astro fatal.

Gilberto guardó silencio.

—La mía, por ejemplo —continuó Andrea después de una pausa—, la mía... ¿qué pensáis de ella, señor Gilberto?

Pero como este bajase los ojos sin contestar, Andrea continuó:

—Permitidme recordárosla en dos palabras no más... Tranquilizaos; a nadie pienso culpar de mi desdicha.

Gilberto hizo un ademán respetuoso,

como diciendo: «Hablad».

—Nací pobre; mi padre quedó arruinado antes de nacer yo; mi juventud fue triste, aislada, solitaria; habéis conocido a mi padre, y mejor que nadie sabéis cuan tiernamente me amaba.

«Dos hombres, uno de los cuales me habría valido más no haber conocido nunca, y el otro... un extraño, tuvieron en mi vida una influencia fatal y misteriosa, sin que mediase mi voluntad; el uno dispuso de mi alma y de mi cuerpo el otro.

»Me vi madre sin presumir siquiera que había dejado de ser doncella; y poco faltó para que perdiera en tan triste

acontecimiento la ternura del único hombre que siempre me había amado, de mi hermano.

»Me consoló la idea de ser madre, al pensar que al menos me amaría mi hijo; pero este me fue arrebatado una hora después de nacer; de modo que fui esposa sin marido y madre sin hijo.

»Consolábame la amistad de una reina.

»Un día la casualidad puso en nuestro carruaje un hombre gallardo, joven e intrépido, y la fatalidad quiso que yo, que a nadie había amado, le amase a él; pero aquel hombre amó a la reina.

»Yo debí ser confidente de su pasión; y creo, señor Gilberto, que habiendo vos amado sin ser correspondido, podéis comprender lo que digo, y cuánto hube de sufrir.

»Pero aún no era bastante; llegó cierto día en que la reina me dijo: “¡Andrea, sálvame la vida, más que la vida... el honor!”. Y fue preciso que, siendo yo extraña para él, fuese esposa del hombre a quien amaba hacía tres años. Fui su esposa al fin.

»Cinco años estuve junto a ese hombre, abrasada en mi interior, pero con aspecto helado, estatua, en fin, cuyo corazón ardía; y esto durante cinco años.

Decidme, doctor, ¿podéis concebir cuánto debió padecer mi corazón?...

»Un día, por último, día de inefable delicia mi celo, mi fidelidad, mi silencio y mi abnegación, conmovieron a ese hombre. Al cabo de siete años que le amaba, sin darle motivo para sospechar jamás de mí, ni aun por una sola mirada, he aquí que él, muy conmovido, se me presentó, arrodillóse a mis pies y me dijo: “¡Todo lo sé, y os amo!”.

»¡Dios sin duda quería recompensarme, pues permitió que al propio tiempo que yo encontraba mi esposo, hallase también a mi hijo!

»Transcurrió un año, cual si fuese un día, como una hora, cual un minuto; este año fue mi vida entera.

»Hace cuatro días, el rayo cayó a mis pies.

»Su honor le aconsejaba volver a París a morir. No le hice ninguna observación, y salí con él.

»Apenas llegados, separóse de mí.

»¡Anoche le encontré muerto!... En esa alcoba está.

»¿Creéis que sea demasiada ambición mía, después de semejante vida, desear dormir en la misma tumba? ¿Creéis que podáis rehusarme, señor doctor, la súplica que voy a haceros?

»Sois un médico sabio, un hábil químico, señor Gilberto; muchas faltas habéis cometido contra mí, muchas tenéis que expiar... ¡Dadme un tóxico rápido y seguro, y no solamente os perdonaré, sino que moriré llena de agradecimiento!».

—¡Señora —repuso Gilberto—, como habéis dicho, vuestra vida ha sido una prueba muy dolorosa, y esta prueba, el Señor os la recompensa, la habéis sobrellevado como una mártir, noble y santamente!

Andrea movió ligeramente la cabeza, como diciendo: «Ya espero».

—Ahora —continuó el doctor—

decís a vuestro verdugo: «Me has dado una vida cruel, dame una muerte dulce». Derecho os asiste, señora, para hablar así, y razón tenéis para añadir: «Harás lo que te digo, porque no puedes rehusarme nada de cuanto te pido».

—¿Entonces, doctor?...

—¿Me exigís aún el veneno, señora?

—Sí, os suplico que me le deis, amigo mío.

—¿Tan pesada es para vos la vida, que no podéis sobrellevarla?

—La muerte es el mayor favor que puedan hacerme los hombres, y el mayor beneficio que Dios me pueda otorgar.

—Señora —repuso vivamente

Gilberto—, dentro de diez minutos tendréis lo que deseáis.

Inclinóse el doctor y dio un paso hacia atrás.

Andrea le ofreció la mano.

—¡Ah! —dijo—, ¡en un sólo instante me hacéis mayor bien que mal me habéis hecho en toda vuestra vida! ¡Bendito seáis, doctor!

Gilberto salió.

En la puerta encontró a Sebastián y a Pitou, que le esperaban en un coche de alquiler.

—Sebastián —dijo sacando un frasco que llevaba colgado de la cadena de su reloj en el pecho, y que contenía

un licor color de ópalo—. Sebastián, darás de parte mía este frasco a la condesa de Charny.

—¿Cuánto tiempo he de estar con ella, papá?

—El que quieras.

—¿En dónde os encontraré?

—Te aguardo aquí.

El joven tomó el frasco y entró.

Al cabo de un cuarto de hora volvió.

Gilberto le miró con ansiedad y vio que traía intacto el frasco.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó el doctor.

—«¡No de tu mano, hijo mío!», exclamó al verme.

—¿Qué ha hecho?

—Ha llorado.

—Entonces se ha salvado. Ven, hijo mío.

Y abrazó a Sebastián, con más ternura tal vez que había expresado nunca.

Por desgracia, Gilberto no contaba con Marat.

Ocho días después, supo que la condesa de Charny acababa de ser arrestada y conducida a la cárcel de la Abadía.

Capítulo CLXII

EL TEMPLE

Pero antes de seguir a Andrea a la prisión donde se trataba de enviarla como sospechosa, sigamos a la reina, a la que le estaba destinada como culpable.

Ya hemos dado a conocer el antagonismo entre la Asamblea y la municipalidad.

La Asamblea, como sucede con todos los cuerpos constituidos, no había

marchado al mismo paso que los individuos; lanzó al pueblo en la vía del 10 de agosto, y después se quedó atrás.

Las secciones habían improvisado el famoso consejo del municipio, y este consejo era el que en realidad había promovido los sucesos del 10 de agosto, predicado por la Asamblea.

Y la prueba es que el rey había ido a buscar refugio en la Asamblea para librarse de la municipalidad.

Aquella dio asilo al rey, mientras que a la segunda no le hubiera desagradado sorprenderle en las Tullerías, ahogarle entre dos colchones y estrujar entre dos puertas a la reina y

al delfín, o sea a la *loba* y al *lobezno*, como decían.

La Asamblea hizo fracasar aquel proyecto que, por infame que fuera, tal vez habría sido una gran felicidad.

Así, pues, la Asamblea protegiendo al rey, a la reina y al delfín, y a la misma corte; la Asamblea decretando que el rey habitaría el Luxemburgo, es decir, un palacio, se declaraba realista.

Cierto que, como en todas las cosas, hay grados en el realismo, y lo que era tal a los ojos del municipio y la Asamblea, era revolucionario a los ojos de los demás.

¿No iba a ser reducido a prisión

Lafayette por el emperador de Austria, por acusársele de revolucionario?

La municipalidad, pues, comenzaba a acusar a la Asamblea de realista; y de vez en cuando Robespierre sacaba, del agujero donde estaba oculto, su pequeña cabeza aplanada, para lanzar alguna calumnia venenosa.

Robespierre estaba precisamente a punto de indicar en aquel momento que un partido poderoso, la Gironda, ofrecía el trono al duque de Brunswick. La Gironda, ¿comprendéis bien?, es decir, la primera voz que hubiera gritado: «¡A las armas!», el primer brazo que se habría ofrecido para defender a Francia.

Ahora bien; la municipalidad *revolucionaria* debía, para llegar a la dictadura, contrarrestar lo que la Asamblea *realista* hiciese.

La Asamblea había acordado conceder al rey el Luxemburgo como alojamiento.

La municipalidad declaró que no respondía del rey si este habitaba el Luxemburgo, porque sus cuevas se comunicaban con las catacumbas, según se decía.

La Asamblea no quería romper con la municipalidad por tan poca cosa, y le confió el encargo de elegir la residencia real.

La municipalidad escogió el Temple.
¡Véase si era buena la elección!

El Temple no es, como el Luxemburgo, un palacio que comunica por sus cuevas con las catacumbas y por sus muros con la llanura, formando ángulo agudo con las Tullerías y la Casa de la ciudad, no; es una prisión situada a la vista y el alcance de la Casa consistorial, y basta extender aquí la mano para abrir o cerrar sus puertas; es un antiguo torreón aislado, con su foso, una vieja torre baja, lúgubre y sombría. Felipe el Hermoso, es decir, la monarquía, quebrantó a la Edad Media que se revelaba contra él; la monarquía

quedará quebrantada por Edad nueva.

¿Cómo es que ese antiguo torreón ha quedado allí, en un barrio populoso, negro y triste como una lechuza al sol?

Allí es donde la municipalidad decide que habiten el rey y su familia.

¿Se ha señalado intencionadamente esa morada al soberano? No; es la casualidad, la fatalidad, y hasta diríamos la Providencia, si la palabra no fuese demasiado cruel.

En la noche del 13, el rey, la reina, *madame* Isabel, la princesa de Lamballe, la señora de Tourzel, el señor Chamilly, ayuda de cámara del rey, y el señor de Hue, que ejercía el mismo

cargo para el delfín, fueron conducidos al Temple.

La municipalidad se había apresurado de tal modo para que trasladasen al rey a su nueva residencia, que la torre no estaba preparada aún.

En su consecuencia, la familia real fue introducida en aquella parte del edificio habitada en otro tiempo por el conde de Artois cuando iba a París, y que se llamaba el palacio.

Todo París parecía estar contento; cierto era que tres mil ciudadanos habían muerto; pero el rey, el amigo de los extranjeros, el gran enemigo de la revolución, el aliado de los nobles y de

los sacerdotes, estaba prisionero.

Todas las casas que dominaban el Temple se habían iluminado.

Veíanse lamparillas en las almenas de la torre.

Cuando Luis XVI se apeó del coche, vio a Santerre a caballo, a diez pasos de la portezuela.

Dos municipales esperaban al rey con la cabeza cubierta.

—¡Entrad, caballero! —le dijeron.

El rey entró y, engañándose naturalmente respecto a su residencia futura, solicitó visitar las habitaciones del palacio.

Los municipales cruzaron una

sonrisa, y sin decirle que el paseo, que la visita que se proponía hacer era inútil, puesto que debía habitar en el torreón, le permitieron recorrer todo el Temple.

El rey hacía la elección de sus habitaciones, y los municipales se gozaban en aquel error que debía convertirse en amargura.

A las diez se sirvió la cena, durante la cual Manuel permaneció en pie junto al rey; ya no era un servidor dispuesto a obedecer, sino un carcelero, un vigilante, un amo.

Suponed dos órdenes contradictorias, una dada por el rey y

otra por Manuel: esta última es la que se ejecutará sin hacer caso de la otra.

Aquí comenzaba realmente el cautiverio.

A partir de la noche del 13 de agosto, el rey, vencido en la cima de la monarquía, abandona la cumbre suprema y baja con rápido paso por la vertiente opuesta de la montaña, al pie de la cual le espera el cadalso.

¡Ha necesitado dieciocho años para llegar al punto culminante y mantenerse en él; bastaron cinco meses y ocho días para ser precipitado!

¡Ved con qué rapidez le impelen!

A las diez se está en el comedor del

palacio; a las once en el salón.

El rey *está*, o por lo menos cree aún *estar*, pues ignora lo que pasa.

A las once se presenta uno de los comisarios para ordenar a los dos ayudas de cámara, Hue y Chamilly, que recojan la poca ropa blanca que tengan, y que le sigan.

—¿Dónde? —preguntaron los ayudas de cámara.

—A la residencia de noche de *vuestros* amos —dijo el comisario—, el palacio no es más que la residencia de día.

El rey, la reina y el delfín, no eran ya dueños más que de sus ayudas de

cámara.

En la puerta del palacio se encontró un municipal que marchó delante con un farol, y a quien fue preciso seguir.

Al débil resplandor de aquella luz, y gracias a la iluminación que parecía comenzar a extinguirse, el señor Hue trataba de reconocer las futuras habitaciones del rey; pero no veía ante sí más que el sombrío torreón elevándose en el aire como un gigante de granito, en cuya frente brillaba una corona de fuego.

—¡Dios mío! —exclamó el ayuda de cámara deteniéndose—. ¿Nos conduciréis a esa torre?

—¡Precisamente —contestó el municipal—. Ah!, ¡el tiempo de los palacios ha terminado ya! ¡Ahora verás cómo se aloja a los asesinos del pueblo!

Al pronunciar estas palabras, el hombre del farol tocaba en los primeros peldaños de una escalera de caracol.

Los ayudas de cámara iban a detenerse en el primer piso; pero su guía siguió subiendo.

En el segundo piso se detuvo al fin, y encaminándose por un corredor, a la derecha de la escalera, abrió una puerta que se veía a pocos pasos.

Una sola ventana iluminaba la habitación; tres o cuatro siales, una

mesa y un mísero lecho, constituían todo el ajuar.

—¿Quién de vosotros dos es el criado del rey? —preguntó el municipal.

—Yo soy su ayuda de cámara —contestó el señor de Chamilly.

—Ayuda de cámara o criado, será siempre la misma cosa.

Y señalando el lecho, añadió:

—¡Mira, ahí es dónde dormirá tu amo!

Y el hombre que llevaba el farol arrojó sobre una silla una colcha y un par de sábanas, encendió dos velas que estaban sobre la chimenea, y dejó solos a los dos ayudas de cámara.

Se iba a preparar la habitación de la reina, situada en el primer piso.

Los señores de Hue y de Chamilly se miraron estupefactos; aún tenían en sus ojos, llenos de lágrimas, los resplandores de las moradas reales, y ni siquiera era una prisión lo que se destinaba al rey, le alojaban en un tugurio.

Faltábale a la desgracia la majestad del aparato escénico.

Los dos examinaron la habitación.

El lecho estaba en una alcoba sin cortinas; una red de mimbres, muy vieja, aplicada contra la pared, indicaba una precaución para preservarse de las

chinchas, precaución insuficiente, como era fácil de ver.

Pero sin desalentarse por esto, comenzaron a limpiar, de la mejor manera posible, la habitación y la cama.

Cuando el uno barría y el otro quitaba el polvo, el rey entró.

—¡Oh, señor —exclamaron los dos a la vez—, qué infamia!

El rey, bien fuese por fuerza de alma o por indiferencia, permaneció impasible; dirigió una mirada en torno suyo, pero no dijo nada.

Como las paredes estaban llenas de estampas, y algunas eran obscenas, las arrancó.

—¡No quiero —dijo— que semejantes cosas estén a la vista de mi hija!

Después, hecha la cama, el rey se acostó y durmió tan tranquilo como si hubiera estado en las Tullerías, más aún tal vez.

Ciertamente que si en aquella hora se hubieran concedido al rey treinta mil libras de renta, una casa de campo con una fragua y una biblioteca, una capilla donde oír misa y un capellán para decirla, y un parque regular, donde hubieran podido vivir al abrigo de toda intriga, con la reina, el delfín y *madame* Royale, es decir, con su esposa y sus

hijos, el rey hubiera sido el hombre más feliz de su reino.

Pero no pensaba así la reina.

Si no se sonrojó al ver su jaula aquella altiva leona, era porque en el fondo de su pecho sufría tan cruel dolor, que estaba como ciega e insensible a todo cuanto la rodeaba.

Su habitación se componía de cuatro aposentos; una antecámara donde se quedó la princesa de Lamballe; una habitación donde se instaló la reina; un gabinete, que se cedió a la señora de Tourzel, y otra que fue destinada para *madame* Isabel y los dos niños.

Todo esto estaba algo más limpio

que en el aposento del rey.

Por lo demás, como si Manuel se hubiese avergonzado de la especie de superchería usada con el rey, anunció que el arquitecto de la municipalidad, el ciudadano Palloy, el mismo a quien se había encargado la demolición de la Bastilla, vendría a entenderse con el rey, para que la futura habitación de la familia real tuviese toda la comodidad posible.

Ahora, mientras que Andrea deposita en la tumba el cadáver de su esposo amado; mientras que Manuel instala en el Temple al rey y a la familia real; mientras que el carpintero levanta

la guillotina en la plaza del Carrousel, campo de victoria que se transforma en plaza de Greve, dirijamos una ojeada al interior de la Casa consistorial, donde hemos entrado ya dos o tres veces, y apreciemos esa autoridad que acaba de substituir a la de los Bailly y Lafayette, y que tiende a reemplazar a la Asamblea legislativa y apoderarse de la dictadura.

Veamos los hombres, y ellos nos darán la explicación de los actos.

En la noche del 10, cuando todo había terminado, por supuesto, cuando el estampido del cañón se debilitaba, cuando el estrépito del fuego de fusilería se había extinguido, cuando no se hacía

más que asesinar, un grupo de bribones ebrios y harapientos había llevado en brazos hasta el consejo de la municipalidad al hombre de las tinieblas, al búho de lúgubre aspecto, al profeta del populacho, al *divino* Marat.

No había opuesto resistencia, porque nada tenía ya que temer; la victoria era cosa decidida, y el campo quedaba abierto para los lobos, los buitres y los cuervos.

¡Le titulaban el *vencedor* del 10 de agosto, a él, a quien habían cogido en el momento de sacar la cabeza por la claraboya de su cueva!

Le habían coronado de laurel, y así

como César, había conservado la corona sobre su cabeza.

Los ciudadanos descamisados llevaron, como hemos dicho, y dejaron al dios Marat en medio de la sala del consejo.

Así era como se había arrojado a Vulcano estropeado en el consejo de los dioses.

Al ver a Vulcano, los dioses se habían reído; al ver a Marat, muchos se rieron; a otros les inspiró disgusto, y varios temblaron.

Estos últimos eran los que tenían razón.

Y sin embargo, Marat no formaba

parte del ayuntamiento, no había sido nombrado concejal; pero le llevaron allí y se quedó.

Se arregló expresamente para él una tribuna de periodista; pero en vez de hallarse este bajo la mano de la municipalidad, como *El Logógrafo* bajo la de la Asamblea, el ayuntamiento estuvo bajo las garras de Marat.

Así como en el magnífico drama de nuestro querido amigo Víctor Hugo, Angelo está sobre Padua, pero siente a Venecia sobre él, la municipalidad se hallaba sobre la Asamblea, pero sentía a Marat sobre sí.

¡Ved cómo ese altivo ayuntamiento

obedece a Marat, aunque esté sometido a la Asamblea! He aquí una de las primeras resoluciones que adopta:

«En adelante, las prensas de los envenenadores realistas serán confiscadas, y se adjudicarán a los impresores patriotas».

En la mañana del día en que se debe expedir el decreto, Marat le ejecuta: se dirige a la imprenta real, manda llevar una prensa a su casa, y en sacos toda la letra que le conviene. ¿No era el primero de los impresores patriotas?

La Asamblea se había espantado ante los asesinatos del 10, que fue impotente para evitar: se había

asesinado en su patio, en sus corredores y hasta en su puerta.

Danton había dicho:

—Donde empieza la acción de la justicia deben cesar las venganzas populares. Me comprometo ante la Asamblea a proteger a los hombres que se hallan en su recinto; marcharé a su cabeza y respondo de ellos.

Danton había dicho esto antes que Marat estuviese en el ayuntamiento; desde el momento en que Marat estuvo, ya no respondió de nada.

Ante la serpiente, el león disimuló y quiso proceder con astucia.

Lacroix, aquel anciano oficial, aquel

diputado atlético, uno de los cien brazos de Danton, subió a la tribuna y pidió que se hiciera nombrar por el comandante de la guardia nacional, por Santerre —el hombre quien los realistas reconocían un buen corazón, a pesar de su rudeza—, un tribunal de guerra que juzgara a los suizos, oficiales y soldados.

He aquí cuál era la idea de Lacroix, o más bien, de Danton.

Aquel tribunal de guerra se formaría con hombres que se hubieran batido, y que siendo, por lo tanto, persona de valor, sabrían apreciarlo en los que le tuvieran.

Por otra parte, siendo vencedores,

debía repugnarles condenar a los vencidos.

¿No se ha visto a estos vencedores, ebrios de sangre y hartos de carnicería, perdonar a las mujeres y hasta protegerlas?

Un tribunal de guerra compuesto de federados bretones o de marseleses, es decir, de vencedores, era, por lo tanto, la salvación de los prisioneros; y la prueba de que era una medida de clemencia fue que el ayuntamiento la rechazó.

Marat prefería la matanza, porque así se concluía antes.

¡Pedía cabezas, más cabezas, y

siempre cabezas!

Su cifra, en vez de disminuir, aumentaba siempre: primeramente pidió cincuenta mil cabezas, después cien mil, luego doscientas mil, y al fin exigió *doscientas setenta y tres mil*.

¿Cómo hacía aquella cuenta tan extraña? ¿Por qué aquella fracción tan extravagante?

Marat se hubiera visto muy apurado para decirlo.

Pidió la matanza; a esto se redujo todo, y la matanza se organizó.

Por esto Danton no volvió a poner los pies en el ayuntamiento, alegando que sus trabajos de ministro no le

permitían atender a otra cosa.

¿Qué hace la municipalidad?

Envía diputaciones a la Asamblea.

El día 16 se reciben tres, una tras otra.

El día 17 se presenta una nueva.

«El pueblo —dice— pierde la paciencia porque no se ha vengado. ¡Temed que se haga justicia por sí propio! Esta noche, a las doce, resonará la campana de alarma. Se necesita un tribunal del crimen en las Tullerías, y un juez para cada sección. ¡Luis XVI y María Antonieta querían sangre; ahora verán correr la de sus satélites!».

Aquella audacia, aquella presión,

hace saltar a dos hombres, el jacobino Chaudieu y el *dantonista*^[56] Thuriot.

—Los que quieren pedir aquí la matanza —dice Chaudieu— no son amigos del pueblo, sino aduladores. ¡Se quiere una inquisición y yo resistiré hasta la muerte!

—¡Queréis deshonrar a la Revolución —grita Thuriot—, la Revolución no es siempre de Francia, sino de la humanidad entera!

Después de las peticiones vienen las amenazas.

Los individuos de las secciones entran a su vez y dicen:

—Si dentro de dos o tres horas no se

nombra el director del jurado, y los individuos de este no se hallan en estado de obrar, ocurrirán grandes desgracias en París.

A esta última amenaza, la Asamblea se vio en la precisión de obedecer, y votó la creación de un tribunal extraordinario.

El 17 se había hecho la demanda.

El 19 estaba ya formado el tribunal; instalábase el día 20 y condenaba a muerte a un realista.

El 21 por la noche, el condenado de la víspera había sido ejecutado, a la luz de las hachas, en la plaza del Carrousel.

Por lo demás, aquella primera

ejecución fue terrible, tanto que el mismo verdugo no pudo resistir.

En el momento de mostrar al pueblo la cabeza de aquella primera víctima, que debía abrir tan ancho camino a las fúnebres carretas, profirió un grito, dejó rodar la cabeza por el suelo y cayó de espaldas.

Sus ayudantes le recogieron: había muerto.

Capítulo CLXIII

LA REVOLUCIÓN SANGRIENTA

La revolución de 1789, esto es, la de los Necker, Sieyès y Bailly, había acabado en 1790; la de los Barnave, Mirabeau y Lafayette, concluyó en 1792; la revolución grande, la sangrienta de los Danton, Marat, Robespierre, había comenzado ya.

Al poner seguidos estos tres nombres, no es mi intento confundirlos

en una sola apreciación; al contrario, a nuestro entender representa, en sus muy distintas personalidades, las tres fases de los tres años que van a pasar.

Danton quedará caracterizado en 1792, Marat en 1793, y Robespierre en 1794.

Pero los acontecimientos se precipitan; examinémoslos y consideremos en seguida los medios por los cuales les hacen frente la Asamblea nacional y el ayuntamiento.

Por lo demás, he aquí muy cerca de la historia: todos los personajes de la nuestra han naufragado en la tempestad revolucionaria, con pocas excepciones.

¿Qué ha sido de los tres hermanos Charny, Jorge, Isidoro y Oliverio? Han muerto. ¿Qué ha sido de la reina y Andrea? Están presas. ¿Qué es de Lafayette? Huye. El 17 de agosto, Lafayette, por una orden del día había llamado al ejército para que marchase a París a restablecer la Constitución, deshacer la jornada del 10 de agosto y reponer al rey.

Lafayette, hombre leal, había perdido el juicio como todos los demás; lo que quería hacer era conducir directamente los prusianos y los austríacos a París.

El ejército se le opuso como por

instinto, de modo que más tarde se opuso a la orden de Dumouriez.

La historia hubiera juntado los dos nombres de estos dos generales si Lafayette, detestado por la reina, no hubiera tenido la suerte de ser arrestado por los austríacos y ser encerrado en Olmütz; la cautividad hizo olvidar su deserción.

El 18 pasó Lafayette la frontera.

El 21 los enemigos de Francia, los aliados del trono, contra los cuales se ha hecho el 10 de agosto, y contra los que va a hacerse el 2 de septiembre; los austríacos que María Antonieta llamaba a su socorro durante aquella noche clara

en que la luna, pasando a través de las vidrieras del dormitorio de la reina, venía a jugar sobre su lecho, los austríacos embestían a Longwy.

Después de veinticuatro horas largas de bombardeo, Longwy se rendía.

La víspera de esta rendición, en la otra extremidad de Francia se sublevaba la Vendée. La prestación del juramento eclesiástico servía de pretexto a esta sublevación.

Para oponerse a estos acontecimientos, la Asamblea nombraba a Dumouriez comandante general del Este y decretaba la acusación de Lafayette.

Decretaba también que tan luego como Longwy entrase en poder de la nación francesa, serían destruidas y arrasadas todas las casas, excepto los edificios nacionales; daba una ley que desterraba del reino todo sacerdote no juramentado; autorizaba las visitas domiciliarias, confiscaba, en fin, y ponía en venta todos los bienes de los emigrados.

Ahora bien; ¿qué hacía la municipalidad durante ese tiempo?

Hemos dicho cuál era su oráculo: Marat.

La municipalidad guillotinaba en la plaza del Carrousel; se le daba una

cabeza por día; era demasiado loco; pero en un folleto que apareció a fines de agosto, los individuos del tribunal explicaron el enorme trabajo que se habían impuesto para alcanzar este resultado, por poco lisonjero que pareciese; pero es verdad que el papel estaba firmado por Fouquier-Thinville.

Por lo mismo, ved lo que imagina la municipalidad; aunque es un sueño, un delirio, muy pronto tendremos que asistir a la realización de este sueño.

Presentó su prospecto el 23 por la tarde.

Seguida de una honda recogida en los basureros de los barrios exteriores y

de los mercados, se presenta hacia media noche a la Asamblea nacional una diputación del ayuntamiento.

¿Qué pide? Que los presos de Orleáns sean traídos a París, para que sufran en este punto su suplicio.

Los presos de Orleáns no serán, pues, juzgados.

No hay que apurarse, esa es una formalidad de que el ayuntamiento prescindirá.

Por lo demás, la fiesta del 10 de agosto va a llegar y vendrá en su auxilio.

Sergent, su artista, se encargará de ordenarla; ya puso en escena la procesión de la patria en peligro, y

sabemos que no lo hizo mal.

En esta ocasión lo hará mejor.

Se trata de llenar de duelo, de venganza, de dolor mortífero, las almas de todos los que han perdido el 10 de agosto algún ser amado.

Enfrente de la guillotina, que funciona en la plaza del Carrousel, hace levantar en el estanque grande de las Tullerías una gigantesca pirámide cubierta de sarga negra, y sobre cada uno de cuyos frentes se halla escrita una de las matanzas que se atribuyen a los realistas: matanza de Nancy, matanza de Nimes, matanza de Montauban, matanza del Campo de Marte.

La guillotina decía: «¡Mato!», la pirámide: «¡Mata!».

El domingo 27 de agosto, a los cinco días de la insurrección de la Vendée y cuatro después de la toma de Longwy, de que se posesionó el general Clerfayt en nombre del rey Luis XVI, se puso en marcha la procesión expiatoria, a eso de las ocho de la noche, a fin de sacar partido de la misteriosa majestad que prestan las tinieblas.

Primeramente, y en medio de nubes de humo producido por perfumes, quemados por toda la carrera que la procesión debía recorrer, marchaban las viudas y los huérfanos del 10 de agosto,

vestidos de blanco, ceñidos con cinturones negros, y llevando en un arca, de forma antigua, la petición que vimos dictar a *madame* Roland y escribir a la señora de Keralio, y cuyas hojas ensangrentadas se encontraron esparcidas en el Campo de Marte; en ella se pedía la República desde el 17 de julio de 1791.

Seguían después unos gigantescos sarcófagos negros, alusivos a las carretas de cadáveres que, cargados en los patios de las Tullerías, eran transportados hacia los arrabales. Luego, banderas de luto y de venganza pidiendo muerte por muerte. Detrás la

Ley, estatua colosal con la espada apoyada en la cadera. Seguíanla los jueces de los tribunales, a cuya cabeza marchaba el tribunal revolucionario del 10 de agosto, el mismo que se excusaba de no hacer caer más que una cabeza por día.

Marchaba en seguida el ayuntamiento, madre sangrienta de ese tribunal, llevando en sus filas la estatua de la Libertad, de igual estatura que la de la Ley; por último, la Asamblea, llevando esas coronas cívicas que consolarán tal vez a los muertos, pero que son extremadamente insuficientes para los vivos.

Todo esto avanzaba majestuosamente, en medio de los sombríos cantos de Chénier, de la severa música de Gossec, a paso lento como el de la venganza, pero como el suyo, seguro.

Una parte de la noche del 27 al 28 se pasó en la realización de esta ceremonia expiatoria, fiesta funeraria de las turbas, durante la cual esas mismas turbas, amenazando con el puño a las Tullerías, que nadie habitaba, amenazaban a las prisiones, fortalezas de seguridad que se había dado a los reyes y a los realistas en cambio de sus palacios.

En fin, luego que la última luz se

apagó, que la última hacha quedó reducida a humo, el pueblo se retiró.

Las estatuas de la Ley y de la Libertad quedaron solas para guardar el inmenso sarcófago; pero como nadie las vigilaba, fuese imprudencia o sacrilegio, las dos estatuas fueron despojadas durante la noche de sus vestidos inferiores; al día siguiente, las dos pobres diosas eran menos que mujeres.

A su vista, el pueblo lanzó un grito de rabia; acusó a los realistas, corrió a la Asamblea, pidió venganza, se apoderó de las estatuas y las condujo a la plaza de Luis XV.

El patíbulo las siguió más tarde a

esa misma plaza, y las dio el 21 de enero una terrible satisfacción del ultraje que se las había hecho el 28 de agosto.

Ese mismo día 28 de agosto, decretó la Asamblea las visitas domiciliarias.

El rumor de la unión de los ejércitos prusianos y austríaco, y de la toma de Longwy por el general Clerfayt, empezó en el pueblo.

Así, el enemigo llamado por el rey, nobles y clérigos, marchaba sobre París, y suponiendo que nada lo detuviese, podía llegar a él en seis etapas.

¿Qué sucedería entonces en París, que hervía como un cráter, y cuyas

sacudidas conmovían el mundo hacía ya tres años? Lo que había dicho Bouillé en una carta; broma de que se había hecho burla, y que iba a convertirse en realidad: «no quedaría piedra sobre piedra».

Aún había más, se hablaba como seguro de un terrible juicio general que, después de haber destruido París, exterminaría a los parisienses. ¿De qué modo y por quién sería pronunciado este juicio? Los escritores de la época no lo dicen; pero la verdad es que la mano sangrienta del ayuntamiento se halla en esta leyenda que, en vez de referir lo pasado, nos cuenta el porvenir.

Y ¿por qué no creerlo? He aquí lo que hemos leído en los archivos, en una carta que fue hallada el 10 de agosto en las Tullerías:

«Los tribunales marchan detrás de los ejércitos; los individuos del Parlamento que han emigrado instruyen, sin detenerse, en el campamento del rey de Prusia, las causas de los Jacobinos, y preparan sus horcas».

Así, cuando los ejércitos prusianos y austríacos lleguen a París, se hará la instrucción, se pronunciará la sentencia y no habrá más que hacerla efectiva.

Y para confirmar lo que decía la letra, véase lo que decía el Boletín

oficial de la guerra:

La caballería austríaca se ha apoderado, en los alrededores, de Sarxelouis, de los alcaldes patriotas y de los republicanos conocidos.

Los hulanos han cogido algunos concejales, les han cortado las orejas y se las han clavado en la frente.

Si esto se hacía en una provincia inofensiva, ¿qué se haría en París revolucionario?

Esto no era ya un secreto. He aquí la

noticia que, dada en todas las encrucijadas, se extendía de ellas como de un centro y corría hasta las extremidades. Se levantará un gran trono para los reyes aliados enfrente del montón de las ruinas a que habrá sido reducido París; toda la población parisiense será empujada, arrastrada cautiva a los pies de ese trono, donde, como en el día del juicio final, se separará a los buenos de los malos; los buenos, es decir, los realistas y los clérigos, pasarán a la derecha y harán lo que quieran de Francia, que les será devuelta; los malos, esto es, los revolucionarios, pasarán a la izquierda,

donde hallarán la guillotina, instrumento que la revolución ha inventado, y en el cual perecerá esa misma revolución.

La revolución es decir Francia; y no sólo Francia —porque eso nada sería; los pueblos existen para servir de holocausto a las ideas—, sino el pensamiento de Francia.

Y ¿por qué ha sido ella la primera que ha pronunciado la palabra *Libertad*? Ha creído proclamar una cosa santa: la luz de los ojos, la vida de las almas, y ha dicho: «¡Libertad para Francia, libertad para la Europa, libertad para el mundo!». Ha creído hacer una cosa grande emancipando la tierra, y he aquí

que se ha engañado, según parece; he aquí que creyendo ser inocente y sublime, era culpable e infame; he aquí que creyendo ejecutar una acción grande, ha cometido un crimen; he aquí que se le juzga, que se le condena, que se la decapita y que se le arrastra a las gemonías del universo, el cual muriendo por su bienestar, aplaude su muerte.

¡Así Jesucristo, crucificado para la salvación de la humanidad, murió en medio de las burlas y de los insultos del mundo!

Pero en fin, para sostenerse contra el extranjero, ese pobre pueblo tendrá algún apoyo en sí mismo. Aquellos a

quienes adoró, enriqueciéndolos además, aquellos a quienes pagó, ¿acaso no le defenderán?

No.

Su rey conspira con el enemigo, y desde el Temple, donde está encerrado, continúa en correspondencia con los prusianos y los austríacos; su nobleza marcha contra él, organizada y conducida por sus príncipes; su clero insurrecciona los campesinos.

Desde las prisiones en que están los presos políticos, aplauden las derrotas de Francia; los prusianos en Longwy hacen lanzar un grito de alegría al Temple, a la Abadía y a la Fuerza.

Así Danton, el hombre de los partidos extremos, entra rugiente en la Asamblea.

El ministro de la Justicia cree a la justicia impotente y pide se le conceda la fuerza, para que, apoyada en ella, pueda marchar la primera.

Sube a la tribuna, sacude su melena de león y extiende su mano poderosa, aquella mano que el 10 de agosto rompió las puertas de las Tullerías.

«Es necesario —exclama— un sacudimiento nacional que haga retroceder a los déspotas; hasta aquí no hemos tenido más que un simulacro de guerra; pero no se trata ahora de ese

juego miserable. Es menester que el pueblo se precipite en masa sobre los enemigos, para exterminarlos de un solo golpe. *Es menester, al mismo tiempo, encadenar a todos los conspiradores; es menester impedirles que nos hagan daño».*

Y Danton pidió el levantamiento en masa, las visitas domiciliarias, las pesquisas nocturnas con pena de muerte contra cualquiera que embarazase los actos del gobierno provisional.

Y Danton obtuvo lo que pidió, y más aún, si más hubiese pedido.

«Nunca» —dice Michelet—, nunca sé halló pueblo alguno en tan gran

peligro de muerte. Cuando Holanda cerró a Luis XIV a sus puertas, no tuvo más recurso que inundarse, ahogarse a sí misma, estuvo en menos peligro, pues tenía de su parte a toda Europa. Cuando Atenas vio el trono de Jerges sobre la roca de Salamina, perdió tierra, arrojóse a nado, tomó el agua por patria, y estuvo en menos peligro; se hallaba en su poderosa flota, organizada en manos del gran Temistocles, y más feliz que Francia, no abrigaba la traición en su seno.

Francia estaba desorganizada, disuelta, vendida, entregada; estaba, como Ifigenia, bajo el cuchillo de

Calchas. Los reyes esperaban en círculo su muerte para que el viento del despotismo hinchase sus velas; Francia tendía sus brazos a los dioses; pero los dioses estaban sordos.

Al sentir que la muerte ponía sobre ella su fría mano se contrajo, se replegó sobre sí misma; pero un volcán de vida hizo brotar de sus propias entrañas esa llama que alumbró al mundo abrasándole al mismo tiempo durante medio siglo.

Es verdad que hay una mancha de sangre para empañar el sol.

La mancha del 2 de septiembre; ya nos acercamos a él y veremos quién

derramó esa sangre, y si debe imputarse a Francia o a los hombres inicuos que infeccionan cuanto tocan. Pero antes, y para terminar este capítulo, copiemos solamente dos páginas del historiador Michelet.

Al lado de este gigante nos sentimos sin fuerza, y como Danton, le llamamos en nuestro socorro.

Dichas páginas son estas:

«París presentaba el aspecto de una plaza fuerte; habríase creído estar en Lille o en Estrasburgo: por doquier consignas, centinelas, precauciones militares prematuras; el enemigo estaba aún a cincuenta o sesenta leguas. Lo más

serio, lo más conmovedor, era el sentimiento de profunda unidad que se revelaba admirablemente por todas partes; cada cual se dirigía a todos, hablaba, pedía por la patria, se hacía reclutador, iba de casa en casa, ofrecía al que podía vestir el uniforme las armas que poseía; todos eran oradores, arengaban, discurrían, cantaban canciones patrióticas. ¿Quién no era autor en aquel momento? ¿Quién no imprimía? ¿Quién no anunciaba alguna cosa? ¿Quién no era actor en aquel grande espectáculo? Las escenas que se representaban eran las más sencillas, y todos tomaban parte en ellas; en las

plazas, en los tablados levantados para los alistamientos, en las tribunas donde se hacían también inscribir, oíanse cantos, gritos, veíanse lágrimas de entusiasmo o de despedida; pero más que todas esas voces, resonaba en los corazones una voz muda, pero más profunda por eso mismo: la voz de Francia, elocuente en todos sus símbolos, más que todos patética, la bandera santa y terrible del peligro de la patria colocada en las ventanas de la casa de la Ciudad: bandera inmensa que, agitada por el viento, parecía decir a las legiones populares que se diesen prisa a marchar, desde los Pirineos al Escalda,

desde el Sena al Rhin.

»Para saber lo que era ese momento de sacrificio, necesario sería entrar en cada cabaña, en cada hogar, y ver la despedida de una esposa, el adiós de una madre; necesario sería ver a esa pobre anciana, secos los ojos, destrozados el corazón, reunir apresurada los pocos harapos que su hijo ha de llevarse, las pobres economías, los pocos sueldos ahorrados por el ayuno, y que se ha robado a sí misma para su hijo en este día de supremas aflicciones.

»Dar sus hijos para esa guerra que empezaba con tan pocas probabilidades

de triunfo, inmolarlos a esa situación extrema y desesperada, era demasiado para la mayor parte de ellas; sucumbían todas oprimidas por estos pensamientos, o bien por una reacción natural se dejaban arrastrar a extremos de furor, sin consideración a nada y sin temer cosa alguna; jamás el terror ha tenido lugar en una alma que se halla en ese estado: ¿qué puede atemorizar al que desea la muerte?

»Nos han referido que un día, en agosto o septiembre, sin duda, un grupo de esas mujeres enfurecidas encontró a Danton en la calle, le injuriaron, como habrían injuriado a la guerra misma,

echándole en cara la revolución, toda la sangre que se derramaría y la muerte de sus hijos, maldiciéndolo y rogando a Dios que aquella sangre cayese sobre su cabeza. Danton no se asustó, y aunque sintió que las uñas de aquellas mujeres le amenazaban, se volvió bruscamente, las miró y tuvo lástima de ellas. Danton era hombre de alma: subió a un poste, y para consolarlas comenzó a dirigirles injurias en su lenguaje. A sus primeras palabras, que fueron violentas, burlescas, obscenas, las mujeres quedaron sobrecogidas, y la cólera de Danton, verdadera o fingida, desarmó la de ellas. El prodigioso orador, hombre

de instinto y calculador, tenía un temperamento sensual y vigoroso, propio para el amor físico en que dominaba la carne y la sangre. Danton era hombre sobre todo; participaba de la naturaleza del león, del dogo, y no poco del toro; su rostro asustaba, y su sublime fealdad daba a su dicción brusca, incisiva en ocasiones, una especie de carácter salvaje. Las masas, a quienes gusta la fuerza, experimentaban en su presencia todo el temor y toda la simpatía que inspira un ser poderosamente creador; bajo aquel rostro violento, furioso, se entreveía también un corazón; por último, se

concluía por sospechar que aquel hombre terrible, que sólo hablaba amenazando, ocultaba a un hombre honrado. Aquellas mujeres amotinadas en torno suyo, experimentaron algo de esto y se dejaron arengar, influir, dominar, y las llevó a donde y como quiso. Les explicó rudamente para qué sirve la mujer, para qué el amor, para qué la generación; que no se procrea para sí, sino para la patria. Llegado aquí se elevó, no habló a nadie, sino a sí mismo al parecer, y su corazón se exhaló de su pecho con palabras de violenta ternura por Francia, y en su extraña fisonomía marcada de viruelas, y que

semejaba a la escoria del Vesubio o del Etna, comenzaron a distinguirse gruesas gotas: eran lágrimas. Las mujeres no pudieron resistir a este ataque; lloraron por Francia en vez de llorar por sus hijos, y sollozando se marcharon enjugando sus ojos con sus delantales».

¿Dónde estás, gran historiador que te llamas Michelet?

En Nervi.

¿Dónde el gran poeta llamado Hugo?

En Jersey.

Capítulo CLXIV

LA VÍSPERA DEL 2 DE SEPTIEMBRE

«Cuando la patria está en peligro — había dicho Danton el 28 de agosto en la Asamblea nacional— todo pertenece a la patria».

El 29, a las cuatro de la tarde, se tocaba generala.

Sabíase ya de qué se trataba; iban a comenzar las visitas domiciliarias.

Como al golpe de una varilla

mágica, apenas se oyó el primer redoble de tambores, París cambió de aspecto, y de populoso que era quedó solitario.

Las tiendas abiertas se cerraron, y todas las calles fueron ocupadas por pelotones de sesenta hombres.

En las barreras y en el río se puso guardia.

A la una de la madrugada comenzaron las visitas en todas las casas.

Los comisarios de las secciones llamaban a la puerta de la calle en nombre de la ley, y todas se abrían al punto.

Llamaban en cada habitación,

siempre en nombre de la ley, y se les franqueaba el paso; también forzaban las puertas de las habitaciones que no tenían inquilinos.

Así cogieron dos mil fusiles, y se detuvo a tres mil personas.

Se necesitaba inspirar terror, y se consiguió.

De esta medida resultó una cosa con que no se había contado, o en que se había pensado más de lo necesario.

Aquellas visitas domiciliarias habían abierto a los pobres las moradas de los ricos; los individuos armados de las secciones, que seguían a los magistrados, pudieron dirigir así una

mirada de asombro a las profundidades sedosas y doradas de los magníficos palacios, habitados aún por sus dueños, pero los cuales estaban ausentes; y de aquí, no el deseo del pillaje, pero sí una causa para que redoblase el odio.

Se saqueó tan poco, que Beaumarchais, que estaba entonces en la prisión, refiere que en sus magníficos jardines del bulevar de San Antonio, una mujer cogió una rosa, y por esto se quiso arrojarla al agua.

Y obsérvese que esto sucedía en el momento en que la municipalidad acababa de decretar *que los vendedores de plata serían castigados con la pena*

capital.

He aquí cómo el ayuntamiento se substituía a la Asamblea, decretando la pena de muerte. Acababa de otorgar a Chaumette derecho de abrir las prisiones y poner en libertad a los detenidos, arrogándose así el derecho de gracia; y por último, acababa de ordenar que en la puerta de cada prisión se exhibiera la lista de los presos que contuviese; esto era excitar al odio y a la venganza, pues así todos guardaban la puerta de la prisión donde estaba encerrado su enemigo. La Asamblea vio a qué abismo se la conducía, comprendiendo que, bien a pesar suyo,

se iban a manchar sus manos en sangre.

Y ¿por quién? Por la municipalidad, su enemiga.

No se necesitaba más que una ocasión para que la lucha estallase sangrienta y terrible entre los dos poderes.

Y esta ocasión se presentó con motivo de una nueva exigencia de la municipalidad.

El 29 de agosto, día de las visitas domiciliarias, el ayuntamiento citó ante su consejo, por medio de un artículo de diario, a Girey-Dupré, uno de los girondinos más audaces, porque era uno de los más jóvenes.

Girey-Dupré se refugió en el ministerio de la Guerra, por no haber tenido tiempo de hacerlo en la Asamblea.

Huguenin, presidente de la municipalidad, mandó invadir el ministerio de la Guerra para sacar de allí a viva fuerza al periodista girondino.

Ahora bien; la Gironda estaba siempre en mayoría en la Asamblea; insultada en uno de sus individuos se sublevó, y a su vez citó ante su tribunal al presidente; Huguenin no hizo caso, ni contestó siquiera.

El 30, la Asamblea expide un

decreto destituyendo a la municipalidad de París.

Un hecho que prueba hasta qué punto repugnaba aún el robo en aquella época, contribuyó mucho al decreto que acababa de dar.

Un individuo del municipio, o que se titulaba tal, mandó abrir el guardamueble y cogió de allí un cañoncito de plata, regalo hecho por la ciudad a Luis XIV cuando era niño.

Cambon, a quien se había nombrado guardián de la fortuna pública, tuvo conocimiento de este robo y mandó citar al culpable; el hombre no negó, ni se excusó siquiera, y limitóse a decir que

como aquel objeto precioso corría peligro de ser robado, pensó que estaría mejor en su casa que en ninguna otra parte.

Aquella tiranía de la municipalidad era muy enojosa, y parecía pesada a muchas personas. Louvet, el hombre de las valerosas iniciativas, era presidente de la sección de la calle de los Lombardos, e hizo declarar que el consejo general del ayuntamiento era culpable de usurpación.

Comprendiendo que se la apoyaba, la Asamblea decretó entonces que el presidente Huguenin, que no había querido presentarse por su voluntad,

fuera conducido por fuerza, y que dentro de veinticuatro horas se nombrara por las secciones un ayuntamiento nuevo.

El decreto fue expedido el 30 de agosto a las cinco de la tarde.

Contemos las horas, porque a partir de este momento avanzamos hacia la matanza del 2 de septiembre, y a cada minuto se verá dar un paso a la sangrienta diosa de brazos retorcidos y cabellos flotantes con ojos de espanto que se llama Terror.

Por lo demás, la Asamblea, recelando todavía un poco de su terrible enemiga, declaraba, al destituir a la municipalidad, que había merecido bien

de la patria, lo cual no era precisamente lógico.

Ornandum tollendum, decía Cicerón a propósito de Octavio.

Como este último se condujo la municipalidad: se dejó coronar, pero no expulsar.

Dos horas después de expedirse el decreto, Tallien, pequeño escriba, que se jactaba de ser el hombre de Danton; Tallien, secretario del ayuntamiento, propuso a la sección de los Thermes marchar contra la de los Lombardos.

¡Ah!, esta vez era realmente la guerra civil, no ya el pueblo contra el rey, la clase media contra los

aristócratas, las cabañas contra los castillos, las casas contra los palacios, sino sección contra sección, picas contra picas, ciudadanos contra ciudadanos.

Al mismo tiempo, Marat y Robespierre, el segundo como individuo del ayuntamiento, y el primero como aficionado, elevaron la voz.

Marat pidió la matanza de la Asamblea nacional; pero esto no era nada, porque todos estaban acostumbrados a oírle hacer semejantes proposiciones.

Pero Robespierre, el cauteloso Robespierre, el denunciador vago y tenebroso, pidió que se tomaran las

armas, no sólo para defenderse, sino para atacar.

Era preciso que Robespierre creyera muy fuerte a la municipalidad, para pronunciarse así.

En efecto; era muy fuerte, pues en aquella misma noche, su secretario Tallien se presenta en la Asamblea con tres mil hombres armados con picas.

«La municipalidad —dice— y solamente la municipalidad, elevó a los individuos de la Asamblea a la categoría de representantes de un pueblo libre; la municipalidad hizo expedir el decreto contra los sacerdotes perturbadores, deteniendo a esos

hombres que nadie osaba tocar; y la municipalidad —añadió en conclusión — *habrá purgado de su presencia, dentro de pocos días, el suelo de la libertad*».

Así, pues, en la noche del 30 al 31 de agosto, ante la Asamblea misma, que acaba de destituir a la municipalidad, esta pronuncia la primera palabra sobre la matanza.

¿Quién la dice? ¿Quién es el que enrojece así el programa blanco aún?

Ya lo hemos visto: es Tallien, el hombre que hará el nueve Thermidor.

La Asamblea se sublevó; se debe hacerle esta justicia.

Manuel, procurador de la municipalidad, comprendió que se iba demasiado lejos; mandó detener a Tallien, y exigió que Huguenin diese una satisfacción a la Asamblea.

Y sin embargo, Manuel, que hacía estas dos cosas, sabía muy bien lo que iba a suceder, pues he aquí cómo procedió aquel pedante, pobre de espíritu, pero honrado.

Tenía en la Abadía un enemigo personal: Beaumarchais.

Este último, muy irónico, se había burlado mucho de Manuel, a quien le ocurrió que si Beaumarchais era asesinado con los demás, se podía

atribuir su muerte a una vil venganza de su amor propio; y en su consecuencia, corrió a la Abadía y mandó llamar a Beaumarchais. Este último, al verle, quiso excusarse, dando explicaciones a su víctima literaria.

—¡No se trata aquí de literatura, de periodismo, ni de crítica. He ahí la puerta abierta; salvaos ahora si no queréis ser asesinado mañana!

El autor de *Fígaro* no se lo hizo repetir dos veces: deslizóse por la puerta entornada y desapareció.

Supongamos ahora que Beaumarchais hubiera silbado a Collot-d'Herbois comediante, en vez de

haber criticado a Manuel autor; entonces habría sido hombre muerto.

Llegó el 31 de agosto, aquel gran día en que se iba a resolver entre la Asamblea y la municipalidad, es decir, entre el moderantismo y el terror.

El ayuntamiento estaba decidido a continuar en sus funciones.

La Asamblea había dimitido en favor de otra nueva.

Naturalmente, la municipalidad era quien debía triunfar, tanto más cuanto que el movimiento la favorecía.

El pueblo, sin saber lo que deseaba, quería ir a alguna parte; lanzado hacia adelante el 20 de junio y después el 10

de agosto, experimentaba una vaga necesidad de sangre y de matanza.

Preciso es decir que Marat por una parte y Hebert por la otra, le calentaban demasiado la cabeza; y hasta Robespierre, que deseaba reconquistar su popularidad, muy expuesta ahora por haber aconsejado la paz cuando toda Francia deseaba la guerra, hasta Robespierre, decimos, se hizo novelero y propaló las más absurdas noticias.

Un partido poderoso, según aseguró, ofrecía el trono al duque de Brunswick.

¿Cuáles eran en aquel momento los tres partidos poderosos que estaban en lucha? La Asamblea, la municipalidad y

los Jacobinos; pero en rigor los dos últimos podían convertirse en uno.

Robespierre era individuo del club de los Jacobinos, y también de la municipalidad.

El partido poderoso era la Gironda.

Ya hemos dicho que Robespierre traspasaba los límites de lo absurdo en sus noticias; y en efecto: ¿qué podía serlo más que acusar a la Gironda de haber ofrecido el trono al general enemigo, siendo así que había declarado la guerra a Prusia y Austria?

Y ¿quiénes eran los hombres a quienes se acusaba de esto? Los Vergniaud, los Roland, los Clavières,

los Servan, los Gensonné, los Guadet, los Barbaroux, es decir, los más fogosos patriotas, y al mismo tiempo los hombres más honrados de Francia.

Pero hay momentos en que un hombre como Robespierre lo dice todo, y lo peor, así como hay otros en que el pueblo cree cuanto le dicen.

Era llegado el 31 de agosto.

El médico que hubiera tenido los dedos sobre el pulso de Francia aquel día, hubiera sentido que las pulsaciones aumentaban a cada minuto.

El 30, a las cinco de la tarde, la Asamblea, como hemos dicho, había destituido a la municipalidad, y el

decreto prevenía que las secciones nombrasen nuevo consejo general en el plazo de veinticuatro horas; de modo que el 31, a las cinco de la tarde, el decreto se debía haber cumplido.

Pero las vociferaciones de Marat, las amenazas de Hebert y las calumnias de Robespierre, hacían que la municipalidad pesase de tal modo sobre París, que las secciones no se atrevieron a votar. Como pretexto de su abstención alegaron que no se les había notificado oficialmente el decreto.

El 31 de agosto, hacia el mediodía, la Asamblea tuvo noticia de que su decreto de la víspera no se ejecutaba ni

se ejecutaría. Era necesario apelar a la fuerza, e ignorábase si esta última estaría en favor de la Asamblea.

La municipalidad contaba con Santerre, y con su cuñado Pañis; este último, según se recordará, era aquel fanático de Robespierre que había propuesto a Rebecqui y a Barbaroux nombrar un dictador, y que les hizo entender que era preciso elegir para esto al *Incorruptible*; Santerre representaba a los arrabales, y estos eran la irresistible fuerza del Océano.

Si los arrabales derribaron las puertas de las Tullerías, bien podrían hacerlo con las de la Asamblea.

Además, esta última temía, no solamente ser abandonada de los más celosos patriotas, de aquellos que deseaban la revolución a toda costa, sino también —lo cual era mucho peor— verse apoyada a pesar suyo por los realistas moderados.

¡Entonces se perdía completamente!

A eso de las seis circuló en sus bancos la noticia de que había gran tumulto alrededor de la Abadía.

Se acababa de absolver a un tal Montmorin; el pueblo creyó que se trataba del ministro que había firmado los pasaportes con que Luis XVI había tratado de huir, y se dirigió en tropel a la

prisión, pidiendo a gritos la muerte del traidor. Costó muchísimo trabajo hacerle comprender su equivocación, y toda la noche hubo en las calles de París una fermentación espantosa.

Comprendíase que al día siguiente, el menor acontecimiento que estimulase la fermentación, tomaría proporciones colosales.

Este acontecimiento —que procuraremos referir con algunos detalles, porque se refiere a uno de los héroes de nuestra historia, a quien hemos perdido de vista largo tiempo hace— se preparaba en las prisiones del Châtelet.

Capítulo CLXV

DONDE SE ENCUENTRA OTRA VEZ AL SEÑOR DE BEAUSIRE

A consecuencia de la jornada del 10 de agosto, fue instituido un tribunal encargado especialmente de conocer en los robos cometidos en las Tullerías. El pueblo, como dice Peltier, había fusilado en el acto dos o trescientos ladrones cogidos en flagrante delito;

pero había, como se comprenderá, un número casi igual que, momentáneamente al menos, había conseguido ocultar sus latrocinios.

Entre estos honrados industriales se encontraba nuestro antiguo conocido el señor de Beausire, exento que fue de Su Majestad.

Nuestros lectores, que ya saben los antecedentes del amante de la señorita Oliva, del padre del joven Toussaint, no extrañarán que se halle después de esta jornada entre los que tenían que dar cuenta, no a la nación, sino a los tribunales, de la parte que en ella habían tomado.

El señor de Beausire se había introducido, en efecto, en las Tullerías; pero hombre de buen juicio, no era capaz de cometer la necedad de entrar el primero o uno de los primeros donde era peligroso entrar antes que los demás; entró, pues, a retaguardia de todos.

No eran las opiniones patrióticas del señor de Beausire las que le conducían al palacio de los reyes, bien para llorar en él la caída de la monarquía, bien para aplaudir el triunfo del pueblo, no; el señor de Beausire iba allí como aficionado, sobreponiéndose a todas esas debilidades humanas que se llaman opiniones, y llevando un solo objeto:

ver si a los que acababan de perder un trono, no se les habría extraviado al mismo tiempo alguna alhaja más manuable y menos expuesta a ser derrocada.

Mas para salvar las apariencias, el antiguo exento se había encasquetado un gorro colorado, armándose de un enorme sable, echado algunas manchas de sangre sobre su camisa, y mojado las manos en la del primer muerto que encontró; de manera que aquel lobo, siguiendo al ejército conquistador, aquel buitre cerniéndose después del combate sobre el campo de batalla, podía a primera vista ser tomado por un

vencedor.

Por tal le consideraron, en efecto, la mayor parte de los que le oyeron gritar: «¡Mueran los aristócratas!», y le vieron mirar debajo de las camas, abrir los armarios y escudriñar hasta los cajones de las cómodas, para ver indudablemente si en ellos se había escondido algún aristócrata.

Desgraciadamente para el señor de Beausire, se hallaba en las Tullerías, al mismo tiempo que él, un hombre que no gritaba, que no miraba debajo de las camas ni abría los armarios, pero que habiendo entrado en medio del fuego, sin estar armado, con los vencedores,

sin haber vencido, se paseaba, cruzadas las manos a la espalda, como habría hecho en un jardín público un día de cualquier fiesta, con su frac negro, raído, pero aseado, contentándose con alzar de vez en cuando la voz y decir:

—No olvidéis, ciudadanos, que no se mata a las mujeres ni se toca a las joyas.

En cuanto a los que se contentaban con matar hombres y arrojar muebles por las ventanas, no creía tener derecho para decirles nada.

En el momento conoció que Beausire no era de esta clase.

Así, a eso de las nueve y media,

Pitou, a quien, como sabemos, se había confiado, a título de honor, la guardia del vestíbulo del Reloj, vio bajar la escalera a un gigante de aspecto lúgubre que, dirigiéndose a él con atención, pero con firmeza, y como si hubiese recibido la misión de poner orden en el desorden y justicia en la venganza, le dijo:

—Capitán, veréis bajar un hombre que tiene un gorro encarnado, un sable en la mano, y que hace grandes ademanes; detenedle y haced que lo registren, porque ha robado una cajita con diamantes.

—Perded cuidado, señor Maillard —contestó Pitou, llevando la mano a su

sombrero.

—¡Ah!, ¿me conocéis, amigo mío?

—preguntó el exportero.

—¡Ya lo creo que os conozco, señor Maillard! ¿No os acordáis que estuvimos juntos en la toma de la Bastilla?

—¡Será posible!

—También estuvimos juntos en Versalles el cinco y seis de octubre.

—En efecto, allí estuve.

—¡Ya lo creo! Como que tuvisteis una querrela en la puerta de las Tullerías con un conserje que no quería dejaros pasar.

—Entonces haréis lo que os digo,

¿no es verdad?

—Eso y otra cosa, señor Maillard; lo que me digáis. ¡Ah!, ¡sois un buen patriota!

—Me jacto de ello, y por eso no quiero ni debemos permitir que se deshonne el nombre a que tenemos derecho. ¡Atención!, aquí está nuestro hombre.

—Y, en efecto, el señor Beausire bajaba en aquel momento la escalera del vestíbulo, agitando su sable y gritando: ¡Viva la nación!

Pitou hizo una seña a Tellier y Maniquet, los, cuales se colocaron con la mayor indiferencia delante de la

puerta, y él fue a esperar al señor de Beausire junto al último escalón.

El antiguo exento vio al soslayo las disposiciones tomadas, y sin duda le debieron inquietar, porque se detuvo, y como si hubiera olvidado algo, hizo un movimiento para volver a subir.

—Perdonad, ciudadano —dijo Pitou—, la salida es por aquí.

—¡Ah!, ¿por aquí se sale?

—Sí, y como hay orden de evacuar las Tullerías, tened la bondad de marchar.

Beausire irguió la cabeza y continuó bajando.

Llegado al último escalón, llevó la

mano a su gorro y, afectando el tono militar, dijo:

—Vaya, compañero, ¿se pasa o no se pasa?

—Se pasa —contestó Pitou—, pero es necesario someterse antes a una pequeña formalidad.

—¡Hum!, ¿a cuál, capitán?

—Es menester dejarse registrar.

—¿Registrar?

—Sí.

—¡Registrar a un patriota, a un vencedor, a un hombre que acaba de exterminar a los aristócratas!

Es la consigna; así, camarada, envainad vuestro sable, que ya es inútil,

pues los aristócratas están muertos, y dejaos registrar de buen grado, o si no haré emplear la fuerza.

—¡La fuerza! —dijo Beausire—, hablas así, capitanzuelo, porque tienes ahí veinte hombres a tus órdenes; pero si estuviéramos solos...

—Si estuviéramos solos, ciudadano —interrumpió Pitou—; cogería así tu muñeca con la mano derecha, te arrancaría el sable con la izquierda y lo quebraría bajo mis pies, como indigno ya de que lo toque la mano de un hombre de bien, habiéndolo tocado la de un ladrón.

Y poniendo en ejecución su teoría

mientras que hablaba, Pitou dobló la muñeca del falso patriota, le arrancó el sable, partió la hoja apoyando en ella el pie, y arrojó lejos de sí la empuñadura.

—¿Ladrón —exclamó el del gorro —, ladrón yo, el caballero de Beausire?

...

—Amigos míos —dijo Pitou empujando al antiguo exento en medio de su gentes—, registrad a ese hombre.

—¡Muy bien, registrad —dijo el hombre extendiendo los brazos como una víctima—, registrad!

Este permiso no era necesario, por supuesto, para proceder a la pesquisa; pero con grande extrañeza de Pitou y

con no poco asombro de Maillard, por más que registraron, volvieron los bolsillos y palparon por todas partes, sólo pudieron, hallar sobre el antiguo exento una baraja completa, pero casi borradas las figuras en fuerza de uso y de vejez, y la escasa suma de once sueldos.

Pitou miró a Maillard.

Y Maillard se encogió de hombros, como diciendo: «¿Qué queréis?».

—Registrad otra vez —dijo Pitou, en quien la paciencia, como sabemos, era una de las principales cualidades.

Se comenzó de nuevo la operación, y dio por resultado hallar la misma baraja

y los mismos once sueldos.

Beausire triunfaba.

—¿Qué tal? —exclamó—. ¿Queda deshonrado un sable porque mi mano lo toque?

—No —contestó Pitou—, y en prueba de ello, si no quedáis satisfecho con las excusas que os presento, uno de mis hombres os prestará el suyo, y os daré la satisfacción que deseáis.

—Gracias, joven —dijo Beausire irguiéndose con orgullo—, habéis obrado en virtud de una consigna, y un antiguo militar como yo sabe que una consigna es sagrada. Ahora os diré que la señora Beausire debe estar ya

inquieta por mi larga ausencia, y si se me permite retirarme...

—Cuando queráis —dijo Pitou— estáis libre.

Beausire saludó con aire desembarazado y salió.

Pitou buscó con la vista a Maillard, y, no viéndolo, preguntó:

—¿Habéis visto al señor Maillard?

—Me parece —contestó uno de los *haramonteses*^[57]— que ha vuelto a subir.

—Y os parece bien —repuso Pitou— porque hele aquí que baja.

Maillard bajaba, en efecto, y gracias a sus largas piernas, que le permitían

saltar un escalón sin tocar en él, se halló pronto en el vestíbulo.

—¿Habéis hallado algo? —preguntó a Pitou.

—Nada —contestó este.

—Pues yo he tenido más suerte, a fe mía, porque he encontrado la caja.

—Ya veis que no teníamos razón para...

—Al contrario, teníamos mucha.

Y abriendo la caja, Maillard mostró el engaste de oro despojado de todas las piedras preciosas que habían estado a él adheridas.

—¡Calla! —exclamó Pitou—, ¿qué significa eso?

—Significa que el muy bribón con algo ha desmontado los diamantes, y juzgando que el engaste le era embarazoso, le ha dejado en el cajón de la cómoda donde le ha encontrado.

—Pero ¿y los diamantes?

—¡Claro es!, ha encontrado medios de ocultarlos.

—¡Ah, bribón!

—¿Hace mucho tiempo que se marchó? —preguntó Maillard.

—Salía por la puerta del patio cuando bajabais.

—¿Qué dirección ha tomado?

—Me parece que hacia el río.

—Adiós, capitán.

—¿Os marcháis, señor Maillard?

—Quiero que nada me arguya la conciencia —contestó el exportero.

Y se lanzó en persecución de Beausire.

Pitou quedó aturdido con lo que había pasado; hallábase aún bajo la influencia de esta preocupación, cuando creyó reconocer a la condesa de Charny, y ocurrieron los acontecimientos que hemos referido en tiempo y lugar convenientes, no juzgando oportuno complicarlos con un incidente que, en nuestro juicio, debía ser materia de un capítulo aparte.

Capítulo CLXVI

EL PURGANTE

Por ligera que fuese la marcha de Maillard, no lo fue bastante para alcanzar a Beausire, el cual tenía en su favor tres circunstancias: primera, diez minutos de adelanto; segunda, la oscuridad; tercera, en fin, el número considerable de gentes que iban y venían, en medio de las cuales se confundió.

Una vez llegado al malecón de las

Tullerías, el exportero del Châtelet continuó su camino: vivía como sabemos, en el arrabal de San Antonio, y el seguir la línea de los malecones hasta la Greve, no le apartaba mucho de la dirección que debía tomar para ir a su casa.

Un numeroso concurso de gentes del pueblo se apiñaba al puente Nuevo y en el puente del Cambio; habíase hecho una exposición de cadáveres en la plaza del Palacio de Justicia, y todos continuaban esperando, o más bien, temiendo hallar entre ellos a su padre, a un pariente, a un amigo.

Maillard seguía como los demás.

Llegado a la esquina de la calle de la Barillerie y de la plaza del Palacio, Maillard, que era amigo del boticario que había en aquel punto, entró en la botica y se sentó.

Habló de los asuntos del momento en medio de los cirujanos que iban y venían pidiendo al farmacéutico vendas, ungüentos, hilas, cuanto necesitaban para curar a los heridos; porque entre los muertos, un grito, un gemido, una respiración anhelante, hacían descubrir de tiempo en tiempo un desgraciado que vivía aún, y que era inmediatamente separado de entre los cadáveres, curado y conducido al Hotel Dieu.

La confusión y el movimiento eran, pues, grandes en el laboratorio del digno farmacéutico; pero Maillard no era una visita molesta; además, siempre era recibido con benevolencia, en días como aquellos, un patriota del calibre de Maillard. El boticario, pues, hizo mil atenciones al exportero, que se sentó en un rincón y se encogió cuanto pudo plegando sus largas piernas.

Un cuarto de hora, poco más o menos después de su llegada, entró una mujer de treinta y siete a treinta y ocho años, que bajo la librea de la miseria más abyecta, conservaba cierto aspecto de antigua opulencia, cierto aire que

revelaba su aristocracia nativa o al menos estudiada.

Lo que en ella chocó más a Maillard fue su grande semejanza con la reina; hasta tal punto, que hubiese mostrado su admiración con un grito si no hubiera tenido la fuerza suficiente para dominarse.

Aquella mujer llevaba de la mano un chico de ocho o nueve años. Se adelantó con cierta timidez, ocultando lo mejor que podía la miseria de su vestido, que hacía resaltar más el cuidado que, en medio de su escasez, tenía de su cara y de sus manos.

Imposible la fue, durante algún

tiempo, hacerse oír en medio de aquella batahola, hasta que al fin, dirigiéndose al dueño del establecimiento, le dijo:

—Necesito un purgante para mi marido, que está enfermo.

—¿Cuál deseáis, ciudadana? —preguntó el boticario.

—El que os parezca, con tal que no cueste más de once sueldos.

La suma de once sueldos chocó a Maillard, pues era la misma que se había encontrado en el bolsillo del señor de Beausire.

—Y ¿por qué no ha de costar más de once sueldos? —preguntó el boticario.

—Porque es todo el dinero que mi

marido ha podido darme.

—Dad a la ciudadana una mezcla de ruibarbo y de jalapa —dijo el boticario al dependiente mayor. Este se ocupó en preparar la medicina, mientras el dueño del establecimiento despachaba a otros parroquianos.

Pero Maillard, que no tenía cosa alguna que le distrajese, concentró toda su atención en la mujer del purgante de once sueldos.

—Aquí está vuestro medicamento, ciudadana —dijo el dependiente.

—Vamos, Toussaint —dijo la mujer con un acento de dejadez que parecía serle habitual—, da los once sueldos,

hijo mío.

—Ahí están —dijo el chico.

Y poniendo sobre el mostrador el puñado de vellón, continuó:

—Anda, mamita Oliva, vamos pronto, que papá espera.

Y haciendo esfuerzos para llevarse a la madre, repitió:

—Pero anda pronto, mamita Oliva, anda pronto.

—Aquí no hay más que nueve sueldos, señora —dijo el dependiente.

—¡Cómo! ¿No hay más que nueve sueldos?

—Contadlos —replicó el dependiente.

La mujer contó, y, en, efecto, no había más que nueve sueldos.

—¿Qué has hecho de los otros dos, pícaro? —preguntó.

—Yo no sé —contestó el chico—, ¡anda mamita Oliva!

—Debes saberlo, porque te has empeñado en traer el dinero, y yo te lo di.

—Los he perdido —añadió el niño—, anda, vamos pronto.

—Vuestro hijo es muy guapo, ciudadana —dijo Maillard—, y parece muy despejado; pero es menester que tengáis cuidado para que no se haga un ladrón.

—¡Un ladrón! —repuso la mujer que el chicuelo había designado como el nombre de *mamita Oliva*—, y ¿por qué?

—Porque no ha perdido los dos sueldos, y se los ha guardado en el zapato.

—¡Yo, es mentira! —dijo el niño.

—En el zapato izquierdo, ciudadana —dijo Maillard.

Mamita Oliva, no obstante los gritos del joven Toussaint, le descalzó el pie izquierdo y encontró los dos sueldos dentro del zapato.

Dio la moneda al dependiente y arrastró consigo al chico, amenazándole con un castigo que habría parecido

terrible a los circunstantes, si no hubiesen tenido la precaución de rebajar la parte en que, necesariamente, había de disminuirlo el maternal cariño.

Este acontecimiento, de suyo bien poco importante, habría indudablemente pasado desapercibido en circunstancias tan graves como aquellas, si la semejanza de aquella mujer con la reina no hubiese preocupado a Maillard de un modo extraordinario.

De esta precaución resultó que, acercándose a su amigo el boticario, en un momento en que se hallaba desocupado, le dijo:

—¿Habéis fijado vuestra atención?

—¿En qué? —preguntó el boticario.

—En el parecido de la ciudadana que acaba de salir.

—¿Con la reina? —dijo riendo el farmacéutico.

—Sí; ¿le habéis notado como yo?

—Hace mucho tiempo.

—¡Cómo hace mucho tiempo!

—Sin duda, es una semejanza histórica.

—No os entiendo.

—¿No os acordáis de la famosa historia del collar?

—¿Cómo queréis que un portero del Châtelet olvide semejante historia?

—Entonces debéis acordaros de una

cierta Nicolasa de Leguay, llamada la señorita Oliva.

—Tenéis razón, que había desempeñado para con el cardenal de Rohan el papel de reina, ¿no es cierto?

—Y que vivía con una especie de tuno, de no muy limpios papeles: un antiguo exento, un tahúr, un espía llamado de Beausire.

—¡Cómo! —dijo Baillard, cual si le hubiese picado una serpiente.

—Llamado Beausire —repitió el boticario.

—Y ¿es ese Beausire el que ella, llama su marido? —preguntó Maillard.

—Sí.

—Y ¿es para él el medicamento que venía a buscar?

—Le habrá dado alguna indigestión a fuerza de comer y beber.

—¿Un purgante? —preguntó Maillard con la insistencia de un hombre que sigue la pista de un secreto importante y no quiere perderla.

—Un purgante, sí.

—¡Ah! —dijo Maillard dándose una palmada en la frente—, ya tengo a mi hombre.

—¿Qué hombre?

—El de los once sueldos.

—Y ¿quién es el hombre de los once sueldos?

—Beausire.

—Y ¿lo tenéis?

—Sí, sabiendo donde vive.

—Yo os lo diré.

—¡Bien!, ¿dónde vive?

—En la calle de Juiverie, número seis.

—¿Aquí cerca?

—A dos pasos.

—Pues entonces, ya no me admiro.

—¿De qué?

—De que el arrapiezo de Toussaint haya robado los dos sueldos a su madre.

—¡Cómo que eso no os admira!

—No; es hijo del señor Beausire, ¿no es cierto?

—Es su vivo retrato.

—El perro de buena raza, caza sin que lo enseñen; decidme como amigo — continuó Maillard, puesta la mano sobre vuestro corazón—, ¿en cuánto tiempo hará efecto vuestro medicamento?

—¿Me lo preguntáis con formalidad?

—Sí.

—Pasadas dos horas.

—Es cuanto necesito, tengo tiempo.

—¡Os interesa, pues, el señor de Beausire!

—Me interesa tanto, que temiendo lo cuiden mal, voy a buscarle...

—¿Qué?

—Dos enfermeros. Adiós, amigo mío.

Y saliendo de la botica con una sonrisa, la única que en su vida desarrugó su lúgubre fisonomía, corrió en dirección a las Tullerías.

Pitou estaba ausente; se recordará que atravesó el jardín en pos de Andrea y en busca del conde de Charny; pero en su ausencia halló a Maniquet y Tellier que guardaban la puerta.

Ambos le reconocieron.

—¡Hola, señor Maillard! —dijo Maniquet—, ¿lo habéis alcanzado?

—No, pero le sigo la pista.

—Me alegro —dijo Tellier—

porque aunque nada le encontró, apostarí­a que llevaba los diamantes.

—Apostad, ciudadano —dijo Maillard—, apostad y ganaréis.

—Y ¿se podrán recobrar? —añadió Maniquet.

—¿En qué, ciudadano Baillard?, contad con nosotros, estamos a vuestras órdenes.

Maillard hizo al teniente y al subteniente seña de que se acercasen.

—Escogedme en vuestra tropa dos hombres seguros.

—¿Cómo valientes?

—Como honrados.

—¡Oh!, tomad los que gustéis.

Y volviéndose hacia la puerta, dijo:

—¡Dos hombres, los que quieran!

Una docena se pusieron en pie.

—Vamos, Boulanger —dijo

Maniquet—, ven acá.

Uno de aquellos hombres se acercó.

—Y tú Monicar.

Otro se adelantó hasta el sitio donde estaba el primero.

—¿Queréis más, señor Maillard? —preguntó Tellier.

—No, estos me bastan. ¡Venid, amigos míos!

Los dos hombres siguieron a Maillard.

Los condujo a la calle de la Juiverie

y se detuvo delante de la puerta número 6.

—Aquí es —dijo—, subamos.

Los dos *haramonteses*, guiados por Maillard, entraron en un pasadizo, subieron la escalera y llegaron al cuarto piso.

Parados en él, sirviéronles de guía los gritos del señorito Toussaint, mal consolado aún de la corrección, no maternal, sino paternal; el señor de Beausire, viendo la gravedad del hecho, había creído deber intervenir y agregar algunos azotes de su mano pesada y enjuta a los que con su mano blanda y de mala voluntad había aplicado a su hijo

la señorita Oliva.

Maillard trató de abrir la puerta.

Pero estaba pasado el cerrojo.

Y llamó.

—¿Quién llama? —preguntó la señorita.

—En nombre de la ley, abrid — contestó Maillard.

Cambiáronse en el interior algunas palabras, cuyo resultado fue que el joven Toussaint se calló, creyendo que la ley se tomaba la molestia de llamar a su puerta a causa de los dos sueldos que había tratado de robar a su madre; mientras que Beausire, creyendo el llamamiento a consecuencia de las

visitas domiciliarias, trataba de tranquilizar a Oliva, aunque él no lo estaba mucho.

Madame de Beausire se decidió al fin y abrió la puerta en el momento en que Maillard se disponía a llamar por segunda vez.

Los tres hombres entraron con grande terror de la señorita Oliva y del joven Toussaint, que trató de esconderse detrás de una silla vieja.

El señor de Beausire estaba acostado, y Maillard vio con grande satisfacción, sobre la mesa de noche alumbrada con humeante luz de una vela de sebo colorado en un candelero de

hierro, la botella del purgante ya vacía. Le había, pues, tomado, y sólo restaba aguardar que produjese su efecto.

En el camino había explicado el caso a Boulanger y Monicar, de modo que llegados al cuarto del señor de Beausire, sólo tenían que permanecer vigilantes.

Así, después de haberlos instalado a la cabecera del paciente, les dijo:

—Ciudadanos, el señor de Beausire es como aquella princesa de las *Mil y una noches*, que sólo hablaba cuando se veía precisado a hacerlo, pero que cada vez que habría la boca dejaba caer de ella un diamante. No dejéis, pues,

perder una sola palabra del señor de Beausire sin examinar su contenido; me voy al ayuntamiento; cuando no le quede nada que decir lo conduciréis al Châtelet, recomendándolo de parte del ciudadano Maillard, y vendréis a reuniros conmigo a la municipalidad, llevando con vosotros el producto de la conversación.

Los dos guardias nacionales se inclinaron en señal de obediencia pasiva, y se colocaron, arma al brazo, a la cabecera del señor Beausire.

El boticario no se engañó, el medicamento hizo su efecto al cabo de dos horas, y el resultado, que duró una,

poco más o menos, fue completamente satisfactorio.

Las tres de la mañana serían cuando Maillard vio llegar a sus dos hombres.

Traían por valor de unos diez mil francos de diamantes de aguas magníficas, extraídos de un receptáculo del señor de Beausire.

Maillard los depositó en nombre suyo y de los dos *haramonteses* en manos del procurador del ayuntamiento, el cual expidió un certificado haciendo constar que los ciudadanos Maillard, Monicar y Boulanger, habían merecido bien de la patria.

Capítulo CLXVII

EL 1 DE
SEPTIEMBRE

He aquí lo que había sucedido después del acontecimiento tragicómico que acabamos de referir.

El señor de Beausire, enterrado en la prisión del Châtelet, estaba sometido al jurado que debía entender particularmente en los delitos de robos cometidos el 10 de agosto y días siguientes.

No había medio de negar, porque el hecho se había probado claramente.

Por eso el acusado se limitó a confesar humildemente su falta, implorando la clemencia del tribunal.

Este último había ordenado buscar los antecedentes del señor de Beausire, y poco satisfecho de los informes que recibió, había condenado al antiguo exento a cinco años de presidio y a la exposición pública.

El señor de Beausire alegó en vano que no había cometido aquel robo sino por sentimientos honrosos, es decir, con la esperanza de asegurar un porvenir tranquilo; pero nada pudo conjurar la

sentencia; y como en su calidad de tribunal especial, el que lo condenaba no admitía apelación, al día siguiente del juicio la sentencia era ejecutiva.

¡Ay!, ¡más hubiera valido que se la hubiesen aplicado en el acto!

La fatalidad quiso que la víspera del día en que el señor de Beausire debía ser expuesto, se introdujera en la prisión a uno de sus antiguos compañeros; hízose el reconocimiento y se siguieron las confidencias.

El nuevo prisionero, según dijo él, fue detenido con motivo de una trama perfectamente organizada que debía tener su desenlace en la plaza de Greve

o en la del Palacio.

Los conjurados se reunirían allí en número considerable, bajo el pretexto de ver la primera exposición que se hiciera —en aquella época se exponía indiferentemente en la plaza de Greve o frente al Palacio de Justicia—, y a los gritos de «¡Viva el rey! ¡Vivan los prusianos! ¡Muerte a la nación!», se apoderarían de la casa de la Ciudad, llamarían en su auxilio a la guardia nacional, cuyas dos terceras partes se componían de realistas, o por lo menos de constitucionales, mantendrían la abolición de la municipalidad, destituida el 30 de agosto por la

Asamblea, y efectuarían, en fin, la contrarrevolución realista.

Por desgracia, aquel amigo del señor de Beausire recientemente aprisionado, era quien debía dar la señal, y los otros conspiradores, ignorando su arresto, se dirigirían a la plaza el día en que se expusiese al primer condenado; mas como no estaría allí el que debía dar la señal, el movimiento no podría efectuarse.

Esto era tanto más sensible, añadía el amigo, cuanto que jamás se había combinado mejor conspiración alguna con más probabilidades de buen éxito.

La detención del amigo del señor

Beausire tenía además otra contra deplorable, y era que seguramente, en medio del tumulto, el condenado no podría menos de recobrar la libertad, huir y escapar de la doble pena de ser marcado e ir a presidio.

El señor de Beausire, aunque sin tener opinión bien determinada, se había inclinado siempre en favor de la monarquía; de modo que se lamentó amargamente, primero por causa del rey y después por sí mismo, que el movimiento no se llevase a cabo.

De pronto se dio un golpe en la frente, porque una idea le había iluminado de improviso.

—¡Pero esa primera exposición debe ser la mía! —dijo a su compañero.

—¡Sin duda, y por eso te repito que esto hubiera sido una gran suerte para ti!

—Y ¿dices que tu detención es desconocida?

—Completamente.

—Pues entonces, los conjurados no dejarán de reunirse como si no estuvieras preso.

—¿De modo que si alguno diera la señal convenida, la conspiración se llevaría a cabo?

—Sí... pero ¿quienes quieres que la dé estando yo detenido y sin poderme comunicarme con el exterior?

—¡Yo! —contestó Beausire con el tono de Medea en la tragedia de Corneille.

—¿Tú?

—¡Sin duda, yo! Estaré allí, puesto que me han de exponer. Pues bien, yo soy quien gritará: «¡Viva el rey!, ¡vivan los prusianos!, ¡muerte a la nación!». Me parece que no es muy difícil.

El compañero de Beausire quedó como maravillado.

—¡Siempre dije —contestó— que eras un hombre de genio!

Beausire se inclinó.

—Y si haces eso —continuó el prisionero— no solamente te librarán,

perdonándote, sino que, como yo declararé que a ti es a quien se debe el buen éxito de la conjuración, podrás esperar desde luego una buena recompensa.

—No lo hago por eso —contestó Beausire con el aire más desinteresado del mundo.

—¡Pardiez! —exclamó el amigo—, no importa, cuando te ofrezcan la recompensa, te aconsejo que la admitas.

—Si me lo aconsejas... —replicó Beausire.

—Hago más; te invito a ello, y en caso necesario te lo mando —repuso majestuosamente el amigo.

—¡Sea! —dijo Beausire.

—Pues bien —continuó el otro—, almorzaremos juntos, pues el director de la prisión no rehusará esta gracia a dos compañeros, y así beberemos una botella de vino por el éxito de la conjuración.

Beausire conservaba alguna duda sobre la complacencia del director de la prisión para el almuerzo del día siguiente, pero bien estuviera o no con su amigo para almorzar, había resuelto cumplir la promesa que acababa de hacerle.

Con gran satisfacción suya, el director dio su permiso.

Los dos amigos almorzaron juntos, y no sólo apuraron una botella, sino dos, tres, y hasta cuatro.

A la última, el señor de Beausire era realista furioso; mas por fortuna fueron a buscarle para conducirle a la plaza de Greve antes de que se comenzara la última botella.

Subió a la carreta como a un carro triunfal, mirando desdeñosamente a la multitud, a la cual preparaba tan terrible sorpresa.

En el poste del puente de Nuestra Señora, una mujer y un niño esperaban a su paso.

Beausire reconoció a la pobre Oliva

que lloraba, y a su hijo, que al ver a su padre entre las manos de los gendarmes, exclamó:

—¡Bien hecho, porque me pegaba!

...

Beausire les envió una sonrisa protectora, a la que seguramente habría acompañado un ademán majestuoso si no hubiere tenido las manos atadas en la espalda.

La plaza del ayuntamiento estaba atestada de gente.

Sabíase que el condenado expiaba un robo cometido en las Tullerías, y por el informe de los debates se conocían las circunstancias que habían

acompañado y seguido al robo, por lo cual no inspiraba compasión el condenado.

Por eso, cuando la carreta se detuvo al pie de la picota, apenas la guardia nacional pudo contener al pueblo.

Beausire miraba todo aquel movimiento y aquel tumulto del pueblo con una expresión que parecía decir: «¡Ahora veréis como será otra cosa!».

Cuando apareció en la picota resonó una exclamación universal; pero, ya próximo el momento de la ejecución, cuando el verdugo desabotonó la manga del condenado para descubrir el hombro, inclinándose para coger el

hierro candente en el hornillo, sucedió lo que sucede siempre, y fue que ante la suprema majestad de la justicia todo el mundo calló.

Beausire aprovechó el momento, y concentrando todas sus fuerzas gritó, con voz sonora y retumbante:

—¡Viva el rey! ¡Vivan los prusianos!
¡Muera la nación!

Por mucho tumulto que Beausire esperase, el resultado excedió a cuanto podía esperar; no fueron gritos los que se oyeron, sino verdaderos alaridos y un espantoso tumulto.

Toda aquella multitud dejó escapar una especie de rugido inmenso, y se

precipitó sobre la picota.

Aquella vez la guardia fue impotente para proteger a Beausire; se rompieron sus filas; la picota fue invadida, el verdugo rodó por tierra, y el condenado, a quien se arrancó del palo no se sabe cómo, fue precipitado en aquel hormigueo devorador llamado multitud.

Iba a ser aplastado, despedazado, cuando por fortuna un hombre se precipitó desde el pórtico, donde presenciaba la ejecución, ostentando su faja.

Aquel nombre era el procurador de la municipalidad, Manuel.

Había en él un gran sentimiento

humanitario que muchas veces debió ahogar en el fondo de su alma, pero que se escapaba en circunstancias como aquella.

Con gran trabajo llegó hasta Beausire, extendió la mano sobre él, y gritó con voz fuerte:

—¡En nombre de la ley, reclamó este hombre!

El pueblo vacilaba en obedecer. Manuel se quitó la faja y la hizo flotar sobre la multitud, gritando:

—¡A mí todos los buenos ciudadanos!

Una veintena de hombres acudieron y rodearon a Manuel.

He aquí cómo refiere el hecho Michelet:

«El 1.º de septiembre se produjo una escena espantosa en la plaza de Greve. Un ladrón a quien se exponía, y que sin duda estaba borracho, tuvo la ocurrencia de gritar: “¡Viva el rey! ¡Vivan los prusianos! ¡Muera la nación!”. Al punto fue arrancado de la picota, y ya se disponían a destrozarle, cuando el procurador de la municipalidad, Manuel, se precipitó en su auxilio, le arrancó de manos del pueblo y le salvó en la casa de la Ciudad pero encontróse él mismo en un grave peligro, y hubo de prometer que un jurado popular juzgaría

al culpable. Este jurado pronunció la sentencia de muerte; la autoridad se conformó, y fue ejecutado al día siguiente».

Se sacó a Beausire de entre las manos de la multitud, pero estaba medio muerto.

Manuel le hizo trasladar al ayuntamiento; pero muy pronto se vio amenazado, tanta era la exasperación de la multitud.

Manuel se presentó en el balcón.

—Ese hombre es culpable —dijo—, pero de un crimen que no se ha juzgado. Nombrad entre vosotros un tribunal, que se reunirá en una de nuestras salas para

decidir sobre la suerte del culpable, y la sentencia, cualquiera que sea, se ejecutará; pero, al menos, que haya alguna.

¿No es muy curioso que en la víspera de la matanza de los prisioneros, usara semejante lenguaje, con peligro de su vida, uno de los hombres a quienes se acusa de aquella?

Hay anomalías de estas en la política; explíquelas quien pueda.

Esta promesa calmó a la multitud. Un cuarto de hora después se anunció a Manuel que ya estaba elegido el jurado popular; se componía de veintiún individuos, y estos se presentaron en el

balcón.

—¿Son estos hombres vuestros delegados? —preguntó Manuel a la multitud.

Un aplauso fue la contestación.

—Está bien —dijo Manuel—, puesto que tenemos aquí los jueces, se hará justicia.

Y según lo había prometido, instaló el jurado en una de las salas del edificio.

Beausire, más muerto que vivo, compareció ante aquel tribunal improvisado; quiso defenderse, pero el segundo crimen era tan patente como el primero, y además mucho más grave a

los ojos del pueblo.

Gritar «¡Viva el rey!», cuando este era reconocido como traidor y estaba prisionero en el Temple; gritar «¡Vivan los prusianos!», cuando estos acababan de tomar Longwy y se hallaban tan sólo a sesenta leguas de París; gritar «¡Muera la nación!», cuando esta se hallaba en su lecho de agonía, era un crimen espantoso que merecía el mayor castigo.

Por esto el jurado acordó que el culpable, no solamente sufriera la pena capital, sino que, para que su muerte fuera más vergonzosa, se sustituyera la horca a la guillotina, por derogación a la ley, y se le colocase en el sitio mismo

donde había cometido el crimen.

En su consecuencia, en el cadalso mismo donde estaba la picota, el verdugo recibió orden de levantar la horca.

La vista de aquel trabajo y la certidumbre de que el prisionero, con guardias de vista, no podía escapar, calmaron del todo a la multitud.

He aquí el asunto que, como dijimos al fin de uno de los capítulos anteriores, preocupaba a la Asamblea.

El día siguiente era domingo, circunstancia agravante, y la Asamblea comprendió que todo conducía a la matanza. La municipalidad quería

mantenerse en su puesto a toda costa, y para conseguir esto, el terror era uno de los medios más seguros.

La Asamblea retrocedió ante el acuerdo adoptado la víspera, y retiró su decreto.

Entonces uno de sus individuos se levantó:

—No basta retirar vuestro decreto —dijo—, dos días hace, al expedirle, habéis declarado que la municipalidad había *merecido bien de la patria*; el elogio es demasiado vago, pues un día podíais decir que la municipalidad ha merecido bien de la patria; pero que, sin embargo, tal o cual individuo de su seno

no está comprendido en el elogio; entonces se le perseguiría, y por lo tanto, no se debe decir la municipalidad, sino los *representantes* de esta.

La Asamblea votó así.

Entretanto, Robespierre pronunciaba en la municipalidad un largo discurso, en el cual decía que habiendo perdido la confianza pública el consejo general por infames manejos de la Asamblea, aquel debía retirarse, sirviéndose del único medio que le quedaba para salvar al pueblo, es decir, *entregar a este el poder*.

Robespierre fue vago, pero terrible: «*Entregar el poder al pueblo...*». ¿Qué

significaba esta frase?

¿Era suscribir al decreto de la Asamblea, aceptando la reelección? No era probable.

¿Era renunciar al poder ilegal, y al deponerle declarar por este mismo que la municipalidad, después de hacer el 10 de agosto, se consideraba como impotente para continuar la gran obra revolucionaria, encargando al pueblo que la terminase?

Ahora bien; el pueblo, sin freno ya, ardiendo en deseos de venganza, y encargado de continuar la obra del 10 de agosto, era la matanza de los hombres que habían combatido contra él en aquel

día terrible, y que desde entonces se hallaban encerrados en las diversas prisiones de París.

He aquí a qué punto se había llegado en la noche del 1.º de septiembre; se estaba como cuando una tempestad pesa en la atmósfera, y se adivinan los relámpagos y los rayos suspendidos sobre todas las cabezas.

Capítulo CLXVIII

DURANTE LA NOCHE DEL 1 AL 2 DE SEPTIEMBRE

He aquí cuál era la situación cuando el 1.º de septiembre, a las nueve de la noche, el *oficioso* de Gilberto —el nombre de *criado* se había abolido como antirrepublicano—, el *oficioso* de Gilberto, decimos, entró en la habitación del doctor y le dijo:

—Ciudadano Gilberto, el coche os

espera en la puerta.

El doctor se encasquetó el sombrero hasta los ojos, se abotonó la levita hasta el cuello, y disponíase a salir; pero en el umbral de la puerta estaba un hombre embozado y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas que sombreaba su frente.

Gilberto retrocedió un paso; en la oscuridad y en tal momento todo es sospechoso.

—Soy yo, Gilberto —dijo una voz benévola.

—¡Cagliostro! —exclamó el doctor.

—¡Bueno! He aquí me olvidáis que ya no me llamo Cagliostro, sino el barón

Zannone, aunque es cierto que para vos, amigo mío, no cambio de nombre ni de corazón, y soy siempre, por lo menos lo espero así, José Bálsamo.

—¡Oh!, sí —contestó Gilberto—, y la prueba es que ahora iba a vuestra casa.

—Lo sospechaba —replicó Cagliostro—, y por eso he venido aquí, pues deberíais sospechar que en días semejantes no hago lo que acaba de hacer el señor Robespierre, no me voy al campo.

—Pero yo temía no encontraros, y me alegro mucho de veros... Tened la bondad de entrar.

—Muy bien, ya estoy aquí. Decidme qué deseáis —añadió Cagliostro, siguiendo al doctor hasta la habitación más retirada de la casa.

—Sentaos, maestro.

Cagliostro tomó asiento.

—Supongo que ya sabréis lo que pasa —continuó el doctor.

—Querréis decirme lo que pasará —repuso Cagliostro—, pues en este momento no sucede nada.

—No, tenéis razón; pero se prepara alguna cosa terrible. ¿No es cierto?

—Muy terrible, es verdad...; pero también a veces se hace necesario lo terrible.

—Maestro —replicó el doctor—, cuando pronunciáis semejante palabra con vuestra inexorable sangre fría, me hacéis temblar.

—¡Cómo ha de ser; yo no soy más que un eco, el eco de la fatalidad!

El doctor inclinó la cabeza.

—¿Recordáis, Gilberto —continuó el conde—, lo que os dije el día en que os vi en Bellevue, el seis de octubre, cuando os predije la muerte del señor Favras?

Gilberto se estremeció.

Tan fuerte ante los demás hombres y ante los acontecimientos, cuando estaba enfrente de aquel personaje misterioso,

mostrábase débil como un niño.

—Os decía —continuó Cagliostro— que si el rey tuviera en su pobre cerebro un poco de espíritu de conservación, que yo esperaba, y del cual carece, hubiera huido.

—Pues ya lo hizo —replicó Gilberto, moviendo la cabeza tristemente.

—Sí; pero yo entendía que lo intentase cuando aún fuera tiempo; mas él huyó, como sabéis, cuando era demasiado tarde. Añadí, como no habréis olvidado, que si el rey, la reina y los nobles resistían, haríamos una revolución.

—Sí; es cierto —contestó suspirando—, la revolución está hecha.

—No del todo —repuso el conde—, pero como podéis ver, se hace, señor Gilberto. ¿Recordáis también lo que os dije acerca de un instrumento que inventaba uno de mis amigos, el señor Guillotín? ¿Habéis pasado por delante de la plaza del Carrousel? Pues bien; ese instrumento, el mismo que yo hice ver a la reina, en el castillo de Taverney, en una botella de agua (cuando aún erais un niño), ahora funciona.

—Sí —contestó Gilberto—, y con demasiada lentitud, según parece, puesto que se agregan los sables, las picas y los

puñales.

—Escuchad —dijo Cagliostro—, es preciso convenir en una cosa: en que tratamos con personas muy testarudas. Se da a los aristócratas, a la corte, al rey y a la reina toda clase de avisos, y esto no sirve de nada; se toma la Bastilla, y esto resulta inútil; se hacen las jornadas del cinco y seis de octubre, y a nada conduce tampoco; llega la del diez de junio, y es inútil también, lo mismo que la del diez de agosto; se encierra al rey en el Temple, y a los aristócratas en la Abadía, en la Fuerza y en Bicetre, y tampoco se hace caso. El rey se regocija en el Temple de la toma de Longwy por

los prusianos; los aristócratas dan vivas al rey en la Abadía, así como a los prusianos; beben vino de Champaña en las narices del pobre pueblo, que no tiene más que agua, y comen pasteles de trufas en sus barbas, mientras que la pobre gente carece de pan. Hasta se escribe al rey Guillermo de Prusia, diciéndole: «¡Tened cuidado! ¡Si pasáis de Longwy, si dais un paso más hacia el corazón de Francia, esto será la sentencia de muerte del rey!». Y a esto se contesta: «Por espantosa que sea la situación de la familia real, los ejércitos no deben retroceder. ¡Deseo con toda mi alma llegar a tiempo para salvar al rey

de Francia; pero, ante todo, mi deber es salvar a Europa!». Y la marcha continúa hacia Verdún... Es preciso acabar de una vez.

—Pero ¿acabar con qué?

—Con el rey, la reina y los aristócratas.

—¿Asesinaréis al rey y a la reina?

—¡Oh, a ellos no! Esto sería una gran torpeza; es preciso juzgarlos, condenarlos y ejecutarlos públicamente, como se hizo con Carlos I; pero de todo lo demás es preciso desembarazarse, y cuanto antes mejor.

—Y ¿quién ha resuelto eso? Veamos

—exclamó el doctor—. ¿Es la

inteligencia, es la honradez y la conciencia de ese pueblo de que habláis? Cuando teníamos un Mirabeau por genio, un Lafayette como lealtad y un Vergniaud como justicia, si hubieseis venido a decirme en nombre de ellos: «¡Es preciso matar!», me habría estremecido, pero hubiera dudado. ¿En nombre de quién venís hoy a decirme eso? En nombre de un Hebert, traficante en contramarcas; de un Collot-d'Herbois, histrión silbado, y de un Marat, espíritu enfermo, a quien su médico debe sangrar siempre que dice cincuenta mil, cien mil o doscientas mil cabezas. Dejadme, querido maestro, rehusar esas medianías

que necesitan crisis rápidas y patéticas, cambios de vista; dejad a esos malos dramaturgos, a esos retóricos impotentes, a quienes complacen las destrucciones súbitas, que se creen hábiles mágicos cuando, simples mortales, han deshecho la obra de Dios, a quienes parece hermoso, grande y sublime remontar ese río de vida que el mundo alimenta, exterminando con una palabra o una señal, o haciendo desaparecer de un soplo el obstáculo viviente que la naturaleza había tardado en poner veinte, treinta o cincuenta años. Esos hombres, querido maestro, son miserables, y vos no pertenecéis a su

clase.

—Querido Gilberto —contestó Cagliostro—, os engañáis otra vez al llamar *hombres* a esos individuos; les hacéis demasiado honor, pues no son más que instrumentos.

—¡Sí, instrumentos de destrucción!

—Muy cierto, pero en beneficio de una idea, y esta idea, doctor, es la liberación de los pueblos, es la libertad, es la república, no francesa (Dios me libre de ser tan egoísta), pero sí la república universal la fraternidad del mundo. No; esos hombres no tienen genio, no saben lo que es lealtad, carecen de conciencia; pero poseen algo

más fuerte, mucho más inexorable e irresistible que todo eso: tienen el instinto.

—El instinto de Atila.

—Precisamente lo habéis dicho, de Atila, que se titulaba el *azote de Dios*, y que iba, con la sangre bárbara de los Hunos, de los Alanos y de los Suevos, a regenerar la civilización romana, corrompida por los cuatrocientos años de reinado de los Nerones, de los Vespasianos y de los Eliogábalos.

—Pero, en fin —replicó Gilberto—, resumamos, en vez de generalizar. ¿A qué os conducirá la matanza?

—¡Oh!, a una cosa muy sencilla, a

comprometer a la Asamblea, a la municipalidad, al pueblo, y a todo París. Es preciso que París se manche de sangre; ya comprenderéis que esta ciudad, cerebro de Francia, pensamiento de Europa y alma del mundo, viendo que ya no tiene perdón posible, se levanta en masa, empuja ante sí al rey, y arroja al enemigo fuera del suelo sagrado de la patria.

—¡Pero vos no sois francés! — exclamó Gilberto—. ¿Qué os importan estas cosas? Cagliostro sonrió.

—¿Es posible —dijo— que vos, inteligencia superior y organización poderosa, digáis a un hombre: «No te

mezcles en los asuntos de Francia, porque no eres francés»? ¿Acaso los asuntos de Francia no son los de todo el mundo? ¿Trabaja esta nación para sí sola, pobre egoísta? ¿Moría Jesucristo solamente por los judíos? ¿Con qué derecho hubieras ido a decir a un apóstol: «Tú no eres Nazareno...?». Escucha, escucha, Gilberto, he discutido todas estas cosas con un genio mucho más poderoso que el mío y que el tuyo, con un hombre o un demonio que se llamaba Althotas, cierto día en que me hizo el cálculo de la sangre que se debería derramar antes de que el sol iluminara la libertad del mundo. Pues

bien; los razonamientos de aquel hombre no han hecho vacilar mi convicción; he avanzado y avanzaré siempre derribando todo cuanto haya delante de mí, y diciendo, con voz tranquila y mirada serena: «¡Caiga el obstáculo; yo soy el porvenir!». Tú tenías que pedirme la gracia de alguno, ¿no es verdad? Desde luego te la concedo. Dime el nombre del que o de la que quieres salvar.

—Es una mujer que ni vos ni yo, maestro, podemos dejar morir.

—¿Quieres salvar a la condesa de Charny?

—Quiero salvar a la madre de Sebastián.

—Ya sabes que Danton, como ministro de Justicia, es quien tiene las llaves de la prisión.

—Sí; pero también sé que podéis decir a Danton: «Abre o cierra esa puerta».

Cagliostro se levantó, acercóse a la mesa escritorio, trazó en un papelito cuadrado una especie de signo cabalístico, y se lo entregó a Gilberto.

—Toma, hijo mío, toma —díjole—, ve a buscar a Danton y pídele lo que quieras.

Gilberto se levantó.

—Pero ¿qué piensas hacer después?
—preguntó Cagliostro.

—¿Después de qué?

—Después de los días que van a transcurrir, cuando le toque su vez al rey.

—Pienso hacerme nombrar, si es posible, individuo de la Convención, y oponerme con todas mis fuerzas a la muerte del rey.

—Sí, comprendo esto —replicó Cagliostro—, obra según te dicte tu conciencia, Gilberto; pero prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—Hubo un tiempo en que hubieras prometido sin condición, Gilberto.

—En aquel tiempo no veníais a

decirme que se curaba a un pueblo por la matanza y a una nación por el asesinato.

—¡Sea!... Pues bien, prométeme, Gilberto, que seguirás el consejo que yo te dé cuando el rey sea juzgado y ejecutado.

El doctor alargó la mano.

—Todo consejo que venga de vos, maestro, será precioso para mí — contestó.

—Y ¿lo pondrás por obra? — preguntó Cagliostro.

—Os lo juro, si no se opone a mi conciencia.

—Gilberto, eres injusto; te he

ofrecido mucho, y jamás te exigí nada.

—No, maestro —contestó el doctor —, y aun ahora me habéis concedido una vida que me es más cara que la mía.

—¡Ya puedes irte —dijo Cagliostro — y que te conduzca el genio de Francia, de la que eres uno de los más nobles hijos!

Y Cagliostro salió seguido de Gilberto.

El coche esperaba siempre; el doctor subió y dio orden de que le condujeran al ministerio de Justicia.

Danton, como ministro tenía un pretexto precioso para no presentarse en la municipalidad.

Por otra parte, ¿qué necesidad tenía de ir? ¿No estaban allí Marat y Robespierre? Este último no permitiría que el otro se adelantase a él; emisarios de la matanza, avanzarían al mismo paso, y además, Tallien los vigilaba.

Dos cosas esperaban a Danton: suponiendo que se decidiese por la municipalidad, un triunvirato con Marat y Robespierre; y si la Asamblea se declaraba por él, una dictadura como ministro de Justicia.

No quiso nada de Robespierre ni de Marat; pero tampoco la Asamblea le quiso a él.

Cuando le anunciaron la llegada de

Gilberto, estaba con su esposa, o más bien, esta se hallaba a sus pies; la matanza era cosa tan conocida de antemano, que la pobre mujer le suplicaba que no la permitiese.

Y la infeliz murió de pesar cuando se consumó aquel acto.

Danton no podía hacerla comprender una cosa, aunque muy clara, y era que nada podía contra las decisiones del ayuntamiento sin una autoridad dictatorial conferida por la Asamblea; con esta había probabilidad de vencer; sin ella la derrota era segura.

—¡Muere, muere, muere, si es necesario —exclamaba la pobre mujer

—, pero que no se efectúe esa matanza!

—Un hombre como yo no muere inútilmente —contestaba Danton—, no tengo inconveniente en morir; pero que mi muerte sea útil a la patria.

En aquel instante se anunció al doctor Gilberto.

—No saldré —dijo la señora Danton— hasta que me hayas prometido hacer cuanto puedas en el mundo para impedir tan abominable crimen.

—Vamos, quédate —contestó Danton. La mujer retrocedió tres pasos, y dejó ir a su esposo al encuentro del doctor, a quien conocía de vista y un poco de reputación.

—¡Ah!, doctor —dijo—, a punto llegáis, y si hubiese tenido vuestras señas, os habría enviado a buscar.

Gilberto saludó a Danton, y al ver detrás de él una mujer llorando, se inclinó.

—Mirad —dijo Danton—, aquí tenéis a mi esposa, la mujer del ministro de Justicia, que me cree bastante fuerte para impedir a los señores Marat y Robespierre, impulsados por toda la municipalidad, ejecutar lo que proyectan, es decir, a matar, exterminar y asesinar.

Gilberto miró a la señora Danton, que lloraba con las manos unidas.

—Señora —dijo Gilberto—, ¿me permitiréis besar esas manos misericordiosas?

—¡Bien! —exclamó Danton—, ya te ha llegado un refuerzo.

—¡Oh! —exclamó la pobre mujer, ¡decidle, caballero, que si permite eso será una mancha de sangre en toda mi vida!

—Y si no fuera más que eso —dijo el doctor—, si esa mancha debiese quedar en la frente de un hombre, y si creyéndola útil a su país y necesaria a Francia, se decidiese a lanzar su honor al abismo, como Decio arrojó su cuerpo, aún no sería nada. ¿Qué importan, en

circunstancias como las presentes, la vida, la reputación y el honor de un ciudadano? ¡Sería una mancha en la frente de Francia!

—Ciudadano —dijo Danton—, cuando el Vesubio se desborda, decidme quién sería el hombre bastante poderoso para detener su lava; cuando la marea sube, decidme cuál sería el brazo de rechazar el Océano.

—Cuando uno se llama Danton, no se pregunta dónde se halla ese hombre, sino que se dice: «¡Aquí está!». ¡No se pregunta dónde está el brazo, sino que se obra!

—Escuchad —replicó Danton—,

todos sois unos insensatos. ¿Será preciso que os diga yo lo que no permitiría que me dijese? Pues bien; sí, tengo la voluntad, y también el genio; y si la Asamblea quisiese, tendría la fuerza; pero ¿sabéis lo que me sucederá? Lo que sucedió a Mirabeau: su genio no pudo triunfar de su mala reputación. Yo no soy el frenético Marat, para inspirar terror a la Asamblea, ni tampoco el incorruptible Robespierre, para infundirle confianza; la Asamblea me rehusará los medios de salvar al Estado, y sufriré la pena de mi mala reputación. Aplazará las cosas, haciéndolo todo lentamente; y se dirá en voz baja que soy

un hombre sin moralidad, un hombre a quien no se puede conferir, ni aun por tres días, un poder absoluto completo, arbitrario; se nombrará alguna comisión de hombres honrados, y entretanto se efectuará la matanza. Como vos decís, la sangre de un millar de culpables y el crimen de tres o cuatrocientos borrachos, extenderá sobre las escenas de la revolución una cortina roja que ocultará las sublimes alturas. ¡Pues bien; no —añadió con doble ademán—, no será a Francia a quien se acuse, sino a mí; yo apartaré de ella la maldición del mundo y la haré recaer sobre mi cabeza!

—¿Y yo y mis hijos? —exclamó la

desgraciada mujer.

—Tú —contestó Danton— morirás, ya lo has dicho, y no te acusarán de ser mi cómplice, puesto que mi crimen te habrá matado. En cuanto a mis hijos, algún día serán hombres, y puedes estar tranquila, pues tendrán el corazón de su padre y llevarán el nombre de Danton con la cabeza alta, o bien, serán débiles y renegarán de mí. ¡Tanto mejor!, los débiles no son de mi raza, y yo soy el que, en tal caso, reniego de ellos de antemano.

—Pero al menos —exclamó Gilberto— pedid esa autoridad a la Asamblea.

—¿Creéis que he esperado vuestro consejo? Ya envié a buscar a Thuriot y también a Tallien. Mujer —añadió—, entérate de si han venido ya; si están, dile a Thuriot que entre.

La señora Danton salió presurosa.

—Voy a probar fortuna delante de vos, señor Gilberto —dijo Danton—, y vos seréis testigo ante la posteridad de los esfuerzos que habré hecho.

La puerta se abrió.

—He aquí al ciudadano Thuriot, amigo mío —anunció la señora Danton.

—Ven aquí —dijo Danton ofreciendo su ancha mano al que desempeñaba junto a él las funciones de

un ayudante de campo para su general—. El otro día dijiste algo sublime en la tribuna: «¡La Revolución francesa no es solamente de nosotros, es de todo el mundo, y de ella debemos cuenta a la humanidad entera!». Pues bien; vamos a intentar el último esfuerzo para conservar pura esta revolución.

—Habla —dijo Thuriot.

—Mañana, al abrirse la sesión, antes que se empeñe debate alguno, he aquí lo que pedirás: que se aumente hasta trescientos el número de individuos del consejo general de la municipalidad, de modo que, manteniéndose los antiguos elegidos el

diez de agosto, se anule la acción de estos con los nuevos. Constituimos sobre una base fija la representación de París; se aumenta el ayuntamiento, pero le neutralizamos, modificando su espíritu. Si esta proposición no se aprueba, si no puedes hacerles comprender mi pensamiento, entiéndete con Lacroix, dile que aborde con franqueza la cuestión, y que proponga castigar con la pena de muerte a los que directa o indirectamente rehúsen ejecutar o dificulten por cualquier medio las órdenes dadas y las medidas del poder ejecutivo. Si la proposición se aprueba, es la dictadura; el poder

ejecutivo soy yo; entro, le reclamo, y si vacilan en otorgármelo, le tomo.

—¿Qué hacéis entonces? —preguntó Gilberto.

—Entonces —contestó Danton— cojo una bandera, en vez de sangriento y hediondo espíritu de la matanza, al que envío a sus tinieblas; invoco el genio noble y sereno de las batallas, que hiere sin temor ni cólera, que mira tranquilo la muerte; pregunto a esas multitudes si se han reunido para asesinar hombres desarmados, y declaro infame a todo aquel que amanece las prisiones. Tal vez muchos aprueban la matanza; pero los asesinos son poco numerosos; me

aprovecho del impulso militar que reina en París; rodeo el corto número de aquellos en el torbellino de voluntarios que, verdaderos soldados, no esperan más que una orden para marchar, y lanzo a la frontera, es decir, contra el enemigo, el elemento inmundo dominado por el elemento generoso.

—¡Haced eso, haced eso —exclamó Gilberto— y habréis conseguido una cosa grande, magnífica, sublime!

—¡Dios mío! —exclamó Danton encogiéndose de hombros, con una mezcla singular de fuerza, de indiferencia y de duda—, es la cosa más fácil, con tal que sólo me ayuden, y ya

veréis.

La señora Danton besaba las manos de su esposo.

—Te ayudarán, Danton —dijo—. ¿Quién no sería de tu parecer al oírte hablar así?

—Sí —contestó Danton—, pero desgraciadamente no puedo hablar de este modo, pues si no obtuviese buen resultado, por mí comenzaría la matanza.

—Pues bien —replicó con viveza la señora Danton—, ¿no sería mejor acabar así?

—¡Mujer que hablas como mujer! Y muerto yo, ¿qué llegaría a ser la revolución entre ese loco sanguinario

que llaman Marat, y ese falso utopista llamado Robespierre? No; yo no debo ni quiero morir aún; mi deber es impedir la matanza, si puedo, y si esta se verifica a pesar mío, evitar que el baldón recaiga sobre Francia y se me atribuya a mí. De todas maneras avanzaré hacia mi objeto, pero más terrible. Llama a Tallien.

Este último entró.

—Tallien —dijo Danton—, tal vez la municipalidad me escribirá mañana para que me presente; vos sois su secretario; arreglad que yo no reciba la carta, y que yo pueda probar que no ha llegado a mis manos.

—¡Diablo! —exclamó Tallien—. Y

¿cómo lo haré?

—Esto os incumbe; os digo lo que deseo, lo que quiero y lo que debe ser; a vos corresponde buscar los medios. Venid, doctor, si tenéis que pedirme algo.

Y abriendo la puerta de un pequeño gabinete, hizo entrar a Gilberto y le siguió.

—Veamos —dijo Danton—, ¿en qué puedo seros útil? Gilberto sacó de su bolsillo el papel que Cagliostro le había dado y se lo presentó a Danton.

—¡Ah! —exclamó este—, venís de su parte ...¿Qué deseáis?

—La libertad de una mujer

encerrada en la Abadía.

—¿Quién es?

—La condesa de Charny.

Danton cogió un papel y escribió la orden para que se pusiera en libertad a la prisionera.

—Tomad —dijo—. ¿Deseáis salvar a cualquiera otra persona? Decidlo. Yo quisiera poner en libertad a todos los desgraciados.

El doctor se inclinó.

—Ya tengo lo que deseo —dijo.

—Pues ya podéis retiraros, doctor, y si alguna vez me necesitáis, venid a buscarme directamente, de hombre a hombre, sin buscar intermediario, pues

me complacerá mucho hacer algo por vos.

Y acompañándole hasta la puerta, añadió en voz baja:

—¡Ah, señor Gilberto, si pudiera tener solamente por veinticuatro horas vuestra reputación de hombre honrado!

Y cerró la puerta detrás del doctor, dejando escapar un suspiro y enjugándose el sudor que corría por su frente.

Portador del precioso papel que era la vida de Andrea, Gilberto se dirigió a la Abadía.

Aunque era cerca de media noche, varios grupos amenazadores se hallaban

aún en las inmediaciones de la prisión.

El doctor pasó en medio de ellos y fue a llamar a la puerta, sombría y de techo bajo, que se abrió al punto.

Gilberto pasó estremeciéndose bajo la bóveda, que no era la de una prisión, sino la de una tumba.

Y presentó su orden al director.

En ella se mandaba poner en libertad al punto a la persona que el doctor Gilberto designase; este último dio el nombre de la condesa de Charny, y el director llamó a un llavero para que condujese al doctor a la habitación de la prisionera.

Gilberto siguió al llavero, subió

detrás de él hasta el tercer piso de una escalerilla, y entró en una celda iluminada por una lámpara.

Una mujer vestida toda de negro, pálida como un mármol bajo sus ropas de luto, estaba sentada junto a la mesa, y a la luz de la lámpara leía un librito encuadernado, cuyo único adorno consistía en una cruz de plata.

En la estufa se veía un resto de fuego.

A pesar del ruido de la puerta al abrirse, la prisionera no levantó los ojos, ni tampoco al acercarse Gilberto; parecía absorta en su lectura, o más bien, en su meditación, pues el doctor

permaneció dos o tres minutos delante de ella sin verla volver la página.

El llavero había cerrado la puerta detrás del doctor, y permanecía fuera.

—Señora condesa... —dijo al fin Gilberto.

Andrea levantó los ojos y miró un instante sin ver; el velo de su pensamiento estaba aún entre su mirada y el hombre que se hallaba delante de ella; pero se desvaneció poco a poco.

—¡Ah!, ¿sois vos, señor Gilberto?
—exclamó Andrea—. ¿Qué deseáis?

—Señora —contestó el doctor—, circulan siniestros rumores sobre lo que sucederá mañana en las prisiones.

—Sí —contestó Andrea—, parece que se trata de asesinarlos; pero, ya sabéis, caballero, que estoy dispuesta a morir.

Gilberto se inclinó.

—Vengo a buscaros, señora —dijo.

—¿Qué venís a buscarme? —preguntó Andrea con sorpresa—. ¿Adónde me conduciréis?

—Adonde gustéis, señora, sois libre.

Y presentó la orden firmada por Danton.

Andrea la leyó; pero en vez de entregársela al doctor, la conservó en su mano.

—Hubiera debido sospecharlo, doctor —dijo—, tratando de sonreírse, pero sin conseguirlo.

—¿El qué, señora?

—Que vendríais para impedir que muriese.

—Señora, hay una existencia en el mundo más preciosa para mí que jamás lo hubiera sido la de mi padre o de mi madre, si Dios me los hubiera dado, y es la vuestra.

—Sí, y he aquí por qué habéis faltado ya una vez a la palabra que me disteis.

—No es así, señora, puesto que os envié el veneno.

—¡Por mi hijo!

—Yo no os dije por quién os lo enviaría.

—¿De modo que habéis pensado en mí, señor Gilberto, entrando por mí en el antro del león, y saliendo con el talismán que abre las puertas?

—Os he dicho, señora, que mientras yo viva no podéis morir.

—¡Oh!, esta vez, señor Gilberto —contestó Andrea con una sonrisa más marcada que la primera, creo que tengo bien segura la muerte.

—Señora, os declaro que aunque debiera servirme de la fuerza para sacaros de aquí, no moriréis.

Andrea, sin contestar, rasgó la orden de salida en cuatro pedazos y los arrojó al fuego.

—¡Tratad de hacerlo! —exclamó.

El doctor profirió un grito.

—Señor Gilberto —continuó Andrea—, he renunciado a la idea del suicidio; pero no a la de la muerte.

—¡Oh, señora, señora! —exclamó Gilberto.

—Sabed que quiero morir.

El doctor dejó escapar un gemido.

—Todo cuanto deseo de vos —añadió Andrea, es que tratéis de encontrar mi cuerpo para librarle de los ultrajes de que no pudo escapar en

vida... El señor de Charny reposa en el panteón del castillo de Boursonnes; en este último he pasado los únicos días felices de mi vida, y deseo reposar allí junto al que fue mi esposo.

—¡Oh, señora, os conjuro en nombre del cielo!...

—¡Y yo, caballero, en nombre de mi desgracia os suplico!

—Está bien, señora, lo habéis dicho, debo obedeceros en todos los puntos, y me retiraré; pero no vencido.

—No olvidéis mi último deseo, caballero —dijo Andrea.

—Quedará satisfecho, si no os salvo a pesar vuestro, señora —contestó el

doctor, poseído de una intensa emoción.

Y saludando otra vez a la condesa, Gilberto se retiró.

La puerta se cerró detrás de él con ese ruido lúgubre, quejumbroso, con que parecen gemir siempre las puertas de las prisiones.

Capítulo CLXIX

LA JORNADA DEL 2 DE SEPTIEMBRE

Lo que Danton había previsto, sucedió: al abrirse la sesión, Thuriot presentó a la Asamblea la proposición formulada la víspera por el ministro de Justicia; y como no se comprendiese, en vez de votar a las nueve de la mañana, discutió muy despacio y no votó hasta la una.

¡Ya era demasiado tarde!

Aquellas cuatro horas retardaron en un siglo las libertades de Europa.

Tallien fue más diestro.

Encargado por la municipalidad de dar al ministro de Justicia *la orden* de presentarse, escribió:

Señor ministro:

*Al recibir la presente,
vendréis al ayuntamiento.*

Pero Tallien equivocó las señas, y en vez de escribir: «Al ministro de Justicia», puso: «Al ministro de la Guerra».

Se esperaba a Danton; Servan fue

quien sé presentó, muy confuso, preguntando qué se deseaba; pero no se quería nada de él.

El *quid pro quo* se aclaró después; pero ya estaba hecha la jugada.

Ya hemos dicho que la Asamblea, votando a la una, lo hizo demasiado tarde; y, en efecto, la municipalidad, que no entendía de lentitudes, aprovechó el tiempo.

¿Qué deseaba la municipalidad? La matanza y la dictadura.

Y he aquí cómo procedió.

Según había dicho Danton, los asesinos no eran tan numerosos como se creía.

En la noche del 1 al 2 de septiembre; mientras que Gilberto trataba inútilmente de sacar a Andrea de la Abadía, Marat había mandado sus emisarios a los clubs y a las secciones; pero aunque se mostraron muy enfurecidos, produjeron poco efecto en los clubs; y de las cuarenta y ocho secciones, solamente dos, la de Poissonniere y la de Luxemburgo, votaron la matanza.

En cuanto a la dictadura, la municipalidad comprendía bien que no le era posible obtenerla sin el auxilio de Marat, Robespierre y Danton, y he aquí por qué había enviado a este último la

orden de presentarse en el ayuntamiento.

Hemos visto que Danton había previsto el golpe; no habiendo recibido la carta, no se presentó.

Si la hubiese recibido, si el *error* de Tallien no hubiera sido causa de que se la llevaran al ministro de la Guerra, en vez de dirigírsela a él a su ministerio de Justicia, tal vez Danton no hubiera osado desobedecer.

En su ausencia, forzoso fue para la municipalidad adoptar una resolución.

La resolución fue, pues, nombrar un comité de vigilancia; pero este comité se debía componer sola y exclusivamente de individuos adscritos a la

municipalidad.

Sin embargo, se trataba de que Marat formara parte de *aquel comité de matanza* —este era el verdadero nombre que le correspondía—; pero ¿cómo hacerlo, no siendo Marat individuo del ayuntamiento?

Pañis fue quien se encargó del asunto. Por su Dios Robespierre y por su cuñado Santerre, pesaba mucho sobre la municipalidad —se comprenderá bien que Pañis, exprocurador, hombre falso y duro, insignificante autor de algunos versos ridículos, no podía tener de por sí ninguna influencia—; mas por Robespierre y Santerre ejercía tal

influencia en el ayuntamiento, que la corporación municipal le autorizó para elegir tres individuos que completaran el comité de vigilancia.

Pañis no se atrevió a usar por sí solo de este extraño poder.

Se reunió con tres de sus colegas, Sergeant, Duplain y Jourdeuil, los cuales, por su parte, se asociaron a otras cinco personas: Deforgues, Lenfant, Guermeur, Leclerc y Durfort.

El acta original contiene las cuatro firmas de Pañis, Sergeant, Duplain y Jourdeuil; pero en el margen se encuentra otro nombre rubricado por uno solo de los cuatro firmantes, de una

manera confusa, pero lo suficientemente claro para reconocer de un modo evidente la rúbrica de Pañis.

Este nombre era el de Marat, que no tenía derecho a formar parte del comité por no ser individuo de la municipalidad.

Con este nombre quedó asegurado el asesinato.

Veámosle crecerse en el espantoso desarrollo de su omnipotencia.

Hemos dicho que la municipalidad no había hecho como la Asamblea, procediendo con su lentitud.

A las diez, el comité de vigilancia, formado ya, había expedido su primera

orden, que tenía por objeto trasladar desde la alcaldía a la Abadía veinticuatro prisioneros, de los cuales ocho o nueve eran sacerdotes, es decir, que llevaban el traje más aborrecido de todos, el de los hombres que habían organizado la guerra civil en la Vendée y en el Mediodía, el traje eclesiástico.

Los federados marseleses y de Aviñón recibieron orden de recogerlos en su prisión; se envió a buscar cuatro coches, y en cada uno de estos se hizo subir a cuatro detenidos y emprendióse la marcha.

La señal de la partida se había dado por el tercer cañonazo de alarma.

La intención de la municipalidad era fácil de comprender: aquella lenta y fúnebre procesión excitaría la cólera del pueblo; era probable que, ya en el camino o en la puerta de la Abadía, los coches fueran detenidos y se asesinara a los prisioneros; entonces bastaría dejar que la matanza siguiera su curso; comenzada en el camino, llegaría hasta la prisión y se franquearían fácilmente las puertas.

En el momento en que los coches salían de la alcaldía, Danton se atrevió a entrar en la Asamblea.

La proposición hecha por Thuriot no servía ya de nada, porque era demasiado

tarde, como ya hemos dicho, para aplicar al ayuntamiento la decisión que se acababa de adoptar.

Restaba la dictadura.

Danton subió a la tribuna; mas por desgracia estaba solo, pues Roland se juzgó demasiado honrado para acompañar a su colega.

Todos los ojos le buscaron; pero Roland no estaba.

Bien se veía la fuerza; mas se pedía inútilmente la moralidad.

Manuel acababa de anunciar al ayuntamiento el peligro de Verdún, pidiendo que aquella misma noche los ciudadanos alistados acamparan en el

Campo de Marte, a fin de poder marchar contra el enemigo al amanecer del día siguiente.

La proposición de Manuel fue aceptada.

Otro individuo había pedido, *atendida la urgencia del peligro*, que se disparase el cañón de alarma, tocando generala.

Esta segunda proposición, puesta a votación, se aceptó como la primera. Era una medida funesta, mortífera y terrible en aquellas circunstancias; el tambor, la campana y el cañón tienen sonidos lúgubres y vibraciones fúnebres en los corazones más tranquilos, y con

mucha mayor razón debían tenerlos en los que estaban ya tan agitados.

Todo esto, por lo demás, era efecto del cálculo.

Al resonar el primer cañonazo se debía ahorcar al señor de Beausire.

Añadamos desde luego, con la tristeza que inspira la pérdida de tan interesante personaje, que al oírse la señal fue ahorcado, efectivamente.

Al sonar el tercer cañonazo, los coches de que hemos hablado debían salir de la prefectura de policía; y como el cañón se disparaba de diez en diez minutos, los que acababan de ver a Beausire podían llegar a tiempo para

ver pasar los prisioneros y tomar parte en su matanza.

Danton estaba al corriente de todo cuánto sucedía en la municipalidad, gracias a Tallien; conocía, pues, el peligro de Verdún y el acuerdo sobre la concentración en el Campo de Marte de los voluntarios, y no ignoraba que se iba a tocar a generala, disparando al mismo tiempo el cañón.

Para contestar a Lacroix, que, según recordaremos, debía pedir la dictadura, tomó por pretexto el peligro de la patria, y propuso votar «que todo aquel que rehusara servir personalmente o entregase sus armas, sería castigado con

la pena de muerte».

Y para que no hubiese error respecto a sus intenciones, ni se confundieran sus proyectos con los de la municipalidad, añadió: «La campana que ha de sonar no es una señal de alarma, sino de *carga contra los enemigos de la patria*. Para vencerlos, señores, necesitamos audacia, siempre audacia, y de este modo se salvará la Francia».

Estrepitosos aplausos acogieron estas palabras.

Entonces. Lacroix se levantó y pidió a su vez «que se castigara con la pena de muerte a los que, directa o indirectamente, rehusaran ejecutar o

entorpecieran de cualquier modo las órdenes dadas y las medidas adoptadas por el poder ejecutivo».

La Asamblea comprendió perfectamente esta vez que se la pedía que votase la dictadura, y aprobó al parecer; pero nombró una comisión de girondinos para redactar el decreto. Por desgracia los girondinos, como Roland, eran gente demasiado honrada para tener confianza en Danton.

La discusión se prolongó hasta las seis de la tarde.

Danton se impacientó: quería el bien y se le obligaba a practicar el mal.

Dijo una palabra en voz baja a

Thuriot, y salió.

¿Qué había dicho? El sitio en que se podría encontrar, en caso de que la Asamblea le confiriese el poder.

¿Dónde se le podría encontrar? En el Campo de Marte, en medio de los voluntarios.

¿Cuál era su intención en el caso de que se le confiara el poder? Hacerse reconocer dictador por aquella multitud de hombres armados, no para la matanza, sino para la guerra; entrar en París con ellos y llevarse, como en una inmensa red, a los asesinos a la frontera.

Esperó hasta las cinco de la tarde; pero nadie se presentó.

¿Qué sucedía entretanto a los prisioneros que eran conducidos a la Abadía?

Sigámoslos, pues van despacio y sin dificultad los alcanzaremos.

Por lo pronto, los coches en que estaban encerrados los protegieron; el instinto del peligro que corrían indujo a todos a mantenerse en el fondo del coche, dejándose ver lo menos posible en las portezuelas; pero los encargados de conducirles los denunciaban, y como la cólera del pueblo no se declaraba bastante de prisa, le excitaban con sus palabras.

—¡Mirad —decían a los transeúntes

cuando se detenían—, he ahí a los traidores, he ahí a los cómplices de los prusianos, a los que entregan nuestras ciudades, a los que asesinarán a vuestras mujeres e hijos si los dejáis detrás cuando hayáis marchado a la frontera!

Y sin embargo, todo esto era impotente, pues como había dicho Danton, los asesinos eran pocos; la cólera no producía más que gritos y amenazas, y todo cesaba aquí.

El cortejo siguió la línea de los muelles, el puente Nuevo y la calle de la Delfina.

No se había podido cansar la paciencia de los prisioneros, ni empujar

la mano del pueblo hasta el asesinato; se estaba ya cerca de la Abadía, pues se había llegado a la encrucijada de Bussy, y ya era tiempo de obrar.

Si se dejaba a los detenidos entrar en la prisión o se les mataba una vez dentro era evidente que se procedía así en virtud de una orden calculada de la municipalidad, y que no se debía atribuir la matanza a la indignación espontánea del pueblo.

La fortuna favoreció las malas intenciones y los proyectos sanguinarios.

En la encrucijada de Bussy se elevaba uno de esos teatros donde se hacían los alistamientos voluntarios.

La multitud se agolpaba allí, y los coches debían detenerse.

No podía ser mejor la ocasión; si no se aprovechaba, no se presentaría otra.

Un hombre atraviesa la escolta sin que esta oponga dificultad; un hombre sube al estribo del primer coche con un sable en la mano, introduce su arma varias veces a la casualidad en el fondo del vehículo, y la retira llena de sangre.

Uno de los prisioneros tenía un bastón; con este trató de parar los golpes y tocó en el rostro a uno de los hombres de la escolta.

—¡Ah, bandidos! —exclamó este—, ¡os protegemos y nos hacéis daño! ¡A

mí, compañeros!

Una veintena de hombres que tan sólo esperaban esta llamada, lanzáronse dentro de la multitud armados de picas y de cuchillos, que introdujeron por las portezuelas, y se comenzaron a oír los gritos de dolor y a ver la sangre de las víctimas, que corría desde el fondo de los coches, manchando la calle.

La sangre llama sangre; la matanza había comenzado y debía durar cuatro días.

Los prisioneros amontonados en la Abadía habían adivinado ya desde la mañana, a juzgar por la expresión de sus guardianes y algunas palabras

escapadas, que se preparaba alguna cosa lúgubre. Por una orden de la municipalidad se había adelantado aquel día en todas las prisiones la hora de comer. ¿Qué significaba aquel cambio? Nada que no fuese funesto seguramente, y los detenidos esperaban con ansiedad.

A eso de las cuatro, el lejano murmullo de la multitud llegó, como las primeras olas de una marea que sube al pie de los muros de la prisión; desde algunas de las ventanas enrejadas de la torrecilla que daba a la calle de Santa Margarita, se divisaron los coches; entonces penetraron en la prisión los gritos de rabia y de dolor por todas las

aberturas, y las palabras «¡Ya están ahí los asesinos!». Se propagó por los corredores, penetró en las habitaciones y hasta en lo más profundo de los calabozos.

Después se oyó otro grito:

—¡Los suizos, los suizos!

Había ciento cincuenta en la Abadía, librados con no poco trabajo de la cólera del pueblo el 10 de agosto. La municipalidad conocía el odio del pueblo a los uniformes rojos; de modo que era una excelente ocasión para preparar al pueblo, comenzando la matanza por los suizos.

Se tardaron unas dos horas para

matar a estos ciento cincuenta infelices.

Muerto el último, que fue el mayor Readink, cuyo nombre hemos pronunciado ya, se pidieron los *sacerdotes*.

Estos contestaron que se conformaban con morir; pero que deseaban confesarse.

Se accedió a su deseo, concediéndoles dos horas de tregua.

¿En qué se empleó este tiempo? En formar un tribunal.

¿Quién le formó y presidió? Maillard.

Capítulo CLXX

MAILLARD

El hombre siniestro del 14 de julio, del 5 y 6 de octubre, del 20 de junio, del 10 de agosto, debía ser también el hombre del 2 de septiembre.

Pero el portero del Châtelet quería aplicar una forma, una marcha solemne, una apariencia de legalidad al asesinato. Quería que se matase a los aristócratas, pero quería que muriesen legalmente; muertos o absueltos, habían de serlo por

un decreto del pueblo, que él miraba como el sólo juez infalible.

Cerca de doscientas personas habían sido degolladas antes de que Maillard constituyese su tribunal.

Una sola había sido indultada: el abate Sicard.

Otros dos que, presos en el tumulto, saltaron por una ventana, se hallaron en medio de la junta de la sección que celebraba sus reuniones en la Abadía. Esos presos eran el periodista Pariseau, y el intendente del palacio de la Chapelle. Los individuos de la junta hicieron que los fugitivos tomasen asiento en medio de ellos, y

consiguieron salvarlos. No se agradezca, pues, a los asesinos el que estas dos personas escapasen, no fue por culpa suya.

Hemos dicho que uno de los documentos curiosos que existen en los archivos de la policía, es el nombramiento de Marat para la junta de vigilancia. No lo es menos en verdad el registro de la Abadía, manchado aún hoy con la sangre de los degollados, que saltaba hasta los individuos del tribunal.

Los que buscáis con grande diligencia conmovedores recuerdos, haceos enseñar ese registro, en cuyas márgenes veréis a cada instante, debajo

de una de estas dos notas, escritas con letra grande, bien formada, perfectamente legible, en que no se advierte un rasgo mal trazado que revele turbación, miedo ni remordimientos, veréis, decimos, debajo de una de estos dos notas: «Muerto por sentencia del pueblo, o absuelto por el pueblo», el nombre de MAILLARD.

La última de estas dos notas se halla repetida cuarenta y tres veces.

Maillard, pues, salvó en la Abadía la vida a cuarenta y tres personas.

Son las nueve y media o las diez de la noche; en tanto que Maillard entra en el ejercicio de sus funciones

presidenciales, sigamos a dos hombres que salen de los Jacobinos hacia la calle de Santa Ana.

Estos hombres eran el gran sacerdote y el adepto, el maestro y el discípulo, Saint Just y Robespierre.

Saint Just, a quien vimos la noche en que fueron recibidos los tres nuevos masones en la logia de la calle de Plâtrière.

Saint Just, con su tez descolorida y dudosa, demasiado blanca para un hombre, demasiado pálida para una mujer, con su corbata enormemente almidonada; discípulo del maestro glacial, seco y duro; más duro, más seco

y más glacial que su maestro.

Para el maestro, al fin, hay algunas emociones en esas luchas políticas en que el hombre combate con el hombre y la pasión con la pasión.

Para el discípulo, lo que pasa es una simple partida de ajedrez en grande escala; sólo que la puesta es la vida.

Los que jugáis con él, tened cuidado no os gane, porque será inflexible y no hará gracia al poco afortunado.

Robespierre tenía sin duda sus razones para no retirarse aquella noche a su cuarto en casa de los Duplay, pues a estos les anuncio por la mañana que probablemente pasaría el día en el

campo.

La reducida habitación amueblada que ocupaba Saint Just, joven que podríamos llamar niño, desconocido aún, le parecía más segura acaso que la suya para esta terrible noche del 2 al 3 de septiembre.

Ambos entraron en ella a eso de las once.

Excusado es preguntar de qué hablaban esos dos hombres. Hablaban del degüello; con la sola diferencia que el uno hablaba de él con la sensibilidad de un filósofo de la escuela de Rousseau, y el otro con la sequedad de un matemático de la escuela de

Condillac.

Robespierre, como el cocodrilo de la fábula, lloraba en ocasiones por los mismos a quienes condenaba.

Al entrar en su cuarto, Saint Just puso su sombrero sobre una silla, desanudó su corbata y se quitó el frac.

—¿Qué haces? —le preguntó Robespierre.

Saint Just le miró con tal expresión de extrañeza, que Robespierre repitió:

—Te pregunto qué haces.

—¡Me acuesto, pardiez! —contestó el joven niño.

—Y ¿para qué te acuestas?

—Para hacer lo que se hace en la

cama, dormir.

—¡Cómo! —exclamó Robespierre —, ¿piensas dormir en una noche como esta?

—Y ¿por qué no?

—¿Cuando millares de víctimas caen o van a caer; cuando esta noche será la última para tantos hombres que respiran aún en este momento, y habrán dejado de vivir al salir el sol, piensas en dormir?

Saint Just se detuvo un instante pensativo.

Luego, como si en aquel cortísimo silencio hubiese hallado en su corazón una convicción nueva, dijo:

—Sí, es cierto, lo sé; pero también sé que ese es un mal necesario, puesto que tú mismo lo has autorizado. Supón una fiebre amarilla, una peste, un temblor de tierra; de cualquiera de esas cosas morirán tantos, si no más que van a morir, y no resultará bien alguno a la sociedad; mientras que de la muerte de nuestros enemigos resulta una seguridad para nosotros. Te aconsejo, pues, que te marches a tu casa, te acuestes como yo me acuesto, y procures dormir como yo dormiré.

Y el impasible, el frío político, se metió en la cama.

—Adiós, hasta mañana —añadió.

Y quedó dormido.

Su sueño fue tan largo, tan tranquilo, tan pacífico como si nada extraordinario ocurriera entonces en París; se había dormido a las once y media de la noche, y despertó a las seis de la mañana.

Al abrir sus ojos, como una sombra colocada entre la luz y él, volvióse hacia la ventana y reconoció a Robespierre.

Creyó que su maestro, ausente desde la noche, estaba ya de vuelta.

—¿Qué te trae tan de mañana por aquí?

—Nada —dijo Robespierre—, no me he marchado.

—¿Cómo!, ¿no te has marchado?

—No.

—¿No te has acostado?

—No.

—¿Ni has dormido?

—Tampoco.

—Pues ¿dónde has pasado la noche?

—Ahí en pie, con la frente apoyada en los cristales, escuchando el ruido de la calle.

El diputado de Arras no mentía; sin dudas, sin temor, sin remordimientos, no había dormido ni un segundo.

En cuanto a Saint Just, el sueño le había concedido sus favores aquella noche con igual munificencia que en

todas las demás.

Del otro lado del Sena, en el patio mismo de la Abadía, un hombre pasó la noche tan despierto como Robespierre.

Este, apoyado en el ángulo de la última puerta contigua al patio, y casi perdido en la penumbra de la inmensa sala.

He aquí el aspecto que presentaba el interior de esa sala, convertida en tribunal.

En derredor de una vasta mesa cargada de sables, espadas y pistolas, alumbradas por dos lámparas de cobre, cuya luz era necesaria aun en medio del día, se hallaban sentados doce hombres.

En sus caras ordinarias, en sus robustas formas, en los gorros encarnados de que estaban cubiertos, y en las carmañolas^[58] que ocultaban sus hombros, se reconocía fácilmente a hombres del pueblo.

Otro hombre, con frac negro raído, chaleco blanco, calzón corto, cara lúgubre y patibularia y la cabeza descubierta, los presidía.

Era el único quizá de entre ellos que sabía leer y escribir, y tenía delante de sí el registro de entrada de presos, papel tinta y plumas.

Los doce hombres eran los jueces de la Abadía; jueces terribles cuyas

inapelables sentencias eran inmediatamente ejecutadas por una cincuentena de verdugos armados de sables, de cuchillos y de picas que, empapados en sangre, esperaban en el patio la salida de otra nueva víctima.

Su presidente era el portero Maillard.

¿Había venido allí por sí mismo, o enviado por Danton, que hubiese querido hacer en las demás prisiones, es decir, en los Carmelitas, en el Châtelet, en la Fuerza, lo que se hizo en la Abadía, salvar algunas personas? Nadie lo ha sabido.

Maillard desaparece el 4 de

septiembre, sin que desde este día vuelva a vérsese ni a oírse hablar de él, cual si hubiera quedado sumergido en la sangre.

Pero, entretanto, presidía el tribunal desde las diez de la noche del 2 de septiembre.

Llegado e instalado en la mesa, pidió el registro de entrada, y con la ayuda de doce jueces, que hizo sentar, seis a su derecha y seis a su izquierda, continuó el degüello, aunque con una especie de regularidad.

Leíase el nombre consignado en el registro, y en tanto que los carceleros iban a buscar al preso, Maillard

informaba al tribunal sobre las causas de su arresto; si el preso era condenado, el presidente se contentaba con decir:

—A la fuerza.

Y entonces la puerta se abría, y la desgraciada víctima sucumbía al terrible hachazo que le asestaban aquellos asesinos.

Si el preso era absuelto, el negro fantasma se levantaba, le ponía la mano sobre la cabeza, y exclamaba:

—Que se le ponga en libertad.

Y el preso quedaba salvo.

En el momento de presentarse Maillard en la puerta de la prisión, un hombre que estaba apoyado contra la

pared le había salido al encuentro.

A las primeras palabras que ambos se dirigieron, Maillard había reconocido a aquel hombre, y en señal, si no de sumisión, de condescendencia al menos, había inclinado ante él su desmesurada talla.

Luego le había hecho entrar en la prisión, y colocado a la mesa y constituido el tribunal, le había dicho:

—Permaneced ahí, y cuando llegue el turno a la persona por quien os interesáis, hacedme una seña.

El hombre se había recostado en el ángulo de la puerta, y permanecía allí mudo e inmóvil esperando desde el día

anterior.

Era el doctor Gilberto.

Había jurado a Andrea que no la dejaría matar, y trataba de cumplir su juramento.

Nos hallamos en un momento de interrupción: desde las tres a las seis de la mañana, jueces y verdugos habían querido descansar. A las seis comieron.

Durante las tres horas que habían durado el sueño y el descanso, dos carros enviados por el ayuntamiento habían venido para llevarse los cadáveres.

El pavimento del patio estaba cubierto con tres pulgadas de sangre

cuajada; y como los pies resbalaban sobre aquella sangre y hubiese sido muy largo el lavarla, se había traído un centenar de haces de paja, se habían extendido por el patio, y se les había cubierto con los vestidos de las víctimas, especialmente con los de los suizos.

Los vestidos y la paja absorbían la sangre.

Pero mientras los jueces y los verdugos dormían, los presos velaban sobrecogidos por el espanto.

Cuando los gritos cesaron, cuando el terrible llamamiento cesó, tuvieron un instante de esperanza. Quizá sólo se

habían designado a los asesinos un número limitado de víctimas: quizá el degüello se limitaría a los suizos y a los guardias. ¡Vana ilusión que pronto quedó desvanecida!...

A las seis y media, los gritos y el llamamiento volvieron a comenzar.

Un carcelero bajó entonces y dijo a Maillard que los presos querían oír una misa antes de morir.

Maillard se encogió de hombros, pero accedió a la súplica.

Estaba además ocupado en oír las felicitaciones que, en nombre del ayuntamiento, le dirigía un hombre enviado al efecto por esta corporación.

Ese hombre, de talle esbelto, de cara apacible, vestía un frac color pulga y llevaba un peluquín empolvado.

Era Billaud-Varennes.

—Valientes ciudadanos —dijo a los asesinos—, acabáis de purgar la sociedad de grandes culpables, y la municipalidad no sabe cómo recompensaros. Los despojos de los muertos deberían perteneceros indudablemente; pero como esto se parecería algo a un robo, estoy encargado de daros, como indemnización de esta pérdida, veinticuatro libras a cada uno, que os van a ser entregadas inmediatamente.

Y, en efecto, Billaud-Varennés hizo en el instante mismo distribuir a los asesinos el salario de su sangriento trabajo.

He aquí lo sucedido, y lo que explica esta gratificación del ayuntamiento.

Durante la noche del 2 de septiembre, algunos de los que mataban, y estos eran los menos —la mayoría de los degolladores pertenecía a los tenderos y gentes de poco valer del comercio de los arrabales—, algunos de los que mataban iban sin medias y sin zapatos; así es que miraban con envidia el calzado de los aristócratas. De aquí

resultó que solicitaron de la sección el permiso de ponerse los zapatos de los muertos. La sección accedió a la demanda.

Dado este paso, Maillard se apercibió de que su gente se creía dispensada de pedir; en su consecuencia tomaban, no ya zapatos, ni sólo medias, sino cuanto se encontraba bueno de tomar.

Maillard vio con dolor que se profanaba y degradaba su matanza, y dio parte al ayuntamiento.

De aquí provino la misión de Billaud-Varennes, y el silencio religioso con que se le había escuchado.

Durante este tiempo oían misa los presos: la celebraba el abate Lenfant, predicador del rey, y le ayudaba el abate de Rastignac, escritor religioso.

Eran dos ancianos de cabellos blancos, de venerable presencia, y cuya palabra, predicando en una especie de tribuna la resignación y la fe, ejerció una influencia sublime y benéfica sobre todos aquellos desgraciados.

En el momento en que todos estaban de rodillas recibiendo la bendición del abate Lenfant, volvió a continuar el llamamiento.

El primer nombre que se pronunció fue el del abate consolador.

Hizo la señal de la cruz, acabó su oración y siguió a los que habían venido a buscarle.

El segundo sacerdote se quedaba aún, y continuó la fúnebre exhortación.

Luego fue llamado a su vez, y siguió como su antecesor a los que venían por él.

Los presos quedaron solos sin sacerdote.

Entonces su conversación era sombría, terrible, extraña.

Discutían sobre la manera de recibir la muerte, y la fortuna o la desgracia de hallar suplicios más o menos lentos.

Unos pensaban que era mejor tender

la cabeza con resolución para que cayera de un solo golpe: los otros, que sería mejor levantar los brazos para que la muerte pudiera penetrar en el corazón de todos lados; otros, en fin, que era mejor tener sus manos en las espaldas para no poder oponer resistencia alguna.

Un joven se adelantó y dijo:

—Voy a ver lo que es mejor.

Y subió a un pequeño torreón cuya reja daba al patio de la matanza, y desde allí estudió el modo de morir.

Luego se retiró diciendo:

—Mueren más pronto los que tienen la dicha de recibir el golpe en el pecho.

Oyéronse entonces estas palabras

seguidas de los sollozos: «Dios mío, a vos me encomiendo».

Un hombre acababa de caer en el suelo, y se agitaba sobre las baldosas.

Era el señor de Chantereine, coronel de la guardia constitucional del rey.

Acababa de darse tres cuchilladas en el pecho.

Los prisioneros hicieron uso del arma que el infeliz dejó: pero se herían vacilantes, y solamente uno consiguió matarse.

Había allí tres mujeres: dos jóvenes temblorosas, que se oprimían contra dos ancianos, y una mujer de luto, tranquila, arrodillada, orando y sonriendo con

dulzura.

Las dos jóvenes eran las señoritas de Cazotte y de Sombreuil, y los dos ancianos sus padres.

La mujer de luto era Andrea.

Se llamó al señor de Montmorin.

Ya se recordará que este era el antiguo ministro que había entregado los pasaportes con los cuales el rey trató de huir; este personaje era tan impopular, que ya la víspera, un joven del mismo nombre había estado a punto de ser muerto, tan sólo por llamarse así.

El señor de Montmorin no había ido a escuchar las exhortaciones de los sacerdotes; permanecía en su habitación

furioso, desesperado, llamando a sus enemigos, pidiendo armas, sacudiendo las barras de su prisión y rompiendo una mesa de ébano cuyas tablas tenían dos pulgadas de grueso.

Fue preciso conducirle a viva fuerza ante el tribunal, y entró pálido, con los ojos brillantes y los puños levantados.

—¡A la fuerza! —dijo Maillard.

El antiguo ministro tomó la palabra por lo que parecía ser, y creyó en una simple traslación.

—Presidente —dijo a Maillard—, puesto que te place llamarte así, espero que me hagas conducir en coche, a fin de evitarme el insulto de tus asesinos.

—Mandad que se acerque un coche para el señor conde de Montmorin —dijo Maillard con la mayor cortesía.

Y volviéndose hacia el señor de Montmorin, añadió:

—Tomaos la molestia de sentaros hasta que venga el coche, señor conde.

El señor de Montmorin tomó asiento refunfuñando.

Cinco minutos después se anunció que el coche esperaba. Un comparsa cualquiera había comprendido el papel que debía desempeñar en aquel drama, y contestaba.

Se abrió la puerta fatal, la que conducía a la muerte, y el señor de

Montmorin salió.

Apenas hubo dado tres pasos, cayó en tierra herido por veinte picas.

Después se presentaron otros prisioneros, cuyos nombres ignorados legaron al olvido.

En medio de todos aquellos nombres oscuros, uno de ellos brilló como una llama: era el de Santiago Cazotte, de Cazotte el iluminado, que diez años antes de la revolución había predicho a cada cual la suerte que le esperaba: de Cazotte, el autor del *Diablo enamorado*, de *Oliverio* y de las *Mil y una tonterías*; imaginación loca, alma estática, corazón ardiente que había

abrazado con furor la causa de la contrarrevolución, y que en cartas dirigidas a su amigo Ponteau, empleado en la intendencia civil, había expresado opiniones que en aquellos días se castigaban con la muerte.

Su hija le había servido de secretario para estas cartas, y detenido su padre, Isabel Cazotte fue a reclamar su parte de prisión.

Si la opinión realista se podía permitir a alguno, seguramente era a aquel anciano de setenta y cinco años, que tenía los pies arraigados en la monarquía de Luis XIV, y que, para mecer el sueño del duque de Borgoña,

había compuesto dos canciones que habían llegado a ser populares. Pero estas eran razones buenas para los filósofos, y no para los asesinos de la Abadía; de modo que Cazotte estaba condenado de antemano.

Al ver al venerable anciano de cabello blanco, de ojos brillantes y hermosa cabeza, Gilberto, separándose de la pared, hizo un ademán para salir a su encuentro, ademán que Maillard notó. Cazotte se adelantaba apoyado en su hija; mas al entrar esta comprendió que se hallaba delante de jueces.

Entonces, separándose de su padre, y con las manos unidas, suplicó al

tribunal de sangre con tan dulces palabras, que los asesores de Maillard comenzaron a vacilar; la pobre niña observó que, a pesar de su rudeza, aquellos hombres tenían corazón; pero que era preciso bajar hasta los abismos para encontrarle, y por lo tanto se arrodilló con la cabeza inclinada y la compasión por guía. Aquellos hombres que no sabían lo que eran lágrimas lloraron, y Maillard se pasó por los ojos secos el dorso de la mano, ojos que hacía veinte horas contemplaban la matanza sin haberse cansado ni una sola vez.

Y extendiendo el brazo sobre la

cabeza de Cazotte, exclamó:

—¡Que le dejen libre!

La joven no sabía qué pensar.

—Nada temáis, señorita —dijo Gilberto.

Dos de los jueces se levantaron para acompañar a Cazotte hasta la calle, temiéndose que un fatal error entregase a la muerte aquella víctima que se le acababa de arrebatar.

Cazotte estaba salvado, al menos por esta, vez.

Las horas transcurrieron y se siguió asesinando.

Se habían llevado al tribunal bancos para los espectadores, pues las mujeres

y los hijos de los asesinos tenían derecho para asistir al espectáculo; y por otra parte, como actores de conciencia, no era bastante para aquella gente que se la pagase, querían ser aplaudidos.

A eso de las cinco se llamó al señor de Sombreuil.

Este era, como Cazotte, un realista bien conocido, tanto más imposible de salvar cuanto se recordaba que, siendo gobernador de los Inválidos, el 14 de julio, había hecho fuego sobre el pueblo. Sus hijos estaban en el extranjero, sirviendo en el ejército enemigo, y uno de ellos se había conducido tan

valerosamente en el sitio de Longwy, que fue condecorado por el rey de Prusia.

El señor de Sombreuil se presentó noble también y resignado, llevando erguida la cabeza de cabellos blancos, que pendían en bucles sobre su uniforme, e igualmente se apoyaba en su hija.

Esta vez Maillard no se atrevió a mandar que se pusiera en libertad al prisionero, mas haciendo un esfuerzo dijo:

—Inocente o culpable, creo que sería indigno del pueblo mancharse las manos en la sangre de ese anciano.

La señorita de Sombreuil al oír aquella noble frase, que tendrá su peso en la balanza divina, cogió a su padre de la mano y condújole por la puerta de la vida gritando:

—¡Salvado, salvado!

Ningún juez había dicho la menor cosa, ni para condenar ni para absolver.

Dos o tres de los asesinos pasaron la cabeza por la puerta del postigo, para preguntar qué se debía hacer.

El tribunal guardó silencio.

Solamente un individuo contestó:

—Haced lo que os parezca.

—Pues bien —exclamaron los asesinos—, que la joven beba a la salud

de la nación.

Entonces fue cuando un hombre, enrojecido de sangre, con los brazos desnudos y el rostro feroz, presentó a la señorita de Sombreuil un vaso, según unos de sangre, y según otros de vino.

La señorita de Sombreuil gritó: «¡Viva la nación!», humedeció sus labios en el licor, cualquiera que fuese, y el señor de Sombreuil se salvó.

Transcurrieron dos horas más, y después la voz de Maillard, tan impasible al evocar los vivos como lo era la de Minos al evocar los muertos, pronunció estas palabras:

—La ciudadana Andrea de Taverney,

condesa de Charny.

Al oír este nombre, Gilberto sintió sus piernas flaquear y su corazón desfallecer.

Una vida más importante a sus ojos que la suya propia iba a ser condenada o salvada.

—Ciudadanos —dijo Maillard a los individuos del tribunal terrible—, la que va a comparecer ante vosotros es una pobre mujer que en otro tiempo fue fiel a la austríaca; pero esta, ingrata como una reina, pagó sus servicios con ingratitud; esa mujer lo perdió todo por su amistad, su fortuna y su esposo, por el cual la veréis entrar vestida de luto. ¿A quién

debe este duelo? ¡A la prisionera del Temple! Ciudadanos, os pido la vida de esa mujer.

Los jueces hicieron una señal de asentimiento.

Solamente uno dijo:

—Será preciso ver...

—Pues entonces —replicó Maillard—, mirad.

La puerta se abría, en efecto, y veíase en las profundidades del corredor una mujer vestida de luto, con la frente cubierta por un velo negro, que avanzaba sin apoyo y con paso firme.

Hubiérase dicho que era una aparición de ese mundo fúnebre del que

ningún viajero ha vuelto aún, como dice Hamlet.

Ante ella los jueces se estremecieron.

Llegó hasta la mesa y levantó su velo.

Jamás tan incontestable ni tan pálida belleza había aparecido a los ojos de los hombres; era una divinidad de mármol.

Todas las miradas se fijaron en ella; Gilberto estaba palpitante.

Andrea se dirigió a Maillard, y con voz dulce, pero firme, le dijo:

—Ciudadano, ¿sois vos el presidente?

—Sí, ciudadana —contestó Maillard, admirado de que le interrogasen, cuando sólo a él correspondía hacerlo.

—Soy Andrea de Taverney, condesa de Charny, esposa del conde de Charny, muerto en la infame jornada del 10 de agosto; soy aristócrata y amiga de la reina; he merecido la muerte y vengo a buscarla.

Los jueces profirieron un grito de sorpresa.

Gilberto palideció, retirándose cuanto le fue posible en el ángulo del postigo para que Andrea no le viese.

—Ciudadanos —dijo Maillard, que

observaba el espanto de Gilberto—, esta mujer está loca; la muerte de su esposo le ha hecho perder la razón, y por lo tanto debemos compadecerla y velar por su vida. La justicia del pueblo no castiga a los insensatos.

Al decir esto se levantó y quiso poner la mano sobre la cabeza de Andrea, como lo hacía con todos aquellos a quienes proclamaba inocentes.

Pero la condesa apartó la mano de Maillard.

—Tengo toda mi razón —dijo—, y si debéis hacer gracia a alguno, dispensadla a quien la pida y la

merezca; pero no a mí, que no la merezco y la rehúso.

Maillard se volvió hacia Gilberto y vio a este con las manos unidas como si suplicara.

—¡Esa mujer está loca —repitió—, que la dejen libre!

Al decir esto hizo una seña a un individuo del tribunal, para que la hiciera salir por la puerta de la vida.

—¡Inocente —gritó el hombre—, dejad pasar!

Todos se apartaron delante de Andrea; los sables, las picas y las pistolas, se inclinaron ante aquella estatua del Duelo.

Pero apenas hubo dado diez pasos, y mientras que, inclinado en la ventana, Gilberto veía, a través de los barrotes, cómo se alejaba, la condesa se detuvo y gritó:

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina!
¡Oprobios sobre el 10 de agosto!

Gilberto profirió un grito y se lanzó al patio.

¡Había visto brillar la hoja de un sable que, rápida como un relámpago, desapareció en el pecho de la condesa!

El doctor llegó a tiempo para recibir a la pobre mujer en sus brazos.

Andrea volvió hacia él su mirada apagada y le reconoció.

—Bien os había dicho que moriría a pesar vuestro —murmuró, añadiendo después con voz apenas inteligible:

—¡Amad a Sebastián por los dos!

Y más débilmente aún:

—¡Cerca de él, junto a mi Oliverio, junto a mi esposo... por toda una eternidad!

Y espiró.

Gilberto la cogió entre sus brazos y la levantó.

Cincuenta manos cubiertas de sangre le amenazaron a la vez; pero Maillard se presentó de pronto, y extendiendo la mano sobre su cabeza, gritó:

—¡Dejad pasar al ciudadano

Gilberto, que se lleva el cadáver de una pobre loca, muerta por equivocación!

Todos se apartaron, y Gilberto, llevándose el cadáver de Andrea, pasó por en medio de los asesinos, sin que ni uno solo pensara en cerrarle el paso; tan soberana era para la multitud la palabra de Maillard.

Capítulo CLXXI

LO QUE SUCEDÍA EN EL TEMPLE DURANTE LA MATANZA

Mientras que la municipalidad organizaba la matanza que hemos procurado bosquejar, y aunque deseosa de subyugar a la Asamblea y a la prensa por el terror, temía mucho que ocurriese alguna desgracia a los prisioneros del Temple.

En efecto; dada la situación porque se atravesaba; Longwy tomado, Verdún invadido y el enemigo a cincuenta leguas de París, el rey y la familia real eran preciosos rehenes que garantizaban la vida de los más comprometidos.

Se enviaron, pues, comisarios al Temple.

Quinientos soldados armados hubieran sido insuficientes para guardar esta prisión, que tal vez hubieran abierto ellos mismos. Un comisionado encontró un medio más seguro que todas las picas y bayonetas de París. Y fue rodear el temple con una ancha cinta tricolor, en la que se leía esta inscripción:

«Ciudadanos: vosotros que, al deseo de la venganza, sabéis unir el amor al orden, respetad esa barrera; es necesaria a nuestra vigilancia y a nuestra responsabilidad».

Época extraña, en la cual se rompían puertas de roble, se forzaban verjas de hierro y se arrodillaba el pueblo ante una cinta.

El pueblo se arrodilló ante la cinta tricolor del Temple y la besó; nadie la traspasó.

El rey y la reina ignoraban lo que acontecía en París el 2 de septiembre; había, es verdad, en derredor de la cárcel una fermentación mayor que la

acostumbrada; pero comenzaban ya a habituarse a esos incrementos de fiebre.

El rey comía a las dos, y a esta hora comió, como de costumbre; después de comer bajó al jardín, según costumbre también, con la reina, *madame* Isabel, *madame* Royale y el delfín.

Uno de los municipales que seguían al rey, hablando al oído de uno de sus colegas, pero no tan bajo que dejase de oírlo Clery, le dijo:

—Hemos hecho mal en dejarles pasear esta siesta.

Eran cabalmente las tres, y era el momento en que se comenzaba a degollar a los prisioneros llevados

desde el ayuntamiento a la Abadía.

El rey no tenía cerca de sí como ayudas de cámara más que a Clery y a Hue.

El pobre Thierry, al que hemos visto prestar el 10 de agosto su cuarto a la reina para conversar con el señor Roederer, estaba en la Abadía e iba a ser asesinado en la jornada del 3.

Parece que el segundo concejal era de la opinión del primero, sobre haber hecho mal en dejar salir a paseo a la familia real, porque ambos la intimaron la orden de volver a entrar al instante.

Fueron puntualmente obedecidos.

Mas apenas se reunieron todos en el

cuarto de la reina, entraron otros dos concejales que no estaban de servicio; uno de ellos, excapuchino, llamado Matthieu, se acercó al rey.

—¿Sabéis lo que pasa, caballero? —le dijo—. La patria está en el mayor peligro.

—¿Cómo queréis que sepa nada cuando estoy preso e incomunicado?

—Pues bien, voy a decíroslo yo, yo mismo. Y es que el enemigo ha entrado en Champaña, y que el rey de Prusia marcha sobre Châlons.

La reina no pudo reprimir un movimiento de alegría.

El municipal lo apercibió, por muy

rápido que hubiese sido.

—¡Ah!, sí —continuó dirigiéndose a la reina—, nosotros sabemos, es verdad, que pereceremos con nuestras mujeres e hijos; pero vosotros responderéis de todo; moriréis antes que nosotros, y el pueblo quedará vengado.

—Sucederá lo que Dios quiera —contestó el rey—; he hecho todo cuanto he podido por el pueblo, y nada tengo que reprenderme.

Entonces, volviéndose el municipal hacia el ayuda de cámara Hue, que estaba en pie junto a la puerta, le dijo:

—En cuanto a ti, el ayuntamiento me ha encargado constituirte en prisión.

—¡En prisión!, ¿quién? —preguntó el rey.

—Vuestro ayuda de cámara.

—¿Mi ayuda de cámara? Pero ¿cuál?

—Este.

Y señaló al señor Hue.

—¡El señor Hue!, ¿de qué se le acusa?

—Eso no me importa; sólo sé que será trasladado esta tarde, y que se sellarán sus papeles.

Y luego al salir, dirigiéndose a Clery, dijo:

—Id con cuidado en lo que hacéis, porque os sucederá otro tanto si no

andáis derecho.

Al día siguiente, 3 de septiembre, a las once de la mañana, estaba reunido el rey con su familia en el aposento de la reina; un municipal dio a Clery la orden de subir al cuarto del rey.

Manuel estaba allí, y con él algunos individuos del ayuntamiento.

Todos los rostros manifestaban visiblemente un gran desasosiego. Como ya tenemos dicho, Manuel no era hombre sanguinario, y había un partido moderado aún en el ayuntamiento mismo.

—¿Qué piensa el rey de la prisión de su ayuda de cámara^[59]? —preguntó

Manuel.

—Su Majestad está muy inquieto —
contestó Clery.

—Nada le sucederá —repuso
Manuel—; sin embargo, tengo encargo
de decir al rey que no volverá más, y
qué el consejo le reemplazará. Podéis
anunciar esta medida al rey.

—Yo no tengo misión de hacerlo,
señor Manuel —contestó Clery—; tened
la bondad de dispensarme de anunciar a
mi amo una noticia que de cierto le será
penosa.

Manuel reflexionó un instante.

—Bien —repuso—, yo bajaré al
cuarto de la reina.

En efecto, bajó y encontró al rey.

El rey escuchó, don su acostumbrado sosiego, la noticia que tenía que darle el procurador del ayuntamiento; luego, con el rostro impasible que había tenido el 20 de junio y el 10 de agosto, y que había de tener en el cadalso, dijo:

—Bien, os lo agradezco. Me valdré del ayuda de cámara de mi hijo, y si aún este me rehúsa el consejo, me serviré yo mismo.

Y con un ligero movimiento de cabeza, dijo:

—Estoy resuelto a ello.

—¿Tenéis que hacer alguna reclamación? —preguntó Manuel.

—Nos falta ropa blanca —dijo el rey—, y para nosotros es grande privación. ¿Creéis que se puede alcanzar del ayuntamiento el que se nos suministre según nos vaya haciendo falta?

—Daré cuenta al consejo —contestó Manuel.

Luego, viendo que el rey no le preguntaba ninguna noticia de fuera, se retiró.

A la una, manifestó el rey deseo de pasearse.

Durante los paseos se apercibían siempre ciertas señas de simpatía hechas desde alguna ventana, buhardilla

o terrado que daban sobre el jardín, tal vez detrás de una persiana; en tales circunstancias, este era un consuelo.

Sin embargo, los municipales se negaron a dejar que bajase la familia real.

Se puso esta a la mesa a las dos.

Cuando estaban en la mitad de la comida se oyó ruido de tambores, y una gritería que aumentaba extraordinariamente se aproximaba más y más al Temple.

La familia real se levantó de la mesa y fue a reunirse al aposento de la reina.

El ruido se iba acercando cada vez más.

¿Cuál era el origen de este ruido?

Se asesinaba en la Fuerza, como en la Abadía; con la diferencia de que no era bajo la presidencia de Maillard, sino la de Hebert; así es que la carnicería fue mucho más terrible.

Y sin embargo, era más fácil de salvar allí a los presos, porque había menos prisioneros políticos que en la Abadía; los asesinos eran menos numerosos y los espectadores menos encarnizados; pero así como en la Abadía Maillard dominaba la matanza, en la Fuerza la matanza dominaba a Hebert.

Se salvaron cuarenta y dos personas

en la Abadía, y sólo seis en la Fuerza.

Entré los presos de esta última se contaba la pobre princesa de Lamballe. La hemos visto pasar en los tres últimos libros que hemos escrito, en *El Collar de la Reina*, en *Ángel Pitou* y en *La Condesa de Charny*, como la sombra obsequiosa y fiel de María Antonieta.

Se la aborrecía en extremo y se la llamaba *la consejera de la austríaca*. Era, sí, su confidente, su fiel amiga, y algo más tal vez, según rumores vagos, pero falsos; mas su consejera, nunca. La tierna y linda hija de Saboya, con sus bellísimos labios, graciosa boca y sonrisa más graciosa aún, era capaz de

amar, y lo probó; pero aconsejar a una señora varonil, constante, tenaz y altiva, cual era la reina, jamás, lo repetimos.

La reina la había amado como a la señora de Guemenée y a las de Marsan y de Polignac, aturdidamente, de una manera irregular e inconstante en todos sus sentimientos, y tal vez la había hecho sufrir tanto, en su calidad de amiga, como hizo sufrir a Charny en su condición de amante; sólo que este último se había cansado, como hemos visto, mientras que la amiga, por el contrario, se mantuvo fiel. Los dos perecieron por aquella a quien amaron. Se tendrá todavía presente aquella

tertulia que hemos bosquejado en el pabellón de Flora. *Madame* de Lamballe recibía en su aposento, y la reina veía en él a los que no podía recibir en el suyo: Suleau y Barnave en las Tullerías, Mirabeau en Saint-Cloud.

El 1 de agosto, Lamballe estaba aún en Inglaterra; podía continuar allí y prometerse larga vida. La tierna y compasiva criatura, sabiendo que estaban amenazadas las Tullerías, regresó inmediatamente, pidiendo su plaza cerca de la reina.

Conducida desde luego al Temple con esta, el 10 de agosto fue trasladada a la Fuerza.

Allí conoció muy bien que el peso era superior a sus fuerzas; habría querido morir al lado de la reina, a su vista le hubiera parecido dulce la muerte. Pero lejos de ella no se sentía ya con fuerzas para morir; no era una mujer del temple de Andrea, estaba enferma de terror.

La delicada criatura no ignoraba todos los odios alzados contra ella. Encerrada en uno de los cuartos altos de la prisión con *madame* de Navarre, había visto en la noche del 2 al 3, salir a *madame* de Tourzel; era como si le dijeran: «Te quedas para morir».

Así es que, acostada en su cama,

escondiéndose bajo sus sábanas al menor grito que oía, cual un niño que tiene miedo, se desmayaba a cada momento, y recobrando el sentido decía:

—¡Ah, Dios mío, había creído morir!

Y después añadía:

—¡Si se pudiera morir como desmayarse, no sería difícil ni doloroso!

Los asesinatos se cometían por todas partes: en el patio, en la puerta, aun en los cuartos bajos; los gritos subían hasta ella por bocanadas, y le llegaba el olor de la sangre como un vapor.

A las ocho de la mañana se abrió la puerta.

Tal fue su terror por esta vez, que no se desmayó ni se tapó con sus sábanas.

Volvió la cabeza y vio dos guardias nacionales.

—Vamos, levantaos —dijo brutalmente uno de ellos a la princesa —; es menester ir a la Abadía.

—¡Oh!, señores, me es imposible dejar la cama; estoy tan débil que no podría andar.

Luego, con voz casi ininteligible, añadió:

—Si es para matarme, lo mismo podéis hacerlo aquí que en otra parte.

Uno de aquellos hombres, hablándole al oído mientras el otro

espiaba en la puerta, le dijo en voz baja:

—Obedeced, señora; venimos a salvaros.

—Entonces retiraos para que me vista.

Los guardias se retiraron, y *madame* de Navarre la ayudó a vestirse, o mejor dicho, la vistió ella sola.

Vestida ya, a los dos minutos entraron los dos hombres.

La princesa estaba pronta; sólo que no podía andar, la pobrecilla tenía un temblor general. Entonces tomó el brazo del guardia nacional que le había hablado, y sostenida así bajó la escalera.

Llegada al pie se encontró de repente ante el tribunal de sangre. Hemos dicho que lo presidía Hebert.

A la vista de aquellos hombres remangados hasta más arriba del codo, que se habían erigido en jueces, a la vista de las manos bañadas de sangre, la princesa perdió el conocimiento.

Preguntada tres veces, se desmayó otras tantas sin poder contestar.

—Ya se os ha dicho que queremos salvaros —le dijo al oído, y con el mayor disimulo, el que ya le había hablado.

Esta promesa le dio alguna fuerza a la desgraciada.

—¿Qué queréis de mí, señores? —
dijo.

—¿Quién sois? —preguntó Hebert.

—María Luisa de Saboya, princesa
de Lamballe.

—¿Vuestra calidad?

—Dama mayor de la reina.

—¿Tenéis conocimiento de las
tramas de la corte en el 10 de agosto?

—Yo no sé si había maquinaciones
en ese día; si es que pudo haberlas, nada
sé de ellas.

—Jurad la libertad, la igualdad,
odio al rey, a la reina y al trono.

—Juraría fácilmente las dos
primeras; pero no lo demás, porque no

está en mi corazón.

—Jurad —dijo en voz baja el guardia nacional—, o sois muerta.

La princesa extendió sus manos, y vacilante dio un paso instintivo hacia delante.

—Jurad —le dijo otra vez su protector.

Entonces, cual si por terror a la muerte hubiera temido pronunciar un juramento vergonzoso, puso la mano en sus labios para comprimir las palabras que hubiesen podido escaparse a pesar suyo.

Algunos gemidos pasaron por entre sus dedos.

—¡Ha jurado! —exclamó el guardia nacional que la acompañaba.

Luego, en voz baja, añadió:

—Salid pronto por la puerta que está enfrente, y al salir, decid: «¡Viva la nación!», y estáis salvada.

Al salir dio en los brazos de un asesino que la esperaba; este asesino era el gran Nicolás, el mismo que en Versalles había cortado la cabeza a los dos guardias de corps.

Había prometido ahora salvar a la princesa.

La fue llevando hacia cierta cosa informe, aterradora y ensangrentada, diciéndola en voz muy baja:

—Gritad «¡Viva la nación...!»; pero, en fin, decid: «¡Viva la nación!».

Sin duda la pobre criatura iba a decirlo, mas por desgracia abrió los ojos y se encontró enfrente de un montón de cadáveres, sobre el cual un hombre pataleaba con zapatos herrados, haciendo salpicar la sangre bajo sus pies, como un vendimiador pisa la uva y hace saltar el mosto.

Vio este horrible espectáculo, volvió la cabeza y sólo pudo lanzar ese grito:

—¡Oh, qué horror!...

Se pudo, sin embargo, ahogar esta exclamación. El señor de Penthievre, suegro de la princesa, había dado cien

mil francos, según dicen, para salvarla.

La llevaban a empujones por aquel callejón estrecho que da a la calle de San Antonio, llamado Culde-sac-des-Pretres, cuando, ya un hombre, un miserable, un peluquero llamado Charlot, que acababa de sentar plaza de tambor en los voluntarios, abrió las filas que se agolpaban a su paso y le arrancó la cofia con su pica.

¿Intentaba el bárbaro soez sólo arrancarle la cofia? ¿O quería más bien herirla en la cabeza o en el rostro?

Lo cierto es que la sangre brotó; sangre llama sangre: un hombre arrojó a la princesa un madero que la hirió en la

nuca, y la infeliz tropezó y cayó apoyada en una rodilla.

No había medio de salvarla; por todas partes los sables amenazadores y las picas la alcanzaron.

No profirió ni el más ligero grito; en realidad había muerto apenas hubo pronunciado las últimas palabras.

Apenas expiró —tal vez vivía aún—, se precipitaron sobre ella; en un instante rasgaron sus ropas, hasta la camisa, y palpitante, en los últimos estremecimientos de la agonía, quedó desnuda.

Un sentimiento obsceno había presidido a su muerte y apresuraba el

despojo; se quería ver aquel hermoso cuerpo, al que las mujeres de Lesbos hubieran tributado culto.

Desnuda como Dios la hizo, la colocaron a la vista de todos sobre un poste; cuatro hombres lavaban y enjugaban la sangre que corría por siete heridas, y otro la mostraba con una varilla y detallaba las bellezas que, según se aseguraba, le valieron el favor en otro tiempo, y que sin duda fueron causa de su muerte en aquel día.

Así estuvo expuesta cuatro o cinco horas.

Al fin se cansaron de aquel curso de historia escandalosa practicado sobre un

cadáver, y un hombre se acercó y le cortó la cabeza.

¡Ay! ¡Aquel cuello largo y flexible como el de un cisne, presentaba poca resistencia!

El miserable que cometió aquel crimen, más hediondo aún en un cadáver que en un ser viviente, se llamaba Grison. ¡La historia es la más inexorable de las divinidades: arranca una pluma de su ala, la moja en sangre, escribe un nombre, y este nombre se lega a la execración de la posteridad!

Aquel hombre fue guillotinado más tarde como jefe de una cuadrilla de ladrones.

Otro, llamado Rodi, abrió el pecho a la princesa y le arrancó el corazón.

Un tercero, llamado Mamín, eligió otra parte del cuerpo.

A causa de su amor a María Antonieta se mutilaba así a la pobre mujer; preciso era que se odiase mucho a la reina.

Se clavarón en picas las tres partes desprendidas de aquel cuerpo, y todos se dirigieron hacia el Temple.

Una multitud inmensa seguía a los tres asesinos; mas prescindiendo de algunos muchachos y varios hombres ebrios, que vomitaban el vino con la injuria, todos guardaban un silencio de

espanto.

En el camino vieron una peluquería, y se entró en ella.

El hombre que llevaba la cabeza la colocó sobre una mesa.

—Rízame eso —dijo— porque ha de ver a su ama en el Temple.

El peluquero rizó los magníficos cabellos de la princesa, y la multitud continuó su marcha en dirección al Temple, esta vez profiriendo ruidosos gritos.

Estos gritos eran los que había oído la familia real.

Los asesinos llegaban, pues había tenido la abominable idea de mostrar a

la reina aquella cabeza, aquel corazón y la otra parte del cuerpo de la princesa.

Muy pronto se presentaron en el Temple.

La cinta tricolor les cerraba el paso.

¡Aquellos hombres, aquellos infames asesinos, no se atrevieron a saltar por encima de una cinta!

Y pidieron que una diputación de seis asesinos, de los cuales tres llevaban los sangrientos trofeos, pudieran entrar en el Temple y dar la vuelta al torreón, para mostrar aquellas espantosas reliquias a la reina.

La petición era tan razonable, que fue concedida sin discusión.

El rey estaba sentado y aparentaba jugar al chaquete^[60] con la reina. Acercándose así bajo pretexto del juego, los prisioneros podían cruzar algunas palabras sin que las oyeran los municipales.

De pronto el rey vio a uno de estos cerrar la puerta, precipitarse hacia la ventana y correr vivamente la cortina.

Era un tal Danjou, antigua seminarista, especie de gigante que a causa de su elevada estatura era llamado el *Abate de los seis pies*.

—¿Qué hay? —preguntó el rey.

Aquel hombre, aprovechando el momento en que la reina estaba de

espaldas, hizo seña al rey para que no le interrogase.

Los gritos, las amenazas, llegaban hasta la habitación, aunque las puertas y las ventanas estaban cerradas; el rey comprendió que sucedía alguna cosa terrible, y apoyó la mano sobre el hombro de la reina para mantenerla en su sitio.

En aquel instante llamaron a la puerta, y bien a pesar suyo, Danjou debió abrir.

Eran oficiales de guardia y municipales.

—Señores —preguntó el rey—, ¿está mi familia segura?

—Sí —contestó un hombre que vestía el uniforme de guardia nacional —; pero se hace circular el rumor de que ya no hay nadie en la torre y que habéis huido; asomaos a la ventana para tranquilizar al pueblo.

El rey, ignorante de lo que ocurría, no tuvo inconveniente en obedecer, e hizo ademán de adelantarse hacia la ventana; pero Danjou le detuvo.

—¡No hagáis eso, caballero! —le dijo.

Y volviéndose hacia los oficiales, añadió:

—El pueblo debe tener más confianza en sus magistrados.

—Muy bien —contestó el oficial—; pero no es eso todo: se quiere que os asoméis a la ventana para ver la cabeza y el corazón de la princesa de Lamballe, a fin de mostraros cómo el pueblo trata a sus tiranos, y os aconsejo que os presentéis, pues de lo contrario entrarán aquí.

La reina profirió un grito y cayó desvanecida en las brazos de *madame* Isabel y de *madame* Royale.

—¡Ah!, caballero —dijo el rey— hubierais podido dispensaros de anunciar a la reina tan espantosa desgracia.

Y señalando con el dedo el grupo de

las tres mujeres, añadió:

—¡Ved lo que habéis hecho!

El hombre se encogió de hombros y salió cantando la *carmañola*^[61].

A las seis se presentó el secretario de Pétion, que iba a entregar al rey dos mil quinientos francos.

Al ver a la reina de pie e inmóvil, creyó que se mantenía así por respeto a él, y tuvo la bondad de invitarla a sentarse.

«Mi madre estaba así —dice *madame* Royale en sus *Memorias*— porque después de aquella espantosa escena quedó de pie e inmóvil, sin ver nada de lo que se hacía en la

habitación».

El terror la había convertido en estatua.

Capítulo CLXXII

VALMY

Y ahora apartemos un momento la vista de esas espantosas escenas de matanza, y sigamos por los desfiladeros del Argonne a uno de los personajes de nuestra historia, del cual dependen ahora los destinos supremos de Francia.

Ya se comprenderá que se trata de Dumouriez.

Como hemos dicho, al dejar el ministerio continuó en su empleo de

general en activo servicio, y cuando la fuga de Lafayette recibió el título de comandante en jefe del ejército del Este.

Fue una especie de milagro de intuición por parte de los hombres que ocupaban el poder, elegir por jefe a Dumouriez.

En efecto; el general, aborrecido por unos, despreciado por otros, pero más feliz que lo había sido Danton el 2 de septiembre, fue reconocido unánimemente como el único hombre que pudiera salvar a Francia.

Los Girondinos que le nombraban, odiaban a Dumouriez; le habían hecho entrar en el Ministerio, y ya se recordará

que él los hizo salir; y sin embargo, fueron a buscarle cuando era oscuro en el ejército del Norte, y le eligieron por general en jefe.

Los Jacobinos aborrecían y despreciaban también a Dumouriez; pero comprendían que la primera ambición de aquel hombre era la gloria, y que vencería o se dejaría matar. Robespierre, no atreviéndose a sostenerle, a causa de su mala fama, encargó a Coulthon que le apoyase.

Danton no odiaba ni despreciaba a Dumouriez; era uno de esos hombres de temperamento vigoroso, que juzgan las cosas desde la altura y que se cuidan

poco de las reputaciones, porque están dispuestos a utilizar los vicios mismos si pueden obtener de ellos los resultados que esperan. Sin embargo, solamente Danton, sabiendo el partido que se podía sacar de Dumouriez, desconfiaba de su estabilidad, y le envió dos hombres: uno era Fabre d'Eglantine, es decir, su pensamiento, y el otro Westermann, su brazo.

Se pusieron todas las fuerzas de Francia en las manos de aquel a quien se llamaba un intrigante. El viejo Luckner, soldadote alemán, que había demostrado su incapacidad al comenzar la campaña, fue enviado a Châlons para reclutar

gente; Dillon, valeroso soldado, general distinguido, superior a Dumouriez en la jerarquía militar, recibió orden de obedecerle; y Kellermann debió ponerse también bajo las órdenes de aquel hombre, a quien Francia, desesperada, devolvía de pronto su espada, diciéndole: «¡No conozco más hombre que tú capaz de defenderme; defiéndeme!».

Kellermann refunfuñó, renegó y lloró; mas no dejó de obedecer, aunque lo hizo contra su voluntad, y necesitó oír el estampido del cañón para ser lo que realmente era, un hijo fiel de la patria.

Ahora bien; ¿cómo era que los

soberanos aliados, cuya marcha estaba señalada ya por etapas hasta París, se detenían de pronto después de la toma de Longwy y la rendición de Verdún?

Un espectro estaba de pie entre ellos y París: el espectro de Beaurepaire.

Este militar, antiguo oficial de carabineros, había organizado y mandado el batallón de Maine y Loira, y en el momento en que supo que el enemigo había puesto el pie en territorio de Francia, atravesó todo el país con su gente a la carrera, marchando de oeste a este.

En el camino encontraron a un diputado patriota que volvía a su ciudad.

—¿Qué diré de vuestra parte a vuestras familias? —preguntó el diputado.

—*¡Que estamos muertos!* — contestó una voz.

Ningún espartano de los que iban a las Termopilas, hubiera podido dar una contestación más sublime.

El enemigo llegó hasta delante de Verdún, como ya hemos dicho; era el 30 de agosto de 1792, y el 31 se intimó a la ciudad a la rendición.

Beaurepaire y sus hombres, apoyados por Marceau, querían combatir hasta la muerte.

El consejo de defensa, compuesto de

los individuos del Ayuntamiento y de los principales habitantes de la ciudad, le ordenó que se rindiese.

Beaurepaire sonrió desdeñosamente.

—He jurado morir antes de rendirme —dijo—; sobrevivid a vuestra vergüenza y deshonra si lo queréis así; pero yo seré fiel a mi juramento; esta es mi última palabra, y muero.

Y se disparó un pistoletazo.

¡Aquel espectro era tan grande como el gigante Adamastor, y más terrible aún!

Por otra parte, los soberanos aliados que, fiándose de cuanto decían los emigrados, creían que Francia volaría a

su encuentro, veían otra cosa diferente.

Veían aquella tierra de Francia, tan fecunda y poblada, convertida de pronto, como al golpe de la varilla de un mágico, en campos estériles, de donde las simientes habían desaparecido como si una tromba se las hubiese llevado todas hacia el oeste.

Solamente el campesino armado se mantenía de pie en su surco; los que tenían fusiles los habían cogido; los que solamente tenían hoces las tomaron para defenderse, y los que no tenían más que horquillas se sirvieron de ellas.

Por último, el tiempo se había declarado en nuestro favor: una lluvia

tenaz mojaba a los hombres y las tierras y descomponía los caminos. Sin duda aquella lluvia caía lo mismo para unos que para otros, lo mismo para los franceses que para los prusianos; pero todo venía en ayuda de los primeros y todo era hostil a los segundos. El campesino, que no tenía para el enemigo más que el fusil, la horquilla o la hoz, guardaba para sus compatriotas el vaso de vino oculto detrás de los haces de leña, el vaso de cerveza guardado en un rincón de la bodega, y la paja seca esparcida por el suelo, todo ello verdaderos auxilios para reponer las energías del soldado.

No ostante, se habían cometido faltas sobre faltas, y Dumouriez es el primero que refiere en sus *Memorias* unas y otras, así las suyas como las de sus oficiales.

Había escrito a la Asamblea nacional: «¡Los desfiladeros del Argonne son las Termopilas de Francia; pero estad tranquilos, pues más feliz que Leónidas, no moriré!».

Y había hecho guardar mal los desfiladeros del Argonne; uno de ellos fue tomado, y se vio en la precisión de pronunciarse en retirada. Dos de sus oficiales se habían extraviado, y a él le sucedió casi lo mismo con quince mil

hombres tan solo, tan completamente desmoralizados, que dos veces emprendieron la fuga delante de mil quinientos húsares prusianos. Pero él no desesperó, y conservaba su confianza y hasta su alegría al escribir a los ministros: «Respondo de todo». En efecto; aunque perseguido y asediado, consiguió reunirse con los diez mil hombres de Beurnonville y los quince mil de Kellermann; concentró a sus generales perdidos, y el 19 de septiembre se halló en el campamento de Sainte-Menehould, extendiendo a derecha e izquierda sus manos sobre setenta y seis mil hombres, cuando los

prusianos no contaban más que con setenta mil.

Verdad es que este ejército murmuraba con frecuencia, porque algunas veces pasaban dos o tres días sin que se les diera pan, y entonces Dumouriez iba a mezclarse con sus soldados.

—Amigos míos —les decía—, el famoso mariscal de Sajonia escribió un libro sobre la guerra, en el cual pretende que una vez a la semana, por lo menos, se deje a las tropas sin su ración, a fin de que, en caso necesario, sean menos sensibles a la falta de aquella; y aún sois más felices que esos prusianos que

tenéis delante, los cuales pasan algunas veces cuatro días sin pan y se comen sus caballos muertos. Tenéis tocino, arroz y harina; haced galletas, ¡y la libertad os regocijará!

Por otra parte, había alguna cosa peor, y era aquel ceno de París, aquella chusma del 2 de septiembre que se había enviado a los ejércitos después de la matanza. Llegaron todos aquellos miserables cantando el *Ca ira*, gritando que no tolerarían nada de los que llevaran charreteras, cruz de San Luis o uniformes bordados, que arrancarían colorines y harían entrar a todos en razón.

Se presentaron en el campamento y les extrañó el vacío que formaba en torno suyo; nadie se dignó contestar a sus amenazas ni a sus cumplidos; pero el general anunció una revista para el día siguiente.

Llegada la hora, los recién llegados se vieron, por una imprevista maniobra, entre una caballería numerosa y hostil dispuesta a destrozarlos, y una artillería amenazadora a punto de aniquilarlos.

Entonces Dumouriez se adelantó hacia aquellos hombres, que formaban siete batallones.

—Vosotros —gritó—, pues no quiero llamaros ciudadanos, ni

soldados, ni tampoco hijos míos, estáis viendo delante esa artillería y detrás esa caballería, y esto equivale a deciros que os tengo entre el hierro y el fuego. ¡Os habéis deshonrado con crímenes, y yo no tolero aquí ni asesinos ni verdugos! ¡Al menos conato de motín, mandaré que os hagan trizas; pero si os corregís, si sabéis conducirlos como ese valeroso ejército, en el que tenéis el honor de ingresar, hallaréis en mí un buen padre! ¡Sé que entre vosotros hay bribones encargados de impulsaros al crimen; podéis expulsarlos vosotros mismos o denunciármelos, pues os hago responsables unos de otros!

Y no solamente aquellos hombres inclinaron la cabeza, llegando a ser después excelentes soldados; no tan sólo expulsaron a los indignos, sino que hicieron pedazos al miserable Charlot, que había herido a la princesa de Lamballe con un leño, y que llevó su cabeza en la punta de una pica.

En esta situación se esperó a Kellermann, sin el cual no se podía arriesgar nada.

El 19, Dumouriez recibió aviso de que se hallaba a dos leguas de él por su izquierda.

Dumouriez envió al punto a Kellermann una instrucción, invitándole

a ocupar el día siguiente el campamento entre Dampierre y el Elize, detrás del Auve.

La posición estaba perfectamente señalada.

Al mismo tiempo que enviaba esta orden a Kellermann, Dumouriez veía desarrollarse ante él el ejército prusiano en las montañas de la Luna; de modo que el enemigo se hallaba entre París y él, y de consiguiente, más cerca de la capital que él mismo.

Era muy probable que los prusianos viniesen a presentar la batalla.

Dumouriez ordenó, pues, a Kellermann que eligiera para su campo

de combate las alturas de Valmy y de Gizaucourt; Kellermann confundió su campamento con su campo de batalla, y se detuvo en las alturas de Valmy.

Era una gran falta o una terrible destreza.

Situado como estaba, Kellermann no podía volverse sino haciendo pasar todo su ejército por un puente estrecho; no le era posible tampoco replegarse sobre la derecha de Dumouriez, sin atravesar un pantano donde se habría sepultado; y tampoco podía hacerlo sobre su izquierda, sin pasar por un valle profundo donde le habrían aplastado.

No había retirada posible.

¿Era esto lo que había querido el veterano de Alsacia? En tal caso, lo había logrado perfectamente. Era un punto magnífico para vencer o morir.

Brunswick parecía observar a nuestros soldados con asombro.

—Los que se han situado allí —dijo el rey de Prusia— están dispuestos a no retroceder.

Pero se dejó creer al ejército prusiano que Dumouriez tenía cortada la retirada, y se le aseguró que aquel ejército de sastres, de vagabundos y de zapateros, como les llamaban los emigrados, se dispersaría al primer estampido del cañón.

Se había descuidado ocupar las alturas de Gizaucourt por el general Chazot (que estaba situado a lo largo del gran camino de Châlons), alturas desde donde hubiera batido de flanco a las columnas enemigas; los prusianos, aprovechándose del descuido, se apoderaron de la posición.

Entonces ellos eran los que podían batir de flanco a las fuerzas de Kellermann.

El día amaneció sombrío a causa de una densa niebla; pero poco importaba esto: los prusianos sabían dónde estaba el ejército francés, que ocupaba las alturas de Valmy, y no podía estar en

otra parte.

Sesenta cañones tronaron al mismo tiempo; los artilleros prusianos tiraron a la casualidad, pero siempre contra las masas, y poco importaba la puntería.

Los primeros disparos fueron muy dolorosos de soportar para aquel ejército lleno de entusiasmo, que hubiera atacado admirablemente, pero que no sabía defenderse bien.

Por otra parte, la casualidad estuvo por el pronto contra nosotros; los obuses de los prusianos incendiaron dos cajas de municiones que estallaron, y los conductores saltaron de sus caballos para preservarse de la explosión, y se

creyó que huían.

Kellermann dirigió su caballo hacia aquel sitio lleno de confusión, donde el humo y la niebla se mezclaban.

De improviso se le vio rodar por tierra con su caballo.

El animal estaba atravesado por una bala, pero el hombre quedó felizmente ileso; saltó a otro caballo y pudo reunir algunos batallones que se desbandaban.

En aquel instante eran las once de la mañana; la niebla comenzaba a disiparse.

Kellermann observó que los prusianos se formaban en tres columnas para atacar la meseta de Valmy, y a su

vez hizo lo mismo con sus soldados y recorrió toda la línea.

—¡Soldados —dijo—, ni un solo tiro de fusil; esperad al enemigo cuerpo a cuerpo y recibidle a la bayoneta!

Después, poniendo su sombrero en la punta de su sable, añadió:

—¡Viva la nación! ¡Vamos a vencer por ella!

En el mismo instante, todo su ejército imita el ejemplo, cada soldado pone su sombrero en la punta de la bayoneta y grita: «¡Viva la nación!». La niebla desaparece, el humo se disipa, y Brunswick vio con su anteojo un espectáculo extraño, extraordinario,

inusitado, treinta mil franceses inmóviles, con las cabezas descubiertas, agitando sus armas y respondiendo al fuego de sus enemigos tan sólo con el grito de «¡Viva la nación!».

Brunswick movió la cabeza; si hubiese estado solo, el ejército prusiano no hubiera dado un paso más; pero el rey se hallaba allí, quería la batalla, y fue preciso obedecer.

Los prusianos subieron, firmes y sombríos, a la vista del rey y de Brunswick; franquearon el espacio que les separaba de sus enemigos con la firmeza de un antiguo ejército de Federico, y cada hombre parecía estar

unido al que le precedía por anillo de hierro.

De improvviso la inmensa serpiente pareció romperse por su centro; pero las partes separadas se reunieron al punto.

Cinco minutos después quedó cortada de nuevo, y otra vez se unió.

Veinte cañones de Dumouriez batían de flanco la columna, destrozándola bajo una lluvia de hierro; la cabeza de la serpiente no podía subir, porque a cada instante tiraban de ella hacia atrás las convulsiones del cuerpo desgarrado por la metralla.

Brunswick vio que era batalla perdida y mandó tocar llamada.

Pero el rey quiso dar una carga, y poniéndose a la cabeza de sus soldados hizo avanzar su dócil y valerosa infantería bajo aquel fuego cruzado de Kellermann y Dumouriez, hasta que al fin le cortaron el paso las líneas francesas.

Algo luminoso y espléndido se cernía sobre aquel joven ejército: ¡Era la fe!

—¡No he visto fanáticos como esos desde las guerras religiosas! —dijo Brunswick.

Aquellos eran fanáticos sublimes, los fanáticos de la libertad.

Los héroes del 92 venían a comenzar

aquella conquista de la guerra, que debía terminarse por la de los espíritus.

El 20 de septiembre, Dumouriez salvaba a Francia.

Al día siguiente, la Convención nacional emancipaba a Europa, proclamando la República.

Capítulo CLXXIII

EL 21 DE
SEPTIEMBRE

El 21 de septiembre a medio día, antes de que se conociera en París la victoria alcanzada por Dumouriez, victoria que salvaba a Francia, las puertas de la sala del Picadero se abrieron y se vio entrar lenta y solemnemente, dirigiéndose unos a otros miradas interrogadoras, a los setecientos cuarenta y nueve individuos que

constituían la nueva Asamblea.

Doscientos de ellos pertenecían a la antigua Asamblea.

La Convención nacional se había elegido bajo la impresión de las noticias de septiembre; de modo que se hubiera podido creer a primera vista que era una Asamblea reaccionaria. Aún hay más: varios nobles fueron elegidos también, y un pensamiento del todo democrático indujo a llamar a los criados a votar, habiéndolo hecho algunos en favor de sus amos.

Por lo demás, eran diputados nuevos, menestrales, médicos, literatos, periodistas y comerciantes. El espíritu

de aquella multitud era quieto e indeciso; quinientos representantes, por lo menos, no eran Girondinos ni pertenecían a la Montaña; los acontecimientos debían determinar el puesto que ocuparían en la Asamblea.

Pero todos estaban animados de un doble odio, primero contra las jornadas de septiembre y después contra la diputación de París, compuesta casi enteramente de individuos de la municipalidad, que había hecho tan terribles jornadas.

Hubiérase dicho que la sangre derramada corría a través de la sala del Picadero, aislando los cien montañeses

del resto de la Asamblea.

El centro mismo, como para separarse del arroyo rojizo, se apoyaba hacia la derecha.

Y era porque también la Montaña — recordemos los hombres que la componían y los acontecimientos que acababan de ocurrir—, también la Montaña presentaba un aspecto formidable.

Como ya hemos dicho, en las filas inferiores estaba toda la municipalidad; sobre ellas aquel famoso comité de vigilancia que había hecho la matanza; y después, como una hidra de tres cabezas, en el vértice del triángulo, o

sea a la mayor altura, tres semblantes terribles, tres hombres profundamente caracterizados.

En primer lugar la fría e impasible figura de Robespierre, con su piel apergaminada adherida en su estrecha frente; con sus ojos guiñadores ocultos bajo sus gafas, y con las manos crispadas sobre las rodillas, a semejanza de esas figuras egipcias talladas en el más duro de todos los mármoles, en el pórfido; esfinge que parecía ser la única que conociese la clave de la Revolución, pero a quien nadie osaba preguntarlo.

Después de él distinguíase el rostro

trastornado de Danton, con su boca torcida, sus facciones movibles, sublimes por su fealdad, y su cuerpo fabuloso, mitad de hombre, mitad de toro, simpático a pesar de esto, pues se adivinaba que lo que hacía estremecer aquellas carnes y surgir la lava eran los latidos de un corazón altamente patriótico. Sus grandes manos, obedientes siempre al primer movimiento, se extendían con la misma facilidad para herir a un enemigo en pie como para levantar al que estaba en tierra.

Después, junto a esos dos semblantes tan diferentes por su

expresión, detrás de ellos y más elevado, aparecía, no un hombre —pues no es permitido al ser humano alcanzar semejante grado de fealdad—, sino un monstruo, una quimera, una visión siniestra y ridícula, Marat, con su rostro cobrizo inyectado de bilis y de sangre; sus ojos insolentes, su boca muy hendida, dispuesta para lanzar la injuria; su nariz retorcida, aspirando por sus fosas nasales ese soplo de popularidad que subía del arroyo; Marat, vestido como el más sucio de sus admiradores, con la cabeza ceñida de un pañuelo mugriento, con los zapatos clavateados y sin hebillas, a menudo sin cordones; con

su pantalón de paño basto lleno de barro, con su camisa entreabierta sobre el flaco pecho, con su corbata negra llena de grasa y aceite, que permitía ver su repugnante cuello, cuyos músculos hacían inclinar la cabeza a la izquierda; con sus manos sucias y gruesas, siempre amenazadoras y mostrando el puño; todo este conjunto, tronco de gigante con piernas de enano, era hediondo de ver; y por eso el primer movimiento de quien le veía era volver la cabeza; pero sus ojos no se desviaban tan pronto que no leyeran en aquel conjunto: ¡2 *de septiembre!*, y entonces la mirada se fijaba con espanto en aquella otra

cabeza de Medusa.

He aquí los tres hombres a quienes los girondinos acusaban de aspirar a la dictadura; mientras que ellos, por su parte, acusaban a los girondinos de querer el federalismo.

Otros dos hombres que se relacionan por intereses y opiniones diferentes con el relato que acabamos de hacer, estaban sentados en los dos lados opuestos de aquella Asamblea: Billot y Gilberto; este último en la extrema derecha, entre Lanjuinais y Kersaint, y Billot en la extrema izquierda, entre Thuriot y Couthon.

Los individuos de la antigua

Asamblea legislativa escoltaban a la Convención, y venían para abdicar solemnemente de sus poderes, confiándolos a sus sucesores.

Francisco de Neufchateau, último presidente de la Asamblea disuelta, subió a la tribuna y tomó la palabra:

«Representantes de la nación —dijo—, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y deja el gobierno en vuestras manos.

»El objeto de vuestros esfuerzos será dar a los franceses la libertad, las leyes y la paz; sin la primera, los de la Revolución; era la coronación de la multitud en detrimento de la monarquía.

Tan libremente respiraba cada ciudadano, que se hubiera creído retirar del pecho de cada uno el peso del trono.

Las horas de ilusión fueron cortas, pero magníficas; se había creído proclamar una República, y se acababa de consagrar una revolución.

¡No importa! Se había hecho una gran cosa, que durante más de un siglo debía hacer vacilar el mundo.

Los verdaderos republicanos, por lo menos los más puros, los que deseaban la República libre de crímenes, los que al día siguiente iban a chocar con el triunvirato Danton, Robespierre y Marat —los girondinos—, estaban en el colmo

de la alegría. La República era la realización de su más caro deseo, y gracias a ellos se acababan de encontrar bajo los restos de veinte siglos el tipo de los gobiernos humanos. ¡Francia había sido una Atenas bajo Francisco I y Luis XIV, e iba a convertirse en una Esparta con ellos!

Era un sueño hermoso, sublime.

Por eso se reunieron en la noche de aquel día en casa del ministro Roland, para celebrar un banquete. Allí estaban Vergniaud, Guadet, Louvet, Pétion, Boyer-Fonfrede, Barbaroux, Gensonné, Grangeneuve y Condorcet, los mismos convidados que antes de transcurrir un

año debían reunirse en otro banquete mucho más solemne; pero en aquel instante cada cual, volviendo la espalda al día siguiente y cerrando los ojos al porvenir, echó un velo voluntariamente sobre el océano desconocido donde se entraba y donde se oía mugir ese abismo que, semejante al *Maelstrom* de las fábulas escandinavas, debía absorber, si no el buque, por lo menos los pilotos y los marineros.

El pasado de todos había tomado una forma, un aspecto, un cuerpo; estaba allí a su vista; la joven República salía armada del casco y de la lanza como Minerva. ¿Qué más podían pedir?

Durante las dos horas que duró el solemne banquete hubo un cambio de elevadas ideas, detrás de las cuales se agrupaban grandes abnegaciones; aquellos hombres hablaban de su vida como de una cosa que no les pertenecía ya, porque era de la nación; no reservaban más que el honor, y en caso necesario renunciaban a la fama.

No faltaban algunos que en la loca embriaguez de sus jóvenes esperanzas veían abrirse ante ellos esos horizontes azulados e infinitos que no se encuentran sino en sueños; aquellos hombres eran los jóvenes, los ardientes, los que habían entrado desde la víspera en la

lucha más enervante de todas, la lucha de la tribuna; eran Barbaroux, Rebecqui, Ducos y Boyer-Fonfrede.

Otros se detenían, haciendo alto en medio del camino, y recobraban fuerzas para la carrera que debían terminar; eran los que se habían doblegado bajo las rudas jornadas de la legislativa; eran los Guadet, los Gensonné, los Grangeneuve y los Vergniaud.

Contábanse otros, en fin, que creían haber llegado a su fin, comprendiendo que la popularidad les abandonaría; echados a la sombra del follaje naciente del árbol republicano, preguntábanse melancólicamente si valía la pena

levantarse, ceñirse de nuevo el cinturón y coger el bastón del viajero otra vez para ir a tropezar en el primer obstáculo: eran Roland y Pétion.

Pero a los ojos de todos aquellos hombres, ¿quién era el jefe del porvenir, el autor principal, el futuro mediador de la joven República? Era Vergniaud.

Al fin de la comida llenó su vaso y levantóse.

—Amigos míos —dijo—, un brindis.

Todos se levantaron como él.

—¡Por la eternidad de la República!

Y todos repitieron:

—¡Por la eternidad de la República!

Ya se disponía a llevar el vaso a sus labios, cuando *madame* Roland le detuvo.

—¡Esperad! —dijo.

Llevaba en el seno una rosa fresca, que acababa de abrirse como la nueva era en que se entraba; la cogió, y así como lo hubiera hecho una ateniense en el vaso de Pericles, la deshojó en el de Vergniaud.

Este último sonrió tristemente, apuró el vaso, e inclinándose al oído de Barbaroux, que estaba a su izquierda, le dijo:

—¡Ay de mí!, mucho temo que esa noble mujer se engañe; no son hojas de

rosa, sino ramas de ciprés lo que debería deshojar en nuestro vino esta noche. ¡Al brindar por una República cuyos pies se humedecen aún en la sangre de septiembre, solo Dios sabe si bebemos por nuestra muerte!... ¡Pero no importa —añadió, dirigiendo una mirada sublime al cielo—, aunque este vino fuera mi sangre, brindaría por la libertad y la igualdad!

—¡Viva la República! —repitieron en coro todos los convidados.

Poco más o menos en el mismo instante en que Vergniaud pronunciaba este brindis, contestando a él los convidados, las trompetas resonaban

frente al Temple, siguiendo un profundo silencio.

Entonces, desde sus habitaciones, cuyas ventanas se hallaban abiertas, el rey y la reina pudieron oír a un individuo de la municipalidad que, con voz firme, poderosa y sonora, proclamaba la abolición de la monarquía y el establecimiento de la República.

Capítulo CLXXIV

LA LEYENDA DEL REY MÁRTIR

Ya habrán podido ver nuestros lectores con qué imparcialidad, aunque bajo la forma de la novela, hemos presentado a sus ojos todo lo que hubo de terrible, de cruel, de bueno, de hermoso, de grande, de sanguinario y de vil, en los hombres y en los acontecimientos que se han ido sucediendo.

Hoy, los hombres de que hablamos han muerto, y sólo quedan los acontecimientos que, inmortalizados por la historia, no perecen jamás.

Pues bien; nosotros podemos evocar de la tumba en que reposan a todos esos personajes, entre los cuales muy pocos disfrutaron de largos años de vida; podemos decir a Mirabeau: «¡Levántate, tribuno!», a Luis XVI: «¡Levantaos, mártir!», y a los demás: «¡Levantaos todos, vosotros los que os llamabais Favras, Lafayette, Bailly, Fournier el Americano, Jourdan Cortacabezas, Maillard, Theroigne de Mericourt, Barnave, Bouillé, Gamain, Pétion,

Manuel, Danton, Robespierre, Marat, Vergniaud, Dumouriez, María Antonieta, *madame* Campan, Barbaroux, Roland, *madame* Roland, rey, reina, obreros, tribunales, generales, degolladores y publicistas, levantaos todos y decid si no os he presentado a mi generación, al pueblo, a las mujeres sobre todo, es decir, a las madres de nuestros hijos, a quien quiero enseñar la historia, si no como sois —¿quién puede jactarse de haber sorprendido todos vuestros misterios?—, al menos tales como yo os he visto!».

Podemos decir a los acontecimientos, de pie aún en las

orillas del camino recorrido, que hemos visto la grande y luminosa jornada del 14 de julio; las sombrías y amenazadoras noches del 5 al 6 de octubre; el sangriento huracán del Campo de Marte, en el que la pólvora se mezcló con el fulgor del relámpago y el estampido de los cañones al fragor del rayo; la profética invasión del 2 de junio, la terrible victoria del 10 de agosto, y los execrables recuerdos del 2 y 3 de septiembre. ¿He intentado absolveros o calumniaros?

Y los hombres y los acontecimientos contestarán:

«Has buscado la verdad, sin odio,

sin pasión; has creído decirla cuando no la has dicho; has sido fiel a las glorias del pasado, insensible a las ofuscaciones del presente, confiado en todas las promesas del porvenir: ¡absuelto seas si no alabado!».

Pues bien; lo que hemos hecho hasta ahora, no como juez elegido, sino como narrador imparcial, lo haremos hasta el fin, al que nos acercamos con paso rápido; rodamos por la pendiente de los acontecimientos, y desde el 21 de septiembre, día de la muerte de la monarquía, hasta el 21 de enero, día de la muerte del rey, hay pocos puntos de descanso.

La proclamación de la República, hecha por la sonora voz del concejal Lubin, bajo las ventanas de la regia prisión, nos ha conducido al Temple.

Entremos, pues, en ese sombrío edificio, el cual encierra un rey que ha vuelto a ser hombre, a una reina que ha seguido siéndolo, a una virgen que será mártir, y a dos pobres niños inocentes por su edad, si no por su nacimiento.

El rey se hallaba en el Temple. ¿Cómo había venido? ¿Era para someterle ante todo a una vergonzosa prisión?

No; Pétion pensó primero en trasladarle al centro de Francia,

señalándole Chambord por residencia, y tratarle allí como rey holgazán.

Supóngase que todos los soberanos de Europa hubiesen impuesto silencio a sus ministros y a sus generales, sin hacer manifestaciones, y se hubieran contentado con mirar lo que pasaba en Francia, sin mezclarse en la política interior de los franceses; entonces la destitución decretada el 1 de agosto, la vida, aun como prisioneros en un hermoso palacio, en un agradable clima, en medio de lo que se llama el jardín de Francia, no habría sido un castigo muy cruel para quien expiaba, no sólo las faltas que hubiese podido cometer, sino

las de Luis XV y de Luis XIV.

Acababa de sublevarse la Vendée, y se objetó que sería posible un golpe de mano por el Loira. La razón pareció suficiente y se renunció a Chambord.

La Asamblea legislativa indicó el Luxemburgo, ese palacio florentino de María de Mediéis, que con su soledad y sus jardines tan buenos como los de las Tullerías, era una residencia no menos conveniente que Chambord para un monarca destronado.

Se opuso el inconveniente de que sus sótanos se comunicaban con las catacumbas; acaso no fuera sino un pretexto del ayuntamiento, que deseaba

tener al rey bajo su mano; pero era un pretexto admirable.

El ayuntamiento, pues, votó por el Temple; por tal entendía, no la torre, sino el palacio del Temple, la antigua encomienda de los jefes de la orden, una de las casas del conde de Artois.

En el momento de la traslación, cuando Pétion condujo a la familia real al palacio, cuando esta se hubo instalado, y cuando Luis XVI tomó sus disposiciones para el arreglo y distribución de los aposentos, la municipalidad recibió una denuncia y comisionó a Manuel para cambiar lo acordado y substituir el torreón al

palacio.

Manuel llega, examina el local destinado para alojamiento de Luis XVI y María Antonieta, y baja avergonzado.

El torreón estaba inhabitable; se hallaba ocupado por una especie de portero; su local no es suficiente, sus habitaciones pequeñas, sus camas inmundas y plagadas de miseria.

Hay en esto más parte de esa fatalidad que pesa sobre las razas que se extinguen, que de infame premeditación por parte de los jueces.

La Asamblea nacional por su parte no había regateado respecto a los gastos para la mesa del rey. Este último comía

mucho, y entiéndase que esto no es una censura de nuestra parte, porque está en el temperamento de todos los borbones hacerlo así; pero el rey comía inoportunamente. Comió con gran apetito mientras que en las Tullerías se mataban, y no tan sólo en sus procesos le echaron en cara los jueces sus intempestivas comidas, sino que, y esto es más grave, la historia, la implacable historia, lo ha registrado en sus archivos.

La Asamblea nacional había concedido, pues, quinientas mil libras para los gastos de la mesa del rey.

Durante los cuatro meses que

Luis XVI estuvo en el Temple, el gasto fue de cuarenta mil libras, diez mil francos al mes, o sean trescientos treinta y tres francos diarios, en asignados, es verdad; pero en aquella época estos últimos apenas perdían el seis o el ocho por ciento.

Luis XVI tenía en el Temple tres criados y trece oficiales de boca. Su comida se componía diariamente de cuatro entrantes, dos asados, cada uno de tres piezas, cuatro entremeses, tres compotas, tres platos de fruta, un garrafón de Burdeos, otro de malvasía, y uno de vino de Madeira.

Solo con sus hijos apuraba el vino;

la reina y las princesas no bebían más que agua.

Por este lado, materialmente, no se podía compadecer al rey; pero lo que le faltaba esencialmente era el aire, el ejercicio, el sol y la sombra.

Acostumbrado a las cacerías en Compiègne y en Rambouillet, a los parques de Versalles y del gran Trianón, Luis XVI se veía reducido de pronto, no a un patio, no a un jardín, no a un paseo, sino a un terreno seco y desnudo, con cuatro compartimentos de césped marchito y algunos árboles achaparrados y míseros que el viento del otoño deshojaba.

Allí, todos los días a las dos, el rey y su familia se paseaban; decimos mal, todos los días se paseaba al rey y a su familia.

Esto era inusitado, cruel, feroz; pero no tanto ni tan cruel como los calabozos subterráneos de la Inquisición en Madrid, o los del Consejo de los Diez en Venecia, o los de Spielberg.

Observad bien eso; nosotros no excusamos a la municipalidad, así como tampoco a los reyes, y nos limitamos a decir: el Temple no era más que una represalia terrible, fatal, cruel y torpe, pues de un juicio se hacía una persecución, y de un culpable un mártir.

Ahora bien; ¿cuál era el aspecto de los diferentes personajes que nos hemos propuesto seguir en las principales fases de su vida?

El rey, con sus ojos miopes, sus mejillas flojas, sus labios colgantes y su andar pesado, parecía un labrador afligido por un golpe de fortuna, y su melancolía era como la de un agricultor a quien un temporal hubiese destruido sus granjas, o una granizada segado sus trigos.

La actitud de la reina era como siempre rígida, altanera y soberanamente provocativa. María Antonieta había inspirado amor en

tiempo de su grandeza; en el de su caída inspiró abnegaciones; pero no compasión, la que nace de la simpatía, y la reina no era de ningún modo simpática.

Madame Isabel, con su vestido blanco, símbolo de la pureza de su cuerpo y de su alma, con sus cabellos rubios, más hermosa aún desde que no llevaban polvos, *madame* Isabel, con su cinta azul en el sombrero y en la cintura, parecía el ángel guardián de toda la familia.

Madame Royale, a pesar del encanto de su edad, interesaba poco; austríaca como su madre y como María Teresa,

tenía ya en la mirada el desdén y la altivez de las razas reales y de las aves de rapiña.

El pequeño delfín, con sus cabellos de oro, su cutis blanco y su contestura algo enfermiza, era interesante; pero tenía los ojos azules de mirada dura, y a veces con una expresión que no era propia de su edad. Lo comprendía todo; seguía las indicaciones que su madre le hacía con una sola mirada, y manifestaba astucias de político infantil, que a veces arrancaban lágrimas a los ojos de los mismos verdugos. Había conmovido hasta a Chaumette, aquella garduña de hocico puntiagudo, aquella comadreja

con anteojos.

—Haré que le eduquen —decía el expasante de procurador al señor Hue, ayuda de cámara del rey—, pero será necesario alejarle mucho de su familia, a fin de que pierda la idea de su categoría.

La municipalidad era a la vez cruel e imprudente: cruel al prodigar a la familia real malos tratamientos, vejaciones y hasta injurias, e imprudente al dejarla ver débil, quebrantada y prisionera.

Todos los días enviaba nuevos guardianes al Temple, bajo el nombre de municipales; estos entraban como

enemigos encarnizados del rey, y salían siéndolo más aún de María Antonieta; pero casi todos compadecían al soberano y los niños, al paso que glorificaban a *madame* Isabel.

En efecto; ¿qué veían en el Temple en vez del lobo, de la loba y de los lobeznos? Una honrada familia de ciudadanos, una madre algo orgullosa, especie de Elmira, que no toleraba que tocasen siquiera el borde de su vestido; pero nada de tirana, ni siquiera un vestigio.

¿Cómo pasaba el día toda la familia?

Digámoslo según Clery; pero ante

todo veamos la prisión, y después fijáremos la vista en los prisioneros.

El rey estaba encerrado en la pequeña torre, que se apoyaba en la grande sin comunicación interior; formaba un cuadrilongo flanqueado de dos torrecillas; en una de estas había una escalera pequeña que, partiendo del primer piso, conducía a una galería de la plataforma; en la otra había gabinetes que correspondían a cada piso de la torre.

El cuerpo del edificio tenía cuatro pisos: el primero constaba de una antecámara, un comedor y un gabinete; el segundo estaba dividido poco más o

menos de igual manera, la habitación más grande servía de alcoba a la reina y al delfín, y la segunda, separada de la primera por una pequeña antecámara muy oscura, la ocupaban *madame* Royale y *madame* Isabel; era preciso atravesar este aposento para entrar en el gabinete de la torrecilla, que no era otra cosa sino lo que los ingleses llaman *water closet* (retrete), común a la familia real, a los oficiales de la municipalidad y a los soldados.

El rey habitaba en el tercer piso, compuesto del mismo número de habitaciones; dormía en la habitación grande, sirviéndole el gabinete de la

torrecilla de salón de lectura; al lado había una cocina precedida de un aposento oscuro, que en los primeros días, antes de que les separasen del rey, había servido de habitación a los señores de Chamilly y de Hue, y en el que se aplicaron los sellos después de la marcha del segundo.

El cuarto piso estaba cerrado; los bajos se destinaban a cocinas, de las que no se hizo uso alguno.

Ahora bien; ¿cómo vivía la familia real en aquel reducido espacio, mitad cárcel, mitad habitación?

Vamos a decirlo.

El rey acostumbraba levantarse a las

seis de la mañana; se afeitaba él mismo: Clery le peinaba y vestía, y después pasaba a su gabinete de lectura, es decir, a la biblioteca de los archivos de la orden de Malta, que contenía más de mil seiscientos volúmenes.

Cierto día, buscando el rey unos libros, señaló con el dedo al señor Hue las obras de Voltaire y de Rousseau, y le dijo en voz baja:

—¡Mirad, esos son los dos hombres que han perdido la Francia!

Al entrar allí, Luis XVI se arrodillaba para orar durante cinco o seis minutos, y después leía o trabajaba hasta las nueve; durante este tiempo,

Clery limpiaba el cuarto del rey, preparaba el almuerzo y bajaba a la habitación de la reina.

Una vez solo, el rey se entretenía en traducir algo de Virgilio o las odas de Horacio. Para continuar la educación del delfín, había vuelto a revisar los autores latinos.

Como aquella habitación era muy pequeña, la puerta estaba siempre abierta; el municipal permanecía en la alcoba, y así podía ver en qué se ocupaba el rey.

La reina no abría su puerta hasta la llegada de Clery, a fin de que, hallándose aquella cerrada, el municipal

no pudiese entrar.

Clery peinaba entonces al joven príncipe, arreglaba el tocado de la reina y pasaba a la habitación de *madame* Royale y de *madame* Isabel para prestar los mismos servicios. Aquel momento del tocador, rápido y precioso a la vez, era aquel en que Clery podía referir a la reina y a las princesas lo que había sabido; una señal que hacía indicaba que deseaba anunciar alguna cosa; la reina o una de las princesas hablaban con el municipal, y Clery podía, aprovechándose de la distracción del hombre, murmurar rápidamente lo que deseaba decir.

A las nueve, la reina, los dos hijos y *madame* Isabel, subían a la habitación del rey, donde se servía el almuerzo; mientras que se tomaban los postres, Clery hacía la limpieza de las habitaciones de la reina y de las princesas; un tal Tison y su mujer, habían sido agregados a Clery bajo pretexto de ayudarle en su servicio; pero en realidad para espiar a la familia real y a los mismos municipales. El marido, antiguo dependiente en las barreras, era un viejo duro y maligno, incapaz de ningún sentimiento humano; la mujer — que lo era sólo por el amor a su hija—, llevaba este a tal extremo que, separada

de ella, denunció a la joven con la esperanza de volver a verla^[62].

A las diez de la mañana, el rey bajaba a la habitación de la reina, donde pasaba el día ocupándose casi exclusivamente en la educación del delfín; le hacía repetir algunos pasajes de Corneille o de Racine, le daba una lección de geografía, y ejercitábale en trazar y levantar planos. Desde hacía tres años, Francia estaba dividida en departamentos, y esta geografía del reino era la que el rey enseñaba particularmente a su hijo.

La reina, por su parte, se ocupaba en educar a la princesa, interrumpiéndose

algunas veces para entregarse a sombrías y profundas meditaciones; cuando sucedía esto, *madame* Royale, lejos de distraerla de aquel dolor desconocido, que por lo menos tenía el beneficio de las lágrimas, se alejaba de puntillas, haciendo señales a su hermano para que guardara silencio. La reina permanecía más o menos tiempo absorta en sus reflexiones; después una lágrima brillaba en sus párpados, deslizábase por su mejilla, caía sobre su mano amarillenta, que había tomado el tono del marfil, y entonces, generalmente, la pobre prisionera, libre un instante eh el dominio inmenso del pensamiento, en el

campo ilimitado de los recuerdos, la pobre prisionera, decimos, salía bruscamente de su meditación, y mirando en torno suyo, volvía con la cabeza baja y con el corazón lacerado a su prisión.

A medio día las tres princesas entraban en la habitación de *madame* Isabel para despojarse de sus vestidos de mañana; el pudor del municipio había reservado aquel momento a la soledad, y ningún vigilante se presentaba.

A la una, cuando el tiempo lo permitía, se dejaba a la familia real bajar al jardín; cuatro oficiales de la municipalidad y un jefe de legión de la

guardia nacional la acompañaban, o más bien, la vigilaban, y como había en el Temple muchos obreros empleados en las demoliciones de casas y en la construcción de otras, los prisioneros no podían pasear más que por una parte de la avenida de los Castaños.

Clery tomaba parte en estos paseos, y arreglábase para que el joven príncipe hiciera un poco de ejercicio, jugando con él a la pelota o a la rayuela.

A las dos se volvía a subir a la torre, donde Clery servía la comida, y a esta hora, diariamente, Santerre llegaba al Temple, acompañado de dos ayudantes de campo, con los cuales visitaba

escrupulosamente las dos habitaciones del rey y de la reina.

Algunas veces, Luis XVI le dirigía la palabra; pero la reina jamás; había olvidado el 2 de junio y lo que debía a aquel hombre.

Después de la comida se bajaba de nuevo al primer piso, donde el rey jugaba con la reina y con su hermana una partida a los cientos o al chaquete.

A las cuatro, el rey se arreglaba para dormir la siesta en una butaca o en algún gran sillón, siguiéndose entonces el más profundo silencio; las princesas cogían un libro o su labor, y todos permanecían inmóviles, incluso el delfín.

Casi seguidamente, Luis XVI quedaba dormido: ya hemos dicho que las necesidades físicas eran tiránicas en el rey, que solía dormir así una o dos horas. Al despertar proseguía la conversación, se llamaba a Clery, que no estaba nunca muy lejos, y este daba al delfín su lección de escritura; después de esto conducía al joven príncipe a la habitación de *madame* Isabel, y le hacía jugar a la pelota o al volante.

Llegada la noche, la familia real tomaba asiento alrededor de una mesa; la reina leía en alta voz alguna cosa; adecuada para entretener e instruir a los niños, y *madame* Isabel la substituía

cuando se cansaba. La lectura duraba hasta las ocho de la noche, y a esta hora el joven príncipe cenaba en la habitación de *madame* Isabel; la familia real asistía a esta cena; el rey tomaba entonces una colección del *Mercurio de Francia*, que había encontrado en la biblioteca, y daba a los niños enigmas y charadas para que los adivinasen.

Después de cenar el delfín, la reina le hacía recitar esta oración:

«¡Dios todopoderoso, que me habéis creado, yo os adoro. Conservad los días del rey mi padre y los de mi familia, y protegednos contra nuestros enemigos. Dad a la señora de Tourzel las fuerzas

que necesita para soportar lo que sufre a causa de nosotros!».

Después Clery desnudaba y acostaba al delfín, permaneciendo a su lado una de las dos princesas hasta que se dormía.

Todas las noches a esta hora, un vendedor de diarios pasaba por allí gritando las noticias del día, y Clery se ponía al acecho para transmitir al rey las palabras del vendedor.

A las nueve, Luis XVI cenaba a su vez.

Clery llevaba en una bandeja la cena de la princesa que velaba al delfín.

Después el rey volvía a la

habitación de la reina; dábale la mano, así como a su hermana, en señal de despedida, abrazaba a los niños, entraba de nuevo en su aposento, se retiraba a la biblioteca y leía hasta media noche.

Por su parte las princesas se encerraban en sus aposentos; uno de los municipales permanecía en la pequeña pieza que separaba las dos habitaciones, el otro seguía al rey.

Clery colocaba entonces su lecho junto al del rey; mas para acostarse, Luis XVI esperaba a que el nuevo municipal hubiera subido, a fin de saber quién era y si le había visto ya. Los municipales se relevaban a las once de

la mañana, a las cinco de la tarde y a media noche.

Aquel género de vida, sin cambio alguno, duró mientras el rey estuvo en la torre pequeña, es decir, hasta el 30 de septiembre.

Bien se ve que la situación era triste, y tanto más digna de compasión cuando que se sobrellevaba dignamente; por eso los más hostiles se dulcificaron ante aquel espectáculo: iban para ver un tirano abominable que había arruinado a la Francia, que había dado muerte a los franceses y el mando al extranjero, y a una reina que había agregado a las lubricidades de Mesalina los

desbordamientos de Catalina II; pero encontraban a un hombre con traje de color gris, que tomaban por un ayuda de cámara, que comía, bebía y dormía bien, que jugaba al chaquete y a los cientos, y que enseñaba el latín y la geografía a su hijo. En cuanto a la reina, era una mujer altiva y desdeñosa sin duda, pero digna, tranquila, resignada y bella aún, que enseñaba a su hija a bordar y a su hijo a recitar oraciones, que hablaba con dulzura a los criados y llamaba al ayuda de cámara «amigo mío».

Los primeros instantes eran para el odio; todos aquellos hombres, llegados con sentimientos de animosidad y de

venganza, les daban rienda suelta al pronto, pero poco a poco se compadecían; de modo que habiendo salido por la mañana amenazadores de sus casas, volvían por la noche contristados y con la cabeza baja. Sus mujeres los esperaban con curiosidad.

—¡Ah! —exclamaba cada una de ellas—, ¿eres tú?

—Sí —contestaba el marido lacónicamente.

—¿Has visto al tirano?

—Le he visto.

—¿Tiene el aspecto feroz?

—Parece un rentista del Marais.

—¿Qué hace? ¿Rabia mucho?

¿Maldice la República?...

—Pasa el tiempo estudiando con sus niños, enseñándoles el latín, jugando a los cientos con su hermana y descifrando charadas para entretener a su esposa.

—¿Conque el desgraciado tiene remordimientos?

—Le he visto comer y beber como hombre que tiene la conciencia tranquila; le he visto dormir, y respondo de que su sueño no era un letargo.

Y la mujer quedaba pensativa a su vez.

—Pues entonces —decía después— no será tan culpable y cruel como dicen.

—Culpable, no lo sé; pero respondo

de que no es cruel, y de que seguramente es desgraciado.

—¡Pobre hombre! —decía la mujer.

He aquí lo que sucedía: cuanto más rebajaba la municipalidad a sus prisioneros, demostrando que el rey no era más que un hombre cualquiera, más compadecían los del pueblo al que reconocían como su semejante.

Aquella compasión se manifestaba a veces directamente al mismo rey, al delfín y a Clery.

Cierto día, un picapedrero se ocupaba en practicar agujeros en la pared de la antecámara para poner enormes cerrojos. Mientras que el

obrero almorzaba, el delfín se entretenía en jugar con sus útiles, y entonces el rey, tomando de las manos del niño el martillo y el escoplo, le explicó él, cerrajero hábil, de qué modo se debían usar aquellos instrumentos.

El trabajador, sentado en el rincón, donde comía su pedazo de pan y su queso, miraba aquella escena con asombro.

No se había levantado delante del rey ni del príncipe; pero se levantó delante del hombre y del niño, y acercándose con la boca llena aún, pero con el sombrero en la mano, dijo al rey:

—¡Vamos, cuando salgáis de esta

torre podéis jactaros de haber trabajado en vuestra propia prisión!

—¡Ah! —contestó el rey—, ¿cuándo y cómo saldré?

El delfín comenzó a llorar; el obrero enjugó una lágrima, y el rey, dejando caer el martillo y el escoplo, volvió a su habitación, donde se paseó muy agitado.

Otro día, un centinela estaba en la puerta de María Antonieta; era un hombre ordinario, vestido toscamente, pero aseado.

Clery se hallaba solo en la habitación, ocupado en leer, y el centinela le miraba muy atentamente.

A los pocos momentos, Clery,

debiendo ir a otra parte para desempeñar su servicio, se levanta y quiere salir; pero el centinela, presentándole las armas y en voz baja, casi tímida, temblorosa, le dice:

—No se puede pasar.

—¿Por qué? —pregunta Clery.

—Porque la consigna me ordena no perderos de vista un momento.

—¿A mí? —replica Clery—.

Seguramente os engañáis.

—¿No sois el rey?

—Pues ¿no le conocéis?

—Jamás le he visto, y a decir verdad, preferiría si he de verle, que fuese en otra parte y no aquí.

—¡Hablad bajo! —dijo Clery.

Y señalando una puerta, añadió:

—Voy a entrar en esa habitación y veréis al rey; está sentado junto a una mesa y lee.

Clery refirió al rey lo que acababa de suceder, y entonces Luis XVI, levantándose al punto, se paseó de una habitación a otra, a fin de que el buen hombre pudiera verle bien.

Y no dudando el centinela que el rey se molestaba por causa suya, dijo después a Clery:

—¡Ah, caballero!, ¡qué bueno es el rey! En cuanto a mí, no puedo creer que nos haya hecho tanto mal como dicen.

Otro centinela, situado en la extremidad de aquella avenida que servía de paseo a la familia real, hizo comprender un día a los ilustres prisioneros que podía darles algunos informes. En la primera vuelta del paseo, nadie aparentó hacer caso de sus señales; pero en la segunda, *madame* Isabel se acercó al centinela para ver si le decía algo. Por desgracia, bien fuese cortedad o respeto, aquel joven, que tenía una figura distinguida, permaneció mudo; pero dos lágrimas brillaron en sus ojos, y con el dedo indicó un montón de escombros donde probablemente se habría escondido alguna carta. Bajo

pretexto de buscar entre las piedras algunas chinas para el príncipe, Clery comenzó a buscar entre los escombros; pero los municipales, adivinando sin duda su objeto, le ordenaron retirarse, prohibiéndole hablar nunca con los centinelas, bajo la pena de separarle de su cargo.

Sin embargo, no todos los que se acercaban a los prisioneros del Temple parecían tener los mismos sentimientos de respeto y compasión; en muchos estaban tan arraigados el odio y la venganza, que aquel espectáculo de la desgracia real no les producía impresión, y a veces el rey y la peina

debían soportar groserías, injurias, y hasta insultos.

Cierto día, el municipal de servicio del rey era un tal James, profesor de lengua inglesa; aquel hombre seguía al rey como su sombra, sin separarse de él nunca, y si le veía entrar en su gabinete de lectura, iba detrás y sentábase a su lado.

—Caballero —le dijo el rey con su dulzura acostumbrada—, vuestros compañeros acostumbraban a dejarme solo en esta habitación, puesto que, como la puerta queda siempre abierta, no puedo escapar de sus miradas.

—Mis compañeros —contestó

James— proceden a su manera, y yo a la mía.

—Observad, caballero —replicó el rey—, que la habitación es tan pequeña que no pueden estar dos.

—Pues entonces, pasad a otra más grande.

El rey se levantó sin decir nada y volvió a su alcoba, donde el maestro de inglés le siguió y estuvo importunándole hasta el momento en que fue relevado.

Cierta mañana, el rey creyó que el municipal que estaba de guardia era el que había visto la víspera —ya hemos dicho que a media noche se acostumbraba a cambiar los municipales

—, y dirigiéndose a él le dijo con interés:

—¡Ah!, siento mucho que hayan olvidado relevaros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó brutalmente el municipal.

—Quiero decir que debéis estar cansado.

—Caballero —contestó aquel hombre, que se llamaba Meunier—, vengo aquí para vigilar lo que hacéis, y no para que os cuidéis de lo que yo hago.

Y encasquetándose el sombrero y acercándose al rey añadió:

—Nadie, y vos menos que otro, tiene

derecho alguno para intervenir en lo que hago.

La reina se aventuró también una vez a dirigir la palabra a un municipal.

—¿En qué barrio habitáis, caballero? —preguntó a uno de los hombres que asistían a su comida.

—¡En la patria! —contestó el otro orgullosamente.

—Me parece —replicó la reina— que la patria es Francia.

—Menos la parte ocupada por el enemigo a quien habéis llamado.

Algunos de los comisarios no hablaban nunca del rey, de la reina, de las princesas o del príncipe, sin añadir

algún epíteto obsceno o alguna palabra grosera.

Cierto día, un municipal llamado Turlot, dijo a Clery en voz bastante alta para que el rey pudiese oír bien la amenaza:

—¡Si el verdugo no guillotinase a esta sagrada familia, lo haría yo mismo!

Al salir para dar el paseo, el rey y la familia real debían pasar por delante de muchos centinelas, varios de los cuales estaban situados en el interior de la pequeña torre. Cuando los jefes de legión y los municipales pasaban, los centinelas presentaban las armas; mas al pasar el rey, apoyaban en el suelo la

culata del fusil o se volvían de espaldas.

Lo mismo sucedía con los guardianes del servicio exterior situados al pie de la torre: cuando el rey pasaba aparentaban ponerse el sombrero y sentarse; mas apenas se alejaban los prisioneros, levantábanse y se descubrían.

Los que insultaban hacían más aún: cierto día, el centinela, no contento con presentar las armas a municipales y oficiales, y de no hacerlo para el rey, escribió en el lado interior de la puerta de la prisión:

«¡La guillotina es permanente y espera al gran tirano Luis XVI!».

Era una nueva invención, que obtuvo mucho éxito; por eso el centinela tuvo imitadores; y muy pronto, todas las paredes del Temple, sobre todo las de la escalera por donde la familia real bajaba y subía, quedaron cubiertas de inscripciones por este estilo:

«¡La señora *Veto* bailará!».

«Ya sabremos poner a dieta al cerdo gordo».

«Fuera el cordón rojo; es preciso estrangular a los lobeznos».

Otras inscripciones debajo de una figura, indicaban una intención amenazadora.

Uno de aquellos dibujos,

representando un hombre pendiente de una horca, tenía debajo las siguientes palabras: «Luis tomando un baño de aire».

Pero los atormentadores más encarnizados eran dos comensales del Temple: uno de ellos el zapatero Simón, y el otro el zapador Rocher.

Simón no era tan sólo zapatero, sino también municipal, y además de esto uno de los seis agentes encargados de inspeccionar los trabajos y las dependencias del Temple. Bajo este triple título no salía nunca de la torre.

Aquel hombre, que por sus crueldades con el niño real se hizo

célebre, era el insulto personificado; siempre que se presentaba ante los prisioneros, era para inferirles un nuevo ultraje.

Si el ayuda de cámara reclamaba alguna cosa en nombre del rey, contestábale:

—Vamos, que pida Capeto de una vez cuanto necesite; no quiero tomarme por su causa la molestia de subir por segunda vez.

Rocher hacía juego con Simón, aunque no fuese un hombre perverso: el 1 de agosto, hallándose en la puerta de la Asamblea nacional, cogió al delfín en sus brazos y le sentó sobre la mesa del

presidente. Rocher, que era guarnicionero, pasó a ser oficial del ejército de Santerre, y después se le nombró portero de la torre del Temple; de ordinario vestía el uniforme de zapador, distinguiéndose por su barba poblada y gran mostacho; cubría su cabeza una gorra de pelo, y llevaba un ancho sable y un cinturón, del que pendía un manojó de llaves.

Había sido colocado allí por Manuel, más bien para velar sobre el rey y la reina, impidiendo que les hicieran daño, que no para hacerlo él mismo: era como un niño a quien se confía una jaula con pájaros,

recomendándole que vele para que no los martiricen, y que para distraerse les arranca las plumas.

Cuando el rey solicitaba salir, Rocher era quien se presentaba en la puerta; pero no la abría hasta después de hacerle esperar bastante ocupándose entretanto el remover un gran manojó de llaves; después descorría los cerrojos con estrépito; apenas abría, bajaba corriendo para colocarse junto al último postigo con su pipa en la boca, y a cada persona de la familia real que salía, pero particularmente a las mujeres, enviábalas una bocanada de humo al rostro.

Estas miserables cobardías tenían por testigo a los guardias nacionales, que en vez de oponerse a tales vejaciones, con frecuencia, tomaban sillas y sentábanse como espectadores en un teatro.

Esto estimulaba a Rocher, que iba diciendo por todas partes:

—¡María Antonieta se la echaba de orgullosa conmigo; pero bien la he obligado a humillarse! Isabel y la pequeña me hacen la reverencia a pesar suyo; pero el postigo es tan bajo, que es preciso que se inclinen delante de mí.

Y añadía:

—Diariamente las echo en el rostro,

a una o a otra, una bocanada de humo de mi pipa. ¡Pues no preguntó la hermana últimamente a nuestros comisarios «que por qué fumaba siempre Rocher!». «Será porque le agrada», le contestaron.

¡Siempre se encuentra en todas las grandes expiaciones, además del suplicio aplicado a los pacientes, el hombre que hace beber la hiel al condenado: para Luis XVI, se llamó Rocher o Simón, y para Napoleón, Hudson Lowe; pero también cuando el condenado ha sufrido su pena, cuando el paciente deja de vivir, esos hombres son los que poetizan su suplicio, los que santifican su muerte! ¡Santa Elena

dejaría de ser tal si faltase el carcelero de uniforme encarnado; el Temple no sería el Temple sin su zapador y su zapatero! He aquí los verdaderos personajes de la leyenda, y por lo tanto pertenecen de hecho a los sombríos relatos populares.

Mas por desgraciados que fuesen los prisioneros, les quedaba un gran consuelo, estaban reunidos.

La municipalidad resolvió separar al rey de su familia.

El día 26 de septiembre, cinco días después de haberse proclamado la República, Clery supo, por un municipal, que la habitación que se

destinaba al rey en la torre grande estaría corriente muy pronto.

Clery, poseído de dolor, transmitió la triste noticia a su amo; pero este, con su acostumbrado valor, contestó:

—Procurad saber de antemano el día de esta penosa separación, y decídmelo.

Desgraciadamente Clery no supo nada, y nada pudo decir al rey.

El 29, a las diez de la mañana, seis municipales penetraron en la habitación de la reina en el momento de estar reunida toda la familia: eran portadores de una orden de la municipalidad, por la que se mandaba retirar a los prisioneros el papel, la tinta y los lápices; y se

procedió a un escrupuloso registro, no solamente en las habitaciones, sino en las personas mismas de los prisioneros.

—Cuando necesitéis alguna cosa —dijo el que llevaba la palabra, y que se llamaba Charbonnier— vuestro ayuda de cámara bajará para escribir vuestra petición en un registro que se tendrá en la cámara del consejo.

Ni el rey ni la reina hicieron ninguna observación; se registraron y dieron cuanto tenían consigo; las princesas y los criados siguieron el ejemplo.

Solamente entonces supo Clery, por algunas palabras sorprendidas a un municipal, que el rey sería trasladado

aquella misma noche a la torre grande, y se lo dijo a *madame* Isabel, que lo comunicó al rey.

Nada nuevo ocurrió hasta la noche; a cada rumor, a cada puerta que se abría, los corazones de los prisioneros palpitaban y sus manos extendidas uníanse en un ansioso apretón.

El rey permaneció hasta más tarde que de costumbre en la habitación de la reina; pero era preciso separarse.

Al fin se abrió la puerta: los seis municipales que habían ido por la mañana, entraron otra vez con una nueva orden del ayuntamiento, de la cual dieron lectura al rey: era la orden oficial

de su traslación a la torre grande.

Esta vez el rey perdió su impasibilidad. ¿Adónde le conduciría aquel nuevo paso en la vida terrible y sombría? Se abordaba lo misterioso y desconocido, y por eso tuvo estremecimientos y derramó lágrimas.

La despedida fue larga y dolorosa; pero al fin el rey debió seguir forzosamente a los municipales; jamás la puerta al cerrarse tras él pareció producir un sonido tan fúnebre.

Se habían apresurado tanto a imponer a los prisioneros este nuevo dolor, que la habitación donde se conducía al rey no estaba preparada aún

del todo; no se había puesto más que un lecho y dos sillas; el blanqueo y la pintura recientes comunicaban a la habitación un olor insoportable.

Clery se levantó y vistió al rey como de costumbre; después quiso ir a la torre pequeña para hacer lo mismo con el delfín; pero no se lo permitieron, y uno de los municipales, llamado Veron, le dijo:

—No tendréis ya más comunicación con los otros prisioneros; el rey no volverá a ver a sus hijos.

Clery no tuvo esta vez valor para transmitir la fatal noticia a su amo.

A las nueve, el rey, que ignoraba el

rigor de aquella decisión, solicitó ser conducido junto a su familia.

—No tenemos ninguna orden sobre este punto —dijeron los comisarios.

El rey insistió, pero no le contestaron y retiráronse.

El rey quedóse solo con Clery; el primero se sentó, y el segundo se apoyó contra la pared.

Media hora después entraron dos municipales acompañando a un mozo de café que llevaba al rey un pedazo de pan y una limonada.

—Señores —dijo el rey—, ¿no podría comer con mi familia?

—Pediremos órdenes a la

municipalidad —contestó uno de ellos.

—Pero si a mí no se me permite bajar, mi mayordomo podrá hacerlo; él es quien cuida a mi hijo, y espero que nada se oponga a que continúe sirviéndole.

El rey hacía esta petición tan sencillamente y con tan poca animosidad, que aquellos hombres, admirados, no sabían qué responder; aquel tono, aquellos modales y aquella resignación dolorosa, tan diferentes de lo que esperaban, les hacían enmudecer.

Al fin se limitaron a contestar que nada podían hacer, y salieron.

Clery había permanecido inmóvil

junto a la puerta, mirando a su amo con profunda angustia; vio al rey tomar el pan que le habían traído, dividirlo en dos pedazos y ofrecerle la mitad.

—Mi pobre Clery —dijo—, parece que han olvidado tu almuerzo; toma esta mitad de mi pan, pues yo tendré suficiente con la otra.

Clery rehusó, mas como el rey insistiese, tomó el pan; pero al hacerlo no pudo menos de prorrumpir en sollozos, y el rey lloró también.

A las diez llegó un municipal con los obreros que debían trabajar en la habitación, y aquel hombre, acercándose al rey, le dijo con cierta compasión:

—Caballero, acabo de presenciar el almuerzo de vuestra familia, y se me encarga que os diga que todos siguen bien.

El rey sintió alivio en su corazón; la compasión de aquel hombre le hacía bien.

—Os doy gracias —contestó—, y os ruego que deis noticias de mí a mi familia, diciéndole que yo sigo bien igualmente. Y ahora, caballero —añadió—, ¿no se me podrían dar algunos libros que he dejado en la habitación de la reina? En tal caso, podríais tener la bondad de enviármelos.

El municipal no deseaba otra cosa;

pero estaba muy apurado, porque no sabía leer; al fin se lo dijo así a Clery, rogándole que le acompañase para buscar los libros que el rey deseaba.

Esto era una dicha para Clery, pues se le ofrecía el medio de llevar a la reina noticias de su esposo.

Luis XVI le hizo una seña con los ojos, seña que encerraba todo un mundo de recomendaciones.

Clery encontró a la reina en su habitación con sus hijos y madama Isabel.

Las mujeres lloraban; el delfín había comenzado a llorar también; pero en los ojos de los niños las lágrimas cesan

pronto.

Al ver entrar a Clery, la reina, madama Isabel y la princesa se levantaron para interrogarte, no con la voz, sino con el ademán.

El delfín corrió hacia él diciendo:

—¡Es mi buen Clery!

Por desgracia Clery no podía decir nada, como no fuese algunas palabras reservadas; los dos municipales que le habían acompañado estaban cerca de él.

Pero la reina no pudo contenerse, y dirigiéndose a ellos les dijo:

—¡Oh!, señores, que se nos permita estar con el rey, aunque no sea más que algunos instantes, durante el día y la

hora de las comidas.

Las otras mujeres no hablaban, pero unían las manos.

—Señores —decía el delfín—, dejad a mi padre volver aquí, y yo rogaré a Dios por vosotros.

Los municipales se miraban sin contestar, y aquel silencio arrancaba sollozos y gritos de dolor a las mujeres.

—¡A fe mía, tanto peor —dijo aquel que había hablado al rey—, otra vez comerán hoy juntos!

—Pero ¿y mañana? —preguntó la reina.

—Señora —contestó el municipal—, nuestra conducta está subordinada a

los decretos de la municipalidad, y mañana haremos lo que se nos ordene. ¿Os parece bien así, ciudadano? — preguntó el municipal a su compañero.

Este último hizo una señal afirmativa.

La reina y las princesas, que esperaban esta señal con ansiedad, profirieron un grito de alegría; María Antonieta cogió a sus dos niños entre sus brazos, estrechándolos contra su corazón, y *madame* Isabel, con las manos elevadas al cielo, daba gracias a Dios. Esta alegría tan inesperada, que les arrancaba gritos y lágrimas, tenía casi el aspecto de un dolor.

Uno de los municipales no pudo reprimir sus lágrimas, y Simón, que estaba presente, exclamó:

—¡Creo que estas pícaras mujeres me harán llorar!

Y dirigiéndose a la reina, añadió:

—¡No llorabais así cuando asesinabais al pueblo el diez de agosto!

—¡Ah!, señor, —contestó la reina—, el pueblo está muy engañado sobre nuestros sentimientos. ¡Si nos conociese mejor, haría como vuestro compañero, llorar por nosotros!

Clery tomó los libros pedidos por el rey y volvió a subir, ansioso de anunciar a su amo la buena noticia; pero los

municipales lo deseaban tanto como él.
¡Es tan bueno conducirse bien!

Se sirvió la comida en la habitación del rey, donde se reunió toda la familia; hubiérase dicho que era un banquete de fiesta, y creíase haberlo obtenido todo ganando un día.

En efecto; todo se había ganado, pues no se oyó hablar más del acuerdo de la municipalidad, y el rey continuó viendo a su familia como antes, durante el día, y comiendo con ella.

Capítulo CLXXV

EN DONDE REAPARECE EL MAESTRO GAMAIN

La mañana misma del día en que ocurrían estos sucesos en el Temple, un hombre que vestía carmañola con gorro encarnado, y que se apoyaba en una muleta para facilitar su marcha, se presentó en el ministerio del Interior.

Aunque era fácil ver a Roland, este

se veía obligado a tener portero en la antecámara, como si fuese ministro de una monarquía y no de una república.

El hombre de la muleta, de la carmañola y del gorro encarnado, se vio precisado a detenerse en la antecámara delante del portero que le cerraba el paso.

—¿Qué se os ofrece, ciudadano?

—Quiero hablar al ciudadano ministro —contestó el hombre de la carmañola.

Hacía quince días que el título de *ciudadano* y *ciudadana* habían substituido al de *señor* y *señora*.

Los porteros son siempre porteros,

es decir, personajes en extremo impertinentes; hablamos de los porteros de ministerios y oficinas; si hablásemos de los de tribunales y estrados, los calificaríamos de otro modo.

El portero le contestó con tono protector.

—Amigo mío, es necesario que sepáis que al ciudadano ministro no se le puede hablar así como se quiera.

—Y ¿cómo se habla al ciudadano ministro, ciudadano portero? —preguntó el hombre del gorro encarnado.

—Pues se le habla cuando ha concedido una audiencia.

—Yo creí que eso sucedía en tiempo

del tirano; pero bajo la República, cuando todos los hombres son iguales, eso me parece demasiado aristocrático.

Esta reflexión dio que pensar al portero.

—Es que —continuó el hombre de la carmañola—, es que no es divertido, que digamos, venir desde Versalles para hacer un servicio al ministro, y que después no le reciba a uno.

—¿Venís, pues, a prestar un servicio al ciudadano Roland?

—Pues ya se ve.

—Y ¿qué clase de servicio es?

—Vengo a denunciarle una conspiración.

—Bien, ya estamos de conspiraciones hasta la punta de los cabellos.

—¡Ah!

—Y ¿para eso habéis venido de Versalles?

—Sin duda.

—Pues podéis volver a marcharos.

—Bien está, me marcharé; pero vuestro ministro se arrepentirá de no haberme recibido.

—¡Diablo!, esta es la consigna... Escribidle, volved con una carta de audiencia, y entonces todo irá como deseáis.

—¿Es vuestra última palabra?

—La última.

—Parece que el entrar en el despacho del ciudadano ministro es más difícil que lo era entrar en el de Su Majestad Luis XVI.

—¿Qué decís?

—Yo me lo sé.

—Veamos, ¿qué decís?

—Digo que en otro tiempo entraba yo en las Tullerías como y cuando me daba la gana.

—¿Vos?

—Yo, sí; y no tenía más que decir mi nombre.

—Y ¿cómo os llamáis?, ¿el rey Federico Guillermo, el emperador

Francisco?

—No; yo no soy tirano, ni comerciante de esclavos, ni aristócrata; yo soy Nicolás Claudio Gamain, maestro de maestros y maestro de todos.

—¿Maestro de qué?

—Maestro cerrajero. ¿No conocéis a Nicolás Claudio Gamain, el antiguo maestro cerrajero del señor Capeto?

—¡Ah!, ¿conque vos sois...?

—Nicolás Claudio Gamain.

—Cerrajero del exrey Luis.

—Maestro, ciudadano, maestro suyo.

—Eso quería decir.

—Pues yo soy, en carne y hueso.

El portero miró a sus camaradas como para interrogarles y a una señal afirmativa de ellos, dijo:

—Entonces, es otra cosa.

—¿Qué queréis decir con: *entonces es otra cosa*?

—Quiero decir que vais a escribir vuestro nombre en un papel, y que le haré llegar a manos del ciudadano ministro.

—¿Escribir? ¡Ya, ya!, no era ese mi fuerte antes de que me envenenaran esos bandidos, y ahora mucho menos. Mirad cómo me ha puesto el arsénico.

Y Gamain mostró sus piernas torcidas, su columna vertebral

encorvada y su mano ganchuda como un garfio.

—¡Cómo! ¿Son ellos los que os han puesto así, pobre hombre?

—Ellos mismos, y eso es lo que vengo a denunciar al ciudadano ministro, y algo más aún... Como dicen que van a formar causa a ese bribón de Capeto, lo que yo tengo que decir no lo echará quizá en saco roto en las circunstancias presentes.

—Pues bien; sentaos ahí, ciudadano, y esperad; voy a hacer pasar vuestro nombre al ciudadano ministro.

El portero escribió sobre un pedazo de papel:

«Nicolás Claudio Gamain, antiguo maestro cerrajero del rey, pide al ciudadano ministro una audiencia inmediata para hacer una revelación importante».

Y entregó el papel a uno de sus camaradas, cuyo encargo especial era el de anunciar.

Pasados cinco minutos, volvió diciendo:

—Seguidme, ciudadano.

Gamain hizo un esfuerzo que le arrancó un grito de dolor, se levantó y siguió al portero.

Este lo introdujo, no en el gabinete oficial del ministro el ciudadano

Roland, sino en el gabinete del ministro verdadero, la ciudadana Roland.

Era una habitación pequeña, tapizada de papel verde; no había más que una sola ventana, en cuyo alféizar, y sentada a una mesa, trabajaba *madame* Roland.

Roland estaba en pie delante de la chimenea.

El portero anunció al ciudadano Nicolás Claudio Gamain, y este se presentó en la puerta.

El maestro cerrajero no había tenido, ni aun en los tiempos de su mejor salud y de su alta fortuna, un físico muy aventajado; la enfermedad, pues, que le

aquejaba, y que no era otra sino un reumatismo articular que retorció sus miembros y desfiguraba su rostro, no había podido agregar nada a los encantos de su persona.

De aquí resultaba que jamás hombre honrado, y fuerza es decirlo, nadie mejor que Roland merecía este nombre, de aquí resultaba, decimos, que jamás hombre honrado, de fisonomía dulce y apacible, se había encontrado frente a frente de un pícaro de tan mísera e inmunda catadura.

La primera impresión que el ministro experimentó fue la de una profunda repugnancia. Miró de pies a

cabeza al ciudadano Gamain, y al verle temblar sobre su muleta, la compasión por los sufrimientos de uno de sus semejantes, dado caso que el ciudadano Gamain fuera semejante al ciudadano Roland, dictó las primeras palabras del ministro.

—Sentaos, ciudadano —le dijo—; parece que padecéis.

—¡Ya lo creo que padezco —dijo Gamain sentándose—, desde que la austríaca me envenenó!

A estas palabras, un sentimiento, de profundo disgusto se pintó en la fisonomía del ministro, y cambió con su esposa, casi completamente oculta en el

alféizar de la ventana, una mirada de indefinible expresión.

—Y ¿vuestra venida tiene por objeto denunciarme ese envenenamiento? —dijo Roland.

—Ese envenenamiento, y otra cosa.

—¿Traéis las pruebas de esa denuncia?

—¡Ah!, en cuanto a eso, no tenéis más que venir conmigo a las Tullerías, y os enseñaré el armario.

—¿Qué armario?

—El armario en que ese bandido guardaba su tesoro... ¡Oh!, ya debía yo sospecharlo cuando, concluida la tarea, la austríaca me dijo con su voz

zalamera: «Vaya, Gamain, tenéis calor, bebed este vaso de vino, que os sentará bien». ¡Ya debía yo sospechar que aquel vino estaba envenenado!

—¿Envenenado?

—Sí, envenenado; ya sabía yo —dijo Gamain con muestras de evidente odio—, que los que ayudan a los reyes a ocultar sus tesoros no viven mucho tiempo.

Roland se acercó a su mujer y la interrogó con una mirada.

—Indudablemente —contestó—, hay alguna cosa en este asunto. Este hombre es el cerrajero del rey, recuerdo ahora su nombre.

—Pero, y ese armario...

—Bien, pregúntale qué armario es ese.

—¿Qué armario es ese? —contestó Gamain, que había oído las últimas palabras—, voy a decirlo. Es un armario de hierro, cerrado con una cerradura de cofre, y en el cual Capeto guarda su oro y sus papeles.

—¿Cómo conocéis la existencia de ese armario?

—Porque el rey nos envió a llamar, a mí y a mi compañero, para que le hiciéramos funcionar una cerradura que él había hecho, y que no servía.

—Pero ese armario habrá sido

abierto, destrozado y saqueado el 10 de agosto.

—¡Oh! —dijo Gamain—, no es fácil.

—¿Por qué?

—No, yo desafío a cualquiera que sea, excepto Luis o yo, a que lo encuentre, y sobre todo, a que lo abra.

—¿Estáis seguro?

—Seguro, segurísimo; como estaba el día en que salí de las Tullerías, así está hoy.

—¿En qué época habéis ayudado a Luis XVI a cerrar ese armario?

—Eso es lo que no puedo decir con certeza; pero era tres o cuatro meses

antes del viaje a Varennes.

—¿Cómo sucedió eso? La cosa me parece tan extraordinaria, que antes de ponerme a buscar con vos ese armario, parece natural que os pida algunos detalles.

—Los detalles son fáciles de dar y no faltarán, ciudadano ministro; Capeto me envió a llamar a Versalles; mi mujer no quería dejarme ir... ¡pobre mujer!, tenía un presentimiento. La pobre me decía: «El rey está en mala situación, y vas a comprometerte por él». Pero yo le contesté: «Si él me envía a llamar para cosas de mi oficio, siendo mi discípulo, es menester que yo vaya». «Bueno, dijo

ella, la política anda en eso, y en este momento hay otras cosas que hacer, y no cerraduras».

—Abreviemos, amigo mío —dijo Roland—. ¿Conque a pesar de los consejos de vuestra mujer, fuisteis?

—Ya se ve que sí, y hubiera hecho mejor en escuchar a mi mujer, pues no estaría como estoy...; pero ya me lo pagarán esos envenenadores.

—Entonces...

—¿Volvemos al armario?...

—Sí, amigo mío, y no tratemos de separarnos de él; mi tiempo corresponde todo a la República, y no tengo mucho de que disponer.

—Entonces me enseñó una cerradura de cofre, que no andaba; la había hecho él mismo, y esto me hace creer que si hubiera ido no me habría enviado a buscar ¡el traidor!...

—¿Os hizo ver una cerradura que no funcionaba? —repitió el ministro, insistiendo en retener a Gamain en la cuestión.

—Y me preguntó: «¿Por qué no anda eso, Gamain?». Yo le dije: «Señor, es menester que yo examine la cerradura», y él me contestó: «Tienes razón». Entonces yo examiné la cerradura, y le dije: «¿Sabéis por qué no anda?». «No, me contestó, puesto que te lo pregunto».

«Pues bien; no anda, señor —en aquella época le llamaban todavía señor—, no anda señor... es muy claro, porque no anda». Escuchadme con atención, porque no siendo tan fuerte en cerrajería como el rey; no podréis entenderme. Antes de todo, es menester que sepáis la diferencia que hay entre una cerradura de cofre y otra cualquiera; una cerradura bernarda, por ejemplo.

—Eso es para mí absolutamente igual, amigo mío —contestó Roland—; no siendo, como habéis adivinado, tan entendido en cerrajería como el rey, no conozco la diferencia que hay entre una cerradura bernarda y una de cofre.

—Ahora veréis esa diferencia, clara como el agua.

—Es inútil. Decíais que explicasteis al rey...

—Por qué la cerradura no cerraba. ¿Os explico el por qué?

—Si queréis... —dijo Roland, que empezaba a creer que sería mejor dejar a Gamain en su prolijidad.

—Pues bien; no cerraba, porque, aunque la guarda enganchaba bien la barba grande, y esta trazaba bien su medio círculo, después, como no estaba cortada al sesgo... pues claro está, no escapaba, y ahí está la cosa. Esto es claro como el agua, ¿no es verdad? Y

como la distancia que recorría la barba era de seis líneas, el espaldón debía tener una... ¿comprendéis?

—¡Oh!, sí, perfectamente —dijo Roland, que no había entendido ni una palabra.

—«¡Ahí está! —dijo el rey—. Pues bien; Gamain, haz lo que yo no he podido hacer. ¿No eres tú mi maestro?». «¡Ya se ve que sí! No ya vuestro maestro, señor, sino maestro de los maestros y maestro de todos».

—Proseguid.

—Acto continuo puse manos a la obra, mientras que Capeto charlaba con mi aprendiz, que siempre he sospechado

era un aristócrata disfrazado, y en diez minutos estuvo concluida. Entonces bajé con la puerta de hierro en que estaba aplicada la cerradura y le dije: «Ya está esto, señor». «Pues entonces, ven conmigo, Gamain». Echó a andar, y yo le seguí; primero me condujo a su alcoba, y luego a un pasillo que iba desde su alcoba al cuarto del delfín; aquello estaba tan oscuro, que fue menester encender una vela; la encendió, y después me dijo: «Ten esa vela, Gamain, y alúmbrame». (Se atrevía a tutearme el tirano). Entonces levantó un tablero de la ensambladura, que ocultaba un agujero redondo de dos pies de diámetro

en la entrada, y después, como vio que yo me quedé suspenso, me dijo: «He hecho este escondrijo para guardar mi dinero; ahora, Gamain, es menester cerrar este hueco con la puerta de hierro, que para eso era la cerradura». «Eso es poca cosa, le dije, porque están ahí ya los goznes y el pestillo también». Enganché la puerta, la empujé, y ¡tras!, se cerró sola; luego se puso el tablero en su sitio, y ya no se vio ni armario, ni puerta, ni cerradura.

—¿Creéis que ese armario — preguntó Roland—, no tenía otro objeto que guardar dinero?

—A eso vamos, poco a poco; él se

creía astuto, el muy tonto, pero yo soy más pícaro que él; lo que pasó fue esto: «Vaya, me dijo, ayúdame a contar el dinero que voy a guardar en este armario». Entre los dos contamos dos millones en dobles luis, y los guardamos en cuatro sacos de cuero; pero mientras contábamos el dinero, vi de reojo que el ayuda de cámara transportaba papeles, y me dije: ¡Bueno, el armario es para guardar papeles, y el dinero es una engañifa!

—¿Qué dices de esto, Magdalena?
—preguntó Roland a su mujer, inclinándose hacia ella de modo que Gamain no pudiese oír.

—Digo que esa revelación es muy importante, y que no debe despreciarse un momento.

Roland llamó.

Un portero apareció.

—¿Hay algún coche enganchado en el patio?

—Sí, ciudadano.

—Que lo acerquen.

Gamain se puso en pie.

—¡Ah! —dijo en extremo humillado —, parece que ya estoy de sobra, ¿verdad?

—Pero ¿por qué? —preguntó Roland.

—Pues claro está, pues hacéis

llamar el coche... ¿También tienen coche los ministros bajo la República?

—Los ministros tendrán coche en todo tiempo, amigo mío —contestó Roland—; el coche no es lujo, sino economía para un ministro.

—Economía ¿de qué?

—De tiempo, es decir, de lo más caro y más precioso que hay en el mundo.

—Entonces, ¿tendré yo que volver?

—Y ¿para qué?

—¡Diantre!, para llevaros adónde se halla el armario en que está el tesoro.

—Es inútil.

—¡Cómo inútil!

—Sin duda; acabo de pedir el coche para ir allá.

—¿Dónde allá?

—A las Tullerías.

—¿Vamos a ir ahora?

—Dentro de un instante.

—¡Sea enhorabuena!

—Pero, a propósito —dijo Roland.

—¿Qué hay? —preguntó Gamain.

—¿Y la llave?

—¿Qué llave?

—La del armario... es probable que Luis XVI no la haya dejado en la puerta.

—¡Oh!, no, no es tan tonto como parece, para haber hecho eso.

—En ese caso, tomad vuestras

herramientas.

—Y ¿para qué?

—Para abrir el armario.

Gamain sacó de su bolsillo una llave recién fabricada.

—Y ¿qué significa esto? —preguntó el ministro—, ¿es esa la llave?

—La del armario, que he hecho de memoria; la estudié muy bien, sospechando que algún día...

—¡Ese hombre es un miserable! —dijo *madame* Roland a su marido.

—Así, pues, ¿crees?... —preguntó este dudando.

—Pienso que no tenemos derecho a rehusar ninguna de las noticias que la

fortuna nos proporciona para llegar a averiguar la verdad.

—¡Aquí está, aquí está! —decía Gamain mostrando la llave radiante de alegría.

—¿Creéis —preguntó Roland con una expresión de disgusto que no sabía ocultar—, creéis que esa llave, hecha de memoria al cabo de ocho meses, abrirá el armario de hierro?

—Ya lo creo —contestó Gamain—; para algo ha de servir el ser maestro de maestros y maestro de todos.

—El carruaje aguarda, ciudadano ministro —dijo el portero.

—¿Voy yo también? —preguntó

madame Roland.

—Seguramente; si hay papeles, sólo a ti los confiaré. ¿No eres tú, por ventura, la mujer más de bien que yo conozco?

Luego se volvió hacia Gamain.

—Venid, amigo mío —le dijo.

Y Gamain le siguió murmurando entre dientes:

—¡Toma, Capeto; ya te había dicho que me las *pagarías*! ¿Qué era lo que el rey tenía que *pagarle*?

Todos los beneficios que le había prodigado.

Capítulo CLXXVI

LA RETIRADA DE LOS PRUSIANOS

Mientras que el coche del ciudadano Roland rueda hacia las Tullerías; mientras que Gamain encuentra la cerradura escondida en la pared; mientras que, según la promesa terrible que ha hecho, la llave forjada de memoria abre con maravillosa facilidad el armario de hierro; mientras que se saca de este el fatal depósito que se le

confió, el cual, a pesar de la falta de los papeles confiados a *madame* Campan por el mismo rey, tendrá tan cruel influencia en los destinos del prisionero del Temple; mientras que Roland, se lleva estos papeles a su casa, los lee uno a uno, los compara y los clasifica, buscando inútilmente entre aquellos documentos una prueba de la venalidad tantas veces denunciada por Danton, veamos lo que hacía el antiguo ministro de justicia.

Decimos el *antiguo ministro de justicia* porque, una vez instalada la Convención, Danton no pensó más que en dimitir de su cargo.

Había subido a la tribuna y había dicho:

—Antes de expresar mi opinión sobre el primer decreto que la Convención debe dar, séame permitido resignar en su seno las funciones que me fueron confiadas por la Asamblea legislativa. Las recibí entre el estruendo del cañón, y ahora ya está hecha la unión de los ejércitos, así como la de los representantes. Ya no soy más que mandatario del pueblo, y en calidad de tal hablaré.

A estas palabras sobre la unión de los ejércitos, Danton hubiera podido añadir: «y los prusianos están batidos»,

porque estas palabras las pronunció el 21 de septiembre, y el 20, es decir, la víspera, se dio la batalla de Valmy; pero Danton lo ignoraba.

Y se limitó a decir:

—Que se desvanezcan esos vanos fantasmas de dictadura con que se quería espantar al pueblo, y declaremos que no hay más constitución que la que él aceptó. Hasta hoy le han agitado, porque era preciso despertarle contra el tirano; ahora, sean las leyes tan terribles contra aquellos que las violaron como el pueblo lo fue al aniquilar la tiranía, y que castiguen a todos los culpables. Abjuremos toda exageración, y

proclámese que toda propiedad territorial e industrial *será eternamente conservada*.

Danton, con su habilidad ordinaria, contestaba en pocas palabras a los dos grandes temores de Francia: el país temía por su libertad y su popularidad; y, cosa extraña, los que temían sobre todo por la segunda eran los nuevos propietarios, los que habían comprado la víspera y debían aún las tres cuartas partes de su adquisición; eran los que se habían convertido en conservadores más celosos que los antiguos nobles, que los aristócratas y los primeros propietarios; estos últimos habían preferido la vida a

sus inmensos dominios, y la prueba es que habían abandonado sus bienes para salvarse; mientras que los campesinos, los que acababan de adquirir bienes nacionales, los propietarios de ayer, preferían su rincón de tierra a su vida, le guardaban con el fusil en la mano, y no hubieran emigrado por nada del mundo.

Danton había comprendido esto, pensando que convenía tranquilizar, no solamente a los que eran propietarios desde ayer, sino también a los que iban a serlo mañana, pues el gran pensamiento de la Revolución era este: «Es preciso que todos los franceses sean propietarios; la propiedad no hace

siempre al hombre mejor, pero sí más digno, comunicándole el sentimiento de su independencia».

Por eso el genio de la Revolución se resumía todo él en estas pocas palabras de Danton:

«Abolición de toda dictadura; consagración de toda propiedad; es decir, punto de partida: el hombre tiene derecho para gobernarse a sí propio; objeto: el hombre tiene derecho para conservar el fruto de su libre actividad».

Y ¿qué venía a decir con esto? El hombre del 20 de junio, del 10 de agosto y del 2 de septiembre, aquel gigante de las tempestades, que se hacía piloto,

arrojaba al mar aquellas dos anclas de salvación de las naciones: la libertad y la propiedad.

La Gironda no comprendió; a la honrada Gironda le infundía una repugnancia invencible el... ¿cómo lo diremos?... el fácil Danton; ya se ha visto que le había rehusado la dictadura en el momento en que la pedía para impedir la matanza.

Un girondino se levantó, y en vez de aplaudir al hombre del genio que acababa de formular los dos grandes temores de Francia y de tranquilizarla en este punto, gritó a Danton:

—Cualquiera que trate de consagrar

la propiedad, la compromete; tocar a ella, ni aun para afianzarla, es ponerla en peligro. ¡La propiedad es anterior a toda ley!

La Convención aprobó estos dos decretos:

«No puede haber constitución sino cuando ha sido adoptada por el pueblo».

«La seguridad de las personas y de las propiedades está bajo la salvaguardia de la nación».

Era esto y no lo era; en política nada es tan terrible como el *poco más o menos*.

Además, la dimisión de Danton había sido aceptada.

¡Pero el hombre que se había creído bastante poderoso para tomar por su cuenta el 2 de septiembre, es decir, el espanto de París, el odio de la provincia y la execración del mundo, este hombre era seguramente muy fuerte!

Y, en efecto, tenía a la vez los hilos de la diplomacia, de la guerra y de la política, es decir, Dumouriez, y de consiguiente, el ejército estaba en su mano.

La noticia de la victoria de Valmy se había recibido ya en París y produjo gran alegría; había llegado con alas de águila, y se consideró como mucho más decisiva de lo que era en realidad.

De aquí resultó que Francia pasó de un temor supremo a una suprema audacia; los clubs no respiraban más que guerra y combates.

«Si el rey de Prusia está vencido, ¿por qué no se halla prisionero, sujeto y agarrotado, o rechazado por lo menos hasta la opuesta orilla del Rhin?».

Esto es lo que se preguntaba en alta VOZ.

Y contestábase por lo bajo:

«¡Es muy sencillo; Dumouriez hace traición y está vendido a los prusianos!».

Dumouriez recibía ya la recompensa del gran servicio que acababa de

prestar: la ingratitud.

El rey de Prusia no se consideraba batido en modo alguno; había atacado las alturas de Valmy, sin poder tomarlas, y a esto se reducía todo. Cada ejército había conservado su terreno; los franceses, que desde el principio de la campaña habían retrocedido continuamente, acosados de pánicos, derrotas y reveses, habían resistido esta vez, y nada más. En cuanto a la pérdida de hombres, había sido poco más o menos igual por ambas partes.

He aquí lo que no se podía decir a París, a Francia, a Europa, porque necesitábamos una gran victoria; pero he

aquí lo que Dumouriez enviaba a decir a Danton por conducto de Westermann.

Los prusianos estaban tan poco batidos y tan lejos de retirarse, que doce días después de Valmy permanecían aún *inmóviles* en sus campamentos.

Dumouriez había escrito para preguntar si en caso de hacerse proposiciones por el rey de Prusia, debería tratar. Esta pregunta tuvo dos contestaciones: una del ministerio, altiva, oficial, dictada por el entusiasmo de la victoria; la otra, juiciosa y tranquila, pero sólo de Danton.

La carta del ministerio hablaba alto y decía:

«La República no tratará hasta que el enemigo haya evacuado el territorio».

La de Danton decía:

«Con tal que los prusianos evacuen el territorio, tratad a toda costa».

Tratar no era cosa fácil, atendido el estado de ánimo en que se hallaba el rey de Prusia: casi al mismo tiempo que llegaba a París la noticia de la victoria de Valmy, recibíase aquí la de la abolición de la monarquía y la de la proclamación de la República, y el rey de Prusia estaba furioso.

Las consecuencias de esta invasión, emprendida con el objeto de salvar al rey de Francia, y que hasta entonces no

tuvo más resultados que el 10 de agosto, el 2 y el 21 de septiembre, es decir, la cautividad del rey, la matanza de los nobles y la abolición de la monarquía, produjeron en Federico Guillermo accesos de sombrío furor; quería combatir a toda costa, y había dado orden para, el 29 de septiembre, trabar una batalla encarnizada.

Ya se ve que entre esto y abandonar el territorio de la República, había mucha diferencia.

El 29, en vez de una batalla, se celebró un consejo.

Por lo demás, Dumouriez estaba preparado a todo.

Brunswick, muy insolente en sus palabras, procedió con mucha prudencia cuando se trataba de pasar a los hechos; en suma, era más inglés que alemán; había casado con una hermana de la reina de Inglaterra, y por lo tanto recibía sus inspiraciones tanto de Londres como de Berlín. Si Inglaterra decidía batirse, Brunswick lo haría con ambos brazos, uno por Prusia y el otro por Inglaterra; pero si los ingleses, sus amos, no desenvainaban la espada, estaba dispuesto a conservar la suya en la vaina.

Ahora bien; el 29, Brunswick produjo en el consejo cartas de

Inglaterra y de Holanda, en las cuales se excusaba tomar parte en la coalición; y además, Custine marchaba sobre el Rhin, amenazando a Coblenza, y una vez tomada esta plaza, Federico Guillermo encontraría cerrada la puerta para entrar en Prusia.

Por otra parte, había alguna cosa mucho más grave y seria que todo esto. Por casualidad, aquel rey de Prusia tenía una querida, la condesa de Lichtenau, que había seguido al ejército como todo el mundo, como Goethe, el cual bosquejaba en un furgón de Su Majestad prusiana las primeras escenas de su *Fausto*. La condesa contaba con el

famoso paseo militar, y quería ver París.

Entretanto se había detenido en Spa, y allí tuvo conocimiento de la jornada de Valmy y de los peligros que había corrido su real amante. La bella condesa temía mucho dos cosas: las balas de los franceses y las sonrisas de las francesas; escribió carta sobre carta, y la posdata de todas, es decir, el resumen del pensamiento de la bella dama, era la palabra: ¡*Vuelve!*

Al rey de Prusia, a decir verdad, no le retenía más que la vergüenza de abandonar a Luis XVI. Todas estas consideraciones obraron en él; pero las dos más poderosas fueron las lágrimas

de su querida y el peligro que amenazaba a Coblenza.

No insistió menos para que se devolviese la libertad a Luis XVI; y Danton se apresuró a remitirle, por conducto de Westermann, todos los acuerdos de la municipalidad, en los cuales se hacía ver que *se dispensaban al prisionero los mejores tratamientos*. Esto bastó al rey de Prusia; bien se ve que no era difícil de contentar. Sus amigos aseguran que antes de retirarse exigió a Dumouriez y a Danton su palabra de salvar la vida del rey; pero nada prueba este aserto.

El 29 de septiembre, el ejército

prusiano emprendió la retirada y recorrió una legua; el 30 franqueó otra.

El ejército francés le escoltaba, como para hacerle los honores del país acompañándole.

Siempre que nuestros soldados querían atacar, cortarle la retirada y tratar, en fin, de acorralar al jabalí, obligándole a que hiciera frente a los perros, los hombres de Danton les hacían retroceder.

Todo cuanto él deseaba era que los prusianos salieran de Francia.

El 22 de octubre, aquel patriótico deseo quedó satisfecho.

El 6 de noviembre, el cañón de

Jemmapes anunciaba el juicio de Dios sobre la revolución francesa.

El 7, la Gironda daba principio al proceso del rey.

Algo análogo había pasado seis semanas antes: el 29 de septiembre Dumouriez ganó la batalla de Valmy, y el 21 se proclamaba la República.

Cada victoria tenía en cierto modo su coronación, y contribuía a que Francia diese un paso más en la Revolución.

Esta vez era el paso terrible; al fin se estaba próximo al fin, ignorado, por lo pronto, hacia el cual se había marchado durante tres años como

ciegos; como sucede en la naturaleza, al avanzar cada vez más comenzábanse a distinguir los contornos de las cosas que antes se veían confusas.

Ahora bien; ¿qué se veía en el horizonte? ¡Un cadalso, y al pie de este cadalso el rey!

En aquella época, del todo material, en que los instintos inferiores de odio, de destrucción y de venganza, se anteponían a las ideas elevadas de algunas inteligencias superiores, y en que un hombre como Danton, es decir, que tomaba por su cuenta las sangrientas jornadas de septiembre, era acusado de ser jefe de los *indulgentes*, se hacía

difícil que la idea prevaleciese sobre el hecho; y lo que no comprendieron los hombres de la Convención, o tan sólo comprendieron algunos de ellos, los unos claramente y los otros por instinto, era que se debía formar causa a la monarquía, y no al rey.

Aquella era una abstracción sombría, un misterio amenazador que todos rechazaban: un ídolo adorado por fuera, como esos sepulcros blanqueados de que nos habla Jesucristo, llenos de podredumbre y de gusanos por dentro; pero el rey era otra cosa: el rey era un hombre poco interesante en los días de su prosperidad, pero que la desgracia

había depurado, y al que la cautividad engrandecía. Su sensibilidad se había desarrollado en su desgracia; y hasta en la reina el prestigio de la adversidad llegó a ser tal, que bien fuese nueva intuición o antiguo arrepentimiento, la prisionera del Temple llegó, si no a profesar amor —su corazón lacerado debía haber perdido todo cuanto contenía, como un vaso perforado pierde, gota a gota, cuanto líquido encierra—, por lo menos a venerar, a adorar, en el sentido religioso de la palabra, a aquel rey, aquel príncipe, aquel hombre cuyos apetitos materiales, cuyos instintos vulgares le habían

ruborizado tan a menudo.

Cierto día el rey entró en la habitación de la reina y encontró a esta ocupada en barrer, porque el delfín estaba enfermo.

Se detuvo en el umbral, inclinó la cabeza sobre el pecho y dijo, exhalando un suspiro:

—¡Oh, señora!, ¡qué oficio para una reina de Francia! ¡Si vieran en Viena lo que hacéis aquí! ¡Quién hubiera dicho que al unir vuestra suerte con la mía, ibais a descender tanto!

—Y ¿no contáis por nada —contestó María Antonieta—, la gloria de ser esposa del mejor y más perseguido de

los hombres?

Esto es lo que contestaba la reina, y sin testigo, sin sospechar que la oyese un pobre ayuda de cámara que seguía al rey, que recogió estas palabras, y que, cual perlas negras, las guardaba para hacer una diadema, no en la testa del rey, sino en la del condenado.

Otro día, Luis XVI vio a *madame* Isabel, cortando con los dientes el hilo con que arreglaba un vestido para la reina, por falta de tijeras.

—¡Pobre hermana —exclamó—, qué contraste con aquella preciosa casita de Montreuil, donde no carecíais de nada!

—¡Ah!, hermano mío —contestó la

santa princesa—, ¿puedo echar nada de menos cuando comparto vuestras desgracias?

Y todo esto era conocido, todo se propagaba, llenando de arabescos de oro la sombría leyenda del mártir.

La monarquía herida de muerte, pero el rey conservado vivo, era un pensamiento grande y poderoso, tanto que sólo entró en la cabeza de algunos hombres, los cuales no se atrevieron a expresarle por lo impopular que era.

»¡Un pueblo necesita que le salven, pero *no tiene necesidad de que le venguen!*», había dicho Danton en los

Franciscanos.

»¡Ciertamente se ha de juzgar al rey —dijo Gregorie en la Convención; pero ha hecho tanto para que le desprecien, *que no queda lugar para el odio!*

Payne escribió:

Quiero que se forme proceso, no contra Luis XVI, sino contra los reyes; de esos individuos tenemos uno en nuestro poder, y él nos pondrá en la vía de la conspiración general... Luis XVI es muy útil para demostrar a todos la

necesidad de las revoluciones.

Las altas inteligencias, como Tomás Payne, y los grandes corazones, como Danton y Gregorie, estaban de acuerdo sobre este punto: era preciso hacer, no el proceso del rey, sino el de los reyes; y en caso necesario, al hacerle, se debía llamar a Luis XVI como testigo. La Francia república, es decir, mayor, debía procesar, en su nombre y en el de los pueblos sometidos, a la monarquía, es decir, a la menor, de este modo Francia hacía las veces, no de juez terrestre, sino de árbitro divino; se cernía en las esferas superiores, y su

palabra no llegaba ya al trono como una partícula de barro y de sangre, sino que caía sobre los reyes como el rayo y el trueno.

Suponed un proceso publicado, con pruebas que comienzan por Catalina II, que asesinó a su esposo y se erigió en verdugo de Polonia; suponed los detalles de esta vida monstruosa, expuesta a la luz del día como el cadáver de la princesa de Lamballe, y esto en vida; ved a la Parsifal del Norte encadenada en la picota de la opinión pública, y decid qué habría resultado para los pueblos de la instrucción de semejante proceso.

Por lo demás, algo hay de bueno en lo que no se ha hecho, y que aún está por hacer.

Capítulo CLXXVII

EL PROCESO

Los papeles del armario de hierro, entregados por Gamain —a quien la Convención concedió mil doscientas libras de pensión vitalicia por su buena obra, y que murió retorciéndose a causa de los reumatismos, después de haber echado de menos mil veces la guillotina, adonde había ayudado a enviar a su real

discípulo—, los papeles del armario de hierro, decimos, excepto aquellos que hemos visto a Luis XVI entregar, no contenían nada contra Dumouriez y Danton, con un poco de disgusto de *madame* Roland y de su esposo. Comprometían principalmente al rey y a los sacerdotes, y revelaban ese mezquino espíritu limitado e ingrato de Luis XVI, que tan sólo odiaba a los que habían querido salvarle: a Necker, a Lafayette y a Mirabeau; tampoco había nada contra la Gironda.

La discusión sobre el proceso comenzó el 13 de noviembre.

¿Quién abrió aquella discusión

terrible? ¿Quién se encargó de la cuchilla de la Montaña? ¿Quién se cernió sobre la sombría Asamblea como el ángel exterminador?

Un joven, o más bien, un niño de veinticuatro años, enviado antes de la edad conveniente, y de quien ya hemos hablado varias veces en nuestra historia.

Era natural de uno de los más agrestes países de Francia, de Nievre, y había en él esa savia áspera y amarga que hace los grandes hombres, o cuando menos los que son peligrosos. Era hijo de un veterano que al cabo de treinta años de servicios obtuvo la cruz de San Luis, que le ennobleció, por

consiguiente, con el título de Caballero. Desde su nacimiento, el joven tenía carácter triste, grave; su familia poseía alguna hacienda en el departamento del Aine, en Blerancourt, y habitaba en una modesta casa que distaba mucho de ser la medianía del poeta latino. Enviado a Reims para estudiar derecho, no hizo ningún adelanto y escribió muy malos versos: un poema licencioso a la manera de *Rolando el Furioso* y de la *Doncella*, publicado, sin éxito, en 1789, volviéndose a dar a luz en 1792 sin mejor resultado.

Deseaba mucho salir de su provincia, y fue a buscar a Camilo

Desmoulins, el brillante periodista, que tenía en sus manos cerradas la reputación futura de los poetas desconocidos; Camilo, pillete sublime, joven de talento y desenvoltura, vio cierto día entrar en su casa a un escolar altanero, lleno de pretensiones, que con boca de mujer pronunciaba palabras lentas y medidas, una a una, como las gotas de agua helada que perforan la roca; tenía ojos azules de expresión dura, sobrepuestos de cejas negras casi unidas, y color muy blanco, más bien enfermizo que sano. Su permanencia en Reims podía muy bien haber comunicado al estudiante de derecho la

enfermedad escrofulosa que los reyes tenían la pretensión de curar el día en que se les consagraba. La barba del joven se perdía en medio de una enorme corbata, estrechada alrededor del cuello, cuando todo el mundo la llevaba floja y flotante, como para que le fuera al verdugo más fácil retirarla; y por último, su busto era rígido, automático, ridículo como máquina rara de terrible espectro, y coronaba todo este conjunto una frente tan deprimida que los cabellos tocaban en los ojos.

Camilo Desmoulins, como hemos dicho, vio entrar cierto día en su casa tan extraña figura, que le fue

soberanamente antipática.

El joven quiso leerle sus versos, y entre otros pensamientos sociales le dijo que el mundo estaba vacío desde los romanos.

Los versos parecieron muy malos a Camilo y el pensamiento falso; se burló del filósofo y del poeta, y el poeta filósofo volvió a su soledad de Blerancourt, renegando del gran retratista de cierta especie de Hombres.

Sin embargo, al joven se le presentó otra ocasión —nunca faltan para ciertos individuos—: Su pueblo, su burgo de Blerancourt, estaba expuesto a perder un mercado que le daba para vivir; y sin

conocer a Robespierre le escribió rogándole que apoyase la reclamación comunal que le transmitía, ofreciéndole además ceder, para que se vendieran en provecho de la nación, sus reducidos bienes, es decir, todo cuanto poseía.

Lo que hacía reír a Camilo Desmoulins, daba que pensar a Robespierre: llamó al joven fanático, le estudió, parecióle que era del temple de esos hombres con los que se hacen las revoluciones, y gracias a su crédito en los Jacobinos, le hizo nombrar individuo de la Convención, aunque no tuviese la edad requerida. El presidente del cuerpo electoral, Juan de Bry, protestó, y al

hacerlo envió el extracto de la fe de bautismo del nuevo elegido, que tan sólo tenía, efectivamente, veinticuatro años y tres meses; pero bajo la influencia de Robespierre, esta vana reclamación desapareció.

En casa de este joven entraba Robespierre en la noche del 2 de septiembre, y este joven fue quien durmió cuando Robespierre no podía cerrar los ojos; aquel joven era Saint-Just.

—Escucha, Sain-Just —le dijo cierto día Camilo Desmoulins—, ¿sabes lo que me dijo sobre ti Danton?

—No.

—Que llevas la cabeza alta como un santo sacramento.

Una ligera sonrisa entreabrió la boca femenina del joven.

—Bien —contestó—, yo le haré llevar la suya como un San Dionisio.

Y cumplió su palabra.

Saint-Just bajó lentamente de la cima de la montaña; subió poco a poco a la tribuna, y muy despacio pidió la muerte... no debemos decir *pidió*, la ordenó.

Discurso atroz fue el que pronunció aquel joven pálido de labios de mujer: que lo recoja quien quiera y que lo imprima quien pueda; nosotros no

tenemos valor para hacerlo.

«No se necesita emplear mucho tiempo para juzgar al rey, *es preciso matarle*.

»*Es preciso matarle*, porque no hay leyes para juzgarle, puesto que él mismo las suprimió.

»*Es preciso matarle* como a un enemigo; no se juzga más que a los ciudadanos; para juzgar al tirano se debería ante todo rehacer al ciudadano.

»*Es preciso matarle* como culpable sorprendido con la mano en la sangre; y, por otra parte, la monarquía es un crimen eterno; un rey está fuera de la naturaleza; entre pueblo y rey no hay

ninguna relación natural».

Habló así durante una hora, sin animarse, sin entusiasmarse, con voz de rector y ademanes pedantescos, repitiendo al fin de cada frase las citadas palabras, que caían con un peso singular, produciendo en los oyentes un movimiento análogo al de la cuchilla de la guillotina: «¡Es preciso matarle!».

Aquel discurso produjo una sensación terrible, y al escucharle todos los jueces sintieron penetrar hasta su corazón el frío del acero. Hasta el mismo Robespierre se espantó al ver a su discípulo plantar tan lejos las avanzadas republicanas, la sangrienta

bandera de la Revolución.

Desde entonces, no solamente se resolvió el proceso, sino que Luis XVI quedó condenado.

Tratar de salvar al rey era entregarse a la muerte.

Danton tuvo la idea de hacerlo, pero le faltó aliento: había tenido suficiente patriotismo para reclamar el dictado de asesino; pero no fue lo bastante estoico para aceptar el de traidor.

El 11 de diciembre comenzó la instrucción del proceso.

Tres días antes, un municipal se había presentado en el Temple a la cabeza de una diputación de la

municipalidad, y entrando en la habitación del rey, leyó a los prisioneros un decreto ordenando que se le retirasen los cuchillos, las navajas de afeitar, las tijeras, los cortaplumas, y, en fin, todos los instrumentos cortantes de que se priva a los condenados.

En esto, habiendo llegado la señora Clery, acompañada de una amiga, para ver a su esposo, hicieron bajar a la sala del consejo, según costumbre, al ayuda de cámara, que comenzó allí a hablar con su esposa, la cual aparentó hablar de los asuntos domésticos; pero mientras que ella se expresaba en alta voz, su amiga decía por lo bajo:

—El martes próximo se conduce al rey a la Convención... El proceso está a punto de comenzar... El rey podrá elegir abogado... Todo esto es positivo.

El rey había prohibido a Clery que le ocultase nada; y por mala que fuese la noticia, el fiel servidor resolvió comunicársela a su amo. En su consecuencia, llegada la noche, y al desnudarle, le repitió las palabras que acabamos de citar, añadiendo que durante todo el curso del proceso, la municipalidad tenía intención de separarle de su familia.

Cuatro días le quedaban, pues a Luis XVI para concertarse con la reina.

Dio gracias a Clery por la fidelidad con que había cumplido su palabra.

—Continuad —le dijo—, tratando de averiguar alguna cosa sobre lo que se quiere de mí, y no temáis que me aflija, pues he convenido con mi familia en aparentar que no sé nada, a fin de no comprometeros.

Pero cuanto más se acercaba el día en que iba a comenzar el proceso, más desconfianza manifestaban los municipales; de modo que Clery no pudo dar a los prisioneros, más noticias que las contenidas en un diario que le facilitaron: este diario publicaba el decreto ordenado que Luis XVI

compareciese ante la Convención el 11 de diciembre.

A las cinco de la mañana de este día se tocó generala en todo París; las puertas del Temple se abrieron y se hizo entrar en los patios caballería y cañones. Si la familia real hubiese ignorado lo que debía suceder, se habría alarmado mucho al oír tanto ruido; mas aparentó ignorar la causa y pidió explicaciones a los comisarios, los cuales rehusaron dar ninguna.

A las nueve, el rey y el delfín subieron a la habitación de las princesas para almorzar, y con esto pasaron una hora juntos, pero a la vista de los

municipales; al cabo de este tiempo fue preciso separarse y encerrarlo todo en el corazón, porque se aparentaba no saber nada.

El delfín, en efecto, no sabía nada; se había querido evitar este dolor a su juventud; y como insistiera en jugar una partida de *siam*, aunque el rey estuviera muy preocupado, quiso proporcionar a su hijo esta distracción.

El delfín perdió todas las partidas, y tres veces quedó en el número 16.

—¡Maldito sea el número 16 — exclamó—, parece que me trae desgracia!

El rey no contestó nada; pero tomó

las palabras por un funesto presagio.

A las once, mientras que daba el delfín su lección de lectura, dos municipales entraron, anunciando que iban a buscar al joven Luis para conducirlo a la habitación de su madre; el rey quiso saber los motivos de aquella especie de secuestro, pero los comisarios se limitaron a contestar que ejecutaban las órdenes del consejo de la municipalidad.

El rey abrazó a su hijo y ordenó después a Clery que lo condujera a donde estaba su madre.

Clery obedeció y volvió.

—¿Dónde habéis dejado a mi hijo?

—En los brazos de la reina, señor —contestó Clery.

Uno de los municipales se presentó de nuevo.

—Señor —dijo a Luis XVI—, el ciudadano Chambón, alcalde de París (era el sucesor de Pétion), está en el consejo y se dispone a subir.

—¿Qué quiere? —preguntó el rey.

—Lo ignoro —contestó el municipal.

Y salió, dejando al rey solo.

El rey se paseó un instante agitadamente por su habitación, y después sentóse junto a su lecho.

El municipal se había retirado con

Clery al aposento contiguo, y decía al ayuda de cámara:

—No me atrevo a entrar en el cuarto del prisionero por temor de que me interrogue.

Sin embargo, reinaba tal silencio en la habitación del rey, que el comisario se inquietó; entró silenciosamente y vio a Luis XVI con la cabeza apoyada en las manos, como si estuviera sumido en una profunda meditación.

Al ruido que hizo la puerta girando sobre sus goznes, el rey levantó la cabeza y preguntó en voz alta:

—¿Qué queréis?

—Temía —contestó el municipal—,

que os hubierais enojado.

—Os agradezco la atención — contestó el rey—; no, no me he enojado; pero la manera que tienen de educar a mi hijo, me es sumamente sensible.

El municipal se retiró.

El alcalde no llegó hasta la una, acompañado del nuevo procurador de la municipalidad, Chaumette, del secretario y escribano Coulombeau, de varios oficiales del ayuntamiento, y de Santerre, a quien seguían sus ayudantes de campo.

El rey se levantó.

—¿Qué queréis, caballero? — preguntó irguiéndose al alcalde.

—Vengo a buscaros, señor —
contestó este, en virtud de un decreto de
la Convención, del cual os dará lectura
el secretario escribano.

Este último, en efecto, desarrollando
un papel, leyó:

«Decreto de la Convención nacional,
por el cual se ordena que Luis
Capeto...».

Al oír esta palabra, el rey
interrumpió al lector.

—Capeto —dijo—, no es mi
nombre, sino el de uno de mis
antecesores.

Y como el secretario quisiera
continuar la lectura, añadió:

—Es inútil, caballero, pues he leído el decreto en un diario.

Y volviéndose hacia los comisarios, les dijo:

—Hubiera deseado que mi hijo hubiese permanecido a mi lado las dos horas que he debido esperaros, dos horas que habrían sido más dulces para mí en compañía del príncipe. Por lo demás, este tratamiento es consecuencia de los que sufro cuatro meses hace... Ahora voy a seguiros, no para obedecer a la Convención, sino porque mis enemigos tienen la fuerza en su mano.

—Pues entonces, venid —contestó Chambón.

—No pido más que el tiempo necesario para ponerme la casaca. ¡Clery, mi casaca!

El ayuda de cámara entregó al rey la casaca que pedía, que era de color de avellana.

Chambón abrió la marcha, y el rey le siguió.

Al pie de la escalera, el prisionero miró con inquietud los fusiles, las picas, y sobre todo los jinetes con uniforma azul, cuya formación ignoraba: dirigió la última mirada a la torre y se emprendió la marcha.

En aquel momento llovía.

El rey iba en un coche y recorrió el

camino con el rostro sereno.

Al pasar por delante de las puertas de San Martín y de San Dionisio, preguntó cuál de las dos se proyectaba derribar.

En el umbral del Picadero, Santerre le apoyó la mano sobre el hombro y le condujo al tribunal, al mismo lugar y al mismo sitio donde había jurado la Constitución.

Todos los diputados permanecieron en sus asientos al entrar el rey; solamente uno, cuando pasó delante de él, se levantó y saludó.

El rey, admirado, volvió la cabeza y reconoció a Gilberto.

—Buenos días, señor Gilberto —
dijo.

Y volviéndose a Santerre, añadió:

—Ya conocéis al doctor Gilberto; en otro tiempo era mi médico, y espero que no le guardéis rencor por haberme saludado.

El interrogatorio comenzó.

El rey contestó a las preguntas que se le dirigieron, pero contestó mal, con vacilaciones, tartamudeando, negando y regateando su vida como hubiera podido hacerlo un abogado de provincia.

La clara luz del día no le sentaba bien al pobre rey.

El interrogatorio duró hasta las

cinco.

A esta hora, Luis XVI fue conducido a la sala de las conferencias, donde esperó su coche.

—¿Tenéis apetito, caballero? —preguntó el alcalde al rey—. ¿Queréis tomar alguna cosa?

—Gracias —dijo el rey con un ademán de negativa.

Pero casi en el mismo instante, al ver a un granadero sacar un pan de su morral y dar la mitad al procurador del ayuntamiento, Chaumette, se acercó a él y le dijo:

—¿Queréis darme un pedazo de vuestro pan, caballero?

Mas como había hablado en voz baja, Chaumette retrocedió, contestando:

—Hablad en alta voz, caballero.

—¡Oh!, puedo hablar bien alto —replicó el rey con una triste sonrisa—, pido un pedazo de pan.

—De buena gana —contestó Chaumette.

Y dio lo que se le pedía.

—Cortadlo vos —dijo—. Es un refrigerio de espartano, y si tuviera alguna otra cosa, os daría la mitad.

A la vista del rey, la multitud entonó el estribillo de *La Marsellesa*, recalcando con energía en el verso:

*¡Qu'un sang impur, abreuve nos
sillons^[1]!*

Luis XVI palideció ligeramente y subió al coche.

Una vez sentado comenzó a comer, pero solamente la corteza de su pan; la miga le quedó en la mano y no sabía qué hacer con ella.

El sustituto del procurador de la municipalidad se la tomó de la mano y arrojóla por la portezuela.

—¡Ah! —exclamó el rey—, ¡es mal hecho tirar así el pan, sobre todo cuando escasea tanto!

—Y ¿cómo sabéis que escasea? —

preguntó Chaumette—. Me parece que a vos no os falta.

—Sé que es raro, porque el que me dan huele un poco a la tierra.

—Mi abuela —replicó Chaumette—, me decía siempre: «Muchacho, es preciso no perder nunca una miga de pan, porque tal vez no se pueda hacer venir otra».

—Señor Chaumette —dijo el rey— y parece que vuestra abuela era una mujer de buen sentido.

Siguió una pausa; Chaumette enmudecía sepultado en el fondo del coche.

—¿Qué tenéis, caballero? —

preguntó el rey—, me parece que palidecéis.

—En efecto —contestó Chaumette—, no me siento bien.

—Tal vez sea el movimiento del coche que avanza al paso —dijo el rey.

—Puede ser que sí.

—¿Habéis viajado por mar?

—Hice la guerra con la Motte-Picquet.

—¡La Motte-Picquet —dijo el rey—, era un valiente!

Y a su vez guardó silencio.

¿En qué pensaba? En su hermosa marina victoriosa en la India; en su puerto de Cherburgo conquistado al

Océano; en su magnífico uniforme de almirante, rojo y oro, tan diferente del que llevaba en aquel momento, y en sus grandes cañones, que resonaban ruidosamente a su paso en los días de prosperidad.

El pobre Luis XVI estaba muy lejos de todo eso; hallábase ahora en un mal coche que avanzaba al paso, cortando las oleadas de la multitud, la cual se oprimía para verle, mar infecto y agitado cuya marea subía de las cloacas de París. Guiñando los ojos a la luz del día, con su barba larga, de escasos pelos de color rubio claro, con sus mejillas enflaquecidas y su casaca de color de

avellana decía, con esa memoria automática de los niños y de los Borbones: «¡Ah!, esa es tal calle, esa es tal otra, y así sucesivamente».

Llegado a la calle de Orleáns, la nombró también.

—Esa es la calle de la Igualdad, le dijeron.

—¡Ah!, sí —dijo—, a causa de mi hermano...

No concluyó; encerróse otra vez en su silencio, y desde la calle de la Igualdad al Temple no pronunció ya ni una sola palabra.

Capítulo CLXXVIII

LA LEYENDA DEL REY MÁRTIR

El primer deseo del rey, luego que llegó, fue que le permitiesen ver a su familia.

Le contestaron que no tenían órdenes sobre este particular.

Entonces comprendió que, como reo de muerte, estaba incomunicado.

—Haced saber al menos a mi familia que he vuelto —dijo.

Y sin preocuparse de los cuatro concejales que le rodeaban, se puso a leer como de costumbre.

El rey abrigaba todavía una esperanza: que a la hora de cenar vería a su familia.

¡Esperanza vana!

—Mi hijo, al menos, pasará la noche en mi cuarto, pues veo aquí los objetos de su pertenencia —dijo a los municipales.

¡Ah!, el pobre preso no tenía respecto a su hijo la certidumbre que aparentaba.

Su pregunta obtuvo igual contestación que las anteriores, el silencio.

—Bien, acostémonos —dijo el rey entonces.

Clery desnudó a su amo, según costumbre, y entretanto, el rey le dijo:

—¡Ah! Clery, no esperaba yo las preguntas que me han hecho, estaba muy lejos de ello.

Y, en efecto, casi todas eran relativas al armario de hierro, y Luis XVI estaba muy lejos de pensar que lo hubiesen descubierto; ignoraba la traición de Gamain.

Se acostó e inmediatamente se quedó

dormido, con esa tranquilidad que en ciertas ocasiones se asemeja al letargo.

No sucedía así con los otros prisioneros; aquella absoluta incomunicación tenía para ellos un significado espantoso, era la incomunicación de los sentenciados.

El delfín tenía su cama y todo cuanto pertenecía a su uso en el cuarto de su padre. La reina lo acostó en su propio lecho, y pasó la noche viéndolo dormir, en pie y a su cabecera.

Su dolor era concentrado, mudo; su posición, su inmovilidad, la de la estatua de una madre junto a la tumba de su hijo, y por eso *madame* Isabel y la

princesita decidieron pasar la noche sentadas en dos sillas, cerca de la reina; pero los municipales intervinieron y obligaron a las dos princesas a acostarse.

Al día siguiente, la reina suplicó por primera vez.

Pidió dos cosas: ver al rey, y recibir los diarios, a fin de estar al corriente del proceso.

De ambas peticiones se dio cuenta al consejo.

La una fue negada, la de los diarios; la otra sólo fue otorgada a medias.

La reina no podía volver a ver a su esposo, ni la hermana a su hermano; los

hijos podían ver a su padre, pero a condición de no reunirse más con su madre ni con su tía.

Este ultimátum fue comunicado al rey.

Reflexionó un instante, y con su acostumbrada resignación, dijo:

—No, la felicidad que inundaría mi corazón al ver a mis hijos sería muy grande, pero renunciaré a ella; el asunto importante que me ocupa me impedirá consagrarles el tiempo que han de menester... Se quedarán con su madre.

En su consecuencia, subieron la cama y demás objetos del delfín al cuarto de su madre, la cual no se separó

de él hasta el momento de ir a escuchar su sentencia en el tribunal revolucionario, como el rey fue a oír la suya en la Convención.

Era necesario, pues, pensar en los medios de comunicarse, a pesar de la prohibición impuesta.

Clery se encargó de organizar la correspondencia, auxiliándole un tal Turgy, que estaba al servicio de las princesas.

Turgy y Clery se encontraban a menudo en el ejercicio de sus funciones; pero la vigilancia de los municipales hacía difícil que pudiesen hablar: «El rey está bueno; la reina, las princesas y

el príncipe, siguen sin novedad». He aquí cuanto podían decirse.

Un día, sin embargo, Turgy entregó un billete a Clery.

—*Madame* Isabel me lo ha dado dentro de la servilleta —dijo.

Clery corrió a ponerlo en manos del rey. Las letras estaban trazadas con picaduras de alfileres; hacía mucho tiempo ya que las princesas no tenían plumas, tinta ni papel. Su contenido era el siguiente:

«Estamos buenos, hermano mío. Escribenos».

El rey contestó, porque desde que había comenzado el proceso volvieron a

permitirle recado de escribir.

Pero entregó la carta abierta a Clery.

—Leed, mi querido Clery —le dijo — y veréis que este billete no contiene cosa alguna que pueda comprometeros.

Clery se negó respetuosamente a leer, y besó ruborizado la mano del rey.

Diez minutos después, Turgy recibía la respuesta.

En aquel mismo día, Turgy, al pasar por delante del cuarto de Clery, hizo rodar por entre la abertura de la puerta, hasta debajo de la cama, un ovillo de hilo. En el centro de él se hallaba un segundo billete de *madame* Isabel.

Esto era indicar un medio de

correspondencia.

Clery devanó nuevamente el hilo en otro billete del rey, y colocó el ovillo en el armario en que estaba el servicio de mesa.

Turgy lo tomaba del armario y lo volvía a colocar en él con la contestación. Cada vez que el ayuda de cámara daba a su amo una nueva prueba de fidelidad, el rey movía la cabeza, diciéndole:

—Cuidado, amigos míos, cuidado; os exponéis...

El medio era, en efecto, hartamente aventurado, y Clery buscó otro.

Los comisarios entregaban las bujías

empaquetadas, Clery guardó cuidadosamente los bramantes con que venían atados los paquetes; y cuando reunió un número suficiente, anunció al rey el nuevo medio de hacer más activa la correspondencia; este medio era hacer llegar aquellos bramantes a manos de *madame* Isabel; la princesa, cuya habitación se hallaba encima de la de Clery, tenía una ventana que correspondía verticalmente a la de un pasadizo contiguo al cuarto de este; durante la noche podría atar sus cartas al bramante, y recibir del mismo modo las del rey. Una pantalla vuelta ocultaba cada ventana, impidiendo que las cartas

cayesen al jardín.

También se podía de esta manera hacer llegar a las princesas pluma, papel y tinta, y esto las ahorraría de escribir picando con alfileres.

Los presos, pues, pudieron saber así más fácilmente unos de otros.

Por lo demás, la situación del rey había empeorado desde que compareció ante la Convención.

Se había creído generalmente una de dos cosas: o que el rey, siguiendo el ejemplo de Carlos I, cuyo juicio ante el parlamento sabía tan bien, se negaría a contestar a la Convención, o que, si contestaba, lo haría resueltamente, con

orgullo, en nombre de la monarquía, no como acusado sometido a un juicio, sino como caballero que, aceptando el reto, recoge el guante de su antagonista.

Por desgracia para él, Luis XVI no adoptó ni el uno ni el otro de estos dos extremos.

Contestó, como hemos dicho, mal, con timidez, sin destreza; y presintiendo que se condenaba a sí mismo en presencia de aquellos documentos que ignoraba estuviesen en poder de sus enemigos, terminó pidiendo un defensor.

Esto no fue concedido sino después de una discusión tumultuosa, que tuvo lugar luego que el rey salió de la

Convención.

Cuatro individuos de ella, comisionados al efecto, se presentaron al día siguiente en el Temple, para saber quién era el defensor que el rey elegía.

—El señor Target —contestó Luis XVI.

Los comisarios se retiraron, e hicieron saber al señor Target el honor que el rey le había concedido.

¡Cosa inaudita! Aquel hombre de conocido valor, antiguo individuo de la Constituyente, que tomó una parte tan activa en la redacción de la Constitución, aquel hombre, decimos, tuvo miedo.

Se negó baja y cobardemente, palideciendo de miedo ante su siglo, para ruborizarse de vergüenza ante la posteridad.

Al día inmediato de haber comparecido el rey ante la Convención, el presidente de esta recibió la siguiente carta:

Ciudadano presidente:

Ignoro si la Convención dará a Luis XVI un defensor, y si le dejará la facultad de nombrarlo; en este caso, deseo que el rey sepa que si me elige para este cargo, me hallo

pronto a consagrarme a él. No os pido que deis parte a la Convención de mi ofrecimiento, porque estoy muy lejos de creerme un personaje de bastante importancia para que se ocupe de mi persona; dos veces he sido llamado a aconsejar al que fue mi señor en tiempo en que semejantes funciones eran ambicionadas por todos; hoy, que muchos las creerán peligrosas, le debo igual servicio.

Si conociera un medio de poder notificarle mis

intenciones, no me habría tomado la libertad de dirigirme a vos.

Pienso que el puesto que ocupáis os permite, mejor que a otro alguno, ponerlas en su conocimiento.

Soy, señor presidente, etc., etc.,

MALESHERBES.

Otras dos solicitudes llegaron al mismo tiempo: una era del señor Sourdat, abogado de Troyes. «Estoy decidido —decía— a defender a Luis XVI, porque tengo la convicción de

su inocencia». La otra de Olimpia de Gouge, la extraña improvisadora meridional, que dictaba sus comedias, porque, según se dice, no sabía escribir.

Olimpia se había constituido en abogado de las mujeres; quería que se le diesen iguales derechos que a los hombres; que pudiesen ser nombradas diputados, discutir las leyes, declarar la guerra, hacer la paz, y había apoyado su petición con una frase sublime: «¿Por qué —dijo— no han de subir las mujeres a la tribuna? ¡En verdad que bien suben al cadalso!».

Y, en efecto, ella franqueó sus gradas; pero en el momento en que fue

pronunciada la sentencia, volvió a ser mujer, es decir, débil, y queriendo aprovechar el beneficio de la ley, declaró hallarse en cinta.

El tribunal ordenó se procediese a una consulta de médicos y parteras, y el resultado de ella fue la declaración de que, si el embarazo existía, era demasiado reciente para que pudiera reconocerse.

Ante el cadalso volvió a ser hombre, y murió como debía morir una mujer como ella.

En cuanto al señor de Malesherbes, era ese mismo Lamoignon de Malesherbes que había sido ministro

con Turgot, y que con él cayó. Ya lo hemos dicho en otro lugar: tenía setenta y dos años, era pequeño, rehecho, desmañado y distraído, vulgar, y al verlo no se le habría creído capaz de un heroísmo digno de los tiempos antiguos.

En presencia de la Convención, no dejó ni una sola vez de llamar *señor* al rey.

—¿Quién te da ese atrevimiento para hablar así delante de nosotros? —le preguntó uno de los individuos de la Convención.

—Mi desprecio a la muerte —contestó lacónicamente Malesherbes.

Y la despreciaba en verdad, pues

marchó a ella conversando con los que iban en la misma carreta, y la recibió como si, según la expresión del doctor Guillotín, sólo debiese sentir al recibirla una *ligera frescura* en la nuca. El conserje de Monceaux, adonde se llevaban en aquella época los cuerpos de los ajusticiados, ha hecho constar una prueba singular de ese desprecio: en el bolsillo del pantalón de uno de aquellos cuerpos sin cabeza, halló el reloj de Malesherbes, que señalaba las dos. Según su costumbre, le había dado cuerda a las doce, y esta era la hora en que se dirigía al patíbulo.

A falta de Target, el rey tomó a

Malesherbes y a Trónchet, los cuales, apremiados por el tiempo, se asociaron al abogado Deseze.

El 14 de diciembre se avisó al rey que tenía permiso para comunicarse con sus defensores, y que en aquel mismo día recibiría la visita del señor de Malesherbes.

Semejante prueba de afecto conmovió extraordinariamente al rey. Al ver llegar con una sublime sencillez a aquel venerable septuagenario, el corazón de Luis XVI se oprimió, sus brazos se abrieron e inundaron en lágrimas, le dijo:

—¡Venid, señor de Malesherbes,

venid a abrazarme!

Y después de haberlo estrechado afectuosamente contra su pecho, dijo:

—Sé con quien tengo que habérmelas; espero la muerte, me hallo preparado para recibirla. Estoy bien tranquilo, ¿no es verdad? ¡Tal como me veis subiré al cadalso!

El rey, después de vencidas algunas dificultades que opusieron los concejales, pudo al fin conferenciar secretamente con sus defensores, en virtud del decreto de la Convención.

El 16 se presentó en el Temple una diputación compuesta de cuatro individuos de la Convención: Valaze,

Cochon, Grandpré y Duprat. Se habían nombrado veintiún diputados para examinar el proceso del rey, y los cuatro dichos formaban parte de aquella comisión.

Llevaban al rey el acta de acusación y las piezas relativas a su proceso.

Todo el día se empleó en la comprobación de estos documentos.

El secretario los leía uno por uno, y después de la lectura, Valaze preguntaba: «¿Tenéis conocimiento de...?». El rey contestaba sí o no, y todo quedaba dicho.

A los pocos días los mismos comisarios volvieron para dar lectura al

rey de otros cincuenta y un nuevos justificantes, que firmó y numeró como los anteriores.

De todos ellos se dejó copia a Luis XVI.

Entretanto, el rey comenzó a padecer una fluxión.

Entonces se acordó del saludo de Gilberto al entrar en la Convención, y pidió a la Municipalidad que se permitiera a su antiguo médico Gilberto hacerle una visita; la Municipalidad rehusó.

—Que Capeto no beba más agua helada, y así no padecerá fluxión —dijo uno de sus individuos.

El 26, el rey debía presentarse por segunda vez ante el tribunal de la Convención.

Su barba había crecido —ya hemos dicho que era muy fea, de color rubio y blancuzco y mal plantada—; Luis pidió sus navajas de afeitar y le fueron devueltas, pero a condición de que no las usara sino en presencia de cuatro municipales.

El 25, a las once de la noche, empezó a escribir su testamento: su texto es tan conocido, que por conmovedor y cristiano que sea, no le reproduciremos aquí.

Dos testamentos nos han llamado la

atención a menudo: el testamento de Luis XVI, que estaba frente a la República y no veía más que la monarquía; el testamento del duque de Orleáns, que estaba frente a esta última y no veía más que la República.

Citaremos tan sólo una frase del testamento de Luis XVI, porque nos ayudará a poner en claro una cuestión de *punto de vista*. Según dicen, cada cual ve la realidad de la cosa según el punto de vista donde se coloca.

«*Termino* —escribió Luis XVI— *declarando ante Dios, y a punto de comparecer ante su tribunal, que no me*

acusó culpable de ninguno de los crímenes que se me imputan».

Ahora bien; ¿cómo Luis XVI, que para la posteridad tiene la reputación de hombre honrado, debida tal vez a esta frase; cómo Luis XVI, perjuró a todos sus juramentos, que huyó al extranjero dejando una protesta contra aquellos; cómo Luis XVI, que había discutido, anotado y apreciado los planes de Lafayette y de Mirabeau, llamaba al enemigo al corazón de Francia; cómo Luis XVI, a punto de comparecer al fin, como él mismo lo decía, ante el tribunal de Dios, que debía juzgarle, y creyendo,

por lo tanto, en ese Dios, en su justicia y en su remuneración de las buenas y de las malas acciones; cómo Luis XVI pudo decir: *No me acuso de ninguno de los crímenes que se me imputan?*

Pues bien, la contestación misma de la frase lo explica.

Luis XVI no dice: *Los crímenes que se me imputan son falsos*, no; sino que dice: *No me acuso de ninguno de los crímenes que se me imputan*, lo cual no es del todo la misma cosa.

¡Luis XVI a punto de marchar al cadalso, es siempre el discípulo del señor de la Vauguyon!

Decir: «Los crímenes que se me

imputan son falsos», era negarlos, y Luis XVI no podía negar; pero decir: «No me acuso de ninguno de los crímenes que se me imputan», era en rigor decir: «Esos crímenes existen, pero *yo no me acuso de ellos*».

Y ¿por qué Luis XVI no se acusaba de ellos?

Porque estaba colocado, como ya lo hemos dicho antes, bajo el punto de vista de la monarquía; porque, gracias al medio en que se han elevado, gracias a esa consagración de la legitimidad, a esa infalibilidad del derecho divino, los reyes no consideran los crímenes, y sobre todo los crímenes políticos, bajo

mismo punto de vista que los demás hombres.

Así, pues, para Luis XI, su rebelión contra su propio padre no es un crimen, es la *guerra del bien público*.

Así, para Carlos IX, la San Bartolomé no es un crimen, es una *medida aconsejada por la salvación pública*.

Y así, a los ojos de Luis XIV, la revocación del edicto de Nantes no es un crimen, sino simplemente una *razón de Estado*.

Aquel mismo Malesherbes que defendía hoy al rey, en otro tiempo, siendo ministro, quiso rehabilitar a los

protestantes; pero encontró en Luis XVI una tenaz resistencia.

—No —le contestó el rey—, la proscripción de los protestantes es una *ley de Estado* y una ley de Luis XIV; no traspasemos los límites antiguos.

—Señor —replicó Malesherbes—, la política no prescribe jamás contra la justicia.

—Pero —exclamó Luis XVI como hombre que no comprende—, ¿dónde está, en la revocación del edicto de Nantes, el ataque contra la justicia? ¿No es esta revocación la *salvación del Estado*?

Así, para Luis XVI, aquella

persecución de los protestantes, suscitada por una vieja devota y por un jesuita rencoroso; aquella medida atroz que hizo correr arroyos de sangre, encendiendo las hogueras de Nimes, de Albi y de Beziers, no era un crimen, sino una *razón de Estado*.

Además, se ha de examinar otra cosa bajo el punto de vista real, y es que un rey, nacido casi siempre de una princesa *extranjera*, de la que toma lo mejor de su sangre, es casi *extranjero* a su pueblo; le gobierna y nada más. Y ¿por quién le gobierna? Por sus ministros.

Así, no solamente el pueblo no es digno de ser su pariente, ni su aliado,

sino que tampoco merece ser gobernado por él; mientras que, por el contrario, los soberanos extranjeros son parientes y aliados del rey, que no tiene ninguno en su reino, y que corresponde directamente con ellos sin la intervención de los ministros.

Borbones de España, de Nápoles y de Italia, venían del mismo tronco: Enrique IV; eran primos.

El emperador de Austria era cuñado, y los príncipes de Saboya, aliados de Luis XVI, sajón por su madre.

Ahora bien; habiendo llegado el pueblo a querer imponer a su rey condiciones que este no creía

convenientes para su interés, ¿a quién apelaba Luis XVI contra sus súbditos rebeldes? A sus primos, a sus cuñados y a sus aliados; para él los españoles y los austríacos no eran enemigos de Francia, puesto que eran sus parientes, sus amigos, y atendido que bajo el punto de vista de la monarquía, el rey es la Francia.

¿Qué venían a defender aquellos reyes? La causa santa, inatacable y casi divina de la monarquía.

He aquí como Luis XVI *no se acusaba* de los crímenes que le habían imputado.

Por lo demás, el egoísmo real había

prolijado el egoísmo popular; y el pueblo, llevando su odio desde la monarquía hasta suprimir a Dios, porque le habían dicho que aquella emanaba del Señor, había apreciado también, en virtud de alguna *razón de Estado*, bajo su punto de vista, el 14 de julio, las jornadas del 5 y 6 de octubre, la del 20 de junio y la del 10 de agosto.

No hablamos del 2 de septiembre, porque no fue el pueblo quien la hizo. ¡Fue la Municipalidad!

Capítulo CLXXIX

EL PROCESO

Llegó el 26, y halló al rey preparado a todo, hasta a la muerte.

Había hecho su testamento el día antes y temía, no se sabe por qué motivo, que le asesinasen al ir a la Convención.

La reina sabía ya, gracias a Clery, que esta segunda comparecencia debía tener lugar, y el movimiento de tropas y el ruido de los tambores no la asustaron,

conociendo ya la causa que los originaba.

El rey partió a las diez, bajo la vigilancia de Chambón y de Santerre.

Llegado a la Convención, tuvo que esperar una hora; el pueblo se vengaba de haber hecho antecámara quinientos años en el Louvre, en las Tullerías y en Versalles.

En aquel momento tenía lugar una discusión, a la cual no podía asistir el rey; este había entregado el 12 a Clery una llave, que fue cogida en manos del ayuda de cámara; la habían probado en el armario de hierro y la llave funcionaba perfectamente.

Presentada a Luis XVI, había dicho:
—No la reconozco.

Según toda probabilidad, el rey la había forjado.

En esta clase de detalles fue donde el rey careció de grandeza.

Terminada la discusión, el presidente anunció a la Asamblea que el acusado y sus defensores, estaban dispuestos a comparecer ante sus jueces.

El rey entró acompañado de Malesherbes, Tronchet y Deseze.

—Luis —dijo el presidente—, la Convención ha decidido que se os oiga hoy.

—Mi abogado va a leer mi defensa

—contestó el exrey.

La Asamblea entera guardó un profundo silencio, comprendiendo que bien podría dedicar algunas horas a aquel rey cuya corona había sido rota, a aquel hombre a quien iban a condenar a muerte.

Acaso también aquella Asamblea, algunos de cuyos individuos habían dado pruebas de un talento superior, esperaba resultase alguna discusión grave y acalorada. Próxima a caer en su sangriento sepulcro, envuelta ya quizá en su blanco sudario, tal vez la monarquía iba a levantarse de repente, a reaparecer con la majestad de los muertos, y a

pronunciar algunas de esas palabras que la historia registra y los siglos repiten.

No fue así en verdad; el discurso del abogado Deseze fue un simple discurso de abogado.

Y sin embargo, era una causa de brillante defensa la de aquel heredero de tantos reyes, a quien la fatalidad conducía ante su pueblo.

Parécenos que en semejante ocasión, si hubiésemos tenido el honor de ser el señor Deseze, no habríamos hablado en nombre de este.

Tocaba tomar la palabra a San Luis y a Enrique IV; a esos dos grandes jefes de raza correspondía lavar a Luis XVI

de las debilidades de Luis XIII, de las prodigalidades de Luis XIV y de los desórdenes de Luis XV. Todo menos eso.

Deseze fue egoísta cuando debía ser conmovedor. No se trataba de ser conciso, sino poético; era menester dirigirse al corazón, no a la cabeza; conmover, afectar, enternecer, no convencer.

Mas terminado ese descolorido discurso, Luis XVI iba a tomar la palabra, y puesto que había consentido en defenderse, iba a hacerlo como rey, digna, grande y noblemente.

«Señores —dijo—, acaban de presentaros mis descargos, y no los reproduciré; como probablemente os hablo por última vez, os declaro que mi conciencia nada me arguye, y que mis defensores os han dicho la verdad.

»Jamás he temido que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón se lacera al ver en el acta de acusación el cargo de haber querido yo derramar la sangre del pueblo, y sobre todo, el que me atribuyan las desgracias del 10 de agosto.

»Confieso que las multiplicadas pruebas que he dado en todo tiempo de

mi amor al pueblo y la manera con que me he conducido, me parecían suficientes para probar que temía poco exponerme por economizar su sangre, y alejar para siempre de mi semejante imputación».

¿Comprendéis que el sucesor de sesenta reyes, el nieto de San Luis, de Enrique IV y de Luis XIV, no tenga otra cosa que contestar a sus acusadores?

Cuanto más injusta era esa acusación, señor, más y más elocuente debía haceros vuestra indignación. ¿Por qué no dejar, señor, algo a la posteridad, aunque no fuese más que una maldición

sublime, lanzada a la cabeza de vuestros verdugos?

La Convención admirada, preguntó:

—¿No tenéis otra cosa que añadir a vuestra defensa?

—No —contestó el rey.

—Podéis retiraros.

Luis XVI se retiró.

Fue conducido a una de las salas adyacentes a la de la Asamblea. Allí el rey estrechó entre sus brazos al señor Deseze, y como este se hallase cubierto de sudor, más por emoción que por fatiga, Luis XVI le instó vivamente a mudarse y calentó él mismo la camisa del abogado.

Eran las cinco cuando entraba de vuelta en el Temple.

Una hora después los tres defensores fueron introducidos en el cuarto del rey, en el momento en que este se levantaba de la mesa.

Les invitó a que refrescasen, y sólo el señor Deseze aceptó.

Mientras que este comía, el rey se volvió hacia el señor de Malesherbes.

—Ahora veis —le dijo— que desde el primer momento no me he equivocado, y que mi sentencia estaba pronunciada aun antes de escucharme.

—Señor —contestó Malesherbes—, al salir de la Asamblea me he visto

rodeado por una multitud de personas que me han asegurado que no moriréis, o al menos que no sucederá así hasta después que ellos y sus amigos hayan muerto.

—¿Los conocéis, caballero? — preguntó con viveza el rey.

—No los conozco personalmente, pero sí de vista.

—Pues bien, id y tratad de reunir algunos; decidles que nunca me perdonaría el que se derramase por mí una sola gota de sangre. No quise que se derramara cuando esa sangre hubiera quizá salvado mi trono y mi vida; con mayor razón no lo querré hoy, cuando he

hecho el sacrificio de lo uno y de la otra.

El señor de Malesherbes dejó al rey, en efecto muy temprano, para obedecer la orden que había recibido.

Llegó el 1 de enero de 1793.

Preso, incomunicado, Luis XVI sólo tenía un servidor junto a sí.

Pensaba tristemente en aquel aislamiento, cuando Clery se acercó a su lecho.

—Señor —le dijo en voz baja—, pido a Vuestra Majestad permiso para presentarle mis más ardientes votos por el término de vuestras desgracias.

—Los acepto, Clery —contestó el

rey alargándole su mano.

Clery la tomó, besóla cubriéndola de lágrimas, y después ayudó a su amo a vestirse.

Los municipales entraron en aquel momento.

El rey pareció buscar entre ellos aquel cuyo aspecto revelase un poco de compasión, y se acercó a él.

—¿Queréis hacerme un gran favor?
—le dijo.

—¿Cuál? —preguntó aquel hombre.

—Id, os lo ruego, a pedir de mi parte noticias de mi familia, y presentadles mis felicitaciones por el año nuevo.

—Voy —contestó el municipal visiblemente enternecido.

—Gracias —repuso el rey—, y Dios os recompense lo que hacéis por mí.

—¿Por qué no pide el preso que se le permita ver a su familia? —exclamó otro concejal dirigiéndose a Clery—; ahora que los interrogatorios han concluido, estoy seguro de que no habrá ninguna dificultad.

—¿A quién es necesario dirigirse para eso? —preguntó Clery.

—A la Convención.

Un instante después volvió el concejal que había ido a la habitación de la reina.

—Vuestra familia agradece vuestras felicitaciones y os dirige las suyas.

El rey sonrió con tristeza.

—¡Qué día de año nuevo! —dijo.

Aquella noche, Clery participó al rey lo que el municipal le había dicho acerca de la posibilidad de ver a su familia.

El rey reflexionó un momento y pareció titubear; por último dijo:

—No, dentro de algunos días no me negarán ese consuelo; esperemos.

La religión católica tiene esas terribles penas del corazón que impone a sus elegidos.

La sentencia debía ser pronunciada

el 16.

El señor de Malesherbes permaneció largo tiempo con el rey durante la mañana, y hacia el mediodía salió, diciendo que volvería para darle cuenta del llamamiento nominal cuando este hubiera terminado.

A la votación se debían someter tres preguntas, espantosamente sencillas:

1.^a ¿Es culpable Luis?

2.^a ¿Se apelará del juicio de la Convención al juicio del pueblo?

3.^a ¿Cuál será la pena?

Era preciso además, para que el porvenir viera bien que si no se votaba *sin odio*, por lo menos se votaba *sin*

temor, era preciso que la votación fuese pública.

Un girondino llamado Birotteau, pidió que cada cual subiese a la tribuna para emitir en alta voz su juicio.

Un montañés, Leonardo Bourdon, fue más lejos, e hizo decretar que se firmaran los votos.

Por último, un hombre de la derecha, Rouyer, pidió que en las listas se hiciera mención de los ausentes por el desempeño de comisiones, y que los ausentes sin motivo fueran censurados, enviándose sus nombres a los departamentos.

Entonces comenzó aquella larga y

terrible sesión que debía durar setenta y dos horas.

La sala presentaba un aspecto singular, poco en armonía con lo que iba a suceder en ella.

Lo que iba a suceder era triste, sombrío, lúgubre, y el aspecto de la sala no daba ninguna idea del drama.

El fondo se había transformado en palcos, y las más lindas mujeres de París los ocupaban, con sus trajes de invierno adornados de pieles y terciopelos; allí comían naranjas y tomaban helados.

Los hombres iban a saludarlas, hablaban con ellas, volvían a ocupar sus

sitios y hacían señas; hubiérase dicho que se estaba en un teatro de Italia.

El lado de la montaña se hacía notar por su elegancia; allí estaban los millonarios: el duque de Orleáns, Lepelletier de Saint-Fargeau, Herault de Sechelles, Anacarsis Cootz y el marqués Chateauneuf. Todos estos señores tenían tribunas reservadas para sus queridas, las cuales iban llegando adornadas de cintas tricolor, con invitaciones particulares o recomendaciones para los ujieres, que hacían las veces de acomodadores de palcos.

Las altas tribunas, abiertas para el pueblo, no se desocuparon durante los

tres días; allí se bebía como en las tabernas, se comía como en las fondas y se peroraba como en los clubs.

A la primera pregunta: *¿Es culpable Luis?*, seiscientas ochenta y tres voces contestaron: *Sí*.

A la segunda pregunta: *¿Se someterá el acuerdo de la Convención a la ratificación del pueblo?*, doscientas ochenta y una voz optaron por el llamamiento al pueblo, y cuatrocientas en contra.

Después vino la tercera pregunta, la pregunta grave y suprema: *¿Cuál será la pena?*

Cuando se llegó a esto eran las ocho

de la noche del tercer día, día de enero, triste, lluvioso y frío; todos estaban ya aburridos, impacientes y cansados; la fuerza humana, así en los actores como en los espectadores, sucumbía a cuarenta y cinco horas de permanencia.

Cada diputado subía a su vez a la tribuna y pronunciaba una de estas condenas: la prisión, el destierro o la muerte, con llamamiento al pueblo.

Se habían prohibido todas las señales de aprobación o reprobación; pero cuando las tribunas populares oían otra cosa que no fuera estas dos palabras: *La muerte*, murmuraban.

Sin embargo, una vez estas dos

palabras fueron oídas y se recibieron con murmullos, fueras y silbidos, en el momento en que Felipe Igualdad subió a la tribuna y dijo:

—Únicamente ocupado de mi deber, y convencido de que todos aquellos que han atentado o que atenten contra la soberanía del pueblo merecen la muerte, voto por esta última.

En medio de aquel acto terrible, un diputado enfermo llamado Duchatel, quiso que le llevaran a la Convención, con su gorro de dormir y con su bata; iba a votar por el destierro, y se recibió su voto porque tendía a la indulgencia.

Era Vergniaud, presidente el 10 de

agosto, y que aún lo era el 19 de enero; después de abogar por la destitución, iba a proclamar la muerte.

«Ciudadanos —dijo—, acabáis de ejercer un gran acto de justicia. Espero que la humanidad os inducirá a conservar el más religioso silencio; cuando la justicia ha hablado, la humanidad debe dejarse oír a su vez».

Y leyó el resultado del escrutinio.

De los setecientos veintiún votantes, trescientos treinta y cuatro habían optado por el destierro o la prisión, y trescientos ochenta y siete por la muerte, los unos con aplazamiento y los otros sin él.

Quedaban por lo tanto, para la muerte cincuenta y tres sufragios más que para el destierro.

Pero descartando de estos los cuarenta y seis que votaban por la muerte con aplazamiento, quedaban en totalidad para la muerte inmediata una mayoría de siete sufragios.

«Ciudadanos —dijo Vergniaud con el acento de un dolor profundo—, declaro en nombre de la Convención, que la pena pronunciada contra Luis Capeto es la muerte».

En la noche del sábado 19, fue cuando se votó la muerte; pero Vergniaud no pronunció la sentencia

hasta el domingo 20, a las tres de la madrugada.

Entretanto, Luis XVI, privado de toda comunicación con el exterior, no ignoraba que su suerte se decidía, y solo, lejos de su mujer y de sus hijos — que había rehusado ver con el objeto de mortificar a su alma, como un monje pecador mortifica sus carnes—, confiaba con la mayor indiferencia, por lo menos al parecer, entre las manos de Dios su vida y su muerte.

En la mañana del domingo 20 de enero, a las seis, el señor de Malesherbes entró en la habitación de Luis XVI, que se había levantado ya;

estaba vuelto de espaldas, con una lámpara colocada sobre la chimenea, apoyados los codos sobre una mesa y el rostro cubierto con ambas manos. El ruido que su defensor hizo al entrar interrumpió su meditación.

—Y bien, ¿qué hay? —preguntó al verle.

El señor de Malesherbes no se atrevió a contestar; mas el prisionero pudo comprender, por la triste expresión de su rostro, que todo había concluido.

—¡La muerte —exclamó—, seguro estaba de ello!

Y abriendo los brazos, estrechó al señor de Malesherbes contra su pecho,

con lágrimas en los ojos.

Después le dijo:

—Caballero, desde hace dos días me ocupo en buscar si en el transcurso de mi reinado he podido merecer de mis súbditos la más ligera queja; y os juro con toda la sinceridad de mi corazón, como hombre que está a punto de comparecer ante Dios, que siempre he deseado la felicidad de mi pueblo, sin sentir nunca el menor deseo que le fuese contrario.

Todo esto pasaba delante de Clery, que lloraba a lágrima viva; el rey, compadecido de aquel dolor, condujo al señor de Malesherbes a su gabinete,

donde estuvo encerrado con él cerca de una hora; después salió, abrazó una vez más a su defensor y suplicóle que volviera por la noche.

—Ese buen anciano me ha conmovido vivamente —dijo a Clery al entrar en su aposento—, pero ¿qué tenéis vos?

Esta pregunta fue motivada por un temblor que se había apoderado de Clery desde que el señor Malesherbes, a quien recibió en la antecámara, le había dicho que el rey estaba condenado a muerte.

Entonces Clery, queriendo disimular cuanto fuese posible el estado de ánimo

en que se hallaba, preparó cuantos artefactos necesitaba su infortunado señor para afeitarse.

Luis XVI se frotó con jabón él mismo, y Clery permaneció en pie y a su lado con la jofaina entre las dos manos.

De improvviso, una mortal palidez se extendió por las mejillas del rey, y, sus labios y orejas blanquearon. Clery, temiendo una indisposición, dejó la jofaina y se preparó a sostenerle; pero el rey le cogió ambas manos diciendo:

—¡Vamos, vamos, valor, mi pobre Clery, hay que tener valor!

Y se afeitó con tranquilidad.

A eso de las dos, el consejo

ejecutivo se presentó para notificar el juicio al prisionero.

A la cabeza iban Garat, ministro de Justicia, Lebrun, ministro de Negocios extranjeros, Grouvelle, secretario del consejo, el presidente y el procurador general síndico del Departamento, el alcalde y el procurador del Municipio, el presidente y el acusador público del tribunal criminal.

Santerre iba delante de todos.

—Anunciad al consejo ejecutivo —dijo a Clery.

Este se disponía a obedecer; pero el rey, que había oído un gran rumor, le evitó la molestia; la puerta se abrió y se

le vio en el corredor.

Entonces Garat, con el sombrero puesto, tomó la palabra y dijo:

—Luis, la Convención nacional ha encargado al consejo ejecutivo provisional daros cuenta de los decretos de los días 15, 16, 17, 19 y 20 de enero; el secretario del consejo os dará lectura.

Entonces Grauvelle desarrolló el papel y leyó con voz temblorosa:

ARTÍCULO PRIMERO

La Convención nacional declara a Luis Capeto, último rey de los franceses, culpable de conspiración contra la

libertad de la nación, y de atentado contra la seguridad general del Estado.

ARTÍCULO SEGUNDO

La Convención nacional decreta que Luis Capeto sufra la pena de muerte.

ARTÍCULO TERCERO

La Convención nacional declara nula el acta de Luis Capeto, presentada por sus abogados al tribunal, y califica de apelación a la nación la sentencia contra él pronunciada por la Convención nacional.

ARTÍCULO CUARTO

El consejo ejecutivo provisional notificará a Luis Capeto el presente decreto dentro del día, adoptando las medidas de seguridad necesarias para asegurar la ejecución en el término de veinticuatro horas, a contar desde el momento en que se notifique la sentencia, y dará cuenta de todo a la Convención nacional inmediatamente después de haberse ejecutado.

Durante esta lectura, el rostro del rey se conservó completamente sereno;

pero su fisonomía reveló dos sentimientos del todo distintos: al oír las palabras *culpable de conspiración*, una sonrisa desdeñosa entreabrió sus labios, y cuando oyó decir: *sufrirá la pena de muerte*, elevó al cielo una mirada que parecía poner al condenado en comunicación con Dios.

Terminada la lectura, el rey dio un paso hacia Grouvelle, tomó el decreto de sus manos, lo dobló, guardóle en su cartera, y sacando otro papel le presentó al ministro Garat, diciéndole:

—Señor ministro de Justicia, os ruego que entreguéis esta carta inmediatamente a la Convención

nacional.

Y como el ministro vacilase al parecer, añadió:

—Voy a daros lectura yo mismo.

Y leyó la carta siguiente, con una voz que contrastaba con la de Grouvelle:

Pido un plazo de tres días para prepararme ante Dios, y para esto solicito la autorización para ver libremente a la persona que indicaré a los comisarios de la municipalidad, debiendo esta persona estar al abrigo de todo

temor y de toda inquietud en el acto de caridad que ejercerá conmigo.

Pido que se me libre de la vigilancia perpetua que el consejo general me ha impuesto desde hace algunos días.

Pido que en este intervalo se me permita ver a mi familia cuando yo lo pida y sin testigos; y también desearía que la Convención nacional se ocupe desde luego de la suerte de aquella, concediéndola que se retire libremente a donde lo juzgue oportuno.

*Recomiendo a la
beneficencia de la nación a
todas las personas que me eran
fieles: se cuentan muchas que
habían empleado toda su
fortuna en mi favor, y que, no
teniendo más recursos, deben
estar ahora en la necesidad;
entre ellas había muchos
ancianos, mujeres y niños que
no tenían otra cosa para vivir.*

*Hecho en la torre del
Temple el 20 de enero de 1793.*

LUIS.

Garat tomó la carta.

—Caballero —dijo— se entregará ahora mismo a la Convención.

Entonces el rey abrió de nuevo su cartera, y sacando un pedacito de papel cuadrado, añadió:

—Si la Convención accede a mi demanda respecto a la persona que deseo ver, he aquí sus señas.

El papel tenía, en efecto, las siguientes, escritas de puño y letra de *madame* Isabel:

«Señor *Edgeworth* de
Firmont, calle de Bac, número
483».

Después, no teniendo ya nada que decir ni oír, el rey retrocedió un paso, como en el tiempo en que, al dar audiencia, indicaba con este movimiento que había terminado.

Los ministros y cuantos les acompañaban salieron.

—Clery —dijo el rey a su ayuda de cámara, que se había apoyado en la pared porque las piernas le flaqueaban —, Clery pide mi comida.

Clery pasó al comedor para cumplir la orden de su amo, y allí encontró a dos municipales que le leyeron un decreto por el cual se prohibía al rey servirse de cuchillos ni de tenedores; solamente se

debía confiar uno de aquellos a Clery para cortar el pan y la carne a su amo en presencia de los dos comisarios.

El decreto fue repetido al rey, por haberse negado Clery a dar conocimiento de aquella medida a su amo.

El rey partió su pan con los dedos y cortó su carne con la cuchara; contra su costumbre, comió poco, así es que concluyó en algunos minutos.

A las seis se anunció al ministro de Justicia.

El rey se levantó para recibirle.

—Caballero —dijo Garat—, he llevado vuestra carta a la Convención, y

me ha encargado que os notifique la siguiente respuesta:

Luis será libre de llamar al ministro del culto que juzgue conveniente, y de ver a su familia en libertad y sin testigos.

La nación, siempre grande y justa, se ocupará de la suerte de su familia.

Se concederán a los acreedores de su casa justas indemnizaciones.

La Convención nacional ha pasado a la orden del día en

cuanto al aplazamiento.

El rey movió la cabeza y el ministro se retiró.

—Ciudadano ministro —preguntaron a Garat los municipales de servicio—, ¿cómo podrá ver Luis a su familia?

—Pues en particular —contestó Garat.

—¡Imposible! Por decreto de la Municipalidad, no debemos perderle de vista *ni de día ni de noche*.

En efecto; la cosa era bastante difícil, pero se concilió todo decidiendo que el rey viese a su familia en el comedor, de modo que se le pudiera ver

por los vidrios del tabique, pero que se cerraría la puerta a fin de que no se oyera.

Entretanto, el rey decía a Clery:

—Ved si el ministro de Justicia está ahí todavía, y llamadle.

Al cabo de un instante, el ministro entró.

—Caballero —dijo el rey— se me ha olvidado preguntaros si se había encontrado en su casa al señor Edgeworth de Firmont, y cuándo podré verle.

—Ha venido en mi coche conmigo —contestó Garat—, está en la sala del consejo, y ahora subirá.

En efecto; en el instante en que el ministro de Justicia pronunciaba estas palabras, el señor Edgeworth de Firmont aparecía en el umbral de la puerta.

Capítulo CLXXX

EL 21 DE ENERO

El señor Edgeworth de Firmont era el confesor de *madame* Isabel: hacía ya cerca de seis semanas que el rey, previendo su condena, había pedido a su hermana consejos sobre la elección del sacerdote que debía acompañarle en sus últimos momentos, y *madame* Isabel, llorando amargamente, había aconsejado a su hermano que eligiese al abate Firmont.

Este digno eclesiástico, inglés de origen, había escapado de las matanzas de septiembre refugiándose en Choisy-le-Roi, bajo el nombre de Essex; *madame* Isabel conocía sus dobles señas, y habiéndole enviado aviso a Choisy, esperaba que en el momento de la condena se hallase en París.

El abate Edgeworth, como ya hemos dicho, había aceptado la misión con una alegría resignada.

Y así es que el 21 de diciembre de 1792 escribía a uno de sus amigos en Inglaterra:

«Mi desgraciado señor ha

fijado los ojos en mí para prepararle a la muerte, si la iniquidad de su pueblo llega hasta el punto de cometer este parricidio. Yo mismo me preparo a morir, porque estoy seguro de que el furor popular no me dejará sobrevivir una hora a esta horrible escena; pero estoy resignado, mi vida no es nada; si al perderla pudiese salvar al que Dios ha colocado para la ruina y la resurrección de varios, haré gustoso el sacrificio y no habré muerto en vano».

Tal era el hombre que no debía separarse de Luis XVI hasta el momento en que este abandonara la tierra por el cielo.

El rey le hizo entrar en su gabinete y se encerró con él.

A las ocho de la noche Luis XVI salió del aposento, y dirigiéndose a los comisarios les dijo:

—Señores, tened la bondad de conducirme a donde está mi familia.

—Esto no puede ser —contestó uno de los comisarios—, pero se la invitará a bajar aquí si lo deseáis.

—Sea —replicó el rey— con tal que pueda verla en mi habitación, libremente

y sin testigos.

—En vuestra habitación, no — repuso el mismo municipal—, pero sí en el comedor; acabamos de convenir esto con el ministro de Justicia.

—Sin embargo —dijo el rey—, habéis oído que el decreto de la Convención me permite ver a mi familia sin testigos.

—Es verdad, y le hablaréis particularmente, se cerrará la puerta; mas por los vidrios tendremos la vista fija en vos.

—Está bien, hacedlo así.

Los municipales salieron y el rey pasó al comedor; el rey les siguió

separando la mesa a un lado, y apartó las sillas hasta el fondo para dejar más espacio libre.

—Clery —dijo el rey— traed un poco de agua y un vaso por si acaso la reina tuviera sed.

Sobre la mesa se veía una de esas botellas de agua helada, que un individuo de la municipalidad había censurado, y Clery no tuvo que traer sino un vaso.

—Clery —le dijo el rey— bastará el agua ordinaria, pues si la reina bebiese de la que está helada, como no tiene costumbre de hacer uso de ella, tal vez la perjudicase... Después, invitad al

señor Firmont a no salir de mi gabinete, pues temería que su vista produjera demasiada impresión en mi familia.

A las ocho y media, la puerta se abrió; la reina iba la primera llevando su hijo de la mano, y seguíanla *madame* Royale y *madame* Isabel.

El rey alargó los brazos, y las dos mujeres y los niños se dejaron caer entre ellos llorando.

Clery salió y cerró la puerta.

Durante algunos minutos reinó un silencio lúgubre, interrumpido tan sólo por sollozos, y después la reina quiso llevarse al rey a su habitación.

—No —dijo Luis XVI reteniéndola

—, no puedo veros más que aquí.

La reina y la familia real habían sabido la sentencia por los vendedores de diarios, pero no conocían los detalles del proceso; el rey se los refirió, excusando a los hombres que le habían condenado, y haciendo notar a la reina que ni Pétion ni Manuel habían votado por la muerte.

La reina escuchaba, y cuando quería hablar los sollozos se lo impedían.

Dios daba una compensación al pobre prisionero, pues en aquella última hora le hacía adorar todo cuanto le rodeaba, incluso la reina.

Como se ha podido ver en la parte

novelesca de esta obra, la reina se dejaba llevar fácilmente hacia lo pintoresco de la vida; tenía esa viva imaginación que, mucho más que el temperamento, hace a las mujeres imprudentes, y la reina lo había sido toda su vida, así en sus amistades como en sus amores. Su cautividad la salvó bajo el punto de vista moral; volvió a sentir las puras y santas afecciones de la familia, de la que le habían alejado las pasiones de su juventud; y como no sabía hacer nada sino apasionadamente, llegó a amar al rey con toda su alma en su desgracia, a aquel rey, aquel esposo del que no había visto en los días felices

más que el lado vulgar. Varennes y el 10 de agosto le mostraron a Luis XVI como un hombre sin iniciativa, sin resolución, pesado, casi cobarde; y en el Temple comenzó a observar que, no solamente la mujer había juzgado mal a su marido, sino que también la reina había formado un juicio erróneo del rey. En el Temple le vio tranquilo, resignado a los ultrajes, dulce y firme como Jesucristo, y todo cuanto había tenido de altanerías mundanas se dulcificó, redundando en beneficio de los buenos sentimientos. Así como había desdeñado en demasía, amó con exceso también. «¡Ay de mí! — dijo el rey al señor de Firmont—, ¿por

qué he de amar tanto y ser tan tiernamente amado?».

Por eso en aquella última entrevista, la reina se dejó llevar de una impresión semejante al remordimiento. Había querido conducir al rey a su habitación para estar un instante sola con él; pero cuando vio que era imposible, atrajo a su esposo junto a una ventana.

Allí, sin duda, trataba de arrodillarse a sus pies, para pedirle perdón en medio de lágrimas y sollozos. El rey lo comprendió todo, la detuvo, y sacando su testamento del bolsillo, la dijo:

—¡Leed esto, esposa amada!

Y con el dedo la mostraba el párrafo siguiente, que la reina leyó a media voz:

Ruego a mi esposa que me perdone todos los males que sufre por mí, y las penas que pueda haberla ocasionado durante el curso de nuestra unión, así como ella puede estar segura de que no la conservo rencor alguno, si ELLA CREYESE TENER ALGO DE QUÉ ARREPENTIRSE.

María Antonieta cogió las manos del rey y se las besó: había un perdón bien

misericordioso en aquella frase: *como ella puede estar segura de que no la conservo rencor alguno*; y una delicadeza muy grande en las palabras: si ELLA CREYESE TENER ALGO DE QUÉ ARREPENTIRSE.

Así moriría tranquila aquella pobre Magdalena real; su amor al rey, por tardía que fuese, le valía la misericordia divina y humana, y se le concedía su perdón, no en voz baja y de una manera misteriosa, como una indulgencia de que el rey se avergonzase, sino en voz alta y públicamente.

¿Quién osaría reconvenir por algo a la que iba a presentarse a lo posteridad

doblemente coronada con la aureola del martirio y el perdón de su esposo?

La reina lo pensaba así, y comprendió que desde aquel momento sería fuerte ante la historia; pero fue más débil ante aquel a quien amaba tan tarde, al reconocer que no le había amado bastante. No eran ya palabras las que se escapaban del pecho de la desgraciada mujer; eran sollozos, eran gritos entrecortados; decía que deseaba morir con su esposo, y que si le negaban esta gracia se dejaría morir de hambre.

Los municipales que contemplaban aquella escena de dolor a través de la puerta vidriera, no pudieron resistir y

apartaron los ojos; después, como sin ver ya oían los gemidos aún, volvieron a ser hombres y derramaron abundantes lágrimas.

Las últimas despedidas duraron siete cuartos de hora.

Por último, a las diez y cuarto el rey se levantó el primero; entonces, esposa, hermana e hijos, se suspendieron de su cuello como los frutos de un árbol; el rey y la reina tenían cada cual cogido de una mano al delfín; la princesita, a la izquierda de su padre, le abrazaba por la cintura, y *madame* Isabel había cogido el brazo al rey. La reina, que tenía derecho a más consuelo, porque era la

menos pura, había pasado el brazo alrededor del cuello de su esposo, y todo aquel triste grupo avanzaba con el mismo movimiento, dejando oír gemidos, sollozos y gritos, en medio de los cuales se oían estas palabras:

—Os volveremos a ver, ¿no es verdad?

—Sí... sí... estad tranquilos.

—¿Mañana por la mañana... a las ocho?

—Os lo prometo.

—Pero ¿por qué no a las siete? —preguntó la reina.

—Pues bien, sí, a las siete —contestó el rey— pero... ¡adiós, adiós!

Y pronunció estas palabras con una voz tan expresiva, que se adivinaba que temía que le faltara el valor.

Madame Royale no pudo resistir más; exhaló un suspiro y se dejó caer en el suelo: se había desmayado.

Isabel y Clery la recogieron.

El rey comprendió que a él era a quien tocaba mostrarse fuerte; arrancóse de los brazos de la reina y del delfín, y entró en su habitación gritando:

—¡Adiós, adiós!...

Y cerró la puerta tras sí.

La reina, fuera de sí, se apoyó en aquella puerta, sin atreverse a pedir al rey que la abriese, pero llorando,

sollozando y golpeándola con su mano extendida.

El rey tuvo el valor de no salir.

Los municipales invitaron entonces a la reina a retirarse, repitiendo la seguridad de que podría ver al día siguiente a su esposo a las siete de la mañana.

Clery quería llevar a *madame* Royale, siempre desvanecida, hasta el cuarto de la reina; pero los municipales le detuvieron, obligándole a entrar.

El rey se había reunido con su confesor en el gabinete de la torrecilla, y le hacía referir cómo le habían conducido al Temple.

He aquí lo que el abate le contó:

Prevenido por el señor de Malesherbes, que le había dado una cita en casa de la señora de Senozan, de que el rey apelaría a él si era condenado a la pena de muerte, el abate Edgeworth, a riesgo del peligro que corría, fue a París, y conociendo la sentencia, pronunciada en la mañana del domingo, esperó en la calle de Bac.

A las cuatro de la tarde, un desconocido se había presentado en su casa, donde le entregó un billete concebido en estos términos:

«El consejo ejecutivo,

debiendo comunicar un asunto de la más alta importancia al ciudadano Edgeworth de Firmont, invita a este a presentarse en la sala de sesiones».

El desconocido tenía orden de acompañar al sacerdote; en la puerta esperaba un coche.

El abate bajó y marchó con el desconocido.

El coche se detuvo en las Tullerías.

El abate encontró a los ministros en consejo, y al verle entrar se levantaron.

—¿Sois el abate Edgeworth de

Firmont? —preguntó Garat.

—Sí —contestó el abate.

—Pues bien —continuó el ministro de Justicia—, habiéndonos manifestado Luis Capeto el deseo de veros a su lado en sus últimos momentos, hemos enviado a buscaros para saber si consentís en prestarle el servicio que reclama de vos.

—Puesto que el rey me ha designado —dijo el sacerdote— mi deber es obedecerle.

—En tal caso —replicó el ministro — vais a venir conmigo al Temple, adonde voy ahora mismo.

Ya hemos visto cómo este último,

después de llenar las formalidades de costumbre, había llegado hasta el rey, cómo este fue llamado por su familia, y volvió después a reunirse con el abate, a quien pidió los detalles que acabamos de ver.

Terminado el relato, Luis XVI dijo al abate:

—Amigo mío, olvidemos todo ahora para pensar tan sólo en mi salvación.

—Señor —contestó el abate—, estoy dispuesto a servirlos lo mejor que me sea posible, y espero que Dios suplirá mi poco mérito; pero ¿no os parece que sería para vos un gran consuelo oír misa y comulgar?

—Sin duda que sí —contestó el rey —, y creed que apreciaría semejante gracia en todo lo que vale. Pero ¿cómo exponeros hasta este punto?

—Esto me concierne, señor, y tengo empeño en probar a Vuestra Majestad que soy digno del honor que me ha hecho eligiéndome para su sostén. Que el rey me dé carta blanca, y respondo de todo.

—Id, pues, abate —dijo Luis XVI.

Y moviendo la cabeza, añadió:

—Id; pero no conseguiréis nada.

El abate se inclinó y salió, pidiendo que le condujeran a la sala del consejo.

—El que ha de morir mañana —dijo

el abate a los comisarios—, desea oír misa antes y confesarse.

Los municipales se miraron con asombro; ni siquiera les había ocurrido la idea de que se pudiera hacer semejante petición.

—Y ¿dónde diablos —contestaron— encontramos un sacerdote y ornamentos de iglesia a estas horas?

—El sacerdote está encontrado ya, puesto que yo estoy aquí —contestó el abate—, y en cuanto a los ornamentos, en la iglesia más cercana los darán; no se trata más que de enviar a buscarlos.

Los municipales vacilaban.

—Pero ¿y si esto fuese un lazo? —

dijo uno de ellos.

—¿Qué lazo? —preguntó el abate.

—Si bajo el pretexto de hacer comulgar al rey trataréis de envenenarle...

Él abate miró fijamente al que acababa de manifestar aquella duda.

—Escuchad —continuó el municipal — la historia nos ofrece bastantes ejemplos en este punto para inducirnos a ser prudentes.

—Caballero —dijo el abate—, me han registrado tan minuciosamente al entrar aquí, que deben estar seguros de que no he introducido ningún veneno; si le tengo mañana, de vos le habré

recibido, puesto que nada puede llegar a mi mano sin haber pasado por las vuestras.

Se convocó a los individuos ausentes y se deliberó.

Se accedió a la demanda con dos condiciones: la primera se reducía a que el abate escribiese una petición y la firmara, y la segunda, que la ceremonia terminase a las siete de la mañana, a más tardar, porque a las ocho en punto el prisionero debía ser conducido al lugar de la ejecución.

El abate escribió su petición, dejola en la mesa y fue conducido otra vez a la presencia del rey, a quien anunció la

buena noticia de haberse concedido lo que se pedía.

Eran las diez; el abate estuvo encerrado con el rey hasta media noche.

A esta hora, el rey le dijo:

—Señor abate, estoy cansado y quisiera dormir; necesito fuerzas para mañana.

Después llamó dos veces:

—¡Clery, Clery!

El ayuda de cámara entró, desnudó al rey y quiso recogerle los cabellos; pero el rey le dijo con una sonrisa:

—No vale la pena.

Con esto se acostó, y como Clery corriera las cortinas del lecho, díjole:

—Me despertaréis a las cinco.

Apenas apoyó la cabeza sobre la almohada, el prisionero se durmió; tan poderosas eran en aquel hombre las necesidades materiales.

El abate se echó sobre el lecho de Clery, y este pasó la noche en una silla.

Clery dormía con un sueño lleno de terrores y de sobresaltos; así es que oyó dar las cinco.

Se levantó al punto y comenzó a encender el fuego.

Al ruido que hizo, el rey se despertó.

—¡Hola, Clery! —exclamó—. ¿Son ya las cinco?

—Señor —contestó el ayuda de

cámara—, ya han dado en varios relojes; pero aún no son en el nuestro.

Y se acercó a la cama.

—He dormido bien —dijo el rey—, por cierto que lo necesitaba, pues el día de ayer me había cansado horribilmente. ¿Dónde está el abate?

—En mi cama, señor.

—¡En vuestra cama! Y ¿dónde habéis pasado la noche?

—En esa silla.

—Lo siento mucho... debéis haber estado muy mal.

—¡Oh!, señor —contestó Clery—, ¿podía yo pensar en mí en semejante momento?

—¡Ah, mi pobre Clery! —exclamó el rey.

Y le ofreció una mano, que el ayuda de cámara besó repetidas veces llorando.

Entonces, por última vez, el fiel servidor comenzó a vestir al rey: había preparado una casaca de color castaño, un calzón de paño gris, medias de seda del mismo color, y una chupa en forma de chaleco.

Vestido el rey, Clery le peinó.

Entretanto Luis XVI desprendió de su reloj un sello, el cual puso en el bolsillo de su casaca; luego dejó su reloj sobre la chimenea, y retirando de

su dedo un anillo le guardó donde estaba el sello.

En el momento en que Clery le ponía la casaca, el rey sacó su cartera, su lente y su tabaquera, y puso estos objetos sobre la chimenea, juntamente con su bolsa. Todos estos preparativos se hacían delante de los municipales, que habían entrado en la habitación del rey apenas vieron en ella luz.

Las cinco y media dieron en aquel momento.

—Clery —dijo el rey—, despertad al señor abate.

Este ultimo, que estaba despierto ya y en pie, había oído la orden dada a

Clery, y entró.

El rey le saludó con un ademán, rogándole que le siguiese a su gabinete.

Entonces Clery se apresuró a preparar el altar; era la cómoda de la habitación cubierta con un mantel. En cuanto a los ornamentos sacerdotales, se habían encontrado, como lo dijo el abate, en la primera iglesia donde se pidieron, que era la de los Capuchinos del Marais, junto al palacio de Soubise.

Dispuesto el altar, Clery dio aviso al rey.

—¿Podéis ayudar a misa? —le preguntó Luis.

—Espero que sí —contestó Clery—,

pero no sé de memoria el responso.

Entonces el rey le dio un libro de misa, abriéndole por el *Introito*.

El abate estaba ya en la habitación de Clery, donde se vestía.

Enfrente del altar, el ayuda de cámara había colocado un sillón con un cojín delante; pero el rey mandó retirarle y fue él mismo a buscar uno más pequeño relleno de crin, del que solía servirse para recitar sus oraciones.

Apenas entró el sacerdote, los municipales, temiendo sin duda que les manchara el contacto de un hombre de iglesia, se retiraron a la antecámara.

Eran las seis, y se dio principio a la

misa. El rey la oyó toda de rodillas y con el más profundo recogimiento. Después comulgó, y el abate, dejándole entregado a sus oraciones, pasó a la habitación inmediata para despojarse de los hábitos sacerdotales.

El rey aprovechó aquel momento para dar gracias a Clery y despedirse de él; después entró en su gabinete, donde el abate fue a reunirse con él.

Clery, sentándose sobre el lecho, comenzó a llorar.

A las siete le llamó el rey.

El mayordomo acudió presuroso.

Luis XVI le condujo hasta el alféizar de una ventana y le dijo:

—Entregaréis este sello a mi hijo y este anillo a mi esposa... ¡Decidles que los abandono con pesar!... En este paquetito están los cabellos de toda nuestra familia, y también lo entregaréis a la reina.

—Pero ¿no volveréis a verla, señor?
—preguntó Clery.

El rey vaciló un instante, como si su corazón desfalleciese; pero después contestó resueltamente:

—No, no...; había prometido verlos esta mañana, ya lo sé; pero quiero evitarles el dolor de una situación tan cruel... Clery, si los veis, les diréis cuánto me ha costado marchar sin

recibir sus últimos abrazos.

Al pronunciar estas palabras, enjugó sus lágrimas.

Después, con el más doloroso acento, añadió:

—Clery, les daréis mi última despedida, ¿no es verdad?

Y entró en su gabinete.

Los municipales habían visto al rey entregar a Clery los diferentes objetos que hemos dicho; uno de aquellos hombres los reclamó; pero el otro propuso que se dejara a Clery como depositario hasta que el consejo decidiera, y su proposición prevaleció.

Un cuarto de hora después, el rey

salió otra vez de su gabinete.

Clery estaba a sus órdenes.

—Clery —le dijo—, preguntad si quieren dejarme unas tijeras.

Y volvió a entrar.

—¿Se pueden dejar al rey unas tijeras? —preguntó Clery a los municipales.

—¿Para qué?

—No lo sé, preguntádselo.

Uno de los municipales entró en el gabinete y encontró al rey de rodillas delante del abate.

—¿Habéis pedido unas tijeras? —dijo— ¿para qué las queréis?

—Para que Clery me corte los

cabellos —contestó el rey.

El municipal bajó a la cámara del consejo.

Se deliberó media hora, y al cabo de este tiempo se rehusaron las tijeras.

El municipal volvió a subir.

—El consejo ha negado la petición —dijo.

—Yo no hubiera tocado las tijeras —dijo el rey— y Clery me hubiera cortado los cabellos en vuestra presencia... Ved otra vez si se me concede esto, os lo ruego.

El municipal volvió a bajar al consejo y expuso de nuevo la petición del rey; mas el consejo persistía en su

negativa.

El municipal se acercó entonces a Clery y le dijo:

—Creo que ya es tiempo de que te prepares para acompañar al rey al cadalso.

—¿Para qué, Dios mío? —preguntó Clery temblando.

—¡No! —dijo otro—, el verdugo es bastante bueno para eso.

El día comenzaba a despuntar; se oía tocar a generala en todas las secciones de París, y aquel ruido se repercutía hasta en la torre, helando la sangre en las venas del abate y de Clery.

Pero el rey, más tranquilo que ellos,

prestó atento oído un instante, y dijo sin conmoverse:

—Probablemente es la guardia nacional que comienza a reunirse.

Poco tiempo después los destacamentos de caballería penetraron en el patio del Temple, oyéndose resonar los cascos de los caballos y las voces de los oficiales.

El rey escuchó de nuevo y con la misma calma.

—Aún no viene nadie —dijo.

Desde las siete a las ocho de la mañana fueron varias veces, y con diferentes pretextos, a llamar a la puerta del gabinete del rey, y cada vez el abate

temblaba que fuese la última; pero Luis XVI se levantaba sin emoción alguna, dirigíase a la puerta, contestaba tranquilamente a las personas que iban a interrumpirle y volvía a sentarse junto a su confesor.

El abate no veía a las personas que llegaban; pero era fácil oír algunas de las palabras que decían. Una vez oyó a uno contestar al prisionero:

—¡Oh, oh!, todo esto era bueno cuando ocupabais el trono; pero ahora ya no sois rey.

Luis XVI volvió con el mismo rostro; pero dijo:

—Ved cómo me tratan, padre mío...;

mas es necesario saber sufrir.

Llamaron de nuevo a la puerta, y el rey abrió; pero esta vez volvió diciendo:

—Esa gente cree ver puñales y venenos en todas partes, y es porque me conocen muy mal; matarme sería una debilidad, y se creería que no sé morir.

Por último, a las nueve, como el ruido aumentase, las puertas se abrieron con estrépito y Santerre entró acompañado de siete u ocho municipales, a los cuales alineó en dos filas.

A este movimiento, sin esperar a que se llamase a la puerta del gabinete, el rey salió.

—¿Venís a buscarme? —preguntó.

—Sí, señor.

—Dejadme un minuto.

Y volviendo a su cuarto cerró la puerta.

—Por esta vez —dijo arrodillándose a los pies del abate— todo ha concluido, padre mío. Dadme vuestra última bendición, y rogad a Dios que me sostenga hasta el fin.

Dada la bendición el rey se levantó, y abriendo la puerta del gabinete se adelantó hacia los municipales y los gendarmes, que estaban en medio de la alcoba.

Todos tenían el sombrero puesto.

—Mi sombrero —dijo el rey.

Clery se apresuró a obedecer, siempre llorando.

—¿Hay entre vosotros algún individuo de la municipalidad? —preguntó Luis XVI.

Y dirigiéndose a un municipal llamado Santiago Roux, sacerdote juramentado, le dijo:

—Creo que vos.

—¿Qué queréis? —contestó el municipal.

El rey sacó su testamento del bolsillo.

—Os ruego que entreguéis este papel a la reina... a mi esposa.

—No hemos venido aquí para encargarnos de tus comisiones — contestó Santiago—, sino para conducirte al cadalso.

El rey sufrió la injuria con la misma humildad con que la hubiera sufrido Jesucristo, y con la misma dulzura que el Hombre Dios, se volvió hacia otro municipal llamado Gobeau.

—¿Y vos, caballero —preguntó—, rehusaréis también?

Y como Gobeau vacilase, añadió:

—¡Oh!, es mi testamento, podéis leerlo; y hasta contiene algunas disposiciones que deseo sean conocidas de la municipalidad.

Gobeau tomó el papel.

Entonces, al ver que Clery temía — como el ayuda de cámara de Carlos I, que su amo tiritara de frío, y se creyera que era por el miedo— al ver, decimos, que su mayordomo le presentaba, no solamente el sombrero pedido, sino también la levita, le dijo:

—No, Clery; dadme solamente mi sombrero.

Clery lo hizo así; Luis XVI aprovechó aquella ocasión para estrechar por última vez la mano de su fiel servidor.

Y con ese tono de mando que tan rara vez usó en su vida, dijo:

—¡Marchemos, señores!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció en su habitación.

En la escalera encontró al conserje de la torre, Mathay, a quien la antevíspera encontró sentado delante de su fuego, y a quien rogó con voz bastante brusca que dejara su sitio.

—Hathay —le dijo—, anteayer Os hablé con cierta viveza; espero que no me guardéis rencor.

Mathay le volvió la espalda sin contestar.

El rey atravesó el primer patio a pie, y al hacerlo se volvió dos o tres veces para decir adiós a su único amor, a su

esposa; a su única amistad, a su hermana; y a su única alegría, a sus hijos.

En la entrada del patio esperaba un coche de plaza pintado de verde, con dos gendarmes que tenían la portezuela abierta; al acercarse el condenado, uno de ellos entró primero y sentóse en la banqueta de la delantera; el rey subió después e hizo una seña al abate Edgeworth para que tomara asiento a su lado, en el fondo; el segundo gendarme se colocó el último, cerrando la portezuela.

Dos rumores circularon entonces: el primero fue que uno de aquellos dos

gendarmes era un sacerdote disfrazado; el segundo, que los dos habían recibido orden de asesinar al rey a la menor tentativa que se hiciera para llevársele. Ni uno ni otro de estos dos asertos se fundaba en ninguna cosa positiva.

A las nueve y cuarto, el cortejo se puso en marcha.

Digamos una palabra más sobre la reina, *madame* Isabel y los niños, a quienes el rey había saludado con la última mirada al marchar.

La víspera por la noche, después de la entrevista, dulce y terrible a la vez, la reina no había tenido apenas fuerza para desnudar y acostar al delfín; ella misma

se había echado vestida en su lecho, y durante aquella larga noche de invierno, *madame* Isabel y la princesita la habían oído quejarse de frío y de dolor.

A las seis y cuarto, la puerta del primer piso estaba abierta y habían ido a buscar un libro de misa.

Desde aquel momento toda la familia se había preparado, creyendo, según la promesa hecha la víspera por el rey, que de un momento a otro se la permitiría bajar; pero el tiempo pasó sin que se recibiese aviso. La reina y la princesa, siempre en pie, oyeron los diversos rumores que no inquietaron al rey e hicieron estremecerse al ayuda de

cámara y al confesor; oyeron el ruido de las puertas que se abrían y cerraban; los gritos del populacho que acogían la salida del rey, y por último, el ruido de los cañones y de los caballos, que disminuía cada vez más.

La reina se dejó caer sobre una silla murmurando:

—¡Ha marchado sin decirnos adiós!

Madame Isabel y la princesa se arrodillaron a sus pies.

De este modo todas las esperanzas se habían desvanecido una por una: primeramente se había esperado el destierro o la prisión, pero no hubo nada de esto; después se contó con el

sobreseimiento, sin que esto se consiguiera tampoco, y al fin no se confió más que en algún golpe de mano intentado en el camino. ¡Si se defraudase esta esperanza también!

—¡Dios mío, Dios mío! —
exclamaba la reina.

Y en aquel último llamamiento a la Divinidad, la pobre mujer agotaba la poca fuerza que le había quedado...

El coche rodaba entre tanto y llegaba al bulevar.

Las calles estaban casi desiertas, las tiendas a medio cerrar, y no había nadie en las puertas ni en las ventanas.

Un decreto de la municipalidad

prohibía a todo ciudadano que no formara parte de la milicia armada, atravesar las calles que desembocaban en el bulevar, ni asomarse a las ventanas al paso del cortejo.

Un cielo brumoso y un verdadero bosque de picas, en medio de las cuales brillaban raras bayonetas, no permitían ver bien; delante del coche iba la caballería, y precediendo a esta una multitud de tambores.

El rey hubiera querido hablar con su confesor, pero no podía a causa del ruido; el abate le prestó su breviario, y leyó.

En la puerta de San Dionisio levantó

la cabeza, creyendo oír clamores particulares.

En efecto, una docena de jóvenes, precipitándose por la calle Beauregard, sable en mano, penetraron entre la multitud, gritando:

—¡A nosotros los que quieran salvar al rey!

Tres mil conjurados debían contestar a este llamamiento hecho por el barón de Batz, aventurero conspirador; dio valerosamente la señal, pero de los tres mil conjurados con que se contaba, tan sólo contestaron algunos. El barón de Batz y sus ocho o diez hijos perdidos de la monarquía, viendo que nada se podía

hacer, aprovecharonse de la confusión producida por su tentativa y se perdieron en la red de calles inmediatas a la puerta de San Dionisio.

Este incidente había distraído al rey de sus oraciones; pero tuyo tan poca importancia que ni siquiera se detuvo el coche; cuando lo hizo al cabo de dos horas y diez minutos, había llegado al término de su carrera.

Apenas sintió el rey que el movimiento había cesado, se inclinó al oído del sacerdote y le dijo:

—Si no me engaño, ya estamos en el sitio, señor abate.

El sacerdote guardó silencio.

En aquel instante, uno de los tres hermanos Sansón, verdugo de París, abrió la portezuela.

Entonces el rey, poniendo la mano sobre la rodilla del abate Firmont, dijo con voz de amo:

—Señores, os recomiendo al señor abate; cuidad de que no se le haga ningún daño después de mi muerte; vosotros os encargaréis de velar.

Entretanto, los otros dos verdugos se habían acercado.

—Sí, sí —contestó uno de ellos—, ya nos cuidaremos; dejadnos hacer.

Los criados del verdugo le rodearon y quisieron despojarle de su casaca;

pero él los rechazó desdeñosamente y comenzó a despojarse de ella.

Por un instante el rey quedó aislado en el círculo que acababa de formarse; arrojó su sombrero al suelo, se quitó la casaca y desató su corbata; pero entonces los verdugos se acercaron a él.

Uno de ellos llevaba una cuerda en la mano.

—¿Qué queréis? —le preguntó el rey.

—Ataros —contestó el que tenía la cuerda.

—¡Oh!, en cuanto a eso —exclamó el rey—, ¡no lo consentiré nunca, y por lo tanto, renunciad a ello... haced lo qué

se os haya mandado; pero a mí no me ataréis, no, jamás! Los ejecutores levantaron la voz, y ya iba a empeñarse una lucha, cuerpo a cuerpo, a los ojos del público, haciendo perder al rey el mérito de seis meses de calma, de valor y de resignación, cuando uno de los hermanos Sansón, muy conmovido, pero condenado a ejecutar la terrible orden, se acercó y dijo con tono respetuoso:

—*Señor*, con un pañuelo...

El rey miró a su confesor. El abate hizo un esfuerzo para hablar.

—Señor —dijo—, se hará una semejanza más entre Vuestra Majestad y el Dios que debe recompensaros.

El rey levantó los ojos al cielo con una suprema expresión de dolor.

—¡Seguramente —dijo— no se necesita menos que su ejemplo para que yo me someta a semejante afrenta!

Y volviéndose hacia los verdugos, extendió las manos con resignación.

—Haced lo que queráis —dijo—, apuraré la hiel hasta las heces.

Los escalones del cadalso eran altos y resbaladizos, y el rey los franqueó sostenido por el sacerdote. Durante un instante, el abate, sintiendo el peso en su brazo, temió alguna debilidad en el postrer momento; pero llegado al último escalón, Luis XVI se escapó, por decirlo

así, de manos de su confesor, como el alma se iba a escapar de su cuerpo, y corrió hasta la otra extremidad de la plataforma.

Estaba muy colorado, y nunca se había visto en él tanta viveza y animación.

Los tambores redoblaban, y los impuso silencio con una mirada.

Después, con voz robusta, pronunció las palabras siguientes:

—¡Muero inocente de todos los crímenes que se me imputan; perdono a los autores de mi muerte, y ruego a Dios que la sangre que vais a derramar no recaiga jamás sobre Francia!...

—¡Tocad los tambores! —gritó una voz que durante largo tiempo se creyó ser la de Santerre, y que no era otra sino la del señor de Beaufranchet, conde de Oyat, hijo bastardo de Luis XV y de la cortesana Morfisa, era tío natural del condenado.

Los tambores redoblaron.

El rey golpeó el suelo con el pie.

—¡Callad! —gritó el rey con un acento terrible—, ¡aún tengo que hablar!

Pero los tambores siguieron redoblando.

—¡Cumplid vuestro deber! —gritaban los hombres de las picas dirigiéndose a los ejecutores.

Estos últimos se arrojaron sobre el rey, que con pasos lentos se dirigió hacia la cuchilla, mirando aquel hierro cortado en bisel, del que él mismo había dado el dibujo un año antes.

Después su mirada se fijó en el sacerdote que oraba de rodillas en el borde del cadalso.

Luego se produjo un movimiento confuso detrás de los dos postes de la guillotina: la báscula funcionó, la cabeza del condenado apareció en la siniestra ventanilla, un relámpago brilló, oyóse un golpe seco, y ya no se vio más que un chorro de sangre.

Entonces uno de los ejecutores,

recogiendo la cabeza la mostró al pueblo, regando con la sangre real los bordes del cadalso.

Al ver esto, los hombres de las picas profirieron gritos de alegría, y precipitándose sobre el tablado humedecieron en aquella sangre, los unos sus picas, los otros sus sables, y sus pañuelos los que los tenían, lanzando después el grito de «¡Viva la República!».

Pero por primera vez, aquel ruidoso grito que había hecho estremecer de alegría los pueblos, se extinguió sin eco. ¡La República tenía en la frente una de esas manchas fatales que no se borran

jamás!; acababa de cometer, como lo dijo más tarde un gran diplomático, más bien que un crimen, una grave falta.

En París hubo un inmenso sentimiento de estupor, que en algunas personas llegó a la desesperación: una mujer se arrojó al Sena, un peluquero se degolló, un librero se volvió loco, y un antiguo oficial murió por efecto de la angustiosa impresión que la noticia le produjo.

En fin, al abrirse la sesión de la Convención, el presidente abrió una carta, cuyo autor era un hombre que pedía que el cuerpo de Luis XVI le fuese entregado para enterrarlo junto a su

padre.

Sepamos ahora lo que se hizo con aquel cuerpo y aquella cabeza separados por la guillotina.

No conocemos relato más terrible que el texto mismo de la sumaria de inhumación: hela aquí tal como se redactó el mismo día:

*Sumaria de la inhumación
de Luis Capeto:*

*El 21 de enero de 1793 del
año II de la República francesa,
nos, los abajo firmados,
administradores del*

*departamento de París,
encargados del poder por el
consejo general del
departamento, en virtud de los
decretos del consejo ejecutivo
provisional de la República
francesa, nos hemos trasladado,
a las nueve de la mañana, a la
casa del ciudadano Ricave,
cura de Santa Magdalena, y
habiéndole encontrado le
preguntamos si había atendido
a la ejecución de las medidas
que se le recomendaron la
víspera, por el consejo
ejecutivo y por el departamento,*

para la inhumación de Luis Capeto. Nos contestó que había ejecutado, punto por punto, las órdenes recibidas del consejo ejecutivo y del departamento, y que todo estaba preparado.

Desde allí, seguidos de los ciudadanos Renard y Damoreau, ambos vicarios de la parroquia de Santa Magdalena, encargados por el ciudadano cura de proceder a la inhumación de Luis Capeto, nos dirigimos al lugar del cementerio de dicha parroquia, situado en la calle de Anjou

Saint-Honoré, donde hemos reconocido la ejecución de las órdenes dadas por nosotros la víspera al ciudadano cura, en virtud de la comisión que habíamos recibido del consejo general del departamento.

Poco después fue depositado en el cementerio a presencia nuestra, por un destacamento de gendarmería de a pie, el cadáver de Luis Capeto, que hemos reconocido entero en todos sus miembros, estamos la cabeza separada del tronco; hemos notado que los

cabellos de la nuca estaban cortados, y que el cadáver no tenía corbata, ni casaca, ni zapatos; por lo demás, conservaba la camisa, una chupa en forma de chaleco, un calzón de paño gris y medias del mismo color.

Así vestido ha sido depositado en un ataúd que se bajó a la fosa, cubriéndole inmediatamente. Y todo se dispuso y ejecutó conforme a las órdenes dadas por el consejo ejecutivo provisional de la República francesa, lo cual

*firmamos con los ciudadanos
Ricave, Renard y Damoreau,
cura y vicario de Santa
Magdalena.*

*LEBLANC, administrador del
departamento.*

*DUBOIS, administrador del
departamento.*

DAMOREAU, RICAVE, RENARD.

Así murió, el 21 de enero de 1793, y fue inhumado el rey Luis XVI.

Tenía treinta y nueve años, cinco meses y tres días; había reinado dieciocho, y estuvo prisionero cinco

meses y ocho días.

¡Sus últimos deseos no se cumplieron, y su sangre ha recaído, no solamente sobre Francia, sino sobre la Europa entera!

Capítulo CLXXXI

UN CONSEJO DE CAGLIOSTRO

En la noche de aquel terrible día, en tanto que los hombres de las picas recorrían las desiertas calles de París, más tristes en su soledad por estar iluminadas, llevando en las puntas de sus armas pedazos de pañuelos y camisas manchadas de rojo, mientras que gritaban desaforadamente: «¡El tirano ha muerto, he aquí la sangre del

tirano!»), dos hombres se hallaban en el salón de una casa de la calle de San Honorato, ambos silenciosos, aunque en actitud bien diferente.

El uno, vestido de negro, estaba sentado delante de una mesa, con los codos apoyados en ella y el rostro oculto entre sus manos, ora sumido en una profunda meditación, ora entregado a un supremo dolor. El otro, en traje de campesino, se paseaba con precipitación, torva la mirada, ceñuda la frente, los brazos cruzados sobre el pecho; y cada vez que en su paseo cortaba diagonalmente el salón, dirigía a su compañero una mirada escrutadora.

¿Cuánto tiempo hacía que se hallaban así el uno frente al otro? No podríamos decirlo; mas al fin, el hombre vestido de campesino pareció cansarse de aquel silencio y se detuvo delante del otro vestido de negro, que estaba absorto en sus cavilaciones.

—¿Conque es decir, ciudadano Gilberto —exclamó fijando en él su mirada—, que yo soy un bandido porque he votado la muerte del rey?

El hombre vestido de negro levantó la cabeza, desarrugó su frente melancólica, y tendiendo la mano a su interlocutor le dijo:

—No, Billot, vos no sois un

bandido, como yo no soy un aristócrata. Vos habéis votado según vuestra conciencia, y yo según la mía; pero yo he pedido la vida y vos la muerte; ¡es cosa tan terrible, Billot, arrancar a un hombre lo que ninguna fuerza humana puede devolverle!

—Así, en vuestro concepto — exclamó Billot— el despotismo es inviolable, la libertad es una rebelión, y no hay justicia aquí abajo más que para los reyes, es decir, para los tiranos. ¿No es así? ¿Qué les queda entonces a los pueblos? ¡El derecho de servir y obedecer! ¡Y sois vos, señor Gilberto, el discípulo de Juan Jacobo, el

ciudadano de los Estados Unidos, quién dice eso!

—No digo eso, Billot, porque sería manifestar una cosa injusta contra los pueblos.

—Veamos —replico Billot—, os hablaré, señor Gilberto, con la brutalidad de mi buen sentido vulgar, y os permito que me contestéis con toda la finura de vuestro talento. ¿Admitís que una nación que se cree oprimida, tenga derecho para cambiar su iglesia, derribar y hasta suprimir su trono, combatir y declararse libre?

—Sin duda.

—Pues entonces tiene derecho para

consolidar los resultados de su victoria.

—Sí, Billot, incontestablemente tiene ese derecho; pero no se consolida nada con la violencia ni con el asesinato. Recordad que está escrito: «¡Hombre, tú no tienes derecho para matar a tu semejante!».

—¡Pero el rey no es mi semejante — exclamó Billot—, sino mi enemigo! Lo recuerdo muy bien; cuando mi pobre madre me leía la Biblia, no he olvidado lo que Samuel decía a los israelitas.

—También yo lo recuerdo. Billot, y sin embargo, Samuel consagró a Saúl, pero no le mató.

—¡Oh!, yo sé que si me lanzo con

vos a través de la ciencia, estoy perdido, y por eso os preguntaré sencillamente: ¿Teníamos derecho para tomar la Bastilla?

—Sí.

—Cuando el rey quiso privar al pueblo de su libertad para deliberar, ¿teníamos derecho para, hacer la jornada del Juego de Pelota?

—Sí.

—Cuando el rey quiso intimidar a la Asamblea constituyente con la fiesta de los guardias de corps y la reunión de tropas en Versalles, ¿teníamos derecho para ir allí, a buscar al rey y traerle a París?

—Sí.

—Cuando el rey trató de huir para pasarse al enemigo, ¿teníamos derecho para detenerle en Varennes?

—Sí.

—Cuando, una vez jurada la Constitución de mil setecientos noventa y uno, vimos al rey parlamentar con la emigración y conspirar con el extranjero, ¿teníamos derecho para hacer el veinte de junio?

—Sí.

—Cuando rehusó sancionar leyes emanadas de la voluntad del pueblo, ¿teníamos derecho para hacer el diez de agosto, es decir, tomar las Tullerías y

proclamar la destitución?

—Sí.

—Cuando el rey, encerrado en el Temple, seguía siendo una conspiración viviente contra la libertad, ¿teníamos o no derecho para hacerle comparecer ante la Convención nacional reunida para juzgarle?

—Sí, le teníais.

—Pues si teníamos el derecho de juzgar, también nos asistía el de condenar.

—Sí, al destierro, a la prisión perpetua, a todo, excepto a la muerte.

—Y ¿por qué no a la muerte?

—Porque, culpable en el resultado,

no lo era en la intención. Vos le juzgáis bajo el punto de vista del pueblo, amigo Billot, y él había obrado bajo el punto de vista de la monarquía. ¿Era un tirano, como le llamáis? No. ¿Era un opresor del pueblo? No. ¿Era cómplice de la aristocracia? No. ¿Era un enemigo de la libertad? No.

—¿Entonces le habéis juzgado bajo el punto de vista de la monarquía?

—No, porque bajo este punto de vista le hubiera absuelto.

—¿No lo habéis hecho así votando la vida?

—Sí, pero con la prisión perpetua. Creedme, Billot, le he juzgado más

parcialmente aún de lo que hubiera querido. Hombre del pueblo, o más bien hijo del pueblo, la balanza que yo tenía en la mano se ha inclinado hacia este último. Vos le habéis visto de lejos, pero no como yo: mal satisfecho de la monarquía que le dejaron; acosado por la Asamblea, de una parte, por creerle demasiado poderoso aún, y sometido a la influencia de una reina ambiciosa, de una nobleza inquieta y humillada, de un clero implacable, de una emigración egoísta, y de sus hermanos, que se iban por el mundo a buscar enemigos a la Revolución, no podía hacer otra cosa... Lo habéis dicho, Billot, el rey no era

vuestro semejante, era vuestro enemigo; pero a un enemigo vencido no se le mata. Un asesinato a sangre fría no es un juicio, es inmolar a una víctima. Acabáis de imponer a la monarquía alguna cosa del martirio, y a la justicia un carácter de venganza. ¡Cuidado, cuidado!, porque al hacer más de lo que se debe, no habéis hecho lo bastante. Carlos I fue ejecutado, y Carlos II fue rey. A Jacobo II se le desterró, y sus hijos murieron en el destierro. La naturaleza humana es patética, Billot, y acabamos de enajenarnos por cincuenta años, por cien tal vez, esa inmensa parte del pueblo que juzga las revoluciones

con el corazón. ¡Ah!, creedme, amigo mío, los republicanos son los que más deben deplorar la sangre de Luis XVI, porque esa sangre recaerá sobre ellos y les costará la República.

—¡Hay mucha verdad en lo que dices, Gilberto! —contestó una voz que partía de la puerta de entrada.

Los dos hombres se estremecieron, volviéndose a la vez, y exclamaron a un tiempo:

—¡Cagliostro!

—¡Pardiez!, sí —contestó el conde —, pero añadiré que también hay verdad en lo que dice Billot.

—¡Ay de mí! —contestó Gilberto—,

la desgracia está en que la causa que defendemos tiene una doble fase, y que cada uno, al considerarla bajo su punto de vista, podrá decir: Tengo razón.

—Sí, pero también debe permitir que se le diga que está en un error —replicó Cagliostro.

—¿Cuál es vuestro parecer, maestro? —preguntó Gilberto.

—Sí, sepámosle —dijo Billot.

—Habéis juzgado ahora al acusado —dijo Cagliostro—, yo diré lo que opino del juicio: si condenasteis al rey, tuvisteis razón; si condenasteis al hombre, incurristeis en un error.

—No comprendo —dijo Billot.

—Escuchad, pues yo adivino —dijo Gilberto.

—Era preciso matar al rey —continuó Cagliostro— cuando estaba en Versalles o en las Tullerías, desconocido del pueblo, detrás de su red de cortesanos y su barrera de suizos; era preciso matarle el siete de octubre o el once de agosto, porque era un tirano; pero después de haberle tenido cinco meses en el Temple, en comunicación con todos, comiendo delante de todos, durmiendo a la vista de todos, compañero del proletario, del obrero y del mercader; elevado por esa falsa humillación a la dignidad de hombre,

era preciso tratarle como tal, es decir, desterrarle o aprisionarle.

—No os comprendía —dijo Billot a Gilberto— mas ahora comprendo al ciudadano Cagliostro.

—Es claro, durante esos cinco meses de cautividad, os le muestran en lo que tiene de conmovedor, de inocente y de respetable; os le muestran buen esposo, buen padre y hombre honrado. ¡Necios!, yo les creía más fuertes que eso, Gilberto. Le cambian, le rehacen: así como el escultor saca la estatua de la mole de mármol a fuerza de dar golpes, del mismo modo, a fuerza de golpear a ese ser prosaico, ordinario, que no es

malo ni bueno, que se entrega a sus costumbres sensuales, que es celosamente devoto, no a la manera de un hombre elevado, sino de un sacristán de parroquia, he aquí que nos esculpen en esa pesada naturaleza una estatua del valor, de la paciencia y de la resignación; después se pone la estatua en el pedestal del dolor, se eleva a ese pobre rey, se le engrandece, se le consagra, y así se consigue que su esposa le ame... ¡Ah!, querido Gilberto —continuó Cagliostro soltando la carcajada—, ¡quién nos hubiera dicho el catorce de julio, el cinco y seis de octubre y el diez de agosto, que la reina

amaría alguna vez a su marido!

—¡Oh! —murmuró Billot—, ¡si yo hubiera adivinado eso!

—¿Qué hubierais hecho, Billot? —preguntó Gilberto.

—Le habría matado el catorce de julio, el cinco o seis de octubre, o el diez de agosto; esto me hubiera sido muy fácil.

Billot pronunció estas palabras con un acento tan sombrío de patriotismo, que Gilberto las perdonó y Cagliostro las admiró.

—Sí —dijo este último después de una pausa—, pero no lo habéis hecho. Vos, Billot, votasteis por la muerte; vos,

Gilberto, por la vida. Pues bien, ¿queréis que ahora os dé el último consejo? Vos, Gilberto, no os hicísteis individuo de la Convención sino para cumplir con un deber; vos, Billot, para satisfacer una venganza; ya están cumplidos los deseos de ambos, y no necesitáis estar aquí, marchad.

Los dos hombres miraron a Cagliostro.

—Sí —continuó este—, ni uno ni otro sois hombres de partido, sino de instinto. Ahora bien; muerto el rey, los partidos van a encontrarse frente a frente, y entonces se aniquilarán. ¿Cuál sucumbirá el primero? No lo sé; pero sí

es indudable que unos y otros perecerán. Mañana, Gilberto, se os imputará como un crimen vuestra indulgencia; pasado mañana, o tal vez antes, vuestra severidad, Billot. Creedme, en la lucha mortal que se prepara entre el odio, el temor, la venganza y el fanatismo, muy pocos quedarán puros; los unos se mancharán de lodo y los otros de sangre. ¡Marchad, amigos míos, marchad!

—Pero ¿y Francia? —preguntó Gilberto.

—Sí, Francia —repitió Billot.

—Francia está materialmente salvada —contestó Cagliostro—, el enemigo exterior está batido, y el

interior ha muerto. Por peligroso que sea para el porvenir el cadalso del veintiuno de enero, incontestablemente es una gran fuerza en la actualidad, la fuerza de las resoluciones sin apelación. El suplicio de Luis XVI señala a Francia la venganza de los tronos, y comunica a la República la energía convulsiva y desesperada de las naciones condenadas a muerte. Ved Atenas en los tiempos antiguos; ved Holanda en los tiempos modernos. A partir de esta mañana han cesado las transacciones, las negociaciones y las indecisiones; la Revolución tiene el hacha en una mano y la bandera tricolor en la otra. Partid

tranquilos, pues antes de que deje la primera, la aristocracia habrá sido decapitada; y antes de que deponga la segunda, Europa estará vencida. ¡Marchad, amigos míos, marchad!

—¡Oh! —exclamó Gilberto—, Dios me es testigo de que si el porvenir que me profetizáis es verdadero, nada siento por Francia.

—Pero ¿adónde iremos?

—¡Ingrato! —dijo Cagliostro—. ¿Olvidas tu segunda patria, la América; olvidas esos lagos inmensos, esas selvas vírgenes, esas praderas tan vastas como los océanos? ¿No necesitas, tú que puedes descansar, el reposo de la

naturaleza después de esas terribles agitaciones de la sociedad?

—¿Me seguiréis, Billot? —preguntó Gilberto levantándose.

—¿Me perdonaréis? —preguntó Billot dando un paso hacia Gilberto.

Los dos hombres se abrazaron.

—Está bien —dijo Gilberto—, marcharemos.

—¿Cuándo? —preguntó Cagliostro.

—Pues... de aquí a ocho días.

Cagliostro movió la cabeza.

—Partiréis esta noche —dijo.

—¿Por qué esta noche?

—Porque yo marchó mañana.

—Y ¿adónde vais?

—Ya lo sabréis un día, amigos.

—Pero ¿cómo marchar?

—El *Franklin* aparejará dentro de treinta y seis horas para América.

—Pero ¿y los pasaportes?

—Aquí están.

—¿Y mi hijo?

Cagliostro fue a abrir la puerta.

—Entrad, Sebastián —dijo—, vuestro padre os llama.

El joven entró y precipitóse en brazos de su padre.

Billot suspiró profundamente.

—No nos hace falta más que un coche de posta —dijo Gilberto.

—El mío espera en la puerta —

contestó Cagliostro.

Gilberto se dirigió hacia un pupitre donde tenía su bolsa común —un millar de lises—, e hizo seña a Billot para que tomara su parte.

—¿Tenemos lo suficiente? —preguntó Billot.

—Tenemos bastante para comprar una provincia.

Billot miró en torno suyo con cierta confusión.

—¿Qué buscáis, amigo mío? —preguntó Gilberto.

—Busco —contestó Billot— una cosa que me sería inútil si la encontrase, puesto que no sé escribir.

Gilberto sonrió, cogió una pluma, el tintero y papel.

—Dictad —dijo.

—Quisiera enviar mi despedida a Pitou —dijo Billot.

—Yo me encargo de hacerlo.

Y Gilberto escribió.

Cuando hubo concluido, Billot le preguntó qué había escrito, y el doctor leyó lo siguiente:

Mi querido Pitou:

Salimos de Francia Billot, Sebastián y yo, y os abrazamos tiernamente los tres.

Creemos que, estando a la

*cabeza de la granja de Billot,
no necesitaréis nada.*

*Probablemente algún día os
escribiremos para que vengáis a
reuniros con nosotros.*

Vuestro amigo,

GILBERTO.

—¿Es todo? —preguntó Billot.

—Hay una posdata —dijo Gilberto.

—¿Cuál?

Gilberto miró fijamente a Billot y
leyó después:

*«Billot os recomienda a
Catalina».*

El labrador profirió un grito de agradecimiento y se precipitó en los brazos del doctor.

Diez minutos después rodaba por el camino del Havre la silla de posta que conducía lejos de París a Gilberto, a Sebastián y a Billot.

ΕΠÍΛΟΓΟ

LO QUE HACÍAN,
EL 15 DE FEBRERO
DE 1794,
ÁNGEL PITOU Y
CATALINA BILLOT

Poco más de un año después de la ejecución del rey y de la marcha de Gilberto, de Sebastián y de Billot, en una hermosa y fría mañana del terrible invierno de 1794, tres o cuatrocientas personas, es decir, casi la sexta parte de

la población de Villers-Cotterêts, esperaban, en la plaza del Castillo y en el patio de la alcaldía, la salida de dos desposados, que nuestro antiguo conocido el señor de Longpré se disponía a unir como esposos.

Eran Ángel Pitou y Catalina Billot.

¡Ay de mí!, habían sido necesarios muchos graves acontecimientos para que la antigua querida del vizconde de Charny, la madre del pequeño Isidoro, llegara a ser la señora Pitou.

Cada cual refería aquellos acontecimientos y los comentaba a su manera; pero como quiera que lo hiciese, ni uno solo de aquellos relatos

dejaba de ensalzar la fidelidad de Ángel Pitou y el juicio de Catalina Billot.

Pero cuanto más interesantes eran los futuros esposos, más se les compadecía.

Tal vez eran más felices que ninguno de los individuos, hombres o mujeres, que componían aquella multitud; pero esta es de tal naturaleza, que siempre ha de compadecer o envidiar.

Aquel día le había dado por la compasión.

En efecto; los acontecimientos previstos por Cagliostro en la noche del 21 de enero habían seguido una marcha rápida, dejando tras sí una larga e

indeleble mancha de sangre.

El 1 de febrero de 1793, la Convención nacional había expedido un decreto ordenando la adquisición de ochocientos millones de asignados, lo que hacía ascender la totalidad de los asignados emitidos a la suma de tres mil cien millones.

El 28 de marzo de 1793, la Convención, ateniéndose al informe de Treilhard, había aprobado un decreto por el cual se desterraba a perpetuidad a los emigrados, a quienes se declaraba civilmente muertos, confiscándose sus bienes en beneficio de la República.

El 6 de noviembre, la Convención

dio otro decreto que encargaba al comité de instrucción pública de presentar un proyecto que tendiese a substituir, con un culto razonable y cívico, el culto católico.

No hablamos de la proscripción ni de la muerte de los girondinos, ni de la ejecución del Duque de Orleáns, de la reina, de Bailly, de Danton, de Camilo Desmoulins y de tantos otros, porque estos acontecimientos, aunque tuvieron su resonancia en Villers-Cotterêts, no ejercieron su influencia en los personajes de quien nos resta ocuparnos.

Como consecuencia de la confiscación de bienes, Billot y

Gilberto, a quienes se consideró como emigrados, perdieron los suyos, que fueron puestos en venta.

Lo mismo fue de los bienes del conde de Charny, muerto el 10 de agosto, y de la condesa, asesinada el 2 de septiembre.

A consecuencia de este decreto se había puesto a Catalina en la puerta de la granja de Pisseleu, considerada como propiedad nacional.

Pitou había querido reclamar en nombre de Catalina; pero Pitou se había hecho moderado, era un tanto sospechoso, y las personas juiciosas le aconsejaron que no se opusiese, ni por

obras ni pensamientos, a las órdenes de la nación.

Catalina y Pitou se habían retirado, por tanto; a Haramont.

La joven pensó primero habitar, como en otro tiempo, la choza del padre Clouis, pero cuando se presentó en la puerta del exguardia del señor duque de Orleáns, el anciano se aplicó un dedo a la boca en señal de silencio, moviendo la cabeza como para indicar imposibilidad.

Esta última provenía de que el puesto estaba ocupado.

Se había puesto en vigor la ley sobre el destierro de los sacerdotes no

juramentados, y como ya se comprenderá, el abate Fortier, no queriendo prestar juramento, estaba desterrado.

Pero no había juzgado oportuno traspasar la frontera, y su destierro se limitó a salir de Villers-Cotterêts, donde había dejado a la señorita Alejandrina para cuidar de sus muebles, e ir a solicitar un asilo del padre Clouis, que no tuvo inconveniente en cedérselo.

La choza del padre Clouis, según se recordará, no era más que una simple gruta subterránea, donde solamente una persona se podía acomodar, aunque bastante mal; de modo que era difícil

que se arreglasen allí el abate Fortier, Catalina Billot y su hijo.

Por otra parte, se recordará también la intolerancia del abate Fortier cuando murió la señora Billot; Catalina no era bastante buena cristiana para perdonar al abate que hubiese rehusado dar sepultura a su madre, y aunque hubiese sido bastante buena cristiana para perdonar, el abate Fortier era demasiado buen católico para imitar el ejemplo.

Era necesario, por lo tanto, renunciar a vivir en la choza del padre Clouis.

Resultaba la casa de la tía Angélica, en Pleux, y la pequeña cabaña de Pitou

en Haramont.

No se debía pensar en la casa de la tía Angélica, pues; a medida que la revolución seguía su curso, aquella mujer se mostraba cada vez más arisca, cosa que parecía increíble, y al mismo tiempo enflaquecía más, lo cual se hubiera creído muy difícil.

Aquel cambio en su moral y en su físico consistía en que Villers-Cotterêts, como en todas partes, las iglesias se habían cerrado, y se esperaba que el comité de instrucción pública inventase un culto razonable y cívico.

Ahora bien; cerradas las iglesias, el producto obtenido del alquiler de sillas,

que era el principal ingreso para la tía Angélica, quedaba reducido a la nada.

He aquí la causa del cambio que se observaba en la tía Angélica.

Añadamos que había oído referir tan a menudo la toma de la Bastilla a Billot y Ángel Pitou, y les había visto con tanta frecuencia marchar de pronto a la capital, que no dudaba en modo alguno que la Revolución francesa fuese obra de Ángel Pitou y de Billot, siendo los ciudadanos Danton, Marat, Robespierre y otros, los agentes secundarios de aquellos principales agitadores.

La señorita Alejandrina, como ya se comprenderá, la mantenía en sus

erróneas ideas, a las que el voto regicida de Billot vino a comunicar el carácter de exaltación rencorosa del fanatismo.

No se podía, pues, pensar en la casa de la tía Angélica para alojar allí a Catalina.

Restaba la pequeña cabaña de Pitou en Haramont.

Pero ¿cómo habitar los dos aquella pequeña cabaña, sin dar motivo para las más malignas habladurías?

Esto era más imposible aún que habitar la choza del padre Clouis.

Pitou se resolvió, pues, a pedir hospitalidad a su amigo; Desiré

Maniquet, hospitalidad que el buen hombre concedió, y que Pitou pagaba con industrias de toda especie.

Pero con todo esto, la pobre Catalina no estaba bien acomodada.

Pitou tenía para ella todas las atenciones de un amigo, todas las ternuras de un hermano; pero Catalina comprendía bien que Pitou no la amaba como un hermano ni como un amigo.

El pequeño Isidoro comprendía también esto, él, pobre; niño que, no habiendo tenido la dicha de conocer a su padre, amaba a Pitou como si hubiese sido el vizconde de Charny, o más, tal vez, porque, preciso es decirlo, Pitou

era el adorador de la madre, pero también el esclavo del niño.

Hubiérase dicho que comprendía, como hábil estratégico, que no había más que un medio para penetrar en el corazón de Catalina, y que este medio era Isidoro.

Pero apresurémonos a decirlo: ningún cálculo de este género empañaba la pureza de los sentimientos del honrado Pitou; este se había conservado como le hemos visto siempre, es decir, el joven cándido y fiel que le conocimos al principio, y si se había efectuado en él un cambio, reducíase a que, siendo ya mayor de edad, mostrábase más fiel aún

y más cándido que nunca.

Todas estas cualidades conmovían a Catalina hasta hacerla derramar lágrimas; comprendía que Pitou la amaba ardientemente, hasta la adoración, hasta el fanatismo, y a veces se decía que hubiera querido reconocer tanto amor, tanta fidelidad, por un sentimiento más tierno que el de una amiga.

A fuerza de repetirse esto sucedió que, poco a poco, la pobre Catalina, hallándose —fuera de Pitou— tan completamente aislada en este mundo, y comprendiendo que si llegaba a morir, su pobre niño quedaría desamparado —

a no ser por Pitou—, la pobre Catalina, decimos, llegó al fin a dar a Pitou la única recompensa que estaba en su mano, todo su amor y toda su persona.

Mas ¡ay!, su amor, aquella flor brillante y perfumada de la juventud, su amor, estaba ahora en el cielo.

Cerca de seis meses transcurrieron durante los cuales Catalina guardó este pensamiento en lo más profundo de su alma, más bien que en el fondo de su corazón.

Durante estos seis meses, Pitou, aunque acogido de día en día con la más dulce sonrisa, aunque despedido cada noche por el más tierno apretón de

manos, Pitou no había pensado que hubiera podido obtener un cambio tan favorable en los sentimientos de su compañera.

Pero como Pitou no era fiel ni amaba tanto con la esperanza de una recompensa, no por eso dejaba de mostrarse siempre igualmente cariñoso y enamorado de su compañera.

Esto hubiera seguido así hasta la muerte de Catalina o de Pitou, sin que hubiese alteración alguna en los sentimientos de ambos; pero al fin la joven fue la primera en hablar, como sucede siempre con las mujeres.

Cierta noche, en vez de darle la

mano, le ofreció la frente.

Pitou creyó que era una distracción de Catalina, y era demasiado honrado para aprovecharse de ella, por lo cual retrocedió un paso.

Pero Catalina, que no había soltado su mano, le atrajo hacia sí y presentóle, no ya la frente, sino la mejilla.

Pitou vaciló más aún.

Y viendo esto el pequeño Isidoro, dijo al punto:

—¡Pero abraza a mamá Catalina, papá Pitou!

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Pitou, palideciendo como si estuviese a punto de morir.

Y estampó sus labios fríos y temblorosos sobre la mejilla de Catalina.

Entonces, cogiendo su niño, la madre le puso en los brazos de Pitou.

—Os doy al niño —le dijo—. ¿Queréis tomar con él la madre?

Al oír esto parecióle a Pitou que la cabeza se le trastornaba, cerró los ojos, y estrechando el niño contra su pecho cayó sobre una silla, exclamando, con esa delicadeza que solamente el corazón puede apreciar:

—¡Oh!, señor Isidoro, ¡cuánto os amo!

El niño llamaba a Pitou *papá Pitou*;

pero este llamaba *señor Isidoro* al hijo del vizconde de Charny.

Y además, como comprendía que solamente por amor a su hijo Catalina condescendía en quererle, jamás decía a la madre:

—¡Oh!, ¡cuánto os amo, señora Catalina!

Pero decía a Isidoro:

—¡Oh!, ¡cuánto os amo, señor Isidoro!

Una vez sentado que Pitou amaba más al niño que a la madre, se habló del casamiento.

Pitou dijo a Catalina:

—Yo no os doy prisa ninguna; tomad

todo cuanto tiempo queráis; pero si queréis hacerme feliz, no tardéis demasiado.

Catalina pidió un mes.

Al cabo de tres semanas, Pitou, luciendo su uniforme, fue a visitar respetuosamente a la tía Angélica, con el objeto de anunciar su próxima unión con la señorita Catalina Billot.

La tía Angélica vio desde lejos a su sobrino y se apresuró a cerrar su puerta.

Pero Pitou no cejó sus pasos de la casa inhospitalaria, a cuya puerta llamó suavemente.

—¿Quién va? —preguntó la tía Angélica con su voz más ronca.

—Yo, vuestro sobrino, tía Angélica.

—¡Pasa de largo, asesino! —
exclamó la solterona.

—Tía —continuó Pitou—, venía para anunciaros una noticia que no podrá menos de seros agradable, por cuanto constituye mi felicidad.

—Y ¿qué noticia es esa, jacobino?

—Abrid la puerta y os la diré.

—Dila desde fuera; yo no abro la puerta de mi casa a un descamisado como tú.

—¿Es vuestra última palabra, tía?

—Sí, la última.

—Pues bien, tía mía, me caso.

La puerta se abrió como por encanto.

—Y ¿con quién, desgraciado?

—Con la señorita Catalina Billot —
contestó Pitou.

—¡Ah, miserable, infame, bellaco!
—exclamó la tía Angélica—. ¡Te casas
con una joven arruinada!... ¡Vete de
aquí, desgraciado, yo te maldigo!

Y con un ademán lleno de nobleza
extendió sus dos manos secas y
amarillas sobre su sobrino.

—Tía mía —dijo Pitou—, ya
comprenderéis que estoy demasiado
acostumbrado a vuestras maldiciones,
para que esta me preocupe más que las
otras. Os debía la atención de
anunciaros mi casamiento; así lo hago;

he cumplido, y, por lo tanto, adiós, tía Angélica.

Y Pitou, llevando militarmente la mano a su sombrero de tres picos, hizo su reverencia a la tía Angélica y siguió su camino a través de Pleux.

II

DEL EFECTO PRODUCIDO EN LA TÍA ANGÉLICA POR EL ANUNCIO DEL CASAMIENTO DE SU SOBRINO CON CATALINA BILLOT

Pitou debía dar aviso de su casamiento al señor de Longpré, que vivía en la calle del Ormet. El señor de

Longpré, menos hostil que la tía Angélica a la familia Billot, felicitó a Pitou por la buena acción que iba a realizar.

Pitou le oyó lleno de asombro: no comprendía que al mismo tiempo que labraba su felicidad, pudiese hacer una buena acción.

Por lo demás, como republicano puro, estaba más que nunca agradecido a la República, puesto que con la supresión de los casamientos en la iglesia, las dilaciones habían terminado.

El señor de Longpré y Pitou convinieron, de consiguiente, que el sábado inmediato quedarían unidos en el

Ayuntamiento Catalina Billot y Ángel Pitou.

Al día siguiente, domingo, debía tener lugar la venta, por adjudicación, de la hacienda de Pisseleu y del palacio de Boursonne.

La hacienda estaba tasada en cuatrocientos mil francos, y el palacio en seiscientos mil, en asignados.

Estos empezaban ya a tener una depreciación espantosa; el luis de oro valía novecientos veinte francos en asignados.

Pero nadie tenía ya luses de oro.

Pitou fue corriendo a comunicar a Catalina esta noticia. Se había permitido

acortar dos días el término fijado para el casamiento, y temía que esto contrariara a Catalina.

Esta no lo llevó a mal, y Pitou se alegró de todo corazón.

Únicamente Catalina exigió que Pitou hiciese otra visita a la tía Angélica, y la anunciase el día fijado para el casamiento, invitándola a presenciar la ceremonia.

Era la única parienta que Pitou tenía, y aunque su ternura no fuese grande, a su sobrino correspondía cumplir con este deber.

En virtud de esto, Pitou fue el jueves por la mañana a Villers-Cotterêts para

hacer la segunda visita a su tía.

Daban las nueve en el momento de dar vista a la casa.

Esta vez la tía Angélica no estaba en la puerta, y lo que os más, la puerta estaba cerrada.

Pitou creyó que había salido, y se alegró. La visita quedaba hecha, y una carta muy tierna y respetuosa reemplazaría al discurso que pensaba pronunciar.

Pero como Pitou era un joven concienzudo ante todo, llamó a la puerta, por más cerrada que estuviese, y como nadie contestaba a sus golpes de aldabón, llamó a su tía.

Al doble ruido de la voz y de la aldaba, una vecina salió a la puerta.

—¡Ah!, madre Fagot —preguntó Pitou—, ¿sabéis si ha salido mi tía?

—¿No contesta? —preguntó la madre Fagot.

—Ya veis que no; sin duda está fuera.

La madre Fagot movió la cabeza.

—Yo la hubiera visto salir —dijo—, mi puerta está junto a la suya, y es raro que cuando se levanta no venga a nuestra casa a poner dentro de sus zuecos un poco de ceniza caliente; con esto la pobrecita no tiene frío en todo el día. ¿Verdad, vecino Farolet?

Esta interpelación se dirigía a un nuevo actor que, abriendo su puerta al oír el ruido, venía a tomar parte de la conversación.

—¿El qué, madre Fagot?

—Digo que la tía Angélica no ha salido. ¿La habéis visto?

—Yo no, y aseguraría que está todavía en casa, porque si estuviera levantada y en la calle, habría abierto la ventana.

—¡Calla!, es verdad —dijo Pitou—. ¡Ay, Dios mío! ¿Le habrá sucedido algo a mi pobre tía?

—Es posible —dijo la madre Fagot.

—Más que posible, Madre Fagot, es

muy probable —dijo sentenciosamente el vecino Farolet.

—¡Ah!, no era muy afable conmigo, pero no importa —dijo Pitou— lo sentiría mucho... ¿Cómo lo sabremos de cierto?

—¡Bah! —dijo otro vecino—, pues la cosa no es difícil, no hay más que ir a buscar a Rigolot, el cerrajero.

—Si es para que abra —dijo Pitou— es inútil; yo tenía la costumbre de abrirla con mi navaja.

—¡Pues ábrela, hijo mío! —dijo Farolet—, aquí estamos nosotros para declarar que no la has abierto con mala intención.

Pitou sacó su navaja, se acercó a la puerta, rodeado de una docena de personas que la curiosidad había atraído, y con una destreza que probaba que se había servido más de una vez de aquel medio para entrar en el domicilio de su juventud, hizo correr el pestillo.

La puerta se abrió.

El cuarto se hallaba en la más completa oscuridad.

A la triste y fúnebre claridad de una mañana de invierno, se vio a la tía Angélica tendida en su cama.

—¡Tía Angélica, tía Angélica! — exclamó dos veces Pitou.

La solterona permaneció muda e

inmóvil.

Pitou se acercó y tocó su cuerpo.

—¡Oh! —dijo— está fría y rígida.

Abrieron la ventana.

La tía Angélica estaba muerta.

—¡Qué desgracia! —dijo Pitou.

—¡Bah!, no grande, hijo mío —
contestó Farolet—, porque ella no te
quería mucho.

—Es posible —replicó Pitou—,
pero yo sí la quería.

Dos lágrimas rodaron por las
mejillas del honrado joven.

—¡Ah! ¡Pobre tía Angélica! —
exclamó.

Y cayó de rodillas al pie de la cama.

—¡En!, señor Pitou —dijo la madre Fagot—, si os hace falta algo, con franqueza no tenéis más que mandar. Pues somos vecinos o no.

—Gracias, madre Fagot. ¿Está ahí vuestro chico?

—Ahí está. ¡Eh, Fagotín! —gritó la buena mujer.

Un chicuelo de catorce años se asomó a la puerta.

—Aquí estoy, madre.

—Decidle —continuó Pitou— que vaya corriendo a Haramont y diga a Catalina que no tenga cuidado, pero que he encontrado muerta a la tía Angélica. ¡Pobre tía!

Pitou enjugó de nuevo sus lágrimas.

—Y que por eso me detengo aquí —añadió.

—¿Lo oyes, Fagotín? —dijo la madre Fagot.

—Sí.

—¡Pues bien, lárgate!

—Oye —dijo el sentencioso Farolet —, pasa por la calle Soissons, y avisa al doctor Raynal, que tiene que dar fe de la muerte de la tía Angélica, que ha fallecido de repente.

—¿Lo oyes?

—Sí, madre —contestó el chicuelo.

Y emprendió la carrera hacia la calle de Soissons, prolongación de la de

Pleux.

El número de curiosos se había ido aumentando, y se contaban ya en la puerta cerca de cien personas; cada cual daba su opinión sobre la muerte de la tía Angélica: unos pensaban que provenía de una apoplejía fulminante, otros que de un ataque al corazón; no faltó quien la atribuyese a una consunción extrema.

Pero todos estaban de acordes cuando murmuraban:

—Si Pitou no es torpe, ya encontrará alguna buena trucha en la última tabla del armario, o de un tarro de manteca, o entre la paja del jergón, o en una media vieja.

Al fin llegó el doctor Raynal, precedido del recaudador general.

Iba a saberse de qué había muerto la tía Angélica.

El doctor se acercó a la cama, examinó a la que en ella estaba, oprimió con su mano el epigastrio y el abdomen y declaró, con grande admiración de cuantos se hallaban presentes, que la tía Angélica había muerto de frío, y probablemente de hambre.

Las lágrimas de Pitou corrieron de nuevo al oír esta declaración.

—¡Ah!, pobre tía mía, pobre tía — exclamó—, ¡y yo que la creía rica! ¡Pícaro de mí, que la abandoné!... ¡Si yo

lo hubiera sabido! ¡Eso no es posible, señor Raynal, eso no es posible!

—Buscad en la artesa y veréis que no hay pan; buscad en la leñera y veréis que no hay leña. ¡Ya le había yo predicho que moriría así, la vieja avara!

Se buscó; no había ni una viruta en la leñera, ni una miga en la artesa.

—¡Ah! ¿Por qué no me lo decía? — exclamó Pitou—. Yo hubiera ido al monte para que tuviera fuego, y hubiera tendido mis lazos para darla de comer. ¡También vosotros tenéis la culpa! — continuó el pobre mozo, acusando a los que allí estaban—, ¿por qué no me decíais que estaba tan miserable?

—Pues es muy claro, señor Pitou — dijo Farolet—: No os lo decíamos porque todo el mundo la creía rica.

Después de echar las sabanas sobre la cabeza de la muerta, el doctor se dirigió a la puerta.

Pitou corrió hacia él.

—¿Os marcháis, señor Raynal? —le dijo.

—Y ¿qué quieres que haga aquí, hijo mío?

—¿Así está enteramente muerta?

El doctor se encogió de hombros.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo Pitou—. ¡Muerta de frío y hambre!

El doctor Raynal hizo una seña al

joven, y este se le acercó.

—Sin embargo de eso —le dijo—, te aconsejo que busques por el techo y por el suelo, ¿entiendes?

—Pero señor Raynal, ¿no me decís que ha muerto de hambre y de frío?...

—No importa, hijo mío, no importa, se ha visto más de un avaro morir de hambre y de frío sobre su tesoro.

Y llevando el dedo a la boca le dijo:

—Guarda silencio.

Y se marchó.

III

EL SILLÓN DE LA TÍA ANGÉLICA

Tal vez Pitou habría reflexionado más profundamente sobre lo que acababa de decirle el señor Raynal, si no hubiese visto a lo lejos a Catalina, que acudía presurosa con su hijo en los brazos.

Después que se supo que, según toda probabilidad, la tía Angélica había muerto de hambre y de frío, los vecinos

se dieron poca prisa en cumplir sus ofertas de ayudar a Pitou en lo que necesitase.

Catalina, pues, llegaba a tiempo. La pobre criatura declaró que considerándose ya mujer de Pitou, a ella le tocaba tributar los últimos deberes a la tía Angélica; y los llenó con igual respeto, con igual ternura que dieciocho meses antes había mostrado para con su madre.

Pitou, entretanto, iría a preparar lo necesario para el entierro, fijado forzosamente para dentro de dos días, puesto que, habiendo muerto de repente, no podía darse sepultura a la tía

Angélica hasta pasadas las cuarenta y ocho horas.

No había que hacer más para esto sino avistarse con el alcalde, el carpintero y el sepulturero; las ceremonias religiosas habían sido suprimidas, tanto para los entierros como para los casamientos.

—Amigo mío —dijo Catalina a Pitou en el momento en que este tomaba el sombrero para ir a casa del señor de Longpré, después del accidente que acababa de ocurrir— ¿no sería conveniente que retardásemos nuestro casamiento uno o dos días?

—Como queráis, señorita Catalina

—contestó Pitou.

—¿No sería extraño que el día mismo en que acompañáis a vuestra tía a la sepultura, ejecutaseis un acto tan importante como el de casaros?

—Y tan importante como es para mí —dijo Pitou—, pues se trata de mi felicidad.

—Bien, amigo mío, consultad al señor de Longpré, y se hará lo que él os aconseje.

—Estoy conforme, señorita Catalina.

—Y además podría ocurrirnos alguna desgracia si nos casáramos inmediatamente después de...

—¡Oh! —interrumpió Pitou—, en

siendo yo vuestro marido, desafío a la desgracia a que me clave el diente.

—Mi querido Pitou —dijo Catalina tendiéndole la mano— aplacémoslo al lunes; yo trato de conciliar en lo posible vuestro deseo con las conveniencias regulares.

—¡Ah!, dos días son bien largos, señorita Catalina.

—En ese caso... Isidoro...

—Mamá —contestó el niño.

—Di a papá Pitou: «No tengas cuidado, papá Pitou; mamá te ama y te amará siempre».

El niño repitió con su dulce vocecita:

—No tengas cuidado, papá Pitou; mamá te ama y te amará siempre.

Con esta seguridad, Pitou no opuso ya dificultad alguna en ir a casa del señor de Longpré.

Al cabo de una hora después de haberlo arreglado todo, entierro y casamiento, y pagado con anticipación, con el dinero que le quedaba había comprado un poco de leña y provisiones para dos días.

Y era tiempo de que la leña llegase; fácilmente se comprendía que en aquella pobre casa de Pleux, donde el viento penetraba por todas partes, se pudiese morir de frío.

Pitou, a su vuelta halló medio helada a Catalina.

Según los deseos de esta, se había aplazado el casamiento hasta el lunes.

Los dos días y las dos noches pasaron sin que Pitou ni Catalina se separasen un momento. Las dos noches las pasaron ambos velando a la muerta.

No obstante el fuego enorme que Pitou había tenido cuidado de entretener siempre en la chimenea, el viento, penetrando rápido y helado por todas partes, se hacía sentir bastante, y Pitou comprendió que si la tía Angélica no había muerto de hambre, podía muy bien haber muerto de frío.

Llegó el momento de sacar el cuerpo; el transporte era corto, pues la casa de la tía Angélica lindaba casi con el cementerio.

Todo el Pleux y una parte de la ciudad acompañó a la difunta a su última morada. En las provincias las mujeres van a los entierros; en su consecuencia, Pitou y Catalina presidieron el duelo.

Concluida la ceremonia, Pitou dio gracias a los asistentes en nombre de la difunta y en el suyo, y después de echar la hisopada de agua bendita sobre la tumba de la solterona, cada cual, según costumbre, desfiló delante de Pitou, saludándole y siendo saludado.

Habiéndose quedado solo con Catalina, Pitou se volvió a buscarla hacia el sitio donde la había dejado. Pero Catalina no estaba allí, Catalina se hallaba de rodillas, con Isidorito, al pie de una tumba, en cuyos ángulos se elevaban cuatro cipreses.

Esa tumba era la de la madre Billot.

Los cuatro cipreses habían sido traídos del bosque y plantados allí por Pitou.

No quiso distraer a Catalina de su piadosa ocupación; pero pensando que la inmovilidad en que se hallaba haría que al concluir su oración tuviese mucho frío, corrió a su casa con intención de

encender un buen fuego.

Por desgracia hubo una circunstancia que se opuso a la previsión de Pitou: la leña se había concluido.

Pitou se rascó la oreja. El resto de su dinero lo había empleado, como sabemos, en hacer la provisión de pan y combustible.

Miró, pues, en derredor suyo, buscando un objeto que sacrificar a la necesidad del momento.

Había la cama, la artesa y el sillón.

La artesa y la cama, aunque valían poco, no eran, sin embargo, inservibles; pero el sillón hacía ya mucho tiempo que nadie, excepto la tía Angélica, se

hubiese atrevido a sentarse en él; tal era la dislocación en que se hallaba.

El sillón, pues, fue condenado a la hoguera.

Pitou procedía cómo el tribunal revolucionario: apenas sentenciado, debía tener lugar la ejecución.

De consiguiente, apoyó su rodilla en la vaqueta del asiento, ennegrecida de puro vieja, asió con ambas manos uno de los palos del respaldo, y tiró con fuerza hacia sí; el sillón resistió una dos veces.

A la tercera sacudida cedió.

Como si este desmembramiento le hubiese ocasionado un dolor agudo, el

sillón lanzó un extraño gemido. Y si Pitou hubiera sido supersticioso, habría creído que el alma de la tía Angélica estaba encerrada en el vetusto taburete.

Pero Pitou no tenía más que una superstición en el mundo: su amor a Catalina. El sillón había sido condenado a calentar a Catalina, y aunque hubiera derramado tanta sangre o lanzado tantos gemidos como los árboles de la selva del Tasso, no hubiera dejado de hacerlo pedazos.

Cogió, pues, el otro palo del respaldo con igual decisión que el primero, y con un esfuerzo semejante al que había hecho antes, lo arrancó del

armazón casi totalmente dislocado.

El sillón dejó escapar el mismo rumor extraño, singular, metálico.

Pitou siguió impasible; cogió por un pie el mutilado mueble, lo alzó sobre su cabeza, y para acabar de destrozarlo, lo arrojó con toda su fuerza contra el suelo.

Esta vez partióse en dos, y con grande extrañeza de Pitou, vomitó por su ancha herida arroyos de oro, no de sangre.

No habrán olvidado nuestros lectores que la tía Angélica, luego que reunía veinticuatro libras de plata, las cambiaba por un luis de oro, que guardaba en su sillón.

Pitou quedó estupefacto, vaciló de sorpresa y se enloqueció de admiración.

Su primer impulso fue salir al encuentro de Catalina y de Isidorito, traer a ambos y mostrarles el tesoro que acababa de descubrir.

Pero le detuvo una idea terrible.

Sabiendo que era rico, ¿se casaría Catalina con él?

Pitou hizo un movimiento de cabeza.

—No, no —dijo rehusará.

Quedóse un instante sin movimiento, reflexivo, preocupado.

Luego asomó a sus labios una sonrisa.

Indudablemente había encontrado un

medio de salir del apuro en que le colocaba esta riqueza inesperada.

Recogió los luises que estaban en el suelo, acabó de romper con su navaja la vaqueta, y vació hasta el menor rincón del pelote y de la estopa.

Todo estaba relleno de luises.

Con ellos llenó la famosa cazuela en que la tía Angélica había hecho cocer, en los tiempos de antaño, el memorable gallo, aquel gallo que ocasionó entre tía y sobrino la terrible escena por nosotros referida en su tiempo y lugar convenientes.

Pitou contó los luises.

Había mil quinientos cincuenta.

Pitou poseía, en consecuencia, la brillante suma de mil quinientos cincuenta lises, o sea treinta y siete mil doscientas libras.

Mas como el luis de oro valía en aquella época novecientas veinte libras en asignados, la riqueza de Pitou era de un millón cuatrocientas veintiséis mil libras.

Y ¿en qué momentos se le presentaba esta fortuna? En el momento en que no tenía dinero para comprar leña, y se veía precisado a romper el sillón de la tía Angélica para que Catalina pudiese calentarse.

¡Qué felicidad el que Pitou hubiese

sido tan pobre, el tiempo frío y el sillón tan viejo!

¡Quién sabe lo que habría sido del precioso sillón si no se hubiesen combinado estas circunstancias fatales en apariencia!

Pitou comenzó por atestar de luises todos sus bolsillos; luego, cuando hubo sacudido repetidas veces cada fragmento del ex sillón, lo instaló en la chimenea, echó yesca, mitad sobre sus dedos, mitad sobre la piedra, y con mano trémula dio fuego a la pira.

Era tiempo: Catalina e Isidorito entraban en aquel momento ateridos de frío.

Pitou estrechó al niño contra su corazón, besó las heladas manos de Catalina, y salió gritando:

—Voy a hacer una comisión indispensable; calentaos y aguardarme.

—¿Adónde va papá Pitou? — preguntó Isidorito.

—No lo sé —contestó su madre—; pero sin duda alguna, cuando se marcha tan de prisa no es para ocuparse de sí, sino de ti o de mí.

Catalina habría podido decir:
De los dos.

IV

LO QUE PITOU HIZO CON LOS LUISES HALLADOS EN EL SILLÓN DE LA TÍA ANGÉLICA

No se habrá olvidado que al día siguiente debía efectuarse la venta, por pregón, de la granja Billot y del castillo del conde de Charny.

También se recordará que la granja se había tasado en la suma de

cuatrocientos mil francos, y el castillo en la de seiscientos mil, todo en asignados.

Al día siguiente, el señor Longpré compró, para un desconocido, los dos lotes, mediante la suma de mil trescientos cincuenta lises en oro, es decir, un millón doscientas cuarenta y dos mil francos en asignados.

La compra se hizo en domingo, víspera del día en que debía efectuarse el casamiento de Catalina con Pitou.

Aquel domingo, Catalina salió para Haramont muy temprano, bien porque quisiera tomar algunas disposiciones sobre coquetería, como lo hacen las

mujeres más sencillas la víspera de su casamiento, o ya porque no quisiera permanecer en la ciudad mientras que se vendía a pregón aquella hermosa granja donde se había deslizado su juventud, donde había sido tan feliz y donde había sufrido tanto.

A esto se debía que al día siguiente, a las once de la mañana, toda aquella multitud reunida delante de la puerta de la alcaldía, compadeciese y elogiase tanto a Pitou por haberse casado con una joven tan completamente arruinada, y además con un niño que, debiendo ser un día más rico que la madre, estaba por el pronto tan arruinado como ella.

Entretanto, el señor de Longpré preguntaba a Pitou, según costumbre:

—Ciudadano Pedro Ángel Pitou, ¿tomáis por esposa a la ciudadana Anita Catalina Billot?

Y a esta última:

—Ciudadana Anita Catalina Billot, ¿aceptáis por esposo al ciudadano Pedro Ángel Pitou?

Y ambos contestaron: «Sí».

Al pronunciar esta palabra, la voz del primero revelaba profunda emoción, y la de la segunda completa serenidad. Cuando el señor de Longpré hubo proclamado, en nombre de la ley, que los dos jóvenes estaban unidos en

matrimonio, hizo una seña al pequeño Isidoro para que se acercase.

El niño, sentado en la mesa del alcalde, se dirigió a él.

—Hijo mío —dijo el señor de Longpré—, he aquí unos papeles que debes entregar a tu mamá Catalina cuando el papá Pitou la haya conducido a su casa.

—Sí, señor —dijo el niño.

Y tomó los papeles con su manita.

Todo había terminado; pero con gran asombro de los asistentes, Pitou sacó del bolsillo cinco luises de oro, y entregándoselos al señor de Longpré, dijo:

—Para los pobres, señor alcalde.
Catalina sonrió.

—¿Conque somos ricos? —
preguntó.

—Es rico quien es feliz, Catalina —
contestó Pitou—, y acabáis de hacer de
mí el hombre más rico de la tierra.

Y la ofreció su brazo, en el cual se
apoyó tiernamente la joven.

Al salir encontraron toda aquella
multitud que ya hemos visto en la puerta
de la alcaldía.

Todos saludaron a los dos esposos
con unánimes aclamaciones.

Pitou dio gracias a sus amigos y
muchos apretones de manos; Catalina

saludó a sus amigas con repetidos movimientos de cabeza.

Entretanto, Pitou se encaminaba por la derecha.

—¿Adónde vais, amigo mío? —preguntó Catalina.

En efecto; para regresar a Haramont, Pitou debía tomar la izquierda por el parque.

Para ir a casa de la tía Angélica debía seguir la línea recta por la plaza del Castillo.

¿Adónde iba, pues, descendiendo hacia la plaza de la Fuente?

Esto era lo que Catalina preguntaba.

—Venid, adorada esposa —contestó

Pitou—, os conduzco a un sitio que os alegraréis mucho de ver otra vez.

Pitou atravesó la plaza de la Fuente sin detenerse, tomó la calle del Ormet, y llegando a la extremidad dio la vuelta por esta callejuela, donde seis años antes había encontrado a Catalina en su asno, el día en que, despedido por su tía Angélica, no sabía a quién pedir hospitalidad.

—Espero que no vayamos a Pisseleu —dijo Catalina deteniendo a su esposo.

—Venid siempre —replicó Pitou.

La joven exhaló un suspiro, siguió la callejuela y desembocó en la llanura.

Al cabo de diez minutos de marcha

llegó al puentecillo donde Pitou la había encontrado desvanecida la noche de la marcha de Isidoro a París.

Aquí se detuvo, diciendo:

—Pitou, no iré más lejos.

—¡Oh!, señorita Catalina, llegad hasta el sauce hueco solamente.

Era el sauce donde Pitou iba a buscar las cartas de Isidoro.

Catalina suspiró, siguió adelante; pero al llegar al sauce, dijo:

—Volvamos, os lo suplico.

Pero Pitou, poniendo la mano sobre el brazo de la joven, dijo:

—Nada más que otros veinte pasos, señorita Catalina; no os pido más que

esto.

—¡Ah! —murmuró la joven con acento de queja tan doloroso, que Pitou se detuvo a su vez.

—¡Oh!, señorita —dijo—. ¡Y yo que creía haceros tan feliz!

—¿Creíais hacerme feliz, Pitou, enseñándome de nuevo la granja dónde fui criada, que ha pertenecido a mis padres, que debía ser mía, y que, vendida ayer, pertenece ahora a un extraño cuyo nombre ni siquiera sé?

—¡Señorita Catalina, veinte pasos más; no os pido más que esto!

En efecto, después de estos veinte pasos, y al doblar el ángulo de una

pared, se veía la gran puerta de la granja.

En aquella puerta estaban agrupados todos los antiguos jornaleros, mozos de arado, mozos de cuadra, criadas de la granja, y el padre Clouis a la cabeza.

Cada cual tenía un ramo en la mano.

—¡Ah!, ya comprendo —dijo Catalina—, antes de que el nuevo propietario llegase, habéis querido traerme por última vez aquí para que todos esos antiguos servidores me diesen su despedida. ¡Gracias, Pitou!

Y dejando el brazo de su esposo y la mano del pequeño Isidoro, salió al encuentro de toda aquella buena gente,

que la rodeó y la condujo a la gran sala de la granja.

Pitou cogió al pequeño Isidoro en brazos —el niño tenía siempre los dos papeles en su mano— y siguió a Catalina.

La joven estaba sentada en medio de la gran sala, frotándose la cabeza con las dos manos, como quien quiere despertar de un sueño.

—En nombre de Dios, Pitou —dijo con los ojos extraviados y la voz febril—, ¿qué me dicen aquí, amigo mío? No comprendo ni una palabra.

—Tal vez los papeles que el niño os entregará ahora os dirán, algo, querida

Catalina —contestó Pitou.

Y empujó a Isidoro hasta su madre.

Catalina tomó los dos papeles de las manitas del niño.

—Leed —dijo Pitou.

Catalina, desdoblando uno de los papeles, leyó:

Reconozco que el castillo de Boursonnes y las tierras que del mismo dependen, han sido comprados y pagados por mí ayer, en nombre de Jacobo Felipe Isidoro, hijo menor de la señorita Catalina Billot, y que, por lo tanto, a este niño

*pertenecen, en toda propiedad,
el citado castillo de Boursonnes
con las tierras que de él
dependen.*

*Firmado de LONGPRÉ
Alcalde de Villers-Cotterêts.*

—¿Qué quiere decir esto, Pitou? —
contestó Catalina—. Ya comprenderéis
que no entiendo ni una palabra.

—Leed el otro papel —dijo Pitou.

Catalina, desdoblando el papel, leyó
lo que sigue:

Reconozco que la granja de

Pisseleu y sus dependencias han sido compradas y pagadas por mí ayer, en nombre de la ciudadana Ana Catalina Billot, y que, de consiguiente, a ella pertenecen, en toda propiedad, la citada granja de Pisseleu y sus dependencias.

*Firmado de LONGPRÉ
Alcalde de Villers-Cotterêts*

—¡En nombre del cielo! —exclamó Catalina—, decidme qué significa esto, o me volveré loca.

—Esto significa —contestó Pitou—

que gracias a los mil quinientos cincuenta luises de oro encontrados anteayer en el viejo sillón de mi tía Angélica, sillón que he quemado para que os calentaseis al volver de su entierro, la tierra y el castillo de Boursonnes no saldrán de la familia de Charny, ni la granja ni las tierras de Pisseleu de la familia Billot.

Y entonces Pitou contó a Catalina lo que ya hemos referido al lector.

—¡Oh! —exclamó Catalina—, y ¿habéis tenido valor para quemar ese viejo sillón, querido Pitou, teniendo mil quinientos luises para comprar leña?

—Catalina —dijo Pitou—, ibais a

volver; para calentaros debíais esperar a que se hubiese comprado y traído la leña, y habríais tenido frío.

Catalina abrió sus brazos; Pitou colocó entre ellos al pequeño Isidoro.

—¡Oh! ¡Tú también, tú también! — exclamó Catalina.

Y en un mismo abrazo, Catalina estrechó contra el pecho a su hijo y a su esposo.

—¡Oh! —murmuró Pitou sofocado de emoción, y derramando la última lágrima por su difunta tía—, ¡cuando pienso que ha muerto de hambre y de frío!... ¡Pobre tía Angélica!

—A fe mía —dijo un robusto

carretero a una linda moza de la granja, mostrándole a Pitou y Catalina—, he ahí dos que no me parecen destinados a morir de esa enfermedad.

F I N



ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, 1802 - Puys, cerca de Dieppe, 1870). Fue uno de los autores más famosos de la Francia del siglo XIX, y que acabó convirtiéndose en un clásico de la literatura gracias a obras como *Los tres mosqueteros* (1844). O *El conde de*

Montecristo (1845).

Dumas nació en Villers-Cotterêts en 1802, de padre militar —que murió al poco de nacer el escritor— y madre esclava. De formación autodidacta, Dumas luchó para poder estrenar sus obras de teatro. No fue hasta que logró producir *Enrique III* (1830) que consiguió el suficiente éxito como para dedicarse a la escritura.

Fue con sus novelas y folletines, aunque siguió escribiendo y produciendo teatro, con lo que consiguió convertirse en un auténtico fenómeno literario. Autor prolífico, se le atribuyen más de 1200

obras, aunque muchas de ellas, al parecer, fueron escritas con supuestos colaboradores.

Dumas amasó una gran fortuna y llegó a construirse un castillo en las afueras de París. Por desgracia, su carácter hedonistas le llevó a despilfarrar todo su dinero y hasta verse obligado a huir de París para escapar de sus acreedores.

Notas

[¹] Se refiere a la edición original. (*N. del Traductor*) <<

[2] En la mitología griega, Casandra («la que enreda a los hombres» o «hermana de los hombres») era hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya. Casandra fue sacerdotisa de Apolo, con quien pactó, a cambio de un encuentro carnal, la concesión del don de la profecía. Sin embargo, cuando accedió a los arcanos de la adivinación, Casandra rechazó el amor del dios; este, viéndose traicionado, la maldijo escupiéndole en la boca: seguiría teniendo su don, pero nadie creería jamás en sus pronósticos. Tiempo después, ante su anuncio

repetido de la inminente caída de Troya,
ningún ciudadano dio crédito a sus
vaticinios. (*N. del Editor*) <<

[3] Carruaje de dos ruedas grandes, ligero y sin cubierta, a propósito para dos personas y tirado por una sola caballería. (*N. del Editor*) <<

[4] Camarista: Criada distinguida de la reina, princesa o infantas. (*N. del Editor*) <<

[5] Musa; mujer que es la inspiración de alguien. (*N. del Editor*) <<

[6] Antinoó o Antinoo fue un joven de gran belleza, favorito y presumiblemente amante del emperador romano Adriano. Tras su muerte fue deificado y se le rindió culto. Muchos de los retratos que se hicieron de él se han conservado hasta nuestros días. Desde el Renacimiento hasta la actualidad, Antínoo ha sido muy representado en el arte, especialmente en la escultura, y su enigmática figura ha captado la atención de numerosos artistas. (*N. del Editor*)

<<

[7] Milón de Crotona fue un célebre atleta griego nacido en Crotona que vivió durante el siglo VI a. C. que se destacó en la lucha y en los Juegos Olímpicos (donde fue seis veces vencedor absoluto), en los Juegos Píticos, en los Ístmicos y en los Nemeos. Además de sus éxitos deportivos, el historiador Diodoro Sículo le atribuye el liderazgo victorioso de una tropa de soldados de Crotona que en el año 510 a. C. atacó la localidad de Síbari. (*N. del Editor*) <<

[8] Estas notas, halladas entre los papeles de Mirabeau después de su muerte, fueron publicadas más tarde en la obra que dio a luz el señor de Bacourt, las cuales dan a conocer muy bien los dos últimos años de la vida del tribuno. (*N. del Traductor*) <<

[9] Según la mitología griega, Polibio (*Polybius*) es un rey de Corinto. Unos pastores descubrieron al bebé Edipo en las montañas, y lo llevaron a Polibio, quien se convirtió en su padre adoptivo. (*N. del Editor*) <<

[¹⁰] En la mitología griega, Admeto (indómito, insumiso), hijo de Feres y Periclímene, fue rey de Feres en Tesalia. (*N. del Editor*) <<

[¹¹] Fócida o Fócide es una unidad periférica de Grecia y una de las antiguas regiones de la Grecia central. Hasta el 1 de enero de 2011 fue una de las 51 prefecturas en que se dividía el país. (*N. del Editor*) <<

[12] En la mitología griega, Automedonte, hijo de Dioreo, era el auriga de Aquiles y su compañero durante el combate en la guerra de Troya. Su nombre se ha convertido en sinónimo de cochero fiel y hábil. (*N. del Traductor*) <<

[13] Dicho de una cosa, que respirada, puede causar daño, y especialmente cuando es fétida. (*N. del Editor*) <<

[¹⁴] Esta fue, en efecto, la acusación que aquel miserable presentó ante la Convención contra la reina. (*N. del Traductor*) <<

[15] La palabra francesa *doloire* o hacha de carretero, era una herramienta y arma utilizada durante las Edad Media y Renacimiento. «En este país —dice Puysegur—, se emplea una *doloire* colocada entre dos pedazos de madera, y cuando la cabeza está sobre el tajo, un hombre suelta la cuerda, y aquella baja y la separa del cuerpo». (*N. del Editor*)

<<

[16] Reproducimos, sin cambiar ni una sílaba, las propias palabras del príncipe. (*N. del Traductor*) <<

[17] ministriles: trovadores, poetas cortesanos, siendo nobles se enorgullecían de sus dotes de creadores pero se avergonzaban de tocar instrumentos, por lo cual recurrían a los juglares para esta función de acompañamiento instrumental de sus canciones. Posteriormente se utilizó el término ministril trastrocado como músico instrumentista, para diferenciarlo del cantor. (*N. del Editor*)

<<

[18] Flautín de tono muy agudo, usado en las bandas militares. (*N. del Editor*) <<

[19] Que reincide en un pecado del que ya había hecho penitencia, o en una herejía de la que había abjurado. (*N. del Editor*) <<

[20] Melancolía, hastío, hartazgo de la vida. (*N. del Editor*) <<

[21] ¡Oh campo, cuándo te volveré a ver!
(*N. del Editor*) <<

[22] Hace referencia al poeta Dante y en concreto a su obra *La Divina Comedia*.

En la parte de «El Purgatorio», aparece brevemente Pía dei Tolomei. Dante la encuentra subiendo la montaña del Purgatorio, entre los que han muerto víctimas de alguna violencia. Ella le dice su nombre, la ciudad donde nació y el lugar donde murió y una alusión enigmática al marido que la mató, el único que conoce las circunstancias de su muerte. (N. del Editor) <<

[23] *trismus* o trismo es una contracción tetánica de los músculos maseteros, que produce la imposibilidad de abrir la boca. (*N. del Editor*) <<

[24] En 1790 no se conocía aún el sulfato de quina, ni se aplicaban tampoco las sanguijuelas detrás de la oreja. La receta del doctor Gilberto era, de consiguiente, tan completa como lo permitían los adelantos de la ciencia a fines del siglo XVIII. (*N. del Traductor*) <<

[25] Polvo eres y al polvo volverás. (*N. del Editor*) <<

[26] Diógenes de Sínope, también llamado Diógenes el Cínico, fue un filósofo griego perteneciente a la escuela cínica. Nació en Sínope, hacia el 412 a. C. y murió en Corinto en el 323 a. C. No legó a la posteridad ningún escrito; la fuente más completa de la que se dispone acerca de su vida es la extensa sección que su homónimo Diógenes Laercio le dedicó en su *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*.

Diógenes de Sínope fue exiliado de su ciudad natal y se trasladó a Atenas,

donde se convirtió en un discípulo de Antístenes, el más antiguo pupilo de Sócrates. Diógenes vivió como un vagabundo en las calles de Atenas, convirtiendo la pobreza extrema en una virtud. Se dice que vivía en una tinaja, en lugar de una casa, y que de día caminaba por las calles con una lámpara encendida diciendo que «buscaba hombres» (honestos). Sus únicas pertenencias eran: un manto, un zurrón, un báculo y un cuenco (hasta que un día vio que un niño bebía el agua que recogía con sus manos y se desprendió de él). Ocasionalmente estuvo en Corinto donde continuó con la idea

cínica de autosuficiencia: una vida natural e independiente a los lujos de la sociedad. Según él, la virtud es el soberano bien. La ciencia, los honores y las riquezas son falsos bienes que hay que despreciar. El principio de su filosofía consiste en denunciar por todas partes lo convencional y oponer a ello su naturaleza. El sabio debe tender a liberarse de sus deseos y reducir al mínimo sus necesidades. (*N. del Editor*)

<<

[27] Destruye y pisotea a los lirios (o sea a la Casa de Francia). (*N. del Editor*)

<<

[28] En la mitología griega, Prometeo («previsión», «prospección») es el Titán amigo de los mortales, honrado principalmente por robar el fuego de los dioses en el tallo de una cañaheja, darlo a los hombres para su uso y posteriormente ser castigado por Zeus por este motivo. (*N. del Editor*) <<

[29] En la mitología griega, Procusto, era un bandido y posadero del Ática (o según otras versiones a las afueras de Eleusis). Se le consideraba hijo de Poseidón, y en algunas versiones era un gigante. Con su esposa Silea fue padre de Sinis.

Procusto tenía su casa en las colinas, donde ofrecía posada al viajero solitario. Allí lo invitaba a tumbarse en una cama de hierro donde, mientras el viajero dormía, lo amordazaba y ataba a las cuatro esquinas del lecho. Si la víctima era alta y su cuerpo era más

largo que la cama, procedía a serrar las partes de su cuerpo que sobresalían: los pies y las manos o la cabeza. Si por el contrario era de menor longitud de la cama, le descoyuntaba a martillazos hasta estirla (de aquí viene su nombre). Según otras versiones, nadie coincidía jamás con el tamaño de la cama porque Procusto poseía dos, una exageradamente larga y otra exageradamente corta, o bien una de longitud ajustable.

Procusto continuó con su reinado de terror hasta que se encontró con el héroe Teseo, quien invirtió el juego retando a Procusto a comprobar si su propio

cuerpo encajaba con el tamaño de la cama. Cuando el posadero se hubo tumbado, Teseo lo amordazó y ató a la cama y, allí, lo torturó para «ajustarlo» como él hacía a los viajeros, cortándole a hachazos los pies y, finalmente, la cabeza. Matar a Procusto fue la última aventura de Teseo en su viaje desde Trecén (su aldea natal del Peloponeso) hasta Atenas. (*N. del Editor*) <<

[30] El lábaro era un estandarte que usaban los emperadores romanos. Se cree que los griegos usaron ya un estandarte de una figura parecida al lábaro, el *vexillum*. El lábaro fue utilizado desde la época del Emperador Adriano, sin embargo, cuando Constantino abandonó el paganismo modificó el lábaro sustituyendo el Águila de Júpiter con el Crismón o monograma de Cristo. (*N. del Editor*)

<<

[31] Campana. (*N. del Editor*) <<

[32] Castigo sumamente infamante. (*N. del Editor*) <<

[33] En la mitología griega, Diómedes, es un héroe aqueo hijo de Tideo, rey de Etolia, y de Deípila, hija de Adrasto, rey de Argos, ciudad en la que nació y creció. Desposó con su tía (en otras versiones, su prima) Egialea.

Diomedes participó en algunos pasajes claves de la Guerra de Troya, como en la captura y muerte del espía Dolón, o el robo del Paladio y los caballos de Reso, con los que Troya sería inexpugnable.
(*N. del Editor*) <<

[34] Alquimista, maestro de Balsamo, obsesionado por en la búsqueda del elixir de la vida. (*N. del Editor*) <<

[35] La historia del momento trágico en que el rey fue detenido no es, ni será nunca, bien conocida. Los principales historiadores del viaje de Varennes, lo han sabido todo de oídas. Los señores de Bouillé, padre e hijo, no estaban allí; los de Choiseul y de Goguelat, sólo llegaron una hora después del momento fatal, y Deslon, más tarde aún. «Jules Michelet». (*N. del Traductor*) <<

[36] Tela gruesa de algodón, con pelo por una de sus caras. (*N. del Editor*) <<

[37] El señor de Bouillé, de quien se habla aquí, era Julio y no Luis de Bouillé, a quien hemos visto aparecer ya en el curso de esta historia y penetrar en la fragua del rey disfrazado de oficial de cerrajero. (*N. del Traductor*) <<

[38] Soldado húngaro. (*N. del Editor*) <<

[39] Jules Michelet, el historiador poético y pintoresco, refiere estas dos anécdotas y cita los nombres de sus héroes; la majestad de su relato se lo permitía. (*N. del Traductor*) <<

[40] Copiamos de la relación que ha hecho uno de los guardias de corps que prepararon la fuga y acompañaron al rey a Varennes, las mismas palabras de María Antonieta. (*N. del Traductor*) <<

[41] Los primeros navegantes a Malasia regresaron con cuentos espeluznantes de un árbol venenoso que crece en las islas cerca de Cathay, que fue llamado el *Bohun Upas* (Árbol de venenos). Para el viajero medieval este árbol debía ser evitado, ya que produce vapores estupefacientes y tóxicos que mataron a las plantas y animales en toda la zona. Si uno fuera a dormir a la sombra de este árbol, nunca despertaría. Los malayos supuestamente ejecutaron prisioneros atándolos al tronco de este gran árbol. La leyenda en sí probablemente se basó

en el árbol Bausor (*Antiaris toxicaria*),
que produce un látex venenoso utilizado
por los nativos en las puntas de flecha.
(*N. del Editor*) <<

[42] Acteón era, en la mitología griega, un célebre cazador iniciado en este arte por el centauro Quirón, también maestro de Aquiles.

El mito habla de que Artemis, consagrada a la castidad, estaba bañándose desnuda en los bosques cercanos a la ciudad beocia de Orcómeno, cuando Acteón la encontró casualmente. Se detuvo y se quedó mirándola, fascinado por su belleza enajenante. Como castigo, Artemis lo transformó en un ciervo por la profanación de ver su desnudez y sus

virginales misterios, y envió a los propios sabuesos de Acteón, cincuenta, a que lo mataran. Estos lo hicieron pedazos y devoraron sus carnes, para después buscar a su amo por el bosque, sollozando. Entonces, encontraron al centauro Quirón, quien, para consolarlos, construyó una estatua de su difunto dueño. Según cuenta Ovidio en Las metamorfosis (libro III, 151-252), la diosa estaba acompañada de su séquito de ninfas. En otra versión de la leyenda, Acteón alardeó de ser mejor cazador que Artemisa, por lo que esta lo transformó en un venado que fue devorado por sus propios perros de

caza. Existen paralelismos entre la historia de Acteón y la ceguera de Tiresias, que perdió la vista como castigo por ver desnuda a Atenea, y entre Acteón y el mito caldeo y fenicio de Aqht y la diosa Anat. (*N. del Editor*)

<<

[43] En tecnología militar un glacis es una pendiente suave y despejada que precede al foso de una fortaleza, y que está dominada por los baluartes y otras fortificaciones, desde los que se puede hacer fuego sobre él. (*N. del Editor*) <<

[44] Ungüento compuesto por el jugo de varias plantas y, posteriormente, por óxido de plomo y aceite para ablandar los tumores. (*N. del Editor*) <<

[45] Los chuanes (en francés: *les Chouans*) fueron los insurgentes realistas que combatieron al norte del Loira, en Bretaña, Maine, Normandía y el sur de Anjou (y además en los departamentos de Aveyron y Lozère) durante la Chuanería.

No hay que confundir entre chuanes y vendeanos, estos últimos combatientes de sur del Loira; sin embargo, tanto unos como otros afirmaban conformar el Ejército Católico y Real. (*N. del Editor*)

<<

[46] Trabajador que hace tafetanes. (*N. del Editor*) <<

[47] Eran una agrupación política que surgió durante la Revolución Francesa. Consistía en monárquicos y reaccionarios que se sentaron en el extremo derecho de la Asamblea Legislativa de 1791, que entró en existencia cuando el ala izquierda jacobinos divididos entre moderados (*feuillants*), que trataban de preservar la posición del rey y los radicales (jacobinos), que presionaban por una continuación de la acción democrática directa para derrocar a Luis XVI. (*N. del Editor*) <<

[48] Ayudante de campo, auxiliar,
secretario. (*N. del Editor*) <<

[49] Egeria («del álamo negro») era, en la mitología romana, una de las Camenas, ninfa del séquito de Venus, habitaba en la fuente o manantial de Porta Capena en Roma; era protectora de las novias como futuras madres así como también de los partos. Se casó con Numa Pompilio, «el piadoso», segundo rey de Roma y le enseñó asuntos relacionados con ser un rey justo y sabio, inspirándole la legislación religiosa, enseñándole plegarias y conjuros eficaces.

La ninfa Egeria dictando a Numa

Pompilio las leyes de Roma, de Ulpiano Checa. Cuando murió Numa Pompilio, Egeria lo transformó en un pozo, situado en el bosque de Ariccia, cuyas aguas gemían al igual que ella al fallecer su esposo, consagrado a Diana, en el Lacio. Por sus lágrimas constantes, ella misma se convirtió en fuente. (*N. del Editor*) <<

[50] Correctivo por el que se priva al empleado de su destino, sin que le incapacite para volver a desempeñarlo.
(*N. del Editor*) <<

¡A las armas, ciudadanos!

¡Formad vuestros batallones!

¡Marchemos, marchemos!

¡Que una sangre impura

inunde nuestros surcos! (N. del Editor)



*Franceses, asestad vuestros golpes
o retenedlos, magnánimos guerreros:
perdonad a esas víctimas tristes,
que a su pesar se arman contra
nosotros. (N. del Editor) <<*

[53] Cuchitril, cuarto pequeño, desacomodado y poco limpio. (*N. del Editor*) <<

[54] ¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos! (*N. del Traductor*)

<<

[55] Hemos visto reproducirse esta justicia popular para con los ladrones en 1830 y en 1848. (*N. del Traductor*) <<

[56] Partidarios de Georges-Jacques Danton y agrupados en torno al periódico *Le Vieux Cordelier*, dirigido por Camille Desmoulins. (*N. del Editor*)

<<

[57] Originario de Haramont, población y comuna francesa, en la región de Picardía, departamento de Aisne, en el distrito de Soissons y cantón de Villers-Cotterêts. (*N. del Editor*) <<

[58] Especie de chaqueta parecida al marsellés y de cuello estrecho. (*N. del Editor*) <<

[59] Clery era ayuda de cámara del delfin. (*N. del Traductor*) <<

[60] El chaquete o tablas reales es un juego de mesa para dos jugadores que aúna el azar con profundos conocimientos estratégicos. El objetivo es conseguir sacar las 15 fichas del tablero antes que el jugador rival. Actualmente se llama *backgammon* y encuentra expandido en prácticamente todo el mundo. (*N. del Editor*) <<

[61] Canción y danza de la Revolución francesa, popular durante la época del Terror. (*N. del Editor*) <<

[62] Véase *El Caballero de Casa Roja*.
(*N. del Traductor*) <<